



SEMANARIO  
**PINTORESCO**

ESPAÑOL.

**LECTURA DE LAS FAMILIAS.**

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

---

**1853.**

---

**MADRID:**

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,  
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLIII.

SEMANARIO

# PINTORRESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

REVISTA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

En la calle de San Mateo de los Ninos.

1853

EN VENTA EN

EN LA OFICINA DE ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORRESCO EN LA CALLE DE SAN MATEO DE LOS NIÑOS, EN MADRID.

1853

# INDICE.

## TABLA DE ARTICULOS.

### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Luna y sus castillos, por D. J. A., pág. 4.—Paso del río Ulla por San Juan de Cova, por D. Antonio Neira de Mosquera, 9.—El conde de Castilla y Alava, por D. Remigio Salomon, 28.—Monasterio de Nuestra Señora de Salas, 55.—El palacio de los Almirantes, por D. V. García Escobar, 45.—El ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro, por D. Remigio Salomon, 55.—Arnedillo, por D. Lorenzo Francisco de Moñiz, 61.—Vista del templo de San Gerónimo, 67.—San Francisco de Bilbao, por D. L. F. de Moñiz, 74.—El ex-monasterio de San Miguel del Monte, por D. Remigio Salomon, 105.—Patio y claustro de San Miguel del Monte, 109.—Santa María de Cosmedino, 115.—Estatua romana en Clunia, por Don Remigio Salomon, 124.—La sierra de Foz, 150.—La iglesia de los Templarios en Ceynos, por D. V. García Escobar, 155.—El castillo de Torrelobaton, por D. V. García Escobar, 210.—Cellorigo, por D. Remigio Salomon, 215.—El ex-convento de Valdescopezo, por D. V. García Escobar, 235.—Paseo por España, 258.—Sepulcro del Almirante Chafino, por D. Antonio Neira de Mosquera, 261 y 270.—El coro de San Francisco, por D. V. García Escobar, 280 y 284.—Monserrate, por Don Jaime Fustagnera y Fuster, 289.—Antiguallas de Cadalso de los Vidrios, Guisando y Escalona, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, 297.—Antiguallas de Cadalso de los Vidrios, 508 y 515.—El solar de la gran casa de Córdoba, por Las Casas-Deza, 517.—El castillo de Priego, por Las Casas-Deza, 535.—Castillo de Andrade, por Vicetto, 569.—Rajadell, 575.—Arco de Toledo en Zaragoza, por D. J. A., 577.—La Peña de San Roman, 585.—Castillo de San Felipe, por Don B. Vicetto, 599.—La campana de Huesca, 594.—La estrella de campos, por D. V. García Escobar, 401.

### ANTIGÜEIDADES.

Justicia mayor del rey, por D. Remigio Salomon, pág. 14.—Las calles y casas de Madrid, por D. R. de M. Romanos, 185, 194, 201, 215, 217, 226, 241, 251, 257, 265, 274, 281, 299, 306, 318, 321, 331, 337, 345, 354, 369, 378, 385 y 410.—Funcion naval y batalla de Tabasco, por Don José Ferrer de Couto, 205 y 209.—Los teatros de Madrid en 1801, 326.—Reglamento de la mancebia en Granada en 1539, 566.—Antiguas ordenanzas de Granada, 564.—Cómo sitiaron los infieles en Antioquia a los cristianos, etc., 372.—Persecuciones que los judios han padecido en España, 409.

### BIOGRAFIAS.

D. Ramon Pignatelli, por D. Julio Alvarez y Aide, pág. 5.—El abate Juan Andrés, 25.—D. Melchor de Macanaz, por D. A. Gil Sanz, 49.—Lucio Apuleyo, por D. L. M. Ramirez y las Casas-Deza, 74.—Safu, por Las Casas-Deza, 101.—D. Pedro Fernandez de Frias, por D. Remigio Salomon, 155.—D. Bartolomé José Gallardo, por Las Casas-Deza, 162 y 170.—La doctora Guzman y la Cerda, por D. Antonio Neira de Mosquera, 188.—Ernesto Federico Augusto de Rietschel, 208.—El doctor Xiplicueta, 245 y 249.—D. Fernando Matute y Acevedo, 515.—Salvator Rosa, 529.—D. Juan de Austria, 561.—D. Alvaro de Navia y Ossorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, por Don Joaquin de Maldonado y Macanaz, 405.

### HISTORIA.

Historia, año de 1559.

### CIENCIAS.

Astronomía, pág. 260.

### VIAJES.

Palacio de la Minería en Méjico, pág. 14.—Los Guajiros, 16.—Nuestra Señora de Paris, 25.—La catedral de Méjico, 41.—Un incendio en el mar, 46.—Teatro principal de Méjico, 61.—Bosque de Blidah, 65.—Las gentes de medio pelo y los esclavos en el Perú, 81.—La capilla de San Severo en Nápoles, 89.—Los nuevos pasaportes en Francia, por D. J. M. Villergas, 111.—Los Yolofs, 116.—Raftatt, 145.—Catedral de Augsburgo, 161.—Palacio de Justicia en Paris, 169.—El parque de Muskau, 172.—Torre chinesca en el parque de Muskau, 175.—Iglesia de San Sulpicio, 195.—Eckensund, 197.—El puente nuevo en Paris, 209.—Paisaje indio, 217.—Geografía universal, 220, 229, 237 y 245.—El palacio de las Tullerías, 225.—El palacio de Borbon, 235.—Palacio de la Bolsa en Paris, 241.—Puerta y arrabal de San Dionisio, 249.—Plaza de la Concordia en Paris, 257.—Palacio de Luxemburgo, 275.—Salon de los pasos perdidos del palacio de Justicia, 321.—Plaza del Vaticano, 389.—Monumento guerrero de Scheverin, 409.

### BELLAS ARTES.

La Concepcion, pág. 8.—El descendimiento de la Cruz, 9.—El canciller de L'Hopital, 17.—Palacio de recreo, 56.—Nuestra Señora de Tourviere, 57.—Grandville y su última obra, 160.—Los artistas, por D. A. Bonnat, 291.

### EDUCACION.

Lecciones históricas para uso de la juventud, por D. Eugenio de Tapia, pág. 121.—Palabras de una madre a su hija, 252.—Educacion, por D. M. J. Pascual, 268.

### LITERATURA.

Historia del Semanario, por D. Antonio Arnao, pág. 1.—Figaro al director del Español, 5.—Teatro antiguo español, por D. R. de Mesonero Romanos, 41 y 58.—Teatro de Diamante, por D. R. de Mesonero Romanos, 58.—Teatro de La Hoz, por D. R. Mesonero Romanos, 65.—Teatro de Solis, por D. R. de M. Romanos, 75.—Teatro de Candamo, por D. R. de M. Romanos, 82.—Comunicado, por el señor Breton de los Herreros, 88.—Teatro español del siglo XVII, por D. R. de M. Romanos, 89, 97 y 106.—Teatro antiguo español, 114.—Bibliografía, por D. Antonio Neira de Mosquera, 145.—Carta á D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Agustin Duran, 161.—Teatro antiguo español, por D. Adolfo de Castro, 164.—Poesías inéditas de Luis Hurtado, por D. Antonio Neira de Mosquera, 221, 250, 253 y 247.—De Góngora y Argote, 240.—Necesidad de una biblioteca general española, 412.

### CUENTOS Y NOVELAS.

Cartas sentimentales á Pólux, por Castor, pág. 11, 67, 102 y 124.—Los dos años, por D. Antonio Arnao, 12.—La capa roja, cuento nocturno, por D. J. R. Figueroa, 18.—El espejo de la verdad, cuento fantástico, por B. Vicente Barrantes, 20, 57, 55 y 67.—Rosalia, novela, por D. Florencio Moreno y Godino, 55, 46, 50, 61 y 75.—Francisco Pizarro y Cristóbal Colon, novela, 78, 84, 92 y 100.—Alma por alma, cuento, por D. A. Gil Sanz, 86.—La mascarada, novela, por D. José de Castro y Serrano, 116 y 125.—Mas largo es el tiempo que la fortuna, por Fernan Caballero, 150, 156 y 167.—El último.—A Diana, por D. Adolfo de Castro,

197.—Angelo, novela, por D. Aureliano Valdés, 215, 225, 251 y 259.—Yo, ella y nosotros, novela, por D. A. Bonnat, 227, 257 y 246.—La silla del marqués, novela, por D. F. Moreno y Godino, 253, 262, 269, 277, 285, 292, 302 y 310.—La madre del marinero, 276.—Juan el jinete, cuento, 285.—La venganza de los hombres por la justicia de Dios, episodio histórico, por D. Ramon Ortega y Frias, 325.—Los indios, novela, por D. Antonio Trueba, 354, 345, 349, 358 y 362.—El cambio de las edades, cuento, 345 y 347.—Por no saber nadar, historia de unos amores, por D. A. Bonnat, 375.—El mundo nuevo, por D. F. Navarro Villoslada, 580, 587, 594.—Miamigo Pepe, por D. Luis Eguilaz, 582, 590 y 595.—Las ánimas, cuento, por Fernan Caballero, 598 y 406.

### USOS PROVINCIALES.

Habitantes de las cercanías de Panticosa, por D. A. de Larroche, pág. 5.—Turbaciones de Juan Lanas, por D. J. Jimenez Serrano, 27.—Un viaje al Puerto de Santa María, por D. Francisco Flores Arenas, 70.—Epistola ultramarina de un apóstol de la templanza, por D. J. Jimenez Serrano, 94.—Costumbres de Castilla, por D. V. García Escobar, 109.—Un drama en el teatro del Baion de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas, 199.—La mujer del pueblo andaluz, por D. A. de Belmar, 304.

### COSTUMBRES.

Las tiendas, por D. Rafael García y Santisteban, pág. 155.—El salon de diligencias, por D. Juan de Ariza, 196.—Una mudanza, por D. Rafael García Santisteban, 254.—Las ferias de Madrid, por D. M. O. Pinedo, 523.—La polka, por D. Rafael García y Santisteban, 540.—Los catés, por D. Rafael García y Santisteban, 405 y 414.

### POESIAS.

El Diablo Mundo, por D. Miguel de los Santos, pág. 6, 14, 25, 50, 58 y 55.—Quevedo, romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 47.—La desvergüenza, por D. Manuel Breton de los Herreros, 48.—El poeta y la mujer, por D. A. García Gutierrez, 65.—A la memoria del Excmo. señor D. Nicolás Azara, oda, por D. Eugenio de Tapia, 71.—A Radzki, por D. Juan Nicasio Gallego, 80.—El padre y sus dos hijos, apólogo, por Don Juan Nicasio Gallego, 80.—El amor vestido á la moda, romance, por D. F. Flores Arenas, 87.—Romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 87.—Epitafio, por el señor Zea, 88.—A Zelinda, romance, por D. Bartolomé José Gallardo, 95.—Cancion morisca, por D. José Zorrilla, 105.—Serenata morisca, por D. José Zorrilla, 112.—Epistola á Doña María de Alva, por D. B. J. Gallardo, 105.—Egloga urbana, por D. Joaquin José Cervino, 128.—Letrilla, por D. Adolfo de Castro, 128.—Los celos, 128.—El espíritu y la materia, por D. José María de Larrea, 151.—A una golondrina, por D. Antonio Cánovas del Castillo, 159.—Antes, ahora, después, por D. Antonio Arnao, 159.—Soneto, por D. José Gonzalez de Tejada, 159.—La nada, poema, por Don José Selgas, 167.—La vuelta al hogar, por D. Eduardo Gasset, 175.—La primera verbena, por D. Antonio de Trueba, 191.—Besos á Cupido, por D. Adolfo de Castro, 192.—Cancion, por D. J. H. García de Quevedo, 200.—El viajante y el mesonero, por D. Eugenio de Tapia, 200.—Sátira contra los estafadores, por D. J. M. Villergas, timo remedio, por D. Eduardo Gasset, 190.

216.—Soneto, 216.—A la señorita Doña Dolores Villavicencio, por D. Juan José Bueno, 224.—A la memoria del marqués de Valdegamas, por Francisco Rodríguez Zapata, 224.—Este es el mundo, por D. Eduardo Gasset, 224.—De Madrid al cielo, por Don F. J. Orllana, 232.—Epitafios al conde de Villamediana, 240.—Madrigal, por D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, 240.—Pobre Madrid, por D. José Gonzalez de Tejada, 256.—Al sol poniente, por D. J. Heriberto García de Quevedo, 264.—Al sol, oda, por Don José Gonzalez de Tejada, 272.—El rey sabio, fábula, 272.—La velada de San Juan, por D. Eduardo Gasset, 280.—Al mar, por D. Adolfo de Castro, 288.—El espejo de la

verdad, fábula, 288.—Canciones populares, por D. Eugenio de Tapia, 296.—Los confites de Cupido, 312.—Ferias de Madrid, por Don José Gonzalez de Tejada, 320.—Un fantasma, por D. Juan Martínez Villergas, 328.—Soneto, por D. A. Cánovas del Castillo, 336.—El joven y la palmera, fábula, 356.—En sus días, por D. E. G., 344.—El día de difuntos, por D. José Gonzalez de Tejada, 331.—El niño en alto. El águila y el caracol. El astrólogo y el mendigo, fábulas, por D. J. E. Hartzenbusch, 332.—En el album de Milady C..., por D. Vicente Barrantes, 360.—La partida de Colon, por D. Eduardo Gasset, 368.—Letrilla, por D. Victoriano Martínez Muller, 376.—Un amigo íntimo,

por D. J. Martínez Villergas, 385, 391, 399 y 406.—Dos santos y un rey, por D. Vicente Barrantes, 415.—Lo que yo quiero, por Don Gabriel de la Concepcion Valdés, 416.—La duda, por D. Fernando Garrido, 416.

#### VARIEDADES.

Nombres raros de algunas academias, página 64.—Cumplimiento de una promesa de Mr. de Turena, 96.—Certificación ó fé de muerto, 120.—La campana submarina, 176.—Signos del Zodiaco, 229.—Caligorante, 325.—El Muérdago, 368.—Carácter, 373.—Solución de un jeroglífico, 416.—Anécdotas, 88.

## TABLA DE GRABADOS.

### ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Castillo de Obano en Luna, pág. 4.—Paso del río Ulla por San Juan de Cova, 11.—Antigua colegiata de Sar, 19.—Pirámide que marca el confin de Castilla y Alava, 29.—Monasterio de Nuestra Señora de Salas, 35.—Portada del palacio de los Almirantes, 44.—Escalera del púlpito de la catedral de Barcelona, 49.—El ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro, 55.—Vista del templo de San Gerónimo, 68.—San Francisco de Bilbao, 75.—El ex-monasterio de San Miguel del Monte, 103.—Sepulcro del señor Ayala y de su mujer en el ex-monasterio de San Miguel del Monte, 108.—Santa María de Cosmedino, 115.—Estátua romana en Clunia, 124.—La iglesia de los Templarios en Ceynos, 135.—Vista de Santiago de Medina de Rioseco, 165.—Interior del patio del antiguo Alcázar de Madrid, 185.—Patio de la casa de San Vicente, 201.—Castillo de Torrelabaton, 205.—Cellorigo, 212.—Casas de Lasso de Castilla, 245.—El ex-convento de Valdescopezo, 255.—Sepulcro del Almirante Chafino, 261.—La antigua Plaza Mayor de Madrid, 265.—La calle de Atocha en el siglo XVI, 281.—Palacio de los señores duques de Frias en Cadalso, 297.—Palacio del condestable D. Alvaro de Luna, hoy de los duques de Frias, en Escalona, 313.—Fachada de la casa del Gran Capitan, 317.—El castillo de Priego, 335.—Vista general del Retiro á fines del siglo XVII, 361.—Castillo de Andrade, 369.—Estátuas que existieron en la capilla de San Gerónimo de Ma-

drid, 372 y 375.—Arco de Toledo en Zaragoza, 377.—Vista de la Puerta del Sol á fines del siglo XVII, 379.—Silicones de coro de la catedral de Barcelona, 380 y 381.—La Peña de San Roman, 385.—Ermita de San Francisco cerca de Vergara, 392.—Castillo de San Felipe (Ferrol), 395.—La estrella de Campos, 401.

#### VISTAS.

Palacio de la Minería en Méjico, 15.—Nuestra Señora de Paris, 25.—La catedral de Méjico, 41.—Palacio de recreo, 56.—Nuestra Señora de Tourvière, 57.—Los baños de Arnedillo, 60.—Teatro principal de Méjico, 62.—Bosque de Blidah, 65.—La capilla de San Severo en Nápoles, 89.—Chozas de los negros en la Senegambia, 121.—Chozas de los negros en la Senegambia, 125.—Raftatt, 145.—La sierra de Foz, 148.—Una vista del Pirineo, 149.—Catedral de Augsburgo, 161.—Palacio de Justicia en Paris, 169.—Esterior del Alcázar de Madrid, 187.—Iglesia de San Sulpicio, 195.—Eckensund, 197.—Relieve de Ritschel, 208.—El puente nuevo en Paris, 209.—Paisaje indio, 217.—Puerta de Guadalajara, 219.—El palacio de las Tullerías, 225.—El palacio de Borbon, 235.—Palacio de la Bolsa en Paris, 241.—Puerta y arrabal de San Dionisio, 249.—Plaza de la Concordia en Paris, 257.—Marsella, 289.—Iglesia de la Magdalena, 305.—Salon de los pasos perdidos del palacio de Justicia, 321.—Casa de Salvator Rosa, 329.—El Cairo, 337.—Venecia, 345.—Palacio de Belle-rue en

Francia (Pirineos), 337.—Vista de Dalax (Pirineos), 363.—Vista del monumento guerrero de Scheverin, 409.

#### TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Habitantes de las cercanías de Panticosa, pág. 1.—Los montañeses de Aragon, 56.—Las gentes de medio pelo y los esclavos en el Perú, 81.—Los Yolofs, 116 y 117.

#### RETRATOS.

D. Ramon Pignatelli, pág. 5.—Lucio Apuleyo, 75.—Safo, 101.—D. Bartolomé José Gallardo, 165.—La doctora Guzman y la Cerda, 189.—El doctor Azpilcueta, 245.—Antonio Perez, 295.—La Magdalena, 305.—D. Juan de Austria, 362.—Kant, 372.

#### GRABADOS VARIOS.

La Concepcion, pág. 8.—El descendimiento de la Cruz, 9.—El cañiller L'Hopital, 17.—Grabados del Diablo Mundo, 24, 32 y 39.—Jeroglífico, por Villabrille, 40.—Un incendio en el mar, 45.—Láminas de Francisco Pizarro y Cristóbal Colon, 79, 84, 92 y 101.—Autopsia del cerebro de un pescador de caña, 96.—Ociosidad de los caballos, gracias al vapor, 104.—La buena estrella, 160.—La campana submarina, 176.—El sol, 220.—Los cometas, 221.—Sistema planetario, 221.—La luna, 245.—Láminas de palabras de una madre á su hija, 232.—Lámina del folletín de *Las Novedades*, 512 y 532.—Caligorante envuelto en sus propias redes, 325.—Lámina perteneciente á *Los tres Mosqueteros*, 360.—Los huérfanos, 405.—Jeroglífico, 408.—El mensaje de amor, 415.



LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



Habitantes de las cercanías de Panticosa.

## HISTORIA DEL SEMANARIO.

No ya interés pasajero ni frívola curiosidad es el sentimiento que á través de tantos años y vicisitudes tantas, viene hoy á despertar en los amantes de las letras y de las artes la ilustre publicación que con el modesto título de SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL nació rica de aspiraciones en época ya lejana, cuando comenzaban á resplandecer los primeros felices albores de la regeneración literaria de nuestra pa-

tria. Aunque no fuera mas que por el sello de respeto que en ella han impreso los años trascurridos desde aquellos dias, hubiérase hecho acreedora á una admiración justa, á un cariño íntimo, á una marcada predilección de parte de cuantos ven en las obras literarias algo mas que vano pasatiempo, ó mejor dicho, que descubren en las creaciones del ingenio fecundos gérmenes de cultura y de civilización. No necesita sin embargo para lograr tal estima, no necesita de las solemnes prescripciones del tiempo. Monumento animado de la época, reflejo vivo de sus caracteres presentes, y pronóstico de sus futuras glorias,

tiene para nosotros tan alta significación, que ningún espíritu observador puede ya separar su idea de la historia de nuestra restauración, como si entre ambas mediara algún lazo misterioso, como si la existencia de la una fuese parte integrante del aliento que vivifica la otra.

Diez y siete años de vida cuenta ya el SEMANARIO, y ya sabemos lo que significa este dilatado período tratándose de publicaciones literarias; mas aun en una sociedad como la nuestra, conmovida hondamente por encontradas y poderosas fuerzas, y que marcada con el sello de la transición, ve en su atmósfera sucederse unas á otras las ideas, como aves de paso que buscan benéficos climas donde permanecer. En semejante estado, diez y siete años simbolizan en literatura mucho mas que una generación en la vida del hombre. A esta edad, el SEMANARIO, que tuvo su infancia rica de esperanzas, y que como el hombre en su juventud, ha tenido que sufrir largos combates y penosas vicisitudes; á esta edad se encuentra en su mas completa virilidad, teniendo ante sí la risueña perspectiva de una larga vida, y favorecido de eficaces recursos con que contribuir por su parte á la general ilustración y á la mejora de la sociedad.

Bajo dos puntos de vista puede considerarse el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, el artístico y el literario: el material y el moral: á la vez se puede valorar como historia del arte de la imprenta y del grabado, y como esclarecido padrón en que están inscritos los nombres de nuestras reputaciones científicas y literarias. En ambos conceptos merece una detenida observación; y por lo mismo, animados del interés que despiertan sus circunstancias, vamos á echar una ojeada sobre su vida desde la época de su fundación.

Preocupados en 1836 la mayor parte de los españoles con los hondos sacudimientos políticos que se habían sucedido en la Península, y con la civil discordia que todo lo desolaba, las letras y las artes se hallaban en lastimosa situación, amenazadas del mas funesto olvido. Pero los poetas y los artistas, esa sociedad siempre nueva, encarnada en otra sociedad siempre caduca, y á la vez independiente de ella, no podían menos de vislumbrar al través de las nubes de humo de los combates, los claros reflejos de la brillante luz civilizadora que en no lejanos países resplandecía. Inglaterra y Francia, siempre á la cabeza de los adelantos, trabajaban á la sazón en difundir por todas partes los mas ricos conocimientos, revestidos de una forma sencilla y agradable que los insinuase insensiblemente en todos los espíritus, y que diese á la juventud un campo propio para lucir sin árduos trabajos sus conocimientos. La forma periodística se regeneraba notablemente, y las publicaciones literarias adquirían inmensa popularidad. Nuestros jóvenes literatos y artistas que presentaban aquella nueva existencia estaban animados del deseo del combate y de la gloria; pero encerrados, por decirlo así, en sus individualidades, necesitaban un centro común, un palenque donde luchar si habían de aspirar al renombre que extranjeros autores de su respectiva patria merecían. Un hombre de ingenio y de voluntad apareció felizmente para llenar estas aspiraciones; y pronto el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, creado y dirigido por el señor MESONERO ROMANOS, fué la liza á que acudió ansiosa del triunfo la entusiasta juventud de que tan larga copia ofrecía entonces nuestra patria.

En la ejecución de sus proyectos no desmintió este notable escritor lo que al frente del primer tomo del SEMANARIO ofrecía por vez primera á un público indiferente hasta allí á las glorias literarias. Este periódico, cuyas columnas abría generosamente á todo jóven de mérito, artista ó literato, hizose como una biblioteca continua de los partos del ingenio. Fundado á semejanza del *Penny Magazine*, que tanta boga alcanzaba en Inglaterra, y del *Magasin Pittoresque*, publicado á su imitación en Francia en 1835, fué desde luego de tanto valer entre nosotros, como aquellos en el extranjero, relativamente al estado de atraso de la imprenta, y á las dificultades que hubo que vencer para acomodarse á formas hasta entonces desconocidas en España. A pesar de los modelos que imitaban, el SEMANARIO contó desde un principio con vida propia é independiente. Buen testimonio dan de ello los primeros volúmenes que bajo tan acertada dirección se publicaron, llenos de preciosos estudios literarios de todas las formas imaginables como enriquecieron sus modestas y gloriosas columnas. Y no fué este solo el mérito del naciente periódico. El grabado en madera, tan adelantado en el extranjero y totalmente desconocido en España, se introdujo y fomentó á su sombra con éxito extraordinario; y bien puede decirse que no contáramos hoy mas de un artista aventajado, si entonces no hubiera tenido tan poderosos estímulos para superar las dificultades que presentaba el estudio de un arte, en el cual tenían que avanzar sin maestros que los dirigiese, guiados solamente por la imaginación, y sostenidos por la voluntad.

Desde el año de 1836 hasta fines de 1842 dirigió el SEMANARIO el señor MESONERO, casi siempre con buena fortuna. Sin embargo, puede asegurarse que los tomos de 1836 y de 1841, ya por las muchas dificultades que en aquel hubo que vencer, ya porque durante la mayor parte de la publicación de éste viajaba el señor MESONERO lejos

de España, son muy inferiores á los cinco restantes, llenos de notables artículos y de grabados buenos para aquella época. Pero entre todos descuella como de mas importancia el de 1839, que abunda en variados estudios literarios y en excelentes dibujos, casi todos originales; y el cual señala el mas alto grado de perfección á que llegó este periódico bajo la acertada dirección de tan distinguido escritor.

Después de este variado período de siete años pasó el SEMANARIO á ser propiedad de D. GERVASIO GRONELLA, quien le tuvo y dirigió por espacio de otros dos. Menos acertado, ó mas negligente que su fundador, el nuevo director solo consiguió darle reales en lo mas accesorio, á saber, en la parte material, que mejoró bastante; pero en la artística, y sobre todo en la literaria, permaneció estacionario; lo cual entonces significó y marcó el principio de su decadencia, que á tan lastimoso extremo llegó en la época subsiguiente.

Con efecto, vendida la propiedad del SEMANARIO en fin de 1844 al editor señor Lalama, la dirección de tan importante periódico fué encomendada al señor VALLADARES y SAAVEDRA. De esta época nada de lisonjero puede citarse. La decadencia del SEMANARIO fué completa; y para evitarnos el disgusto de relatar amargas verdades, permita el lector que lo refiramos á la nota estampada en la última página del tomo correspondiente á 1843, pues que ella habla con triste y desconsoladora elocuencia de la honda prostración y total descrédito en que tan respetables columnas habían caído. Su singular ingenuidad no da lugar á dudas acerca de la consideración que entonces merecían.

A pesar de la fatídica predicción de su último director, el SEMANARIO cobró nueva y vigorosa existencia en poder del señor Castelló, á cuya propiedad había pasado á fines de 1845. Desde luego este inteligente grabador tuvo el acierto de encomendar su dirección al ilustrado escritor señor NAVARRO VILLOSLADA. En tan inteligentes manos, la agonizante publicación sacudió su letargo, se dirigió resueltamente á un público que poco antes la despreciaba, y á costa de desvelos y de sacrificios volvió á reconquistar su merecido puesto en la sociedad y en la biblioteca del literato. Sin embargo, en el corto espacio de seis meses que la dirigió el señor VILLOSLADA, no hizo todo lo que hubiera sabido hacer, imposibilitado tal vez con el cuidado simultáneo de cuatro publicaciones mas notables que á la sazón estaban encomendadas á su inteligencia.

Por último, en julio de 1846, habiendo sido adquirido por el señor D. Baltasar Gonzalez, rico propietario y comerciante de esta corte, el SEMANARIO, encomendado al señor FERNANDEZ DE LOS RIOS, comenzó una nueva marcha, en que ha seguido progresando hasta el presente, y cuya nueva faz apareció mas determinada desde que en 1847 se hizo además su propietario. Motivos que comprenderá bien el lector, no nos permiten consignar aquí la justa alabanza á que se ha hecho acreedor el señor FERNANDEZ DE LOS RIOS por la completa regeneración que ha obrado en el SEMANARIO, que en nuestra sincera opinión, como eco de la general, lo ha colocado no solamente sobre las mejores de sus pasadas épocas, sino á la altura de las publicaciones de esta clase que mas boga alcanzan en las naciones extranjeras. A decir las razones en que fundáramos nuestros elogios y los de todos los amantes verdaderos de la bella literatura, por su celosa y acertada dirección, no solo recomendáramos al lector el exámen de los siete tomos que lleva publicados, sino que probaríamos cómo el número de sus suscritores, doble casi desde un principio al de su mejor tiempo, manifiesta la estima que tan respetable publicación ha vuelto á merecer hace años de un público para quien había muerto en el desden mas vergonzoso.

Pero dejando aparte esta relación de la faz material del SEMANARIO, de su existencia mas ó menos vigorosa en las diversas épocas, ya revueltas, ya indiferentes, ya propicias porque ha atravesado, ¿no tiene á nuestros ojos mas importancia, mas significación que casi todos los periódicos literarios que con distinto éxito han nacido, brillado y muerto durante la vida que cuenta? ¿Qué jóven de talento y de esperanzas, qué sabio publicista, qué sensible poeta no ha escrito en él una página siquiera? ¿Cómo pues, atesorando el fruto de tantos y tan brillantes ingenios, no llamarlo historia literaria de nuestra generación, testimonio de nuestros adelantos artísticos, protesta victoriosa contra los extranjeros, tan malos apreciadores de nuestras glorias?

En él han resonado las suaves inspiraciones de la CORONADO, ZORRILLA, CAMPOAMOR, DUQUE DE RIVAS; el arrebatado canto de la AVELLANEDA, BARALT, GARCÍA TASSARA, GALLEGO; la sublime ternura de GARCÍA GUTIERREZ; la clásica poesía de HARTZENBUSCH, ALCALÁ GALLIANO; la inimitable voz de BRETON y de VILLERGAS.

En sus páginas están guardados los admirables estudios del mismo HARTZENBUSCH, OCHOA, GARCÍA BLANCO, GALXANGOS, DURAN, CASTRO; los concienzudos artículos de TAPIA, VILLOSLADA, PASTOR DIAZ y CAÑETE. La musa festiva, al par que filosófica, de EL ESTUDIANTE, y de FRAY GERUNDIO, tan popular en España; la sabrosa erudición de EL SOLITARIO, cuyos trabajos parecen escritos en el siglo de oro de nuestra literatura; los aplaudidos cuadros de costumbres de EL CERIBO-

so parlante, chispeantes de gracia y de originalidad como los del *Eremite de la Chaussée d'Antin*, han embellecido multiplicadas veces las columnas de un periódico, ya por tantos títulos respetable á nuestros ojos.

En ellas, pues, como símbolo de esquisita ternura y dulcísima poesía, resuenan las cántigas del *Amor de los amores*, de la mas delicada de nuestras poetisas; como canto vigoroso y apasionado, el siempre fresco y lozano *Dos de Mayo*, del maestro de nuestros líricos; como tipo de encantadoras leyendas, brilla *La reina sin nombre*, creacion del sabio de nuestros dramáticos; y finalmente como modelo de gracia y difícil facilidad, la festiva sátira de *El Agiotaje*, parto del fecundo ingenio del príncipe de nuestros poetas cómicos.

Pero en medio del sincero entusiasmo con que pasamos nuestros ojos por esa rica coleccion de ilustres nombres inscritos en el SEMANARIO, una amarga observacion viene á herirnos el alma y á amortiguar la íntima alegría de nuestro corazón. ¿Cuántos ingenios, un tiempo esperanza de las letras y honra de la patria; cuántos ingenios que trabajaran esforzadamente en reedificar el vacilante edificio de nuestra literatura, no fueron arrebatados por la muerte? ¿Quién llenará de hoy mas el lamentable vacío que deja el gran LISTA, el clásico poeta, el maestro de dos generaciones? ¿Qué acento tronará arrebatado de inspiracion donde el fascinador ESPRONCEDA apostrofaba al Sol, donde en mágica elegía lamentaba la muerte de *Elvira*, donde cantaba á *Teresa* con el suspiro del amor y el grito de la desesperacion? ¿Quién nos hará reposar á la sombra de la orgullosa *Palma* de América, ó nos conducirá atónitos á orillas del *Niagara* á cantar al gigante de los ríos, después que la voz de HEREDIA se ha perdido en los abismos de la eternidad? ¿Y acaso los malogrados ENRIQUE GIL, QUIROGA, PLÁCIDO, SANZ PARDO, DONCEL, no han dejado con su muerte lastimosas é inolvidables memorias?

Harto cruel seria esta triste verdad, si lisonjeras esperanzas no anunciaran á nuestra ilustre patria nuevos ingenios que llenen cuando menos tantos lastimosos vacíos como en ella quedaran con la pérdida de tantos otros. Una nueva generacion de jóvenes ilustrados y ganosos de gloria, que como sus mayores han depositado sus creaciones y estampado su nombre en las páginas del SEMANARIO, se levanta rica de esperanzas á conquistar denodada el templo de la fama. Los nombres de CÁNOVAS DEL CASTILLO, ARIZA, TEJADO, CEA, HURTADO, CAZURRO, AGUILERA, TRUEBA, BARRANTES, CERVINO, EGUILAZ, SANZ, SUAREZ BRAVO, y otros muchos que ya han resonado con gloria en la prensa, en el teatro, en la tribuna, resplandecen ya con luz propia, y auguran para nuestras letras dias lisonjeros de engrandecimiento y de dominio.

Y entre todos estos brilla espléndido el nombre popular de FERNAN CABALLERO, como un sol inesperado que baña en luz el cielo de la patria: ese nombre, secreto de un genio que encerrado en el misterio y en la poesía ha cantado *La Gaviota*, *Lágrimas*, *Clemencia*, y tantas otras celestiales creaciones como ha derramado en esta convulsa sociedad, para enjugar su llanto, alentarla con la esperanza, y mostrarle el camino de su fé y de su felicidad. ¿Quién no ha llorado, reido ó palpitado de emocion al escuchar sus angelicales palabras, ya suaves como el canto de la tórtola, ya imponentes como el ruido de la cascada?

Y aquí naturalmente se nos vienen á la imaginacion reflexiones consoladoras acerca del estado de nuestra literatura nacional, no muy celebrada como tal vez debiera serlo.

Dícese por algunos que las letras castellanas han venido, por efecto de adversas circunstancias, á girar en una continuada imitacion de las extranjeras, como pareciendo que el talento pátrio, debilitado ó exhausto, no alcanza ya á producir las altas creaciones que en otros siglos le conquistaron merecidos laureles.

Esto nos parece hijo de un exajerado optimismo hácia todo lo pasado, ya que no se diga nacido de un sentimiento escéptico hácia todo lo presente. Prescindiendo de que el hombre adelante de un modo incontestable, y de que fuera aventurado afirmar que la luz de la civilizacion, que tanto ha favorecido nuestra sociedad en la mayor parte de los conocimientos sujetos á su dominio, no ha sabido ilustrar y fecundar la imaginacion, como matriz de las obras bellas del ingenio; prescindiendo de tan natural y enérgica consideracion, podríamos citar á los que tan injusto parecer sostienen, mas de una vez produccion gloriosa que ha inmortalizado nombres de nuestros dias. Porque en efecto, y esto nos la sugerido semejante recuerdo, ¿no tienen la mayor parte de los nombres escritos en las páginas del SEMANARIO títulos á una fama imperecedera, que no desearian si tornasen á la vida? ¿No aclarados ingenios del siglo de oro por escelerancia? ¿No aceptarían esos mismos colosos que veneramos con justicia el fuego celestial que anima al *Trovador*, el soberano numen de *El Zapatero* y el *Rey*, la eterna pasion de *Los Amantes de Teruel*? ¿Y al recordar estas monumentales concepciones, no se agolpan sin quererlo el lector á su imaginacion otros muchos timbres de gloria semejantes á estos, con respecto á obras

distintos géneros, de carácter diferente, que tantas veces ha aplaudido, y que repite maquinamente de memoria?

Aun en la misma clase de trabajos destinados á enriquecer las columnas de los periódicos, no creemos que sea justo quejarse con tanto empeño del estado de nuestra actual literatura, habiéndose visto el inmenso número que se ha producido de ellos en las dos décadas que acaban de trascurrir. ¿Cuántos periódicos de todas las clases imaginables no han vivido mas ó menos entre nosotros, embellecidos con trabajos que no desdeñarían altas reputaciones? ¿Y acaso tiene que ceder en esto el SEMANARIO á algunas notables publicaciones que son tan estimadas en casi toda la Europa?

Muchas obras escogidas pudiéramos analizar en confirmacion de nuestro último aserto; pero ni lo creemos necesario para que el lector convenga con nuestra opinion, ni los cortos límites de un artículo nos lo permiten. Recordaremos únicamente el estudio de la señorita CORONADO estableciendo un paralelo entre Santa Teresa y Safo. Dejando á un lado la mayor ó menor exactitud en sus aseveraciones, ¿hay nada mas bello, nada que revele mas fuerza de talento que concepcion tan atrevida? ¿Podrán citarse muchos artículos como este en los mejores periódicos del extranjero?

Aunque no hubiera sido mas que por el concepto que mereció el gran LISTA, que el señor FERRER DEL RIO cita en la vida de tan eminente maestro, el SEMANARIO valdria mucho á nuestra consideracion.

Pero cortando aquí nuestras desaliñadas observaciones, preguntaremos al lector si reuniendo tales cualidades no puede considerarse el SEMANARIO como vivo monumento de nuestras presentes glorias, y como pronóstico de las venideras. No solamente así lo reconocerá, sino que nos parece que ya le llama pía del bautismo literario de nuestros ingenios, libro de vida de sus nombres, bandera á cuya sombra todos han combatido por la fama.

¿No son pues muy acreedoras á la estima de los amantes de nuestra ilustracion las personas que con sus esfuerzos han reunido en un centro como los mas ilustres talentos de España?

ANTONIO ARNAO.

## HABITANTES DE LAS CERCANIAS DE PANTICOSA.

Figuraos un pequeño valle colocado en lo mas alto del Pirineo, un verdadero nido aislado y solitario, sin comunicacion con las ciudades, apartado hasta de las mas pequeñas aldeas, sin camino que á él conduzca, jamás surcado por las ruedas de un carruaje, sin mas punto de contacto con el mundo que un angosto y áspero sendero apenas transitabile; un pequeño valle rodeado de altísimas montañas de granito, inaccesibles las mas, desnudas en su mayor parte, cubiertas á trozos de praderas esmaltadas con flores diminutas de color azul, endidas por grandes torrentes de blanca espuma y coronadas de nieve perpetua, entre la cual se descubre alguna peña oscura, en cuya cima, cerca ya del cielo, se aspira la poesía hasta sentir oprimido el corazón; fijaos en una pequeña Cuenca, cuyo fondo es una llanura dividida por mitad entre una pradera y un lago cristalino, espejo inmenso en el cual se mira el cielo con amor, y tendreis una idea del punto que ocupa el famoso manantial de Panticosa.

Hay en aquel asilo de paz y felicidad algo que renueva y rejuvenece la sangre en las venas, algo que da vigor al cuerpo, y el alma.

Todo allí es gigantesco, todo admirable: la naturaleza hace alarde en aquel parage de su magnificencia en cualquier ocasion que se la contemple.

¿Se acerca el día? El sol empieza á despuntar en una mañana despejada; el cielo se encuentra por oriente claro y azulado; nubes ligeras y vaporosas, rosadas y de color de fuego, se deslizan por el horizonte; el resto de la bóveda, oscuro aun, está tachonado de estrellas que no despiden mas que una luz blanquecina; las puntas de las montañas reciben oblicuamente una tinta plateada; la yerba brilla con el rocío; no se oye mas que el zumbido de las abejas que se columpian en el cáliz de las florecillas, y un rayo de sol viene al fin á acariciar los picos mas altos para descender hasta el pié de las sierras.

¿Acaba el día? El sol se pone entre negras y espesas nubes que tiñe con un ligero reflejo amoratado; las golondrinas y los pájaros grises de cola encarnada lanzan chirridos siniestros, anuncios de la tempestad, que se mezclan con las bellas é imponentes armonías del viento; la niebla oculta con su ligera gasa las peñas cenicientas que despuntan en las alturas sobre la nieve que las rodea, protegiéndolas de las miradas del hombre, como la nieve las tiene protegidas de su huella.

¿Es plena noche? Entonces los encantos de aquel paisaje se multiplican, porque lo que desentona aquel cuadro es la concurrencia que durante el verano acude al establecimiento de baños, única y pasaje-

la conquista que el hombre ha podido hacer en aquel territorio salvaje; por la noche cesa todo movimiento, hasta el punto de que se creeria aquel valle tan desierto como en el centro del invierno, y el que vela posee él solo á tales horas lo que por el día tiene que partir con los que van á buscar la vida en aquel raudal milagroso.

Para él es la luna con sus azulados reflejos, con su claridad misteriosa, que proyectando caprichosas sombras en las montañas, pone de relieve las peñas y las quebraduras; para él solo la bóveda azul, sembrada de estrellas de oro, y ese rumor melancólico ocasionado por mil ruidos diversos que se combinan en el campo en medio del silencio de la noche, para producir una dulcísima armonía: y como si no fuera bastante heredar así durante muchas horas la parte de todos los que descansan, la naturaleza tiene allí para el que vela nuevas creaciones; los pocos árboles que en medio de aquella vegetación esteril brotan de entre las peñas, toman la apariencia de fantasmas, el viento dice cosas mas bellas que las que puedan espresar la poesía y la música juntas, las sombras de lo pasado toman cuerpo, los amores de otros tiempos reviven y vienen á poblar con él este territorio, del cual es rey hasta que la aurora pone término á la noche.

Pero no es una descripción lo que nos hemos propuesto escribir aquí, sino unas cuantas líneas que motiven la lámina que ofrecemos representando á unos habitantes de las cercanías de Panticosa: este grabado, notable por la verdad de los trajes, por el carácter de las figuras, por la naturalidad de las actitudes, es mas notable aun por el sentimiento grave y tranquilo, por la vaga melancolía que el artista ha sabido imprimir al paisaje.

Me direis acaso que es árido, que es triste el aspecto de esta comarca, de la cual el lapiz intenta en vano dar una idea exacta; pero mas triste, mas árido aun es la mitad del año, cuando la nieve la cubre con blanco sudario y los torrentes corren despeñados con doble caudal y doble estrépito, y mayor es entonces su magnificencia. Si preferis á las fuertes emociones que despierta en el alma un pais montañoso, yermo y solitario, los pensamientos risueños que inspira una fértil llanura poblada y cultivada hasta un horizonte cuyos limites no se descubren; si os encanta mas el brillo de un sol abrasador que las caricias de sus amortiguados rayos al través de la niebla de la tarde; si os seducen mil bujías, reproducidas en veinte espejos de un salon, mas que ver en vuestro gabinete la pálida lámpara que vacila y se estingue; si tal es vuestra organizacion, no es extraño que no comprendais los atractivos del valle feliz de que os he hablado un instante.

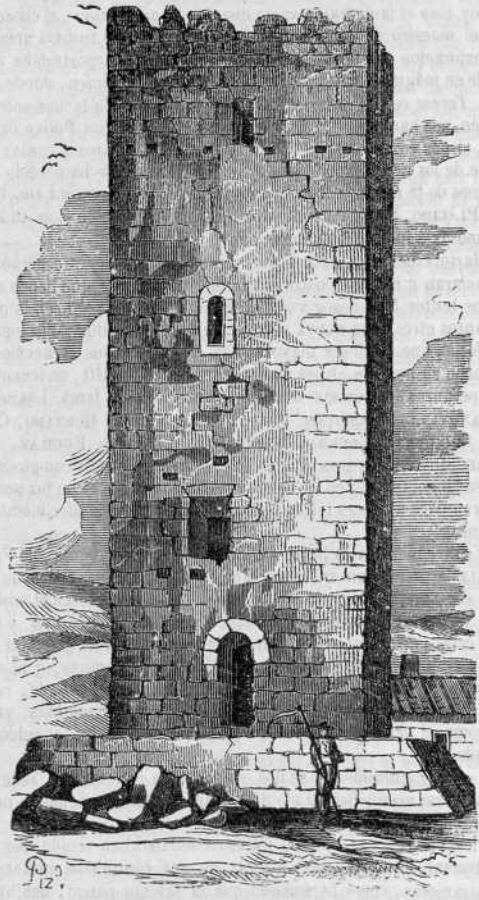
A. DE LAROCHE.

#### LUNA Y SUS CASTILLOS.

En la parte del alto Aragon, conocida con el nombre de Cincovillas, y á cuatro horas de la célebre Egea de los Caballeros, por la batalla memorable que en ella dió contra los infieles el rey D. Alonso I de Aragon en el año 1110, encuéntrase la de Luna, que no por dejar de contarse en el número de las cinco es menos considerable en la actualidad, ni menos ilustre en el pasado; así al menos lo atestiguan sus templos del siglo XII perfectamente caracterizados, tanto por su severa arquitectura gótica, como por el lábaro de Constantino que se halla esculpido sobre sus puertas: demuéstranlo igualmente los torreones y castillos medio derruidos que se hallan en ella y sus fragosas inmediaciones. Destruida esta poblacion por las continuas guerras habidas entre cristianos y sarracenos, fué repoblada por el rey de Aragon D. Sancho Ramirez en 1091, quien desearo de dar mas ensanche á los estrechos limites de su reino y á fuer de conquistador, presentose al frente de Óbano, pequeño castillo distante un cuarto de legua de la villa, y el cual, abandonado por los moros, llegó D. Sancho, que tomando posesion de esta fortaleza, concedió desde ella á los de Luna varias prerogativas y privilegios, otorgándoles entre ellos el derecho de poblacion é infanzonía (1). Conquistada al

(1) Dice el señor Madoz en su *Diccionario* en lo que respecta á la parte histórica de esta villa, que en 1450 el rey D. Alonso concedió á esta poblacion el referido privilegio: partiendo de este principio y aun suponiendo que dicha concesion fuese hecha por el D. Alonso que allí se cita, deberia este ser el tercero de este nombre, llamado tambien el *Liberal*, muerto en 1291, en cuyo caso no deberia haber sido la referida concesion en 1450, esto es, cerca de siglo y medio posterior á la muerte de aquel, porque mas abajo dice el mismo *Diccionario*, que D. Pedro revocó la merced de condado en D. Lope de Luna. Este D. Pedro debe hacer referencia al cuarto apellidado el *Ceremonioso*: acordes nosotros en lo de la revocacion, no lo estamos en lo que hace á la concesion del privilegio de infanzonía por D. Alonso, tanto porque se nos ha asegurado en dicha villa que lo fué por D. Sancho Ramirez, pues en su archivo se conserva el instrumento original, de cuya autenticidad no hay duda alguna, cuanto porque se nos resistiria creer lo hubiese sido por ningun Don Alonso, en atencion á lo que acabamos de esponer: si lo hubiese sido por el rey Don Alonso III, estaria equivocada la fecha, como se ha dicho arriba; y si por D. Alonso V, no encontramos en la cronología de los reyes de Aragon ningun D. Pedro posterior á esta.

propio tiempo la villa y el castillo de Villaverde, que se halla á una legua de esta; ya dueño D. Sancho de todos estos puntos, hizo donacion de la villa de Luna con título de condado al esforzado caballero D. Bachalla ó Briocalla, como justa remuneracion á los importantes servicios que le habia prestado; este Bachalla tomó el apellido de Luna, quien lo legó á sus descendientes; y sus ramas, que tanto se extendieron y á tantas glorias y vicisitudes enlazaron su apellido, fueron de las mas ilustres de España, hasta que últimamente fué revocada por D. Pedro la merced de condado en D. Lope de Luna. La actual poblacion se encuentra en el descenso meridional de una pequeña colina á la márgen derecha del humilde rio Arba de Biel, que corre en direccion del S por las inmediaciones orientales de la villa: créese con algun fundamento que el pueblo en lo antiguo estaria situado en la planicie de la colina, por conservarse hoy dia en ella un barrio llamado la Corona, en el cual existen dos antiquísimas iglesias, la una bajo la advocacion de Santiago, consagrada en 1111 por el obispo Vicente, de la Iglesia Cesaraugustana, y es la matriz y primitiva parroquial, y la



(Castillo de Óbano en Luna.)

otra en las eras del pueblo, llamada San Gil de Media Villa, cuyo título hace suponer sería aquello el centro de la poblacion. La primera se conserva hoy dia en culto, venerándose en ella la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, llamado de Zareco, y la segunda hace muchísimo tiempo que cayó en desuso por la inexorable mano de aquel y las diversas vicisitudes que ha sufrido; hoy se halla tapiada su entrada principal porque las inmundas caravanas de gitanos y otras gentes de mal vivir lo convertian en albergue de sí y sus caballerías, con notable desdoro y menoscabo de los misterios de la Iglesia Católica: en los costados de ambas iglesias se encuentran en el suelo y abiertas en la piedra varias sepulturas que no nos atrevemos á afirmar fuesen de árabes, porque es sabido que estos se enterraban en lo general con los pies hácia Oriente, circunstancia que no se observa en estas. A una legua de Luna y un cuarto de la misma se encuentran los dos castillos de Villaverde y Óbano: aquel imponente, aunque muy deteriorado, está constituido por un grueso torreón cuadrado, todo de piedra arenisca desde su cimiento hasta la cúspide; se eleva majestuoso en el centro de un valle, cual gigante centinela que con su desmesurada

a'tura quisiera dominar los alrededores de aquella comarca; indudablemente debía servir este recinto de punto avanzado de los castillos de Luna, ocupados todos por los moros durante el tiempo de su dominación: conserva aun el castillo de Óbano, en fuerza de su mucha solidez, el mismo aspecto que en tiempo de su fundación, la cual deberá remontarse sin duda al siglo VIII ó IX; sus recortadas almenas sirven hoy de guarida á multitud de grajos que sin cesar revolotean alrededor de su cima; aquella enorme masa, que cuenta diez siglos por lo menos, parece desafiar al tiempo destructor. Otro día dedicaremos un artículo al Santuario de Nuestra Señora de Monlora, si lo consideramos oportuno.

J. A.

## FIGARO AL DIRECTOR DEL ESPAÑOL.

(PARA DESHACER VARIAS EQUIVOCACIONES) [1].

Señor director del *Español*: He leído detenidamente la contestación que á mi carta y á continuación de ella da V., y en el interin que por medio de un artículo que quedo preparando, dejo distintamente deslindada para lo sucesivo mi posición en el periódico que V. dirige, no puedo menos de apresurarme á deshacer hoy algunas equivocaciones que con respecto á mí ha padecido.

Prescindo de sus antecedentes políticos y de sus proyectos y doctrinas pertenecientes á la escuela social del siglo XIX. Esto no hace á mi propósito.

Pero dice V.:

«Acababa de aparecer en la escena política el señor Mendizabal, y juzgándole bajo la fé de su programa... tuvimos la *bonhomie* de fiarnos en tan halagüeñas esperanzas, y de ser V. y yo, ¿quién lo creyera? ministeriales, el corto tiempo al menos que fué moda serlo, etc., etc.»

Permitame V. que no deje pasar esa aserción. En el primer artículo mio que vió la luz en su periódico, el 5 de enero de este año, titulado *Figaro de vuelta*, después de haber espuesto brevemente las esperanzas que en el ministerio Mendizabal podía fundar el país por su buen principio, decía yo:

«Si en mi organización cupiera el ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años.»

Nunca fui ministerial: consecuente con este principio, en mi último folleto titulado *Dios nos asista*, después de haber criticado ampliamente á ese mismo ministerio Mendizabal, en época en que empeñaban á desvanecerse ya las esperanzas, y en que tomaba, en mi sentir, un camino equivocado, decía:

«Por tanto no es á él á quien critico, sino á los demás. De él hay que decir mucho bueno, pero también algo malo: nosotros con todo nos volvemos siempre extremos, y un hombre aquí ha de ser un bíos ó un pícaro. No hay medio. Precisamente Mendizabal no es ni lo uno, ni mucho menos lo otro.»

El único párrafo de su contestación donde me hallo contestado á mi pregunta algo mas claramente, es aquel en que dice que «esclusivamente preocupado de la suerte del trono y la libertad, interin salimos de la crisis en que el país se halla, espera que no negaré á V. mi voto á favor de que hagamos treguas con todo el mundo y solo tengamos armas para defender la prerogativa real y los derechos de la nación»: y concluye V. declarando «que terminado el conflicto en que nos hallamos, y aplacada la irritación que agita los ánimos, podré habérmelas en su periódico con quien mejor me parezca, sin escepción de tiempos ni de personas.»

Debo decir á V. en primer lugar, que siendo mi principio el de hacer constantemente la guerra á cuanto me parezca torcido, no tengo por qué esperar á que salgamos de crisis ninguna, ni hacer treguas con nadie; tanto mas cuanto que creo que hay crisis para rato, y que esa misma crisis entra en mi jurisdicción.

En cuanto al trono y la libertad, de que V. está preocupado, nada tengo que decirle: el primero existe de hecho; la segunda ni de hecho ni de derecho; y en cuanto á que solo tengamos armas para defender la prerogativa real y los derechos de la nación, declararé á V. que no siendo mis armas defensivas, mal puedo darle ese voto. A eso agrega-

(1) Hace algunos años que en cada tomo del SEMANARIO damos á conocer uno ó mas artículos del inolvidable *Figaro*: en este número aparece uno de los pocos escritos inéditos que de él nos quedan, y en el siguiente saldrán también á luz, por vez primera, algunas octavas desconocidas de Espinosa. El SEMANARIO de 1835 se inaugura pues recogiendo en sus páginas dos producciones de Larra y de Espronceda que el público no ha leído.

ré, que aun en caso de defender, no sería la prerogativa real lo que defendería: ¿qué sería, señor director, ver á un pobre barbero de Sevilla?... (1).

Concluyo pues diciendo á V., señor director del *Español*, que solo reduciendo á mí mismo la responsabilidad de mis pobres escritos, y no participando de la de los demás; solo no teniendo que escribir bajo inspiraciones ajenas, y no viéndome espuesto á que se alteren ó supriman mis artículos, puedo ahora y siempre seguir ocupando un nicho en su estenso periódico, favor que le ha de ser á V. tanto mas fácil concederme, cuanto mas insignificante es mi posición, y cuanto que creo que no harán nunca una revolución las humildes y barberiles travesuras de su afectísimo

FIGARO.

## D. RAMON PIGNATELLI.

El hombre de quien vamos á hablar es uno de los que mas han merecido el aprecio de los aragoneses, por el extraordinario celo con que trabajó toda su vida por el bien de sus semejantes, y por la prosperidad de su país, habiendo existido muy pocos mortales que puedan disputarle el distinguido lugar á que se ha hecho acreedor en la historia de los hombres útiles á la humanidad. D. Ramon Pignatelli, hijo de D. Antonio y de Doña María Francisca de Moncayo, nació en Zara-



(D. Ramon Pignatelli.)

goza el año 1754. Sus padres conocieron en él la afición estremada que tenia por el estudio, y procuraron darle una esmerada educación. Con este objeto, y después de haberlo instruido en todo lo que se requiere para poder cursar estudios mayores, lo enviaron al colegio Clementino de Roma, donde se dedicó con afán á la filosofía y á las ciencias exactas y naturales, además del derecho canónico que estudiaba, con el fin de seguir la carrera sacerdotal. A la edad de diez y nueve años le confirió Benedicto XIV un canonicato en la iglesia metropolitana de Zaragoza, y vino en seguida á tomar posesion de él. Desde esta edad hasta la de veintinueve años, se desarrollaron en él aquel genio fuerte, aquella grandeza de alma, y aquella firme constancia que tanto le caracterizaron, y que tan bien se dejaron ver cuando estuvo á su cargo la realización de una infinidad de proyectos grandiosos, que sin pavora determinó llevar á cabo.

En los cuatro años que rigió la universidad hizo en ella varias mejoras, estimuló á la juventud que concurría á sus aulas, y dió diferente giro á algunos métodos viciosos de enseñanza que hasta entonces se habian seguido. Pero cuando mas principió á conocerse el genio de Pignatelli fué á los treinta años de su edad, en el de 1764, en que le nombraron regidor de la casa de misericordia. Lo primero que

(1) Faltan algunas palabras en el manuscrito. (N. de la R.)

hizo al aceptar este cargo, fué ir á visitar la sobredicha casa: no halló en ella mas que miseria; el edificio en que moraban los pobres era muy reducido para contenerlos á todos, siendo además muy escasos los fondos que existían para atender á su subsistencia. Inmediatamente se dedicó á buscar varios arbitrios, ocurriéndole entre otros la construcción de una plaza que sirviera para las corridas de toros, y que intentó edificar á pesar de encontrarse sin caudales. A fines de junio de 1764 se echaron los cimientos de ella, y ya el 8 de setiembre del mismo año se verificó la primera corrida, con asombro de los zaragozanos, que la habían visto construir en menos de tres meses. No pararon aquí los trabajos de Pignatelli para poner en planta la casa de misericordia, sino que hizo tambien el plano de un magnífico edificio, que principió á fabricarse en 4 de enero de 1777, y que hoy admiran los zaragozanos. Estableció al mismo tiempo en él varios talleres de artes y oficios, en que se instruyen los pobres que abriga en su seno, mejorando de este modo la suerte de estos infelices que antes se vieron tan desatendidos. Al mismo tiempo que se ocupaba en la construcción de este hospicio, iba preparando Pignatelli los trabajos necesarios para llevar á cabo la grande obra del canal Imperial, del que había sido nombrado protector en 1772, con amplias facultades, concedidas por Carlos III, para regir los trabajos que se hicieran en él.

Hasta entonces ninguno había podido realizar la grande empresa de hacer de la acequia construída por Carlos V, un canal de navegación; se habían hecho dispendiosos gastos que ningún fruto habían producido, y ya todos desesperaban de poder dar cima á un proyecto que creían inasequible, cuando el genio atrevido de Pignatelli se propuso conseguir lo que tantos hombres no habían podido hacer. Principió por destruir los trabajos hechos por la compañía Bodin, que quedó estinguida, y dió principio á una presa en el Ebro, á tres cuartos de legua de Tudela. Aquí admiró á todos la constancia y laboriosidad de Pignatelli, resistiendo á mil obstáculos que se oponían á su obra; sesenta veces las avenidas del río desbarataron la mayor parte de los trabajos hechos, y otras tantas volvió Pignatelli á edificar lo destruído: doce años se emplearon para dejar la presa concluída, pero entre tanto se había escavado una gran parte del canal, de modo que en el año 1795 quedaba corriente la obra para la navegación, hasta media legua mas abajo de Torrero, con general asombro de cuantos lo veían. Pignatelli había sido tachado de visionario por lo colosal de la empresa que acometiera, así que para dar un solemne mentis á los que de tal le calificaran, no se olvidó de construir una fuente en el camino de Zaragoza á Casablanca, en la que colocó una inscripción que dice así: *Incredulorum convictioni et viatorum cómodo*; para convencimiento de incrédulos y comodidad de los viajeros. Este año de 1795 fué el último de la vida de Pignatelli, quien sucumbió el 30 de junio, á la edad de cincuenta y nueve años, siendo su cuerpo sepultado en el panteón de los canónigos, en el santo templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar. Desde entonces se han adelantado muy poco los trabajos, y pasará mucho tiempo antes que se vea realizado el gran proyecto de la union de ambos mares, si no aparece un genio como el del grande hombre, cuya biografía hemos trazado (1). Pignatelli fué nombrado caballero pensionado de la real y distinguida orden de Carlos III; era académico de la de San Fernando y sumiller de cortina de S. M. Su estatura era cojosa, pues pasaba de seis pies; esto, unido á la severidad de su semblante, le daba un aspecto que en nada desdecía de la grandeza de su carácter. Mucho deben los aragoneses á este grande hombre, que hermoseó Zaragoza y sus cercanías con algunos edificios, cuyos planos trazó, como fueron el palacio arzobispal, el hospicio de misericordia y las elegantes casas de Torrero y de la Casablanca; los paseos frondosos que adornan el exterior de la ciudad, son tambien obra suya, y últimamente, Pignatelli enriqueció al Aragon, activó el comercio, protegió la agricultura, despertó en la juventud zaragozana el amor al estudio, socorrió de un modo extraordinario las necesidades del menesteroso, le dió un abrigo y le proporcionó los medios de subsistir decorosamente. Puede decirse que Zaragoza ha sido sumamente ingrata en no haber erigido una estatua ú otro monumento análogo á la memoria de este hombre, sin cuyo genio emprendedor, tal vez aquella no hubiera llegado á ser lo que es hoy día: la playa de Torrero ó el despartidero del molino de Cuéllar, cualquiera de ambos puntos nos parece el sitio mas oportuno en que el dicho monumento pudiera colocarse, si algun día se pensara en ello.

JULIO ÁLVAREZ y ALDÉ.

(1) No sabemos si el actual gobierno de S. M. habrá pensado en la realizacion de este grandioso proyecto al hacer la concesion de canalizar el Ebro á la empresa Fourcet; mucho nos felicitariamos de que así lo fuese.

## EL DIABLO MUNDO.

### CANTO SETIMO.

¿Dónde está aquella voz? ¿Dónde aquel canto?...  
 ¡Ay de mí! ¿Dónde están?... ¿Adónde han ido?  
 Que ayer fueron encanto  
 De mi fiel corazón y de mi oído,  
 Y hoy acerba memoria,  
 Que en mi abandono y mi dolor presente,  
 Guarda la imagen para herir mi mente,  
 De una pasada cariñosa historia!

¡Héme aquí solo! ¿Dónde, amigo mío,  
 Adónde estás, que el alma de mi vida  
 No encuentro ya, ni mi dolor impío  
 En su orfandad encontrará un hermano?...  
 ¡Ay de mi triste, que te busco en vano,  
 Estrella de mi amor oscurecida!

¿Quién te apagó?... ¡Cruel! ¿Y tan hermosa,  
 No te vió con ternura?  
 ¿Y no le enamoró la misteriosa  
 Luz que arrojabas de esperanza pura?

¡De esperanza! ¡Que amarga en mi tristeza  
 La gloria que ese brillo prometía!  
 ¡Para mi amante y maternal ternura,  
 Todo es ahora dolor! ¡todo! alma mía!

¡Dolor las esperanzas que nos dabas!  
 ¡Dolor los ricos frutos sazonados,  
 Que entre esas esperanzas arrojabas,  
 Ecos del alma en lágrimas bañados!

¡Todo es dolor! ¡todo es dolor! ni puedo  
 Tus glorias recordar! ¡¡ Mi pena es tanta!!!  
 ¡¡¡ Tan grande el amor mío!!! ¡Al llanto cedo!  
 Mi ahogada voz te llora, no te canta!

¿En el profundo abismo de mi pena  
 Qué podrá ser sin tí, luz, ni alegría,  
 De cuanto hermoso y esplendente llena  
 La tierra triste, de tu amor vacía!

¿Adónde estás? ¿te acuerdas de esas horas  
 Por nuestras almas en su amor pasadas?...  
 ¡Ay! ¡pobre amigo! que donde ahora moras,  
 No tendrás un amigo en tus veladas!!!

¡Ah! me ahogo en mi llanto!  
 ¡Amigo, hermano mío!  
 ¡Qué soledad cruel la de la tumba!  
 ¡No es verdad, pobre amigo abandonado!  
 Que sientes sin abrigo ni cuidado,  
 Ni compasión, la ingratitude del frío!...

¡Ah! yo quiero en mi seno  
 Darte calor y besos, y abrazarte!  
 ¡Qué has hecho tú que eras hermoso y bueno,  
 Para en tan duro desamor dejarte!

¿Quién quitó mi cariño de tu lado!  
 ¡Porque no estaba yo junto á tu lecho,  
 Con mi amor, mi ternura y mi cuidado  
 Contando los latidos de tu pecho!

¡Latidos de dolor! si ¡¡ dolorosos!!!  
 ¡Pobre amigo! La muerte en un instante  
 No mata sin dolor! ¿A quien, quejosos  
 Esos ojos volviste  
 Con la angustia mortal? ¿A quién tendiste  
 Para el terrible ¡adios! la mano amante!...

Todavía el calor de aquel abrazo,  
 ¡Último que nos dimos en la vida!  
 Duraba en tí, mi amor! y en mí duraba!...  
 ¡Ay! al llorar en amoroso lazo  
 Los dos en nuestra tierna despedida,  
 ¡¡¡ Qué lejos tan cruel dolor estaba!!!



Era una noche; aun suenan en mi oído  
Los acentos alegres de consuelo,  
De amistad, de esperanza,  
De juventud, de vida y confianza,  
Que llenaron de amor, el dolorido  
De nuestras almas, cariñoso duelo!

Yo aquella noche, en tu dormir penoso  
Te estuve contemplando,  
Mientras callaba el llanto en tu reposo,  
Hilo á hilo mis lágrimas llorando.

¡Era tan larga de tu amor mi ausencia!  
¡Tan incierta mi suerte!  
Que en medio de la loca indiferencia  
Que hasta otro mundo, por placer, me echaba,  
Arrepentido y sin vigor lloraba,  
Y de mi alma inquieta me quejaba  
Que por volar sin rumbo iba á perderte.

Yo estaba allí á tu lado  
Acariciando á tu alma que dormía;  
Tu rostro por mil penas marchitado  
Sobre la almohada, de pesar, caía,  
Y en él el genio del dolor, sentado,  
Con misteriosa palidez lucía.

¡Qué triste compañero,  
Pero qué fiel es el dolor! ¡No deja  
Solo, jamás, al triste que acompaña!  
¡De su aurora solicito lucero!  
¡Estrella de su noche, que la baña  
Con luz que hasta en su sueño se refleja!

¡Tú, pobre amigo mío!  
Así dormías, de tu hermoso pecho,  
Guarida eterna, en su descanso impío,  
Un eterno pesar había hecho!

Tú que en perpetua guerra  
Y en tempestad de corazón vivías,  
Fluctuando como yo entre cielo y tierra,  
Conmigo en mis tormentas te envolvías.

Contigo las pasaba,  
Los dos en violento torbellino  
Envueltos, y en el caos,  
En horas que nuestra alma no contaba,  
Mareados buscábamos camino  
A nuestras tristes solitarias naos,  
Que el corazón ni el alma gobernaba.

¡Ven, yo te llamo, ven! ¡Cuán triste ahora,  
Por siempre solo en mis angustias remo!  
¡Qué débil soy, qué pobre el alma mía!  
¡Dentro de mí, infeliz, el miedo mora!  
¡Todo lo que antes arrostraba, temo!  
¡Sin tí me asusta hasta la luz del día!

¡Eres tú? ¡Vienes, me oyes? ¡Ah! en mis brazos  
Ven á caer, donde mi amor te espera!...  
¡Ay de mí! ni tu sombra á mis abrazos  
La sorda muerte volverá siquiera!...

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

¡Cuántos nuevos dolores me han herido!  
¡Cuánto tiempo ha pasado!  
Desde que así con descompuesto acento,  
Mi corazón del tuyo desunido,  
En desgarrada queja hería el viento,  
Amigo malogrado!

Hoy de aquel velador querido al lado,  
Que era nuestro bufete y nuestra mesa,  
Cual tantas veces con pereza escribo,

Por ver si acaso en los recuerdos vivo,  
Ya que el vivir del día de hoy me pesa.

Este es el velador aquel, testigo  
De nuestras largas íntimas veladas,  
Continuación del fiel diálogo amigo,  
Interminable y loco, alegre ó triste,  
Que mil veces nos trajo á la memoria,  
Aquel continuo hablar en las posadas,  
En aire y fuego y agua, heridos, sanos,  
De aquellos dos en la locura hermanos  
Héroes que añadió el divino chiste  
Del buen Cervantes á la humana historia.

Y cuántas veces, súbito se armaba  
En mesa el velador, y los papeles  
Sucios de prosa y verso se mudaba,  
Por ponerse blanquíssimos manteles.

Y seguía la plática, sabrosa  
Mas aun que la cena improvisada,  
Cuanto menos formal, mas cariñosa;  
Entre nosotros dos, la mesa amada.

Y el recuerdo fijábamnos en ella,  
Y decíamos tristes: ¡algún día,  
Lámpara y mesa, amor y compañía  
Separe acaso nuestra inquieta estrella!

Mas nunca este recuerdo de ternura  
Saldrá del corazón! ¡Ojalá el cielo  
No le convierta en llanto y amargura  
Y en solitario duelo!

¡En duelo solitario!... así me inclino  
Sobre el querido velador ahora,  
Sin comprender mi vida y al destino,  
Dejando urdirme un mal entre hora y hora!

¡El bálsamo del tiempo no me cura!  
La herida está ahí abierta, pero fría.  
Ah! dure siempre!... mientras ella dura  
Siente algo el alma inanimada mía!

Esta alma que agotó su sentimiento,  
En resistir al terco y necio y crudo  
Azote de la suerte violento,  
Manchado de un veneno en cada nudo,  
Que hoy en silencio mudo,  
Si llora, no se queja,  
Y al mundo tal cual es, de muerte y vida  
Mezcla desconocida,  
Seguir su marcha indiferente deja.

¡Muerte impotente! ¡guarda, guarda en calma,  
Lo que tú no animaste! aquí en la tierra  
Esa es la ley! engendra y crea el alma,  
Y un cuerpo vil acopia y tiene y cierra!

¡Y á tí, chispa entre nieblas, pobre brasa  
Que relumbra entre lodo,  
Principio á medias de un escaso todo,  
Vida!... yo te respeto;  
Maldije un día de tu lumbre escasa,  
Mas hoy por fin, en mi fastidio quieto,  
Tu luz me basta de cualquiera modo.

Voy á vivir: mas quiero  
Vivir aun de mi pasada vida,  
Que el alma mía pierde, mas no olvida  
Lo que ha amado primero!

La triste, enamorada  
Estuvo de la ingente poesía,  
Que en el amigo corazón ardía,  
Que hoy calla en la morada,  
Donde la muerte le ha encerrado un día.

Mas no calla en mi mente, á la miseria  
Del sepulcro le roba,  
Y en su divino vuelo,  
Dejando al mundo su infeliz materia,

Halla aquel pensamiento que la arroba,  
Y con él vive en el vivir del cielo.

¡Si muere la esperanza  
Para el cobarde cuerpo y si vacila.

A la imagen de Dios jamás alcanza  
En su grandiosa eternidad tranquila  
Y en su vida de espíritu, mudanza!

(Continuará).

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



LA CONCEPCION DE LA VIRGEN,

**Cuadro de Murillo.**

Nuestro grabado es una bella copia de ese famoso cuadro que el mariscal Soult se llevó de España entre la multitud de importantes y conocidas adquisiciones que hizo en este país, casi africano según los franceses.

La imagen mística y graciosa de María aparece radiante en el cielo, en medio de una nube de ángeles y querubines; este lienzo es considerado por muchos, no solo como la obra maestra de Murillo, sino como uno de los primeros cuadros del mundo.

Sabido es con qué empeño se ha disputado esta alhaja, cuando la muerte de Soult ocasionó una venta de la colección de cuadros, la mayor parte pertenecientes á España, que formaban su galería; harto

ha dado que hablar esta joya, que todas las naciones se han disputado; decimos mal, no todas: España con su habitual indiferencia ha sido la que no se ha curado de adquirir este cuadro, que malamente perdió. Basten pues estas pocas líneas para acompañar al grabado que hoy estampamos. Hay cosas que no pueden ni aun indicarse sin que la vergüenza asome al rostro de todo el que tenga algún amor á las cosas de su país, y la Concepción de Murillo es una de ellas.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

Lesueur es el autor del cuadro que tienen al frente nuestros lectores; el pintor, no solo ha sabido dar espresion á todas las figuras, imprimiendo á su composicion el carácter severo y grave que requiere la escena sublime del Descendimiento, sino que ha conseguido presentar con novedad este episodio de la vida del Salvador, tantas veces representada en el lienzo por los artistas mas célebres del mundo.

#### PASO DEL RIO ULLA POR SAN JUAN DA COVA (1).

Desde el *Puente-Ulla* se acerca el viajero por un sendero estrechado por los mimbres é inseguro por el surco de los arroyos, á la mole granítica de *San Juan da Cova*, que se estiende y abulta sus formas,

(1) Este artículo pertenece á una descripcion inédita de la *Ulla-baja*, bajo el título de UN VALLE DE GALICIA.

como el último término de la fantasmagoría. Al través del verde-gay del césped humedecido por la niebla de la mañana, se distingue la caries secular de este tubérculo titánico, formado por los aluviones de los siglos. Los cambiantes desaparecen, las medias tintas se borran, la suave armonía de un valle se cambia en la árida lontananza de una montaña. El viajero contempla una naturaleza greñuda, salvaje, de anchos surcos y profundas sajaduras, indecisa entre la ley de gravedad y el derrumbamiento. Entonces adivina los saltos espumosos de agua, las cascadas bullidoras, los torbellinos del viento, la creciente del álveo. *San Juan da Cova* es el aljibe de las tormentas, el *odre de los vientos* de la fábula. Los habitantes del campo le llaman *el pozo*. Bien dicen los aldeanos, que del *Pico-Sagro* salen las tempestades que barren los sembrados.

Al acercarse el viajero á los bancos de este promontorio, tal vez abierto por el rayo, surcado por el rio, ahondado por el torrente y ensanchado por los años, se reconoce el paso violento del hierro, del fuego y del agua; los primitivos elementos se han conjurado contra la

tierra (1). *San Juan da Cova* no es un salto de agua, una cascada, un tajo: es un camino cubierto que abrió el río para llegar al mar. Es el desgaste secular de un lago que ha mellado siglo á siglo, capa á capa, la hercúlea vertiente de cuarzo del *Pico-Sagro*: glasis gigantesco de esa pirámide de toscas aristas que domina el valle como el castillo señorial de los siglos. El agua señaló el *paso*: los años y los hombres hicieron lo demás. Se franqueó el camino cubierto. Desapareció el remoto lago de la *Ulla-alta*, y se ahondó lentamente el *paso de San Juan da Cova*.

Entregado el viajero á una insegura barca, que fluetua oscilante como un ave muerta en las colinas y precipitada en el río, se fatiga en medir con sus ojos las dos montañas, separadas, no por rápidas pendientes y precipicios sombríos, sino por sinuosidades agrestes que ya lanzan en el río sus flancos abultados por la yedra y la retama, ya impacientan las tranquilas orillas del *Ulla* en profundas ensenadas cubiertas de laurel y sauces. Cuando se cruza el *paso*, como no se reconoce de una mirada la línea que sostiene el azul del cielo, parece que se derrumban ambas montañas, y el viajero vuelve los ojos hácia las márgenes del río para reconocer el asiento inmóvil de la sierra.

La soledad se alberga en los sombríos remansos de las aguas. Murmullos vagos, rápidos, inarticulados, van á morir en las corrientes del *Ulla*. Son los acentos melancólicos de las invisibles náyades, cuyo casto seno ocultan de la ávida mirada del viajero. Se recogen llorando como las doncellas sorprendidas en el baño. El eco apaga estas melodías del agua removida, estas cadencias sostenidas por las linfas murmuradoras en derredor de un guijarro ó de una raíz desprendida; dulcismos acentos modulados por el aire, que cautivan la imaginación como una plegaria sin templo, como un arrullo sin cuna. El agua refrena su curso; la brisa llega desvanecida al fondo del precipicio; la luz baja hasta el río á medida que el sol sube al Mediodía.

En las crestas de las montañas no asoma el cuervo ni se espanta la cabra: no se encuentran senderos para los hombres y las ovejas. Desaparece el pastor, que es el hombre de la soledad. Desaparece el viajero, que es el hombre de las veredas públicas. Desaparece el anticuario, que es el hombre de las ruinas. El buitre ó el milano, tan elevado para el barquero, tan cercano á la cima de las montañas, cruza el espacio como un relámpago de vida. Apenas se le distingue, porque no hay tiempo para medir con la vista la elevación de su vuelo, descubierto por el estrecho sendero de colina á colina. Sobre el rápido vuelo de las aves se reconoce la lenta y perezosa corriente de las nubes. Las aves sobre los hombres: Dios sobre los hombres y las aves.

Las dos montañas del *paso de San Juan da Cova* que se remontan á doscientos piés de elevación sobre el nivel del río *Ulla*, estrechan sus márgenes en un espacio de diez á doce piés, y ahondan su álveo en un *pozo* de setenta y ocho piés de profundidad. Una tranquila ensenada estiendo sus aguas antes de llegar al estrecho. En la embocadura del *paso*, del Sudoeste al Nordeste, se reconocen los vestigios de un muro practicable que llegaba hasta la esplanada de la orilla izquierda del río; en la pendiente de un pequeño banco que se adelanta como un reducto natural, se distingue el mureo de una puerta sin dintel, que guía al viajero á una hondonada que no llega al río, entorpecida por los escombros de un antiguo monumento, que ya prision, ya ermita, ora convento, ora atalaya, revela la audacia humana, colocando una miserable fábrica de piedra amenazada por los *aludes* del invierno. Los monumentos tienen sus precipicios como los hombres: un templo ó palacio levantado en el declive de esta montaña equivale á una cuna colocada bajo el ángulo de un techo arruinado. Al distinguir en la pared natural de la sierra un hueco requemado, al cual conceden las proporciones de un antiguo altar, comparecen delante del viajero los tiempos primitivos de la Iglesia. Se comprende el cenobitismo errante, la oración solitaria, el apartamiento místico de los placeres mundanos. La fantasía cree distinguir la sombra de un anciano de barba encanecida, cuyos desnudos piés gastan el césped, marcando entre las ruinas y las retamas, senderos invisibles que siguen al mediodía los largos de la montaña. Se adivina el acento melancólico de la campana de una ermita, conjurando la tempestad y elevando al cielo el himno de la soledad, acompañado del órgano de los torrentes y de las cascadas. La perezosa niebla que se aparta del fondo de un oscuro sumidero, disipando sus emborronados celajes entre los retorcidos troncos de la yedra, representa los sayales de una comunidad de ermitaños que salen

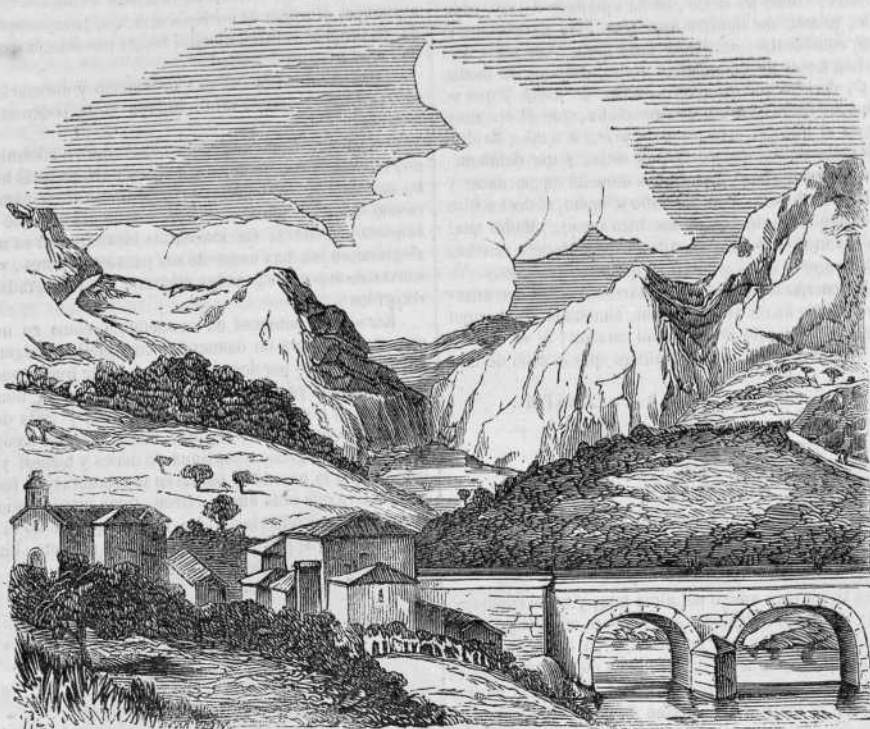
á calentarse al sol sus vestiduras humedecidas en una miserable catacumba.

En medio del *paso* se encuentra el espacio llamado *la tinaja*, por el molinillo de las aguas impelidas: así se descubre que debajo del río los derrumbamientos han elevado multiplicados promontorios innaccesibles á los vivos. Mas allá, un nuevo dique revela que este inmenso pulmón donde respira el río para fecundar el valle de la *Ulla-baja*, ha sufrido una violenta cortadura, formando una vega en declive, que se parece á la puerta de un buque: su figura casi elíptica, comprimida hácia la eminencia, le ha dado el nombre de *bodega*. La vegetación sale entre las grietas del cuarzo, en los encuentros de las peñas, en el *humus* apilado por los aluviones, y en los escombros calcáreos de las ruinas; el río refleja en sus oscuras y tranquilas aguas el follaje de los árboles, como un paisaje fantástico que el arte coloca en lontananza, en el fondo del marco de una ventana ó detrás del dintel de una puerta. La barca deshace los troncos dibujados en la corriente, y á su paso las hojas se desprenden de las ramas multiplicadas en el agua, como el viento de otoño hace rodar en los bosques las hojas secas que enjagan durante el invierno los mojados harapos de los pastores. En cambio las dos eminencias del *paso* se adelantan, presentando un angosto cauce que cierra como un estanque las aguas del *Ulla*, hasta que revolviendo la barca, se descubre el recodo sombrío que entorpece las corrientes del río, desgastando su elevación en las pendientes descarnadas que bajan hasta el árido valle que se encuentra al lado opuesto de *San Juan da Cova*. El viajero se imagina que cruza las tranquilas aguas de un dique, entre los gigantesco costados de dos navíos que han resistido las borrascas del Océano. Aquí se distinguen masas síliceas de formas irregulares y caprichosas, cuyo glúten se descompone con la acción del aire, rodando sus fragmentos por la pendiente, que ya parecen grupos recatados de personas ocultas, ya pelotones de hombres sospechosos.

Allí se reconocen heridas restañadas en la epidermis de la sierra: fuentes de escasa agua, que como la sangre coagulada sobre un cadáver, dejan un rostro oscuro y limoso en las grietas de la montaña. Acá, en una eminencia que es una cúpula irregular de cuarzo quebrantada sus cimbras por la yedra y abultada sus aristas por el musgo, un manajo de sarmientos adelanta sus descarnados músculos hácia el río, como lanzas apiladas en una torre de defensa. Acullá una sajadura gigantesca como una amputación enconada por el estrechamiento de las tormentas, señala un desmoronamiento irresistible, cuyo eco se extenderá por el valle con el violento estampido del trueno. Un pino de greñuda copa, como un bandido acostado al sol, echa sobre el río su cabeza inmóvil. El rayo ha señalado su descomposición entre las brillantes cristalizaciones de cuarzo, con un surco pavoroso y sombrío, que á la distancia en que se encuentra el viajero se parece á una culebra estendiendo su cabeza sobre la cima de la eminencia para espigar el vuelo indeciso de la alondra. En los huecos de las peñas, formados por el sacudimiento de las tormentas, se descubren los nidos de las golondrinas como cunas salvajes suspendidas sobre los torrentes. Las aves del desierto estienen su cuello y baten sus alas contra la montaña rastreando el angosto asilo donde se percibe confusamente el lánguido pio de sus crías, como en el alero de la ermita solitaria ó en la grieta de la almena arruinada. Las golondrinas rizan al pasar las aguas del río, y torciendo su vuelo dejan ver el albo plumaje de su pecho, como si llevasen en el pico una mariposa de alas blancas. El viajero las sigue con la vista y admira en silencio cómo la maternidad se esconde sobre el albergue de los reptiles emponzoñados y debajo de las peñas apiladas por los derrumbamientos. El color oscuro y sombrío del *Ulla* detenido y ahondado, apenas se refleja en el color de tierra sombría de las eminencias. El sol esparea sus rayos á través de las retamas y de los sauces, y en los remansos de las aguas presenta focos de luz vacilante que descubre en la superficie las arenas del fondo.

El viajero emplea cuatro minutos en la travesía del *paso de San Juan da Cova*. El río se comprime, y el horizonte es interrumpido por la revuelta gigantesca de las dos montañas. Después, mírese atrás ó adelante, la naturaleza vuelve á sonreírse ataviada y florida. Es el día saludado desde la puerta de un calabozo; es la aurora que disipa la penumbra de una noche oscura. El doble panorama que se presenta al viajero es delicioso y sorprendente: en lontananza se descubren bosques, capillas, alquerías, viñedos, campos cubiertos de inquietas espigas y prados de suave entonación. En cambio el *paso de San Juan da Cova* es el fondo oscuro de este paisaje pintoresco: colocado en medio de ambos valles, es el lindero titánico de dos comarcas. No alimenta una vigorosa vegetación, porque los árboles no pueden refrenar sus sacudimientos: abre sus compuertas naturales al río *Ulla*, porque trae consigo los torrentes y avenidas que corresponden á sus contornos hercúleos. Allí hará morder las aguas tumultuosas en sus ángulos de hierro. Rompa el rayo las plomizas nubes, y desgaje una roca, llegue una tempestad, y ensanche la mina abierta por los siglos; su mole in-

(1) El rompimiento del río *Ulla* en *San Juan da Cova* habrá sido ocasionado por una gran catástrofe, auxiliada de un desagüe artificial, como ha tenido lugar en el peñascal de Reberedo (provincia de Orense) para dar salida á las aguas de la laguna Antela ó de la Limia. Las mesetas de las dos montañas que suben hasta su cima, las condiciones geológicas de la eminencia interrumpida, y el terreno de aluvion que se descubre en las tierras superiores, revelan que una abundante cascada se abrió paso en *San Juan da Cova*, ensanchando sus proporciones el trabajo multiplicado de los esclavos romanos, y el laboreo de los siglos. En un principio el valle de la *Ulla-alta* cerraba un prolongado lago. En el *Monte Das Louzas* (contiguo á una de las eminencias del *paso de San Juan da Cova*) aun se reconocen los bancos de arena que alujan en el fondo las corrientes de los ríos.



(Paso del rio Ulla por San Juan da Cova.)

mensa buscará nuevas mesetas, echando tierra y escombros sobre el río. Aun puede desafiar la cólera de los elementos, hasta que el hundimiento de sus rocas, amontonadas en el fondo del *paso de San Juan da Cova*, vuelvan á interrumpir la corriente de las aguas.

Ulla baja, setiembre, 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX (1).

### I.

Ello es, amado Polux, que del que tiene fortuna todos dicen que ha nacido de pié, y yo tengo para mí que en esto del nacer, cada cual tiene su manera de hacerlo. Desde que me he dado á pensar en cosas serias, que no es poco para ser hombre, ha llamado mi atención el modo de entrar en esta nuestra vida, que á ser menos larga, no dejaría de tener sus momentos divertidos. Mi madre tenía un criado fiel, un buen hombre, un viejo veterano, que había sido sargento de la compañía de mi padre, y que no tenía mas religión que la ordenanza, ni mas Dios que su capitán. ¡Pobre hombre! ¡y cuán agradecido le estoy! El me ha contado el cómo de mi nacimiento. Cuando hago desandar á mi memoria el fatigoso camino de mi vida, y volver de lo presente á lo pasado, de la vejez á la juventud, y de la juventud á la niñez; cuando recorro esta fantástica galería, donde el tiempo ha borrado las huellas de mis pasos, y que en otra época pasé con la sonrisa en los labios ó las lágrimas en la mejilla, corriendo tras de una muger ó apoyado en el brazo de un amigo, dejando caer aquí una flor y mas allá un suspiro, hoy contemplando una cuna, mañana arrodillado ante un sepulcro; cuando evoco los primeros recuerdos de la infancia, se levanta siempre en mi pensamiento la noble figura del viejo veterano, con su gigante talla, tostado su rostro por el sol del campamento, ennegrecidos sus labios de morder el cartucho, y con sus largos bigotes de granadero, blan-

cos como la espuma del jabón. Eso sí, aquel hombre tan marcial tenía el corazón de un niño. ¡El pobre soldado me quería tanto! Ya se ve, como él decía, limpiándose con la manga de su raída casaca las lágrimas que brotaban de sus ojos, «¡como que yo era el hijo de su capitán!» Todas las tardes en que el cielo estaba azul, se me acercaba, y dándome un golpecito en el hombro me decía: «vamos, señorito». Entonces le alargaba mi mano, que era blanca y suave como un copo de algodón (porque cuando niño dicen todos que era muy bonito), y él me llevaba, no sé por dónde, porque de esto sí que no me acuerdo, á la orilla del mar, donde era de ver lo que me divertía cogiendo conchas y caracoles. Tadeo, que así se llamaba, se sentaba sobre una roca, y yo le llenaba sus grandes bolsillos con las piedras mas bonitas. En mi inocencia creía que el mar se las dejaba allí para que yo jugase con ellas. Los mas de los días solía contarme el pobre viejo alguna de sus campañas, lo cual me distraía mucho; pero cuando me hablaba de mi padre ó de mi madre siempre me hacía llorar: es verdad que á él también se le humedecían los ojos.

Mi padre era muy buen mozo y había dado en la rara manía de tener pundonor, en tanto que sus compañeros de armas habían dado en la de medrar. Luego, como mi padre sabía mucho de latin y aquello de *dulce, et decorum est pro patria mori*, era el aso que siempre se arrojaba el primero á la brecha. Un día marchaba á la cabeza de su compañía á tomar un reducto, y... ¡pobre padre mio! Tadeo me ha contado esto. El general dijo que mi padre había muerto como un héroe, y mandó buscar su cadáver para coronarle de laurel. Pero fué la desgracia, que una bala de cañón le había llevado su cabeza, y no encontraron donde ponerle la corona. *Dulce, et decorum est pro patria mori*. Mi madre no sabía latin y dijo que mi padre había muerto como un bruto. Entre el dicho de un gran general y el dicho de mi pobre madre, que no sabía mas, y no es poco, que querer á su marido; entre el morir como un héroe ó el morir como un bruto, hay alguna diferencia. Mi madre debía estar equivocada: mi padre ganó mucho con que le mataran. Y no fué para ella lo peor el quedar viuda, sino el quedar en cinta; y sobre todo el ser yo el fruto que llevaba en su seno. Yo soy hijo póstumo. La muerte de su marido afligió tanto á la buena señora, que de día en día iba desmereciendo. Todas las tardes, al volver de sus faenas, la encontraban los aldeanos sentada sobre la piedra negra que ocultaba cuanto para ella había en el mundo. Un sauce dejaba caer sobre aquella tumba solitaria su doloroso ramaje, al través de cuya verdura buscaba mi madre con avidez un girón de cielo en donde enlazar la vista. Los campesinos, quitándose el sombrero, pasaban con religioso silencio por aquel lugar de dolor, sus mugeres mezclaban sus lágrimas

(1) Nuestros suscritores habrán observado que tenemos por costumbre abstenernos cuidadosamente de elogiar los trabajos que aparecen en el SEMANARIO; hoy sin embargo nos creemos en el deber de llamar la atención hacia este precioso artículo, que á su mérito literario-reune la circunstancia de ser la primera obra de un jóven, cuyo buen talento revela esta linda producción.

con las de la desgraciada esposa, y sus hijas coronaban de flores la tumba del soldado. Mi madre, lo mejor que podía, daba las gracias á aquellas buenas gentes; «Dios, les decía, se ha apiadado de mí, cada día me siento peor, pronto me llamará á su seno para devolverme á mi esposo.» Y no se equivocaba: un día se puso mala, tan mala que Tadeo asustado fué en busca de un médico. Este, después de media hora de meditación, declaró que mi madre estaba de parto y que se moría de falta de fuerzas, pero que esto no importaba, que él era muy diestro y que salvaría al hijo, es decir, que me salvaría á mí. ¡Maldito sea el médico! Sin duda alguna que yo debí de oírle, y que debía entonces tener mas talento que ahora, porque me empeñé en no nacer y en no querer sufrir la luz del día. Pero no hubo remedio, el doctor hizo de las suyas, y mi madre se murió y á mí me hizo nacer. ¡Madre mía! ¡qué humanos son los médicos! han pasado desde entonces muchos años y no he olvidado nunca el favor que me dispensó la ciencia. Ya conozco esta vida. Mi cuerpo fatigado de sus placeres espera descansar pronto en las cuatro tablas de un ataúd; y una almohada de mármol para mi abrasada sien, es el solo deseo de mi corazón! Si el destino del hombre es el sepulcro, ¿qué mejor sepulcro que el seno de una madre?

CASTOR.

## LOS DOS AÑOS.

(RECUERDOS Á UN AUSENTE.)

Voy á dirigirte á tí, oh caro amigo del alma mía, y no sé cómo referirte lo que en este momento indefinible experimenta mi corazón. Semejante al poeta que teniendo en sus manos el arpa de sus sueños, no sabe espesar las impresiones de su mente, y se pierde en vagas y descoloridas armonías que solo alcanzan á reproducir alguno de sus suspiros, quiero yo con el instrumento divino de la palabra, rudo é insulicente en mi poder, dar forma á las confusas ideas que envuelven mis facultades, cuando al sentir resbalarse á la eternidad el año que acaba de morir, y al columbrar la aurora del que le sigue en el círculo de los tiempos, me acuerdo de tu amistad que tanto me vivifica, y te busco en vano por mi rededor.

Y no te estrañes de mi lenguaje vago y solemne por demás, en comparacion del sencillo y descuidado que siempre ha sido el intérprete de nuestros sentimientos. Harto comprendes, tú que tienes un corazón grande de poeta, harto comprendes el inexplicable misterio de ciertas horas de recogimiento y de aspiracion, en que el alma, que no acierta á darse cuenta de sí misma, responde á una impresion desconocida, semejante á la campana que en la oscuridad de la noche es herida por una mano invisible. Yo, como el pintor que copia las inspiraciones de otro artista, debo tratar de reproducir el original que tengo ante mis ojos; y pues el que veo está velado en una tinta general que no permite á las ideas destacarse con entera precision, tendrán que ser vagas y misteriosas mis palabras, en aproximado reflejo de mis pensamientos.

¿No comprendes tú como yo que nazcan estas estrañas fantasías, que se sientan estos sacudimientos íntimos en un alma jóven y apasionada, al meditar en el punto de union de dos años que se tocan y se rechazan, al verse colocada como en el limite de dos eternidades?

No, no es un acontecimiento sin importancia, propio para herir solamente el alma tímida de ciertas personas que son en la vida como lá sensitiva en los campos, la primera hora de un año que viene á llamar á nuestra alma. cuando casi puede decirse que resuenan todavia las postreras del que acaba de espirar en el vacío de la nada. Mas de un corazón rudo y fuerte, de esos corazones que parecen nacidos para ser siempre dueños de sí mismos, mas de uno tiembla en semejantes circunstancias, sin saber definirse las varias sensaciones que le embargan. Esto es por ese hilo invisible que une á todos los hombres haciéndolos uno solo; por ese principio comun que todos llevamos como en germen, y que solo se manifiesta realmente en aquel poder invencible de quien decía el gran vate del Lacio que pisaba á su vez:

*Pauperum tabernas, regumque turres.*

Estamos tan acostumbrados á devorar nuestras ideas, que no parece, en la priesa con que pretendemos salir de unas para apoderarnos de otras nuevas sino que á ninguna damos importancia, y que carecen de valor á nuestros propios ojos. ¿Por qué, pues, querer desechar los pensamientos que inspiran el año nuevo por cuyas puertas entramos, y el año viejo que nunca mas veremos, como si nada simbolizasen, como si nada dijese al corazón de la humanidad entera? Si se me quiere decir que tal diferencia entre ambos no existe realmente porque los años son una medida de tiempo convencional adoptada por el hombre mismo, responderé que estas impresiones de que hablaba no nacen de un

guarismo mas en el número de la vida, sino de que solo en tal momento se echa de ver, á efecto de la misma forma con que hemos revestido al tiempo, el troyel de nuestros días, que para siempre se van perdiendo, llevándose consigo muchos bienes desconocidos que hubieran podido hacer nuestra felicidad.

¿Qué significa la estraña asociacion y disociacion de esos dos seres increados, cuando tanto influye en la poderosa imaginacion del hombre?

Del mismo modo que suele, conforme va adelantando en su camino, recordar lleno de dolor y de placer sus pasadas edades, el mancebo su infancia, el hombre su juventud, el anciano su virilidad; del mismo modo, al sentir la última pisada del año que termina su viaje, empieza á renovar las marchitas ideas que en su memoria dormían, alegrándose las mas veces de sus pasados dolores, y entristeciéndose suavemente por sus gozadas alegrías. ¡Es tan agradable el culto de los recuerdos!

Enciérrase entonces en su memoria como en un santuario para conversar siquiera un momento con aquellas imágenes fugitivas que acabarán pronto por desvanecerse. Conoce que el nuevo periodo de su existencia que ya le llama, le traerá en mayor número pesares que combatir, y goces que poder hacer suyos, y trata de consagrar á las dichas que se disipan, algunas horas mas de recogimiento. Si, la vida es una progresion continua de males y bienes; y no solo por esto, sino porque lo pasado se pierde en las sombras del recuerdo, la nueva perspectiva que cada año le ofrece, tiene mas imperio sobre él, y concluye al fin por hacerle olvidar todo lo que ya no es, para entregarse de lleno á lo que pronto debe de ser. Así su alma, dirigiéndose al primero, esclama copiando el acento de la poetisa:

«Adios, el que caminas  
á hundirte en lo pasado:  
mis ojos con tristeza  
te ven desaparecer;»

.....

mas viendo ante sí el impenetrable secreto del que le va á seguir, y sospechando que tal vez sean menos sus dichas futuras que las que en tal instante lamenta ya pasadas, vuelve á añadir con mayor desconsuelo:

«Ay! tal vez mas ingrato  
el año venidero,  
me hará con triste envidia  
tus horas recordar;  
que siempre mas agudo  
es el dolor postrero,  
y es siempre mas amargo  
el último pesar.»

Lleno de estos fecundos pensamientos, tan estériles é impotentes expresados por mí, me he puesto á dirigirte estas líneas, recordando tu vida y la mía pasadas, y queriendo descorrer el velo que oculta la porvenir.

Tú y yo somos semejantes á dos viajeros, de los cuales uno cansado ya de recorrer el áspero camino que creia conducir á la felicidad, se sienta desconsolado, si bien con la esperanza de que recoradas sus fuerzas con el descanso, podrá comenzar de nuevo su marcha por otra senda mas cierta y menos desapacible; y el otro, entrando por primera vez en un terreno halagüeño cuanto desconocido, camina con viva ansiedad como si fuera á tocar el apetecido término de sus deseos. ¿Conseguiremos acaso lo que anhelamos, esa dicha indefinible, que semejante al *deus ignotus* de los antiguos, no está revestida en la tierra para nosotros de forma alguna, y que sin embargo existe mas ó menos lejana, pues que tan enérgicamente nos la atestigua nuestro corazón?

Ambos respiramos en la juventud, y sin embargo se puede decir que tú estás en su tarde, si yo me encuentro en su mañana. Y ve aquí por qué tiene para nosotros tanta significacion un año mas caido en el espacio en que se reducen todos á la nada. En la presente sociedad se suceden con tanta rapidez nuestras ideas, son tan multiplicados nuestros goces y dolores, que vivimos en un año lo que en eras mas apacibles y sencillas se vivía en un lustro. ¡Cuánta experiencia no atesoras tú mas que yo, tan solo porque tuviste la fortuna ó la desgracia de nacer unos pocos años antes!

Recuerdo tu juventud, que es como el año pasado de tu vida, y la veo erizada de espinas: recuerdo mis pasados días, que son tambien como el último de la mia, y los veo mas serenos que los tuyos; pero después que miro hácia adelante, después que trató de ver en el fondo de lo que está por venir, se trueca la perspectiva, y tu existencia me aparece llena de la paz del cansancio y del descanso, y la mia agitada con las vicisitudes del dilatado camino que en alas del entusiasmo y de la pasion tengo á mi vez que recorrer. ¿Y esto por qué es así? Esto es porque en la juventud, edad de oro del mortal, está contenido un

doble gérmen de mal y de bien, los cuales tienen forzosamente que producir y dar sus frutos, fecundados al calor de su propio corazón. Tú que en poco tiempo la recorriste ya, has recogido los bienes y los males que en sí lleva; yo que estoy empezando á cruzarla, no puedo menos de pagar también mi tributo, y de prepararme á gozar de sus brillantes alegrías y de sus extraños padecimientos.

¡Dos años! ¡Si tú supieras cuántos sueños desvanecidos, cuántas dichas inesperadas ha tenido mi corazón en el que acaba de trascurrir!

Recuerdo muy bien que cuando comenzaba el anterior entré en sus dominios con paso firme y decidido, y animado por una multitud de risueñas esperanzas, que parecidas á una bandada de blancas palomas, veía yo revolotar por el cielo de mi imaginación. La secreta alegría que entonces me causó su vista se fué disipando insensiblemente al compás del tiempo que pasaba; y solamente de aquella multitud de tímidas aves, alguna que otra quiso bajar á reanimar con sus arrullos el desconsuelo de mi alma. Ahora que empieza un nuevo vuelo á ver

otras muchas que vienen á lisonjearme, si bien noto con cierta tristeza que no son en tanto número como entonces; al modo que entonces también lo fueron ménos que el año anterior. No parece sino que día por día el espíritu se va cansando de alimentar quimeras que sospecha no ver realizadas; no parece sino que presente que después de tanto anhelar y combatir por una dicha que se le escapa aquí bajo de entre las manos, ha de venir á reconocer su delirio en haber adorado profanos ídolos que á la larga han de ser derribados de sus pedestales.

En este año pasado, ó mejor dicho, en la mayor parte de mi vida hasta el presente, he aprendido muchas cosas duras para la juventud, pero no por eso menos ciertas. Son enseñanzas costosas que no se adquieren sino con lágrimas.

Para pagar el primer tributo indispensable á la edad, del cual no puede eximirse nadie que sienta palpitar un corazón generoso y lozano, abrí mis ojos ante la muger, y creí ver en ella el cielo de mis esperanzas. ¡Qué purísima felicidad soñó mi fantasía ver realizada



(Palacio de la Minería en Méjico.)

entonces! Era una nueva perspectiva la que descubría; era un dilatado horizonte, que semejante á un mar sin riberas, se presentaba de repente ante mis ojos asombrados. El amor, esa divina cadena que enlaza el cielo con la tierra, llevome atado con flores á su carro de triunfo. Su llama poderosa que abrasa al jóven, devora al hombre y enloquece al anciano, abrasó mi corazón. Lleno de un afán sin límites, empecé á prodigar mi incienso y mis adoraciones; pero no fueron comprendidas, ó fueron menospreciadas, y entonces, despertado de mi delirio por el dolor, conocí que había adorado ídolos, y que como tales no podían recompensarme locos sacrificios que no merecen ser formados de la tierra como nosotros. Y no quiero citarte esto como un acontecimiento extraordinario y digno de referirse: al fin no fué mas que uno de tantos poemas de dolor, uno de tantos dramas desconocidos como llenan la vida. Te lo digo únicamente porque he hecho la observación de que á casi todos los hombres y á casi todas las mugeres les ha sucedido alguna vez lo mismo, y este fenómeno significa mucho en el ser de la humanidad. Porque en efecto, si posible fué penetrar en el santuario de todos los corazones, ¿no crees tú que encontraríamos en casi todos los que comprenden tan divino sentimiento alguna historia secreta, algún recuerdo doloroso, al menos de ilusiones disipadas, palabras vendidas, ofrendas inútilmente prodigadas?

Y esto, ¿á qué se debe? ¿Qué sello de dolor lleva impreso en su rostro el mortal que para tocar una felicidad haya de pasar antes por tantas amarguras?

Cuando el amor no ha satisfecho al hombre, á lo menos con toda la plenitud á que aspira y que entrevé, corre á la amistad como á un sentimiento mas apacible, si menos seductor ante sus deslumbrados ojos. Yo también, lo mismo que los demás, corrí á ella ansioso de llenar el vacío de mi corazón. Entonces vi que era en el mundo mas rara el amor; no porque deje de haber almas generosas que la comprendan, sino porque escarmentado por sus anteriores desengaños, que son casi inevitables, está el hombre menos dispuesto á perdonar las faltas de los que hace objetos de su cariño; y porque algo tocado del egoísmo de su bien, no se halla ya tan dispuesto á prodigar sacrificios que sospecha ver pronto ó tarde mal pagados. Abiertos sus ojos por el dolor, nota hasta la mas ligera falta de sus hermanos; y este sentimiento suspicaz es un principio de disolución que rompe con frecuencia los lazos que le unen á la mayor parte de aquellos á quienes ha dado el grato nombre de amigos.

Aquí también, al recordar que he tenido que sufrir amargas decepciones de seres fraternalmente amados, considero del mismo modo que al hablar del amor, cuán pocos hombres habrá que no hayan la-

mentado desamparos y falsías de parte de aquellos con quienes dividieron sus duelos y sus felicidades. Tú mismo que eres tan bueno, yo mismo que me quejo con tal amargura, ¿podremos afirmar que siempre hemos correspondido á las personas que mas nos han amado? Sabido es que por lo regular todos nos inclinamos á devolver finezas por desvíos, á pagar el olvido ó la indiferencia con cariñosas demostraciones. ¡Qué imperfectos son todos nuestros sentimientos!

Pero observo que si voy á hablarte aunque no sea mas que ligera y vagamente de las muchas esperanzas burladas que cuenta el hombre en su pasado, y de las que, como parte de la humanidad, me ha tocado á mí un poco del desencanto, habré de necesitar mas acierto que el mío, y mas espacio que el que consenten estas descuidadas observaciones. A hacerlo, te hablaria de la reputacion, de la gloria; de esos dos brillantes nombres que como soles purísimos resplandecen á los ojos de la juventud, y que resuenan en sus oídos como ecos de un lenguaje celestial que no comprendemos. También ha habido en mi pasado sublimes quimeras y ardientes aspiraciones; pero no porque hayan sido vanas para mí, sino porque al tocar de cerca á algunos mortales á quienes habia visto desde lejos velados en una aureola de gloria, creyéndolos felices, siendo cuando menos tan desdichados como los demás, me he preguntado á mí mismo: ¿Es un bien ó un mal la gloria humana? ¿Existe realmente?

Estas y otras muchas penas que he sufrido hasta aquí, que considero como del año que ha pasado, mezcladas con algunas lisonjeras alegrías; estas y otras interiores vicisitudes que comprendes mejor que yo por haberlas experimentado todas, no son bastantes á sofocar la esperanza que brilla en mi mente, como si se hubiera de cumplir en el año en cuya aurora nos encontramos. Por muchas amarguras que padezca el alma, ¿quién es capaz de borrar en ella esta consoladora palabra escrita sin duda por la mano de Dios? Todas las ilusiones que he visto disipadas, todos los castillos que se me han derrocado á leves soplos, no son nada para mí con tal de realizar alguna de las lisonjeras ideas que cruzan por mi fantasia, y que ya me parece tocar en mi fascinacion.

¿No es esto porque el alma va llevada entre los vaivenes de la vida á una fruicion desconocida y soberana que está fuera del alcance de su imaginacion?

Tales son, aunque mal espesados, algunos de los pensamientos que se me ocurren al dar el último adiós á un año que tantas cosas nos arrebató, y al saludar por primera vez al que tanto nos promete. Pero ¿no nos debe servir por ventura de ninguna enseñanza esta misma meditacion natural que nos inspiran los presentes días?

Creo que sí, y me parece que no desconocerás que debe refrenar lo violento y estremado de nuestros deseos, si nos acordamos de cuantos nos hemos visto arrastrados en otros días, consumidos al fin en la mas estéril impotencia. Todas nuestras reglas de vida están contenidas en esta. Si el amor, la amistad, la gloria, la felicidad, están animados de su espíritu, no son entonces una mentira. ¡Ojalá cuando empiece á brillar el primer sol del año que seguirá á este, podamos con nuestra paz mostrarnos ricos frutos de la experiencia que nos ha legado el que acaba de desaparecer!

ANTONIO ARNAO.

## PALACIO DE LA MINERIA EN MEJICO.

El palacio de la Minería, cuyo grabado tenemos el gusto de ofrecer hoy á nuestros suscritores, es uno de los mas bellos edificios de la capital del que fué imperio de Motezuma. Aunque ha padecido bastante su parte exterior en los repetidos sacudimientos revolucionarios que ha presenciado la ciudad de Méjico, pues su situacion lo ha hecho considerar siempre como un punto estratégico importante, se conserva sin embargo en un estado, que en vano echamos de menos en otros edificios públicos mucho mas modernos de nuestro pais.

En dicho palacio se hallan establecidas las escuelas especiales de minas de la República, los obradores de ensayos y copelaciones, y todas las oficinas de cuenta y razon relativas al que siempre fué, en tan desgraciado pais, el principal ramo de la riqueza general. A él se llevan, después de fundidos los minerales que se extraen del suelo de la República, por cuenta del gobierno, y en sus espaciosos almacenes se encuentran las mas variadas, abundantes y ricas muestras de los tesoros que en la época de la conquista descubrieron los españoles.

Las operaciones de toda clase del célebre palacio de la Minería se hallan al presente poco menos que paralizadas, á consecuencia de las revueltas intestinas que trabajan sin descanso el sosiego del territorio mejicano.

## EL JUSTICIA MAYOR DEL REY.

Era el oficio de los mas principales del reino, y de mas autoridad que los de camarero mayor del rey, almirante mayor de la mar, guarda mayor del rey, repostero mayor y adelantado mayor y notario mayor, por cuya razon el justicia mayor confirmaba antes que estos los privilegios rodados, poniendo su nombre al pié de la rueda é inmediato á ella, unas veces con titulo de justicia mayor en la casa del rey, ó de la casa del rey, ó en casa del rey, ó de casa del rey, y otras con el de justicia mayor del rey.

De lo que llevamos dicho se deduce que el citado oficio constituia dignidad ó prerogativa de Rica-hombria, porque los privilegios rodados solo los confirmaban los reyes, infantes, duques, condes, ricos-hombres, maestros de las órdenes, arzobispos y obispos, como dispone la ley 2.<sup>a</sup>, partida 5.<sup>a</sup>, titulo 18.

La jurisdiccion del justicia mayor se estendia á todo el reino, y en todo él podia proceder de oficio y á pedimento de parte contra los malhechores, y castigarlos segun la calidad de sus delitos. Nombra alguaciles mayores para todas las audiencias, consejos y chancillerias, y los por él nombrados ponian alguaciles menores, carceleros y otros oficios para la buena administracion de justicia. Traia vara levantada en todas las ciudades y villas, y algunas veces concurría en persona á la captura de los reos, siendo de mucha graduacion. Así vemos que la del desgraciado condestable D. Alvaro de Luna se ejecutó con intervencion de D. Alvaro de Zúñiga, duque de Plasencia, como tal justicia mayor. De esta prision hace mérito Doña Teresa de Zúñiga, duquesa de Béjar, en cierta protesta que hizo en razon de dicho empleo que estaba vinculado á su mayorazgo de la casa de Béjar con licencia y aprobacion de los reyes: *por muchos y señalados servicios, dice, que hicieron á los dichos reyes Diego Lopez de Zúñiga, primer fundador de dicha casa, y el conde D. Pedro, su hijo, y el duque Don Alvaro, su nieto, en la prision que como tal justicia mayor hicieron á D. Alvaro de Luna, maestro de Santiago, é condestable de Castilla, é conde de Santiesteban, el cual prendió, é después fué degollado; la cual prision en aquellos tiempos ninguno otro se atreviera á hacer.*

El justicia mayor tenia de racion ochenta maravedis (1) cada dia, y de salario, sueldo ó quitacion, setenta y cuatro mil seiscientos setenta y seis por año.

Tales eran las prerogativas de un destino tan importante, que hace ya muchos años fué suprimido, perteneciendo por lo tanto solo á la historia.

REMIGIO SALOMON.

## EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Ni es su luz la del mundo, ni sus dias.  
Marcados por el sol, con el sol mueren!  
¡No la alegran mundanas alegrías!  
¡Las tristezas del mundo no la hieren!  
¡Y aquellas mas impías  
Horas, que al mundo mas dolor trajeren,  
Ser pueden para el alma, de contento  
Horas de amor en su divino asiento!

¡Sea esta de abandono  
Hora presente para mí, tornada  
En hora alegre de cariño! ¡Sea!  
¡Suba el alma á su trono,  
Y en él se goce, con su hermana amada  
Viviendo junta, y en la misma idea!

¡Que á mi alma, obediente,  
Se abra á una nueva y milagrosa aurora  
El seno del Oriente!  
¡Que refresque mi frente

(1) El maravedí valia poco mas de siete cuartos de nuestra moneda si era nuevo, y si viejo el duplo.

El húmedo suspiro de las flores!  
Sonó en mi alma del cariño la hora,  
Vierta en el mundo claridad y amores!

¡Ven, alma amiga, ven! Al pensamiento  
Ultimo que movió tu inteligencia,  
Yo daré la espresion, mágico el viento  
Con sonora cadencia,  
Convertirá en palabra el sentimiento.  
¡Yo escucharé y olvidaré tu ausencia!

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Con los cansados ojos  
Levantados al cielo, ya del llanto,  
Ya de cólera rojos,  
La pobre madre, en tanto  
Que nuestro Adán confuso la miraba,  
Maldiciones ó rezos murmuraba  
Al fin del sexto canto.

Y luego que del pecho  
Así templó la agitacion, deshecho  
Otra vez su dolor en llanto puro,  
Corrió abundante hasta regar el duro  
Ultimo y pobre lecho,  
De oscuros y tristisimos ladrillos,  
Donde á la luz de cirios amarillos,  
En un ataúd fúnebre dormía  
Su último sueño la infeliz Lucía.

¡Su último sueño!... ¿Adónde  
Hoy la fuerza se esconde  
Que ayer sus ojos á la luz abría?

¡Los ojos!... ahí estan!... el mismo velo  
De pestañas finisimas los viste!...  
¿Quién tornó en funerario terciopelo,  
Su enamorada sombra? ¿Por qué, triste,  
Muger hermosa, una honda pena inspira  
Tan bella perfeccion al que hoy te mira?...

¡La belleza!... ahí está!... La forma hermosa  
Conserva puro su ideal contorno!  
¿Qué antipática niebla misteriosa,  
Llorando de ella en torno,  
Infunde al corazon glacial desvío,  
Y en vez de anhelo amante y de ternura,  
A la vista del goce y la hermosura,  
Le hace sentir recogimiento y frío?...

¡Ah, en el último sueño, no, no duermes  
El genio del amor y la belleza!  
Muere el ingrato, y á la forma inerte,  
Con impía aspereza,  
Espone, abandonándola, al embate  
Mortal, de ese veneno  
Carcoma de lo bello, que en el seno  
De la materia miserable, late!

¡La pobre forma hermosa! ¡Ay triste! ¡Aquella  
Purezza tan cuidada, aquel concierto  
Blando, de diferencias y armonía,  
Caricia de la línea, tan bella!...  
¡Aquel seno de vida y luz, abierto  
Del alma á la admirada simpatía!...  
¡Promesa tan feliz de eterna gloria!...  
¡Copa divina que del cielo encierra  
El sentimiento puro y la memoria  
Y se los brinda á la sedienta tierra!...

¡Abandonada se verá?... ¡En despojos  
De fealdad, su encanto convertido!...

Y sola!... que de horror la habrán huido  
Sus amantes, los ojos!...

¡Pobre Lucía y sin calor! Ahora  
Aun brilla en ti esa luz que el alma llora,  
¡Misteriosa centella  
De ternura y dolores!...  
Que anima el rostro frío y sin colores,  
De alguna triste que murió de amores,  
Muger querida, abandonada y bella!...

¡En cuán breves instantes  
Se apagará tambien, dejando oscura  
Por siempre á la hermosura  
Gérmen de amor y claridad en antes!...

La desdichada madre y sin consuelo,  
Seca ya de las lágrimas la vena;  
Ya estática y serena  
Clavaba en su hija una mirada loca,  
Ya se arrojaba al suelo,  
Y el amado cadáver, con la boca,  
Por besarle con ansia, acariciaba,  
Dando un nombre querido  
A cada hechizo amante y escondido  
De la hermosa hija suya, que besaba.

Adán en tanto, con el alma absorta,  
Presiente con horror, cual monstruo impio,  
Un sentimiento que se pierde, aborta  
Para ocupar el corazon vacío.

De hondísima afliccion, á su mejilla  
Una lágrima brota, sola y lenta:  
La compasion, en su mirada brilla,  
A escena tan cruel, muda y atenta.

La madre triste, agradecida al grave  
Dolor de aquel hermoso rostro amigo,  
Se echó al fin en los brazos  
De tan tierno testigo  
De su cuita, y Adán á sus abrazos  
Lleno de afecto se prestó siave.

¡Hay un Dios en el cielo,  
Decía la infeliz, hijo del alma,  
Que este instante de calma  
Que me das, compasivo, y de consuelo,  
Bendice como yo! ¡Bendito seas  
Tú que en mí, tan indigna criatura,  
Como un ángel de Dios tanta dulzura  
Y tanta buena caridad empleas!

¡Oh! ¡sé bueno hasta el fin, yo necesito  
Hablar de mi dolor, hablar de mi hija!...  
¡Hallar un corazon blando y bendito  
Que con mi pobre corazon se afija!

¡El ángel de mi guarda, aquí á mi lado  
Te envía á tí, buen jóven, en esta hora,  
Porque ve cómo paga y cómo llora  
Esta pobre muger lo que ha pecado!

- (1) ¡Ven mas cerca de mí, mas cerca... ahora!...  
¡Tú eres, oh jóven, mi mejor consuelo  
¡Triste del alma cuando sola llora!...  
Tú aun no has probado tan amargo duelo!

(1) Las ocho octavas que van en letra bastardilla, son acaso los últimos versos que escribió Espronceda. Son las únicas que, gracias al cuidado de un cariñoso amigo que las guardaba, he podido hallar, de algunas, no muchas, que pudo escribir Espronceda en sus últimos últimos días, principiando este canto, del cual no habíamos hablado, y que al tiempo de nuestra separacion tenia solo dos octavas, ajenas del todo á la historia de Lucía. A los once dias de mi salida de Madrid, murió Espronceda. El cariño es supersticioso y expansivo; ahora va á saber el lector el motivo de estos detalles y de esta nota. Concluída ya mi continuacion, cuando he encontrado este fragmento, he podido introducirle en el texto, sin quitar ni poner una letra en los últimos pensamientos del amigo querido, ni en los versos míos. Esta perfecta y misteriosa simpatía en la intencion, es para mí un gozo intimo inesplicable, que no será turbado en lo mas leve, por la idea que me asalta de la diferencia traidora que ha de nacer y alimentarse en el desempeño de la obra. No es el, por propio, es el cariño la inspiracion de mi canto, que mas que al público, va dirigido en ofrenda á una sombra mas santa y mas querida de mi corazon que la de la gloria.

*¡Ojalá que con mano veladora  
Tus pasos guíe providente el cielo,  
Y nunca aislado en tu dolor profundo,  
Solo te mires en mitad del mundo!...*

*¡Solo!... ¡Si tú supieras qué amargura  
Esta palabra encierra, llorarías!...  
Mi abandono, mi mal, mi desventura  
Y mi inmenso dolor comprenderías!...  
¡A esa gente que en torno se apresura,  
Qué le importan jamás las penas mías!...  
¡Solo está el corazón, blasfeme ó llora,  
Maldiga á Dios, ó su piedad implora!*

*¡Y yo mas sola!... Que el que á mi me vea,  
A mí, maldita, á mi, ciego del mundo,  
Segura estoy de que en mi pena crea,  
Ni compadezca mi dolor profundo!...  
¡No me verá ninguno, sin que sea  
Para tratar como á animal inmundado,  
A esta pobre muger, que esconde herida  
Un alma solitaria y dolorida!...*

*¡Dame tu mano, déjame, hijo mío,  
Que la bañe en mi llanto y que te mire,  
Y te llame mi hijo, y que en mi impio  
Tormento, contemplándote respire!...  
¡Tú eres bueno, tú lloras, y desvío  
¡Ah! no me muestras, deja que delire  
Y me llame tu madre; y no te infame,  
Que una muger tan vil, su hijo te llame!...*

*¡Quién eres tú, que á descifrar no acierto,  
Jóven, de tus palabras el sentido!  
¡Cómo presumes tú dar vida á un muerto,  
Ni hablar con Dios, si el juicio no has perdido!...  
Si en medio á tu lenguaje y desconcierto,  
No respirara un corazón herido,  
Crejera acaso que con burla impía  
Viniste aquí á mofar de mi agonía!...*

*¡Ah! ¡que estoy ya tan avezada á eso!...  
¡A causar risa con mi amargo llanto!...  
¡A llevar sola y de continuo el peso  
De mi arrastrada vida y mi quebranto!...  
¡A ser juguete vil, del que en su exceso  
Desprecia y escarnece dolor tanto!...  
¡Que si tu voz de mi también mofara,  
Ni me doliera mas, ni me estrañara!...*

*¡Ni qué burla tampoco ya podría  
Herir mi alma de amarguras llena!...  
¡Ahora que agota en mi la suerte impía  
Su rabia, y la esperanza me envenena!...  
Ahora que te perdi ¡dulce hija mía!  
Habrá pena tal vez que sea pena,  
Ni otro mayor pesar, ni otro quebranto  
Para tu madre, que te amaba tanto!...*

*¡Oh, no! ¡ninguno!... que, ningún tormento  
Cabe en mi pecho ya, ni nunca impio  
Sentimiento, igualó á mi sentimiento,  
Ni otro ningún dolor, al dolor mío!...  
Mas, tú lloras, oyendo mi lamento,  
Lloras mirando su cadáver frío!...  
¡Dios te bendiga, oh jóven, que la queja  
Oyes piadoso, de esta pobre vieja!...*

*¡Escúchame por Dios! tu piedad nueva,  
Si ni mi mal, la inmerecida suerte  
De esa niña infeliz, que se me lleva  
De entre estos brazos débiles, la muerte!*

(Continuará.)

## LOS GUAJIROS.

Una vez puesto en camino, el guajiro va de ingenio en ingenio, de cafetal en cafetal; vende sus frutos, cobra sus fondos, y vuelve á comer con su familia un excelente ajíaco acompañado de bananas

y fritas y otras legumbres; acabada la comida, le traen una baraja y granos de maíz que le sirven de fichas, y juega con sus compañeros y vecinos, saboreando mientras la partida delicados cigarros elaborados por su muger, por su hija ó por su querida. Cuando se cansa de jugar, monta otra vez en su caballo, y se dirige acompañado de sus dulces pensamientos, iluminados por los últimos rayos del sol, á la puerta de su guajira, la cual, vestida de blanco y con una flor colocada con coquetería sobre su oreja, le acecha, le mira y le sonríe desde lejos.

Lo que mas quiere el guajiro, después de su amada, es su caballo y su machete. El uno es el alma de su vida vagabunda, el que le conduce al baile, á los reñideros de gallos y á las citas de amor. El machete es, además de un objeto de lujo, un arma indispensable para su defensa; porque el guajiro riñe muchas veces en singular combate con sus rivales al salir del baile, con los ladrones y con las jaurias de perros que encuentra en el patio de su amada.

El baile de los guajiros es sencillo y ardiente como su vida; dos personas, hombre y muger, empiezan este baile, que consiste en un paso sencillo marcado enérgicamente de tiempo en tiempo por patadas en el suelo, que llevan el compás de la música, que es tambien muy sencilla y cadenciosa. ¡Cuánta pasión hay en los ojos y en las actitudes del guajiro! ¡qué agradable sencillez en las posturas de la guajira! Sus manos sostienen ligeramente por ambos lados los pliegues de su vestido echándolo hácia adelante. El guajiro, con los dos brazos atrás, con la muñeca izquierda agarrada con la mano derecha, los ojos vivos y la actitud fiera, se adelanta hácia la muger, que se va retirando hasta que al fin la alcanza; entonces finge retirarse, y es perseguido á su vez por su compañera, hasta que al fin se juntan y el baile toma un carácter delirante que dura hasta su conclusion. Los bailarines no se detienen nunca hasta que los espectadores observan su cansancio y son reemplazados por otros; pero los primeros no dejan de bailar sino uno después de otro á compás, y sin que la música cese. Por lo general, el hombre es reemplazado muchas veces antes que la muger.

Para hacer una declaracion de amor, el guajiro lia una sortija en alguna décima, y hace de manera que el objeto de su amor se la encuentre debajo de la almohada. Si la jóven aparece por la mañana con la sortija en el dedo, el amante se cree correspondido, y desde entonces se ocupa exclusivamente de ella, y pasa muchos dias y noches cantando debajo de su ventana hasta que ella baja á abrirle la puerta; es necesario advertir que á veces se lleva noches y noches cantando, sin conseguir ni este pequeño favor.

Después de sus queridas y de sus caballos, lo que ocupa mas exclusivamente al guajiro son los gallos y los perros. La belleza de los primeros, y la esperanza de verlos un dia vencer á sus rivales en la lucha, le llenan de orgullo como si fuesen sus compañeros; y cuando tiene su gallo favorito en las manos, cuando le abre el pico para ver si su lengua es sonrosada, cuando prueba la fuerza de sus espolones en sus propias manos, es necesario ver su sonrisa de triunfo para convencerse de la importancia que da á esta diversion. El guajiro cuenta la genealogía de su gallo, la pureza de su sangre, las proezas de sus abuelos, su educacion y la certidumbre que tiene de que el animal ha de vencer á su contrario. En seguida monta á caballo con todo el ardor del sol, con su quita-sol en una mano y su gallo en la otra, y se marcha alegremente á la pelea, que suele ser á cuatro ó cinco leguas de distancia.

El hombre salvaje tiene frecuentemente por auxiliar á la raza canina; porque allí donde la ley es la fuerza, el perro es una salvaguardia, no solo contra la ferocidad de los animales, sino tambien contra los ataques de los hombres. En el interior de la isla de Cuba se encuentran manadas de mastines aguerridos y temibles: así es que el guajiro se hace seguir de su trailla á los desiertos para defenderse, librando con ella unas veces su vida y esponiéndola otras por salvar la de los perros.

El montero ó guajiro de Cuba tiene los mismos instintos y el mismo valor indómito y salvaje que el de los abrasados hijos de los desiertos del Africa, aunque suavizados por todo lo que hay de dulce, tierno y poético en el carácter criollo. Se encuentra en ellos el ardor entusiasta y la galantería caballeresca de los africanos; pero modificadas estas cualidades por la indolente alegría, la dulzura de costumbres y de temperamento que la hermosura del clima, unida á la prodigalidad de la naturaleza, inspira á los habitantes de aquella tierra de promision.

En Puerto-Rico y en otros puntos de América, llaman gíbaros á estos monteros; pero su traje, costumbres é inclinaciones varían muy poco, cualquiera que sea el punto de su naturaleza.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





EL CANCELLER L'HOPITAL,  
EN LA NOCHE DE S. BARTOLOMÉ.

El canceller Miguel de l'Hopital dimitió su cargo en 1569. «Tengo, escribía á Catalina de Médicis, sesenta y cinco años cumplidos, muger, una hija, yerno, y nueve nietos; además, muchos fieles criados, á quienes no puedo dejar perecer de hambre: una torre de mi palacio está arruinada: si V. M. por razones de estado cree que no debe ayudarme, tendré paciencia, pues esto no es difícil ni largo en mi edad.»

Cuando ocurrieron los desastres del día de S. Bartolomé, se hallaba el canceller en su castillo de Vignay, situado en las cercanías de Etampes. Toda su familia se le habia reunido, menos su hija, Madame Huraut de l'Hopital, que estaba en París y que debió la vida á la viuda del duque de Guisa.

Un populacho furioso rodeó su casa, y sus criados se vieron al punto presos y maniatados. El canceller creyó llegada su última hora, y se resignó á la muerte sin violencia. Algunos amigos quisieron armarse y rechazar á los asesinos, pero él les dijo:

—Deteneos, y si no basta para que entren la puerta pequeña, abrid la principal.

Entre tanto se divisaba desde el castillo de Vignay una partida de

hombres á caballo, que corria á todo escape por la llanura. ¿Eran defensores ó nuevos asesinos? De todo se dudaba en aquellas circunstancias. Llegó la partida por fin; hizo que se retirasen los primeros agresores, y se estableció en el castillo como una salvaguardia enviada por la reina. Aquellos hombres dijeron á l'Hopital que nada tenia que temer su familia, y que á él mismo se le perdonaba el celo que habia manifestado en favor de los herejes.

—Ignoraba, contestó el canceller, que yo mereciese la muerte ni el perdón.

Tal es el objeto del cuadro espuesto este año por Mr. Decaisne, y que damos en grabado á nuestros suscritores. El talento elegiaco del autor ha debido violentarse para presentar esta escena de turbulencias populares. Ha reservado su energia para la cabeza del canceller y la de su yerno Huraut, señor de Belesbat, y que aparece en pié detrás de la silla. Su corazon sin embargo desfalece á la vista de aquella muger y de aquellos niños, y por eso los encubre algun tanto.

El cuadro es magnífico en su composicion; las figuras están bien agrupadas, y la ejecucion es brillante.

## LA CAPA ROJA,

## CUENTO NOCTURNO.

Era de noche y se acercaba el fin del otoño: un viento frío, que rugía á través del follaje, anunciaba la proximidad del invierno. Impaciente yo por llegar al rincón de mi hogar, aguijaba á mi caballo, no acordándome de que el pobre animal había andado todo el día sin descansar mas que una sola vez.

Había caminado mucho tiempo por un campo raso, y entonces se me presentó una senda pedregosa: seguila, y no tardé mucho en hallarme metido en un bosque, á cuyo lado se levantaba una colina, en cuya cima descubrí una horca muy alta, de la cual estaba suspendido por una cadena el cadáver de un criminal.

Confieso sin rodeo y tal vez con rubor que soy algo supersticioso; ¡ójala que esta confesion me valga alguna indulgencia! Con el fin de salir de aquel paraje fatal antes que la noche me envolviera completamente en sus tinieblas, puse mi caballo al galope.

Alzabase la luna, y su pálido y misterioso resplandor iluminaba tristemente mi camino. Aun no hacía un cuarto de hora que había perdido de vista el objeto de mi terror, cuando oí á cierta distancia el rumor de un caballo que se acercaba galopando á mi espalda, y en este momento comencé á sentirme penetrado de un frío extraño y glacial.

Eché los botones de mi chaqueton sin encontrar consuelo; puseme alrededor del cuello el pañuelo del bolsillo, y creyendo que el ejercicio disiparía esta nueva incomodidad, metí espuelas con mas fuerza. Pero yo continuaba helado, y á pesar de la estremada velocidad de mi cabalgadura, oía sin cesar detrás de mí el mismo rumor que había herido antes mis oídos. Miré á todos lados sin descubrir alma viviente; pero en una revuelta de la senda percibí un caballo tordo montado por un hombre alto, flaco y seco, de puntiaguda nariz, cara pálida y melancólica, cuyos párpados eran tan largos que parecia dormido. Chaqueta blanca, sombrero adornado con pluma encarnada y jubon negro, componian su vestimenta. Lo que mas en él me sorprendió fué que llevaba la camisa abierta por delante y el cuello enteramente desnudo.

Cabalgamos algun tiempo á la par sin que aquel ente extraordinario volviese la cabeza para mirarme. Yo no dejé de contemplarle hasta que mis ojos se entumecieron de frío. De cuando en cuando me veia precisado á echar el aliento en mis dedos, abandonando las riendas de la brida, y al recogerlas conocí que mi caballo iba tan helado como yo.

En tanto el desconocido no echaba de ver mi incomodidad: su capa de color rojizo colgaba atravesada en el arzon delantero, su chaqueton daba vueltas alrededor de su cuerpo, y su camisa, agitada por el aire, ondeaba como una vela.

Parecime esto muy singular, y lo era en efecto. Revelaba su persona un tipo inconcebible, misterioso, tan difícil de espresar como de definir, y que inspiraba secreto terror. No puedo dar cuenta de la sensacion ni del movimiento que me hizo clavar las ayudas en los polvorosos ijares de mi bucéfalo, que á despecho de su cansancio salió al trote largo. Era mi intencion sin duda deshacerme de mi compañero; pero este, viéndome huir, se lanzó en mi seguimiento: cuando yo reprimía la velocidad de mi carrera, él reprimía la suya; y cuando yo volvía á galopar, galopaba él tambien á mi lado. Esta táctica singular no dejaba de causarme zozobra y aun espanto; pero el mayor de mis males era el horrible frío, que cada vez se hacia mas intenso, que penetraba todo mi cuerpo, que se iba insinuando en mis venas, que me punzaba tan dolorosamente en la nariz hasta arrancar de mis ojos involuntarias lágrimas, que surcaban mis mejillas, ya mas frias que el mármol.

Tranquila estaba la naturaleza en torno de nosotros: solo el eco aislado repetía los pasos de nuestros caballos, sola la luna alumbraba nuestro camino. Su luz incierta y dudosa proyectaba á lo lejos nuestras sombras en dimensiones gigantescas; pero la de mi compañero era doble de la mia, aunque iguales nuestras tallas.

Resuelto á dar fin á mis temores, reforcé la voz y le dije con tono que procuré hacer lo mas firme posible:

—Paréceme, caballero, que V. ha determinado que estemos siempre juntos, si bien uno de los dos no participa tal vez de semejante deseo.

Hizo el extranjero una leve inclinacion con la cabeza, y en seguida manifestó cuánto le pesaba haberme importunado, aunque sin intencion, pues creia que llevábamos el mismo camino.

Explicábase con tanta gracia y con tanta finura, que me vi precisado á imitarle, y á pesar del anhelo de deshacerme de su persona, fingí agradecer mucho su buena compañía, y volvimos á trotar uno junto á otro.

—¡Uf!!! caballero, qué frío hace! le dije.—Si V. quiere aceptar mi capa, replicó, me prometo que se abrasará V...—De ningún modo, repuse rechazándola secamente.—¡Será para otra vez! dijo el desconocido, y picando á su cabalgadura, me dejó solo. Mi caballo y yo sentimos notable alivio.

Poco después llegué á una venta que se hallaba cabalmente á la mitad del camino que yo debía andar, y cuando eché pié á tierra eran cerca de las ocho. El ventero, hombre jovial, de vientre esférico, cara de luna llena, y perpetua sonrisa, me recibió como todos los venteros han recibido, reciben y recibirán á los caminantes.

—Deme V. un cuarto reservado, le dije; y que me traigan con qué refrescar.

Saludome el huésped profundamente, y en términos muy respetuosos me dió á entender el pesar que sentia de no poder servirme, pues el último aposento que le quedaba disponible, estaba ya ocupado hacia diez minutos por un caballero; pero creia que este tendria mucho placer en cedermela la mitad del dormitorio.

Fuese á preguntar al caballero si consentiria en la cesion, y no tardó en volver á decirme de su parte que le cabria sumo gusto en disfrutar de mi compañía. Dirigi mis pasos á la habitacion; pero juzgue el lector cuáles serian mi sorpresa y mi estremecimiento, cuando al llegar al dintel de la puerta, me encontré al extranjero sentado junto á su capa roja.

Al reparar en aquel ser misterioso diome una convulsion de nervios, é iba ya á retirarme; pero él se levantó, y ofreciéndome una silla, dijo que me cedia con satisfaccion la mitad de su cuarto. No pude rehusar tan cortés ofrecimiento, cuando por otra parte, hallándome en un paraje habitado, debía estar completamente tranquilo: acepté pues el convite y senteme junto al hogar apagado, preguntándole si se le ocurría alguna objecion contra una buena lumbre, porque el frío iba apoderándose nuevamente de todos mis miembros. A esta pregunta sus facciones se alteraron visiblemente; pero, componiéndolas en el mismo instante, me respondió señalando su capa, en la que yo no me atrevia á echar los ojos.

—Yo nunca tengo frío, caballero, y esta capa me basta, aun en la estacion mas cruda. Pero V. que está tiritando puede ponérsela, y estoy seguro de que entonces entrará en calor.

—Doy á V. gracias, le dije: prefiero calentarme de otro modo. A la vista de aquel ropaje, que á mi parecer tenia algo de diablesco, sentia un terror secreto é indefinible que me forzaba á no aceptarlo: determiné pues rehusarlo por segunda vez. Tomada esta resolucion, me levanté, llamé al ventero, que se presentó inmediatamente, y volviéndome hácia mi compañero, á quien mi negativa habia mortificado algun tanto:

—Presumo, caballero, le dije, que la lumbre no incomodará á V. aunque siempre tiene calor. ¿Consiente V. que la enciendan?

Inclinó el hombre la cabeza, pero sin responder, y clavando los ojos en el suelo continuó guardando silencio. El huésped se dió un buen frote de manos y salió diciendo que nunca habia hecho tanto frío como esta noche. Mientras estuvo ausente, no dejó el desconocido la postura meditativa que habia tomado: yo me sentia cada vez mas transido, y al cabo se apoderó de todo mi ser una melancolía glacial acompañada de convulsivo temblor. Las diez daban en el reloj de pared que habia en nuestro cuarto, cuando llegó una criada con leña. Era una moza de alegre cara y remangada nariz, á quien no se podia mirar sin soltar la carcajada; pero apenas hubo entrado, se quedó tan seria y melancólica como nosotros, y después de muchas tentativas infructuosas para encender lumbre, no pudo menos de confesar que le era imposible conseguirlo.

Hacia tanto frío que yo no quise renunciar al consuelo de calentarme. Vino á su vez la ventera: pero en vano empleó toda su maña para que la leña prendiera: solo lograba sacar de ella algunas chispas, pues así que el extranjero volvía hácia el hogar sus entelados ojos y su pálido rostro, gemian los tizones y el fuego se apagaba de contado.

Sin embargo, yo iba conociendo que si permanecía mas tiempo en aquel sitio estaba espuesto á helarme vivo. Quise levantarme, pero mis piernas entumecidas y tiesas se negaban á obedecerme, y caí vacilando en mi asiento. Viendo el extranjero mi confusion, me dijo:

—Caballero, me parece que aun mortifica á V. el frío: hágame V. el gusto de abrigarse con mi capa.

Y abrió la capa roja, que estaba enteramente forrada de una magnífica piel de oso.

¡Oh, qué tentacion! por poco no caí en ella. Para vigorizar mi ya debilitada resolucion, quise apartar la vista; pero mis ojos se separaban á mi pesar de la direccion que yo queria darles, y se clavaban con afán en aquel forro tan blando y tan caliente. Observando el desconocido mi indecision, hizo nuevo alarde del objeto tentador, y me dijo con aquel tono de misterio, cuya singular expresion no cabe en el lenguaje humano:—¡Si V. quisiera ponérsela, se abrasaría entonces!—Al pronunciar estas palabras cobró su fisonomía una palidez todavía mas livida, sus sombríos y eclipsados ojos lanzaron un brillo siniestro, y contra todas sus facciones una horrible sonrisa, mientras su descarnada y amarillenta mano me señalaba con un dedo la capa roja.

Entonces vi algunas manchas oscuras, en ella esparcidas, que el color de escarlata hacia mas visibles.

Estremecime... un pensamiento horrible se presentó á mi espíritu, y volvió su vigor á mis belados miembros. Eché á rodar mi silla, y precipitándome fuera del aposento, crucé la cocina como un relámpago, casi derribé al ventero al echarle una moneda de plata en la cabeza, y corriendo á la cuadra, ensillé mi caballo apresuradamente y salí al galope: pues ya oía la voz del extranjero que pedía el suyo blasfemando.

Pero mi corcel era excelente: saltaban chispas de sus cascos, y huían los prados á izquierda y á derecha, mientras que los árboles volaban junto á mí como unas sombras.

Llegué á casa jadeando: llamé á la puerta y salió á abrir la mi muger. Estábame esperando impaciente, y al tiempo de abrazarme me dijo que arriba encontraría á un amigo antiguo que deseaba mi llegada casi con tanto afán como ella misma.

Esta noticia me dió estremado placer.

— Tanto mejor, le respondí: con un amigo de confianza, una buena botella y un buen fuego, es fácil consolarse y olvidar lo pasado.

Subí precipitadamente las escaleras; pero por poco no caigo de espaldas sorprendido y terrificado al hallarme al misterioso extranjero, cuya fija mirada no se apartaba de la tierra, y mas allá, tendida sobre el respaldo de una silla, la horrible capa, cuyos largos pliegues habian ahogado en otro tiempo los moribundos gemidos de una víctima.

El ruido de mis pasos sacó al incógnito de sus infernales meditaciones: levantose y se acercó á mí cortesmente. Yo quise retroceder; pero, como tenia detrás la escalera, permanecí inmóvil. El se inclinó atentamente, y me rogó le perdonase el atrevimiento de presentarse en mi casa.

Ya que la fortuna, añadió, me ha deparado la satisfacción de acompañar á V. hoy en su viaje, he creído, al pasar por delante de esta casa, que V. se ofendería si hubiese ido á pedir hospedaje en otra parte.

Estaba yo tan asustado, y me cortó en tales términos su osadía, que no pude responderle: tartamudeé algunas palabras; mas él se dió prisa en tomarlas por un consentimiento. No tuve valor para desengañarle.

Aparteme de su lado con pésimo humor y me acosté, aunque no para dormir, pues no lo consentía mi estremado frío. Sin embargo, el cansancio pudo mas que la imaginación, y me iba ya amodorrando, cuando, hácia la una, oí un ruido sordo que me desveló, y á la luz

de la lamparilla, que se iba apagando, vi deslizarse una sombra...

Era el extranjero... Acababa de entrar en mi cuarto no sé cómo, porque no sentí abrir la puerta. Le vi acercarse silenciosamente, haciendo una larga pausa entre paso y paso... Empecé á temblar convulsivamente; conocí con indefinible angustia que el cabello se me erizaba, que mi respiración iba siendo cada vez mas laboriosa, que mi corazón no latía... ¿Cuál puede ser su intención? ¿Ahogarme, asesinar-me? ¡Oh, qué horror! Pero no cabe duda: trae en una mano aquella capa diabólica, espantoso instrumento... Le veo tocar la cama, temo perder uno solo de sus movimientos, le miro fijamente... y de pronto se conturba mi vista, quiero distinguir, y no encuentro mas que tinieblas!... ¡Horrible momento!

De repente hiere mis oídos debilitados un resplandor rojizo... era la capa iluminada por el último rayo de la lamparilla. La abre, se acerca andando como un espectro... ¡sin duda viene á ahogarme!... Quédate inmóvil un instante... ¿Qué horrible expectativa! ¡Esto era morir dos veces!

Ya no pude sufrir mas aquella calma y me tiré de la cama con las fuerzas que me daban la rabia y la desesperación.

¡Malvado! ¡infame, asesino! grité aferrándole por el cuello, ¡no me matarás al menos indefenso!

El desconocido dejó caer al suelo la capa fatal, apagose en aquel momento la luz, y empezamos una lucha espantosa en medio del silencio y de la oscuridad.

Los ojos de mi antagonista chispeaban en la sombra como carbones encendidos, lanzando al parecer vivos relámpagos. El combate se sostenía por ambas partes con igual encarnizamiento; pero el extranjero cayó en su mismo lazo, porque enredándosele los pies en la capa, vino al suelo y yo tras él. Lanzó súbitamente un rugido semejante al del tigre... Yo le tenia sujeto por aquella nariz tan larga, tan afilada...

— ¿Qué diablos estás haciendo, hombre? gritó mi muger levantándose. ¡Qué majadería! ¡golpearme y pellizcarme de ese modo! estoy segura de que mañana voy á tener la nariz como un tomate.

Parece que durante mi sueño, bastante agitado en verdad, habia estado toda la noche descubierto, y como tratase mi muger de echarme la ropa encima, la habia asido de las narices...

Esto explica el por qué nos habiamos caído entrambos de la cama.



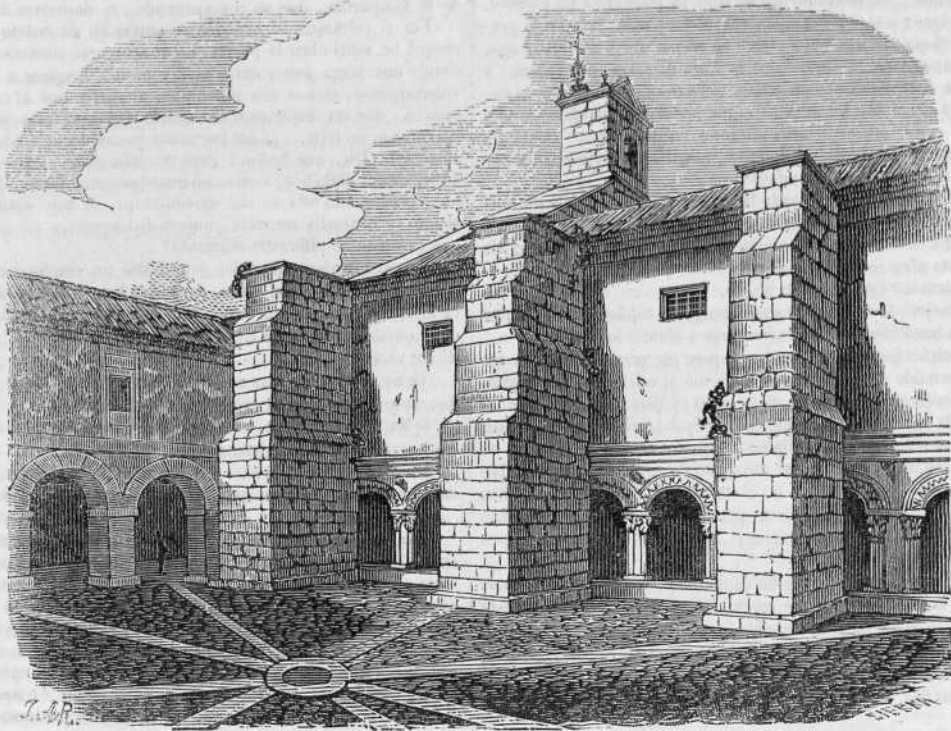
### ANTIGUA COLEGIATA DE SAR.

Este monumento, que el vulgo mira con indiferencia, que el artista copia en sus cartones, que el filósofo estudia con aquella avidez con que el naturalista se consagra al examen de los fósiles antediluvianos, este monumento, repetimos, se alza humilde, pobre y despreciado en la hermosísima vega que se estiende por ambas orillas del Sar, río que baña á Santiago, y de tan modestas pretensiones por el agua que lleva, como de infinita valía por las tierras que fecunda.

Tres tradiciones se disputan el origen de esta iglesia: es la una la tradición popular; es la otra la tradición religiosa; es la última la tradición histórica.

El pueblo dice que ha servido de casa á aquellos freiles que nacieron guerreros á la voz de Balduino, rey de Jerusalem, y que murieron mártires bajo la autoridad de Clemente V, obispo de Roma.

El pueblo adivina que detrás de aquellas paredes medio derribadas,



(Claustro de la colegiata de Sar.—Galicia.)

que detrás de aquellos relieves medio consumidos, que detrás de aquellos sepulcros medio profanados, se oculta una inmensa catástrofe; una espriación horrible, ó una injusticia infame: la catástrofe de Molay, la catástrofe de los Templarios.

El creyente asegura que esta iglesia es el homenaje piadoso al apóstol Santiago de un obispo de Mondoñedo, que perseguido y despedido del Pico-Sacro, monte cercano á Compostela, salió sano y salvo de una manera milagrosa.

El crítico afirma que el último obispo y primer arzobispo de Santiago, D. Diego Gelmírez, fundó la iglesia colegiata de Sar. En apoyo de esta opinión presentan una página de la *Historia Compostellana. Ecclesiolan pauperrimam et parvam in litore Saris fundatam.*

Cada conciencia está autorizada á inclinarse á cualquiera de las tres versiones, porque cada conciencia tiene su crítica, y porque cada crítica tiene sus certezas.

Le cierto es que este edificio pertenece al siglo XI ó al XII.

La forma de la iglesia, por su distribución interior y su gusto de arquitectura bizantina, es igual á otra de la misma ciudad titulada San Pedro da Fora, cuyos restos se han demolido en nuestros días, y cuyas piedras sirvieron para pavimento de las calles. Sus estribos, de proporciones sólidas, formaban alrededor un *destro* para las procesiones. Parte de su piso se empleaba en *quintana* ó cementerio.

La localidad que ocupa la antigua colegiata de Sar, que era una decanía de canónigos hasta el siglo XV, corresponde al sitio donde estuvo el cuerpo del hijo del Cebedo antes de ser enterrado por sus discípulos en *Libredion* ó *Liberum donum*, hoy Santiago.

En sus claustros bajos se conserva un lado de primorosa arquitectura bizantina de columnas pareadas. Respetado por la mano del tiempo y la de los hombres, sirve hoy de partida de bautismo á este antiguo edificio.

En estos mismos claustros se conservan algunos sepulcros vaciados por los franceses en 1808; por los mismos que se habían consagrado anteriormente á esta tarea en los panteones de Saint-Denis.

Entre estas tristes mutilaciones se encuentra perfectamente conservada la siguiente inscripción:

+

HIC : YACET : BERNALDUS : ARIC : GONDAM :

CANONICUS : COMPELLANUS : QUI : OBIIIT : III : NONAS : MAYI :

SUB : ERA : M : CCC : XX : VIII :

El señor D. Genaro Villamil, según tengo entendido, ha copiado con su diestro pincel parte de la colegiata de Sar: mis renglones podrán servir para explicar sus colores.

J. R. FIGUEROA.

## EL ESPEJO DE LA VERDAD,

cuento fantástico.

### I.

BUENO Y MALO.

El rey que rabió había contraído matrimonio antes de rabiarse con la muger mas bella de su corte. Era un verdadero prodigio. Ojos de color de cielo, cabellera rubia como el sol al ponerse, talle de palmera agitada por la brisa, boca diminuta de labios de coral... todas las perfecciones en fin que el lector puede imaginarse á su antojo. En esto de mugeres fantásticas, la naturaleza es pródiga en encantos, desquite de su avaricia con las mugeres de carne y hueso.

Lo que no podrá el lector figurarse tan acertadamente, es el cariño que la profesaba el rey. Aunque sobremanera altivo y satisfecho de su linaje y de sus prendas, la había elevado á su lecho desde la modesta buhardilla de su padre, que era menestral. Con esto se dice todo. Cuando las pasiones sacan tan de sí á los reyes, muy profundas deben de ser.

¡Qué fiestas hubo y qué algazara entre el pueblo! Duraron los bohordos quince días, un mes las iluminaciones públicas, los *Te-Deum* se cantaron á docenas, y hasta salió una real orden para que nadie vistiera luto á la sazón, aunque acabara de perder á la persona mas querida. El rey era prudente por extremo, sabio y bondadoso: quería evitar los contrastes del dolor y de la alegría, que son los mas horribles de ver. Por su parte, el pueblo, que como todos callaba á lo bendito y hacia cuanto le mandasen, se divirtió lo que pudo de real orden, pagó las fiestas, y *laus tibi Cristi*.

Por si ha llegado á interesar á nuestros lectores la pintura que hicimos de la reina, proseguiremos diciendo que antes de casarse igualaba la belleza de su corazón á la de su rostro. Amable y sencilla, tierna y virtuosa, cándida y pura, una sola circunstancia bástanos á hacer su elogio: nunca se había mirado al espejo. Ya porque el pobre de su padre no lo tuviera, ya porque el azogue fuese *bocatto di cardinali* en aquellos países remotos de nuestra historia, ó ya porque la curiosidad mugeril en ella no se despertara todavía, que era harto joven, jamás se le ocurrió á Teodolinda la idea de ver reproducidas sus facciones para admirarlas. En torno suyo, cuando iba á misa ó á paseo con su padre, modestamente vestida y de verse en público avergonzada, en torno suyo, repito, oía decir frecuentemente: — ¡Qué hermosa doncella es Teodolinda! — una flor es Teodolinda: — ¡perla

como Teodolinda! ¡Dios nos la guarde! —pero ni por esas le picó la comezon de mirarse al espejo, ó siquiera en un baño de agua.

—¿Es verdad que soy bonita, padre? preguntaba tal vez al viejo artesano con sencilla curiosidad; pero su padre, sin responder palabra, le tendia los brazos, y le tapaba la boca con su boca.

Como era tan buena Teodolinda, con esto se contentaba, y ni por asomos volvía á pensar en su hermosura.

Pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que el rey la viese, que Cupido le asateara el corazón al punto, y mi dicho y mi hecho, como los reyes se llevan al campo santo vírgenes sus voluntades aunque sin palma, enamorarse el rey Anónimo de Teodolinda, y casarse con ella, y comenzar nuestra historia, fué todo materia de poquisimo tiempo.

## II.

## EMPIEZA LO MAS BUENO.

Dirigia por entonces la *Gaceta* de aquel país un tonto que soñaba con llegar á ministro del rey Anónimo, despepitándose de tal manera por conseguirlo, que no parecía sino que dudase de su predestinación á todos los honores y felicidades públicas y privadas. Convidáronle á las bodas, como era natural, y con mil agasajos y mimos portugueses le indicó su augusto amo que publicara en la *Gaceta* al otro día una puntual relacion de las fiestas y regocijos.

—Ya lo intentaba yo, repuso el gacetero.

—Pues será de mi agrado, añadió el rey.

—¡Oh! pues fie de mí V. M., que ha de salir á maravilla.

A cuentas consigo mismo el gacetero, creyó asida de los cabellos la ocasion de ministrear, con que dijo para sí:—El rey es un santo varon, que me agradecerá mis buenos oficios, acaso sin darme paga, que esto acostumbra los magnates, imaginando muy obligados y satisfechos con su gratitud efímera á los que los sirven. La reina en cambio es una santa muger, que puede pagarme en mejor moneda, si huele el incienso que yo quemé arrodillado ante sus aras. Y si lo olerá, que las mugeres son todo olfato para el incienso.

Lo primerito que hacia el rey Anónimo al despertarse por las mañanas, era leer la *Gaceta*. Solo una costumbre matinal conocemos un tanto parecida, la de tomar chocolate:

Que no es mas el chocolate  
que un lavatorio de tripas  
y un despertador del hambre.

Sin embargo, costumbre por costumbre, estamos por la menos indigesta de las dos... y que decidan los médicos cuál es.

La mañana de tornaboda, como le sabian tan bien los halagos de Teodolinda, ni se le pasó por mientes al rey la tal *Gaceta*; pero el gentil-hombre de semana, que era como criado en palacio, fué ¿y qué hizo? después del desayuno, que quieras que no, con la *Gaceta* en la mano penetró en la alcoba de los regios consortes.

—¿Quién se atreve?... dijo el rey balbuceando de cólera.

—Señor...

—¿Quién es el imbécil que osa?...

—Señor, es la *Gaceta*.

—¡Ah! bien me figuraba yo. Solo un periódico se atrevería á entrar tan de mañana en la alcoba de un recién casado.

Pero la pólvora habia prendido ya. Recordada al rey su costumbre, difícil era que la resistiese. Así fué que á pesar del asombro con que Teodolinda le contemplaba, comenzó Anónimo á leer la *Gaceta* con un afán de cada vez en aumento.

—¡Oye lo que dicen aquí! exclamó de repente, sonriendo á su cónyuge.

—¿Qué dicen?

—¿No te has de poner orgullosa?

—¡Quita allá!

—Pues escucha.

Y el rey leyó.

«No podia haber hecho el rey Anónimo eleccion mas acertada.

»Teodolinda, reina ya de la hermosura, merecia ser reina de nuestro pueblo. Ni Rafael, pintor divino, ni aquel sublime Fidias, pasmo de la sábia Grecia, imaginaron en sus delirios criatura mas seductora. »Ojos de color de cielo, cabellera rubia como el sol al ponerse, talle de palmera agitada por la brisa, boca diminuta de labios de coral...»  
(Véase al principio la misma descripción exactamente, como que la hemos traducido de los periódicos de aquella época.)

—¿Qué te parece? exclamó el rey tan orondo.

Teodolinda se habia quedado con la boca abierta.

—¿Quién dice eso? preguntó á su marido inocentemente.

—Todos mis vasallos, repuso el rey, que como recién casado tenia en poco una mentira mas ó menos, siempre que halagara á su esposa. La prensa es la voz de los pueblos. Lo que este periódico dice, lo dice todo mi...

—¡Qué quedito habla! exclamó Teodolinda, interrumpiéndose y aplicando el oido, pues no sabia leer.

Anónimo sonrió á la candidez de su esposa, y dándola un beso apasionado, repuso:

—Esta sola vez la *Gaceta* no miente. Eres la muger mas hermosa del mundo.

—¿De veras? dijo relamiéndose Teodolinda.

—Pero no te enorgullezcas por Dios.

—¡Quita allá! (¿Con que soy tan hermosa?)

## III.

## SE JUSTIFICA EL TÍTULO DE ESTE CUENTO.

Como la boda fué de noche, Teodolinda no habia reconocido el palacio que habitaba. ¡Cuál no seria su admiracion al levantarse, y ver enfrente de sí en el gabinete una figura igual á ella, que le copiaba los gestos y los ademanes, que huía si ella huía, que se acercaba si ella se acercaba, y en un todo, finalmente, imitadora suya! Púsose las manos en los ojos por alejar aquel ensueño, y al quitárselas poquito á poco, vió que su copia habia hecho lo mismo; sacó la lengua, y la sacó el trasunto; dió un grito descomunal de asustada, y la figura abrió tamaña boca; pero al grito acudió el rey Anónimo sobresaltado y trémulo.

Quien haya gozado de las delicias que ocasiona á un hombre la candidez de la muger que adora, ese comprenderá las del rey, cuando se convenció del inocente susto de Teodolinda. Pero en vano esforzabase á calmarla. Fuera de sí la pobre niña, que tenia henchido el cerebro de esas consejas y cuentos populares de que nacen las preocupaciones, se creia juguete de artes mágicas, de diabólicos encantadores, ó de perversas brujas. Y tan allá iba su imaginacion descarriada, que el rey tuvo que recurrir á un ejemplo para convencerla.

—Ven, le dijo asiéndola de la mano, y llevándola al espejo.

Al ver cómo tambien aparecia su marido, Teodolinda se tranquilizó un si es no es; pero no pudo disimular su disgusto y su alegría á un tiempo, porque notaba las diferencias entre ella y su esposo. El rey sobre toda ponderacion feo, y ella del mismo modo divina, hacian el mas desdichado matrimonio que desde Adán y Eva se haya visto. Donde ella tenia un lunar, el rey una verruga; donde ella hechizos, él deformidades.

No vayan á creer nuestros lectores que antes de esta ocasion no hubiese advertido Teodolinda su fealdad; mucho menos que eso, pero como era modesta y sencilla, como no habia comprendido su propio valer, teniase por muy dichosa con el amor y la mano de un rey tan feo. Casada ya, la cuestion variaba.

—Pues te falta saber lo mejor, dijo el bueno de Anónimo, sin advertir lo que pasaba en el alma de su muger. Este espejo se llama el espejo de la verdad, porque posee, además del don de reflejar los objetos iguales exactamente, el del habla, y habla sin lisonja, lisa y llana y verdadera como voz del cielo. Pregúntale cualquiera cosa, que él te contestará.

Al punto dijo Teodolinda á voz en grito:

—¿Hay muger mas hermosa que yo?

—No, respondió el espejo.

Meneando la cabeza Teodolinda con aire de duda, se volvió á su marido para decirle:

—Pregúntale tú algo.

Frunció Anónimo el ceño, pues adivinaba la maliciosa idea de su muger, y haciendo de tripas corazón, dijo en voz alta:

—¿Hay un hombre mas feo que Belcebú?

—Tú, respondió el espejo.

Hizo una mueca de desagrado el rey, y Teodolinda se echó á reír á carcajadas, lo que ocasionó otra mueca de desagrado y aun otras mil. Desde aquel día, Teodolinda se miraba al espejo á cada instante. Cuando su augusto esposo la dejaba sola en su gabinete, con una ansiedad difícil de describir corria al espejo dichoso á tornar á preguntarle:

—¿Hay muger mas hermosa que yo?

—No, respondia siempre el espejo sin vacilar.

Y la hermosa reina, satisfecha como Tiberio después de haber aprovechado el día, respiraba fuertemente, se ponía la mano en el pecho para impedir que de júbilo se le saltara el corazón, y acababa por estampar en el espejo sus labios de carmin, con una ternura tan sincera, que á verla el rey se hubiera muerto de envidia.

Pero el tal Anónimo no era lerdo, y conoció á la larga que entre Teodolinda y él ibase interponiendo algun obstáculo. Ni sus caricias eran tan vehementes, ni tan apasionado su acento como en antes. Abstracciones incomprensibles la cogian; sorprendió en sus labios mas de una sonrisa inoportuna y misteriosa; sus ojos, sin saber por qué, vagaban al azar, como impulsados de una fantasia estraña, de un pensamiento loco; la hablaba y tal vez no le respondia, ó le respondia

una coz, ó echando por los bancos de Flandes. Era, en fin, tan otra, que su pobre marido sentía crecer su amor, al paso que menguaba la luna de miel. Para que en tan crítica circunstancia el amor de los maridos aumente, es indispensable, de toda indispensabilidad, que el de las mugeres disminuya. El matrimonio vuelve los corazones al revés.

Entró por acaso el rey un día en el gabinete, á la sazón que Teodolinda le daba un beso al espejo, y como si el diablo acabara de soplarle al oído su sabiduría toda, corrió Anónimo al afortunado mueble como un loco, preguntándole en voz alta:

—¿A cual de los dos quiere la reina aquí?

—A mí, respondió el espejo muy orondo.

La reina se puso encarnada como la grana, y el rey pálido como la cera.

—¿Lo has oído? gritó al cabo de un momento con voz airada.

Teodolinda se desmayó para no responder.

—¡Maldito sea el espejo de la verdad! dijo el rey desesperado, abalanzándose á él puño en ristre; pero Teodolinda entreabrió sus bellos ojos, y arrastrándose como pudo, asiose de una pantorrilla para contener sus impetus celosos.

#### IV.

##### PROSIGUE LO MAS BUENO.

Cuatro meses eran pasados de la boda.

De día en día se desmejoraba la reina. Al color de sus mejillas había sucedido el de la remolacha desagrada: sus labios, siempre entreabiertos como de calenturienta, estaban llenos de costras: sus ojos llorones y un si es no es desprovistos de pestañas: su talle flexible iba semejándose en morbidez á la caña de una escoba: su pecho se dejaba caer como diciendo: aquí me las den todas: sus cabellos se iban de bolin de bolan; era su andar pesado; su aliento cálido y lleno de vapores aromáticos; su mirada de cabra agonizante... y basta de pintura que ya va tirando á negra.

Anónimo, sin embargo, estaba loco de alegría, y con mayor frenesí adoraba en ella. Redobló sus atenciones y sus mimos: apenas la dejaba moverse de un sillón; si se ponía triste, todo era regocijos, músicas y zambras el palacio; si alegre, Dios librara á nadie de hacer semblante triste en su presencia. Y aunque son los palacios nido de murmuración y crítica, ningún palaciego decía mal del rey Anónimo, pues aquellas tiranías y aquel frenesí se disculpaban con el primer embarazo de la reina. La mayor prueba de que el que se casa va derecho á la locura, hallamos nosotros que es el hacerse lunático, pues comienza, como todo el mundo sabe, con la luna de miel, y cuando mengua la cuitada se pone á soñar con otras lunas, que si no son tan dulces como la miel, en cambio se deshacen en un trueno muy gordo; y váyase lo ganado por lo perdido.

Quien sepa cuán dengosas se ponen las mugeres en esta crítica situación, ni estrañará los afanes del rey, ni menos los antojos y raras fantasías de su esposa. Hoy le asaltaba la idea de que su marido no cesase un punto de preguntar al espejo: —¿Hay un hombre mas feo que Becebú? —mañana cambiaba de bisiesto, y quería que le rascase la mollera sin descansar un punto. Día llegó en que á no hacer Anónimo de tripas corazón, hubiera dado al diablo su muger, el futuro príncipe, su casamiento y su propia persona.

Pero en particular una ocasión... ¡qué terrible capricho fué aquell Teodolinda había estado muy triste desde por la mañana. Se levantó con un deseo curioso, y no había podido satisfacerlo porque el rey se lo estorbaba con su presencia. Con esto comprenderá el lector cuánto deseaba alejarle del gabinete. Hasta llegó á sonreírse pensando que podía quedar viuda si un aire colado... pero al fin su imaginativa, de hembra propiamente, inventó un ingenioso recurso. Flechando á Anónimo con gachonía sus lindos ojos azules, y aun pasándole su blanca mano por su fea cara, tras mil rodeos y otras tantas caricias, le suplicó... ¡oh matrimonial vileza! ¡oh matrimonial descrédito! ¡oh capricho de muger! le suplicó que anduviese á gatas el trecho que desde el sillón del rey mediaba á la alcoba. Como es de inferir, Anónimo resistió tenazmente á representar esta cuadrúpeda parodia. Su cabeza coronada no era razón que tan cerca del suelo y tan próxima á descalabrarse al menor deslíz se viese. Y aunque Teodolinda le rogó casi con lágrimas en los ojos, fué vano, porque se mantuvo en sus trece, sin pizca de miramiento al estado interesante.

Viose pues Teodolinda en la precisión de no volverle á mirar á la cara, y de poner un gesto como de grande enojo, con lo que el rey aburrido y bufando salió como un cohete de la habitación, diciendo mil picardías en voz baja, á firmar una porción de sentencias de criminales que en su carterla tenía. Todos fueron á la horea, todos, hasta los ladrones y los asesinos, gente de tanta fortuna.

Pero mientras tanto, satisfecha del éxito de su plan, se levantó como pudo Teodolinda de su sillón, ayudada de una camarista, y resueltamente afrontó con el espejo.

Sin saber por qué se le helaron en los labios las palabras, y tuvo presentimientos tristes á millares. Hacía mucho tiempo que no conversaba con el espejo hablador, y ahora interiormente hallábase convencida de que sus verdades no le habían de ser plato de gusto. Hizo, sin embargo, un valeroso esfuerzo, y casi volviendo la cara porque el mueble no la reflejase sino de perfil, como era mas bella, preguntó en voz temblorosa:

—¿Hay muger que se aventaje á mí?

—Sí, respondió el espejo impávido.

Sudores de muerte le dieron á Teodolinda, y doblados al advertir que la camarista envidiosa sonreía con aire triunfal. Por hacer de la desentendida tornó á preguntarle, pero tornó el espejo á responder la misma cosa.

—¿Has oído? exclamó la reina temblando.

—¿Qué? respondió la camarista, que era taimada.

—¿Con que no has oído?

—No, señora.

—¿Jurarias que el espejo no ha dicho nada?

—Se lo juraría á V. M.

Aunque sin tragarse la pildora, Teodolinda respiró mas fuerte, y acercándose al espejo de tal manera que con su hábito lo empañaba, tornó á lo mismo de en antes y á recibir el desengaño.

—¡Dios mio! dijo para sí; ¡bien yo me lo presumía!

Y frenética de cólera se arañaba el rostro como una energúmena. Calmada un tanto con los socorros de la camarista, que haciendo aspavientos le dió á entender que soñaba, repuso en voz muy queda á su misterioso interlocutor:

—¿Dónde está mi rival, dí?

—Aquí,—respondió el espejo.

Era la camarista bastante fea; pero en vez de tranquilizar esto á la reina, fué ocasión de que se airara mas, pues estando sola con aquella muger, y vencida por ella en hermosura, claro estaba que había llegado á un estremo lamentable. Esta vez no se contentó con arañarse el rostro, sino que el cabello se arrancaba, y los labios se mordía hasta bañárselos en sangre.

—No crea al espejo V. M.—dijo la camarista olvidándose de que le importaba ser sorda.—Siempre tuve para mí que ese espejo no tiene sentido comun.

—¡Hola! ¿con que le oiste?

—Señora...

—¡Y me engañabas!

—Juro á V. M...

—Ya te comprendo; pero tú eres la que no ha de creer en lo que dice.

—No me creo firmemente.

—¡Sí, que yo soy boba! ¡y le escuchabas con tal atención! pero chasco te llevas. Aunque el embarazo me tiene muy mudada, tan otra, que yo misma tiemblo de verme, entre tú y yo todavía media considerable distancia.

—Tiene razón V. M.—dijo la camarista, sonriendo tan forzadamente que todo el cuerpo le temblaba á par de los convulsos labios.

Y aun quiso llevar su adulación mas adelante, preguntando al espejo:

—¿Es verdad que tu boca mintió?

—No,—dijo el mueble con sequedad.

—¿Luego ya la mas hermosa no soy yo?—dijo á su vez la reina, tapándose y destapándose los oídos, porque deseaba y temía la respuesta.

—No.

—Pero acaba por Dios, ó voy á alborotar el palacio.

—Espacio.

—¿Que mi rival está aquí?

—Sí.

—¿Cómo? ¿dónde? ¿quién es, pues?

—Es y no es.

—¡Vaya una respuesta rara!

—Déjelo delirar V. M. No se debe de hacer caso de semejantes dilates.

La reina, que estaba ya fuera de sí, prosiguió:

—Yo he de saber el nombre de mi rival, y va á ser hoy su último día.

—¡Impia!—respondió el espejo con cierto aircillo socarrón.

—¿Es la camarista que conmigo está?

—Ja, ja, ja,—exclamó el espejo sin poderse contener.

Y sin poderse contener tampoco Teodolinda, alargó la mano á su fea compañera, devolviéndole su gracia, que ella tuvo en mas que la del espejo, pobre, de ningún valor, y sobre todo huera y falsa.

—Dime dónde está, ¡di! ¡di!

—En ti, balbuceó lentamente el espejo.

—Es cosa de enloquecer, exclamó Teodolinda tranquilizándose un poco. ¡Mi rival en mí! no lo alcanzo. ¿Qué quiere decir esto? es una adivinanza sin duda.

—No se tome V. M. la pena...

— ¡Pues no! Espejito charlatan, ¡mi rival está en mí! ¿dónde? yo no la encuentro.

— Dentro.

— Dentro! ¡Jesús qué barbaridad! Ni tiene pizca de sentido común la respuesta, ni...

— ¡Calle! exclamó la dama con una palmada en la frente. Ya le comprendí.

— Sí, respondió el espejo, metiendo su cucharada sin que nadie se lo mandase.

— Habla, gritó la reina, pálida como la muerte.

— La rival de V. M. es la criatura que lleva en el seno.

— Bueno, repuso el espejo gravemente.

— ¡Maldita sea! exclamó la reina arrojándole un candelero de bronce, que dió en la mitad de la luna. ¡Maldita sea! ¡que antes de nacer ya me aflige!

— ¡Tu hija!

— ¡Tu hija!

— ¡Tu hija!

— ¡Tu hija!

Así fuéron murmurando dolorosamente los pedazos en que el espejo saltó.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.

## EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Era hermosa la pobre! ¡y fué tan bella,  
Que la maldita luz de su hermosura  
Se ha convertido en la fatal estrella  
De su triste y mi triste desventura!...  
¡Ella me la ha matado!... ¡solo ella  
Guió hasta el fondo de mi vida oscura,  
A quien, sin la hermosura de su cara,  
Acaso nunca por mi puerta entrara!...

Yo, hijo mio, nací, por mis pecados,  
Para hacer esta vida en que me veo:  
No porque yo por otros mas honrados  
No quisiera trocar mi vil empleo:  
Pero al fin, á cada uno sus cuidados  
Le afligen, y no hay vida sin deseo;  
Por eso, á costa yo de mi conciencia,  
He llevado esta vida con paciencia.

¡Qué se ha de hacer! ¡Dios mio! en esta tierra  
Todos somos mortales pecadores:  
El demonio nos hace á todos guerra,  
Grandes y chicos, pobres y señores;  
Y si Dios no perdona al que aquí yerra;  
Por culpas más pequeñas ó mayores,  
Al infierno en monton todos iremos,  
Que con mentir á Dios no engañaremos.

Al fin, bien sabe Dios que yo he vivido  
Sin hacer daño á nadie, y mas honrada  
En mi maldito oficio siempre he sido,  
Que otras que yo conozco. ¡Ni por nada,  
Jamás ¡Jesús me libre! he consentido  
Tentar como otras á una pobre honrada,  
Con embajadas, cartas y regalos,  
Medios perversos de los hombres malos.

¡Pero, hijo, yo me olvido de mi pena!...  
¡Mas ella es la que trae á mi memoria  
Todo el enredo y toda la cadena  
De las causas malditas de esta historia!...  
¡Ay!... este pensamiento me envenena!...  
¡Pobre hija mia que estás ya en la gloria,  
Si de madre mas buena hubieras sido,  
Nunca desprecio tal te hubiera herido!...

¡La pobre!... ¡Ningun mal habia hecho!  
¡Aquel hombre sin alma!... ¡el asesino!  
¡Él sin cuchillo destrozó ese pecho  
Que merecía otro mejor destino!...  
¡Ay! el brutal insulto fué derecho  
A un corazon como las perlas fino,  
Que recibiendo tan odiosa herida,  
Perdió con el amor toda su vida!

Yo guardaba en mi hija con cuidado  
La flor de su hermosura y su inocencia,  
Y á la virtud la habia encaminado,  
Y era feliz y honrada su existencia!  
Que para hacer feliz á un hijo amado,  
Las madres todas tienen igual ciencia,  
Y aunque yo sea mala, la queria,  
Y era en el mundo el ángel de su guia!

¡Era una santa yo, cuando la hablaba!...  
La ocultaba mi vida y mi vileza,  
Y ella la pobre, que inocente estaba,  
Todo me lo creía con pureza.  
¡Ni por el pensamiento la pasaba  
La maldad de esta casa y la bajeza;  
Yo á fuerza de desvelo y de cariño,  
La manejaba como á un pobre niño!

Así creía yo que ella, inocente,  
Por mi larga esperiencia defendida,  
Viviría feliz y eternamente  
Con tranquila y honrada y simple vida:  
Con amor de lo honesto y lo decente,  
Y odio á esa libertad tan corrompida,  
Que de deslices torpes, en deslices,  
Hace en el mundo tantas infelices!

¡Y era verdad! ¡No tuvo un pensamiento  
Que no fuera mas blanco que la luna,  
De noble y bueno y generoso aliento,  
Y digno de otra madre y de otra cuna!  
¡No! de otra madre, no, que yo me siento  
Con mas amor para ella que ninguna!...  
¡Hija de mis entrañas! ¡Quién podía  
Quererte mas que yo, que en tí vivía!

Tú fuistes, hija mia, abandonada  
Por tu padre cruel, que fué conmigo,  
Aunque yo era peor y mas culpada,  
Tan bárbaro como ese fué contigo!...  
¡Feliz tú que te has muerto y no manchada  
Como yo y miserable!... ¡Mas qué digo!...  
¡Bendecir yo la muerte de mi hija!  
¡No, no! sin tregua mi dolor me aflija!!!

¡Hija mia! ¡hija mia! quién pensara  
Que inútil fuera para tu ventura,  
Tanto cuidado como yo empleara,  
Para que fueras inocente y pura!...  
¡Lo fuiste, sí, pero ¡ay! que no repara  
La suerte en la virtud ni en la hermosura,  
Y al mas buen corazon, mejor asesta  
Con el puñal de una pasion funesta!

Qué descuidada estabas tú, Lucia,  
Del mal á que tu amot te ha conducido!  
¡Y yo, que resguardada te tenia,  
De un peligro por mí siempre temido!  
Mas cuando un pobre corazon se fia  
De un cariño cualquiera en él nacido,  
¡Qué valen de una madre los desvelos  
Contra toda la fuerza de los cielos!...

Don Luis, jónen y hermoso y de alta cuna,  
Con tales dotes por mí mal, criado,  
La vió ¡maldita sea mi fortuna!  
Y al verla quedó loco enamorado.  
¿Y qué habia de hacer?... ¡Muger ninguna,  
Tuvo un rostro como ese que ahora helado  
Y muerto ya, es de un ángel todavía!...  
¡Qué hermosa estás aun, pobre hija mia!...

Ese fué para mí ; desventurada !  
 El último momento de sosiego :  
 Ni con Lucía me sirvió de nada ,  
 Mi amor contra otro amor , de pasión ciego :  
 Que para una muger que es bien amada ,  
 No hay en el mundo otro ningun apego ,  
 Y una pasión que es cierta y no fingida  
 Vence á la mas honesta y recogida !

¿Cómo , mi pobre hija , que era buena ,  
 Con tanto suspirar de un tierno mozo ,  
 Había de vivir ella , serena ,  
 Sin que el amor la entrase de rebozo

Con tierna compasión de tanta pena ,  
 Que ella podía convertir en gozo ?  
 ¿Qué blando corazón no se enamora  
 De otro que triste , enamorado , llora?...

Yo así que reparé que se venía  
 Aquí Don Luis temprano y de mañana ,  
 Y eso , cuando en mi casa no dormía ;  
 Que llegó á estarse toda una semana ,  
 Aquí toda la noche y todo el día ;  
 Conocí bien ; no fué sospecha vana !  
 Que era cosa formal y de cuidado ,  
 El empeño del mozo enamorado.



Por supuesto que así que á casa vino ,  
 Por mi desgracia , por la vez primera ,  
 Con franqueza me habló del repentino  
 Amor á mi Lucía , y como no era  
 El primero que andaba aquel camino ,  
 Ni el menor susto concebí siquiera ,  
 Y así , le respondí con buenos modos ,  
 Que era viña vedada para todos.

Me rogó , me ofreció , pero en fin , viendo  
 Que con hablarle así no le engañaba ,  
 Aunque siguió solícito viniendo ,  
 De cosa tal , jamás , jamás me hablaba ,  
 Y su pasión ardiente conteniendo ,  
 Como dormido , en el sofá pasaba  
 Con gran paciencia un día y otro día ,  
 Sin poder ver siquiera á mi Lucía.

Quando entró en mí de veras el rebozo  
 De que aquello era amor , y peligroso ,

Me propuse cortarle todo el vuelo ,  
 Sin darle ni un momento de reposo :  
 ¡Y si me hubiera protegido el cielo ,  
 No llorara este caso lastimoso ,  
 Que bien pronto acudí á secar la fuente  
 De mi desgracia y mi dolor presente!...

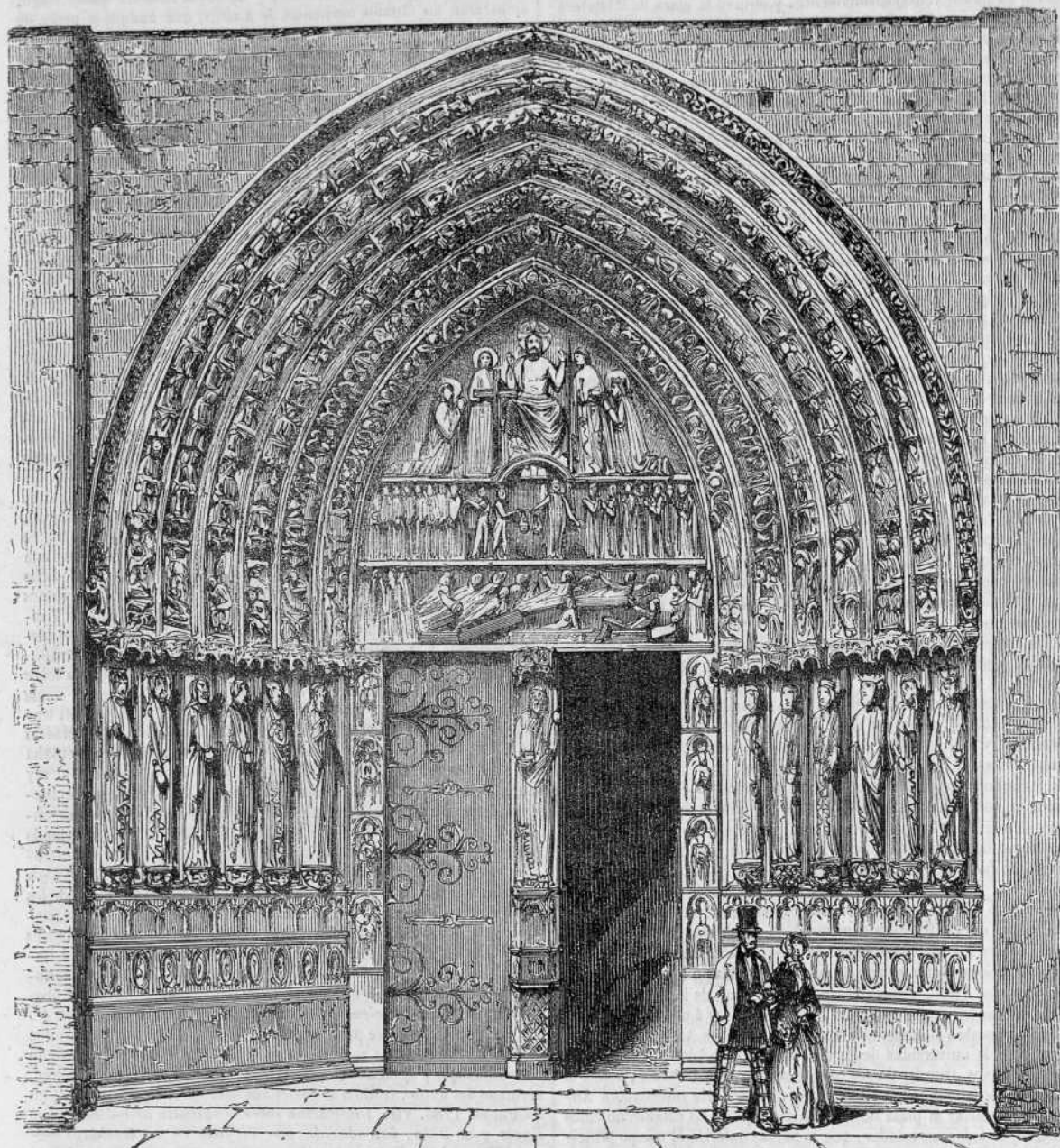
Hablé á Don Luis , y hablele con dulzura ,  
 Rogándole por Dios que se dejara  
 De aquel empeño , que era una locura  
 Indigna de él ; le dije que pensara  
 Que era mi pobre hija muy oscura  
 Para que un caballero así la amara ,  
 Y que no era tampoco tan hermosa ,  
 Que disculpara una pasión furiosa.

(Continuará.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

Esta santa iglesia, la maravilla de las catedrales de Francia, tan célebre en Europa por la animada creación de Victor Hugo, y en cuya construcción se habían agotado el arte y las ciencias de tres siglos, sufrió por espacio de bastantes años horribles mutilaciones, y puede decirse que una especie de martirio continuado, en que se sucedían las profanaciones artísticas, hasta que por último recibió el golpe de gracia convirtiéndose en templo de la razón. Hace poco tiempo se ha restaurado, devolviéndola en lo posible su antiguo esplendor, según puede juzgarse por la lámina que presentamos, y que figura la puerta del Norte.

#### EL ABATE D. JUAN ANDRÉS.

Nació en la villa de Planes, reino de Valencia, el 13 de febrero de 1740, de padres nobles y ricos, que desde temprano le enviaron á la

capital de su provincia, y le pusieron en el seminario de nobles de ella, dirigido por los jesuitas. Después de estudiar filosofía en la universidad de la misma ciudad, tomó la sotana de la Compañía de Jesús en Tarragona, el 24 de febrero de 1754, estudió teología en el colegio de San Pablo de Valencia, y fué nombrado catedrático de retórica en Granada. Allí compuso, para una función que se celebró con motivo de los exámenes públicos de sus discípulos, una tragedia titulada *El Juliano*, que fué muy aplaudida, pero que no se ha impreso; y se hallaba desempeñando el mismo destino, cuando se decidió por el gobierno el estrañamiento de los hijos de S. Ignacio. Resignado á esta disposición superior, salió Andrés de su patria, y habiendo residido algun tiempo en Córcega, primero en Ajaccio, y después en San Bonifacio, y escrito en este último pueblo un elegante comentario de las incomodidades sufridas en el viaje por los jesuitas desterrados, pasó á Ferrara, donde se hallaban reunidos muchos de sus colegas, y donde enseñó filosofía en el instituto. Andrés no se ligó indisolublemente con la Compañía hasta el año de 1775, en que hizo su profesion solemne; y habiendo

por el mismo tiempo publicado su *Prospectus philosophiæ universæ*, se dió á conocer ventajosamente, y obtuvo la plaza de bibliotecario del marqués Bianchi de Mantua, cuya proteccion puso su suerte al abrigo de toda incertidumbre, y le libertó de graves afanes. Dos años después concurrió Andrés con el célebre matemático Fontana al premio propuesto por la academia de Mantua sobre la solución de un problema hidráulico muy difícil, y en 1776 publicó su *Ensayo de la filosofía de Galileo*. Al mismo tiempo que en las ciencias exactas, trabajaba el infatigable Andrés en la numismática, y se aplicaba á investigaciones eruditas, de que ofrecen un testimonio irrecusable sus numerosas obras, cuya lista pondré al fin de este artículo. Poco después, teñidos de sangre los campos de la Italia septentrional, y amenazada Mantua de las calamidades de la guerra, se retiró Andrés á Colono, en las inmediaciones de Parma, en cuya capital dirigió luego los estudios del seminario, y adelantó mucho la mas importante de sus obras, que tenia comenzada largo tiempo antes, *Sobre el origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Al leer el plan del autor, creyeron todos los eruditos que semejante obra era superior á las fuerzas de un solo hombre; pero al ver su desempeño, no pudieron menos de reconocer y admirar la estension de los conocimientos del abate Andrés, que con recursos infinitamente menores que los que existen en el día para esta clase de obras, hizo mas de lo que nadie habria osado esperar. La parte de la obra del padre Andrés en que hay mas novedad, es ciertamente la relativa á la literatura árabe, en la cual, así se estiende largamente, dice el padre Scotti, en alabanzas á los árabes, si con demasiada prolijidad les atribuye invenciones, si exagera la elegancia y la profundidad de sus escritores, si ensalza su influencia literaria sobre la España, y de allí sobre toda la culta Europa, tiene una muy fuerte y para él sobradamente gloriosa razon con que defenderse de tales acusaciones; á saber, que él es el primero que presenta bajo tan luminoso aspecto á su nacion, á la cual creia la literatura deber pocas obligaciones. Mas sea de esto lo que fuere, se le debe perdonar semejante enajenamiento, en gracia de las nobles imágenes, en que con arte enteramente suya y toda magistral, pinta vivamente el renacimiento de la literatura y de las ciencias, y traza el carácter de los siglos siguientes, hasta aquel de cuya literatura era él mismo el mas bello ornamento. Elevándose en el fin de esta parte, estoy por decir, sobre la esfera de los conocimientos presentes, y aun sobre las fuerzas humanas, predice las futuras mudanzas del saber, y propone medios oportunos para impedir la barbarie, y conducir la cultura á su última perfeccion. El abate Artega impugná con demasiado acaloramiento la opinion del padre Andrés, sobre el origen de la poesia provenzal; y este último contestó en términos que habrian bastado para que todos le diesen la razon, aun cuando no fuese sino por el comedimiento con que él defendió la que creia tener. Las observaciones hechas en sus viajes, observaciones que él consignó particularmente en las cartas familiares á su hermano D. Carlos, no contribuyeron menos á su celebridad que sus demás obras, entre las cuales no dejan de merecer una mención honorífica sus indagaciones sobre el arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos, publicadas en 1795, y su catálogo de los códices de la biblioteca Capilupi de Mantua, publicado en 1797. Rechazados á poco los franceses de Italia, nombró el emperador Francisco al padre Andrés, en 1799, director de la universidad de Pavia; pero habiéndole hecho salir de allí los nuevos triunfos de los republicanos, pasó á Parma, donde el duque Felipe le nombró su bibliotecario, cuando vió obstinado á Andrés en renunciar la plaza de superintendente de los establecimientos literarios de todos sus estados, que le habia conferido el mismo príncipe. Después de publicar un gran número de escritos sobre muchos de los ramos en que están divididos los conocimientos humanos, y en casi todos los cuales volvió por el honor de la literatura de su patria, frecuentemente mancillada por el aturdimiento ó la ignorancia de muchos escritores extranjeros, Andrés, viendo restablecida su Compañía en el reino de las Dos-Sicilias, pasó á Nápoles en 1804, y renunciando á las pensiones que debía á la ilustrada munificencia de varios soberanos, se aplicó, aunque ya viejo, á los trabajos de su instituto; fué nombrado prefecto de la real biblioteca, miembro de la academia Herculanaense, de que por muerte de Francisco Daniel fué hecho secretario, y en estos destinos continuó dando á luz varias obras importantes, mereciendo á los dos monarcas franceses, que sucesivamente ocuparon el trono de Fernando IV, la misma consideracion que habia debido al monarca legítimo antes de su espulsion, y que le continuó debiendo después de su regreso en 1813. La misma consideracion habia debido antes Andrés á los reyes de España Carlos III y Carlos IV, al emperador de Alemania José II, al gran duque de Toscana Leopoldo, á la princesa de Módena María Beatriz de Este, á su esposo el archiduque Fernando, gobernador de Lombardía, al emperador Francisco II, al duque de Parma Felipe, y en fin al sumo Pontífice Pio VII, de todos los cuales mereció los testimonios menos equívocos de benevolencia y de aprecio. Ya al fin de sus

días unas cataratas mal batidas, y de cuyas resultas quedó ciego, acibararon los últimos momentos de Andrés, que aunque á pesar de tan horrible contratiempo no abandonó sus trabajos, ni interrumpió su correspondencia, ni dejó la instruccion de sus alumnos, conoció luego que no sobreviviría á una catástrofe, que para él era una verdadera sentencia de muerte. A poco tiempo en efecto un asma cruel que le sobrevino, hizo ver que aquel temor no era infundado; y si bien, logrando el permiso de trasladarse á Roma, se mejoró algun tanto y dió algunas esperanzas á los numerosos admiradores de su saber y de su virtud, recayó á poco, y murió el 12 de enero de 1817, en la casa profesa de los jesuitas de la capital del mundo cristiano, dejando una reputacion de sabiduría, de modestia, de patriotismo, de beneficencia y de aplicacion que nunca perecerá. La siguiente lista de sus obras prueba hasta qué punto supo el padre Andrés aprovechar el tiempo que le dejaron libre los muchos encargos que tuvo y las comisiones que desempeñó. I. *Prospectus philosophiæ universæ, publicæ disputationi propositæ in templo Ferrariensi*. Ferrara, 1775, en 8º. Esta es una coleccion de muchos centenares de conclusiones, distribuidas con variedad é inteligencia, y que desde luego hicieron formar un gran concepto de los conocimientos del autor. II. *Dissertatio de problemate hydraulico ab academia Mantuana proposita*. Mantua, 1773, en 4º. En el año anterior habia dispuesto la academia que se publicase á sus espensas. III. *Ensayo de la filosofía de Galileo*. Mantua, 1776, en 8º. IV. *Carta al señor comendador frey Cayetano Valentí Gonzaga, sobre una pretendida causa de la corrupcion del gusto italiano en el siglo XVII*. Cremona, 1776, en 8º. Esta carta, traducida al castellano por el benemérito D. Francisco Javier Borrull, se imprimió en Madrid en 1780. En ella vindica Andrés á su patria de las imputaciones de Bettinelli y de Tiraboschi, que señalaban como una causa principalísima de la corrupcion del gusto en Italia en el dicho siglo, la influencia política y literaria de los españoles. Las razones con que Andrés apoyó su vindicacion fueron tales, que el mismo Tiraboschi decia á Lampillas: «Andrés defiende su nacion con armas mucho mejores, y la prueba es la misma moderacion con que escribe... la causa de los españoles no se podía defender mejor.» V. *Carta sobre el reverso de una medalla, no entendida por Maffei, al señor conde Alejandro Muraribra*. Mantua, 1778, en 8º. El citado Borrull tradujo tambien esta obra al castellano, y la hizo imprimir en Madrid en 1772, en 12º. Andrés demostró que dicha medalla representaba un Hércules con el jabalí de Erimanto sobre las espaldas, y al rey Euristeo que al verle se escondia en una cuba, como lo describe Diodoro de Sicilia. La inteligencia de aquella medalla se habia escondido á la penetracion de Maffei, y Venuti y Gori habian imaginado esplicaciones poco satisfactorias. VI. *Carta sobre una demostracion de Galileo, al señor marqués Felipe Maria Casali Bentivogli Paleotti*. Ferrara, 1779, en 4º. En ella, hablando del descenso de los graves, enunció el autor principios que fueron fuertemente impugnados; pero la primera y tercera parte de este escrito, en que Andrés retractaba un error cometido en su *Ensayo*, y en que defendia á Baliani de algunas injustas censuras de Montoula, fueron estraordinariamente aplaudidas. VII. *Disertacion sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos*. Ferrara, 1779, en 4º. En este escrito atribuye particularmente el autor los pocos progresos de las ciencias al deseo mal entendido de querer reunir toda clase de conocimientos, y desdeñar el estudio de los clásicos. D. Carlos Andrés, hermano del autor, tradujo al castellano esta carta, y la imprimió en Madrid en 1785. VIII. *Disertacion sobre el episodio de los amores de Eneas y de Dido, introducido por Virgilio en su Eneida*. Cesena, 1778, en 8º. En este escrito, que tradujo en el mismo año al castellano el citado D. Carlos, y que reimprimó el abate de Sanctis en sus comentarios sobre Virgilio, se propuso el autor dar á los mantuanos un testimonio de su reconocimiento por la hospitalidad que les debia, escusando el anacronismo que se imputaba al inmortal poema de uno de los mas ilustres hijos de Mantua, y probando que en tiempo de Virgilio el encuentro del hijo de Anquises con la hija de Belo, se contaba en el número de las antiguas tradiciones, cosa que bastaba para justificar la introduccion de aquel episodio. IX. *Carta sobre la música de los árabes, á Juan Bautista Toderini*, inserta por este en su obra de la *Literatura turca*. Venecia, 1787. En esta carta, traducida al castellano, y publicada en Madrid en 1783, se da una noticia del famoso códice árabe de Alfarabio, que contiene un tratado sobre la música antigua, y del que podrá sacar muchas noticias preciosas el que desee ilustrar la música griega. X. *Cartas familiares á su hermano D. Carlos*. Estas se imprimieron en Madrid desde el año de 1791 al de 1795, traducidas por el mismo D. Carlos; tambien se imprimieron traducidas al alemán, en Weimar, en 1792, y el abate Mercier de Saint Legeur, hizo una traduccion francesa, que no se publicó por haber sobrevenido la revolucion. XI. *Indagaciones sobre el origen y vicisitudes del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos*. Viena, 1795, en 4º. Venecia en el mismo año, Nápoles en 1796, y tra-

ducida al castellano, Madrid, 1794. En esta obra trató Andrés de probar que la gloria de que se había cubierto el abate L'Épée extendiendo la esfera de los conocimientos de los sordo-mudos, y ganando para la sociedad y la civilización, individuos á quienes la naturaleza parecía haber condenado á la estupidez y al aislamiento, pertenecía á Pedro Ponce, benedictino del monasterio de Oña, que un día enseñara á sordo-mudos diferentes ciencias y lenguas. XII. *Carta á D. Carlos Andrés, sobre la literatura de Viena*. Madrid, 1794, en 12°. En 1795 se imprimió en Viena la traducción italiana con varias adiciones de Brera, y en la misma ciudad y año otra traducción alemana. En esta carta describe el autor las mejores ciudades que se hallan en el camino desde Mantua á Viena, y habla del estado de cultura de esta gran capital, de sus museos, archivos, bibliotecas, escuelas, academias, etc. XIII. *Catálogo de los códices manuscritos de la casa Capilupi de Mantua*. Mantua, 1797, en 8°. Esta obra, cuya traducción castellana, hecha por el hermano del autor, se imprimió en Valencia en 1799 en 12°, comprende los títulos y clasificación de 128 manuscritos, con muchas observaciones arqueológicas, históricas, diplomáticas y bibliográficas, muy alabadas de Tiraboschi, Lessarts, y otros muchos hombres célebres. XIV. *Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Parma, 7 tomos en 4.º, desde 1782 hasta 1799, reimpressa sucesivamente en Venecia, en Prato y en Pisa. En 1818 hizo Mordachini una nueva edición con muchas adiciones. Roma, 9 tomos en 4.º En Nápoles comenzó otra en 1796 el gabinete literario; pero la suspendió en 1799. En 1776 fué traducida al alemán, y al mismo tiempo que se publicaba en Italia en italiano, lo iba siendo en Madrid en español por D. Carlos Andrés. Ortolani empezó también á traducirla al francés, pero no salió á luz mas que el primer tomo, publicado en 1805. XV. *Cartas á su hermano D. Carlos, sobre varias noticias literarias*. Valencia, 1800, en 12°. En esta obra se ve un extracto del *Catálogo de Capilupi*; una carta sobre la utilidad de estos catálogos, y otras cinco, llenas de noticias literarias muy importantes. XVI. *Cartas al señor abate Jaime Morelli, sobre algunos códices de la biblioteca capitular de Novara y de Verceil*. Parma, 1802, en 8°. Es un papel lleno de erudición, en que entre otras cosas se halla la noticia de varias colecciones de cánones, que hubieran podido dar mucha luz á Sismodi, á Labbe, á Balucio y á los demás que trabajaron sobre estas materias. XVII. *Carta á Octavio Ponzoni, sobre el estado presente de la literatura española*, inserta en *La Abeja*, periódico de Florencia, en mayo de 1804; carta que á pesar de haber sido escrita treinta y seis años después de su espulsion de España, contiene noticias curiosísimas sobre las obras y escritores de la misma nación, y sobre sus academias, sociedades, bibliotecas, museos, periódicos, etc. XVIII. *Antonii Augustini, archiepiscopi tarraconensis, epistolæ latinæ et italicæ, nunc primum editæ*. Parma, 1804, en 8°. Esta obra se compone de 112 cartas latinas muy interesantes, y de 57 en lengua vulgar, del célebre arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín, precedidas de un largo prólogo del editor, lleno de noticias muy curiosas. XIX. *Prodromus in anecdota græca et latina, ex Mss. Codd. bibl. reg. Neapol.* Nápoles, 1816, en 4°. En este *Prodromo* indicó Andrés la historia de la biblioteca real de Nápoles, y enumeró muchos libros curiosísimos que en ella se hallan. Por último, en las actas de la academia real de Nápoles, se imprimieron tambien varias disertaciones del mismo autor, que además dejó otras muchas inéditas, *Sobre dos inscripciones encontradas en el templo de Isis, en Pompeya; Sobre el culto de la diosa Isis; Sobre el descubrimiento del Herculano y de Pompeya; Sobre una inscripción latina publicada en la disertación isagógica á la explicación de los papiros herculanenses; Sobre una inscripción que está en un busto de Cayo Norbano; Sobre la insalubridad de los aires de Bayas y sus causas; Sobre las ventajas que pueden sacarse de los títulos de los códices; Sobre la utilidad del estudio de los códices, etc.* En fin, el padre Andrés dejó *Noticias históricas pertenecientes á Melisè; Noticias del monasterio de San Nicolás de Casole; Noticias de dos poemitas griegos de Juan de Otranto y Jorge de Galipoli*, y otros varios escritos. Parecería imposible que de un hombre dotado de un mérito tan superior, conocido por tantas obras, publicadas en tan diferentes países y por tan largo número de años, pudiese hablarse en los términos que lo hizo Mr. Bourgoing en la *Biografía francesa*, llamada de Michaud, de que hace mas de veinte años refundí yo algunos tomos. Diez y ocho líneas dedicó el citado Bourgoing al artículo del célebre jesuita valenciano, en las cuales hay tantos errores como palabras, y solo se hace mención del *Ensayo de la filosofía de Galileo* y de la *Historia de la literatura*. Por colmo de precipitación, el artículo de que hablo se imprimió en 1811, es decir, seis años antes que muriera Andrés, á quien Bourgoing hizo morir á principios del siglo. En 1811, dueños los franceses de toda la Italia, no era permitido ignorar que en una de sus mas importantes ciudades existia y trabajaba uno de los hombres mas ilustres que produjo la España en el último siglo. El padre Angelo Antonio Scotti, socio de la academia Herculana de

arqueología de Nápoles, leyó en dicha sociedad el *Elogio histórico del padre Juan Andrés*, su secretario, elogio que traducido del italiano, se imprimió en Valencia en 1818, en 4.º, con un retrato del docto jesuita, grabado por Peleguer. D. Francisco Javier Borrull compuso tambien otro elogio, que se publicó en Valencia y en Madrid en 1817.

## TURBACIONES DE JUAN LANAS.

(COSTUMBRES DE PROVINCIA.)

«Y si, lector, digeres ser cuento, aunque en una verdad, parece cuento.»

I.

Juan Lanas era hijo único de un labrador de los de montera en percha y capa en el arca. Periquito Lanas, su padre, no estaba sobrado de hacienda; pero tenia despejado el magin y habia pocos en el pueblo de su caletre: elector y elegible segun la tarifa de la ley de ayuntamientos, de regidor fué á síndico personero, y por la mayordomía de ánimas subió á empuñar el cetro de alcalde.

Los pelucones, pelucas y peluquines; las multas, apremios y recargos; los apercebimientos, emplazamientos, notificaciones y llamamientos; los órdenes, contra-órdenes, escitaciones, revivatos, repelones y amenazas que sufrió; las confusiones en que se vió prieto su entendimiento entre aquellas avenidas de oficios, espedientes, padrones, modelos, listas, cuentas, reparos, exhortos, cartas-órdenes, boletines, impresos, manuales, diccionarios y hasta bibliotecas que le traía el balijero; las angustias que padeció al verse consultado, de real órden, por los seis ministros de S. M. «Sobre el crédito hipotecario y territorial. La enajenacion de propios con aplicacion á la construccion de un ferro-carril que deberia pasar dentro de cien años á ochenta leguas norte de la provincia. La conveniencia de la conservacion del solar de una ermita, donde al decir de la comision provincial de monumentos habia en 1400 vestigios de una piscina, y por último, sobre el origen, progresos y decadencia de las enfermedades de todos los animales y todas las plantas que no se conocian en aquel término.» La tortura que padeció al verse mandado, conminado y perseguido por el gobernador civil, el consejo provincial, la diputacion, el administrador de directas, el de indirectas, el comisario de montes, el de policía, el cobrador de contribuciones, el arrendador de los consumos, el juez de primera instancia, la sala, el jefe de la comision investigadora de memorias para el clero, el de la de instruccion pública, el capitán general, el comandante idem, el de canton, el de la guardia civil, el jefe de fábricas, el capitán de tránsito, el ilustrísimo obispo, el provisor, el vicario, y por toda la caterva de las juntas de beneficencia, de agricultura, inspectora, de la cria caballar, de sanidad, de jefes, de liquidacion, de... ¡quién puede relatarlas!... La tortura, digo, fué tan grande como la que sufre el pobrete que en rueda de chuzones sirve de pelota y pelee.

De tal sufrimiento, de tanta angustia y de tormento tan rudo, en vez de escarmentar, dedujo que su hijo Juan debia ser letrado, y sin mas ni mas le puso en el camino del saber por la puerta de un seminario conciliar, como aquel otro que se fué á Roma por Lima.

Cuando Juan fumaba en puro y jugaba á mayores, pasó á recibir el grado de bachiller en una universidad, y al cabo de catorce años, D. Juan Lanas volvió á su pueblo con juramento hecho de defender á los pobres, al misterio de la Purísima Concepcion, y la Constitucion del Estado, que no recuerdo cuál era de las tres hijas de Elena. No aparentaba el licenciado mucha discrecion; pero cómo no tenerle por un pozo de ciencia al oír el siguiente verídico resumen que el tío Periquito hacia de los adelantos de su hijo?

«Segun las certificaciones ha estudiado doce asignaturas para la segunda enseñanza, cuatro en el año de ampliacion, y diez y seis en la facultad de jurisprudencia, total treinta y dos. Ha sufrido sesenta y cuatro exámenes, sin contar los que tuvo *extraordinarios*, ni los de incorporacion; tres *tentativas*, tres *actos teóricos*, tres *prácticos* y unas cuantas horas sueltas de preguntas. Trae una biblioteca de sesenta y siete volúmenes, toda de libros de testo (y descartaba los programas, compendios, cuadernos y comendaticias de los cateóricos), con sus notas, sellos, rúbricas y resellos. Ha consumido tres mil quinientos sesenta reales en matriculas, cuatrocientos setenta y ocho en derechos de examen y certificaciones, tres mil ochocientos en grados, dos mil novecientos cuarenta y ocho en libros de testo, porque como son selectos cuestan un ojo de la cara, y hasta unos ciento treinta mil en viajes, regalos, pupilaje, *traje académico*, *ropa de sociedad*, con lo demás que en trece años de bienandanza echa por la manga un escolar medianamente desapidado. To-

tal de gasto, ciento cuarenta mil setecientos setenta y seis reales.»

Su padre de contento al verle tan sabio y de gozo por hallarse en aquel punto, arruinado, gracias á la ilustración de su hijo, se murió por no sufrir la ejecución de un usurero, ni el apremio por desfalcos en el fondo supletorio, en el tanto por ciento de cobranza y en la administración del pósito. Razones tendría para morirse, que acto tan grave no se hace sin ton ni son, y aun debió comunicárselas á su hijo, porque Juan admitió la herencia á beneficio de inventario, y se quedó con lo puesto y mas letras que un misal. Bien hubiera preferido su ignorancia primitiva, de la que no había perdido gran cosa, y recibir limpios de polvo y paja los ciento cuarenta mil setecientos setenta y seis reales invertidos en su carrera; pero como era hombre de pelo en pecho, en tan desesperada situación, para salir de apuros, casose: verdad es que su muger tenía por patrimonio el día y la noche, y fundadas esperanzas de una fecundidad milagrosa, atendido su físico y la tradición y hábitos familiares; pero el matrimonio es el estado natural de un hombre que ha concluido su carrera.

Comiéronse primero los puños, después los codos, y hubieran acabado los cónyuges por devorarse reciprocamente como el gato y el ratón de la fábula, á no haber obtenido el licenciado un destino de cinco mil reales, salvo descuento, en la secretaria del consejo: su muger y el diputado sabían la causa de aquel inesperado favor: Juan Lanasto atribuyó á la Providencia que vela por los pequeñuelos.

Al cabo de seis años, durante los cuales estuvo cesante doce veces, recorrió todos los ramos y logró visitar veintitres de las cuarenta y tantas provincias españolas; se hizo un buen empleado y todo un buen padre de familias. Aprendió á escribir con soltura y corrección el cargo y la data, el debe y haber: dirigía como ninguno esos interminables estados con los cuales por el método sinóptico y sincrónico se hace confusa la noticia mas clara y sencilla; gracias á la misma aplicación, dirigida en diverso sentido, tenía alrededor de su mesa cinco herederos legítimos, de todos sexos y edades.

¡Loca ambición! tú precipitaste al tío Pedro, tú tambien darás en tierra con el licenciado su hijo!

Hace unos meses que ocupándose de fincas del Estado, tiene la monomanía de hacerse propietario. ¿Quién como el ciudadano independiente, decía, que tiene que comer en su hogar sin esperar el correo, ni estar colgado del semblante indigesto de su jefe?... ¡Cómo se devora en el campo, al aire libre!... Y tras de este solloquio recitaba á su magra esposa todos los idilios que podía suministrarle su escasa erudición clásica.

¡Oh lamentable suerte la suya! ya pasaron los tiempos en que se compraba una huerta con el importe de las rentas, que se pedían adelantadas al arrendador, sin perjuicio de subirla luego que se otorgaba la escritura; ya no se negocia un convento por el valor de las columnas del patio, ni una dehesa con el escamajo del monte! Se suspendieron las ventas!... ¿Qué hacer?

La fortuna se le vino rodada: por justificar un censo le obligó su jefe á que detestase la rancia fundación de un patronato, establecido en el 600 por D. Homobono Lanast, presbítero. Pasó como un rayo por aquello de mi alma á Dios y mi cuerpo á la tierra, se tragó la profesión de fé, y con ojos encendidos por el deseo, penetró en el laberinto de los llamamientos y en el libro becerro de los inventarios: el resultado de aquellas investigaciones fué dejar al jefe colgado, y plantarse en lo del rey ebrio de gozo.

Aquí de las leyes: en un verbo registró el buen Juan las *Partidas de Gregorio Lopez*, como dicen los abogados de secano, la *Nueva* y la *Novísima*, la montaña de tomos de *Decretos*, la *Curia Filipica*, el *Febrero*, once veces reformado, el *Escriche*, el *Pacheco*, etc., etc., etc., y en un santiamen supo al dedillo todas aquellas clarísimas distinciones, divisiones y subdivisiones de patronato gentilicio, hereditario, familiar, misto, activo, real, personal, pasivo, eclesiástico, laical, mere-laical, otra vez misto, pio, general, compatible, solemne, y menos solemne. Se parapejó con aquellos *elegantés* versos:

*Patrono debetur honos, onus, utilitasque...*

y con los de

*Patronum faciunt dos, edificatio, fundus.*

y fraguados los árboles con mil sudores, gracias á la claridad de los libros parroquiales, después de saber con las formalidades del derecho que su padre se llamaba Crispin Salustiano David Juan de Santa María de las Nieves, pero no Pedro, como él se decía, interpuso su solicitud, y al cabo de veintisiete meses se le adjudicó el patronato, del cual tomó posesion cuando se lo quiso entregar la hacienda pública, que ya le había cobrado el tanto por ciento y las costas y el papel de reintegro.

Tenemos á Juan Lanast con una heredad de viña y olivas, con casa de teja, hazas en el ruedo, casa principal, dos que lo fuéron, cortijo con monte, huerta y huerto, censos y juros, deudas incobrables y

lámimas de la deuda sin interés. Es todo un propietario, elector y elegible en las de diputados, segun ha calculado por la invitación recibida como primer fruto de su nuevo patrimonio. Propietario en toda la extensión de la palabra y con todas las variedades de la especie. Perdió su destino, se cree rico, feliz, independiente, y comienza para Juan una nueva era; ¡castillos en el aire! tú lo verás, leyente amigo, en el artículo que sigue, donde se prueba que no se puede ser propietario, ni rico, ni independiente, ni aun ciudadano, sino todo lo mas, cantante ó empleado.

## II.

—«Juan, mira que me vas probando la paciencia! Esto no puede seguir así; desde que somos ricos, te has hecho miserable como un aguador: estamos siendo el patillo de la vecindad. La casa podia pasar en un empleado de tres al cuarto, ya necesita papel en el recibimiento, otros muebles, persianas, cristales, cortinas, visos, alfombras, fanales, cómodas, cama colgada, catres de hierro para los niños, servicio de mesa, criado...

—Para, Tránsito (así llamaba Juan Lanast á su esposa, aunque ella se firmaba Perpetua), para esa infernal taravilla...

—Y los niños todos necesitan reforma: de mí no hay que hablar, porque está á la vista: sin reloj no puedo vivir, y que ahora se llevan con cadena larga, y que una muger sin sortijas no parece bien entre estas andaluzas tan fastuosas y póneselotodo.

—Pero si las rentas vencidas se fuéron en tus cuprichos y en las obras...

—Y has hecho gran negocio con las casas: las tres desalquiladas y pagando contribucion.

—Pero ahora á lo menos es posible que tengan inquilino, los dormitorios estaban á todos vientos y las escaleras tan malas y los pisos tan desiguales, que del comedor á la cocina era preciso mandarse por esquelas.

—De la muger el consejo: tú eres como aquel que compró una bolsa con el dinero que tenía ahorrado. Pues sin *prevenciones* no nos hemos de quedar, que aquí no es como en Madrid, que todo se compra ochavo á ochavo...

—Si el presupuesto...

—Nada de presupuestos, ya no somos empleados.

—Muger, recreate en este apremio por trescientos setenta y dos reales del trimestre que vencerá, con recargo de cuarenta y dos y maravedises; lee esta invitacion de la colecturia en que me reclaman, primero, treinta y seis arrobas de aceite para la lámpara de una capilla que no existe, y que gravita sobre un erial donde hubo olivas cuando la conquista y que no se ha pagado desde la guerra de las naranjas; segundo, cuatro mil cuatrocientos cuarenta y cuatro reales por la limosna voluntaria de cuatrocientos once misas que pesan sobre las casas; tercero, setecientos seis reales por veintidos aniversarios en pró del alma de D. Homobono...

—Bien asegurada la dejó el buen señor con tanto sufragio.

—Tránsito, á quien te dió el capón, dale la pata y el alon.

—Ya veo que nosotros lo que comemos son huesos.—Pide dinero á réditos, ahora no dirán que no tienes sobre qué caerte muerto; hipotecas una finca...

—Así y todo, piden un ojo de la cara.

—No parece sino que no lo has tomado á peseta por duro al mes.

—Pero entonces me labraba un protector en cada acreedor...

—Pues no hay que hacerse de nuevas: ¡anda!... ¡sí!... y te compras un caballo, que es muy feo vayas al campo en burra, y con nada se gobierna una galerita, que con las mulas de la yunta... Arreglamos la casa, y á ver si quiere Dios que nos veamos limpios de acreedores y vamos á la costa el otoño; me bañaré en el mar para que se me quite la erisipela; compraremos algo de contrabando y buen tabaco, que con la virginia tienes los dientes como aceitunas... Verás qué de buen humor te pones pescando todo el día.

—Esa bolsa y ese agente...

—La bolsa yo te la arreglaré, y agente ninguno mejor que tú: ya no me acordaba, con el dinero nos vamos á Madrid, y verás, ahora que se ha abierto el teatro Real, cómo lo zanjamos todo...

—¡Nos vamos!... ¡yo! ¡y de la hacienda? ¡tú que estás criando y con ama? Y la viña sin cavar, y los olivares sin vinar, y el casero pidiendo la ateria y el gañan la soldada...

Gracias al benéfico decreto del arreglo de la deuda, estas disputas matrimoniales terminaron felizmente; Juan Lanast consolidó en dinero sus lámimas de deuda no consolidada, pagó como hombre honrado, y aun le quedó algun sobrante, que después de mil tretas para librarse de las garras de su muger y de las fauces de los petardistas, no salió de la gabela para especulacion alguna sin que volviese mermada la cantidad.

—D. Serapio tiene mas onzas que menea un terremoto, compró mil fanegas de anís á treinta reales y las ha vendido á siete duros y medio. ¿Pues y la cebada, que la tomó á diez reales y se la están quitando do

las manos á veintidos? ¡Mas redondo ha sido el negocio del aceite, en vasó hace cuatro dias quinientas arrobas, y hoy se lo solicitan con cuatro reales de ventaja.

Esto oyó Juan en la rueda de casa del herrador, y seguidamente apuntó en su agenda.

*El anis deja un quinientos por ciento.*

*La cebada un ciento diez.*

*El aceite dos mil reales en cuatro dias.*

Inmediatamente puso en movimiento corredores, amigos y mozos para comprar cebada y anis. Alquiló cámaras para el primer artículo, y en la suya encerró la matalauva; nunca hubiera hecho tal, que su persona olia siempre á aguardiente y la jaqueca tomó pupilaje en su cabeza. Seis años estuvo sin subir mas que cinco reales, y cuando llegó á ventearse por el *tamo* subió de precio, y no habia quien levantase una fanega: al fin á empujones la vendió con un treinta por ciento de beneficio en el sétimo año; pero treinta y cinco y el interés del interés le hubiera dado en igual tiempo en una caja de ahorros.

De la cebada no hablemos, porque salió con las manos en la cabeza. Después de pagar camaraje, correlaje y agiotaje y patente de subsidio como especulador, y recibir maldiciones como acaparador, entró un dia en el granero y vió que el *pez* se volaba, saliendo en forma de palomilla por las ventanas, huyendo sin duda de su propietario. Ni cáñamo, ni alcanfor, ni agua de sal fueron bastantes para cortar aquella espantosa procreacion de volátiles, la dió á como se la quisieron pagar, tuvo de merma la mitad, que el resto fué para ratones y vecinos, y perdió un ciento por ciento. En el aceite fué mas afortunado, pudo ganar en diez dias un cinco por ciento, pero se le rompió una tinaja, y la especulacion vino al traste.

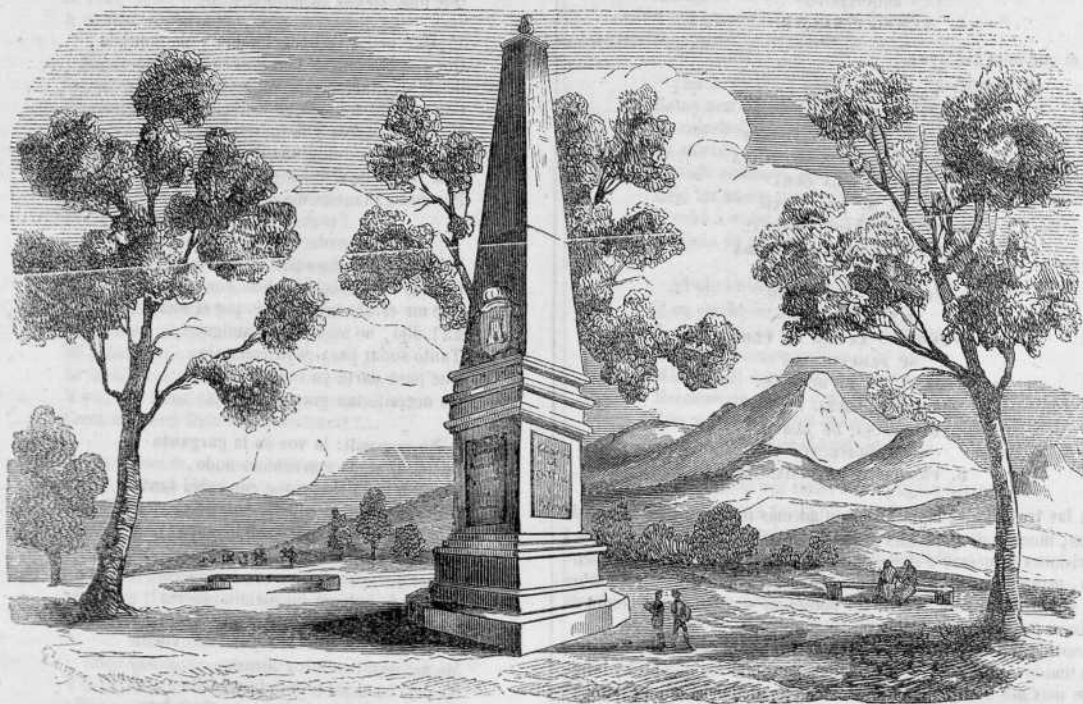
Entonces se lanzó á la usura, mas como no tenia entrañas de tigre, alargaba los plazos, se compadecia de los labradores, y los picaros le engañaban con estelionatos.

Se hizo ganadero y enriqueció á los ladrones y á los rabadanes, quedándole por frutos la peor leche, las crias mas raquíticas, la contribucion, las denuncias, la epizootia y los años miserables.

Echoso al fin en los brazos de la agricultura, hizose barómetro, porque su cara era espejo del buen ó mal tiempo, se convirtió en esclavo de sus mozos, y sacaba con sus propias manos hasta el pan de los perros. Al cabo de un quinquenio el capital le habia producido un dos por ciento, y como el administrador de directas se empeñaba en que *debía* ser un cinco, quedábale á Juan Lanás el uno, deducida la contribucion, es decir, mucho menos de lo que le rendia su empleo con mas descanso y comodidades.

Todo lo compensaba con la importancia social. Llegaron las primeras elecciones de diputados, y mi hombre decidiose á hacer valer su óbolo electoral; mas le llamó su antiguo jefe, y como tenia instintos de gobierno, contento con que le diese la mano el que siempre le trató como á ilota, votó con el ministerio. Tres disoluciones seguiditas hubo por entonces; en todas estuvo del lado del poder; mas como los ministros fuéron al mismo panteon que los parlamentos, resultó sin saber cómo en la oposicion, y odiado por sus amigos, y perseguido por los gobernantes. Le apremiaba el alcalde, le multaron como individuo de la junta pericial sin haber asistido á una sola sesion, le aforaron veinte veces la bodega, le reclamaron lo que no debía, le cortaron su mejor haza con un camino vecinal, le deslindaron la dehesa, y por pocas le quitan hasta el corral del cortijo; dejaron su calle á oscuras, y le cargaron tanto la mano en el subsidio, en territorial, cultivo, ganaderia, provinciales, municipales, consumos, caminos, alumbrado, empédrado y alojamientos, que hubo de vender una finca, retirarse á un lugar, quitar á sus hijos del colegio, empeñar las alhajas, y hubiera vuelto á su pristino estado, á no tener una hija de muy buenos bigotes, que cantaba á las mil maravillas desde la sentimental *casta diva* hasta el provocativo *tango*, y que logró para su padre la administracion de un grande y la reconciliacion del gobernador civil. Mas se murió D. Juan Lanás al recibir el poder, y la primera visita del jefe de la provincia; ¡tanto puede la alegría en los corazones sensibles!— Descanse en paz, que si duran mas sus turbaciones, corto de golpe para no hacer interminables estos artículos.

J. GIMENEZ-SERRANO.



(Pirámide que marca el confín de Castilla y Álava.)

## EL CONFÍN DE CASTILLA Y ALAVA.

El que desde la corte ú otro punto cualquiera del interior se dirija por primera vez á las provincias Vascongadas, tan pronto como atraviere el célebre puente de Miranda de Ebro, no dejará, de fijo y de positivo, de llamarle al instante la atencion el estremado aseo y la

limpieza suma de las gentes que encuentre á su paso, el mejor cultivo de los campos, el mayor número de arbolado, lo montuoso y pintoresco del terreno, los arroyuelos de cristalinas y puras aguas que serpentean por do quiera, la elegante, á la par que sencilla y económica construccion de las ventas, casas de recreo, de peones camineros, fuentes, caminos vecinales, etc.; la animacion y el tránsito continuo de carruajes y caballerias de todas clases, y la multitud de pueblecillos que se divisan por todos lados; y sin hacer la menor pregunta á nadie

conocerá que ya se halla en otro país, y que, sin sentirlo, se va aproximando al término de su viaje; pero si por casualidad fuese distraído, la pirámide que intentamos describir en este artículo, y cuyo dibujo exacto va á la cabeza del mismo, le obligará á fijar su atención, recordándole que aquel es el confin de Castilla y Alava.

La referida pirámide se halla construida á la izquierda de la carretera, casi tocando con las cintas de ella, á poco mas de un kilómetro de Miranda de Ebro; es de piedra blanca muy sólida, tiene en el cuerpo inferior tres lápidas hermosas de mármol negro, una al frente y otras á los costados; sobre cada uno de estos, en su parte superior, campean respectivamente las armas reales y las de aquella provincia, y en letras doradas grabadas en hondo se lee:

En el frente:

CONFIN  
DE  
CASTILLA  
Y  
ÁLAVA.

En el costado que mira á Castilla:

REINANDO CARLOS III.  
AÑO DE M. DCC. LXXX. VII.  
SE RECTIFICÓ Y CONSTRUYÓ EL CAMINO  
DESDE ESTE CONFIN Á BÚRGOS.  
SE ACABÓ LA OBRA  
EL AÑO DE M. DCC. XCL.  
REINANDO CARLOS III.  
Á ESPENSAS DE LA RENTA  
DE CORREOS.  
SIENDO SUPERINTENDENTE GENERAL  
DE ELLA Y DE CAMINOS  
D. JOSEPH MONINO  
CONDE DE FLORIDA BLANCA.  
DIRECTOR PATRIÓTICO  
DE LA OBRA  
PEDRO JACINTO DE ÁLAVA.  
ARQUITECTO  
MANUEL ECHANOVE.

En el que mira á Alava:

EL CAMINO DE ESTE CONFIN  
HASTA EL DE GUIPÚZCOA  
SE CONSTRUYÓ Á ESPENSAS  
DE ESTA PROVINCIA DE ÁLAVA.  
EMPEZOSE LA OBRA  
AÑO DE M. DCC. LXXX.  
SIENDO DIPUTADO GENERAL  
EL MARQUÉS DE LA ALAMEDA.  
CONCLUYOSE  
EL DE M. DCC. LXXII.  
SIENDO DIPUTADO  
D. FRANCISCO XAVIER DE URBINA.  
SE PERFECCIONÓ  
EN EL DE M. DCC. XC.  
SIRVIENDO AQUEL EMPLEO  
D. MANUEL DE LLANO.  
ARQUITECTO  
D. FRANCISCO DE ECHANOVE.

En las tres citadas lápidas se ven además innumerables firmas de viajeros, muchas de generales y de otros individuos, pertenecientes á las divisiones francesas é inglesas en la pasada guerra de la Independencia, estampadas á la ligera en aquel album de piedra, unas sobre otras, sin orden ni concierto, para perpetuar su paso por el confin de Castilla, ó por pura diversion y entretenimiento.

Nosotros, en nuestros paseos casi diarios por el camino de Francia, hemos tenido la curiosidad y la paciencia de copiar los nombres y letreos que mas nos han llamado la atención, y de buena gana estamparíamos aqui algunos de los segundos, si no se rozasen con la política, siquiera por ruborizar un poco á sus autores, y para hacer notorio que no pueden ni deben echarla de profetas.

La plebe ignorante y abyecta, que en todos tiempos y en todos los países ha sido y será siempre la misma, no cesa de complacerse en destruir á pedradas el lindo y esbelto monumento de que nos ocupamos, y hasta algunos valientes tuvieron tambien, durante la pasada guerra, la poco envidiable gloria de *fusilarle á boca de jarro*, así es que los destrozos causados por las balas en las lápidas, en las cornisas y en las coronas de los escudos, se distinguen de lejos y causan la mayor indignación al viajero.

REMIGIO SALOMON.

## EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Si era, si!... que nadie como ella  
Tuvo un semblante, todo de amor lleno,  
Ni una trenza mas negra ni mas bella,  
Ni ojos tan grandes ni mirar tan bueno!...  
¡No hay mas serena ni mas triste estrella,  
Que aquel mirar tan triste y tan sereno,  
Que parece que á todos nos pedía  
Cariño y proteccion, ¡pobre Lucía!...

¡Te estoy viendo!... tan alta! tan airosa!  
Y al mismo tiempo dulce y tan modesta!  
¡Mas tímida y mas cándida que hermosa!  
¡Toda tú llena de pasión honesta!  
¡Con tu vergüenza de color de rosa!...  
¡Hija mía, hija mía!... y era esta  
La suerte que los cielos te guardaban,  
Cuando con tal esmero te formaban!...

No torcieron el ánimo al mancebo,  
Ni ruegos, ni esperanzas, ni razones;  
Que todos los obstáculos son cebo,  
Cuando son verdaderas las pasiones.  
Tomó la suya crecimiento nuevo,  
Y se vistió de nuevas ilusiones,  
Amando á mi Lucía de tal modo  
Que puso en ella su sentido todo.

¡Qué podía yo hacer! pobre y no honrada,  
Qué respeto imponer á quien me vía,  
Desde su vanidad tan empuñada,  
Con el justo desden que merecía,  
Mi vida pecadora y desgraciada;  
Que compasión ninguna me tenía,  
Y al verme de rodillas suplicando,  
Por mas ganancias me creyó llorando!

¡Lo que yo pedecí!... ¡justo castigo  
Dió á mis pecados aquel día el cielo!  
Cuando Don Luis, riéndose conmigo,  
Que me estaba arrastrando por el suelo,  
Ea! dijo, no mas con un amigo  
Tanto sudar para pedir consuelo,  
Que para darte yo todo un tesoro,  
No necesito tan gracioso lloro.

No respondí: la voz en la garganta  
Se quedó atada con rabioso nudo,  
Se me hinchó el corazón con rabia tanta,  
Que contener tanto dolor no ¡udo,  
Y si Don Luis de allí no se levanta  
Poniéndose una silla por escudo,  
Aquel día, yo misma, con su muerte,  
Cambiado hubiera mi maldita suerte!

Me sujetó el infame, y cuando vuelta  
Me vió de mi colérica locura,  
Me dejó en el sofá sentada y suelta,  
Y él se sentó á mi lado, y con blandura,  
Pero con voz de autoridad resuelta,  
Me dijo sin respeto á mi amargura:  
Por mas dolor, María, que te aflija,  
Tienes por fuerza que entregarme tu hija.

¡Qué has de hacer?... ella me ama, y está loca,  
Como yo de su amor, del amor mío,  
Y en este lance lo que á ti te toca,  
No es mas, sino dejar correr el río.  
No es mi pasión tan chica ni tan poca  
Que te pueda contar mi desvarío,

Yo te aseguro á fé de caballero  
Que es mi amor grande, y bueno, y verdadero.

Que si mi amor á ella así no fuera,  
Trabajo tanto, nunca me tomara,  
Ni tantas necesidades cometiera,  
Si un violento amor no me inflamara.  
Y si amor tanto ardiente no la diera,  
A estas horas tampoco ella me amara,  
Que es el temple de su alma noble y fino,  
En sentimientos cándido adivino!

Y ahora dejando esto, que yo creo  
Que á ti no te se alcanza de amorios,  
Para que veas que la paz deseo,  
Y no quiero meterme en necios lios,  
Te pido á ti á Lucía, y no hago empleo  
Para obtenerla, de mis propios bríos;  
Que si voces y escándalos quisiera,  
Ahora mismo llevármela pudiera.

Haz lo que quieras ahora que ya sabes  
Por dónde van los hilos de este asunto:  
Con buen modo te pido que te acabes,  
Y te lo pido con Lucía junto;  
Si resistes á medios tan suaves,  
Echaré mano de otros, y en un punto  
Te verás, como es justo, abandonada,  
Sin que te sirva tu furor de nada...

¡Ay! qué fiel la memoria nos presenta  
Lo que entra en ella birléndola!... estas fuéron  
De desprecio hácia mí, mofa y afrenta,  
Las palabras que entonces me dijeron!...  
Calló Don Luis, y sin hacer gran cuenta  
Del mal que sus propósitos me hicieron,  
Se fué, en mi hija y en su amor pensando,  
A su madre, tan triste, despreciando!

Sirviome en mi tristeza de consuelo,  
Pensar que el loco amante me mentía,  
Porque hasta entonces ni el menor recelo  
Tuve yo del cariño de Lucía.  
Ningun suspiro ni amoroso anhelo  
En mi pobre hija descubierto había,  
¡Ni cómo siempre sola y apartada,  
Podía estar tan pronto enamorada!

Mas ¡ay de mi infeliz! pocos instantes  
Duró de mi deseo el pobre engaño!...  
¡Quién puede adivinar de los amantes  
Y del amor el laberinto extraño!...  
Mi pobre hija que era un ángel antes,  
Se había vuelto hipócrita en su daño,  
Y yo, tan llena de años y experiencia,  
Creía como en Dios en su inocencia!...

Era inocente, sí, mas los temores  
A que el amor apasionado obliga,  
Que á todos ve enemigos y traidores,  
Si no es al enemigo á quien abriga,  
La hicieron ocultarme sus dolores,  
¡A mí!... ¡Dios mio!... ¡A su mejor amiga!...  
¡Qué voz fatal en nuestro pecho suena  
Que nos asusta de la senda buena!...

¡Por qué un secreto entre el amor materno,  
Y entre el amor de un hijo el cielo pone!  
¡Mas no es el cielo, no, que es el infierno  
El que del pobre corazón dispone!  
¡Y porque mas un sentimiento interno  
Se envenene en su fondo y mas se encone,  
Le hace huir de la tierna confianza,  
Vuelta en secreto, triste, su esperanza!...

¡Era verdad! ¡verdad! ¡pobre Lucía!  
La triste estaba enamorada loca!...  
El amor que en su pecho se nutria,  
Mas, cuanto mas oculto, la provoca:  
Sus labios palpitantes entreabría

La sed de besos de su amante boca,  
Y eran besos de amor que á su amor daba  
Los suspiros dolientes que exhalaba!

¡Sí, á mí que de su amor, con mano dura  
Quise romper los apretados lazos,  
Tendía la infeliz en su amargura  
Los inocentes torneados brazos,  
Me apretaba con lánguida ternura  
Y enviaba á su amante estos abrazos!...  
¡Toda ella era de amor!... Mi triste suerte  
Se la daba á su amante ó á la muerte!

¡Ah! no, hija mia, no, que yo primero  
Que perderte por siempre, hubiera dado  
Mi corazón de madre todo entero  
Por mí misma del pecho desgarrado!  
¡Por qué, por qué, Dios mio, no me muero  
De esta hija mia que he perdido, al lado!  
¡Cómo no mata esta profunda pena  
Honda y cruel, que el corazón me llena!...

¡Ah! yo, hija mia, de tu pecho hermoso  
Llegué hasta el fondo, por curar tu herida,  
Y hallé turbado tu infantil reposo  
Hasta el último centro de su vida!  
¡Un corazón valiente y generoso,  
Solo á amores de muerte da cabida,  
Ni hay para él en su violento anhelo,  
Si no es amor, ni vida, ni consuelo!

¡Qué había yo de hacer!... cuando iracundo  
El huracán rugiendo se desata,  
Se lleva por delante el ancho mundo,  
Sin que ninguna fuerza le combata!  
De mi impotencia en el dolor profundo,  
Maldije al cielo y á mi hija ingrata,  
Y separando mis cansados brazos,  
Dejé al amor llevársela en pedazos!...

¡Se la llevé!... ¡Dios mio, y cuán contenta!...  
Estoy aun viendo de sus labios rojos  
La celestial sonrisa, y dulce y lenta  
La mirada amorosa de sus ojos,  
Cuando cediendo á su pasión violenta,  
Dejé los nudos que la ataban, flojos,  
Y echó á volar dichosa y sin recelo  
Al cielo de su amor... ¡Funesto cielo!...

¡Pobre niña!... Aquel día, yo, su amante  
Y su cariño fui; no se atrevía  
A quedarse sin mí ni un solo instante,  
Y con vergüenza de Don Luis huía,  
Mientras él con su amor loco y triunfante,  
Hermoso de cariño y de alegría,  
Con ojos encendidos devoraba  
La rica presa que el amor le daba!

¡Quién al ver tanto amor, tanta hermosura,  
Hubiera pena tanta presagiado!...  
Yo misma arrebatada en la locura  
De su pasión, un punto, mi cuidado  
Abandoné, creyendo en la ventura  
Del tierno amor que de Lucía al lado,  
La daba vida con su blando aliento,  
De eterna dicha y de inmortal contento!

¡Por qué ¡ó Dios mio! entonces no pusiste  
En mi pecho la amarga rabia de abora,  
Esta sed impotente negra y triste  
De sangre de Don Luis que hoy me devora?...  
¡Yo del alma inhumana que le diste  
Hubiera registrado la traidora  
Guarida oscura, de sus rotas venas  
Y de su sangre vil mis manos llenas!...

¡Mas ¡ay triste de mí! nada adelanto  
Con estas miserables maldiciones,  
Cual un monte de hierro es mi quebranto,  
Y mis venganzas, pobres ilusiones!...

¡Maldito sea hasta el estéril llanto,  
 Impío cielo, que en mis ojos pones,  
 Sin duda porque limpie de mi seno,  
 De amiga muerte el plácido veneno!

¡Tú, asustado, me miras y no aciertas  
 A sentir el dolor de mi agonía,  
 Por mas que lloras, á mi pena abiertas  
 Las venas de tu noble simpatía!...  
 ¡Mira!... ¡Contempla las facciones yertas  
 De ese cadáver!... ¡¡Esa es hija mía!!...  
 ¡¡Qué sabes tú de mi dolor!!... ¡¡Te engañas!!...  
 ¡¡Vosotros no tenéis ni amor ni entrañas!!...

¡Dais vosotros acaso en vuestro aliento,  
 Vida al tierno hijo que en nosotras vive,  
 Que de nuestra alma y nuestro amor sustento,  
 En nuestro mismo corazon recibe!...

¡Dónde hay dolor cruel y violento  
 Que vuestro afecto como el nuestro avive,  
 Cuando rasgada nuestra propia vida  
 La damos á una prenda mas querida!...

Y hablando así, la madre desgraciada  
 Levantaba hácia Adán entrambas manos,  
 Amenazante y loca la mirada,  
 Mientras él embebedo en los arcanos  
 De una pena para él tan ignorada,  
 Se confundía en pensamientos vanos  
 De impiedad y de fé, loco el sentido  
 Y el corazon llorando y afligido.

Rompió entonces en lágrimas la pena  
 De la madre infeliz, y vuelta luego  
 A una calma mortal, fria y serena,  
 Desesperado, aterrador sosiego,



Cual si contara alguna historia ajena,  
 Sin sentimiento en la espresion ni fuego,  
 Siguió diciendo con la vista fija  
 En el blanco cadáver de su hija.

Don Luis feliz, Lucía venturosa,  
 ¡Qué era yo con mis cuitas á su lado,  
 Sino la imagen viva y enojosa  
 De la pobre tristeza y del cuidado?...  
 Cortada ya la apetecida rosa,  
 Queda sola la rama que la ha dado:  
 Gracias, si el que la deja sola, cuida  
 De regarla con mano agradecida.

Gracias di yo á Don Luis, que mi existencia  
 Honrada quiso hacer, independiente:  
 Nijamás con desden ni indiferencia  
 Mi hija me miró: vivía ausente  
 De mi continuo amor y diligencia,  
 Mas yo habitaba de su casa enfrente,  
 Y no pasaba nunca un solo dia  
 Sin que viera á su madre mi Lucía!

(Continuará.)

Director y propietario D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





EL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE SALAS.

Este monasterio, titulado de Nuestra Señora de Salas, y llamado también de la Virgen de Huerta, está situado como á un cuarto de legua de la ciudad de Huesca, y es uno de los templos mas antiguos y venerados de la provincia; y el obispo al mitrarse toma el titulo de abad de dicho monasterio.

Nada se sabe acerca de su primitiva fundacion; pero consta que ya existia en el año 1200, y hasta la presente ha sufrido varias alteraciones; lo único que se conserva del antiguo es la fachada y la torre, que parece pertenecer al órden bizantino; el atrio y galería de la izquierda son obra del siglo XVI, y el interior y nave de la iglesia se construyó el año 1722; hubo en él monjes, y en la actualidad solo celebran algun dia festivo, y está á cargo de un santero que lo guarda.

Todo esto consta en la historia que escribió el padre fray Ramon de Huesca.

## ROSALIA.

### I.

Al declinar de una hermosa tarde volvía yo de mi acostumbrado paseo en direccion á P..., pequeño pueblo de la provincia de Madrid, donde he pasado una temporada del último otoño, y ya descubría su humilde campanario, en cuyo redor se cernían algunos rápidos vencejos, cuando en un barranco que corre á lo largo de la senda por donde marchaba, vi como hasta unos diez ó doce cerdos que se revolcaban en su suelo cenagoso, y juzgando que alguien debía cuidar de esta pía, miré en torno mio, quedándome no poco admirado al ver en una pequeña colina, que se eleva al lado de dicho barranco, á la persona que buscaba.

Era una jóven, ó mejor dicho, una niña, pues parecia rayar apenas en los quince años, y acaso no hubiera escitado mi atencion á no haberme sorprendido desde luego la elegante esbeltez de su talle, que de pié como estaba sobre aquella eminencia, se dibujaba airoso y flexible entre el oscuro azul del cielo y el verde esmeralda de la pradera, cuya circunstancia me hizo detener el rocínante en que cabalgaba para mirar con mas cuidado á aquella niña, en la cual noté cada vez nuevas bellezas á pesar de los harapos que la cubrían.

Llevaba la cabeza descubierta, y aunque sus negros cabellos peinados con bastante descuido caian desordenados sobre su frente, creo que no he visto nunca un rostro tan espresivo y de un perfil mas suave y encantador. Su tez, que debía haber sido muy blanca, curtida por la accion del aire y del sol, habia tomado un color indefinible, parecido en cierto modo al del oro oxidado, y este reflejo oscuro hacia resaltar mas y mas el brillo de sus ojos negros, sombreados por largas pestañas, aunque un poco redondos y quizá mas bellos por esta circunstancia, pues hacian parecer mas profunda la llama diamantina que los animaba, y mas penetrante la espresion dulce y resignada que se leía en ellos. A primera vista su fisonomía parecia animada y risueña; pero luego, observando el enflaquecimiento de sus mejillas, acompañado de una rubicundez casi pulverulenta, permitaseme esta frase, la descoloracion de sus labios y el cerco violado que rodeaba sus ojos, se adivinaba en ella la huella de los disgustos, de las enfermedades ó de las privaciones, aunque un observador indiferente achacaria mas bien á estas últimas la tristeza que nublaba aquel rostro infantil, atendiendo al raído traje que vestia la pobre porquera, y al miserable oficio á que estaba destinada.

Un corpiño de percal azul ceñía su cuerpo delicado y feble, marcando los contornos de aquel talle que tanto me habia admirado, y una corta falda de estameña morada, llena de remiendos de otros co-

lores, descubría á la menor ondulacion el principio de sus piernas, de formas perfectas y juveniles, y cuya láctea blancura contrastaba extraordinariamente con el color oscuro de sus curtidos piés, pequeños en sumo grado, no obstante de que los llevaba desnudos.

Todas estas observaciones las hice durante un momento, en que distraida la jóven, miraba al suelo golpeándole con la larga vara que tenia en la mano, que sin duda la servia para guiar á los animales que estaban á su cuidado; mas luego notando que reparó en mi algo sorprendida, proseguí mi camino no sin volver la cabeza muchas veces para mirarla. Antes de llegar al pueblo me alcanzó un labrador vecino mio, y no pude menos de hacerle algunas preguntas relativas á la porquera, aunque sin manifestar toda la sorpresa é interés que me habia causado.

—Esa muchacha, me dijo, recogida en un camino por el tío Simon, que ha sido muchos años porquero del pueblo, le ayudaba á guardar los cerdos, y después que murió este de resultas de una borrachera, nos compadecimos todos de Rosalía, y así se llama la chicuela, y la dejamos la guarda de las reses á pesar de su poca edad.

—¿Luego esos cerdos que he visto pertenecen á varios dueños? le pregunté.

—Qué ¿no lo sabiais? me contestó. Rosalía tiene el encargo de llevar á pacer las reses de todos los vecinos que quieran buenamente enviarlas.

—¿Y qué jornal gana por esa ocupacion?

—Fijo no tiene ninguno, mas por cada res que guarda, su dueño la da un cuarto todos los dias.

—De modo, que ahora que solo guarda doce cerdos, no tendrá mas que doce cuartos diarios.

—Justo; ¿y qué, os parece poco para una pordiosera que no ha tenido nunca casa ni hogar?

—Tampoco es demasiado... Por otra parte creo que esa infeliz niña está enferma.

—Dicen que está hética, y así es de presumir por el color de su cara; pero de todos modos siempre lo pasa mejor que andando de ceca en meca, y mal que bien, tiene un pedazo de pan que llevar á la boca. Además, cada dia se va aumentando el número de reses que estan á su cuidado, y á principios de verano suele reunir veinte ó treinta, con que váyase lo uno por lo otro.

En esta conversacion llegamos al pueblo, y entramos en nuestras respectivas casas, y ya en la mia no pude menos de pensar mucho tiempo en la pobre porquera, indignándome en cierto modo de las palabras de mi vecino, eco fiel de las de todos los demás, que revelaban esa caridad limitada, mas bien indiferencia egoista del hombre que ve sufrir á su semejante sin procurar aliviar la fatalidad de su suerte.

Mientras estuve mirando á Rosalía sorprendido por su delicada belleza, hubo momentos en que creí que no siempre habia vivido en aquel estado; mas la breve historia que supe después, me hizo desecher las ideas novelescas que respecto á ella comenzaban á asaltarme. Sin embargo, no por esto disminuyó el compasivo interés que me inspiraba, y muchas veces recordando su poética belleza, me complacia en rodearla de todos los atractivos de una vida elegante, colocaba una sencilla guirnalda sobre aquella cabeza rafaélica, ceñía su gentil talle con blanca muselina, cubria sus diminutos piés con seda, y los calzaba de raso; y engalanada de este modo, la colocaba al nivel de las belladas mas distinguidas y admiradas.

Al dia siguiente no sé por qué dirigí mi paseo hácia el sitio donde habia visto á la porquera, y no tardé en descubrirla á lo lejos lavando su pañuelo en un arroyo, en tanto que los animales que guardaba rumiaban las raices de un repollar recién arrancado. Me acerqué á ella ideando un pretexto para dirigirla la palabra, y no hallé otro mas á propósito que el de preguntarle si habia alguna fuente en los alrededores para apagar la sed que en ninguna manera sentia. La jóven me miró con recelo recordando tal vez haberme visto la tarde anterior, mas luego señalando hácia mi derecha con su pequeña mano, me dijo con voz de indecible dulzura, aunque un poco ronca y acentuada:

—Tomad esa senda, y después que paseis aquel vallado, encontrareis un manantial.

En seguida prosiguió su tarea sin volver á mirarme, y conociendo yo que la incomodaba mi presencia, me alejé en la direccion que me habia indicado, fluctuando entre mil ideas opuestas, pues aunque lo que me dijo mi vecino y la miserable ocupacion de Rosalía no debian dejarme duda acerca del estado de abyeccion en que viviera, por otra parte su belleza, un no sé qué que en ella notaba, y hasta su voz y el modo de contestar á mi pregunta, me inclinaban á creer que no habia nacido en tan humilde esfera ni era aquel el oficio que convenia á su nacimiento y educacion.

Este novelesco interés que me empeñaba en hallar en Rosalía, la compasion y sobre todo la ociosidad de la vida de la aldea, que hace buscar distracciones aun en las cosas mas fútiles, me decidieron á

intentar todos los medios de relacionarme con la pobre niña, aun cuando no fuese mas que con objeto de aliviar su suerte desgraciada. En consecuencia pues busqué todas las ocasiones de encontrarme con ella, y aun varias veces la hice algunas preguntas insignificantes, á las que satisfizo con la mayor finura y laconismo; pero aunque yo procuraba disimular mis intenciones, Rosalía sin duda conoció que mis encuentros con ella no eran casuales, y procuró evitarlos, no con la brusca rudeza que caracteriza á los aldeanos en presencia de una persona superior á ellos por su educacion, sino con un tacto exquisito que me admiró extraordinariamente en su corta edad, renovando mis sospechas respecto al pasado de la interesante porquera.

Trascurrieron algunos dias sin poder adelantar terreno en la confianza de Rosalía, pues cada vez me hablaba con mas reserva, hasta que un dia me determiné á manifestarle las sospechas que acerca de ella habia concebido.

—Caballero, me contestó con un acento lleno de gracia y gravedad, permitid que me admire del interés que ha podido inspiraros una pobre muchacha como yo, abandonada y despreciada por todos. Sin embargo, quiero creer en vuestras palabras, pues al presente no es tanta mi presuncion que suscite en mi ideas que en otro tiempo nada hubieran tenido de extraordinarias. En cuanto á mi vida pasada, inútil seria ocultaros que ha sido algo distinta de la presente, y solo me resta suplicaros que no comuniqueis á persona alguna ni vuestras observaciones respecto á mi, ni lo que acabo de decirlos.

Yo la prometí no abusar de su confianza, é iba á rogarla me la concediese mas ámplia; pero viendo á unos pastores que se acercaban con su ganado á la misma pradera donde estaba el de Rosalía, me aparté de esta para no dar fundamento á los comentarios que pudieran formar á costa de la pobre niña, la cual conociendo el motivo que me habia obrar de este modo, me dió las gracias con una mirada espresiva.

De dia en dia fué creciendo nuestra mutua confianza; sin embargo, aun notaba en Rosalía cierta especie de reserva, cuya causa supe posteriormente, hasta que por fin conociendo la amable niña la rectitud de mis intenciones, agradecida á la delicadeza con que la trataba, y deseando satisfacer la curiosidad que en varias ocasiones le habia manifestado, me contó su historia, un dia en que por ser festivo estaba solitario el soto donde nos hallábamos.

## II.

Ante todas cosas, me dijo, debo advertir que aunque pocos, tengo algunos años mas de los que dicen represento, y tambien que aun cuando os parezcan un tanto novelescos los sucesos que voy á referiros, no por eso dudeis de su verdad, y asimismo mireis con un poco de indulgencia los estravios que me han reducido á este miserable estado.

Mi padre es el hacendado mas rico de un pueblo de Navarra, situado en la falda de los Pirineos occidentales, y mi madre murió al darme la vida, dejando á aquel sumido en el mayor desconsuelo. Con esto y con decirnos que yo era hija única, os haré conocer cuán dichosos han sido los dias de mi infancia, dias cuyo recuerdo solamente me alegra y entristece á un mismo tiempo. Mi padre no amaba en la tierra mas que dos cosas, esto es, á su hija y á su ejecutoria, porque mi padre es noble, muy noble, repuso Rosalía alzando la cabeza, con un ademán lleno de gracia y altivez, y á haberse presentado ocasion acaso me hubiera dicho como aquel amante á su querida: *No mires al sol, porque no puedo ponerle á tus piés.*

Gozando de este cariño idólatra y de la hermosura de mi delicioso país, llegué á los trece años sin que el mas ligero pesar hubiese empañado la tranquilidad de mi niñez. Oh! prosiguió la porquera humedecida de lágrimas sus ojos, dejadme llore las suaves alegrías que he perdido para siempre, las esperanzas juveniles que encantaron mi infancia, aquella vida arrullada por el cariño paternal, sueño inocente tan puro como la atmósfera que me rodeaba... Hermoso jardín de mi casa, fresco arroyuelo que le riega, en cuyas aguas me he mirado tantas veces, frondoso manzano bajo cuya sombra mi padre me prodigaba sus caricias; ¡ay! antes que me abandone vuestro recuerdo se acabará la misera existencia que me resta... Perdonadme estas divagaciones, continuó Rosalía limpiándose las lágrimas que sulcaban sus enflaquecidas mejillas; la memoria de los breves dias tranquilos de que he gozado, me asalta continuamente, y el contraste que ofrece con mi estado actual, pone á prueba mi resignacion.

Llegué á los trece años, y no podré decirlos la misteriosa trasformacion que entonces experimenté, pues ahora mismo, después de haber adquirido la experiencia que dan los disgustos y los desengaños, no acierto á explicármela sino achacándola á la admirable precocidad de mi corazón. En esta edad en que aun gozamos con los juegos de la infancia, en la que todavia volvemos los ojos hácia la cuna, yo presentí otros goces, otras sensaciones, otros placeres distintos de los que hasta entonces bastaron á mi dicha; comprendí los dones que debia á la suerte; supe apreciar la riqueza, el nacimiento, la hermosura... ¡ah!

funesta hermosura! ella ha sido la causa de mi infelicidad. Salía al campo, y como antes, me miraba en todos los manantiales que hallaba en mi camino, mas no con la infantil curiosidad de otras veces, sino para ver si mis ojos eran tan negros y tan gentil mi talle como me decían. Cogía flores, no para aspirar sus perfumes como anteriormente, sino para colocar las azucenas sobre mis mejillas, las rosas junto á mis labios, realizando así las hiperbólicas comparaciones de mi padre y de mi nodriza. En la alta noche, medio dormida en mi lecho, despertaba de repente sintiendo palpar mi corazon al sonido de las guitarras, corría á mi reja para oír las canciones con que los mozos del pueblo enamoraban á sus queridas, y en resolucion todo cambió en mi pecho, aun cuando esteriormente nada se alteró en derredor.

La lectura de algunas novelas que habian pertenecido á mi madre, aumentó los incomprensibles deseos que me agitaban, y tan niña todavía, ya mi imaginacion exaltada me hacia delirar con los ardientes goces del amor.

A este tiempo mi padre cayó postrado con un ataque cerebral que le puso á las puertas de la muerte, y entre las muchas personas que se esmeraron en prodigarle sus cuidados, se distinguió muy particularmente una vecina nuestra, viuda, hermosa, de buena familia, pero de escasa fortuna, la cual supo captarse el aprecio del enfermo con las atenciones mas afectuosas y la mas asidua asistencia, en tal manera, que restablecido mi padre no halló medio mas oportuno de demostrarla su agradecimiento y el amor que ella con su atractiva coqueteria supo inspirarle, que el de ofrecerla su mano y su corazon.

¿Habéis visto alguna vez una turba de alegres aldeanas que en medio de una pradera se entregan á los placeres del baile sin reparar en las nubes que se ciernen sobre ellas, y luego al estallar estas de súbito suspenden las ligeras danzas y huyen despavoridas al ruido de los truenos y al resplandor de los relámpagos? pues solo esta repentina transicion del gozo al espanto, de la tranquilidad á la inquietud, podría esplicar la súbita mudanza que se obró en mi vida apenas se unió mi padre á aquella muger artificiosa, no precisamente á causa de esta, sino á consecuencia del cariño delicado y de la omnimoda libertad á que yo estaba acostumbrada.

Dominado mi padre por su esposa y sometido en cierto modo á ella, bien así como todos los hombres de edad que se enlazan á mugeres jóvenes y bellas, que á estos atractivos unen un genio imperioso y el talento suficiente para ocultarle bajo apariencias de sumision, no fué ya el ciego adorador de mis caprichos, y aun me robó las dulces caricias tan necesarias á mi alma delicada y expansiva. En cuanto á mi madrastra, además de su poco afecto hacia mi, carecia tambien de ese tacto de amabilidad que da solamente la bondad de corazon, y me hizo sufrir mil contrariedades, mil tormentos domésticos, insuportables á mi orgullo de niña mimada. Desde entonces huyeron los colores de mi rostro, y de mi pecho la alegría; á mi natural hilaridad sucedió el silencio y el aislamiento, y á la franqueza de mi carácter el disimulo y en cierto modo la hipocresia.

Herida en mi cariño y con las preferencias de mi padre hacia su esposa, llevé el exceso de mi orgullo hasta el extremo de despreciar las escasas atenciones que á aquel le merecia. Me hice brusca, irascible, indiferente, y siendo mi corazon un raudal de ternura y de sentimiento, aparecia á los ojos de todos como un modelo de frialdad, egoismo y dureza de corazon... ¡Oh caballero, prosiguió Rosalía con exaltacion, vos no sabeis acaso cuán desgarrador, cuán insufrible es vivir aislado, despreciado tal vez, aborrecido por los mismos de quien teneis derecho á esperar cariño y proteccion! No sabeis cuán inconmensurable es el dolor que se apodera de la pobre criatura á quien el mundo oprime con su injusto fallo, y que tiene que ocultar sus deseos, sus afecciones, sus esperanzas, porque el mundo no las comprende ó las interpreta á su antojo... Perdonadme otra vez, repuso Rosalía ya mas serena, ahora no puedo dominar mi imaginacion, como antes no he podido sobreponerme á mis recuerdos.

En esta inquietud de la infancia, que presiente la juventud, entre esa tirania doméstica, tanto mas insufrible cuanto es mas irremediable, pasaron aun otros dos años, durante los cuales es indecible lo que padecí, hasta que un pequeño acontecimiento vino á aliviar en cierto modo mi desgracia y á proporcionarme todavía algunos dias serenos, aunque no tantos como los primeros de mi vida. Un sobrino de mi madrastra, joven poseedor de un corto mayorazgo, á quien aquella queria entrañablemente, volvió á nuestro pueblo después de una larga emigracion en Francia, donde se habia refugiado á consecuencia de los últimos reveses de D. Carlos, bajo cuyas banderas habia militado, y apenas me vió, concibió por mí un amor ciego, protegido por su tia, y al cual mi padre me ordenó correspondiese, so pena de su eterno desagrado. Yo lo hice así al menos en apariencia, no por temor á esta amenaza, sino porque en alguna manera halagaba mis deseos y mi necesidad de afeccion, y además proporcionaba muchos triunfos á mi vanidad, pues Anselmo, así se llamaba aquel joven, era buen mozo, envidiado de sus compañeros, y segun decían, mirado con buenos ojos

por muchas jóvenes del lugar. Empero debo advertir para que no me culpeis tanto de veleidad, que si bien le amé con el cariño que infunde el trato y el agradecimiento, no experimentaba á su lado las sensaciones delicadas, ardientes, intimas, con las que deliraba tantas veces, y ni un solo instante senti la deliciosa embriaguez de felicidad y los inefables placeres que he conocido posteriormente á tanta costa. Creo escusado decirnos que desde este tiempo mi madrastra me trató con mas consideraciones; mi padre á su ejemplo me prodigó de nuevo parte de sus caricias, y en cuanto á Anselmo, la mia era su voluntad, de modo que solo esperaban á que trascurriese un año para unimos, y yo por mi parte deseaba tambien que llegase el término de este plazo, lisonjeándome que con la mudanza de estado se desvaneceria la misteriosa inquietud que me agitaba, tal vez entonces mas que anteriormente, pues descansando mi imaginacion de los cuidados que antes la causaban mis sufrimientos domésticos, pudo correr con entera libertad en pos del mundo ideal y de las abrasadoras ilusiones que la combatian.

### III.

En este estado las cosas, llegó el día 1.º de marzo, y con él la fiesta que en mi pueblo se celebra en honor del Santo Angel de la Guarda, y entre los muchos bailes que con este motivo hubo aquella noche, yo asistí, en compañía de mi madrastra y de Anselmo, á uno que dió el administrador del marqués de A..., título que posee cuantiosos bienes en el pueblo, entre ellos un hermoso palacio donde tuvo lugar esta funcion.

Las primeras horas pasaron sin particularidad alguna, y por mi parte entregada á la mayor alegría, sin sentir la influencia que aquella noche iba á ejercer en mi suerte, cuando he aquí que aparece en la sala un joven forastero, vestido con sencilla elegancia, á quien el administrador acompañaba con marcadas señales de deferencia, y al cual luego que supieron quién era se apresuraron á saludar el alcalde y algunos individuos de ayuntamiento que allí se encontraban. Poco después ya se sabia en toda la sala que el hermano y único heredero del señor marqués, como comunmente se decia, acababa de llegar de Francia y se defendría en el pueblo una temporada, y este suceso tan insignificante puso en conmocion un momento á aquella reunion de aldea.

Viendo yo tantas señales de respeto y cuánto se ocupaban todos del recién llegado, afecté una especie de desdeñosa indiferencia, que tal vez notada por él hizo fijarse en mi la atencion, que acaso de otro modo no le hubiera merecido; así es que al mismo tiempo que reparé en la afabilidad con que trataba á cuantos se le acercaban, la cual desvaneció mi prevencion, advertí tambien que me miraba algunas veces, aunque con el mayor disimulo. Momentos después de su venida se animó el baile nuevamente, y D. Enrique, así llamaban al forastero, bailó con varias señoras, notables solo por su fealdad ó por sus años mil; mas no puedo espresarlos la especie de emocion que esperé cuando le vi acercarse á mí y suplicarme le concediese el honor de ser su pareja en la próxima contradanza, peticion á la que accedí bajando los ojos y fingiendo no reparar en la espresiva mirada que Anselmo me dirigió.

Bailé pues con él, y desde entonces no me quedó duda de que yo no le era de todo punto indiferente; pero espiada por mi madrastra y su sobrino, oculté mis impresiones lo mejor que me fué posible, y Enrique, así le llamaré desde ahora, comprendiendo acaso mi posicion, obró con tacto tan esquisito en lo restante de la noche, hablando con todos y sacando á bailar á otras jóvenes amigas mias, que además de captarse el aprecio general, supo manifestarme la preferencia que le debia y disipar enteramente los recelos de Anselmo y de mi madrastra. El baile pues terminó sin ningun suceso particular, exceptuando una circunstancia muy insignificante, pero que fué, permitidme esta frase, el primer eslabon de la cadena de mis infortunios.

En una ocasion vi á Enrique junto á mi futuro esposo, y esta vez fué la primera en que admirando la noble fisonomia del primero, su airoso talle, la pequeñez de sus manos y piés, y la gracia y distincion de sus menores movimientos, advertí la vulgaridad de las facciones del segundo y todos sus defectos mas notables, á causa del elegante caballero que me sirvió de término de comparacion.

Creo escusado decirnos que vuelta á mi casa no dormí lo poco que restaba de la noche con la tranquilidad acostumbrada, y al día siguiente, al abrir mi ventana para regar los tiestos que en ella tenia, juzgado de mi sorpresa cuando vi á Enrique asomar al principio de la calle... ¡Oh! continuó Rosalía exhalando un suspiro, pareceme que aun le veo con su escopeta al hombro y seguido de algunos perros que correteaban en derredor de él. Vestia un sencillo traje de caza, y con su sombrero de castor, de anchas alas, bajo el cual asomaba su sedosa melena castaña y su bigote negro, se parecia á uno de sus nobles antepasados en el acto de recibir las laves de una ciudad sitiada; tal como yo le habia admirado muchas veces en un cuadro que mi padre

tiene en gran estima. Al llegar Enrique frente á mi ventana me retiré de esta con un movimiento impremeditado, no sin notar antes el saludo que me dirigió y la fina sonrisa que asomaba á sus labios, y cuando estuvo á cierta distancia volví á asomarme y le miré de reojo, fingiendo ocuparme solamente del cuidado de mis flores.

Trascurrieron cinco ó seis dias sin novedad alguna, á no ser los paseos que Enrique daba por mi calle, hasta que una tarde, al tomar mi almohadilla para hacer labor, me quedé sorprendida viendo dentro de ella un perfumado billete, sellado con un escudo de armas. Posteriormente supe que aquel habia logrado ganar á fuerza de dádivas á la muger del mayoral de mi casa, la cual puso allí aquella carta y

otras que recibí después... pero veo que molesto vuestra atencion con tantos pormenores, así, pues, me concretaré á deciros que en todas las que lei de Enrique me pintaba con tanta elocuencia, respeto y pasion, la que decia haberle yo inspirado, que al cabo venció mi incertidumbre, y consentí en hablarle una noche desde mi reja, lo cual verifiqué, como tambien otras muchas, hallándole cada vez mas apasionado. En una de nuestras veladas le declaré mis compromisos con Anselmo, significándole mi deseo de que pidiese mi mano á mi padre. Yo soy noble y rica, le dije, soy hermosa como tú repites sin cesar, ¿qué obstáculo puede oponerse á nuestro amor?

(Continuará.)



LOS MONTAÑESES DE ARAGON.

A pesar del imperioso dominio ó influencia que la voluble y caprichosa moda ejerce desde allende la nacion vecina, trasmitiéndonos sus rarezas y difundiendo profusamente por nuestra patria, parece imposible que hallándose limitrofes con aquella los montañeses del alto Aragon, habitando los vários valles que se hallan á la falda del fragoso Pirineo, no se hayan alterado ni sus trajes ni sus costumbres, á través del tiempo y de sus inmensas vicisitudes: así al menos sucedia no hace muchos años, época en que se tenia mas inclinacion hácia todo lo que era verdaderamente español, que á las importaciones extranjeras. Desgraciadamente para los que se precian de amantes de las singularidades y objetos de su pais, ven con sentimiento que la mayor parte de los habitantes de dicha montaña, arrastrados por el tumultuoso torrente innovador del siglo XIX, van estinguendo poco á poco unas y otras, quedando tal vez en breve tiempo no mas que la memoria de sus trajes en las páginas de nuestro SEMANARIO. Antes pues de que los veamos perdidos para siempre, queremos tener la satisfaccion de que queden aquí consignados, reproduciendo el dibujo de sus grotescas vestimentas, que por cierto, como verán nuestros lectores en la lámina que va al frente, no son de las mas esbeltas ni airosas.

La montaña del alto Aragon, célebre en otro tiempo por las memorables batallas habidas entre cristianos y sarracenos, por las infinitas escaramuzas que con estos tenian los indomables y aguerridos almogábares, por la famosa institucion de los fueros de Sobrarbe, y suntuoso monasterio de San Juan de la Peña, do yacen enterrados en modesto panteon los antiguos reyes conquistadores de este reino, es pais misero en lo general, pues si bien es cierto que en muchos de sus mejores pueblos hay casas de mas que medianas fortunas, estas son las menos, por lo que no es de extrañar que sus habitantes, especialmente los de los valles de Hecho y Ansó, se dediquen á la introduccion

del contrabando con grave riesgo de sus personas y guiados tal vez por un insignificante salario en proporcion á las incomodidades y peligros que arrostran.

Las mugeres, por lo comun, de aspecto varonil y ánimo esforzado, se entregan á las faenas agricolas arando por sus propias manos las mezquinas tierras, ocupándose además en otras labores anejas á su sexo y condicion: cóncense estas en Aragon con el nombre de *chesas*.

El traje que usan los hombres se reduce á una almilla de bayeta encarnada, faja morada á la cintura, calzon corto de paño pardo y albarca de cuero, cubriendo la cabeza un ancho sombrero de rodela. El de las mugeres es rarísimo y desagradable á la vista; comienza por tener el talle escesivamente alto, ó casi mas bien puede decirse que carecen de él; consiste el vestido en una ancha saya de tocos sayal verde de lana, hilado por ellas mismas, un diminuto corsé negro, que cuando mas es de paño, llevando los brazos cubiertos en todo tiempo tan solo con la manga de una grosera camisa, y por cuello una alta y bien plegada gorguera: hasta el peinado en ellas es bien extraño por cierto; constitúyelo un cordón de estambre blanco, rodeado con el pelo y puesto circularmente en forma de corona; algunas suelen llevar un pañuelo en la cabeza, y por calzado unas alpargatas. Esto, por lo que respecta á las *chesas* de condicion humilde; señoras hay en los referidos valles, que haciendo alarde en llevar el traje que les legaran sus ascendientes, visten, aunque con tan poco gusto, de riquísimas telas, cuyos trajes no diferirán ó acaso serán tan costosos como los de las mas elegantes modas parisienses. Estos trajes, mas generalizados en lo antiguo, se han circunscrito mucho; y hoy dia solo los llevan en muy pocos pueblos, como Hecho, Ansó, Jassa, Verdun y algun otro. La casualidad me deparó no hace mucho tiempo la ocasion de ver en Luna una cuadrilla de estas *chesas* que habian bajado de la montaña á ocuparse en cierta preparacion que allí se da al lino,

y llaman *desfarachar*; operacion análoga á la que se practica con el cáñamo, y se conoce con el nombre de *grama*: la casualidad, repito, me hizo aprovechar esta coyuntura y trazar un bosquejo de sus trajes, para formar hoy esta desaliñada descripción que tengo el gusto de ofrecer á los lectores del SEMANARIO.

JULIO ALVAREZ Y ADÉ.

## EL ESPEJO DE LA VERDAD, cuento fantástico.

V.

LAS PASIONES.

Aquella noche, en un arrebatado amoroso, mordió Teodolinda al rey, que rabió al día siguiente.

VI.

PRINCIPIA LO MAS MALO.

¡Qué turbulento se puso el país! Dividióse en bandos, con opiniones iguales en el fondo, y solo en las formas diversas, como sucede siempre. Querían unos que abdicase el rey en su muger, que parecia mas fácil de manejar que una pelota, y querían otros que durante su rabia se formase una regencia presidida por la reina. Con tan plausible motivo dijo el gacetero en un artículo de fondo que las reinas regentes habían sido desde antaño una bendición del cielo para las naciones, — y que las regencias presididas por las reinas habían sido desde antaño una bendición del cielo para las naciones.

El pobre Anónimo entre tanto daba lástima. Corría por el palacio, como rabioso que efectivamente estaba, aunque sin morder á nadie, que era comedido asaz, y en su padecimiento demostrábase síntomas extraños. Como llegara á afrontar una vez siquiera con el espejo roto, quedaba clavado un minuto contemplándolo, hasta que le cogía tal frenesi que se avanzaba al retrato para despedazarle. Cuenta la crónica de esto, — segun decia mi abuela, que para mí la desenterró, — que los cortesanos encargados de velar por su preciosa vida, apenas lograban á mil tirones arrancarle de aquel sitio.

Era que en el espejo de la verdad veía á su muger.

No somos doctores, ni aun siquiera bachilleres en medicina, gracias á Dios. Aunque no se nos da un ardite de la pobre humanidad, nos ha escocido sin embargo siempre el hacerle mal á traicion. Por eso... por eso no somos doctores, ni aun siquiera bachilleres en medicina, gracias á Dios.

Aquí vendria de molde una descripción de los maridos rabiosos, y decir cómo se les pone la cabeza de soliviantada, y los dientes de largos, y los ojos de lameantes, y cómo, en fin, se convierten en perros aunque les falte el don del olfato, que ese se lo quitan sus mugeres. Un marido rabioso con olfato y con la lengua de fuera, sería mil veces mas temible que sino rabiara.

También si fuéramos médicos explicaríamos aquí cómo un animal que rabia, aunque sea un marido, nunca muerde al que le hizo rabiara, y es porque esta rabia mordiscona la inventaron las mugeres. Pero digamos algo de Teodolinda, que ya es razon.

Teodolinda no rabió como Anónimo, aunque mas predisuelta estaba, por el consabido arte sobrenatural. La noche del lance, después del mordisco, se levantó de puntillas, mientras roncaba Anónimo olvidado de sus dolores, y con planta vacilante se encaminó á hacer al espejo una preguntilla suelta. Quería probar si roto y todo gozaba del prodigioso don de la palabra verdadera.

—¿Se morirá mi marido pronto? le preguntó en voz muy baja.

El espejo se hizo el tonto.

—¿Quedaré pronto viuda?

Nada.

—¿Enviudaré si repito los mordiscos?

Idem, idem.

Teodolinda dijo para sí:

—Es prudente y recela que despierte Anónimo á su voz.

Y mudando de tono y subiendo al par la suya, le preguntó:

—¿Es verdad que le quiero mas que á mi vida?

Calla que calla el espejo.

—Le rompí la lengua sin duda alguna, murmuró Teodolinda.

Y se puso á pensar en el prodigio un buen rato.

—¿Cáspita! exclamó de repente; si mañana ve mi augusto marido estos pedazos de espejo, y se le antoja mandarlo componer, y le vuelva el habla, y él le pregunta algo de mí, y responde el espejo la verdad... nada, nada. Importa que la verdad desaparezca de palacio y del mundo.

Y diciendo y haciendo se puso á raspar el azogue de los pedazos de cristal con un alfiler de oro. Tanto era el regocijo de Teodolinda, que no oyó los misteriosos y débiles suspiros que á cada raspadura sonaban.

El azogue iba cayendo sobre una mesa de mármol: llegó á formarse una bolita como una avellana.

Tales hábitos de niña tenia la reina, que iba al mismo tiempo que raspaba contorneando la bolita con la mano izquierda, hasta que la puso semejante á un huevo.

De todos los pedazos de espejo habia desaparecido ya el azogue.

—Que Anónimo venga ahora á preguntarle la verdad, dijo al fin muy satisfecha.

De repente la bola de azogue dió un salto hasta sus narices.

Ahogó la reina un ¡ay! de susto, é iba á correr á la alcoba, cuando pensó que su marido podia despertarse y abrumarla á preguntas sobre aquella fuga misteriosa de la cama. Apagó la luz temblando de miedo, y al ir á entrar en la alcoba de puntillas, sintió que una mano muy fría, muy seca y muy descarnada la asía fuertemente de sus dos manos. En la oscuridad brillaban dos ojillos verdes como el campo en abril.

VII.

ANTES DEL PARTO.

Al apoyarse la reina en la mesa de mármol, que estaba próxima, y al ver que habia desaparecido la bola de azogue, se convenció de que iba el diablo á jugarle alguna mala pasada, y dijo haciendo la cruz toda temblorosa:

—Sombra ó vision ¿qué me quieres?

—Oye — respondió una voz muy quedito. La reina creia soñar, pues era la voz del espejo.

Así exclamó:

—¡Yo soy por mis pecados bruja!

—¡Ave Maria Purisima! gritó la reina.

—Soy bruja, y bruja vieja, dos cosas verdaderamente intolerables. Merlin, que fué mi novio, por cierto achaque de celos y porque le dije cierta mentirilla, me hizo en los verdoros de mis años vieja y fea, condenándome á vivir encerrada en un espejo, y á verme sin cesar las arrugas y el feo rostro, y lo que es mucho peor todavía... me condenó... me condenó... á decir la verdad á todo el que me la preguntase. Ya ves que fué castigo.

—Muy cruel, balbuceó la reina.

—Y habia de durar mi encantamiento hasta que una muger muy hermosa rompiera el espejo y le raspara el azogue.

—Pero ¿soy yo hermosa todavía? exclamó Teodolinda sin poderse reprimir.

—Donde hubo fuego cenizas quedan.

La reina ahogó un suspiro muy triste.

—También me puso por condicion Merlin, prosiguió la bruja, que habia de proteger á la que me salvara. ¡Ah! ¡picaron redomado, brujo y medio! ¡qué bien sabías dónde me apretaba el zapato! ¡proteger yo á una muger hermosa! ¡yo, que de buena gana en mis tiempos hubiera arañado á todas las mugeres que tenian algo bonito en el cuerpo ó en el rostro! ¡Alma de tigre! ¡brujo sin alma!

Y echó á llorar como una Magdalena.

No pudo menos Teodolinda de compadecer á la vieja, notando cómo se le parecia en el carácter.

—Pero ya no tiene remedio, prosiguió la bruja, y aquel bribon de mis ojos se saldrá con su tanto adelante. Voy pues á protegerte, hija mia, porque te veo en un trance muy apurado.

—¡Ay! es verdad, exclamó Teodolinda.

—Estás embarazada, y de una niña como las perlas.

—¿Con que es verdad?

—Como lo oyes.

—¡Dios mio!

—A su lado parecerás, no su madre, que eso fuera gran fortuna para tí, sino una viejecilla asquerosa y aborrecible, á pesar de tu belleza. ¡Tanta es la suya!

—¿Y qué haremos?

—Déjame á mí, que las brujas tenemos salida para todo.

—Pero no se me alcanza...

—¡Simplecilla que eres!... A medio minuto de reflexion detenida, ¿no te atreverías tú á engañar al *sursum corda*?

—Yo... balbuceó la reina sonriendo.

—Si fueras franca confesarías que sí. Pero á lo que importa, que la noche vuela y la luz del dia no es para mí ni la quiero. ¿Cuánto calculas que para el parto te faltará?

—Cosa de un mes.

—Bueno. ¿Juras hacer al pié de la letra lo que voy á decirte?

—Sí señora. Véame yo sin rival en el mundo, y salga el sol por Antequera.

— ¿Que no se lo revelarás á nadie por supuesto ?  
 — Por supuesto.  
 — Así como sientas los primeros dolores del parto, aunque haya gente en tu compañía, di en voz bien alta como quien no quiere la cosa: — ¡ ay mi Merlin !  
 — ¿ Y qué sucederá ?  
 — Yo te acudiré en seguida.  
 — Pero...  
 — No me repliques, que esto ha de ser.  
 — ¿ Y si el rey?...  
 — ¡ Pobre Anónimo ! á esa fecha...  
 — ¿ Qué le habrá sucedido ?  
 — ¡ Y tú lo preguntas ! murmuró la vieja sonriendo maliciosamente. Demostraba Teodolinda una ansiedad indescriptible, y á veces se cretó júbilo, y á veces temor... de que se le fallaran los pensamientos.  
 — ¿ Se pondrá malo ? dijo de repente.  
 — ¿ Cegaré ?  
 — Mucho mas que eso.  
 — ¿ Se morirá ?  
 — Mucho mas que eso.  
 — ¡ Oh !  
 — ¿ Cómo le has acariciado esta noche ? Sé conmigo franca : todo lo sé, con que es vana la ficción. Él amargamente se querellaba, algo le harías tú.  
 — ¡ Yo?... no recuerdo ..  
 — Vaya : ¿ qué le hiciste ?  
 — Pero si yo...  
 — ¡ Qué pudor ni qué brujería ! ¡ si la cosa fué á oscuras !  
 — Es que fueron tantas...  
 — Pero una sobre todas...  
 — ¿ Y se la hice yo ?  
 — Sí.  
 — Como no sea...  
 — Ya vas teniendo memoria...  
 — Como no sea... que le mordí.  
 — Justamente.  
 — En un hombro. ¡ Estaba yo tan airada con el espejo !  
 — ¡ Tan rabiosa !  
 — Como V. quiera decirlo.  
 — Y así fué. Estabas tan rabiosa que Anónimo rabiará mañana como un perro.  
 — ¿ De veras ? ¿ para siempre ?  
 — Sí y nó.  
 — Esplíquese V. por Dios.  
 — Por el diablo, debemos decir las mugeres.  
 — Bueno. Esplíquese V. por el diablo, exclamó la reina con ánsia.  
 — Solo curará de la rabia, si una muger mas hermosa que tú le besa.  
 — ¡ Oh ! murmuró la reina con alegría.  
 — Ya ves que el remedio...  
 — No lo encontrará fácilmente.  
 — A no ser...  
 — ¿ Qué ? exclamó Teodolinda asustada. ¿ Habrá otra muger mas hermosa que yo que pueda besarle ?  
 — Tu hija.  
 — ¡ Ay ! tiene V. razón.  
 — El diablo, nuestro señor, que es el que entiende en estas cosas de brujería, las arregla perfectamente. Ya no tienes otro arbitrio que deshacerte de tu hija.  
 — ¿ Y á quién la culpa ?  
 La vieja se sonrió. En la oscuridad brillaron sus dientes como cabezas de fósforos de Cascante.  
 — Tú eres inocente, pobre ángel, repuso meneando la cabeza á lo Juan de las Viñas.  
 — ¡ Que por mi hija ha de sanar mi marido ! ¡ que por ella mi hermosura se ha de ver eclipsada ! Eso no puede ser : no debe ser.  
 — No será, descuida. No te olvides de las palabras sacramentales: « ¡ ay mi Merlin ! » Lo demás de mi cuenta corre.  
 — ¿ Y puedo confiar ?  
 — ¡ Por mi honor de bruja !  
 Esto dicho, desapareció sin saber por dónde, dejando llena la cámara de un olor de azufre que parecia del infierno.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.



## EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡ Qué hermosa estaba entonces ! La ventura  
 Al blanco rostro daba sus colores,  
 Y el fiel cristal de su mirada pura  
 Turbaban solo languidez y amores!...  
 ¡ No habia igual á ella otra hermosura,  
 Y aunque fuera á buscarse entre las flores,  
 Ningun matiz mas fino se encontrara  
 Que aquella luz divina de su cara !

¡ Mas, ay ! que es la hermosura fuego ardiente  
 Que abraza el corazon de los amantes,  
 Trastorna sus sentidos y su mente,  
 Los irrita con ánsias delirantes !  
 ¡ El misterioso cielo no consiente  
 Que ángeles á los suyos semejantes,  
 Hagan feliz al hombre, ni ellos vivan  
 Felices con el culto que reciben !

¡ De una triste muger en la belleza,  
 Si es por su mal hermosa como un cielo,  
 Va de un cruel veneno la aspereza  
 Oculta de sus gracias entre el velo.  
 Él engendra esa rabia, esa tristeza,  
 Lucha de odio y amor, continuo anhelo  
 Con que el hombre atormenta y martiriza  
 A la que hermosa por demás le hechiza.

¡ De ese de la hermosura alegre encanto,  
 Que á todos enamora y los suspende,  
 Ese cruel veneno y triste llanto,  
 Hijo de esa alegría, se desprende !  
 ¡ Todo en torno es amor, mas ¡ ay ! que en tanto,  
 El fuego de los zelos que se enciende  
 Dentro del corazon, su turbia llama  
 Con luz mortal sobre el amor derrama !

¡ Los zelos !... ¡ La rabiosa mordedura  
 De la encendida en furia y torpe boca  
 De un demonio maligno que murmura  
 A los oídos de la mente loca,  
 Sueños envenados, mentira impura,  
 Con los babosos dientes busca y toca  
 Del corazon la enamorada fibra,  
 Y en ella el dardo de su lengua vibra !!!

¡ Por el cielo nacieron las mas bellas  
 De las pobres mugeres, destinadas  
 Las primeras á ser victimas ellas,  
 De sus divinas gracias tan preciadas !  
 ¡ Al dolor las condenan sus estrellas,  
 Que en azarosos giros enredadas,  
 De odio y de amor en sus cambiantes lucen,  
 Y á la muerte ó al vicio las conducen !

Ellas á todo el mundo amor inspiran,  
 Amor tierno do quier á ellas se ofrece,  
 Amor oyen y ven, amor respiran ;  
 De sed de amor en fin su alma adolece:  
 Las pobres se marean y deliran,  
 Su sentido se ciega y enloquece,  
 Y el que mas las amó, con mas martirios  
 Castiga su hermosura y sus delirios !

¡ Y adónde una muger, cuando es hermosa,  
 Se esconderá, que la atencion no flame ?  
 ¡ Adónde irá que la mirada ansiosa  
 De mil amantes súbito no inflame ?  
 ¿ Qué hará, sin que la cólera zelosa  
 Arda en el corazon del que ella ame ?

¿Ni cómo á tanta ofrenda de alma y vida,  
No dar ni una mirada agradecida?

¡Suerte fatal!... ¡O víctimas de uno,  
O de un ciento de amantes torpe juego,  
Las mugeres hermosas, á ninguno  
Le deberán jamás dicha y sosiego!...  
¡Ni ellas harán feliz á amante alguno!...  
Su hechizo ¡ay tristes! se cuajó en un fuego,  
Que las deslumbra á ellas y acalora,  
Y enciende al que las ama y le devora!

¡Pobra Lucía! ¡Quién mas inocente  
Que tú, ni mas amante ni mas pura!  
¡Tu limpio corazon fué limpia fuente  
De tierra amor y celestial dulzura!

¡Cruzaban solo por tu blanca frente  
Pensamientos de cándida ventura!  
¡No se abrieron jamás tus labios bellos  
Sin que una bendicion saliera de ellos!

¡Qué te valió tu amor, qué tu inocencia  
Contra la mano airada del destino!...  
¡No dulce amor. . . tristísima demencia,  
De tu hermosura el esplendor divino  
Inspiró á un corazon!... ¡Su amarga esencia  
Desde entonces la muerte te previno,  
De tu misma belleza destilada  
Y al calor de los zelos preparada!...

Pasó para mi hija un año entero  
De ventura y de amor y de bonanza;



Sus dias claros cual lo fué el primero  
Que alumbró la verdad de su esperanza.  
Su amor y el de Don Luis ¡juego hechicero!  
Meciéndose en dulcísima balanza,  
¡Cuán alegres entrambos corazones  
Vivian de las mismas pulsaciones!

¡Ella, la pobre, que era dulce y tierna,  
Lloraba de placer y agradecida;  
De su pasión reconcentrada, interna,  
Haciendo el solo objeto de su vida!...  
¡El la juraba una pasión eterna,  
Y á sus palabras la ternura unida,  
En los hermosos ojos la besaba  
Y su llanto con besos enjugaba!

¡Hija desventurada!... ¡Quién, impio,  
Condena al corazon, á eterno duelo,  
Que apasionado en dulce desvario  
Se entrega á amor con ardoroso anhelo,

Y al corazon desamorado y frio  
Presta su proteccion!... ¡Cuál, en el cielo,  
Espiritu cruel, juega tirano  
Con el amor del corazon humano!...

¡Quién trocó de repente con dureza,  
El amor de Don Luis en tiranía,  
Que no trocó en despego tu terneza  
Y en resistencia indiferente y fria!...  
¡Porque cuando uno á aborrecer empieza,  
El otro amante en el amor confia,  
Y ama cada vez mas!... Porque no mata  
En su pecho al amor que le maltrata!...

Don Luis, zeloso ó loco, ó conducido  
Por el demonio mismo, de repente,  
Cuanto hasta allí cariño habia sido,  
Cambió en furor y en ansiedad demente:  
Del dulce objeto de su amor querido,  
Engendró un monstruo en su revuelta mente,

Le aborreció, y el odio y la venganza  
De entonces fué su afecto y su esperanza!

Comenzó por cortar, cruel, el rudo  
Que á su madre la hija, tierno unia;  
La separó de mí, y ella no pudo  
Luchar con el amor que le tenia:  
Se resignó á aquel golpe áspero y rudo,  
Y huyó por él de la ternura mia  
A otra casa distante y separada  
Por toda la ciudad de mi morada!

Él logró de su amor que no me viera  
¡A qué no cede una muger amante!...  
¡Me vió, llorando, por la vez postrera,  
Y abrazada á mis piés y suplicante,  
Me obligó á consentir!... ¡Y cuál, pudiera  
Corazon de durísimo diamante,  
Resistir á la súplica mas loca,  
Hecha por el amor de aquella boca!...

¡Desde entonces mis ojos no volvieron  
A verla en muchos días!... ¡Cuán trocada!...  
Y con qué amargas lágrimas la vieron,  
Cuando á mi vino, loca la mirada,  
Blancos los labios que unas rosas fueron,  
El pecho sin calor, la cara helada!...  
Y cayó la infeliz como una muerta,  
A los umbrales de mi triste puerta!...

¡Y en sangre se tñó su frente, herida  
Al dar con violencia sobre el suelo!...  
¡Sangre que no corria, y detenida  
Punzó mis manos fria como el hielo!  
¡Pobre hija mia... te creí sin vida!  
¡Ah! cuántas gracias di, llorando, al cielo,  
Cuando con un suspiro largo y triste,  
Al calor de mi aliento reviviste!...

Al lecho la conduje, y mi ternura  
La arrancó de los brazos de la muerte.  
Y hasta pensé; hija mia! en mi locura,  
Que fué un mal sueño el miedo de perderte!...  
¡Ah! no sabia yo que no se cura  
El corazon, si la funesta suerte,  
Le lleva á herirse en la verdad traidora  
De lo que el triste por su estrella adora!

¡Volvió á la vida, sí, si es vida acaso  
La del pecho infeliz que solo alienta  
De un recuerdo de bien al soplo escaso,  
Que sus venas heridas recalienta!  
¡Ponzoñoso aire á cuyo enfermo paso,  
Se enfurece la sed y se acrecienta  
Del triste corazon que le respira,  
Y á cada aliento, de dolor suspira!...

¡Esa fué la salud que el hado impio  
Volvió á esta flor un dia tan galana,  
Que no hay rosa cargada de rocío  
En un fresco jardin por la mañana,  
Mas rozagante que este clavel mio,  
Ni mas llena de aroma ni mas sana!...  
Y ahora la triste sin calor y mustia,  
Daba á los ojos compasion y angustia!...

¡Cada hora que pasaba, yo sentia  
Que la acercaba de la muerte un año!  
¡Ni el saber de los médicos podia  
Hallar alivio á tan profundo daño!...  
¡Di por Dios que me dejen, madre mia,  
Murmuraba á mi oído, es un engaño  
Eso que están diciendo, y ellos saben  
Que no hay esencias que mi herida laven!...

(Continuará.)

JEROGLIFICO.

1 Sabiduria K Y as

r E 11.59.8. M

A LA ASCENSION DE NUESTRO  
TA LAS HORAS DE ITALIA,  
CANTEMUS DOMINI.....

SA U

cion N D un

dl K

Ju to: el DL

ci LOLO

lebr lebr lebr lebr lebr lebr lebr lebr lebr lebr

Villa brille.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.





LA CATEDRAL DE MÉJICO.

Hemos tenido la satisfacción de presentar á los suscritores del SEMANARIO algunos edificios sumamente notables de la capital de la república mejicana, y hoy les ofrecemos el grabado de uno de los mas principales y mejor acabados, entre los muchos que ostenta aquella gran ciudad.

La catedral de Méjico es una obra de arquitectura severa en sus detalles y caprichosa en su conjunto; ocupa el centro de una hermosísima alameda, á la que da frente su fachada principal, y se compone de un solo cuerpo, con otros accesorios por ambos costados. Sobre la puerta del medio se halla colocada el asta de la bandera nacional republicana, que solo se iza en las grandes festividades públicas, tanto políticas como religiosas, y á sus lados se elevan dos torres exactamente iguales, que embellecen singularmente la perspectiva exterior del templo.

El interior de este es magnífico por su delicado trabajo, por sus preciosas esculturas, por la suntuosidad de sus adornos y por las grandes riquezas que encierra. Uno de los imprescindibles cuidados del extranjero, que llega por la vez primera á Méjico, es visitar su catedral, y las inmensas alhajas de gran valor que se guardan en sus sacristías.

### TEATRO DE ZARATE.

Todavía menos noticias que de los poetas que anteriormente nos han ocupado (1), tenemos del apreciable dramático cuyas discretas obras corren bajo el nombre de D. FERNANDO DE ZÁRATE. En ninguna de las biografías ni historias de nuestro teatro que conocemos, hallamos la mas leve indicación de su personalidad; y si bien esto no es nuevo respecto de algunos de nuestros célebres escritores, parece que en este debe existir una causa mas absoluta para aquella negación.

(1) Véanse los SEMANARIOS de los dos años anteriores.

Esta causa (si hemos de creer al erudito y diligentísimo crítico el señor D. Adolfo de Castro, en una de las preciosas notas con que ha enriquecido el *Gil Blas de Santillana*) no es otra sino que el tal DON FERNANDO DE ZÁRATE, aunque tan célebre en nuestra literatura dramática, no existió jamás, sino que aquel nombre fué uno de convención adoptado por D. Antonio Enrique Gomez, judío español y fugitivo de España, en donde habia sido quemado en estatua por la inquisición, con el objeto de facilitar que sus comedias pudieran representarse en los teatros de su patria. El señor de Castro afirma que por los indices espurgatorios de fines del siglo XVII, consta que la inquisición averiguó que D. FERNANDO DE ZÁRATE y D. Antonio Enrique Gomez eran una misma persona.

Pero si guiados por tan absoluta aseveración quisiéramos prescindir del uno de ellos, y reunir en comun repertorio el de ambos autores, acaso encontraríamos tan diverso estilo, tan diversa índole y forma entre ambos, que parece imposible que sean obra de una misma pluma. Además, sería demasiado aventurar el suponer que un judío perseguido y quemado en estatua por el santo oficio, escribiese comedias como las de *El vaso y la piedra*, *San Pedro y San Pablo*, *Santa Tazé*, *San Antonio Abad*, *Santa Pelagia ó la loca del cielo*, *San Hermenegildo ó el rey mas perfecto*, *La escala de gracia*, *La Margarita del cielo*, y otras varias de asuntos religiosos que fuéron impresas y corren con el nombre de ZÁRATE; ni que en caso de hacerlo necesitase encubrir en ellas el suyo propio. Únicamente encontramos identidad en ambos repertorios en el titulo de la comedia *A lo que obligan los celos*, que creemos sean diferentes, puesto que no hemos visto mas que una de ellas.

Ultimamente, y por lo que pueda contribuir á aclarar aquellas dudas, nos parece del caso consignar aquí, que por aquel mismo tiempo florecia otro poeta natural de Logroño, llamado D. Francisco Lopez de Zárate, persona cortesana y unida íntimamente al célebre D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, el cual entre otras varias obras líricas publicó un poema titulado *La invención de la cruz*, y una tragedia «escrita con todo el rigor del arte», según la adverten-

cia, estraña para aquel tiempo con que la acompañó, y titulada *Hércules Furiente*, obra no despreciable por cierto por su regularidad y buen estilo, aunque fría en demasia; y de este autor pueden ser también algunas de las otras comedias atribuidas á D. FERNANDO —Y también debemos hacer mención de otro escritor de que habla D. Nicolás Antonio, llamado fray Fernando de Zárate, natural de Madrid, maestro en sagrada teología y de la orden de Eremitas de Córdoba, que publicó varios discursos sobre asuntos religiosos, que pudieron ser tal vez los que condenara la inquisición.

Sea de ello lo que quiera, el repertorio que pasa por de ZÁRATE, está justamente colocado entre los buenos de segundo orden de nuestro teatro nacional, y asegurariánle sin duda en él sus notables comedias tituladas: *La presumida y la hermosa*, *El maestro de Alejandro*, *Quien habla mas obra menos*, *Antes que todo es mi amigo*, *Mudarse por mejorarse*, y alguna otra en que se observa intención dramática, verdad en los caracteres, y fluidez en el estilo, de que mas adelante ofrecemos alguna muestra.

De D. Antonio Enriquez Gomez, de quien habla la nota del señor de Castro, á quien D. Nicolás Antonio hace portugués, caballero de la orden de San Miguel, y residente en Francia, quedan muchas obras impresas en Burdeos y Ruan, como *La política angelica*, *La torre de Babilonia*, *El siglo pitagórico y vida de D. Gregorio Guadaña*, y *Las academias morales de las musas*, reimprimadas en Madrid en 1660, que contiene las cuatro comedias tituladas: *A lo que obliga el honor y duelo contra su padre*, *La prudente Abigail*, *Contra el amor no hay engaño*, *Amor con vista y cordura*, que tenemos también impresas en Burdeos, en casa de D. Pedro Lacour, en 1642. Ellas y las demás que conocemos de este autor, tienen por cierto bien escaso mérito, y no le colocarian bajo este nombre en el rango que le damos en el supuesto de ZÁRATE.

A continuación van las listas, que hemos formado separadamente, de los títulos de las comedias que conocemos bajo ambos nombres.

Hé aquí algunos trozos entresacados de las comedias de ZÁRATE, y que ofrecemos como muestra de su estilo.

En la titulada *Mudarse por mejorarse*, hay el siguiente cuento, que no carece de gracia.

«Paréceme á un toledano  
de quien era holgarse el norte,  
que á unos toros fué á la corte  
de su César castellano.  
Eran los toros un día,  
sucesor, al parecer,  
de otro en que al anochecer,  
él de Toledo partía.  
Tomó la posta, corrió  
toda la noche, y gozoso  
en llegando se fué al coso,  
donde con el sol llegó.  
Buscó lugar, dió el dinero  
por no aventurarse en nada,  
y volviöse á la posada  
que ya previno primero.  
Acostose á descansar,  
y tan buen sueño empezó,  
que á la noche despertó  
á volverse á su lugar:  
Bonde sabiendo el denuedo  
y el logro de lo temprano,  
le decian: Don Fulano,  
¿tan mal se duerme en Toledo?»

En la titulada *El maestro de Alejandro*, se encuentra este gracioso diálogo, que aunque sumamente impropio en aquel lugar, da una idea de los artificios y afeites que usaban las damas en los tiempos del autor.

TABACO..... ¿Cuándo, Elena, cumplies años?  
ELENA..... Aun no los tengo medidos.  
TABACO..... ¿Tienes cuarenta cumplidos?  
no me trates con engaños.  
ELENA..... Aun no he visto sacar muelas  
en mi boca.  
TABACO..... Eso es verdad,  
las mugeres de tu edad  
siempre buscan saca abuelas.  
ELENA..... ¿No es mi cara muy perfecta?  
TABACO..... Todas os poneis con vela,  
sobre la cara de abuela,  
cada día, cara nieta.

ELENA..... Infame, dime, ¿mi cara  
por ventura necesita  
del tocador?  
TABACO..... ¿No te acuerdas  
cuando te hice una visita  
y te hallé con treinta botes,  
viente y cuatro redomillas,  
tres billetes de Guadix,  
seis garrafas y una arquilla,  
que te daban á la mano  
barro de alguna pescina,  
necesaria providencia  
de los cienos de Turquía,  
y que sacando Albayaldos,  
moro blanco de bugia,  
albañil de chimeneas,  
unas negras y otras tintas,  
te enjalbegaste la cara,  
y al cubrirla por encima,  
dijo el rostro, buenas noches,  
por no decir buenos días?  
¿Y que luego salió á plaza  
el sebo, la trementina,  
el buen arrebol sin sol,  
la mostaza, las lamillas,  
la hiel de vaca, el piñon,  
el azúcar, el aticar,  
los costinos y los mates,  
los limoncillos, las guindas,  
el vinagrillo, los huevos,  
las almendras, las pepitas,  
el alcanfor, el carnero,  
avenate, cebadillas,  
raiz de lirio, miel virgen,  
dátiles de Berberia,  
cebollicas de azucena,  
vinagre, taragontina:  
y que de verte con tantas  
infernales sabandijas,  
tocaron á descomer  
el estómago y las tripas?»

En la misma comedia hay una graciosa glosa de una elevada pintura de Madrid, que antes hace un galan, y puesta en boca del gracioso en los términos siguientes:

Es Madrid de pedernal,  
empiezanse sobre un fuego  
muchos edificios dél,  
y acábanse sobre un censo.  
Son sus mugeres de azogue,  
son sus ventanas de almendro,  
son de azúcar sus galanes,  
son de vino sus tenderos,  
son sus tabernas de agua,  
de vinagre los deseos,  
las desventuras de aceite,  
las esperanzas de hueso.  
Por las galas de fiado  
las queridas de dinero,  
el amor de ratonera  
y la hermosura de queso.  
Son los gustos de disgusto,  
son las finezas de necio,  
el agasajo de daca,  
lo agradecido de luego.  
Son las lisonjas de todos,  
son los amigos de riesgo,  
son las verdades de nadie,  
son de envidia los ingenios.  
Lo fiel es de lo cristiano,  
lo demás todo es incierto:  
y el pan no es de cada día  
mas que en solo el Padre nuestro.  
Lo que es Madrid por de fuera  
ya lo viste en el bosquejo  
de mi amo; Nise, hermana,  
esto es Madrid por de dentro.

Ultimamente, de la linda comedia titulada *La presumida y la hermosa*, bien conocida aun en nuestra escena, y que mereció ser

traducida al francés, y acaso imitada por el gran Molière en *Les femmes savantes*, trasladamos la siguiente relación:

Yo, amiga, nunca reparo  
si me llevo á enamorar,  
en que mi dama sea noble;  
como ella venga de Adán,  
por línea recta me toca  
para poderme casar.  
Digolo porque lo digo  
y no lo digo por mas.  
Yo te vi (Elena, cuidado,  
porque te quiero pintar).  
Tu crespo cabello en ondas  
tendido de mar á mar,  
trae remoleando á tus plantas  
toda la India Oriental.  
Son tus ojos unos ojos  
que viven con claridad,  
porque en diciendo te mato  
al menor río allá vas.  
Tu nariz con ser nariz  
de fama tan singular,  
en su vida fué sonada  
ni pienso que lo será.  
Tu boca, ¡Jesús, qué boca!  
aun apenas sabe hablar,  
y porque pide el clavel  
hace estremos el coral.  
Tus manos, de bofetadas  
dieron á la nieve; mas  
ella dijo: «manos blancas  
no me pueden agraviar.»  
Tu talle no tiene talle  
de hacer á un vestido mal,  
porque metes en cintura  
la mas cruda libertad.  
Tus piés, aunque no los veo  
andar en puntos, tendrán  
poco mas de seis no es,  
y aun no han de llegar allá.  
En tí no hay mas que decir,  
que envanecer ni pintar,  
pues lo mas será lo menos  
porque no puede ser mas.  
Yo, en efecto, estoy prendado  
hasta el alma, y será  
Narciso conmigo (es cierto)  
un picaro de cristal.  
Ultimamente, yo quiero,  
antes que pase San Juan,  
por tenerlo bueno, darte  
la mano de esposo. Ya  
lo dije: amor lo confirme  
aquí no hay sino casar,  
porque sino no hay Don Diego  
y hará medio año cabal.  
Doña Elena de Mendoza  
desde hoy te puedes llamar:  
dotarete en veinte mil  
ducados como en un real.  
Esto se ha de hacer callando  
sin que lo entienda Galvan,  
aunque mis santas hermanas  
se quejen de la hermandad.  
Yo hice voto navegando  
(y no es hablar de la mar),  
de desposarme con una  
doncella de caridad.  
Que tú lo estarás, es cierto:  
que lo eres hoy, no hay dudar;  
que lo serás, ya se sabe;  
que lo has sido, claro está.  
Y supuesto que te ofrezco  
ventura tan singular,  
pues tienes entendimiento  
cásate de voluntad.

COMEDIAS ATRIBUIDAS Á D. FERNANDO DE ZÁRATE.

A lo que obligan los celos.  
Antes que todo es mi amigo.  
Batallas (las) del honor.  
Conquista (la) de Méjico.  
Conversion (la) de la Magdalena.  
Desgracia (la) venturosa.  
Dos filósofos de Grecia.  
Defensora (la) de la reina de Hungría.  
Escala (la) de la Gracia.  
Gran (el) sepulcro de Cristo.  
Hermanos (los) amantes y piedad por fuerza.  
Maestro (el) de Alejandro.  
Médico (el) pintor, San Lucas.  
Miras (las) de San Vicente.  
Mudarse por mejorarse.  
Margarita (la) del cielo.  
Mayor mal hay en la vida.  
Noble (el) siempre es valiente.  
No hay mayor mal que casarse.  
Palabra (la) vengada.  
Piedad (la) por fuerza.  
Presumida (la) y la hermosa.  
Primer (el) conde de Flandes.  
Quererse sin declararse.  
Quien habla mas obra menos.  
Rey (el) mas perfecto, San Hermenegildo.  
Santa Pelagia ó la loca del ciclo.  
San Estanislao obispo.  
Santa Maria Magdalena.  
Santa Taex.  
San Antonio Abad.  
Tres (las) coronaciones de Carlos V.  
Valiente (el) Campuzano.  
Vaso (el) y la piedra, San Pedro y San Pablo.  
Vida y muerte del Cid.

COMEDIAS DE D. ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

A lo que obligan los celos.  
A lo que obliga el honor, ó duelo contra su padre.  
Amor con vista y cordura.  
Contra el amor no hay engaño.  
Fernan Mendez Pinto.  
Jerusalén libertada.  
No hay contra el honor poder.  
Prudente Abigail (la).  
Soberbia (la) de Nembrot.  
Celos no ofenden al sol.  
Lazo, banda y retrato.  
No puede mentir el cielo.  
Sufrir mas por querer menos.

R. DE M. ROMANOS.

#### EL PALACIO DE LOS ALMIRANTES.

Escúchame, viajero que recorres la tierra de nuestros abuelos en busca de los vestigios de la antigüedad, porque yo me he propuesto ser tu guía y Mentor en la comarca de *Campos*, y quiero conducirte hoy á ciertas ruinas que van desapareciendo a celeradamente en su misterio y oscuridad. Démonos prisa, porque acaso si no sea ya tarde y hallemos tan solo un solar yermo y solitario. El tiempo y los hombres se disputan su presa con voraz emulación (1).

No te fijes, al llegar á la *Forum Gótica*, en el suntuoso arco que ofrece adulator ingreso á la vetusta ciudad. Pasa bajo su romano hemicycle, y deja ese blason de las artes para otro día. No le pertenece el de hoy. Aparta los ojos también de la ascética mole del convento Seráfico; y no te fatigues en buscar con tu mirada incierta la puerta ojival, que unida á ese desmantelado murallon, y guarecida de bastiones y almenares, sirviera antaño de marcial pórtico á la codiciada

(1) Nuestro pronóstico se ha cumplido. El palacio de los Almirantes ha perdido su postrer vestigio. En el intervalo transcurrido desde la formación de este artículo á su publicación, ha caído su última piedra. Y hemos visto demoler la costosa portada, y reducir á polvo sus artísticos primores, y derrocar desde sus pedestales los hermosos leones, sin respeto al arte ni á la utilidad. Hoy, aquella el-gante obra se ha convertido en una topa horrible, que hace daño á los ojos y produce en el ánimo despacible impresión.—N. del A.

plaza. Ven conmigo, sin mirar á los lados, sin preguntar nada, y cólocate en frente de esa portada feudal, aunque te asuste su inevitable y perentoria ruina. No te apartes, porque su alzado se halla fuera de la perpendicular, y las grietas hieden de abajo arriba sus amarillentos sillares. El artista y el anticuario hacen frente á ese riesgo, como el soldado al plomo de las batallas. ¡Ese fué el palacio de los Almirantes!... ¡Eso resta de aquellos opulentos y condecorados señores!... Y de aquí a mañana quizá no quede otra cosa que el recuerdo tradicional en la confusa imaginacion del vulgo. Pero no; ha de quedar algo mas: quedará en el album arqueológico del país la sombra imprecisa de ese monumento, y las artes tendrán por mí en su registro

una página mas. Después que perezca, se habrá salvado para la posteridad.

Desde la constitucion del almirantazgo, en 1571, hubieron los señores de Medina de Rioseco de morar en la espaciosa fortaleza de la villa. No hay por entonces al menos memoria de otra habitacion. Además este juicio está conforme con la costumbre de aquellos tiempos, y con las condiciones del castillo, que era por demás idóneo para tal servicio. Así se colige tambien de algunos sucesos históricos en que figuraron los almirantes, y cuyo teatro fué aquel imponente edificio.

La causa del establecimiento del almirantazgo de Castilla en la capital de *Campos*, consistió en haber adquirido el señorío secular



(Portada del palacio de los Almirantes.)

de ella D. Alonso Enriquez, primer poseedor de aquella elevada dignidad, por cesion que le hiciera Doña Juana de Castilla, hermana de D. Enrique de Trastamara, de quien la hubo en dote cuando contrajo matrimonio con un infanzon aragonés (2). A contar pues del D. Alonso y de su esposa Doña Juana de Mendoza, empieza la genealogia de los almirantes y la sucesion del mayorazgo señorial que fundaron sobre su sucesion titular, y que se trasmitió segun del modo siguiente se ha podido investigar.

Primer almirante D. Alfonso Enriquez, casó con Doña Juana de Mendoza, y floreció de 1571 á 1426.

2.º D. Fadrique Enriquez, que fué esposo sucesivamente de Doña Teresa de Quiñones y Doña María de Ayala. Se ignora el año de su fallecimiento.

3.º D. Alfonso Enriquez, segundo consorte de Doña Teresa Enriquez. Cesó por los años de 1500.

4.º D. Fadrique Enriquez II, que hubo por muger á la señora Doña Ana de Cabrera, condesa de Mófica, y murió por el año 1530.

Reinando el sucesor de este almirante, se constituyó el ducado por el emperador.

5.º Almirante y primer duque D. Fernando Enriquez, velado con Doña María Giron, y que ejercia por los años 1558.

6.º Id. y 2.º id. D. Luis Enriquez I, que floreció de 1558 á 1571.

7.º y 3.º D. Luis Enriquez II, que casó con Doña Victoria Colonna, y tenia la dignidad en 1585.

8.º y 4.º D. J. Alfonso Enriquez, por el año de 1621, marido de Doña Luisa Sandobal.

9.º y 5.º D. F. Gaspar Enriquez, en 1664; hubo por cónyuge á la señora Doña Elvira de Toledo y Osorio.

10 y 6.º D. Juan Tomás Enriquez, de 1700 á 1705.

En esta época el rey D. Felipe V. suprimió el almirantazgo, en castigo de la parte que el último dignatario tomó en favor del archiduque D. Carlos, cuando la guerra de sucesion. De aquí en adelante quedó solamente en la familia la sucesion ducal hasta el año 1797, en que muerto el poseedor, se entabló pleito de reversion del señorío de la ciudad á la corona. Resolvióse la empeñada litis en 1857 contra los presuntos sucesores del último duque, declarando revertido el ducado, por cuya novedad la nacion tomó posesion de la fortaleza y demás pertenencias señoriales. Desde tal fecha por consiguiente cesaron los duques de nombrar ayuntamiento y de ejercer derechos jurisdiccionales.

Importante y elevada fué la dignidad del almirantazgo de Castilla, y muchos de sus poseedores desempeñaron notable papel en sus respectivos tiempos. Numerosos sucesos históricos comprueban que la casa de los Enriquez de Castilla era una de las primeras de la monar-

(2) Véase el artículo *La antigua Forum*.

quia. No tiene pues nada de extraño que sus dignatarios habitasen un palacio en su corte señorial.

Pero esto fué después de haber vivido como castellanos en su titular fortaleza, durante luengos y azarosos años. La construcción del palacio, fecha del siglo XVI, después de la guerra de las comunidades, fué el tiempo de mas representación y engrandecimiento para los almirantes. Llevaba entonces la dignidad D. Fadrique Enriquez II, uno de los personajes mas poderosos del reino, y grandemente adicto al emperador, que le dió lugar en la regencia triple, nombrada cuando su fatal viaje á la coronación. D. Fadrique abrazó con fanatismo la causa de los flamencos, y acaso nadie hizo mas en favor de aquel poder impopular, ni contra las libertades de Castilla. Aquí, en su ciudad, dió abrigo al odiado cardenal Adriano y los cesáreos corifeos;

y aquí estableció el cuartel general de los realistas, y aquí proporcionó á los enemigos de la comunidad el único punto de salvacion. Sin la posesion de Medina de Rioseco, el partido de la corte era perdido irremisiblemente. Y del almirantazgo salió, en fin, la intriga infernal, que acaso fuera el golpe de gracia para la santa causa de los pueblos, alzados por sus leyes contra el desafuero liberticida, contra la extranjera dominacion y el nacional agravio.

Luego que sucumbió Castilla en los campos de Villalar, y que el gobierno hizo desmantelar las fortalezas de las villas y concejos, para desarmar los pueblos y reducirles á la impotencia, D. Fadrique hubo de abandonar la suya para adular al César con este alarde de respeto y ejemplar obediencia. Y de aquí la fabricacion de una nueva y digna morada, de aquí el origen del palacio señorial.



(Un incendio en el mar.)

Estendiase su planta desde el ángulo meridional del muro de la ciudad, hasta cerca de la antigua puerta de la calle Mayor, sirviéndole de punto de apoyo la cortina de fortificación. Lo cual prueba tambien que se edificó después de desarmar la plaza, pues de otro modo no se hubiera permitido edificar sobre la muralla, ni inutilizar la defensa de toda una línea. La forma y distribución de la obra no han llegado hasta nosotros. Por lo que marca la ruina, tuvo un cuerpo de arquitectura á lo largo de la muralla, y debió ser la parte principal de habitaciones. Quizá otra ala partía desde el ángulo interno ó inferior de aquella, formando martillo en direccion longitudinal de la plaza de San Francisco, y constituyendo la fachada del alcázar. En el punto de interseccion de la escuadra, estaba la portada que damos en nuestro dibujo, y que desembocaba sobre el gran patio interior.

Su gusto es gótico decadente, pero aun tenia riqueza de ejecucion y finura de detalles. Ya lo ves. Un arco rebajado de grandes dobelas, flanqueado por dos fondos de tableros, y coronado con una greca extraña, sobrepuesto de un tramo liso de sillería menuda, en el cual se destacan dos leones corpulentos, encima de graciosos pedestales volantes, unidos por una guirnalda caprichosa, y terminado por un listón de sencilla bordadura, constituye el primer trozo del alzado. Hace el superior un cuadrilátero trasversal, ceñido de una faja de escarolados, y tallado en toda su estension por escamas de poco relieve y prolija minuciosidad. Ornan este festonado dos medallones circulares, que por orla tienen coronas de laurel, y en cuyos centros hay escultadas dos figuras, en bajo-relieve, que representan guerreros armados de punta en blanco. Y entre ambas placas, sobre el centro del

lienzo, osténtase el gran escudo heráldico de los almirantes, con la corona ducal, el toison de Borgoña y las águilas rapantes en sus flancos, con la bengala desnuda entre sus garras, y el áncora suspendida de los cuellos. Y circuye el todo de la obra una gran cenefa de arabescos en forma de media caña, y cual el vasto marco de aquel costoso cuadro de granito. Sobre la izquierda de esta fachada se nota un pedazo de muro, en el cual hay restos de la puerta que daba desde palacio entrada á la galería ó pasadizo de comunicacion con el convento de San Francisco, situado enfrente, y donde se nota el arranque respectivo del primer arco. Lo demás no es otra cosa que escombros y desmoronamiento.

Ahora, viandante, aléjate de estas ruinas. Y si tornas algun día, no preguntes por ella. Pasa sin mirar, para no ver la profanacion del arte y la fábula de la vanidad.

V. GARCIA ESCOBAR.

## UN INCENDIO EN EL MAR.

El segundo día de enero de 1852, un navío inglés, enteramente nuevo, salía del puerto de Southampton y se dirigía hácia *Chagres* con la mala de las Antillas y de Méjico. Era indudablemente uno de los mejores y mas bellos buques de Inglaterra. Llevaba mil doscientas toneladas de carbon, considerables provisiones, y un cargamento completo. Los pasajeros ascendían á ochenta, que con la gente de tripulacion sumaban ciento.

A los dos días de su salida, *La Amazona* habia pasado las islas de Sicilia, habiendo hecho cuarenta leguas en la direccion de S. O. La noche estaba sombría, y el horizonte cargado de densas nubes que amenazaban descargar de un momento á otro. A la una de la mañana, el piloto vió salir llamaradas de fuego por una de las escotillas de la proa, y dió al momento la señal de alarma. El capitán aparece al instante á medio vestir sobre el puente, dando las disposiciones oportunas para utilizar las máquinas, pero todo era en vano. El fuego hacia tan rápidos progresos, que fué preciso renunciar á toda esperanza de sofocarle.

Hubo por lo tanto que recurrir á las lanchas, acogiéndose á la primera veinticinco pasajeros, y apenas empuñan los remos, cuando empieza á zozobrar. Apelan á una segunda lancha, pero mientras se está desatando, una ola la hierne con tal violencia, que la deja suspendida en los flancos de *La Amazona*. En este momento se ve en inminente peligro á una jóven y hermosa muger que tiene en sus brazos á un niño de catorce meses, y que convulsa, medio desnuda y desmeledada, oprime contra su seno al hijo de sus entrañas, sin esperanza alguna de socorro. El incendio hacia rápidos progresos, y ya el terrible drama llegaba á su fin, cuando cediendo á los desesperados esfuerzos de algunos marineros, se consigue desatar el bote. Trece hombres de la tripulacion y dos pasajeros lograron salvar á la infortunada madre, que la fiebre del delirio habia sostenido hasta allí. La lancha estaba sin vela, y los marineros se vieron precisados á despojar á la jóven de una especie de sábana con que uno de los pasajeros la habia cubierto. Se puso en el extremo del palo, ya para que les favoreciera impelida por el viento, ya tambien para hacer señales y pedir socorro á algun buque que acertaran á divisar.

La posicion de los náufragos era terrible; no tenían provisiones, estaban medio desnudos, llovía con mucha fuerza, y hacia un frio glacial. Todo el día vagaron á la ventura, y su muerte parecia inevitable á cada instante, hallándose entre dos enemigos tan implacables como son el hambre y la mar. Pero quiso Dios enviarles un socorro inesperado.

A las cuatro de la tarde apercibieron el extremo de un mástil, y á fuerza de remos consiguieron aproximarse á él después de cinco horas de penosa ansiedad, recibiendoles á bordo la galeota holandesa *Gertrudis*, bajo las órdenes del capitán Fruteler. La hermosa jóven, vuelta la vida, fué trasladada con su niño á la cámara del pequeño buque, y el resto de los náufragos se colocó sobre el puente.

Viendo el capitán Fruteler que sus provisiones no eran de ningun modo suficientes para alimentar á todos hasta Bayona, donde él se dirigía, cambia de ruta y se vuelve á Brest, siéndole honroso depositar aqui veintisiete náufragos. Luego se supo que en el momento del desastre se habia lanzado al agua otra lancha con catorce marineros y dos pasajeros. El piloto, el dispensero, dos marineros y un pasajero, habian sido bastante felices para desatar el bote y salvarse en él, logrando, después de correr grandes peligros, ser recibidos por el navío inglés *Marsden*.

Mas de setenta personas habian hallado la muerte en el incendio de *La Amazona*.

## ROSALIA.

(Continuacion.)

—Mi amada Rosalía, me respondió él besando mi mano á través de los hierros de mi reja, cierto que eres noble y rica, pero desgraciadamente no tanto como yo. Mi casa, aunque muy ilustre, es pobre; y si ahora ha adquirido un estado de opulencia asombroso, lo debe á una herencia que pertenece esclusivamente á mi hermano. Conozco el carácter de este; jamás me perdonaría un paso dado sin su consentimiento, de modo que me veria reducido á los escasos bienes incluidos en la cuarta parte de nuestro primitivo mayorazgo. Empero, no creas que rehuso sacrificarte mi fortuna, mas para esto hay tiempo; mi dicha no seria completa, si á par de mi mano no pudiese ofrecerte el rango y las riquezas dignas de ti y de tu noble ambicion.

Estas y otras razones de Enrique, plausibles al parecer, me convencieron enteramente, y embriagada con las suaves alegrías del primer amor, no pude conocer si tenían algo de capciosas, así como tampoco el sentido de algunas de sus palabras que ahora me esplico claramente. A medida que pasaba el tiempo, notaba yo en el semblante de Enrique una profunda melancolia, y por último una noche me propuso que huyese con él, dándome su palabra de unirse á mi en la primera ocasion oportuna, y que efectuado nuestro enlace se le participaría á su hermano, pintándole con los colores de un compromiso en que mediaba su honor y mi palabra, no dudando que bajo este punto de vista hallaria mas disculpa á los ojos de aquel, atendiendo á la nobleza de su carácter, que si precediese el consentimiento de mi padre y demás formalidades acostumbradas.

Yo me resisti algun tiempo á abandonar los sitios donde habia pasado mi dichosa infancia, mas ya comprendereis que mi firmeza no fué eterna. Mi casa me era odiosa por las razones que ya os he dicho; Anselmo se me hizo insoportable; mi madrastra volvió á oprimirme con su mal humor, y en cuanto á mi padre, hacia ya mucho tiempo que era solo un autómatas que se plegaba á todas las exigencias de aquella. A todo esto debo añadir en mi abono, que nunca me asaltó la menor duda respecto á la buena fé de Enrique. Un noble no falta jamás á su palabra; Enrique era hermano de un grande de España, ¿podría faltar á la que me habia dado?

Esta seguridad, grande en su misma inocencia, la idea de volver en breve á mi pueblo en un estado distinto, y la ceguedad de mi amor, vencieron mi incertidumbre... ¡ah! pluguiera á Dios que no tuviese que acusarme de otros extravíos. Una vez resuelta, dejé á eleccion de Enrique la noche de nuestra fuga, y cuando llegó esta, no bien se halló recogida toda mi familia, salí por la puerta del corral de mi casa, donde me esperaba aquel, el cual habia tenido á la precaucion de dejar el pueblo tres ó cuatro días antes para desvanecer las sospechas que nuestra desaparicion simultánea pudiese ocasionar, y son indecibles las atenciones y cuidados que me prodigó durante nuestra fuga. A corta distancia del pueblo nos esperaba un criado con dos caballos; nosotros montamos en uno, siguiéndonos él en el otro; á las dos horas mudamos de monturas, y caminando con la mayor precipitacion, llegamos en breve á la carretera de Francia, donde nos esperaba tambien una especie de tartana de cuatro ruedas tirada por cinco soberbias mulas, que apenas subimos á ella partieron como un relámpago; y por último, después de andar en mucho tiempo un sin número de leguas, al rayar el día distinguimos una ciudad que Enrique dijo ser la de Pamplona, y dejándola á la derecha, tomamos un camino de travesía que nos condujo á una preciosa quinta que elevaba con suma gracia los cuatro elegantes miradores que la flanquean, y en cuyas doradas agujas reflejaba sus primeros rayos el sol.

No bien llegamos á la puerta, salió á recibirnos un hombre jóven todavía, cuyo espeso bigote y el saludo que nos hizo, indicaban que habia sido militar, y después que hubo leído una carta que le presentó Enrique, nos franqueó la entrada, así como tambien todas las habitaciones de la quinta, en la cual supe que nos detendríamos algun tiempo, experimentando una alegría indecible cuando me figuré la dichosa vida que íbamos á gozar luego que unidos para siempre no tuviese que avergonzarme de mi felicidad.

Al otro día de nuestra llegada á la quinta me dijo Enrique que iba á escribir á su hermano el marqués en el concepto de que ya estaba efectuado nuestro enlace, el cual le celebrariamos en Pamplona uno de aquellos días; y halagada con esta esperanza me entregué sin el menor recelo al amor y alegría que inundaban mi corazón... ¡Ah, cuán bellos fueron aquellos primeros días, pasados casi todos en el jardín de la quinta, aspirando las auras de abril bajo un cielo ora limpio y sereno, ora ligeramente nublado, pero siempre hermoso y encantador!

Enrique, cada vez mas rendido y enamorado, apenas salía de la quinta, donde no vi mas criado que el que nos recibió á nuestra llegada, el cual nos traía de Pamplona la comida y cuanto necesitábamos,

y esta soledad no era lo que menos me agradaba de aquel delicioso eden, en el que permanecí constantemente, limitando mis pasos al jardín, que estaba contiguo á mi habitacion.

(Continuará.)

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

## QUEVEDO

á su colector y mi amigo

El señor D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

### ROMANCE.

Yo, que á este mundo de trampas  
vengo escapado del otro,  
Don Francisco de Quevedo,  
salud á vivos y bobos.

Sabed que allá entre los muertos,  
que es gente de mucho entono,  
panza arriba como es uso  
pasaba mis ratos de ocio.

Así acabé medio siglo,  
y vi todo el diez y ocho,  
al diez y nueve otorgando  
su relleno de filósofos;

Contemplé la mitad de este  
muy humano y filantrópico,  
que en el polvo de su padre  
iba levantando lodos;—

Cuando entró por mis orejas,  
quita-soles de mi rostro,  
la nueva de que en Madrid  
pensaban venderme en tomos.

Púseme sobre mis pies,  
que si uno es largo, otro es corto,  
hice mi nariz caballo  
y ginetes mis anteojos;

Y dejando á los que fueron  
mis cofrades en el hoyo,  
volví asomándome al mundo  
á ser de los hombres prójimo.

Hallé la corte española  
con menos cuerdos que locos,  
muy diferente en la cara,  
pero igual en el meollo.

Las casas hasta las nubes  
con traje amarillo y rojo,  
todas puertas y ventanas  
como jaulas de palomos.

Muchas tiendas y carteles,  
mucha gente, mucho estorbo,  
el lujo por todas partes,  
por todas partes el oro.

De osados y entremetidos  
llenos carrozas y pórticos;  
la virtud como en mis dias,  
poca y hundida en el polvo.

Allí, hablando en el lenguaje  
del siglo décimonono,  
andaban todos los tipos  
que en mis escritos coloco.

Allí trocados los mantos  
en papalinas y gorros,  
los responsos en chapines  
y los siglos de retorno.

Las niñas de la *sonsaca*,  
lagartos de tomo y lomo,  
gozaban nombre de ángeles,  
que es adelante notorio.

También hallé todavía  
los maridos capricornios  
llevando sobre la frente  
los frutos de su consorcio.

Mis antiguos escribanos  
tiénelos Dios en reposo:

aquellos de pluma y olla  
son ya letrados y gordos.

Solo *alguacilan* corchetes  
Semana Santa y el Corpus,  
que el siglo los *salvaguardia*  
con militares adornos.

Los porteros de la muerte,  
precursores de responsos,  
no llevan ya su talento  
de una mula sobre el lomo:

Que dentro de lo que llaman  
calesa, bombé ó birlocho,  
con los que aplastan sus ruedas  
logran enfermos muy pronto.

Ni tabernas ni boticas  
hallé en las calles que corro,  
mas vi con *café manchegos*  
químicos laboratorios.

Diz que los hijos de Temis,  
letrados por nombre propio,  
son hoy retratos del hambre  
y son de la muerte prólogos;

Que abundan por toda España  
mas que los vagos y fósforos,  
mas que en verano las moscas,  
mas que en el Prado los tontos.

¡Oh difunto Gongorilla,  
y tú, doctor PARA-TODOS,  
si volviérades al mundo  
cuál saltárades de gozo!

Vierais cien mil *literatos*,  
rivales del mismo Apolo,  
dueños de cales, tertulias,  
coliseos y periódicos.

Vierais su prosa cultísima  
y sus versos tenebrosos  
en estilo SOLEDADES,  
lleno de sangre y de lloros.

Mas callo porque no pueda,  
hoy que entre vivos me alojo,  
dar DE LA JUSTA VENGANZA  
á otro TRIBUNAL enojos.

Y siguiendo con mi historia,  
digo que apelé al socorro  
de unas cajas sobre ruedas  
con un letrero en el moño.

Como *velilla en linterna*  
y enterrado entre los forros,  
llegué, magullado el cuerpo,  
de Palacio á los contornos.

Y pariéndome allí entónces,  
subí escalones no pocos,  
por ver al que piensa darme  
puesto entre *Autores famosos*.

Era un hijo de aquel Dauro  
tan querido de los moros,  
que á una *Higiara* misteriosa  
prodigó arrullos de tórtolo.

Los ojos con vidrieras;  
barba y pelo de abalorio;  
entre viejo y entre jóven,  
y algo mas flaco que gordo.

Hallele forrado en *pruebas*,  
envuelto en tomos de á folio,  
nadando en mis pensamientos  
y en los pensamientos de otros.

Calla callando llegueme  
temeroso de alboroto,  
pero él alzando la cara  
me reconoció en lo cojo.

Y puestos en cruz entrambos  
llenos de gusto y de asombro,  
hubo abrazos á docenas,  
gritos, risas y sollozos.

Allí me mostró mis obras  
prontas á grabarse en plomo,  
sin la máscara de erratas  
que me vistieron no pocos.

Y lei todas las notas  
con que me engalana pródigo,

que lo que el tiempo hizo oscuro  
vuelven claro y luminoso.

Vi la lista de las veces  
que, ya firmados, ya anónimos,  
me mandaron editores  
á viajar por todo el globo.

Vi un juicio de mis escritos  
cual yo los quisiera todos,  
y vi también una vida  
en que al fin me reconozco:

Que en ella todo es Quevedo,  
ya jóven osado y loco,  
ya en sus peligros de Italia,  
ya en sus negros calabozos.

Tendrá defectos sin duda,  
obra es de hombre y los perdono;  
que un semblante con lunares  
es á veces mas hermoso.

Salgan pues en igual forma  
de mi musa los retozos,  
que entre tanto huyo del mundo  
y á mi sepulcro me torno.

José GONZALEZ DE TEJADA

Enero, 1855.

### DEL POEMA INÉDITO

## LA DESVERGÜENZA.

### LAS PANDILLAS.

#### FRAGMENTO.

Antes que los *Raspallos* y *Prudones*  
Emancipasen á la plebe hambrienta,  
Bullian mil y mil asociaciones:  
Una contra el incendio y la tormenta,  
Otra para adobar alcaparrones,  
Ya para un banco, ya para una imprenta,  
Ya para hallar filones de pirita,  
Esta anónima, aquella en comandita.

Y pues al procomún sirve de base  
Una en cada ciudad caja de ahorros;  
Y pues ya cada oficio y cada clase  
Fundó de mutuos sociedad socorros  
(La Academia este hipérbaton me pase),  
¿Por qué no ha de ser dado á ciertos zorros  
Que alcabala no pagan ni laudemio  
Formar también su respectivo gremio?

Júntanse pues en apiñado grupo  
Para ofensiva y defensiva alianza:  
Cada cual contribuye con su cupo,  
O de chisme, ó de industria, ó de pujanza:  
Tal que nada en su vida hizo ni supo,  
Allí de ser omniscio el don alcanza:  
Tal que era ayer mas tímido que un orro,  
Es ya un Caupolicán dentro del corro.

Y si á la sociedad es tan noceivo  
Solo un hombre protervo y petulante,  
¿Qué será; oh Dios! un cuerpo colectivo  
Hecho con levadura semejante?  
Ménos terrible el escuadrón argivo  
Fué á las hijas de Priamo espirante;  
Menos estragos hace la langosta  
En la campiña de Ectíja ó de Amposta.

Una vez instalada la pandilla,  
¡Ay del que no le rinda vasallaje!  
Ella es la flor y nata de Castilla;  
Negar su omnipotencia es un ultraje;  
Si á Juan ensalza, es dios; si á Pedro humilla,  
Apenas goza honores de bagaje;  
De honra y de prez se arroga el monopolio,  
Y á su orgullo es mezquino el Capitolio.

Ninguno hace su propio panegirico  
(Torpeza en que no incurre un escolástico),  
Mas de otro socio al entusiasmo lirico  
Es deudor de un capitulo encomiástico,  
Que de paso dogmático y empirico  
Al odiado rival hiera sarcástico;  
Que tienen mucho aquel, muchas camándulas  
Los que viven de intrigas y farándulas.

Para quien viste de su club la túnica  
Todos los medios de medrar son licitos:  
Ellos, aunque su fe sea la púnica,  
Diz que el público bien buscan solícitos:  
Ellos son la nación genuina y única,  
O á lo menos sus órganos esplicitos,  
(¡Y no merecen ser ni aun los de Móstoles!)  
Ellos de la verdad son los apóstoles.

Mas no hay humana industria, no hay oficio  
Que esté exento de quiebras y percances;  
No hay pescador tan diestro en su ejercicio  
Que siempre sea próspero en sus lances;  
Cuando es sabroso y pingüe un beneficio,  
Todos van — ¡puto el postre! — á sus alcances.  
Si una pandilla su pendón tremola,  
Otro en opuesto campo se enarbolá.

¡Allí es verlos lidiar con saña inmensa  
Como un tiempo cristianos contra moros;  
Allí en crujientes tórculos la prensa  
Sudar la hiel de sus tiznados poros;  
Allí para el ataque y la defensa  
Apurar de su astucia los tesoros!  
Y todo con el fin santo y honesto  
De mejorar al hombre... Por supuesto.

Mas si dura la lid encarnizada,  
El pájaro de cuenta ducho y cauto  
Se prepara á probar la coartada  
Con tretas de Aristófañes y Plauto;  
O vendiendo á su propio camarada  
Absuelto sale... porque compra el aulo;  
O contrito después del vapuleo  
Clama: «¡ Señor, pequé *Me espontaneo*».

Otros suelen garlar en dos carrillos,  
A la vez capeletes y montescos,  
Comiendo sin vergüenza á dos carrillos,  
Y así gordos están como tudescos;  
Mas si ambos los desechan como á pillos,  
Tan tranquilos se quedan y tan frescos;  
Y como odian la sierra y el escoplo,  
De la trápala viven y del soplo;

Que en hombres de tal laya y tal estofa  
Es condición ingénita y precisa  
No dárselos de nada una alcachofa,  
Mudarse la opinion con la camisa,  
Hacer del *qué dirán* escarnio y mofa,  
La palabra de honor tomar á risa,  
Jurar, ya por Jesús, ya por Mercurio,  
Y después hacer gala del perjurio.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

#### SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

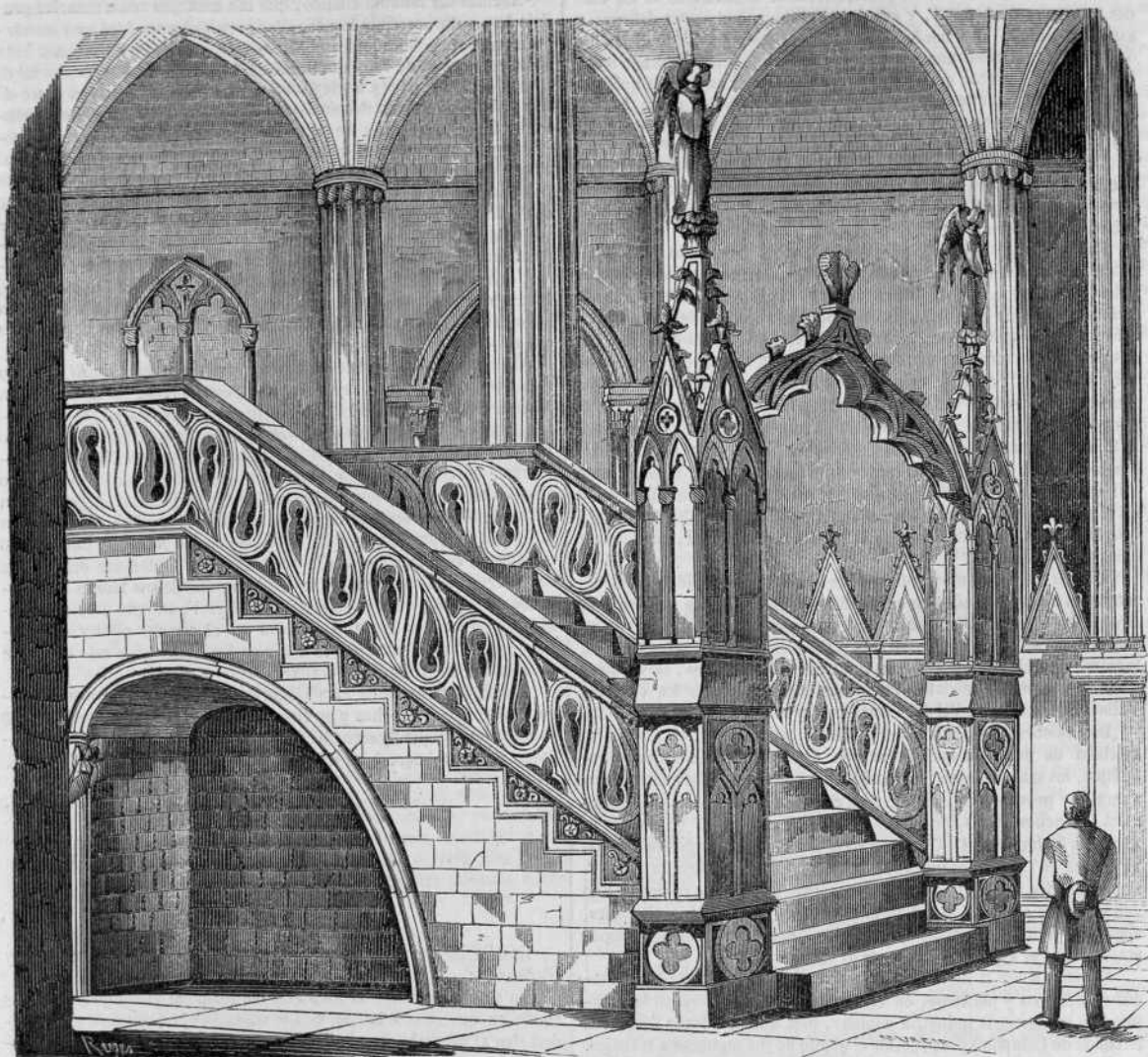
ADVERTENCIA. A causa de la premura con que se hizo el grabado, pasó desapercibido este signo DEL, que debía estar colocado entre la última figura de la segunda línea y la primera de la tercera, indispensable para su lectura: este signo, que debía representarse con letras sumamente pequeñas, quiere decir *delin*.

Un D. Quijote y un Sancho Panza harán celebrar eternamente el nombre del infeliz soldado, del desgraciado preso y el modesto cautivo. Las naciones todas han consagrado su admiración á la novela creada en el recinto de un calabozo de la Mancha. Así el nombre del que terminó su vida en una buhardilla, es tan tenido por justo como el de los Homeros, Horacios, y todos los que en la historia son célebres.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





ESCALERA DEL PÚLPITO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

El SEMANARIO ha consagrado ya en diversos años varios artículos y láminas á la descripción del magnífico templo de Barcelona; hoy presentamos solo un detalle de él, y no será el último que ocupe nuestras páginas. La escalera del púlpito es de piedra, así como la balastrada calada; ocupa la parte izquierda del coro, mirando al altar mayor; pertenece al orden gótico, como la mayor parte de la catedral, y es sumamente elegante y graciosa, como lo indica el grabado que va al frente de estas líneas.

#### D. MELCHOR DE MACANAZ.

Entre los personajes ilustres que en el reinado de Felipe V armaron el hombro para enderezar el armazon de nuestro gobierno y cosas públicas, no es Macanaz de los que menos derecho tienen á ser considerados. Magistrado recto y entendido, buen publicista, no extraño á los manejos diplomáticos, y sobre todo enérgico defensor de las regalías de la corona, dejó bajo todos conceptos un crédito bien sentado; la parte sin embargo de celebridad mas ruidosa, la debe á sus persecuciones y desgracias. ¡Singular compensacion de la suerte, que así resarce á la larga á los que indebidamente sufren! ¡y no menos singular privilegio del infortunio, que en su crisol suele evaporar las escorias, y ofrecer solo el metal puro á los ojos de la posteridad! No ignoran cuantos algo han saludado de nuestra historia la predileccion

con que el santo padre miraba la causa de la rama austriaca durante los variados trances á que dió márgen la herencia de Carlos II: sobresalen entre otros hechos el del breve en que desaprobó la sentida demanda dirigida por D. Felipe á los cabildos, solicitando un préstamo de dos millones de escudos, y el reconocimiento del archiduque, en 1709, á pesar de que antes (1700) lo habia ya efectuado á favor de su adversario. Esto no podia menos de suscitar algun acaloramiento en los ánimos decididamente afectos al rey, tronco de la actual dinastía, y puede servir de esplicacion y escusa á la acritud que Macanaz desplegó en un informe sobre asuntos eclesiásticos, escrito en 1715, y origen de la adversa ventura que al fin tuvo.

Nació D. Melchor de Macanaz en Hellín, en 1670, y en Valencia y Salamanca estudió las leyes civiles y canónicas, con el aprovechamiento que sus escritos atestiguan. Sus méritos le granjearon la proteccion del cardenal Portocarrero, y su buen desempeño en repetidos cargos, la estima de los reyes Carlos y Felipe, el primero de los cuales le nombró su secretario, y el segundo, después de eminentes servicios prestados en Aragon y en la toma de Tortosa, cuya conquista confesaba el duque de Orleans deber á sus discretas advertencias, le elevó al alto empleo de fiscal general del consejo. Allí trabajó á fin de introducir algunos adelantos en la jurisprudencia, si bien era aun muy temprano para que sus avanzadas ideas de reforma penal, separacion de las leyes de este género y las civiles, perentoriedad en los procedimientos y codificacion, pudiera hallar acogida en nuestro derecho positivo. Entonces fué cuando, consultado por el consejo, presentó el célebre informe sobre una porcion de gravísimos asuntos

eclesiásticos (1). Concibió el consejo temores al enterarse de los osados principios de su fiscal, y eso que contaba con el apoyo del rey; y así fué dilatando el acuerdo, mandando primero en 10 de diciembre de 1715, que se diese una copia á cada ministro, y prolongando luego la vista por decretos en 20 de febrero y 2 de abril del año siguiente. Llegó con esas vueltas á manos del cardenal Giudice, quien lo hizo juzgar y condenar por el Santo-Oficio, fijándose la sentencia en los sitios públicos, y en las paredes del mismo real alcázar. Fué el referido cardenal uno de los mas acerbos enemigos de Macanaz: habia pretendido el arzobispado de Toledo, pero aquel se opuso, alegando las leyes del reino, que escluyen á todo extranjero de ese cargo. Hé ahí el origen de tanto encono.

Felipe V quiso defender sus regalías, y por de pronto dictó enérgicas providencias, destituyendo al cardenal de su destino de inquisidor, por decreto de 7 de diciembre de 1714; pero el poder del Santo Tribunal era muy grande, incierto y débil el carácter del rey, y además, con la caída de Orri y de la princesa de los Ursinos, faltaron sus protectores á Macanaz, vióse pues precisado á guarecerse en Francia. Entonces ¡extraño contraste! continuó obteniendo señaladas muestras del aprecio del rey, y recibió las comisiones de asistir al congreso de Cambrai (2), de avistarse con el cardenal Fleuri para definir interesantes cuestiones internacionales, y de representarle tambien en los arreglos de la paz que debía ajustarse en Breda. Desde allí se le mandó regresar á España, y permaneció doce años preso en el castillo de Pamplona y en el de San Anton de la Coruña, hasta que le sacó en 1739 la mano benéfica de D. Carlos III, para morir á los seis meses (3).

Fuéron muchas y muy notables las obras que escribió, principalmente en los treinta años de su destierro. Cuando se le hizo salir de Breda, los agentes de sus enemigos, que deseaban apoderarse de los papeles en que revelaba las intrigas y pérfidos manejos de los mismos, lograron cogerle mas de ochenta volúmenes manuscritos, salvándose, como él mismo refiere, otros cincuenta. Ciento de ellos los enumera Valladares en el tomo VII del *Semanario erudito*.

Dichas obras versaban sobre materias eclesiásticas, en las que se gloria de no haber hecho otra cosa «que seguir la doctrina evangélica, los santos padres, las decisiones de la Iglesia, los concilios generales y provinciales, los sagrados cánones, y últimamente la práctica inconcusa de las concordias establecidas y puestas en uso por la Iglesia y el imperio (4). Quiere la tiara tener dominio sobre la corona. »Padezca yo, señor (esclamaba), pero jamás V. M. permita esto. A todo puso limites la Providencia. Sométase V. M. como reverente hijo de la Iglesia á cuanto le ordene el papa, tocante á cosas espirituales, »pero por ningun caso consenta que en negocios meramente temporales pueda el cayado poner leyes al cetro.»

Estudios sobre la historia de España, cuestiones literarias, tratados económicos y políticos, en alguno de los cuales propuso la necesidad de promover la industria popular, idea que mas tarde desarrolló el conde de Campomanes, fuéron el objeto de sus numerosos trabajos.

Han extrañado algunos que habiendo sufrido una guerra tan cruda por medio del Santo-Oficio, escribiese todavia en defensa de aquella institucion. Tres obras, que yo sepa, destinó á este fin: una dirigida al autor que escribió contra la *Inquisicion de Goa*, otra á los que escribieron contra los *Inquisidores de España*, y otra en dos tomos en 4.<sup>o</sup> en *defensa del tribunal de la Santa Inquisicion, y contra sus mayores enemigos los herejes calvinistas y luteranos*. ¿Y cómo se concilian esa defensa y esas persecuciones? A mi entender muy fácilmente. La gran batalla que Macanaz sostuvo, fué por la causa de las regalías de la corona; pero la maledicencia le mordía, y por tanto salió tal vez con doble empeño á mostrar que no era menos ferviente católico que sus enemigos. Por otra parte, los hombres mas eminentes están siempre sujetos en algo á los errores y aprensiones del tiempo en cuya atmósfera respiran; y así no es extraño que al lado de avanzadas ideas de reforma penal sostuviese principios que la filosofía rechaza, y que junto á sus célebres informes eclesiásticos haya doctrinas algo divergentes.

(1) Impreso en 1841.

(2) No llegó á concurrir á este congreso, porque el famoso jesuita, P. Daubenton, tuvo arte para persuadir al rey, que en el interés del mismo Macanaz estaba se concluyese antes el proceso inquisitorial que tenia pendiente, cuya brevedad se encargaba él de recomendar; pero que sin embargo dió lugar á que el congreso terminase. El mismo Daubenton, afectando siempre predileccion por Macanaz, supo evitar que el rey le llamase, como pensaba, á la caída de Alberoni.

(3) En el manifiesto en que Macanaz habla de las negociaciones del congreso de Breda, dice, que cuando esperaba órdenes y facultades mas amplias y satisfactorias, re ibió un pliego en el que se le mandaba abandonar el congreso y retirarse á la ciudad á que quisiera, no en los dominios de España; que obedeciendo partió para Cambrai, donde á poco halló segunda orden, previniéndole que se presentase en Pamplona á disposicion del virey, que lo verificó así, y á los dos meses (sin haber podido penetrar la causa de su desgracia), se le mandó salir para la Coruña en término de veinticuatro horas.

(4) Carta al rey, remitiéndole la obra sobre las *Causas de la despoblacion de España*.

Además del informe aludido, que tan amargas consecuencias produjo á su autor, escribió los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, publicados en el *Semanario erudito* de Valladares. Esta obra, compuesta de veintidos *auxilios*, la remitió desde Paris en 29 de agosto de 1722. El rey los leyó con mucho gusto, y aun con deso de dar principio á su establecimiento; para esto se los entregó al ministro de Estado, marqués de Grimaldo, cuyo juicio no fué menos favorable; pero aun quiso el monarca oír nuevos informes, y los pidió al obispo de Coria, al marqués de Mirabal y á D. Juan Oremáin, todos tres enemigos de Macanaz: sus informes sin embargo se redujeron á *abultar dificultades y fingir escollos*, con lo cual y con otros sucesos públicos, quedaron olvidados los *Auxilios* (1). Esta obra, abundante en miras elevadas, y fuerte sobre todo en las reformas eclesiásticas, que eran, por decirlo así, la pesadilla de Macanaz, es un curioso documento para apreciar la tendencia y carácter de aquel tiempo. La historia no es completa si no sabe hacer notar el hervor de las ideas que se ocultan bajo los hechos.

Otra obra hemos visto manuscrita con el título de *El deseado gobierno buscado por el amor de Dios, para el reino del sol, por Don Melchor Macanaz* (1728). El argumento lo compendia en las siguientes líneas: «Un peregrino que pasó al reino remotísimo del gobierno deseado, sito en un clima que no ha llegado á usurpar la codicia humana, da cuenta en este libro de cuanto admirable é instructivo observó en él.» Los personajes son todos alegóricos: pertenece en cierto modo á esa serie de obras que en la edad moderna empezó con la *Utopía* de Tomás Moro, y ha concluido con la *Icaria* de Cabet; pero entiéndase que aun cuando la idea del plan la tomase del célebre «canciller inglés, no participa en modo alguno de sus teorías: sus reformas son apropiadas al reinado de Felipe V, aunque utópicas tambien á veces en su clase. Las ideas en el arreglo civil y eclesiástico (1), son las mismas que se notan en los *Auxilios*, y esto es lo que justifica que se atribuya á Macanaz.

Los ligeros rasgos de esta biografía demuestran que merecen alguna atencion los hechos y escritos del sugeto á quien se refiere, uno de los primeros que figuran en la lista de hombres públicos que descollaron y dieron lustre á los reinados del siglo precedente.

A. GIL SANZ.

## ROSALIA.

(Continuacion.)

Rosalía hizo una pausa y luego prosiguió con voz muy débil y titubeante:

No sé cómo deciros lo poco que me resta sin avergonzarme, mas confío en que hallaré indulgencia á vuestros ojos, siquiera en consideracion al miserable estado en que me veis. Una tarde, segun costumbre, comimos juntos Enrique y yo, y posteriormente he recordado algunas particularidades de esta comida que entonces escaparon á mi inesperecia: Enrique me prodigaba siempre muchas atenciones; pero aquel dia me parecieron escesivas, y por dos ó tres veces agüé él mismo el vino de Burdeos que yo acostumbraba á beber. Acabada que fué la comida él se retiró á su cuarto, segun me dijo, á escribir, y yo bajé al jardin y me dirigí á mi sitio predilecto, que era una especie de cenador entoldado con el follaje de una parra, y en medio del cual mana una fuente, que luego han rodeado de un pilon de mármol, sobre el que se ven muchos grupos de escultura y varios tuestos con las flores y plantas mas raras y desconocidas. El agua de esta fuente corre por un cauce, tambien natural, y atravesando el cenador le presta una frescura y animacion indecibles... Me detengo en estos pormenores para haceros conocer las seducciones que me rodearon, y que atenuan, ya que no disculpen mi estravio.

En este sitio pues, me senté en un banco junto al pilon de la fuente, y abrí un libro que llevaba, mas no pude leer mucho tiempo. No sé si fué á consecuencia de la impresion que produjeron en mí aquellas páginas que consagraban al amor con una elocuencia admirable, ó por cualquiera otra causa, la verdad es que cai en una especie de letargo semejante al que origina el calor escesivo, sentí un ligero ardor en el corazon y en el estómago, y dejé caer los brazos sobre mi falda con languidez. A este tiempo llegó Enrique y se sentó á mi lado; al verle me pareció que nunca le habia amado tanto, y sus palabras me causaron mayor impresion que otras veces.

Mientras me pintaba su amor con los colores mas vivos y apá-

(1) Todo esto lo refiere en la advertencia que puso en un original de su mano, para que se supiesen los motivos que hubo para desviar el ánimo de S. M.

(2) Uno de los mas curiosos capitulos es el que contiene la discusion de la asamblea de aquel imaginario pueblo, relativa á la admision de los jesuitas. A pesar del mañoso discurso de su defensor, fueron desechados.

sionados, yo le escuchaba en silencio, mirando la corriente honda y cristalina que casi mojaba mis pies... Todo en aquel recinto escitaba á las dulces caricias y á las ardientes emociones de la pasión... Las flores de los tiestos despedían un perfume penetrante que me turbaba, é inclinándose unas hácia las otras, parecía que se amaban y se confundían... el mismo arroyo me presentaba amores entre sus puras aguas. Yo vi en él á la valisneria columpiarse en la superficie esperando á la flor su compañera; vi á la blanca parnasia levantar sucesivamente sus estambres, arriarlos á su pútilo y fecundarse á sí misma, y un grupo de mármol de los que adornaban el pilon y representaba á dos amantes enlazados los brazos y mirando al cielo con una espresion de felicidad inefable, se animó por un momento ante mis ojos y me robó la poca razon que me quedaba... ¡Qué podré deciros!... La soledad de aquel sitio... la influencia de la primavera... la lectura que acababa de hacer, y sobre todo las palabras de Enrique, el fuego de sus manos que oprimían á las mias, sus miradas, donde yo leía el ruego, y que me fascinaban... ¡Ah! perdonadme... no puedo continuar...

La pobre niña ocultó su rostro entre las manos, mientras yo la contemplaba con dolorosa admiracion.

—Rosalia, la dije hondamente conmovido, ¿por qué os avergonzais delante de mí: en qué sois culpada, pobre inocente criatura, mártir de una pasión que solo se ceba en almas tan hermosas como la vuestra?

Rosalía me dió las gracias con una tímida y espresiva mirada: luego prosiguió bajando los ojos al suelo:

—Desde aquella tarde parecía que Enrique me amaba si cabe mas que anteriormente; pero este exceso de cariño duró muy poco. Algunas veces suscitaba yo la cuestion acerca de nuestro enlace, y me decia que esperaba respuesta de su hermano, que á la sazón se hallaba en Cataluña, por lo que se habia retardado aquella, y apenas recibida obraríamos en consecuencia, aunque de todos modos uniéndonos en breve. Al principio no dudé en manera alguna de la veracidad de estas palabras, pues como he dicho, el amor de Enrique parecia haberse aumentado; pero á los pocos dias noté en él cierta frialdad que cada vez se me hizo mas perceptible.

Una ligera tos interrumpió de nuevo á Rosalia, y seosegada después, continuó de este modo.

Una mañana, al vestirme en mi habitacion, fui á coger yo no sé qué de encima de una mesita que estaba al lado de mi cama, y figurao mi asombro viendo sobre ella un bolsillo que me pareció lleno de dinero, y un billete entreabierto, que al instante conocí ser de Enrique. Leedle, repuso Rosalia sacándole de una cartera que llevaba en el pecho, es el único que he conservado como un talisman contra mi amor.

Yo leí el billete, concebido en estos términos:

«Rosalia, perdóname: he abusado de tu credulidad. Hace dias recibí una carta de mi hermano, llena de amenazas y mandándome que vuelva inmediatamente á Madrid, y aunque me cuesta mucho separarme de tí, y no sin haber luchado contra mi cariño, he resuelto, por fin, obedecerle. No creas, sin embargo, que no te amo, sino que no quiero hacerte desgraciada para siempre, pues yo me conozco demasiado, y nunca podria acostumbrarme á la miseria que nos quedaria después de mitigarse los primeros trasportes de nuestro amor.

»Por tanto pues te ruego vuelvas á tu casa, donde fácilmente obtendrás el perdon de tu familia, y una vez allí, esperarás á que alcance, á fuerza de súplicas, el consentimiento de mi hermano, no dudando de que tan luego como pueda conciliar los deberes de la sociedad con los que me impone tu cariño, volaré á tu lado para hacer que me ames y me perdones.

Enrique.

«Te advierto que el dueño de esta casa se trasladará á ella en breve con varios de sus amigos. Respecto á tu viaje, puedes entenderte con Juan, el criado de la quinta, y asimismo usar de la corta suma que he dejado para este objeto.»

#### IV.

Esta carta, repuso Rosalia con una serenidad que me conmovió mas que si hubiera prorumpido en lamentos ó imprecaciones, fué para mí un golpe tan terrible como inesperado. No os diré la indignacion, el dolor, el desprecio que me agitaron sucesivamente; seria empresa superior á mis fuerzas. Hubo momentos en que creí perder la razon, mas luego, sacando energia del exceso de mi orgullo, cogí mi sombrero de paja y salí de la quinta sin hablar al criado que cuidaba de ella, á quien suponía cómplice en la infamia de Enrique.

Cuando estuve á alguna distancia me senté en un pedrusco al lado de una senda que conduce á Pamplona, y allí permaneci mucho tiempo apoyada la cabeza en una mano y presa de los mas desgarradores pensamientos. ¿Cómo espesaros los infinitos que surcaron mi imagi-

nacion?... Considerad el estado en que me hallaba y podreis figurároslos en parte... Pero admirad la fuerza de mi amor: en medio de la terrible decepcion que acababa de sufrir recordando aun las falaces promesas del que me habia engañado tan vilmente, no pude resignarme á perder de un golpe todas mis ilusiones, y me esforcé en persuadirme que Enrique me amaba todavía... Aun en la insolente franqueza de su carta, creí ver confirmado este pensamiento, y me le imaginé luchando con las preocupaciones sociales, disculpándole en cierto modo en consideracion á estas. No fué tanta mi ceguedad que no conociese que su amor, dado caso que aun le sintiese hácia mí, no era tal como yo le hubiera deseado; ¡pero cómo conciliar un completo olvido con las asiduas atenciones, la constancia en superar tantos obstáculos, el afan que habia demostrado en hacerse corresponder por mí, y sobre todo con el fuego, la pasión y el sello de verdad que llevaban sus palabras cuando me espresaba su ternura!... ¡Ah necia de mí! en mi inespencia no sabia que hay hombres que sacrificarán hasta su vida por la consecucion de un deseo, y después de alcanzado solo esperimentan hácia él desprecio y hastio.

A consecuencia de las razones con que procuraba atenuar el horrible proceder de Enrique, ideé mil proyectos á cual mas novelescos é insensatos, y estaba engolfada en estos diversos pensamientos, cuando oí á mi lado una voz gangosa y desagradable que exclamó en tono suplicante:

—Señorita, una limosna por amor de Dios.

Y alzando la cabeza vi un mendigo que con el sombrero en la mano imploraba mi compasion. Era de edad avanzada, y su semblante me inspiró confianza no sé por qué; así es que asaltándome una idea, mas bien consecuencia de las anteriores, le dije después de examinarle un momento:

—¿Sois de Pamplona, ó caminais sin direccion fija?

—He nacido en Tolosa, me contestó, y ahora voy á Madrid, viaje que hago dos ó tres veces cada año.

Estas palabras me llenaron de alegría, porque luego que pasado el primer impetu de mi indignacion hácia Enrique, hice por hallar menos feo su modo de proceder, la reflexion de mi abandono y de la situacion en que me encontraba, se me representó en toda su terrible realidad. Sola, sin recursos en un país que no conocia, ¿qué partido tomar, dónde dirigirme? Hubo momentos en que pensé en volver á mi casa, mas solo al reflexionar en el recibimiento que tendria y en la vida que me esperaba, me estremecí en lo mas íntimo de mi corazón. Ocasiones hubo tambien en que me arrepentí de no haber tomado el bolsillo que Enrique habia dejado para mí; pero mi orgullo y delicadeza desvanecieron al instante tan indignos pensamientos, así es que las palabras del mendigo, que se prestaban á mis proyectos, acabaron de fijar mi resolucion.

—Escuchad, le dije, me parece que puedo fiarme de vos. Quiero ir á Madrid en vuestra compañía, veremos si nos proporcionamos algunos recursos para el viaje.

El mendigo me miró asombrado, sin duda del contraste que mi traje ofrecia con estas palabras.

—¿Cuánto os parece que valdrán estos pendientes? proseguí enseñándoles los que llevaba puestos, que eran de coral engarzados en oro.

—No lo sé á punto fijo, respondió el pobre cada vez mas sorprendido, pero siempre habrán costado sus tres doblones.

—Pues tomadlos, repuse yo. Id á Pamplona á venderlos, y con el importe compradme una falda de estameña; si la encontráis usada, tanto mejor, tres pañuelos de los mas baratos que halleis, un par de medias de estambre y unos zapatos gruesos, ahí teneis la medida.

Me quité los pendientes y se los di, así como tambien mi pañuelo de batista y el sombrero de paja de Manila, y el mendigo partió después de asegurarme que volveria á buscarme á aquel mismo sitio, en el cual quise esperarle para desvanecer las sospechas de cualquiera que acertase á pasar por allí, haciéndole creer que yo habitaba en la quinta inmediata.

Trascurrieron muchas horas, durante las cuales es indecible la ansiedad que me atormentó, y ya empezaba á desconfiar del mendigo cuando le vi acercarse mas de prisa que debia esperarse de su edad, trayendo un lio debajo del brazo. Al verle sentí la satisfaccion que es consiguiente, unida á una especie de remordimiento por haber dudado de él.

Cuando llegó donde yo estaba, después de explicarme los motivos de su tardanza, me alargó el lio, donde traía los efectos que me mandé comprar y algunas monedas de plata que le habian sobrado, pero yo hice que las guardase para nuestras urgencias. Después desbaraté á propósito mi peinado, me puse un pañuelo á la cabeza, me quité mi cuello de encaje, y en su lugar me ceñí otro pañuelo, reservando el tercero para la mano. Doblé la falda de mi vestido de chali, sujetándola á la cintura, y sobre ella coloqueme la de estameña que me trajo el mendigo, y arrojando mis zapatos finos, me puse los que le habia mandado comprar, calzándome antes las medias de estambre sobre las

mias de seda. Hecha esta trasformacion, lancé una mirada á la quinta donde habia pasado dias tan felices, y emprendí mi camino con mi compañero de viaje, el cual no acababa de volver de su sorpresa, y me hizo varias preguntas, á las que satisfice forjando la historia que me pareció mas verosímil.

Presumo, caballero, que nunca habreis conocido las privaciones, por tanto creo escusado deciros los inmensos trabajos que pasé en aquel viaje, hecho á pié y con tan escasos recursos, porque no me comprenderiais. El mendigo pedia limosna, tanto por costumbre cuanto por no escitar sospechas, y esta primera humillacion fué la iniciacion de las muchas que me esperaban... ¡Ah! tal vez no hubiera podido sobrellevar tantos padecimientos á no haberme alentado una dulce esperanza. Después de algunos dias de camino, por último dimos vista á Madrid... conforme nos aproximábamos, crecia mi inquietud; allí estaba Enrique... mas... ¿cómo me recibiría?

Llegamos á una puerta de aquella inmensa ciudad, pero no entramos por ella; mi compañero no quiso atravesar por las calles principales temeroso de la policia, por lo que torciendo á la izquierda, después de pasar por otra sin entrar tampoco por ella, lo hicimos al fin por la tercera que encontramos, que nos condujo á un hermoso paseo adornado con muchas fuentes, donde habia un sin número de gente, y después de atravesarle en toda su estension, salimos por otra puerta que mi compañero dijo ser la de Atocha, encaminándonos á un arrabal que hay á corta distancia de ella, donde hicimos noche en una miserable casucha, en compañía de otros muchos mendigos tendidos todos unos casi encima de los otros sobre algunas malas esteras.

Al dia siguiente me levanté muy temprano sin haber podido dormir en toda la noche, pues el aire de miseria é inmundicia que allí se respiraba, se me hacia cada vez mas insufrible, y mientras esperaba á mi compañero el mendigo, me puse á pensar lo que debia hacer para encontrar á Enrique, único móvil que me hizo emprender mi viaje. Yo habia olvidado el titulo de su casa, pues como en mi pueblo solo decian *el señor marqués*, le oí muy pocas veces; sin embargo, juzgué que me seria fácil lograr mis deseos, recorriendo una por una todas las casas grandes de Madrid, y preguntando si su dueño tenia haciendas en tal pueblo. Halagada con esta esperanza aguardé á mi compañero, que no tardó en salir, y me dijo que ya no teniamos mas que una peseta de cinco reales, y que por tanto al otro dia nos seria preciso mendigar para comer. Le manifesté mi proyecto de entrar en la poblacion, pero me persuadió á que no lo hiciese hasta pasados dos ó tres dias, pues segun le dijeron aquella noche, un bando reciente contra la mendicidad, habia escitado el celo de la policia, y era preciso esperar á que fuese olvidado como otros muchos: esta circunstancia me obligó á dominar mi impaciencia, y pasamos el dia en aquellos alrededores.

Al siguiente nos hallábamos sin dinero, y nos dirigiamos por el paseo que llaman de la Ronda, implorando la caridad pública, cuando nos admiró el excesivo gentío y los muchos carruajes que pasaban. El mendigo preguntó á una aguadora, conocida suya, dónde se dirigia aquella multitud, y nos dijo que habia carreras de caballos en la Casa de Campo, á las que asistia la Reina y toda la real familia; y juzgando mi compañero que allí *hariamos negocio*, nos encaminamos hácia aquel punto.

Llegado que hubimos, esperamos la salida de la gente, que comenzó á verificarse á la caída de la tarde, y durante esta no pude volver de mi admiracion... ¡Ah, qué felices me parecian aquellas señoras tan elegantes y bellas, muellemente reclinadas en sus ligeros carruajes! ¡Cuánto hubiera dado yo por gozar de una vida semejante, y cuán grande era mi desconsuelo al considerar el misero traje que me cubria y el estado en que me hallaba!

Agitada estaba con estas sangrientas emociones de admiracion envidiosa y de orgullo humillado, cuando vi aproximarse una magnífica carretela tirada por cuatro fogosos caballos, y un caballero que cabalgaba en otro, guiándole con suma gracia y destreza, sonriendo con las hermosas señoras que ocupaban aquel carruaje. Al verle sentí un temblor indecible, y mi corazón cesó de latir, porque en aquel ginete reconocí á Enrique... á Enrique, mas bello, mas elegante que nunca... Perdida la razon, arrastrada por un impulso irresistible, corrí á su encuentro, y metiéndome casi entre los piés de su caballo, abracé su pierna, que descansaba en el estribo, gritando con voz agitada y balbuciente.

—Enrique, Enrique, por fin te he encontrado!

Estrepitosas carcajadas que salieron de la carretela respondieron á mi exclamacion. Enrique se puso pálido y encarnado sucesivamente, pero detuvo su caballo.

—¿Quién eres? me preguntó enojado, ¿qué te se ofrece?

—¿No me conoces, Enrique, le contesté, te has olvidado de la pobre Rosalia, que ha venido á buscarse desde tan lejos?

Enrique, sorprendido, me miró atentamente, y después de titubear un instante, partió al galope, sin duda para alcanzar al carruaje,

mientras que yo di algunos pasos hácia las verjas de un puente que estaba próximo, y me agarré á ellas para no caer al suelo.

—¡Oh! que infamia, dije yo interrumpiendo á Rosalia, parece imposible que tanta maldad pueda caber en el corazón humano!

(Concluirá.)

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

#### EL EX-CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE MIRANDA DE EBRO.

Cuando aprovechando los momentos que nos han permitido nuestras graves ocupaciones, y guiados por una curiosidad y un afán grandísimos de ilustrarnos, hemos recorrido las provincias de Valladolid, Burgos, Alava, Madrid, Albacete, Valencia, Alicante y otras, se ha angustiado nuestra alma viendo el lastimero estado en que en lo general se encuentran las iglesias y monasterios que pertenecieron á los Regulares, y considerando que en su mayor parte podrán ser solo dentro de breve tiempo un monton de ruinas y de escombros.

Las ideas estraviadas por la falta de educacion y por efecto de la efervescencia de los ánimos y de las pasiones, y mas que todo el mezquino interés de unos pocos, han contribuido á aniquilar prematuramente sin ninguna utilidad ni provecho, reales y positivos monumentos grandiosos, en los cuales emplearon inmensas sumas nuestros antepasados, y cuyo completo abandono é injustificable destruccion nos presenta á los ojos de la culta Europa, como no merecemos de modo alguno la mayoría de los españoles.

Por aprovecharse de una mala puerta, de un pedazo de madera, de cuatro ladrillos, de algunas tejas ó de una mal labrada piedra, se han echado á rodar por el suelo obras suntuosas del arte que debieran haberse conservado á toda costa, para que las admirasen y estudiasen propios y extraños, y para que al mismo tiempo sirviesen de establecimientos industriales, de asilos de beneficencia y de depósitos y almacenes de todo género de frutos y efectos.

¿Es por ventura de absoluta necesidad que unos y otros, y en particular los de las dos primeras clases, esten siempre ó casi siempre, segun sucede, en grandes poblaciones? ¿No ganaria la salubridad pública infinito, y no serian imponderables los ahorros que espermentarian y las ventajas que reportarian los enfermos, los jornaleros y los dueños de los terceros con la ventilacion y el desahogo de los ex-conventos, con su pequeño alquiler, y con la abundancia, superior calidad y baratura de los artículos mas precisos para la vida?

Bien merece pues la pena de que los diocesanos, á quienes pertenecen hoy tales edificios á virtud de lo dispuesto en el último concordato, se ocupen con la constancia y sabiduria que les distingue, en detener los progresos de la desaparicion completa que les amenaza, adoptando con prontitud las medidas que sugiera á tan entendidos prelados su ilustrado celo.

En el entre tanto que esto sucede, y ya que por nuestra insignificancia no podamos obrar de otro modo, haremos imperecedera la memoria de varios de los repetidos monumentos por medio de vistas exactas, que iremos estampando sucesivamente en nuestro SEMANARIO, como hasta aquí, acompañadas de las noticias y datos que podamos reunir.

La que hoy ofrecemos á nuestros lectores al pié de este artículo, representa bastante bien la fachada principal de la iglesia del ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro.

No puede darse posicion mas ventajosa y amena que la que ocupa aquel.

Colocado en el declive de una pequeña cuesta, casi tocando con las últimas casas de la villa, dominando esta á un hectómetro de distancia del caudaloso Ebro, y descubriéndose desde sus celdas y pasadizos toda la feraz campiña que fertiliza aquel rio, la concurrida carretera de Francia y las montañas de las Provincias Vascongadas y de la Rioja, con dificultad habrá otros de la órden, no que le superen, sino que ni aun le igualen en salubridad y en toda clase de ventajas, comodidades y proporciones.

Sin embargo de nuestra estremada diligencia, no hemos podido averiguar la época de su fundacion y la de las varias vicisitudes que ha ido atravesando.

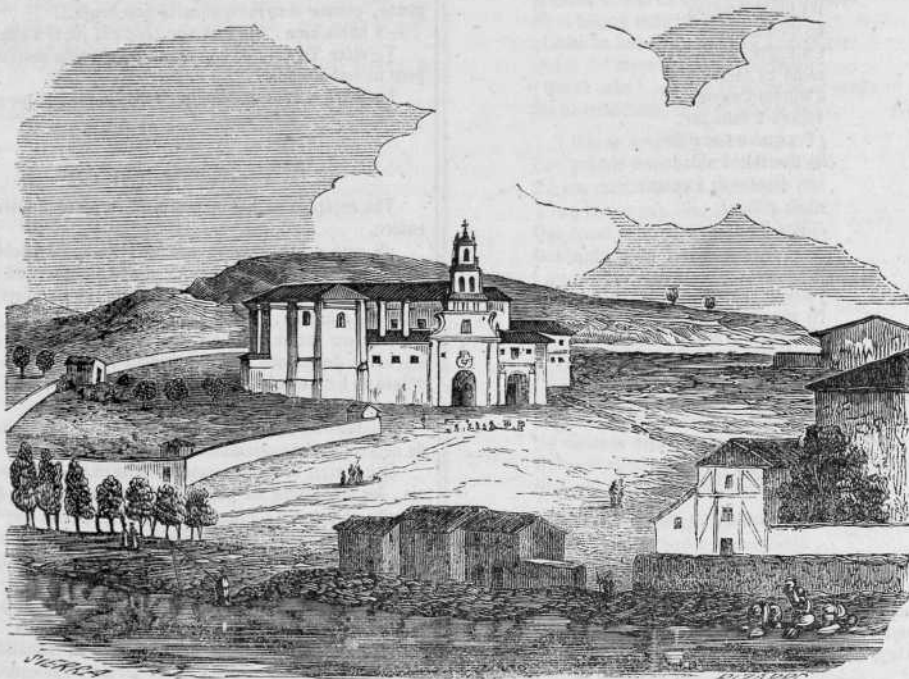
Hemos hecho mil preguntas al último guardian y á otros religiosos, les hemos impuesto del objeto sencillo que nos proponiamos, y hemos hojeado en fin los ocho ó diez tomos en folio de la *Crónica de los hijos de San Francisco*; pero todo en vano, porque los primeros nos han manifestado que no sabian una palabra, y la segunda no dedica ni una línea á hablar de esta perla de su órden; así es que tenemos que proceder por conjeturas; y fundados en las mismas, creemos que acaso y sin acaso, seria aquel, en sus principios, de me dianas proporciones y de insigni-

nificante importancia, hasta que, con su reedificación por completo á mediados del siglo XVI ó principios del XVII, las adquirió y grandes.

Entonces puede asegurarse que se labró de nueva planta, y á nosotros se nos figura que la munificencia de algunos personajes enriquecidos en la reciente conquista de América y preocupados con las ideas timoratas de la época, contribuyó á enterrar sumas imponderables, que según los inteligentes, subirían á muchísimos miles de duros.

Cierto que todo el edificio es de piedra sillera; que la solidez, elegancia y la severidad están llevadas á un grado superlativo; que la iglesia es de una sola nave, de un hectómetro y cinco decímetros de

longitud, y de otros cinco decímetros de latitud; que pertenece al gusto depurado; que se asemeja á una de nuestras mejores catedrales; que cualquiera diría que había sido dirigida por los Toledos y los Herreras; que tiene ocho capillas; que la espadaña de la torre es un modelo perfecto y acabado en su clase, y que nada se echa de menos, porque es un todo completo en su género. ¿Y quién diría que esta joya arquitectónica, respetada como pocas por la guerra civil, por haber servido de hospital á veces para ochocientos enfermos de los ejércitos de nuestra idolatrada Reina, había de haber quedado convertida en solos doce años en un gigantesco é incompleto esqueleto? ¿Quién hubiera pronosticado que su iglesia había de servir, según sucede, de depósito de maderas y



(El ex-convento de San Francisco en Miranda de Ebro.)

de paja, sus capillas de rediles de ovejas, y que en lugar de los cánticos y oraciones que diariamente se elevaban al Rey de todos los reyes y al Señor de todo lo criado, no se oyese mas que el ruido monótono de una sierra, el de los cerremos y balidos de algunos cientos de reses lanaras, y las palabras bruscas y aun obscenas de jornaleros y pastores? ¿Quién que la pieza del refectorio se había de convertir y transformar, de repente, en un bonito teatro? ¿Qué poca estabilidad tienen las cosas humanas! ¿Cuánto mas cambia y destruye la mano del hombre, que la acción eficaz, activa é incansable del tiempo!

Sabemos que el ayuntamiento de Miranda de Ebro, comprendiendo lo necesarísima que es la conservación del ex-convento que describimos, por si llegase á ocurrir una nueva guerra ó una peste, se ocupa en allanar las dificultades insuperables que ha habido los años anteriores para adquirirle, y en proporcionar medios y recursos á fin de trasladar desde luego, á sus espaciosos salones, el hospital de la población y aun las escuelas de niños y niñas, cediendo el resto á vecinos necesitados, y ojalá que sus pasos y esfuerzos se vean coronados pronto del mejor y mas completo éxito.

REMIGIO SALOMON.

## EL ESPEJO DE LA VERDAD, cuento fantástico.

(Continuacion).

VIII.

EN EL PARTO.

Como queda dicho al comienzo del capítulo anterior, con la rabia del rey Anónimo hubo la de Dios es Cristo en el país. Nadie se entendía, ni lo entendía nadie. Los ministros gobernaban á su antojo en nombre del rey, y decreto va, decreto viene, me pusieron mal parados

á sus enemigos. No tenía la reina mucho cacumen, como ya van conociendo los lectores, y ocupada además en su embarazo y en llorar su marchita hermosa, ni un bledo se le importaba de que la nave del estado se fuera á pique.

Con esto el gacetero iba ganando influencia de cada día mayor. Él aconsejaba á la reina en sus artículos sobre las modas del vestir que caían mejor á las embarazadas reales, y aconsejaba al gobierno sobre el modo de gobernar peor, aunque él ya se lo sabía. Introdújose por arte de birlibirleque en la régia cámara, y llegó á ser el confidente mas querido de Teodolinda.

Del pobre Anónimo entre tanto no se acordaba nadie.

Pretendía la reina que se le encerrase en una jaula de oro; pero el ministro de Hacienda se opuso á aquel despilfarro, porque el país no estaba como él lo quisiera en este caso; opinó el gacetero por el emparedamiento; pero se dió en la dificultad de que el rabioso era pacífico, y se contentaba con correr á escape por los inmensos jardines del palacio, con que si lo emparedaran, podía estrellarse los sesos en los muros de su prision. Al tratar este punto convenían todos en que era urgente precaver el contagio de la hidrofobia del rey: Teodolinda en particular, que se hallaba muy contenta en aquel estado. Al fin se decidió casi unánimemente que se le pusiera una mordaza, y se le dejase dueño de todas sus acciones.

De pocos reyes cuenta la historia una felicidad mas infeliz que del Anónimo. Ni su muger ni el estado le turbaban el sosiego.

Llegó por fin el día en que la luna del parto iba á rayar en el horizonte de Teodolinda. Preparaban los médicos sus chismes, y los boticarios componían sus drogas. El pueblo, con tanta boca abierta, no sabía sino que esperaba una droga, y en su bolsillo una operación quirúrgica.

Bien conoció Teodolinda desde aquella mañana que era llegado el trance cruel. Encomendose muy de veras á su protectora la bruja, y repitiendo para que no se le olvidara la invocación á Merlin, despidió de su aposento á las camaristas todas, que se llenaron de asombro con

este capricho. En vano le hicieron presente cuánto se esponía quedándose en aquel estado á solas.

Llegó el instante por último, y apenas pronunció Teodolinda—¡ay mi Merlin!—cayó la bruja en la cámara llovida del cielo.

—Bien venida seas, dijo la parturienta. Ya llegó el trance.

—Pues al avio, contestó la bruja, remangándose con aire de manola.

Y en un santiamén, diestra como un cirujano de cámara, colocó á la reina en posición conveniente, y á los pocos minutos tenía en los brazos una niña, diciéndole con voz y arte de bruja:

Te manda Merlin  
que duermas en paz:  
las niñas bonitas  
no deben reinar.  
Un ángel del cielo,  
como tú serás,  
á sus madres solo  
viene á estorbar.  
¿Por qué no naciste  
de horrible fealdad,  
con dientes de á cuarta,  
nariz colosal,  
ojillos de aguja,  
color de alquitran,  
la boca de sótano,  
y así lo demás?  
Ni reino ni trono,  
ni amor maternal,  
robárate entonces  
mi amado Satan.  
Gozárate menos,  
valérate mas;  
—y punto redondo,  
y duérmete en paz.

La reina lloraba mientras tanto, no sabemos si de dolor moral ó físico.

—Ahora solo me falta, dijo la bruja, para completar mi obra, una cosa muy sencilla.

—¿Cuál? le preguntó la reina.

—Volver tontos á todos los palacios.

—Poco trabajo te costará.

—Ya lo sé.

Dió tras esto la viejecilla dos volteretas en el aire pronunciando el conjuro con voz de cada vez mas satánica, y haciendo á la reina una cortesia, desapareció con la niña en los brazos.

Levantóse Teodolinda como pudo, y á pique de desmayarse de débil y dolorida, se acercó al malhadado espejo de la verdad. Pequeños eran los pedazos que existían aun, pero bastáronle para verse el rostro. ¡Oh felicidad! había recobrado su hermosura completamente. Ya era la Teodolinda de antaño, la reina de todas las mugeres, como había dicho con tanto acierto la *Gaceta*.

En esto penetraron en la régia cámara palacios en gran número dando muestras de dolor lastimosas.

—Señora, exclamaron á coro. ¿Qué desgracia tan terrible! pero, ¿cómo ha podido suceder sin que en palacio se sepa? Esto es cosa sobrenatural. El pueblo está consternado.

La reina miró á todos como loca; pero recordó al punto lo que le había prometido la bruja y sonrió murmurando:

—Ya acabaron de entontecer.

Luego, como quien se hace de nuevas, se volvió á los cortesanos, preguntándoles:

—¿De qué habláis?

—De la desgracia de V. M.

—De nuestra desgracia.

—De la desgracia de toda la nación, exclamaron á la par tres, interrumpiéndose mutuamente.

—No os comprendo, respondió la reina.

Los cortesanos la contemplaban atentamente, y al verla en su estado natural, como antes del embarazo, se decían unos á otros:

—No cabe duda.

—¿Pero en qué?

—¡Oh pueblo desventurado!

—¿Por qué?

—¡Pueblo desventurado! ¡Dios te quiere mal!

—¿Acabareis de explicarme?...

—¿Con que la augusta princesa...

—¿El regio vástago...

—¿El capullo...

—¿El mas bello florón de la corona?...

—¡Ha muerto al nacer! exclamó uno, el mas audaz, vertiendo á mares lágrimas como puños.

—¡Ay! exclamó la reina estupefacta. Por desdicha es verdad.

—¡Y ya la han enterrado!

—¡Ya! repitió la reina, cada vez con mas asombro.

—Mire V. M. por el balcon. Ahora pasa el fúnebre cortejo.

Hizo lo que se le indicaba Teodolinda, y vió efectivamente un entierro muy lujoso, y á la bruja que lo presidía, para todos invisible, cabalgando en un palo de escoba.

—El pueblo se hacia cruces; pero lloraba.

La reina mientras tanto, murmuraba para su capote:

—Ha hecho bien mi protectora en rematar la estupidez de esta gente, porque sino me quemaria por bruja...

—Y haría bien, dijo una voz ahogada junto á ella.

Volvióse Teodolinda con espanto, y hasta miró debajo de la cama; pero no habia nadie.

—La conciencia es un reloj que da las horas aunque no se le dé cuerda.

## IX.

### DESPUÉS DEL PARTO.

Tan estúpida se habia vuelto la corte, que vistió de luto un mes entero.

¡Y qué cosas pasaron además! Nadie sospechó de Teodolinda, nadie dijo una sola palabra de desconfianza. Con el luto y todo se balló en palacio á los ocho dias. Los maridos no dejaban un punto solas á sus mugeres; los diplomáticos eran leales; los pobres se hacían ricos en un santiamén; los ricos prestaban dinero á todo el mundo; las niñas de quince años no pedían amante á voz en grito; las de veinte no los buscaban; las de treinta á nada decían que sí. Los usuarios tuvieron que declararse en quiebra, y se cerró la Bolsa.

Dejamos otros detalles á la perspicacia del lector, porque ni son de necesidad, ni queremos cansarnos.

Como vivir con una persona tocada de la rabia es vivir en una agonia, los empleados de palacio se cansaron por fin de guardar miramientos al pobre Anónimo, que sin cesar erraba por los jardines, pues la entrada en las habitaciones no se le permitía. Cuando se acercaba á alguno, aunque mansamente, le sacudia con un látigo, de que todos se proveyeron.

Una vez solamente le vió la reina en esta situación lamentable. Habia subido á tomar el sol al terrado en compañía del gacetero, que se le iba pegando como una ostra, y por una casualidad oyó los gritos que su augusto esposo daba en el jardin, apaleado de lo lindo por un quidan de los de escalera abajo. Como su corazón era compasivo, y no podia ver males sin remediarlos, al punto mandó que abrieran la puerta del jardin, por donde el rabioso tomó incontinenti las de Villadiego con gran júbilo.

Dejemos á los reyes cumpliendo cada cual su mis'on, como hoy se diria, y vamos á la bruja, que en cuatro meses que hace que no la vemos, debe de haberle sucedido alguna cosa notable de contar.

Ibamos en que se llevó á la princesa, y en que después presidía el entierro.

Como el lector sospechará, aquel entierro era todo pura brujería. Ni el ataud era ataud, ni la muerta muerta, ni los frailes frailes, aunque estos bien lo podían ser. El pueblo ya estaba tonto cuando los vió.

Terminada la ceremonia dirigióse la bruja con la princesa en los brazos á una sierra muy escabrosa, muy escabrosa, donde tenia su morada cierta amigota suya, del oficio tambien. Un hoyo entre dos piedras, por cama dos sogas clavadas de pared á pared, y por adornos un bote de untos mágicos, un gatazo mas feo y mas negro que Belcebú, un palo de escoba para cabalgar, en un agujero cuatro dientes y tres muelas aguardando la resurrección de la carne, y unos chapines en muy mal uso que hacían papel de espejos con sus suelas untadas en lo del bote. Para que no se nos acuse de poco verídicos, añadiremos á esta relación un murciélago embalsamado, y una especie de carterá de piel de lechuga que contenía hasta cuatro pelos del mismísimo bigote de Lucifer.

Estaba la segunda bruja requiriendo de amores á su gato, cuando llegó la bruja primera.

Como ya se habian visto después del desencantamiento de esta, ni se besaron, ni se dieron los buenos dias tan siquiera, ni un simple apretón de huesos.

En ciertas ocasiones, por escepcion, no se parecen las brujas á las mugeres.

—¿Qué traes? preguntó la bruja segunda de mal talante, y como quien dice:—despacha pronto.

—Vengo á pedirte un favor, respondió la segunda.

—¿No será dinero?

—No me pongas esa cara, que no es dinero.

—Pues ea, di.

—Esta niña, que acaba de nacer, no puedo llevarla conmigo, porque es muy hermosa, y ya sabes que Merlin...

—¿Tienes celos?  
—No los quiero tener.  
—Tiempo falta para que la niña pueda...  
—Merlin es capaz de todo. Es capaz si le enamora, de hacerla muger de golpe y porrazo.  
—Encántala.  
—No puedo.  
—¿Por qué?  
—Es un secreto terrible.  
—Ya sabes que soy tu amiga.  
—Merlin me ha retirado los poderes, desde esta mañana que hice tontos de remate á todos los vecinos de cierto pueblo, que cuando eran semi sabios le tenían en mucho.  
—Pues yo no he de gastar de balde mis untos. Si me lo pagas, la encantaré.

—¿Somos amigas?  
—Sí, pero...  
—¿Pero qué?  
—Que yo no quiero amigas que me arruinen.  
—Si no fueras usurera entraríamos á ajuste.  
—Yo me pongo siempre en la razón.  
—No. Me basta que la tengas aquí.  
—Necesitaré cuidados.  
—Te distraerás.  
—Debe de ser llorona.  
—Tendrás música.  
—No dormiré por las noches.  
—Figúrate que son todas sábado.  
—No estoy para fiestas.  
—Ni yo para celos.  
—Pues carga con ella tú y toda tu alma.  
—¿O somos amigas ó no somos?  
—Yo para hacer favores no tengo amigas.  
—Eres una judía.  
—Y tú una desvergonzada, imprudente, chupona, hambrienta...  
—¿Eso á mí, so mala bruja!  
—Calla, que te digo lo del espejo de la verdad.  
—Calla, que te digo lo de los amores del gato.  
—¿Dilo si te atreves!  
—¿Dilo si te atreves!  
—Di tú primero.  
—Di tú.

Sonó debajo de tierra un ruido formidable, como el estornudo de Satanás costipado; y era efectivamente Satanás, que se dolía de ver que entre sus hijos había también rencillas como entre los hombres.

Las dos viejas temblaron.

—Si al memos me pagaras cada mes el pupilaje... dijo la bruja segunda algo mas blanda.

—¿Avara, judía!  
—¡Prrrrrrruum! volvió á sonar debajo de tierra.  
—¿Quieres vivir sobre el país? ¿Has adquirido en el mundo esa maña?  
—Mira que los sordos nos van á oír.  
—Hija, si no quieres que Merlin haga de las tuyas, cómprame á mí de las mias.

—Sea pues, dijo torciendo el hocico la bruja primera.

Y después de regatear por ochavos, quedaron convenidas en la soldada, y enfazaron los manojos de cañarejas que por manos traían. Así pintan á la fé comercial.

Como sucedé que sin poderlo remediar, y sin que á veces lo comprendamos nosotros mismos, de dos medios para llegar á un fin, elegimos el menos vil, el menos infame, la viejecilla bruja, á trueque de no tenerla á su lado, consintió en no encantar á la princesa, lo que sin duda le costaría también mas dinero.

(Concluirá.)

VICENTE BARRANTES.

#### Reseña de los instrumentos que tañian los juglares ó yoglares.

Los atambores, la guitarra morisca, el laud, la guitarra latina, rabé, el orabín, el salterio, la bihuela de péndola, la sota, el medio caño, el arpa, el rabé morisco, el galipe Francisco, la rota, el tamborete, la bihuela de arco, el caño entero, el panderete, las sonajas de azófar, los órganos, la adedura albardana, la dulcema, el alhogon, la cinfonia, la baldosa, el odrecillo, la mandurria, las trompas, los añales, los atambales, los panderos, la zampoña, los abogues, el caramillo y la cítola.

R. SALOMON.

## EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

Pero ¡hija de mi vida! Tú no quieres Ayudarlos tampoco, ni á su ciencia Mostrar el mal de que en secreto mueres Ni el origen decir de tu dolencia! ¿Cómo te has de curar si tú misma eres Quien del dolor oculta la violencia?... ¡Quién sabe!... acaso se hallaría el modo De hacerte bien, si lo dijeras todo!...

Y ella se sonreía y me miraba Con grande compasion de mi cuidado, En sus manos la mia acariciaba, Y con la voz que Dios la había dado, Que como la de un ángel encantaba, Doblando triste la cabeza á un lado, ¡Ay madre! me decía, que en mi pena, La muerte solo, es medicina buena!!!...

Y nunca quiso de su triste herida Revelarme el mortal negro motivo: Ni hablaba de Don Luis... solo dormida La oí llamarle con afecto vivo Algunas veces, y otras encendida De violenta fiebre al fuego activo, Entre congojas de dolor atroces Quejarse de él con descompuestas voces!

Ni yo por mas que la escuchaba atenta Pude nunca entender lo que decía, ¡Con tal furia la queja violenta A borbotones en su boca hervía!... Solo llegué á entrever que alguna afrenta Mortal, la atormentaba con porfía, Atravesando como un clavo ardiente Con su recuerdo aquella hermosa frente!...

Sin saber ya á su mal de qué manera Hallar remedio, ó cuando no, templanza, Fui á buscar á Don Luis, mi rabia fiera Ahogando, y mi deseo de venganza. ¡Aquel malvado, al fin, ni aun bueno era Para un último ensayo de esperanza!... ¡Supe que de Madrid se había ido Adonde el cielo le haya maldecido!...

Y supe mas... ¡Dios mio! .. Supe todo El infortunio de ese tierno pecho, Que ahogó aquel hombre con el sueño lodo De que él estaba por los diablos hecho. ¡Ahora verás el horroroso modo Con que el triste pecado ha satisfecho Esa niña, de amar apasionada A una alma dura, bárbara y malvada!...

¡Cuando ella me dejó, que de su vida Hizo á Don Luis el absoluto dueño, Ya la decía yo que arrepentida Había de llorar su loco empeño; Que un violento amor no era guardia Para dormir un apacible sueño, Sino barco entregado á la tormenta De la pérdida mar que le sustenta!

¡Pero jamás aunque era bien sombría Mi triste prevision recelar naufragaria Roto al golpe de un viento tan sañudo!... ¡Ni que Don Luis con mano tan impia Desgarraría de su amor el nudo, Ni que en su ingrato olvido y abandono Caber podía tan amargo encono!...

¡Ah! solo un alma en cuyo enfermo seno Hierven los celos de un amor impuro,

A toda dulce confianza ajeno,  
En su propia maldad siempre inseguro,  
Puede empapar su aliento en el veneno  
Mágico, que convierte en puñal duro  
La palabra cruel con que un amante  
Hierde de muerte al otro en un instante!...

Esa era el alma de Don Luis maldita,  
Del amor de Lucía recelando  
Porque en vez de calmarla mas la irrita  
Belleza tanta como está gozando;  
Esa era su alma, ese furor la incita  
Ha ya bien negros tristes días, cuando  
Halló por fin una sangrienta injuria  
Tinta en la hiel de su zelosa furia!...

De qué enredados nudos el infierno  
Tejió esos zelos, cuál su causa ha sido,  
Qué doloroso torcedor interno  
El pecho de Don Luis ha enfurecido  
Contra este pecho enamorado y tierno...  
¡No lo sé!... ¡No lo sé!... ¡No lo he sabido!...  
¡Mas á qué buscar causa á un mal que aumenta,  
Cuando de su ira propia se alimenta!..

Del seno de Don Luis, donde está oculto  
Y al lado del amor, el odio late,  
Salió en fin victorioso y en tumulto;  
¡Vencido el triste amor en el combate!...  
Y un monstruoso, homicida y frio insulto  
Lanzó á esta pobre niña!... Cual abate  
Su vuelo un ave por el plomo herida,  
Así Lucía el vuelo de su vida!...

Basta, la dijo un día el asesino;  
Basta ya de disgusto y de tormento:  
Cada uno de los dos por su camino,  
Tú contenta y pagada y yo contento:  
Por una cuenta alzada que imagino,  
Y poniendo á buen precio el sentimiento,  
A duro el beso, cálculos seguros,  
Treinta mil besos son treinta mil duros.

Ahí los tienes y en paz!... Y por la puerta  
Se fué sin dar siquiera una mirada  
De compasion, á esta inocente, yerta  
De asombro doloroso, y aterrada!...  
¡Muerta ya desde entonces!... ¡¡Muerta!! ¡¡Muerta!!...  
¡Sin que me la pudiera salvar nada!...  
¡¡Inútil el calor de todo el cielo  
Para ablandar este puñal de hielo!!...

¡¡Madre mia de mi alma!!! De su espanto  
Horroroso, al salir, fué el primer grito,  
Y echó á correr regando el suelo en llanto  
Y huyó del nido de su amor, maldito!...  
¡El dulce nido que ella amaba tanto!...  
¡Donde creyó al amor, santo, infinito!...  
Maldito para siempre en un conjuro  
Mas que la boca del demonio impuro!!!

¡Hija de mis entrañas!... En mi seno  
No encontraste á tal pena medicina!...  
¡Qué amor de madre por mas grande y bueno  
Puede arrancar otra amorosa espina!...  
¡Contra tu negro y áspero veneno  
No habia yerba humana ni divina!...  
¡Algunas veces el amor se calma,  
Mas no si ha herido el alma de nuestra alma!...

¡Sin esperanza ya, desde el instante  
Que conocí esta odiosa horrible historia,  
Dejé á mi hija en su agonía amante  
Hartarse en paz de su infeliz memoria!...  
¡A qué turbar á un pobre delirante,  
Cuando toda esperanza es ilusoria,  
Cuando todo para él es un martirio,  
Sino el fatal amor de su delirio!...

Como al amanecer pierde una estrella  
Poco á poco su blanca luz, y al día  
Se entrega... Que venimos ya por ella,  
Dijo una áspera voz, que dejó fria

A la madre infeliz de la hija aquella  
Que la honda tierra para sí pedía,  
Y tres hombres con brusco movimiento  
Entraron en el fúnebre aposento.

¡¡Hija!! ¡¡Hija mia!!! ¡¡Ay!!! ¡¡No!! Con mis manos  
Yo te defenderé!!! Mas sin sentido  
Cayó al suelo la triste!... ¡ Esfuerzos vanos!...  
La orfandad del sepulcro y el olvido  
Desprecian al amor y al llanto humanos,  
Y arrancan al cadáver mas querido  
De entre los tiernos brazos que le aprietan,  
Y sin razon al mundo le sujetan.

FIN DEL CANTO SEPTIMO.



PALACIO DE RECREO.

El palacio de recreo, cuyo grabado ofrecemos hoy á nuestros suscritores, es uno de esos bellos edificios que hermean las campiñas italianas, y cuya magnificencia y comodidades solo pueden compararse con el buen gusto de su construcción y las riquezas verdaderamente artísticas que encierran.

Las cercanías de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Milan, presentan al viajero á cada paso preciosas residencias, en las cuales no se sabe qué admirar mas, si la franca hospitalidad con que son acogidos, ó los tesoros arquitectónicos que se desplagan á su vista. Cascadas, fuentes, estanques, verjeles, galerías de grandes cuadros, cenadores, gabinetes de estudio, estatuas colosales, todo cuanto encierra en su seno una gran ciudad, todo cuanto embarga la imaginación, se encuentra en los palacios de recreo de Italia.

Otras naciones, y señaladamente la Francia, cuentan también con algunas residencias notables, próximas á las grandes poblaciones: la Inglaterra conserva todavía un pocos de sus antiguos castillos; pero ninguno de ellos iguala á los que hemos mencionado, en el conjunto de placeres que ostentan. En las residencias inmediatas á París, á Londres y á Berlin, se pueden pasar quince dias sin aburrirse: en las de Italia trascurren los años entre placeres que nunca tienen fin.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





NUESTRA SEÑORA DE LA FOURVIÈRE.

En 1832 asoló el cólera el norte y centro de la Francia, llegando hasta las puertas de Lion, sin entrar en la ciudad. Este fenómeno, repetido también en 1833, sin que ningún habitante sufriera las consecuencias de tan terrible y contagiosa enfermedad, hizo que la ciudad acordara dedicar un cuadro conmemorativo que atestiguará su gratitud á las edades futuras, y el señalado milagro que la voz pública atribuía á Nuestra Señora de la Tourvière.

Un jóven de Lion, que era el primero de los pintores religiosos de la época, Victor Orcei, fué el encargado de expresar este pensamiento sobre el lienzo. Este malogrado jóven murió apenas había concluido las cabezas del cuadro, que fué después concluido por sus amigos, y que todo Lion ha admirado en la exposición de 1832, figurando hoy entre los mas notables que decoran el interior de la iglesia. El pensamiento es grande y sublime, y ha sido llevado á cabo con esa superioridad de talento que el célebre pintor de la capilla de Nuestra Señora manifiesta en todas sus creaciones religiosas. La Virgen, colocada en un trono, tie-

ne un niño sobre sus rodillas, y en un cielo azul se ven á dos ángeles que estienden ante ella sus titulos de gloria. A sus piés se halla una jóven afligida implorando protección con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas. Se ve también á un leon, simbolo de la ciudad, lamiendo tristemente una herida. A su izquierda, S. Pedro, Santa Irene y Santa Blanca, protectores de la suplicante, interceden por ella; á su derecha el cólera con el traje de un asiático de cuerpo bronceado amenaza á la villa con una mirada indómita y feroz, y últimamente, aparecen la guerra civil armada de un puñal, y la muerte que lleva una corona de hierro, signo del fúnebre reino que estiende su dominio sobre los sepulcros y cadáveres. Mas la dulce mirada de la Virgen se estiende sobre la ciudad que ella cubre con su manto, y el niño que tiene en sus brazos la echa su bendición: una hermosísima figura de ángel, con el rostro tranquilo y la expresion de su celeste poder, derriba con su cuchilla la copa de metal, oprimida por la mano crispada del cólera.

## TEATRO DE DIAMANTE.

Del fecundo poeta dramático D. JUAN BAUTISTA DIAMANTE, que floreció en la segunda mitad del siglo XVII, apenas podemos consignar noticia alguna, por la estraña desidia de los biógrafos y editores, que escasamente hacen mención de él. Sábese únicamente que procedía de una ilustre familia portuguesa, y aun los escritores de aquella nación creen que él mismo nació en ella, aunque siguió á la corte de Madrid, en cuyos teatros, y en los de Lisboa, se representaron con grande aplauso sus comedias escritas en lengua castellana. Fué caballero de la orden de San Juan de Jerusalem y comendador de Mora, y por las escasas líneas que le dedica D. Nicolás Antonio, consta que vivía aun en 1684.

Contemporáneo de Calderon y de los demás ilustres escritores de aquel poético siglo, alternó con ellos con no escaso favor y nombradía en el asombroso abastecimiento de nuestra escena, escribiendo centenares de comedias, de que aun quedan las que van citadas á continuación de este artículo, y de las cuales fuéron impresas en coleccion en 1670 dos partes ó tomos, no difíciles de hallar todavía.

Dotado de poca invencion ú originalidad, no hacia grande escrúpulo en apropiarse argumentos, situaciones y caractéres trazados de antemano por otros autores, revistiéndoles luego con su estilo propio, que por cierto era de los mas alambicados y pedantescos, si bien muy del gusto de la época en que el arte marchaba ya á su rápida decadencia.

Algunas, sin embargo, de aquellas comedias han llegado hasta nosotros con cierta aureola de gloria, ya por sus argumentos mismos, ya por la originalidad de su invencion mas ó menos disputada á DIAMANTE.—La primera es la titulada *La Judía de Toledo* y *Hermosura de Raquel*, con cuyos mismos títulos señalan los catálogos otras anteriores, que no conocemos, de Lope de Vega y Velez de Guevara, y cuya tradicion mas ó menos falsa habia servido tambien de asunto á un lindo poema de Luis de Ulloa.—Posteriormente, y á fines del siglo pasado, este mismo argumento, tratado magistralmente con arreglo á los preceptos clásicos, por el célebre poeta D. Vicente Garcia de la Huerta en su bella tragedia titulada *Raquel*, hizo olvidar aquellas antiguas producciones, si bien la de DIAMANTE ha logrado sobrevivir, merced á algunas situaciones y caractéres bien diseñados.

Otro de los notables dramas de DIAMANTE es el titulado *El honorador de su padre*, en que siguiendo las huellas de Guillen de Castro en su célebre comedia de *Las mocedades del Cid*, y teniendo sin duda á la vista la admirable imitacion de aquella, hecha por el gran Corneille en el teatro francés, tomó de una y otra lo que le pareció conveniente para forjar la suya, en la cual, al través de aquellos plagios evidentes y de otras muchas irregularidades, se observan bellezas de primer orden.—Atribuimos á DIAMANTE el plagio ó la traduccion de las escenas de Corneille, porque suponemos que este precedió á aquel, pues si otra cosa fuera, y hubiera conocido la comedia de DIAMANTE en que se encuentran escenas literalmente traducidas, no hay motivo para creer que hubiese ocultado su imitacion, al mismo tiempo que declaraba explicitamente las que hacia de Guillen de Castro.

Las otras comedias de DIAMANTE que merecen aun hoy los honores de la cita, suelen ser las tituladas *El Hércules de Ocaña*, *El cerco de Zamora*, *Mas encanto es la hermosura*, *El negro de mejor amo*, *El valor no tiene edad* y *Sanson de Estremadura*, y alguna otra. En todas ellas, al través de la falta de invencion y de la monotonía en el manejo de los argumentos, la inverosimilitud y desaliño en el trazado de los caractéres, nótese sin embargo cierta facilidad de ejecucion, cierto lujo de incidentes, cierta hinchazon pomposa y afectada en el estilo, que pudieron hacer muy bien, é hicieron de DIAMANTE el autor favorito de los comediantes y del público en aquel último tercio del siglo XVII, en que los conceptos hiperbólicos, los retruécanos y fantásticas galas de la diction poética, formaban ya la espesa nube que habia de envolver nuestra escena, y señalaban profundamente el término fatal á que se la dirigia.

DIAMANTE fué sin duda en este sentido uno de sus mas despiadados sacrificadores; y tanto, que puede decirse que en sus discretas manos y en las no menos hábiles de Candamo (de quien hablaremos mas adelante), quedó desfigurada y oscurecida la Thalia española, envuelta en sus pomposas galas y ridiculos atavios. La comedia heroica de personajes mitológicos ó históricos, las vidas de los santos, ó los misterios de la religion, eran naturalmente el campo en que DIAMANTE gustaba lucir aquellas gentilezas que debian, por lo visto, cautivar la opinion del público. Las apariciones fantásticas, los milagros y la intervencion de los seres espirituales, de los dioses y ninfas del paganismo: las hazañas fabulosas de los héroes romancescos, las conquistas de los reinos, los cercos de las ciudades: los triunfos, duelos y pendencias entre los reyes y magnates, eran el ordinario arsenal en donde tomaba sus armas; sacando alternativamente á la escena al Niño Dios y al demonio; á Nuestra Señora del Rosario, y á Júpiter; á Alfeo y Aretusa y á

Santa Maria Magdalena; á la hija de Jepté y al cardenal Cisneros; la Cruz de Caravaca y el Laberinto de Creta; el Sanson de Estremadura, el Cid, el Hércules de Ocaña, la Judía de Toledo, el Emperador Carlos V, la reina Maria Estuarda y otros cien personajes mas ó menos históricos y altisonantes.

En bocas tan autorizadas solia poner aquellas famosas y eternas relaciones, que eran la piedra de toque de nuestros afamados cómicos, las delicias de los aficionados al manoteo, y el embeleso de los aposentos, plateas y cubillos de los antiguos corrales.

El corto espacio de que podemos disponer, no nos permite trasladar aquí integramente ninguno de aquellos colosales trozos de poesia; pero como muestra de ella y del estilo especial de DIAMANTE se nos permitirá insertar una parte de aquella en que el capitán Garcia de Paredes hace al emperador relacion de sus hazañas; y no la copiamos toda, porque encierra nada menos que cuatrocientos versos.

Generoso Carlos Quinto,  
gloriosísimo monarca,  
digno de mayor imperio,  
aunque tanto se dilata  
el vuestro, que ni aun la envidia  
le cuenta, porque no alcanzan  
sus venenosos guarismos  
á suma tan dilatada.  
Oid de un vasallo vuestro  
las glorias, que así las llama,  
por conocer que resulta  
su honor de vuestra alabanza;  
y no por vos os acuerdo  
quien soy, que fuera escusada  
prolijidad, cuando es cierto  
que en vuestra memoria se hallan  
mis progresos mas notados  
que en la mia, pues estampan  
por vos en mi privilegios  
las mas leves circunstancias:  
Por quien me escucha, y por quien  
vi mi piedad empeñada  
en templaros, contaré  
cosas de mi tan estrañas,  
que se conozca al oirlas  
que no será demasiada  
la esperanza en mi por ellas,  
ni en vos, señor, la templanza.  
Y así desde mis principios,  
porque vengan enlazadas  
con las de vuestros aplausos  
de mi valor las hazañas,  
del discurso de mi vida  
haré una breve sumaria,  
aunque la vejez se corra  
de juguetes de la infancia.  
Nací en Trujillo, ciudad  
vuestra, é ilustre en España,  
de nobles progenitores  
en la casa de Orellana:  
llámome Diego Garcia  
de Paredes, que esto basta  
para decir mi nobleza  
cuando mi origen callara.  
Tuve en mi infancia primera  
niñeces tan alentadas,  
que lo que yo hacia niño,  
muchos hombres envidiaban, etc.

O la otra semejante puesta en boca del *Céspedes de Ocaña* en la comedia de este título, que empieza:

Yo, invictísimo monarca  
cuyo dilatado imperio  
ocupando tanto, aun viene  
á vuestra grandeza estrecho,  
Diego de Céspedes soy  
en el reino de Toledo;  
nací en la villa de Ocaña  
de tan honrados abuelos,  
que siendo muy vano yo  
fuéron tan hidalgos ellos,  
que me escuso de nombrarlos  
holgándome de tenerlos, etc.

Y otras ciento de la misma índole, forma y dimensiones que pudiéramos citar aquí. A veces remontando el estilo hasta un punto incomprensible, quedaba envuelto en la espesa nube de conceptos alambicados, de metáforas laberínticas, y de voces huecas y campanudas, por el estilo de la siguiente de *El negro mas prodigioso*, en que cuenta Filipo su nacimiento y crianza.

Mi padre, pues otro ignoro,  
fué el Nilo, undosa muralla  
que siete bombas de nieve  
por siete bocas dispara.  
Reino de siete provincias  
monstruosa idea de plata  
que de un cuerpo cristalino  
produce siete gargantas.  
El primer albor de un día  
que amaneció con luz clara  
á descubrir un prodigio,  
me enseñó sobre la espalda  
inconstante de sus olas  
que sirviéndome de basas  
eran misteriosas cunas  
unas firmes y otras vagas;  
las unas me suspendían  
y las otras me arrullaban.  
Viome el sol en *traspontines*  
de nieve parecer mancha  
de cristal ó extraño espejo,  
con impropiedad tan rara  
como ser la luna negra  
y ser la moldura blanca.  
Parto oscuro de la sombra  
parece entre espumas canas,  
el borron que con estudio  
la naturaleza vária,  
del *tintero de la noche*  
echó en el papel del agua.  
Así me halló Cosicurbo,  
sabio negro que en la playa  
del Nilo, por congeturas,  
prevenido me esperaba.  
Trasladome desde el río  
á la piadosa morada  
de sus brazos, y desde ellos  
á la estancia solitaria  
de un albergue que *bostezo*  
se juró de la montaña,  
funesta boca por donde  
luto el aire respiraba, etc.

Ya tomando un estilo varonil y desenfadado, como en el caballeresco reto de D. Diego Ordóñez en la comedia de *El cerco de Zamora*.

Caballeros zamoranos  
(si puede haber caballeros  
donde hay cobardes que abrigan  
traidores atrevimientos),  
Don Diego Ordóñez de Lara  
haciendo el acatamiento  
que debe á la real persona  
de la infanta, como atento,  
como leal, como noble,  
como amigo y escudero  
del difunto rey Don Sancho,  
desde el grande hasta el pequeño,  
desde el villano al fidalgo,  
desde el señor al plebeyo,  
de traidores os acuso  
y como á tales os reto.

O ya siguiendo el estilo calderoniano en unas lindas décimas que en la comedia de *El sol de la sierra* pone en boca del galán, herido casualmente por su amada.

FENISO..... Amor,  
amor, hermosa homicida  
tirana, dulce beldad,  
se valió de tu crueldad  
para quitarme la vida.  
Pequeña juzgó la herida

de aquella flecha primera,  
y así para que trujera  
con dominio soberano,  
puso una flecha en tu mano  
porque de tu mano muera.  
No de la herida el dolor  
me aflige, dueño adorado,  
mas tormento, mas cuidado  
es el que siente mi amor.  
Pues como hecho á tu rigor,  
enseñado ó satisfecho  
de tu ingratitud, sospecho  
que en esta sangrienta calma,  
para salirte del alma,  
quisiste romperme el pecho.  
Si no es que compadecida  
á los ruegos de mi llanto,  
para que no sienta tanto  
me hayas quitado la vida;  
porque á mostrarte ofendida  
de mi amor, me la dejaras  
pues tanto mas te vengarás  
cuanto mas me aborrecieras,  
y al paso que te ofendieras  
á ese mismo me mataras.  
Y porque ya rendir siento  
ó de la pena ó del tiro,  
la vida á cualquier suspiro  
y el alma en cualquier acento;  
solo diré que contento  
de tu piadoso rigor,  
muero gozando el favor,  
aunque en esta triste suerte  
aun mas que encontrar la muerte  
siento perder el amor.

Ultimamente, para que se vea que la flexibilidad del talento de DIAMANTE le permitía tambien sazonar, aunque raras veces, su estilo con un urbano gracejo, concluiremos nuestras citas con dos chistes puestos en boca de los graciosos de las dos comedias primero citadas:

CÉSPEDES.... ¡Bello país!  
ORTUÑO..... ¡Que un manchego  
alabe en el mundo nada  
que no sea Mancha! ¿Qué mas  
hacer pudiera un gallego?  
CÉSPEDES.... Rara  
es la aversión que has tomado  
con Flandes.  
ORTUÑO..... Si á ti te agrada,  
á mí no, y tómemme votos;  
digo, hidalgos, ¿cuál tomaran,  
la cerveza de Bruselas  
ó el tintillo de la Mancha?  
¡Que alabe un hombre de bien  
tierra donde se regalan  
con purgas! pues la cerveza,  
si en las boticas se usara  
venderla, ¿era mas que una  
pócima descomulgada,  
que en llegando á las narices  
le hace echar á un hombre el alma?  
Y sobre esto cara, y  
otras mil cosas que calla  
el asco: ¡bien haya amen  
la Mancha, de los dos patria,  
donde el pobrete que llega  
con sed á cualquiera casa,  
le dan un jarro de vino  
en pidiendo un poco de agua!

PERNIL..... Locuras hace por ti,  
como te digo, tan grandes,  
que es cierto que no hay mas Flandes  
para él, que su frenesí.  
Tan fuera se llega á ver  
de ti, y á ti tan asido,  
que olvidando que ha comido  
suele volver á comer.

Duerme con notable empeño  
doce horas en buena fé,  
porque dice que te ve  
en las ideas del sueño:  
Diciéndome cuando acaba  
si alguna vez le he llamado:  
¡Ay Pernil, que me has quitado  
el alivio que soñaba!  
Tu nombre en su paladar  
de comun es tan prolijo,  
que á mi una noche me dijo:  
«Beatriz, vente á acostar.»  
Con Beatriz su mal espanta,

con Beatriz su afan molesta,  
y en fin, con Beatriz se acuesta,  
y con Beatriz se levanta.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. JUAN BAUTISTA DIAMANTE.

Alfeo y Aretusa.  
Amor es sangre y no puede engañarse.  
Baquero (el) de Granada.



(Los baños de Arnedillo.)

Cerco (el) de Zamora.  
Cumplir á Dios la palabra, ó la hija de Jepté.  
Cruz (la) de Caravaca.  
Defensor (el) del Peñon.  
Dicha (la) por el agravio.  
Defensor (el) del Rosario.  
Fray Francisco Jimenez de Cisneros.  
Ganapan (el) de desdichas, ó Cuánto mienten los indicios.  
Gran (el) capitan Paredes.  
Hércules (el) de Ocaña.  
Honrador (el) de su padre.  
Hombre, demonio y muger.  
Ir por el riesgo á la dicha.  
Júpiter y Semele.  
Jubileo (el) de la Porciuncula.  
Judía (la) de Toledo, ó Hermosa Raquel.  
Industrias de amor logradas.  
Juan Sanchez de Talavera.  
Juanilla (la) de Jerez.  
Laberinto (el) de Creta.  
Lides de amor y desden. Zarzuela.  
Mancebo (el) del camino.

Magdalena (la) de Roma y bella Catalina.  
Mas encanto es la hermosura.  
Nacimiento (el) de Cristo. Zarzuela.  
Negro (el) mas prodigioso.  
Negro (el) del mejor amo.  
No aspirar á merecer.  
Pasion vencida de afecto.  
Pleito de Dios contra Dios, y justicia por el hombre. (Auto.)  
Reina (la) María Stuarda.  
Reinar por obedecer. (Con Matós y Villaviciosa.)  
Remedio (el) en el peligro.  
Religiosas (las) constantes.  
Santa Juliana.  
Santa Maria del Monte y convento de San Juan.  
Santa Teresa de Jesús.  
Santo Tomás de Villanueva.  
San Vicente Ferrer.  
Servir para merecer.  
Sol (el) de la sierra.  
Tirano (el) castigado.  
Triunfo de la paz y el tiempo.  
Valor (el) no tiene edad y Sanson de Estremadura.

## ARNEDILLO.

Hace justamente medio siglo que por el catedrático de química del real colegio de San Carlos, D. Pedro Gutierrez Bueno, se escribió una memoria descriptiva de los baños de Arnedillo, con el análisis de sus aguas, que en la introducción ó prólogo decía: «En la provincia de Rioja, á cinco leguas de la ciudad de Calahorra, dos de la de Arnedo, se hallan los reales baños de aguas termales que llaman de Arnedillo, por estar inmediatos al pueblo de este nombre. Son estos baños muy conocidos y acreditados desde la mas remota antigüedad, por las admirables curaciones que han conseguido en ellos infinitos enfermos; pero entre tanto número de personas como ha debido á ellos su salud, y entre tantos edificios con que la piedad española ha levantado en donde acaso eran menos necesarios, no ha habido uno que, condolido de la incomodidad con que tenían que tomar estos baños los pobres enfermos, tratase de hacer una casa decente en su inmediación, hasta que el Ilmo. señor marqués de la Hinojosa, del consejo y cámara de S. M., y superintendente de ellos, facilitó, en parte á sus espensas, y por otros medios que le dictó su celo, el que se construyese un edificio correspondiente, dentro del cual se tomen las aguas interior y esteriormente con todas las comodidades necesarias para los enfermos y asistentes: «Había padecido dicho señor una enfermedad, é informado que el último recurso era el tomar estos baños, unos le decían que sus aguas contenían hierro, otros azufre, mercurio, vitriolo, espiritus volátiles sutilísimos, etc., lo cual solo indicaba la confianza que tenían en las aguas, y la ignorancia de los medios de que se sirve la naturaleza para el alivio de nuestras dolencias.» Por esta razón quiso él mismo que yo pasase á reconocer dichas aguas, pues le pareció de la mayor importancia el que se supiese los principios que traen en disolución, para reconocer á qué pudo atribuirse el restablecimiento de su salud, y de otros muchos enfermos, cuya curación presencié.

En sabiendo que el agua termal de Arnedillo está á 42º del termómetro de Reaumur, que cada libra de agua trae en disolución 25 granos de muriato de magnesia, y algo mas de medio grano de sulfato de cal; y que además tiene agregadas la misma cantidad de agua 16 pulgadas cúbicas de gas azoótico, é igual cantidad de gas oxígeno, no pueden menos de proceder con mas conocimiento los médicos al ordenar estas aguas ó baños á los enfermos.

Por esto confío que mis breves observaciones sirvan de algun beneficio á la humanidad, en lo cual tendré la mayor complacencia.»

Después que se construyó este edificio, según el plano que aparece en un grabado al final del mismo folleto, y en el cual debieron nada mas que procurar hermanar la parte de solidez con la comodidad que por entonces se creía suficiente para el servicio de los bañistas, á pesar de las molestias que los enfermos experimentaban haciendo un viaje costoso por caminos y veredas en puntos intransitables, las prodigiosas curas causadas por sus aguas, atraían multitud de enfermos de todo el reino, y Arnedillo llegó á gozar de un justo y merecido renombre. El filántropo pensamiento del ilustre marqués de Hinojosa, es digno de todo elogio, así como es lamentable por cierto la historia posterior de este naciente edificio, de la cual nos proponemos apuntar algunas noticias recogidas el año pasado en la provincia de Logroño.

Bien sea porque no supieran apreciar la generosa dádiva del respetable marqués que abrió el camino á futuras mejoras, bien que la demasiada concurrencia de bañistas persuadió á las personas encargadas de su administración, que solo era necesaria la conservación de lo material de la fábrica, gastando en ella sumas de consideración, no siempre con la oportunidad debida, es lo cierto que en lugar de procurar los medios para el aumento y desarrollo que de sí exigía un nuevo establecimiento, según los adelantos que en todos los países se veían, y de marchar hácia las positivas mejoras, supuesto ingresaban sobrados fondos, Arnedillo decaía y nada mas le quedaba que el nombre y los restos de su antiguo valimiento. Solo á la Providencia, que por bien de la humanidad había dispuesto que en aquel retirado valle y al pié de una asombrosa montaña, bañada por el Zidacos, naciera este rico manantial, se debe la vida y conservación de estos baños.

Cuando en los antiguos establecimientos se hacían mejoras notables y se planteaban nuevos en diferentes puntos; cuando la facilidad de los viajes progresaba en términos que no pudiesen contarse distancias, y el viajar y tomar baños se consideraba como una necesidad de la época; cuando todos se disputaban la palma de la primacía, bien por el servicio y lujo interior de los edificios, bien por las virtudes de los manantiales; y en fin, cuando Cestona, Santa Agueda, Arechavaleta y Fitero se hacían nombre, procurando con esmero proporcionar á los bañistas toda clase de comodidades, solo Arnedillo se mantenía en inacción, postrado y como incrustado en la terrible peña que le dió el ser: la naturaleza misma en sus prodigiosas formas parecía haberle labrado el sepulcro en la misma cuna que le vió nacer.

En este precario estado fluctuaba el mas antiguo establecimiento,

cuando por un convenio con el pueblo, á quien el gobierno había cedido, recayó en manos del actual propietario D. Florencio de Piniños, que años antes dirigió con brillo los baños de Cestona: tan pronto como tomó á su cargo esta difícil empresa, se vió otro movimiento, mas animación, y un servicio que en el día puede competir con cualquiera de su clase. Tres años nada mas han pasado desde que se realizó este contrato, y Arnedillo está desconocido, y se han puesto en práctica mejoras que con urgencia reclamaban; porque desde el ingreso del viejo zaguan hasta los cuatro mas altos, todo se ha retocado y reformado, pintado y arreglado, introduciendo el aseo en los baños y mejorándolos notablemente con el aumento de un mayor depósito de aguas frescas que acompañen al temple de las termales. Si los infinitos obstáculos que ha habido que vencer lo permitieran, ya se hubieran visto otras nuevas obras proyectadas bajo un sistema arreglado; pero aunque se trabaja en ellas no podrán realizarse hasta el próximo año, estrenándose solamente en la temporada presente un grandioso comedor empapelado y decorado al gusto moderno, capaz de mas de ochenta personas de primera mesa, además del antiguo muy proporcionado, que sirve para la segunda.

De hoy en adelante no debe considerarse á Arnedillo como un hospital desmantelado y triste, ni el bañista necesita aprestarse de elementos que hagan mas llevadera la molesta permanencia del antiguo establecimiento ó la estrechez de una de las casas de la población: hermosos cuartos, algunos empapelados, han sucedido á las toscas paredes de yeso; camas modernas y limpiísimas, á los anteriores banquillos y á los fogones ambulantes distribuidos por el interior, que convertían los revocados en sucio hollín; una escelente y despejada cocina servida por cocineras guipuzcoanas; cuantas comodidades son compatibles con el uso del establecimiento se encuentran hoy en él, sin tener que pasar á la población mas que á gozar de las proporciones que ella ofrece en las frescas tardes del verano, pues encajonada entre dos montañas que sirven de antifaz al Oriente y Poniente, ocultan los rayos del sol precisamente á las mismas horas en que se necesita de diversion y desahogo. La sábia naturaleza quiso ensayar sin duda en este agradable valle los prodigios de su poder.

Una cosa se oponía sin embargo á la nueva marcha comenzada: el estado de los caminos, que no era posible mejorar por lo costoso que son para empresas particulares; pero la provincia de la Rioja castellana, que ha conocido esta notable falta y los perjuicios que á ella misma ocasionara el abandono de este precioso tesoro, unida al gobierno ha comenzado los trabajos para la nueva carretera que, pasando por Logroño, Calahorra y Arnedo, llegará hasta la población, y muy pronto podrán avanzar los carruajes hasta el puente que da paso al establecimiento. Este mismo verano podrán tambien correr los coches por los diferentes trozos practicables, que, hablando relativamente, acortan infinitamente las distancias: así Arnedillo volverá, á no dudarlo, á una nueva era de prosperidad; saldrá del letargo á que lo redujo la impericia y el abandono, y adquirirá muy pronto el esplendor que en otro tiempo gozaba.

Los que en la próxima temporada visiten este restaurado establecimiento, si otras veces han estado en él, ó tengan ocasion de leer estos pequeños apuntes, corroborarán sin duda cuanto llevamos indicado, y podrán como nosotros palpar las mejoras puestas en práctica y los primeros trabajos de las que irán continuando hasta realizar el proyecto de su actual propietario y médico director.

LORENZO FRANCISCO DE MOÑIZ.

Junio 16 de 1852.

## TEATRO PRINCIPAL DE MÉJICO.

Este magnífico edificio es uno de los mas bellos que adornan á la capital del que fué imperio de Motezuma. Su solidez, la elegancia de sus proporciones y el gran espacio que ocupa, le hacen ser considerado como el punto de reunión general. Su escenario es espacioso, está decorado con riqueza, y no presenta, como nuestros antiguos corrales, esos corredores estrechos por los cuales es poco menos que imposible transitar.

El teatro principal de Méjico, sin que pueda compararse con el de Tacon de la Habana, es uno de los mejores de que tenemos noticia.

## ROSALIA.

(Conclusion.)

V.

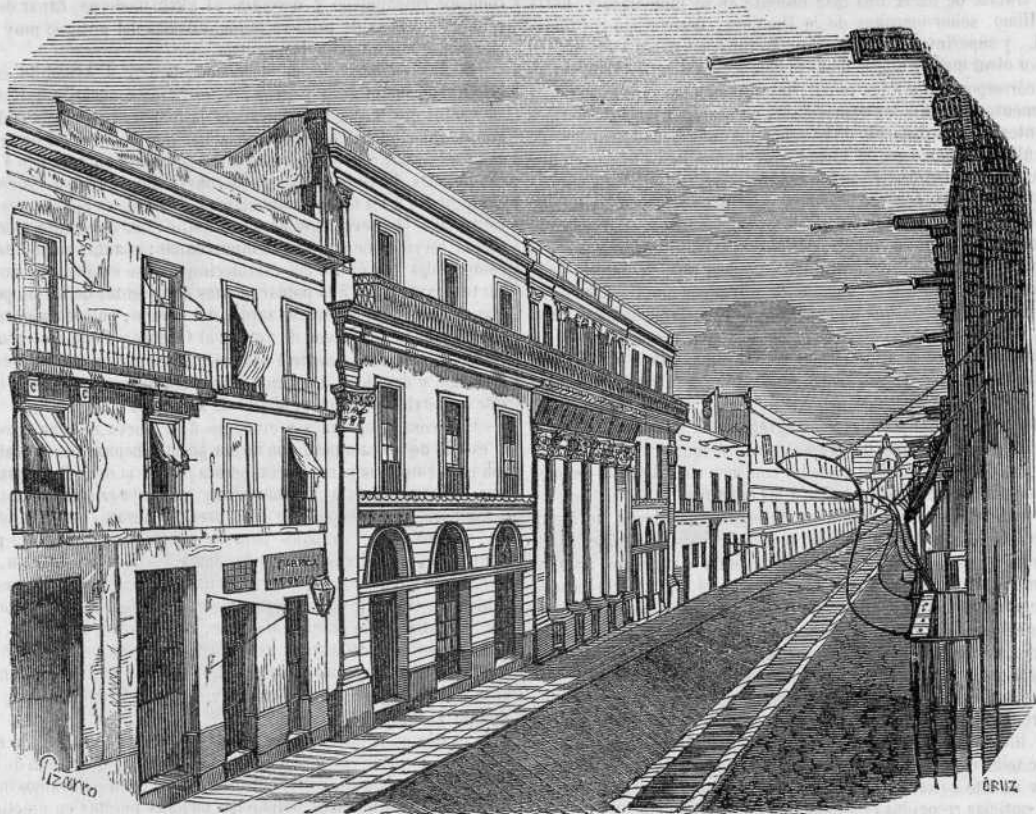
Rosalía llamó un momento; después, haciendo un doloroso esfuerzo para vencer la emoción que la causaban sus recuerdos, iba á continuar su historia, mas yo la rogué la suspendiese, pues me pareció que se hallaba muy fatigada.

—No lo creáis, me dijo, esos recuerdos me asaltan continuamente, y cada vez pienso en ellos con mas indiferencia. Por otra parte me resta tan poco que decirlos, que concluiré en breve.

Después de sufrir esta última decepcion, que destruyó para siempre mis gratas ilusiones, y toda esperanza de felicidad, no puedo decirlo que fué de mi, pues solo recuerdo confusamente que mi compañero me agarró del brazo y volvimos á la casa donde nos recogiamos. Allí me parece que dormí mucho tiempo, soñando sin cesar y sintiendo en la cabeza un calor excesivo, hasta que una mañana desperté, y viendome sola en aquella habitacion, me incorporé sobre la estera que me servia de cama. A esta sazón entró la dueña de la casa, muger anciana, de genio áspero y grosero, y me echó de ella, acompañando esta accion con groseras palabras, que no me hicieron impresion al-

guna; tan agotada estaba mi sensibilidad, y en un estado que no podria espresaros, y me dirigi impremeditadamente hácia la puerta de Atocha; mas al ir á entrar por ella me detuve y retrocedí no sé por qué, siguiendo luego un camino que vi á la derecha, y corre al lado de la tapia que cierra el paseo del mismo nombre.

Al recordar ahora los sucesos que os refiero, presumo que entonces mi inteligencia sufrió alguna alteracion, pues no puedo explicarme de otro modo la causa que me impulsó á alejarme de Madrid y á tomar en vez de otro cualquiera, un camino que ignoraba dónde me conduciría. Mis recuerdos son semejantes á los que tenemos de los sueños de la noche anterior, que nos admiran por su estrañeza, mas no suelen dejarnos la memoria del móvil que nos impelió á obrar de un modo tan particular, así es que he olvidado enteramente todos mis pensa-



(Teatro principal de Méjico.)

mientos y aun mis acciones durante mi marcha, hasta que llegué á la orilla de un rio, que posteriormente supe se llamaba el Jarama. A la vista del agua, á la que siempre he tenido mucha aficion, senti impresiones casi de alegría, y una brisa fresca, impregnada del olor agradable que despiden los vecinos campos, despejó mi cabeza y me proporcionó un bienestar indecible; mas ¡ay! este alivio físico dió lugar á los dolores de mi alma, *el pasado* llenó mi imaginacion con sus recuerdos desgarradores...

Sentada en la márgen del rio, fijos mis ojos en el elegante puente que le atraviesa, recordé todos los acontecimientos de mi vida desde mi dichosa infancia hasta el abandono del mendigo, y torrentes de lágrimas contenidos por tanto tiempo, surcaron mis mejillas y fueron á unirse con la corriente que lamia mis piés. En este estado de aficion me hallaba cuando se acercó á mí un hombre que seguia una senda próxima, y notando mis lágrimas y los suspiros con que desahogaba mi pena, me preguntó con interés cómo me hallaba sola en aquel sitio, y cuál era la causa de mi llanto... ¡Ah! estaba de Dios que las dos únicas personas en quienes no he hallado hieles, habian de pertenecer á la clase mas ínfima de la sociedad.

El hombre que entonces me preguntaba, aunque no un mendigo como el que me habia abandonado, parecia un aldeano muy pobre, y su semblante revelaba bondad y compasion hácia mí.

Yo le contesté que era una pobre mendiga y que lloraba conside-

rando mi estado de abandono, y él entonces, después de mirarme un instante, me dijo que vivia en un pueblo inmediato y se ocupaba en guardar cerdos, ofreciéndome si queria seguirle, un pedazo de pan que partiria conmigo, y un techo bajo el cual recogerme, oferta que acepté sin titubear, encaminándome á este pueblo, con aquel buen hombre, en cuya compañía estuve hasta que una mañana muy cruda, habiendo bebido mas aguardiente de lo regular, se tendió bajo un olmo luego que salimos al campo, y cuando fui á despertarle para desayunarnos juntos, advertí que estaba muerto: el médico dijo después que se habia helado...

## VI.

Así me contó su historia Rosalía, y entre las diversas emociones que esperimeté al oirla, prevaleció mas que ninguna la admiracion que me causaban su talento y resignacion. En seguida la hice ofertas de todo género, mas ella las rehusó con una delicadeza que rayaba en orgullo, pero que me admiró en aquella niña enferma y sujeta á las mayores privaciones. La ofrecí asimismo proporcionarla recursos para volver á su casa, que ella rechazó tambien, diciéndome con una espresion de profunda tristeza:

—Nunca, jamás. En los sagrados libros dicen que se hace mencion de un hijo que abandonó el techo paterno y se vió reducido al misero estado en que me veo, mas cuando volvió luego al lado de su padre

arrepentido de sus extravíos, este le recibió con su bendición y sus caricias; ¡mas ay! ¿sería igual mi recibimiento? y aun cuando así fuera, ¿podría sufrir mucho tiempo la vida de amargura que me esperaba?... ¡Oh! ¿puede haber tormenta mas insoportable que el de vivir con personas que creen tener derecho para humillarlos á cada instante, que renuevan á cada momento vuestras heridas mal cicatrizadas, y aun creen favoreceros no oprimiendos con todo el peso de sus reproches? Nunca lo repito, antes la muerte, aun cuando la muerte pudiese ser una desgracia para mí.

Desde este día no se pasó uno sin que yo acompañase muchas horas á la pobre porquera, hallando en ella cada vez mas bondad y discrecion. No me cansaba de admirar la firmeza con que sufría sus desgracias, y las incomodidades que la causaba la enfermedad que comenzaba á atormentarla, y me entristecía en extremo la imposibilidad en que su carácter me ponía para aliviar su infortunio. Hasta la exaltacion novelesca con que me explicaba sus impresiones, que en otra persona me hubiera parecido ridicula, en Rosalía la hallaba sublime y natural.

La última vez que la vi fué en el mismo día de mi partida de P... y aunque trascurran muchos años, nunca olvidaré esta postrera entrevista. A las nueve de la mañana me trasladé al sitio donde me esperaba Rosalía, la cual viendo que habia ido mucho después de lo que la prometí la tarde anterior, me dijo con la mayor dulzura:

—Creí que no veniais. Os he esperado tanto tiempo...

—Esa duda, la respondí, solo tiene disculpa en los desengaños que habeis sufrido... ¿pudisteis creer que me marcharía sin veros?

—Perdonadme, me contestó. He sido injusta, lo confieso, y... no me pesa haberme engañado... ¿A qué hora os vais?

—Muy pronto. Esperaré en el camino real á que pase la diligencia de Cuenca, y si lleva desocupado algun asiento, partiré en ella.

—Os vais, repuso Rosalía mirando al suelo... y quizás para no volver.

—Eso no, exclamé, espero que no será esta la última vez que nos veamos, ¿y quién sabe?... Vuelvo á Madrid con una sola esperanza, si esta se me frustra como otras mil... ¿Quién sabe?... acaso volveré y no nos separaremos jamás. ¿Querreis admitirme por compañero?

—¡Oh! con mucho gusto, exclamó Rosalía con amable ingenuidad... sois tan bueno...

—No, pobre niña, yo no soy bueno, soy desgraciado como vos; si así no fuese, os hubiera visto con la misma indiferencia que los demás. ¡Ay! la desgracia nos hace compasivos, la felicidad egoistas y crueles.

—Siendo así, replicó Rosalía, si llegais á ser dichoso, os olvidareis de la pobre porquera.

—Nunca, me parece imposible! Además, si aceptarais mis ofertas, no me espondriais á ese olvido, que sería un remordimiento si por casualidad os viese después.

—¡Ah! no, mil gracias... Aprecio la sinceridad de vuestros ofrecimientos, mas... ¿de qué me servirían? ¿No conocéis que mi vida será muy breve?... Por otra parte, ¿creis que no tengo yo mis goces particulares en la contemplacion de esa naturaleza que los habitantes de las ciudades no pueden comprender sino á medias? Mirad, prosiguió Rosalía sonriendo tristemente, yo comprendo todos los rumores del día y de la noche, y me finjo en ellos cantos y palabras armoniosas que interpreto á mi antojo y halagan mi alma haciéndola olvidar la realidad. Conozco sin mirarlos todos los árboles por el rumor con que el viento susurra en su follaje, á las aves por sus cantos, y por sus perfumes á las flores. Sé cuáles son los sitios del bosque amados de las alondras, dónde se anidan los ruiseñores y los pájaros que anuncian las nieves, y cuáles son los sembrados preferidos de las tórtolas para unirse con sus compañeros. En la contemplacion de los astros hallo tambien placeres que no podría definir... Yo sé qué estrellas salen las primeras, y cuáles se ponen las últimas; qué luceros permanecen inmóviles y cuáles los que brillan con tremulante resplandor. Veo la sombra que tiende el sol en todos los montes y en todas las praderas á todas las horas del día, y las corrientes en que la luna baña su imágen, ó en las que solo deja plateados surcos de luz. Presento las mutaciones de la atmósfera mucho antes de que se efectúen. Escucho entusiasmada la terrible sinfonia de la tempestad; y en las nubes que cruzan el espacio, me creo fantásticas ciudades, animales de caprichosas formas, ejércitos que atraviesan con las banderas desplegadas, ó raudas saúves hendiendo un mar azul. La soledad es mi amiga, mi hermana y leo en su compañía la sublime epopeya de la creacion... ¡Oh! continuó Rosalía con exaltacion, me habeis hecho muchas ofertas; yo solo os pido una cosa si estais aquí cuando muera; haaced, si podéis, que no cierren mis ojos, que no me escondan en la tierra, sino que me dejen en la cumbre de un monte donde me bañen los rayos del sol.

La tos interrumpió á la porquera... poco á poco su rostro animado, que habia adquirido por un instante la frescura de la salud, volvió á palidecer; solos sus ojos parecia reflejar aun el fuego que consumía su alma.

Comprendo, dije yo, luego que la vi serena, comprendo que vuestra imaginacion poética y entusiasta os proporcionará goces que acaso vos solamente podreis sentir; pero dentro de breves días el frío será insoportable. ¿Qué hareis entonces, pobre niña, con los piés descalzos, cuando las flores se marchiten, los árboles se deshojen y las aves huyan á otros climas ó enmudezcan?

—Teneis razon, me contestó tristemente. El invierno es mi enemigo, el frío estremado embota los sentidos y los hace insensibles á los placeres de la contemplacion... mas... no todos los días hace frío, y además, el invierno tiene tambien sus encantos como todas las estaciones. ¿No habeis visto alguna vez una inmensa superficie cubierta de nieve é iluminada por el sol? Por ventura ¿no realiza esta perspectiva los mágicos palacios de las hadas, ó las islas de las ondinas en el fondo del mar?... ¿No habeis admirado la lucha del sol con la niebla viéndole salir entre ella como un atleta vencedor entre el polvo del combate?...

El reloj de la torre del pueblo, que dió once campanadas, interrumpió otra vez á Rosalía; era la hora que yo esperaba para marchar. Viendo llegado el instante, sentí una tristeza indecible y no acertaba á separarme de la amable niña... Por fin hice un esfuerzo cediendo á la necesidad.

—Adios, Rosalía, la dije muy conmovido, acordaos de que teneis un amigo... un hermano.

—¡Id con Dios! me respondió solamente, pero habia una tristeza tan profunda en el acento con que pronunció estas palabras; ¡decia tanto su mirada clavada en mí! ¡tenia su semblante una espresion tan resignada y tan dulce, que no pedia resistir al deseo de estampar un beso fraternal sobre su pura frente.

—¡Ah! mil gracias, exclamó Rosalía, ¡no sabeis los gratos recuerdos que me han asaltado al sentir vuestros labios en mi frente! así me besaba mi padre.

Yo la alargué en silencio un sombrero de paja comun, única cosa que me prometió aceptar como un recuerdo: en seguida me alejé de aquel sitio.

Cuando llegué á alguna distancia, me detuve para mirar por última vez á la infeliz niña, que estaba de pié vuelta hácia mí: apenas advirtió mi accion, besó en la copa el sombrero que acababa de darla, y me saludó con la mano.

—Rosalía, exclamé entonces, sobreponiéndome á mi emocion; si necesitais alguna cosa, registrad la cinta de vuestro sombrero.

Dicho esto, corrió al camino real á esperar á la diligencia, que llegó pocos momentos después y me condujo á Madrid.

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

## EL POETA Y LA MUJER.

P... No es ella, no: la frente descarnada  
Que hoy se engalana con livianas flores,  
No es ya la frente que inspiraba amores  
Cuando sus tintas le prestó el pudor.

De placeres impúdicos saciada,  
Muerto su amor, gastados sus antojos,  
Con vaga estupidez brillan sus ojos  
Del mundo indiferente en derredor.

M... Yo soy aquella que feliz un día  
De venturosa union vástago tierno,  
En el regazo del amor materno,  
Niña inocente, inmaculada fui.

Hoy, cuidada muger, sin luz ni guia,  
Perdida voy por áspero camino,  
Y del mundo en el loco torbellino  
Lanzada con ardiente frenesí.

P... ¡En vano ya, infeliz! en vano ahora  
De esas flores tu frente se engalana,  
Que la virtud de la belleza humana,  
Con tus encantos para siempre huyó.

Dime, ¿cuál fué la sierpe engañadora  
Que adormeció la paz de tu conciencia?  
¿Y cómo del fanal de tu inocencia  
La misteriosa llama se apagó?

M... ¡Ay! no renueves la fatal memoria  
De esa mi triste, apesurada vida!  
Déjala que en la mente, adormecida,  
Un solo instante me conceda en paz.

No me preguntes por la negra historia  
Que renueva por puntos mi tormento;  
Historia de un amargo sentimiento,  
Para otros dulce, para mi falaz.

P... Yo te diré, muger, cómo han pasado  
Tus claros días de ventura y calma,  
Y en los misterios buscaré del alma,  
De tus desdichas la ocasión fatal.

Yo en ese triste corazón llagado  
Con mano cierta encontraré la herida  
Por donde huyó la calma de tu vida,  
Por donde entró, para turbarla, el mal.

Acariciada con amante arrollo  
En brazos de tu madre sonreías,  
Y así pasaron tus primeros días  
En infante y plácida quietud.

De sus dulces cantares al murmullo  
Te adormeciste en su tranquilo seno,  
Sin que jamás el pérfido veneno  
De otro placer, manchase tu virtud.

¡Pobre madre! su amor, sus sacrificios,  
Aun los juzgó para su niña escasos,  
Y cuando diste tus primeros pasos  
Sobre las palmas de sus manos fué.

De leve mal temblando á los indicios  
Ella tu sueño sin cesar guardaba,  
Y en la noche, solícita velaba,  
Siempre celosa de tu cuna al pié.

Mas pasó la niñez, y otras delicias  
Con natural instinto concebiste,  
Y enajenada, entre risueña y triste,  
Lanzaste una mirada al porvenir.

¡Ay! ¿qué te reveló? vagas delicias,  
Ansias, placeres y agitados sueños,  
Dolorosos tal vez, tal vez risueños,  
Que vinieron tu calma á interrumpir.

Luego en tus labios murmuró un suspiro  
Que levantó tu pecho palpitante,  
Como el gemido de la brisa errante  
Turba del agua el nítido cristal.

Y tus miradas, con incierto giro,  
La inquietud de tu pecho revelaron,  
Y en otros ojos con afán buscaron  
El dulce alivio de tu nuevo mal.

El mundo entonces desplegó á tus ojos  
Toda su pompa, encantos y placeres,  
Y viste en él impúdicas mugeres  
Incienso recibir y adoracion.

¡Cándida tortolilla! tus antojos,  
Las ansias dulces que tu pecho hirieron  
En fatigoso afán se convirtieron,  
Y en irritada, ardiente exaltacion.

El mundo y sus doradas ilusiones  
Abrieron sus puertas de improvisó,  
Y entraste en el mentido paraíso  
Con alma casta, mas con frágil pié.

En ese mar de pérfidas pasiones  
Tu esplendente pureza aventuraste,  
Y á sus inquietas ondas te lanzaste,  
Llena de encantos, y de amor y fé.

Pronto gozosa, tierna, fascinada,  
De amor sintiendo el peligroso fuego,  
Blanda escuchaste el mañoso ruego,  
Las caricias del torpe seductor.

Y á su halago rendida, y olvidada  
De tu madre infeliz, de tu bien mismo,  
La cima contemplaste del abismo,  
Y su altura mediste sin horror.

El seductor, indiferente y frio  
Al respirar tu apasionado aliento,  
Ni aun encontró en su pecho un sentimiento  
Que compensase tu cariño fiel.

Lo que era amor, se convirtió en hastio:  
Sucedió á la ilusion el desencanto,  
Y en esos ojos que requema el llanto,  
Brotando está de tu rencor la hiel.

Sobre la tierra abandonada vives  
(Compraste tu orfandad á horrible precio);  
Y del mundo marcada con desprecio,  
De tí se aparta donde quiera vas.

Él engañó tu fé; por él recibes  
De tu insensata obstinacion el pago,  
Y aun arrastrada por su inmundo halago,  
Desvanecida, tras su huella vas.

M... ¿Quién, dime, quién de mi pasion liviana  
Te reveló el misterio tenebroso?  
No hay tregua para mí, no hay ya reposo  
Ni aun en el seno de mi propio error.

P... Esa es la historia de la vida humana,  
Esa la cruz de la pasion culpable,  
Cuando atropella indómita, insaciable,  
La castidad, que es alma del amor.

A. GARCIA GUTIERREZ.

### BALADA.

Silencioso arroyuelo  
que al pié del sauce pasas,  
y las flores te dicen  
«¡cruel, por qué nos matas?»  
no calles, sino diles  
de su muerte la causa,  
diles que son mis ojos  
manantial de tus aguas!

F. OSSORIO.

### NOMBRES RAROS DE ALGUNAS ACADEMIAS.

La academia de Perusa se llamaba de los Insensatos, la de Pisa de los Estravagantes, la de Pésaro de los Heteróclitos, la de Florencia de los Húmedos, y sus miembros eran denominados el hielo, el granizo, la niebla, etc.; la de Génova de los Dormidos, la de Alejandria de los Inmóviles, la de Viterbo de los Testarudos, la de Citiá de Castello de los Absurdos, la de Fabriano de los Desunidos, la de Rossano de los de Sin-miedo, la de Macerata de los Encadenados, y los académicos de Tolosa se llamaron los Linternistas, porque sus primeras reuniones fuéron de noche, y cada uno llevaba una linterna.

Habiendo llegado Alejandro al colmo del poder y la gloria, recibió una embajada de los corintios para manifestarle que le habian concedido el derecho de ciudadanía. Alejandro, al oír esta proposicion, se rió de la vanidad de los corintios; pero habiendo sabido después que no se habia concedido esta distincion á mas estrangeros que á Baco y á Hércules, quedó muy complacido con este obsequio, que fué para él uno de sus mas preciosos títulos.

En un monasterio de Frioul, un religioso llamado Roch, advirtió que otro monje iba todas las noches á hacer oracion á un altar de Santo Domingo, y una noche quitó el santo, se vistió del mismo modo, y se colocó en el nicho con unas disciplinas en la mano. Cuando llegó el religioso, vió que el santo agitaba las disciplinas, y procuró huir; entonces el hermano Roch salta del altar, y echó á correr detrás de él, y fué tan terrible su espanto, que á pocos pasos cayó desmayado. Cuando acudieron los religiosos, y entré ellos Roch, que ya lo habia arreglado todo, se encontraron con que se habian vuelto blancos sus cabellos, y á pocos dias murió sin haber podido hablar palabra.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





BOSQUE DE ELIDAH.

En el puente de *Oued-Kerma*, á legua y media de *Birkadem*, territorio de Argel, se extiende una magnífica campiña llena de naranjos, de sauces, de olivos y otros árboles: un riachuelo la atraviesa de norte á sur, y hácia el oeste, un espeso bosque brinda con su sombra al descanso y á la meditacion. Es la vista mas pintoresca que se encuentra en las inmediaciones de Argel: entre los magníficos árboles que la adornan se encuentra la hermosa encina blanca de Europa, que no se ve en ninguna otra parte de Africa. Como renueva sus hojas todos los años, diferenciándose en esto de todos los demás árboles y arbustos de aquellas regiones, aparece en la primavera de un color verde muy vivo, que la hace ser conocida desde lejos y mucho antes de que se penetre en la espesura.

Este gran bosque, cuya perspectiva ofrecemos hoy á nuestros lectores y en cuyo centro se ven las ruinas bastante bien conservadas de un mausoleo, se llama el paso de *Blidah á Dra-el-Mizan*, y está situado al este de *Bou-Hassan*, cerca de la montaña de *Beni-Hamet*, y en el territorio de los *Onadna*.

### TEATRO DE LA HOZ.

Seguramente que D. JUAN DE LA HOZ Y MOTA no merecería ser colocado en el número de los autores de segundo orden del gran siglo de nuestra escena, si no hubiera tenido la feliz inspiracion de apartarse en una de sus obras dramáticas de la senda trillada comunmente por sus contemporáneos, de la tiranía de las comedias de enre-

dos y amorios, para atreverse á trazar un carácter altamente cómico, guiado por un pensamiento moral; carácter, objeto y argumento en que conquistaron cabalmente su principal corona los principes del antiguo teatro latino, y del moderno francés.—Queremos hablar de la célebre comedia que lleva el título de *El castigo de la miseria*, primero y acaso único título á la nombradía y aprecio que disfruta en nuestro teatro D. JUAN DE LA HOZ Y MOTA.

Preiso es convenir que en medio de los méritos que avaloran aquel drama, no puede concederse á su autor el de la invencion, pues no solo pudo tener presentes al escribirle las dos obras maestras de Plauto y de Molière, *La aulularia* y *El avaro*, sino que adoptó y copió evidentemente el personaje, argumento, y hasta el título de una de las novelas de la célebre Doña María de Zayas, como puede verse comparándolas entre sí; sin que acertemos á esplicar la distraccion de D. Vicente García de la Huerta, que al insertar esta comedia en su diminuta y mal escogida *Coleccion del teatro español*, supone que está tomada de la novela de Cervantes, titulada: *El casamiento engañoso*.

El mismo colector (á quien sin duda por otra parte debe mucho Hoz para ser colocado en la gerarquía que ocupa) ignoró, segun dice, las circunstancias de su vida, seguramente por falta de diligencia, pues á poca que hubiera tenido hubiese hallado que D. JUAN DE LA HOZ Y MOTA, hijo de D. Fernando y Doña Ana de La Hoz, naturales y vecinos de la ciudad de Burgos, nació en Madrid en ocasion de hallarse en ella su padre de procurador á cortes por aquella ciudad, honrosa distincion que el mismo D. JUAN mereció tambien á aquella como regidor de su ayuntamiento, concurriendo con tal carácter de procurador el día 4 de diciembre de 1637 al juramento del príncipe

D. Felipe Próspero, y siendo él el que dirigió á S. M. la arenga ó razonamiento que en casos tales correspondia hacer al procurador de Burgos en competencia con el de Toledo. Consta además que mereció merced del hábito de Santiago; que fué individuo del tribunal de contaduría mayor, y luego del consejo de hacienda, y que como tal, asistió en 1689 á las exequias de la reina Doña María Luisa de Orleans.

Del mismo autor, que sin duda escribió otras varias obras dramáticas, han quedado aun hasta una docena, que señalamos mas adelante, y que ciertamente valen poco, siendo hoy apenas conocidas de nuestros eruditos, á escepcion de alguna que otra, como *El montañés Juan Pascual, primer asistente de Sevilla*; *El blason de los Guzmanes y Abraham castellano*, y *El villano del Danubio*, ó *el buen juez no tiene patria*: pero sobre todas ellas sobresale inmensamente la ya citada de *El castigo de la miseria*, y no por cierto porque en el manejo del argumento carezca de las inverosimilitudes y desarreglo tan comunes á nuestros antiguos dramáticos; no porque no abunden en ella los episodios, las escenas inútiles ó incoherentes, especialmente todas ó casi todas las del acto tercero, sino porque el carácter del miserable D. Marcos, personaje principal, está tan superior y cómicamente dibujado, y matizado su retrato con colores tan propios, con chistes tan epigramáticos, con sales tan oportunas y altamente cómicas, que parece imposible imaginar nada mas acabado en su género. Reproducimos como ejemplo la tantas veces encomiada pintura que hace el criado de D. Marcos de la tacañería de su amo.

Él vive en un desvancillo  
que aunque aposento le nombra,  
el nicho de San Alejo  
es con él sala espaciosa;  
su comida es tan escasa  
que si se pesa por onzas,  
ni á un anacoreta fuera  
colacion escrupulosa;  
y aun para ella recorriendo  
las tiendas, como quien compra,  
muestras de legumbres pide,  
y el precio de las arrobas;  
y llenas las faltriqueras  
trae á casa de esta forma,  
de arroz, garbanzos, judías,  
lentejas, y aun zanahorias.  
Luz en las noches de luna  
no la gasta, y en las otras  
con pedazos de encerado  
(del que en los coches despoja)  
se alumbrá mientras se acuesta,  
y con presteza tan pronta,  
porque aun eso no se gaste,  
que por la calle se afloja  
calzon, medias y zapatos;  
al subir desabotona  
el jubon, suelta la capa,  
y halla acabada su obra.  
Si quiere probar tal vez  
el vino, que nunca compra,  
á la iglesia mas vecina  
va con humildad devota  
á ayudar dos ó tres misas,  
y el que en cada una le sobra  
y él sisa antes, en un frasco  
que trae oculto acomoda.  
A veces tiene criado;  
pero con tan nueva moda,  
que no le paga racion,  
sino que segun las cosas  
que le manda, así por piezas  
le concierta, de tal forma  
que ya tiene un arancel  
del precio de cada obra.  
Un ochavo hacer la cama,  
otro fregarle las ollas,  
otro barrer, y á este modo,  
siendo sus haciendas pocas,  
con dos ó tres cuartos paga  
un criado que las horas  
que le sirve solo asiste,  
con que ni escucha ni estorba.  
Él inventó *aguar el agua*,  
porque á una carga que compra

de la fuente, de año á año  
añade del pozo otra,  
y aun le va echando calderos  
segun gasta, de tal forma  
que de San Juan á San Juan  
dura, y aun la mitad sobra.  
En fin, con estas industrias  
el haber juntado logra  
seis mil ducados, que guarda  
en paraje que se ignora.

Ó el otro chistoso diálogo en que se presenta Chinchilla á servir á D. Marcos.

CHINCHILLA... ¡Ha de casa!  
MARC..... ¿A quién buskais?  
CHINCH..... Señor mio, yo he sabido  
que habeis despedido un criado,  
y vengo...  
MARC..... Buen desenfado.  
CHINCH..... A servir si sois servido.  
Yo llegué aquesta mañana  
á Madrid, sin que os asombre,  
sirviendo de gentil-hombre  
á una señora indiana,  
viuda de un gobernador.  
MARC..... ¿Viuda? aquí mi arancel clama;  
¿Cómo se llama?  
CHINCH..... Se llama  
Doña Isidora Avizor.  
MARC..... ¿Y es muy rica? (*Escribe en un papel.*)  
CHINCH..... No hay que hablar.  
Las perlas á arrobas pesa;  
barra trae de oro mas gruesa  
que una viga de lagar.  
MARC..... Eso es burlarse.  
CHINCH..... ¡Esa es buena!  
Sin las piedras de valor,  
trae un carbunco mayor  
que una grande berengena.  
MARC..... ¿Eso es chanza ó es dislate?  
Pues donde tanto se ve,  
¿Por qué os salisteis?  
CHINCH..... Porque  
Me hartaba de chocolate,  
de té, café y pepian,  
de pavos y de gallinas,  
y yo entre estas golosinas  
quiero mas un ajo y pan,  
que con ello me he criado  
y un trago de vino puro.  
MARC..... Aqueso es lo mas seguro;  
á mi molde es el criado: (*Aparte.*)  
yo, amigo, no doy racion.  
CHINCH..... Instruido vengo de todo,  
y yo solo me acomodo  
porque me deis un rincon  
de casa en que descansar,  
que yo, si pudiera ser,  
tengo donde ir á comer.  
MARC..... Jesús, hijo, ¿Y á cenar?

Sería, en fin, preciso copiar toda la comedia, y especialmente todos los razonamientos, diálogos, respuestas y exclamaciones puestos en boca del miserable D. Marcos, para dar una idea de esta admirable figura cómica, que por sí sola ha bastado para asegurar la reputacion de su autor.

R. DE M. ROMANOS.

## COMEDIAS

DE D. JUAN DE LA HOZ Y MOTA.

Abraham (el) castellano, y Blason de los Guzmanes.  
Buen (el) juez no tiene patria, y villano del Danubio.  
Castigo (el) de la miseria.  
Disparates (los) de Juan de Encina.  
Encantos (los) del olvido.  
Jueces (los) de Castilla.

Montañés (el) Juan Pascual, primer asistente de Sevilla.  
 Por su esposo y por su patria.  
 Sagrada (la) cruz de Oviedo.  
 San Bernardo Abad.  
 Santo Domingo.  
 Sepulero (el) de Santiago.  
 Tal vez su flecha mejor, labra el acero de amor.

## CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX.

### II.

Tú sabes, Polux mio, que no siempre he tenido tan pobre, ó lo que es lo mismo, tan justa idea de este ir y venir, tejer y destecer, y pasar haciendo ruido en que consiste nuestra vida. Cuando tenía veinte años, el mundo era para mí de un encanto inexplicable. Amaba las primeras auras de la primavera, que orecaban mi rostro y que abrían las blancas flores del almendro; las golondrinas, que en el verano colgaban sus nidos de mi ventana; las hojas secas en el otoño, y las largas noches de invierno, en las que al amor de la lumbre leía á Homero y á Ossian. ¡Ay, con qué doloroso placer recuerdo aquellos días en estos instantes de despedida, en que sentado al borde del sepulcro siento acercarse la hora de dejar caer mi cuerpo en el hoyo que lo espera! Me parece que veo mi blanca casa del valle, escondida entre los limoneros. Allí todos los días, después de comer, mi viejo Tadeo se sentaba en un banco de piedra. El cura y el alcalde de la vecina aldea no se hacían esperar mucho tiempo, y juntos aquellos tres hombres tan diversos, el hombre de los campos, el hombre de las batallas, y el hombre del cielo, comenzaban una plática sencilla en presencia de los bosques, que recogían sus palabras, y bajo los pomposos árboles que dejaban caer las ramas sobre sus frentes venerables. Yo en tanto saltaba de roca á roca con mi escopeta al hombro, persiguiendo las cabras salvajes; me dormía sobre las flores en la márgen de los arroyos, escribía mis primeros versos en la corteza de los árboles y amaba á mi vecina. ¡Pobre muchacha! Sentada á la ventana se pasaba los días y las noches cosiendo, porque vivía de su trabajo, sin pensar en otra cosa, como ella decía, que en mí y en su labor. Laura tenía diez y nueve años, era hermosa, de ojos claros, y para pobre, de grandes pensamientos.—Castor, solía decirme, mucho te quiero, pero maldiga Dios este amor si ha de empequeñecer tu genio.—Ya se ve, yo, al fin hijo de un héroe, tenía también mis sueños con la gloria, y aquellas palabras, y aquella abnegación, y aquel amor tan sublime, por eso sí, todos los días me repetía que me amaba y que debía de irme por ese mundo en busca de una fortuna, que dividir con ella, acabaron por infundir en mi pecho una pasión desconocida y ardiente. Verdad es que á veces daba yo en la tontería de pensar que para nada me hacían falta la gloria y las riquezas, teniendo, como tenía, el amor de Laura, un arbol á cuya sombra sentarnos, y el hueco de una roca donde abrigarnos de la tormenta. Pero esto era un disparate, porque así Laura me lo dijo. Y con esto, el recuerdo de mi padre, y las relaciones de Tadeo, fui sintiendo un deseo poderoso de irme por ahí tierra adelante, como los héroes del Tasso y del Ariosto, á conquistar riquezas y laureles que rendir á las plantas de mi dama.

*Maldito el hombre que virtudes siembra  
 Para coger cosecha de desgracias.*

Mi padre se hizo matar de pena de haberme engendrado, y mi madre se murió por no parirme. ¡Padres míos, qué bien conocíais la vida que me regalabais! Era una de esas melancólicas tardes de los días de otoño, el sol caía majestuosamente en la mar, los árboles, columpiándose y murmurando, parecía que lloraban la muerte de sus hojas, los vientos traían en sus pliegues los cantos de los pescadores, las cabras silvestres brincaban entre las breñas, los labradores conducían sus yuntas á la aldea, el mar se extendía á lo lejos como una inmensa llanura, y la naturaleza entera, como que escuchaba en silencio el último suspiro del día que iba á morir. Laura me esperaba en el valle y leía unos versos que yo había escrito para ella en el tronco de una acacia. ¡Qué hermosa estaba! Al verme se sentó, y me hizo seña de que ocupara su lado: yo me senté á sus piés. Ella arregló mis cabellos descompuestos por los vientos de la sierra, y limpió el sudor de mi frente con la palma de su mano. Yo la contemplaba estático, mis ojos en sus ojos y sus manos entre mis manos.—¡Qué hermosa tarde! exclamé, ¡qué bosque tan sombrío y qué dulce es la vida de rodillas á tus piés! Laura se encogió de hombros. Perdona, Laura mía, proseguí, sé que vas á decir que mi pasión es indigna de la tuya, que es vulgar, egoísta, pero ¡te quiero tanto!—Si me amaras,

me interrumpió, ya que no eres capaz de sentir como yo siento, al menos me obedecerías.—Habla, te amo, á todo estoy dispuesto... hasta á separarme de tí, dije, y oculté la cara entre las manos. Hubo entonces un momento de silencio: Laura se echó en mis brazos y exclamó con voz vibrante.—Juro en nombre de Dios, que me está mirando, no volver á besar esta frente, y al mismo tiempo sentí sus labios en la mía, hasta que la victoria la corone de laurel en los campos de batalla. Luego desapareció por entre los árboles, y yo quedé trémulo de placer, y como absorto en una enajenación mental por esta prueba inaudita de su amor. Média hora después crucé el valle cantando un himno guerrero. En el día siguiente Tadeo entró en mi cuarto con solemne ademán: en la una mano llevaba el fusil de sus campañas, en la otra la espada de mi padre. Laura le seguía á pocos pasos; al verme se sonrió, claro es que para ocultar su emoción, que por otra cosa no podía ser estando yo, lo que mas amaba en este mundo, de partida para la guerra.—Castor, me dijo Tadeo adelantándose, aquí tienes la espada de un hombre honrado, de un valiente... ¡que el cielo te dé mas fortuna que á mi capitán! No pudo proseguir, saludó militarmente y se limpió los ojos con el revés de la mano. Laura se colgó de mi cuello. Yo sentía que las fuerzas me abandonaban: me era preciso partir: hice un violento esfuerzo y me arrojé de sus brazos. Los vientos de la mañana despejaron mi frente; entonces levanté la cabeza con orgullo; el cielo estaba azul; una nubecilla blanca estendía pozo á poco sus alas por el firmamento: es mi fortuna, dije, y tomé con resolución el pimer camino que encontré. En lo alto de la escalera, Laura enjugaba sus lágrimas con su blanco delantal, y Tadeo agitaba su pañuelo de cuadros en señal de despedida.

CASTOR.

## VISTA DEL TEMPLO DE SAN GERONIMO.

El grabado que aparece en la página 68, representa la iglesia de San Gerónimo, monasterio situado fuera de los muros de la ciudad de Salamanca.

El templo pertenece á diversas épocas, y así lo manifiesta su arquitectura. El interior (hoy abandonado) consta de una hermosa nave gótica con capillas laterales. La fachada se compone de tres cuerpos. El primero, dividido en otras tres partes, por elegantes columnas pareadas, es de orden corintio, y en el medio se abre la puerta que adornan pilastras relevadas, concluyendo con un arco pequeño, donde se hallaba la estatua del santo titular. En las secciones de los lados se ven dos ventanas fingidas, superadas por bajos relieves, con las armas de la órden y del fundador.

El segundo cuerpo es de orden compuesto, y se aviene mal con la gran ventana semi-gótica que tiene en medio: encima de ella están las armas de la casa de Austria. El tercero, por fin, es de muy poca elegancia, y consiste en una espadaña de tres arcos romanos. El conjunto, aunque defectuoso en los pormenores, ofrece agradable golpe de vista.

Fué el monasterio fundado en 1490 por D. Francisco de Valdés, noble zamorano, que viéndose en grave peligro en la batalla que se dió al rey de Portugal en 1479, junto á Toro, hizo voto de erigir un monasterio, siendo los Reyes Católicos los que señalaron el pueblo de Salamanca para verificarlo. Tras de varias vicisitudes, concedió el gobierno á D. Juan María Rossi este edificio con otras fincas, para le vantar un establecimiento de industria sedera. Hicieronse efectivamente gastos, y no se adelantó al cabo nada, teniendo la culpa el director industrial, Rossi, y también la sociedad que se formó, que pensó poco ó casi nada en la industria cuyo nombre la servía de título.

## EL ESPEJO DE LA VERDAD, cuento fantástico.

(Conclusion.)

X.

TACAÑERIA, CELOS, HIDROFOBIA, GAZMOÑERIA, BRUJERIA, Y OTRAS VIRTUDES DE HOMBRES Y DE MUGERES CON QUE EMPIEZA Á PROBARSE LA INTENCION MORAL DE ESTE RELATO.

Al llegar á este punto mi abuela, díjome que pasaron días y meses, y mas meses, y años, y mas años. Seis tenía la princesa, y era como una plata de divina, en todo su madre, corregida y aumentada y perfeccionada, cuando en el comercio de las brujas hubo una crisis tan horrorosa, que varias casas respetables quebraron, y se vió pedir limosna á brujas ó brujos que habían tenido siempre un pedazo de pan y un mediano acomodo en su casita. No ha

llegado á mi noticia si fué agio de algun banquero ó del señor Lucifer en persona lo que la ocasionó, porque estas desventuras siempre traen sus sendas picardías á la cola, y holgárame yo de descubrir en esto la verdad, para que nadie fiara de hoy en adelante de la mano de tal ó cual brujo su dinero.

Pues fué tal la crisis, que se atrasó en el pago de la pensión la bruja primera, y pasó un mes en blanco, y pasaron dos, y la bruja segunda le envió con su gatazo negro un recado de atención, y ocho días después, viendo que no se daba su colega por aludida, cogió de un brazo á la princesa una mañanita temprano, y saltando arroyos y cruzando bosques para que desconociera luego el terreno, sin pizca de misericordia la plantó de patitas en la calle, como se dice vulgarmente. Era allí la calle, segun va dicho, una selva espesa, con su algo de gui-

jarros, que le destrozaban los piés á la pobre niña, y su mucho de jaras y malezas que le destrozaban el cuerpo, poniéndole un miedo como de su situación y de su edad, con que viéndose sola y rodeada de avechuchos horribles, echó á llorar lastimosamente, sentándose en una peña.

Vamos á que el gato de la bruja le habia cobrado afición. Como ella le halagaba con mejores modos y no era con él egoísta, como la vieja, que le hacia comer de sus sobras, si las habia, tomó ley á la princesa, y ocultándose entre las matas para que no le viera la bruja, la siguió hasta aquel lugar.

Muy desconsolada y llena de temores estaba la niña, cuando sintió á su espalda un fuertísimo rumor, y que de la saya de estameña la cogian, con que dió un salto y un grito, y estuvo para



(Vista del templo de San Gerónimo.—Salamanca.)

accidentarse; pero doblado fué su júbilo cuando reparada de su espanto hallose con el gatazo negro, que ensortijando su cola y erizando el pelo del lomo, le hacia un millon de muestras de cariño, y le lamia las manos con su lengua áspera y se enroscaba á sus piés, y tomando una vereda de perdices, comenzaba á brincar delante de ella, volviendo la cabeza á cada instante á mirarla como si diese á entender que le siguiera.

Ni podia pensar la niña con tan cortos años, ni comprender el intento del animal; pero por cierta inspiracion instintiva que no se esplica, echó tras él cantando alegremente mientras no le salia al paso bicho alguno, y aun iba cogiendo florecillas silvestres de aqui y acullá, y luego deshojándolas sobre el lomo del gatazo, que se erizaba y gruñía de contento.

Y como era tan inocente, muy á menudo preguntaba á su guía: —¿Adónde vamos?

Y el silencio del gato, y los inteligentes ojos que volvía hácia ella, le arrancaban una infantil sonrisa.

Pero cata V. que á cada paso un acaso: iban por en medio de un bosque muy espeso y muy negro, tan espeso como la cabellera de la niña, y tan negro como el alma de la bruja, cuando suena al pié de ellos una voz ronquisima y desagradable, que mas que de persona parecia de un animal enteramente selvático de la tierra aquella.

Dió Micifuf un salto que le hizo hallarse á retaguardia, y se puso temblar la niña como le rama en que jueguetean dos pajarillos, sin atreverse á abrir los ojos, ni aunque oia los bufidos del gato, y hulla á su espalda como de andar precipitadísimo entre la maleza.

Creciendo y creciendo el rumor extraordinariamente, viose de la selva salir una estraña figura humana. Parecía un monstruo mitológico de aquellos que la poesia infantil de los primeros tiempos engendró con un instinto algo mas sabio y profundo que la poesia de los tiempos de ahora, lo que prueba que los hombres son como los hijos de Kitolis, mientras mas grandes mas brutos. Esto podrá no ser un consuelo, pero es una verdad.

Por hablar de los hombres, nos habiamos olvidado del monstruo.

Larguissimos cabellos y barbas rojicanas le cubrian casi enteramente el rostro, en que á duras penas se vislumbraban dos ojos centellantes de estraño resplandor. A primera vista dijérase que cubria su cuerpo una piel de animal; pero detenidamente contemplado se daba en que aquella piel era la suya propia de los temporales curtida, y de espesísimo vello poblada. Ligero su andar y á saltos, encallecidos sus piés y sus manos hasta semejar pezuiñas, y los restantes miembros á este tenor, dábanle el aire de un orangutan engerto en hombre, ó de un hombre con sus puntas de orangutan.

La princesa lanzó al verle un grito pavoroso, cayendo de rodillas, y él al verla otro, salvaje y áspero, abalanzándose á ella en talante amenazador; pero la mirada suplicante de la niña y las manos que le tendia en demanda de compasion, y quizás su llanto y su hermosura, debieron de conmovierle ó fascinarle, pues asiéndola de un brazo, aunque con harta dureza, se puso á contemplarla detenidamente facion por facion, y á palparla después, ahogando mil sonidos atroces que parecian palabras.

El gato mientras tanto tomó un aspecto de Hércules: contemplaba aquella escena muda con los ojos chispeantes, el rabo enarbolado, como puas de puerco-espín el pelo, y las garras dispuestas á un ataque brusco.

Al fin la fantasma cesó en sus aspavientos, y soltando el brazo de la niña, que estaba ya como una cereza de cuanto lo apretaba, comenzó á estirarse y á encogerse una y otra vez. Sin duda era cosa de los nervios y sostenia en sus adentros alguna violenta lucha.

Entre los balbuceos que lanzaba, ásperos y desagradables como el rechin de una sierra, podian comprenderse, cogiéndolas al vuelo y enlazándolas, estas palabras misteriosas:

—¡Te-odio-linda! ¡Teo-dio-linda!

La niña sin embargo proseguía de rodillas, y el leal Micifuf delante de ella haciendo centinela.

—¿Qué me quiere V.? se atrevió á murmurar el ángel de Dios.

—Hum!... hum!... gruñó el orangutan como si aquel acento le recordara alguna cosa desagradable.

—¡No me haga V. daño por la Virgen Santísima!...

—¡Mu-gerr!...

—¡Si yo soy una niña!

—¡Ma-rrí-doo! gruñó el monstruo con mas fuerza.

—Yo no sé lo que V. me dice.

—¡Te-odio-linda!...

Y esta vez circulaban por su cuerpo unos temblores horribles, y las venas se le ponían como sogas.

La situación era tan estrambótica, que hasta el gato se hacia cruces.

Tranquilizada la niña con ver que no le dañaba en modo alguno, osó á ponerse en pié y á proseguir su camino. El hombre-mono echó tras ella vacilante, mirando á todos lados como para observar si á alguien los seguía; y de no ver á nadie hallábase al parecer muy satisfecho.

Micifuf, tambien tranquilo, volvió á representar su papel de itinerario, aunque no sin volver de tiempo en tiempo la cabeza un tanto receloso.

Por encima de los matorrales que atravesaban se divisó una eminencia de pedrusco y Peña Viva, llena toda de boquetes como cuevas semejantes á la de la bruja segunda; y tomando el sol á la puerta de uno de aquellos boquetes, se divisaba tambien á la bruja protectora de la reina, en compañía del sabio Merlin, su cortejo y gerente, nato de la sociedad de los brujos.

Con esta aparición hubo la niña de cobrar ánimos para tremolar al aire su pañuelo, y al aperibirlo Merlin y la bruja bajaron rápidamente de la eminencia.

—¿Quién es esa niña? preguntaba el encantador á su amada por el camino.

—La hija de un rey muy feo.

—Pues ella me parece hermosa, aunque no la distingo muy bien.

Ya empezó á estremecerse la viejecilla, y tentada estuvo de invocar á su protector el diablo.

Mas ya no era tiempo. De un salto la niña se arrojó desalentada á su cuello, y Merlin no pudo contener una exclamación, arrancada á par por la notable hermosura de aquella, y por el extraño personaje que la seguía.

Bien comprendió la vieja la exclamación de Merlin, y no le quitaba ojo, sudando la gota tan gorda, fuera de sí como si esperara algun suceso terrible. Con efecto, un segundo después, por arte de un conjuro, comenzó la niña á crecer palpablemente, y á trasformarse en una doncella de lo mas garrido que anda por el mundo, y esto, tan pronto y tan á las claras, que el mismo salvaje parecia espantado.

Dió la bruja un grito, adivinando que el brujo le hacia traicion, y en un arranque de celos lanzos á la pobre criatura con las uñas enristradas en son de hacerla cuartos, y lográralo fácilmente á no colocarse de un brinco entre las dos el hombre-mono, que desenvainando unos dientes, casi colmillos de jabalí, dió á la vieja en el pecho izquierdo tan asombroso mordisco, que viose allí representado á medias el martirio de Santa Agueda.

—¡Voto á Lucifer! exclamó la bruja. ¡Es el rey Anónimo!

—¿Quién? dijo Merlin, picada su curiosidad con este nombre misterioso, que no traía en aquella época ningun almanaque de Gotha.

—¡Hum!... ¡Anó-ni-moo!... ¡ma-rrí-doo! gruñó el hombre-mono con una mueca espantosa.

—¿Qué dice? murmuró Merlin, embelesado en contemplar á la doncella.

—¡El es! ¡él es, Anónimo!

—¿Pero quién es Anónimo?

—El rey que rabió por culpa de su muger.

—¡Huumm! ¡mu-gerr! gruñó el orangutan poniéndose como un energúmeno.

—Ya caigo: luego él es...

—Padre de esa mozueta que Lucifer confunda.

—¿Sí? pues chasco se lleva.

Y arremetiendo Merlin á la hermosa jóven, iba á cogerla en sus brazos, cuando se sintió medio hombro por el aire de un mordisco feroz.

Pocos minutos después, con su hija en los brazos y hartándose mutuamente de besos, corría sierra abajo el rey Anónimo, seguido de Micifuf, que brincaba de júbilo. La bruja, con risa siniestra, unas veces decia á gritos:

—¡Ya curó de la rabia! ¡ya curó de la rabia!

Y otras veces, viendo á Merlin tan mal parado, decia con júbilo de celosa:

—Nos hemos lucido.

XI.

EN QUE SIGUE PROBÁNDOSE LA MORALIDAD DE ESTE RELATO.

Con efecto, al dia siguiente Merlin y la bruja rabiaron á duo, y como no estaba de Dios que sanaran con el beso de la muger mas hermosa, á imitación del rey Anónimo, se despedazaron uno á otro para ejemplo de finos amantes.

Sin embargo, queriendo la bruja dejar en el mundo muestra de sí, hizo antes de rabiarse una escapatoria á palacio, y compuso el espejo de la verdad, escondiéndolo detrás de un cuadro magnifico que representaba el infierno.

XII.

CONCLUYE LO MAS MALO, CON OTRAS COSAS PURAMENTE FEMENINAS, DE ALTA MORALIDAD.

Grandes y vistosas fiestas se celebraban en palacio un año después. En los seis trascurridos pasaron cosas de gusto.

Convencido el pueblo, la corte y la misma reina de que Anónimo habia muerto rabiando, vistieronse lutos, y se celebraron por su alma lujosísimas exequias al principio, le olvidaron al postre, y no sin disturbios y rencillas de ambiciosos se nombró á Teodolinda regenta del reino. Su confidente, el director de la Gaceta, llegó á ministro de Estado, y entre los dos andaba la pelota pública de aqui para allá. Esto en cuanto á la pelota pública.

En cuanto á la pelota particular de Teodolinda... mejor es no meneallo.

Pero el gacetero contaba con mayoría en la asamblea, y esta, en un arranque de patriótica exaltación, propuso á S. M. la reina regente que eligiera un nuevo esposo, para—son palabras del mensaje,—«para que el pueblo leal y noble no viviese dominado de la horrible idea de verla morir sin sucesión. ¿Qué seria de nosotros, esclamaban los diputados elocuentemente, qué seria de nosotros si el cielo nos negara un heredero de todas las innumerables virtudes de V. M.?»

No se hizo de pencas Teodolinda, y eligió por esposo al ministro universal.

No se hizo de pencas el ministro universal, y aceptó la mano de Teodolinda, aunque era lo único feo que tenia.

Y por cierto que al ex-gacetero le costaba un gran sacrificio el casarse, pues hacia cosa de diez meses que con nombre y condicion fingidos amaba á una modesta cuanto hermosa jóven. Habiala visto cierta vez hilando á la ventana, y aunque la niña nunca le manifestó grande afecto, habia cedido al fin á sus halagos, como por compasión ó cosa parecida.

En celebridad de la futura boda eran pues las fiestas del palacio con que dimos comienzo á este capítulo.

Mientras en su gabinete la reina entre damas y camaristas se alheñaba lujosamente el dia de la boda con rostro compungido y alma alegre, penetró el gacetero en casa de su amada. Iba á verla por última vez, y la queria con extremo.

El padre de la jóven, anciano de luenga barba, y tan áspero de genio y tan celoso que no se apartaba un punto de los dos amantes por ninguna razon, aquel dia se hallaba solo.

—¿Y vuestra hija? le preguntó el ministro disfrazado.

—Se está vistiendo para una gran ceremonia.

—¡Hola! veo que hay novedades por aqui.

—¿Cuáles? preguntó el anciano sencillamente.

—¡Usted tan acicalado!

—Quise echar una cana afuera.

—¡Ah! por eso se ha quitado V. la barba.

—Por quitarme muchas canas.

—Está V. rejuvenecido.

—¿De veras?

—¡Y qué alegría rebosa ese rostro! No parece sino que hoy...

—Hoy es gran dia.

—¿Por qué?

—Vamos á la ceremonia.

—¿Qué ceremonia? murmuró el jóven haciéndose el desentendido.

—La de palacio.

—¿El casamiento?

—Eso es.

—¿Con que van VV. á palacio? repitió con asombro y disgusto el personaje.

—Sí señor. Y convidados, que es mas.

—¿Convidados á la boda?

—Sí señor.

—Gran favor logran VV.  
 —No me faltan buenos amigos.  
 —¿Y qué empeño ni qué gusto pueden VV. tener?...  
 —Quiero que vea mi hija cosas nuevas. Quiero que vea cómo una muger que no sabe ciertamente si es viuda, osa en los altares anular un juramento sagrado con otro impio.  
 —¿Con qué extraña exaltación habla V. de la reina!  
 —Soy hombre honrado.  
 —¿Opina V. quizás, como el vulgo, que puede vivir aun el rey Anónimo?  
 —Sí señor.  
 —Pues vaya un capricho.  
 —¿Quién sabe? En esto de vidas y muertes solo Dios sabe la verdad.  
 —El estaba rabioso.  
 —La reina le puso.  
 —Y huyó de palacio.  
 —Por no ver á su esposa.  
 —Tiene V. al rey por mas sabio que era.  
 —Le tengo por cuerdo nada mas.  
 —¿Tambien se exalta V. al hablar del rey! murmuró el ministro estupefacto. Cualquiera diria...  
 —Qué Anónimo fué mi amigo.  
 —¿Sí? ¿Luego no es V. lo que parece?  
 —¿Quién sabe?  
 —Pues si V. le ha conocido, como yo...  
 —¿Ah! ¿con que V. tambien...  
 —Sí.—Pues confesará V. que no tenia mucho de Salomon.  
 —Un tantico mas que nuestro futuro rey, dijo el anciano con mucha sorna, clavando indiferente sus miradas en el gacetero.  
 —Pues rabiara así... por un simple mordisco... murmuró este.  
 —¿Qué enterado está V. de los secretos del real matrimonio!  
 —Rabiara así, no arguye mucho seso.  
 —¿A quién no hace rabiara una muger?  
 —¿Con un simple mordisco? ¡qué exageracion!  
 —Sin mordisco.

A este punto entró en la sala la jóven, ataviada con deslumbradora riqueza. El ministro lanzó una exclamacion de asombro y espanto al par.

—Ese traje, exclamó, es igual al de la reina.  
 —¿De veras? dijo su padre sencillamente.  
 —Y ese aderezo tambien.  
 —¿De veras?  
 —¿Y ese?...  
 —Vamos, que ya es hora, exclamó el anciano, cogiéndose de brazo con la niña.

Sin saber qué pensar de aquel misterio, despidióse de la pareja el ministro, murmurando:

—¡Me van á reconocer, y soy perdido!

Una hora después la régia comitiva entraba en la capilla con bizarro séquito de cortesanos y damas.

Es de advertir que la capilla estaba casi abandonada desde mucho tiempo atrás. Sin embargo no faltaba una lámpara de plata ardiendo siempre, y candeleros de plata, y cuadros magníficos, entre los cuales habia un *infierno* con sus llamas que daban calor y sus diablillos repartiendo tizonazos, que no parecia sino que ya la iban á pegar con el que los miraba.

Al adelantarse hácia los consortes el arzobispo que los iba á bendecir, oyose entre la multitud un grito salvaje y una exclamacion femenina en dó menor.

La reina volvió el rostro, pálida como la muerte, y su futuro se tapó la cara con los faldones del frac.

Todas las miradas al mismo punto se volvieron hácia donde habia sonado la exclamacion. Un caballero y una niña muy hermosa, abriéndose entre la gente paso, avanzaban al comedio de la capilla.

—¡Detenedle! gritó la reina desencajada.

—¡Paso al rey Anónimo y á la princesa su hija! exclamó el caballero.

La multitud se hacia cruces. Aquello fué una Babel. Todos se empujaban gritando que reconocian á su rey, que la reina estaba maldita, y otras lindezas por el tenor.

—¡Perjura! gritó Anónimo, cogiendo á Teodolinda por un brazo.  
 ¿Quién te aseguró mi muerte, quién?

—¡Bien! dijo una voz lóbrega que nadie supo de dónde salia.

—¡Perjuro! dijo la niña encarándose con su amante: ¡perjuro!

—¡Duro! repitió la voz.

La reina sin embargo se atrevió á murmurar:

—El pueblo es tan exigente...

—¡Miente! añadió la voz mas hueca y mas sonora.

El ministro tambien se atrevió á responder á la niña:

—Yo á ti sola te quiero.

—¡Embustero! gritó la voz desgañitándose.

Sobrecogidos de espanto los concurrentes miraban á todas partes sin atinar de dónde salian aquellos ecos horribles.

Teodolinda tenia sus ojos clavados en el cuadro del infierno.

—Señor arzobispo, dijo Anónimo al reverendo, case vuestra ilustrísima á la reina y al ministro, que yo, autorizado por una ley que en este instante promulgo, declaro libres á todos los maridos que rabiara por culpa de sus mugeres.

Y fué en vano que se resistiesen Teodolinda y el gacetero. Unié impasible Anónimo sus manos, y el arzobispo principió la ceremonia.

Al pronunciar aquellas palabras de

—Yo os uno en lazo eterno...

—Para el infierno, para el infierno, murmuró sordamente la voz misteriosa.

Todos los ojos, por secreto impulso se volvieron al cuadro del infierno. Las llamas chisporroteaban, los condenados se reian enseñando los dientes, y los diablos se echaban aire con la punta de su velludo rabo.

—El espejo de la verdad, murmuró Teodolinda, ha resucitado en el infierno.

—¿Adónde lo echaste tú? respondió el rey.

Y volviéndose hácia el cuadro consabido, prosiguió Anónimo:

—Tú me ayudarás á encontrar otra que sea buena muger y buena reina, pronto.

—¡Tonto! murmuró la voz mas lúgubre que nunca.

FIN.

27 de mayo de 52.

VICENTE BARRANTES.

## Un viaje al Puerto de Santa María en falucho.

Corria por el signo del Leon el año de gracia de mil ochocientos y tantos (que no hace al caso el pico para la exactitud de mi historia), cuando me acaeció el lance que voy á contar; pero como importa el saber quién yo sea, allá van las necesarias noticias para mejor inteligencia de mi relato.

Yo soy, para servir á Dios y á mis lectores, natural y vecino de un pueblo de la provincia de Jaen, donde no habia visto mas aguas ni mas mares que la alberca de alguna huerta. Por el año citado mis asuntos me llamaron á Cádiz, y allí llegué en el carro del correo, vehiculo descoyuntador que aun hoy dia no ha sido sustituido por carruaje mas decente ni mas cómodo; de forma que con mis treinta años acuestas ignoraba yo de todo punto lo que era un barco, á la fecha de la aventura que voy á referir.

Pocos dias habian trascurrido desde aquel en que divisé por primera vez las blancas torres de la perla del Atlántico, cuando por calles y plazas oí pregonar la papeleta de una famosa corrida de toros que debía verificarse en el Puerto, como es costumbre en la inauguracion de la alegre feria de la Victoria. Tentome la curiosidad, y á fin de que no me faltase asiento hice me comprase y trajese una valla uno de los ordinarios que diariamente vienen y van. Con mi billete en el bolsillo y mi firme resolucion de gozar de tan escelente rato, dispuse mi partida para las dos de la tarde, y en efecto á la dicha hora caminaba á buen paso para el muelle, no sin un tantico de recelo, pues al cabo, como llevo dicho, era para mi el poner los pies en un falucho un verdadero acontecimiento. Un gallego caminaba detrás de mí con el pequeño lio de ropa estrictamente necesario á mi corta expedicion, y á poco rato atravesábamos el cañon de la puerta del Mar, viéndonos en un instante rodeados de patrones que nos ofrecian sus barcos, y que se disputaban la presa de mi exigua persona con un encarnizamiento cuyas consecuencias llegué á temer seriamente.

Aquí fué Troya: dos marineros acababan de apoderarse de mí, y casi de cabeza me hicieron rodar hasta un bote, conduciéndome en él á su falucho sin cuidarse de mis quejas y sin hacer caso de mis protestas de violencia; pero mis clamores llegaron á su mas alto punto cuando vi á mi pobre lio que navegaba en direccion paralela, y que arrebatado por no sé quién hacia rumbo al Puerto en otro de los faluchos de la carrera. Dile pues con lágrimas en los ojos el adios postrero, y conociendo que se hacia de mi individuo un verdadera rapta como el de Elena, rogué á los dioses inmortales no tuviera este para mí consecuencias tan fatales cual para Troya tuvo aquel otro.

Forzoso pues fué el resignarse con aquella nueva situacion, y eche-me á buscar un sitio donde acomodarme lo menos mal posible. No era sin embargo tan fácil la empresa, porque el falucho estaba repleto;

pero al fin asenté mis posaderas en una de sus estrechas tablas, y guardando el equilibrio me hice cuenta de que al fin tres cuartos de hora se pasan de cualquier modo.

Sin embargo, en el libro del destino estaba escrito muy de otro modo. El patron me habia ofrecido solemnemente que iba á darse á la vela sin detencion alguna; mas pasó media hora larga sin que la mas leve maniobra nos anunciase que íbamos á partir, y sin que ocurriese otra cosa que la llegada de vez en cuando de algun nuevo inquilino á quien arrojaban á manera de pelota desde el bote al falucho, donde pisoteando á este, cayendo sobre aquel y tropezando con todos lograba embutirse, no sin gran trabajo, en aquel mosaico humano. Al cabo pues de la dicha media hora comenzose con gran calma á izar la enmena, la cual subió con la mayor dignidad hasta los dos tercios del palo. En seguida soltose la vela, mas esta comenzó á zapatear con tal fuerza, que tras de haberme derribado y échome caer sobre una vieja que á mi derecha estaba, agarró en uno de los zapatazos mi sombrero, el cual, mas feliz que yo, logró volver al muelle de Cádiz flotando sobre las olas; pero como no era cosa de echarme á nadar tras él, resultó que me quedé destocado, y que me fué forzoso colocarme un pañuelo en la cabeza.

En estas y en las otras tardamos aun otra media hora mas, de forma que ya llevaba una larga de estar embarcado, cuando el fementido falucho, empujado por un viento levante de esos que soplan en Cádiz cuando hay alguna festividad ó diversion pública, se puso á la via y salió echando chispas para el deseado término de mi viaje.

La fuerza del viento habia obligado á quitar cierta cobija de lona á la que llamaban carroza, y el sol de agosto caia aplomo sobre nuestras cabezas, especialmente sobre la mia. El calor, los inusitados efluvios marítimos, el movimiento del barco, y los no muy limpios olores que exhalaban mis apiñados compañeros de viaje, operaron en mi estómago y en mi cabeza una revolucion tal que creí llegada mi última hora. Cádiz, el Puerto, las embarcaciones de bahía daban vueltas y mas vueltas ante mis ojos, sentia horribles bascas, caianme lagrimones como puños, y en este estado mi vecina la vieja, abriendo su poderosa boca, me puso como nuevo, antes que llegase á su socorro la reclamada tineta. Este ejemplo fué contagioso, y yo, no queriendo ser menos, inundé á mi vez á la vieja, todo ello entre las risotadas del concurso. En estos dares y tomares llegamos á la barra. La reventazon era fuerte, y los golpes de mar nos entraban por la tirilla de la camisa y nos salian por las costuras de los zapatos. Bajaba la marea, buscose el bajo de Poniente, pero en vano: arrastramos la quilla una vez y dos; pero á la tercera ni palancas, ni bicheros fuéron poderosos á hacer que arrancase el falucho. En una palabra, baramos tan de firme que no parecia sino que á aquel leño le habian vuelto á salir sus antiguas raices. Las mugeres chillaban como ratas, los hombres echaban tacos y pestes contra el patron, y yo, muerto de miedo y de mareo, me encomendé á las ánimas benditas, casi seguro de ser una de ellas antes de un cuarto de hora. Sin embargo, nuestro mismo embarcamiento nos salvó. Los golpes de mar, si bien nos calaban, no eran poderosos á tumbar el barco, y así nos resignamos á la baradura hasta que la marea creciese lo bastante para arrancarnos de allí. Afortunadamente solo faltaban tres horas y media, lo cual no es nada si se compara con la eternidad.

Durante este largo plazo, y desde nuestro islote de madera, oíamos la festiva algazara de los toros, los aplausos, los silbidos, el paloteo: en fin, fuera de verlos, disfrutábamos de los accidentes esteiores de la corrida. Al cabo mohinos, aburridos y dados á Barrabás esperamos la marea, la cual nos sacó en efecto del atolladero, y llegamos al muelle del Puerto en el mismo punto en que pasaba la gente de vuelta de los famosos toros. Eché mano al bolsillo, saqué mi boletín de valla y lo arrojé al mar, no sin impulsos de arrojarme yo detras. Llegué á mi posada sacudiéndome como los perros de aguas, metime en la cama, y antes de salir el sol caminaba yo en una calesa para Puerto-Real, con ánimo firme de no volver al Puerto hasta que desaparecieran los faluchos de la travesía, dando lugar á cómodos vapores de horas fijas, mas en armonia con el siglo en que vivimos.

En otro viaje que á Cádiz hice algo después, ví que se habian cumplido mis votos, y que los faluchos eran ya un objeto histórico y nada mas: yo con este articulo presento un dato, y muy exacto, para el que quiera escribir su historia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## A LA MEMORIA del Escmo. Sr. D. Nicolás de Azara,

### ODA (1).

Grande, España, en poder un tiempo fuiste,  
Dias de gloria para tí corrieron,  
Un mundo descubrieron  
Las naves de Isabel: fiero venciste  
En Lepanto, en Pavia,  
En San Quintin... El mar acató un dia  
Tu noble pabellon cuando imperaba  
El tercer Carlos, y las turbias olas  
Vianse henchir de naves españolas.  
Azara entonces del monarca hispano  
Representó con gloria  
La augusta majestad: el Vaticano  
Admiró sus virtudes; su memoria  
Aun hoy en Roma vive... Dame flores  
Para adornar su tumba; insignes vates,  
Pulsad la lira, y suenen sus loóres,  
¡Cuánto las letras y las bellas artes  
Debieron á su afan! Por él á Horacio  
Monumento envidiable  
Y al grandioso Maron levantó en Parma  
El célebre Bodoni, mas durable  
Que el mármol honrador del culto Lacio (2).  
Tulio le inspira, y atinado vierte  
En el castizo idioma de Cervantes,  
Las frases elegantes  
Del escritor britano,  
Que acertó á retratar con feliz suerte  
Al grande cónsul y orador romano (3).  
Otras veces político profundo,  
En el libro versado del gran mundo,  
De la agitada Europa los sucesos  
Con sencillez publica,  
Y su futura suerte pronostica (4).  
Del ilustre español á la tarea  
No hay descanso jamás: deja la pluma,  
Y estudiando las artes se recrea.  
Ya de Venus admira  
La peregrina celestial belleza,  
Que en el mármol respira,  
Y del guerrero ablanda la fiereza;  
Ya de Apolo le encanta  
La noble majestad; el dios glorioso  
Se ve triunfante en plácido reposo  
La tierra dominar con firme planta (5).  
Ora al ver de Laoconte  
En la angustiosa faz la horrible imagen  
Del paterno dolor, y la serpiente  
Que á sus hijos ahoga y envenena  
En furor convulsivo;  
Desgarradora pena  
Clava el dardo en su pecho compasivo.  
Luego de la sensual mitología  
Los ojos apartando,  
A tí los vuelve, religion del cielo,  
Toda espíritu y fé. ¡Con qué alegría  
Alzarse ve del suelo  
En el claro Tabor transfigurado  
Al Salvador divino (6)!  
Tú, genio creador, honra de Urhino,  
Que con dulce embeleso  
A Jesús retratabas ensalzado  
A la mansion de su celeste Padre;  
Otra vez bajo el peso

(1) La siguiente composicion se hizo para la *Corona poética* dedicada á este célebre personaje.

(2) Se alude á las magnificas ediciones de las obras de Horacio y Virgilio hechas en Parma bajo la direccion del señor Azara.

(3) Vida de Ciceron escrita en inglés por Middleton, traducida por Azara, obra de gran mérito y traduccion no menos recomendable.

(4) Las cartas que dejó escritas el señor Azara acreditan su tino, prevision, y gran conocimiento de los negocios públicos.

(5) El Apolo Píto después de haber vencido y matado á la serpiente.

(6) El famoso cuadro de la Transfiguracion de Rafael.

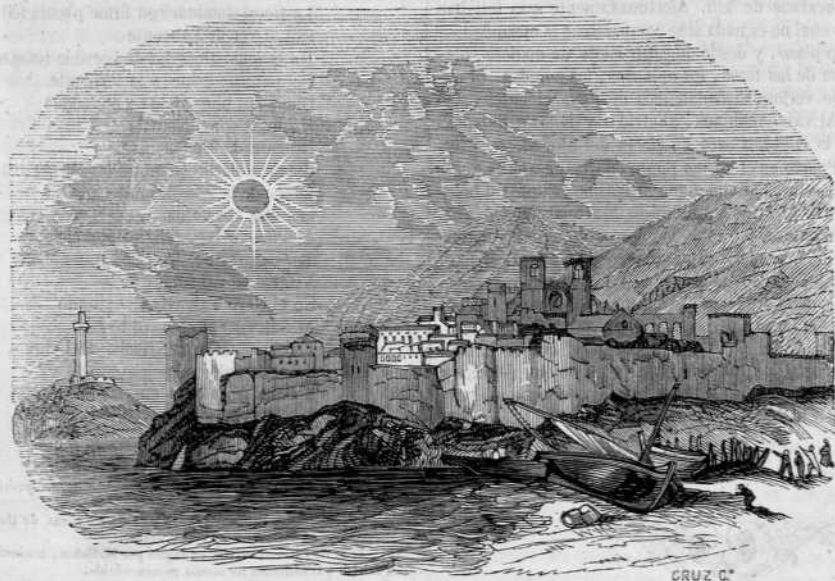
Jimiendo de la cruz, le presentabas  
 Con filial melancólica ternura,  
 Vuelta la faz á su amorosa Madre,  
 Víctima del dolor y la amargura (1).  
 Así uniendo lo bello y lo sublime,  
 De las artes aprende los primores,  
 Y en su mente se imprime  
 La ideal perfección. De los pintores  
 El genio á la censura  
 Del español Mecenas sometido,  
 Escucha sus lecciones:  
 Museo los magníficos salones  
 De su morada son, donde se hermana  
 El arte con la ciencia, y donde absorba  
 Le oye enseñar la juventud romana.  
 Si á los negocios públicos vacando  
 Se halla tal vez el sabio embebecido  
 A Roma contemplando  
 En quieta soledad, las colosales  
 Ruinas su atención llaman  
 De la eterna metrópoli. ¡Oh, cuál siente  
 Latir su pecho cuando se halla al frente  
 De los arcos triunfales  
 Que entrar cautivos á los reyes vieron,  
 Y en sangre tintos por los godos fueron!  
 En el antiguo foro,  
 Al eco de tu voz grave y sonoro,  
 Elocuente orador, ha sucedido  
 Silencio sepulcral. Solo del buho  
 Se oye el triste quejido  
 Cuando tiende la noche el negro manto;  
 Y grima da y espanto  
 Oír su dolorido  
 Gemir en la maleza, dó se esconde,  
 Y una voz misteriosa que responde,  
 Del orbe la señora  
 Cayó... en sus ruinas, oh viajante, llora.  
 Y cuando triste Azara se dolía  
 De la muerta ciudad, cruda tormenta  
 También amenazaba  
 A la que hoy vive, y su hermosura ostenta.  
 En la Galia vecina  
 Arde el volcan donde se hundiera el solio,  
 Y de la inmensa amenazante ruina  
 No está seguro el alto Capitolio.  
 ¡Miserá Italia! Contra tí Belona  
 Da la horrible señal: acerbos males  
 Te aguardan, ¡ay! vacila tu corona.

(1) El cuadro de Rafael conocido con el nombre de Pasmo de Sicilia.

Ya las trompas marciales  
 Resuenan con fragor: la helada cumbre  
 Traspasan de los Alpes las banderas  
 De tricolor insignia; el humo denso  
 Del tronante cañon, la clara lumbre  
 Oscurece del sol, y al grito agudo  
 De «viva la República» es vencida  
 La combinada hueste: ya en el campo  
 Reina el silencio mudo...  
 Del vencedor terrible de Marengo  
 La espada centellea,  
 Ya cual funesto metéoro avanza,  
 El Pó y el Apenino señorea,  
 Y el rayo destructor de la venganza  
 Prepara, oh Roma, contra tí. ¿Qué escudo  
 Ampararte podrá?... Solo el de Azara (1).  
 El príncipe sagrado  
 En cuyas sienas brilla la tiara,  
 Al español confía  
 La alta misión de interceder, y parte;  
 Y cual báltavo dique el mar enfrena,  
 (Maravilla del arte)  
 El sabio así con majestad serena  
 Desarma al vencedor. ¡Oh simpatía,  
 Vinculo de las almas, cuyo encanto  
 Prenda es de paz en la afligida tierra!  
 Tú al genio del saber y al de la guerra  
 Uniste en este día,  
 Y Roma se salvó. Resuena el canto  
 En la eterna ciudad. «Azara viva,  
 Nuestro libertador,» la gente clama;  
 Viva la paz; y zumba  
 La salva del cañon, y el himno santo  
 En la elevada bóveda retumba.  
 Del español la imágen expresiva  
 Multiplica el pincel, también se graba  
 En duro bronce, y la repite el mármol.  
 El pueblo agradecido que te alaba  
 Nunca te olvidará: su eco sonoro  
 Desde el suelo feliz que el Tiber baña,  
 Llega hasta el Betis; se repite en coro  
 Por la española gente,  
 Y será, oh grande Azara, eternamente  
 Tuyo el honor, la gloria para España.

EUGENIO DE TAPIA.

(1) El señor Azara logró contener al general Bonaparte cuando se encaminaba con su ejército á Roma. Celebrado el armisticio de Bologna, fue el gran diplomático español proclamado libertador de Roma; se acuñó una medalla con su busto, y los principales artistas se ocuparon en multiplicar el retrato de tan ilustre varón.







SAN FRANCISCO DE BILBAO (1).

Cuantas veces hemos tomado la pluma para dar algunas noticias de las obras y monumentos que, aunque en pequeño número, encierra la invicta villa de Bilbao, otras tantas lo hemos hecho llenos de placer y con la satisfacción que naturalmente causa publicar hechos brillantes que honran y ennoblecen. Esta vez nuestra misión es distinta, y mas triste por lo mismo nuestra tarea. El magnífico dibujo que encabeza este artículo dice lo bastante por sí solo, y es el emblema de un justo sentimiento. El único monumento gótico que conserva la villa de Bilbao, porque sea dicho de paso, el arte gótico no se esfendió con pureza en este país, va á desaparecer, y acaso no estará lejos el día que la pica del cantero y la palanca del peon de albañil harán esfuerzos para arrancar y demoler los ricos sillares que tiempos atrás se trabajaron y esculpieron por manos maestras é inteligentes.

(1) El doctor D. Agustin de Arregui y Heredia, secretario de la comision de monumentos artísticos, hoy director del instituto vizcaino, escribió en el año de 1846 una memoria descriptiva de este hermoso templo, y mandó á la comision central varios dibujos y detalles de sus capillas y enterramientos.

La iglesia de San Francisco (1), precioso tesoro del arte gótico y arabesco en varios de sus detalles, hablamos relativamente, en cuya gallarda nave ostenta las tres épocas marcadas que florecieron hasta el siglo XVI, en Toledo y en Sevilla (2), tiene que arruinarse, y tal vez las preciosas ogivas que la alumbran, los variados enterramientos de las capillas, las esbeltas columnas agrupadas de distintos gustos, y los lindos adornos de delicada cresteria, doseletes y capri-

(1) En la descripción histórica artista de la villa de Bilbao, que hizo en el viaje pintoresco por las provincias vascongadas un distinguido literato que hoy ocupa un puesto elevado en la nación, se lee lo siguiente: «La grande y suntuosa iglesia del imperial San Francisco, fué construida el año de 1501 y concedióle el rey Don Carlos I de España y V emperador de Alemania el año de 1559, la facultad de usar de sus armas imperiales y reales: su torre es alta, ligera y elegante, y al presente esta sin cruz ni flecha en el remate.»

(2) Aunque se fija la construcción de este templo en el año de 1501, por lo que se ve en el carácter de arquitectura de la grande nave, debió ejecutarse en tres distintas épocas: así se observa tambien en la parte material de los muros de silleria, en donde se conocen las uniones, y así igualmente se deja comprender por la distinta forma de las fachadas exteriores.

chos arabescos (véase la lámina), se emplearán en paredes que sirvan para contener un terraplen, ó cimentar los lienzos de un edificio cualquiera. La hermosa planta de una nave gentil que mide mas de doscientos piés á un lado y cincuenta al otro, sin contar las capillas, que ha resistido á las guerras y discordias civiles, que han respetado los siglos y hasta la incuria de los tiempos, en un abandono de cerca de veinte años, la mano del hombre se ha encargado de arrancar y sepultar para siempre.

Desgracia es á la verdad que tal suceda en un pueblo en donde se adorna y se construye, se decora y se ennoblece: lo repetimos, ocasiones hemos tenido de ocuparnos con orgullo de esta tarea, ocultando quizá este presentimiento, que aunque se estaba viendo venir desde hace algunos años, nunca lo pudimos ni debimos creer.

No acertamos á discurrir la causa que fecundiza ocultamente el germen de destrucción en un pueblo que siempre se ha distinguido por sus valientes creaciones. Este es un fenómeno cuyo origen lo desconocemos, pero que desgraciadamente palpamos sus consecuencias desde principios de este siglo. De esta época data solamente el genio del desierto, si así puede llamarse, porque no tenemos noticia que hasta el año diez y seis haya sucedido demolición de ninguna obra que reuniese mérito artístico.

Hubo hasta estos años una elevadísima torre correspondiente á la basílica de Santiago, que ocupando el centro mismo de la población, se enseñoreaba sobre todos los edificios de ella, y parecía el centinela y guía de sus habitantes: su magnífica campana de reloj, de las primeras de España, colocada á una altura sorprendente, extendía su argentino y claro sonido distintamente á los mas lejanos barrios, á una legua de distancia, según dicen los antiguos, pues esta torre, primera tambien en el señorío, por las circunstancias que en ella concurrían, se derribó el año de 1817, cuando aun nosotros éramos niños. Ahora que tenemos noticia de la causa de su demolición, por haber oído que personas inteligentes declaraban ser extraordinaria su altura para que resistiesen los débiles fundamentos de apeo en el cuerpo primero sobre planta, no afeamos precisamente esta disposición, pero sí sentimos que aquellos profesores de mérito conocido no estudiaran mejor la nueva obra, y sustituyesen la antigua con una cosa digna de una villa rica y elegante, justamente en los años en que el puerto de Bilbao tenia nombre en ambos mundos, floreciendo su comercio admirablemente, y que á la sombra de sus venerandos fueros, entonces puros, la riqueza era conocida: se construyó pues en su lugar un campanario mezquino, de mala fabricación y peor gusto, en donde se veían avergonzados algunos de los adornos de la antigua torre: duró hasta hace pocos años, y como si le persiguiera el sino de la desgracia, últimamente con el carácter de provisional, el campanario se convirtió en tejavana, y este es hoy el triste recuerdo tambien de aquel monumento (1).

Lo mismo aconteció con el adorno que remataba las antiguas casas consistoriales: derribáronlo con el pretexto, ó por el fundado temor de que amenazaba ruina, y esta obra, tambien dirigida por inteligentes, no supieron ó no quisieron sustituir con otra, que á lo menos cuando no se viese en ella la gracia del buen gusto, tuviese siquiera el mérito de conservación: esto mismo ha sucedido con alguna otra obra del arte, como decimos de medio siglo á esta parte, y está sucediendo hoy mismo, no solamente con el San Francisco que nos ocupa, sino tambien con el primero, mejor y mas elegante puente colgante, construido en España hasta hace muy pocos años. Este puente, que por los años de veintisiete y veintiocho hacia eco en la nacion en donde aun no se conocia, además de su verdadera solidez, tenia algo de monumental; y cuando el viajero castellano lo veía por la vez primera al cruzar la antigua plaza donde están las casas consistoriales, quedaba agradablemente sorprendido observando su hermosa y gentiliza. Fué tanta su celebridad en la época á que nos referimos, que el pueblo cantaba con frecuencia una copla, á él alusiva, que dice así:

No hay en el mundo  
puente colgante  
mas elegante,  
ni otro Arenal...

El severo templete que servia de enganche y apoyo á las cadenas por el lado de la ribera, estaba construido con arte y majestad, y no chocaba absolutamente con el resto de caserío, agradable en lo general, en este hermoso paseo. El puente se demolió sin embargo, porque el suelo y maderamen necesitaban reforma, y tambien porque en las cadenas habia algunos eslabones oxidados, particularmente sobre los machones, como si esta circunstancia, no difícil de remediar, fuera suficiente motivo para derribar la parte que no tuviese relacion con el

peligro: hace dos años que después de hacer las nuevas pilas, de poca gracia por cierto, y después tambien de haber comenzado y colocado la mayor parte del alambre, quedó paralizado, y dicen que hay que hacerlo de nuevo. Repetimos que esto que nosotros mismos vemos no lo podemos comprender, porque precisamente Bilbao cuenta en su reducida villa un número grande de profesores de bastante genio, cuyas carreras y pruebas en la real academia de San Fernando han sido siempre brillantes.

Volvamos al objeto principal que motivan estas líneas: cuando se está agitando la cuestion de los caminos de hierro, como uno de los elementos que han de dar vida á las poblaciones en general, y mayor por consiguiente á los puertos, Bilbao estudia tambien su proyecto, y parece que uno de aquellos que mas ventajas ofrece para su realizacion como camino, según los inteligentes, debe pasar por la antigua villa, por Bilbao la vieja. Siendo esto así, y de cualquier modo que sea, la población al otro lado del puente colgante y de Isabel II, se aumentará necesariamente, sea correspondiente á la jurisdiccion de Bilbao ó como anteiglesia de Abando, y con el aumento de población habrá necesidad de un templo, de una parroquia; ¿y cuándo se construirá otro San Francisco situado tan ventajosamente? Si la cualidad de artistas y un vislumbre de esperanza no sujetara nuestra imaginacion, sin duda que nos estenderíamos á mayores reflexiones; pero no, esperamos aun que no será solo el SEMANARIO archivo venerando á donde se conserva la memoria de muchas obras del arte, que la impericia, el vandalismo y la desgracia han hecho desaparecer, el que conserve los bellos recuerdos de San Francisco. Tenemos fundadas esperanzas en que nuestras presentes autoridades, celosas por demás por el bien general y por los adelantos del arte, echarán una mirada benévola hácia esos tristes restos; pues la mezquina utilidad que pudieran reportar sus mutilados materiales para emplearlos en la erección del nuevo cuartel que se edifica á su lado, teniendo abundantes en el resto de lo que fué convento, seria bien escasa comparada con el que resultaria de su preciosa existencia. Cuando por todas partes se vé alzar el genio de las artes, se crean juntas, academias y corporaciones científicas que velen, reparen, conserven y restauren las antigüedades y monumentos que se han salvado de las discordias civiles, del abandono y de la incuria, lo único que en su clase Bilbao conserva, ¿se verá desaparecer? No; lo que tanto ha costado el construir, y como un coloso se ha sostenido al través de los siglos para memoria de las artes y de la historia, debe quedar en pié; bastante se ha destruido en esta nacion desventurada, y bastantes ruinas se encuentran por todos lados, que al estuudio viajero y al celoso artista le prestan sobrados materiales para llenar los periódicos artísticos y pintorescos con tristes descripciones.

Bilbao 21 de noviembre de 1852.

L. F. DE MOÑIZ.

## LUCIO APULEYO.

Lucio Apuleyo nació en Madauro, ciudad del Africa, que hoy corresponde á Orán ó á sus inmediaciones, hácia el siglo segundo de la era cristiana, en el imperio de los Antoninos. Su padre, que era hombre de buen linaje y duntiro de su patria, se llamaba Teseo, y su madre Salvia, la cual era originaria de Tesalia y descendiente de la familia de Plutarco y del filósofo Sexto su nieto, preceptor del emperador Marco Aurelio. Después de haber estudiado Apuleyo en Cartago, pasó á Atenas, donde se aplicó á la filosofía de Platon, y luego á Roma, donde sin maestro aprendió la lengua latina, y se dedicó á la ciencia del derecho, saliendo excelente jurisprudente. Hizo luego muchos viajes con el deseo de instruirse, y se inició en los misterios de muchas deidades para conocerlos á fondo, y después volvió á Roma, en cuya ciudad, hallándose sin medios para subsistir, por haber consumido su patrimonio en viajes y estudios, se tuvo que dedicar al foro para poder vivir. Pasado algun tiempo se restituyó al Africa muy lleno de conocimientos, pero muy pobre, y hallándose en Oea, una de las ciudades de la region tripolitana, cayó enfermo. Hallábase en esta población un jóven natural de ella, llamado Ponciano, el cual habia en Atenas conocido á Apuleyo, y le brindó con el hospedaje de la casa de su madre, viuda, llamada Pudentila, para que teniendo mejor asistencia recobrase mas pronto la salud. Ponciano, que amaba á su huésped, sabiendo que su madre tenia intencion de casarse, concibió la idea de que lo verificase con Apuleyo, queriendo mas bien que un hombre de la clase y prendas de este fuese su padrastro que otro alguno. No pasó mucho tiempo sin que Pudentila se llegase á prender del mérito de Apuleyo y se resolviese á darle la mano; pero lo dilató hasta haber casado á su hijo Ponciano con la hija de un tal Rufino. Apenas se efectuó este matrimonio, temiendo Rufino que tuviese Pudentila otros

(1) Al reedificar á principios de este año una casa de campo al otro lado de la ribera, tuvimos el sentimiento de ver confundido entre el mortero y tosca mampostería, un precioso remate tallado de algun jarrón ó candelabro, cuyo esmerado trabajo aun se conocia.

hijos, lo que era en perjuicio de su yerno, trató de impedir el enlace de esta, y logró que Ponciano se opusiese á él, aunque antes lo había solicitado; pero su madre llevó á cabo su desiguio, celebrando su boda en una casa de campo cerca de Oea.

Poco tiempo después murió el jóven Ponciano, y su tio, nombrado Sisinio Emiliano, se unió á Rufino para perder á Apuleyo, á cuyo fin publicaron que había envenenado á Ponciano, y que valiéndose de sortilegios había cautivado el corazon de Pudentila. Omitiendo la primera imputacion, Emiliano, en nombre de Sisinio Pudente, hijo menor de Pudentila, alegó la segunda en un pleito que tenia con esta, en que trató de probar ante el procónsul de Africa, Claudio Máximo, que Apuleyo poseia artes mágicas, mediante las cuales había conquistado el amor de Pudentila, y le acriminó como si fuesen delitos su belleza, sus hermosos cabellos, su buena dentadura, y que tenia un espejo, como cosa indigna de un filósofo. Apuleyo defendió el mismo su causa con grande energia y elocuencia, confundió á sus acusadores, y por medio de agudos é ingeniosos rasgos los puso en ridiculo, y fué absuelto por el juez. Pasó Apuleyo el resto de sus dias haciendo una vida tranquila como filósofo, y compuso muchas obras en prosa y verso de las que algunas no han llegado á nosotros.



(Lucio Apuleyo.)

La opinion de mago con que quisieron perder á Apuleyo se disipó por entonces; pero quedaron algunos rumores que se reverdecieron después de su muerte, y se fuéron abultando de modo, que los paganos sostenian que había hecho un gran número de milagros que igualaban ó escedian á los de Jesucristo. Fundaban algunos esta opinion en haber sido autor del *Asno de Oro*, que tenían, no por fábula, como lo es evidentemente, sino por una historia verdadera, sin duda por haber leído esta obra sin reflexion, ó tener noticia de ella solo por oidas. El asunto de esta ingeniosa fábula es, que estando Apuleyo hospedado en Tesalia, país donde tuvo origen la magia, en casa de una muger llamada Byrrhena, donde habitaba otra por nombre Pánfila, que siendo muy gran hechicera, con vários unguentos que tenia se transformaba en la especie de animal que queria, vióla una noche en que se la mostró su criada Fotis, desde un lugar secreto, cuando untándose con uno de aquellos unguentos se transformó en buho, y salió volando por una ventana. Apuleyo, movido de una vehemente curiosidad, quiso convertirse tambien en buho; mas por yerro de Fotis, que equivocó el bote, se untó con uno que le convirtió en asno. Acometieron ladrones á la casa, y robaron á Apuleyo convertido en asno, con las demás caballerías que había en ella. Lo restante de la fábula contiene graciosísimas aventuras, algunas nada honestas, que accecionan á Apuleyo, vendido y revendido á diversos dueños, con los que pasó muchos trabajos, hasta que comiendo unas rosas, que era el remedio para restituirse á su natural figura, la recobró. Esta, como se conoce evidentemente, es una mera fábula, y así lo dice su mismo autor al principio: *fabulam graecanicam incipimus*, y por consecuencia ficcion cuanto se dice en ella; por lo que de ningún modo puede servir de argumento para probar que Apuleyo poseyó las artes mágicas.

Era Apuleyo de corazon generoso, y su liberalidad en socorrer á los indigentes, favorecer á sus amigos, mostrarse agradecido á sus maestros dando dotes á sus hijas, contribuyó á consumir su patrimonio. A las mas relevantes dotes de espíritu reunia Apuleyo un bellissimo rostro y gallarda persona: hé aqui cómo se pinta él mismo en el libro XI del *Asno de Oro*: «*inenormis proceritas, succulenta gracilitas, rubor temperatus, flavum et inaffectatum capillitium; oculi caesi quidem sed vigiles et in aspectu micantes prorsus aguilino, guoquoversum floridis speciosus et inmeditatus incessus.*»

Los sabios de todos los siglos han hablado con grande elogio de Apuleyo, y entre ellos otro grande ingenio africano, San Agustín. Aun viviendo adquirió gran fama y celebridad por su saber, y tanta, que le erigieron estátuas en Cartago y otras ciudades.

Apuleyo dejó muchos monumentos de su laboriosidad y aplicación á las letras: tradujo el *Fedon de Platon* y la *Aritmética de Nicómaco*, y escribió de *República*, de *Numeris*, de *Música*, *epistolae ad Cerelliam*, *Proverbia*, *Hermágoras*, y los libros titulados *Ludicra*, todos los cuales escritos no han llegado á nosotros. Consérvanse otros que son: *Floridorum libri III, de dogmate Platonis, de Philosophia sive de deo Soeratis, Apologiae sive orationes decem pro se ipso, de mundo sive cosmographia de Medicaminibus herbarum, de Syllogismo categorico. Mercurii trismegisti Asdepius de voluntate dei L. Apuleyo interprete*, y finalmente *Metamorphoseon, sive lusus asini libri XI*.

Esta obra, conocida con el nombre de *Asno de Oro*, es la que ha dado celebridad á Apuleyo; pero el argumento no es original: su primer autor fué Lucio de Patrás, de quien reduciéndolo á compendio lo tomó Luciano, y de este Apuleyo, que lo perifrasedó y le hizo muchas adiciones, entre ellas la de la fábula de Psíquis y Cupido; que ha pasado por la mas bella de la antigüedad en su género. Sus incidentes están tan ingeniosamente encadenados los unos con los otros, y son tan adecuados al asunto, que el *Asno de Oro* puede ser considerado como un modelo de las obras de su clase. Su estilo, aunque algo áspero y extraño, es vivo y enérgico, y aunque el autor se vale á veces de términos que no hubieran sido tolerables en el siglo de Augusto, no desagradan por lo propios que son para espresar lo que pretende.

Mr. Warbunton, escritor inglés, piensa que el verdadero designio que se propuso Apuleyo en la composicion de su fábula, fué recomendar la iniciacion en los misterios gentílicos, contraponiéndolos á la religion cristiana que se iba introduciendo por todas partes. Mas cualquiera que haya sido su intento, el *Asno de Oro* es una de las obras notables de la antigüedad, que contiene profunda doctrina moral; al mismo tiempo que ofrece grande interés y agradable entretenimiento.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## TEATRO DE SOLIS.

Hacia el último periodo del gran siglo de nuestra literatura dramática, y cuando esta, después de haber tocado en su brillante apogeo en manos de Calderon y de Moreto, anunciaba ya su decadencia y eclipse entre las nubes del mal gusto y las exajeraciones de la fantasia de los Matos y Cubillos, Mendozas, Diamantes y Candamos, aparece una elevada figura, un insigne talento verdaderamente dramático, para recoger, puede decirse, y consignar dignamente los últimos acentos de nuestra musa escénica.

Este fué D. ANTONIO SOLIS y RIVADENEIRA, tan célebre en otro concepto en nuestra república literaria, como elegante historiador de la *Conquista de Nueva España*.

Nacido en Alcalá en 1610, su ingenio peregrino, su natural agudeza y su extraordinaria instruccion, adquirida en una brillante carrera en ambas universidades de Alcalá y Salamanca, le permitieron desde muy jóven distinguirse y brillar con obras literarias de un mérito poco comun, y entre otras, con una comedia que llevaba el título de *Amor y obligacion*, que compuso á los diez y siete años de su edad, y fué muy bien recibida del público. Patrocinado luego por el conde de Oropesa D. Duarte de Toledo y Portugal, virey que fué de Navarra y de Valencia, y posteriormente presidente de Castilla, uno de aquellos distinguidos magnates que se honraban en dispensar su proteccion á los ingenios, pudo desplegar á su sombra el fecundo de SOLIS y brillar desde la altura conveniente en aquella corte poética é ilustrada. Secretario primeramente del mismo conde de Oropesa, y después de S. M., oficial de la secretaria de Estado, y cronista mayor de Indias, tuvo ocasion en su larga vida y en el desempeño de tan importantes empleos, de acreditar su inmensa instruccion en las ciencias políticas; en sus obras literarias, y señaladamente en la magnífica *Historia de la conquista de Méjico*, su erudicion, su genio y su buen gusto. Y por último, hasta en el cultivo de las musas, á que

por inclinación, irresistible, sin duda, solía dedicar los cortos momentos que le permitía el ejercicio de sus importantes funciones, dejó consignado su variado talento, su discreción y lozanía, en términos de merecer ornar su frente con esta doble corona.

Todavía en la larga y bien aprovechada carrera de su vida tuvo tiempo de dedicar el último tercio de ella al ejercicio de la profesión y á la práctica de las virtudes religiosas; siguiendo el ejemplo de sus grandes maestros Lope de Vega, Calderon, Moreto y Tirso de Molina, se ordenó de sacerdote á la edad de cincuenta y siete años, y dijo su primera misa en 1667, en el noviciado de la compañía de Jesús, cesando desde aquel momento absolutamente en el cultivo de las musas, hasta el punto de negarse á componer ni aun los Autos sacramentales de día del Corpus, en que había alcanzado tantos lauros D. Pedro Calderon, y ni aun quiso terminar una comedia que tenía empezada, y llevaba el título de *Amor es arte de amar*. La práctica de sus deberes religiosos, el ejercicio de las virtudes cristianas, y la continuación de sus tareas como coronista de Indias, en una segunda parte que dejó sin acabar y no ha sido impresa, ocuparon los últimos años de su vida, hasta que en la avanzada edad de setenta y nueve falleció en 19 de abril de 1686, siendo depositados sus restos mortales en la capilla de Nuestra Señora del Destierro, del convento de San Bernardo, demolido en nuestros días.

Como nuestro objeto no sea mas que el de considerar á Solís como poeta dramático, prescindiremos de los altos títulos que le recomiendan como político, como historiador y como lirico poeta, para tomar únicamente en cuenta el escaso, aunque precioso repertorio de su teatro, limitado á corto número de comedias, si bien abundante en prendas de valor y mérito literario.

El tomo que las comprende todas, ó por lo menos las nueve reconocidas como auténticas de Solís, fué impreso bastantes años después de su muerte, en 1716, por licencia concedida á Antonio de Reyes, vecino é impresor en esta corte; así como tambien otro tomo de poesías sagradas y profanas del mismo Solís. Dánsele tambien algunas otras comedias que fueron impresas á su nombre, pero se cree que en ellas solo tuvo Solís una parte, como en la de *El pastor Fido*, que escribió en colaboración con Calderon y D. Antonio Coello; la de *El mayor triunfo de Julio César y batalla de Farsalia*; la de *La firme lealtad*; la de *La mas dichosa venganza*; y algunas otras que no fueron incluidas en la coleccion póstuma, segun la nota puesta al pié de la misma, por tenerse por cierto no ser de Solís.

Viniendo ahora á las nueve reconocidas que aquella comprende, nadie podrá negar la justicia con que por ellas se ha colocado á Solís en un lugar señalado entre nuestros buenos dramáticos de segundo orden, y uno de los mas acertados y últimos representantes de la comedia de Calderon y de Moreto. Careciendo seguramente de la invención y ardiente fantasia del primero, y no llegando tampoco al grado de fuerza cómica y de buen gusto del segundo, D. Antonio Solís (en quien sin duda el cultivo de las musas no era una profesion verdadera, sino la distraccion de mas serios trabajos), demuestra sin embargo que su peregrino talento, su esquisita instrucción y su gusto cultivado, le permitian cruzar las armas de su ingenio con aquellos admirables modelos, y mantener con honor el campo escénico español, después que de ellos se viera abandonado.—Prueba de ello son en el estilo heroico sus comedias de *Euridice y Orfeo*, *Triunfos de amor y fortuna*, *Las Amazonas*, y sobre todo la preciosa de *El alcázar del secreto*, en las cuales acertó á imitar á Calderon hasta en sus mismos estravios; y en el género cómico las de *El amor al uso*, *Un bobo hace ciento*, y *La gitana de Madrid*, que por su discreción, regularidad y vis cómica, pueden competir con las mas celebradas de Moreto.—Especialmente la primera, que mereció los honores de la traduccion al francés por el poeta *Scarron*, bajo el título de *L'amour á la mode*, es reputada justamente como una de las mas discretas y cómicas producciones de nuestro antiguo teatro, y de ella dice uno de nuestros mas eminentes poetas y críticos contemporáneos, el señor Martínez de la Rosa, lo siguiente:—«Invenccion agudísima, traza sutil, situaciones cómicas, burla viva y donosa de un defecto muy comun en hombres y mugeres, lenguaje castizo y ameno, versificación fluida, chistes graciosos y oportunos, todo contribuye á recomendar esta composicion bellísima, que tiene asegurado su éxito y aplauso, mientras dure en el mundo la maldita moda, antigua á lo que parece, de amar poco y ponderarlo mucho».—Preciso seria copiar aqui toda esta preciosa comedia para reconocer hasta qué punto es justo aquel elogio; pero ya que esto no sea posible, escogeremos algunos de los trozos y chistes que la esmaltan y sirven para retratar fielmente á los personajes en que se quiere emblematizar cómicamente el falso amor. Véase en prueba lo que dice la dama para disculparse de haber dado una cita á uno de sus galanes.

POÑA CLARA. Aunque ves mi condicion  
tan galante y esparcida,  
te prometo que en mi vida

he dado esta permission,  
sino es solo á Don Gaspar,  
que por hablar de buen gusto  
alguna noche, este susto  
he querido atropellar.

Y esto no es quererlo yo,  
que eso de que amor engaña  
abrasa y rinde, es patraña  
que algun ocioso inventó.  
Amor es duende importuno  
que al mundo asombrado trai,  
todos dicen que le hay,  
y no le ha visto ninguno.

¿A quién no causa fastidio  
esta pasion amorosa,  
no siendo amor otra cosa  
que una fábula de Ovidio?

¿Y qué importa que se nombre  
amor este devaneo,  
si es confirmar el deseo  
y luego mudarse el nombre?

¿Válgate Dios por dolencia  
no acabada de entender!

¿es esto mas de creer  
que está allí mi conveniencia?

¿No tira la voluntad,  
geómetra superior,  
todas las lineas de amor  
al punto comodidad?

Yo no sé si á mí me tiene  
ciega en lo que me aconseja;  
pero bien sé que me deja  
mirar lo que me conviene.

Y si está en mi pecho fiel  
algo mas privilegiado  
hoy, Don Gaspar, es que he hallado  
mas conveniencias en él.

Porque el querer con fervor  
á otro, es amor impropio,  
y así solo el amor propio  
viene á ser el propio amor.

ó estoto diálogo entre el galan y su criado que viene á ser una glosa de las mismas ideas de la dama:

ORTUÑO..... Quien no te ve tierno aqui,  
alli airado, allá quejoso,  
acullá fuera de tí,  
siempre en el afan ocioso  
de dar de aqui para alli.  
Ya te acredita de amante  
el favor, y ya la ira,  
ciñéndose á cada instanta  
del color de la mentira,  
camaleon tu semblante.  
Válgate el cielo, señor,  
no te acabo de entender;  
¿qué es esto?

D. GASP.... Todo es amor.

ORT..... ¿Cómo? ¿El engaño ha de ser  
amor?

D. GASP..... Por eso mejor.

ORT..... ¿Pues no es amor un confuso  
accidente apetecido,  
un fuego en el alma infuso,  
y un hielo al aliento unido?

D. GASP.... Si eso es amor, no es *al uso*.

ORT..... ¿No es amor un leve ardor,  
no es un daño procurado,  
un apacible dolor  
y un dulcísimo cuidado?

D. GASP..... No es *al uso*, si es amor.

ORT..... ¿Pues no sabremos cuál es  
amor *al uso*, señor?

D. GASP..... En mi pecho no lo ves?

ORT..... Explicámelo mejor.

D. GASP..... Oyelo pues.

ORT..... Dilo pues.

D. GASP..... Acreditar sin pena una pasion,  
perder miedo y cariño á la beldad,

hacer su voluntad sin voluntad,  
 suspirar sin dar cuenta al corazon;  
 No matarse en pasando la ocasion,  
 llorar en ella por curiosidad,  
 formar de una mentira una verdad,  
 hacer de una palabra una razon;  
 Mudar de sitio en el primer vaiven,  
 arrojar los pesares por ahí,  
 recibir los favores al desden;  
 Y en fin, para acabar de estar en tí,  
 querer á todas las mugeres bien,  
 y mal á cada una de por sí.

Finalmente, estas preciosas décimas en que prorrumpe la dama, y en las que parece dominar ya un sentimiento mas natural de la pasion mas amorosa, expresado en términos que no desdecirian en boca de la mas amartelada dama de Lope de Vega ó de Calderon.

Pensarás ingrato amante  
 que á mí me hace novedad  
 el ver esta variedad  
 en tu pecho y tu semblante;  
 pues no, ninguna se espante  
 ni otra accion del hombre espere,  
 que el que mas gime y se muere  
 por vencer nuestro desden,  
 dice lo que quiere bien,  
 mas no dice lo que quiere.  
 El hombre menos traidor  
 atrás nuestro engaño deja,  
 y está el ser mejor su queja,  
 en que se queja mejor;  
 nosotras nuestro dolor  
 no le sabemos decir,  
 sentirle sí, hasta morir;  
 pero ¿qué viene á importar,  
 si nos falta el ponderar  
 que es el alma del sentir?

La comedia de *La gitanilla de Madrid*, es otra de las que pasan justamente por de las mejores de Solís; y en efecto, es notable por la inteligencia en la conduccion de la intriga, por la gracia y verdad de los caracteres, por la regularidad clásica de la accion, y por la soltura del estilo; pero preciso es convenir que en ella, como en otras varias de sus composiciones dramáticas, renunció Solís á la invencion propia, limitándose á poner en accion un argumento trazado anteriormente por otros autores; el de esta está evidentemente copiado de la novela de Cervantes que lleva el mismo título, y que tambien habia trasladado ya á la escena el doctor Juan Perez de Montalvan, y por cierto que su comedia no desmerece, sino es ya que aventaja á la de Solís. A pesar de ello, hablando de este autor y de esta comedia en su *Paratodos*, el calumniado Montalvan decia: «D. ANTONIO DE SOLÍS escribió la *Gitanilla*, comedia excelente, y quien conoce su espíritu, talento y ciencia, á todas luces creará que como en esto fué superior lo será en lo demás.

*Un bobo hace ciento*, si bien pecando demasiado contra la verosimilitud, y tocando en su argumento en una complicacion estremada, es por otro lado un tejido de chistes y sales cómicas en que luce y campea el gran talento, el gusto y la festividad urbana de Solís, y la aseguran perpétuamente un lugar señalado en nuestra escena.

Otro tanto quisiéramos poder decir de las comedias de este autor en el género heroico; pero ya sea porque siguiese en ellas la corriente del gusto público, ó ya porque siendo dedicadas á representarse en los reales palacios fuera condicion *sine qua non* la de adoptar la moda que en ellos habian acreditado Velez de Guevara, Cubillo, Mendoza, y otros muchos, hasta el mismo Calderon, es lo cierto que al leer los delirios, las metáforas, las hiperboles y retruécanos de *Euridice* y *Orfeo*, *Las Amazonas*, y *Triunfos de amor y fortuna*, nadie creeria estar escuchando al autor de *El amor al uso*, si bien en la de *El alcázar del secreto* supo llevar la imitacion á tal extremo que nos parece oír la fantástica musa del gran Calderon.

En todas ellas se descubre el ingenio y la culta espresion de Solís, y de ello pudiéramos ofrecer infinitos ejemplos si no temiéramos cansar la atencion de nuestros lectores. Sirvan sin embargo de escepcion algunos que tomamos al acaso en las mismas citadas comedias.

En la de *El alcázar del secreto* se halla este diálogo glosa que parece robado al mismo Lope de Vega:

ALCINA..... Los remedios del olvido  
 no los conocí jamás,

que siempre he querido mas  
 lo que olvidar he querido.

ASTREA..... ¿Qué te importa, amor, hacer  
 esfuerzos, ni porfiar,  
 si la ciencia de olvidar  
 se consigue sin querer?  
 Discurso, engañado estás,  
 que aunque yo te he persuadido,  
 los remedios del olvido  
 no los conocí jamás.

DIANA..... Quien aspira á la victoria  
 de una pasion impedida,  
 si se acuerda de que olvida  
 se queda con la memoria.  
 ¿Qué es lo que intentas, sentido?  
 no forcejes; ¿dónde vas?  
 que siempre he querido mas  
 lo que olvidar he querido.

ASTREA..... ¿Qué importa que mi pasion  
 con mi razon se despeche,  
 si para que me aproveche  
 he de olvidar mi razon?  
 Corazon, no insistas mas,  
 pues yo que el daño he sentido,  
 los remedios del olvido  
 no los conocí jamás.

DIANA..... Quien de olvidar hace empeño  
 no lo podrá conseguir,  
 que el deseo de dormir  
 suele desterrar el sueño.  
 Discurso, no estés rendido  
 si tan obstinado estás,  
 que siempre he querido mas  
 lo que olvidar he querido.

O este otro en el galan y el gracioso en la comedia de *Amparar al enemigo*:

D. CARLOS.... Si tú supieras amar,  
 con lo que hoy en mí sucede,  
 te pudiera aquí probar  
 cuán mal olvidarse puede  
 lo que se quiere olvidar.  
 Pero de amor la pasion  
 ignoras, y así no pido  
 consuelos á tu razon,  
 porque quien no ha padecido  
 no sabe de compasion.

MUÑOZ..... Tambien yo amar he sabido;  
 mas por mugeres, señor,  
 pocas veces me he afligido,  
 que de cualquier sinsabor  
 con un *dexo* me despidio.  
 Vosotros os deshaceis,  
 os podris y aniquilais.

D. CARLOS.... Los picaros no queiris,  
 solamente deseais.

MUÑOZ..... Y los señores ¿qué haceis?

Ultimamente, como muestra de la viveza y chiste cómico del diálogo de Solís, no podemos resistir al deseo de transcribir dos trozos de los puestos en boca del gracioso en la comedia fantástica de *Euridice* y *Orfeo*. Habla en el primero con su muger, y en el segundo con dos ministros del infierno:

FENISA.....  
 la sogá hurtaron del pozo.

ANFRISO.... ¿La sogá del pozo hurtaron?  
 ¡pesar de quien me parió!  
 de nada me pesa tanto;  
 ¿la sogá?

FEN..... Sí, señor mio,  
 la sogá.

ANF..... ¿Y no habrá quedado  
 otra sogá vieja en casa?

FEN..... Ni una hilacha, ni un esparto.  
 ANF..... Miradlo bien.

FEN..... Bien lo he visto.  
 ANF..... ¿No habrá siquiera un pedazo?

FEN..... ¿Para qué?  
 ANF..... Para ahorcarme.

- FEN..... Tened, tened, que ahora caigo  
en que un pedazo ha de haber  
que estaba para estropajos,  
y no mudará de oficio  
si en vos se viere empleado.
- ANF..... Alto, pues, yo me he de ahorcar  
por salir de mal estado:  
vamos, muger.
- FEN..... En mi vida  
os vi andar con tanto espacio.
- ANF..... Vamos, pues; pero muger  
¿sabeis en lo que he pensado?
- FEN..... ¿En qué, marido?
- ANF..... En ahorcarme  
todo entero.
- FEN..... A eso tiramos.
- ANF..... Sí, mas donde fuere el todo,  
¿no ha de ir la mitad?
- FEN..... Es llano.
- ANF..... Pues si vos sois mi mitad  
yo me resuelvo á empezarlo  
por vos, y conforme os fuere  
proseguiré mi trabajo.
- FEN..... Malos años para vos.
- ANF..... ¡Maridos desconsolados,  
el camino que elegisteis,  
angostio es, pero no es largo.

Descúbrese el infierno, y queda Anfriso en medio de dos ministros.

- 1.º..... Paréceme (¿con quién hablo?)  
que tiene de verse aquí  
algun miedo: ¿no es así?
- ANF..... Acertó: digo que es diablo.
- 1.º..... Lléguese acá.
- ANF..... Mas deseo  
huir de aquí como un galgo.
- 2.º..... Mire hácia adentro ¿ve algo?
- ANF..... Fuego de Dios, lo que veo!
- 1.º..... Allí en tormentos y calma  
muy aprisa se verá.
- ANF..... Yo?
- 2.º..... Sí.
- ANF..... Pues me pesará,  
y me pesará en el alma.
- 2.º..... Mire con cuán espaciosa  
llamas aquel fuego viene.
- ANF..... Bravisima flemas tiene;  
parece eterno en sus cosas.
- 1.º..... Tres que están hácia esta quiebra  
son las parcas.
- 2.º..... Con medida  
traen el hilo de la vida.
- ANF..... Mozas son de buena hebra.
- 1.º..... Aquellas tres que señalo,  
son las furias.
- 2.º..... Su cabello  
es de culebras.
- ANF..... ¿A vello?
- ANF..... Aun están en pelo malo.
- 1.º..... Aquel... mas ya se escondió.
- ANF..... ¿Quién era?
- 1.º..... El miedo, y se fué.
- ANF..... No se ha perdido.
- 1.º..... ¿Por qué?
- ANF..... Porque aquí le tengo yo.  
¿Y aquello que miro allí?  
¿quién es?
- 2.º..... La vejez.
- ANF..... Acá  
parece moza.
- 2.º..... Será,  
que por eso vino aquí.
- ANF..... ¿Y aquella?
- 1.º..... Es la desventura.
- ANF..... Y esotra?
- 2.º..... Esa es la pereza.
- ANF..... Y esta de aquí?
- 1.º..... La torpeza.

- ANF..... Y la de allá?
- 2.º..... La locura.
- ANF..... Esa es mi hija.
- 2.º..... Por qué?
- ANF..... Mire hermano lo que dice.  
Yo se muy bien que la hice  
el día que me casé.

### COMEDIAS

DE D. ANTONIO SOLÍS.

- Alcazar (el) del secreto.  
Amazonas (las) de Scitia.  
Amor (el) al uso.  
Amor y obligacion.  
Amparar al enemigo.  
Doctor (el) Cariño.  
Euridice y Orfeo.  
Firme (la) lealtad.  
Jitanilla (la) de Madrid.  
Mas (la) dichosa venganza.  
Pastor (el) Fido (con Coello y Calderon).  
Triunfo de amor y fortuna.  
Un bobo hace ciento.

R. DE M. ROMANOS.

### FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

#### I.

#### UN MAYORAZGO DE ESTREMADURA.

La vida real de nuestros pastores se diferencia mucho de la que nos pintan los poetas. En efecto, ¿dónde están las filis y las galateas con que engalanan sus églogas? No las encontraban por cierto en las praderas los mozos estremados que en el siglo XV conducian sus rebaños por las laderas de los montes de Toledo.

Allí no se notaban señales de verde musgo ni campos esmaltados de flores: en cambio presentaba el pais pendientes ásperas, un terreno cortado, rocas, á cuya sombra crecía escasa yerba, y algunos árboles enanos, cuyas raices se extendian sobre la superficie de la roca, á falta de tierra vegetal que las alimentase, y cuyas ramas, azotadas sin cesar por el viento, se arrastraban por el árido suelo.

El pastor que acaba de salir de esa gruta, en la cual le ha obligado á buscar asilo el calor del sol, apenas aparece vestido. Un bosque de negros cabellos, que la falta de aseo ha ido ensortijando; cae sobre sus espaldas desnudas y tostadas por el sol; su cutis es tan moreno como el de un mulato, y cubre todo su cuerpo un color bronceado: El único traje que ostenta, es una especie de enagua de pelo de lobo sujeta á la cintura, la cual solo baja hasta su media pierna. Un prolongado garrote de madera dura y un cuerno de buey pendiente de su cuello, completan su traje.

Todos los días se levanta al amanecer, y acompañado de su rebaño, se agazapa á la sombra de un árbol, ó al abrigo de las rocas, ó en alguna oculta gruta: allí se duerme, hasta que alguna fiera caprichosa llega á sacarle de su letargo, y le obliga á perseguirla entre rocas y barrancos.

Hoy hace lo que hizo ayer; mañana será la misma su tarea.

Y sin embargo, bajo esa frente espaciosa que encubren sus incultos cabellos, brillan unos ojos de fuego; la inteligencia se revela al través de esa máscara indiferente y grosera.

Francisco no es un pastor de Virgilio ni de Teócrito; nunca han repetido los montes de Toledo los ecos de su dulce caramillo; nunca ha disputado el premio campestre á otro rival tan diestro como él; nunca se ha puesto á entonar alternadamente con *Aminta*, ni con *Tirsis* los cantos bucólicos, tan gratos á las musas. Pero el pastor de Estremadura no es un mozo ordinario: su imaginacion sigue el curso del Almonte, cuyas rápidas aguas se juntan con las del Tajo; sus pensamientos se dirigen mas allá de la ciudad de Trujillo, cuyas lejanas torres elevan sus picos de color gris, enhiestos y amenazadores.

El sol va á desaparecer detrás de los montes de la provincia de Alentejo: el joven pastor sacude su pereza, mira al astro del día que abandona el firmamento, y se pregunta á sí mismo si al día siguiente estará él en aquel mismo sitio para contemplar el mismo espectáculo.

Acércase la noche: Francisco empuña el cuerno, y en roncós sonidos dá á su rebaño la señal de retirada.

Todavía no hemos dicho qué animales eran los que estaban á cargo del joven estremado. No: su rebaño en nada se parecía al de

*Melibeo*: este, así como los demás pastores de las antiguas églogas, hubieran evitado cuidadosamente su contacto impuro, su inmunda sociedad, porque... debemos declararlo; asemejábase al hijo pródigo de la Escritura; su rebaño consistía... en una piara de puercos.

Más fáciles de alimentar y exigiendo menos cuidados, estos animales producen más que los corderos, cuya lana no se explota: son el gran recurso de los países empobrecidos. Y en verdad, la Estremadura, por los años de 1500, era pobre á consecuencia de las guerras tenaces y continuas entre españoles y africanos, y por las contiendas intestinas que asolaban todavía las Castillas y las provincias comarcanas.

En prueba de aquella pobreza, solo aduciremos el alimento más que frugal de Francisco: una galleta de centeno ó algunas mazorcas de maíz... hé aquí las provisiones diarias que lleva consigo: añade á ellas las frutas silvestres que la providencia de Dios le depara, y apaga la sed que en él despertan tan sabrosos manjares con el agua de los arroyos que bajan de los montes.



Prosigamos sin perderle de vista.

Los animales se han reunido al escuchar los sonidos de su rústica trompa; y empiezan á bajar lentamente las escarpadas laderas; el joven apresura el paso de los más perezosos con su palo, y por último llegan al valle regado por el Almonte.

Otras tres piaras iguales á la suya se le reúnen allí, y otros tres jóvenes se acercan á Francisco.

Los cuatro se acojen con señaladas muestras de contento, como deben acogerse cuatro hermanos.

Después de esto, Juan, Gonzalo, Fernando y Francisco, prosiguen su ruta y llegan por fin á la entrada de un antiguo castillo.

Referir la esplendor de este, sería faltar descaradamente á la verdad histórica. Conservaba el puente levadizo, que en aquella época de sorpresas y de incursiones á mansalva exigía la seguridad del menos acomodado señor; pero la yedra se había posesionado de la mayor parte de sus muros, el tiempo tuvo á su cargo dismantelar la antiquísima torre cuadrada que defendía la puerta, y de duplicar el número de sus espilleras: por lo demás yacían en el foso casi todas las enormes piedras que formaban en otro tiempo los baluartes.

Por esta pintura debe conocerse que aquel castillo no podría presentarse hoy como modelo de los que en la edad media levantó el poder feudal en España.

Por consiguiente no existían en él ejércitos de escuderos, ostentando en sus sobrecargados trajes las armas de su señor, ni pajes lindamente ataviados que sostuviesen las colas de las prolongadas túnicas de orgullosas castellanas.

En la puerta solo había un hombre pobremente vestido, de mirada adusta y severo rostro, que esperaba la vuelta de sus hijos y contaba las cabezas del ganado de cerda que aquellos conducían.

¿Quién era aquel hombre? El lector tal vez no lo adivinaria... Era el señor Pizarro, el mismo señor del castillo.

Pero nuestra admiración va á aumentarse.

Los animales han entrado ya en sus pocilgas, cuyas puertas quedan perfectamente cerradas.

Los cuatro jóvenes pastores se han dirigido á la única sala, que el tiempo parece haber respetado.

En el centro de la misma se ve una mesa, y los cuatro se colocan á su alrededor, entonan el *benedicite*, y dan principio á una cena frugal.



¿Quién hace los honores?—El señor Pizarro, á quien los cuatro jóvenes veneran y aman.

El mayor de ellos es Francisco: y en efecto, este mancebo, á quien poco há hemos visto casi desnudo entre los montes, tostado por el sol y guiando una manada de cerdos, es un mayorazgo de Estremadura.

## II.

### LA BATALLA.

¿Cuánto tiempo permaneció Francisco Pizarro ejerciendo la ocupación de porquero? ¿Dió por fin oídos á sus deseos que le arrastraban fuera de aquel valle tranquilo? ¿Abandonó á su padre para tomar parte en aquellos encarnizados combates, cuyos pormenores, narrados por el viejo castellano, hacían palpar á su corazón y abrasaban su cabeza?

Nadie puede decirlo.

Una circunstancia, de poquísima importancia en sí misma, decidió de la suerte de toda su vida.

Ya hemos hablado de la existencia monótona de los pastores; pero aun en la vida más uniforme, los días trascurren y no se asemejan unos á otros. Mucho trabajo costaría, en efecto, reconocer á aquel mozo pesado y de andar lento y perezoso, agobiado por el calor y la

ociosidad, cuyo retrato acabamos de bosquejar en el apuesto mancebo, después tan activo, tan emprendedor y tan imperioso.

Conviene advertir que era un día de batalla.

¡Día de batalla! Esto exige explicación.

Los pastores del inmediato pueblo de Solana habían intentado muchas veces llevar sus ganados á un terreno del valle del Amonte, sobre el cual los de Trujillo pretendían tener derecho exclusivo. Varias reyertas habían ocurrido ya en el mismo territorio que se disputaba, pero la victoria había quedado siempre indecisa. Los dos partidos pues se habían desafiado para una batalla decisiva.

Los pastores de Trujillo llegan al amanecer al campo, á las órdenes de Francisco, que es su jefe hace ya mucho tiempo, como el mas enérgico y vigoroso de todos. Si no probare esto último el ardor que brilla en sus ojos, lo atestiguaría el sayal que le cubre, y que no es mas que un testimonio de la terrible lucha, en la cual venció á un lobo formidable.

La gente de Francisco levanta rápidamente un murallon de piedras, que defiende á los jóvenes combatientes y á sus ganados reunidos.

Pero el enemigo acaba de salir de Solana, y avanza en buen orden.

Con arreglo á las prevenciones de Francisco, ningun mozo abandona el reducto improvisado: el plan consiste en dejar que se acerque el bando opuesto.

Ya se halla este á pocos pasos de distancia; Francisco da la señal, y da principio el combate: una nube de piedras, arrojadas por brazos ejércitos, ó por hondas habilmente manejadas, desordena el ejército enemigo: vuelve sin embargo de su sorpresa, contesta á aquella descarga con otra, y prosigue vivamente la pelea.

Dura el combate hace ya muchas horas, y el ardor no decae; el sol se inclina hácia el horizonte, y el día se acabará sin que ninguno de los dos partidos pueda vanagloriarse de la victoria.

Impaciente Francisco, quiere ser el héroe de la jornada, reúne á sus amigos, les hace empuñar sus nudosos garrotes, y abriendo una brecha en la muralla que los cubría, se arroja sobre los pastores de Solana, que al pronto se retiran y luego esperan el choque á pié firme.

La lucha es terrible; mas de un mozo cae á impulsos de un brazo vigoroso ó de un garrotazo: se agarran cuerpo á cuerpo, se estrechan, el estruendo de los golpes se mezcla á los gritos de rabia, de cólera y de dolor, pero todo lo domina la voz del joven jefe de Trujillo, que exclama:

—Firmes aquí; antes morir que ceder... Adelante, adelante...

Caigan los moros á nuestros piés.

La victoria se declara por los de Trujillo; los de Solana huyen desfavoridos y destrozados.

Los vencedores pueblan el aire con alharidos de júbilo.

Entre tanto ha desaparecido el sol, y es preciso llevar á la población los ganados.

¡Qué desgracia! Durante el combate han huido del recinto de piedra, y al verse libres han escalado las rocas dispersándose por todas partes.

Después de mil y mil esfuerzos consiguen reunirlos los pastores, pero falta una pieza en la piara de Francisco, y por mas que la llama con su cuerno se muestra sorda y no se presenta.

La noche ha cerrado, y ya no hay esperanza.

¡Cómo presentarse á un padre irritado! ¡Cómo sufrir una corrección rigurosa!

Francisco no se atreve á volver al castillo, despídese llorando de sus hermanos, y al oír la voz de su padre, que llega al valle, cuidadoso por la tardanza de sus hijos, desaparece entre los montes.

### III.

#### UN AMIGO.

¿Cómo vivió Francisco Pizarro? No tenía provisiones; las frutas de los bosques, las raíces y algunas limosnas le sostuvieron sin duda por la voluntad de Dios. ¿Cómo pudo atravesar las montañas de Sierra Morena y de Sierra Nevada? ¿Cómo pasó el Guadiana y el Guadalquivir?

Dejemos que la mano del Todopoderoso le saque sano y salvo de tantos peligros, para consignar que dos meses después, muerto de hambre y de fatiga, llegaba al campamento establecido delante de Granada.

Aquel era el término de su viaje; podría hacerse soldado y repartir los furibundos mandos de que tanto le había hablado su padre; dividiría de alto abajo á los sarracenos, le armarían caballero y sería presentado al rey y á la reina. Estos eran sus sueños.

Encontró al fin sitio en una de las tiendas de campaña, pan y setas, pero al acercarse á un oficial y proponerle que quería servir á sus órdenes, aquel le miró sonriéndose y le dijo:

—¿Cómo, diablos, has de aguantar la coraza, pastor?

—No soy tan debil como parezco.

—¿Y cómo has de manejar la espada?

—Aprenderé á servirme de ella.

—El ejército de S. M. católica no se recluta entre villanos como tú.

—Soy caballero, soy Francisco Pizarro, mayorazgo de Estremadura.

—Es decir que has llegado aquí como un vagamundo: haz venir á tu padre para que te presente en el campamento, y veremos si mereces el honor de combatir en nuestras filas.

En todas partes le dijeron lo mismo; en todas partes le exigían que se presentase su padre como fiador; pero ya sabemos que nunca hubiera él consentido en aceptar esta condición.

Desalentado ya y sin esperanza, el mancebo fué á sentarse en la orilla de un foso, á pocos pasos de la tienda real, y allí, á pesar de toda la energía de su ánimo, no pudo contener las lágrimas.

Todavía lloraba, cuando una mano que se apoyó en su hombro, le hizo estremecerse y levantar la vista.

(Continuará.)

## A RADEZKI.

(INÉDITO.)

La Lombardia te creyó una malva  
Y halló que fuiste de su campo oruga,  
Y en Roma los hermanos de Belluga  
De triunfante laurel ornan tu calva:

Nadie en Novara de tu ardor se salva,  
Y mas fresca Turin que una lechuga,  
Al verte aproximar su faz arruga  
Y de su esclavitud columbra el alba.

Mas tú, sin concederles paz ni tregua,  
En ellos das cual poderosa viga,  
Y así les gritas sin parar la yegua:

«¡Ea italianos! se acabó la liga;  
Seguid siendo cantantes de la legua,  
Que para tal empresa os falta miga».

JUAN NICASIO GALLEG0.

## EL PADRE Y SUS DOS HIJOS.

APOLOGO.

(INÉDITO.)

Del opaco diciembre en noche fria  
Un padre con sus hijos en mi aldea  
Al calor de la humilde chimenea  
Las perezosas horas divertía.  
A su lado el menor se entretenía  
De naipes fabricando un edificio,  
Con mas cuidado y atencion severa  
Que el mismo Churriguera  
Cuando trazaba el madrileño hospicio.

El mayor repasaba  
(Que ya en la edad de la razon rayaba)

Una mugrienta historia,  
Depósito de cuentos y dislates,  
Su lengua atormentando y su memoria  
Con nombres mil de reyes y magnates.  
Mas juicioso notando

Que á unos llamaba el libro *fundadores*

Y á otros *conquistadores*,  
¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?

Aquí llegaban, cuando

Con feliz inocencia

Su travieso hermanito,

Que acababa gozoso

De coronar su alcázar ostentoso,

Saltaba de alegría y daba un grito.

Colérico el mayor se alza violento

Al verse interrumpido,

Y el palacio querido

De un ligero revés arroja al viento,

Dejando al pobre niño el desconsuelo

De ver su amada fábrica en el suelo.

El padre entonces con amor le dijo:

«La respuesta mejor está en la mano:

»El *fundador* de imperios es tu hermano,

»Y tú el *conquistador* ¿lo entiendes hijo?»

JUAN NICASIO GALLEG0.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.





### LAS GENTES DE MEDIO PELO Y LOS ESCLAVOS EN EL PERU.

Por una de esas anomalías comunes á ciertos estados democráticos del nuevo mundo, existe en el Perú, á pesar de las constituciones igualitarias, una diferencia muy notable entre las razas que forman aquella población. El desprecio que manifiesta el criollo á todo el de cutis blanco, y el odio del indio al hombre de sangre azul, eran la tradición principal de la conquista: mas tarde, los negros importados para ser diseminados en las haciendas de los grandes propietarios, vinieron á dar nuevo pábulo á aquellos gérmenes de odio, y la fusión de estas tres razas produjo una multitud de clases y castas, animadas entre sí con una antipatía virulenta, que no es por cierto el menor elemento de desórden á que está condenada la república peruana.

Estas diferentes categorías de gentes de color son calificadas por los descendientes de los conquistadores con el epíteto de *gentes de medio pelo*.

No describiré ni sus costumbres ni las de los negros, porque no he tenido suficiente tiempo para estudiar seriamente su vida particular; pero trataré de que el lector participe de la impresion de sus extraños hábitos que yo recibí, cuando por casualidad los he encontrado en los diferentes teatros de sus trabajos ó de sus diversiones.

Entre las gentes de medio pelo se distinguen sobre todo en diversos grados el *cholo*, hijo de indio y blanco, y el *tambo*, hijo de indio y negro. El primero es de corta estatura, y su rostro unas veces amarillo como el santal, y otras encarnado como una naranja. Ojos pequeños, frente estrecha, mejillas juanetudas y cabellos negros y rizados, forman un conjunto poco agradable; pero en la fisonomía del *cholo* se nota una especie de melancolía misteriosa y de resignación pasiva, que en las mugeres sobre todo llega á seducir: la dulzura y la indolencia son los principales rasgos de su carácter. El *tambo* por lo regular es vigoroso y de alta estatura; sus crespos cabellos cubren una frente bajo la que brillan ojos vivos é inteligentes; á través de

sus gruesos labios, siempre entreabiertos, se descubren dos hileras de hermosos y blancos dientes; su fisonomía no es simpática, pero es espresiva y animada, y con frecuencia dura y burlona. Las mugeres *tambos* tienen tambien frente estrecha y una cabellera rebelde de que forman mil trenzas, siendo imposible que la sujeten con formas mas elegantes; su mirada provocadora y su boca sensual parece que revelan pasiones impetuosas.

Desde la conquista del Perú apenas se ha separado de las costas la raza blanca, y puebla todas las ciudades del litoral. Las gentes de color habitan en la montaña, donde son mineros, pastores, labradores, y algunas veces tejedores. Los *cholos* se ocupan mas especialmente del cuidado de las mulas y llamas que trasportan los géneros extranjeros que van al interior del país. Existen en algunos puntos aislados de la costa algunas chozas miserables, cuyos desdichados habitantes viven de la pesca, y se dedican, si hay ocasion, al embarco y desembarco de mercancías, prestando voluntariamente el resto del tiempo á ciertas operaciones de contrabando. Pero los barcos son condicion indispensable para estas diversas industrias, y apenas se encontrará en mucha parte del litoral peruano la madera necesaria para hacer una piragua. Por esta razon se han visto obligados los indios á recurrir á una clase de navegacion muy primitiva, y que todavía se usará por mucho tiempo en aquel país: hablamos de las *balsas*. Muchas pieles de bacas marinas, cosidas todas, forman anchas odres que se inflan soplando por medio de una tripa retorcida para que no se salga el aire. Cada uno de estos odres parece entonces un cono toscamente terminado en puntas en uno de sus extremos. Una *balsa* se forma con dos de estos odres unidos á la punta para romper mas fácilmente la ola; sostienen una especie de suelo triangular cubierto de pieles ó telas fuertes. El indio que la dirige, va armado con un remo de dos palas; sentado en el ángulo agudo del pavimento, empuja

vivamente el agua á derecha é izquierda, y da á la *balsa* un rápido movimiento en sentido contrario. En las *balsas* llevan un peso muy considerable, y su poca cala en el agua les permite atravesar la resaca sin dificultad. Melancólicamente agrupados en estas embarcaciones de color de cobre, vi por primera vez los cholos del Perú. Nuestro navio habia echado el ancla á vista de Ipica, donde debiamos pasar un dia; pero en mi impaciencia por bajar á tierra, me confié á aquellos estrafalantos bateleros, que me dejaron en una orilla mas seca de lo que yo esperaba. Ipica es un pequeño puerto peruano situado al Sud de Lima; la ciudad, situada en un arenal muy fino, se destaca apenas sobre el fondo ceniciento de las altas montañas que la coronan desde el horizonte al Este. Hacía un calor horrible, y parecia que todo aquel triste paisaje temblaba como si hubiese sido separado por una capa incandescente; y el grano que cubre con su manto de nieve las rocas negras de la orilla, formaba un singular contraste con estas tierras calinadas. Esta muestra de las ciudades del litoral dice bastante lo que deben ser las cabañas indianas medio enterradas en la arena al pié de los áridos senderos de la cordillera, y separadas de las tierras fértiles por veinte ó cuarenta leguas de desierto.

La ciudad de Ipica estaba atemorizada. Acababa de ocurrir un movimiento militar, y el *enganche* se habia llevado todos los hombres en estado de manejar armas. Una media docena de soldados *cholos* á quienes habia comprado un jefe de partido que habia desembarcado la víspera, formaban la guarnicion. Su uniforme consistía en un frac gris con vueltas verdes, y un pantalon de tela, y llevaban una especie de chacós ó gorros de tela blanca, con un lazo de cinta verde.

El ejército peruano se compone casi en su totalidad de gentes de color que, á falta de noble vocacion, se ven obligados á seguir las banderas por el *enganche* forzoso, reclutamiento muy usado en aquel país. Recibe una paga, que si no es fantástica, es por lo menos muy rara; un equipo miserable, y se ven sometidos á un régimen alimenticio que solo puedè sufrir su sobriedad. Las mugeres de los nuevamente alistados se llevan los hijos y aun los utensilios de sus casas, y les siguen de este modo á las guarniciones y aun á las campañas. Así es que la marcha de un ejército peruano tiene el aspecto de aquellas tribus primitivas que iban en busca de otro territorio. Aquellas mugeres de regimiento, las *rabonas*, como las llaman en el Perú, detienen al soldado, por un lazo que aunque ilegítimo, muchas veces no es menos sólido; soportan sus brutalidades y participan de sus trabajos y miserias, sin probar nunca la comida que con tanto trabajo se han procurado; pero algunas veces su rudo compañero parece que hace justicia á sus cuidados pagándoles con galantes atenciones. La escolta de las rabonas es una garantía contra la desercion. Un soldado que puede llevar en su compañía la muger que aprecia, no se ve atormentado por el deseo de ir á reunirse con ella. Desgraciadamente las dulzuras que proporciona á la vida de los campamentos la compañía de las rabonas no mitiga el disgusto del soldado por el triste oficio que se le impone. Por esta razon un ejército peruano cuenta siempre en sus filas un gran número de individuos prontos á desertar á la primera ocasion. Un dia de accion es muy favorable á sus designios. Desde que empieza el tiroteo, á tiro de cañon como siempre, empieza el desorden en aquellas bandas indisciplinadas, los partidos enemigos se acercan, la confusion y el tumulto aumentan, y los fugitivos se aprovechan de ella, desembarazándose de sus armas y municiones y volviendo á sus antiguos hábitos. Particularmente en estas refriegas de guerra civil es donde se ve el espíritu militar conformándose con los pacíficos instintos del carácter nacional. El campo de batalla pertenece por lo general al partido que se atreve á tener la curiosidad de adelantarse para ver si los golpes han sido en vago. Apenas llega á ser seria la animosidad de los combatientes. Saben muy bien que sirven de instrumentos á ambiciones mezquinas ó á arrebatos de aturdidos, y no arriesgan su vida por estas locuras. Una batalla en la que una docena de guerreros han *mordido el polvo*, contribuye á que el partido victorioso entone himnos de triunfo; despues fraterniza con los vencidos, que vienen siempre á engruesar sus filas. Aquí se trata, como ya he dicho, de las refriegas de las guerras civiles tan frecuentes en el Perú. Las gentes de color que en las gloriosas luchas de la independendencia se han manifestado animosos, infatigables y sobrios, volverán á disfrutar de estas virtudes del soldado, para emplearlas en beneficio de una causa verdaderamente nacional.

Si se quiere conocer, bajo un aspecto mas curioso, el carácter de las gentes de medio pelo, es preciso seguirlos en las fiestas populares. La flojedad y la apatia que les son habituales, no resisten á los manjares sazonados, á las bebidas fermentadas ó espirituosas y á la impresion que causan las danzas peruanas. Bajo el imperio de estos diversos escitantes su fisonomia triste y resignada toma una expresion de alegria casi salvaje. Una fiesta celebrada en Lima, la de los Amancaes, el Longchamps de las gentes de color, puede hacer conocer esta especie de trasformacion.

Como el Longchamps francés, el lugar donde se reunen tiene su

leyenda; allí murió un ermitaño en olor de santidad, y al principio se hacia una peregrinacion á su tumba. En el dia apenas se piensa en la ermita; y el pretesto piadoso de la reunion está reemplazado por un pretesto mas especioso todavia.

Hacia el San Juan, una extraordinaria abundancia de flores amarillas como el oro cubren casi de improviso las áridas montañas inmediatas á Lima, como si los tesoros de la tierra surgieran á la superficie. Esta flor, que llaman *amancaes*, es la que ha dado el nombre á la fiesta. La multitud se dirige á cojerla hácia un punto de la montaña donde crece en mas abundancia. Pero para llegar á ella es preciso atravesar una llanura cubierta de tiendas y ranchos donde se percibe, mezclado con el agradable concierto de ollas y cacerolas, el sonido de guitarras y tambores. Cholos, sambos y negros se detienen en la llanura. Allí dan libre curso á sus robustos apetitos y se entregan á las coreografías mas extravagantes. Los negros sobre todo imitan los bailes graciosos y apasionados del Perú, introduciendo las posturas grotescas y los movimientos desordenados de sus *bamboulas* africanos. Mas tarde, la turbulenta cohorte se dispersa por las colinas para cojer el *amancaes*; despues toda esta poblacion embriagada por los excesos del dia, monta á caballo colocándose las mugeres del mismo modo que los hombres; y uno de los espectáculos mas curiosos que se pueden ver en Lima es el que presenta la alameda vieja con la vuelta de estos peregrinos luchando con proezas hípicas. Se hacen coronas de los *amancaes* que se ponen en los sombreros, y la bulliciosa cohorte que parece que trae la librea de la primavera, desfila por la alameda con el canto y la risa en los labios, entre dos hileras de curiosos reunidos para presenciar su vuelta.

## TEATRO DE CANDAMO.

Siguiendo en lo posible el órden cronológico del gran siglo de nuestra escena, tócanos hoy tratar del último de sus notables autores de segundo órden, en cuyas manos puede decirse que espiró propiamente con el siglo y con la austriaca dinastia el teatro español, la comedia de Lope y de Calderon. Hemos seguido paso á paso aquella admirable escena, ocupando nuestro estudio en sus mas dignos intérpretes, desde el gran Lope de Vega, hasta el discreto Solís; brillante pléyade de ingenios de primero y segundo órden, que supieron fundar y llevar á tan alto punto de esplendor nuestra literatura dramática, y á cuya sombra crecieron ó se formaron miles de ingenios apreciables, que si bien careciendo de las inmensas dotes de sus modelos, acertaron sin embargo á seguir honrosamente sus huellas á mayor ó menor distancia, y contribuyeron tambien á formar el inmenso repertorio, que sin duda alguna ostenta el teatro español sobre los primeros del mundo.—De estos ingenios que podriamos llamar de tercer órden, nos ocuparemos mas adelante; por hoy solo nos cumple tratar, como deciamos arriba, del último de los distinguidos dramaturgos del siglo XVII, que embelleció aun nuestra escena patria en la pálida corte del postrero de los monarcas de la austriaca dinastia; reflejo, si se quiere, tibio y descolorido, de aquella esplendorosa corte del rey poeta; eco amortiguado de la musa de Calderon en una época de decadencia en que, para servirnos de la expresion de Jovellanos, «parece que la Thalia española habia pasado el Pirineo para inspirar al gran Molière.»

D. FRANCISCO DE BANCÉS CANDAMO,—que es el poeta de quien hoy debemos ocuparnos,—habia nacido en 26 de abril de 1662, de una familia ilustre, en el lugar de Sabugo, concejo de Grado, en el principado de Asturias; y concluida una brillante carrera en la universidad de Sevilla, muy luego se dió á conocer en la república literaria por la originalidad de su ingenio poético, y el aplauso que obtuvieron del público sus primeras producciones dramáticas, hasta que precedido de dicha fama, se fijó en la corte de Madrid, donde, muertos ya Calderon, Moreto, Mendoza y el mismo Solís y demás *poetas oficiales* de palacio, así como el monarca su gran protector, nadie podia disputar á CANDAMO aquel puesto distinguido; nadie tampoco podia competir con él en el favor de la pública opinion.

El rey D. Carlos II, que, en medio de su menguada condicion, y al través de sus pueriles escrúpulos, habia heredado de su padre alguna afición á la poesia y al teatro, tuvo momentos en que pretendió defender á este de las persecuciones de los teólogos y fanáticos que le habian reducido á tal extremo de decadencia, que segun confesion del mismo CANDAMO no pudieron formarse tres compañías de comediantes para solemnizar las fiestas del matrimonio de Carlos con Maria Luisa de Orleans en 1679; y á no ser por el propio poeta que acertó á continuar nuestra escena con regular brillo, no hubiera tampoco prolongado su existencia mas allá de la de su agosto protector.

Carlos el Hechizado, distinguiendo y patrocinando á BANCÉS CAN-

DAMO, encargándole las obras dramáticas para representarse en sus reales palacios, y concediéndole una pensión anual de mil ducados sobre su bolsillo secreto, quiso imitar en él la liberalidad y grandeza con que su padre había favorecido y premiado á los grandes ingenios de su tiempo; y llegó á tal punto su interés y protección hacia CANDAMO, que al paso que le honraba y favorecía, le suscitó involuntariamente mil émulos y envidiosos, que acibararon y aun acaso abreviaron su existencia. Resulta de aquellas enemistades fueron un encuentro desgraciado en que quedó CANDAMO peligrosamente herido; si bien esta circunstancia dió motivo á demostraciones singulares hácia su persona por parte del público y del monarca; llegando este al estremo de enviar continuamente á sus médicos á informarse del estado de la salud del poeta, y mandar atajar y enarenar el frente de su casa en la calle de Alcalá, para que el ruido de los carruajes no molestase al enfermo.

Sin embargo de tanto favor, y del que el público dispensaba á sus obras, fatigado CANDAMO de aquella lucha encarnizada con sus émulos, renunció decididamente á las musas, solicitó y obtuvo un empleo en la administración de rentas reales de la villa de Cabra, pretesto honroso para dejar la corte.

Nombrado despues visitador general de Córdoba y Sevilla, y tesoro de Málaga, con otros destinos y comisiones honrosísimas, prestó en todos ellos distinguidos servicios, y á pesar de haber manejado inmensos caudales, se restituyó tan pobre á la corte, que fué necesario prestarle para comer el día de su arribo. Posteriormente sirvió otras administraciones en Ocaña, Cuenca, Ubeda, hasta que en una de estas comisiones en 1704 pasó á la villa de Lezuza, donde en setiembre de 1709 fué acometido de una aguda enfermedad con sospechas de envenenamiento, falleciendo de sus resultados tan pobre, que fué preciso enterrarle de limosna en la capilla del Santo Cristo de aquella parroquia.

Las obras dramáticas de BANCÉS CANDAMO no fueron impresas en coleccion hasta después de su muerte, en 1722, que salieron al público á costa de José Antonio Pimentel, mercader de libros en Madrid, y en dos partes ó tomos que comprenden veintiuna comedias, autos y zarzuelas, con sus loas y entremeses correspondientes; no estando en ellas contenida la de *La inclinacion española*, y alguna otra que corre suelta con el nombre de CANDAMO.

La mayor parte de aquellas piezas, como escritas para ser ejecutadas con suntuoso aparato ante el monarca y su corte, en el gran teatro del Buen Retiro, pertenecen por su argumento, por los personajes que en ellas intervienen, y por la entonacion del estilo, al género llamado heroico, que tan en moda habian puesto en la corte anterior los poetas oficiales de ella, y que siguió por tradicion, cuando no por gusto propio, el erudito y culto CANDAMO — Los titulos mismos de *El primer duelo del mundo*; *La piedra filosofal*; *El vengador de los Cielos y rapto de Elias*; *Orlando furioso*; *San Bernardo Abad*; *Las mesas de la fortuna*; *El gran quimico del mundo*, y otros á este tenor, dan á conocer lo fantástico de aquellas creaciones, los seres espirituales, las entidades alegóricas, los personajes místicos y mitológicos en ellas representados. En cuanto al estilo que sirve á caracterizarlos, bastará decir que CANDAMO dejó muy atrás por lo culto y alambicado de sus conceptos, por lo hiperbólico y enrevesado de su expresion, á todos los delirantes Gongoristas, que desde los principios del siglo, venian tiranizando nuestra escena; y esto, no solo en aquellas composiciones de pura invencion y fantasia, sino hasta en aquellas comedias que tenian por objeto un argumento y personajes históricos, tales como la *Jarretiera de Inglaterra*; *El Sastre del Campillo*; *El Austria en Jerusalem*; *El esclavo en grillos de oro*; *Mas vale el hombre que el nombre*; *Por su rey y por su dama*, y otras asi, en todas las cuales se tropieza á cada paso con trozos tan sublimemente oscuros como el siguiente:

Desde el tocador la reina,  
por los cristales que el aura  
la invisible luz del viento  
en diafanidades cuajan,  
os vió venir por la posta  
tan veloz que las rizadas  
plumas, que ondeando los vientos  
de volante espuma vaga  
vuestra cabeza tremola,  
su pié parece que calza.

Otros mil por este estilo que aqui pudiéramos trasladar. Pero á vueltas de tan ridicula gerigonza, autorizada únicamente por la imperiosa ley de la moda, el claro ingenio de CANDAMO, revelándose tal vez contra aquel ominoso yugo, le hacia prorumpir en pensamientos tan elevados, en sentencias tan profundas y claramente espresadas como las siguientes:

. . . . . ; Oh hermosura  
en opuestas lides eres  
dicha de quien te codicia,  
peligro de quien te tiene!

Déjame muger, ¿qué intentas?  
el bien que logré en tu empleo  
¿quieres que de muy continuo  
se introduzca á ser molesto?  
Deja que de ser dichoso  
descanse un poco el contento,  
y que conozca la dicha  
el rato que no la tengo.

. . . . . Los bienes humanos  
nunca lo son si se advierte  
que llorando los pasados  
é ignorando los presentes,  
al perderlos, ya son males,  
y al tenerlos no son bienes.

Los casos dificultosos  
y con razon envidiados,  
empiézanlos los osados,  
y acábanlos los dichosos.

Pues con juicio desigual  
hace que el nombre les den  
de hazañas, si salen bien,  
y de locuras, si mal.

Todo bien se ha de perder;  
con que acá en lo natural,  
el bien empieza á ser mal  
desde que bien supo ser;  
luego se puede creer  
todo bien aunque fingido,  
porque despues de perdido  
¿qué distancia se ha encontrado  
entre haberlo imaginado  
y entre haberlo poseido?  
La diferencia á ser viene,  
que, aunque el sentimiento inclina,  
quien pierde lo que imagina,  
no pierde en fin, lo que tiene:  
luego el pensar mas conviene  
que hay en mi felicidad  
que el tenerla en realidad;  
porque si mejor se mira  
lo que duró la mentira  
¿qué falta hizo la verdad?  
Dijo un filósofo, en una  
sentencia, porque os asombre,  
que artifice cualquier hombre  
era en sí de su fortuna:  
mas segura no hay alguna  
que aquella que sin lograr  
quiere uno entre sí pensar;  
pues si la llegó á creer,  
si él no la quiere perder  
no se la pueden quitar.  
Si yo, sin lograr gozoso,  
vivo y feliz en mi estado,  
¿quién podrá hacer desdichado  
al que piensa que es dichoso?  
Yo, pues, será venturoso  
en la empresa que ahora sigo  
si engañarme á mí consigo.  
¡Oh felicísimo error!  
pues no hay fortuna mayor  
que estar contento conmigo.

En la comedia titulada *El Austria en Jerusalem*, se encuentra el chistoso cuento siguiente:

Un monge español á Egipto  
encaminó su derrota:  
súpole el soldan, llamóle,  
y dijole con voz bronca:  
—«¿A qué habeis venido acá?»  
y el padre con muy melosas  
palabritas, devanadas  
en una santa pachorra,  
dijo—A decir la verdad,  
y á morir por ella sola  
predicándola—El entonces  
le replicó con gran sorna:  
—«Si por la verdad deseas  
morir, mejor es que escojas,  
peregrino, otro país!  
A España otra vez te torna,  
y di la verdad en ella  
á personas poderosas,  
y verás como en tu patria  
morir por la verdad logras;  
que acá el decir las verdades  
tan á pechos no se toma.»

Y no solo esmaltaba frecuentemente CANDAMO sus composiciones con sentencias tan nobles, con tan felices agudezas, sino que aprovechando la circunstancia de escribir aquellas para ser representadas delante del monarca y de los cortesanos, solia escoger asuntos eminentes, presentar de gran relieve acciones heroicas de célebres personajes, y poner en su boca los mas brillantes razonamientos, las mas profundas máximas de moral y de política: léase en prueba de ello su magnífica y mas famosa comedia de *El esclavo en grillos de oro*, y la no menos bella titulada *Por su rey y por su dama*, con su simpático protagonista *Tello Portocarrero*; las de *El Austria en Jerusalem*; *El duelo contra su dama*, y *Mas vale el hombre que el nombre*, en que hace hablar al duque de Osuna en los términos siguientes:

DUQUE..... De vuestra dicha me alegro;  
pero mirad que os encargo  
que no rompáis el secreto  
de ser yo el duque de Osuna.

D. LOPE..... ¿Cómo no? Pues encubierto  
en Flandes habeis de estar?

DUQUE..... Sí, D. Lope, que pretendo  
merecer lo que nací,  
sí nací lo que merezco.  
¿Qué me debo yo á mí mismo  
de que fuesen mis abuelos  
grandes señores, si yo  
me estoy en el ocio haciendo  
muy vano con sus memorias  
gloria de triunfos ajenos,  
y con honores pintados  
en mi escudo me contento?  
*Los que á heredar solo nacen  
y no á vivir como aquellos  
de quien nacieron, debían  
morirse niños, supuesto  
que no tienen en el mundo  
cosa que hacer en naciendo;*  
ó al menos, en heredando,  
les es el vivir superfluo.  
Aquel que nace de un grande  
pudo nacer de un plebeyo;  
luego si aquella fué dicha  
sin haber mérito nuestro,  
¿qué cosa es para estar vano  
con solo nacer? yo creo  
que es justo que dé alegría,  
mas no desvanecimiento,  
*pues no es triunfo el nacer grande,  
sino solo el saber serlo.*  
Si fueron buenos mis padres,  
téngalos Dios en el cielo,  
que eso no me sirve á mí  
mas que de carga, si advierto  
que me dejan obligado  
á ser tan bueno como ellos:

y si acaso no lo soy,  
con lo que me desvanezco  
me acuso á vista del mundo,  
si en vida y presuncion nuestro  
la obligacion que no cumplo  
al observar la que tengo.  
El que desluce mas triunfos  
es mas vil en mi concepto;  
que el humilde que obra mal  
ya tiene que perder menos.  
Luego, el que en su obrar deshace  
las glorias que le adquirieron  
sus mayores, de ellas es  
enemigo, no heredero;  
y de ellas es, pues le acusan,  
no poseedor, sino reo.

Por este estilo sabia aleccionar CANDAMO á la corte en las fiestas palacianas, ennobleciendo de este modo su delicada mision de poeta oficial que anteriormente habian ocupado con raro acierto y discrecion Calderon, Moreto, Mendoza y Solis, y sin tocar en el exceso de adulacion de Cubillo, Diamante, y otros poetas cortesanos de Felipe IV; si bien cediendo en la expresion ó en el estilo al torrente del mal gusto que así en las letras como en las artes habia invadido nuestra nacion en el estéril reinado del enfermizo Carlos II.

R. DE M. ROMANOS.

## COMEDIAS

DE D. FRANCISCO BANCÉS CANDAMO.

Cuál es afecto mayor, lealtad, sangre, ó amor.  
Austria (el) en Jerusalem.  
Duelo (el) contra su dama.  
Duelos de ingenio y fortuna.  
Esclavo (el) en grillos de oro.  
Español (el) mas amante, y desgraciado Macías.  
Fieras de celo y amor.  
Gran (el) químico del mundo.  
Inclinacion (la) española.  
Jarretiera (la) de Inglaterra.  
Mas vale el hombre que el nombre.  
Mesas (las) de la fortuna.  
Orlando furioso, ó Como se curan los celos.  
Piedra (la) filosofal.  
Por su rey y por su dama.  
Primer (el) duelo del mundo.  
Quién es quien premia el amor.  
Restauracion (la) de Buda.  
Sastre (el) del Campiolo.  
San Bernardo Abad.  
Vengador (el) de los cielos, y rapto de Elias.  
Virgen (la) de Guadalupe.

## FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

(Continuacion.)

La mirada de Francisco se encontró con la de un hombre de mediana estatura, que aunque llevaba espada, no vestia el traje de soldado: botas altas, capilla y toquilla sin pluma, eran las prendas principales que componian el suyo; pero su ancha y espaciosa frente revelaba sus altos pensamientos, y su apacible rostro traducia la esquisita bondad de su alma.

—¿Cuál es tu pena, mozo? preguntó á nuestro jóven, al ver su rostro bañado en lágrimas.

Los que sufren siempre estan dispuestos á comunicar á otro sus pesares. Francisco, pues, no tardó en referir á aquel extraño, tanto su fuga del hogar paterno, como los desaires que acababa de recibir en el campamento.

—Escucha, le dijo su interlocutor luego que hubo concluido: ayer me hallaba yo en tu mismo caso, pues soy ese genovés de quien tanta mofa han hecho. Todavía oiré exclamar á mas de cuatro que se creen muy sabios: «Es un imbécil, un loco.» Pero al fin se han cumplido mis deseos, porque SS. MM. católicas me conceden dos buques. ¡Dos buques! Gracias, Dios mio... ¡Los he deseado por tanto tiempo!

Y aquel hombre alzó las manos hácia el cielo con piadosa efusion.  
—Ayer, prosiguió, no era mas que un triste aventurero rechazado

por todos: hoy soy *Almirante del Océano*. Pues bien; quiero que tú participes también de mi felicidad. Si no temes esponer tu vida conmigo en mares desconocidos, habla: te llevaré en mi compañía, y pues el cielo me ha negado hijos, seré tu padre, Francisco.

El pastor no podía desechar la admiración que le causaban unas palabras ininteligibles para él.

—Nada respondes, le dijo Cristóbal Colon. ¿Tienes miedo de arros- trar los peligros que te propongo?

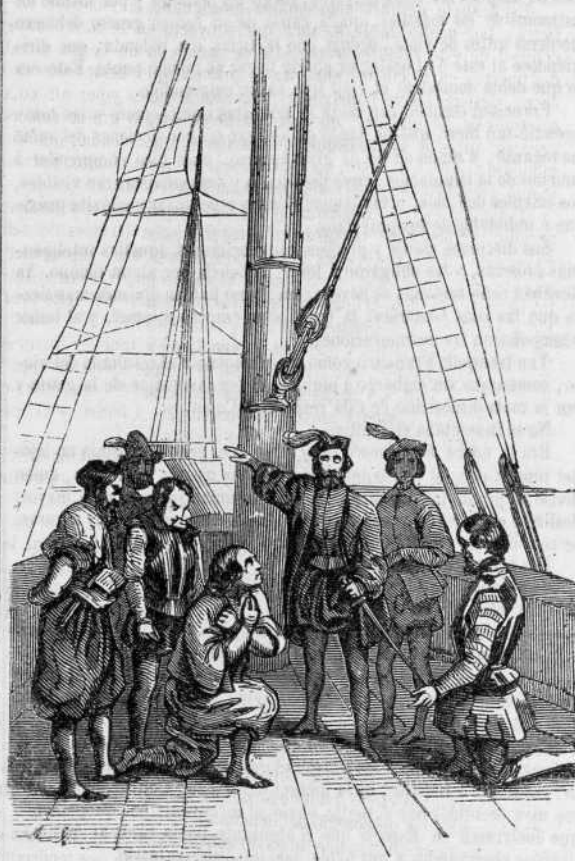
—Por mi parte, repuso el pastor al oír esto, os seguiré adonde que- rais llevarme, amo mio.

—No me llames amo, sino amigo.

—Y Colon alargó la mano al jóven, quien instintivamente la llevó á sus labios sin poder pronunciar una palabra.

Pocos instantes después, el gran navegante y el pastor de Estre- madura dejaban el campamento y se dirigían al puerto de Palos.

Este pueblo tenía la obligación de mantener armadas dos caravelas



llegar á las *Indias* por una direccion mas recta. Cristóbal Colon se había convencido de que la tierra es redonda, y conociendo que el rodeo por el Africa es demasiado largo y el viaje por el cabo de Buena Esperanza y el Océano Pacífico muy peligroso, habia imaginado con fundamento que se podria llegar á las *Indias* en menos tiempo y mas fácilmente por el Oeste. En vez de lo que buscaba encontró el Nuevo- Mundo; pero creyó que era el continente del Asia, y le dió el nombre, que todavia conserva en Inglaterra, de *Indias Occidentales*.

No nos detengamos en pintar la increíble admiración de nuestro pastor al verse en medio del Océano, entre el cielo y el mar, sin mas horizonte que las olas, que se confundían á lo lejos con el azul del firmamento.

Ya le hemos visto soñar al ponerse el sol en las orillas del Al- monte, no lejos de Trujillo; pero la realidad era en el Océano muy superior á todas las fantasías de la imaginación.

Cuando el tiempo está en calma, son largos los dias en el golfo:

para guardar su costa, y con arreglo á las órdenes de Fernando y de Isabel, debían ponerse á la disposicion de Cristóbal Colon. El genovés armó otro buque á sus expensas.

Noventa hombres reunidos con grandes esfuerzos completaban la tripulacion de las tres caravelas, que llevaban provisiones para un año.

Las dos primeras, llamadas *La Niña* y *la Pinta*, iban mandadas por los dos hermanos *Martin Alfonso* y *Vicente Pinzon*.

La tercera, cuyo nombre era *La Santa Maria*, estaba á las inme- diatas órdenes del jefe de la expedicion.

Después de mil dificultades y de inauditos obstáculos vencidos, el viernes 3 de agosto de 1492 zarpó Colon del puerto de Palos, llevando en su compañía á Francisco Pizarro.

IV.

EL DISCÍPULO DE COLON.

Ocho dias después, la escuadrilla, que habia hecho rumbo hácia Occidente, se hallaba á ciento cincuenta leguas de la isla del Hierro, y proseguia avanzando, no con el objeto de descubrir un nuevo mundo, como tan equivocadamente se ha repetido, sino con la esperanza de

Francisco empezó por admirar un espectáculo tan extraordinario para él, y cuya inmensidad ocultaba tantos secretos, y acabó por pensar en aquel hombre, que siempre tranquilo y siempre intrépido, les guía- ba con tanta seguridad hácia tierras desconocidas: por lo mismo, ad- miraba también á Cristóbal Colon, á quien debía ya todo su reco- nocimiento.

Admirábale al verle calcular y disponer el rumbo del buque, ins- truir de él al piloto, observar el sol durante el dia y los demás astros durante la noche, y al mismo tiempo se cubria su corazon de tristeza al pensar en su propia ignorancia.

Cierto dia en que los marineros dormían sobre cubierta, se hallaba Francisco en pié al lado de su protector.

- ¿Por qué no duermes como tus compañeros? le preguntó este.
- No tengo sueño, contestó Francisco; os estoy mirando.
- Me miras, replicó Colon afectuosamente, pero no comprendes.
- No... no comprendo... es verdad.
- ¿Y quisieras comprender?
- ¿Si quisiera!... ¡Oh! Daría...
- ¿Qué darías?
- Nada poseo, pero creo que seria capaz de todo por llegar á com- prenderos y ayudaros en vuestros trabajos.
- Podrías hacerlo sin condiciones. ¿Sabes leer?

—No, murmuró tristemente Francisco.

—Vamos; eso quiere decir que serás discípulo mio en todas las materias: empeceemos ahora mismo tu instrucción.

Si Cristóbal Colon no era un preceptor ordinario, preciso es convenir en que tampoco el joven Pizarro era un discípulo vulgar.

Sus progresos en lectura y escritura fueron rápidos; pero Colon no se limitaba á esto: enseñaba á su discípulo á determinar, por la altura del sol sobre el horizonte á las doce del día, la distancia á que se hallaban del polo, y á rectificar por la noche los cálculos del día por el ángulo que formaba, con la línea horizontal, la mirada dirigida hácia la estrella polar. Si el tiempo se cubría impidiendo la observación por los astros, le demostraba que el navegante puede gobernarse sin su auxilio con la brújula, cuya aguja tocada al iman, se dirige siempre al norte, aunque con cierta declinación conocida.

Esplicábale despues cómo había averiguado la redondez de la tierra, por medio de la sombra que proyecta en la luna, en los eclipses de este satélite, y por la observación de un buque al salir del puerto; en efecto, al ver que lo primero que desaparece es el casco, despues las velas mayores, luego los juanetes y por último los extremos de los mástiles, que á causa de su escaso grueso debieran perderse antes de vista, dedujo que la tierra era redonda, que dirigiéndose al este ó al oeste, se podría llegar al mismo punto. Esto era lo que debía demostrar el viaje que había emprendido.

Francisco escuchó con tanta avidéz estas esplicaciones y las comprendió tan bien, que no tardó en abrigar las convicciones del sabio navegante, á quien sirvió de gran recurso, pues hizo comprender á muchos de la tripulación, cuyo desaliento y desconfianza eran visibles, los cálculos de Colon, el fundamento de sus esperanzas y el éxito próximo é indudable de sus proyectos.

Sus discursos claros y precisos convencieron á aquellas inteligencias groseras, y les obligaron á tener paciencia por algun tiempo. Ya llevaban ocho semanas de navegación, y no habían dividido mas tierra que las islas Canarias: la tripulación empezó á temer, y al temor acompañaron las murmuraciones.

Tan tranquilo Francisco como su jefe tocante al resultado del viaje, comenzaba sin embargo á inquietarse por las quejas de la gente y por la mala disposición de esta respecto á Colon.

No se inquietaba sin motivo.

Era la noche del primero de octubre, y el genovés dormía en lejos del timon; pero el recelo tenía abiertos los ojos de Francisco, quien dividió de pronto muchas sombras que se reunían junto al palo mayor: deslizo entre ellas, y sus sospechas, hasta entonces no muy seguras, se convirtieron en una terrible certeza.

Los marineros deliberaban.

—Es un visionario, decía uno; un aventurero genovés.

—Un loco, añadía otro.

—Nada de eso; ha hecho pacto con el diablo y nos lleva al infierno.

Cada cual justificaba su opinion y razonaba á su modo, para probar á los demás que no debían obedecer por mas tiempo á un hombre que no sabia de cierto á dónde se dirigía; á un extranjero, á quien nadie conocía, á un poseído del demonio.

Conviniéron unánimemente en desembarazarse de él; pero una sola circunstancia contenía á los conspiradores; la cuenta que tendrían que dar, al llegar á España, de la muerte de su jefe. Uno de los marineros mas decididos por el motin obvió el inconveniente, proponiendo que declarasen en España que el almirante había caído al mar hallándose observando, y que había sido imposible salvarle.

Dispuestos á ejecutar su criminal intento, se dirigieron los marineros hácia popa, donde descansaba el jefe; pero Francisco se les había adelantado para despertar á Colon, á quien dijo:

—Vedlos ahí; ya llegan.

—¿Quién, hijo mio? le respondió el genovés.

—Los marineros, la tripulación entera; quieren mataros, arrojaros al mar y volver á España.

—Sin duda te equivocas, hijo mio. ¿Asesinarne durante el sueño?

—Oid... ó mas bien, mirad; ya se acercan.

Los conjurados avanzaban en efecto, y Colon no podía ya dudar de sus intenciones. Perdieron no obstante la serenidad al ver á su jefe en pie, y esto le dió tiempo para dirigirles algunas palabras: sus razones conmovieron á aquellos hombres, que en el fondo no eran criminales ni asesinos, pues el miedo les impulsaba á cometer un delito. Sin embargo, este miedo había tomado tan grandes proporciones, que se negaron á entrar completamente en su deber.

Cristóbal Colon se vió en el caso de ofrecer condiciones á los mismos que le debían obedecer ciegamente, y fueron aceptadas. La escudrilla proseguiría navegando por el rumbo que seguía durante tres días, y si al cabo de este tiempo no se descubría tierra, el almirante entregaría su vida y las caravelas á merced de las tripulaciones.

Concluido este pacto se retiraron los marineros, y se restableció la tranquilidad á bordo de la *Santa Maria*.

—¿Y qué! dijo Francisco á Colon. Si dentro de tres días nada encontramos; tendremos que volver atrás?

—Soségate, hijo mio, le contestó el sabio matemático: ya encontraremos en ese plazo lo que todos queremos. No me ha conducido la mano de Dios hasta la altura en que nos hallamos, para hacerme retroceder sin haber descubierto lo que tanto anhelo.

Y el almirante, como si no acabase de ver amenazada su vida por los puñales de la tripulación, se entregó de nuevo á un sueño apacible y sereno.

(Continuará.)

## ALMA POR ALMA.

### CUENTO.

Era Enrique un pobre artesano, de gallardo cuerpo y alma pujante. Su inteligencia vigorosamente desarrollada, mas que por el estudio por las tertulas naturales de su genio, le sublimaba muy alto sobre la raza comun de los hombres; era un águila aprisionada por las redes de esa sociedad que no permite fácilmente volar al que mejores alas desplega, si la fortuna no le ha colocado en alguna cima desde donde pueda, mas ó menos torpe, tender el vuelo. Enrique sufrió una larga serie de amargos desengaños: una por una fuéron cayendo todas sus ilusiones de gloria, como las hojas agostadas, que el menor vientecillo desprende del árbol que adornaban. Entonces se despidió con tristeza de aquellos sueños lisonjeros que apenas cruzaron por su alma, y replegó toda la energía que Dios le había inspirado en los sentimientos del corazon, en los afectos de familia. Su vida asemejaba una especie de delirio; y allá en el fondo de su taller, en medio de su esposa y de sus hijos, en aquel recinto santificado por el amor y por el trabajo, pudiera creerse que se albergaba la felicidad, si el alma de Enrique, templada para la tristeza, no hubiera sentido vagos y dolorosos presagios, comparables en lo moral á los sacudimientos nerviosos en lo físico. Poco tiempo tardaron en cumplirse; la muerte fué llevando á la esposa y á los hijos, sin que de estos quedase mas que uno, retrato vivo de la suave belleza de su madre y del alma melancólica del padre. ¡Cuántos dolores tuvo que soportar! Todos sus afectos, fuertes y arrolladores, habían ido concentrándose en un punto: de la gloria á la familia, de uno á otro individuo de ella, gota á gota por decirlo así, fué cayendo en aquel niño el amor que entumecía su corazon. Nosotros que vivimos sumergidos en este mundo disipador, que volátiles mariposas nos contentamos con gustarlo todo sin profundizar en nada, no sabremos apreciar una existencia dominada esclusivamente por el blando, intimo y acendrado cariño paternal.

Pero aun aquella débil antorcha de felicidad iba á apagarse; el niño tendido en su lecho, fijando en el cielo los negros y brillantes ojos, parecia que iba á recogerse en el nido que allí le estaba reservado. ¡Era el último pasador que cabía en el corazon del pobre Enrique! Trémulo, congojoso, arrodillado á orillas de aquella cuna que empezaba ya á engolfarse en el piélago de la eternidad, entre sus manos las manos del niño que abrasaba con sus lágrimas, sentía las penas mas crueles, porque tenía su amor la ternura de una madre y la intensidad de las pasiones de un hombre.—¡Oh! exclamaba, ¡con que va á romperse la última áncora que me sustentaba en este mar borrascoso; va á extinguirse el último vislumbre de mi dicha! ¡Dios mio! véale yo salvo, y perezca luego: mi vida ofrezco por su vida, mi alma por su alma; y al hablar así, se apretaba convulsivamente la cabeza, y las lágrimas que no corrían de los ojos, manaban del corazon. De improviso escuchó á su espalda cierto rumor parecido al de un ave que agitase las alas, y se ofreció á su vista un hombre de elevada estatura, en cuyo rostro cárdeno se dejaba traslucir algo siniestro.—«Vengo, le dijo, á llenar tus deseos; á costa de tu vida y de tu alma, quieres rescatar la de tu hijo, sea así: á fuer de generoso te concedo un año para que le veas crecer fuerte y lozano: ratifica tu oferta, y la muerte abandona su presa en el momento: Enrique quedó estupefacto, mirando con ojos desenejados á su extraño interlocutor...—Decide sin tardanza, continuó este; el tiempo vuela: mira, el velo de la muerte está ya tendido sobre la pura faz de tu hijo. Enrique entonces se inclinó gimiendo junto aquel rostro moribundo...—Tres pulsaciones quedan solo á su vida; ¡afirmas tu pacto?... Escucha.—El pobre padre prestó atención con una indefinible agonia: semejante al sonido del muelle de un reloj, percibió un latido... luego otro... y acaso iba á sonar el tercero, cuando con un arranque frenético se volvió á su sobrenatural compañero y le dijo...—Si.

Sonrióse éste, apretóle la mano, y desapareció.

Quedó entonces Enrique como si despertase de una profunda pesadilla; vaciló algunos instantes sin poder dominar su aturdimiento, y por último se arrojó al lecho de su hijo exclamando —¡Será esto un sueño!... ¡Pero qué sorpresa la suya! En vez de aquel rostro livido y

cadavérico que antes le desgarraba las entrañas, halló las megillas frescas, la boca sonrosada, los ojos llenos de vida del niño que le tendía los brazos balbuciendo esas palabras que llenan de gozo el corazón de un padre.

¿Qué misterio se había verificado en aquellos momentos? Enrique no quiso, no pudo pensar en ello; su felicidad le embargaba de todo punto.

El destino de su vida se cumplía; era un sacrificio de amor. . . .

Volaron después los días, corrieron uno tras de otro los meses, sin que en ellos pudiera recordar claramente lo que había pasado en la enfermedad de su hijo, que se ofrecía á su memoria como los sueños de un delirante. Al cumplirse el año presentaba su casa un cuadro lastimoso; Enrique yacía espirando en su lecho con los ojos casi helados fijos en el niño, cuya infantil sonrisa hacía un extraño efecto en aquella lúgubre escena; algunos pobres compañeros del moribundo estaban sentados á los piés del lecho como las llorosas estatuas de un sepulcro, y á los lados de la cabecera se veían dos sujetos desconocidos que observaban el rostro de Enrique con muestras, el uno de un celestial afecto, y el otro de maléfico gozo. A poco rato se estremeció, tendió las manos sobre la cabeza de su hijo, y todos los circunstantes se pusieron en pié. Entonces el pulso del enfermo retumbó como una campana cascada; sonó por segunda vez; los desconocidos salieron lentamente del cuarto, y al trasponer la puerta repitióse de nuevo aquel sonido; Enrique dejó de existir. La función terrenal había acabado. . . .

El espíritu de aquel hombre que había errado por causa de la misma fuerza que en él hervía, compareció á oír la sentencia del Juez Supremo; dos seres superiores le acompañaban; uno era su ángel tutelar, otro era su enemigo.—Señor (esclamó este), olvidó vuestro poder, blasfemó de vuestra providencia:—Señor, replicó el ángel, su vida fué una vida de amor y de lágrimas, y vos habeis dicho: bienaventurados los que lloran!! El Criador dijo en seguida:—Tu caridad y tu llanto te salvan; espíritu que tanto has padecido, ¿por qué te rebelaste contra las leyes de la Providencia? ¿sabes el funesto don que has alcanzado para ese niño condenado por tí á beber las amargas aguas de la vida? Marcha, aun te resta una espaciación; vuelve al mundo de que has salido; como una sombra seguirás al que fué tu hijo, contarás sus dolores, paladearás la hiel que ha de mojar sus labios, y cuando con esta prueba esteis purificados, volad á mí que yo os daré consuelo!!! El fallo se cumplió al momento; los ángeles ensalzaron al que premia las lágrimas con la felicidad, y el espíritu de Enrique tornó á la tierra de que había partido, comprendiendo en medio de su espaciación cuánto se engaña el hombre que contra los decretos de la Providencia se rebela. El mundo nada supo de este misterioso drama, porque no le hacen mella ni aprecia los dolores ni las virtudes humildes.

A. GIL SANZ.

## PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

### EL AMOR VESTIDO A LA MODA.

#### ROMANCE.

Si niña de quince abriles  
(vayan seis ó siete mas)  
píntase al amor, cual ella  
se figura que será,  
de cierto no le pintara  
niño de menor edad,  
ni ceguezuelo, ni alado,  
ni le diera arco y carcax,  
ni vestido cual se usaba  
en tiempo del padre Adan,  
que esas son de los poetas  
necesidades nada mas.  
Los niños, en el hospicio  
ó en la escuela bien se están;  
¿pero qué muger de forma  
se enamora de un rapaz?  
Si está desnudo, que vaya  
á que lo vista mamá;  
si ciego, venda el diario  
ó la lista general;  
y si ave, ¿quién quiere amante  
tan espuesto á pelear?

Váyase quien tal pintó  
con quince diablos y mas,  
que yo con mejor acuerdo  
aquí le he de retratar.

El amor, para una niña,  
ha de ser mozo galan,  
con sus botas de charol,  
corbata de seda y frac,  
lustroso y rizo el cabello,  
cuante que oprima el pulgar,  
bigote en forma de lezna  
y pera piramidal;  
que salude á la otomana,  
que galope bien un wals  
y que en polkas y en mazurkas  
sude como un ganapan;  
que use gemelos de á terciá,  
no tanto para él mirar  
como porque alguna note  
que mira al palco en que está;  
que guíña al balcon de dia,  
que en el frontero portal  
las noches vele, pensando  
si su hermosa ronca ya;  
que en epístolas románticas  
declare su dulce afan,  
y á la ventana las tire  
aunque rompa algun cristal;  
que cual perro de su dama  
la siga do quier que va,  
y se ponga colorado  
si la encuentra faz á faz.  
Con esto, y con aire tímido,  
y con lúgido mirar,  
caten al amor varon,  
como se usa en esta edad.

Y vos, dueña de este Album,  
si amigas teneis, mostrad  
á sus ojos tal pintura,  
que entre ellas de cierto habrá  
mas de dos que reconozcan  
del cuadro el original.  
Empero tambien decidles  
que acaso un sombrero *clac*  
cubre insulsa calabaza,  
ó algo mas malo quizá,  
y que hay almas muy de cántaro  
en corteza linda asaz.

Jóven sois como sois bella:  
si tal vez hallasteis ya  
al que os pinto, no os fascine  
la vana esterioridad.

Concluyo perdon pidiendo  
de esta leccion de moral  
á vuestra amable indulgencia;  
pues ambos estamos ya,  
vos en la edad del amor,  
yo en la edad de aconsejar.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

#### ROMANCE.

Cortando del mar las ondas  
iba una nave turquesca,  
henos de esclavos los bancos  
y henchidas de aire las velas.  
Blancas espumas agitan  
los remos en torno de ella,  
que cual la humana esperanza  
nacen, crecen y se quiebran.  
De un triste español, cautivo  
el cuerpo va en la galera,  
que el alma quedó en el pecho  
de una dama de Valencia.  
Pasa el cristiano las horas  
alzando sentidas quejas,

que lleva el viento á la playa  
 donde su amada le espera.  
 Él, de continuo pregunta,  
 á las olas por su prenda,  
 y ella á las olas tambien  
 pide de su amado nuevas.  
 Él, al mirar una costa,  
 juzga que á su patria llega,  
 y ella, al mirar un navio,  
 cree que el cautivo se acerca;  
 y al ver burlado su afan  
 y su esperanza deshecha,  
 con un torrente de lágrimas  
 las aguas del mar aumentan;  
 y él lanza un triste suspiro  
 y un suspiro exhala ella,  
 que al perderse en el espacio  
 en su camino se encuentran.  
 Y de este modo los dos  
 pasan su amarga existencia,  
 ella en cadenas de amores  
 y él en bárbaras cadenas.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

### EPITAFIO.

EN LA SEPULTURA DE LA JOVEN.....

Pura, inocente y buena,  
 pasó en su edad lozana  
 como blanca azucena  
 en su primer mañana.

¡Ay, marchitada nieve!  
 ¡ay, ya mústios verdes!  
 ¿por qué ha de ser tan breve  
 la vida de las flores?

ZEA.

Nuestro distinguido amigo el señor D. Manuel Breton de los Herberos nos dirigió el lunes último el comunicado que insertamos á continuación. Aparte de la composicion del señor Gallego que publicamos en el número anterior, habiamos llegado á reunir mas de 20, que de seguro son debidas al insigne poeta cuya pérdida lloran los amantes de nuestras letras; pero habiéndonos manifestado el señor Breton que la Academia española tiene acordado imprimir una coleccion completa de todos los escritos de D. Juan Nicasio Gallego, prescindiendo nosotros de los títulos en que podiamos apoyar nuestra pretension de dar á conocer en el SEMANARIO varias de aquellas admirables poesias, sin atacar en lo mas mínimo derecho alguno de propiedad, hemos renunciado á la publicacion de ellas, y le hemos ofrecido entregar á la Academia copias de todas las que poseemos, deseados de que puedan contribuir en algo á la coleccion proyectada, para honrar la memoria de aquella inmortal lumbrera del Parnaso español.

Señor director del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Muy señor mio: El ameno periódico que V. con tanta aceptación dirige, incluyó en el número de ayer dos poesias inéditas, y al pié de cada una se lee el ilustre nombre del señor D. Juan Nicasio Gallego (Q. E. E. G.). Como testamentario y como amigo íntimo del difunto, me veo obligado á hacer á V. algunas observaciones sobre el particular. Prescindo de que las obras, inéditas ó no, de aquel insigne poeta, no han pasado todavía al dominio del público, pues considero que publicar alguna ligera muestra de ellas es contribuir á la gloria del autor sin atentar á la propiedad; pero debo advertir á V., que la primera de dichas composiciones, el soneto *A Radetzki*, no es del ingenio á quien el SEMANARIO, mal informado, la atribuye. Así me consta, como á muchos en Madrid, y aunque el soneto es de un mérito indisputable para haber sido improvisado y con rimas forzadas, circunstancia omitida en el SEMANARIO, bien conocerá V. que no puedo dispensarme de hacer esta rectificación, y de rogarle que se sirva insertarla en el próximo número del periódico referido. Queda de usted afectísimo seguro servidor y amigo Q. B. S. M.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Juan de Sirez, predicador de Tolosa en el siglo XVI, viendo lleno el hospital de enfermos y siendo imposible atenderlos á todos con esmero, dijo un dia predicando que habia sabido que los habitantes de Tolosa deseaban hacer un viaje, y que sabia tambien por haber viajado mucho que era preciso tener primero un buen caballo, cuidarle mucho, ver si comia bien, y si le hacia mataduras la silla curárselas; porque si no, era fácil que dejara al viajero en medio del camino. Que los tolosanos deseaban hacer el viaje al Paraiso, y que por esa razon los habia llamado al hospital para darlos á cada uno un buen caballo para subir al cielo: que les prometia en nombre de Dios que si recogian cada uno á un pobre, le cuidaban con esmero, y procuraban su curacion, que les proporcionaria el llegar felizmente al Paraiso.

Estas palabras produjeron tal efecto, que cada habitante de Tolosa pidió su pobre, y en pocos dias se vieron todos socorridos.

Felipe el Bueno, duque de Borgoña, paseándose una noche por la ciudad de Brujas, halló en la plaza pública á un hombre tendido en el suelo y durmiendo profundamente: conoció que era un borracho, y así mandó que lo levantasen, le llevaran á su palacio, le quitasen sus andrajos, le pusiesen una camisa fina, y le metiesen en una magnífica cama. Todo se hizo así, sin que el borracho despertase hasta el otro dia muy tarde: quedóse entonces admirado de verse en un magnífico salon, rodeado de criados ricamente vestidos, y que le preguntaban qué vestido queria su alteza ponerse aquel dia. Acabóse de aturdir con esto, y comenzó á decir que él no era principe, ni cosa que lo valiese, sino un pobre zapatero; pero viendo que no hacian caso, tomó el partido de callar y de seguir haciendo el principe, pues que no le iba mal. Dejéese vestir, presentéose en público, y recibió los honores de soberano. Sirviéronle luego una comida magnífica, hubo juego, paseo y mil diversiones; luego cena y baile; y como aquel buen hombre no estaba acostumbrado á tales regalos, quedó aun mas borracho que antes, y mas dormido. Entonces le volvieron á poner sus andrajos y á llevarle al paraje donde estaba. Allí pasó toda la noche bien dormido y no se despertó hasta la mañana, que creyó que cuanto le habia pasado era sueño, y así se lo contó á su muger. Esta historieta ha dado motivo á una comedia italiana intitulada: *Arlequin siempre arlequin*.

El año de 1763, un inglés llamado Guillermo Orrebow fué sentenciado á muerte con otros quince culpados. El dia antes de la ejecucion de la sentencia tuvo gana de ver á su muger y despedirse de ella. Como tenia dinero, mandó traer vino y convidó al carcelero á beber. Cuando le vió ya achispado, le esplicó su intento pidiéndole permiso de salir por unas dos horas, obligándose con los mas fuertes juramentos á volver al instante. El carcelero, á quien el vino impedia hacer serias reflexiones, agradecido al que tan bien le habia regalado, se fió en él y le dió libertad. Orrebow fué volando á casa de su esposa, la que se sorprendió mucho de verle, y le aconsejó que se aprovechase de la ocasion para escapar; pero él la recordó su palabra, y dijo que no faltaría á ella, y que lo único que haria seria pasar allí la noche. Luego que se le hubo disipado el vino un poco al carcelero, viendo que no venia su preso, consideró lo que habia hecho, y se puso á temblar. Llega la hora del suplicio, vienen los carros donde debian ir los reos, y como no hubiese mas de quince, debiendo ser diez y seis, cargaron con el carcelero, y ya se lo llevaban camino de la horca. Orrebow se habia quedado dormido cual si nada le hubiera de suceder. Despierta en fin, ve que es tarde, y echa á correr hacia la cárcel, donde ya no encontró á nadie: entonces corre aun mas para llegar á tiempo á la horca: en el camino encontró los carros, acercóse á ellos casi sin aliento, y dirigiéndose al carcelero le dijo: —Baja de ahí, que bastante tiempo has estado en mi lugar, y con harta pena sin duda; si no hubiérais tenido tanta prisa de marchar, ni tú hubieras tenido el sentimiento de venir hasta aquí, ni yo me hubiera cansado tanto en correr para alcanzarte. — Diciendo esto sube al carro, se sienta, toma aliento, dá gracias al carcelero, y se queja ágríamente de que le hayan creído capaz de faltar á su palabra. Por grande que fuese su delito, tan heroica buena fe merecia perdon.

Pasando un aldeano por una calle de una ciudad, en que habia muchas tiendas y pocas mercaderías, se le antojó entrar en la que estaba mas vacía, y preguntar qué se vendia allí. El mercader, queriéndose burlar de él, le dijo: —Aquí se venden cabezas de asnos. — En verdad que teneis muy buena venta, contestó el aldeano, pues no queda mas que una en la tienda.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





LA CAPILLA DE SAN SEVERO EN NÁPOLES.

La capilla de San Severo no se halla abierta todos los días al público, porque es un oratorio privado. En otro tiempo se la dió el nombre de Santa María de la Pieta: fué construida en el año de 1590, y adornada en una época mas moderna con mármoles y esculturas que decoran los sepulcros de la familia de los príncipes *di sangri*. El bajo relieve del altar mayor representa el Calvario y el Crucifijo, y es una obra muy apreciada de Francisco Celebrano. Pero tres estatuas, mas caprichosas que bellas, que existen en dicha capilla, llaman sobre todo la atención del viajero. La una, considerada como la obra maestra de Gucciolo, representa á un hombre (se dice es el padre del príncipe Raimundo de Sangro) que trata de salir de las redes del pecado; las mallas de la red estan trabajadas en la misma pieza de mármol que la figura; el cincel ha hecho dibujos con tanta paciencia y maestría,

ha dado giros tan felices, que parece ha tenido la pretension de mostrar la vida bajo las redes que envuelven á tan notable estátua.

### TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII.

AUTORES DE TERCER ORDEN.

LOS FIGUEROAS.—GODINEZ.—ENCISO.—COELLO.—VILLAYZAN.—HERBERA.—SALAS BARBADILLO.—SOLÓRZANO.—ZABALETA.—CANCER.—VILLAVICIOSA.—REYES.—MUGET.—VELEZ, HIJO.—MAESTRO LEON.—SALAZAR.—MONROY.—BOCANGEL.—SOR JUANA, etc.

En la serie de artículos que venimos consagrando al estudio de nuestro inmortal teatro español del siglo XVII, han ocupado hasta 20 DE MARZO DE 1855.

ahora nuestra pluma tan solo los grandes maestros, justamente reputados como colosos del arte;—Lope de Vega y Calderon, Tirso de Molina y Rojas, Moreto y Ruiz de Alarcon;—ó aquellos de sus mas felices imitadores, que por la multitud de sus obras dramáticas y por la importancia relativa de ellas están considerados como buenos autores de segundo orden. En este número comprendimos á Montalvan, Velez de Guevara, Guillen de Castro, Mira de Mescua, Cubillo, Matos, Belmonte, Leiva, Mendoza, Zárate, Hoz y Mota, Diamante, Solís y Candamo, que son los que dejaron un repertorio propio y bastante apreciable para formar parte de una colección escogida de nuestro teatro.

No fueron, sin embargo, solos aquellos célebres autores los que trabajaron para él con éxito y nombrada en el gran siglo de nuestra escena, y mas especialmente en la mitad aproximada de él, que ocupó el trono español un monarca entusiasta por las letras y las artes, á los que no desdenaba dedicar á las veces su misma pluma y su pincel.—A su imitacion y estímulo, todos los hombres de letras que produjo aquel fecundo siglo, todos los políticos cortesanos, y tambien toda la muchedumbre de osadas medianías, se lanzaron á la escena en busca de los laureles, de los aplausos y del favor cortesano que abrumaban ya con su peso las frentes de Lope y Calderon.

Inimitable sería pues nuestra tarea, si pretendiésemos llevar nuestro estudio hasta el estremo de abarcar en estos artículos la reseña individual de aquella inmensa multitud de escritores, que pasan de algunos centenares; de aquella innumerable cantidad de obras dramáticas, que aun hoy nos han llegado impresas hasta el número de algunos miles.

Sin embargo, no creemos estralimitarnos de nuestro objeto de dar á conocer en globo lo que constituye la principal riqueza del teatro español, y aun creeríamos no haber cumplido hasta donde alcanzan nuestras escasas fuerzas con ese mismo propósito, si no hiciéramos escepcion de algunos de estos autores que pudiéramos llamar *de tercer orden*, para consignar sus obras y los méritos que las avaloran y las hacen distinguirse aun entre la turba multa de escritores adocenados.—Aquellos pues que merecen á nuestros ojos esta honrosa distincion, son los que van señalados á la cabeza de este artículo, y de que vamos á ocuparnos hoy.

D. DIEGO y D. JOSÉ DE FIGUEROA y CÓRDOBA eran dos hermanos, discretos poetas andaluces, que, ya juntos en uno, ya separadamente, escribieron muchas comedias con bastante éxito, y en las cuales efectivamente revelan dotes nada comunes de ingenio y gracejo; especialmente el D. Diego se distinguia por su mayor suma de invencion y de agudeza, si hemos de atenernos á las comedias que corren impresas con solo su nombre, y singularmente á la titulada *Todo es enredos, amor y diablos son las mugeres* (falsamente atribuida á Moreto), y cuyo lindo argumento sirvió evidentemente al autor del *Gil Blas*—sea quien fuere—para trazar uno de los mas lindos episodios de su libro cuarto, ó sea la aventura de los amores de Doña Aurora de Guzman y D. Luis Pacheco. Verdad es que (segun el erudito anotador del *Gil Blas*, el señor Castro) pudo FIGUEROA haber tenido presente para la invencion de su comedia la vida de la célebre poetisa sevillana Doña Feliciano Enriquez de Guzman, quien parece que efectivamente estudió en Salamanca vestida de hombre, en persecucion de ciertos amorios.—Hay quien atribuye tambien á D. Diego la discreta comedia de Cañizares, *La ilustre fregona*; pero suponemos que es una equivocacion, ó que acaso pueda ser otra del mismo titulo que tambien se achaca á Lope de Vega. Entre las que corren con el nombre de ambos hermanos, son ciertamente notables, y pudieran merecer los honores de ocupar un puesto en el teatro de segundo orden, las tituladas *Pobreza, amor y fortuna*, y *Mentir y mudarse á un tiempo*. En ambas brilla una ingeniosa intriga, unos caracteres delicados y un estilo fácil y correcto, esmaltado á las veces por chistes muy oportunos. Sirvan de muestra de este estilo de los dos hermanos FIGUEROAS los siguientes, tomados, el primero de aquella comedia, y el segundo de la titulada *Leoncio y Montano*.

Pero dime, hombre del diablo,  
¿amor gastas cuando pienso  
que no tienes hasta ahora  
con que hacer rezar un ciego,  
y que te hallas como ciertas  
mugeres en santo tiempo?  
Cuando estás hecho pedazos  
y se te caen por momentos  
el humillo á los zapatos  
y las alas al sombrero;  
cuando tus medias por puntos  
se van de carrera y presto,  
y te ponen de cuadrado

aunque estés de fino recto,  
¿has dado en enamorarlo?  
Eso no, señor Don Diego;  
no me engañan correrías;  
refrene sus movimientos;  
porque las señoras damas  
que se usan en estos tiempos,  
solo son tratables con  
genoveses ó flamencos.

Oye, que decirte intento,  
Pascuala, sin darte enfados,  
lo que pasa á los soldados  
que van á su alojamiento.  
Llegan cuanto á lo primero  
al huésped, y fanfarrones  
á las primeras razones  
le pescudan si hay dinero.  
Visitan luego en creyentes  
los corrales y cocinas,  
y hacen pascua de gallinas  
como Herodes de inocentes;  
sin que se reserve en suma  
sola un ave de sus manos,  
porque sin ser escribanos  
se sustentan de la pluma.  
Requiebran á todo ruedo,  
y de su manifiatura  
no hay labradora segura;  
comen y beben sin miedo,  
con que al partirse sin pena  
suelen dejar sus desvíos,  
los huéspedes muy vacios  
y las huéspedes muy llenas.

#### COMEDIAS

##### DE LOS HERMANOS FIGUEROAS.

A cada paso un peligro.  
Dama (la) capitán.  
Hija (la) del mesonero.  
Leoncio y Montano.  
Lealtad en las injurias.  
Mentir y mudarse á un tiempo.  
Muchos aciertos de un yerro.  
Pobreza, amor y fortuna.  
Rendirse á la obligacion.  
Sirena (la) de Tinacrio.  
Todo es enredos, amor y diablos son las mugeres.  
Vencerse es mayor valor.

Otro de los mas infatigables dramaturgos de aquella época fué el doctor FELIPE GODINEZ, de quien decia Montalvan en su *Para todos*: «Tiene grandisima facilidad, conocimiento y sutileza para este género de poesía, particularmente en las comedias divinas, porque entonces tiene mas lugar de valerse de su ciencia, erudicion y doctrina.» Efectivamente, la mayor parte de las que aun conocemos de este autor, pertenecen al género místico, como puede verse por los títulos que abajo insertamos. Los argumentos estan tomados en la Sagrada Escritura como *Las lágrimas de David*, *El divino Isaac*, *La reina Esther* y *Aman y Mardoqueo*. Esta última especialmente, mas conocida con el titulo de *La horca para su dueño*, está bastante bien escrita, y en ella hay desenvueltos pensamientos elevados en versos fáciles y correctos como el siguiente:

Delante del rey Asuero  
preguntó Aman á Solon  
si podia haber (pues él era  
después del rey el mayor)  
otro mas dichoso que él.  
—Mas dichoso, respondió  
el filósofo, fué Teba,  
que fué gran despreciador  
de los bienes de la tierra.—  
Después de este, replicó  
el mismo Aman, ¿quién ha sido  
el mas dichoso?—Otros dos,

(dijo Solon) que dejaron no solo la posesion, sino el afecto á esos bienes. — Y Aman dijo:—¿Y no soy yo dichoso tambien?—Entonces Solon alzando la voz, dijo:—Poderoso eres, y rico, dichoso no: que hasta el término en que para esta carrera veloz del vivir, nadie hay dichoso, y tú, Aman, aun vives hoy.

En la que lleva el extraño título *O el fraile ha de ser ladrón ó el ladrón ha de ser fraile*, y no es otra cosa que un episodio de la vida de S. Francisco de Asís, pone en boca de este santo la siguiente parábola:

Cierto labrador cogía mucho trigo; y otro á quien le cundia menos bien, con la envidia que tenia le puso pleito, en que dijo que no daban la mitad aunque eran de igual bondad las tierras de su cortijo; y que lindando las unas con las otras, sin encanto era imposible que tanto distasen ambas fortunas. Y así, que aquel labrador, con sus hoces esquilaba todo el campo, y malograba á los demás su labor. Fué á su casa sin tardanza el acusado hechicero y trajo todo su apero y gente de su labranza. Y en fin, por dejar concausa la demanda de una vez, «Vea, vea (dijo al juez) este apero quien me acusa. Valientes bueyes de arada traigo, buen ganado, rejas que rompen bien, y sin quejas familia bien sustentada que trabajan bien conmigo porque á su tiempo les pago; son hechizos que yo hago para coger mucho trigo.

En la de *La Virgen de Guadalupe* y en la de *Aun de noche alumbrá el sol*, (una de las pocas que no se ocupan de asuntos religiosos, y que sin embargo nos parece acaso la mejor de GODINEZ) dicen los grandes los dos cuentos siguientes:

¿Veis dos mugeres que lavan cuando una sábana tuercen, que torciendo á un tiempo entrambas cada una de su parte la suelen dejar sin agua? Pues así son los letrados, que al cabo de la jornada ayudando uno á una parte y otro á la parte contraria, como á sábanas los dejan torcidas y sin sustancia.

Era un cura, gran tahir, pero tan poco devoto, que por jugar no rezaba: el obispo escrupuloso supo el caso: llamó al cura y díjole con enojo:— ¿Qué es esto? ¿Cómo no reza? Y el cura sin alboroto respondió:—«Señor ilustre, ya he probado con anteojos y no veo.»—Aquí el obispo replicó luego:—¿Pues cómo

vé á jugar y no á rezar? Y él respondió presuroso:—Hágame á mí cada letra Usia como el as de oros y leeré el libro del rezo como el de cuarenta y ocho.

## COMEDIAS

DEL DOCTOR FELIPE GODINEZ.

Adquirir para reinar.  
Acertar de tres la una.  
Aman y Mardoqueo, ó la horca para su dueño.  
Aun de noche alumbrá el sol.  
Basta intentarlo.  
Cautelas son amistades, ó lo que merece el soldado.  
De buen moro buen cristiano.  
Divino (el) Isaac.  
O el fraile ha de ser ladrón, ó el ladrón ha de ser fraile.  
Primer (el) condenado.  
Rey (el) mas arrepentido.  
San Mateo en Etiopia.  
Trabajos (los) de Job, y prueba de la paciencia.  
Virgen (la) de Guadalupe.  
Celos son bien y ventura.  
Ha de ser lo que Dios quiera.  
Lágrimas (las) de David.  
Ludovico el Piadoso.  
Milagrosa (la) elección.  
Provecho (el) para el hombre.  
Reina (la) Esther.  
Soberbio (el) calabrés.

Tambien D. DIEGO JIMENEZ ENCISO, caballero del hábito de Santiago, y á quien García de la Huerta llama equivocadamente Bartolomé, fué un célebre autor dramático en la primera mitad del siglo, y mereció que Montalvan le consignase, en su *Para Todos*, este obligado encomio: «No ha menester mas elogios en esta parte que su nombre, y decir que escribió *Los Médicis de Florencia*, que ha sido pauta y ejemplo para todas las comedias grandes.» Efectivamente, aunque posterior á esta produjo otras piezas dramáticas, su fama principal debió consistir en ella; y no ciertamente porque mereciese la calificación de Montalvan, sino por lo bello del argumento, el tono elevado que en toda ella reina, la rotundez y armonía de los versos, gran parte endecasílabos, y cierta pretension en fin á la regularidad y majestad de la tragedia clásica, que dan á conocer los buenos estudios de Jimenez Enciso, de quien tambien puede citarse otra comedia notable por mas de un aspecto, la de *El príncipe D. Carlos*, en la cual estan retratados este desgraciado príncipe y su padre Felipe II con colores bien distintos de los que solian prestarles los poetas cortosanos del tiempo de su nieto.

## COMEDIAS

DE D. DIEGO JIMENEZ ENCISO.

Casamiento (el) con celos, y Rey D. Pedro de Aragon.  
Engañar para reinar.  
Encubierto (el).  
Juan Latino.  
Mayor hazaña (la) del emperador Carlos V.  
Mayor desgracia (la) de Carlos V, y conquista de Argel.  
Médicis (los) Florentinos.  
Santa Magdalena.  
Valiente (el) sevillano.  
Celos (los) en el caballo.  
Príncipe (el) D. Carlos.  
Quien calla otorga.

D. ANTONIO COELLO, á quien Huerta en su estremada ligereza llama D. Luis, fué natural de Madrid, hijo de Juan Coello Arias y de doña Melchora de Ochoa, doméstico del duque de Alburquerque, y sirvió bajo sus órdenes con el grado de capitán de infantería, mereciendo ser honrado por S. M. con el hábito de Santiago, y el nombramiento de ministro de la Real Junta de la Casa de Aposento. Murió en Madrid y en la casa del mismo duque, calle de la Almudena, frente á las consistoriales, en 20 de octubre de 1632, siendo sepultado en el convento de la Victoria. Fué un poeta muy distinguido y celebrado en su tiempo; mereciendo

la mas estrecha amistad de Lope de Vega, que le dedica un pomposo elogio en su *Laurel de Apolo*; de Montalvan, que decia de él que «con sus pocos años desmentia sus muchos aciertos, y que empezaba por donde otros habian acabado»: de Calderon y de Solís, en cuya colaboracion escribió la comedia de *El Pastor Fido*, siendo suya la segunda jornada, y acaso la mejor de la misma; y finalmente, del mismo monarca, á quien suele atribuirse por tradicion—no sabemos con qué fundamento—la comedia que corre impresa con el nombre de Coello, y lleva por titulo *El conde de Essex, ó Dar la vida por su dama*, que indudablemente es una misma, y fué impresa en el libro titulado *El mejor de los mejores* (que es la parte sesta de varios) en Madrid, 1635.—No sabemos por qué razon los señores Jovellanos y Ochoa las suponen distintas, ni en qué fundan tampoco la suposicion de ser obra de Felipe IV; por lo demás, dicha comedia ó *tragedia lastimosa*, como la intituló su autor, gira sobre el conocido argumento del conde de Roberto de Evreux, que ha dado motivo á tantas piezas inglesas y francesas; pero que, prescindiendo de cierto interés y algunos buenos trozos en la versificacion, pasaria desapercibida en el inmenso repertorio de nuestra escena, á no haberla designado los criticos tan augusto origen. El señor Gil y Zárate señala justamente la mas bella escena de esta comedia ( que despues ha sido imitada por alguno de los primeros dramáticos modernos) cuando la reina va á la carcel á ver al conde y le da una llave para que huya, no atreviéndose á perdonarle como soberana.

CONDE ... En fin, ¿la reina no puede usar de piedad?

REINA..... No puedo.

CONDE ..... Pues si no puede la reina doblarse al llanto y al ruego, una muger á quien yo di la vida, por lo menos, no dejará de mostrarse pagándome con lo mesmo agradecida.

REINA..... La reina no puede, que de ese empeño desobligacion ha sido el haberos dado medio para huir de la justicia.

CONDE ..... ¿Y eso es agradecimiento de quien me debe la vida?

REINA ..... No soy yo; pero supuesto que fuere yo, ya cumplí pagando con lo que os debo.

CONDE..... ¿Solo don darme esta llave?

REINA..... Sí, conde, solo con eso.

CONDE..... Luego está, que si camino abriere á mi vida abriendo, tambien le abrirá á mi infamia: luego esta que es instrumento de mi libertad, tambien lo habrá de ser de mi miedo; esta que solo me sirve de huir, es el desempeño de reinos que os he ganado, de servicios que os he hecho; y en fin, de esa vida, de esa que teneis hoy por mi esfuerzo; en esta se cifra tanto; pues vive Dios ¡estoy ciego! que he de hacer que si queréis tenerme agradecimiento y darme la vida, sea por otro mas noble medio; y si no que pueda á voces quejarme al mundo, diciendo: que no pagais beneficios, que de los reales pechos es la mas indigna accion.

REINA..... ¿Dónde vais?

CONDE ..... Vil instrumento de mi vida y de mi infamia, por esta reja cayendo del parque, que bate el rio entre sus cristales, quiero si sois esperanza, hundiros; caed al húmedo centro donde el Támesis sepulte mi esperanza y mi remedio. No quiero huyendo vivir. (*Arroja la llave.*)

REINA..... ¡Ay de mí! mal habeis hecho.

CONDE ..... Sed agora agradecida: ya os he quitado este medio de agradecerme y librarne. Ahora, ahora os acuerdo servicios y obligaciones, que es forzoso, no teniendo aquel que me estaba mal, buscarme otro modo nuevo de librarne, ó ser ingrata.

REINA..... Ser ingrata escoger quiero. Sin vida estoy, que ese modo solo, á pesar del respeto os supo hallar mi piedad.

CONDE ..... ¿Luego he de morir?

REINA..... Es cierto: yo hice por vos cuanto pude, á pesar de lo severo. Como muger os libraba; como reina no me atrevo.

## COMEDIAS

DE D. ANTONIO COELLO.

Arbol (el) de mejor fruto.  
Adúltera (la) castigada.  
Arcadia fingida.  
Amiga (la) mas verdadera, y virgen del Rosario.  
Carcel (la) del mundo.  
Dar la vida por su dama, ó el conde de Essex.  
Dicho y hecho.  
Dos Fernandos (los) de Austria.  
Eslavo (el) de la fortuna.  
Escudo (el) de la fortuna.  
Lo que pasa en una noche.  
Peor es urgallo.  
Privilegio (el) de las mugeres (con Rojas y Velez).  
Lo que puede la porfia.  
Por el esfuerzo la dicha.  
Robo (el) de las Sabinas.  
Yerros de la naturaleza, y aciertos de la fortuna.

(Continuará.)

R. DE M. ROMANOS.

## FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

(Continuacion.)

V.

### LOS ESPAÑOLES EN EL NUEVO MUNDO.

Dos dias han trascurrido, y vuelven á empezar las murmuraciones y los insultos de la tripulacion contra su jefe.

Este entre tanto, siempre tranquilo y sereno, pero al mismo tiempo vigilante y activo, estudia el cielo, el mar y los vientos.

¿Qué le importan los dicharachos de los marineros? Dentro de veinticuatro horas estarán á sus piés.

Ayudado de Francisco Pizarro acaba de arrojar la sonda, y ha encontrado fondo á las veinticinco brazas. Entre los pescados de todas clases que habitan en aquellas aguas, ve pasar uno semejante á los que cruzan los mares de Europa, y que nunca se alejan mucho de las rocas: los vientos al mismo tiempo llevan á bordo de la caravela emanaciones que anuncian á todo marino experimentado la proximidad de la tierra.

Ya han cogido del mar una caña recientemente cortada, un pedazo de madera pulimentado, un ramo de espino con su fruto: los mas incrédulos sienten despertarse su curiosidad y desvanecerse sus temores.

Antes de concluirse el tercer dia, Colon, lleno de confianza, anunció la inmediata aparicion de una costa.

En pié sobre el castillo de popa, sus ojos se clavaban en el horizonte, y á pesar de la oscuridad de la noche dirigian sus visuales con tenacidad hácia el Occidente.

A las diez se estendió su brazo con un movimiento nervioso hácia Francisco.

—Jóven, le dijo, ¿nada ves?... ¡Una luz!... ¡Allí!

—Sí, sí, la veo: ya estais salvado.

Rodrigo Salcedo, el contralor de la escuadrilla, y otro oficial, acudieron al llamamiento de su jefe. Los tres divisaron en el horizonte aquella luz, que cambiaba de sitio, como si alguno la llevase en la mano.

Parte de la noche trascurrió, y durante ella avanzaron los buques con la mayor precaución; pero á las dos de la mañana un hombre de la *Pinta*, que navegaba á vanguardia, gritó:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Al despuntar el día vieron una isla como de unas veinte leguas de longitud: era una de las que hoy se llaman *Lucayas*; pero los naturales la conocían por *Guanaham*.

Cristóbal Colon, en memoria del peligro que habia corrido tres dias antes, la dió el nombre de *San Salvador*.

Nuestros lectores conocen la historia del gran descubrimiento del marino genovés, y saben que la tripulación de la *Santa Maria* se arrojó á sus piés pidiéndole que perdonase su premeditado crimen.

Tampoco hablaremos del asombro que experimentaron los naturales de la isla al ver los buques españoles, que al principio tuvieron por monstruos marinos, ni de la admiración de los europeos al contemplar aquella naturaleza tan rica y tan nueva para ellos.

Baste añadir á todo lo que contiene la historia de los viajes, que cuando se tomó posesion de *San Salvador* en nombre de sus majestades católicas los reyes de Castilla y de Aragon, Francisco Pizarro llevaba la bandera española, pues el gran almirante quiso recompensar su fidelidad y el servicio personal que le habia prestado, confiándole la enseña de una heroica monarquía, que se enseñoreaba de un Nuevo Mundo.

Francisco no volvió con Cristóbal Colon á Europa, sino que después del descubrimiento de Cuba y de la Española, hoy Santo Domingo, quedó en esta última isla, que vió en su suelo la primera colonia española establecida en América.

En su tercer viaje acompañó á Colon, y entonces vió la tierra firme desde las costas del golfo mejicano hasta la embocadura del Orinoco: tambien concibió en dicho viaje el proyecto que ejecutó después.

Las exigencias del servicio volvieron á separar al almirante de su discípulo: ya no debían encontrarse otra vez en la tierra.

Calumniado Cristóbal Colon, fué conducido á Europa bajo el peso de una acusacion capital, que sufrió aberrojado: poco trabajo le costó justificarse, y emprendió su cuarto viaje al Nuevo Mundo. Pero allí, además del sentimiento que le causó el ver que daban á la tierra por él descubierta el nombre de Américo Vesputio, mercader de Florencia, le disgustaron tanto las exigencias de los advenedizos que llovían de España para ocupar los primeros puestos, y que temian se apoderase del mando superior, segun le correspondia por el derecho de prioridad y por el del talento, que regresó desalentado para morir en España, disponiendo que se enterrasen en su modesto sepulcro los hierros que habian martirizado sus miembros durante su encierro.

Pizarro mientras tanto, convertido en un oficial intrépido sobre todo encarecimiento, seguía á Nuñez de Balboa en su exploracion al mar del Sur, y dirigía apesadumbrado ávidas miradas á las magnificas riberas del Perú, que la expedicion costeara sin detenerse en ellas, y que él se proponia volver á encontrar, aunque mas adelante.

El ambicioso jóven soñaba en efecto con el titulo de almirante, y tal vez con el de virey, concedido ya á muchos capitanes, y á fin de conseguirlo no se proponia nada menos que conquistar un imperio entero para la corona de España.

El año 1519 habia trascurrido; Hernan Cortés habia conquistado á Méjico, y una noble emulacion agitaba el corazon de Pizarro, que era ya capitán. La posesion del Perú era su único é invariable pensamiento; pero obstáculos casi insuperables se oponian á sus intentos y paralizaban su arrojo. En vano se habia asociado con dos hombres tan emprendedores como él, á saber, Diego de Almagro, oficial aventurero, y Fernando de Luque, sacerdote italiano: estos tres valientes amigos, aunque apoyados por el gobernador de Panamá, solo pudieron reunir ciento doce hombres y un buque.

Con tan débiles recursos salió Pizarro en descubierta, y bajó desde Panamá á lo largo de las costas del mar del Sur. Fernando de Luque debia permanecer en Panamá y velar por los intereses de la sociedad, así como Almagro quedaba encargado de llevar refuerzos á la expedicion.

El denodado capitán, después de arrostrar peligros sin cuento, dificultades inauditas y terribles combates, se reunió con Almagro, que no habia sido mas dichoso que él: ambos prosiguieron su camino y llegaron casi hasta Quito, donde las riquezas que se presentaron á su vista no escitaron sus deseos: mas viéndose tan débiles, tuvieron que aplazar su proyecto de conquista.

Al mismo tiempo que esto sucedía, fué relevado el gobernador de

Panamá, y su sucesor, lejos de aprobar los designios de Pizarro, le envió órdenes para que se volviese.

Pizarro no quiso obedecerlas, y observando que parte de los suyos se disponia á abandonarle, se adelantó á ellos con toda la energia de su carácter, y trazando sobre la arena una linea con su espada, mandó que los que no quisieran seguirle pasasen al lado opuesto. Esta firmeza no alcanzó la recompensa debida; pues únicamente trece españoles y un mulato permanecieron fieles á la constancia que todos le habian jurado. A pesar de este contratiempo, persistió en llevar adelante la empresa; pero ¿qué podia hacer con catorce hombres aun cuando fuesen los mas arrojados del mundo? Almagro le llevó algunos refuerzos, y ambos avanzaron hasta Tumbez. La ciudad era magnífica y encerraba inmensos tesoros, pues los instrumentos mas grosos eran de oro y de plata.



Por segunda vez, faltos de recursos, se vieron en la necesidad tristísima de renunciar á la conquista, y Pizarro volvió después de tres años de ausencia á Panamá, cuyo gobernador, rehusando concederle el menor auxilio, á pesar de las grandes noticias que el héroe estreño daba del nuevo imperio, resolvieron los tres asociados que él mismo pasase á España á solicitar poderes del emperador Carlos V.

## VI.

### VUELTA Á EUROPA.

Mas de treinta años habian trascurrido desde que el pastor Francisco habia salido casi desnudo del campamento delante de Granada: nadie seguramente hubiera conocido al apuesto caballero, al bravo capitán que se presentó en la corte del gran Carlos V.

Fueron tan persuasivas las razones de Pizarro, y supo manejarse con tanta habilidad, esponiendo el brillante cuadro de las riquezas del nuevo pais que habia explorado, y cuya conquista, segun aseguraba, debia llevarse á cabo facilmente, que concluida la audiencia imperial, obtuvo con el titulo de capitán general de todas las regiones que conquistase, la autorizacion necesaria para reclutar hombres que cooperasen á su empresa.

Habia llegado al término de sus deseos, y se mostraba impaciente por trasladarse al Nuevo Mundo: con todo, retardó su partida, impulsado por un deber que anhelaba cumplir su corazon agradecido.

Consistía en una piadosa peregrinacion, y así se dirigió á Sevilla.

No bien hubo llegado á la ciudad, cuando entró en la catedral, registró escrupulosamente sus naves, y por fin descubrió un humilde sarcófago, indicado apenas por una piedra, en la cual se leían estas únicas palabras.

A Castilla y Aragon  
Otro mundo dió Colon.

Aquel era el único monumento fúnebre que España había levantado á la memoria del hombre que había descubierto para sus monarcas la region más opulenta del globo; el único epitafio que inscribió en la tumba del navegante, que obtuvo el pomposo título de Almirante del Océano, así como los más positivos de gobernador y de virey, con un poder absoluto sobre todas las tierras que llegase á descubrir.

(Concluirá.)

## EPISTOLA ULTRAMARINA DE UN APÓSTOL DE LA TEMPLANZA. (Costumbres de provincias.)

A MI AMIGO D. A. P.

Saboreando entramos una riquísima copa de vino de Ubeda, que bien pudiera ser *Chateau-Margot* á tener rotulada dorada y venir por mano de algun falsificador de allende, decia V., querido paisano, que extrañaba no tuviesen en España plenipotenciarios públicos ó agentes secretos las diversas sociedades de la templanza, creadas y extendidas en el reino de la Gran-Bretaña y en los Estados de la Union. Paladeando un bizcocho de Valladolid participé de la misma extrañeza, no sin contentamiento interior; mas al recibir hoy la carta que de seguida copio, he sospechado que los tales agentes existen, mal que nos pese: dónde y cómo, lo diré por nota final.

Orenfeld, estado de Massachussets, á 15 de julio de 1852.

«Querido amigo: por la via de Inglaterra ha llegado á mi tu carta, pues ya sabes que España no se entiende directamente con las Indias Occidentales, aunque las descubrió y conquistó, y en ellas dominan su idioma y sus rebeldes hijos. Me alegró de tus prosperidades; pero no cuentes entre ellas la de haber comprado una viña que producirá riquísimo vino: semejante adquisicion es, por el contrario, un grave desacierto: me esplicaré.

»Ya recordarás que mi padre, á la sombra de su eleccion constante de diputado provincial, en los tiempos en que estos cuerpos eran repúblicas federativas de la corona, logró evadirse del pago de toda contribucion, y que á su muerte la hacienda pública cargó con mi escaso patrimonio por atrasos de la ordinaria y extraordinaria de guerra, culto y clero, directas é indirectas, sin haber podido obtener compensacion, aplazamiento, rebaja ni próroga, gracias á mi torpeza en no hacerme elegir en reemplazo del difunto. Pues bien, huyendo de aquel intendente despiadado, y sabiendo que los facciosos (guarnicion ordinaria de mi lugar) amenazabanme con cuatro tiros porque yo habia cedido (por riguroso embargo) toda mi fortuna para la ordinaria y extraordinaria, me encaminé á Cartagena, y de allí entre barras de plomo y tablas de corcho di con mi cuerpo en este Mundo-nuevo. Perdí mis últimos recursos en las sucesivas quiebras que hicieron las honradas casas de Boston, donde los reparti; me refugié á esta ciudad viviendo del arte de curar, porque aqui no se necesita título para ayudar á morir bien ó mal á cualquier doliente, y con el objeto de singularizarme y de prosperar algun tanto me hice filántropo y humanitario.

»Doce años han pasado, y ya puedo invertir tres mil duros en el gasto reproductivo de publicar todas mis curas en los periódicos de las cinco partes del mundo, y otros tantos en anunciar un famoso específico, curacion pronta y radical de setenta y dos enfermedades heterogéneas, compuesto de mas ingredientes que la triaca magna, y entre los cuales dominan, por la cantidad, el agua del rio que pasa por esta ciudad y la harina del maiz. Además soy presidente de la sociedad de la Templanza en este Estado, donde he conseguido de las autoridades que se impongan gravosos impuestos sobre la cerveza comun, que es la bebida del pobre, y algunas rebajas en los arbitrios que pesaban sobre el rom de Jamaica, el vino de Chipre y otros licores delicados, que aunque se consumen mucho por las clases acomodadas, es segun tenemos entendido para ciertos experimentos sobre el somnambulismo á que se dedican despues de comer. En cumplimiento pues de los sagrados deberes que la presidencia de tan distinguida asociacion me impone, paso á ocuparme de tu viña, convencido de que me dispensarás este preámbulo que justifica lo sincero y laudable de mis intenciones.

»Inútil es que me detenga en consideraciones sociales y humanitarias: tú, preocupado contra los adelantamientos morales del siglo, has sostenido siempre que la caridad es el sentimiento que debe fo-

mentarse en las almas cristianas, y que la filantropía y el humanitarismo son tan insuficientes y tan frios como el culto de la razon de donde parten; me ceñiré por esto á consideraciones económicas y á datos estadísticos incontrovertibles, argumento de moda y sólido en extremo para todos los que nos adoramos y glorificamos en nuestra hacienda.

»Una viña es un cáustico, una sanguijuela, una cantidad negativa en el caudal de todo ciudadano español. El dorado racimo que en cestillo de mimbres sombreado de pámpanos te presenta el casero ó capataz, y que saboreas como si te hubiese caído del cielo, es para tí mas costoso que la piña de Indias ó los higos de Corinto; el balsámico y añejo trago que tomas en tu bodega con el escanciador de plata vale mas que el hachis ó el almibar de Guayaba; mejor fuera para tu hacienda que bebieses perlas disueltas en vinagre como Cleopatra, que no fabricar de tu cuenta aguardiente y licores.

»Ven acá, mal aconsejado y testarudo amigo, ¿no te ha costado veinte mil reales esa malhadada viña? En esa provincia, donde no hay monte de piedad, ni caja de ahorros, ni pósitos, sino entre las garras de los ayuntamientos, ni banco agrícola, ¿no te hubieran valido esos dineros un sendo veinte por ciento y te los habrían quitado de las manos besando estas al recibirlos? Me dices que bien puede producir mil arrobas de mosto, que convertidas en vino valen hasta ocho mil reales; y concediéndote para el majuelo una fertilidad como la de la cepa de M. Audibert, ó la de la parra de Hampton Court (1), aun sales cargado en costas: ¿has puesto el *debe* al lado del *haber*? Apunta, suma, resta, y tiembla por el patrimonio de tus hijos.

»Viña sin casa y casero es moneda de plata en puerta de escuela. Honrado y celoso ha de ser el capataz; dos jayanes temporeros de Santiago al Rosario te la han de guardar con su escopeta, su licencia y su banda; y así todo, entre las uvas que se coman los guardiánes y los peones (que serán las mas), las que consumas tú, tu parentela y amigos (que serán las menos), las de invierno y las de regalo, las quebranta-tinajas, las agrillas, las tintas, las que salpique el transeunte, por aquello de:

Flerida para mí dulce y sabrosa,  
mas que el racimo del viñedo ajeno;

las que devoran las zorras y los perros que las ahuyentan, las que desgranar los conejos, y las que pican los tordos y las perdices, te quedará una cosecha mediana, si no eres solo en el pago.

»Si necesitas casero, cobra á toda prisa la casa, y no te dejes seducir por tu muger, ni por el parásito que te acompaña, porque tendrás que construir un palacio con jardines y juegos de agua, y con mas comodidades que tu casa propia. En el campo se edifica con arenas de oro; suben los jornales, suben los portes; y las reparaciones, esa polla de la riqueza urbana, son ordinarias. Instala al casero que te llevará crecida soldada por habitar el piso que destinabas á tu descanso; que se comerá las frutas de la huerta, talárá las flores, se beberá el vino, consumirá la leña, mermará tus gallinas y el palomar, y deshará la cerca para cazar conejos, siendo en compensacion tu enemigo pagado, aconsejándote mil barbaridades y dando conversacion perenne á los trabajadores en vez de dirigirlos y estimularlos.

»Y la finca no produce, si no la cabas, la binas, la despampanas, la podas, la deshorquillas si es vieja, y se pierde si no echas mugrones. Luego la vendimia, la pisa, la prensa, el traseigo, el arroje, el clarificarlo y el cabecearlo. Esto es lo ordinario, viniendo todo á pedir de boca y saliendo libre de contratiempos la bodega; pero un año si y otro no y á temporadas el de en medio vendrán hielos en marzo, y no recogerás ni sarmientos para hacer la colada; granizo en abril, que te podará el majuelo á pedradas; calores en junio, y al cerner se abrasarán las flores; solanos en agosto, que harán de los racimos escobajos; lluvias en setiembre, que te pudrirán el fruto; escasez de jugos en octubre, y será madera lo que recolectes; y en todos tiempos honguillo blanco y negro, polvillo y polvazo, y además las enfermedades que á cada variedad son peculiares; y ya recordarás lo que dice Virgilio:

*Quem qui scire velit, Libyci velit aquoris idem  
Discere, quam multae zephiro turbentur arenae  
Aut ubi navigis violentior incidit Euris  
Nosce quot Jonii veniant ad litora fluctus (2).*

(1) M. Audibert dice haber visto una cepa que habia producido trescientas cincuenta botellas de rico vino: estaba en el departamento de Gard, en Francia, y abrazaba con sus sarmientos una gigantesca encina. Del parral de Hampton-Court se cuenta que daba cuatro mil racimos. Un dia los actores del teatro de Drury-Lane, habiendo representado muy á gusto de Jorge III, pidieron por única gracia algunos racimos de esta parra, y el rey les concedió cien docenas, si las habia. El jardinero cogió este número, y envió á decir al soberano de Inglaterra que podia disponer de otros tantos racimos sin esquilmar la parra.

(2) *Georgicon* lib. II. En comprobacion de esto, y por mas que esta nota sea inoportuna, diré que á principios del siglo el célebre agrónomo Bosc fué encargado por el gobierno francés de contar las variedades de la vid en Francia, y solo en los plantios de Chartreux y del Luxemburgo observó mil y cuatrocientas.

O lo que es lo mismo, que contar las clases de vides es como contar las arenas de la Libia, ó las olas del mar en día de tormenta.

¿Tienes ya el vino? Pues necesitas bodega con tinajas del Toboso ó de Lucena, ó *madera* de Málaga. De cinco vasos uno te se volverá vinagre, otro heces, y de las restantes alguna te se ha de abrir como una granada, y estotra tomará un husmillo al que hacen asco los catadores de fama.

—»Riquísimo vino, color de ojo de gal'o, espirituoso, trasparente como el topacio, del que S. Pedro trajo al viaje.»

»Esto dice el zapatero de enfrente apurando un enorme vaso, y tú creyéndolo de buena fé lo pones en venta. Nuevos percances. Por mayor no hay quien le compre, pues los concejales del pueblo vecino tienen el consumo y no les acomoda vino que admite tan poca agua; al por menor no lo consenten en tu casa de campo, porque ellos tienen el abasto. Si no lo has de tirar, hazte corredor en las villas cercanas, y tendrás la misma; busca corambre y arrieros, y llévalo, ¿dónde? ¿Al extranjero? Mas fácil fuera subirlo á la luna; porque aunque tu pueblo dista poco de la costa, los caminos son tan agradables, que bien pudiera tardar tres meses la recua y llegar derrengados desde el liviano hasta el trasero. A la capital con el caldo; prepara otra bodega, corre y recorre oficinas para el depósito, paga contribucion de subsidio por la decorosa industria de tu taberna, saca licencia para que no te echen encima el código penal á la primera riña, gratifica á los agentes por abrigar despues de la queda á los que tratan tal vez de robar tu casa, y en moneda de cobre y á pellizcos reembolsarás lo que has ga tado en buena plata.

»Está vendido el género; casi sales la ida por la venida; mas como te contentas con un módico interés, adelante pudieras salir con tu viña si esto fuese todo. ¡Ay, que echas la cuenta sin la huésped! es decir, sin lo que todo español está obligado á pagar para sostenimiento de las cargas de la nacion, y en particular los cosecheros de vino! Primero la contribucion directa, que te sale al veintidos por ciento de supuestos productos líquidos, pues no alcanzando á cubrir el cupo el doce, para no faltar á la ley suben las oficinas la riqueza imponible, con lo cual te encuentras en las plantillas con que tu majuelo produce casi casi lo que te costó, no sin notable satisfaccion tuya; segundo, los guardas municipales que sirven para escoltar al alcalde y á sus hijos cuando van de colegio y para destrozar tus olivos armando perchas con el objeto de cazar zorrales y tordos; tercero, gastos municipales y provinciales, que son los que Dios quiere y consiente y se emplean en lo que saben pocos; cuarto, el riego con sus composiciones de acequia y sus interdictos, y su nulidad en los años que hace falta; y quinto, que vale por todos, los innumerables arbitrios para beneficencia, correos, consumos, caminos, etc., etc., etc., porque yo creo que tal es el ódio que hácia los vinateros ha tenido todo gobernante ilustrado y humanitario, que se ha de celebrar un tratado para que contribuyan (los de España se supone) á la construccion del telégrafo que se proyecta sobre el Devalagiri, para avisar cuándo come el Preste Juan.

»Estos arbitrios sin perjuicio del derecho que se paga á la hacienda; de modo que valiendo una arroba de vino cuatro reales, se espende por diez y medio. Pero en cambio, para tu satisfaccion, los empleados en indirectas te harán una visita mensual y un aforo, te apremiarán todos los días, pagarás del bueno como del malo, de las heces y del claro. Y si lo quemas, invitarás al visitador para que sirva de arquitecto y dirija la colocacion del alambique en sitio tal, que no puedas sin telescopio fiscalizar las operaciones de tus criados; y esto no te librará de avisar cuándo enciendes el hornillo, cuándo hierve el agua, cuándo se apaga la lumbre, *et sic de ceteris*, y vendrá uno del resguardo, reconocerá con malos modos la máquina, consumirá mas caldo que la caldera, te perseguirá á las criadas, te romperá el alcohómetro, y no te dejará un momento tranquilo...

»Después de tanto gasto y tan grandes molestias, ¿qué te queda? La pena de haber trabajado para aumentar la *consignacion* de tu provincia, sin que por esto te halles libre de ladrones, ni recibas las cartas á tiempo, ni dejes de ser acosado por los portadores, ni puedas ir á tu pueblo mas que por el camino real de perdices que desde la conquista existe abierto por la huella de los transeuntes.

»Vende pues la viña si no quieres quedarte en medio de ella como nuestro padre Adán; qué mala si aprecias en algo tu bolsa y la paz de tus días: así tambien servirás á la sociedad de la templanza, y á la humanidad por los siglos de los siglos. B. T. M.

M. DRUNKER.»

leyendo esta carta, como soy primerizo en esto de viñas, he venido á deducir, paisano querido, ó que mi amigo el de allende miente como un bellaco y no sabe un palote de lo que por aquí pasa, ó que todos los gobernantes y empleados que han contribuido á recargar los vinos con tanta socialina y arbitrio, son filantrópicos agentes de las sociedades de la templanza establecidas por esos mundos de Dios, y por consiguiente que nos equivocábamos al creer que tales asociacio-

nes no existian por acá, y debemos respetar sus humanitarias intenciones, aunque arranquemos las viñas, lo cual cuesta un ojo de la cara, para no ser el blanco de su justo encono.

J. JIMENEZ-SERRANO.

## A ZELINDA.

PRESO Y AUSENTE.

### ROMANCE.

Ausente, y en tierra ajena,  
sin la luz de tus luceros,  
entre garamantas fieros  
arrastro ruda cadena,

Y el alma en tí, bien que adoro,  
cantando engaño mis penas,  
como al son de sus cadenas  
el cautivo en grillos de oro.

Tiempo fué (¡tiempo dichoso!)  
cuando libre y prosperado,  
gozando ufano tu lado,  
viví en plácido reposo.

Otra aura no respiraba  
que la que tú respiraste:  
luz que tú no reflejaste  
mis ojos nunca alumbraba.

Como en espejo brillante  
en tus ojos me veía,  
y en ellos tu amor leía,  
cual ellos mi fé constante.

Mas aquí ¿qué ven mis ojos,  
sino sombra y soledad,  
horror en vez de beldad,  
y en vez de contento enojos?

Perdido tan gran tesoro,  
no hay bien que mi mal no aumente:  
te adoro como presente,  
y como ausente te lloro.

La imaginacion celosa  
te me retrata en mil modos,  
para mi tormento todos,  
y de todos siempre hermosa.

Ya con labio encantador  
cautivas las atenciones;  
ya robando corazones  
rindes y matas de amor.

Ya, pensosa y fugitiva  
á la márgen de la fuente,  
desiertas al son bulliente  
de su plata fugitiva (1).

¡Oh momento crudo y fiero  
de la triste despedida!  
De allí no perder la vida,  
de mil y mil muertes muero.

Fijo en mi alma clavado  
tengo aquel ¡ay! lastimero  
que tras el adios postrero  
bebí de tu labio helado.

Aun, en lágrimas deshecho,  
parece que repetidos  
oigo el son en mis oídos  
y el eco en el hondo pecho.

De tu afecto y tus enojos  
para tierna y fiel señal  
me dejaste en tu cendal  
una perla de tus ojos:

Que, lloradas de pasión,  
anegan con pena esquiva  
lágrimas de sangre viva  
que arranco del corazón.

Tal á fuentecilla pobre,  
si preciosa en sus cristales,  
ahogan en sus raudales  
las ondas del mar salobre.

(1) Alusion á la fuente de la Plata en Chiclana.

Hundióme la dura ausencia  
en un negro calabozo  
cuando me arrebató el gozo  
de tu divina presencia.

Llorando me halla la aurora,  
llorando me deja el sol,  
cuando su grato arrebol  
las nubes apenas dora.

Y ya hubiera fallecido  
á no alentarme el tener  
esperanza de volver  
á verme á tu cuello asido.

En tanto, de angustias ciega  
se consume el alma mía:  
un día alcanza á otro día,  
y el de mis dichas no llega.

¡Ay! ¡cuándo querrán los cielos  
que goce en eternos lazos  
el regalo de tus brazos  
y la luz de tus ojuelos!

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(Copia sacada de un original escrito y firmado por el autor.)



#### AUTOPSIA DEL CEREBRO DE UN PESCADOR DE CAÑA.

Tal es el asunto del grabado de fantasía que tienen á la vista los lectores del SEMANARIO. Usurpando el dibujante el dominio del poeta y del novelista, pretende hacer con su lápiz el análisis de las ideas fugitivas é incoherentes que pueden atravesar por la imaginación en un momento rápido. Preciso es convenir en que el capricho del artista ha sido en esta ocasión estravagante hasta el último extremo. Nada mas original que la cabeza de ese pescador de caña, cuyos contornos la dan el mayor aire de candidez posible, pero en la cual hace el lápiz que bullan los pensamientos mas incoherentes, las escenas mas raras y los dramas mas sangrientos; hay allí una mezcla grotesca de instintos y de ideas, cuyo análisis gráfico es en esta ocasión preferible á una descripción larga, gracias al talento del artista que ha sabido hacer de un dibujo insignificante á primera vista, un jeroglífico complicado, y de curiosa explicación.

Habiéndoles prometido cien luises de oro para que le dejasen una sortija que valia mucho menos, se la dejaron. Uno de los ladrones tuvo atrevimiento al otro día de ir á su casa, donde se hallaba con muchas personas distinguidas, le llamó aparte, y le dijo que cumpliese su palabra. El vizconde le mandó dar el dinero, y antes de contar el caso á los que le acompañaban, dejó se pasase bastante tiempo para que el ladrón pudiese estar lejos, y cuando lo hubo contado dijo: que las promesas eran inviolables, y que un hombre de bien jamás debía faltar á su palabra, aunque la hubiese dado á un bribon.

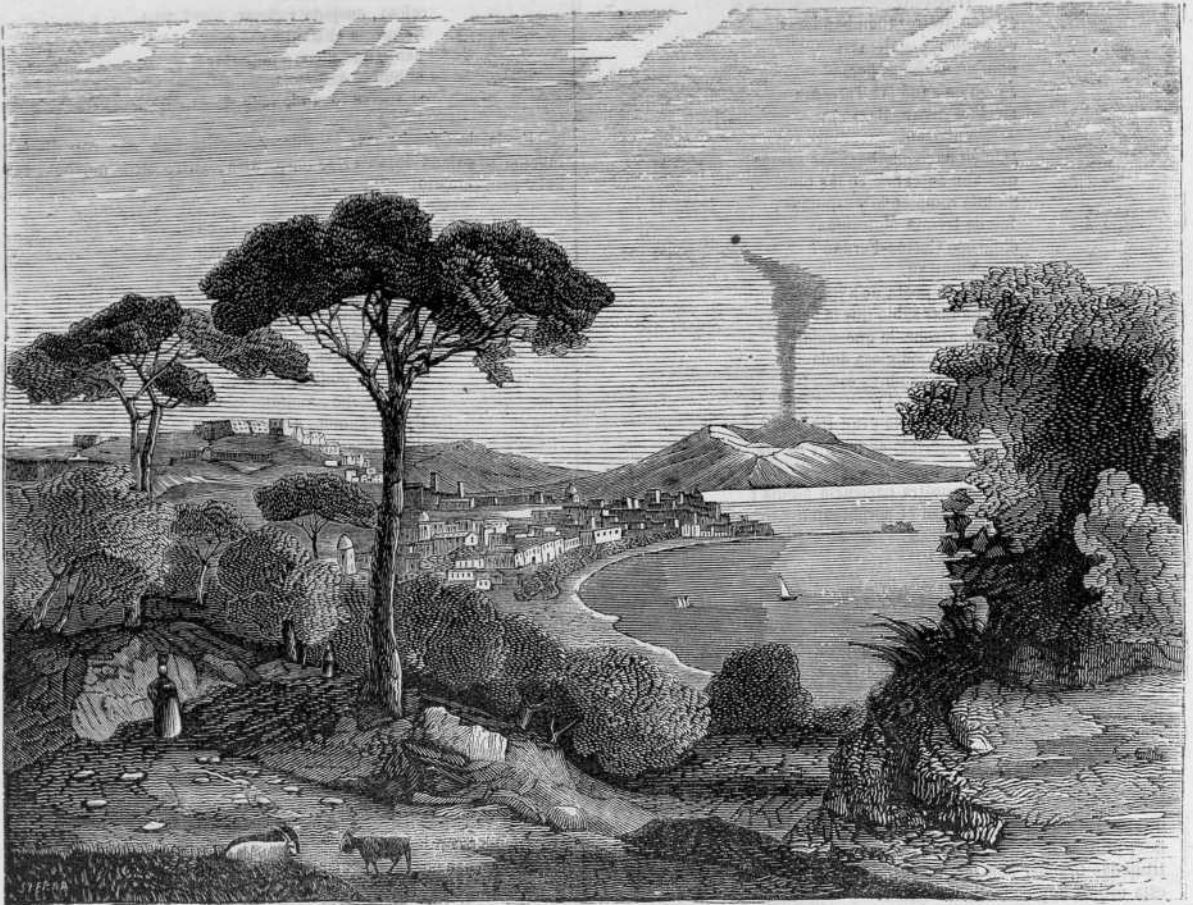
Tres estudiantes que caminaban montados en unos pollinos encontraron á tres señores que iban á caballo.—¿Cómo van los asnos? les preguntaron.—A caballo, respondieron los estudiantes.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Pasando una noche un Mr. de Turena por las murallas de Paris, cayó en manos de una cuadrilla de ladrones que detuvieron su coche.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Aihambra.





(Vista de Nápoles.)

## TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII.

AUTORES DE TERCER ORDEN.

LOS FIGUEROAS.—GODINEZ.—ENCISO.—COELLO.—VILLAIZAN.—HERRERA.—SALAS BARBADILLO.—SOLÓRZANO.—ZABALETA.—CANCER.—VILLAVICIOSA.—REYES.—MUGET.—VELEZ, HIJO.—MAESTRO LEON.—SALAZAR.—MONROY.—BOCANGEL.—SOR JUANA, etc.

(Véase el número anterior.)

El licenciado D. GERÓNIMO DE VILLAIZAN Y GARCÉS, abogado de los reales consejos, nacido en Madrid en 1604, hijo de Diego Villaizan, boticario, compartió como poeta y discreto autor dramático los aplausos y la fama que disfrutaba en los tribunales como elocuente abogado; fama y aplauso sin duda exajerados, y que no debían ser muy del agrado de algunos de los escritores contemporáneos, á juzgar por una composicion satírica que se lee en las obras de D. Antonio Hurtado de Mendoza, quien amostazado sin duda al ver que todas las comedias de mérito que se representaban se decia que eran de aquel, prorumpió en estos irónicos versos, y otros no menos malos, que suprimimos por la brevedad:

¿Quién mató al comendador?

Fuente Ovejuna, es error;

¿qué comedias de primor

se las quitan á su autor

y á su nombre se las dan?

Villaizan.

¿Quién hizo y quién hace cargas

á los poetas amargas,

y quién sin darnos descargas

comedias que en dudas largas

ni las conoce Galvan?

Villaizan.

¿Quién ganó á Jerusalem?

¿quién fué pastor á Belén?

¿quién será Matusalen?

¿quién ha sido el otro, y quién

es el pecado de Adán?

Villaizan.

¿Quién es Pedro de Urdemalas?

¿quién Birimbao con sus galas?

¿quién las comadres Ayalas?

¿y quién Don José de Salas,

Pellicer y Montalvan?

Villaizan.

¿Quién es aquel encubierto

templando al primer concierto,

que hereda lo que no ha muerto,

y quién, pues todo es incierto,

metió la peste en Milan?

Villaizan.

¿Quién es el que satisfecho

mete la mano en su pecho,

y con torcido derecho

hace lo que nadie ha hecho

lo que todos harán?

Villaizan.

¿Quién gana siempre la rifa?

¿quién inventó la engañifa?

¿quién es gorda y es jarifa?

¿quién ejecuta en Tarifa

la hazaña del gran Guzman?

Villaizan.

¿Quién juega la carambola?

¿quién venció la Cirinola?

¿quién fué del francés mamola?

¿quién es la gloria española

27 DE MARZO DE 1855.

que adquirió el Gran capitán?

Villaizan.

¿Quién destrozando banderas  
en navíos y galeras  
dominó naciones fieras?  
¿Y quién ganó las Terceras  
sin Don Alvaro Bazán?

Villaizan.

¿Quién haciendo hazañas sumas  
que aun no caben en las plumas,  
mundo rompiendo y espumas,  
fué de treinta Motezumas  
el mismo Cortés-Fernán?

Villaizan.

¿Quién es poeta de ayuda?  
¿quién mas sabio que la ruda?  
¿quién arroje lo que suda?  
¿quién la prodigiosa duda  
en que los hombres están?

Villaizan (1).

¿Quién pensó la gran tragedia?  
¿quién escribió en hora y media  
esa perpetua comedia?  
¿quién nuestra paciencia asedia?  
¿quién hizo el perpetuan?

Villaizan.

Lope de Vega y Montalvan, por el contrario, se esmeran en dedicarle aquellos enfáticos elogios de costumbre, que nada en verdad prueban, por lo mucho que los prodigaban. Además, en una memoria dirigida á Carlos II en defensa de la comedia, se da á entender que Villaizan era el autor favorito de Felipe IV, el cual asistía incógnito á la representacion de sus comedias en el teatro de la Cruz, entrando en él por cierto paraje que guiaba derecho al aposento de S. M. La posteridad ciertamente no ha justificado esta preferencia, colocando á Villaizan, como poeta dramático, en un punto muy subalterno; verdad es que de las muchas comedias que se supone compuso, solo han llegado hasta nuestros dias escasamente las que abajo señalamos, y de esas apenas pueden recomendarse por cierta regularidad en los planes, pintura de caracteres y facilidad en el estilo y versificación, las tituladas *Ofender con las finezas*, y *Sufrir mas por querer mas*. En esta última hay estos lindos versos.

D. JUAN..... Yo ví á Leonor, ya lo sé;  
tuve celos, ya lo ví,  
en este jardín la hallé;  
loró, no me enternecí;  
rogóme, y la desprecié;  
porque amor es niño y tiene  
desigualdades, y ya  
su modo de obrar previene,  
que ni ofende aunque se va,  
ni obliga cuando se viene.

LIRON..... ¿Y pues qué tiene que ver  
ser niño amor, con tener  
celos de Leonor que lora,  
con venir á verla ahora,  
y con despreciarla ayer?

D. JUAN..... Aquel llorarla perdida,  
y no quererla rogado,  
irse y pensar que se olvidó  
volver y estar confiado  
y buscar la despedida,  
todo es amor; amor es  
como un niño en todo, pues  
si algo le quitan, se enoja,  
lora, dáselo, y lo arroja  
colérico, mas despues  
que se se fué quien le enojó,  
luego que solo se vió  
y el llanto empezó á enjugar,  
él propio viene á buscar  
lo mismo que despreció.  
Así á un amante le quitan  
con los celos el amor,  
los celos al llanto incitan,  
y cuando con el favor

acallarle solicitan,  
celoso, enojado y ciego  
desprecia el llanto y el ruego;  
pero ¿qué viene á importar  
el huir y despreciar  
si vuelve rogando luego?

En la de *Ofender con las finezas*, escrita toda ella con discreto ingenio y galana lozania, se encuentra, entre otros muchos, este bello pensamiento.

Y como el que un vaso tiene  
lleno de un licor sabroso,  
si echan de otro venenoso  
cantidad menor, se viene  
á apoderar el veneno  
de todo el licor, de modo  
que el vaso es veneno todo  
y está de ponzoña lleno;  
así el pecho, aunque se vió  
lleno de amor, alimento  
dulce de un pensamiento,  
luego que en él se mezcló  
el veneno de los celos,  
creciendo su tiranía,  
cuanto fué dulce alegría  
volvió en amargos desvelos.

De las muestras citadas se deduce el claro ingenio y buen gusto de D. GERÓNIMO DE VILLAIZAN, siendo por lo tanto de lamentar que la desidia de los reimpresores de nuestro teatro, nos haya dejado tan pocas muestras de su fecunda musa.

#### COMEDIAS

DE D. GERÓNIMO DE VILLAIZAN Y GARCÉS.

A gran daño gran remedio.  
Mas valiera callarlo, que no decirlo.  
Ofender con las finezas.  
Sufrir mas por querer mas.  
Venga lo que viniere.  
Quinta (la) de Sicilia.  
San Agustín.  
Trasformaciones de amor.

Otro de los poetas mas considerados de la primera mitad del siglo XVII fué D. RODRIGO DE HERRERA, ilustre no solo por sus obras literarias, sino tambien por su nacimiento, pues aunque Montalvan le hace portugués, consta por la diligencia del erudito biógrafo de los hijos de Madrid Alvarez Baena, que nació en esta corte, que fué hijo de D. Melchor Herrera, marqués de Auñón, habido en Doña Inés Ponce de Leon, señora muy calificada, y que, no pudiéndole suceder por esta razon en su mayorazgo principal, le fundó otro, y le hizo contraer matrimonio con su prima hermana Doña María, sucesora de la casa. Fué caballero del hábito de Santiago y murió en 1641. Escribió muchas obras poéticas que merecieron el aplauso general y los elogios de los grandes autores sus contemporáneos, desde Cervantes, que le consignó en su *Viaje al Parnaso* los siguientes versos,

Este, que con Homero le comparo,  
es el gran Don Rodrigo de Herrera  
insigue en letras y en virtudes raro.

hasta Lope y Montalvan, que igualmente le celebran en su *Laurel de Apolo*, y en el *Para todos*. Efectivamente en las comedias que aun se conservan de este ilustre escritor, se echa de ver la agudeza de su ingenio, su buen gusto y estilo fácil y delicado. Las mas conocidas y que creemos tambien merezcan serlo, son las tituladas *La fe no ha menester armas*, ó *venida del inglés á Cadix*; *Del cielo viene el buen rey*; y *Duelos de amor y amistad*: de la primera como muestras del estilo, ofrecemos el siguiente epigrama:

PIERRES..... Cierta galán á su dama  
le dijo ¿ha llegado acá  
de lo que hice por allá  
con los ingleses la fama?  
Y ella respondió; por Dios  
que hoy á mi noticia viene;

(1) Alude acaso á la opinion que se tenia de que Villaizan era uno de los poetas que ayudaban á Felipe IV en las piezas que escribía.

pero tanto que hacer tiene,  
que no podrá hablar de vos.

Y de la segunda una chistosa y satírica pintura que hace el gracioso de la condición de las mugeres.

Si es moza, se hace de pencas,  
diciendo «no trato de eso:»  
si es paseante, busca unciones  
con que teñirse el cabello;  
y si se repara bien,  
no es ámbar fino su aliento.  
Si es flaca, ¿quién puede haber  
que enamore á un esqueleto?  
Si es gorda, sin ser verano,  
abochorna y quita el sueño;  
si es alta, parece azul  
como la miren de lejos;  
si es enana, es menester  
humillarse por el suelo,  
ó ponerse de cuclillas  
para decirle un secreto.  
Pues si tiene buenas manos,  
Dios nos libre del esceso  
con que á puras manotadas  
acicala y pule un cuento.  
Si buenos dientes, los labios  
arregaza haciendo un gesto,  
y á cualquiera chanza trae  
la risa por los cabellos.  
Si es discreta, ya se sabe  
que no la falta lo feo.  
Si hermosa, el ser una tonta  
le compete de derecho.  
Mas todo lo referido  
en mi opinión es lo menos;  
que estos son, si bien se mira,  
particulares defectos,  
que no á todas comprehenden,  
pues muchas se hallan sin ellos.  
Vamos á las generales  
trazas, tramoyas, enredos  
de las mugeres: ¿quién hay  
que sufra los embebecos  
de rizos, guedejas, moños  
que estan diciendo *memento  
calva que ayer fuiste raso  
aunque hoy eres terciopelo?*  
¿Quién habrá, digo otra vez,  
que lleve con sufrimiento  
las infusiones, las modas,  
los badulaques y ungüentos  
que hacen algunas mugeres  
para pintarse de nuevo?  
Pocas son las que se lavan  
con agua clara de enero:  
todo es soliman, y todo  
arrebol, claras de huevos,  
albayalde, piedra alumbre,  
babosas, miel y espejuelos,  
y otras seis mil porquerías,  
que duran en sus pellejos  
lo que al sudor se le antoja  
ó lo que permite el lienzo.  
Si bajamos, pues, abajo,  
muy entablado vemos  
el talle, como si fuera  
brazo con un desconcierto,  
que si en un brazo le dan  
resuena el carton á hueco.  
Luego estan los *guarda infantes*,  
los faldellines, los ruedos,  
las enaguas, las polleras,  
que garlitos del infierno  
engañan á un hombre honrado  
con el cebo que está dentro.  
Pero lo esencial olvido;  
de lo mejor no me acuerdo:  
¿qué muger hay que no pida?  
¿quién no ha de quedar muerto

á un *dame* desvergonzado,  
á un *enviame* grosero?

## COMEDIAS

DE D. RODRIGO DE HERRERA.

Batalla (la) de Clavijo ó el voto de Santiago.  
Castigar por defender (burlesca).  
Otra del mismo titulo (séria).  
Del cielo viene el buen rey.  
Duelos de amor y amistad.  
La fé no ha menester armas, ó venida del inglés á Cádiz.  
Mayor triunfo (el) de Julio César.  
Primer templo (el) de España.  
San Segundo, obispo de Avila.

No respondemos sin embargo de que algunas de las comedias atribuidas á D. Rodrigo no sean de otro poeta y escritor célebre contemporáneo llamado D. Jacinto de Herrera, natural tambien de Madrid, y que asimismo alaba mucho Montalvan y señala como autor de comedias y de otras obras que no conocemos.

DON ALONSO GERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, mas conocido en nuestra república literaria como poeta lirico y discreto autor de varias novelas, como *La ingeniosa Helena hija de Celestina*; *D. Diego de noche*; *Pedro de Urdemalas*; *La estafeta del dios Momo*, y otras varias, escribió tambien diversas comedias, cuyos titulos hemos recogido á continuacion, siendo lo único que podemos ofrecer á nuestros lectores, por haberse hecho tan raras que no hemos acertado á ver ninguna de ellas. Este fecundo autor nació en Madrid hácia 1580, y murió en 1650 con grande sentimiento del monarca, de quien se titula criado, no sabemos en qué categoria, y de la corte toda, en donde era sumamente estimado por su florido ingenio.

## COMEDIAS

DE D. ALONSO DE SALAS BARBADILLO.

Caballero (el) bailarín.  
Doña Ventosa.  
Escuela de Celestina, ó el hidalgo presumido.  
Galan (el) tramposo y pobre.  
Gallardo (el) Escarraman.  
Padrastró (el) y las hijastras.  
Prado (el) de Madrid, y baile de la capona.  
Prodigios de amor y caballero puntual.  
Victoria de Francia y España.

Tambien D. ALONSO DEL CASTILLO Y SOLÓRZANO, que floreció por aquel tiempo, es mas conocido como escritor de novelas, *La Garduña de Sevilla*, *Las tardes entretenidas*, *Las noches de placer*, *Las Arpias de Madrid* y *coche de las estafas*, y otras muchas obras en prosa y en verso; mas tambien alternó con ellas en composiciones dramáticas, por cierto de bien escaso mérito, cuyos titulos van á continuacion.

## COMEDIAS

DE D. ALONSO DEL CASTILLO SOLÓRZANO.

Agravios (los) satisfechos.  
Amazonas (las) de España.  
Esclavos (los) de mi esclava, y hacer bien nunca se pierde.  
Fantasma (la) de Valencia.  
Fuego (el) dado del cielo.  
Infante (el) de Alemania.  
Marqués (el) del Cigarra.  
Torre (la) de Florisbella.  
Victoria (la) de Norlingen.

Lo mismo puede decirse de D. JUAN DE ZABALETA, discretísimo escritor de costumbres y novelas morales, entre las cuales merecen especial mencion las que llevan el titulo de *El día de fiesta por la mañana*, y *El día de fiesta por la tarde*; el cual, ya solo unas veces, ya acompañado otras con Calderon, Cancr y Villaviciosa, escribió tambien varias composiciones dramáticas poco notables. Fué natural

de Madrid, y por la reimpression de sus obras en prosa bajo su cuidado en 1667, consta que vivia aun, aunque ciego desde 1664.

## COMEDIAS

DE D. JUAN DE ZABALETA.

Amor (el) enamorado.  
Cuerdos hay que parecen locos.  
Dama (la) corregidor (con Villaviciosa).  
Disparate (el) creído.  
Ermitaño (el) galán.  
Hechizo (el) imaginado.  
Hijo (el) de Marco Aurelio.  
Margarita (la) preciosa.  
No amar la mayor fineza.  
Osar morir de la vida.  
Príncipe (el) de la Estrella y castillo de la vida.  
Razon (la) hace dichosos (con Martínez y Cancer).

(Concluirá.)

R. DE M. ROMANOS.

## FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

(Conclusion.)

Habian prometido á Colon la octava parte de las nuevas tierras y de las riquezas que en ellas se encontrasen, y murió pobre: le habian concedido una autoridad sin límites, y llevó sus propias cadenas al sepulcro: dejó á España un mundo, y á duras penas le otorgaron una tumba.

Pizarro reflexionó todas estas cosas sobre aquella fria piedra, y después de orar fervorosamente por el alma del que fué su amo, su maestro y su amigo, salió de la catedral, montó á caballo y se alejó de Sevilla.

Tres dias despues, al anochecer, llegaba un caballero por una de las muchas gargantas de los montes de Toledo al valle del Almonte; apenas hubo divisado el rio y los campanarios de Trujillo, se apeó, y llevando el caballo por la brida, avanzó lentamente. Sin duda tocaba el término de su viaje, y no veia aquel país por la vez primera, porque á cada paso tropezaba con mil recuerdos.

No necesitamos por lo tanto encarecer la emocion que esperimentó nuestro héroe al encontrarse en aquel valle en que nada habia cambiado al cabo de treinta años: veia las mismas rocas, los mismos senderos escarpados, el mismo castillo feudal, y del mismo modo que antes, varios rebaños al cuidado de sus pastores.

La noche apuntaba ya, y nuestro caballero, cuya presencia habia atraido unos cuantos muchachos, se dirigió casi instintivamente por el sendero que no habia olvidado, hácia la puerta del desmantelado edificio, y aceptó la hospitalidad que le ofrecieron.

El viejo castellano habia muerto, y tres hombres se hallaban reunidos en el antiguo salon, alrededor de la mesa grande de encina, esperando la cena. Habia un puesto vacío, é invitaron al caballero á que se sentase.

—Este sitio, ¿pertenece tal vez á un ausente? preguntó Pizarro.

—En efecto, caballero, le contestaron; es el de nuestro hermano. Hace treinta años que no le vemos; pero todas las noches ponemos el asiento que le corresponde en nuestra mesa. No ha llegado todavia; pero esperamos que Dios nos le enviará algun dia.

—¿Se marchó hace treinta años?

—Sí señor.

—¿Y nunca habeis recibido noticias suyas?

—Nunca: pero él vendrá.

—Sin duda; yo tambien he vuelto, y eso que tambien en otro tiempo me ausenté con el gran Cristóbal Colon.

—¡Ah! ¿Habeis estado en ese magnífico país de Occidente, que segun dicen, se ha descubierta al otro lado del Océano?

—Sí por cierto: y héme aquí capitán después de haber sido pastor.

—¿Con que habeis ejercido el mismo oficio que nuestro hermano Francisco?

—¿Y por qué no? Podeis creer que no siempre he llevado jubones bordados de oro: hubo un tiempo en que cuidaba casi desnudo la piara de mi padre.

—¿De vuestro padre?

—Tambien recuerdo las batallas que emprendiamos contra los pastores de las cercanias. Yo empuñaba este cuerno que jamás se ha se-

parado de mí, y que he guarnecido de oro, y á los gritos de adelante, adelante, guíaba á mis jóvenes compañeros.

Al pronunciar estas palabras, el caballero habia aplicado á sus labios el rústico instrumento: pronto sacó de él los mismos sonidos de reunion, como solia hacerlo cuando era jóven.

—Esto es extraño, dijeron sus hermanos: esa voz... esos sonidos... ¿No teneis parientes en España?

—Sí; tres hermanos, que en otro tiempo me acompañaban á los montes.

—¿Cómo se llaman?

—¿Cómo os llamais vosotros?

—Yo, Juan.

—Yo, Gonzalo.

—Yo, Fernando.

—Pues bien; esos nombres son tambien los de mis hermanos.

—¿Pero cuál es el vuestro, caballero?

—El de un hermano á quien los suyos han esperado treinta años, y que al llegar ha encontrado su puesto: ese hermano ha dividido en cuatro partes las riquezas que ha adquirido en el Nuevo Mundo, y trae á cada uno la que le corresponde.

Tres gritos contestaron á estas razones, y Francisco abrazó estrechamente á sus hermanos.

Los cuatro juraron aquella misma noche no volver á separarse, y algunos dias despues se embarcaron para América.

## VII.

## LA CONQUISTA DEL PERÚ.

Para dar fin á la vida del célebre Francisco Pizarro, debemos presentar en brevisimo resumen la historia de su famosa conquista, que trasmitió su nombre á la posteridad, como uno de los mas señalados de la antigua milicia española.

Vuelto á Panamá, encontró alli Pizarro á sus asociados. Fernando de Luque se dió por satisfecho con el nombramiento de obispo que le llevaba; pero Almagro, á quien solo se conferia el empleo de gobernador de un castillo, manifestó su descontento: á pesar de todo, se decidió á proseguir la empresa con su amigo.

Aunque autorizado por el emperador, y revestido de grandes poderes, solo pudo reunir Pizarro tres buques y ciento ochenta soldados. Con estas débiles fuerzas se atrevió á desembarcar en la costa del Perú, y dió principio á sus hazañas atacando la ciudad de Duna, cuyo botin fué considerable.

Dos Incas peruanos se hacian entonces cruda guerra, á saber: Huaspar y Atahualpa; el primero envió emisarios al capitán español solicitando su alianza, y dichos embajadores le decidieron á marchar contra Atahualpa.

El tránsito fué penoso por la fragosidad del terreno y por la falta de agua. Por fin los españoles encontraron á los diputados que les enviaba Atahualpa con riquisimos presentes; pero ellos marcharon sin detenerse hácia Caxamalca, donde se hallaba el Inca. Los pueblos se apresuraban á satisfacer sus deseos, y muchos naturales, observando que los corceles tascaban sus frenos, se figuraron que se alimentaban de metales, y corrian á presentarles oro y plata.

Llegó por último el reducido ejército á Caxamalca, y Pizarro tuvo una larga entrevista con el Inca Atahualpa en un magnífico palacio.

Al siguiente dia pasó el Inca al campo de los españoles, acompañado de treinta mil hombres y de gran parte de su pueblo.

El sacerdote Vicente de Valverde quiso aprovechar aquella ocasion para convertir al príncipe peruano, y le dirigió un larguísimo discurso acerca del cristianismo. Fuese por efecto del fastidio ó del cansancio, Atahualpa, que nada comprendia de aquella arenga, rechazó el libro de los Santos Evangelios que el sacerdote le presentaba: cayó el libro al suelo, y segun varios historiadores, tambien el Crucifijo que tenia Valverde en sus manos.

Los españoles, al ver insultada la religion de sus padres, se arrojaron sobre los peruanos. Asustados estos por el estruendo de las armas de fuego y por la impetuosidad de los caballos, no pensaron en oponer la menor resistencia, y se desbandaron. Los mas adictos al Inca se agruparon en torno suyo para protegerle con sus cuerpos, pero Pizarro los desbarató é hizo prisionero á Atahualpa.

Preciso es convenir en que los pormenores hasta aqui referidos son de un autor peruano: otros que, bajo el punto de vista histórico, deben ser tenidos por mas imparciales, aseguran que el emperador del Perú habia querido cercar traidoramente y hacer que peciesen los españoles, quienes castigaron justa y severamente sus péfidas intenciones.

El Inca prisionero fué encerrado en una sala y ofreció por su rescate llenar aquella misma sala de oro hasta la altura á que su brazo podia

llegar: en consecuencia dió sus órdenes para que fuesen llevando el metal precioso.

Huescar, hermano de Atahualpa y su rival en el gobierno del imperio, fué preso al mismo tiempo por los hermanos del Inca, y propuso por su parte á los españoles entregarles si consentian en liberarle de las cadenas que le oprimian, triplicado monton de oro del que su hermano habia ofrecido: súpolo este á tiempo, y temiendo las consecuencias de aquel paso, se apresuró á hacerle asesinar por sus secuaces.

No tardó en ser castigada esta accion infame. Los españoles, deseando dar fin á su conquista y hacerse dueños del Perú, se vieron favorecidos por el cielo, pues el crimen de Atahualpa les obligó á juzgarle. Almagro y sus parciales, á pesar de la resistencia de Pizarro y de varios jueces, consiguieron que quedase condenado á muerte. Aquel desgraciado príncipe fué ahogado.



Los conquistadores no se aprovecharon pacíficamente de su muerte. Su poder se estendió efectivamente por todo el imperio, pues los dos Inca hermanos no dejaron sucesores capaces de empuñar el cetro; además, Francisco Pizarro habia enviado á España á su hermano Fernando con inmensas riquezas para el emperador, y en su consecuencia fué nombrado virrey; pero los peruanos inquietaron durante quince años consecutivos á los españoles con intestinas revueltas, al paso que fueron debilitándose las fuerzas de los últimos con incesantes guerras civiles.

Pizarro proseguia sus incursiones, y se ocupaba en fundar la gran ciudad de Lima, que pronto debia convertirse en capital del Perú, cuando Almagro, resentido por no haber alcanzado título alguno, al paso que veia hecho virrey á su consocio, sublevó las tropas que se hallaban á sus inmediatas órdenes, y puso presos en el Cuzco á los tres hermanos de Pizarro.

Fernando y Gonzalo debieron su libertad á Alvarado, enviado por el virrey para socorrerles, y á su vez hicieron prisionero á Almagro.

Pizarro llegó al Cuzco, y ya se disponia á juzgar á su antiguo compañero, cuando un hijo de este, hombre determinado, penetró en su

palacio al frente de diez y ocho conjurados, y mató al conquistador del Perú, á pesar de la resistencia y del arrojó con que le defendieron varios oficiales.

Así pereció este hombre, que de simple pastor supo hacerse casi rey, y que en su brillante carrera mereció la estimacion de todos los grandes capitanes de su tiempo, sin que cometiese los crímenes atroces que le han achacado algunos escritores, como Marmontel, poco versados en la historia de la conquista.

No alcanzaron los hermanos de Pizarro un fin mas dichoso.

Juan fué asesinado por los peruanos: Gonzalo, despues de la muerte de Francisco, quiso apoderarse del mando, y se negó á reconocer al nuevo virrey recién llegado de España; pero vencido en la lucha, pereció como rebelde. Fernando, por último, fué conducido á España, y murió en una prision al cabo de veintitres años de encierro.

## SAFO.

En el número 53 de este SEMANARIO se insertó un grabado que representa á esta poetisa griega, al que no acompaña artículo, lo que nos ha movido á escribir estos breves apuntes, porque no son muchas las noticias que de ella se tienen, y no tratamos de componer una novela, como tomando por sujeto á Safo se ha hecho ya en algun periódico.



(Safo.)

Generalmente se menciona y celebra una Safo; pero segun testimonio de Suidas y Eliano, hubo dos poetisas de este nombre, una y otra naturales de la isla de Lesbos, la mas antigua y famosa de Eresia, coetánea de Estesicoro y Pitaco, y la moderna de Mitilene; pero las circunstancias de una y otra se han confundido para formar la biografía de una sola Safo, á la cual se atribuye la invencion de los versos sáficos y del plectro, y los amores con Faon.

La antigua Safo era hermosa y elegante, mereció el nombre de décima musa, y fué la inventora del verso que lleva su nombre. Escribió nueve libros de poesias, y fué dada al amor de los jóvenes, y una de las que los griegos llamaron *tribades*. Hicieron grandes elogios de ella Estrabon, Aristóteles, Sócrates, Plutarco, Dionisio de Alicarnaso y el retórico Longino por la sublimidad de sus poesias, de las que sólo quedan dos composiciones que conservaron los dos últimos autores citados; una que es un himno á Venus, y la otra una oda dirigida á una joven que amaba.

Estas circunstancias pertenecen á la Safo de Eresia: todo lo demás creemos que corresponde á la de Mitilene, que fué contemporánea de Alceo, y floreció unos seiscientos años antes de Jesucristo, en la olimpiada XLII. Se duda el nombre de su padre, pues le dan varios muy discordantes, y se sabe que su madre se llamó Cleide. Quedó huérfana de seis años con tres hermanos, de los que uno, llamado Caraxes, fué amante de la famosa cortesana Ródope, á la que habiendo redimido de la esclavitud por una gran suma de dinero, y dilapidado otras en vicios, quedó reducido á pobreza. Por esto Ovidio en su heroída de Safo á Faon dice de Caraxes en boca de su hermana:

*Factus inops agili peragit freta caerulea remo,  
Quasque male amisit nunc male quaerit opes.*

Fué casada con Cercylo, hombre muy rico de la isla de Andros, del cual tuvo una hija llamada Cleide, y habiendo enviudado se ena-

moró perdidamente de Faon, bello jóven de Sicilia, que la abandonó y se volvió á esta isla. Safo, viéndose despreciada, y no pudiendo tolear su dolor, le buscó remedio arrojándose al mar desde el promontorio de Léucade, porque se estaba en la persuasion que los que salian con vida se curaban de su amorosa pasion; pero Safo no tuvo esta suerte, y pereció en la tentativa.

Ovidio, de quien se dice que compuso la heroida de Safo, teniendo presentes versos de la poetisa griega, que no han llegado á nuestros tiempos, y que por eso es una de las mejores, si no la mejor del elegiaco latino, tambien parece que confunde á las dos Safos; pues atribuye á la amante de Faon el amor desordenado de las jóvenes, cautando así:

*Nec me Pyrriades, Metymniadesque puellae,  
Nec me Lesbium caetera turba juvant.  
Vilis Anactorie (1), vilis mihi candida Cydno,  
Non oculis grata est Arthis ut ante meis.  
Atque aliae centum quas non sine crimine amavi:  
Improbe, multarum quod fuit, unus habes.*

Suidas, además de Artis, nombra otras dos amigas de Safo, á saber, Telesipa y Megara.

La antigua tuvo muchas discipulas, y la mayor parte de sus versos son eróticos. A ella debe atribuirse lo que dice Ovidio en el libro II de los Tristes.

*Lesbia quid docuit Sapho nisi amare puellas?*

La Safo de Ovidio no era hermosa como la de Eresia, pues dice así:

*Si mihi difficilis formam natura negavit,  
Ingenio formae damna rependo meae.*

Los mitileneos acuñaron una medalla á su Safo, de la que acaso se haya sacado la cabeza que va al frente de este artículo, la cual se ha copiado de los retratos de personas ilustres que el médico Juan Fabro publicó en 1606, para lo que se valió de los monumentos antiguos, especialmente de los del museo del célebre anticuario Fulvio Ursini; pero sea de la mas ó de la menos antigua, es lo cierto que sus muy pronunciadas facciones revelan vehemencia en las pasiones, y que la espresion de su figura denota algo de varonil.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX.

### III.

Me he quejado contigo de que sin solicitarlo me hayan traído á la comedia de esta vida, en la que tantas ilusiones he perdido. Ello sí, yo tengo la culpa de mucho de lo malo que por acá me ha pasado, pues que las infamias de los hombres, con ser tantas, no han pervertido mi corazón. ¡Pero qué quieres, Polux! hay cosas que estan en la masa de la sangre, y esto de la honra, que es una de ellas, creo yo que, como la tisis, es una enfermedad hereditaria. No he podido averiguar, que Tadeo nunca ha sabido decirme, las esperanzas con que mi pobre padre emprendió la carrera de las armas; pero tengo por cierto que, segun lo mal que le fué, debió de prometérselas muy felices. De mi sé decir, que cuando senté plaza en un regimiento, me puse tan alegre, que mas no podía ponerme. Un campo hermoso se estendia á mi vista sembrado de flores, de grados y de victorias, y allá al lejos, al lejos, al fin de todo, Laura me esperaba con los brazos abiertos. El cabo de mi compañía, que era hombre que entendia las cosas de otra manera, digotelo no sin vergüenza todavía, solia sacarme de estos éstasis con una vara; pero tanto mejor, porque cuanto mas trabajos pasara, mas amor pensaba yo que Laura habia de tomarme. Con mis éstasis y mis palos hacia pues la vida del recluta, contento nó, pero resignado sí, aguardando con impaciencia el momento de salir á campaña para darme á conocer. Llegó por fin este día, y la fortuna realizó de tal modo mis esperanzas, que en la primera batalla me hicieran cabo, en la segunda sargento, y... Dios sabe á lo que hubiera llegado en las sucesivas, á no haber perdido un ojo en la tercera! Mi coronel, que era hombre que mas que de atacar al enemigo entendia de proclamas, como que por esto solo era coronel, declaró delante del regimiento formado en linea, que yo era todo un valiente, y tanto, que habia quedado inútil para el servicio. Yo, pobre aventurero, que habia salido por ahí en busca de la gloria y de la fortuna, que para mí no eran nada, pero que eran mucho para Laura, no

acaba de comprender cómo, habiéndome portado con tanta honra, decia después mi coronel que no servia para el caso, cuando mi corazón latia sereno en medio de la pelea, y á mi brazole sobraban fuerzas para blandir la espada. Pero no hubo remedio: que quise, que nó, me echaron del regimiento. Entonces me acordé de Laura, de Tadeo y del delicioso valle que me habia visto nacer y que como un rio de verdura se desplegaba entre dos sierras: hacia dos años que no aspiraba sus embalsamadas auras, que no besaba sus flores, que no bebía en sus fuentes, y que no me dormía á la sombra de sus melancólicos álamos: la vida del campo me llamaba á mi cabaña con el rumor de los rebaños, el murmullo del arroyo, el gemido de los árboles, el ruido de mi aldea y el clamor de sus campanas. Verdad es que yo habia abandonado todo esto por correr tras de la gloria y la fortuna... pero la fortuna no parece sino que es enemiga de los hombres honrados, al ver las gentes con quienes se va! y en cuanto á la gloria, que es lo principal, habia adquirido tanta, aunque á costa del ojo derecho, que me daba por contento, puesto que estaba seguro de merecer el cariño de mi Laura. Porque, eso sí, con la ausencia queria mas á mi vecina y tenia mas confianza en su amor, sobre todo desde que por ella me dieron aquel bayonetazo, que si me dejó tuerto, me valió en cambio los elogios de mi coronel. Así es, que á medida que al través de los árboles descubria las blancas casas de mi aldea, me palpitaba mas el corazón, y en mi cabeza se levantaban mil proyectos de ventura. Laura será mi esposa, decia yo para mí, y haremos una vida de soledad y de amor. En lo mas escondido del bosque leeremos por las mañanas al Tasso y al Petrarca: las horas del calor se nos harán siempre ligeras en la márgen del rio, á la sombra de los sauces, sesteando sobre las flores, y por las tardes subiremos á la montaña á ver volar las águilas, ó veremos ponerse el sol sentados sobre un torrente.

Como Tadeo sabe algo de música y Laura no tiene mala voz, pasaremos las noches alegremente á la luz de la luna, ella entonando los cantares del pais, Tadeo acompañándola á la guitarra, y yo tendido sobre el césped con la cabeza en su falda contemplando las estrellas, menos hermosas que los ojos de mi muger. Con tales pensamientos, y confiado en la gloria, que para ella, no para mí, habia adquirido, y mas que en todo en su buen corazón, vine á llamar á su puerta. Al golpe mio respondió una voz que me enagenó de alegría: era Laura que vino á abrirme. Entonces levanté la cabeza para contemplarla mejor; pero fué el caso, que lo primero que me vió, mira tú qué suerte la mia, fué la herida que tenia en donde antes el ojo derecho, y que como no estaba cicatrizada del todo, hubo de parecerle tan fea que soltó la carcajada. No me ofendí de esto; antes bien esperé tranquilo á que pasara esta primera sensacion, porque para mi era seguro, que cuanto mayor fuera mi desgracia, con tanto mas entusiasmo y agradecimiento ella se echaria en mis brazos. ¡Pobre de mí!... Ocho dias despues Laura se casó con Juanillo, un zagalon alto como el gastador mas alto de mi regimiento, y fuerte como una peña. Las campanas de la iglesia lanzaban al viento clamores de alegría: los mozos y las doncellas de la aldea con sus trajes de los domingos bailaban al son de la gaita y del tamboril, en tanto que Laura y Juanillo platicaban en voz baja sentados en un haz de trigo á la sombra de una encina. Apoyado en el brazo de mi viejo Tadeo, cuyo cariño se aumentaba á medida que crecian mis desventuras, yo contemplaba este cuadro de alegría con el alma taladrada por el dolor, cuando se me acercó el tío Pablo, que era el padre de Laura, y «Castor, me dijo dándome un golpecito en el hombro, tú eres un jóven de talento, honrado, y valiente, pero Juanillo tiene cuatro fanegas de tierra de pan llevar: entre los dos la eleccion no admitia duda; todo buen padre hubiera hecho lo que yo.» Los ancianos del lugar contestaron amen, y el tío Pablo se fué á sentar satisfecho al lado de los novios. ¡Y luego habrá quien diga que el hombre ha sido hecho á semejanza de Dios!

CASTOR.

La siguiente bellísima cancion está tomada de las obras que, con el título de CUENTOS DE UN LOCO, estamos preparando para la quinta serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL: en ella aparecerán muchas otras producciones importantes, cuyos títulos pueden ver nuestros lectores en el prospecto que estamos repartiendo, anunciando las modificaciones que vamos á hacer en la indicada serie, y la forma y bases de la publicacion.

## CANCION MORISCA.

MOTE.

Yo soy Aurora—la gitaniella  
A quien adora—toda Sevilla;  
Yo, con mi oculta—ciencia gitana,  
Soy pájaro en Sevilla,  
Flor en Triana.

(1) Amythone se lee en otras ediciones de Ovidio.

## ESTROFA PRIMERA.

Nadie conoce de mi existencia  
Ser ni principio, forma ni esencia;  
Floto en el aura cual los vapores,  
Duermo en capullo como las flores;  
Tengo invisibles dos alas bellas,  
Y á ver los astros subo con ellas;  
Muger y ave, vapor y hada,  
yo lo soy todo, yo no soy nada:  
¿Mas cómo en todo y en nada existo?  
Nadie lo sabe, nadie lo ha visto.

Por su parte mas ancha  
Cruzo el vacío,  
Y sin puente ni lancha  
Traspongo el río;  
Porque yo juego  
Con la tierra y el aire,  
La agua y el fuego.

¿Quién es Aurora?—Nadie lo sabe.  
Yo de mí sola—tengo la llave.  
Soy maravilla—con forma humana,  
Soy pájaro en Sevilla,  
Flor en Triana.

## ESTROFA SEGUNDA.

Nací entre juncias en Alfarche,  
Donde una loba fué mi nodriza;  
Cual su lustrosa piel de azabache,  
Peino una trenza sedosa y riza.  
Yo aprendí en medio de aquellas lomas  
La habla trinada de los gilgueros,  
Y la habla amante de las palomas,  
De las abejas y los corderos.  
¿Hay gracia alguna que en mí no quepa?  
¿Hay cosa alguna que yo no sepa?

Guardarme su secreto  
No puede un alma;  
Tengo al mundo sujeto  
Bajo mi palma;  
Y ante mis ojos  
Se me arrodilla esclavo  
De mis antojos.

¿Quién es Aurora?—nadie lo sabe;  
Yo de mí sola—tengo la llave;  
Soy maravilla—con forma humana;  
Soy pájaro en Sevilla,  
Flor en Triana.

## ESTROFA TERCERA.

Mis ojos tienen en mi alegría.  
La luz del cielo de Andalucía;  
Mis ojos radian en mi coraje  
De los del lobo la luz salvaje.  
Mi voz es dulce como el son lento  
Con que en las palmas susurra el viento;  
Ronco es mi ahullido de ira ó de queja,  
Como el graznido de la corneja.  
De tan estraños dotes señora,  
¿Quién no me teme? ¿quién no me adora?

Mi madre fué hechicera,  
Mi padre mago;  
De su ciencia heredera  
Prodigios hago.  
Dadme las palmas  
Y os diré los secretos  
De vuestras almas.

Yo soy Aurora—de quien se sabe  
Que de las almas—tiene la llave.  
Yo, maravilla con forma humana,  
Soy pájaro en Sevilla,  
Flor en Triana.

## ESTROFA CUARTA.

De todos dicen que soy querida,  
Todos me dicen que soy hermosa;  
Mas un misterio guarda mi vida:  
De quien le espiique seré la esposa.  
Bravos hidalgos, mozos gentiles,  
¿Quién quiere el alma de una gitana  
Dentro de un cuerpo de veinte abriles,  
Que es absoluta reina en Triana?  
¿No hay quien se prenda de mi persona?  
¿Quién me da su alma por mi corona?

Un alma solicito  
Para un conjuro;  
Un pecho necesito  
Firme y seguro.  
Busco y no encuentro,  
Un corazón que pueda  
llevarme dentro.

¿Mas qué es Aurora—sin quien la quiera?  
Falso arco iris—de primavera;  
Mariposilla—ciega y liviana,  
Que se quema en Sevilla  
Y arde en Triana.

## NOTE.

¡Desdichadilla—de la gitana!  
Mariposilla—ciega y liviana,  
Que hoy maravilla—polvo mañan  
Será nada en Sevilla,  
Nada en Triana.

José ZORRILLA.

## EPÍSTOLA

## A DOÑA MARIA DE ALVA,

escrita en Cafarnao á 9 dias de Chirona.

Que quieres saber de mí  
dices; flor de las Marias,  
cómo entretengo los dias  
en este zaquizamí.

Item—mas: quieres saber  
cómo es esta soledad.—  
Natural curiosidad  
(al fin como de muger).

Digote que soy contento  
en satisfacer tu antojo;  
pues no dará grande enojo  
un cuento que es chico cuento.

Voy á darte, una por una,  
en dos razones la mia:  
oye: aquí es un soplo el día,  
y la soledad ninguna.

Solo menos desgraciado  
fué, ¡juro por Apolo!  
porque en fin, mas vale solo  
que estar mal acompañado.

Pero tanta compañía  
me pica la retaguardia,  
que me tiene en viva guardia  
una enristre todo el día.

No la multitud descende  
(si enemigos tan crueles)  
de Zegries ni Gomeles,  
ni de los moros de Allende.

Sangre pura de Castilla  
les alimenta el coajar  
de la casa de Pulgar  
de los nobles de Chinchilla.—

Fuera de esta compañía  
(si es tal la del enemigo)  
aquí á solas, yo conmigo  
paso el tiempo noche y día.

Mi albergue es entrecuil,  
loberá, vivir de zorra,  
antro, zahurda, mazmorra,  
y (si algo hay mas vil) mas vil.  
Mas largo es en la Noruega  
el día que en este abismo,  
y aun el del infierno mismo  
en negro al de aquí no llega.

El sol es fama que nunca  
penetró en este lugar;  
porque se teme ensuciar  
en tan inmunda espelunca.

Pero si en esta caverna  
es un relámpago el día,  
á bien, divina María,  
que la noche es sempiterna.

En estas noches, que son  
los días de por acá,  
te diré de pe á pá  
cual es mi eterna cancion.

Leo, río, rabio, lloro,  
canto, silvo, fantaséo:—  
lloro, rabio, río, leo...  
(al revés, todo de coro).

Tal vez entre-día empiezo  
á rezar en son de curas (1);

(1) A recitar salmos, que son entre los libros santos, al fin como el mas poético, el que mas recrea el ánimo del paciente.

pero como estoy á oscuras,  
No veo lo que me rezo.

Rezo con-todo hasta tanto  
que llega á rendirme el sueño;  
que el rezar es el beleño  
para mí de mas encanto.

Duermo como niño en cuna  
soñando-me paraísos;  
y al despertar... ¡ay! ni visos  
encuentro de dicha alguna.—

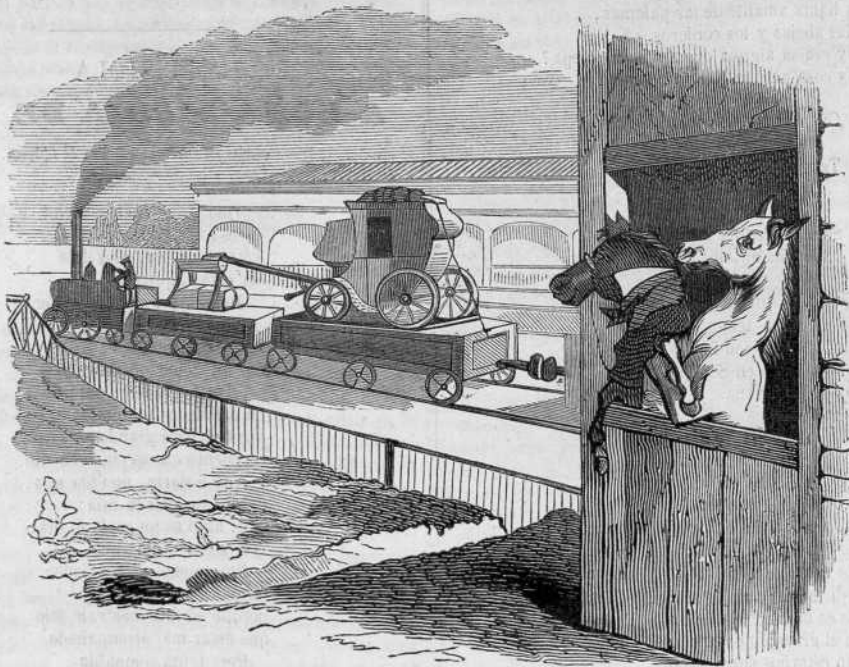
Esta es la vida que paso,  
y esta la tierra que piso:  
¡ay amiga! así lo quiso  
este mi destino escaso.

Pero este brete infernal  
fuera, adorable María,  
en tu dulce compañía  
paraíso terrenal.

B. J. GALLARDO.

### ADVERTENCIA.

Se ha repartido en Madrid y se remite á provincias con este número, la continuación de *El Diablo Mundo* que hemos impreso aparte para regalar á los que se han suscrito al SEMANARIO por un año.



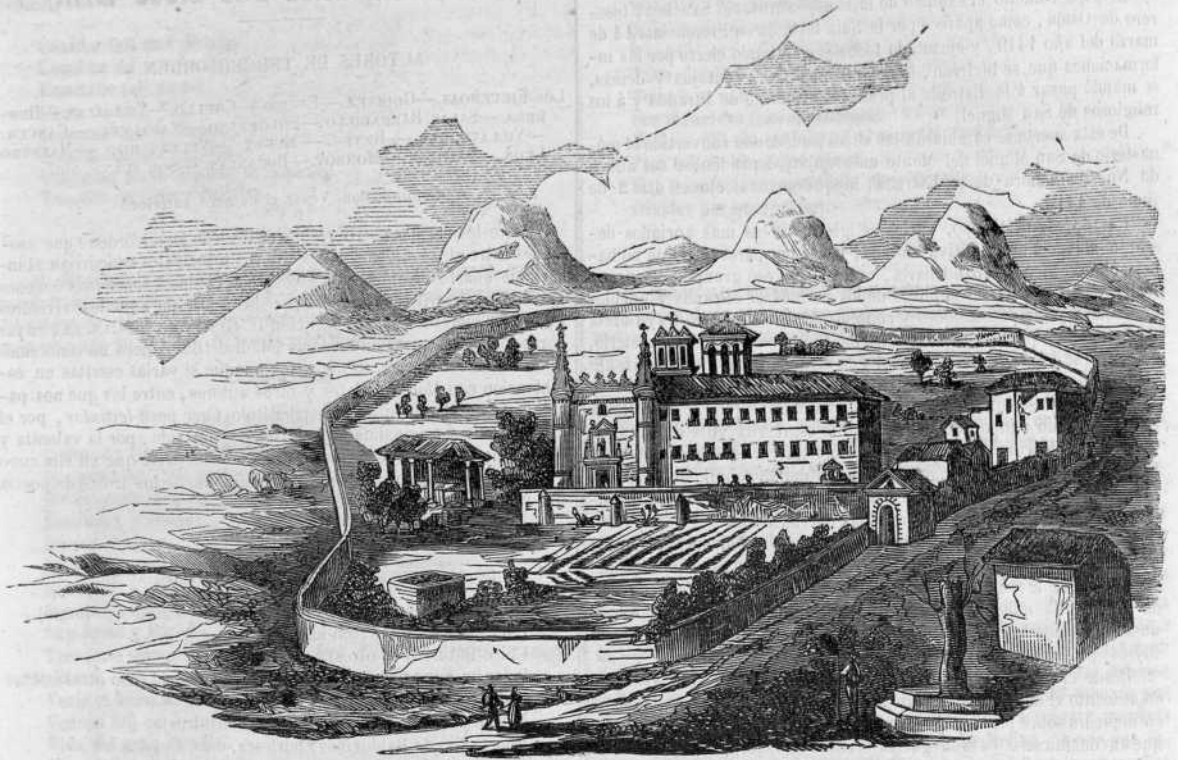
OCIOSIDAD DE LOS CABALLOS, GRACIAS AL VAPOR.

—¿En qué ocuparemos el tiempo, alazan? ¿sabes que ya me fastidia ver pasar y mas pasar los coches sobre carruajes? ¿quieres que nos dejemos conducir á Aranjuez en una berlina para pasar allí el día?

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.





El ex-monasterio de San Miguel del Monte, ó de la Morcuera.

En los confines de la Rioja y Alava, á cuatro kilómetros de Miranda de Ebro, hay un pequeño valle que coronan los montes de la Morquera, ó Morcuera, no muy altos, aunque ásperos y frios, en donde á fines del siglo XIV existía una ermita, en la cual se juntaban á oír misa y á sus rezos, diferentes sugetos que, retirados del mundo y de sus pompas, vivían en unas celdillas inmediatas, sustentándose del trabajo de sus manos y de las limosnas que les daban los vecinos de las poblaciones próximas, quienes les llamaban beatos, voz que en la época de que vamos hablando tenía otro significado que ahora en el lenguaje vulgar.

A la sazón era obispo de Calahorra D. Juan de Guzman; y como tuviese noticia de los ermitaños de San Miguel, se dice que pasó á visitarlos; que habiéndole agrado en extremo la vida sencilla y el trato de los mismos, les persuadió á que adoptasen y siguiesen alguna regla de las aprobadas por la Iglesia, y que sin titubear abrazaron la de San Gerónimo, que entonces estaba muy en boga en nuestra España.

El señor obispo Guzman, sin mas dilatarlo, y gozoso y contento porque sus insinuaciones habian tenido tan pronto y feliz éxito, hizo á los ermitaños de San Miguel, el sábado 25 de Noviembre de 1598, donacion por medio de escritura pública de la ermita de su nombre y de todo cuanto tenia en bienes muebles y raíces, erigiendo á la primera en monasterio de la órden de San Gerónimo.

Tales fueron el origen y el principio de esta casa monástica que tanto figuró despues, y que aun en el dia, abandonada y llena de destrozos, excita la admiracion del viajero por su imponente mole, esbeltas y lindisimas proporciones, y por las conocidas ventajas y utilidades que podría reportar si se destinase á cualquiera de los usos que mencionamos en nuestro artículo del ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro.

Los nuevos religiosos de San Miguel, reunidos ya en comunidad, empezaron á ejercitarse en obras de mortificacion y penitencia, no por su albedrio como antes, sino en virtud de mandato de su superior, de cuya vida austera quedó igualmente tan prendado el obispo de Burgos D. Juan Cabeza de Vaca, que pasó tambien á visitarlos, por corresponder aquel año á su diócesis el monasterio de San Miguel, que aprobó cuanto habian ejecutado.

Benedicto XIII confirmó en 1404, con autoridad apostólica, todo lo que habian hecho los dos señores obispos, y el de Oviedo, Don Guillen, á quien el papa remitió la causa, aprobó en Soto del Rey á 28 de mayo del mismo año las donaciones hechas por los recordados señores obispos de Burgos y Calahorra.

Es de advertir que el segundo tenia un hermano político muy rico, llamado Pedro Lopez de Ayala, y que movido de la curiosidad, pasó al desierto de San Miguel, estuvo algun tiempo con los religiosos, y les construyó el monasterio, que enriqueció con alhajas preciosas, viniendo á habitar á poco con su familia á un aposento que fabricó allí cerca, en donde acabó sus dias y fué enterrado con su muger en una de las capillas de la iglesia, cuyo precioso sepulcro verán nuestros lectores reproducido en el grabado adjunto.

El señor obispo Guzman donó así bien á sus protegidos el santuario de Nuestra Señora de Tolonior, que hoy es de varios pueblos de la Divisa de Alava, y la ermita de Nuestra Señora de la Estrella, jurisdiccion de San Asensio, junto al Ebro, en terreno muy fértil, esta con las casas obispales, heredades y otras posesiones contiguas.

La donacion de la Estrella, al parecer beneficiosa, fué luego motivo de grandes disgustos, y pudo causar la ruina del monasterio de San Miguel.

A la primera, que tenían por granja y punto de recreo, solian ir algunos religiosos achacosos, y quienes de paso cuidaban del culto de la ermita, confesaban, rezaban sus horas, y recibían con mucha caridad á los peregrinos y demás personas de los pueblos comarcanos, con lo cual creció sobre manera en pocos dias la devocion, y se aumentaron las limosnas, tanto en dinero como en joyas, ganados, tierras, viñas y otras heredades.

Diez y nueve años estuvo la ermita de la Estrella servida por los religiosos de San Miguel, á la que acudían unos y otros, segun lo disponían y ordenaban los priores del monasterio de que era hijaela ó dependencia, sin que cesasen de aumentarse los donativos y las limosnas.

De repente empezó á cundir la voz de que el sitio de la Estrella era mas acomodado y sano que el de San Miguel, y la mayoría de los religiosos, pidió licencia al general de la órden para pasarse á aquel, y alcanzada, suplicó al papa Martino V la diese facultad para que

dejando su primitiva morada se estableciese en Nuestra Señora de la Estrella, y que se concediese á la misma título de monasterio.

El papa cometi6 el exámen de la causa á Antonio Sanchez, tesoroero de Osma, como aparece por la bula fechada en Florencia á 14 de marzo del año 1419, y ejecutado todo, y resultando cierto por las informaciones que se hicieron, lo de la comodidad, ventajas y demás, se mandó pasar á la Estrella al prior fray Rodrigo de Miranda y á los religiosos de San Miguel.

De esta suerte se cambiaron las voces, quedando convertido el monasterio de San Miguel del Monte en granja y dependencia del nuevo de Nuestra Señora de la Estrella, lo que tuvo efecto el dia 2 de junio de 1419.

Pasado algun tiempo, varios religiosos de los mas ancianos desearon volver á su primitiva morada, tanto por parecerles que no habian obrado bien en abandonarla, como por el eco grande que encontraron en su corazon las súplicas de los vecinos de Miranda y pueblos limítrofes, y las persuasiones y consejos de su compañero fray Garcia de Ameyugo, que no cesó de contradecir la mudanza del monasterio, de oponerse á los actos capitulares, y de afear con convincentes razones el injustificable abandono de la casa donde se habian criado todos.

Este religioso, que ni siquiera llegó á ir á la Estrella, pasó á Roma en union de un regidor que comisionó la espresada villa de Miranda de Ebro; ambos dieron cuenta al papa Martino V de lo que ocurría, y les proveyó de un buleto que lleva la fecha del 25 de julio de 1426, cometiéndole el exámen de la causa á Juan Ruiz de Peñacerrada, prebendado de Calahorra, y á otras personas notables.

Hechas las diligencias que se prevenian, y visto lo alegado por las partes, se mandó que San Miguel volviese á ser monasterio como antes, que se le reintegrase en sus bienes y rentas, y que los religiosos de la Estrella que quisiesen venir á habitarle lo verificasen. Cinco de los mismos lo realizaron, y acto continuo eligieron por superior suyo al propio fray Garcia de Ameyugo.

Desde entonces hasta la última esclaustracion fué cada vez mas en aumento el monasterio de San Miguel, y de positivo no existía ya en él piedra sobre piedra, si no se hubiese tenido la feliz idea, despues que al concluirse la pasada guerra civil dejó de ser punto de reunion y de recreo á los soldados convalescentes de los ejércitos de nuestra idolatrada reina, de cederle á varios labradores y pastores de Miranda para que le habitasen con sus familias, quienes hacen menos triste aquella soledad, sirven de Cicerones á los viajeros, y sin conocerlo ni pensarlo, evitan las sustracciones fraudulentas, que de fijo se ejecutarían, de puertas, ventanas y demás materiales.

En los mejores tiempos de las artes en España, en el reinado del inmortal Felipe II, se reedificó de nuevo, por efecto del arreglo y economía en los gastos de la comunidad, todo el monasterio que describimos, con tanta belleza en las formas, con galerías abiertas, hermosas balaustradas de piedra primorosamente labrada, elegantes cornisas y serias fachadas, que segun la respetable opinion del erudito señor Gobantes, son sus testuales palabras, *es una perla arquitectónica escondida en la montaña.*

La iglesia, obra de la misma época, tenia todos los altares de cuadros de pinturas de raro mérito, varias del famoso pintor Navarrete, conocido por el Mudo, que estuvo de donado en esta casa, segun unos, ó en la de la Estrella segun otros, cuya mayor parte de aquellas se admiran en la actualidad, en el museo provincial de Burgos.

Dentro del monasterio hay dos fuentes de abundantes y cristalinas aguas que se pierden en el Ebro, porque no se hace el menor caso de ellas.

Lo que mas llama la atencion de todos, y lo que no tiene precio, si estuviere en un pueblo regular, es el claustro principal, cuya vista exacta de dos de sus ángulos damos en nuestro SEMANARIO.

Seria un dolor que este suntuoso edificio se arruinase, como ya empieza á verificarse, porque no se quiere satisfacer un solo maravedí, ni aun para quitar las goteras.

Al concluir nuestro pequeño trabajo nos atrevemos á suplicar respetuosamente á los señores arzobispo de Burgos y obispo de Calahorra, que manden cerrar la iglesia de San Miguel para que las caballerías y otros animales inmundos no continuen aumentando su profanacion, como lo hemos visto nosotros diversas veces, y que procuren á toda costa la buena conservacion de un monumento que sin disputa es de los mejores de sus respectivas diócesis, á las cuales pertenece alternativamente desde tiempo immemorial el paraje donde se halla levantado.

REMIGIO SALOMON.

## TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII.

### AUTORES DE TERCER ORDEN.

LOS FIGUEROAS.—GODINEZ.—ENCISO.—COELLO.—VILLAIZAN.—HERRERA.—SALAS BARBADILLO.—SOLÓRZANO.—ZABAleta.—CÁNCER.—VILLAVICIOSA.—REYES.—MUGET.—VELEZ, HIJO.—MAESTRO LEON.—SALAZAR.—MONROY.—BOCANGEL.—SOR JUANA, etc.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

Entre los muchos escritores dramáticos de tercer orden, que asociados entre sí ó con otros de los autores principales concurrían al insaciable abastecimiento de la escena con composiciones mas ó menos apreciables, escritas en comun por dos ó mas de aquellos vividores ingenios, merece especial mención D. GERÓNIMO DE CÁNCER, cuyas obras corren impresas en un tomo (Madrid 1631); pero no conocemos ninguna comedia enteramente suya, aunque sí varias escritas en colaboracion con Moreto, Matos y otros autores, entre las que nos parece mas notable la que lleva por título *Caer para levantar*, por el atrevimiento y originalidad romántica de su accion, por la valentía y floidez de su estilo; pero como no sabemos la parte que en ella cupo á Cáncer, nos abstenemos de insertar ninguno de los trozos de poesía que la recomiendan. Murió en 1635.

### COMEDIAS

DE D. GERÓNIMO DE CÁNCER CON OTROS AUTORES.

Adúltera (la) penitente santa Teodora (con Matos y Moreto).  
Caer para levantar (con id.).  
Chico Baturi (con otros).  
Dejar un reino por otro, y máscaras de Madrid (con otros).  
Hacer remedio al dolor (con otros).  
Mocedades (las) del Cid, burlesca (con otros).  
Muerte (la) de Baldovinos, burlesca.  
San Ginés, ó el mejor representante (con Moreto y Martinez).  
Vandolero (el) Soporito (con otros).

Poco mas ó menos que de Cáncer puede decirse de D. SEBASTIAN, (ó segun Huerta) D. FRANCISCO DE VILLAVICIOSA, cuyo nombre casi siempre lo encontramos al lado de otros en los títulos de sus comedias. La mas célebre de ellas es la que lleva por título *Cuántas veo tantas quiero*, que escribió juntamente con D. N. Avellaneda, y ha alcanzado el privilegio de ser representada en nuestros dias, dando ocasion á uno de los escénicos triunfos del grande actor Isidoro Maiquez.

### COMEDIAS

DE D. SEBASTIAN DE VILLAVICIOSA.

Angel (el) enamorado.  
Amor (el) puesto en razon.  
Amor hace hablar los mudos (con Matos y Zabaleta).  
Corte (la) en el valle (con Avellaneda y Matos).  
Cuántas veo tantas quiero (con Avellaneda).  
Honrado, noble y valiente.  
Prodigios de amor.  
Sortija (la) de Florencia.  
Virgen (la) de la Fuencisla.

MATIAS DE LOS REYES, natural tambien de esta villa, y autor de un libro titulado *Para algunos*, á imitacion del *Para todos* del famoso Juan Perez de Montalvan, escribió tambien seis comedias, y vivía en 1640 en la villa de Villanueva de la Serena, y era administrador de la órden de Alcántara.

Los títulos de las comedias son:

Agravio (el) agradecido.  
Dar al tiempo lo que es suyo.  
Donaires de Pedro Corchuelo, ó El qué dirán.  
Di mentira, sacaráis verdad.  
Elias, su vida y rapto.  
Enredos (los) del diablo.

D. DIEGO MUGET Y SOLÍS, de quien no tenemos mayores noticias, escribió y publicó en Bruselas, en 1624, una obra titulada *Comedias*

humanas y divinas y rimas morales; en la cual se encuentran las ocho siguientes:

Cazador (el) mas dichoso.  
 Cómo ha de ser el valiente.  
 Ermitaño (el) seglar.  
 Firme lealtad (la).  
 Generoso (el) en España.  
 Igualdad en los sugetos.  
 Venganza de la duquesa de Amanci.  
 Triunfos de amor y fortuna.

D. MELCHOR FERNANDEZ DE LEON, ó el MAESTRO LEON, como se apellida en alguna de sus comedias, escribió tambien muchas, especialmente de vidas de santos, y otras profanas, entre las cuales es la mas conocida la titulada *El sordo y el Montañés*.

#### COMEDIAS

##### DEL MAESTRO LEON.

Conquista (la) de las Molucas.  
 Dos estrellas (las) de Francia.  
 Dos mejores (los) hermanos.  
 Endimion y Diana.  
 Icaro y Dédalo.  
 No hay amar como fingir locura, muerte ó pobreza.  
 Sordo (el) y el Montañés.  
 San Francisco de Borja.  
 San Justo y Pastor.  
 Tres (los) mayores prodigios en tres distintas edades, y origen carmelitano.  
 Venir el amor al mundo.  
 Veneno (el) en la guirnalda, y la triaca en la fuente.  
 Vida del gran tacaño.  
 Virgen (la) de la Salceda.

D. AGUSTIN DE SALAZAR Y TORRES, erudito ingenio, nacido en Soria en 1642, habiendo pasado en los primeros años de su infancia á Méjico al lado de su tío el ilustrísimo señor D. Marcos de Torres, obispo de Campeche, y virey que fué de Nueva España, recibió allí la mas esmerada educacion literaria, y de regreso á España, con la proteccion del duque de Alburquerque, virey de Sicilia, pasó á Alemania con la señora emperatriz y el mismo duque, que le hizo ocupar el puesto de sargento mayor de la provincia de Agrigento, y despues el de su capitan de armas, hasta que restituido á la corte murió en 29 de noviembre de 1673 en la temprana edad de treinta y tres años, en la cual halló, no solo el tiempo necesario para cumplir con sus obligaciones políticas y militares, sino tambien para dedicarse al cultivo de las letras, que enriqueció con varias obras, y entre ellas con varias comedias que se imprimieron en un tomo despues de su muerte en 1694. Estas comedias son las de que estampamos los títulos á continuacion, y en ellas se encuentran muestras repetidas del ingenio discreto de aquel malogrado autor, que acaso hubiera llegado á elevarse á mayor altura, á haberse prolongado por mas tiempo el curso de su vida. No puede negarse sin embargo que en todas ellas domina cierta frialdad y amaneramiento en la accion, en los caracteres y hasta en la expresion, que acaban por hacer cansada su lectura, si bien en algunas, como *Elegir al enemigo*, *Los juegos olimpícos*, y sobre todo *La segunda Celestina*, se aficiona mas la imaginacion del lector, bien por lo ingenioso de la trama, ó bien por el valor de algunos pensamientos, ó por la belleza de los versos en que estan espesados. Hé aquí uno que ofrecemos como muestra:

Todo es horrores la noche;  
 la vista apenas distingue  
 el escollo mas soberbio  
 de la planta mas humilde;  
 la imaginacion tropieza  
 aun antes que el pié la avise;  
 aun da pavor, aun da espanto  
 ver que algunos astros brillen;  
 ¿cómo serán las tinieblas  
 si son las luces horribles?

#### COMEDIAS

##### DE D. AGUSTIN SALAZAR Y TORRES.

Amor (el) mas desgraciado Zéfalo y Poeris.  
 Elegir al enemigo.

Encanto es la hermosura, ó segunda Celestina.  
 Juegos (los) olimpícos.  
 Mejor (la) flor de Sicilia.  
 Méritos son la corona.  
 Tambien se ama en el abismo.  
 Tetis y Peleo.  
 Triunfo y venganza de amor.  
 Dos monarcas (los) de Europa.  
 Hechizo (el) sin hechizo, ó el encanto de Sevilla.  
 Juez (el) en su misma causa.  
 Mas triunfa el amor rendido (con Tarsis).  
 Olvidar por querer bien.

D. CRISTÓBAL MONROY Y SILVA, de quien ahora vamos á ocuparnos, es sin duda alguna uno de los autores de tercer orden de quien mayor número de composiciones ha llegado hasta nosotros; aunque nada podemos decir referente á las circunstancias de su vida, porque en ninguno de los muchos biógrafos y escritores acerca de nuestro teatro que hemos consultado, le encontramos nombrado siquiera; olvido ó desden sobradamente injusto con el autor de unas cuarenta comedias por lo menos, que si no todas recomendables y dignas de estudio, algunas pueden pasar al lado de las buenas de autores mas conocidos. No pretendemos sujetar á este análisis el crecido repertorio de Monroy, porque no le conocemos lo bastante para ello. Unicamente citaremos por sernos conocidas las comedias de *El ofensor de si mismo*, *El robo de Elena y destruccion de Troya*, *la batalla de Pavia y prision del rey Francisco*, en las cuales se revela tanto ingenio y donosura en el autor, como crédito han dado á otros mas dichosos. Recomendamos en este sentido á nuestros lectores la larga y bella escena referente á la visita de Carlos V á su prisionero Francisco I en la comedia titulada *La batalla de Pavia*, y no podemos menos de transcribir dos donosos cuentos de las comedias tituladas *El robo de Elena* y *El encanto por los celos*, el primero de los cuales nos atrevimos á colocar nosotros mismos en una preciosa comedia de Tirso de Molina (*Amar por señas*), refundida para ser representada, como lo fué hace muchos años con notable aplauso, y muy especial para este cuento de Monroy, que decia con una gracia singular el gracioso Cubas:

P..... De tu ceguedad retrato  
 es un troyano, mi amigo.  
 H..... ¿De qué suerte?  
 P..... Ya lo digo;  
 es casado y es ingrato  
 á ternezas de su esposa;  
 ella se muere por él,  
 y él corresponde cruel  
 á su aficion amorosa.  
 Enojóse cierto dia  
 y apartaron cama y mesa;  
 ella con mucha tristeza  
 tanto la ausencia sentia,  
 que á un niño suyo instruyó  
 en que le desenojase  
 cuando por la puerta entrase;  
 y apenas el padre entró,  
 cuando á señas de la madre  
 el chiquillo que lo ve,  
 le dijo: — Padre, ¿por qué  
 no se acuesta con mi madre?—  
 El el mudo labio sella  
 sin responder ni sentir;  
 y el chico volvió á decir:  
 — ¿Quiere acostarse con ella?—  
 Dijolo tercera vez  
 y aun cuarta, y no respondió;  
 y la muger que advirtió  
 su estrañeza y esquivó,  
 le dijo con pecho blando:  
 — Hombre de condicion dura,  
 responde á esa criatura  
 que se está desganitando.

#### Escucha:

aquesta disputa mesma  
 tuvieron dos hombres: uno  
 con industria y diligencia

enseñó un gato á tener con las manos una vela, y cuando estaba cenando le asistía así á la mesa, y este decía «que el arte vence á la naturaleza»; mas el de opinion contraria puso un raton allí cerca, y el gato así que lo vió, corrió soltando la vela y embistió con el raton, dando con esta advertencia á entender «que mas que el arte puede la naturaleza.»

Estos y otros muchos trozos que pudiéramos citar, prueban que hasta en nuestros autores menos famosos hay mucho que aplaudir y que estudiar.

## COMEDIAS

DE D. CRISTÓBAL MONROY Y SILVA.

Alameda (la) de Sevilla.  
 Ateon y Diana.  
 Batalla (la) de Pavia, y prision del rey Francisco.  
 Caballero dama (el).  
 Casamiento (el) fingido.  
 Celos, industria y amor.  
 Destruccion (la) de Troya.  
 Envidias vencen fortunas.  
 Encanto (el) por los celos.  
 Escarmiento del pecado, ó la fuerza del engaño.  
 Fuerza (la) del desengaño, ó justos juicios de Dios.  
 Fuente ovejuna.  
 Gigante (el) Cananeo, S. Cristóbal.  
 Héctor y Aquiles.  
 Horror (el) de las montañas, y portero de S. Pablo.  
 Lo que pasa en un meson.  
 Lo que pasa en una venta.  
 Lo que puede un desengaño, y memoria de la muerte.  
 Mas valiente (el) andaluz, ó Anton Bravo.  
 Mas vale á quien Dios ayuda, ó Esau y Jacob.  
 Moedades (las) del duque de Osuna.  
 Mudanzas de la fortuna, y firmezas del amor.  
 Mayor vasallo (el) del mayor señor.  
 No hay amor donde no hay celos.  
 No hay mas saber que salvarse.  
 Ofensor (el) de sí mismo.  
 Principes (los) de la iglesia, y tres portentos de Dios (dos partes).  
 Prisionero (el) mas valiente.  
 Robo (el) de Elena.  
 S. Bartolomé en Armenia.  
 Sirena (la) del Jordan.  
 S. Juan Bautista (auto).  
 S. Pedro y S. Pablo (idem).  
 Tres soles (los) de Madrid.  
 Todo es industrias amor.  
 Valor (el) siempre da honor.  
 Violencias de amor.

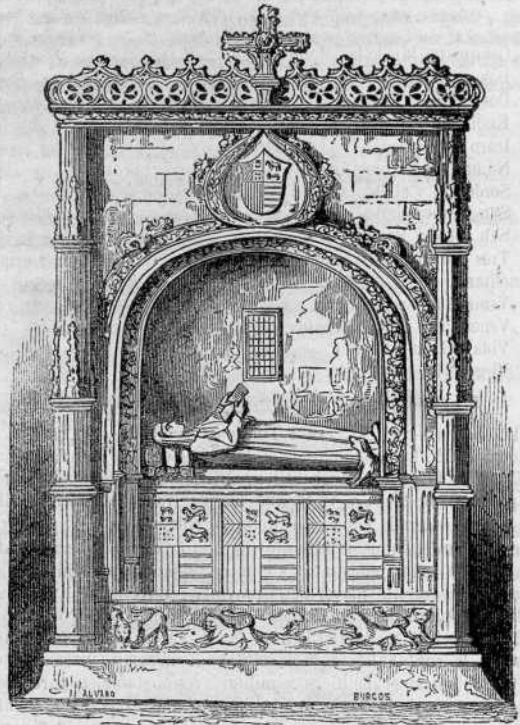
D. JUAN VELEZ, hijo del famoso escritor Luis Velez de Guevara, y de quien hablamos ya en el artículo de este, escribió á lo que parece varias comedias y entremeses, y le fueron atribuidas otras de su padre, no conociendo nosotros mas auténtica suya que la titulada *El mancebon de los palacios*.

D. GABRIEL BOCANGEL, célebre poeta lírico que murió en 1638, dejó escritas varias comedias de que solo conocemos las tituladas *El nuevo olimpo* y *El emperador fingido*.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, conocida tambien por *la monja de Méjico*, célebre poetisa en el género apellidado *culto*, escribió tambien para el teatro las comedias tituladas *Los empeños de una casa*, *S. Hermenegildo*, *Amor es mas laberinto*, y *Sufrir mas por valer mas*.

Finalmente, todos ó casi todos los escritores en prosa y en verso de aquel siglo, conocidos por otras obras y célebres en otro sentido

en nuestra república literaria, ejercitaron tambien á las veces su pluma al servicio de la musa escénica, aunque no con tan buen éxito, si hemos de atenernos al olvido en que luego han caído estas de sus producciones.—D. Luis de Góngora, D. Francisco de Quevedo, el Príncipe de Esquilace, el conde de Villamediana, el de Rebolledo, Doña Maria de Zayas, D. José Pellicer, y otros muchos justamente célebres, escribieron comedias que, ó no se han publicado, ó no han llegado hasta nosotros con su nombre.—Añádanse á estos y á los que comprenden nuestros artículos anteriores, otros infinitos menos conocidos, como Andrés de Claramonte, D. Gabriel Corral, D. Gerónimo de Cuellar, D. Cristóbal Morales, D. Baltasar de Funes y Villalpando, D. Juan de Vera y Villarroel, D. Ramon Montero de Espinosa, D. Alonso de Batres, D. Antonio Martinez, el maestro José de Valdivielso, Gabriel de Roda, D. Antonio Fajardo, D. Sebastian de Medrano, el licenciado Calleja, D. Pedro Rosete, D. Miguel de Barrios, D. Alonso de Osuna, D. Gaspar del Arco, D. Diego Mogica, Luis de Benavente, José Julian,



(Sepulcro del señor Ayala y de su muger en el ex-monasterio de San Miguel del Monte.—Pág. 105.)

Lopez de Castro, el maestro Roa, y otros infinitos que alababan en su tiempo Lope, Montalvan y demás contemporáneos, y de que apenas quedan hoy algunas comedias.—Todo esto sin hablar del sinnúmero que salieron *anónimas* ó bajo el nombre de *Un ingenio de esta corte*, de *dos ingenios*, de *tres*, hasta de *ocho* y de *nueve ingenios* (1), inundando como un turbion nuestra escena, imposibilitando con su mismo número el poder ofrecer una historia ó cuadro completo de ella.

No es seguramente para realizar tan colosal empresa (ante la cual hubo de retroceder la pluma de nuestro gran Moratin) para lo que hemos ocupado la nuestra en estos pobres artículos, y si solo para reunir en ellos á nuestras propias noticias y observaciones, hijas de una afición entusiasta hácia nuestro teatro nacional, todas las que desparramadas en crecido número de obras sobre la materia, hallamos consignadas por los discretos y eruditos biógrafos, cataloguistas, colectores, bibliógrafos, historiadores y críticos de nuestra literatura y de nuestro teatro nacional, D. Nicolás Antonio, D. J. Alvarez Baena, el doctor Perez Montalvan, Agustin de Rojas, Pellicer, Sarmiento, Lampillas, Fajardo, Garcia de la Huerta, Llorente, Garcia Parra, Moratin, Martinez de la Rosa, Lista, Duran, Gil y Zárate, Tapia, Hartembusch, Moron, Ferrer, y otros varios; y los extranjeros sig-

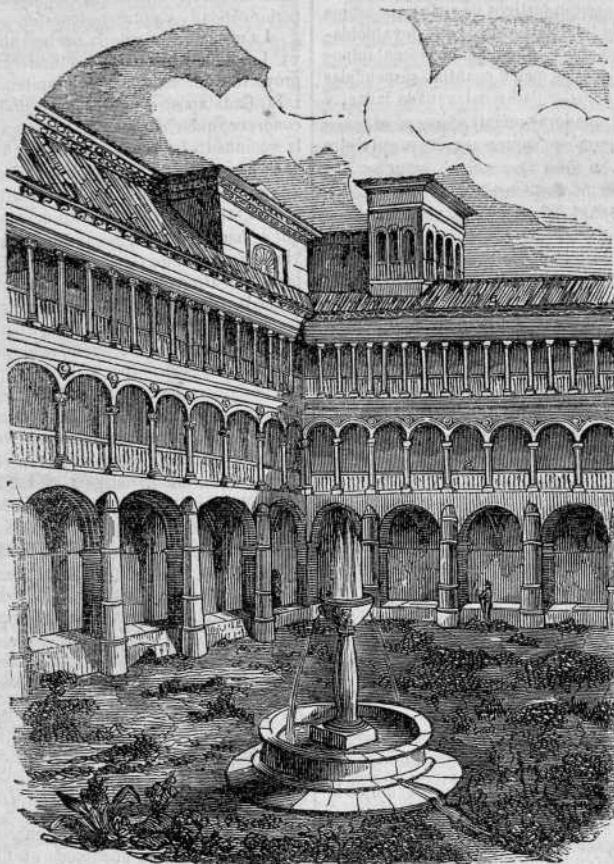
(1) Las tituladas que recordamos ahora *El rey D. Alfonso el VI y Arcau domado*.

norelli, Schegel, Bouterbek, Sismondi, Tiknor, Brunet, Viardot, Fauriel, Puibusque, etc., á todos los cuales debimos infinitos datos para trazar este ligero bosquejo, así como á nuestra copiosa colección de nuestros antiguos poetas dramáticos, de cuyas obras conocidas pretendimos formar estos catálogos todo lo mas posible auténticos y numerosos.

Para terminar en fin, en cuanto nos es dado, este imperfecto trabajo, tenemos aun que dedicar un último artículo á dos autores

distinguidos, que si bien por la fecha de sus obras dramáticas pertenecen ya al siglo XVIII, por la forma y estilo de ellas y por la intención evidente de los mismos de continuar la escuela de Calderon y de Moreto, pueden considerarse como un apéndice al teatro del siglo XVII. Estos fueron D. Antonio de Zamora y D. José de Cañizares, que murieron ya á mediados del siglo anterior.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.



(Patio y claustro de San Miguel del Monte.—Pág. 105.)

## COSTUMBRES DE CASTILLA.

### EL CHASCO.

Seguramente no adivinarán los lectores el significado especial de la palabra que sirve de epigrafe al presente cuadro. Ni la encontrarán tampoco, no ya en el Diccionario de la Academia, que suele no dar razón de cosas mayores, para edificación y solaz de los honrados españoles, pero ni en los políglotos pergaminos de refinados escoliastas, desde Calepino hasta Nebrija. Cualquiera leyendo prójimo creerá que vamos á contar alguna jugarreta ó mala pasada, de esas que se suelen hacer los pecadores, y que dejan al mas pintado con un palmo de narices y cuarenta varas de abominable humor. Nada de eso. No se trata de retratar á ningun *primo extra faciem ecclesie*, ni de sacar á nadie los colores á la *fisonomía de la cara*. La cosa es mas pintoresca, y atañe mas al procomunal; como que, nada menos, hace íntima y cordial referencia con el santo y respetable nudo del matrimonio. Ya veis, carísimos, que la cosa no lleva malicia, y que el punto es mas árduo que un capítulo de santo Tomás. ¿Pues qué significa, nos preguntará el mas curioso y vivaracho de todos vosotros, ese sustantivo sospechoso y estridente que sirve de comienzo y fórmula á estas agrídulces líneas?... Preguntádselo á los novios recalitrantes, á los viudos incontritos y redolentes de nuestro país. Ellos son los doctores, que en la materia os sabrán responder. ¡Como que el aprenderlo les ha hecho sudar el quilo por las puntas de los dedos! La letra con sangre entra, y lo que bien se aprende... las costuras le hacen llagas. ¡El

chasco!... El chasco de nuestra tierra carece de signo y definicion. Solamente viéndole en su flagrante espectáculo se comprende lo que tiene de alegórico y descomunal.

Figuraos pues que la señora Geroma Caparrós, viuda quincuagesimal del picapedrero del lugar (pero viuda colorada, viuda en conserva, viuda meritoria ó de reemplazo), contrae matrimonio en forma con el tío Eufrasio Chiribias, varon enjuto ó impermeable, que ha tenido la gracia de sobrevivir ileso á tres malogradas é incomparables *caras mitades*, salvo error. Estas dos inconsolables personas hacen el sacrificio de su dolorida gravedad, y renuevan ante las barbas del vicario el juramento de *ser duo in carne una* en su quinta edición, corregida y aumentada con algunas ilusiones menos y sendos años de mas.

Es la víspera del día destinado al sacrificio heróico. La parentela de los protagonistas reunida en casa de la señora novia hace los honores previos á la solemnidad, triscando alegremente con bucólica y sabrosa fracachela. Entre tanto bulle y se amontona en la plazuela vecina inquieta y picaresca muchedumbre. Y ¡qué horror! esa masa viviente y bullente viene armada en corso con multiforme y amenazador instrumental. Allí se ve á la desmelenada comadre dirigiendo una turba de ninfas de callejuela; allí al holgazán de profesion que vociferaba con otros idem de idem, sobre la direccion de la escena en aquella fiesta ciclópica y diatónica; en otro lado se entretienen en dirigirse peladillas docena y media de motilonés, fugitivos del aula con gozo y descanso del pedagogo de conejo. Por otra parte asoma una cohorte de chisperos con las caras abigarradas y sudoríficas, regazado el mandil de cuero y batiendo con sus herramientas espaciosa lámina de

hierro suspendida en hilo de un larguísimo varapalo, con infernal y belicoso sonsonete; al lado opuesto agrúpanse los chuscos del barrio, que forman el comité facultativo de la bufonada y de la música vocal.

El director de la sinfonia es un mozo de cordel; mancebo titánico, cuya voz tempestuosa se las tiene tiesas al formidable caracol en que da inmensos resoplidos aquel Hércules de la plaza mayor. ¡Formidable se presenta la orquesta! Quién lleva por trompa el cuerno mayúsculo del guarda del ganado; quién á guisa de gigantesco clarinete, ensaya la fuerza de sus pulmones en una toba ó caña silvestre; otro el silbato de algun castrador, ó el canuto de una gárgola, cual mohoso y des-templado bombardón! Hombre hay, según testigos de vista, que asoma por la orilla de su capa el badajo de trágico cencerro, que lleva doblado bajo del brazo, por no alarmar el pudor. Añadid á ese arsenal imponente numerosas cencerros y esquilones de menor cuantía, suspendidas en las cabezadas de las yuntas y en los collares del ganado lanar, y tendreis todo lo necesario para la atronadora sinfonia.

Dada la señal por el maestro *al cembalo*, que saca de su silvestre tuba rugiente y espasmódica nota,

*una salva  
de armonía bestial el aire llena (1)*

y hace temblar las paredes de la vecindad. *El allegro estrepitoso* se prolonga por bastantes minutos. Se hacen obligados de embudo, capaces de alegrar á un difunto del tiempo de Ataulfo, y solos de coberteras, dignos del día estrepitoso de la O. Y para mayor variedad, algunos de los concurrentes, á falta de armamento musical, remedan con deliciosa afinación los maullidos de los gatos, el mujido del buey, y el rebuzno cromático del garañón. Así ejecutada la obertura, sale de la multitud una voz chillona y epigramática, y entabla con todos los concurrentes un diálogo *ad libitum* de tal ó semejante tenor:

—*Primo*... porque esta palabra simbólica, pseudónima y alarman- te es la voz de orden para la representación.

—*¿Qué quieres, primo?* contesta otro acento tenebroso desde el fondo de aquel caos, llevando el tono á su interlocutor.

—*¿No sabes* (esta es la tercera y decisiva fórmula del ceremonial) que á la viuda del tío Piqueta se le cayeron los dientes antes de nacer...

—*¿Y no sabes*, añade un quidam desde la tabernilla del riucon, que de resulta nunca ha podido comer de vigilia, ni ayunar en la tempora- da del calor?...

—*«Mientes, primo* (esto lo dice una vieja con honores de algo mas); la pobrecita se confiesa en cambio seis veces al mes con el Cillero de la Encarnación.—Para eso estuvo hospedada en reales establecimien- tos, respunteando el quitasol del día de Corpus.

—Y salió vestida de gala con uniforme á cuenta del Santo oficio, por acudir los sábados al Naranja.

Un *rondeó* de silbatos y caracoles hace salva á la rectificación de la Celestina, porque nunca faltan gentes maliciosas que las cosas mas santas suelen tomar así.

Luego continúa la plática en crescendo inocentemente bufon.

—*¿Primo?*...

—*¿Qué quieres, primo?*

Y lleva el bajo del duo al aire libre el remendon del barrio, parodiando con horrible gesto el balido trémulo del macho cabrío, para asombro y envidia de todo el reino animal.

—*¿No sabes* que ese novio apollado y jaqueton se casa con la ma- dre, para adquirir parentesco con la hija, y que todo se quede en casa?..

—¡Bah!... si el tío Eufasio quedó (Bah!... Si el) dado de baja cuando la guerra de sucesión!

—Ahora va á entrar en la cuarta luna de su penitencia matrimonial.

—Y sacará lo que de las otras, la cabeza caliente y los piés sin pluma ni cañón.

—Un padre nuestro por un pobrecito que van á ajusticiar.

—Otro por los que se pierden en los caminos.

—Tía Geroma, salud para echar angelitos al cielo.

Y repican súbito, y parece que un terremoto desmorona al solet- vantado arrabal.

En tan cándida distracción pasan la noche aquellos bienaventura- dos, disparando por gruesas pullas no flacas, y de color muy subido, á los consortes *in fieri et aliquid amplius*. Pues no se contentan con hacer la crítica milagrosa de los interesados con glosas, comentarios y notas al margen, sino que no dejan hueso sano á ningún viviente, hasta el último grado de la sucesión ab intestato. Allí el papá que tuvo el antojo de morirse, para dar un chasco á sus acreedores; el tío carnal, antiguo mercader de comestibles, cuyo peso mohoso y tradicional, que resolvía por tres cuarterones cada libra, yace á la expectación pú- blica sobre la cornisa de un pilastron, para desesperación de los aficiona- dos á las matemáticas sublimes; la primita, que perdió el ajar de casa en tiempos de la guerra de la Independencia; el cuñado, que cuan-

do no está preso, le andan buscando; y la nuera del hermano de la sobrina en quinto grado de afinidad, que pasaba por bruja y no sé qué otras cosas en los tiempos de la Inquisición, todos, todos salen á luz, exornados con el aparato correspondiente, daguerreotipados á son de saludo cenceril. Y no es nuevo ni extraño hallarse alguno de los alu- didos entre los directores de la gresea, oyendo y diciendo su propio panegírico sin maldita ni bendita la aprension.

Pero no concluye aquí la broma; pues la salida de los novios para la iglesia es solemnizada tambien con música y acompañamiento. La farsa *del entierro* tiene lugar con esta ocasion en los chascos de su- perior calidad, y entre bufones *da primo cartello*.

La misma falanje de la noche anterior precede á la nupcial comiti- va. Los dichos picantes, las indirectas del padre Cobos vuelan como proyectiles incendiarios, y se repiten y se celebran con chacota y alga- zara. Cada apóstrofe de *primo á primo* es precursor de un cohete á la *congreve*, que chamusca las narices á los futuros cónyuges, y alborota la vecindad. *La turba multa* se aumenta progresivamente al pasar cada boca-calle, á la manera del río que toma en su curso los arroyos, que se mezclan á su alterada corriente.

Un tanto atrevida y poco devota nos parece la fúnebre paródia, que se hace con malignas alusiones y burlescos atributos. Pero los no- vios marchan impávidos entre el mofador cortejo, de abigarrada pers- pectiva y atronador tropel, y van y tornan, como si oyeran llover. No es la primera vez, sin embargo, que cansado y harto y aburrido *el señor novio* de tan pesada fiesta, ha montado en un Rocinante, con su *costilla* á la grupa, y rompiendo á toda vela por entre la muche- dumbre, se escurre por callejas y pasadizos, y desaparece, dando tumbos y corcobos, cual otro Astolfo en su encantado hipógrifo, aban- donando para siempre aquella ingrata y picaresca Troya, y sin volver atrás los ojos, por temor de convertirse en estatua de mala madera, ó en algun animal de celebridad craneológica, como el buey Apis ó los toros de Guisando.

Medina de Rioseco, 1855.

V. GARCIA ESCOBAR.

### LOS NUEVOS PASAPORTES EN FRANCIA.

Sabido es que todo el viejo mundo, exceptuando la Inglaterra, es un laboratorio de restricciones, donde cada cual hace extraordinarios es- fuerzos por crear obstáculos á la libre traslación de los cuerpos dotados de movimiento propio. En vano la física, en la contemplación de los seres que componen el universo, nos dice que una de las cosas en que los animales se diferencian mas de los vejetales y de los seres inorgáni- cos, es en que los primeros tienen la facultad de poder trasladarse de un punto á otro, sin obedecer á otro impulso que al de su propia vo- luntad, en tanto que los minerales y las plantas carecen de tan precioso derecho. Yo creo que la ciencia se equivocó, ó que cuando menos debe hacerse una aclaración en este punto, diciendo: que ciertos cuerpos obedecen á ciertas leyes en ciertos países, pero que las leyes naturales son susceptibles de modificación, subordinándose siempre á los usos y costumbres de las naciones. Así, por ejemplo, la observación de los sabios respecto á la diferencia de que antes he hablado es exacta con relación á la Gran Bretaña; pero tiene sus escepciones en otros países de Europa, en los cuales el hombre necesita licencia y hasta privilegio para tener la facultad de trasladarse de un punto á otro.

Este privilegio, esta licencia superior que necesitan los hombres para obedecer al movimiento de traslación, esta fuerza impulsiva, semejante á la honda que espele la piedra ó al taco que empuja á la bola de villar, lleva en mi tierra el nombre de pasaporte, y no daré mas detalles acerca de este agente motor, necesario, según dicen, á la máquina administrativa, porque estoy seguro de que todos mis lecto- res le conocen bien, pues pocos serán los que no hayan apelado alguna vez á su protector influjo. Diré solo, que atendiendo á su origen, no deja de sorprenderme el cariño que le han tomado casi todos los gobier- nos; pues nadie ignora que el pasaporte es una de las diabólicas inven- ciones con que los revolucionarios de 1795 quisieron impedir la fuga de las personas cuyas cabezas consagraban á la guillotina, así como data de aquella época la costumbre de tutear los hijos á los padres, costum- bre tan generalizada en la grandeza, porque no sabe quizá que al aceptarla ha sancionado la moda introducida por Marat y sus partidarios. Verdad es que en esto los gobiernos y la grandeza solo atienden á lo que mas les conviene, ó á lo que mas les agrada, y nada les im- porta el saber de dónde vienen las doctrinas ó las costumbres con tal que satisfagan á sus necesidades ó á sus caprichos. Dejemos pues á los chicos tutearse con los grandes, y resignémonos al descubrimiento terrorista de los pasaportes, verdadero antidoto de los caminos de

hierro, que neutraliza con el entorpecimiento de las referendaciones la celeridad del vapor.

Como no es mi ánimo escribir un artículo en contra, y mucho menos en pro, de los pasaportes, dejaré á un lado la cuestion de su conveniencia ó utilidad. Sobre este particular se ha dicho ya cuanto hay que decir, segun las opiniones de los autores que han tratado esta materia. Los unos prueban con magníficos argumentos que sin los pasaportes no se concibe el orden; y los otros han demostrado con hechos irrefragables que con los pasaportes no se concibe la libertad. Los primeros sostienen que antes de inventarse los pasaportes habia ladrones; y los segundos contestan diciendo, que si antes habia ladrones, ahora hay ladrones y pasaportes. Los unos, en fin, dicen que los pasaportes han sido siempre

liberal garantía de trasportes  
como el nombre lo dice: *pasa-portes*;

y los otros, por último, buscando tambien motivo de oposicion hasta en el juego de la palabra, añaden:

que á juzgarse por lances infinitos  
pudieranse llamar *pasa-deltos*.

Dejando yo el exámen de estas y otras razones para mejor ocasion, y debiendo sin embargo decir lo que pienso respecto de los progresos de este importante descubrimiento, manifestaré sin rebozo que la invencion fué incompleta en su nacimiento y ha mejorado muy poco en el resto de su vida: primero, porque todas las precauciones imaginadas hasta hoy para impedir la falsificacion de tales documentos han sido tan ineficaces como las medidas acordadas para matar el contrabando; y segundo, porque aun en el caso de que un pasaporte sea legítimo, es decir, espedido en toda regla por las oficinas del gobierno, puede muy bien servir á muchos dueños en este infierno donde hay tantísimos diablos que se parezcan los unos á los otros. Yo tengo un amigo que ha recorrido lo menos diez veces la España con pasaporte ajeno, sin que las autoridades hayan puesto el menor obstáculo á su marcha, y por fin vino á ser detenido la única vez que en su vida habia caminado con pasaporte propio. En efecto, mientras llevó pasaporte ajeno, conservó con corta diferencia sus señas de *estatura regular*, sobre pulgada mas ó menos, *ojos castaños y pelo del mismo color*, cosa muy comun en los países meridionales; *nariz larga*, tan abundante en la raza caucásica que hay pueblos enteros que parecen descendientes del célebre Ovidio-Nason. Solo varió en estas ocasiones de nombre y apellido, llamándose tan pronto Juan de las Viñas como Pedro de los Palotes; y de profesion, pasando unas veces por empleado y otras por médico, dos clases tan numerosas como perjudiciales á la salud y prosperidad de los pueblos. Pero este hombre á quien tan maravillosamente probaban los documentos estraños plagados de lugares comunes é incapaces de infundir el menor recelo á nadie, quiso por gusto viajar una vez con pasaporte propio, que le espidieron en toda forma, llevando, con las señas de ordenanza, su verdadero nombre, que no quiero citar, y su profesion de *autor dramático*, que fué lo que le perdió, para que se vea que siempre una buena musa va guiada por una mala estrella. Llegó pues nuestro hombre á un pueblo donde le pidieron el pasaporte, que examinó escrupulosamente el alcalde, el cual, poco fuerte en la fraseología literaria, empezó á devanarse los cascos no sabiendo lo que queria decir *autor dramático*, y reunió el ayuntamiento para consultar lo que debia hacerse en tan apurada situacion, resultando de todo esto que mi amigo fué encerrado como un malhechor en la cárcel en calidad de hombre sospechoso, y aun quedó agradecido á esta arbitrariedad que fué su salvacion, pues los vecinos honrados de la aldea, entre los cuales habia cundido la voz de hallarse amenazada la moral pública por la presencia de un *autor dramático*, querian hacer con este, que para ellos era un apóstol de Barrabás, lo que hicieron otros en Armenia con San Bertolomé, apóstol de Jesucristo. Formóse el correspondiente sumario, que duró seis meses, al cabo de los cuales mi buen amigo fué puesto en libertad por el juez, pero no por el pueblo amotinado que antes de soltarlo exigió que hiciese como Galileo una solemne retractacion, jurando que nunca sería ó volveria á llamarse *autor dramático*. Desde entonces lo que mi amigo ha prometido es no viajar mas con pasaporte propio, creyendo de buena fé que en el uso de tales documentos la verdad tiene mas inconvenientes que la mentira.

Digo todo esto considerando las cosas bajo el punto de vista de la legalidad, y no en el terreno del ridículo á que, prescindiendo de nuestros defectos físicos, nos condena algunas veces la ignorancia del que hace nuestra descripcion en un pasaporte. A propósito de esto, conozco tambien un individuo á quien por tener la desgracia de ser tuerto le pusieron en sus señas personales: «*ojos... uno*» dando con esto motivo á las risas y burlas de este picaro mundo. Muchas veces resulta

el epigrama de un error involuntario, tal como dar á la edad la calificacion que pertenece á la barba, ó á la nariz lo que corresponde á la estatura, de donde uno de nuestros modernos poetas tomó pié para decir:

Equivocando un alcalde  
las señas de Baltasar,  
puso: *nariz... cinco pies*,  
y casi dijo verdad.

Pero estas son cosas que no valen la pena; pues si no es por este motivo, nunca nos faltarán otros para reir á costa del prójimo, en este que, sin duda por antifrasis, sigue llamándose valle de lágrimas. Lo que importa á mi propósito es probar que la invencion de los pasaportes, y las adiciones que en ellos ha hecho la esperiencia, son impotentes para evitar la falsificacion; y para dejar esta verdad completamente demostrada, me bastará decir que en estos tiempos de contiendas políticas en que, ya porque mandan los unos, ya porque suben los otros, nadie está libre de las persecuciones, pocos serán los lectores de este artículo que no habrán viajado, ó conozcan por lo menos á otros que lo hayan hecho mas de una vez con nombre supuesto.

Debo decir sin embargo que en adelante se hilará mas delgado, gracias á la fecunda imaginacion de los que quieren convertir al hombre en mineral, ó, si se me permite la antítesis, á la pasmosa actividad de los amantes de la inercia; porque han de saber ustedes que el defecto principal de que adolecian hasta aquí los pasaportes, cual era la falta de precision en las señas personales, ha sido ya reconocido por la humanidad que tiende á petrificarse, y para corregirlo parece que hay el proyecto de estampar en cada pasaporte el retrato del portador. Magnífico descubrimiento, con el cual desaparecen todas las dificultades, menos las que no.

Debemos suponer siempre vencido el primero de los inconvenientes, que es el del parecido; porque si el retrato, como suele suceder, es malo, lo mismo puede convenir, salvo el trage, á un lechuguino que á una griseta, lo que traerá grandes entorpecimientos para el viajero, y exigirá en cada pueblo la creacion de una junta de peritos para decidir si el retrato pertenece ó nó al supuesto original. Pero ya he dicho que considero como orillado este inconveniente, suponiendo, lo que es muy difícil, que los retratos sean buenos. En este caso, el problema parece resuelto en favor de la legalidad, no pudiendo caminar alma viviente con pasaporte falso, y mucho menos con pasaporte ajeno. ¿Por qué? Eso es lo que yo no podré explicar, como no sea por el buen deseo que me anima en favor de los que conciben algun proyecto, aunque el objeto que se propongan sea de todo punto imposible. Pero haré un esfuerzo para dar una explicacion satisfactoria.

Digo que no podrá viajar nadie con pasaporte falso, porque supongo que los que hasta aquí han tenido la desverguenza de falsificar la impresion, sellos y firmas de los pasaportes, no tendrán la desfachatez de hacer retratos, por muy sencilla que sea esta operacion desde el descubrimiento de Daguerre. Tambien creo que aunque los tales falsificadores quisieran hacer retratos, no podrian, porque ¿dónde tienen ellos dinero para comprar una máquina fotográfica, que cueste mas de una onza, si ha de ser buena? Y aunque tuvieran dinero para comprar dicha máquina, ¿dónde hallarian instrumentista ó constructor que quisiera venderse? Agreguemos á estas razones la de que un retrato tarda en hacerse, por la parte mas corta, medio minuto, tiempo de que difícilmente podrán disponer los falsificadores para burlar la vigilancia de las leyes; y no necesito decir mas para probar que en lo sucesivo nadie podrá viajar con pasaporte falso, es decir, nadie que, para hacerlo, no tenga una voluntad decidida y una precision absoluta.

Digo que nadie podrá viajar con pasaporte ajeno, porque para esto sería necesario que el portador tuviese alguna semejanza con el sugeto á cuyo favor se espidió el documento. Verdad es que la historia habla de un pastelero de Madrigal muerto á manos del verdugo por el grave delito de parecerse al rey don Sebastian. Cuenta la historia tambien que el rey Enrique VII de Inglaterra tuvo dos competidores ó pretendientes, uno llamado *Simmel* y el otro *Perkin Warbeck*, sumamente parecidos entre sí, y muy semejantes al duque de York, cuyos derechos reclamaban. En este mismo siglo en que vivimos son varios los que, apoyándose en la credencial de la fisonomia, ó por mejor decir, fisono-suya, han pretendido la corona de Francia, suponiéndose hijos de Luis XVI; y por último, aunque la historia no demostre la posibilidad de tales semejanzas, no dejaríamos de creer en ellas, recordando las veces que hemos saludado ó dado un golpecito en el hombro á personas desconocidas, confundiéndonlas con las de nuestros amigos. Pero fuera de estos ejemplos, que son muy numerosos, ¿quién tendrá valor para viajar con pasaporte ajeno?

No veo mas que dos inconvenientes para la completa realizacion del nuevo proyecto. Uno es referente á los viajeros, que no tendrán la libertad de hacer modificacion alguna en su barba ó en su cabeza mien-

tras viajan por no perder el parecido de los retratos; de modo que si uno saca pasaporte en el Ecuador, tendrá que ir afeitado y pelon aunque rabe de frío en el Norte, y viceversa; pero esto se remedia haciendo en la copia las mismas transformaciones que sufre el original; es decir, que cuando un viajero quiera afeitarse las patillas ó el bigote, tendrá que afeitarse también el retrato. El otro inconveniente se refiere á las aldeas ó pueblos pequeños y miserables donde los vecinos no ganan para comer, cuanto ni mas para mantener á un retratista. Estos si que se convertirán en hombres vegetales, ó mas bien en hombres minerales, careciendo de esa preciosa facultad llamada movimiento espontáneo, de que, segun los naturalistas, gozan hasta los zoófitos; porque si los infelices no podian viajar en los tiempos en que el pasaporte costaba lo mas una peseta, ¿qué harán cuando cueste lo menos un duro? Puede suceder que el oficio de retratar se haga lo que llaman carga concejil; y aunque esto redundaria en beneficio del vecindario, no dejará de ser chocante ver de hoy mas las municipalidades compuestas de uno ó mas alcaldes, uno ó mas regidores, un procurador del comun, un fiel de fechos y un retratista.

Pero ¿qué significan estos inconvenientes al lado de las ventajas que traerá consigo la nueva invencion? La primera de estas ventajas es que en adelante todos seremos hombres célebres: todos dejaremos en el mundo el recuerdo de nuestra existencia; y así como antes solo se inmortalizaban los grandes viajeros que arriesgaban la vida en temerarias empresas como Colon, Magallanes, Cook y otros pocos, en lo sucesivo bastará andar una legua para entrar en el templo de la inmortalidad.

Otra ventaja digna de toda consideracion es la de contribuir al brillo de las artes; porque calculando que en una sola nacion como la de Francia haya al cabo del año cinco ó seis millones de viajeros, claro es que en todo ese tiempo se harán cinco ó seis millones de retratos, lo que hará echar los bofes de envidia á los pobres artistas de Inglaterra y otras naciones atrasadas que no conocen el beneficio de los pasaportes. Hay mas: considerando que la humanidad en casi todas sus concepciones procede por lo comun de lo mas sencillo á lo mas complicado, es de creer que si al principio bastará un retrato daguerrotípico en el pasaporte, mas adelante será preciso hacerlo en miniatura; dentro de un par de años habrá tal vez que acompañar al documento de la policia un gran cuadro al oleo con marco dorado, y andando el tiempo será indispensable que todo viajero vaya cargado con su estatua fundida en bronce.

En vista pues de estas incalculables ventajas, ¿quién tendrá la osadía de censurar la innovacion introducida en los pasaportes? Algun insensato de los muchos que creen todavia que el hombre vino al mundo con piés para andar y libre alvedrio para disponer de sus piés. El mayor castigo que daria yo á los que así piensan, seria dejarles vivir y moverse á su gusto, hasta que, cansados de una vida sin contratiempos, viniesen á pedir el supremo favor de verse atropellados por el capricho de un gendarme. La vida carceraria de interés si no estuviere espuesta á sufrir distintas sensaciones, y todos debemos dar gracias al que de vez en cuando interrumpe nuestros placeres con impresiones desagradables.

J. M. VILLERGAS.

## SERENATA MORISCA (1).

### MOTE.

Búcaro fresco—lleno de flores,  
Jarron chinesco—lleno de aromas,  
Fuente escondida—de ruiseñores,  
Sombra querida—de las palomas,  
Idolo casto—de mis amores,  
Si oyes mis quejas,  
¿Por quién me dejas  
Que no te asomas?

### ESTROFA PRIMERA.

De todos sabes que eres querida,  
Por todos sabes que eres hermosa;  
Cual tú un misterio tengo en mi vida,  
Que saber debe solo mi esposa.  
El pecho firme que solicitas,  
El alma entera de tu alma hermana,  
El ser amante que solicitas,  
Yo te los traigo, garza gitana.  
Sin bien, sin nombre, con fé y espada,  
Yo lo soy todo, yo no soy nada.

Azucena es mi madre  
Del Paraiso:  
Réprobo fué mi padre  
Que Dios no quiso.  
Yo fuí engendrado  
Por el amor de un ángel  
Y un condenado.

El mundo entero quien soy ignora,  
Yo soy el alma que á tí te adora;  
Yo maravilla—con faz humana,  
Soy tu sombra en Sevilla,  
Tu alma en Triana.

### ESTROFA SEGUNDA.

Yo, de mi estirpe miembro postizo,  
Nací en el odio de quien me hizo:  
Tronco sin ramas, sin deudos hombre,  
No tengo raza, ni hogar, ni nombre.  
Ni soy villano, ni caballero,  
Ni nada tengo, ni nada espero:  
Solo á tí amo: tú eres mi suerte:  
En tí se cifran mi vida y muerte.  
¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe.  
Réprobo ó ángel, todo en mí cabe.

De la luz que refleja  
Soy mariposa,  
De la miel que en pos dejas  
Abeja ansiosa:  
Es tan profundo  
Mi amor, que sin tí encuentro  
Vacío el mundo.

Viviente enigma, yo soy, Aurora,  
La alma que buscas, la que te adora;  
Yo, á quien humilla—pasion tirana,  
Soy tu sombra en Sevilla,  
Tu alma en Triana.

### ESTROFA TERCERA.

Esclavo ciego de tus antojos,  
Cuanto tú no eres tengo en olvido,  
Cuanto tú no eres me causa enojo;  
Y no sé cómo sin tí he vivido.  
Dios puso en ambos la misma esencia;  
Tu alma se alberga de mi alma dentro,  
Y ambos con una sola existencia  
Tu alma á la mia guarda en su centro.  
¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe.  
Mas si me amas, todo en mí cabe.

Como tú busco un alma  
Firme y segura,  
Como la mia en calma,  
Como ella oscura.  
Un alma fiera  
Que cual yo, al universo  
su amor prefiera.

Si ese alma tienes, que mi alma ansia,  
Dame tu alma, toma la mia;  
Y maravilla—de dicha humana,  
Tendré un alma en Sevilla  
Y otra en Triana.

### MOTE.

Búcaro fresco—lleno de flores,  
Jarron chinesco—lleno de aromas,  
Fuente escondida—de ruiseñores,  
Sombra querida—de las palomas,  
Idolo casto de mis amores;  
Si oyes mis quejas,  
¿Por quién me dejas  
Que no te asomas?

José ZORRILLA.

### ERRATA.

En la última octava del canto sétimo de *El Diablo mundo* que acabamos de publicar, el cuarto verso dice:

La orfandad del sepulcro y del olvido.

Léase. La orfandad del sepulcro y el olvido.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.

(1) Seada de los Cuentos de un loco, cuya primera entrega se está repartiendo.





SANTA MARIA DE COSNEDINO.

(EN ROMA.)

La iglesia llamada de la *Boca de la verdad* corresponde á un género bellissimo de arquitectura. Del antiguo templo, semi-pagano, semi-cristiano, que obtuvo aquel nombre, queda una gran parte *dellacella*, formada por grandes masas cuadriláteras de mármol y ocho magníficas columnas. Se conservan cinco de estas en la fachada interior de la iglesia, dos en el costado septentrional, y una en la sacristía. El interior se compone de tres naves, separadas por doce columnas de mármol, y el pavimento es de piedra dura. Los púlpitos, en que se leían los evangelios, así como todos sus adornos, son hermosísimos, y en la tribuna se ve una gran silla pontifical de mármol. El altar mayor, aislado en el fondo de la nave principal, es de una sola pieza de granito rojo de Egipto, y está cubierto por un pabellon, sostenido por cuatro columnas del mismo granito.

Esta iglesia, la segunda que en Roma se consagró á la Virgen, se llamó al principio *Santa Maria de la escuela griega*, porque sus ministros pertenecían á una cofradía griega: una bellissima imagen, llevada

de Grecia, atestigua los principios de su fundacion. Se asegura que San Agustin enseñó en este edificio la gramática griega: S. Adriano primero hizo reedificar y enriquecer la iglesia, que recibió el nombre de *Cosmedinos*, de la palabra *cosmos*, que significa adorno. Por último, el pueblo dió en llamarla otra vez *Chiese della Bocca della Verità*, á causa de la figura que se ve en el extremo izquierdo del peristilo, y que todavía inspira á los niños el mismo temor que los oráculos antiguos. A la menor sospecha de que mienten, se les amenaza con la boca fatal, y esto les contiene mucho en su propension natural á no decir la verdad.

La fuente que adorna la desierta plazuela á un lado de la iglesia se debe á los diseños de Carlos Bizzaccheri.

Antes del pontificado de Clemente XI el piso de la plaza estaba muy alto, y era preciso bajar muchos escalones para entrar en la iglesia.

## TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

(Conclusion.)

## ZAMORA.—CAÑIZARES.

Vamos á terminar con el presente artículo la série de los que venimos dedicando al teatro español del siglo XVII, ocupándonos hoy en dos autores que, aunque no escribieron ya propiamente en él, y sí en la primera mitad del XVIII, pertenecen por su gusto, por su forma, por su estilo é intencion declarada á la escuela de Lope de Vega y Calderon, de la cual fueron los últimos felices cultivadores.

D. ANTONIO DE ZAMORA, natural de Madrid, como él mismo asegura en sus obras, aunque sin precisar la fecha de su nacimiento, fué gentil-hombre de la casa de S. M., oficial de la secretaría del Consejo de Indias, y pudo fallecer hácia los años de 1740. Fué un poeta lirico y dramático muy estimado en su tiempo; y sin duda alguna deben reconocerse en sus obras dotes muy relevantes para el cultivo de las musas, si bien viciadas por el mal gusto de la época que alcanzó.

Sus comedias, muchas de las cuales escribió por espreso encargo de la corte para el real teatro del Buen Retiro, componen dos tomos en cuarto; el primero de ellos salió á luz en vida del autor en 1722, y reimpresso despues de su muerte juntamente con una segunda parte en 1744; comprenden ambos diez y siete comedias, que no son sin embargo la mitad de las que escribió Zamora, como anotamos despues.

En ellas se propuso evidentemente el autor, y segun él mismo repetidamente asegura, la imitacion mas sumisa de su gran maestro D. Pedro Calderon; aunque careciendo del ingenio colosal y la brillante y espontánea imaginacion de aquel, sucedióle á Zamora lo que á otros que se habian propuesto igual objeto, y fué el de acertar rara vez á imitar las bellezas, y caer frecuentemente en el escollo de remedar y exagerar los estravios del primero. Como escepcion favorable de esta última regla podríamos citar la conclusion de *El pleito matrimonial*, auto sacramental que dejó sin terminar Calderon, y escribió Zamora, llevando á tal punto la imitacion, que es imposible decir dónde empieza su obra; la comedia heroica de *Mazariegos y Monzales*, feliz inspiracion de aquel grandioso modelo; la de *El convidado de piedra*, y *no hay plazo que no se cumpla*, que popularizó en nuestra escena este magnífico argumento, iniciado en ella por Tirso de Molina; *La defensa de Cremona*, comedia evidentemente de circunstancias, y la pastoral titulada *Siempre hay que envidiar amando*. A pesar de estas honrosas escepciones y alguna otra que pudieran ofrecernos las comedias de intriga ó de capa y espada, géneros en que tambien ejerció Zamora su pluma, preciso es convenir que se quedó casi siempre á una distancia considerable de sus modelos, y que no consiguió volver á la vida, sino galbanizar mas bien momentáneamente y en muy cortos intervalos la comedia amorosa de Lope y de Tirso, la ingeniosa y magnífica de Rojas y Calderon.

Otra cosa tal vez hubiera sido, si bien aconsejado Zamora por su mismo ingenio, y en vez de empoñarse en seguir servilmente aquella imitacion, hubiera caminado por la fácil senda que aquel parecia marcarle; la senda no menos gloriosa que abria por aquel tiempo en el teatro de la nacion vecina el gran talento de Molière, el drama propiamente cómico y la pintura festiva de costumbres y caracteres. Así debemos suponerlo á juzgar por las comedias que, aunque exageradas tambien en este estilo, dejó escritas Zamora, y singularmente por una de las mas célebres producciones con que enriqueció nuestra escena en este género, y es la que aun hoy se representa frecuentemente con general aplauso y lleva el titulo de *El hechizado por fuerza*. Esta lindísima comedia, que ha llegado hasta nosotros con toda la frescura y lozania de la juventud, pertenece verdaderamente al género recargado ó de *figuron*, de que habian ofrecido ya señalados ejemplos en nuestra escena Rojas y Moreto, y que cultivaba tambien con acierto el gran padre de la escena francesa; pero admitido el género (¿y qué censor por adusto que fuera se atreveria á rechazarle?) preciso es convenir en que el tipo del miserable clerizonte D. Claudio, asustado por sus supuestos hechizos y luchando entre su desconfianza y su miseria, es uno de los personajes mas cómicos y mas admirablemente trazados que se han presentado en las tablas. En su boca cada palabra es un chiste, cada razonamiento, cada diálogo un modelo de expresion cómica y teatral. No citamos ninguno, especialmente por el riesgo de darle una injusta preferencia sobre los demás, y tambien porque siendo tan conocida esta comedia, todos los aficionados al teatro y aun el público en general la sabe casi de memoria, presentándose simultáneamente á su imaginacion con el *hechizado* las admirables figuras de un *Querol*, de un *Oros*, de un *Cubas* y de un *Guzman*.

Tambien siguió Zamora la misma pintura de caracteres exagerados ó de *figuron* en D. Domingo de D. Blas, y alguna otra de sus piezas

dramáticas; pero no fué en ellas tan feliz como en la del *Hechizado*, en que puede decirse que se escedió á sí mismo, y dejó consignado el primero de los titulos de su gloria.

## COMEDIAS

DE D. ANTONIO ZAMORA.

- Amar es saber vencer, y el arte contra el poder.  
 Amor es quinto elemento.  
 Aspides hay basiliscos.  
 Blason (el) de los Guzmanes y defensa de Tarifa.  
 Cada uno es linaje aparte, y los Mazas de Aragon.  
 Columna sobre columna.  
 Con bellezas no hay venganzas.  
 Con música y por amor.  
 Custodio (el) de la Hungria, San Juan Capistrano.  
 Desprecios vengan desprecios.  
 Destruccion (la) de Tebas.  
 Doncella (la) de Orleans.  
 D. Bruno de Calahorra.  
 D. Domingo de D. Blas, no hay mal que por bien no venga.  
 Duenas con los alcahuetes y el espíritu foletó; primera y segunda parte.  
 Fé (la) se firma con sangre.  
 Hechizado (el) por fuerza.  
 Honda (la) de David.  
 Indiano (el) perseguido.  
 Judas Iscariote.  
 Lucero (el) de Madrid San Isidro Labrador.  
 Matarse por no morir.  
 Mazariegos y Monsalves.  
 Mística (la) monarquia.  
 No muere quien vive en Dios.  
 Por oír misa y dar cebada nunca se perdió jornada.  
 Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con honor, y defensa de Cremona.  
 Primer (el) inquisidor San Pedro Mártir.  
 Quitar de España con honra el feudo de cien doncellas.  
 Ser fino y no parecerlo.  
 Siempre hay que envidiar amando.  
 Templo (el) vivo de Dios.  
 Todo lo vence amor.  
 Victoria por el amor.  
 Viento es la dicha de amor (zarzuela).

## CAÑIZARES.

D. JOSÉ DE CAÑIZARES es el otro poeta dramático que juntamente con Zamora cultivó todavia en la primer mitad del siglo último la escuela del antiguo teatro español, y la cultivó con tanto mayor éxito, cuanto indudablemente sobrepujaba á aquel en prendas de invencion, ingenio y agudeza. La fecundidad, por otro lado, de su nimen poético, y que solo conoce rival entre los primeros dramaturgos del XVII, le permitió producir casi un centenar de piezas; y la brillantez de su imaginacion, la variedad de su gusto, y el estudio que sin duda habia hecho ya de los recientes modelos de la escuela francesa, le dieron motivo para poder imitarlos á todos alternativamente, muchas veces con tan buen resultado, que pudieran equivocarse sus obras con las mismas de sus modelos.

El excelente crítico y poeta D. Alberto Lista decia que «Cañizares no es solo Calderoniano, sino acaso el que imitó mejor la elocucion, el arte de versificar y la disposicion de la fábula que son propias del maestro,» y cita como ejemplos de buen estilo, versificacion y gravedad en la sentencia, las comedias tituladas *Tambien por la voz hay dicha* (imitacion de *El alcaide de sí mismo*, de Calderon), *Por acrisolar su honor, competidor, hijo y padre*, y la de *El sacrificio de Ifigenia*; señalando en prueba estos y otros versos de ella que le parecian del mismo Calderon:

El orbe que oyó el estruendo  
 de las trompas y las cajas,  
 ya de aquel susto primero  
 convalece en la tardanza;  
 juzgando ó que es guerra injusta  
 la que tierra, viento y agua  
 resisten, ó que el temor  
 de no conseguir la hazaña,  
 es rémora á nuestro impulso,  
 es remo á nuestra venganza.

En *Las cuentas del Gran Capitan*, en *El picarillo en España*, en *Yo me entiendo y Dios me entiende*, en la de *En los hechizos de amor*, la música es el mayor, en *La mas ilustre fregona*, en la de *El honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas*, en las de *Carlos V sobre Túnez*, *El asturiano en la corte y músico por amor*, en la de *Fieras afemina amor*, en la de *El pleito de Hernán Cortés*, y en la mayor parte en fin de las que componen el abundoso repertorio de Cañizares, se reconocen visibles imitaciones de la invención, artificio y estilo de Lope y Calderon, Tirso, Montalvan y Velez; en otras aspira á sostener la competencia con Moreto y Solís en la corrección y fuerza cómica; en otras de asuntos místicos, mitológicos y fantásticos, defira con el mismo desenfado que pudieran hacerlo un Matos ó un Diamante; en otras, en fin, adopta el estilo apellidado *culto*, metafórico, hinchado y pedantesco, que tan en moda habian puesto en los salones de palacio todos los poetas desde Góngora hasta Candamo.

Cañizares tambien tiene otra especialidad como abastecedor del teatro popular de su siglo, y es la de las comedias de magia con gran aparato de tramoyas y decoraciones, y un constante interés en el argumento, que las hacia ser el embeleso del vulgo, y aun han llegado hasta nosotros á tiempo de recrear nuestra infancia. Las cuatro partes de *El asombro de la Francia Marta la Romarantina*, las tres de *El anillo de Giges*, las dos de *D. Juan de Espina*, y alguna otra, han sido el espectáculo popular de muchas generaciones, el recurso de los cómicos y el áncora de salvacion de las empresas teatrales.

Pero sobre todos estos méritos descuella la verdadera indole del talento de Cañizares en el género, grotesco si se quiere, pero altamente cómico, apellidado de *figuron*. En este punto puede decirse que nadie rayó tan alto, pues ni Calderon en *D. Toribio Cuadrillos*, ni Moreto en *El lindo D. Diego*, ni Rojas en *D. Lucas del Cigarral*, ni el mismo Zamora en *El Hechizado*, ofrecen á nuestros ojos una figura tan epigramática, tan cómica, tan viva, tan chistosa como *El Dómine Lucas*, el infatuado hidalgo montañés que lleva á un desafío su árbol genealógico para que le sirva de escudo, y que espone sencillamente de esta manera las condiciones de su alcurnia.

LUCAS..... Yo en la montaña tengo una bonita hacienda, á Dios gracias, que un abuelo mi deudo por línea recta fundó, ciento y dos mil años antes que Cristo naciera.

ANTONIO..... ¡ Antiguo blason!

LUCAS..... Déjome con calidad esta renta de que entre á gozarla yo desde el dia en que me muera.

D. ENRIQUE.. ¿ Desde que os murais? Pues muerto, ¿ de qué os sirve?

LUCAS..... Tengan cuenta. Pues ¿ cómo quereis que mande que vivá un hombre con ella si es hacienda de montaña que hincha, pero no sustenta?

D. ENRIQUE.. ¿ Pues cuánto es?

D. LUCAS.... Doce ducados, y tiene un censo de treinta.

..... El caso es que mi nobleza tan antigua, que á diez millas huele á lo rancio que apesta, no permite que me entregue todo entero á quien no sepa que es muger tan recatada, tan mirada, tan atenta, tan noble y tan tarantan.

D. ENRIQUE.. ¿ Qué es tan tarantan?

D. LUCAS.... Discreta, frase con que yo me esplico, dando á entender que quisiera muger que no se asustara de cajas ni de trompetas, etc.

Y prosigue así durante toda la comedia desplegando su carácter infatuado, malicioso y necio, admirablemente puesto en juego con el de la tonta Doña Melchora, y el tio abogado que enamora en términos de proceso.

Otros muchos personajes del género recargado ó de figuron escitan la continua risa y la simpatía del público en las comedias de Cañizares. Su D. Lain de *Los hechizos de amor*, el D. Lorenzo de *El mas bobo sabe mas*, el D. Policarpo de *La ilustre fregona*, el Don

Cosme de *Yo me entiendo y Dios me entiende* y otros muchos caracteres ingeniosamente desenvueltos por Cañizares con una espontaneidad y gracia cómica, que solo puede compararse á la de nuestro contemporáneo el fecundo autor de *El pelo de la dehesa*, hace lamentar que tan abundoso y natural ingenio malgastase sus fuerzas en imitaciones de escuelas y de estilos que ya habian caducado, y en las que, por muy buenas que fuerán, nada superior quedaba por hacer.

D. José de Cañizares nació en Madrid en 4 de julio de 1678, y es fama que desde muy tierna edad empezó á distinguirse por su grande ingenio, que le permitió componer á la de catorce años la apreciable comedia de *Las cuentas del Gran capitan*. Fué militar, teniente capitán de caballos corazas, y murió en 4 de setiembre de 1750 en la plazuela de santo Domingo donde habitaba. De sus comedias en colección, solo se publicaron dos tomos que comprenden veinticuatro; pero estas y las demás han sido impresas muchas veces sueltas, y son muy comunes y conocidas.

## COMEDIAS

DE D. JOSÉ DE CAÑIZARES.

Abogar por su ofensor, y baron del Pinel.  
Acis y Galatea (zarzuela).  
Asombro (el) de la Francia, Marta la Romarantina, primera, segunda, tercera y cuarta parte.  
Anillo (el) de Giges, primera, segunda y tercera parte.  
Amazonas (las) de España.  
Amando bien, no se ofenderá un desden.  
Angel (el) del Apocalipsi.  
Angélica y Medoro (zarzuela).  
Amor todo es invención.  
Apolo y Climene (zarzuela).  
Asturiano (el) en la corte, y músico por amor.  
A cual mejor, confesada y confesor.  
A un tiempo rey y vasallo.  
Banda (la) de Castilla, y privado perseguido.  
Boba (la) discreta.  
Carlos V sobre Túnez.  
Castigar favoreciendo.  
Cantero (el) de Constantinopla.  
Clicie y el sol (zarzuela).  
Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.  
Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor.  
Cuentas (las) del Gran Capitan.  
De los hechizos de amor, la música es el mayor, y montañés en la corte.  
De leve chispa gran fuego.  
De comedia no se trate, allá va ese disparate.  
D. Juan de Espina en Madrid.  
D. Juan de Espina en Milan.  
Dichoso (el) bandolero.  
Domine (el) Lucas.  
Estrago (el) en la fineza.  
Fieras afemina amor.  
Fortuna te dé Dios, hijo.  
Hasta lo insensible adora.  
Honor (el) da entendimiento, y el mas bobo sabe mas.  
Hazaña (la) mayor de Alcides.  
Heróica (la) Antonia Garcia.  
Invencible (la) castellana.  
Imposible (el) mayor en amor, lo vence amor.  
Lo que va de cetro á cetro, y crueldad de Inglaterra.  
Lo que vale ser devoto de S. Antonio de Padua.  
Mas ilustre (la) fregona.  
Milagro es hallar verdad.  
Montes allana el desden (zarzuela).  
Muerta viva (la) Santa Cristina.  
Mas amada (la) de Cristo, Santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte.  
Monstruo (el) napolitano, ó el error y el escarmiento.  
No hay con la patria venganzas, y Temistocles en Persia.  
Nuevas (las) armas de amor.  
Picarillo (el) en España.  
Príncipe (el) D. Cárlos.  
Prodigio (el) de la Sagra.  
Pleito (el) de Hernán Cortés con Pánfilo de Narvaez.  
Por acrisolar su honor, competidor, hijo y padre.  
Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero.  
Pedro Urdemalas.  
Rey (el) Enrique el enfermo.

Santo niño (el) de la guardia.  
 Sacrificio (el) de Ifigenia, primera y segunda parte.  
 Señora (la) Mariperez.  
 Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger.  
 Santa Brígida.  
 Santa Francisca Romana.  
 Santa Juana de la Cruz.  
 Sol (el) de Occidente.  
 San Vicente Ferrer, primera y segunda parte.  
 Sin caridad no hay fortuna.  
 Tambien por la voz hay dicha.  
 Tres (las) comedias en una.  
 Telémaco y Calipso (zarzuela).  
 Valor (el) cómo ha de ser.  
 Ventura (la) por la voz.  
 Viva (la) imagen de Cristo.  
 Vida (la) del gran tacaño.  
 Un precipicio con otro.  
 Yo me entiendo y Dios me entiende.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

### LOS YOLOFS.

Estos negros del Senegambia, y cuyo nombre se escribe tambien *Jolofs*, *Ghiolofs* y *Valofs*, forman uno de los pueblos mas notables de aquella parte del Africa. Ocupan casi esclusivamente el territorio comprendido entre los rios Senegal y Gambia, desde Podor y Pisanía hasta la embocadura de los mismos: dicho territorio tiene unas 4.000 leguas cuadradas, y lo habitan 500.000 individuos. Segun la tradicion, formaba antiguamente un solo imperio, cuyo jefe, que residia en el Senegal, se llamaba *Burba*, esto es, emperador ó rey: despues, algunos pueblos desmembrados de tan vasto estado cayeron en poder de naciones extranjeras; pero otros se encuentran todavia regidos por sus jefes naturales, como el Valo, donde está la colonia francesa del Senegal, el Kayor, el Baol, el Barra y algunos mas. Los Yoloofs son los negros mas bien formados que se conocen, así como altos y robustos: sus facciones pueden pasar por hermosas, y su fisonomia inspira confianza.

Esta raza es la mas negra del Senegambia, lo cual prueba que el color mas negro no radica precisamente en las mas cálidas latitudes, ni en las que se hallan mas tiempo espuestas á los rayos perpendiculares del sol, porque los Yoloofs viven en el Norte de la Nigricia.

Tambien sobresalen por sus pretensiones, por la ventajosa opinion que tienen formada de si mismos, por un valor que procede de la escelencia de su raza, y por la tradicion que conservan de su antiguo poderio. Cuando se dice á un Yoloof que es negro, contesta al punto: «Mi no ser negro: mi siempre Yoloof.»

Además de sus ventajas físicas, propenden tanto al órden y á la civilizacion, se inclinan tan naturalmente á las costumbres pacíficas y domésticas, que no seria aventurado conjeturar que descendien de aquella colonia de los antiguos Etiopes, de la cual dice Herodoto que se componia de los hombres mejor formados, y cuyo carácter era tan suave, que Homero les llamaba *intachables*.

Los Yoloofs hablan un idioma que les es propio, el *Valof*, dulce, gracioso y de muchas vocales y facil de aprender, como la mayor parte de las lenguas etiopias. Son sedentarios, y habitan en poblaciones mas ó menos grandes: el cultivo del algodón, del mijo, de varias legumbres, del indigo y del tabaco, unido á los animales que erian, provee completamente á sus necesidades. No hacen mas que dos comidas diarias; una al salir el sol y otra al anochecer. Nunca se presentan los niños en la mesa de los mayores, y cuando por casualidad ven comer á sus padres, vuelven la cabeza hácia otro lado en señal de humildad y de obediencia.

Sus casas son en extremo sencillas; pero estan construidas con solidez y únicamente de juncos: una puerta de paja completa su seguridad.

El traje de estos negros, nõ obstante su pobreza, no carece de gracia: los hay que llevan dos pedazos de tela de algodón rayado, ceñida una de ellas á la cintura, y la otra echada con negligencia por los hombros: muchos de ellos se endosan el *cusab*, especie de blusa ó ropón sin mangas, siendo siempre el de los jefes principales de color amarillo. Estos van por lo regular con la cabeza descubierta, pero los demás usan un casquete de tela, ó bien un birretillo que forman con dos pañuelos de diferentes colores.

Los tres negros de dicha casta, cuyos grabados van en este número, representan, el primero un jefe Yoloof, el segundo un Yoloof cazador, y el tercero una muger del país.

Casi todos llevan pendientes del collar con que se adornan el cuello unos saquillos de tela ó de cuero, encarnados, azules ó blancos, que contienen talismanes preservadores: tambien suelen usar una especie de cartuchera donde guardan el tabaco, y cuando viajan añaden á su atavío un saco de piel de tigre ó de leon, en el cual almacenan sus provisiones de boca.

Los trajes de las mugeres de este pueblo son sumamente pintorescos. Lo único que diferencia á las esclavas de sus amas, ó de las hembras libres, consiste en el derecho de adornarse con collares y con braceletes de oro y plata. En la isla Bathuret, situada en la embocadura del Gambia, las *Yoloves* cubren sus cabezas con una especie de turbante hecho de muchos pañuelos rayados, el cual forma en la parte posterior de la cabeza un cono muy agudo, y remata en una cinta de oro. Tambien suelen calzarse en dias muy señalados.



La negra Yoloof, que figura nuestro grabado, está representada en traje de casa, ó mejor dicho, en el que llevan generalmente todas las de su clase: su mayor lujo consiste en la riqueza de los adornos que cubren su cuello y sus muñecas, y en los vivos colores de las telas de sus túnicas. Siempre van con la cabeza descubierta, pues el turbante de que hemos hablado solo es propio de las esclavas; pero tienen gran cuidado de arregiarse *las pasas*, formando con ellas caprichosos rizos, á fuerza de aceites y cosméticos, que domesticán su dureza y rebeldía.

Las mugeres Yoloofs son muy trabajadoras y hacendosas, pero tratan con bárbara crueldad á las esclavas que la suerte de la guerra hace caer en sus manos.

### LA MASCARADA.

(NOVELA.)

¿Sabes que es horroroso todo esto? ¿Sabes que sería necesario inventar un nuevo suplicio para la muger que olvida sus deberes? ¿Sabes que el asanto merece la pena de pensar en ello?  
 Párrafo VI de esta obra.

I.

El que quiera saber lo que sucedió en Madrid hace algunos años, que lea estas páginas, y lo sabrá.

Una de esas mañanas entoldadas y húmedas que suceden por lo

comun á los dias lluviosos del invierno, atravesaba la Puerta del Sol con direccion á la calle de la Montera una hermosa señora como de veintiocho años, cuya figura, atavío y ademanes no pudieron menos de llamar la atención á los mil y un curiosos que invaden constantemente las aceras de aquel célebre cuanto bullicioso lugar.

Para el que no conozca á fondo al pueblo de las grandes capitales, y muy principalmente al pueblo de Madrid, deberemos decir que en tales dias y en sitios tan frecuentados y céntricos, la concurrencia, lejos de estar en armonía con la intemperie de la atmósfera, parece y lo es en efecto mayor y mas curiosa de lo que en dias despejados se manifiesta. Y es que los valientes madrileños y las aun menos cobardes madrileñas tienen como á especie de gala esto de desafiar las inclemencias del tiempo, sin que los vientos, las aguas ni los lodos los obliguen á suspender su obligado y predilecto callejeo.

Por eso en la mañana que comienza nuestro relato era grande la afluencia de personas que se notaba en la Puerta del Sol: los unos apapetados en las aceras, contemplaban inmóviles los apuros del caminante, mientras que las otras, arremangadas de traje y un si es no es turbadas y confusas, procuraban salvar á saltitos los baches, los arroyos y las lagunas.

Buenas y oportunas observaciones salian de los diferentes corrillos estacionados aqui y allá á propósito de los varios incidentes y estrañas exposiciones á que daba lugar la proverbial torpeza del sexo débil; pero en ninguno de los círculos eran tan grandes la animacion y el chiste como en el presidido por un moeton capitán de caballería (llevaba dos charreteras) alto, rubio y colorado, el cual á grandes voces y con significativos ademanes habíase encargado de señalar los defectos ó bellezas que notara en cuanto de reservado dejasen traslucir las desgraciadas transeuntes.

Debemos decir en honor á la verdad que no faltaban motivos de burla y de chacota. En aquella ocasion no se habia generalizado entre las señoras el uso de los pantalones, ni menos aun el de ese fatal gancho recién importado de Francia, invenciones ambas que han venido á robar la esbeltez y la gracia de nuestras lindas compatriotas. En aquella ocasion las señoras de la aristocracia traíanse los vestidos de atrás adelante para evitar el salpique de los lodos; las de la clase media alzábanselas ropas por el lado derecho; las recién casadas elevaban sus faldas con ambas manos, temerosas de ajar sus flamantes prendas; las jóvenes de provincia se daban un pellizquito por delante, y las hembras del pueblo echábase la saya por la cabeza sin andarse con dengues ni requilorios. Y estas sí que eran las verdaderas costumbres españolas, y esto sí que era enseñar con garbo lo que es para visto, y esto sí que era saber ocultar lo que ocultarse debe. Pero vinieron despues los pantalones y el gancho; lo primero para servir de lo que despues se dirá, y lo segundo para hacer que nuestras graciosas españolas adquirieran el aire marcial del rancharo que prende con alfileres el pico de su levita por no mancharlo de bazofia. Vinieron los pantalones, decíamos; y ¿para qué vinieron los pantalones?

A vosotras nos dirigimos, hermosas jóvenes de diez y seis años, candidas é inocentes niñas que no tenéis aun de vuestro sexo mas que el genérico nombre de muger; á vosotras que no participáis de esas mil debilidades que acometen bien pronto á todas vuestras compañeras; á vosotras que coqueteáis por imitacion, que cometéis torpezas porque otras las cometen, y que os ponéis en evidencia porque en evidencia os hacen poner; á vosotras á quienes ruboriza una palabra, una accion, un furtivo movimiento de ojos, porque vuestra alma es pura y vuestros sentidos se niegan á todo lo que no es digno y decoroso; á vosotras, verdaderas vírgenes, á vosotras nos dirigimos; no queráis imitar nunca á las que gastan pantalones para cubrirse; si vuestra madre os obligase á usarlos, hacedia desistir de su propósito: ella ¡la pobre señora! cree de buena fé que con ellos va á cubrir vuestras piernecitas, y lo que hace verdaderamente es ponéros las en evidencia. ¿Sabéis lo que son los pantalones? Mirad que os lo dice un hombre: son la concha de escayola de que cubren las torres telegráficas para que el observador atine á primera vista; son el punto blanco que aparece en la plancha del tiro de pistola; son unas trompetas vocingleras que van diciendo «mirad». Si, hermosas y sencillas jóvenes, dejad caer vuestros vestidos cuando transiteis por las calles en tiempos de lluvia; dejados arrastrar por el fango sin consideracion á la limpieza; ¿cuánto mejor es llevar á casa manchas en el vestido, que no manchas en la conciencia? Además que las manchas del traje desaparecen facilmente con un poco de agua, mientras que las manchas del pudor, escuchadlo bien, hermosas niñas, las manchas del pudor no se lavan ni aun con torrentes de lágrimas.

¿Sabéis lo que sucedió á Magdalena por seguir ese coquetismo de imitacion?

Magdalena era de las señoras que se ataviaban muy de mañana los dias húmedos del invierno, para llamar la atención por las calles de Madrid. Y no con la malicia de una muger perdida, sino con el afán de hacer lo que otras hacen, con el propósito de seguir la moda,

con la falta de tino de una joven que goza de cierta libertad.

La mañana que atravesó la Puerta del Sol, llevaba Magdalena un traje de sarga azul graciosamente plegado á su estrecha cintura; la mantilla española que con tan airoso garbo solia gastar, adornaba esta vez su alegre rostro ligeramente rosado por el azote del viento; y sus bucles que ondeaban, y su camisolín bordado que se descubria, y su preciosa mano bastante apenas á contener la arruga del traje que se alzaba, todo contribuía á que los curiosos fijasen la vista sobre aquella joven, que al saltar de puntillas algun pequeño arroyo dejaba ver un lindo pantalon guarnecido de encajes, cuya blancura hacia resaltar el brillo de su pequeña bota de raso negra. ¿Cómo no habia de agradar al capitán?

Así lo espresó este una y cien veces delante de todos los del corro, y no tan quedo que dejase de llegar hasta los oídos de la joven esposa. Ella procuró acelerar el paso con el fin de evitar las miradas de los ociosos; pero su presteza no fué tal que impidiese al mozo de las charreteras seguirla por la calle del Carmen, diciéndola casi al oído palabras tan lisonjeras como atrevidas.

Magdalena en aquel momento se arrepiñó sin duda de su torpe paseo. Y no porque el aire del capitán le desagradase, ni porque



aquellas halagüeñas palabras dejasen de producir en su ánimo cierta presuntuosa satisfaccion, sino porque temia que el osado mancebo la creyese alguna muger vulgar, dispuesta á dar las señas de su casa enseñando el camino; porque temia que los desafueros del joven concitaran contra ella las burlonas miradas de la multitud. Magdalena tambien debió acordarse en esta ocasion de su marido: dió media vuelta precipitadamente y se entró en una guantería. El capitán la siguió quedándose á una respetuosa distancia. Semejante accion era ya osada en demasia; por eso creyó la joven que aquel importuno se cansaría de esperar, y comenzó á probarse guantes por docenas. El capitán sin embargo estaba de otro parecer: se propuso esperar, y esperó. Iba pasando tanto tiempo, y se habia ya probado tantos guantes, que Magdalena se decidió á dejar el almacén; pero como él de las charreteras salió tras ella con la impasibilidad de hombre que acompaña por fuerza, no quedó á la joven otro arbitrio ¡y esto solo á una muger le ocurre! que el de dar otra vuelta tan intempestiva ó mas que la primera, y entrar de nuevo en la guantería. ¡Inútil precaucion! El capitán arqueó las cejas, despegó los labios con estrépito, y volvió á tomar posesion del quicio de la tienda, no ya como hombre que aguarda

con resignación, sino como acompañante á quien desesperan las impertinencias de su dama; y tanto fué esto así, que al ver el sufrido guantero las importunas reclamaciones que la jóven le hacia, dijo dirigiéndose al capitán:

—Su señor esposo de V. es testigo de que no ví que el guante estuviere manchado.

A lo cual Magdalena no pudo menos de ruborizarse y aun de quedar asombrada, porque el llamado esposo movió la cabeza afirmativamente, y se encojió de hombros como demandando paciencia del guantero.

El atrevimiento no podía ser mayor... y fuerza es confesarlo, tampoco carecía de gracia. Magdalena se resignó pues á sufrirlo todo, con tal de verse pronto en su casa, libre de aquella pesadilla: tomó el camino lo mas aceleradamente que pudo, y gracias á la proximidad en que se hallaba, tuvo que sufrir por poco tiempo las íntimas relaciones del capitán, que descaradamente iba haciendo las veces de marido. Al llegar á la puerta la jóven respiró con desahogo.

—¿Esas tenemos? (dijo para sí el capitán). Lo que ella queria era que pagara los guantes en la tienda y que viniese luego á acompañarla. En cuanto á lo primero, nones: por lo que hace á lo segundo, eso ya es diferente.

Calóse los guantes, suspendió la espada en su cintura, y enderezó escalera arriba tras de la jóven. Un momento hacia que la puerta se habia cerrado con grande estrépito, cuando el atrevido militar hizo sonar de nuevo la campanilla. Asomóse una sirvienta al ventanillo y preguntó quién era.

—¿Qué la diré? murmuró el mozo. Lo mejor será preguntar por mi mismo, que en cuanto ella oiga mi voz mandará abrir.

—Dí, hermosa muchacha, exclamó el capitán con aire de franqueza, ¿es aquí donde vive el teniente Alvarez? Las dos charreteras que llevaba no eran sin duda alguna de capitán.

—Aquí vive, contestó la muchacha.

—Esto es hecho, dijo para sí el teniente frotándose las manos: buena mañana se nos prepara. Pues abre, prenda mia, que espera y lo esperan...

La criada abrió en efecto y suplicó al señor militar que aguardase un momento mientras pasaba recado á su amo.

—¡Bien dicho, prenda! exclamó Alvarez dando á la muchacha una palmadita en el hombro; esto se llama una mozueta lista. Mira, dile que no se ande con cumplidos.

La chica se encojió de hombros y desapareció: un instante después mandó entrar al desconocido en el gabinete de su amo.

Fácil será hacerse cargo de la sorpresa del mozo, cuando en vez de la dama, para quien poco há daba el encargo que hemos escuchado, se encontró con un hombre como de sesenta años, de rostro grave, de continente poco afectuoso, y que lejos de haber pensado andarse con cumplidos, se abotonó el saco que tenia puesto, y dejando su asiento encaráse con el capitán para decirle:

—Yo soy el teniente coronel Alvarez, ¿qué se le ofrece á V.?

## II.

Por poco lince que sea el lector (y nosotros le hacemos todo lo contrario) ya habrá podido formarse una ligera idea del carácter de las personas con quienes le hemos puesto en conocimiento. Si algo le falta aun, vamos á satisfacer su curiosidad.

El capitán Alvarez, teniente efectivo de un regimiento de lanceros, acababa de cumplir veintisiete años. Tenia una talla extraordinaria, era recio de carnes, blanco de cutis, rosado de color, vivo de ojos, sonrisa maliciosa, desvergüenza inaudita, una espada tan larga como la que mas, y unos puños tan fuertes como los que menos. Prometia mucho, provocaba mucho, chillaba mucho, pero en llegando el momento, Dios guarde á V. muchos años. Las mugeres sin embargo se despepitaban por él.

Y es que á las mugeres les sucede casi lo mismo que á los hombres: dadles buena corteza, y lo de adentro que se lo lleve el diablo.

La corteza del teniente de lanceros era inmejorable. Ponedlo en medio de cien jóvenes de talento, y de seguro que cualquiera muchacha se dirige á él. Además que no era tan vulgar como nosotros nos empeñamos en decir, porque en los catorce años que llevaba de regimiento, sabía montar una guardia, lavarse los guantes de castor, tirar el sable y darle de palos á su asistente. Sobre todo, lo que hacia con suma gracia era retorcerse el bigote. ¿Qué muger habia de resistirsele? ¡Pobre Magdalena!

Magdalena venia á tener la misma edad del capitán. Ya conocemos sus cualidades físicas: dos palabras mas y conoceremos las morales.

Era coqueta.

Su madre la criaba con el mayor esmero, y al verla tan bonita dijo para sí: «buena boda.» ¿Cuánto mas valia que hubiera dicho: buena hija, buena esposa, buena madre?... Pero no fué así. Cuando sobre-

cargada de adornos y de aceites la sacaba á paseo, en vez de irle enseñando con el dedo aquellos jóvenes, que por modestos, ingeniosos, aplicados y dignos reconoce Madrid en todas ocasiones, ibala diciendo á media voz: «ve ahí al hijo del banquero fulano; ese es el heredero del general citano; por allí va el huérfano del capitalista mengano.»

Herederos de grandes títulos, hijos de poderosos, huérfanos de millonarios, hé ahí toda la juventud que conocia Magdalena. Pero ni los capitalistas, ni los títulos ni los poderosos hacian gran caso de la bella jóven. Quizá la hubieran aceptado por un momento; pero para toda la vida necesitaban ó querian ellos hijas de títulos, herederas de banqueros, huérfanas de millonarios.

La juventud de Magdalena se pasaba sin éxito, cuando un coronel fresco y sanote que अपना contaría cincuenta y nueve años, hizo postura á la mano de la niña. Tenia su paga corriente, un balazo en una pierna, y ciento veinte mil reales de renta propia. La boda se efectuó al momento. ¡Pobre coronel!

El teniente coronel Alvarez era el hombre mas bendito del mundo. Corazon en el pecho, corazon en la cabeza, corazon todo él, habia amado poco, pero mucho. Una copa de Ginebra, un chicote habano y su Lela, era todo lo que tenia en el mundo. ¿No le habia honrado la jóven al aceptarle por marido? ¿No era él indigno del amor de aquella hermosa muchacha? Pues entonces, ¿qué extraño es que la dejara divertirse y asistir á reuniones y visitar á sus amigos, y vestir como una duquesa, y que se la mimase como á una sultana? Ello sí, Magdalena, ó Lela como él la llamaba, era acreedora á todas aquellas consideraciones. Si vestia, era por darle gusto á su marido; si tocaba el piano, era por agradar á su esposo; si frecuentaba tertulias y paseos, era por complacer á su coronel. El dia en que un hombre decia al teniente Alvarez «anoche ví á Magdalena en el teatro y estaba encantadora,» se bebía el coronel un frasco entero de Ginebra. En cambio, si algun buen amigo le hubiese dicho: «anoche dirigia Magdalena un lente á una luneta que no estaba ocupada por el coronel Alvarez,» el coronel hubiera traspasado de una estocada el pecho del amigo.

## III.

Quando el teniente coronel Alvarez le preguntó al teniente capitán Alvarez qué se le ofrecia en su casa, estuvo el jóven militar muy espuesto á no saber qué contestarle. Repuesto á poco de la sorpresa balbuceó inclinandose cortésmente:

—Dispense V. caballero, que no es V. la persona que buscaba.

—¡Diablo! exclamó el viejo, pues es extraño que no sea yo la persona á quien V. busca, porque no sé que haya otro Alvarez en Madrid de mi graduacion.

—Pues lo hay sin duda alguna, repuso el capitán.

—Es imposible que yo no le conozca, tornó á decir el veterano.

—Repito que le hay.

—Insisto en que no.

—Yo le conozco.

—No puede ser.

—Que sí.

—Que no.

—¿Quién es? ¿dónde está?

—Yo. Aquí.

—¡Diablo! pues no lo entiendo.

—¡Demonio! me explicaré.

—Eso me gusta, dijo el viejo variando de tono; aquí hay misterio, y yo soy amigo de charadas. Bebamos una copa y hablemos despues como V. guste. Una silla, caballero oficial.

—Y ambos tenientes apuraron gozosos dos anchas copas de esquisito licor, tomando despues asiento el uno enfrente del otro.

—Pues como decia, mi... no se qué... Veo que es V. militar é ignoro...

—Coronel.

—Pues como decia, mi coronel, V. por lo que veo es un hombre francote, y como tampoco soy ningun cartujo, creo que estamos en el caso de hablar con franqueza.

—¡Chica! gritó el coronel, sube un tarro de la cueva...

—Es el caso que yo soy un poco aficionado á las hijas de Eva.

—Ese es mi flaco, dijo el del bigote cano sonriendo maliciosamente. (Escusamos advertir que el coronel Alvarez no hablaba con mas muger que la suya.)

—Y luego como es jóven, y lleva dos charreteras... y... vamos...

—A su edad de V., capitán, se volvia locas por mi todas las muchachas.

—No quiero yo decir que á mí me suceda lo propio; pero...

—¿Y por qué no, señor mio?

—Gracias, mi coronel. Esta mañana he visto en la calle de la Montera una chica... En fin, no hay que pedir. La miro, me mira; la hablo, sonrie; la sigo, me sufre; voy á entrar en su casa, y me da con la puerta en los hocicos.

—¡Demonio!

—Pero es el caso que la chica entró en esta misma casa.

—¡Diablo! ¿sería en el cuarto principal?...

—Seguramente.

—¡Ah! ya caigo, era Luisita. ¡Y qué guapota es!... Con efecto, mucho me gusta; y no crea V.... casi casi me han dado intenciones de decirlo... pues... pero como esta picara de mi Lela es tan lista y tan... á propósito, señor mio, V. no conoce todavía á mi esposa... ¡Lela!... ¡Lelita!..., comenzó á gritar el coronel, ven, que te voy á presentar á un amigo...

—Tendría mucho gusto...

—¡Lela!!!

—Seguiré despues mi cuento si á V. parece.

—No, no hay inconveniente. Prosga V.

El capitán comenzó á temblar, pero Lelita no vino.

—Por último, dijo despues de un momento de espera, temeroso yo de que la jóven, al parecer indignada, diese un escándalo, tomo escalera arriba y tiro maquinalemente de ese llamador. Me abren; ¿por quien habia de preguntar? Por mí. Semejante sugeto no era muy fácil que estuviese en casa. Pregunto, me responden, pasan recado, entro, nos encontramos, hablamos, bebemos, fumamos, y con tan plausible motivo nos hacemos amigos.

—Amigos y camaradas, recaló el coronel con afectuosa espresion. Venga esa mano, y destapemos la segunda botella. ¡Vivan los buenos militares y los buenos mozos!

—A la salud de V., mi coronel.

—A nuestra naciente amistad, mi capitán. ¡Lela!... ¡Lelita!... volvió á gritar el campechano viejo despues de apurar su copa.

Esta vez se presentó la criada á escusar la falta de la señora.

—Dila que no, murmuró el marido, que venga sin cuidado. Nada de vestirse ni acicalarse. El señor es un amigo de confianza y camarada mio. Dila que venga, y que se traiga la llave del piano.

Despues dirigiéndose al capitán continuó:

—¡Es mucho esta muchacha mia! toca el piano como un profesor. ¿Y cantar? Ni un gilguero. ¿Y hacer labores? ¿y querer á su viejo? ¿y todo?... vamos, me alegraré de que V. la conozca y la trate á fondo.

—Yo me honraré mucho...

—¡Ca!... en mi casa sin cumplimientos. Mire V.; yo salgo tres horas todas las mañanas á dar un paseo; desde las doce hasta sentarme á la mesa. Fuera de ese tiempo me paso la vida en casa. V. viene á esa hora, por la tarde, por la mañana, cuando quiera. Si estoy yo, bueno; si nó estoy, Lela no sale casi nunca y le dará á V. conversacion. Hágalas V. que toque, que cante: yo no tengo ya influencia con ella en ese particular... ¿Creerá V., capitán, que no he podido hacerla que se fume un veguero ni que apure una copa de este esquisito Ginebra?...

—¡Sea por Dios! exclamó sonriendo el teniente.

—¡Pero qué hará que no viene!... Voy yo mismo á llamarla.

El coronel salió apresuradamente de la estancia, y volvió de allí á poco, trayendo del brazo á su ruborizada esposa.

El capitán y Magdalena dirigiéronse un imperceptible saludo casi sin mirarse.

—Siéntate aquí á mi lado, murmuró el viejo. Este oficial es un amigo mio, y quiero que lo sea tuyo. Es aficionado á la música y á las muchachas; fuma como un turco y bebe Ginebra como un teniente coronel: en fin, le quiero, y esto basta. Venga la llave del piano, siéntate á él, y haznos escuchar esa divina voz. Capitán, V. perdone, dice una cosas... que...

—Todo lo contrario, dijo con la mayor dulzura el teniente. Yo desde ahora afirmo que la voz de esta señorita será tan angelical como su rostro.

—¡Muchacha! gritó el coronel, ¿cuándo sube esa Ginebra?...

Magdalena, que no despegó sus labios, pulsó las teclas del hermoso instrumento y le hizo espresar algunas notas con su igual maestría. Los ojos del coronel pareció como que se turbaban de gozo.

—Así, así, exclamó dando una palmadita en el hombro de su esposa; canta la melodía del *marinero enamorado*. Oiga V., capitán, oiga V.: es una preciosa sonata. Voy á explicarle á V. la letra por si no comprende el italiano.

—Con efecto, solo sé un poco... y...

—Pues, lo mismo que yo. A mí tambien me la explicó el maestro. Suponga V. que es un marinero que está enamorado de su canoa. Es la mas ligera y corredora que se ha conocido en la playa; un muchacho puede conducirla; y en cuanto al marino, con solo pisar su fondo, griff... se pierde de vista. El la engalana todos los dias, la cubre de flores y guirnaldas, la perfuma, la asea... vamos, con decirle á V. que está enamorado... Pues señor, otro marinero que no tiene canoa, porque no ha sido lo suficiente trabajador para sársela ganar, vea V. por dónde diablos se muere de envidia. El dueño de la canoa, el pobre marinero, no comprende nada de las perversas intenciones de su amigo, y creyéndole tan amante de la barca como él mismo, lo lleva siempre en

ella y le enseña los resortes de que se vale para hacerla navegar, y en fin, pasa el día hablándole de su halaja. Pues señor, una mañana, el amante marinero estaba cansado y se durmió tranquilamente, dejando el cuidado de su buque al picaro envidioso. ¿Qué hace este? Agugerea el fondo de la canoa, deja el timon, salta á una barquilla que se halló al paso, y queda abandonado el pobre marinero enmedio de las olas, hasta que buque y dueño perecen en el fondo del mar. Durante esta catástrofe, el marinero sueña que el amigo está cubriendo de flores su canoa, y despierta para darle las gracias. Al pronunciar esa palabra, una ola lo sepulta con su amada.

—¡Preciosa letra! exclamó el teniente.

—En efecto, es muy linda, murmuró Magdalena fijando sus hermosos ojos en el capitán.

—Vamos, hija mia, canta, dijo el coronel estrechando á su esposa. Magdalena cantó; el capitán se deshizo en elogios; el coronel lloró de alegría.

—¡Infame envidioso! murmuró despues este último enternecido; ¡oh, la providencia debió dejar vida al pobre marinero para que hubiera ahogado á su rival!

## IV.

En casa del coronel Alvarez se estaba hablando casi siempre de un capitán de lanceros que llevaba su mismo apellido. Pero á pesar de esto, el coronel veía muy poco al capitán; porque daba la combinacion de que él capitán iba casi siempre á casa del coronel despues de las doce de la mañana, y se marchaba antes de las tres. Por otra parte, el coronel no tenia mucha gana de visitas, y esto consistía en que insensiblemente iba perdiendo el buen humor que habia disfrutado desde su juventud. Así es que no se cuidaba mucho de buscar al capitán, á la manera que el capitán se cuidaba bien poco de solicitar entrevistas con el coronel.

La casa del veterano habia sufrido en pocos dias una violenta trasformacion. Lela se prestaba rarísimas veces á los caprichos de su marido, los cuales dió en llamar tonterías. En cambio tocaba mucho el piano y ensayaba grandes piezas de canto que jamás dedicaba á su esposo, aunque este lo solicitaba á todas horas. El viejo militar compró una hermosa carretela para ver si Lelita tornaba á la amabilidad y agrado de otros días en fuerza de este costoso sacrificio; pero aunque Magdalena disfrutaba el carruaje con gran placer, gustaba mas de ocuparlo sola (al menos tal le pareció al esposo) ó en compañía de otras amigas, que llevando á la izquierda á su marido.

Una mañana anunció el coronel á su esposa que desearia pasear con ella en el carruaje. Lela dijo primero que no, y despues que sí, aunque encargó que pusieran los cristales. El coronel la hizo presente que hacia un sol hermosísimo, y que era por lo tanto mas cómodo llevar descubierta la carretela. Lela insistió en lo contrario, y la carretela se cerró. Despues el coronel tuvo visita, y decidió no salir; pero como Magdalena estaba vestida, la rogó que no desperdiciara la mañana. Cuando Alvarez se asomó al balcon para ver montar á su esposa, observó que habian vuelto á abrir la carretela.

Cuando se quedó solo murmuró para sí:

—Hago mal en quejarme; soy un presuntuoso, un necio; ¿qué valgo yo? Con razon parece como que escusa el que me vean á su lado. ¡Ella tan jóven, tan hermosa!... yo enfermo, viejo!... ¡Oh! ¿cómo pude creer que ella descendiese hasta á amarme?... Bastante hace la infeliz. Me considera, me respeta, me sufre... vive á mi lado sin murmurar!... ¡Sí, esto es bastante! ¡Luego que yo debo aburrirla con mis tonterías!... Querer que una jóven de su mérito se identifique con un hombre que solo piensa en fumar... en beber... digo mal: querer que una jóven de su mérito se identifique con un viejo que solo piensa en amar! ¡Repugnante amor! Perdóname, Lela mia; te he hecho infeliz, he empañado tu hermosura con mi aliento, he agostado tu lozana primavera, y aun soy tan insensato que quiero que pienses solo en mí, que hables solo conmigo, que pases á mi lado tu vida, y que me ames con todo el amor de que tu alma es capaz!... ¡Oh necio!... presuntuoso!! ¡Contentate con su indiferencia!... ¡besa la alfombra que ella pisa!... escucha su dulce voz á escondidas cuando ella ensaye para lucirse luego en los salones, y no pretendas nunca acompañarla en público sin cubrir antes los cristales de tu carretela.

Aquel dia el coronel no fumó ni bebió Ginebra. Por la noche pidió perdon á su esposa de una falta que no podia revelarle, y llegó el dia sin que hubiese podido conciliar el sueño.

Así pasaron algunos meses. El despego de Magdalena era cada dia mas perceptible; porque es tal el corazon de la muger, una vez estrañado, que lejos de enternecerse ante el hombre que se humilla y que sufre, se seca mas y mas á medida que un infeliz lo humedece con sus lágrimas.

El único consuelo que quedó al coronel era la voz de su querida Lela. Esta pasaba gran parte del dia y aun á veces noches enteras

epasando al piano las piezas de música mas moderna y de mayor efecto. Jamás recitó ninguna delante de su esposo para agradarle; pero sea como quiera, las escuchaba día y noche, con lo cual se tenia por feliz. ¿Cómo no se le ocurría á Magdalena complacer alguna vez á su marido cantándole la melodía del *marinero enamorado*?

Aquellos estudios y continuos ensayos tenian un objeto decidido. La esposa del coronel debía cantar en breve ante la escogidísima concurrencia que se reunia en los salones de una dama de las mas ilustres de la corte. El día en que se verificaba el concierto, dijo Lela á su esposo:

- Ya sabes que estamos convidados para la fiesta de la duquesa.
- No me lo habias dicho, murmuró humildemente el anciano.
- Creí que sí. Y bien, ¿qué dices?
- Que irás.
- ¿Y tú?
- Yo me quedaré en casa.

Aquel día estuvo el coronel mas contento porque su esposa habia contado con él para la reunion. Arregló los papeles de música; mandó por pastillas para aclarar la voz, y trajo toda la tarde la casa revuelta para que no faltase nada al tocado de la señora. Por la noche estuvo presente al adorno de su Lela con el cariñoso afán de una madre que arregla el prendido de su hija. Por lo que toca á él, si dejaba de asistir al concierto, no era por falta de deseos, sino porque habia jurado no afrontar con sus canas y su traje vulgar la lozanía y elegancia de su joven esposa.

Llegado el momento de partir, Magdalena dió la mano á su marido con mas afecto que de costumbre, y este, enternecido, se atrevió á abrazarla. ¡Estaba hermosa!

El carruaje partió; pero Alvarez no fué á acostarse como habia prometido: queria escuchar la voz de su Lela; queria estar presente en su triunfo; queria oír los elogios que se la prodigasen; queria en fin disfrutar siquiera un átomo de lo que le pertenecía por completo. Tomó las llaves del guarnés de su caballeriza, y se vistió de lacayo.

En aquel tiempo, lo mismo que al presente, disfrutaban las gentes de librea un privilegio que solo es concedido á los grandes y á los cocheros: el de asistir á los bailes y reuniones de la aristocracia. Las antenas y pasillos de los palacios no se cierran nunca para los criados de librea conocidos que esperan la salida de sus amos. Allí entretenidos en sus estrambóticas conversaciones, y arrullados por el amor de las estufas, oyen si se canta, divisan las parejas si se baila, y beben y comen de los abundantes restos del banquete. El coronel sabia esta circunstancia, porque alguna vez habia asistido á semejantes reuniones; y aunque á sus propios ojos le humillaba este ardid, no titubeó en adoptarlo como un nuevo sacrificio en aras de su amor.

La reunion estaba brillantísima. Todas las señoras vestian tan bien, y los caballeros todos se presentaban tan airoosamente ataviados, que el coronel se alegró unas cien veces de no haber querido ridiculizar á Lela con su presencia.

Pero el goce del veterano llegó á su colmo cuando comenzaron los preludios de una cavatina que habia oido varias veces ensayar á su esposa. Entonces se volvió todo oidos; impuso silencio á los criados que alborotaban, y seguramente no hubiera perdido la menor de las notas sin un extraño incidente que turbó su atencion por algunos instantes. Un caballero joven que entraba á esta sazón en la sala, se quitó de los hombros el gaban que le cubria, y fué á arrojarlo sobre la cara del pobre cochero ordenándole que lo cogase en la percha. El coronel iba á levantarse para vengar aquella afrenta, cuando recordó el papel que estaba desempeñando: entonces fijó su vista sobre el caballero que acababa de entrar, y reconoció, aunque ya por la espalda, á un amigo suyo con quien hacia dias que no conversaba familiarmente. Era el capitán Alvarez.

A la entrada del capitán en el salon sucedió un ligero pero bien perceptible murmullo, que impidió otra vez al veterano escuchar los acentos de su esposa. ¡Todo eran desgracias para él!

Una salva de aplausos, y otra despues de aquella, y una tercera despues de las dos, pero frenéticos, delirantes, sublimes, hicieron olvidar al humilde lacayo las humillaciones que acababa de sufrir. El triunfo de su Lela habia sido completo. Si en aquella ocasion hubieran estado atentos los criados, habrian visto al cochero desconocido enjugarse los ojos con las mangas de su librea.

Los salones y galerías comenzaron á poblarse de señoras y caballeros, entre quienes no mediaba otra conversacion que los elogios de la linda cantante. El coronel se hubiera marchado entonces; pero quién resistia al deseo de escuchar una por una todas aquellas satisfactorias palabras?

En uno de los grupos mas cercanos al viejo habia tres jóvenes que disputaban acaloradamente sobre el mérito de la sublime artista: dos de ellos sostenian que si se dedicaba al teatro no tendria rival en Europa; y para apoyar su opinion llamaron á un tercero, el cual apenas se acercó á sus amigos les preguntó con marcado interés:

—¿Querreis decirme ante todo quién es esa hermosa muchacha que canta tan admirablemente?

—Pues qué, ¿no la conoces?

—Seguramente que no.

—¡Hombre, pues si es la perla de Madrid!

—¿Pero es soltera... casada?...

—Casada, y con un estafermo.

—Con un mueble de militar que pasa la mitad de la vida borracho, y la otra mitad quejándose de la gota.

—Pues entonces, ¿quién es el pez que se traga ese anzuelo?



—¡Toma! ¿ahora salimos con esa?... Chico, chico, tú estas muy atrasado de noticias!...

—¡Qué quereis!... pero no sabia nada.

—¡Pues si es un escándalo!...

—¡No se habla de otra cosa en Madrid!...

Al llegar la conversacion á este punto, un lacayo, vestido de librea, se habia internado en el salon de descanso.

—¿Pero al cabo me direis cómo se llama esa muchacha?

—Voy á decírtelo, exclamó uno resueltamente. En su casa la llaman Magdalena; pero aqui, en el café, en el Prado y en todas partes, se llama la querida del capitán Alvarez.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

#### CERTIFICACION Ó FE DE MUERTO.

Un cabo que habia sido condenado á muerte quiso escribir á su muger tan triste noticia, y como hubiese de ser ejecutada la sentencia el viernes, y el sábado llegase la carta á su muger, la escribió el jueves, como si el caso hubiese ya sucedido, en estos términos:

«Querida esposa: Despues de desearte una salud tan buena como la que al presente gozo, te diré que me ahorcaron ayer entre once y doce de la mañana; gracias á Dios tuve una muy buena muerte, y vi con sumo gozo la pena que esto causaba á los circunstantes. Acuérdate de mí, y que tambien se acuerden mis pobres hijos.—Tu marido que te ama hasta la muerte.»

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





CHOZAS DE LOS NEGROS EN LA SENEGAMBIA

(Véase el número anterior.)

## LECCIONES HISTÓRICAS

## PARA USO DE LA JUVENTUD.

Hace tiempo que empecé á escribir esta obra, cuyo objeto es presentar un bosquejo histórico-filosófico de las épocas mas notables, para facilitar á los jóvenes el vasto y complicado estudio de la historia general, dándoles á conocer los principales sucesos acaecidos en el globo, como tambien los progresos de la civilizacion antigua y moderna.

Una penosa enfermedad vino á interrumpir mis tareas; pero restableciéndose de día en día mi salud, pienso en continuar la obra, si mereciese la aprobacion del público esta primera leccion que le ofrezco por via de ensayo, y que remito á V. para que tenga la bondad de insertarla en su apreciable periódico. B. L. M. de V. su atento servidor—Eugenio de Tapia.—Señor director del SEMANARIO PINTORESCO.

## ÉPOCA PRIMERA.

*Testimonios históricos y geológicos del diluvio; alteracion que este causó en la constitucion fisica de la tierra, y formacion de las primeras sociedades después de aquel espantoso cataclismo.*

La verdad del universal diluvio en que perecieron todos los seres, excepto los salvados en el arca de Noé, segun el testimonio infalible de Moisés, fué tambien conocida por los gentiles, que la desfiguraron mezclando con ella fábulas absurdas.

Véase cómo habla de aquel terrible acontecimiento Beroso, historiador antiquísimo de los caldeos: «Después de la muerte de Ardates (uno de los mas antiguos reyes de Babilonia) reinó su hijo Xisutro, en cuyo tiempo acaeció un gran diluvio que se halla descrito de este modo. La deidad Creno se le apareció en una vision, asegurándole que en el día 15 del mes Daelio habria una inundacion, con la cual seria destruido el género humano. Mandóle pues que escribiese una historia del principio, progreso y acabamiento de todas las cosas, y la

enterrase en Sipara (la ciudad del sol); que construyese un buque, metiéndose en él con sus amigos y parientes, llevando á bordo todo lo necesario para sustentarse, y con todos los diversos animales, así volátiles como cuadrúpedos, entregándose sin miedo á las aguas. Y habiendo preguntado á la divinidad adónde dirigiria el rumbo, le respondió que hácia los dioses; despues de lo cual hizo una plegaria al cielo por el bien del linaje humano. Ejecutó luego lo que le habia sido mandado, construyendo un bajel que tenia cinco estadios de largo y dos de ancho. En él metió cuanto habia preparado, y en seguida se embarcó con su muger, sus hijos y amigos. La inundacion cubrió algun tiempo la tierra, y cuando ya fué cesando, Xisutro soltó algunas aves del buque, pero no encontrando estas alimento ni paraje donde reposar, volvieron al bajel. Pasados algunos dias las envió segunda vez, y entonces volvieron con las patas cubiertas de cieno. Hizo el tercer experimento con las mismas aves, y ya no volvieron, de lo cual infirió que la superficie del globo estaba ya seca y habitable (1).

Tambien es notable el fragmento siguiente de Nicolás Damasceno: «Hay en la tierra de Armenia una montaña muy grande llamada Baris, á la cual, segun dicen, se retiraron varias personas en tiempo del diluvio, especialmente una de ellas que arribó allí en un arca, y desembarcó en su cumbre, habiéndose conservado largo tiempo los restos de aquella embarcacion. Acaso era este el mismo individuo de quien hace mencion Moisés, legislador de los judios.» (2)

Los escritores griegos y romanos hablaron de dos diluvios, á saber: uno el de Ogyges, y otro el de Deucalion. Varron suponía acaecido el primero cuatrocientos años antes de Ynaco, esto es, mil y seiscientos años antes de la primera olimpiada, ó dos mil trescientos setenta y seis años de Jesucristo, y comparada esta data con la del testo hebreo, no resulta mas que una diferencia de ventisiete años.

A los referidos testimonios históricos se agregan las pruebas geológicas que guarda la tierra en su seno para memoria de aquella ca-

(1) Mr. Preston Cory, *Ancien Fragments of The phœnician, chaldaean, tyrian, and othez writers*. London, 1852. En esta obra reunió el autor inglés los fragmentos de aquellos antiguos escritores que se encontraban dispersos en varias obras de la antigüedad; con lo cual ha hecho un señalado servicio á los que cultivan las letras.

(2) Nicolás Damasceno vivió en tiempo de Augusto. Este fragmento se ha conservado en las antigüedades judaicas de Josefo, libro 1, capítulo III, y en la preparacion evangelica de Eusebio.

tástrafe espantosa. Son tan evidentes y copiosas estas reliquias, que el célebre naturalista Mr. Cuvier no vaciló en decir con toda seguridad: «Opino con los señores Deluc y Dolomieu, que si podemos tener absoluta certeza en algun punto de geología, es sin duda en el siguiente, á saber: que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y repentina inundacion, cuya época no puede remontar mas que á cinco ó seis mil años; que esta revolucion sumergió é hizo desaparecer los países que habitaban antes los hombres y las especies de animales mas conocidos en el dia, dejando en seco el fondo del antiguo mar, por cuyo medio se han formado los terrenos que actualmente habitamos: que desde la época de esta revolucion el corto número de individuos que se salvó de ella, se esparció y propagó en los países que quedaron en seco, y por consiguiente que desde este tiempo precisamente es cuando han tenido origen y curso progresivo las sociedades humanas, y cuando han formado establecimientos, erigido monumentos, recojido hechos naturales, y combinado sistemas científicos.» (1)

El doctor Buckland, que escribió espresamente una obra para tratar de las reliquias del diluvio, dice lo siguiente: «En el trascurso de mis viajes geológicos apenas andaba una milla sin encontrar depósito de cascajo y marga ó arena, en tal disposicion, que no podia atribuirlo á la accion de torrentes, rios, lagos ú otras cualesquiera causas de las existentes. Y con respecto á otros fenómenos del diluvio todavia mas sorprendentes, varios viajantes geólogos pintan la mayor parte del hemisferio boreal desde Moscu al Misisipi cuajada de trozos de granito y otras rocas de enorme magnitud, lanzadas algunas (por la mayor parte en direccion de N. á S.) á distancia de muchos centenares de millas de su primitivo asiento, habiendo cruzado montañas, valles, lagos, y aun mares, por la fuerza de una corriente que debió de haber tenido una velocidad, á la cual nada puede compararse en el estado actual del globo (2).

«Los Alpes, dice el mismo autor en la obra citada, los montes Carpacios, y otras regiones montañosas, estan hoy atestiguando la uerza de aquella corriente que modificó las sierras y cordilleras, y en cuyos valles he encontrado siempre el casquijo diluvial, tan diverso del que posteriormente al diluvio arrastran las montañas, los rios ó los torrentes. A los comprobantes anteriores se agregaron los siguientes. Cerca de Santa Fé de Bogotá, en la América meridional, se encuentran entre el cascajo diluvial los huesos del mastodonte á la altura de 7,800 piés sobre el nivel del mar; y en las cordilleras á la de 7,200 piés, cerca del volcan de Imbaburra, en el reino de Quito. Mr. Humbold encontró un colmillo de una especie no existente ya de elefante fósil en Huehuetoca, en la llanura de Méjico. En el monte Himalaya del Asia central se han encontrado á la altura de 16,000 piés sobre el nivel del mar, huesos de caballo y de ciervo, que se hallan hoy depositados en el Real Colegio de cirujanos de Londres. En la parte septentrional de la Siberia se ha descubierto un prodigioso número de huesos fósiles de elefante, que no presentan el menor indicio de haber sido trasportados allí de otra parte. Desde el Don ó Tanais al Tchutskoinoss, apenas hay un rio en cuyas orillas no se encuentren huesos fósiles de elefante, ó incrustados en la materia diluvial, ó mezclados ligeramente en ella con algunas producciones marinas. Pero el hecho mas extraordinario es, que de todos los parajes del mundo, los mas poblados de huesos de elefante son ciertas islas del mar glacial. Las de Liaikof se hallan formadas en gran parte de huesos de elefante, búfalos etc., mezclados con arena y plantas fósiles. Con ellos se encuentran tambien mezclados los huesos de sus agigantados compañeros los rinocerontes, los hipopótamos, los mastodontes y tapires (3).

Uno de los efectos mas inmediatos del diluvio fué el enfriamiento de la tierra, que debió de ser repentino, como se infiere del hecho siguiente, referido por el geólogo inglés en la obra citada. El año de 1805 se descubrió á orillas del rio Lena un elefante antediluviano, tan perfectamente conservado con su pelo y carne, que comieron de ella los perros.

Otra causa que alteró la constitucion fisica del globo en tiempo del diluvio, fué el aumento de superficie de los mares, y consiguiente disminucion de la tierra seca. Y aunque no sea posible en el dia afirmar cual era la proporcion antigua entre los mares y la tierra, de las observaciones que han hecho los mas acreditados geólogos resulta, que en el mundo antediluviano la superficie de la tierra seca era mayor que en el presente. El nuevo equilibrio entre las aguas y los terrenos secos fué un beneficio dispensado por el Supremo Hacedor á las nuevas generaciones que habian de repoblar el mundo. Este no se vió ya es-

puesto á otra inundacion general, segun la promesa del Criador, ni á aquellas violentas erupciones de los fuegos internos que debieron acaecer con frecuencia en la época antediluviana, segun las observaciones del geólogo Mr. Vre (1).

Pasando ahora á tratar de las primeras sociedades formadas despues del diluvio, convendrá subir hasta el origen del linaje humano para dar una ligera idea del estado progresivo de la sociedad primitiva, cuya civilizacion heredaron los descendientes de aquellos primeros hombres.

Moisés, partiendo del gran principio de que Dios crió al hombre á su imágen y semejanza, le supone dotado en su origen de una alta virtud y capacidad intelectual. Despues se degradó por su desobediencia al Criador, viéndose condenado á adquirir el sustento con el sudor de su rostro: en consecuencia empezó á cultivar la tierra, y á apacentar ganados, ocupacion en que se ejercitaban sus primeros hijos, Abel y Cain.

Aumentándose el género humano se inventaron otras artes. Por de contado consta en el capítulo 4.º del Génesis, que Cain, fugitivo, fundó una ciudad, lo cual no hubiera podido hacer sin los conocimientos y medios necesarios para tamaña empresa. Tambien se ve en el mismo capítulo 4.º inventado el arte de trabajar á martillo toda obra de cobre y hierro: se habla asimismo de Jubal, padre de los tañedores de citara y órgano, y de Jabel, progenitor de los que habitan en tiendas, cuya fabricacion supone otra especie de artefacto. Corrompiéronse despues mas y mas los hombres, creció el lujo, y con él se inventarian otras artes de mayor refinamiento; debiendo suponer que estas se habian multiplicado en el tiempo que medió desde la creacion al diluvio.

Este acabó ciertamente con la primitiva civilizacion, pero no con todos los conocimientos y tradiciones, por haberse conservado algunos de los hombres que pertenecieron á la época primitiva. Noé, despues de la salida del arca empezó á ejercer su antigua profesion, que era la de agricultor, en la cual le ayudarian como era natural sus hijos. Para el ejercicio de este arte precisamente habia de tener los instrumentos indispensables, y es de inferir que los hubiese conservado en el arca ó nave, como tambien otros utensilios que pudieran serle de utilidad para sus necesidades domésticas. Asimismo es de creer que él y sus hijos conservasen por lo menos algunos conocimientos tradicionales acerca de los oficios mas indispensables en una sociedad, mayormente habiendo dirigido Noé la construccion del arca ó bagel, en la cual debieron emplearse carpinteros, herreros, calafateadores y otros operarios.

La sociedad pues volvió á comenzar despues del diluvio, segun la sagrada Escritura, de un modo digno y correspondiente á un ser racional, esto es, ocupándose los primeros individuos en labrar la tierra, que es una de las mas nobles y útiles profesiones.

Los ilustrados árabes eran de esta misma opinion. Abu Zacaria en su libro de agricultura dice lo siguiente: «Dicese que el primero que aró y sembró la tierra fué Adán, inspirándole Dios, y enseñándole por una especie de instinto interior la ciencia necesaria para esto; despues su hijo Seth y Edris ó Enoc. Pasado el diluvio, los que salieron del arca ninguna otra cosa se propusieron sino dedicarse á la agricultura con la direccion que les dió Noé (2).

No existió pues el tiempo en que los hombres vivieron á manera de brutos, segun la opinion de muchos escritores antiguos y algunos modernos, de cuyas absurdas fábulas voy á dar algun conocimiento á mis lectores.

Empezando por el historiador caldeo Beroso, ya citado, tratando del origen de la civilizacion de su país, dice lo siguiente: Habia en Babilonia por aquellos tiempos (los inmediatos al diluvio) gran afluencia de gentes de varias naciones que vivian sin ley á manera de bestias. Mas no tardó en aparecer á orillas del mar Eritreo, que linda con aquella ciudad, un animal llamado *Oanes*, cuyo cuerpo era de pescado, si bien bajo la cabeza de tal tenia otra parecida á la del hombre, y piés como este adherentes á la cola, segun acredita su retrato que se ha conservado hasta el dia. Este animal tenia costumbre de pasar el dia entre los hombres, aleccionándolos en las ciencias, las letras y las artes; pero al ponerse el sol se retiraba al mar, donde pasaba la noche, porque era anfíbio (3).

Diódoro Siculo dice espresamente que la yerba y el fruto de los árboles fueron el alimento primitivo de los hombres, y Plutarco asegura que en los primeros tiempos los hombres comian el musgo y las

(1) Mr. Vre en la obra citada, libro III, página 484 y siguientes.

(2) Prólogo de la obra, párrafo 5.º Traducción castellana del señor Banqueri.

(3) Mr. Preston Cory, *Ancient fragments etc.*, página 25.

(1) *Discours sur les revolutions du globe*. Paris, 1810, página 280.

(2) *Reliquie diluviana*. Tal es el título de la obra en que el sabio inglés da las noticias que he copiado, haciendo otras observaciones geológicas muy atinadas y profundas.

(3) El geólogo inglés Mr. Vre refiere todos estos hechos y otros muy curiosos acompañados de ingeniosas observaciones, en su obra intitulada: *A new System of Geology*, impresa en Londres, año de 1829.

La pintura del animal anfíbio de Beroso existirá tal vez en el templo de Belo, cuyos geroglíficos le sirvieron en parte para su historia. Este geroglífico del anfíbio representaba sin duda, aunque desfiguradamente, á Noé en dos épocas, combinadas bajo aquella figura, á saber: el tiempo que anduvo errante por las aguas, y su salida del arca para cultivar la tierra y echar los cimientos de una nueva civilizacion. El mismo nombre de *Oanes* casi es un anagrama de Noa ó Noé.

cortezas de los árboles, saltando de alegría cuando encontraban bellotas.

Los poetas latinos engalanaron estas mismas ideas pintando como salvajes á los primeros hombres. Hé aquí algunos versos que lo acreditan

Virgilio dice lo siguiente en el principio de sus geórgicas:

*Chaoniam pingui glaudem mutavit arista.*

Aun está mas expresivo Lucrecio en los siguientes:

*Necdum res scibant tractare, neque uli  
pellibus, et spoliis corpus vestire ferarum,  
sed memora atque cavos montes silvasque colebant;  
et frutices inter condebat squalida membra.*

Horacio dice en la 5.<sup>a</sup> sátira del libro I:

*Cum prope serunt primis animalia terris  
mutum et torpe pecus, glauden atque cubilia propter  
unguibus et pugnis, dein fustibus, atque ita porro  
pugnabant armis que post fabricaverat usus.*

El autor anónimo del *Origen de las primeras sociedades*, adoptando las fábulas de los antiguos, dice los disparates siguientes (1):

«La yerba y los frutos silvestres fueron el único y primer alimento del hombre. De aquí el respeto supersticioso que tenían los antiguos á la selva de Dodona. Por otra parte, su desnudez y la ignorancia de las mas groseras artes los esponian á la rabia de las fieras, porque segun dice Diodoro, ignoraron largo tiempo el uso del vestido y de las cabañas, y no formando entre sí sociedad alguna, se hallaban necesariamente sin defensa, á merced de los leones, de los osos y tigres.

»Muchos años, muchos siglos tal vez, duró este embrutecimiento general de la especie humana, cuando un acontecimiento para siempre memorable vino á mudar enteramente la faz del globo. Un rayo cayó en un árbol de los que coronaban una montaña, segun refiere Diodoro Sículo, y comunicándose el fuego á todas las ramas, resultó una hoguera. Sobrevino la noche, y uno de los hombres que habían presenciado aquel fenómeno, hallándose cerca del árbol incendiado, experimentó una sensacion agradable, que fué aumentándose cuanto mas se acercaba. El calor que se exhalaba del árbol secaba insensiblemente la humedad de que se hallaba cubierto el hombre, y al mismo tiempo le servia de preservativo contra el incómodo frio que sentia.

»Fué pues el primero que empezó á discurrir que el fuego podria ser un benéfico agente. Hasta entonces los otros hombres apenas lo habían conocido, ó lo habían mirado como una terrible calamidad de la cual huían con espanto, procurando apagarlo con un sagrado horror, si casualmente el rayo producía un efecto igual al que acabo de describir.

»Empero el hombre audaz, de quien he hablado, arrojando las preocupaciones de sus padres y contemporáneos, se atrevió á no ver en el fuego sino beneficios. Aun hizo mas, y fué el comunicar á los otros hombres su descubrimiento y osadía. La intrepidez es una calidad perteniente á un reducido número de sugetos, si bien con el ejemplo se comunica fácilmente á otros. El primero que vió en el fuego un elemento saludable fué un héroe, una alma privilegiada, un hombre naturalmente intrépido. Los que siguieron su ejemplo y le ayudaron á perpetuar este nuevo fenómeno, fueron despues de aquel los hombres mas animosos. La posteridad los conoció bajo los nombres de curetes, telsines, cabires, coribantes, dactiles, ideos, palabras todas sinónimas, si hemos de creer á Strabon. También fueron llamados titanes, tifones, ciclopes, etc.»

Orillando ya tales delirios poéticos y filosóficos, veamos cuáles fueron las emigraciones de aquella sociedad compuesta de Noé, su familia y los inmediatos descendientes de la misma. Algunos autores suponen que residió primeramente en la Armenia, y esto parece probable por cuanto aquel país es montañoso, con fértiles valles, y debe de presumirse que no quedaria tan pantanoso con las aguas del diluvio como las regiones mas llanas, adonde se trasladaron mas adelante aquellas familias. Esta traslación debió de hacerse primeramente á una region mas oriental que la Armenia, de la cual pasaron posteriormente á los fértiles campos de la Mesopotamia (2). Allí hubieron de permanecer, hasta que aumentándose excesivamente y no pudiendo mantenerse juntos, proyectaron edificar una torre y una ciudad que hiciesen célebre su nombre antes de separarse y derramarse por toda la tierra. Algunos suponen que lo que les movió á adoptar el pensa-

miento de edificar una altísima torre, fué el libertarse en caso de otro diluvio si Dios lo enviase. Pero en la Escritura nada se dice de esto, y solo se indica que se movieron á ello con el fin de granjearse un nombre célebre é inmortal en la posteridad: fuera de que para este fin no la hubieran construido en llanura, sino en la eminencia de alguna montaña (1).

Ocupados en su obra descendió el Señor, dice la Escritura (2) para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: hé aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo: y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra. Venid pues (3), descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra; y desde allí los esparció el Señor sobre la haz de todas las regiones.

Este acontecimiento tan memorable de la construcción de la torre, y la confusión de lenguas, se refiere no solo en la Sagrada Escritura, sino en algunos autores gentiles, aunque desfigurado, como resulta de los siguientes fragmentos que se han conservado de sus obras. El historiador Berora dice lo siguiente: «Aseguran que los primeros habitantes de la tierra, ufanos con su fortaleza y procerosa estatura, despreciando á los dioses, emprendieron la construcción de una torre, cuya punta llegase hasta los cielos, en el sitio donde hoy se levanta Babilonia; pero cuando ya se acercaba al firmamento, vinieron los vientos en ayuda de los dioses, derribando la fábrica sobre sus mismos constructores: las ruinas, segun dicen, existen todavía en Babilonia. Los dioses introdujeron diversidad de lenguas entre los hombres, que hasta aquel tiempo habían hablado un mismo lenguaje, y se encendió la guerra entre Crono y Titan. El sitio en que edificaron la torre se llama hoy Babilonia, á causa de la confusión de lenguas, porque los hebreos llaman babel á la confusión.» (4)

Un fragmento del antiquísimo historiador griego Hertico dice lo siguiente: «Los sacerdotes que escaparon se llevaron consigo todos los utensilios y ornamentos del culto de Júpiter engalicino, encaminándose á Senaar en Babilonia. Empero lanzados también de allí, fundaron colonias en varias partes, estableciéndose cada uno en el sitio que el acaso ó la dirección de Dios les deparaba.» (5)

Otro fragmento de Eupolemo dice lo siguiente: «La ciudad de Babilonia debe su fundación á los que se salvaron de la catástrofe del diluvio... fueron estos gigantes, y edificaron la torre de que habla la historia; pero destruida por el poder de Dios, se esparcieron los gigantes por toda la tierra.» (6)

Alejandro Polyhistor se explica del modo siguiente: «La Sibila dice que cuando todos los hombres hablaban el mismo lenguaje, algunos de ellos proyectaron construir una opulenta y elevada torre á fin de poder escalar el cielo. Pero Dios omnipotente, enviando un huracán, confundió su designio y dió á cada tribu su peculiar lenguaje: por esto se puso á la ciudad el nombre de Babilonia. Despues del diluvio vivieron Titan y Prometeo, el primero de los cuales hizo la guerra á Crono.» (7)

Los versos de la Sibila á que se refiere Polyhistor son los siguientes:

Quando en los campos de la Asiria al cielo

se alzó la torre y del linaje humano

una era el habla, ejecutar dispuso

omnipotente Dios su justo fallo.

Mandó terrible dió desde el empirio

al sañudo huracán que rebramando

sopló en la torre: vació convulsa

y sus hondos cimientos retemblaron.

La mútua inteligencia entre los hombres

desde entonces cesó por el mandato

de un oculto poder: hablar querian,

mas la espresion faltaba al torpe labio,

que solo articular pudo un sonido

penoso y balbuciente. A tal fracaso

debió aquel sitio de Babel el nombre,

así por los apóstatas llamado.

Este el origen fué de los imperios;

y así el mundo despues se vió poblado (8).

(Continuará.)

(1) Scio, *Biblia traducida*, tomo I, página 67, nota 2.<sup>a</sup>

(2) Capitulo 11 del *Génesis*, versículo 3 hasta el 10.

(3) Los padres antiguos notan en estas palabras la distincion de personas en Dios.

*Biblia de Scio*, tomo I, página 68, nota 4.<sup>a</sup>

(4) Euseb. *Præparat. Evang.* libro 9. *Synecoll. Chronic.* 44, Euseb. *Chron.* 15.

(5) Joseph. *Antiquit. Jud.* Euseb. *Præpar. Evang.* 9.

(6) Euseb. *Præpar. Evang.* 9.

(7) Joseph. *Antiquit. Jud.* libro I, capitulo 4. Euseb. *Præparat. Evang.* 9.

(8) Pueden verse los citados versos traducidos del griego al inglés en la citada obra de Mr. Preston Cory, página 31 y 52.

(1) Origen de las primeras sociedades, páginas 11 hasta la 95. Un tomo en 8.º francés, impreso en Amsterdam, año de 1770.

(2) En el capitulo 11 del *Génesis*, versículo 2, se dice: «y como partieron de Oriente hallaron una campiña en tierra de Senaar, y habitaron ca ella.»

## ESTATUA ROMANA DE CLUNIA.

Tenemos una verdadera satisfaccion en poder ofrecer á nuestros lectores la primera copia que se ha sacado de la preciosísima estátua que, por fortuna de las artes, ha sido descubierta últimamente en la antigua Clunia, de cuyas respetables ruinas hablamos en este mismo periódico al principio de 1846, haciendo patentes su importancia, y los muchos é inapreciables tesoros que aun encierran, sin contar con los infinitos que se han ido encontrando por pura casualidad desde tiempo inmemorial.

En prueba de lo que acabamos de manifestar, aseguramos que si estuviesen reunidas las monedas y medallas de toda clase de metales, los camafios, los mosaicos, los utensilios de barro, hierro, bronce, etc., las lápidas, columnas, capiteles, aras y demás antigüallas que la suerte ha puesto en poder de los habitantes del pueblecillo de Peñalva de Castro, dueños de la inmensa planicie que ocupó el convento jurídico cluniense, de fijo y de positivo habria y aun sobraría para formar un museo de los mas completos y mejores.



Voyiendo á la estátua que motiva estos ligeros apuntes, diremos que fué hallada por Santiago Lucas en una de sus posesiones de Clunia el 16 de febrero del año anterior, y que, gracias al celo de los señores juez de primera instancia y alcalde corregidor de Aranda de Duero, pudo evitarse que saliese de nuestra patria conducida por algun especulador, como por desgracia ha sucedido con otros objetos de la propia procedencia.

La referida estátua es de alabastro, tiene cinco piés de alta, pesa cerca de siete arrobas, representa una Beldad encubierta con un manto: la labor es de lo mas acabado y perfecto que existe; carece de brazos, los cuales podian ser de metal; y esto, y el ignorarse los atributos que tendria aquella en las manos, nos priva de saber lo que fuese ó la deidad á que estuviere dedicada; pero lo que sí se conoce á primera vista, es la obra maestra del artifice desafiando con ella y sorprendiéndonos á los que hemos nacido después de mas de 1700 años.

Es de advertir que debajo del sitio que ocupaba la estátua de que hablamos cuando fué descubierta en posicion horizontal, inclinada un poco á la derecha y como una vara de la superficie, cubierta con una piedra tosca, se encontraron tambien á las tres varas de profundidad cinco columnas de mármol sin ninguna labor, fijadas ó apoyadas sobre una roca, tres trozos de jaspe que unidos se conoció eran una

lápidas con la inscripcion que sigue: *Por la salud del Emperador César, Adriano Augusto, la Colonia Cluniense.* Tres pequeñas alas de bronce con la cascarilla de plata, una vasija de barro de forma cuadrada sostenida por cuatro piés de la propia materia con una abertura en medio de la parte superior, por cuya abertura puede introducirse una moneda del tamaño de un cuarto, unos pedacitos de marfil, y en fin, varias astas de ciervo, una muy disforme.

Este hallazgo posterior nos hace presumir, pero con temor sumo de equivocarnos por nuestra estremada ignorancia, si dicha estátua seria dedicada ó representaria á Diana Cazadora.

De todos modos no cesaremos de felicitarnos tanto por el casual encuentro de unos objetos tan curiosos que nos ha ocultado la tierra por un número considerable de siglos, como por no haber salido de nuestra patria.

Lo único que importa ahora es que se espongan á la admiracion pública en el museo provincial de Burgos, y que no continuen, como por desgracia sucede en la actualidad, metidos en el cajon donde se condujeron desde Aranda de Duero, dentro de uno de los cuartos mas oscuros y retirados del gobierno de aquella provincia.

REMIGIO SALOMON.

## CARTAS SENTIMENTALES Á POLUX.

IV.

(ÚLTIMA.)

Cosa es con la cual no me puedo resignar aun, pero en fin, todos lo dicen, y debe de ser verdad, el que sean dos levantados sentimientos la gloria y el amor; pero yo veo que de desventura en desventura me han hecho rodar ¡desgraciado de mí! hasta lo hondo del abismo en que me quejo, sin una voz que me consuele ni una mano que me ayude. ¿Qué hacer sin esperanza, con un corazon sensible, en este mundo estéril? No hay, Pólux, remedio para mi dolor. Hace algunos años, me acuerdo como si fuera hoy, cruzó por este valle una muger ideal: cuando levantaba los ojos al cielo, parecia un ángel que suspiraba por su patria: ¡qué hermosa era Virginia! Lástimada un día de mis lágrimas, que mejor aun que la cara tenia el corazon, me preguntó por mis penas: su voz, que vibraba como un timbre de plata, era tan dulce, que no pude resistir á sus instancias, y díjela que habia amado á una muger con locura, y tanto, que iba á ser el hombre mas feliz de este mundo siendo su esposo, cuando la desgracia hizo que perdiera yo un ojo heróicamente, con lo que, es decir, sin el que, hube de parecer tan mal á mi prometida, que se rió de mí y se casó con otro. Los sollozos ahogaron la voz en mi garganta, y las lágrimas concluyeron mi relacion. Virginia escuchó con indiferencia mis cuitas, y luego desapareció por entre los árboles, sin enjugar una de mis lágrimas ni murmurar en mi oido una palabra de consuelo. ¿Por qué no dí, como mi padre, la última boqueada en el campo de batalla? Solia pasearme aun despues de esto con ella en la orilla del mar, porque como era tan buena, no habia perdido del todo la esperanza de que se doliera de mí, cuando un dia hizo la casualidad (que otra cosa no pudo ser) que encontráramos á un jóven de hermosa presencia, que con los ojos bañados en lágrimas, sentado en una roca, contemplaba cómo las olas se rompian bajo sus piés. Yo me compadecí de él, y Virginia, como en otros dias á mí, le preguntó por sus pesares. Entonces él, como yo, la dijo: «El mundo era para mí un paraíso; amaba á una muger, y me iba á casar con ella, cuando un decreto impío me desterró para siempre de mi patria. Las lágrimas de Virginia concluyeron la historia del extranjero; comencé á darle consuelos; ¡y qué consuelos le daría, y qué necesidad tendria aquel hombre tan desgraciado de ellos, cuando dos meses despues, en los brazos de Virginia, olvidó los amores de su país!

¡Buena es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!

¡Pobre extranjero! ¡Pícaro tuerto! ¿Adónde iré, triste de mí, á verter esta ternura que me febosca en el corazon y que me ahoga? ¡Las mugeres! las mugeres no valen ni mas ni menos, y las hago mucho favor, que Laura y que Virginia. Contestarán pues á mis palabras con una carcajada, ó encojiéndose de hombros pasarán. La amistad no satisface del todo los sentimientos de mi alma; y sin embargo era tan bueno Tadeo, que habia momentos en que me reconciliaba, que no es poco, con este mundo. ¡Pobre soldado! Tu viejo corazon ¡con qué placer latía contra el mio cuando me estrechabas al pecho entre tus trémulos brazos!... Tú sabes, Pólux, que Tadeo estaba ya muy achacoso cuando volví de la guerra; pero lo que ignoras, y esta es la mayor de mis penas, es que mis desgracias le acabaron. ¡Ay! jamás olvidaré en sus últimos momentos el fervor con que besaba la cruz de su espada. ¡Pobre hombre! Parecia pedir á aquella compañera de sus

campanas le abriera ahora el camino de los cielos, como tantas veces le habia abierto el de la gloria, al través de las filas enemigas. Un silencio augusto reinaba en la alcoba. El cura de la aldea levantaba los brazos en oración sobre aquella cabeza de anciano, en tanto que yo, con mi frente abrasada, trataba, aunque en vano, de reanimar sus piés, ya entumecidos con el frio de la muerte. No hubo remedio. Tadeo pronunció mi nombre, y me estrechó la mano, y miró al cielo, y... á Dios... se fué á reunir con su capitán. ¡Tadeo! ¡Tadeo! Lo que fué de mi no lo sé, porque el dolor me quitó el sentido; pero cuando volví en mí, de lo que sí me acuerdo es de que el cura, entre otras cosas, decia: «que mis lamentos ofendian al cielo; que Tadeo habia concluido su mision sobre la tierra, y que Dios le habia dado lo que mas le convenia.» ¡Yo no sé lo que podria convenir á Tadeo que no fuera pasar los dias á mi lado; ni á quién podia hacer mas falta que á mí, pobre huérfano, abandonado y sin apoyo en la redondez de la tierra! Pero el buen sacerdote decia lo contrario: y claro es que un hombre tan virtuoso y sabio, sus razones tendria para ello. Oculté por lo tanto mis penas en el centro del corazon, y solo confio desde entonces mis gemidos á la soledad de los bosques, y mis quejas á las crestas de las montañas. Mi reducido huerto es el que ha ganado con mi melancolia, pues se me pasan los dias y á veces las semanas sin salir de mi morada. ¡Si vieras qué hermoso estaba la primavera pasada! Mi flor predilecta es el jacinto blanco; á ti tambien te debe de gustar: es tan delicado su aroma y su color tan puro, que no sé por qué me trae á los sentidos la imágen de una muger. En medio del jardin tengo un

cenador cubierto de estas flores. A su sombra voy todas las tardes á leer mis libros favoritos: ahora el que mas me conmueve es el Werther. Dos muchachos de seis á ocho años, el uno de cabellos de oro y de ojos azules, moreno el otro y de ojos negros, juegan mientras tanto en derredor de mí con sus caballos de caña, ó apoyan sobre mis rodillas sus cabezas de ángeles. Son los hijos de Laura, que con su permiso vienen á correr, como ellos dicen, al jardin de su amigo. Yo siempre les tengo alguna golosina, y ellos cada dia me quieren mas, y yo tambien á ellos, porque sus facciones me recuerdan las de Laura. Algunas veces me hablan de su madre, á la que no he vuelto á ver mas, pero de la que sé, y es bastante saber, que vive feliz con su marido á un cuarto de legua de aqui. ¡Que los cielos le den toda la ventura que á mí me niegan! Porque ¡ay Polux! mi vida en este solitario albergue es un decaimiento continuo que va creciendo, creciendo. Mi alma, desatada y esparcida por un cuerpo enfermo, solo aspira á volar y perderse en el azul del cielo. ¡Con qué placer escucho los pasos de la muerte! Aqui, por las tardes, me siento al lado de la ventana á despedirme de este valle de mi juventud. Una docena de sauces, al margen del rio, inclinan con amargura sus desmelenadas cabezas. ¡Arboles queridos! El cura me ha prometido enterrar mi cuerpo en aquel apartado lugar. Descansaré pues á su sombra amiga. El ruido de sus copas agitadas por el viento serán los solos cánticos de mi entierro, y las hojas secas arrancadas por la tormenta, las únicas lágrimas que caerán sobre mi tumba.

CASTOR.



CHOZAS DE LOS NEGROS EN LA SENEGAMBIA.

(Véase el número anterior.)

**LA MASCARADA.**

(NOVELA.)

(Continuacion)

V.

A los que estrañen que la noche del concierto de la duquesa no muriese un caballero á manos de un lacayo, les diremos que conocen muy mal el carácter del protagonista de esta verdadera historia.

En la mañana que sucedió á la fiesta, amaneció muy tarde en casa del coronel. La señora, que se habia acostado con sol, no llamó á su doncella hasta despues de las cuatro; y por lo que hace al señor, ni se

habia levantado temprano como acostumbraba, ni menos dado razon de su persona.

Admirada Magdalena de este estraño incidente, se resolvió á entrar en el aposento de su esposo (Hacia algunos meses que vivian separados á causa de la tos que aquejaba con frecuencia al coronel)

Las puertas del gabinete estaban cerradas como á la media noche, y en la alcoba de Alvarez no se sentia el menor ruido. Lela, sorprendida, recorrió las cortinas del lecho, y su sorpresa fué entonces infinitamente mayor cuando se ofreció á su vista el cuadro mas repugnante. Las ropas de la cama estaban en desórden: el coronel, atravesado en el lecho tenia los brazos y la cabeza colgando; la sangre que se habia agolpado á su rostro, le daba un aspecto horrible: por último, la fetidez y humedad del lugar contribuian á temer alguna catás-

trofe. Cuando se abrieron los balcones del gabinete, Magdalena pasó del estado de angustia al de menosprecio: entonces reconoció en su marido las señales evidentes de la embriaguez. Decididamente aquel hombre, gastado ya para todos los vicios, se había dado por el mas odioso y repugnante.

Amaneció el siguiente día, y tras de él otro y otros sin que se notase mas novedad en casa de Magdalena que la variación repentina en el carácter del coronel. Este, que mucho tiempo antes había perdido su buen humor, tornándose de bromista y locuaz en taciturno y reservado, volvió á aparecer tal como era, amable, complaciente, gran fumador, y sobre todo excelente tercio para la Ginebra. Ninguna mañana se encontraban en su mesita de noche menos de tres frascos vacíos.

Al volver una tarde á su casa mas temprano que de costumbre, fué directamente al gabinete de su muger, en vez de tomar el camino de su despacho. Cuando penetró en él la encontró sola.

—¿Ha venido alguien? la dijo.

—No. Aquí estoy aburrída desde que te marchaste.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque entonces ya sé que quien se fuma mis cigarros es tu doncella.

En efecto, el gabinete estaba lleno de humo de tabaco. El coronel salió de allí sin dar lugar á que su esposa se turbase en su presencia.

Por la noche llamó al lacayo y le preguntó:

—¿Vive todavía en la misma casa ese caballero para quien sueles llevar esquelas de tu ama?

—Sí señor; vive en la misma casa.

—Pues bien, mañana tendrás que llevarle una mia.

—Está bien, señor.

Al día siguiente á las doce el capitán Alvarez, Magdalena y el coronel se hallaban reunidos en el mismo lugar y con el mismo ó mayor gozo que el primer día de su conocimiento.

—¡Válgame Dios, y cómo se pierde este capitán! ¡Sabiedo que le apreciamos tanto! ¿Qué es de su vida de V., caballero?...

—Las ocupaciones del regimiento me impiden ser todo lo consecuente que debiera con mis amigos. Sin embargo he venido varias veces; pero como siempre daba la casualidad de que estaba V. fuera de casa...

—¿Con que ha venido V?... pues no lo sabía.

—Sí, hombre; te lo he dicho muchas veces.

—¿Me lo has dicho?... Pues no recuerdo... Ya se ve, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Y qué se dice por Madrid? ¿Son ciertas esas voces que corren de que se casa V.?

—¿Casarme yo?

—¿Casarse el capitán?

—Sí, Lela mia, se nos casa. Y parece que no hace mal partido. Joven... hermosa... rica...

—¿Usted se burla, mi coronel?

—¿Qué gana de chanzas tiene mi marido!...

—Hombre, ahora que hablamos de muchacha y de broma, ¿hizo V. algo con aquella chica á quien vino siguiendo la célebre mañana en que nos conocimos?

—Voy á tocar un poquito el piano si á Vds. les parece.

—Con mucho gusto por mi parte, señora mia.

—Digo esto porque ayer oí decir en el café que habían visto á usted con una muchacha muy linda que vivía... y dieron las señas de esta casa.

—¿Qué canto, señores?

—Lo que V. guste, Magdalena. Yo á todo me avengo, porque todo me entusiasma igualmente: en caso quien deberá indicar será mi coronel.

—Entonces se me ocurrió decir: ¿si será con aquella muchacha que le dió con la puerta en los hocicos?

—Seguramente, con esa debe haber sido.

—Pero es el caso que yo me la encontré esta mañana en la escalera, y como estaba de buen humor, la tiré una puntadilla sobre el asunto. Amigo mio... ¡cómo se me puso!!! ¡Picaro! ¡infame! ¡calumniador!!! decía. ¡No será capaz de referirlo en mi presencia!!!... Por fin estaba hecha una furia. Yo entonces...

—¿Canto la melodía del marinero enamorado?

—¡Oh, sí! esa creo que es la favorita de mi señor coronel.

—¿Con que sabe V. qué he hecho? La he citado para esta hora con el fin de que tengamos un buen rato. Ya poco tardará: al cabo quedarán Vds. amigos.

—¿Pero mi coronel!...

—Sí, Lela mia, canta la melodía del marinero enamorado: con eso oír el capitán esa preciosa serenata. Voy antes á referirle el asunto, por si no entiende el italiano.

—Ya creo que en otra ocasion...

—¡Ah! ¿se le he contado á V?... Quiere decir que por si no se acuerda... Suponga V. que el marinero estaba enamorado de su canoa... pero lo que se llama enamorado. Vino un tuno á robársela, y ¿qué hizo? saca un puñal, y zás!... le atraviesa el pecho de parte á parte.

—¿Cómo? si mal no recuerdo, fué de otro modo lo que V. me contaba...

—¿Fué de otro modo? Pues no tengo presente... ya se vé, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Qué hizo pues el marinero?

—Se durmió.

—¡Ah! ¿con que se durmió?

—El envidioso entonces, aprovechándose del sueño, echó á pique la barquilla.

—¿Con que la echó á pique? Sí, tiene V. razon, ya recuerdo; la echó á pique. Entonces fué cuando el otro sacó el puñal...

—¿Pero qué puñal? si no hay tal puñal. El otro lo que hizo, si no estoy trascordado, fué soñar que le cubrían de flores su canoa...

—Eso es, sí; tiene V. razon: el otro no sacó el puñal, pero debía haberlo sacado... ¿No es esto? Porque una infamia semejante solo la sufre un hombre mal nacido... un miserable... un lacayo, por ejemplo, de esos á quienes se les tiran las cosas á la cara, y ellos lejos de ofenderse, lo toman como una gracia de su señor.—Vamos, canta, Lela mia, canta: quiero oír por última vez tu hermosa voz... Yo viviré ya poco: ¿no es verdad, capitán?

Magdalena, que toda la mañana había tenido una voz limpia y fresca, probó á cantar y estaba enteramente ronca. El capitán, confuso y aturdido, comenzó á buscar en su imaginación una frase oportuna para despedirse; pero no le fué necesario hallarla, porque el coronel sin despegar sus labios dejó el asiento y se dirigió á su gabinete empujándose un tarro de Ginebra que llevaba escondido en el gaban. Cuando desapareció de la estancia, el capitán se acercó á Magdalena para decirle:

—¿Qué es eso? ¿está ese hombre loco?

—No, capitán, es peor todavía; ese hombre lo que está siempre es borracho.

Once días permaneció el coronel encerrado en casa desde la mañana que tuvo la entrevista con el teniente. En todo ese tiempo no consintió que se apartase Magdalena de su lado con pretestos mas ó menos oportunos, aunque siempre justificados. Solo por la noche se separaban los esposos, y eso con gran sentimiento del marido, segun repetía diariamente á su querida Lela. La última de ellas, poco despues de haberse despedido, tiró el coronel del cordón de la campanilla, y dijo á su lacayo:

—Pide á la señora la llave de la caballeriza (Magdalena las guardaba todas) que voy á ver si comen bien los caballos.

La llave de la caballeriza tardaba en venir; pero al coronel no debia hacerle gran falta, cuando en vez de salir á cojerla se encerró en su gabinete, y abrió con sumo cuidado el balcón que daba á la calle. Casi al mismo tiempo se abria la cochera de la casa, y salia por ella un embozado á quien al parecer reconoció Alvarez. Volvió á cerrar con el mismo silencio que había abierto, y gritó despues desde la puerta de la sala:

—Dí á la señora que no se incomode, que hace mucho frio.

## VI.

A aquel encierro inesplicable sucedió una ausencia inesplicable tambien: durante tres dias no paró el coronel en su casa mas que el tiempo necesario para comer y dormir. Nosotros que conocemos sus mas recónditos pensamientos, podemos decir mas: en aquellos tres dias ni comió ni durmió.

Llegado el cuarto, el coronel llamó á su esposa, y se encerró con ella en su gabinete.

—No sé si habrás notado, Lela mia, la dijo, que desde hace algunos meses pasamos una vida menos agradable que al principio de nuestro casamiento. Tú no cantas, no tocas, no sonries, no endulzas mi vejez como lo hacías antes; yo en cambio paso la vida meditabundo, triste, y lo que es peor, entregado á una embriaguez forzada, que va quemando mi alma á la par que abrasa mi cuerpo. ¿En qué consiste esto?

—No lo sé, contestó friamente Magdalena.

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues bien, yo si lo sé y voy á decirte. Esto consiste en que insensiblemente hemos ido perdiendo esa agradable franqueza, esa dulce confianza que constituía en un principio las delicias de nuestra union; consiste en que se han tornado en *majaderías* lo que otro tiempo se llamaban ternezas; en que se ha vuelto mudez y retiro lo que otros dias era locuacidad y apego; en que hemos dejado de comer juntos, de pasear juntos, de habitar juntos; consiste en fin, querida

mia, en que yo te parezco cada dia mas viejo, y en que tú me pareces cada dia mas hermosa.

Magdalena permaneció impassible.

—Y bien, ¿qué dices á esto? repuso su marido.

—Nada.

—Eso equivale á aprobar mi pensamiento en todas sus partes, á reconocer la exactitud de mis juicios; eso equivale tambien, ó mucho me engaño, á aceptar el remedio que voy á proponerte.

—¿Cuál?

—El de que volvamos á ser lo que éramos.

—¿Me parece imposible! exclamó Magdalena con cierta audacia.

—Tienes razon!... dijo el coronel en tono de conviccion profunda;

pero ¿por qué te parece imposible? añadió con mas naturalidad.

—Porque para eso era necesario que dejases de ser lo que eres.

—Dices bien, Lela, dices bien: yo me he portado demasiado injustamente contigo. Tenia un buen nombre, grande y merecida reputacion, cabellos canos, pero respetables, bienes de fortuna, corazon, amor... y con todas estas miserables cualidades, con todo este cúmulo de defectos, con toda esa cáfila de repugnantes vejezes, osé atreverme á la mano de una jóven, pobre eso sí, pero abandonada de todos; triste y desatendida, pero codiciada para algunos momentos por lo mas brillante aunque corrompido de Madrid: te acepté como habias sido, como eras, como debieras ser; te aparté de aquel dichoso aislamiento tan parecido á una agradable miseria; te robé la esperanza de ser la dama de un grande, de gozar las delicias de una odalisca, tal vez de llegar á ser por algunos meses la sultana del mas renombrado harem de la corte. Todo eso hice contigo, Lela mia; pero perdóname: yo te engañé miserablemente; te habia ofrecido la felicidad, y luego no supe darte mas que lo que has tenido en esta casa. Ya ves si me sobrá razón para arrepentirme de mi conducta.

Calló el coronel: su profunda amargura se dejaba traslucir bien claramente lo mismo en su fisonomia que en sus palabras. Magdalena parecia impre ionada con el relato que acababa de oír.

—¿Y qué quieres decir con eso? exclamó despues de un momento de vacilacion.

—Quiero decir, continuó su esposo cada vez mas escitado, que necesito en mis últimos instantes (porque creo que ya no podré vivir mucho), que necesito ahora un poco de agua para mitigar la sed que me abrasa; que necesito un poco de mentira para entreteñer á la verdad que se impacienta; que necesito, Lela, que me engañes para que mi rostro apacible ahora no se cambie en horrible dentro de un momento!

Magdalena se estremeció visiblemente al escuchar esta última frase, porque la fisonomia del coronel esperimentó de pronto el cambio mismo que anunciaban sus palabras.

—Bien, bueno, se apresuró á decirle, yo haré lo que deseas; me prestaré á todo lo que exijas, satisfaré el menor de tus caprichos; habla, y conocerás si estoy dispuesta á complacerte.

Quizá el temor inspiró á la esposa este humildísimo razonamiento; pero aunque el tono con que fué pronunciado desdecia algo de la verdadera espresion de las palabras, el coronel pareció tranquilizarse segun el completo giro que esperimentaron su rostro y sus ademanes.

—Así, así me gusta, señora mia, dijo entonces con su habitual amabilidad; eso se llama ser una jóven razonable. Ya conocerás, Lelita, que cuando te hablaba así, tendria muy graves motivos para estar alterado. Nuestra sagrada union me impone el deber de no ocultarte nada, y voy á hacerte partícipe de mi secreto. Sabe, Lela, que estoy amenazado de una catástrofe.

—¿Cómo!

—¡Horrible!

—Pero ¿cuál? ¿dónde? ¿por qué?

—Dentro de pocas horas voy á batirme.

—¿Con quién? exclamó la esposa sobrecojida de espanto.

—Con un quidam á quien no conozco.

—¿Pues entonces!...

—Voy á decirte. Hay en este duelo circunstancias tan estrañas, que me le hacen temer mas que la misma muerte.

—¡Habla!

—Suponte que voy á batirme por un amigo de muchos años á quien un pisaverde trató ayer de poner en ridiculo, enseñando en la calle de la Montera cartas de su esposa.

—¿Y eso es bastante para...?

—Sí, hija mia, eso es bastante. Sean ó no auténticas estas cartas, la honra de un amigo debo yo defenderla con mi sangre. El no sabe nada; pero esta circunstancia es precisamente la que mas ha turbado mi espíritu; porque como vuelvo la vista hacia mí y me veo viejo, achacososo... enfermo... y tú tan jóven... tan linda... Perdóname, Lela, me asusta tanto la idea de una posibilidad!... ¡oh! perdóname, si soy un insensato... Me olvidó de que eres tú la que juró conmigo

si fé.

Si Magdalena temblaba en este momento, nadie lo hubiera conocido. El coronel continuó:

—Pues como te decia, mi amigo no sabe nada; pero esto mismo me ha obligado á meditar por él. ¿Y sabes que es horrible todo cuanto se piensa de un hecho remejante? Supon que el marido conoce su deshonra y decide tomar parte en el asunto; ¿qué caminos se le ofrecen? la venganza ó el desprecio. Para vengarse dicen que necesita batirse, y en este caso, ó muere, y entonces tras de la deshonra el martirio; ó mata, y entonces tras de la deshonra el crimen. Tú dirás: pues que desprecie!... Si desprecia y lo ignora el mundo, le toman por necio, por mentecato, por bobo, está perdido: si desprecia y el mundo sabe que desprecia, le llaman cobarde, sin pudor, villano, está deshonrado.—Pero aun le queda un medio, podrás decirme: que apele á la justicia de los hombres, que llame en su ayuda la fuerza de la ley. ¿Sabes tú lo que para ese pobre marido ha dispuesto la justicia de los hombres? Que cele á su muger, que la vigile noche y dia, que la sorprenda en brazos de su rival, ¿entiendes? en brazos de su rival, pues de no ser así, pierde todo derecho; que entonces alborote, escandalice, entere de su vergonzosa posicion á todo el mundo, y cuando esto haya sucedido, que alce un puñal asesino y taladre con él traidoramente el pecho de su rival y el de la madre de sus hijos. Esa es la justicia de los hombres. Ellos han dicho: si abandonamos al desgraciado, tiene que optar entre la deshonra ó el crimen; pues bien, amparémosle con la ley, y entonces que lave su afronta con el asesinato y la deshonra. ¿Sabes que es horroroso todo esto? ¿Sabes que seria necesario inventar un nuevo suplicio para la muger que olvida sus deberes? ¿Sabes que el asunto merece la pena de pensar en ello?...

—Si, tienes razon, exclamó Magdalena conmovida, eso es horroroso!... Pero tú no te batirás, no querrás proporcionarme un pesar como ese á tus años... con tus achaques... con tus...

—¡Pobrecilla!... ¿Temes que ese títire vengza en el combate? ¿Crees que con mi experiencia y mi brazo peligrar mi vida? No, ton-tuela, un arañazo mas ó menos, y hasta otra vez. Con que, Lelita, es necesario aprovechar los momentos... porque... ¡qué diablo! tambien puede tocarme la china, y entonces todo acabó. Con que vamos, haya entre nosotros un instante de dicha como en los dias primeros de nuestra felicidad. Sé cariñosa, complaciente, ámame siquiera esta vez, y quizá quizá hasta desista de ese picaro duelo que tanto y con tanta justicia me ha afectado. ¿No es verdad que tú deseas agrardarme siquiera esta vez?

—Prométeme antes que desistirás... ¡Prométemelo, y volveremos á ser felices como el primer dia!

—¿Felices?... Pues bien, te lo prometo, no me batiré hoy.

—¡Hoy! pero ¿y mañana?

—¿Mañana! ¿quién sabe lo que puede suceder mañana?

—¿Es decir que escusarás tu compromiso de hoy?

—Lo escusaré.

—Pues entonces manda, ordena, soy tuya enteramente.

—¿Prometes tú no llamarme majadero?

—Te lo prometo. ¿Qué es lo que deseas?

—Quería que volviésemos á aquellos felices dias en que pasábamos la vida hechos unos verdaderos muchachos; tú, porque estabas en la edad de ellos; yo, porque á tu lado habia conseguido rejuvenecerme. Quizá te vas á reir de mis tonterías... Pero figúrate que nos vemos ahora por primera vez; que tú gustas de mí, y que yo me prendo de tus gracias; figúrate que nuestro amor ha nacido sin motivo plausible, porque tú te hallas bien al lado de tu madre y yo puedo encontrar otra jóven cualquiera que sea de mi agrado; pero figúrate que ese amor ha nacido; figúrate tambien que tu madre sospechando nuestras relaciones ó habiéndolas sorprendido, se opone á nuestro gusto y te cela y te vigila y te prohíbe salir á la calle y hasta asomarte á los balcones; figúrate que queremos hablarnos, y que tú á hurtadillas de tu madre cojes una pluma (el coronel va haciendo ejecutar á su esposa cuanto dice), un pedacillo de papel, y escribes: anda, escribe; pon ahí lo que yo te vaya dictando. La ilusion ha de ser completa.

«Alvarez, ya sabes que no podemos vernos como antes, pero hoy tengo esperanzas de que pasemos algunas horas juntos. Ven dentro de una hora á lo mas, y espérame en la cochera del patio. Si yo puedo ir allí, iré; si no voy es que tú puedes subir, y hablaremos con mas comodidad.»

—Pon: Magdalena; esto es, firmada y todo. Figúrate ahora que llamas al criado. (El coronel tira de la campanilla, y se presenta el lacayo). Toma (le dices), lleva esta carta adonde llevabas las otras (que es precisamente á mi casa) (el criado recibe la esquila y desaparece). ¿Ves? el criado toma la carta como lo ha hecho, y la lleva á mi casa; la abro, la leo (esto no está sucediendo, porque ese bruto de lacayo se lleva la esquila ignorando la broma que traemos entre manos). Pero supon que la leo: «Magdalena (te contesto) (el coronel toma la pluma y escribe) tu esquila debia sorprenderme, pero el amor con obstáculos es tan ciego, que no veo en ella nada que me sorprenda.

Dentro de una hora estaré donde me dices; allí destruiremos el fondo de la canoa mientras la infeliz de tu madre crea que estamos adornándola de flores...

—¿Qué dices?... interrumpió Magdalena asombrada, ¿has perdido el juicio? ¿qué carta es esa que estás dictando?

—¿Lo ves, Lela? al fin no has podido menos de rebelarte con mis majaderías. Pero dejemos esto, que mas parece juego de niños que pasatiempo de amantes. ¿Sabes lo que pienso? Que salgamos á dar un paseo en la carretela. ¿Querrás?

—¿Por qué no?

—Voy á decir que enganchen.

(Concluirá.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

## ÉGLOGA URBANA. (1)

(Á MI AMIGO D. JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.)

...de montibus umbræ.

Paseando está Juanita,  
madrileño encanto y gala,  
del Neptuno á la Cibeles  
aprisionando las almas;

Pero ¡ay que siente la suya  
agitarse en vivas ansias,  
y á los suspiros no atiende  
que le envian cuantos pasan!

En sus rizos de azabache  
no ha prendido rosa blanca,  
ni artero los va agitando  
su abaniquito de nácar.

La blonda de su mantilla  
no la molesta ni enfada,  
ni el pié brevisimo enseña  
al ondular de la falda.

Ve á Juan, y no se sonríe;  
mira á Diego, y no se pasma;  
llega Gil, y no murmura;  
véase Pepe, y no se cansa.

Los ojos, cuya color  
noche lóbrega envidiara  
para su manto, no buscan  
lo que otras veces buscaban.

Sus párpados entretienen  
tal vez indiscreta lágrima:  
su labio en púrpura tinto  
ni aun para quejarse habla.

Pero da el túrgido seno  
que ocultan sutiles gasas  
ocasion á que la mente  
prorumpa en tales palabras:

—«¡Ingrato! ¿y así me huyes?

»¿así dejas á tu Juana?

»Cada paso que te alejas

»¡ay! retumba en mis entrañas.

»No soy tan fea, Gonzalo,

»que hoy no me dijese el aya:

»señorita, el mismo cielo

»envidia esa tez nevada,

»Y el carmin de esas mejillas

»que en las de la aurora falta,

»y el brillo de esos luceros

»que no lo tiene el del alba.

»Vuelve, vuelve, mi Gonzalo;

»deja á esa Inés tonta y vana;

»que el oro no hace dichosos,

»é Inés no tiene otras gracias.»

Esto pensaba gimiendo

Juanita la desdenada,

cuando el otro repetía

en el fondo de su alma:

—«Llora, muger, llora, llora

»mientras yo no diga basta:

»con Inés andaré en coche:

»contigo andaría á gatas.

»Y esta cinta, última prenda

»que de tu amor conservaba,

»de mi jockey en la gorra

»será divisa encarnada.»

En esto cayó la tarde,

la oscuridad se levanta,

pugnando por confundirla

los tubos que el gas inflama;

Y dos viejos van diciendo

al retirarse á sus casas:

—«Tanto mal no tiene cura:

»¡maldita ambicion humana!»

7 febrero, 1853.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

## ESTRELLA.

Todos, niña, te dicen  
que eres hermosa,  
de lindos ojos,  
de lindo talle,  
de linda boca.

Que son tus dulces ojos  
de vivo fuego,  
todos lo dicen,  
todos lo cantan,  
yo no lo niego.

Que es de arcángel tu talle,  
Celinda amada,  
yo no lo niego,  
todos lo dicen,  
todos lo cantan.

Que tienes en tu boca  
preciosas perlas,  
todos lo dicen,  
todos lo cantan,  
nadie lo niega.

Que en la luz de tus ojos  
muero de amores,  
nadie lo diga,  
nadie lo cante,  
tú no lo ignores.

ADOLFO DE CASTRO.

Cádiz, 1844.

Los celos indiscretos de la muger no producen por lo regular otro efecto que hacer al marido inconstante. Una señora discreta á quien dijeron que su marido cortejaba á muchas mujeres hermosas, respondió:

—«Poco me importa que mi marido pasée su corazon todo el dia, con tal que á la noche me lo traiga á casa.»

Un hombre enfermo de amores guardaba cama. Un amigo suyo vino á verle y halló á su dama que salía del cuarto. Preguntó luego al enfermo cómo le iba de salud, y él le dijo:

—«Se me acaba de quitar la calentura.

—«Tienes razon, le dijo el otro, pues la he encontrado en la escalera.»

El duque de Rispenom padecía muchas distracciones, de suerte que sus necedades vinieron á quedar como un proverbio; una de ellas era preguntar si los perros del rey iban á caza á pié.

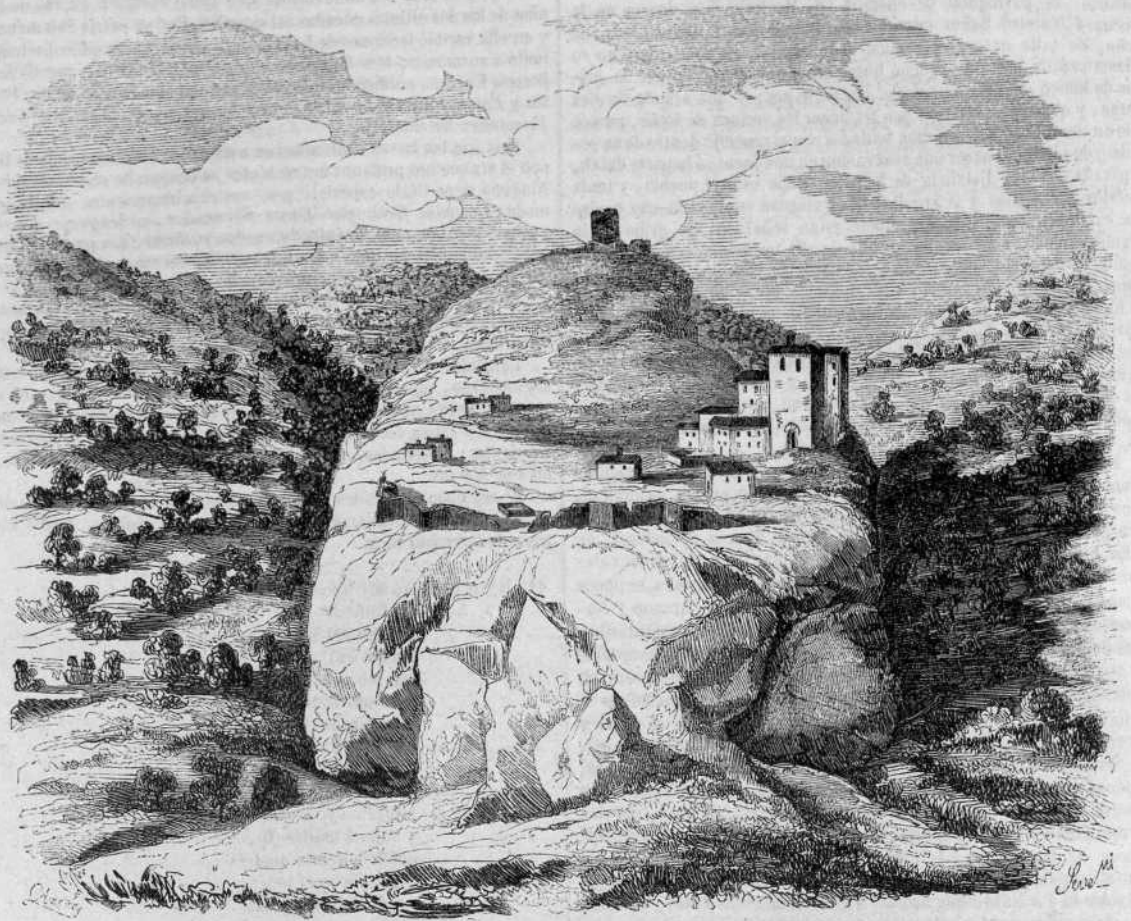
Un autor puso al frente de un libro de devocion que escribió la siguiente carta dedicatoria: «A la Santísima Trinidad. Señora: ofrezco á los piés de vuestra sacra persona con el mas profundo respeto este tributo de alabanzas que se os deben.»

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.

(1) Véase una égloga virgílica del señor Tejada, que publicamos en el número 31 del SEMANARIO de 1852, y que ha motivado la presente égloga urbana.





### LA VILLA DE PEÑA EN NAVARRA.

En la provincia de Navarra, á nueve leguas de su capital y á dos leguas de la Merindad de Sangüesa de dicha ciudad, se halla por la parte del S. la encumbrada sierra de Peña que se eleva en medio de hermosas llanuras que la rodean por el N. y el S., y casi á su mayor altura por el lado E. se ve una disforme Peña, ó mas bien una montaña de piedra, aislada entre las grandes eminencias que pertenecen á la gran cordillera de dicha sierra, pobladas de hermosísimos bosques de encinas, robles, enebros, bojés, romeros, tomillos y espliego. Esta enorme Peña de una sola mole compacta, tiene novecientas varas de longitud N. S., y trescientas por su mayor anchura de E. á O., medida en su gran plano superior ó superficie, presentando este plano una inclinación en su línea de longitud de cuarenta varas en diferencia de nivel la parte elevada N. con la opuesta S., como se ve en la perspectiva de la lámina. Sobre esta elevada posición, que será de ochenta varas desde el borde á la base perpendicular á ella por todas partes de su circunvalación, les ocurrió á los antiguos navarros establecerse y formar una población para defenderse sin duda, porque de no ser así su idea ó prevision, era necesario clasificarla de locura. Es en efecto posición formidable, inespugnable y de verdadera defensa por todas partes; pues aunque dominada por las alturas inmediatas, para el arma blanca de aquellos tiempos la hizo la naturaleza tan fuerte y con tal sabiduría, que poder humano no podría tomarla á viva fuerza; y aun para nuestros tiempos en que el arte ha avanzado tanto, costaría muchos meses y mucha sangre su posesión. No tiene mas que dos difícilísimas y estrechas entradas de comunicación: la una por el camino de herradura de Sangüesa, dominado desde muy lejos de la posición al E. de la roca por el punto a, y la otra al O. por una bóveda que sostiene la torre de la iglesia en el punto b, y sale á otro camino tambien de herradura para la parte de Aragon con quien confina, y á las grandes llanuras despobladas que se prolongan trece leguas hasta Tudela y el Moncayo, que llaman Bardenas, adonde estienden su única riqueza, que lo es la poca siembra de trigo y cebada,

los pobres colonos de esta singular población de la villa de Peña, que así se llama. Esta población, situada sobre el plano superior de la roca en posición tan extraordinaria como pintoresca, conforme se ve en la lámina, llama la atención de todo viajero, y se detiene á su vista para contemplarla con despaño y admiración, y la estudian y consideran cada cual á su manera, que unos la miran como la cosa mas poética y digna de una descripción elegante, otros como estravagante y rara; pero á todos les cuesta trabajo convencerse de la ocurrencia tan singular, no de los militares primeros que por sus deberes la eligieron punto de defensa, pero sí de los que despues formaron población y se establecieron sobre ella; y que la costumbre y nada mas la conserve hasta nuestros días, viviendo sumidos en la mayor miseria, privados de todos los goces y recursos para la vida, como gozan los demás pueblos de sus inmediaciones, afanados como estan sin cesar en sus trabajos, en malo, inconstante y enfermo clima, que es muy frio casi todo el año, sin mas recompensa á sus asiduos trabajos que el poco pan de su cosecha y el infimo producto que sacan de las cargas de leña que les quiera dar su señor, vendidas en los pueblos á dos ó tres leguas, habitando casas que estan en el peor estado porque jamás se componen, y son único asilo de estas desgraciadas familias, que soportan las nieves y los furiosos aires del N. O. que reinan todo el año combatiendo furiosamente el peñasco donde habitan. La vida que llevan estos habitantes por una costumbre trasmitida de habitar allí, nos hace dignos de elogio y compasión, y por ambas razones me he decidido á tributar en su obsequio esta memoria que merece consignarse; la constancia de estos desgraciados vecinos de Peña, que son un fenómeno entre las demás poblaciones, y la situación topográfica del territorio que ocupan, una obra maravillosa de la naturaleza, hace que se admire la constancia, los padecimientos y la firme resignación de los habitantes de esta plataforma y promontorio árido y triste. Consta esta villa de Peña que vamos describiendo de diez vecinos en otras tantas casas en la situación ó forma que presenta la lámina, inclusa la del cura párroco, que es de buena fábrica, aunque deteriorada y mal cuidada esta dignidad, que es abad de Provinoso por el conde Abilitas, señor de ella, y que posteriormente pertenece este señorío á uno de los hijos de la casa del marqués de Bersolla. La iglesia es

de fábrica bastante regular y sobrado capaz para tan corto vecindario: es parroquial de entrada (S. Martín), y se venera en la misma á Nuestro Señor crucificado, que se llama Santo Cristo de Peña, de talla natural y regular escultura; á su izquierda y en su misma capilla hay un pequeño hueco en el que se ven un par de grillos de hierro de mas de catorce libras de peso y una argolla de diez libras, y que segun refieren por tradicion los vecinos de Peña, parece que en tiempos remotos fuéron hallados con el crucifijo dentro de un sepulcro de piedra al hacer una escavacion en una fuente á la parte del O., separada á corta distancia de la peña donde está el pueblo, y tenia puestos los grillos y la argolla; lo atestiguan enseñando una piedra que existe aun en la fuente donde estan señalados los grillos y la argolla y moldura del cuerpo, y que de allí fué trasladado á la iglesia donde lo veneran, sin existir otros datos ni mas que esta relacion, porque seguramente en las vicisitudes de las guerras y los tiempos se habrán perdido. Hay además alrededor de la gran peña por la parte exterior otras tres fuentes de riquísimas aguas. En la parte mas alta, que es al N. de esta gran roca, se encuentra un castillo ó torre de figura circular, arruinado la mayor parte, y á su alrededor los cimientos de pequeños baluartes que lo circulaban por la parte del S. mirando al pueblo: su fábrica es de la edad media, lo mismo que la iglesia; este castillo lo llaman la Torre de Peña.

Esta estravagante poblacion tuvo en tiempos antiguos ochocientas almas sobre este peñasco; fué plaza muy fuerte por su naturaleza, pues se ve que hasta las roturas ó sinuosidades de la piedra en sus escarpados y perpendiculares frentes hacen flancos de defensa en todos los incidentes que presenta su irregular linea de circunvalacion. De modo que de este punto, en ciertos casos de la guerra, se puede sacar gran partido. Fué plaza cuando las guerras de Aragon y Navarra como frontera y á una legua de Sos, y señala bastantes hechos de armas muy notables y gloriosos; el principal puede notarse en que, á pesar del empeño obstinado y bizarro de los aragoneses, no pudieron tomarla nunca; aun conserva frentes de fortificacion de la antigua muralla, pero á trozos y en ruinas, como señala el punto y los cimientos y subterráneo de la antigua casa de la villa ó consistorio.

Su término de campo, que comprende la mayor parte de la sierra, y por el S. en las Bardenas, cerca de dos leguas, es abundantísimo en caza de toda especie, liebres, conejos, perdices, palomas, ciervos, corzos, jabalies, lobos y zorras. En este terreno, que es muy templado y goza de buen clima á la parte S., se notan á primera vista y con sentimiento del curioso observador, muchas leguas de hermoso terreno des poblado é inculto, que brinda á establecimientos útiles, ya tambien á estender grandes colmenares en estos montes, como lo demuestran bien á las claras la infinidad de enjambres silvestres que se encuentran, y la abundantísima flor de romero, de espliego y tomillo que produce.

Saugüesa, 6 de febrero de 1835.

MIGUEL CÁCERES.

## LUCAS FERNANDEZ.

Llegada ya la época de civilizacion propia para que el teatro comenzase, cuando la literatura popular habia creado con su fecundidad el romance y la novela, hizose forzosa la aparicion de un nuevo género de literatura que viniera á caracterizar al pueblo, á cuyo impulso se formara, y bajo cuya generosa proteccion lograrse ser admirado.

Despues de informes ensayos, que tuvieron principio acaso en los remotos tiempos de la monarquia, encuéntranse ya en el siglo XIV composiciones con tendencias dramáticas. En los primeros años del siglo XV nómbrense escritores que, deseosos de hacer progresar á esta literatura naciente, dedicaron á ella su pluma: tales son los marqueses de Villena y Santillana, Ponza y Rodrigo Cota.

Al fin del citado siglo aparecieron ya piezas, que si no son realmente dramáticas, dejan entrever el carácter del nuevo género de literatura. El que dió este poderoso impulso al género dramático en particular y á la poesia en general, fué Juan de la Encina. Este puede decirse, que removiendo los primeros obstáculos, presentó la oculta via por la cual llegaron á tocar los Torres Naharro, Lopes de Rueda, Timonedas y otros, el nuevo género que el fecundo Fénix de los ingenios, reuniendo las aspiraciones de los demás, y con su grande genio creó, hizo aparecer el verdadero drama español.

Citando otra vez á Juan de la Encina (1), diremos que tuvo imitadores, como los tienen todos los que científicamente sobresalen. Entre los que le imitaron cuéntase al poeta salmantino Lucas Fernandez.

Muy poco es lo que se sabe acerca de este distinguido escritor. Sin

embargo, se cree con fundamento que debió nacer en alguno de los años de las dos últimas décadas del siglo XV. Fué su patria Salamanca, y en ella recibió lecciones de Juan de la Encina. Avenajado discípulo, imitó á su maestro tan felizmente, que el año de 1514, cuando mas florecia Encina, publicó un tomo de farsas con el siguiente título: *Farsas y Éylogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas Fernandez Salmantino.*

Seis son las farsas contenidas en este tomo. Las tres primeras tienen el argumento profano; las restantes se ocupan de objeto religioso. Ninguna tiene título especial; pero sus encabezamientos son de este modo: *Comedia fecha por Lucas Fernandez, en lenguaje y estilo pastoril, en la cual se introducen dos pastores, dos pastoras y un viejo, los cuales son llamados Bras—Gil y Berrenguela—y Miguel—Turra y Olalla, y el viejo Juan Benito.*

Iguales á este son los encabezamientos de las demás piezas de argumento profano; solo se encuentra diferencia en los personajes que intervienen.

Parecidos son al citado los encabezamientos de las piezas religiosas; sin embargo, nótese alguna diferencia; obsérvese cómo dice el siguiente: *Representacion de la pasion de nuestro redentor J. C., compuesta por Lucas Fernandez, en la cual se introducen las personas siguientes: Sant Pedro, é Sant Donisio, é Sant Mateo, é Jeremias, é las tres Marias.*

El argumento en todas estas piezas es sencillo, y la versificacion bastante fácil, teniendo á veces animacion el diálogo. Véase este trozo de la cuarta farsa:

(1) BONIFACIO. Yo soy hijo del herrero  
de Rubiales  
y nieto del Meseguero  
Prabos (2); Pascual y el Gaitero  
son mis deudos caronales (3).

Y aun es mi madre-señora (4)  
la ermitaña de Sant-Bricio...

JIL..... Esa es gran embaidora,  
gran diablo; encantadora.

BON..... Muger es de gran bullicio.

JIL..... Medio bruja asmo (5) que es:  
y aun, á osadas (6),  
que si buscarla querrés  
cada noche la topés  
por esas encrucijadas.

Una vez entré en su ermita,  
y porque llegué á un tabeque  
corrió la vieja maldita, etc.

Entre las seis citadas farsas hay una de mayor mérito: tal es la segunda de las profanas. Pinta en ella Fernandez el amor intenso de una dama que busca y no encuentra á su amante. Se interpone en su camino un pastor que la enamora. Ella le reprende y no le escucha. Llega el caballero, y castiga el atrevimiento del palurdo: este se incomoda al principio, pero despues pásasele el enfado y quedan todos amigos. De esta farsa tomamos los siguientes trozos (7):

(8) DONCELLA. ¡Ay de mí, triste! ¿Qué haré  
por aqueste oscuro valle?  
¡Ay de mí! y ¿adónde iré?

¿Do buscaré  
Al mi señor, que le halle?  
Miro y miro, y no le veo.  
Cierto la fortuna me es  
al revés,

segun tarda á mi deseo.  
¡Cuitada! no sé qué diga  
ni qué pudiese yo hacer:  
fortuna me es enemiga  
y desabriga.

Ya mi gloria es padescer.

(9) PASTOR.. ¿Y tan huerte es de galan?

(1) Los interlocutores en esta escena son Bonifacio Zagal, Jil Zagal.

(2) Pablo.

(3) Carnales.

(4) Abuela.

(5) Imagino, pienso.

(6) Ciertamente.

(7) Principia así esta farsa: *Farsa ó cuasi comedia fecha por Lucas Fernandez, en la cual se introducen tres personas; conviene á saber: una doncella y un pastor y un caballero, cuyos nombres ignoramos, y no los conosco mas de en cuanto naturaleza nos los muestra por la disposición de sus personas. Tiene tres escenas.*

(8) Toda la escena primera *La doncella á solas.*

(9) Doncella y pastor: de la escena segunda.

DOXC..... El es tal que su figura  
y hermosura  
me dá vida con afán.  
El es mi bien y deseo,  
en él vive mi esperanza,  
él es la gala y aseo  
en que me veo  
con muy firme confianza.

DOXC..... ¿Y hasta acá el amor estiendo  
su poder entre pastores?

PAST..... ¡Ay señora! aquí nos prende,  
y nos ofende  
con mil ánsias y dolores.  
Hácenos mil sinsabores,  
y al triste pastor que hiera  
si no muere,  
siempre da grandes cramores.

Quitamos los retentivos (1),  
róbamos los mamoriales,  
trae muertos los mas vivos,  
muy cativos,  
tray acá muchos zagales.

DOXC..... Ya no hay cerro, ya no hay llano,  
ni castillo, ni montaña,  
ni cabaña,

PAST..... que amor no tenga en su mano.  
Los viejos aman las mozas,  
los mozos aman las viejas;  
por las breñas, por las brozas,  
por las chozas,  
amor siempre sus consejas.  
Hace ser lo hermoso feo,  
y lo feo ser hermoso.

El malicioso  
da al mas suyo mas deseo,  
y al mas suyo mas le mata etc.

PAST..... ¿Requebro qué cosa es?  
requebrar y esperezar  
todo debe de ser uno;  
y de consuno

DOXC..... requebrar y respirar.  
Requebro es un sentimiento  
que en el gesto se aparece,  
cuando extraño el pensamiento  
con tormento  
se trasforma el que padece:  
Y olvidado, sin sentido,  
y contemplando en su amiga,  
su fatiga  
representa con gemido.  
Y así puedes entender  
qué cosa es el requebrar.

PAST..... Ya lo asbondo (2) á conocer,  
y saber,  
el sospirar sin dudar.

Concluye la farsa con dos villancicos que el pastor canta lastimándose de sus dolores. Las siguientes estrofas son del primero:

Pastorico lastimado  
de cordoja tus dolores.  
¡Ay Dios que muero de amores!

¿Cómo pudo tal dolencia  
lastimarte, di, zagal?  
¿Cómo enamorado mal  
infieliona tu inocencia?  
De amor huye y su presencia,  
no te engañen sus primores.  
¡Ay Dios, que muero de amores!  
Dime, dime, di, pastor, etc.

Por lo citado se ve que Lucas Fernandez tenía las cualidades necesarias para hacer progresar y no decaer la poesía dramática. Que hizo cuantos esfuerzos estuvieron á su alcance contribuyendo así al desarrollo de una literatura naciente, que fué despues admirada de todas las naciones por su originalidad y la fecundidad de talentos que á ella se dedicaron.

JUAN ORTIZ GALLARDO.

## PALACIO DE ELFI-BEY

en el Cairo.

El edificio cuya fachada exterior presenta el grabado que acompaña á estas líneas, se llamaba Palacio de Elfy-Bey cuando los franceses ocuparon el Egipto, y sirvió de cuartel general despues de la toma del Cairo. A la derecha del jardin y al lado de la última ventana de la casa habia en aquella época un largo terrazo sombreado por una gran parra, el cual unia la habitacion del jefe del Estado Mayor con el cuartel general. En el mismo terrazo, y en el sitio que acabamos de indicar, fué asesinado Kleber el día 14 de junio de 1800. Conocidas son todas las circunstancias de aquel crimen, que hizo perder el Egipto á la Francia, pero no así los siguientes pormenores relativos al asesino.

*Souleyman-el-Haleby*, de edad de veinticinco años, natural de Alepo, habia visitado la Meca y Medina y estudiado en la mezquita *El-Aghar* del Cairo, por lo cual pretendia ser admitido entre los *doctores de la fe*. Su odio contra los infieles se habia exaltado recientemente al contemplar los restos del ejército del gran visir *Youssouf*, destrozado en Heliópolis, que atravesaban la Palestina. El Agá de los Jenizaros le escitó, persuadiéndole que debia comenzar el *combate sagrado*, que consiste en dar muerte á un infiel. Pensó el fanático en el Egipto, ocupado á la sazón por los franceses, y en su caudillo Bonaparte, *el sultan del fuego*, como le llamaban los árabes, y al verle resuelto el Agá, le dió un dromedario y unos *veintisiete* francos para el viaje. *Souleyman* fué á Gazah, donde compró un puñal, atravesó el desierto, y llegó al Cairo. Allí se encerró durante algunas semanas en la mezquita de *Sultan-Hasan* y pasó en oracion la noche anterior al día en que perpetró su delito, despues de haber confiado su proyecto á los cuatro ulemas de la mezquita. Estos procuraron disuadirle de él; mas no previnieron á los franceses, por lo que tres fueron presos, habiendo huido uno de ellos.

La causa se instruyó con rapidez, y el 17 de junio, despues de los funerales del general Kleber, tuvieron lugar cuatro ejecuciones.

Despues de haber visto *Souleyman* con la mayor tranquilidad cortar la cabeza á los ulemas, y mientras su muñeca se tostaba lentamente en un brasero, rodó un carbon encendido hasta su codo y no pudo contener un grito. Habiéndole echado en cara el verdugo aquella debilidad, le contestó:

—Perro infiel, ¿quién te comunica el atrevimiento de dirigirme la palabra? Cumple con tu obligacion y déjame llenar mis deberes: mis jueces no han dispuesto que me abrases el codo.

Al verse en el palo entonó con voz sonora el versículo sacramental de los musulmanes, que el *muezin* canta desde lo alto de los minaretes, y en seguida procuró acelerar su muerte por medio de violentas sacudidas. Pidió agua, que le fué negada, y escupió á los espectadores de su suplicio.

Su esqueleto fué regalado por el baron Larrey al Museo de la Escuela de Medicina: una de sus muñecas está calcinada. El *kandjar* (puñal con que fué asesinado Kleber se halla depositado en el Museo de Artillería.

Los restos de Kleber estaban en el castillo de If; pero por órde de Luis XVIII fueron encerrados en 1818 en un monumento que elevó á su memoria la municipalidad de Strasburgo, su ciudad natal.

(1) Sentidos, potencias.

(2) Alcanzo.

## LA CUSTODIA DEL CORPUS

EN MEDINA DE RIOSECO.

Una de las cosas que distinguen al culto cristiano de todas las demás religiones, es la magnificencia de las ceremonias de la iglesia. Hay en ellas algo de sentimental y poético, que conmueve el corazón y habla con misteriosa intención á las almas delicadas. En las de las sectas heterodoxas no sucede así.

Entramos en la sinagoga del hebreo, en la mezquita del mahometano, y todo es mezquino, glacial, sin elocuencia ni poesía. El rabino allí recitando á sus concurrentes los versículos de sus mayores; el rabino aquí predicando el positivismo del Corán; pero uno y otro sin antorchas, sin aromas, sin armonías, sin nada que conmueva la imaginación y haga ilusión á los sentidos, y sea fuente de inspiración y de ternura. Templos desnudos, aras mezquinas, ceremonias desprovistas de unción y de grandeza, y una atmósfera en fin mundana y pequeña. Nada allí satisface al sentimiento ni á la inteligencia; nada llega al corazón; nada suscita en lo íntimo del ser movimientos dulcísimos; nada hiera las cuerdas divinas del cetro sagrado. Entrad por el contrario en el templo cristiano, penetrad en nuestras góticas y gigan-

tescas catedrales. Al punto sentireis una impresión profunda é indefinible. Las naves inmensas, los arcos aéreos cuya fugitiva elipse parece la imagen del alma desprendiéndose de los lazos de la tierra, y evaporándose hácia las regiones inmortales del Criador; los retablos admirables cuajados de los primores de las artes y con las bellezas del genio; el conjunto en fin de magnificencia y sublimidad que ante los ojos absortos se despliega, producen emociones inefables, y arroban la mente en vaporosa y encantada inspiración. Las vírgenes de Rafael trazadas con mágico perfil en deliciosos cuadros; las esculturas de Michael Angelo, que respiran el genio del artista; los aéreos y vaporosos serafines que vuelan sobre los espléndidos tabernáculos, adquieren vida y animación en óptica ilusoria, y nos hablan en lenguaje sobrehumano. El espíritu allí domina á la materia, y vivimos en aquellos instantes una vida de fascinación etérea. No podemos oír las notas de un salmo profético sin trasportarnos en meditaciones escelsas á los montes de Gelboé y á los collados de Sion. Los llantos del profeta, las armonías bíblicas impregnadas de piedad y de entusiasmo, traen á nuestros sentidos el perfume de los aloes, el rumor de los cedros olorosos y el vuelo de las auras que susurran por las calles del Líbano, y van á perderse entre las lejanas ondas del mar Muerto. Los que al escuchar el eco de las arpas que suspiraron cautivas bajo los sauces de Babilonia, y que reproducen en nuestras régias basílicas al compás



(Palacio de El-Bey.—Página 131.)

de los ritmos de Palestina y Hayden; los que no sientan en los majestuosos y vibrantes acordes del órgano todo el poder de su majestad y su armonía; los que nada hallen inspirador y misterioso en los cantares de la esposa y en las lágrimas del Profeta-Rey, son insensibles á lo bello y lo sublime, no tienen dentro de sí una chispa del fuego sagrado, y viven solamente en el triste círculo de la vida material, prosaica y tenebrosa. La luz de la poesía, el número de las artes, el rayo del espíritu no habitan en su estéril y desabrido corazón.

Consiste todo eso en que uno de los resortes del cristianismo y una de sus excelencias es obrar sobre la parte inmaterial é instintiva del hombre. Por eso se diferencia tan radicalmente de las otras religiones. El gentilismo de Grecia y Roma, por ejemplo, era esencial y formalmente materialista y sensual. Sus solemnidades eran ciertamente de esplendor y magnificencia; pero era una pompa nada más que mundana, concupiscente. Las danzas de ninfas y genios, los juegos del circo, los sacrificios y las hecatombes, eran demostraciones dirigidas al sentido estéril, á la pasión siempre, al vicio más de una vez. Díganlo las danzas de Baco, los desórdenes saturnales, los peligros misteriosos de Pafos y de Chipre. Así murieron aquellos imperios víctimas de su inmensa corrupción. En el cristianismo todo es sobrehumano, alta-

mente espiritual. No hubiera podido de otra suerte transformar el mundo pagano y curar el cáncer gentilico en la humanidad, ni purificar las viciadas fuentes de la sociedad. Merced á tan cardinal diferencia, el cristianismo hizo entrar la civilización en nuevos y verdaderos caminos, que enalteciendo al hombre, le convirtieron de un ente degenerado y materialista, en un ser digno de su racional y superior naturaleza. Y desde entonces necesitó sensaciones más nobles que la grosera satisfacción de los mundanales apetitos. El alma sacudiendo las ligaduras de la grosería sensual, se sintió sedienta de expansiones puras y elevadas. Las Lupercalias y las Florales le causaron hastío, y comprendió sus verdaderas aspiraciones á lo inmaterial é infinito. El cristianismo respondió con sus solemnidades á tan ardiente necesidad de los espíritus. Diez y nueve siglos han trascurrido desde entonces, y consagrado los efectos de su obra. Entre los más ilustres recuerdos que en los anales del arte dejaron aquellos siglos; entre las reputaciones clarísimas que alcanzaron el lauro de la celebridad en la realización de aquel grave pensamiento social y religioso, descuella el nombre de Juan de Arfe y Villafañe, que tantos y tan altos testimonios de su delicada mano dejó en los tesoros de nuestras iglesias, y que es el honor del arte de los plateros en España. Sus obras insignes y codi-

ciadas prueban que comprendió toda la poesía del genio, y que poseyó la magia de los artistas. Una de sus mas bellas creaciones es la custodia sacramental que la iglesia de Santa María de la Asuncion de esta ciudad posee, y que damos con singular gusto á la luz pública. Medina de Rioseco se enorgullece de contar al grande artifice entre los que ilustran los fastos de su munificencia, y la iluminan con un rayo de su inmortalidad.

La obra del platero salmantino se alza sobre un basamento general en el que posa un sotabanco resaltado en los ángulos, y que recibe el primer cuerpo de arquitectura. Consta este de un templete cuadrángulo con arcos hemiciclos, en cuyos sectores vuelan espíritus celestes, y que se hallan sostenidos por pilastras toscanas. En cada hipotenusa del cuadrado se eleva un obelisco formado por cuatro columnas corintias de pedestales, y sobre cuyo cornisamento carga un segundo cuerpo semejante al anterior, que recibe á su vez una glorieta de cariátides, y remata en una figurita que representa un guerrero romano. Esta parte de la obra es notable por la mucha escultura y esquisito trabajo. El zócalo de este cuerpo está exornado por veinte medios relieves buenos que representan pasajes biblicos, entre los cuales se hallan *la serpiente de metal, la zarza encendida, el Sinay y el sacrificio de Abraham*. Bajo cada pabellon angular está la efigie de un doctor de la iglesia en figuras de cinco pulgadas y cinco líneas y media de alto, sin el plinto que, de forma cuadrada y con un bajo relieve en cada faceta, tiene de altura una pulgada y tres líneas escasas. En el centro del templete se ostenta un grupo de cuatro Levitas, conduciendo en hombros el arca del testamento, precedidos del rey David, danzando y tañendo el arpa. Hermosas y elegantes figuras llenas de espresion, delicadeza y propiedad. La del rey tiene seis pulgadas y siete líneas, las de los sacerdotes de seis con cuatro á cinco con diez.

El segundo cuerpo le constituye un pabellon sostenido por pilastras jónicas, sobrepuestas de bizarras cariátides en pedestales redondos, hordados de festones, flores, ángeles y otros bien aplicados detalles, y corona el todo un cascaroncito muy aplastado, de forma octógona. En el centro de este alzado se coloca el Santísimo en un magnifico viril, á manera de sol purísimo y deslumbrante, circuido de los cuatro evangelistas y de un coro de niños tañendo instrumentos y en festiva actitud. Consta el tercero de un grupo de cuatro pilastras jónicas estriadas y coronadas de un corniso rematado por un tímpano en cada frente, y en cuyo centro luce un rompimiento de gloria, en el cual aparece la Virgen María con una nube de serafines y celestiales seres. En cada intercolumnio hay un templete circular de dos cuerpos, así como en los ángulos otras figuras alegóricas. El último tramo es un cupulino circular, rematado por una media-naranja, sobre la cual se alza el signo de redencion.

El total de bajos relieves es de treinta y seis, y el de los vaciados treinta y cuatro. La altura general de la obra asciende á cinco piés, dos pulgadas y media, teniendo la planta en el cuadrado fundamental dos con cuatro, que elevándose en progresiva disminucion forma un gallardo obelisco de bellissimo aspecto y reconocido mérito. Su estilo general es plateresco, sobre los órdenes greco-romanos, de excelente gusto y esquisita ejecucion. El zócalo y sotabanco estan ricamente tallados de elegantes grecas y delicadas bordaduras. Y todos los detalles se hallan igualmente adornados de molduras, cenefas y primorosos arabescos. Es admirable la copia y delicadeza de la exornacion, y revela bien la feliz imaginacion y esquisito gusto del artista. Se pierde la mirada y se ofusca la mente en aquel piélago de ricos y variados adornos. Y en su conjunto la obra es notable por la sencillez, por la gracia y elegante aspecto de sus bien entendidos pormenores. En medio de su lujo tiene severidad; su bizarría está combinada felizmente con una pureza y dignidad de admirable efecto, y que dice bien con el augusto servicio sacramental. Eso revela el genio del artifice; esa es la filosofía de la inspiracion.

Sale únicamente á la pública admiracion esta preciosidad artistica en el dia del Corpus, y es el mas brillante adorno de tan ostentosa solemnidad. Llevada en hombros de cuatro sacerdotes, de albas vestes y áureas estolas ataviados, y deslumbrando entre sus resplandores el costosísimo viril, cuajado de pedrería y coronado de centellantes rayos, nos recuerda el arca santa de la antigua ley, conducida por los levitas al compás del arpa de Judá, y de los cantos de Israel. Entonces luce su elegante forma, su transparencia, sencillez y majestad. Y siempre la contemplamos con placer, y siempre nos causa grata emociion. Bien que el Corpus es la festividad mas grandiosa y sublime de la Iglesia; es la apoteosis épica de la redencion humana. La naturaleza le presta un sol flagrante, un cielo de azul purísimo, el perfume de las flores, el canto de las aves. Las artes le prodigan sus tesoros. La religion le da su encantada sublimidad. En ese dia el ánimo se embriaga de dulces sensaciones, y todo es luz, perfume y alegría. Es muy grato discurrir en las primeras horas de la deliciosa madrugada, y respirar las auras limpiadas y frescas, y ver á los fieles levantar arcos de rosas

y espléndidos altares, y cubrir de aromáticos arbustos y orlas de ricos paños la triunfal carrera, y todo respira animacion y goces y movimiento. Pero lo que no hay voces en el lenguaje humano para describir, es la salida del Rey de reyes á la pública adoracion. El alegre sonido de las campanas, que se repite en las transparencias del éter y que lanza al viento palpitantes notas desde las caladas agujas en aéreo é infinito diapason; el himno épico de la cristiandad, sencillo y mágico, y siempre grato al oido y al corazón; el canto de los ministros del santuario; el aroma de los místicos inciensoes, que en nacaradas y vaporosas ondas envuelve al divino tabernáculo; el brillo de los ornamentos sacerdotales; los acordes acentos de la música; el compás bullicioso de las danzas de niños que semejan á los cándidos y rubicundos



(Traje del siglo XIV.—Página 134.)

serafines; los coros que entonan animadas y sentidas pastorelas; la luz prismática de mil antorchas; el estruendo del cañon; la voz vibrante de los clarines; las colgaduras riquisimas; las guirnaldas olorosas; los adornos de mil colores; la alegría de las almas; la animacion universal; la riqueza y el brillo del conjunto; la pompa y el lujo del espectáculo; la sonrisa de la creacion entera, hace de aquel triunfo sacramental una cosa altísima, arrebatadora é inefable. Allí todos descubren humildes la frente; todos doblan la rodilla; todos estasian el ser en abrasada adoracion. Los niños baten las inocentes palmas; el anciano vierte delicioso llanto; el enfermo sonrie de esperanza; el pobre adora en su miseria á Dios; el guerrero feroz deponde las armas y postra sus laureles ante el carro del Señor; el rico prosterne su opulencia; el rey de la tierra marcha sin cetro ni sandalias ni corona en pos de las huellas santificadas del hombre Dios.

Ahora bien, ¿qué tiene el gentilismo olimpico que oponer á tan poética y augusta solemnidad?... Grecia pagana, Roma politeista, Stambul fanática, son nada mas que sombra y delirio ante la magnificencia y sublimidad del gran misterio de la Jerusalem cristiana.

V. GARCIA ESCOBAR.

## TRAJE DEL SIGLO XIV.

CABALLERO FRANCÉS.

La moda pasó sin duda, en aquella época, desde los campos de batalla á las residencias feudales, porque en la crónica de San Dionisio se lee lo siguiente:

«Debemos creer que Dios permite estas cosas por nuestros pecados, porque el orgullo se ha aumentado en Francia de una manera prodigiosa: así es que todos aquí desean ser grandes señores, y los que no lo son, desean parecerlo en sus adornos y sus trajes: unos traen ropas tan cortas, que solo les llegan hasta los muslos; llevan las piernas al aire para aparentar marcialidad, y en todo procuran imitar á nuestros guerreros y hacer creer que han ganado sendas batallas; otros usan varias especies de sayos á guisa de mugeres, para hacerse mas amables, de modo que remedan sus gestos y sus plegaduras, cual si el enemigo entrase á saco en sus castillos y haciendas.» De todo esto puede deducirse que Dios ha querido corregir los excesos de la vanidad francesa enviando contra nuestras tierras ese terrible azote llamado rey de Inglaterra».

Otro autor de la época dice que el contagio se propagó á los nobles, á la clase media y á los pecheros; que la adopción de las barbas puntiagudas, á manera de las que llevan las cabras, completó aquella ridícula y escandalosa vestimenta; que el gusto del público, lanzado en una falsa vía, no supo ya contenerse, y que por último todos los años se inventaron nuevos y mas refinados caprichos, que ignoró la sencillez de los siglos anteriores: testigo el lujo de las plumas y la moda todavía mas costosa de las perlas, que en poco tiempo aumentó en un doscientos por ciento el valor comercial de todos los objetos.

El grabado que ofrecemos hoy como muestra de los trajes que se usaban á últimos del siglo XIV, representa un caballero francés, y corresponde exactamente á la pintura del monge de San Dionisio. Nada le falta; ni la caperuza recortada y echada atrás, rematando en prolongada cola, ni la ajustada vestimenta, ni los puntiagudos zuecos, cada uno de los cuales es de diferente color. La susodicha caperuza, recogida debajo de la barba, se convierte en una túnica estrecha, bajo la cual desaparece enteramente la cota, mucho mas corta y angosta, para presentarse únicamente en los antebrazos. Debemos observar sin embargo que la tela, menos economizada en dicha parte que en las demás del traje, permite á la manga formar preciosos pliegues y caer sobre la mano. A esto llamaban los caballeros *llevar mitones*.

Ya tendremos ocasión de ocuparnos en la descripción de otros trajes no menos ridículos y embarazosos de aquella atrasada época.

## LA MASCARADA.

(NOVELA.)

(Conclusion.)

Mientras el coronel salió de la sala, Magdalena quedó confusa y sin saber qué pensar de toda aquella estravagante escena. Los lieros habían puesto sin duda á su marido en el estado de un muchacho ó de un loco.

—Ahora quiero, dijo volviendo al lado de su esposa, que mientras llega la hora del paseo, te muestres dócil para otra debilidad.

—Habla; ya sabes que me he propuesto darte gusto.

—Pues bien, deseo verte vestida como la noche de nuestra boda.

—¿Qué dices?...

—Lo que oyes: ya sabes que hemos convenido en hacer vida nueva, y preciso será que empieces con todos sus pormenores. Además que aquel lindísimo traje costó un dineral y no es cosa de dejarlo en un rincón hasta que se pudra. ¡Estabas tan hermosa con él!

—Pero hombre, ¿no ves que van á reirse?

—¿Y quién? Aquí estamos solos, nadie nos ve, ni nadie debe saberlo.

—Pero ¡con el frío que hace!...

—No tal: echaré mas leña á la estufa y mandaré poner un par de braseros. Sobre todo, ó quieres ó no quieres.

—Si, al momento.

Y Magdalena ayudada de su marido vistió el lindo traje de novia, blanco como la nieve, con sus preciosos encajes, sus frescas flores y brillantes adornos. Acomodóse despues su corona nupcial, lisó sus cabellos, perfumó su falda y colocóse sus perlas y sus joyas, cada vez menos desdeñosa, sin duda porque al verse tan bien prendida recordó su vanidad de muger. ¡Magdalena estaba encantadora! Concluido el tocado la dijo el coronel:

—¿Sabes que pienso? Que salgamos á paseo tal como nos hallamos vestidos.

—¡Estas loco!

—¿Y por qué? A mí nadie ha de mirarme; de modo que con este gabanejo raído y mi sombrero de castor voy hecho un elegante; pero á ti que nadie te ha visto tan linda, porque ya sabes que nuestra boda fué bien poco sonada, no estará demás que te vean tan rozagante y bella.

—¡Pero van á reirse de nosotros!

—¡Dale con la risa! y que se rían ¿qué nos importa? ¿tratas de enamorar á alguno?

—¡Libreme Dios!

—Pues entonces solo dirán que es un capricho, y aun se puede cundir despues que ha sido una apuesta.

—¡Oh! no, eso no, de ninguna manera. En casa todo cuanto deesees... pero en la calle...

—¿Y si yo me empeñase en creer que fundas alguna mala idea en dejar de condescender á ese capricho?...

—No tendrías motivo para ello...

—¿Y si los tuviera?

—Serían injustos.

—¿Y si te presentase pruebas?

—¡Vamos al carruaje! gritó la jóven como indignada. ¡El ridiculo antes que mi honor!

Y Magdalena se adelantó al pasillo en aquel estado, con ese resuelto ademán de la muger que todo lo arrostra en un instante de despecho.

La ferocidad reprimida del coronel, el torcedor que por espacio de tantos meses habia devorado, sus deseos de venganza, su crueldad despertada entonces, se revelaron instantáneamente en la ligereza de sus movimientos, en el vibrar de su voz, en la dilatación de su rostro, en la violencia de sus pasos. Corrió la escalera llevando por el brazo á su esposa; entró en el patio, hizo girar la puerta de la cochera, asió una gruesa cadena de hierro que le presentaron, y bien pronto con una fuerza espantosa, sobrehumana, hercúlea, arrastró tras sí con la una mano á su esposa medio desfallecida de horror, y con la otra la gruesa cadena que rematando por una argolla de perro servia de lazo al cuello de un hombre. En tal estado atravesó el patio de su casa.

La carretela, que abierta á todo su abrir y abandonada por los criados aguardaba á la puerta, se vió bien pronto correr á todo escape calle abajo llevando pendiente de la zaga la maroma de hierro, en el interior á Magdalena vestida de boda, y en el pescante al coronel que vomitaba furias, mezclando á los gritos mas espantosos las violentas sacudidas del látigo sobre los caballos.

Bien pronto las gentes que transitaban por las calles, las que ocupaban las tiendas, las que salían á los balcones, y sobre todo las infinitas que corrían en dirección del tumulto, comenzaron á dar á aquel extraño espectáculo el carácter de inusitado, de asombroso, de inexplicable. Un carruaje corriendo á todo correr, un hombre conocido y de honrosos y favorables antecedentes haciendo de cochero, y no de otra manera que si intentara estrellar la caja que conducía; una muger hermosa, jóven, conocida tambien, ataviada en medio del invierno con vestido blanco de encaje, coronada de flores, lazos sobre su pecho escotado, delirante, angustiada, cubriéndose el rostro con las manos y demandando auxilio entre un torrente de lágrimas; este espectáculo, y sobre todo el de un militar jóven, señalado por todos como de los mas galantes y afortunados de Madrid, sujeto por el cuello á una argolla punzante y arrastrado desde la trasera del coche por una maroma de hierro, este espectáculo, volvemos á decir, asombraba, escandalizaba, horrorizaba á aquellos de los espectadores mas sensatos y de mejor juicio; pues que los vulgares y aficionados á cosas extraordinarias corrían en tropel tras de la ruidosa carretela saludándola á su paso con gritos de admiración, de desprecio, de procañidad, de burla. El teniente de lanceros, á quien el lector debe haber conocido rato ha, habia hecho desde el instante en que se vió bruscamente acometido horribles esfuerzos para desprenderse de aquella ignominiosa argolla ó romper los eslabones de la cadena; pero la violencia con que marchaba el carruaje, las precipitadas vueltas que en su camino le hacían girar, y lo oprimido de aquellas ligaduras le obligaron á no pensar mas que en contenerse con vida durante la espantosa travesía. Asido á veces á la misma maroma, abalanzado otras hasta la barra del eje, lanzado las mas de su primitiva posición por un tremendo vuelco, iba con el rostro amoratado, las manos crispadas y su traje todo en desórden, próximo á dejarse arrastrar por las piedras y el fango por falta de espíritu y de fuerzas. El coronel, por el contrario, cada vez mas fuerte, mas enérgico, mas infernal, no hacia caso ni de los mil curiosos que á su paso salían intimidándole que se detuviera, ni de los agudos gritos de su esposa, ni de los sangrientos bramidos de su rival: sacudiendo el látigo con una celeridad comparable solo á la estremada carrera de los caballos, atropellaba á hom-

bres y mugeres, á autoridades, á soldados, á cuantos en fin trataban de hacerle ceder de su propósito.

Ya las gentes todas del centro de la poblacion habian reconocido á los tres personajes. Los nombres del capitán, del coronel y de Magdalena corrian de boca en boca, pero sin reserva, sin salvedad, á gritos. Algunos se recogian de la furia del coronel; pocos tenian lástima de Magdalena, y ninguno salia en defensa del capitán.

Por último, las voces, la algazara, los silbos, las imprecaciones, las pedradas llovian de continuo sobre el infernal convoy sin que al que le proporcionaba movimientos y bríos le ocurriera el propósito de abandonar su caminata. Solo en el instante en que el aturdido coronel conoció que el cuerpo arrastrado por la zaga del coche no hacia ya esfuerzo alguno por detener su marcha, fué cuando rendido, jadeante de fatiga y próximo ya á rodar de su altura, abandonó el látigo y las riendas, saltó del pescante, y entre la oscuridad del crepúsculo, la confusion de los espectadores y el asombro general desapareció á la vista de todos.

La autoridad se apoderó en el acto del cuerpo del capitán, palpitante y animado todavía, aunque contuso, herido y descuadrado. A Magdalena, que habia perdido el conocimiento y al parecer la razon, se la condujo en un carruaje al primer asilo de caridad que se hallaba cerca. Allí se desprendió sus joyas, desgarró sus encajes, y atormentó su cuerpo con las violentas sacudidas de una convulsion epiléptica. Vuelta en sí, confesó su delito y solicitó ingresar en la reclusion de las mugeres desgraciadas. Un hábito de bayeta y la oracion constante decia que aun no serian suficientes descargos para las tribulaciones y remordimientos de su conciencia.

El capitán murió confeso y resignado la noche misma del acontecimiento.

Del coronel Alvarez no se ha vuelto á saber una palabra.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

## DUELOS POR AMOR Y CELOS,

### Y CUENTO QUE FUÉ VERDAD.

Voy á contaros un cuento, señoras, pues lo quereis: prestadme el oido atento, si estar calladas podeis siquiera por un momento.

Cuento os dije, y es notoria y muy clara la mentira, porque no es cuento una historia que el vulgo guarda y admira estampada en la memoria.

Aunque en la época fatal que vivimos, hay profanos que la verdad mas leal tratan con pretestos vanos de patraña muy cabal.

Vivia una forastera de Algecira en la ciudad; pero tan graciosa era, que mejor que á una deidad yo para mí la quisiera.

Bien os podria pintar de aquel país los primores, lo apacible de la mar, sus playas que visten flores de rosas, jazmin y azar:

Contar pudiera los juegos de sus náyades y ninfas, y cómo amorcillos ciegos, en aquellas claras linfas templan los hirvientes fuegos.

¿Mas para qué tanta prosa que al cuento no viene á cuento? Vamos á la dama hermosa, antes que mas pierda el tiento en ocasion tan forzosa.

Era esta dama (dirélo aunque me haya de pesar) no de aquel Bético suelo que vinieron á poblar las serafinas del cielo, Sino de la tierra llana

que apacible y blando riega el abundoso Guadiana, que escondido á veces niega su presencia soberana.

Harto, paisanas, me duele; pero no es la culpa mia que la historia nos revele que la sal de Andalucía hoy no triunfó como suele.

Y no os sonrojeis agora, pues ser una vez vencida á la siempre vencedora en batalla repetida, ni la afrenta ni desdora.

Día y hora no diré del lance curioso extraño que á contaros comencé, pues á él, si no me engaño, nada importa por mí fé.

La dama de que os hablaba se prendó de un adalid que Ramiro se llamaba; y por cierto que del Cid como deudo se preciaba.

Cual Gerineldos galan, amoroso cual Rugero, valiente cual Reduan era el noble caballero, y gentil como Tristan.

Era dulce su mirar si de amores requeria, y leon en pelear cuando á batallas corria para laureles ganar.

De damas muy codiciado fué, aunque en materias de amor de inconstante era tachado, tambien como Don Galor, el paladin afamado.

Mas el amor ceguezuelo ordenó en sus altas miras que cayese en el anzuelo de la bella que á Algeciras convirtió en segundo cielo;

Y la vaga mariposa que de flor en flor anduvo, al ver la fragante rosa, estática se detuvo sobre su corola hermosa.

Así el galan se quedó de la dama tan prendado, como me quedara yo si allí la hubiera mirado con los ojos que él la vió.

Adoróla con pasion; celoso la requebraba, y engreido con razon, do quier que iba la llevaba cual su propio corazon.

Ya en los dorados salones la noble señora brilla, y las vanas pretensiones de sus rivales humilla, cautivando corazones.

Ya á la grupa del caballo con el galan se lucia, y á galope sin dejallo á ver los toros corria cual no puedo ponderallo.

Y al verla algun pasajero llevar el traje andaluz con tanto rumbo y salero, quedaba ciego y sin luz á la luz de aquel lucero;

Pues de tal modo baraja el rebocoño y cairel al desgairre, que aventaja de las que nacen con él á la mas crua y mas maja.

¿Qué es ver el pequeño pié!

¡qué al lucir su pantorrilla!  
tan firme y pulida á fé,  
que es la octava maravilla,  
que es... lo que decir no sé.

« ¡Bien! zalero generoso,  
»esclamaba quien la vía.

» ¡Dó llevas caballo hermoso  
»reza perla tan quería?

» Párate que la veamos;  
» no vayaz tan de carrera:

» deja que la zal cojamos  
» que derrama jechicera.

» Hoy el preciao Guadiana

» ze zorbío á Guadalquivi,

» pues á tan crua gitana

» naide pue rezizti.

» Zi como va en el caballo,

» al galán que tanto ama

» le da gusto, no hay pagayo,

» ni hay en el mundo tal dama.»

Esto decían, y á mí  
que por ella bebo el viento,  
me han dejado tan así,  
que no sé do llevo el cuento,  
ni dónde el hilo perdi.

Ay señoras y señores,  
que al contemplar de aquel pié  
las gracias y los primores,  
toda el alma se me fué  
tras aquel pié de mil flores.

Pues como ya estaba ciego  
y á tanto el amor obliga,  
viéndome en medio del fuego  
quise templarle en la liga;  
pero mas me abrasé luego.

Mas adelante pasara  
á deciros mi desvelo,  
si el cuento no me obligara  
á descender de aquel cielo  
do mi corazón volara.

Y pues lo quiere la suerte,  
volvamos á encarrilar  
este cuento ó esta muerte,  
capaz de desesperar  
al mas cuerdo y al mas fuerte.

Digo pues; como en lo humano,  
al hombre, ser imperfecto  
no quiso Dios soberano  
darle dichas por completo  
desde que pecara insano.

Esa crua, tan dotada  
de gracias como va dicho,  
siendo de celos picada,  
era un fierisimo bicho,  
era una sierpe enconada,

Que en llegando la ocasion,  
sabia con harto brio  
escarmentar al ladrón  
que al dueño de su albedrío  
urgaba en el corazón.

Y como el que ella quería  
tuvo de hazañero fama,  
y de amores requeria  
ya una dama, ya otra dama,  
aunque de burlas lo hacia,

La suya, como le viera  
hacer á otra moza el coco,  
cual si fuese una pantera,  
teniendo la vida en poco  
á la venganza corriera.

Aunque ofendida y celosa  
satisfacerse prepara  
de aquella rival odiosa,  
no á traicion, mas cara á cara  
como noble y generosa.

Y una espada, y otra espada  
tomando, al nacer la aurora,  
la mas fina y afilada  
entrega á la robadora  
que hace su dicha menguada.

Al campo la desafia  
donde con batalla igual  
se decida la porfia  
á todo trance fatal  
que amor entre ellas ponía.

Aceptó la lid sangrienta  
la otra bella campeona,  
y con furia violenta  
va esgrimiendo la tizona  
que en crueles celos se alienta.

De ambas deraman los ojos  
que antes apacibles fueron,  
iras y rabias y enojos  
que al cielo pavor pusieron  
siendo del mundo despojos.

Los aceros se cruzaron  
con denuedo, con rigor,  
y centellas mil saltaron,  
centellas de odio y amor,  
que todo el campo abrasaron.

A la tercera embestida  
tiñó la sangre fatal  
el prado, do cayó herida  
la detestada rival  
de la que es toda mi vida.

Y la crua que la vido  
cayendo, medir la tierra,  
á compasion se ha movido,  
y el golpe con que la tierra  
generosa ha detenido.

En este punto el galán  
corria con diligencia  
para evitar el desmán  
de la celosa pendencia,  
pero fué vano su afán.

Pues ya la hermosa adalid  
á quien tiene por señora  
noblemente y sin ardid  
de su rival vencedora  
halló en la trabada lid.

Mas ella, que en celos arde,  
porque los tiene aun del sol,  
de su triunfo haciendo alarde,  
le dice: «Como español  
» remedio, llegaste tarde.»

» Por valiente caballero  
» el corazón te rendi:  
» advierte en el trance fiero  
» si de tu escuela aprendi  
» á esgrimir el fuerte acero.

» Tú de mí aprender pudieras  
» á ser constante, villano;  
» y tal traicion no me hicieras;  
» mas déjote de mi mano;  
» huye, vete donde quieras.»

Dijo así, como agraviada  
que desea perdonar,  
aunque quiere ser rogada,  
y le comenzó á mirar  
entre dulce y enojada.

Si hicieron paces ó no  
ni lo supe ni lo sé,  
ni lo que despues pasó,  
y hé aquí señoras por qué  
este mi cuento acabó.

Y me place de ignorar  
el fin que tuvo este trato,  
pues caros pueden costar,  
cuando amor toca á rebato,  
los gustos que suele dar.

Y bien pudo el caballero  
despues de tanto querer,  
como era tan hazañero,  
ser ingrato á la muger  
que mas que á mí vida quiero.

A. D.





IGLESIA DE SAN ULRICO EN AUGSBURGO.

El templo mas antiguo de Augsburgo, despues de la catedral, es la Iglesia de San Ulrico. En sus primeros tiempos fué una capilla dedicada al Santo Afre, el cual murió quemado en tiempo del pretor Gajus, en el mismo sitio que ocupa el edificio: varias veces fué este saqueado y destruido, reconstruyéndole siempre en mayores proporciones, hasta que por último, en el año de 1607, fué reedificado segun hoy existe, sujetando su arquitectura á las severas y bellas formas del estilo gótico, que tanto predomina en Alemania.

Tiene 318 piés de longitud, 94 de anchura y 100 de elevacion, con una torre de 320 piés de altura, situada enfrente de la puerta roja, que da entrada á la ciudad por el camino de Munich. El interior de la iglesia forma una cruz latina, cuyos dos brazos son los dos coros laterales de San Ulrico y San Afre. Se compone de tres naves, de las cuales la principal tiene 100 piés de elevacion y las dos laterales 50; estas estan separadas de aquella por 16 columnas góticas. Reciben la luz por 42 ventanas, de vidrios pintados de la mayor

belleza; encuéntranse alli asimismo cuadros de notable mérito, primorosas esculturas y trabajos en bronce de sumo valor, presentando todo ello un conjunto armonioso y admirable.

## UN DIA DE TOROS EN EL PUERTO.

### I.

Tres dias habia que las vocingleras trompas de la publicidad, representada por una docena de ciegos, pregonaban á voz en grito la famosa corrida de toros que iba á verificarse en el Puerto de Santa María, y aquellos mismos tres dias habia tambien que me agujoneaba el deseo de ver á mi persona ocupando un asiento de la plaza, porque es

1.º DE MAYO DE 1853.

triste cosa quedarse en Cádiz cuando todo el mundo emigra para transportarse en masa á la vecina ciudad. Anduve, no obstante, irresoluto, y solo me decidí á marchar allá á una hora bien avanzada de la mañana, que era precisamente aquella en que salía el último vapor. No había pues que perder tiempo: tomo el trole hacia el muelle, y jadeando, y cubierto del sudor que me brotaba por todos los poros de mi cuerpo, pongo el pié en la plancha en el instante en que sonaba la última campanada del último toque. El barco rebosaba de gente, y ya se supone que no se habrían cuidado de guardarme sitio; por tanto, hué de colocarme entre la caldera y la chimenea, es decir, en el infierno; pero era imposible retroceder. La suerte no me dejaba mas que dos caminos; ó convertirme en carbon, ó arrojar me al agua: tristísima alternativa en que solo me era dado elegir el género de muerte: opté por el fuego como mas limpio, y á poco ya se me salía de la boca medio gemo de lengua como si fuese perro en Canícula: mis ojos se me sallaban de las órbitas; comenzaban á chirrear mis pantorritas, y ya contaba por minutos los de mi vida, cuando un caritativo marinero tuvo compasión de mí, y llevándome en volandas me encaramó en el bauprés, y aunque me ponía su caridad á dos dedos de la muerte, todavía me pareció aceptable aquella posición tan comprometida, y que yo en cualquier otra circunstancia hubiera tenido por absurda. Convertido pues en figurón de proa del vapor, y guardando malamente el equilibrio, pasé casi tres cuartos de hora, que me parecieron los tres días que Jonás pasó en el vientre de la ballena, esperando á cada balance ir á convertirme en pasto extraordinario de las pescadillas del Océano. Pero en fin algun santo de los muchísimos á quienes invoqué hubo de rogar por mí, llegué salvo á saludar las amigas azoteas de Vista-Alegre, á descubrir los chopos árboles y á escuchar el murmullo de las fuentes del ameno Vergel del Puerto. Písemme en tierra de un salto, y faltóme poco para arrodillarme en ella, como Robinson despues de su naufragio; pero reflexioné que esta escena muda y que esta romántica pantomima hubieran podido atraerme algun naranjazo de la desalmada turba que allí bullía, y suprimí en consecuencia todo acto exterior que pudiera comprometerme.

Una vez en terreno firme, atravesé la linda alameda y tomé calle arriba la de Luna, que es el natural desagüe de los vapores, hallándome á los pocos minutos en las mas frecuentadas esquinas de la hermosa calle Larga, animadas á la sazón por una inusitada concurrencia.

Paréme allí hecho un bobo, y á poco comenzaron á pasar en larga procesion majos jerezanos montados gallardamente en briosos caballos, y llevando á la grupa, en vez de maleta, sendas majas, no sin haber antes la cabalgata hecho su acostumbrada estacion en la tienda de la Zorra, que situada frente á la Victoria y en la confluencia de las calles Larga y de Cielos, posee la situacion topográfica mas envidiable para que el sediento pasajero reanime sus fuerzas con una caña de manzanilla.

Pero mi impaciente estómago me avisaba de que era hora de comer, y no había que perder tiempo, toda vez que no era probable que el señor alcalde esperase mi llegada para principiar la corrida. Partí á una fonda; pero en balde, pues nada había ya comible en ella, y lo propio me sucedió en otras dos. Finalmente, en la cuarta me dieron esperanzas, que como se verá, casi en eso quedaron; mas yo no me hallaba en situacion de exigir gollerías, y me resigné á lo que me diesen. Entre tanto una multitud de hombres, que por su conversacion y aspecto conocí desde luego ser artesanos de Cádiz, gastaban sus pesos con tal rumbo que no parecia sino que dejaban en su casa algun gato de doblones, siendo lo cierto que al inmediato día acaso no tendrían pan que llevar á la boca. No podía por tanto dudarse que aquellos eran andaluces, y lo que es mas, gaditanos.

Al cabo pues de mis reiteradas reclamaciones, logré que me trajeran un plato de sopa fria, que casi tuve por sorbete de fideos, y media hora despues un pollo, al menos pollo parecia; pero era pura ilusion óptica: el esqueleto de aquel ave cubierto con pergamino fué lo que me pusieron delante. Eu vano esgrimi el cuchillo para ver de desarticular la que semejava pierna: sus osificadas coyunturas no cedieron á mis desesperados esfuerzos, y fuéme forzoso pedir el hacha de la leña para destrozarlo. Masqué largo rato infructuosamente la mitad del que ya había servido antes de forro de un libro, roí los desustanciados huesos con una destreza digna de un mastin de cortijo, y salíme á la calle ladrando de pura hambre, por mas que me hubiese costado el dinero aquella apariencia de comida.

No había tiempo que perder: los toros iban á comenzar, y no era cosa de volverme sin verlos, ya que á eso solo fui al Puerto. Tomé pues el camino de la plaza; mas recordé que me faltaba que tomar el billete, lo cual era dificultad un tanto grave, y que yo no había previsto hasta aquel momento. La ventanilla estaba asediada por mas de cien personas, que se empujaban, se codeaban, se oprimian, y aun á veces se distribuían mutuamente sendos rogonces para desembarazarse del que por maña ó por fuerza había llegado á cojer la delan-

tera. De aquel apiñado tropel salian gritos ahogados, lamentos, imprecaciones; encaramábanse los unos sobre los hombros de los otros; revolviáanse estos contra los agresores, y caian aquellos en medio del tumulto aumentando el desorden y el vocerío; en fin, aquel era un verdadero campo de Agramante, donde en vez de pelear por el escudo, por la espada ó por el yelmo, se peleaba por un boletín para ver los toros.

¿Y qué hacer? me pregunté yo á mí mismo. ¿He de renunciar al único objeto de mi viaje antes de probar fortuna? ¿No se me tendrá acaso por cobarde y para poco, si confieso que he dejado de ver los toros por no atreverme á intentar lo que tantos intentan? Temeroso pues de las burlas de mis amigos, si tal llegaba á saberse, me encasqueté bien el sombrero, abrochéme la levita por temor de que corriesen burro mi bolsa y mi reloj, y cerrando los ojos y apretando los puños embestí con tal furia, que abrí brecha en las últimas filas. Los desalojados, sin embargo, no me dejaron gozar impunemente de mi corto triunfo. Este me mete el codo por un hijar, aquel (que era gallego) me planta su macizo zapato encima de mi mas predilecto callo, haciéndome poner el berrido en el quinto cielo; el de mas allá me asesta un puñetazo tal que me hace salir la cabeza por la tapa del sombrero; en fin, de chichon en chichon y de desgarradura en desgarradura, aqui caigo, alli levanto, aqui me estrujan y alli me aplastan, logré llegar á la primera fila sin mas que un faldon en la levita, con un zapato solo, y ese descalzado, el cuello de la camisa hecho una torcida de velon, y con gruesa avería en la cobertera de la cabeza, que ya no merecia otro nombre la especie de montera manchega que en ella me habian dejado. Una vez allí, conseguí á fuerza de gritos un asiento comun, únicas localidades que aun se despachaban, y con no menor trabajo pude salir de aquel laberinto de Creta, dirigiéndome may ufano hacia la primera puerta de las de sombra que hallé; pero juzguen mis lectores de mi desesperacion cuando al alargar mi tarjeta al portero oí que este me decia: «No es por aqui. Este boletín es de sol.» A punto estuve de descargar sobre el dependiente la ira que me asaltó en aquel punto; pero por una parte reflexioné que él no tenia la culpa de mi imprevision, y por otra noté que el centinela, al ver mi ademan, se preparaba á intervenir con la culata de su fusil en aquel negocio. Hiceme atrás, me emé los cabellos, desfogué mi cólera en mi persona, y luego comencé á reflexionar para ver lo que podia hacer en el punto á que las cosas habian llegado. Mi resolucion fué heróica. Cambié de puerta, y á poco embuti mi bulto entre la democrática y aseleada asamblea.

## II.

Ya dejé contado el cómo hué de resignarme á pasar bajo las horcas caudinas, que por una de las tales tuve al dintel de la puerta por donde penetré en la plaza y confiésemme que me sobraban motivos para pensar así. Aquel paso era en efecto una humillacion, si no para mí persona, al menos para mi frac, que iba á verse allí como ejemplar único entre tantas chaquetas y tantas mangas de camisa. Sin embargo, mi frac en todo rigor no debía ya alimentar muy aristocráticas pretensiones, puesto que, como ya llevamos dicho en mi anterior artículo, había quedado con un solo faldon, lo cual le quitaba todo su carácter de señorío, y claro está que tambien á mí, pues lo llevaba puesto. En fin, mi resolucion estaba tomada, y á la manera del que traga un nauseabundo brevaje de botica, cerré los ojos, penetré en la plaza, y comencé á subir la estrecha y fementida escalera del tendido, donde entre la maldicion de esta muger á quien piso el faralá del traje de coco, y el codazo de aquel patan sobre quien me apoyo para trepar, logro sentar en una tabla mi desvenjada osamenta.

Por algo se pagaba allí solo una peseta. En efecto, el sol abrasador de la canícula dejaba caer á plomo sus rayos sobre el que fué en otro tiempo mi sombrero, y que era ahora una budinera vuelta del revés. El horno de Babilonia donde fueron arrojados los tres mancebos debía, en mi entender, gozar de una temperatura suavísima comparada con la de aquella tarde, y es seguro que si á alguno de los inquilinos de las gradas del sol le llevan sus pecados al infierno, ya es menester que vean los diablos lo que inventan si han de hacer mella en sus cuerpos.

Dije que logré sentarme, y lo estaba en efecto casi con la misma comodidad que Caupolicán, el héroe de Arauco, sobre la punta del palo que fué su suplicio. Véase ahora quiénes eran mis vecinos de asiento.

Ocupaba mi derecha una mozota mas negra que mi corbata, pelo crespo mal domesticado por la blandurilla, y cuyos labios arrojaban de vez en cuando, entre dicterios que podrían escandalizar á un entrepuente, bocanadas de pestífero humo, merced al puro del estanco que llevaba en la boca, y que semejava en la figura y en el color á una algarroba seca. En fin, la heroína de mi cuento era ni mas ni menos

que una habitante de la Mirandilla de Cádiz, que había ido á holgarse al Puerto con ánimo de volverse aquella noche á descansar la figura en su palacio de la *Bajada de los Escribanos*.

Con ser la tal una verdadera tarasca, y con ser hasta su sexo un verdadero problema fisiológico, ello es que sus gracias y sus atractivos lograron interesar á un zaparrón que á su otro lado le deparó la suerte, y que sin duda por la prisa de ir á los toros se había dejado la chaqueta en casa y aun algunos trozos de la camisa; pero en cambio no olvidó llevarse para allá dos botellas de manzanilla, las cuales le sirvieron como de lluvia de oro para conquistar á su Danae, siendo lo cierto que antes de mucho ya ella contestaba con voz aguardientosa á los requiebros de su amarelado galán, no sin su punta de celos de otro mozo crudo que estaba á mi izquierda, y que apretaba los puños al ver la ingratitude con que aquella fementida muger pagaba los ocho cuartos y medio de avellanas que le había regalado poco antes de la aparición del preferido amante.

Pero ni yo había ido allí á ocuparme de conquistas ajenas, ni aquella era de naturaleza tal que me incitase siquiera á escuchar los sabrosos razonamientos de semejante par de tórtolos; por tanto, y al oír que el clarín municipal daba al viento su primer trompetazo, hñé los ojos en el circo, donde á poco apareció el número uno de los esperados animales.

Era este todo un filósofo desde los cuernos al rabo. Salí con paso mesurado y grave, miró en derredor suyo con desden, como con compasión, y al ver la estravagancia del hombre que tales fiestas ama y busca, que en tan bárbaros espectáculos se goza, volvió á inclinarse al suelo su respetable testuz, y quedóse como meditabundo.

Sin embargo, su *trapío* era demasiado formal para que aquel desalmado pueblo no lo acejiese con hórridos y destemplados silbidos. Un picador se le puso delante y comenzó á hostigarle; pero el toro, después de haberle medido con la vista, y después de persuadirse de que era empresa fácil á sus fuerzas escarmentar la osadía del hombre y del flaco animalejo en que cabalgaba, volvióle la trasera con desprecio, dándole á entender con la cola en movimientos significativos que le dejaba por loco.

Redoblóse con esto la gritería, pidiéronse banderillas de fuego, y otro picador, envalentonado al ver lo fácil que era lucir con aquel animal, tornó á acosarlo con tan temerario empeño, que casi le hizo salir de sus casillas, notándose en su oreja izquierda cierto movimiento que dejaba traslucir su mal comprimida cólera. Sin embargo, triunfaron sus sentimientos humanitarios, y sacudió ambos cuernos como para dar á entender que sus principios y no el temor le impedían aceptar el reto. No esperó mas la ansiedad pública; aumentáronse los gritos y los silbidos, en tanto que la autoridad le mandaba aplicar unas cuantas banderillas de fuego, que sufrió impasible la víctima, sin casi apercibirse de aquel tratamiento tan poco civil, abstraída como estaba en sus profundas meditaciones. Esta misma abstracción le impidió el conocer que tras la tercera clarinada se aprestaba un sayon de chupa y monterá á cortar el hilo de su pacífica vida, y semejante al geómetra de Siracusa, cayó bajo el filo de la enemiga espada cuando acaso, como aquel, resolvía en su mente algun problema que dilatase el círculo de los conocimientos humanos.

La corrida había empezado mal, y estas ya se sabe que acaban peor. Salí el segundo toro tan vivaracho y hailarin, que todos le tuvieron por gran cosa. Tan cordial como el otro era hosco, fué en busca del primer picador con el objeto de fraternizar con él; pero al hallar una acogida harto menos hospitalaria de lo que se había imaginado, cayó de su burro y comenzó á sospechar que no iba á salir bien librado con aquella gente soez. En efecto, ya en adelante comenzó á ver la manera de escabullirse; pero sabido es que no era eso precisamente lo que quería el público, quien (en pocas palabras) pidió y obtuvo para este los mismos honores de chamusquina que para su antecesor.

Corridas malas ya se sabe que no hacen nunca buena sangre. El Orlando de la guifa, que como dije antes andaba celoso de las preferencias que concedía la Angélica de la Mirandilla al Medoro de la camisa rota, comenzó á echar á este ojeadas centellantes, y poco después á buscar camorra con él de la manera mas resuelta. Si los celos hacían temible al uno, los favores de le beldad hacían valiente al otro; de forma que tras de cuatro palabras mayores se fueron á otros cuatro mogicones, enarbolándose por ambos contendientes sendas botellas, vacías por supuesto. Mi posición era estremadamente crítica, y aunque hubiera querido hallarme á seis leguas de distancia de aquel par de potencias beligerantes, ello es que no había medio de desasirme de allí. Tomé pues el único partido que me quedaba, es decir, probé á ponerlos en paz con buenas razones, y á tener en la mano un ramo de oliva hubiera parecido un antiguo mensajero de los reyes, que venía á poner término á las luchas de las naciones. Puesto que quise pacificarlos, dicho se está que á mí fué al que tocó el primer botellazo. Mi sangre fué en efecto la primera que corrió en holocausto á aquella

beldad de accesoria, cosa que ciertamente no me hubiera llegado á imaginar nunca.

A mis exclamaciones de dolor, á los gritos de cólera de los combatientes, á los chillidos de la Elena de aquella Troya, acudieron guardias civiles, municipales, salvaguardias y soldados de línea; para poner orden fué necesario comenzar por alguno que otro estacazo, indispensable, aunque lastimosa formalidad que se llenó en cuanto fué preciso; pero entre los precisos estacazos uno fué para mí. Averiguóse por fin el becho, llevaron á la cárcel á los dos mozos y á la interesante hermosura que fué origen de tanta mal andanza: á mí me pidieron perdón de la casual molestia, y yo por remuneración de aquellas angustias supliqué solo me pusieran en la puerta de la plaza, dándome antes un papel de estraza y un poco de agua fresca para mi descalabradora.

En el vapor de aquella noche entraba yo por el cañón de la Puerta del Mar de Cádiz, habiendo tenido la precaución de no esponerme de día á los tomatazos de la plaza de San Juan de Dios. Pero al tomar tierra en el muelle, recordando aquel epítafio de la jóven griega: «Yo también iba á Corinto,» escribí con carbon en la pared: «Yo también fui á los toros del Puerto.»

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

FERNAN CABALLERO

Presentaré el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y parece inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ansia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quieres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejo el futuro; no escogas por amigo el presente; ni te hagas un enemigo del pasado.

Sentencia de Confucio traducida libremente de una version alemana. El ladrón que no se deja cojer pasa por hombre honrado.

Refra. turco.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, ese rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Ceres: rodándole como un soberbio cinturón sus famosas viñas cuidadas como princesas, y sus campos de trigo cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas: estiendo sus inmensos propios por las comarcas cercanas que murmuran de esta invasión del colono rural, y pierde la cuenta de sus montes como un potentado.

Jerez, noble como el que mas, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, el que ha sido testigo de tantas hazañas, conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España, ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fé, obras maestras del arte, y ve con dolor á su lado desmoronarse su magnífica cartuja, admiración de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver.

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España están despobladas como la Mancha y Castilla, las que por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la península, no se puede decir esto de la parte de Andalucía, puesto que subidos en algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algar, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, San Lúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

(1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número del *Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composición ligera, pero escrita por pluma maestra y por persona que se conoce que es competente en la materia, los siguientes trozos que estraclamos á continuación, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra rescua de este pueblo ilustre de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos menos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginación, pues le añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable instruyendo y divirtiendo á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro país y de su historia, y dan si puede decirse *lastre* á la literatura amena.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, Je vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martiriologio* hasta la moderna *Guía de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres donde á cada paso no

Las gentes de Jerez (y no decimos jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos), las gentes de Jerez no son amigos de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz; así es que aquella ciudad que debería ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de lucir espléndido, no goza de estas ventajas, fuera aparte de las inmensas bodegas, verdaderos palacios de las feisimas botas; fuera aparte algunas hermosas casas labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera aparte su gran plaza de toros, no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo; sus alrededores, que debían ser paseos y jardines, son los de un villorrio; carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas anejas á la acumulacion de gentes y de caudales y de los adelantos de la cultura. No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros se unen y demuestran un gran desprendimiento, y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos merezca mas sincera admiracion y mas justos elogios: cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen, de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos, de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve áquel magnifico hospital, aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno: ¿pues acaso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas tan afamadas en Andalucía. Como en cuanto á burlones y ligeros de sangre llevan entre todos los andaluces, los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entonces victimas los graves jerezanos que se emancipaban de las burlonas saetas de los portenños, de estas se podria formar un volumen. Los jerezanos por toda respuesta hermo seaban cada vez mas su plaza; últimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos y hasta remates dorados, y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entonces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Sepan quién es Calleja*. Los coquineros, que son como otros muchos muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es ni propios, ni mas baldios que a mar, quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos para cuando llegase el invierno iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulia plaza* (1).

Entre Jerez y la sierra de Algar se estiende una dehesa solitaria; veíase hace años al lado de una vereda un sombrero, á cuyo amparo se habia establecido un hombre, que sobre una mesa despachaba alguna bebida; andando el tiempo habia labrado cuatro paredes y cubiértolas con nea; habia compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se habia llevado allí á su muger y dos hijos; detrás de la casa habia levantado un vallado que formaba un corral cuadrado, en que de noche recojia unas cabras que de dia llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; habia hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se habia coronado á la primavera siguiente de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada la estaca por su dueño, se habia hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran con el queso de sus cabras, los ramos de mas despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solian ir á cazar, descansaban en la ventilla del tio Basilio, haciendo un consumo que pagaban quintuplicado su valor. Pero á la sazón su muger habia muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su padrino y tio, que era un religioso de Santo Domingo, habia estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y habia pasado como capellan de un regimiento á Lima. Así era que el tio Basilio vivia solo y aislado sin mas compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su madre se habia acabado de entumecer, por-

se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustaquio y Estéban, jerezanos, hasta el arzobispo Palma; desde Garci-Gomez Carrillo hasta D. Tomas de Morla; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giraldo; desde el presidente de Castilla Mirabal, hasta el fiscal del consejo Fernandez de Gatica, lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase cuenta tantos y tan buenos establecimientos de instruccion pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un instituto y multitud de establecimientos privados para la educacion de las clases acomodadas.»

(1) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. los señores duques de Montpensier.

que así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endebles necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la virgen y la madre; así es que Dios las unió para formar el adorable ser por el que se identificó á ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre; estaban sentados ante la puerta del ventucho sobre un banco de tosca mampostería, el tio Basilio, el ventero, que era un viejo débil y encojido, y su compadre el tio Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente y á alguna distancia estaba recostado sobre unas matas de palmito un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestia el traje de cazador, que consistia en unos sajones de raja, polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, los que por la parte interior tienen faldrigueras, en las que guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la espesion vulgar *pintadita*, tenia algo de duro, y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenia nada de la jovialidad tan propia de la juventud; á su lado estaba su escopeta y un reclamo en su puntiaguda jaula cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles yerbas y monte bajo de la dehesa, se arrullaba á si mismo en suave cantinela; solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentian su poder en sus airoas colas que doblaban y solian arrastrar dando traspies á sus dueñas. El gallo de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hácia atrás lanzaba al aire su canto de desafio como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de lo confortable, habia sábiamente escogido para acurrucarse un ángulo de la casa bañado del sol y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba entre sus ginados párpados disimuladas miradas á unos gorriones, los que como los pobres de la mesa del rico venian á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma; el magnifico cielo parecia elevarla, y toda la naturaleza infundir tal bienestar, que el sentimiento intimo cantaba en el corazon. ¡Dios mio! la vida es buena cuando así se somete como principio y fin de lo bueno.

—Vaya, compadre, decia su compañero el ventero, no se queje usted que parece pobre de ropa; siempre está V. con *turbieses*; mireme V. á mi á pesar de mis cuitas; cuando me voy á acostar me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: aqui estan las trampas; me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aqui estan las penas; me presino y duermo como un patriarca, pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado; ¡por via de Barrabás!

—Y qué quiere V., compadre! si este dolor en la pierna lo he entrenado hoy; y esto echa el ribete á la empanada.

—Casa vieja toda es telarañas.

—¿Pues qué mas le aqueja al compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo, y lo lleva en la mano! ¿acaso no sabe V. que hay quinta, que han requerido á los mozos, y que mi José metió la mano en cántaro?

—Cómo ha de ser, compadre! ese hueso todos le tenemos que roer; antaño salió mi Manuel, y tuve paciencia; déjelo V. ir, compadre; así se espavilará, que metido como lo tiene V. con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fui soldado, y digo á V. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma, compadre; verdad es que fui asistente y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno; lo queria que ni que hubiese sido mi hermano menor; mil vidas hubiese dado por él; y no es un decir, ¿pues ve V. está cicatriz en la frente? Con esta me señaló un francés en la batalla de Medellín al ponerme ante mi tentente que iba á matar; el matado fué él; pero me dejó este rasguño por memoria; su hijo de V. necesita espavilarse, compadre, que está cuajado y no sirve para maldita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz; no tiene las luces de su hermano el grande; pero tiene sangre de horchata, compadre; tiene el sentir mejor que el pronunciado.

—Ya! entonces es como los horricos, que todo se les queda por dentro; pues si no le quiere V. dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca? De donde los tenga metidos, compadre; pues V. sus cuartos ha de tener; que bien le rinden sus cabras y el despachillo bien le dá, mas que lo niega V., que es mas estéril que un arenal, y no gasta mas que pachorra, ni da mas que los buenos dias; así es que cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas; sale el perro diciendo: ¡jambre! ¡jambre! sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí*; y maulla el gato: *morirá estenuado*, miau miau.

—V. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones; no se trat

de bromas, compadre, sino de veras: ¿qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—Solo me voy á quedar como un pitaco.

—Y hará V. malamente, compadre; traspase V. su venta y véngase al pueblo.

—No puede ser eso, compadre; aquí he vivido, estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna; aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven, que hasta entonces habia estado escuchando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose y diciendo: upa!

—Hijo, le dijo el tío Bernardo al compadre del ventero,

El que al sentarse dice ¡ay!  
y al levantarse dice ¡upa!  
no es ese el yerno  
que mi madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

—Valiente puñado son tres moscas, repuso el tío Bernardo; pero vamos á ver, ¿quién te manda andarlas? ¿no es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿por qué te metes á aprender saínetes? ¿por vía de Barrabás! para echarla de usía, porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto, y esos, hijo mio, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tío Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene V. la lengua muy larga y muy afilada; pero anda con Dios, que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

—Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tío Bernardo, que el mucho humo te ahoga, y no me la vendas echando de pechisacado ni con amenazas, que á mi no me amedrentas tú ni veinte monos como tú; canas tengo, pero no me valen ellas para quien como tú no tiene ni fé ni ley; lo que me vale es saber tú de atrás que á mi no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que habia sido nombrado Juan Luis Navajas no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

Caramba, compadre, y qué rescuadra le ha echado V. al barberillo! No parece sino que se la tenia V. guardada, dijo el ventero.

—Y asina es, compadre, repuso el tío Bernardo, porque ha de saber V. que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez; no todos lo conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza, y él lo sabe desde cierto lance.

—¿Y á qué se mete V. con ese hampon mal encarado? Mire V. que le puede salir caro, y ande V. con el ojo sobre el hombro; por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre, yo no le temo; verdad es que me tiene ganas; pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludia el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche habia acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en accho de una venganza. El tío Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida; el tío Bernardo la recojió á pesar de haber querido impedirselo el barberillo. Oye, Juan Luis, no quiero perderte; si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien. Desde entonces lo que debió ser agradecimiento, se habia tornado en el aprendiz barbero en un profundo ódio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado encono y tédio contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

—Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él como tenia de costumbre para pedirle leche; y mientras José, que se entretenia mucho en su soledad con las cosas que solia contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba en ordeñar una de sus cabras, le dijo este:

—¿Con que entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—Mira tú, mi padre que no me quiere libentar; ¿de qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¿Y qué, tiene dinero tu padre? preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace de oro, y cuando murió el padre de mi madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—¿Pero dónde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

—Mi padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy cuaco, respondió José echándose á reír; pero lo sé, y muy bien que lo sé. Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared

contra el suelo debajo de la cabecera de su cama; ahí lo metió, y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así solo un zahorí da con el escondite. Pero ya que no me quiere libentar, voy á tocar de suela, y zapatos han de romper antes de dar conmigo.

—No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cojiéndote te meten en gallota, y en seguida te cargan con el fusil; mira, yo tambien entro en suerte, y si salgo soldado iré con los otros; lo demás no es sino tirar coces contra el aguijon; mas adelante, y cuando se presente ocasion oportuna, desertaremos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

—Sí, respondió el aprendiz barbero, siempre que me prometas callar como un poste; ¿lo prometes?

—Por el alma de mi madre, contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas habia tenido lugar la quinta; y tanto al barbero como al hijo del ventero habia tocado la suerte de soldado y habian sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Despues de algunos meses de estado en el regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo el bien combinado plan que habia urdido de desercion, el que solo el dia antes comunicó á su compañero. Huyeron pues siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose antes de llegar á este pueblo por la sierra de Algar; al sol puesto estaban estenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que este conocia para pedirles pan, lo que este hizo ciegamente; en seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie trascurriese por la vereda, debería ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situacion exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer impetu de cólera de su padre, á quien él se hacia fuerte de persuadir de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás pidió á José su navaja por si le acometia el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atarse á la cabeza; ambas cosas le fueron al punto entregadas por José. Al cabo de una hora volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habria notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando este le aseguró que habia hallado á su padre inflexible; que solo habia podido arrancarle su traje de pastor, que le traia para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por mas seguridad era necesario separarse, y que él se iba hácia Portugal donde esperaba quedar oculto.

Abria el dia tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugia; las yeguas venidas para la trilla unian el sonido metálico de sus cerceros á las demás armonias campestres, y el Labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle.

Caminaba el tío Bernardo como siempre, con firme paso y ligero corazón hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar estrañó ver la puerta abierta.

—Vaya! pienso que ha madrugado hoy el compadre; me alegro; por lo visto no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza, pero á nadie vió.

—¡Compadre! gritó en recia voz, y nadie contestó; solo el perro del ventero ahulló lúgubrementé.

El tío Bernardo pertenecía á una clase de hombres comunes en España, que tienen una imposibilidad completa, que ni alteran el temor ni perturban la sensibilidad, que reciben las impresiones por la razon clara y definidas, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y las abultan, y no obstante la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio, solo interrumpido por el lúgubre ahullido del perro que parecia helar aquella casa, le impusieron; paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesus Maria! exclamó con hondo acento, al ver caída en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, la que apenas hubo abierto dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal colchon tirado en el suelo, cubria un bulto, pero no tanto que no asomase por debajo una mano livida, la que yacia en una laguna de sangre; á su lado estaba sentado el perro, que volvió á ahullar con mas desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habian sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veia una palanqueta con la que se habia abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí veíase un

hueco oscuro y vacío, y cerca algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tío Bernardo de una sola mirada.

—¡Robado! murmuró, su oro lo perdió.

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacía boca arriba; en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se había desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre; agotada la sangre que por ella se había vertido, veíase los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima, la que con los ojos de par en par y desatardados, la boca abierta como lanzando el último grito por socorro, yacía ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

—¡Muerto! murmuró el tío Bernardo: Dios le haya perdonado, añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo que algunas horas despues habia de hacer desmayarse á un jóven escribiente que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tío Bernardo salió, ató á una cuerda el perro que llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del emisario y declaración de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debía tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto; afirmando el muchacho á cuantos hablaba que á su padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite en que guardaba ese dinero era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared, y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometería el asesinato, pertenecía á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en dias de márchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen:

Que la tarde antes al ponerse el sol habia vagado el desertor por las cercanías segun deponían unos pastores, á los que habia pedido pan y agua por no haber probado bocado en todo el día:

Que buscando la partida al delincuente habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentando á una muger que lavaba la ropa al padre y al hijo, habia reconocido era prenda como perteneciente á José:

Que fuera parte el dinero, lo único que habia faltado en casa del ventero habia sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo:

Por consiguiente alcanzó el juzgado la convicción de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada despues de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso abandonado; el techo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible Simoun hubiese pasado sobre ellos.

En noches tempestuosas cuando el viento que gime busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á ahullar en la vacía estancia, y algun portazo que daba con violencia hacia estremecer el guarda ó el pastor que vagaban en aquellas cercanías:

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetración del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no lejos de Coin, un hombre vestido de cabrero, enfermo y estenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado habia desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, restablecido que estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras con las que se internó en los montes, en los que siguió oculto y desconocido, vejatando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre la cubierta un jóven, con elegante vestido de viaje con un casacaquin de mahon, pantalon igual y un sombrero de paja de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendían por la espalda. Este jóven con aire petulante é insolente era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque por él no se sabia, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente, por lo cual los demás pasajeros le acataban, incluso el capitán, bien ajenos que aquel que por la insolencia con que se daba tono sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa era un aprendiz de barbero, un deser-

tor, un ladron, y un infame asesino, porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos fabricados por un judío en Gibraltar bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambición y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia; solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los picaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivía; sus recursos disminuían, y el porvenir no le brindaba esperanzas: así es que se decidió con la audacia que le era natural por la carrera de las armas, porque siendo valiente y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en sociedad, sentia que no habria en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviese pronto en acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener, marrar ni deslizarse para llegar á sus fines. Ardía entonces en Lima la guerra denominada de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Carlos III levantó el indio Tupac-Amarú el estandarte de la rebelion contra la Metrópoli, el que no obstante despues de vencido no fué ejecutado, sino traído á un presidio de España donde poco despues murió; y ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué en donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominación española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Victor con su habitual osadía al general, que se apresuró en admitir entre sus filas al gallardo jóven, el que á poco tiempo de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarria, su actividad é inteligencia. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distincion que habia casado en Lima con una muger rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el capellan del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas escelentes cualidades del hombre y un saber poco comun.

Pero desde algun tiempo don Gaspar Camas, que todos llamaban siempre el padre capellan, habia caído en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido, ó bien por delicado respeto á la desgracia.

Una tras otra y con corto intervalo habia recibido el capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del rey de un hermano suyo, la del asesinato de su padre, y la de la muerte del rector de Santo Domingo, su tío y padrino que le habia educado, y al que todo lo debía. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el padre capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y su muger, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Burlase á veces la suerte de la justicia con descaero, y la justicia se da por vencida porque su reino no es de este mundo; así se verificó en la relacion que vamos haciendo; no era solo el valor el que proporcionaba á don Victor Guerra cada dia nuevos lauros, puesto que en el regimiento habia otros muchos tan valientes como él; pero era la fortuna que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse que negaba á otros; era ella la que ponía su dinero al naípe que habia de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenia su gran ariete la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva, pocas lo son, que el éxito es el que da valor á las personas y mérito á las empresas. Cuántos han pasado por menguados sin serlo; cuántos por entendidos sin tener nada de esto, porque á la fortuna le plugo burlarse de la justicia segun llevamos observado!!! y qué bien dijo un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En los hombres influye el éxito pues tan poderosamente, que el que logra es encomiado, admirado, celebrado necia y estúpidamente, así como el que no logra es puesto á un lado y despreciado, mientras rie la fortuna de este ridiculo género humano, y llora la justicia su impotencia sobre la necia muchedumbre.

Varios años pasaron en los que el fingido D. Victor de distinguido llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Pareciale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen? ¿haciase ilusion que la mera posicion que se habia labrado cubria con su esplendor el nuevo, el negro y ensangrentado hoyo, en el que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió era estinguido su delito? ¿tenia conciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido que su violentísimo delito se descubriese? No po-

driamos decirlo, porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende; pero lo que si creemos es, que hay tales hombres en los que duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor; mas cuando este falta por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por la falta de temor nacida de la ausencia de la fé y religion en cuanto á la justicia divina, la conciencia decae, se duerme, se atetarga, pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la envigoriza; uno de estos momentos es el de.... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recojido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traído á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

(Continuará.)

## A TISBE.

El alba nace, y con su luz primera  
Los montes, prados y colinas dora;  
En plata entorcha la azulada esfera,  
Riza las aguas y en las flores llora:  
El sol pule la rubia cabellera  
Por mostrarse galan ante el aurora,  
Sale en pos de ella y todo lo ilumina  
Rayos vibrando de su faz divina.

Así en la juventud, cuando la pura  
Veste, dejamos de la infancia bella,  
La nueva aurora del placer fulgura  
Y en nuestro corazon clara destella,  
El sol de amor radiante de hermosura  
Benéfico ilumina nuestra huella,  
Y al adorar su lumbrer embebecidos  
De gozo se estremecen los sentidos.

Entonce un ángel desde el alma coro,  
Bello como la luz de la mañana  
Desciende en vuelo rápido y sonoro  
Del sol entre la lumbrer soberana:  
En rico vaso de zafiro y oro  
La esencia lleva del amor temprana,  
Y nos la da del agua en la dulzura  
Ó entre el aroma de las flores pura.

Esencia de los cielos desprendida  
Inefable placer briada del cielo,  
Y todo es dicha y paz, júbilo y vida,  
Luz los espacios y verdura el suelo:  
Al gozo que presiente, estremecida  
El alma vuela en incesante anhelo  
En pos de la pasion, que la esperanza  
Pinta entre gloria y perennal bonanza.

Casta en su origen y despues rugiente  
Volcan que tala el pecho enamorado,  
Entre zozobra y celos dulcemente  
Nos brinda la pasion néctar preciado:  
Luego conmueve en ansiedad ardiente  
Al corazon que en ella enajenado,  
Estático en el fuego en que delira  
Llora de gozo y de placer suspira.

Entonces ¡ay! el desengaño llega,  
Y cuando el alma su placer alcanza  
La pura flor de la ilusion doblega,  
Agota el manantial de la esperanza;  
Roto el cendal que nuestros ojos ciega  
Al último vislumbre que amor lanza,  
Miramos, y á sus pálidos reflejos  
Gloria, ilusion y amor volar al lejos.

Así tal vez, si en la serena tarde  
Virgen cuadrilla de zagalas bellas  
Tejiendo danzas en festivo alarde  
Los prados bordan con ligeras huellas:  
Súbite el sol se nubla, el cielo arde,  
Ruge la tempestad, y entonces ellas  
Del trueno al ruido y al fulgor del rayo  
Timidas huyen en mortal desmayo.

¡Oh llama celestial! ¡oh fuego santo  
Que conmueves los cielos y la tierra!  
¡Trasparente fanal lleno de encanto  
Donde la esencia del placer se encierra!  
¡Dulces suspiros, venturoso llanto,  
Paz inefable, generosa guerra!  
¿Por qué en el corazon cruzais perdidos  
Que os goza apenas cuando ya sois idos?!

¡Oh Tisbe! tú, que en plácidos amores  
El alma virgen candorosa enciendes;  
Mariposa gentil rica en colores  
Que con alas de vidrio el aura hiendes:  
Y al ver la luz, y al admirar las flores  
Embebecida en ellas te suspendes,  
¡Huye la llama y su engañoso fuego...  
Huye la flor que se marchita luego!...

F. MORENO Y GODINO.

## CÉFIRO Y FLORA.

### I.

CÉFIRO.

¿Qué esperas, bella ninfa,  
gentil zagala?  
¿Por qué tanto te asomas  
á la ventana?  
¿Piensas acaso  
eclipsar á la luna  
con tus encantos?

FLORA.

Tengo, céfiro, un novio  
noble y gallardo,  
que hace ya cuatro noches  
me está rondando;  
Y en dos palabras,  
voy á entregar al viento  
sus esperanzas.

CÉFIRO.

No juegues con amores,  
Flora inocente,  
donde menos se piensa,  
salta la fiebre;  
Y el ciego niño  
es, viéndose burlado,  
muy vengativo.

### II.

FLORA.

Virgen de los Dolores,  
reina del cielo,  
dadle vida á mi vida,  
que yo me muero.  
Por las preciosas  
lágrimas que vertisteis,  
virgen piadosa.

CÉFIRO.

¿Qué tienes, Flora bella?  
¿por qué suspiras?  
¿dó se fueron las rosas  
de tu megilla?  
Esta mañana  
hace un año que celos  
dabas al aura.

FLORA.

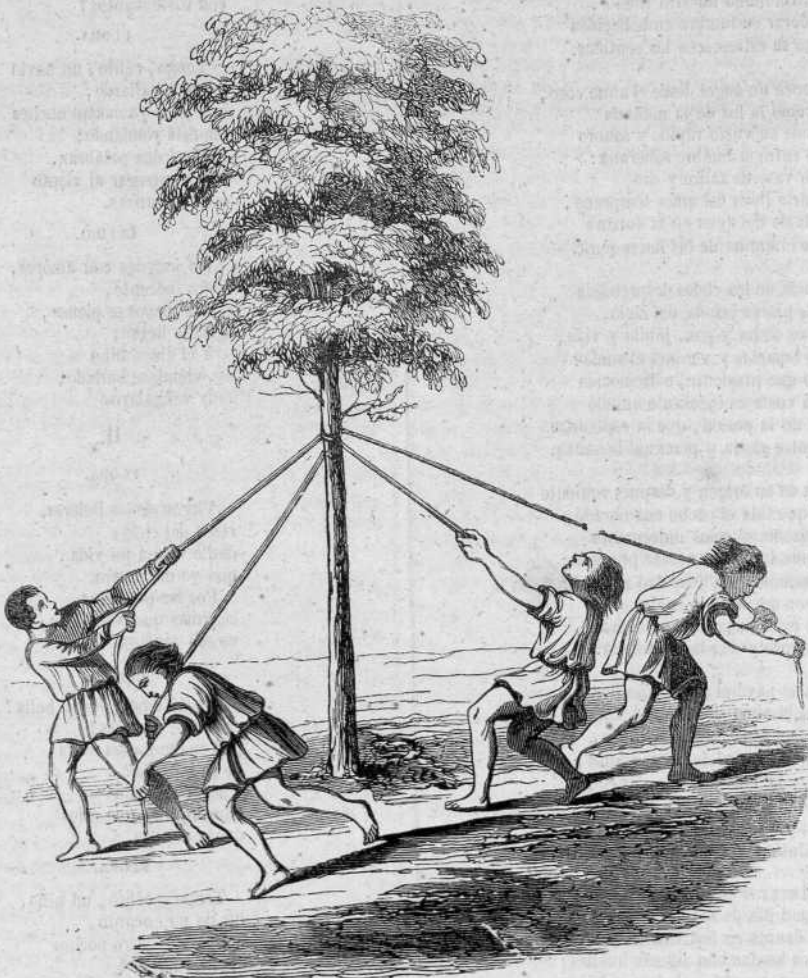
Tengo, céfiro, un niño,  
luz de mi encanto,  
que lleva cuatro noches  
agonizando.  
Díle á tu madre  
si conoce en el mundo  
pena mas grande.

EDUARDO GASSET.

## PROVERBIOS ITALIANOS.



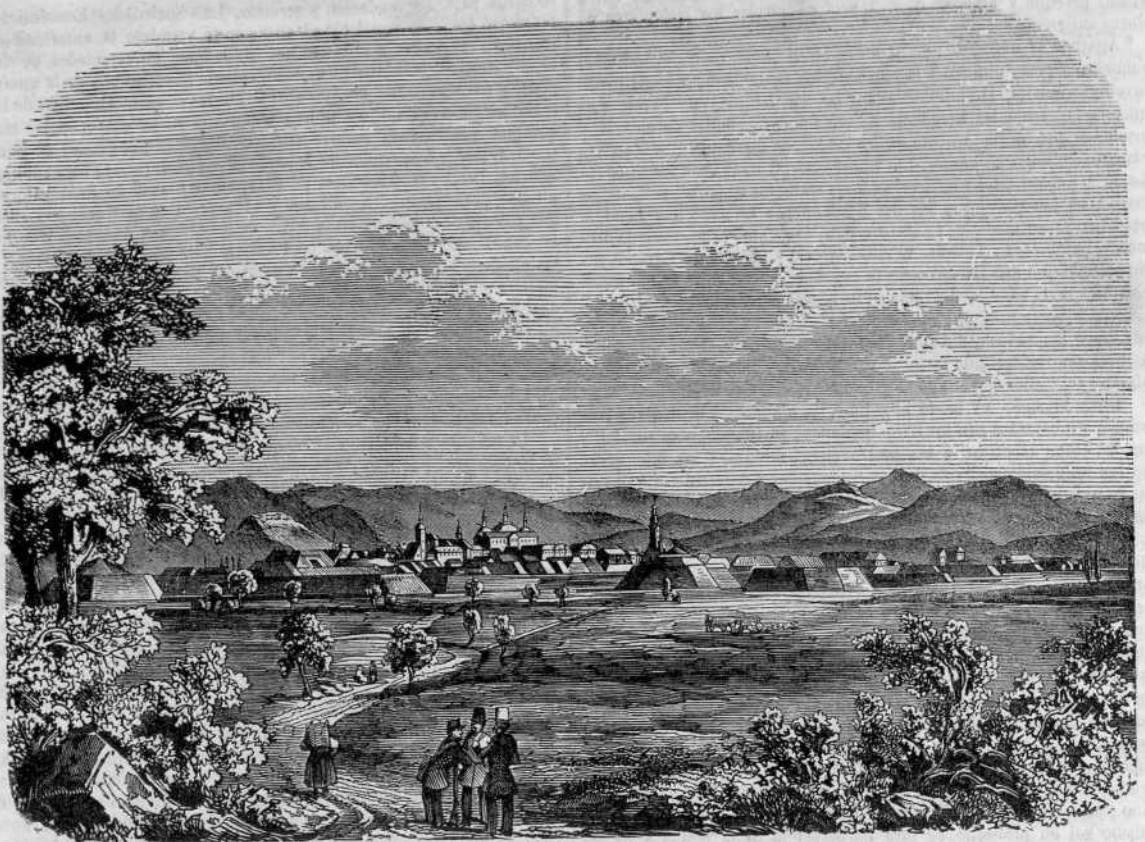
Quanto puo la concordia unita insienne. ¡Qué no pueden los hombres cuando los une la concordia!



¡Mirate quel ch'avvien er la discordia!

¡Ved lo que produce la discordia!





RAFTATT.

En un fértil valle de la Alemania Rhiniana, rodeado de una vasta cadena de montañas sin vegetación y de color oscuro, se halla situada Raftatt, pequeña población de escasa importancia por su vecindario, pero notable por las fortificaciones que la rodean y que la dan la consideración de una plaza importante. La lámina que va á la cabeza de estas líneas ofrece al lector una vista de población, mirada por donde presenta una vista mas completa.

## BIBLIOGRAFIA.

### DONATIVO DEL EXCMO. SR. PARGA Y PUGA

Á LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO.

La fundación de bibliotecas públicas ha sido considerada desde la antigüedad como uno de los elementos necesarios para el desarrollo del saber humano. Son la continuación de las cátedras, mejor diremos, su término. Las aulas señalan el derrotero y marcan la escala. En las bibliotecas se descubren los vastos y dilatados continentes de la inteligencia, que asciende de la filosofía á la teología, y del ingenio, que baja de la inspiración al examen.

Las bibliotecas de la edad media pertenecen á los monasterios. Allí se refugian las letras divinas y humanas: el cataclismo social que ha seguido al Bajo-Imperio, respeta los pórticos del cristianismo, que son los vestibulos de la civilización. Los copistas, reunidos en taller, pequeña comunidad de eruditos en la numerosa comunidad de penitentes, son los *cajistas* de aquellas *imprentas*, ó sean transmisiones del pensamiento, caras, mercenarias y complicadas. La obra de manos instituida en la regla de S. Benito se conmuta en copia de libros. Los benedictinos conservan hasta el siglo XVIII este laboreo científico, admirable en la escuela de Fuld, y brillante en la congregación de S. Mauro. Los ornamentos y los libros constituyen las mandas religio-

sas de los devotos y penitentes. Los donantes ofrecen los libros en el presbiterio *por el remedio del alma*. No se puede dar mas valor y elevación al espíritu humano. En el siglo IX se distinguen confusamente en España algunas bibliotecas en las catedrales y santuarios. D. Alonso el Casto hace donación á S. Salvador de Asturias de los «libros para su biblioteca.» Los ejemplares del antiguo y nuevo Testamento, de algunas obras de los Santos Padres, y de los escritores griegos y latinos, constituyen estas bibliotecas cristianas.

Las bibliotecas científicas pertenecen á la civilización oriental. La biblioteca de Meruam, en tiempo de Alhaken II, contiene de 400,000 á 500,000 volúmenes. Setenta bibliotecas públicas se establecen en España bajo la dominación árabe. La ciencia atraviesa las fronteras de ambos reinos sin apercibirse de las algaradas moriscas y de los torneos caballerescos. Los jefes de las madrissas vienen á las bibliotecas de los monasterios, y los cristianos concurren á las academias rabínicas de Córdoba y Toledo. Escritores españoles combaten en árabe la doctrina del Koran, y copistas árabes trasladan á su idioma las biblias y cánones de la Iglesia cristiana para los templos y monasterios. A la propagación de los libros sucede la vulgarización de las ideas. La España oriental es la Francia del siglo XIX: las doctrinas filosóficas y los descubrimientos científicos irradian de la península á Francia, Italia é Inglaterra, por medio de la constante y no interrumpida peregrinación de los doctos. Las bibliotecas clásicas, las bibliotecas académicas, esos inmensos receptáculos de la civilización egipcia y griega, que á pesar de la llama de los incendios y de las olas del Océano, espectador impasible de terribles naufragios, sostienen la celebridad de la biblioteca del Escorial, las bibliotecas de los comentaristas y expositores, de los teólogos y filósofos, de los historiadores y naturalistas, de los prosistas y poetas, pertenecen á la civilización árabe.

De los árabes pasa á los cristianos, ó por mejor decir, los despojos de los árabes vienen á enriquecer las librerías de los cristianos, á pesar de las hogueras encendidas por el obispo Lope de Barrientos y el cardenal Jimenez de Cisneros. D. Alonso X aumenta el número de los copistas de su palacio, y busca los ejemplares de valor científico en los monasterios y catedrales, según se echa de ver por los recibos signados con su nombre, de los libros prestados por el prior de Santa María de

8 DE MAYO DE 1855.

Nájera y el cabildo de Avila. Los reyes y caballeros establecen entre sí una perenne y afanosa competencia en recoger los ejemplares de obras antiguas.

Aparece la imprenta, y abaratándose el libro, multiplicándose el volumen, y generalizándose la reproducción tipográfica, se constituyen involuntariamente las bibliotecas en las mercaderías de libros. Las universidades son las herederas de ese inmenso caudal de ciencia y erudición que se ha apilado en las celdas de los conventos y en las cámaras de los ricos-hombres. Los impresores alemanes son los tipógrafos de la Europa sabia; se acercan á los claustros de las universidades, instigados por esa eterna ley del pensamiento humano que tiende á perpetuarse por medio de la transmisión. Colocan sus prensas en Valencia, Salamanca, Toledo, Sevilla, Alcalá y Medina del Campo, reconociendo que una nación como la española, patria de la restauración científica de la edad media, nación de poetas y marinos, de ciclo meridional y tierra pródiga, emporio del comercio en el siglo XV, necesita abrir las esclusas del torrente intelectual que aspirará mas tarde á la reforma protestante en los mercados de Medina del Campo, en las pláticas religiosas de Valladolid y en las asonadas de Sevilla.

Desde el siglo XV hasta el actual, las bibliotecas de España, ya ocupen sus estantes con los libros profanos, ya inscriban en sus índices las obras ascéticas y las controversias místicas; las bibliotecas de las universidades, colegios, corporaciones y particulares y las de los conventos y seminarios conciliares adquieren un inmenso catálogo de ejemplares, y son las legatarías de interesantes y luminosos manuscritos, debidos al talento oscurecido ó al ingenio desautorizado. Desde el siglo XVIII los libros de los conventos se destinan á las bibliotecas de las universidades. Sociedades económicas é institutos provinciales y locales, sin tener en cuenta que algunos cuerpos de guardia necesitan fuego para las noches de invierno, y que los reventadores no sufren de balde el calor que llega hasta los baratillos. A esta fecha corresponde la formación de algunas bibliotecas particulares de dentro y fuera de España, cuyos dueños han destinado cuantiosas sumas á la adquisición de antiguas y raras ediciones. Entonces hace estragos—«la barbarie de una especie particular, según la ingeniosa observación de un escritor contemporáneo (1), la barbarie de la erudición que recoge todo lo esparcido, no para utilizar y difundir, sino para secuestrar, para guardar bajo cien llaves, para ocultar al mismo sol en provecho de otra barbarie: la de la polilla y de los ratones»—repugnante usura de las glorias ajenas que malgasta sus vigilias en impertinentes diatribas. Mas barato le saldría copiar el *ricole erudito* de las fábulas literarias de Iriarte, ó el *D. Hermógenes* de la *Comedia nueva* de Moratin.

Algunas bibliotecas, como la de la universidad de Santiago, deben su origen á la concesión de los libros pertenecientes á los regulares de la compañía. El doctor Valle Inelán es el comisionado de su arreglo. En 1794 se ordena su primer índice (2). Los donativos particulares y las adquisiciones sucesivas aumentan su catálogo. Carlos III y la Academia de San Fernando le envían la magnífica edición de *Pompeya y Herculano* y las actas de sus acuerdos. A los ejemplares de la librería de los jesuitas de Pontevedra, Coruña, Monterey y Orense, sin contar con la de Monforte que se retiene á beneficio del colegio instituido por la condesa de Lemus, en 1770, siguen las cesiones de las librerías del escultor Castro, recojida en Madrid por el doctor Balderrama; del señor Piñeyro, canónigo de la catedral de Santiago; del consejero y arzobispo Figueroa; del señor Fandiño, catedrático de digesto en esta escuela, y asistente de la misma ciudad, y del doctor Carballo. La antigua asignación anual de 100 doblones (6,000 reales) y la cantidad discrecional de ahora para la compra de libros, proporciona á esta biblioteca la sucesiva adquisición de las obras modernas.

En las librerías de los conventos suprimidos de Santo Domingo, S. Agustín, S. Francisco, S. Lorenzo y Coujo de Santiago (3) que completaban en nuestros días la suma de 15,520 volúmenes, la comisión de la Sociedad Económica escoje 857 como útiles y curiosos. La propagación de las bibliotecas es el esfuerzo constante y provechoso de los talentos interesados en la ilustración pública. En el reinado de Carlos III se proponen de una manera vaga las bibliotecas parroquiales, que ya se han generalizado en Prusia, Bélgica é Inglaterra. El perito y diligente padre Sarmiento (4) desea el establecimiento de las bibliotecas públicas, no solo en las poblaciones de universidad y catedral, sino también en los pueblos de mil vecinos, arbitrando medios y

recursos para su fundación y servicio. Las Sociedades Económicas, precursora creación que debía alcanzar en lo venidero la autoridad de institutos agrícolas é industriales, verdaderas universidades de las artes y oficios, reanimadas galvánicamente al estruendo de la guerra civil, y paralizada de nuevo su vida por la violenta absorción de los reglamentos académicos, no han alcanzado en su mayor parte mas que una momentánea resurrección. La Sociedad Económica de Santiago, briosa y emprendedora bajo el régimen inteligente del canónigo Sanchez Boad y el catedrático Pereyra, en los días de los espurgatorios y limpieza de sangre, agronizante y cadavérica en un rincón del antiguo colegio de Fonseca, en la época de los caminos de hierro y de los telégrafos eléctricos, procura en 1856 abrir las puertas de su librería á las clases industriales. Instruye espedito para la formación de una biblioteca nocturna de los artistas, porque «sobre no estar abierta aquella (se refiere á la de la universidad) en todos los meses del año, los días y horas en que lo está son incompatibles con las de trabajo de los artistas y menestrales (1)»: empero este pensamiento, como la instalación de un Ateneo por la misma corporación en 1858, no salva los estrechos límites de un proyecto. La universidad ha procurado recabar siempre para sí el solidarismo científico y literario.

La biblioteca del Estudio general no vuelve á prolongar las horas de lectura (2), y la Sociedad Económica confía á su portero una escogida colección de obras aglomeradas entre los modelos de yeso de la escuela de dibujo (3). Con los donativos llegan á la biblioteca de la universidad las ediciones antiguas y las colecciones escojidas; con las sumas anuales se adquieren las obras que constituyen el desarrollo de la civilización moderna. Las cesiones son debidas á elevadas personas de buen gusto y corrección literaria, entre tanto que de las librerías de los conventos se aportan dobles colecciones de espositores y comentaristas. La biblioteca de la universidad de Santiago ofrece algunas obras de remota impresión, que se encuentran al lado de escasos é incompletos manuscritos, debidos á escritores naturales de Galicia. El resumen cronológico que publicamos á continuación revelará á nuestros lectores las proporciones bibliográficas de su índice de libros raros.

Entre las traducciones del antiguo y nuevo Testamento, debidas á los luteranos españoles, Casiodoro de la Reyna, teólogo de Sevilla, Francisco Encinas, discípulo de las escuelas de Flandes y Lovaina, el rabino portugués Menasse, Ben Josef, Ben Israel, refugiados en Francfort, Amberes y Amsterdam, se cuenta la traducción de la Biblia por Ciprián de Valera, que nació en Sevilla por los años de 1532, y de la cual hay un ejemplar en esta Biblioteca, que fué donado por el reverendísimo padre maestro fray Ramon Moas y Barreiro, catedrático jubilado de filosofía moral en la misma universidad. La Biblia publicada en 1708 por D. Sebastian de la Encina, ministro de la iglesia anglicana, es la misma de Ciprián de Valera, sin comentarios marginales.

#### EDICIONES CORRESPONDIENTES AL SIGLO XV.

Appianus Alexandrini de civil. Roman. bellis (Venetia, 1477).

Este ejemplar es curioso por estar impreso en letra romanilla y haber pertenecido al maestro Juan Interian de Ayala, catedrático de la universidad de Salamanca, como se lee en una nota manuscrita en la primera página de la obra. (No conserva la portada.)

Comentario al Dante, por Lándino (1481).

Tablas alfonsinas (1485).

Compendium grammaticae thesaurus pauperum de Sch. Pastrana (Salmantica, 1485).

Magister sententiarum (Venetia, 1488).

Vocabulario de Nebrija (Argentina, 1488).

Kempis (Londres, 1489).

Liber de viribus cordis de Avicena (Venetia, 1490).

Libro de sentencias de Scotto (Venetia, 1490).

Tablas alfonsinas (Venecia, 1492).

Obras de Oekam (Londres, 1495).

Forma novitior de S. Buenaventura (Sevilla, 1497).

Doctoris parisiensis tertia pars operum, por Gerson (1497).

Biblia (Basilea, 1498).

(1) Representación á S. M. en mayo del mismo año.

(2) Comprueban este aserto los párrafos siguientes:—El bibliotecario mayor tiene que residir diariamente en la biblioteca una hora al menos por la mañana y otra por la tarde. (Cap. 14, §. 4.º)—El bibliotecario menor... recogerá todos los días por la mañana las llaves de mano del bibliotecario mayor, al que las entregará por la tarde. (Véanse las «Constituciones y órdenes para el uso y gobierno de la biblioteca de la real universidad de Santiago. Impresas en Santiago, MDCCVC.

(3) En esta librería se encuentran las obras de Platon, Tito Livio, Aristóteles, Casiodoro, Virgilio, Santa Teresa, S. Isidoro, Sohrzano, Avila, Melchor Cano, Interian de Ayala y Zabaleta. Son dignos de particular mención los libros siguientes: *Marciano*, Funerales de Felipe IV. *Salazar*, Historia de la casa de Leon. *Rodríguez*, Descripción de las honras hechas á Felipe II. *Avellaneda*, Crónica de D. Sancho. *Castillo*, Viaje de Felipe IV á la frontera de Francia. *Salazar*, Historia de la casa de Silva. Colección de privilegios de la orden seráfica.

(1) El laborioso y entendido literato Sr. de Ariban.

(2) Según consta en el testimonio de vista de D. Juan Martínez Oliva, canónigo cardinal de la catedral de Santiago á la real universidad.—Espediente sobre biblioteca.—Número 7 (MS. del archivo del establecimiento).

(3) La magnífica biblioteca del monasterio de S. Martín, desprovista de las mejores ediciones que habían desaparecido en los primeros días de la ilustración, ha sido destinada á la universidad, previo el examen facultativo de las obras útiles.

(4) Reflexiones literarias para una biblioteca real y para otras bibliotecas públicas. (Semnario erudito de Valladares, tom. XXI, pag. 99 y siguientes.)

## MANUSCRITOS.

## SIGLO XVII.

Preceptos de la pluma por el hermano Santiago Gomez, jesuita, natural de Guillamil, en la Limia (Galicia). La portada y muestras estan grabadas en 1665.

## SIGLO XVIII.

Diccionario de arquitectura con las voces técnicas de esta facultad con sus equivalentes en castellano y esplicaciones. Sin portada ni título. Donativo del escultor Castro (1).

Voces correspondientes al diseño, sacadas del Diccionario de la lengua. MS. en fol.

Noticia de las pinturas y estatuas que hay en las iglesias de Madrid, con adiciones autógrafas del escultor Castro.

Dictámen teológico-canónico-moral sobre el contrato de depósito irregular.

Libro de blasones (se conoce que ha sido un vademecum del escultor Castro).

Relacion de un viage hecho por Italia por el ilustrísimo señor abate Onofrio Sala (escrito en italiano).

Ayuntamientos legales del doctor D. Mateo Antonio Faudind.

Segunda parte del libro discreto y curioso de prudentísimas letras y eloquentísimas respuestas, dirigido al ilustrísimo señor D. Juan de Roxas y Acuña.

Apuntes del doctor Carvallo.

Libros de varios escudos de armas que sacó de varios autores el doctor D. Bartolomé García de Novoa (dibujos de blasones), 58, fol.

Presidios de Africa (espediente sobre la conveniencia de conservar ó abandonar estas posesiones), un vol. encuadernado en fol.

Siete mazos de cartas confidenciales del padre Sarmiento dirigidas á su hermano D. Javier sobre la remision de plantas á Galicia, la ceguera temporal de los atunes (vulgo *arroares*), las curas prodigiosas de la carquesia (en el dialecto gallego *carqueica*, el proyecto del cultivo de cáñamo y seda en Galicia, el descubrimiento de la *Pinna marina* (en el pais *Navallons*, etc. De este marisco que tambien se conoce con el nombre de *nacar perla*, hace mencion el mismo autor en un importante manuscrito que hemos tenido á la vista titulado: «Respuesta á la pregunta de si nacen en Galicia, en qué sitios, en qué cantidad y de qué calidad, los vegetales Kali Sosa y Barrilla, año de 1756.»

Carta autógrafa del padre Sarmiento al conde de Campomanes sobre el directo dominio de los bienes monacales, un pliego en fol.

Para el estudio histórico y comparativo de la literatura española, escasa y reducida era la copia de autores que ofrecia la biblioteca de la universidad de Santiago. La falta del índice razonado y científico de sus libros alejaba del erudito y del investigador algunas de sus obras de pequeño bulto, pero subido precio, para analizar los elementos constitutivos de la nacionalidad literaria. Aparte de las manoseadas colecciones de Sanchez Capmani, Sedano y Quintana, y de las comunes apreciaciones del abate Andrés, Lampillas, Velazquez, Sarmiento, los Mohedanos y Luzan, el literato y el crítico no se podían remontar á las claras fuentes de la literatura popular de España. Las bibliografías de las escogidas bibliotecas del maronita Casiri, del gallego Castro y del canónigo D. Nicolás Antonio, aumentaban la sed de lectura que no aplacaba el índice general. Los romanceros y los libros de caballería, las ediciones primitivas de los prosistas y poetas españoles, esos libros de escaso nombre que rechaza el vulgo á pesar de que son las copias al daguerreotipo de las existencias religiosas, sociales, científicas y literarias de una década, no habian llegado con las excelentes colecciones de historias generales y crónicas antiguas, los Diccionarios, Memorias y Enciclopedias, los Noviliarios é Historias de ciudades, y las ediciones ilustradas con magníficos grabados. La literatura popular no se habia completado como la literatura sábia.

Afortunadamente, un ilustre compatriota, un docto y modesto erudito, último eslabon de aquella cadena de varones reconocidos á su patria, hijos de bendicion para Galicia, amamantados en el sentimiento de provincialismo que casi constituye una vanidad, y en el encariñamiento hácia las tradiciones de su escuela que rayaba en preocupacion; último reflejo de aquella brillante pleyada de eminencias eclesiásticas ó civiles, protectoras del talento, rebuscadoras de la des-

(1) En 1790 existia este manuscrito, segun el testimonio de una carta inédita dirigida por el señor Reboredo al erudito académico de la historia señor Cornide, en la que se participa la conclusion de la estantería de esta biblioteca y la colocacion de los libros, por medio de dos graduados directores y un oficial.

gracia, sostenedoras de la fortuna, padres de los desvalidos sin familia, que brilló como el último resplandor de una antorcha que se apaga en el faustoso y espléndido comisario de Cruzada señor Fernandez Varela (1), á cuya mesa concurrian en la patria comun del entusiasmo Mariano Larra y Joaquin Rosini, la España satírica de la revolucion y la Italia lírica de la inspiracion. El Excmo. señor D. Jacobo Parga y Puga deja consignada en su testamento la cesion de uno de los mas estimados estantes de su librería á la universidad de Santiago. A su muerte, acaecida en 1850, la coleccion de sus obras encuadernadas con el mayor lujo alcanza á cubrir el hueco que se echaba de ver en la biblioteca del estudio general de Galicia. Con el donativo del excelentísimo señor Parga y Puga llegan los romanceros, los libros de caballería, las ediciones antiguas de obras raras y algunos ejemplares escogidos de colecciones modernas.

Para que nuestros lectores estimen en su verdadero valor el precio de la escogida coleccion de obras que ha cedido el Excmo. señor Parga y Puga, las cuales ocupan sin que alcance para su completa colocacion el estante 101, galería superior del lado oriental de la biblioteca, consignamos á continuacion los títulos de las ediciones mas antiguas y de los libros mas apreciados por los doctos y maestros.

## SIGLO XV.

El doctrinal de caballeros de Alonso de Cartagena (impreso en Burgos por Aleman, 1487), un vol. en fol.

En la primera página de esta obra aparece su título en letra minúada, y el principio del índice á dos columnas. Se titula: «Este libro se llama doctrinal de los caualleros en que estan copiladas ciertas leys é ordenanças que estan en los fueros é partidas de los rreynos de castilla é de leon, tocantes á los caualleros é lijos dalgo é los otros que andan en actos de guerra con ciertos prólogos é introduçiones que hizo é ordenó el muy reuerendo señor Don alonso de cartajena, obispo de burgos, á instancia é ruego del señor Don diego d' sandoual, conde de castro é de denia.» Se descubre el pueblo y año de la impresion por la siguiente nota estampada al fin de la obra: «Fué impreso este libro en burgos por maestre fadrique aleman. A ruego del capellan mayor de la capilla de la sancta visitacion que fundé y dotó el mesmo señor obispo Don alonso de cartajena, que es en la igiia (por iglesia) de burgos. Sacado del original do está en vno con otros libros por el dicho señor obpo. ordenados. Acabose á veynte de junio. Año de mill é cccc é lxxxij.» (Un vol. de 167 folios.)

## SIGLOS XVI Y XVII.

## LIBROS DOCTRINALES.

El conde Lucanor por el infante D. Juan Manuel, comentado por Argote de Molina (impreso en Madrid por Carrera, 1642), un vol. en 4.º

Espejo de principes y caballeros por Diego de Ortúñez. (En Zaragoza, por Lanaja y Guartanet, 1617, 1625) 2 volúmenes. en fol. (2).

Los problemas de Villalobos (en Sevilla, por Alvarez, 1550), un vol. en fol.

Proverbios morales concordados por el maestro P. Paton, por Alonso de Varros (en Lisboa, 1617), un vol. en 4.º

## HISTORIA.

Comentario á la guerra de Alemaña por L. Avila y Zúñiga (en Amberes, 1550) un vol. en 12.º

Grandeza mejicana por B. de Balbuena (en Méjico, por Lopez Dávalos, 1604), un vol. en 8.º

Los amantes de Teruel, por J. Yague de Salas (en Valencia por Mey, 1616), un vol. en 8.º

Los famosos y heróicos hechos del Cid, por Diego Ximenez Ayllon (en Alcalá de Henares por Leguerica, 1579), un vol. en 4.º

Retrato de la vida de Christo, por J. de Padilla (en Toledo, por Guzman, 1570), un vol. en fol.

## LIBROS DE CABALLERIA.

Amadis de Gaula, corregido y aumentado por el honrado y vir-

(1) Aprovechamos esta ocasion para reechar la biografía, hemos dicho mal, la caricatura de este distinguido gallego publicada en la *Ilustracion francesa*. A un escritor no podemos menos de condenar lo que perdonáramos de buena gana á algun hidalgo de gotera de un pueblo de provincia: el recuerdo de su nacimiento reúne lo peor del pensamiento humano—una simpleza y una impostura. El señor Fernandez Varela nació en la Graña (Galicia) en 1775. Estudio teología en la universidad de Santiago, fué colegial y rector del colegio de Fonseca, dean de la catedral de Lugo, del consejo de S. M., de la Real Academia de la Historia, arcediano de Madrid, y comisario general de Cruzada.

(2) La tercera y cuarta parte de esta obra fueron escritas por el licenciado M. Martínez.

tuoso caballero García Ordóñez de Montalvo (en Salamanca, por Laso, 1575), un vol. en fol. (1).

Crónica llamada el triunfo de los nueve mas preciados varones de la fama, traducida en castellano por Antonio Rodríguez Portugal (en Alcalá de Henares, por Leguerica, 1585), un vol. en fol.

El ramo de los cuatro libros de Amadís de Gaula, llamados las Sergas de Esplandian, nuevamente enmendado (en Alcalá de Henares, por Sarria, 1588), un vol. en fol. (2).

Libro de Orlando determinado por D. Martín de Bolea y Castro (en Lérida, por Prats, 1578), un vol. en 8.º

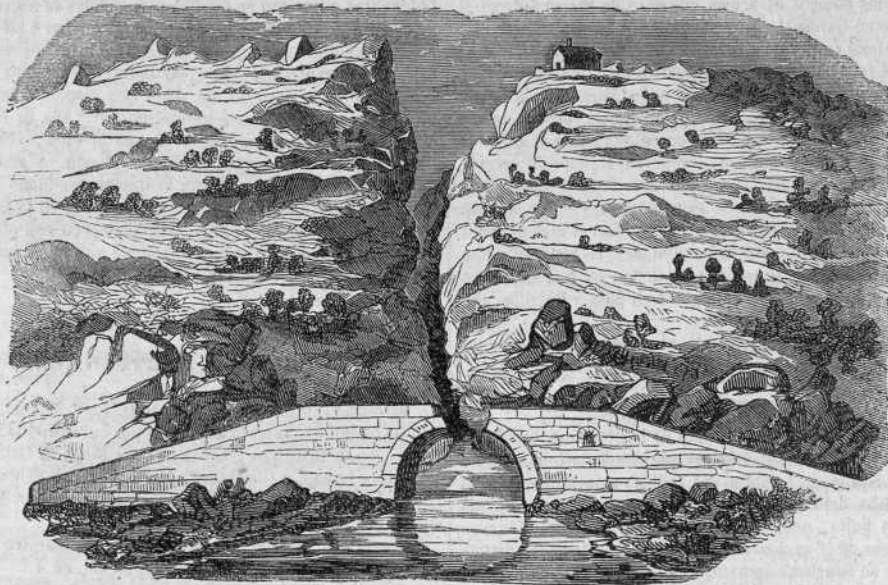
Los tres libros llamados Orlando enamorado, de M. Mateo Boyardo, traducido en castellano por F. Garrido de Villena (en Alcalá, por Ramírez, 1577), un vol. en 4.º

Orlando furioso, de L. Ariosto, traducido en castellano por D. J. de Urrea (en Anvers, 1534), un vol. en 4.º

Reynaldos de Montalvan, traducido por Luis Dominguez (en Alcalá de Henares, por los impresores Martínez y Angulo, 1565, 1564), un vol. en fol.

Segunda parte del Orlando con la famosa batalla de Roncesvalles, por Nicolás Espinosa (en Anvers, 1536), un vol. en 4.º

Tercera y cuarta parte de D. Belianis de Grecia, por el licenciado Fernandez. Un vol. en fol. de 269 folios sin conclusion y sin portada: alcanza este ejemplar hasta el cap. 71. En la portada grabada en madera aparecen dos caballeros en traje imperial, uno de los cuales lleva un cetro en su diestra: deben representar á D. Belianis de Grecia y Ariobarzán de Tartaria. Encima se descubren las armas imperiales de España.



(La Sierra de la Foz.—Pág. 150.)

Las Navas de Tolosa, poema de Cristóbal de Mesa (en Madrid, por la viuda de Madrigal, 1594), un vol. en 8.º

Las trescientas de Luis de Hurtado. MS.

Este curioso y entretenido libro solo tiene impresas la portada y tres octavas correspondientes á la invocacion de la obra. Se titula: «Las trescientas de Luis Hurtado, poeta castellano, en defensa de ilustres mugeres llamadas Triunpho de virtudes. Dirigidas á la muy illustre señora Doña Anna Manrique, señora de las villas de la Torre y el Prado. Donde se dan por ejemplo algunas ilustres mugeres que ha hauido notables en cada virtud. (Escudo de armas de aquella distinguida familia con este timbre á los lados: CONFIDIT IN EA COR VINI SUI. SAP. 51.)

Al folio IX vuelto se encuentra la siguiente lista de las obras que contiene este tratado.

(1) Los cuatro libros de Amadís de Gaula fueron impresos por primera vez en Salamanca, año de 1510. Su autor fué Vasco de Lobeira, natural de Oporto. Este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España dice Cervantes: teniendo en cuenta la apreciacion histórica y cronológica escrita por el erudito Clemencin en sus comentarios al *D. Quijote*, se debe corregir la opinion del inmortal manco de Lepanto, aplicando á Castilla lo que ha querido atribuir á España.

(2) *Serga* es una palabra tomada impropriadamente del griego. Para justificar García de Montalvo el origen antiguo que ha querido dar á este tomo quinto del *Amadís de Gaula* confundió la palabra *serga* con *serga*. *Serga* en griego equivale á *gesta* en latio y *hechos* en castellano. Las *sergas de Esplandian* equivalen á los *hechos ó proezas de Esplandian*.

Por la licencia del rey dada en el Escorial en 8 de julio de 1579 se sabe que Andrés Fernández, vecino de Burgos, hermano del autor e licenciado Gerónimo Fernández, abogado que fué de dicha ciudad, pide que le permita por veinte años la propiedad de la 3.ª y 4.ª parte de esta novela calificada por la cámara de *obra útil*. Es libro raro en las bibliotecas públicas y privadas.

#### POESIA.

Arauco domado, por el licenciado Pedro de Oña (en Madrid, 1605), un vol. en 4.º

As obras de Saa de Miranda (1614), un vol. en 8.º

Cantos morales por D. G. de Mata (en Valladolid, por Santo Domingo, 1594), un vol. en 4.º

Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro, por M. Andrés de Artieda (en Zaragoza por Javanno, 1605), un vol. en 4.º en prosa y verso.

El Macabeo, poema heroico, por Miguel de Silvéyra (en Nápoles, 1658), un vol. en 4.º

Jardin espiritual, por Padilla (en Madrid, por Flamenco, 1583), un vol. en 4.º

La Propaladia de Torres Naharro (en Madrid, por Cosin, 1575), un vol. en 8.º

Las cuatrocientas del Amirante, por Fr. José de Escobar (en Valladolid, por F. de Córdoba, 1550, 1552), 2 vol. en fol.

Las rimas castellanas de Salas Barbadillo (en Madrid, por la viuda de Martín, 1618), un vol. en 12.º

Las trescientas del Triunpho de virtudes en defensa de ilustres mugeres.

El Theatro pastoril, á la pastora Yslenia dedicado.

El Templo de Amor, á la misma señora.

El hospital de necios hecho por uno dellos que sanó por milagro (1).

La escuela de avisados á la clara Sofia.

La esponsalia de amor y sabiduria.

Es un vol. en 4.º de CC fol. (Part. orient. Est. 101, tabl. 5.ª)

Obras de Carrillo y Sotomayor (en Madrid, 1613), un vol. en 4.º en prosa y verso.

Obras de Juan de Mena con la glosa de Fernán Nuñez (en Toledo, por Villaguirán, 1556), un vol. en 8.º

Obras de D. Anastasio Pantaleon de Ribera (en Madrid, 1634), un vol. en 8.º en prosa y verso.

Obras póstumas de D. F. Arteaga (En Alcalá, por Fernandez, 1630), un vol. en 8.º

Obras de Don Luis de Góngora (en Bruselas, 1639), un vol. en 4.º

Primavera y flor de los mejores romances y sátiras que se han can-

(1) En breve publicaremos el juicio critico de esta invencion satirica de Luis Hurtado, con abundante copia de citas, correspondientes á las diversas clases de la sociedad española del siglo XVII ridiculizadas en la presente fabula.

tado en la corte, por Pedro Arias Jimenez (en Zaragoza, por Verges, 1656), un vol. en 12.º

Primera parte de Angélica por Luis Barahona de Soto, con advertencia á los fines de los cantos, por J. P. Verdugo de Sarria (en Granada, por Mena, 1586), un vol. en 4.º

Primera parte de las flores de poetas ilustres de España, por P. Espinosa (en Valladolid, por Sanchez, 1605), un vol. en 4.º

Ramilete de varias flores poéticas por X. de Eiza (en Madrid, por Xameres, 1676), un vol. en 4.º

Rimas de Lupercio y Leonardo de Argensola (en Zaragoza, Hospital real de Nuestra Señora de Gracia, 1654), un vol. en 4.º

### CANCIONEROS Y ROMANCEROS.

Cancionero de Juan de la Encina.

De este libro se hicieron las siguientes ediciones:

1.ª—Salamanca—1496—en fol.

2.ª—Sevilla—1502—id.

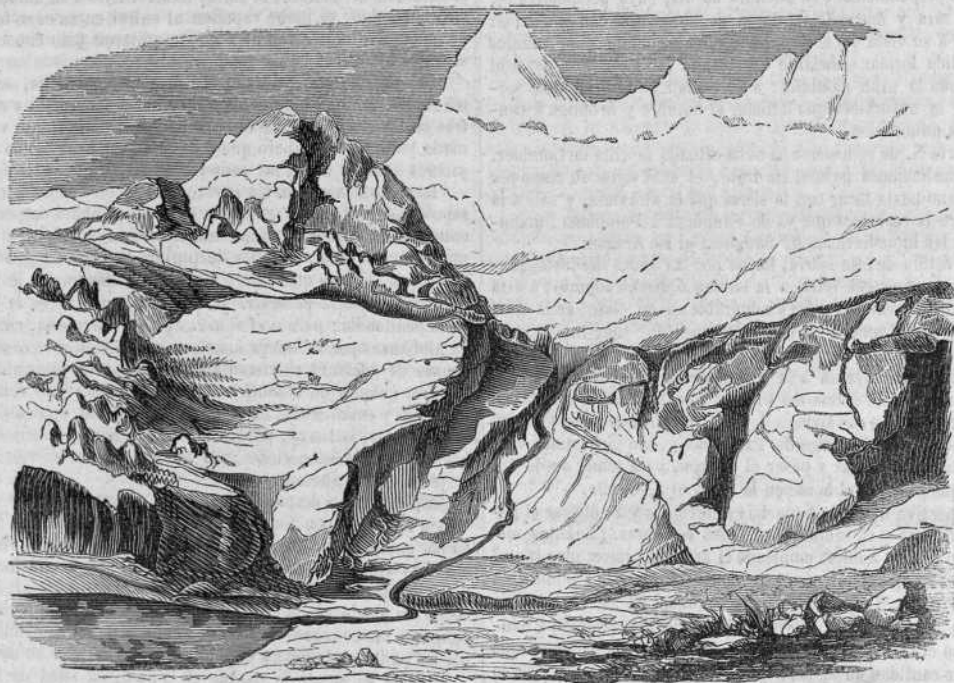
3.ª—Burgos—1503—id. con las coplas de Fileno y Zambardo.

4.ª—Salamanca—1509—id.—id. con el Auto del Repelón.

Última.—Zaragoza—1516—id.—id.

La presente edicion presenta en la portada las armas de España con el yugo y haz de flechas, emblema de los Reyes Católicos debide al buen talento del gramático Nebrija, y el mote de *tanto monta*. Al pié se lee en letra de tortis. «Cancionero de todas las obras de Juan del Encina, con otras cosas nuevamente añadidas.» El año de su impresion debe constar, como solian hacer entonces los tipógrafos españoles, á la conclusion de la obra. Este ejemplar incompleto alcanza hasta el fol. XCVI, y se ignora á qué edicion pertenece, aunque la circunstancia publicada en la portada de «*otras cosas nuevamente añadidas*», si no fija el año de la impresion, á lo menos consigna indirectamente que no pertenece á la primera edicion de las obras escritas por Juan de la Encina desde los 14 hasta los 23 años de edad. Tal vez sea un ejemplar de la edicion hecha en Salamanca, á presencia del autor, por Hams Gysser, alemán, en 1509.

Bolh de Faber (en su *Teatro español anterior á Lope de Vega*) reimprimió en Hamburgo las seis églogas ó farsas pastoriles de Juan de la Encina con estos títulos: 1.ª *De la noche de Navidad*. 2.ª *De la pasion y muerte de nuestro Redentor*. 3.ª *De la noche postrera de Carnaval*. 4.ª *Del escudero tornado pastor*. 5.ª *De los pastores vueltos palaciegos*. 6.ª *De las grandes lluvias*. En esta coleccion faltan la



Una vista del Pirineo.

*Farsa de Plácido y Victoriano*, impresa aparte del Cancionero, y otra sin título que ha sido publicada en nuestros días con el sobre nombre de *El triunfo del amor*.

Cancionero general de H. del Castillo (en Valencia, por Aleman, 1511), un vol. en fol.

Cancionero de Sepúlveda (1520).

Cancionero de Maldonado (en Madrid, por Droy, 1586), un volúmen en 4.º

Romancero general (en Madrid, por Cuesta, 1604), un vol. en 4.º

Romancero general. Segunda parte, recopilado por Miguel de Madridal (en Valladolid, por Sanchez, 1603), un vol. en 4.º

Romancero espiritual (en Alcalá, por Fernandez, 1650), un volúmen en 8.º

Romancero de Valdivieso (1668).

Entre las colecciones de obras modernas se deben contar: El Romancero é historia del Cid, por Escobar (1702). Las obras de Gil Vicente, impresas en Hamburgo (1854). El Romancero de Duran. La floresta de rimas castellanas, por Rollh de Faber (Hamburgo, 1821). La coleccion de poetas españoles, de Fernandez. Las rimas inéditas del Marqués de Santillana y otros poetas del siglo XV, de Ochoa (1844). Las anteriores á este siglo, recopiladas por Pidal (1841). La floresta de rimas españolas desde Luzan hasta nuestros días, por Wolf (Paris, 1857).

Hemos llegado al término de la tarea que nos hemos impuesto en beneficio de la gente docta y erudita. Reconocemos la necesidad de

multiplicar por medio de índices parciales y simultáneos el acopio bibliográfico de los hombres de letras. A falta de los catálogos razonados de las bibliotecas públicas y de las librerías escogidas de algunos particulares, empresa inaugurada por la Universidad de Salamanca á últimos del siglo pasado (1), y que serviría de guía á la historia bibliográfica de España, creemos que sería un pensamiento favorable y benéfico á las letras, que se consignasen por medio de opúsculos ordenados á un sistema ó de artículos escritos bajo un mismo plan, los índices de los libros raros y manuscritos olvidados que se conservan en las principales poblaciones de las provincias. Las bibliotecas particulares y públicas de Madrid, Valencia, Barcelona y Sevilla, como los archivos de Simancas y de la corona de Aragón, ya son familiares á los autores de libros. No sucede así con las bibliotecas de las poblaciones del interior.

Resta ahora rectificar y agrandar el índice especial que escribe cada uno de los investigadores inteligentes y laboriosos, devolviendo á la publicidad la memoria de obras oscurecidas por la incuria de la gente iliterata. Tal vez se encuentre en el oscuro rincón de una librería á quien no se acercó una generacion de hombres que ha tolerado á cien generaciones de polilla una edicion incunable ó ejemplar príncipe.

(1) Por acuerdo del estudio se ha impreso en 1777 el índice de los libros pertenecientes á la Biblioteca pública de la Universidad, debido al señor Ortiz de la Peña. Consta de tres tomos:

- 1.º—*Universam theologiam complectens.*
- 2.º—*Continens Jus Universarium.*
- 3.º—*Indicem historicum complectens.*

Anticipémonos al falso erudito, especie de urraca literaria que lleva lo bueno y lo malo para su nido pestilente, solo por el placer de armar barullo en la vecindad: adelantémonos al hortera, bibliotecario estúpido de un día, Omar doméstico de toda la vida, que constituye al pensamiento humano en accesorio del queso de bola y de los garbanzos de Fuente-Sauco.

Para contener las devastaciones del tiempo y los rigores del abandono se debe establecer entre los doctos y eruditos el ojeo inteligente de los descubrimientos bibliográficos. También los pilotos se comunican entre sí las latitudes descubiertas en sus viajes marítimos.

Abril, 1835.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## LA SIERRA DE FOZ.

Sobre la sierra de Leire, en la provincia de Navarra, cordillera inferior de las del gran Pirineo, en dirección E. á O. en que se halla esta sierra, á su extremo O., distante media legua de la villa de Lumbier, se encuentra una abertura formidable que rompe dicha sierra, á pesar de ser toda de peña viva hasta su base: la profundidad será de 600 varas perpendicular, su anchura de 40, cuya perspectiva es, al paso que rara y maravillosa, digna de observarse con detención; rara, porque á su vista no se alcanza á calcular cómo y en cuántos siglos ha podido formar semejante abertura el río Irate para pasar al lado S. de toda la gran montaña; á la verdad es un fenómeno sorprendente de la naturaleza que detiene al hombre y le obliga á contemplarle con admiración.

Por la parte N. de esta sierra se halla situada la villa de Lumbier, por cuyas inmediaciones pasa el río Irate, el cual sigue su curso por el pequeño llano hasta tocar con la sierra que la atraviesa, y sale á la parte S. sobre la carretera que va de Sangüesa á Pamplona, uniéndose al fin en las inmediaciones de Sangüesa al río Aragón.

La Foz ó rotura de esta sierra, hecha por las aguas del Irate, presenta la rara perspectiva igual á la lámina ó diseño adjunto; á esta gran obra de la naturaleza, sola y admirable en su clase, se la da el nombre de la Foz de Lumbier en este país por estar muy inmediata á aquella villa.

Desde 1527 construyeron á la desembocadura del río, á la parte S., un puente que se llama del Diablo, y daba paso al camino de herradura que cursaban los arrieros de Jaca, y valles de Echo y Ansó, por donde hacían sus trasportes de Pamplona y San Sebastian, evitando bajar hasta Sangüesa y pasar el Aragón, para tomar desde allí la carretera que pasa por el borde en la Foz y al S. de ella.

Esta perspectiva da lugar á muchas reflexiones y á admirar el poder de la naturaleza y su sabiduría en todas sus obras. ¿Cuántos millones, cuánto tiempo hubiese empleado el arte para hacer otro tanto? ¿Cuántas veces las aguas hubiesen tragado en sus grandes avenidas los pueblos de la parte N., á no haber determinado su suerte la sabia madre comun de este modo, cuyo beneficio alcanza también á Sangüesa, porque el Irate, que se une al Aragón despues de tener que salir en menor cantidad de aguas, impide que al unirse al Aragón lo aumente en términos de repetirse otra inundación como la de 1787, que destruyó 400 casas é hizo perecer mas de 500 almas?

En 1809 el general D. Francisco Espoz y Mina cortó el puente del Diablo, al situar el centro de sus operaciones entre Lumbier ó sierra de Leire y los ríos Irate y Aragón: desde aquella época sigue cortado tal como manifiesta la lámina.

En estas formidables posiciones contó el héroe español, el patriota Mina, gloriosísimos hechos de armas contra los franceses: cada piedra de estos montes es un testigo fiel que señala con sangre los heroicos esfuerzos de los españoles en defensa de su libertad y de su patria: repetidas veces en este sitio desgarró el león las entrañas del águila.

Por último, en lo mas culminante de la montaña, que está en segundo término, hay una ermita que se llama de la Trinidad, en cuya subida se emplea hora y media.

La Foz tiene 2700 varas de longitud de N. á S., 175 en lo mas ancho, el río de 5 á 6 varas de profundidad comunmente, y la montaña una elevación sobre el nivel del río de 800 varas.

## MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

FERNAN CABALLERO.

Despues de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al capellan para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó este en presentarse, y los amigos y demás oficiales pasa-

ron á la pieza inmediata, dejando solos al sacerdote y al moribundo.

Media hora despues salió el capellan; su rostro estaba espantosamente demudado; su palidez era livida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor que hacia entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

—No es nada, no es nada, un vahido, respondia el padre á las preguntas que le hacian; ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y antes de venir me sentia indispuerto. No es nada, señores, esto pasará al aire libre; acudid al enfermo que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico. ¿Qué habia puesto á este sacerdote, tan naturalmente sereno, en este estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo; mas nunca nadie llegó á saberlo ni aun á inferirlo: el referido incidente á nadie llamó la atención.

El padre capellan habia salido y se habia dirigido con pasos trémulos á la iglesia; allí habia caído postrado, en cuya postura permaneció horas; y cuando salió del templo veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos, y su boca benévola.

Habia vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescientes sentimientos humanos, el ministerio á la personalidad, el sacerdote al hombre, la calma habia vuelto á su ánimo; mas el fisico sucumbió: el padre capellan al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales que le quitaron todo conocimiento; su esfuerzo heroico lo habia rendido.

Créense teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrestres suelen ser favores de Dios; verdad que no obstante vemos confirmada todos los dias, pero que á pesar de eso es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los estúpidos tiempos pasados.

La desgracia que habia puesto á D. Victor Guerra á los bordes del sepulcro, habia sido el golpe con el que Dios habia despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contrición, despues de purificada por la expiación, habria sido salva. Si aun quedando en vida otras desgracias le hubiesen sobrenvenido, habria perseverado como es de inferir en la buena senda de la penitencia: pero no fué así: apenas convalecía, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña vino á lisonjear su orgullo, y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambición. Los tres galones de coronel brillaban en su porvenir como un punto luminoso y culminante; mareado y deslumbrado, no pensó mas que en las glorias de la tierra; la conciencia, los remordimientos, los santos propósitos se desvanecieron; los buenos ángeles se velaron la faz y huyeron de su cabecera.

Algun tiempo despues, el coronel, que por entonces era general, volvía á España con toda su familia, y persuadía á D. Victor Guerra, ya por entonces coronel, que le acompañase: este, que veía cumplidos sus mas ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogeo de su suerte, consiguiendo unirse á la hija del general, que en esta época era una jóven, la que á una gran belleza y á una excelente educación unía las no menos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su padre, y heredera de una gran fortuna por su madre.

Hundía su mente lo pasado en la profunda sima de lo borrado é inaveriguable con estas reflexiones tranquilizadoras que de continuo se hacia. Desde su salida de España habian pasado diez años; era imposible que nadie conociese en el brillante coronel D. Victor Guerra á Juan Luis, llamado por mal nombre Navajas, el aprendiz barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado como el ventero, era este un hecho del que despues de tantos años nadie haría memoria.

El general quiso igualmente llevarse consigo al capellan, que solo permanecía en América á instancias suyas; pero sabiendo este que les acompañaba el coronel, dió un pretexto plausible para eludirlo y separarse momentáneamente de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdeos, destino del barco en que se habian embarcado; de ahí pasaron á Marsella, y de allí á Málaga, que era la patria del general.

Solo cuando hubieron llegado allí se determinó el falso D. Victor á pedir al general la mano de su hija, de quien habia sabido hacerse amar, y á la que se hacia ilusión de adorar.

Nunca habia amado ese hombre que no tenia corazón, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran conquistar un futuro tan incierto y eventual y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le habia dejado notar que en la tierra germinan perfumadas flores y en el corazón dulces afectos; pero ahora se persuadía que amaba con furor, y no se mentía del todo á sí mismo. Hay personas, así en el sexo femenino como en el masculino, que aman en las personas, no su individualidad, sino la posición, lustre y ventajas que el ser amado de ellas les proporciona, y que equivocan la pasión de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro drama que puede que os contemos otro dia.

Esta proposición no agradó al general, á pesar de su predilección por el coronel, porque era evidente que podía aspirar su hija á un enlace mas brillante; pero las lágrimas de esta y la intercesión de su madre que estaba en sus intereses, acabaron por triunfar de su oposición.

El coronel tocaba á la cima de su ventura; se acercaba el momento en que nada le quedaria que pedir á esa fortuna que le daba aun mas de lo que se habia atrevido á pedirle. Pero acaecía que mientras mas brillante se le hacia lo presente, mas espantosa yacia á lo lejos lo pasado, puesto que mientras mas se desviaban estos, mientras mas glorioso se hacia el primero, mas horroroso se hacia el segundo, y por lo tanto mas espantosa la posible reunión y choque de ambos. Desviaba los ojos de este inmóvil pasado, pero no por eso se desvanecía. Muchas noches se dormia sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas, y soliale despertar una horrorosa pesadilla; ya oía una voz que le llamaba por su nombre y por su odioso apodo; ya veía á José Camas aparecer como testigo acusador de la muerte de su padre; ya veía al ventero de rodillas pedirle la vida; ya maldecirle en las ansias de la muerte; pero con los rayos del sol se desvanecian estas negras y lúgubres visiones, y volvía la confianza á su ánimo; con el uniforme tornábase el altivo y osado D. Victor Guerra, y al lado de su bella prometida se decia: seguro estoy á la sombra de rama de tan buen árbol.

El general marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su hermano mayor. El coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un consejo de guerra que debia juzgar á un desertor con circunstancias agravantes, cuyo regimiento habia pasado á Cuba, y que habia sido hallado despues de muchos años de estar prófugo. Habíase reunido el consejo en el dia señalado; seis capitanes formando un medio círculo, oían recojidos la acusación, la que con los datos recojidos en el teatro del crimen leía el fiscal. Era esta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta misión que les era confiada, los capitanes no notaron la livida palidez, que como una mortaja se extendió sobre el rostro del presidente al oír la acusación y el nombre del reo, ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguía, y las pruebas eran tremendas é irrecusables. Entonces, un pensamiento de aquellos que envía el infierno de su mas profundo seno á los hombres que ya tiene conquistados, se presentó fatídico y claro como el relámpago que de su seno lanza una negra nube al presidente, y fué este: la muerte de este idiota es la lápida que para siempre sepulta mi secreto; un momento despues añadí mentalmente la máxima vulgar espresada por algun La Rochefoucauld popular: dijo mi vecino: si uno ha de morir, que se muera mi padre que es mas viejo que yo.

La acusación terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble, pues no hallaba bases en que fundarse, ni apoyo en el reo, que nada decia para disculparse y solo lloraba y negaba su crimen.

El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo. El coronel volvió su desatentada vista hácia otro lado. —Usias pueden interrogar al reo, dijo el presidente con voz firme, aunque rónca y sorda.

Los tres capitanes mas jóvenes miraron con profunda compasión á aquel infeliz envuelto en sus pieles de cabra, indefenso, estúpido, abatido y lloroso como un niño.

—¿No decís que la noche en que se cometió el crimen no estabais solo? preguntó el primero.

—Sí, señor.

—¿Pues con quién estábais?

Al presidente acometió en este instante un violento golpe de tos.

—No lo puedo decir, contestó el encausado.

—¿Y por qué?

—Porque así lo prometí, repuso llorando el infeliz preso.

—Y qué hicisteis con el dinero robado? preguntó otro de los vocales.

—¿Señor, si yo no he robado dinero ninguno!

Sistema completo de denegación, dijo otro, ¿qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo!

—¿Reconocéis esta navaja? preguntó otro descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

—¿Yo, no! respondió el reo, que despues de diez años no recordaba su navaja.

—Basta, señores, dijo el presidente, que al ver la navaja se habia puesto de pié con desaliento. Llevarse al reo.

—Señores, por amor de María Santísima, mirad que soy inocente, exclamó el preso cruzando sus manos; tened compasión de mí, por la sangre de nuestro Salvador.

—Que se lo lleven, gritó el presidente.

—Señores, soy inocente, soy inocente, gemía el infeliz entre sollozos mientras se lo llevaban.

—Yo así lo creo, murmuró compadecido el mas joven de los vocales.

—¿Y en qué fundais esa creencia? preguntó con vibrante voz el presidente.

—En que he sentido al ver ese hombre llenarse mis ojos de lágrimas, contestó el capitán.

—Prueba contundente, dijo irónicamente otro de los capitanes; ¿asistís por vez primera á un consejo de guerra?

—No señor, contestó el joven con viveza; he asistido á otro en el que con horror y repugnancia condené al reo, porque sobre mi conciencia me obligaba por juramento el código á hacerlo; pero esta vez, y en atención á este mismo juramento, lo absuelvo.

—Sois dueño de hacerlo, dijo el presidente, pero no ignorais que debéis dar vuestro voto por escrito y á vuestro turno.

—Es el mio el primero, repuso el joven acercándose con viveza al pliego y escribiendo su voto por la vida. Los demás le imitaron, y cuando llegó el pliego á manos del presidente estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerogativa es la generosidad, habia votado por la vida; los otros tres vocales por la muerte; el voto del presidente iba á decidir (1). Este no vaciló, y tomando la pluma escribió:

«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas con arreglo á ordenanza y reales órdenes aclaratorias del 17 de febrero de 1778 y 6 de marzo de 1815, y firmó:—Victor Guerra.

Al dia siguiente salía en posta el coronel para Madrid; al otro era fusilado el infeliz José Camas; ¡pobre justicia humana, qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de códigos! ¿Y qué, no basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente para abrogar ese terrible derecho de condenar á muerte, que á tal atroz, aunque involuntario atentado puede dar pábulo?

Poco tiempo despues de los sucesos referidos se hallaba el padre capellan de regreso en Europa, encerrado en su habitacion de Jerez, entregado al mas profundo dolor. En sus manos tenia un papel público, en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecucion de un parricida: «este infeliz, decia el papel, llamado José Camas, convicto por irrecusables pruebas, nunca confesó su crimen; fuese natural ó fingida estupidez, no pudo ó no quiso alegar ningun descargo, ni aun disculpa alguna que atenuase su horroroso atentado. Murió humilde y abatido sin dejar hasta el último instante de protestar de su inocencia.»

(Concluirá.)

## EL ESPÍRITU Y LA MATERIA.

### LA MATERIA.

Yo soy del sol la lumbre centellante,  
La tibia luz de la lejana estrella,  
La luna que con rayo vacilante,  
Pálida alumbraba, misteriosa y bella.

Yo soy el cielo en roja luz teñido  
Si brilla el sol en el rosado Oriente,  
De franjas de oro y púrpura ceñido  
Al hundirse en los mares de Occidente.

Yo soy la brisa tibia y perfumada  
Que anuncia las pintadas mariposas,  
Que suspira quejosa en la enramada,  
Que mece el tallo de las frescas rosas.

Yo soy la voz del huracán potente  
Que girando en revuelto torbellino,  
Hiela de espanto el corazón valiente  
En medio del Océano al marino.

Soy la luz del relámpago oscilante  
Cuando retumba el fragoroso trueno  
Al despedirse el rayo centellante  
De incendio, destruccion y muerte lleno.

Yo soy la mar tranquila y apacible,  
Azul espejo que la vista encanta,  
Y soy la mar que en la tormenta horrible  
En montañas de espuma se levanta.

(1) Este voto del presidente vale por uno si es de muerte, y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

Soy el río que corre y fecundiza  
Cuanto toca al cruzar el ancho valle,  
Y el arroyo que lento se desliza  
De algas y juncos entre verde calle.

Y la tranquila y sonora fuente  
Que desata sus linfas por el prado,  
Brindando con su límpida corriente  
Alivio al caminante fatigado.

Soy la palma que crece en el desierto  
Gentil y erguida y de su pompa ufana,  
Bajo la cual del sol duerme á cubierto  
del árabe la errante caravana.

Soy el árbol que ostenta por cimera  
Largas ramas cubiertas de verdura,  
Que puebla el alto monte y la pradera  
Y espesce por doquier sombra y frescura.

Soy los campos de espigas y amapolas,  
El verde césped que tapiza el suelo,  
Las flores que despliegan sus corolas  
Bajo el inmenso pabellon del cielo.

Y soy el pez de plateada escama  
Preso siempre en su líquido palacio,  
Y el pájaro que va de rama en rama,  
Ó tiende el vuelo en el azul espacio.

La serpiente mortífera y rastrera,  
El león de las selvas soberano,  
La oveja humilde y la sangrienta fiera,  
El insecto pequeño, el vil gusano.

Y soy el hombre, en fin, rey que avasalla  
Cuanto el mundo en sus ámbitos encierra,  
Que en un poco de barro origen halla,  
Y barro y polvo vil torna á la tierra.

Solo sobre la fé de sus sentidos  
Puede dar testimonio de este mundo,  
Y espíritus por él desconocidos  
Niega arrogante con desden profundo.

Nada hay sin mí: los cielos y la tierra,  
La mar, la luz, el fuego, el rayo, el viento...  
Y también del cerebro que le encierra,  
Es materia el humano pensamiento.

#### EL ESPÍRITU.

Yo soy el soberano pensamiento  
Que rige de los orbes la ancha esfera,  
Dando á los ástros giro y movimiento,  
Sus órbitas trazando y su carrera.

Soy esa universal ley de armonía  
Que mira el hombre presidir el mundo,  
Aunque á sus ojos es la esencia mía  
Velada en el misterio mas profundo.

Yo soy la actividad y el movimiento  
Que impele la materia inerte y ruda,  
Sus átomos agrupa ciento á ciento,  
Sus propiedades y sus formas muda.

Soy en la vasta escala de los seres  
La esencia poderosa de la vida,  
Fuente de sensaciones y placeres  
Con profusion magnífica esparcida.

Soy esa altiva inteligencia humana;  
Soy esa fértil creadora mente,  
Que rauda tiempos y distancia allana,  
Y abarca lo pasado y lo presente.

Por mí el hombre en contrarias sensaciones  
El placer y el dolor halla distintos;  
Yo le doy sus indómitas pasiones,  
Yo le doy sus enérgicos instintos.

Vivo en él incorpóreo, invisible;  
Mas que una percepción soy una idea,  
Y por eso es mi exámen imposible  
Al que mi ser investigar desea.

Nada de mí le dicen sus sentidos,  
Su mano no me toca, su pupila  
No me ve ni me oyen sus oídos,  
Y su débil razon duda y vacila.

Mas aunque de su origen renegando  
Mi aliento que le anima negar quiere,  
Una voz interior le está gritando:  
¡Hay en tí alguna cosa que no muere!

Yo dirijo sus nobles sentimientos,  
Combato sus dañadas intenciones,  
Y le inspiro los grandes pensamientos  
Origen de magnánimas acciones.

Si ciega la materia le conduce  
Por la senda de estéril egoísmo,  
En él mi santa inspiracion produce  
La abnegacion sublime de sí mismo.

Doy el amor purísimo del alma,  
La amistad, el valor, la continencia,  
Y la feliz y sosegada calma  
Que nace de la paz de la conciencia.

Soy un claro diamante que escondido  
En la mina profunda al sol no brilla:  
Soy un rico perfume contenido  
En pobre vaso de grosera arcilla!

#### EL POETA.

Materia, yo te miro por do quiera,  
Tu ser me afecta y mis sentidos mueve;  
Dudar de tu existencia no pudiera,  
Mi razon á negarte no se atreve.

Mas dentro de mí mismo otro ser hallo  
Que no eres tú: la vida que en mí siento,  
La esperanza, la duda en que batallo,  
El vasto mundo en fin del pensamiento!

No; no eres tú la poderosa llama  
Que arde en mi corazón y arde en mi mente;  
No eres ese otro ser que piensa y ama,  
Aunque por mis sentidos obra y siente.

No eres este deseo que me irrita  
De una felicidad que busco en vano.  
¿Qué, para no cumplirle Dios agita  
Con tal deseo el corazón humano?

¡El alma es inmortal!... ¡Ay del que acuda  
Tan solo á la impotente humana ciencia,  
y se abreve en las fuentes de la duda  
Y hasta llegue á negar su inteligencia!

En el silencio de la noche umbría  
Con estos pensamientos batallaba  
En honda agitacion la mente mía:  
No sé si la verdad soñar creia  
Ó creia verdad lo que soñaba.

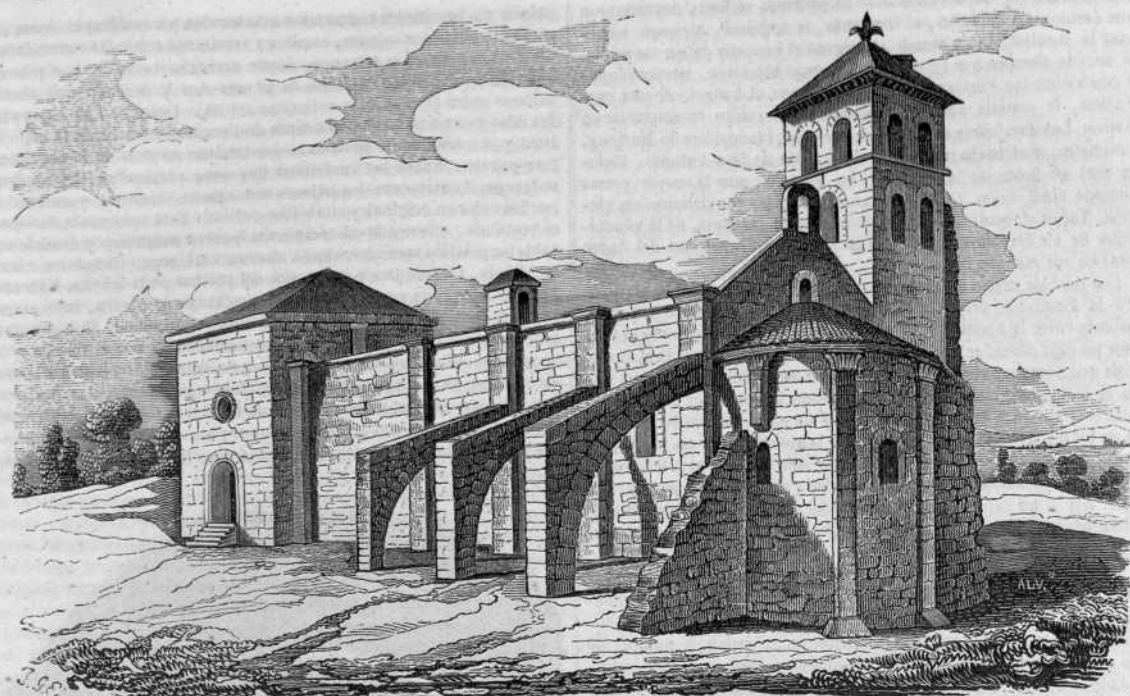
Que sueños caprichosos nos forjamos  
Tal vez cuando velamos y dormimos;  
Y á veces confundimos y dudamos  
Si vivimos el tiempo que soñamos,  
Ó soñamos el tiempo que vivimos.

JOSÉ MARÍA DE LARREA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





### LA IGLESIA DE LOS TEMPLARIOS EN CEYNOS.

Muchas son las poblaciones de Castilla que pretenden conservar vestigios de aquella heroica cuanto desventurada caballería. En nuestras investigaciones arqueológicas por el país, hemos tenido ocasion de observar tan significativo interés. Examinando templos vetustos y ruinosas fortalezas, siempre hallamos algun sencillo campesino que nos dice con cierto énfasis: *eso fué de los templarios*. Y apenas hay murallon apuntillado ni ruina misteriosa que en la imaginacion del vulgo no haya sido morada de los soldados del templo de Salomon.

Esta coincidencia no es efecto de pura y simple casualidad. Pudimos al principio creerlo así; mas tantas veces la vimos repetirse, que al fin paramos la atencion y reflexionamos con formalidad sobre ella. Y reducidos todos los hechos aislados á un conjunto conexo y gradual en filosófica sintesis, vinimos á concluir por la explicacion natural del fenómeno. Para nosotros es una cosa evidente y clarísima: ese afán de las gentes por mantener vivo el recuerdo de la órden famosa; esa tendencia de los pueblos á enlazar su historia con la existencia de la milicia insigne; ese interés por poseer una prenda venerable de su dramática memoria, se traducen por una clave muy fácil y segura; el afecto tradicional; la simpatía profunda de la opinion hácia aquellos valientes y tristes caballeros. Y esta adhesión se explica tambien muy cabalmente. Los templarios vinieron á nuestro país desde la tierra santa con el prestigio de los héroes y la aureola de los penitentes. Y tocando en la imaginacion del pueblo las dos cuerdas mas escitadas entonces, hablando á los instintos en aquella edad predominantes, cuales eran el amor á la gloria y el entusiasmo por la religion; simbolo complejo del patriotismo, identificaron desde luego su existencia con el interés y el ardimiento nacional. Aquellos paladines que llegaban de la tierra santificada per los pasos del Redentor, que habian lavado en los místicos raudales del Cedron las heridas alcanzadas de la cimientarra infiel, y que acababan de abandonar la morada de los prodigios del Señor; aquellos soldados que acampáran poco antes bajo las palmeras de Jericó y sobre las rocas del Carmelo; aquellos peregrinos que consiguieron oír el eco de sus plegarias en las auras consagradas por el canto de los profetas y el salterio de las vírgenes, no podian menos de impresionar hondamente el sentimiento de un pueblo piadoso y bizarro. Y los adalides que á la sombra del *Baucat* (1) se arrojaban á la pelea entonando por cántico de guerra el salmo glorificador; los campeones que, cual fantásticas falanges de candidas vestes y flamígeros

aceros, arrollaban con tremendo empuje las huestes de Ismael; los hombres heroicos que regaban con su sangre el árbol de la patria en los campos del honor y de la victoria, tenian que cautivar el corazon de unas generaciones entusiastas y generosas. Los templarios pues llenaban las condiciones de su época. De aquí su engrandecimiento, su popularidad, su eterna reputacion.

Esta circunstancia ingénita, cardinal en la milicia del Temple hizo naturalmente muy dramática é interesante su existencia. Por eso cada dia se aumentaban su influjo, su fascinacion sobre el siglo. Los pueblos con su fantasia impresionable y voraz siempre tienden á lo maravilloso, y resisten la realidad de formas ilusorias, amplificándola á imaginarias dimensiones. Así es que los templarios, grandes por sí mismos, hiciéronse colosos en la cámara ardiente de la óptica popular. Su género de vida, su régimen misterioso, sus costumbres ascético-militares, la organizacion poderosa de la órden, sus hazañas en toda la cristiandad, el bizarro y distinguido personal de sus caballeros, la rodeaban de cierto vapor ideal y mágico, muy á propósito para escitar la imaginacion pública y crear deslumbrantes y romancescas ilusiones.

Mas esa nube de poesia y de prestigio que la elevó á los ojos de sus alucinados admiradores, y tanto contribuyera para su prepotencia, fué tambien la causa de una tremenda caída. Sus enemigos con habilidad profunda comprendieron que ella era el punto vulnerable, y que bien explotada, herian al Temple en el corazon. La lucha con este motivo sostenida entre ellos y la órden, hizo mas episódica su existencia. Y el trágico desenlace concluyó por atraer la atencion de la posteridad. Pues la misteriosa tradicion de aquella hecatombe atroz mantuvo vivo el interés hácia la valerosa y atribulada milicia. Y como las grandes catástrofes causan en el ánimo general una compasion, un movimiento de ternura, la caída del Temple escitó en su favor la impresionabilidad de las gentes, que en tales casos no juzgan con la cabeza, sino con el corazon. El sentimiento, y no el discurso, fué la base del comun pensar, que consideró la memoria de los templarios al través de un prisma ideal y apasionado. Y no solamente el trágico fin de la órden, si que tambien los medios empleados para prepararle y consumarle, contribuyeron grandemente á tal resultado. La enormidad de los delitos á ella imputados hizo que se dudara de la acusacion. Porque parecia fabuloso y punto menos de quimérico tan monstruoso conjunto de culpas en caballeros cristianos de buen seso y estimacion. Y mas quimérico aun sería que una corporacion erigiese en sistema las abominaciones mas absurdas, y reglamentase oficialmente los estravios de la corrupcion y de la impiedad. Por otra parte, los procedi-

(1) Estandarte de la órden del Temple, compuesto de dos fajas, una blanca y otra negra, que unidas le dan forma rectangular. Marchaba á la cabeza en las batallas; los caballeros le seguian silenciosos. El maestro daba la señal del ataque; los comandadores transmitian la órden con la bocina ó trompa militar; y entonces entonaban todos el versículo de David: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da*

*gloriam*; lanzándose en seguida al enemigo, hasta quedar muertos ó vencedores. A los cobardes se les quitaba la cruz, y sufrían duras é ignominiosas penitencias. Los colores del *Baucat* representaban los designados para el traje de la órden por su regla, y significaban, el blanco la castidad, y el negro la dureza y tenebrosidad de la vida de los caballeros. (N. del A.)

mientos tiránicos, usados en ódio de la poderosa milicia, desvirtuaron á sus émulos. La delación, el tormento, la hoguera, hicieron sospechosa la inculpación, y dieron al proceso el aspecto de un sacrificio. Así sucede siempre que se violan las formas tutelares, sustituyéndolas con violencias ó malas artes. El juicio toma el aparato de una persecución, la justicia aparece venganza, el castigo se convierte en martirio. Los desafueros de Felipe el Hermoso, las insidias de Marigny, su ministro, y el bárbaro suplicio de la plaza de San Antonio, hicieron mas en favor de la memoria del Temple, que la mejor y mas esforzada vindicación. Quisieron hacer reos, y les convirtieron en victimas. Tal es el resultado de la profanación de las leyes, de la conculcación de los derechos de la humanidad, y del trastorno del orden moral en sus eternas bases.

Los pueblos tienen un buen sentido que hace las veces de filósofo para la formación del criterio, y comprendieron el contraprinicipio existente entre la acusación y los procedimientos. Pues cuando el acusador no deja defender ni da razon de culpa al acusado, todo el mundo recela que teme ser arrollado y desmentido en el debate. De aquí surgen la duda contra el vencedor, y la presunción en favor del vencido. Entre esta y la idea de su inocencia, hay un paso muy corto y fácil de dar en tal disposición de los espiritus: y tanto mas, que en estos problemas aconseja el instinto, de acuerdo con la natural inteligencia, inclinarse al pensamiento de inculpabilidad, y absolver antes que condenar. Así lo ha sancionado la ciencia del derecho. Y los hombres no podían pensar bien de un episodio en que la envidia fué acusador, el otro testigo, y las llamas el tribunal.

La historia vino despues considerando como punto enigmático y controvertible la condenación de los templarios. Graves pensadores pusieron en tela de juicio literario el estrepitoso procedimiento, inclinándose ostensiblemente á la esculpacion de la órden. Y autores de peso proclamaron á los templarios victimas de la calumnia y de la iniquidad, á *rege importuno pariter ac impio* (1). La literatura hizo la caída del Temple asunto famoso, y le sacó á la pública espectacion en los libros, en los teatros, en las academias; llegando á prestarle el encanto de la poesía y de la idealidad. La cuestion de los templarios, en fin, se constituyó una de las páginas célebres en la historia de Europa.

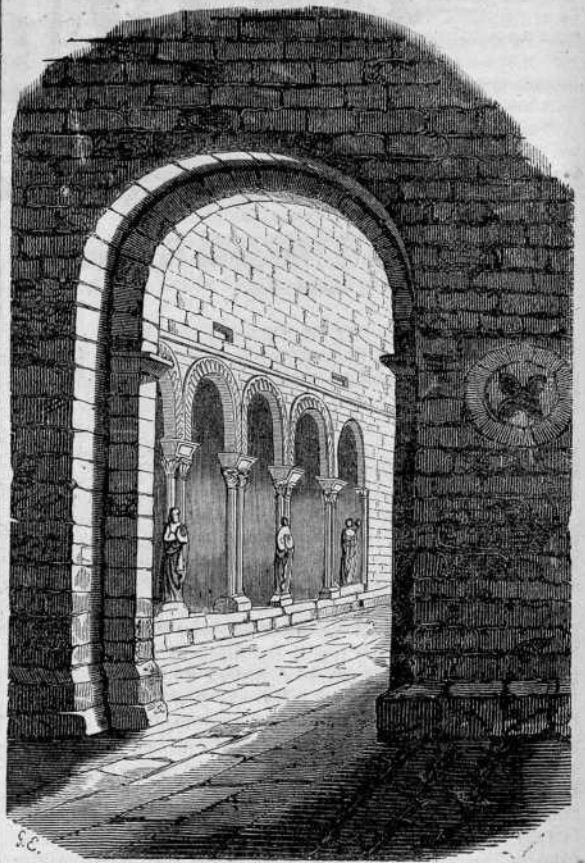
Esta celebridad histórica y literaria, unida á las circunstancias que acompañaron el lúgubre destino de los templarios en la capital de Francia, preocupó favorablemente el sentimiento general. El Gran Maestre y sus caballeros en holocausto finebre inmolados sucumbieron protestando su inocencia y emplazando á sus jueces ante el tribunal de Dios. ¡La terrible predicción de Jacobo de Molay se cumplió con espantosa puntualidad. El rey y el pontífice descendieron al sepulcro al tiempo prefijado en pos de los soldados de la cruz!...

El drama horrendo se trasmitió de gente en gente con el colorido mas sentimental y romanesco. Pues prestándose mucho por sus accidentes sombríos y extraordinarios á las fantasías de la imaginación, llegó á revestirse de apariencias maravillosas. Y el vulgo impresionable, que en tales casos se afecta por los que sufren, alucinado por su propia ilusión, conmovido por el canto de los poetas y el sentimiento de los artistas, y entregado á las inspiraciones de su corazón, acabó por hacer á los templarios héroes de una leyenda ideal y misteriosa, conservando su recuerdo en vaga y fascinadora poetización.

Ved aquí por qué se guardan con tan respetuoso afán los monumentos de aquella poderosa caballería, y entre los cuales descuella la antiquísima iglesia de Ceynos, que es para el arte una página preciosa, una verdadera celebridad.

Pertenciente á la Bailía de Villalpando, que dependía del Maestrazgo provincial de Castilla, su erección debe ser contemporánea, si no anterior, al establecimiento de la órden. Lo justifica el género de su arquitectura, que corresponde al *bajo gótico* en su primitiva representación. Colocado el templo sobre una pequeña loma, al N. de la villa en su extremo limite, y cerca de la carretera general de Asturias, entre Medina de Rioseco y Mayorga, su aspecto exterior es tosco y humilde, á mas de roto y mal parado. Forma su planta un cuadrilátero, oblongo por la parte superior, fortalecido con botareles y pilastrones. En lo interior consta su alzado de una nave sostenida por medias columnas incrustadas en el muro y coronadas de toscos capiteles que sostienen un cornison informe, en el cual monta la bóveda ojival de sillares adoquinados, y guarnecida para su encajonamiento con cintas elípticas de fuerte doblelaje. El templo se halla abandonado, y conserva únicamente cuatro retablos de mal gusto, en uno de los que hay cierta imágen de la virgen María, tallada en madera, y cuyo único mérito consiste en su dilatada antigüedad. Su traza es gótica, y debe ser contemporánea del templo. Da ingreso á este un arco *bizantino* sostenido por pilares lombardos, y se halla precedido por el vestibulo en forma de patio interior. Desemboca en él una capilla de forma cuadrangular y mérito notable. En su primer cuerpo tiene una

galería de hemicíclios normandos mantenidos por cuádruple órden de pareados pilarcitos sajones, exentos y resaltados sobre las cuatro facetas de los machones internos, donde arrancan aquellos. Los pilares rematan en deliciosos capiteles de lo mas rico y deicado que puede hallarse entre los vestigios artísticos del Bajo Imperio. Las hojas son flexibles y graciosas como el acanto de Pericles, y traslucen la mollicie ática y el refinamiento romano en los tiempos mejores de la arquitectura pagana. Entre los caulículos hay aves primorosas, haciéndose notar particularmente dos pájaros con cabeza humana, y enlazados por las colas en original y simbólica actitud. Esta columnata da sobre el vestibulo, ofreciendo al templo un ingreso magnífico y dándole un carácter plástico verdaderamente monumental, segun demuestra nuestro dibujo, tomado desde lo interior del pórtico de la iglesia. Exornaban ese cuerpo de arquitectura varias estatuas de piedra, sobrepuestas á los haces de columnitas en su frente longitudinal. Se conservan únicamente algunas de ellas, aunque maltratadas por el tiempo y el abandono. Mas dicen sin embargo lo suficiente para colegir su buena escultacion para aquella edad. Los paños son duros, las posturas amaneradas, es cierto. Pero el arte de Fidias se perdió en las ruinas del imperio latino; y el cincel germánico, sin modelos y sin tradiciones, hacia bastante en estudiar paso á paso la naturaleza, y prepa-



rar la época de Cano y Berruguete. Los otros tres frentes de la galería estan cerrados por entrepaños de sillería, sobre los cuales hay frescos góticos casi borrados que representan santos de cuerpo entero, y cuya filiacion artistica se demuestra por las aureolas doradas que circundan sus cabezas. Las arcadas de estos muros no salen al exterior, excepto en el ángulo inmediato á la portada esterna, donde resaltan seis de los descriptivos medios puntos que corresponden con los del interior. En su segundo órden la capilla ostenta otra galería sencilla y cerrada, terminando en un cascaron ojival de sillería. La entrada pública de este adoratorio consiste en un arco semi-circular con pilares y juncos, que da sobre una escalinata, y recibe luz por un hermoso roseton calado de preciosas labores, que dan paso á los purpurinos rayos del sol naciente. Pertenció esta capilla á los señores de Alvires, que allí yacen sepultados bajo marmórea lápida. La torre está derruyéndose á todo andar. Su forma es cuadrada con dos pisos ventilados por arcos de su tipo, y remata en una cubierta piramidal de pizarra. Los pilares del vestibulo estuvieron pintados; pues aun se

(1) El cardenal Baronio, citado por Fejóé.

observan unas fajas de mal parado colorido que les circuyen en figura espiral. Las dimensiones del templo son estensas. Fué uno de los mayores de su tiempo, y sin duda debió tener grande importancia. Pero va desmoronándose día por día; y si existe aun, quizás nos deba la arqueología española su conservación.

¡A cuántas y cuán severas reflexiones se presta ese mal tratado monumento!... Las ruinas, los vestigios solitarios representan hoy aquella opulenta milicia que poseyera diez mil alcázares desde el Tabor á las columnas de Alcides!... Los señores de lugares, fortalezas y vasallos, los compañeros de armas de Alfonso VIII y Jaime el Conquistador, los soldados de las Navas y Valencia del Cid, los que tremolaron el oriflama español en las murallas de Cuenca, en los adarves de Sevilla y en los minaretes de Mallorca, los que estendian su vencedora espada desde Lisboa hasta Jerusalem... hoy son una sombra perdida en la noche de la eternidad! Ya el blanco manto de aquellos héroes no cobija la ciudad santa; ya no se oye su canto de victoria sobre el sepulcro del Señor; ya en fin su roja cruz no sirve de lábaro caballeresco á toda la cristiandad, y á su grito de batalla no se desplomaron las mezquitas de Ismael ni se regocijaron los collados de Sion!

A los templarios, sin embargo, no tanto les arruinaron sus émulos como su propia degeneración. La milicia creada en Palestina por Hugo de Paganis era pobre, ascética y humilde. Pero en la tierra todo se transforma y perece. Y el Temple no pudo resistir al tiempo y á la humana condición. Obedeciendo pues á la ley universal, la órden se desvió de su indole haciéndose opulenta, mundana y orgullosa. Estos fueron sus verdaderos vicios, y eran muy bastantes para obrar su aniquilamiento. La envidia les explotó con saña; pero la calumnia se mata por su propia exageración. En los anales de Francia existe no obstante aquel ominoso lugar. Y la España, tan deprimida siempre por aquella nación, presenta el sínodo de Salamanca como contraste honroso con la catástrofe de París.

V. GARCIA ESCOBAR.

## DON PEDRO FERNANDEZ DE FRIAS.

Fué arcediano de Burgos, obispo de Osma y Cuenca, cardenal de España, y gran privado de los reyes D. Enrique III y de su hijo Don Juan II.

Tuvo infinitos émulos y contrarios, y los historiadores de su tiempo aseguran que era mas astuto que sabio, muy pulcro y elegante en sus adornos y vestidos; amigo de sobresalir á todos en el lujo de su casa y mesa, y en cuanto hacia y ejecutaba.

Tambien convienen en el estremado estudio con que proferia cualquier palabra, por insignificante que fuese; y lo que no cabe duda es que manejó los negocios del Estado á su antojo y albedrío, y que se hizo poderoso.

Como constantemente estaba en pugna con todos ó casi todos los cortesanos, estos no cesaban de idear y de poner en ejecución infinitos medios para derribarle del encumbrado puesto á que se habia elevado, lo que consiguieron cuando menos lo esperaban. Es el caso, que estando en Burgos la corte riñeron muy mal, á presencia de D. Juan II, el D. Pedro Fernandez de Frias y D. Juan de Tordesillas, obispo de Segobia, y que algunos escuderos del primero, entendiendo que daban gusto á su amo, apalearon el mismo día al segundo; por cuyo motivo, y á pesar de que, segun el historiador del rey Fernan Perez, el escudero que pegó los palos á aquel le juró que no se lo habia mandado el cardenal, sino que él lo habia hecho por complacerle, se indignaron los ánimos, al menos en la apariencia: D. Diego Lopez de Stúñiga, justicia mayor, Juan de Velasco, camarero mayor, y otros muchos caballeros se querrelaron del hecho, afearon y acriminaron en demasía el caso, hasta que por fin consiguieron que el rey, á pesar de su natural tibieza, mandase que el obispo cardenal permaneciese detenido en el convento de San Francisco, donde se hallaba hospedado. No se contentaron con esto solo los implacables contrarios del señor Fernandez de Frias, sino que no pararon hasta que por órden real le vieron marchar á Roma como desterrado, con pretexto de la determinación de su causa. Caido de su privanza, lejos de su patria, lleno de tristeza y de desconsuelo, solo y abandonado, aun de aquellos á quienes mas habia favorecido, y sin dejar escarmentados á los que como él fueron en épocas posteriores favoritos de nuestros reyes, falleció en Florencia el personaje que nos ocupa. Su cadáver fué trasladado á la catedral de Burgos, habiendo sido tan desgraciado aun despues de muerto, que su sepulcro, que el cabildo hizo se construyese debajo del crucero, en agradecimiento por haber mandado todos los ornamentos y tesoro de su capilla á dicha santa iglesia, no existe ya, con motivo de haberse demolido con otros al colocarse los cuadros en relieve de la pasion del Salvador, que hoy son la admiración de los inteligentes por el delicado

y minucioso trabajo que empleó el artista, y que parece escender las fuerzas humanas.

El D. Pedro Fernandez de Frias fundó el magnífico y ahora abandonado ex-monasterio de Espeja, de la órden de San Gerónimo, á cuatro leguas del Burgo de Osma, que empezó á edificar á sus espensas en 22 de junio de 1451, y al cual dejó, al marchar á Roma, cincuenta mil florines, de cuya cantidad y de otros cincuenta mil que tenia guardados en la fortaleza de Cabrejas, que era suya, se apoderó el rey.

No tuvo mejores dicha y fortuna el obispo de Segobia, D. Juan de Tordesillas, pues que habiéndose quedado, segun los mismos historiadores contemporáneos, con el tesoro del rey D. Enrique III, y no pudiendo su hijo traerle á cuentas, se quejó al Papa; este cometió la averiguación de los hechos al arzobispo de Toledo y al obispo de Zamora, D. Diego de Fuen-Salida, y como tratasen de prenderle huyó en un buen caballo á Santiago de Galicia, de allí pasó á Portugal y luego á Valencia, en donde estaba Doña Catalina, hermana del rey, hasta que por fin acabó sus dias fugitivo y errante.

REMIGIO SALOMON.

## LAS TIENDAS.

«Ay de ti, Madrid» decía  
San Vicente el de Ferrer,  
«Cuando todo sens tiendas  
En tu confuso Babel»  
BRETON DE LOS HERRENOS.

No señor, no hay que cansarse; digan lo que quieran autores respetabilísimos en la materia, el flaco de las mugeres no es ni la curiosidad ni la afección á cortar á toda alma viviente, no digo sayos, sino capas de coro con dos varas de cola, ni su proverbial é innata volubilidad, ni aun su constante anhelo de aparecer siempre bonitas y de que alfombren su camino de flores y piropos: todos estos flacos son *peccata minuta*, átomos invisibles y globulillos homeopáticos, al lado de otro flaco, que ya de puro flaco es un gordo y gordísimo defecto, origen de mas de una reyerta conyugal y de mas de un rompimiento completo, que es el trueno gordo con que finalizan en el hogar doméstico las funciones de fuegos y luces de Bengala, álias palizas, peloterías y demás diversiones por el estilo.

Ya habreis adivinado que el flaco á que me refiero es el amor desmedido á los trapos, que son el anzuelo con que el enemigo malo, que ya sabe donde le aprieta el zapato, pesca á las incautas hijas de Eva; las verdaderas redes de Satanás, conocidas bajo los nombres de *casavés, capotas, foulards*, etc., etc., que forman un ejército mas numeroso que el de Jerjes y mas temible para los papás y maridos que todas las hordas de cosacos ó de beduinos del mundo.

Si nuestra glotona madre Eva hubiera vivido en el siglo XIX, apuesto tres contra uno á que la serpiente, en vez de tratar de seducirla induciéndola á que comiera una manzana, que por hermosa y madura que estuviera, al fin y al postre es una fruta de que en los tiempos presentes podria atracarse á costa de muy poco dinero, hubiera desplegado ante sus ojos un magnífico corte de vestido chiné ó algun pañolón de chinos de Manila, seguro de conseguir el mas satisfactorio resultado.

¡Felices tiempos aquellos en que toda la ambición de la muger se cifraba en una manzana! ¡Feliz mil veces Adán que nunca supo lo que eran volantes, ni talmas, ni terciopelos!

La *tiendomania*, hermana de la *dineromania* y tia carnal de la *vaporomania, poliquimania* y demás genticilla menuda que ha venido en el siglo actual á sustituir á la *conventomania* y *oscurimania* de nuestros abuelos, es una de las enfermedades que ofrecen síntomas mas alarmantes para el porvenir.

Entiéndase que en el presente articulo solo hablo de las tiendas por excelencia, *di primo cartello*, de las tiendas revolucionarias en que se regenera la camisa ó el gorro de dormir, de las tiendas *logografos*, que para solaz de los aficionados á las charradas ó al rompecabezas, lucen sobre su entrada grandes muestras con los letreros de *A las cinco ppppp ó A las dos rr, tres kkk y cuatro xxxr*.

Trata un propietario de levantar una casa; pues lo primero en que piensa es en abrir unas cuantas tiendecitas en la planta baja del edificio. El portal será un portal en miniatura, largo y estrecho como un espárrago; la escalera tendrá que recibir de lo alto algunos rayos de luz para que el que ascienda no reciba detrimento en la parte mas saliente de su persona; los habitantes del cuarto entresuelo gozarán del singularísimo privilegio de tocar el cielo con la mano; convenido; pero esas son pequeñeces en que no repara el leonino gremio de caseros á trueque de tener por inquilino á algun almacenista de *bisuterías* ó á algun *confeccionador* de novedades para señoras y niños.

La sociedad, la moral, las luces del siglo, la economía política y

doméstica, y hasta el órden público piden á voz en grito que desaparecan esos focos de perdicion y de lujo; que se destruyan hasta los cimientos, sin que quede ladrillo sobre ladrillo, cuantas tiendas encierra en su ámbito la coronada villa; que se pase el arado por sobre sus ruinas; que se siembre de sal el terreno que ocupaban; que... pero adónde voy á parar? ¿y qué iba á ser entonces de nuestras lindas prójimas, de esa mitad del género humano, madrileño sobre todo, que ya miro sublevada contra mí, y que cifra uno de sus mayores goces y venturas en ir de tiendas?

¡Ir de tiendas! frase mágica que las mugeres traducen por ir á la gloria, y los papás y maridos por ir via recta á S. Bernardino.

La muger va de tiendas con el mismo placer con que el estudiante va de vacaciones, el militar de capitán general á la Habana, el celoso cofrade de porta-estandarte en las procesiones, y el enamorado de facción hácia la casa de su amada.

En cuanto á mí, prefiero que me emplumen á ir de tiendas.

Las calles del Carmen, de la Montera y contiguas son los mares mas frecuentados por las urcas femeninas; cuyas aguas, efecto de sus innumerables bancos, sirtes y remolinos que hacen sudar la gota tan gordá á los desdichados timoneros, tardan á veces en surcar mas tiempo del que necesitó el pobre Cook para atravesar las heladas corrientes del polo.

Aquí la quilla tropieza en un aderezo de brillantes; allí el palo mayor se troncha al enfiar el estrecho de *Cachena*; mas allá hace agua al doblar el cabo de *Madame Chavany*, ó vara en el banco de *Samper*. ¡Dichoso el barco que arriba al puerto sin averías gruesas, y mas dichoso el piloto que timon en mano logra que el buque no dé con él á pique!

Preciso es confesar no obstante que la muger tiene muy desarrollado lo que llamaria *Gall* el órgano de la compratibilidad, y es como decimos los españoles en nuestro castizo idioma, una *especialidad* para el ramo de compras. Recorre todas las tiendas, obliga al hortera á revolver todo el almacén, pide de lo mas caro aunque no haya de comprarlo, tiene buen cuidado de llamar *manchon* al manguito *par-desús*, el sobretodo y *trousseau* al equipo de novia, regatea hasta el último maravedí, y atraviesa por fin de fiesta la Puerta del Sol con grandes envoltorios en la mano (las mas veces lienzo casero), con aire triunfal y mas ufana que un cochero de alta clase en dias de besamanos, ó un teniente novato cuando vuelve de la parada al frente de su mitad.

Entremos, si te place, en esa tienda de modas en pos de la señora que va del brazo de ese caballero, que á juzgar por su cara mústia y compungida debe ser el esposo, y prácticamente veremos lo que hay de verdad en mi aserto. Oigamos la conversacion que se entabla entre el dependiente (suená mejor que hortera), el marido y la señora.

LA SEÑORA. ¿Diga V., tiene V. cortes de esos vestidos de moda con dibujos de oro?

EL DEPENDIENTE. Hará media hora que acaba de llegar una multitud de ellos de París, y ya no queda mas que uno.

EL MARIDO. (Aparte á la señora.) Pero eso tiene trazas de ser muy caro. ¿No habria otra tela mas barata?

LA SEÑORA. Calla, simple, ¿qué entiendes tú de telas ni de modas?

EL DEPENDIENTE. La duquesa del Lirio me ha tomado dos cortes; la baronesita del Junco tres... V. quizá las conozca.

LA SEÑORA. Muchísimo. Saque V. el corte, á ver si nos arreglamos.

EL MARIDO hace un gesto parecido al del infeliz á quien van á sacar una muela.

EL DEPENDIENTE. (Estendiendo la pieza sobre el mostrador.) Esto quita la vista; no hay en todo Madrid cosa mas superior.

LA SEÑORA. (Al marido.) ¡Mira qué bonito! ¡Qué dibujos tan preciosos!

EL MARIDO. Sí, sí, muy bonito, pero me parece algo chillón.

EL DEPENDIENTE. Es la dernière: estoy seguro si VV. no se lo llevan de despacharlo á los cinco minutos.

LA SEÑORA. ¿Y el precio?

EL MARIDO. (Ap.) Aquí es ella.

EL DEPENDIENTE. Para no andar con rodeos se lo daré á V. lo mas barato que pueda, lo último, lo último en cuarenta duros.

EL MARIDO. (Ap.) ¡Fuego!

LA SEÑORA. ¡Cuarenta duros! ¿Está V. loco?

EL MARIDO. Hombre de Dios. ¿Está V. loco?

EL DEPENDIENTE. (Al marido.) Pero toque V., tiene muchísimo cuerpo, y es una tela riquísima.

LA SEÑORA. Yo conozco á una señora amiga mia que ha comprado otro idéntico por treinta duros.

EL MARIDO. (Dándola un pellizco.) No sueltes prenda.

EL DEPENDIENTE. Francamente, no puedo darlo bajo de los cuarenta.

EL MARIDO. (Agarrando del brazo á su señora.) Pues que V. lo pase bien.

LA SEÑORA. (Yéndose.) ¡Quiere V. treinta y uno?

EL MARIDO. (Ap.) ¡Santa Tecla!

EL DEPENDIENTE. No puede ser.

EL MARIDO. Vamos, vamos á casa, que es ya muy tarde.

LA SEÑORA. (Con la mano en el picaporte de la puerta vidriera.) A dos onzas es á lo mas que subo.

EL MARIDO. (Tratando de sacarla á remolque de la tienda.) Ya te ha dicho que no puede darla á ese precio: ¡qué pesadez!

EL DEPENDIENTE. Siento no poder complacer á V.

LA SEÑORA. Pues quede V. con Dios.

EL MARIDO. (Con el pié derecho fuera de la tienda.) Respiro.

EL DEPENDIENTE. ¡Eh señora! á treinta y ocho y cuartillo.

EL MARIDO. (Que retrocede dos pasos arrastrado por su señora.) Nada, nada; no se canse V.

LA SEÑORA. Dos onzas, y está bien pagado.

EL MARIDO. (Ap.) ¡Uf qué zarandeo!

EL DEPENDIENTE. Vamos, señora, vuelva V.; no quiero que su señor esposo pierda esta ocasion de hacerla tan bonito regalo.

EL MARIDO. (Ap.) ¡Ah infame hortera! qué ganas me dan de calentarte de lo lindo las orejas.

EL DEPENDIENTE. Porque es el último corte se lo doy á V. tan barato; no se lo diga V. á nadie.

Escusamos asistir al resto de la escena, el mas sangriento para el marido, pero al menos importante para nuestro objeto.

Conveniente me parece que tratemos ahora del origen de las tiendas, su nomenclatura, é influencia moral y social.

Allá entre los egipcios... ¡pero calle! ¡quién es el atrevido que abre la puerta de mi cuarto, y se me cuela de rondon?

—Señorito, esta esquelita han traído para V.

—Venga acá, muchacha.

Rafael, si quieres verme y obtener una respuesta satisfactoria, ven corriendo, y nos acompañarás á tiendas á mi mamá y á mí.

MARÍA.

Quedamos en los egipcios. Adios, lector mio, que me voy de tiendas.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

## MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

FERNAN CABALLERO.

(Continuacion.)

A esto seguia la lista de los vocales y presidente que habian compuesto el consejo de guerra.

—¡El! ¡él! ¡él! murmuraba con asombro, ¡D. Gaspar! ¡él! ¡condenar al infeliz cuya inocencia le constaba! ¡pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su padre! ¡pobre ser que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El capellan habia dejado caer su cabeza entre sus manos, y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresion de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

—No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el padre capellan; estoy indispuesto.

—Abra V., señor D. Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El padre capellan, que conoció la voz del anciano amigo de su padre, serenó en cuanto pudo su semblante y abrió.

—Tío Bernardo, le dijo, sabeis la nueva desgracia con la que Dios me aflige y que no estoy capaz de ver á nadie.

—Todo lo sé, contestó el anciano; y mas de lo que cree su mercé; y así vengo á decirle que su hermano era inocente.

—Harto sé, repuso el capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crimen; pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

—Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

—Y será tarde, gimió el capellan dejándose caer en su sillón.

Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor, dijo el tío Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre cuya entereza rayaba en estoicismo. Pero ese José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino. Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegasen á prenderlo fuera avisarme, y es lo primero que no hizo Dios lo crió corto de luces, y en su aislada vida se acabó de entumecer.

—¿Pues qué, lo visteis despues de haber desertado? preguntó el padre capellan con ansia.

—Sí señor, contestó el tio Bernardo; pero escuchadme, que todo os lo voy á referir. Desde que cundió la voz que era José el matador, dije yo que no lo era, y me las mantuve hasta con el juez que me mandó llamar; no tenia mas razón que alegar, sino que conocia á ese infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta conviccion era mas fuerte que cuantas pruebas me pusiera delante. Mis sospechas tenia yo de quien fuese el reo, porque tambien lo conocia de atrás; pero no podia aventurarme á nombrarlo sin una prueba que á ello me autorizase.

—¿Pero á quién sospechais de ese atentado? preguntó el capellan clavando los ojos en su interlocutor.

—Un alma de Cain que vos no conoceis, padre; esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez; todo se andará si la sogá no se quiebra. Habia yo recojido cuando la desgracia el perro de mi padre, que era valiente y fiel como de buena casta. Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta y se puso á ahullar lastimosamente; por mas que lo llamaba no queria seguirme ni desviarse de la puerta; preciso será, pensé para mí, abrirle para que se desengañe que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entonces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar su cabeza y dar ahullidos, hasta que llegando á un rincon en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó entre esta un giron de tela que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él y le arrebaté aquel giron, que al examinarlo hallé ser la tira de un pantalon, que desde luego discurri habria arrancado aquel valiente animal al asesino al verlo acometer á su amo. Conociase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera habia una carta.

—¿Una carta! exclamó agitado el capellan.

—Sí señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre; y esto bastaba, que una chispa enciende una llama grande.

—Tio Bernardo, exclamó el capellan levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza, ¡teniais en vuestras manos su salvacion, y habeis dejado morir á un inocente!

—Aguarde su mercé, señor, que no he acabado, repuso el tio Bernardo con calor, oid hasta el fin y juzgad despues. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado, y otro tanto sucedia al reo; pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, seria capaz de matar á José para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así discurri que era más precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano prometiéndole un buen estipendio que me avisase cuando viese en los papeles la prision del uno ó del otro, á pesar que siempre estuve en el entender que aqui serian traídos para seguirles la causa; mas ambos parecian haber caído en un pozo, porque pasaron los años sin que nada se supiese ni del uno ni del otro. Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fui encargado á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos; un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero en el que con sorpresa reconocí á José.—Muchacho! le grité, ¿tú por aqui?—Sí señor, tio Bernardo, me contestó sin alterarse; pero no se lo diga V. á nadie, no sea que me quieran volver á llevar al regimiento á ponerme casaca y corbata.—¿Y tú desertastes solo? le pregunté.

—No señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi madre.—Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero di, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?—Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó; al anochechar mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos.—Ya, dije, ya estoy; ¿y qué hicieron ustedes despues?—Aguardamos la noche, me contestó José, y entonces fué mi compañero á ver á mi padre por si nos queria socorrer.—¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté.—Porque mi compañero dijo que mi padre se pondria fuera de tino si me veia desertado.—¿Y no te pidió nada tu compañero?—¿Qué me habia de pedir? Pero sí; recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo que no me devolví ni yo le pedí, porque cuando vino estaba desatentado, habiendo visto á unos de la partida que nos venian persiguiendo; me trajó el pobrecillo ¡Dios se lo pague! mi ropa de pastor, que le pidió á mi padre, diciéndome que me la pusiera y me metiese por los breñales de la sierra, que él iba á tirar hácia la raya de Portugal, y aqui estoy.—¿Y no te dió parte de lo que le dió tu padre? le pregunté.—¿Qué habia de dar mi padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo antes que fuese á pedirselo.—Es que tu padre no tendria dinero, hombre, le dije.—Sí señor; ¡vaya si

tenia! y mas de cien onzas de oro tambien, que yo las cuqué.—¿Y le dijistes esto á tu compañero?—Sí señor; pero á la par le dije que antes se le arrancaba á mi padre el corazon que sus onzas, y así sucedió.—Oye, José, ¿y no te dijo tu compañero que tu padre habia muerto?—¡Maria Santisima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

—Mis temores tenia yo que aquel condenado hubiese podido pervertir á José, porque al fin dice el refran que la sangre se hereda y el vicio se pega; pero hizo el cuidado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aun me hubiese quedado dudas sobre su inocencia, se hubiesen desvanecido. Sí, hombre, le dije, murió. Entonces José se puso á llorar á sollozos; lo consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto; pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió; despues de lo cual nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volví á llamar.—Tio Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi padre emparedadas sus onzas; sáquelas V. y mándele á decir misas al pobrecito de mi alma.—Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el pobrecillo de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba. Vuestro padre fué el muerto, prosiguió el tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta; y aqui tenia la condenacion de su verdugo.

El padre capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvedla de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo; y mientras el tio Bernardo cumplia con despacio el encargo, el padre capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

—Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al capellan; mas este, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

—Los muertos solo necesitan sufragios; guardad vuestra prueba condenatoria; yo la rehuso.

—Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

—No, puesto que esto ya nada remedia.

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no quereis reivindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿A qué? repuso con abatimiento el capellan.

—A borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se estingue en mí.

—¿Y vos quereis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tio Bernardo, no permanezco aqui donde me conocen; pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿la vindieta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tio Bernardo.

—¿Pues qué, perdonarías?!!

—Haré lo que pueda para lograrlo, y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor, dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tio Bernardo, eso es ser santo.

—No; es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir; y no creais que sea preciso ser santo para esto; la sola sabiduria humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que lo hiere.»

—El padre de su mercé decia que tenia José sangre de horchata, y quíereme parecer que esta es la de toda la familia, padre capellan; si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido; y mas le digo á su mercé, que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tio Bernardo, contestó el capellan; pero difícil será que deis con él; que desaparecido desde diez años, estará expatriado ó muerto; rogad mas bien por su alma ó por su conversion.

—Señor, dice el refran que á carrera larga nadie escapa; y ahora que no puede dañan, no he de parar hasta que dé con él; que con viento se limpia el trigo y los malos con castigo.

—Si con buscarlo y acusarlo cumplis con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplis con una virtud de cristiano, tio Bernardo.

—¡Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor, y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdon, tio Bernardo.

—Pues señor, repuso el veterano con energia, yo no estoy como su mercé con un pié en el cielo, y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamá que ha de pagar sus delitos; ¡y creais, padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso; he espresado mi sentir sin acriminar el ajeno; pero ¿á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halleis al que creéis reo?

—¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, tío Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen providencias, señor Don Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor, dice el refran que *mas largo es el tiempo que la fortuna*; se hallará; y si lo hallo, de Dios le venga el remedio. Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el general y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa en una de las calles principales de Madrid. El general parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos vivamente interesados en su contienda.

—En ninguna época como en la nuestra, decia su hermano al general, se han visto hombres colocarse en primer término y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia politica, ya por sus escentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir; mancomunados el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes con el qué me se dá á mi de una sociedad que vive al día sin cuidarse mas que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con lo pasado, este desden por la cuna, éste olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oír á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneracion que les es debida solo por serlo.

—Hermano, contestó el futuro suegro del coronel, es tendencia general de los ancianos la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente; no quiero seguirte en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos cuando se trata de las malas tendencias que dominan, y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas son y serán imperfectas, por mas que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanan en querer perfeccionarla; si curan una enfermedad moral ó física, aparece otra nueva, y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. Esto ha sido, es y será siempre; accion, reaccion, como si fuese la gran aspiracion y respiracion del mundo.

—¿Y todo esto, repuso el general, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin mas razon, prosiguió el general, que la de no conocer á su padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin filiacion; me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, que son pobres jornaleros, que han tenido un hijo, que en 18... fué embarcado como soldado para América, y que estan en la persuasion de que su hijo ha perecido, pues nunca mas han vuelto á saber de él. El coronel dice que sus padres han muerto: ¿ahora bien, qué te parece de renegar así de sus padres porque son pobres?

—Seria horrible si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios siéndolo de pobres jornaleros?

—Seria ridiculo si fuese exacto.

—¿Me darás pues la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado tan miserable vanidad?

—Hermano, no creo en tus noticias; mas dado caso que fuesen ciertas, ¿son estas debilidades humanas suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del coronel Guerra una boda conveniente, si nó lucida? Su carrera es brillante, su mérito es incontestable.

—Bien está, bien está; esto es en su vida militar; ¿pero y en la privada?

—No hay uno de sus compañeros que no haga de él en este punto elogios; además, es rico.

—Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano, fortuna hecha al juego.

—Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el general pasiblemente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

—¿No digo! exclamó con amargura el anciano; lo pasado es el surco en el mar; ¿qué extraño es que se pierda la vergüenza, si hoy día,

aun personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú se constituyen en quita-manchas de las mas feas?

—Pero, hermano, dijo con triste inquietud el general, mi hija lo quiere.

—Tu hija es una excelente y dócil niña que no se habria dejado ir á su cariño, si te hubieras opuesto á él.

—En este momento entró radiante el coronel, el que halló como de costumbre frio y seco al hermano del general: este en cambio se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de este visible desvio con muestras de afecto y de cordialidad que le prodigió.

No habia pasado un cuarto de hora cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

—Adelante, gritó el general.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

Bernardo! por fin vinisteis! gritó el general, apenas lo vió, arrojándose hácia el recién entrado y echándole los brazos al cuello: cogiéndolo en seguida por la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho y presentádoselo á su hermano y al coronel; aquí teneis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador al que debo la vida; mirad, añadió desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aquí está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazón. ¿Pero cómo te va, amigo? ya veo que los años han pasado sobre ti como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

—Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente, y de ánimo lo mismo, pues aunque mis tramojos paso, no me amilano, que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usia sí que está arrogante: ¡ya! cómo que tiene diez años menos que yo; ya sé que su Esclencia se ha casado y tiene hijos como pimpollos: sea para bien.

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tú muger?

—Señor, mi muger está tan encojida y arrugada que parece una castaña pilonga; los hijos, uno sirve al rey, los demás estan casados y con un celemin de hijos.

—Bernardo, tú no te separas ya mas de mí.

—Señor, ¿y cómo dejó á la muger?

—Te la traes.

—¿Qué, señor! mas fácil es traerse á la cartuja; allí esta endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raices que una cepa.

—Pues bien, voy á fincar, y no te faltará buena colocacion; tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos; aquí tienes, añadió el general señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba, y aquí, prosiguió señalando al coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, habia hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse; pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con ese hombre no era fortuito, y que deberia repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse al parecer tranquilo, y leia un periódico. Al oírse presentar por el general á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al reciénvenido.

Pero apenas lo hubo fijado este, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entre tanto el general se habia levantado y tocado la campanilla.

—Llévate, le dijo al criado que entró, á este huésped que me ha llegado; que se le sirva de almorzar y se le atienda como persona de mi propia familia; anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi muger é hijos que ansian por conocerte; y empujando por el hombro al anciano que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese coronel? preguntó al criado el tío Bernardo.

—D. Victor Guerra: ¿lo conocéis?

—Juraria que sí, contestó el huésped; pero por entonces no era coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra; pero como de esto hay tiempo, antes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tío Bernardo no habia podido pasar un bocado; á poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson habia salido; pero no habia pasado del portal, en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba al parecer algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el coronel al asesino del ventero, é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos por la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista y vió bajar al que esperaba con toda su arrogancia. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apenas traspasaba el coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decía:

—¡Juan Luis!

El coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—No has olvidado tu nombre, exclamó el tío Bernardo poniéndose frente al coronel; Juan Luis Navajas, ladrón, asesino; lo que si parece olvidar en tus postizas grandezas, es que la verdad adelgaza y no quiebra.

(Concluirá.)

## A UNA COLONDRINA.

Vuela, vuela, dichosa golondrina,  
Que acompañaste en el pasado estío,  
Del desvelado misero vecina,  
Las largas horas de sediento hastío.

Vuela; mas antes de lanzarte, espera  
Al mar huyendo del cercano hielo,  
Que aun te guarda por ver en la ribera  
Una ciudad encantadora, el cielo.

Donde nunca la niebla enturbia el día  
Ni se agostan las flores del verano,  
Ni enciende el aire tempestad bravia,  
Ni anhela el pecho por amor en vano.

Tenté, descansa allí sobre la parda  
Torre que altivo levantó el albarbe;  
Ahora al vulgo codicioso, tarda  
En rendir á la edad el ancho adarbe.

Y acaso entre sus piedras carcomidas  
Que salpican del mar olas inquietas,  
Verás blancas ventanas escondidas  
En la yerba que dan las hondas grietas.

Y allí encerradas cual en alto nido  
Las tórtolas se encierran amorosas,  
Si con vuelo llegaste no sentido  
Verás mugeres como nunca hermosas.

¡Hijas del mar! Como la riza espuma  
Que traen las olas en sonoro alarde,  
Arde el rayo del sol, rota la bruma,  
El rayo así de sus miradas arde.

Ojos que son reliquia peregrina  
De la belleza de las madres moras,  
Rasgados, las pupilas como endrina  
Negras, y en pura luz abrasadoras.

Suelto el talle, copiosos los cabellos  
Que en el color al ébano escarnecen,  
Tersa la tez que miente en sus destellos  
Flores de aquellas que á las plantas crecen.

¡Ay! no tiendas sin ver tanta hermosura  
De nuevo al aire, golondrina, el vuelo,  
Y recuerda al mirarla mi ventura  
Pasada, y piensa en mi presente duelo.

Y di, mas que decirlo te dé enojos,  
Diles, oh bella, á las que miras bellas,  
Que amor no siento sino al ver sus ojos,  
Ni siento dicha sino cerca de ellas.

Y diles que primero enflaquecida  
Sus piedras soltará la antigua torre,  
Que la ronca tormenta de la vida  
De mí el recuerdo de sus nombres borre.

Y primero contigo tus hermanas  
Cuando el invierno se desate impio,  
Sus nidos dejaran en mis ventanas  
Do eterno azota Guadarrama frio.

Que de mí se separen sus memorias  
Y el pátrio amor de su ciudad moruna,

Y olvide sus dulcísimas historias  
En desdichada ó próspera fortuna.

Y cuando vuelvas á habitar mi techo  
Con los calores del futuro estío,  
Dime, que anhela por saberlo el pecho,  
Si oyeron gratas el recuerdo mio.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## ANTES, AHORA, DESPUES.

(A VICENTE BARRANTES.)

ANTES.

—Almas ¿á dónde volais?  
—Donde el gozo nos convida.  
—¿Vais á la muerte?  
—A la vida.  
—¡La vida! ¿Y tan presto vais?  
—El gozo y la paz, en ella  
esperan nuestra llegada.  
—¿Sabeis de lo que es morada  
esa morada tan bella?

AHORA.

—¿Qué buscan esos mortales  
con anhelar tan ardiente?  
—La paz del alma doliente!  
Sus ensueños celestiales!  
—¿Tú qué pides?  
—El honor.  
—¿Qué buscas tú?  
—La victoria.  
—¿Y tú?  
—Yo anhelo la gloria.  
—¿Y tú?  
—La fé del amor.  
—¿Y pensais encontrar tanto?  
—Y mas.  
—¿Así lo creeis?  
Entonces ¿por qué verteis  
furtivas gotas de llanto?

DESPUES.

—¿A dónde vais de esa suerte?  
—Huyendo vamos del suelo.  
—¿Y á dónde volais?  
—Al cielo.  
—¿Y á quién llamais?  
—A la muerte.  
Ella se mueve á piedad  
por el alma que suspira:  
ya hemos visto la mentira...  
¡Queremos ver la verdad!

ANTONIO ARNAO.

## SONETO.

(Á MI AMIGO EL SEÑOR D. JOAQUIN JOSÉ CERVINO.)

Lloró Juanita toda una semana  
Porque Gil la dejó, galán ingrato,  
Y quemando sus cartas y retrato  
Vió deshacerse su esperanza vana.  
Hayó galas, paseos y ventana,  
Y de tierna amistad el dulce trato,  
Halló el canal á sus pesares grato  
Y en fósforos pensó ¡Miserá Juana!  
Mas subiendo una tarde hácia el Retiro  
Encuétrase á Tomás. ¡Jesús que gozo!  
A entrambos el amor lanza su tiro.  
El la mira bajándose el embozo,  
Ella sonríe y clama en un suspiro  
«¡Ya tengo otro por fin! ¡y es mejor mozo!»

Abril, 1855.

José GONZALEZ DE TEJADA.



(La buena estrella, tomada de *les étoiles* de Grandville.)

#### GRANDVILLE Y SU ÚLTIMA OBRA.

Entre los pintores que en la última década han adquirido gran reputación en París y en casi todo el mundo por sus ilustraciones llenas de ingenio y perfectamente ejecutadas, se encuentra Juan Ignacio Isidoro Gerard, conocido como artista con el nombre de I. J. Grandville, á quien se puede considerar, si no como inventor, al menos como primer maestro de este arte. Pocos artistas han logrado tanta popularidad como él, y con razón; pues ¿qué pintor hubiera representado los vicios, el ridículo, las pasiones y las costumbres de su tiempo con tanta delicadeza y verdad como él lo hizo en sus innumerables composiciones, siempre nuevas y llenas de propiedad?

Grandville era un artista especial: así es que al momento le encargaron los trabajos de los periódicos ilustrados y otras obras de lujo. Ilustró las fábulas de Lafontaine, de Florian, los cantos de Beranger, el Gulliver de Swift, el Robinson de Foe y los notables cuentos de Gerónimo Paturot. Pero bien pronto, llevado de su inagotable y ardiente

fantasía, dejó de seguir con su lápiz plumas estrañas, y empezó á escribir libros propios en su lenguaje figurado. Así tenemos las *escenas de la vida privada de los animales*, los *cien refranes*, los *pequeños disgustos de la vida humana*, que hicieron mucho ruido en su tiempo, y finalmente, las *flores vivas*, su obra favorita, para la que agotó todos los recursos de su ingenio, de su originalidad y de su gracia poética.

Apenas habia acabado Grandville este herbario de las mas agradables flores, cuando ya pensó en otras creaciones. «Mira, dijo un dia á su muger, hace ya tiempo que tengo la vista fija solo en la tierra; voy pues á dirigirla ahora al cielo.» Y en el mismo dia empezó á formar el bosquejo de *las estrellas* que debia ser la última obra de este genio infatigable. Efectivamente, al poco tiempo, y todavía en edad regular, le atacó una grave enfermedad, en la que solia decir á un amigo: «Créeme, Guiand, siento que tendré que hacer pronto allá arriba mis estudios sobre las estrellas;» y no se engañaba, pues algunas semanas despues era ya cadáver.





CATEDRAL DE AUGSBURGO.

Uno de los monumentos mas notables y antiguos de Augsburgo es la iglesia catedral, que cuenta mas de 1500 años de antigüedad, debiendo por lo tanto existir ya en tiempo de Constantino el Grande; pero las noticias mas exactas que tenemos respecto á esto la hacen datar desde la fundación de una silla episcopal en el año 582.

Esta iglesia ha sido considerablemente mejorada por varios obispos: después de su hundimiento ó destruccion por el incendio, se empezó su reconstrucción el año 994, dándosele mas ensanche á principios del siglo XI, y concluyéndose finalmente la construcción del claustro por los años de 1036 á 59. El obispo Embriko hizo levantar junto á la catedral una capilla y los dos campanarios acabados en punta.

En el año 1229 se construyó el coro del Este, y en 1356 el de Oeste, y por cierto en estilo italiano. La bóveda del coro se hizo el año 1410. El interior del edificio se halla sostenido por 36 grandes columnas, cuyos capiteles se ven adornados de figuras y ramaje; 28 de estas sostienen la nave, y estan adornadas en parte de cuadros de gran valor, en que esta iglesia en particular es muy rica, poseyendo además pinturas en cristal magnificas, y un servicio de plata de mucho precio.

Habiéndonos proporcionado una copia de la carta que el señor Don Agustin Duran ha dirigido al distinguido compilador y comentarista de la nueva edición de las obras de Quevedo, el señor D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, juzgando este improbo y apreciablesimo trabajo y felicitándole por él, no hemos querido desperdiciar esta nueva ocasion de honrar el SEMANARIO con un escrito del señor Duran, con tanta mas razon, cuanto que, como verán nuestros lectores, la carta que va al pié de estas líneas seria interesantísima, aunque solo contuviera la excelente y elevada apreciacion que en ella se hace de Quevedo, poco estimado generalmente hasta ahora como escritor político y filósofico, á pesar de que su fama como tal no debiera ceder á su nombradía como poeta satírico. Hé aquí la carta:

**SEÑOR D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA.**

MADRID 24 DE MARZO DE 1855.

Los años, amigo mio, van produciendo en mi lo que una apoplejía en el arzobispo de Granada á quien Gil Blas sirvió de secretario: por eso me voy retirando de la pluma, y solo tal vez la empleo en  
22 DE MAYO DE 1855.

animar á la vigorosa juventud cuando se eleva sobre lo pasado, en cuyo pedestal me lisonjeo haber puesto alguna piedrecita que no le desdora.

Al recibir y examinar las *Obras de Quevedo* recientemente restauradas, anotadas, y juzgadas por V., ha sido tanto mi contentamiento, que no puedo menos de darle mil gracias y de felicitarle, manifestándole mi opinion sobre un trabajo tan necesario y útil á nuestra gloria literaria.

Tiempo hace que deseoso de estudiar los escritos de Quevedo, tan desfigurados por sus antiguos editores, habia reunido preciosos documentos, acaso ya destinados á perderse, cual sucede con frecuencia á las colecciones de los particulares. Para evitarlo era necesario que los de la mia viniesen á poder de quien se aprovechase de ellos con un teson, una inteligencia y una sábia critica cual V. ha empleado en la difícil y penosa empresa que tomó á su cargo y va tan felizmente desempeñando. Gracias á ella, es hoy posible leer á Quevedo y comprenderle como hombre, como sabio, como erudito, como filósofo moralista, y como político y diplomático: pues bajo todos estos aspectos se presenta nuestro célebre escritor polígrafo. Desde ahora pueden conocerse las causas que le hicieron favorito de las masas populares, á quienes señalaba con el dedo sus opresores, esgrimiendo contra ellos la sátira mas amarga y dura. Quevedo aparece como el representante de la libertad moral del pueblo castellano, el cual mudo é inerte, pero dolorido, soportaba los desmanes del imbécil y nauseabundo despotismo teocrático y civil que le oprimía y ahogaba en el fango de la servidumbre más abatida: él fué por decirlo así el último y lamentable eco que exhaló por sus perdidas glorias, por su grandeza hollada, la desventurada España, la madre de tantos héroes pasados: él quien con severo teson escupió á la cara de los necios y corrompidos príncipes que envilecían el trono, degradaban el hombre, y oprimían el país: él quien con desesperada é irónica sonrisa arrancó los ensangrentados paños encubridores de hediondas llagas: él quien señaló las causas de todos los males de la nacion: él quien desde el fondo de los calabozos, mártir de la verdad, y víctima de los verdugos, se constituyó en acusador y juez de tantos crímenes villanos y de tantas miserias: y él en fin quien combatiendo el despotismo con firmeza, hizo germinar aquellas ideas de progreso y libertad que dos siglos después brotaron con vigor sagrado entre los pueblos cultos. Si Quevedo como escritor aparece, en la expresion de sus ideas, mancillado con el mal gusto de su tiempo; si indignado contra el vicio, le presenta en toda su cinica desnudez, para hacerle mas odioso; si tal vez como hombre particular merece alguna censura, no por eso deja de ser la protesta viva y enérgica de la humanidad entera contra los malvados, contra las instituciones que los protegen, contra la moral laxa que los tolera y disculpa, contra la villanía cobarde que los sufre, y contra la estúpida sonrisa que los maldice sin atreverse á derrocarlos.

Así es, amigo mio, como V. ha concebido y presentado al célebre escritor: así como ha hecho su fiel retrato, deduciéndole del examen de sus obras y de la historia de su época. Allí está él, todo él, su ciencia, su siglo y las causas de los acontecimientos posteriores que dieron el golpe de gracia á nuestras glorias, á nuestro gran poderío, á nuestra sabia y bella literatura, y en fin á nuestra nacionalidad. Desde luego en su obra de V. resalta que los defectos de Quevedo son los de su época, donde el valor de los bandidos y rufianes habia sustituido al de los héroes y de los caballeros, y que sus aciertos solo los debia á si propio, á sus estudios, y á su gran talento. Si los recuerdos gloriosos de Carlos V. inspiraron á Cervantes una manera de critica noble, aguda, cortés y delicada, la miseria y desmoralizacion que nos degradaba en tiempo de los últimos Felipes de Austria debieron producir aquella critica cinica, mordaz y sarcástica propia de Quevedo. El primero estaba aun rodeado de grandes miserias y de grandes cosas: solo veía el segundo en torno suyo flaqueza, marasmo, desesperanza y perdida sin un átomo de gloria capaz de paliar tanta desdicha. Cervantes respiraba aun el aire de Lepanto; Quevedo veía el cenit de Castilla hundido en Portugal: aquel criticaba un exceso de caballerismo; y este una nobleza rebajada y envilecida en los palacios, sumida en la ignorancia, y en la servidumbre cortesana, insaciable de dinero.

El modo de considerar las cosas bajo un punto de vista tan oportuno y elevado, y de enlazar los hechos á las figuras individuales que reasumen en si toda una época; este modo tan lleno de vida, tan palpitante, tan dramático y filosófico, lo ha comprendido V. perfectamente cuando ha desdeñado la pueril y minuciosa erudicion que hoy da tanta importancia á una copla perdida é insignificante. Tal erudicion sirve cuando más para descubrir chismes que degradan la historia, ó para poner lunares que afean un retrato convirtiéndole en caricatura. No faltará sin embargo quien le censure tan prudente y sabia economía, ni quien le acuse de ignorante si omitió decir de qué pié era Quevedo e jo, y el nombre del barbero que le afeitaba ó le aliñaba el bigote. Pero yo, amigo mio, apruebo su opinion de V., pues no me entretengo en

rebuscar defectos por gusto de lucir mi erudicion ratonil, ni soy de aquellos que *acapanan* noticias. Si alguna poseo útil é importante, desde luego la comunico á quien pueda usar de ella oportunamente. Así creo que deben proceder los ánimos generosos y amantes del saber, para evitar los errores ó ayudar á la perfeccion de las empresas literarias. La ciencia no es tú, ni yo; no es el hombre aislado, sino la suma de todos los conocimientos que la constituyen, y que con desinterés y sin avaricia deben comunicarse á cuantos los necesitan, en vez de emplearlos en desacreditar las obras ajenas, cuya critica imparcial y justa seria el hacerlas mejor.

Si por acaso alguna de mala ley se alzase contra V., no por eso se desanima: acepte sin réplica lo bueno que le enseñe; y consuélase con la idea de haber merecido el aprecio público. V. ha cumplido haciendo lo que sabe, lo que puede y lo que no es fácil sea escudido por nadie, aun despues de haber dejado tan espedito el camino que siguió. Si alguno le aventajase, tanto mayor bien para la ciencia y aun para V. mismo que tan noble y desinteresadamente la cultiva. Esto no puede dañar su reputacion, cuando todos saben que siempre el que precede es el escalon por donde sube quien le sigue, siquiera sea un ingrato. Los progresos de Newton no mancillaron la gloria de Galileo.

Triste cosa es decirlo, pero no es menos cierto que entre nosotros pocos podrán apreciar debidamente la parte erudita y bibliográfica de su obra: pocos que perciban el estudio, la paciencia, y los desvelos que ha necesitado para corregir y juzgar con buen criterio los textos de Quevedo que ha restaurado: pocos comprenderán las dificultades que ha superado y vencido para reunir y ordenar y aprovechar los preciosos materiales que tuvo presentes y se procuró á fuerza de celo. Pero en desquite no faltará quien, ignorando hasta despues de haberlas V. publicado, la existencia de tantas preciosidades, le culpe de omiso, por no haber conocido, ó por haber desechado alguna de aquellas noticias que se deben á la casualidad y no al estudio. Déjelos V. decir; y convirtiendo en triaca el veneno, válgase para en adelante de cuanto le proporcione medios de perfeccionar y acrecentar sus conocimientos. El hombre verdaderamente sabio acepta con placer toda censura justa y buena, y aun de la injusta y mala puede sacar partido y útil enseñanza.

Yo entre tanto creo poder asegurar á V. que si es posible aparezcan y existan algunas noticias y documentos más de aquellos que ha examinado, es muy difícil le esceda nadie en la parte de su obra hija de su entendimiento, y que pertenezca á la critica trascendental y filosófica. La sabia apreciacion de los escritos y de la personalidad de Quevedo, y del influjo social que reflejan, forma un cuadro maestro donde brillan la razon severa, el ingenio bien dirigido, la verdad histórica, y la elegante sobriedad que caracteriza á los mejores escritores de nuestro siglo de oro literario.

Tal es mi opinion, cuyo corto influjo en las ajenas no desconozco; pero cual es, y sin aspirar á imponérsela á nadie, se la manifiesto á V. porque le amo, y porque se apoya en el mas noble desinterés, en la mas pura amistad; y sobre todo en que la creo justa.

B. L. M. de V. su afectísimo amigo

AGUSTIN DURAN.

## D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

D. Bartolomé José Gallardo nació en Campanario, villa de la provincia de Badajoz, en 13 de agosto de 1776, y fueron sus padres Don Juan Gallardo y Doña María Luisa Blanco. Estudió latinidad en su patria, y habiendo logrado la enseñanza de un hábil preceptor, salió excelente latino. Así que tuvo edad competente, pasó á Salamanca á estudiar filosofia, en la que aprovechó notablemente, y concluidos los cursos de esta facultad, deseaban sus padres que emprendiese el estudio de la teología para que fuese eclesiástico y pudiera gozar una capellanía de familia; pero no siendo esta su vocacion, no tuvieron este gusto, y él se entregó con todo ahinco á perfeccionarse en la filosofia con el objeto de dedicarse á la enseñanza de ella, que en aquel tiempo se trataba de fomentar y darle mas importancia, por lo que el profesor la ofrecia un ventajoso porvenir; pero este proyecto no llegó á realizarse, y Gallardo, no juzgando ya conveniente seguir su primer intento, no quiso dedicarse á otra carrera, y llevado de su inclinacion se dió al estudio de la literatura, en que desde luego hizo notables progresos. No teniendo recursos para continuar en Salamanca, acaso por la muerte de sus padres, se los proporcionó un tío, y despues lo llevó al colegio de San Bartolomé y le dió asistencia el doctor D. Juan María Herrera, natural de Cáceres, y en aquella casa vivió hasta su estincion, verificada por los años de 1799.

Principió á dar á conocer su agudo ingenio y su talento para los escritos satíricos y picantes con un papel que público titulado *El soplon del diarista de Salamanca*, cuyo escrito, habiendo llegado á manos del sabio obispo de aquella diócesis D. Antonio Tavera, le escitó el deseo de conocer á su autor, que le fué presentado por D. Juan Antonio Tavera y D. Juan Melendez Valdés que se hallaba desterrado en Babila-Fuente, y aquel prelado desde entonces lo tuvo en mucha estimacion y aprecio.

Otro escrito confirmó el crédito que con el primero habia adquirido D. Bartolomé Gallardo. Tratando de dar á luz el impresor D. Francisco de Tojar las poesias de D. José Iglesias de la Casa, las prohibió el tribunal de la Inquisicion, é intentando aquel defenderlas en un escrito que habia formado, lo dió á Gallardo para que lo viese y le manifestase su parecer. La defensa de Tojar toda se fundaba en que otros autores habian escrito del mismo modo, y sin embargo se habian impreso y corrian sus obras; mas Gallardo, conceptuando débil esta defensa, se propuso hacer otra, fundándola en que á los médicos espirituales, como moralistas y poetas satíricos, es permitido del mismo modo que á los médicos corporales designar las cosas por sus propios nombres. Esta defensa se imprimió con el objeto de no tener que hacer muchas copias, y se remitió un ejemplar á cada uno de los tribunales de la Inquisicion; pero el de Salamanca confirmó la prohibicion de las poesias de Iglesias, y mandó recoger la defensa.

El año de 1800 tradujo al castellano en muy castizo lenguaje la obra titulada: *Arte de conservar la salud y prolongar la vida*, escrita en francés por Mr. Pressavin, que se imprimió en Salamanca en 8.º y tuvo mucha aceptacion.



B. José Gallardo

En 1801 fué nombrado para que acompañase la primera de las cuatro divisiones del ejército francés que á principios de diciembre se retiraba á Francia, después de haber hecho la guerra á Portugal como auxiliar del español, habiéndole dado el carácter de comisario, y permaneció en Francia dos meses. Después, vuelto á España, parece que se volvió á Salamanca, pues en 1805 tradujo é imprimió en ella el *Discurso sobre la conexcion de la medicina con las ciencias físicas y morales, ó sobre los deberes y conocimientos del médico*, escrito en francés por J. L. Alibert, en el cual no quiso poner su nombre. El original está escrito con mucha elocuencia; pero la traduccion acaso le hace ventaja; pues Gallardo, siguiendo el encumbrado vuelo de la pluma del autor, lo vertió al castellano con tal perfeccion y maestría, que no parece de modo alguno escrito originalmente en francés, sino en castellano por una muy elegante y galana pluma.

Por los años de 1804 ó 5 resolvió pasar á Madrid, acaso ya con el designio de proporcionarse alguna colocacion en la corte, y habiendo firmado la oposicion á varias cátedras vacantes en la real casa

de caballeros pages del rey, de que ya era ó poco despues fué director D. Juan Nicasio Gallego, ganó la primera que hizo á la de idioma francés.

Hallándose Gallardo en este destino, el doctor D. Tomás García Suelto (1), médico muy distinguido, así por su pericia médica como por sus grandes conocimientos literarios, escribió el elogio de D. José Severo Lopez, en el cual trata de plagiarlo al doctor D. Andrés Piquer, pues en una nota, que es la doce, dice así: «Examinando detenidamente y cotejando todos los traductores y comentaradores de Hipócrates, hallo que la version latina de sus epidemias por nuestro Piquer era la misma que antes que él habia publicado Cope: si su absoluta conformidad en la construccion, en las palabras y hasta en la puntuacion es casual, es por cierto una casualidad increíble.» Chocóle á Gallardo esta censura del doctor García Suelto, y bajo el nombre del Bachiller de Fórnoles, patria de Piquer, y diciéndose sobrino suyo, escribió una carta en defensa de este, que se insertó en el Memorial literario, la cual sentó muy mal á García Suelto, y mas teniendo á su autor por incompetente y falto de conocimientos para escribir de esta materia. Gallardo escribió segunda carta, que redujo al silencio á García Suelto. Habiendo tenido noticia de esta controversia el doctor D. Antonio Franceri, médico muy docto de la real familia, discípulo del doctor Piquer, se llegó á persuadir que efectivamente un sobrino de su maestro habia salido á defenderlo, y deseando conocerle indagó quién era para visitarlo. Hallólo en efecto, y supo con sorpresa que el apologista del doctor Piquer ni era de Fórnoles ni sobrino de este, y tuvo una complacencia en que la reputacion de aquel sábio médico hubiese sido vindicada.

Permaneció Gallardo en Madrid hasta el 6 de mayo de 1808, y después de haber presenciado la catástrofe del 2, salió de aquella corte para su pueblo, y su ida á este pais contribuyó mucho al levantamiento de Extremadura contra los franceses. Pocos dias después de su llegada á Campanario pasó á Badajoz á ofrecer sus servicios á la junta de Extremadura, la que se propuso utilizarlos en asuntos análogos á sus conocimientos, y lo comisionó en compañía del licenciado D. José Salustiano de Cáceres para promover la insurreccion en los pueblos de la provincia.

Hallábase Gallardo en Badajoz hospedado en el convento de San Francisco adonde se habia ido con motivo de la mucha afluencia de gentes que habia concurrido á aquella ciudad, y aprovechando una recomendacion que llevaba de un pariente suyo síndico de aquella órden, cuando el conde de la Torre del Fresno, gobernador y capitán general de Extremadura, que al principio se habia inclinado al alzamiento de la provincia, mudan lo después de opinion, imprudentemente trató de reprimirlo, intento que le costó la vida. El oidor de Cáceres D. Vicente García Cervero, hombre muy necio, puso en la cárcel y en otras prisiones á muchos sugetos de los dispuestos al alzamiento, y entre ellos á Gallardo, al que sacó del convento y lo condujo á la cárcel pública; mas al siguiente dia 30 de mayo, con motivo de notar el pueblo que no se hacia la salva por dia de S. Fernando, se tumultuó, y en su ciego furor vino á obrar en contra de sus sentimientos, pues acometió á sacrificar á los presos de los que varios eran designados por traidores, cosa frecuente en aquel tiempo, en que los pueblos calificaban de tales á los que se oponian, ó les parecia que se oponian á la insurreccion. Eran estos un portugués llamado Vasconcelos, Don N. Carcelen, coronel de la columna de Granaderos de Castilla, y dos que se decia ser edecanes de Murat, todos los cuales y el conde de la Torre del Fresno murieron arrastrados, y finalmente D. N. Noriega, tesorero general del reino, que fué traído desde cerca de Madrid, y murió cosido á puñaladas. En esta confusion se salvaron por fortuna los presos de la cárcel, entre los cuales estaba Gallardo, que aunque tenia órden comunicada por el gobernador para que fuese puesto en libertad, no quiso usar de ella. Pasaba el enfurecido pueblo por la cárcel arrastrando á los infelices victimas de su saña, y después de haber acabado con ellos, gritaban algunos desafortadamente: ¡al traidor que está en la cárcel, y se sacó del convento de San Francisco! lo cual oía Gallardo con el temor y zozobra que es de suponer. Hallábase en tan aflitiva situacion, cuando D. José Maria Calatrava, acompañado de otros sugetos, fué á la cárcel y lo sacó de ella.

Gallardo dejó luego á Badajoz, y comisionado, segun creemos, por la junta de esta ciudad, asistió á la desgraciada batalla de Medellín, que se dió el 28 de marzo de 1809. Después marchó á Sevilla, donde permaneció hasta que volvió á Extremadura con el objeto ostensible de saber el resultado de la batalla de Talavera que se ganó el 28 de julio del mismo año; pero en realidad, para ver si se podia contar con elementos, á fin de obligar á la junta central á constituir un gobierno en forma, y viendo que no habia disposicion para ello, se restituyó en posta

(1) No queremos dejar de notar aqui que estaba este médico por aquel tiempo en tanta boga en Madrid, que se decia comunmente que no era dama de gran tono la que no tenia un hijo pestalociano, por galan á un házar, y por médico á García Suelto.

á Sevilla. Había pasado á esta ciudad desde luego con la mira de ser secretario de los diputados de la junta de Extremadura, D. Martin de Garay y D. Felix Ovalle, destino que después no se creó, y permaneció en aquella ciudad hasta que el gobierno pasó á la ciudad de Cádiz.

Reunidas las Cortes en esta en setiembre de 1810, se hallaban sin recursos literarios para poder consultar los asuntos que se discutían, y encargaron á D. Bartolomé Gallardo la formación de una biblioteca con los libros de los conventos, encargo que desempeñó con grande actividad é inteligencia, por lo que le dieron la plaza de bibliotecario, que ejerció á satisfacción de las Cortes, sirviendo con igual atención á los diputados que promovían las reformas, como á los que se oponían á ellas, proporcionándoles las obras que no conocían para defender sus opiniones segun el partido en que militaban.

Habiéndose empeñado estos partidos ya designados con los nombres de liberal uno y servil el otro, en reñidas contiendas, se hacia la mas encarnizada guerra así en las Cortes como por medio de la prensa, y entre otros escritos que publicó el partido antireformador, apareció en 1811 el titulado *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocacion han nacido en España*, el cual escrito en sentido irónico criticaba muchas doctrinas y opiniones que atribuían al partido liberal, y fueron sus autores los diputados D. N. Freile Castrillon y D. Justo Pastor Perez, los cuales con otros de su partido tenían sus reuniones en el convento de los religiosos alcantarinos. Habiendo picado vivamente el tal folleto á los liberales, trataron de darle respuesta, y pusieron los ojos para que contestase en D. Bartolomé Gallardo que se habia hecho célebre con otro titulado *Apologia de los palos dados en la ciudad de Cádiz al Excmo. señor D. Lorenzo Calvo de Rozas*, miembro que fué de la suprema junta central, por el teniente coronel D. Joaquin de Osma: publicala en obsequio de las armas y las letras el licenciado Pálomeque con notas del doctor Encina; cuyo folleto por su singular gracejo y chiste fué recibido del público con extraordinario aplauso, y adquirió grande popularidad á su autor que dió en él muestras del particular talento con que maneja la sátira. Persuadieron á Gallardo á que escribiese la contestacion, especialmente los diputados D. Diego Muñoz Torrero y D. Antonio Oliveros, y Gallardo entonces compuso y publicó el *Diccionario crítico-burlesco* del que se titula *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*, etc.; pero estuvo sin publicar algunos meses hasta 1812, y antes de darlo á luz trató de que lo examinasen algunas personas de conocimientos, por lo que lo sometió al juicio del doctor D. Martin de Navas, canónigo de S. Isidro de Madrid y catedrático que habia sido en el Burgo de Osma, que á la sazón se hallaba en Cádiz. El *Diccionario crítico-burlesco* causó grande alarma y sublevacion en los ánimos, y al tiempo que el pueblo se precipitaba con la mayor avidez á leer la nueva sátira sin pararse mayormente en su espíritu, los serviles irritados hacían cuanto podían para anatematizar al autor y su obra y sublevar á todo el mundo contra él, y aun el piadoso celo del mismo gobierno.

El provisor de Cádiz, D. Mariano Martin Esperanza, delató el diccionario á la regencia; y dado este primer paso, los enemigos de Gallardo y de su partido político se engrieron sobre manera: se pusieron pasquines contra él, y se declamó hasta en los púlpitos contra un insulto tan grave hecho á la religion. El escándalo y las quejas llegaron hasta las Cortes, y se decia que Gallardo para la publicacion del diccionario habia procedido con la anuencia de ciertos diputados. El Congreso en una sesion secreta sumamente acalorada, tenida el 18 de abril de 1812, acordó: «que se manifestase á la regencia la amargura y sentimiento que ha producido á las Cortes la publicacion de un escrito titulado *Diccionario crítico-burlesco*; y que en resultando comprobados debidamente los insultos que pueda sufrir la religion por este escrito, proceda con la brevedad que corresponda á reparar los males con todo el rigor que prescriben las leyes, dando cuenta á las Cortes de todo, para su tranquilidad y sosiego.» Es de creer que los diputados serviles pusiesen á las Cortes en el caso de salir del circulo de sus atribuciones, haciéndose acusadoras de un impreso ante la regencia; pero ya en 12 de abril la junta censoria habia calificado el *Diccionario crítico-burlesco* á consecuencia de un oficio que recibió su presidente del encargado del ministerio de Gracia y Justicia, en que de orden de S. A. se encargaba á la junta calificase á la mayor brevedad y con preferencia á cualquiera otro el impreso titulado *Diccionario crítico-burlesco*. La junta hizo seis observaciones, en las que reasumiéndolas, se asienta: «que el tal diccionario es impio y contrario al espíritu de la religion en sus generalidades, prácticas, ejercicios y costumbres... con tanta mayor impunidad, cuanto la cautela y el artificio con que está escrito es mas oculto, y cuanto aparecen mas interesantes su estilo, su aire festivo, y las picantes sales de que abunda: que el modo sagaz y estudiado artificio con que ora su veneno, lo hace tanto mas terrible y peligroso, cuanto que con la misma mano con que hiere cubre la agresion, cautelándola y recatándola so color de declamar contra abusos y corruptelas y qui-

tar supersticiones, enmascarando el error con todas las apariencias de la verdad, y mezclando ingeniosamente doctrina sana con cuentos indecentes, ironías maliciosas y alusiones ridiculas: que su objeto y fin no aparece otro que atacar la religion cautelosamente sin contradecir abiertamente ningun dogma ni defender á las claras ningun error condenado por la iglesia, cuyo augusta edificio mina á la sordá con capciosos racionios, tales que solo es dado desentrañarlos á personas avezadas á desenredar los sofismas de la lógica: que habla de materias pertenecientes á la religion en tono irónico y burlesco, cometiendo una profanacion y dando de sí idea bien clara de que su objeto solo es mancillarla: por todo lo cual declaró que el *Diccionario crítico-burlesco* es: en primer lugar, subversivo de la ley fundamental, de la Constitucion, que señala la religion católica por la única y sola de la nacion española: en segundo lugar, que es atrozmente injurioso á los ministros de la religion y á las órdenes religiosas; y en tercer lugar, que es contrario á la decencia pública y buenas costumbres por las obscenidades de que abunda, por lo que resolvió que debia ser detenido (1).»

Gallardo fué mandado prender y puesto en el castillo de Santa Catalina, donde escribió la contestacion á la anterior censura, viendo que esta y la delacion del provisor corrian impresas, y la publicó el 17 de mayo, y en 5 de julio la junta aun no habia ratificado ó reformado su primera censura. Esta contestacion, aunque escrita con el mayor ingenio y arte que es posible, y con notable erudicion, sin embargo de tener Gallardo en la prision pocos recursos literarios, no disuade ni refuta los principales cargos de la junta, que son trascendentales á toda la obra; antes se descubre en ella la simulacion con que pretende su autor aparecer hombre religioso, protestando que venera la religion, la iglesia y sus ministros, como ciudadano, como español y como hombre constituido en uno de los empleos mas distinguidos y que mas de cerca tocan al servicio y honor de S. M.

Antes de este tiempo, Gallardo habia sufrido otra prision en la cárcel de Cádiz, suceso de que se encuentra noticia en el periódico titulado *Correo político y militar de Córdoba*, que se publicaba en esta ciudad durante la dominacion francesa en los años 1810, 11 y 12, pues en el número del 19 de agosto de 1810 se inserta una larga carta de D. Antonio Capmany, fecha en Cádiz el 5 de julio, y dirigida á D. Anselmo Rodriguez de Rivas, intendente del ejército del centro, que estaba en Elche, la cual se dice interceptada por los franceses, en que se lee lo siguiente: (1) «el pobre Gallardo, por quien me pregunta usted, hace diez dias que fué preso por el gobierno y llevado á la cárcel con gran aparato de tropa. No se sabe á punto fijo la causa, pero se presume si será por su intima conexion con el revoltoso conde del Montijo que anda vagante por Extremadura.» Este acontecimiento, de que no hemos podido adquirir circunstanciadas noticias, parece fué efecto de una intriga político-galante tramada entre un ilustre caballero de Córdoba, el presidente de la regencia y la condesa de Montijo, de quien era amigo aquel caballero, con el objeto de sorprender á Gallardo la correspondencia del conde del mismo titulo, y la que la hermana de este, Doña Gabriela Palafox sospechaban que tenia con Gallardo, para ver si comprometian al conde de alguna manera y con algun objeto que ignoramos.

(Continuará.)

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

## TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Pedro Luis Farnese, hijo del pontífice Paulo III, era en el año de 1547 duque de Parma y de Plasencia, estados que debia al amor de su padre. Odiaban al nuevo principe así los nobles como los plebeyos; tan mala era su condicion, y tantos sus vicios. El emperador Carlos V, que ayudado de su valor y buena fortuna, habia puesto á la casa de Austria en la cumbre de la prosperidad, tenia por uno de sus mas encarnizados enemigos á Pedro Luis, reputado entonces en Italia por el alma de todas las maquinaciones que contra aquel monarca se urdian por Francisco de Francia y otros soberanos envidiosos del ajeno acrecentamiento.

(1) El *Diccionario crítico-burlesco*, á pesar de ser como dice la junta, se reimprimó en Madrid en 1812, y después en 1835 ó 56, en Barcelona si no nos equivocamos, y acaso tambien en el extranjero.

(2) Publicaron los franceses esta carta, cuyo contenido acaso alteraron segun su acostumbrada mala fe, con el objeto de dar noticias poco favorables y alucinar á los españoles.

Muchos caballeros placentinos, á quienes Pedro Luis con su soberbia habia gravemente injuriado, se concertaron con el fin de darle muerte, persuadidos de que el pueblo, en vez de vengar á su príncipe, tomaría la voz de ellos, sirviendo, ya que no para la ejecucion de la empresa, á lo menos para la impunidad del delito.

Con efecto, en la tarde del día 10 de setiembre de 1547 entraron recatadamente en el castillo que servia de palacio á Farnese varios de los caballeros conjurados, y en su propio aposento, estando él despercibido, le pasaron el pecho con multitud de cuchilladas. «Entendido el rumor en la ciudad (dice Antonio de Herrera en sus *Comentarios de los hechos de los españoles en Italia*), el capitán Alejandro de Terni, que estaba nombrado por castellano, acudió al castillo con buen golpe de gente (1), y los conjurados alzaron la puente levadiza, y poniéndose á una ventana gritando ¡libertad! mostraron el cuerpo del duque, y conociendo el pueblo á los condes, vecinos de la ciudad también, gritó: ¡libertad!

Esto cuenta Antonio de Herrera. Fenecido el tumulto, faltó el valor á los matadores de Pedro Luis Farnese, y á los que clamaban por la libertad de Plasencia, y por eso, temerosos de la cólera de Paulo III, se dieron á españoles, llamando al efecto á D. Fernando Gonzaga, gobernador de Milan, para que en nombre del César Carlos V tomase posesion de aquel estado. Tal ha sido en todos tiempos el fin de las alteraciones en Italia por cobrar la independencia. Alzabanse en Sicilia contra los franceses, mostrando en la empresa una constancia y un valor digno de mejor fortuna, los habitantes de aquella isla; pero luego desmayaban en lo mas grave de su resolucion, y temerosos de caer otra vez bajo el yugo sufrido, se entregaban á los aragoneses. Sublevábase Siena contra Diego Hurtado de Mendoza, y contra los españoles; alcanzaban victoria en los primeros pasos de su empresa, y luego el desmayo y torpe miedo, apoderándose de sus corazones, los forzaba á darse á los franceses.

Cuando el suceso de la muerte de Farnese hallábase el célebre político, poeta, novelista é historiador, D. Diego Hurtado de Mendoza, en la corte pontificia cuidando de las cosas del concilio de Trento; y como estaba noticioso de todas las cosas que en deservicio del emperador se urdian en Europa, y como tenia gran enemistad con los Farnesios, escribió un diálogo representable, lleno de chistes y de sentencias notabilísimas, así en lo moral como en lo político. Esta obra lleva por título las siguientes palabras: *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III.* Moratin no cita á Hurtado de Mendoza entre los poetas dramáticos que florecieron en España antes que Lope de Vega enriquecies: con sus comedias nuestro teatro. La causa de tal omision consiste sin duda en lo raro de este diálogo, el cual existe manuscrito en la biblioteca Colombina y en la de mi amigo el señor D. Joaquin Rubio, anticuario gaditano.

Comienza el diálogo en esta forma: Aparece Caronte en su barca dentro del rio Leteo, y sale Pedro Luis Farnese herido y maltratado.

FARNESIO. ¡Hola! ¡Ah viejo de la barca! ¿No oyes? Espera; no temas: respóndeme á lo que quiero preguntarte.

CARONTE. ¿Quién será este presuntuoso arrogante que con tanta furia camina y con tanta prisa me llama? Quiero esperalle y saber quién es... ¡Válgalo la ira mala! Estraño debe ser este. Sin piés ni manos camina; hendida la cabeza, como dicen, de oreja á oido; degollado, y con dos estocadas por los pechos. Mátense si no debe ser de los de la rota de Albis, y háse tardado en venir por falta de piernas. Camina, si quieres, que me haces perder el tiempo esperándote. Entra y dime quién eres, que estrañamente vienes lisiado.

FARNESIO. ¿Qué dices? ¿Qué cosa es entrar? ¿Con tan poco respeto me hablas? ¿Soy hombre yo por ventura que tengo de entrar en docena con esa canalía de que tienes llena la barca?

CARONTE. Perdóname, que el verte desnudo, lleno de heridas y maltratado, me hizo creer que eras alguno de los que voy tan cargado por no haber podido caminar mas con esas piernas, que me parecen tan ruines como las manos. Pero ¿quién eres?

FARNESIO. Romano.

CARONTE. Tu habla da testimonio. Ni por esas señas te conozco. FARNESIO. ¿Cómo no? ¿No conoces al duque de Castro, al príncipe de Parma, al duque de Plasencia, al marqués de Novara, capitán general y confalonier de la iglesia?

CARONTE. Todo esto no basta para que te conozca; porque los mas

de los títulos que has dicho son tan nuevos que aun no han llegado á mi noticia. Pero dime tu propio nombre si quieres que te conozca.

FARNESIO. Yo creo que disimulas conmigo por verme así solo y maltratado, fingiendo no conocerme, pues no puede ser que no conozcas á Pedro Luis Farnesio, gentil-hombre romano.

CARONTE. ¡Oh! ¡oh! Agora si que te conozco como á mí. ¿No eras tú el coronel Pedro Luis, hijo de Alejandro Farnesio, que al punto es Paulo III, sumo Pontífice de los cristianos? De la primera vez te conociera, si dijeras tu propio nombre; pero por esos otros títulos nuevos é inusitados, apenas te conociera quien te los dió.

Siguen hablando los dos personajes, y de una en otra razon vienen á dar en el estado político de Europa y en las maquinaciones que muchos príncipes de la cristiandad, y aun el gran turco, traian entre manos con el fin de destruir la fortuna que hasta entonces se habia puesto de parte del emperador Carlos V. De todas se muestra enterado Caronte, no sin admiracion del infeliz duque de Plasencia. Pero el barquero le dice que la causa de saber tan fielmente las tramas de los soberanos de Europa contra el César, consiste en que los fautores de ellas habian pasado las aguas del olvido algunos dias y meses antes. Tales fueron Joanetin Doria, el conde Fiesso, el rey Francisco de Francia y



(Santiago de Medina de Rioseco.—Vista occidental.)

el temido Barbarroja. Estos en la barca de Caronte, y en su presencia, hablaron con libertad de los asuntos políticos del orbe, y de sus tratos para deshacer los grandes ejércitos y armadas con que se habia hecho señor de la tierra y de los mares el monarca español. Este artificio de D. Diego de Mendoza, digno es sin duda de imitacion por cuantos dediquen su ingenio á las obras dramáticas. Muchas veces se suele ver en los teatros salir á la escena personas sin fundado motivo, y hablar de cosas contrarias á su educacion, á su sexo y á su estado, sin que el espectador sepa la causa.

Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos del mérito de este excelente diálogo, vamos á insertar unas breves muestras de la lijereza, gracia, fuerza de raciocinio, buen lenguaje y mejor estilo que se encierra en este hijo del ingenio de nuestro célebre historiador, poeta y novelista.

CARONTE. ¿Dónde estabas cuando te mataron?

FARNESIO. En la ciudadela, que es una casa fuerte de aquella ciudad.

CARONTE. No debia ser muy fuerte, cuando tan poco te aprovechó.

FARNESIO. Si era, y harto, pero estaba casi solo.

CARONTE. ¿Pues cómo siendo tirano (1) estabas solo?

(1) El uso de la frase *golpe de gente* sonará á los oidos de algunos como galicismo, cuando en realidad no lo es. En el primer comentario del muy ilustre señor D. Luis de Avila y Zúñiga, en la guerra de Alemania (Venecia, por Francisco Marcolini, 1555) se leen estas palabras:

—Y yendo sobre la Chusa, se le entregó sin esperar golpe de cañon.

—Dando los enemigos en los nuestros y en los otros muchos golpes de artilleria.

—Habiendo los enemigos tirado aquel día ochocientos golpes de cañon y culabrina.

D. Bernardino Hurtado de Mendoza, en sus *Comentarios de las guerras en los Países-Bajos*, usa mucho de estas y otras frases semejantes. Por los escritores del siglo XVI fueron muy repetidas, como pueden verse á cada paso en las obras que tratan de sucesos de guerra.

(1) La voz *tirano* no está usada aquí en significacion de *despota*, valor que hoy ha adquirido por la costumbre. En los siglos décimosesto y decimoséptimo llamábase al usurpador tirano, y á la usurpacion, tiranía. (Véase sobre estas voces á Covarru-

FARNESIO. ¿Quién se puede guardar de traidores?

CARONTE. Quien no la hace, no la teme: quien no ocasiona agravio, mal ni daño alguno.

FARNESIO. A los que me mataron poco les habia tomado, puesto que si me esperarán cuatro horas...

CARONTE. Ya te entiendo: de manera que si ellos fueron traidores, tú eres alevoso; y si no se anticiparán, tú te anticiparas.

FARNESIO. Sí, porque tenia ya aviso de sus tramas y tratos.

CARONTE. Bien se parece, en el cuidado que tuviste de tu persona.

FARNESIO. ¿Quién habia de pensar que cuatro ó cinco vasallos míos, sin favor ni calor de otro, osarían de acometerme?

CARONTE. Quien los tenia injuriados: quien les habia hecho agravios y se los hacia cada día.

FARNESIO. Ya que eso sea así, no vivia yo tan descuidado como eso, ni tan á lumbre de pajas, que guarda tenia de á pié y de á caballo muchos particulares amigos, muchos caballeros y muchos soldados pláticos y valientes, á quien entretenia por buen respeto y para mayor seguridad de mi persona.

CARONTE. ¿Pues qué se hicieron esos que dices? ¿Dónde estaban cuando los hubiste menester?

FARNESIO. Por ser la casa estrecha y porque me fiaba de pocos, los tenia aposentados por la ciudad, y solamente tenia conmigo dentro de la ciudadela aquellos que no podia escusar.

CARONTE. No me maravillo de que te fies de pocos, como dices, sino de que siendo tirano y viviendo como vivias, osases fiarte de tí mismo, no considerando que la vida del tirano no es otra cosa que una sombra de la muerte, una gruta oscura, llena de mil malas visiones; un camino áspero y estrecho, lleno por todas partes de mil géneros de inconvenientes, lazos y peligros, sin que pueda escusar de caer en alguno de ellos. ¡Mal aventurado de tí! Nómbrame alguno de esos parientes, amigos ó criados que tenias contigo, que te sirviese por amor ó por tus virtudes y valor.

FARNESIO. Servianme por el bien que mi padre y mis hijos les hacian, y por el que yo les pudiera hacer, si viviera.

CARONTE. Pero, si por interés te servian, ¿cómo no considerabas que aquel á quien basta el ánimo para servir á un tirano por interés, le bastará el ánimo para matarle?

Caronte en todos sus ratiocinios se muestra muy celoso de la prosperidad del emperador, y muy enemigo de sus enemigos; incongruencia estraña en un ser infernal, mayormente siendo Carlos V tan amante de la religion cristiana, y en cuyo servicio y acrecentamiento habia ocupado sus poderosos ejércitos y armadas. Pero D. Diego Hurtado de Mendoza, en quien competian el ingenio y la erudicion con el buen gusto, halló fácil salida á esta dificultad, haciendo que el propio Caronte diga á Pedro Luis Farnese. «¿Piensas tú, por ventura, que quiero yo el concillo ó que lo deseo? La mayor pérdida será que me pueda venir; porque uniéndose y reformándose la iglesia, pierdo la ganancia de tantos alemanes que pasan por aquí á nubladas como tordos, los cuales de su propia voluntad se quieren ir al infierno.... Aunque por otra parte creo que mudada y reformada la iglesia, los principes cristianos se unirán asimismo y darán sobre el turco, de donde podré yo haber mayor ganancia.»

Esto decia Hurtado de Mendoza por boca de Caronte, con el fin de disculpar en algo el calor del barquero por los sucesos prósperos y adversos del César Carlos V, firme apoyo de la cristiandad. El arte y el ingenio unidos saben, en las obras dramáticas, ocultar los defectos, ó á lo menos vestirlos con tales colores que aparezcan mas pequeños á los ojos del público.

Pero no mostró menor destreza el célebre autor del *Lazarillo de Tormes* en preparar el desenlace del diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnese. Insta muy á los principios el viejo barquero al desdichado príncipe á que no lo detenga por mas tiempo junto á la orilla, pues necesita caminar rio abajo para desocupar su barca. Pedro Luis se maravilla de estar cerca del rio Leteo, cuando su propósito era vagar junto á la laguna Estijia, hasta tener nuevas ciertas de haberse vengado sus hijos y los demás principes conjurados, así de su muerte como de la envidia que los buenos sucesos del emperador habian engendrado en sus ruines corazones. Pero Caronte le aconseja que no piense en eso, por estar en las márgenes de la laguna Estijia varios caballeros y cardenales, á quienes Pedro Luis Farnese habia dado en

bias, *Tesoro de la lengua castellana*.) El nombre de *libertad* dábase comunmente á lo que hoy conocemos por independencia, y casi en este sentido la usó el marqués de Santillana, cuando dijo en sus proverbios (Sevilla 1450):

Antepon la libertad batallosa  
á servitud vergonzosa.

Sin embargo, en la significacion que hoy tiene la voz *libertad*, se ve usada por Lorenzo Suarez de Chaves en los *diálogos de varias cuestiones en metro castellano*. (Alcalá, por Juan Gracian, 1577.)

o'ro tiempo alevosa muerte por medio del hierro ó del veneno, con el fin de apoderarse de sus haciendas; los cuales moraban allí con la esperanza de vengarse de su matador. Esto decia Caronte al principio del diálogo para prevenir el desenlace; porque luego, estando en lo mas vivo de su razonamiento, lo suspende para esclamar:

CARONTE. Pero ¿quién son estos que con tanta furia caminan hacia nosotros?

FARNESIO. ¡Oh triste de mí! Llega, Caronte, tiende la plancha y dame la mano, que ya los conozco.

CARONTE. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... Entra, desventurado, que tambien los conozco. Estos son los cardenales que atosigaste, y el obispo de Fano que tan torpemente martirizaste. Mira, si fueras á la laguna Estijia y te toparas con ellos, ¿cuál te pararán! Acaba de entrar y siéntate; y alarguémoslos, porque si pasasen en esta barca y te conociesen, no te valdria tu padre, *quia in inferno nulla est redemptio*.

Con esto se alejan en la barca los dos interlocutores y desaparecen.

Esta composicion dramática es muy superior en el lenguaje, en el estilo y en el artificio, á las que se solian componer en aquel siglo. El gran Lope de Rueda escribió muchos pasos en que hablaban dos ó mas personas; pero ninguno aventaja, ni aun llega en lo excelente de sus chistes y ratiocinios, al diálogo entre Caronte y Farnesio. Es cierto que en él se encuentran algunas digresiones bastante largas sobre el estado político de Europa en su tiempo, las cuales fatigan en algo la atencion del lector; pero al fin Hurtado de Mendoza, como hombre, se dejó arrastrar de las pasiones de odio y desprecio contra los que por ruines medios intentaban destruir el poderío de su señor el gran Carlos V. En lo demás, el diálogo tiene cuanta accion es posible en una obra dramática de este género.

El buen lenguaje de Hurtado de Mendoza luce tambien en esta linda composicion. El estilo es diferente de las demás suyas; pues harto se sabe que este escritor tenia tantos estilos cuantos eran los asuntos que tocaba. Ni entre el *Lazarillo de Tormes* ni entre la *Guerra de Granada*, ni entre las poesías, ni entre las cartas al capitán Salazar, ni entre sus papeles políticos hay la mas pequeña semejanza en el estilo. Bueno es en todos ellos, aunque en algunos incorrecto. Pero la grandeza del alma de este insigne escritor no podia reducirse á expresar en una misma forma sus pensamientos; privilegio reservado á pocos autores. Salustio y Tácito en la historia, Demóstenes en la elocuencia política, Ovidio, Teócritio y Menandro en la poesia, Luciano en los diálogos, semejan, en fin, á los grandes ingenios de la docta antigüedad griega y latina, siempre ha merecido D. Diego Hurtado de Mendoza la fama que le dieron sus contemporáneos. Su vida y elogio aun no estan escritos dignamente. Honrosa tarea será para quien la emprenda.

ADOLFO DE CASTRO.

## MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

FERNAN CABALLERO.

(Conclusion.)

El coronel, como herido de un rayo al oír formulada aquella tremenda acusacion, habia tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse en el suelo; mas reponiéndose instantáneamente como el que habiendo caído en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie, se recobró y dijo con una vehemencia que en vano trataba de disimular bajo la capa de un frio desden:

—¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura ó castigar vuestra osadia?

—¡Osadia! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion; ¡quién habla de osadia, vil, infame! ¡tú, que sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! has creído poder como la serpiente soltar tu piel y seguir rastreándote impune con otra, olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada.

—Viejo estúpido ó insensato, refrenaos, exclamó con ira el coronel, y no abuseis de la prudencia que observo en consideracion al general; pero callad, y no me forceis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

—¡A la justicia, sí! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo. El coronel soltó una seca y acerba carcajada.

—Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano, por su mal le nacieron alas á la hormiga; subistes sirviéndote de hincapié un robo y una muerte; hicistes mas, urdistes con tal maldad tu trama, que en ella hicistes perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí estas salvos.

El coronel echó mano á su espada.

—Quieto, dijo el anciano, que una muerte mas no te salva, porque

las pruebas de tu delito no mueren conmigo, que en manos de la justicia las dejé y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado...

—La gloria y el dinero son para quien las gana, y ganadas las tengo, rústico deslenguado, dijo el coronel con altanería.

—Si, si, te sopló la suerte como una desatinada que es; pero ya todo te se acabó, y pagarás el capital y los créditos; porque sábetelo, Juan Luis, que *mas largo es el tiempo que la fortuna*.

—Considerad que yo os acusaré de calumniador infame, á no ser que generosamente os perdona si os retractais de lo dicho y prometeis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el coronel que nunca perdía la cabeza. En ese caso os prometo en consideracion al general ser vuestro ferviente protector; soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro puede estar seguro de mi gratitud; desde ahora podeis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

—Anda, anda, mal nacido, que aunque me ves vestido de lana no soy oveja, respondió el veterano; el que como tú tiene echada el alma atrás, nada extraño tiene que trate de sobornar á un hombre de bien; pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas; ¿pues qué, te habia yo de dejar casar con la hija del general? ¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? ¿habias tú de seguir impuné disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

—Pues callareis para siempre ya que perderme intentais, exclamó con honda voz en una explosion de ira el coronel; pruebas de vuestra calumnia ni teneis ni podeis tenerlas; pero basta ella para manchar mi immaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de sí con una pistola en la mano hácia el anciano; pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa habia logrado serenar la tempestad de su alma.—Serenidad, se dijo, sangre fria, que es la que salva.—¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen... Negaré.—¿Quién no creerá al coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? En mala hora se ha hallado en mi camino! El general lo aprecia y tiene fé en él: pero valor; juguemos el todo por el todo; mi buena estrella no me abandonará; en ella confío.

El coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas que empezaba y cortaba con un desasosiego que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta; sorprendióle porque de nadie podia esperar comunicacion alguna; abrióla presuroso; era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia:

*Fuge, late, tace.*

Aunque la letra era fingida, el coronel creyó reconocer la del general; quedóse inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecía en su trémula mano.

—¿Lo sabe! murmuró, el mal viejo se lo ha dicho; pero no le habria dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el general, si no le hubiese comunicado pruebas; esas pruebas de que me habló... ¿pero cuáles pueden ser?... No existen... miente el villano... y no obstante, hay ciertamente un genio enemigo del reposo del hombre que suele alguna vez cual los vampiros desenterrar cadáveres yertos y olvidados del centro de la tierra; *fuge, late, tace*, huye, ocúltate, calla; ¿y con qué fin me traza esa linea de conducta el general? ¿Está claro! quiere evitar un escándalo que avergüence al regimiento de que fué jefe, que abochorne á la muger que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! Compañerismo, amor, amistad, palabras huecas y sin raices que no resisten á un impulso de orgullo.

Así racionaba ese hombre. Y no es él solo! ¿cuántos culpan como él á la sociedad y á los afectos por no culparse á sí propios! ¿cuál será la verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veia con tanta mas rabia y asombro, cuanto que no se lo aguardaba, desboronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresia; veialo caer, levantado que estaba sobre una sepultura y una mentira, al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos.

Aun reflexionó algunos instantes ese criminal, hecho tan insolente por su loca fortuna; se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

Juan Luis no se engañó en sus cálculos; la carta era del general: este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como coronel del regimiento en que habia servido ese ente infame, horrorizado y humillado como padre del que habia admitido por yerno, pensó á toda costa evitar el

público escándalo de la aprehension y condenacion de ese criminal.

Cuando el tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le era necesario atacar de convencerse de la identidad de su persona.

—Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas, dijo; ¿pero dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? y Dios consiente, pero no para siempre; su hora ha de llegarle, que quien mal anda mal acaba.

Y el tio Bernardo hablaba proféticamente, porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crimenes; en la pasadã noche ha tenido lugar en \*\*\* Street el mas horroroso suceso. No há mucho que llegó aquí un español que se apellidaba D. Claudio Jaen; su carácter altanero, su humor irascible y su aire provocativo le habian hecho odiado en los alojamientos, en los que habia vivido; pasaba sus noches en las casas de juego, en las que ganaba con tan loca fortuna, que se susurraba entre los demás jugadares que no jugaba limpio.

Entre estos el mas encarnizado contra él era un limeño de pocos buenos antecedentes, que aseguraba además haber conocido al referido sugeto en Lima, en donde llevaba el nombre de D. Victor Guerra. Supo todo esto al entrar anoche en la casa de juego el llamado D. Claudio Jaen, y se puso en un estado de furia difícil de describir; al ver entrar poco despues al limeño, se arrojó sobre él con furia clavándole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á su antagonista tan pronto que no hubiese este sacado una pistola que descargó á quemar-ropa sobre su agresor, exclamando: señores, ya veis que castigo á un asesino. La muerte del D. Claudio Jaen fué instantánea; el limeño vivió algunas horas, y esta tarde ha dejado de existir.»

Tambien pudo verse algun tiempo despues en los periódicos españoles la carta de un misionero, en la que daba cuenta del martirio sufrido por otro llamado el padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tio Bernardo por el general.

—¡Vaya! dijo, cada cual ha muerto como ha vivido; el uno como un santo mártir; el otro como un ladron y asesino. Dios premie al uno y perdone al otro.

—Vaya, Bernardo, esa es una buena palabra que me alegro verte aplicar á ese hombre que tanto has odiado y tanto has perseguido, le dijo el general.

—El campo santo es un sagrado, señor, repuso el tio Bernardo; ante una tumba no debe el cristiano sino tener oraciones.

## LA NADA.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Siente mi corazon en su aposento  
Una especie de métrica postema,  
Y voy á dar salida al pensamiento  
Y ha de ser en los cantos de un poema:  
Grande mi corazon y mi talento,  
Grande el asunto que elegi por tema,  
Haré que presten sus oidos juntos  
No nacidos, vivientes y difuntos.

Allá en la plenitud impenetrable  
De los tiempos... mas punto, porque advierto  
Que me falta una cosa indispensable.  
¡Vision incomprendible del desierto!  
¡Inspiracion suprema é impalpable!  
¡Espiritu inmortal que nunca ha muerto!  
Tu voz me aliente, tu virtud me acuda  
Dame tu amparo, tu favor, tu ayuda.

Como la hinchada nube en el verano  
Que al rudo empuje de los vientos truena  
Y cubriendo de lluvia monte y llano,  
Los confundidos horizontes llena:  
Asi tambien tu impulso soberano  
Abra el raudal de mi fecunda vena,  
Y ablanden todos sus oidos duros,  
Pasados y presentes y futuros.

Dame el hondo rumor con que se agita  
La mar en sus profundos oleajes,  
El bramar del torrente que se irrita,  
Los gritos de las águilas salvajes;  
El son con que el arroyo precipita

Sus ondas de esmeraldas y de encajes;  
La voz del viento en las agrestes cañas,  
El trueno del volcan en las montañas.

Dame que el velo del silencio rompa  
Mi voz y cumpla los secretos fines,  
Del órgano inmortal la augusta pompa  
Mezclada con los cantos de maitines:  
Dame de Homero la robusta trompa,  
De Píndaro y Herrera los clarines;  
Y porque nada falte y nada sobre,  
Las flautas de oro y el laud de cobre.

Ya siento en mis entrañas palpitantes  
De tu sagrada bendición el fruto;  
Los siglos á mis ojos son instantes;  
Misericordia el hombre, y la alegría luto:  
A la luz de tus rayos incesantes  
Vision eterna rendiré en tributo,  
Ante las aras de tu altar sombrío  
La imponderable esencia del vacío.

Allá en la plenitud, iba diciendo,  
De los tiempos sin peso y sin medida  
todos los mundos que mirais no siendo,  
eran *nada* en la *nada* confundida:  
Cosa que yo esplico y que no entiendo,  
Espacios sin entrada ni salida,  
Sin límites, la *nada*, centros frios,  
Sucesion de vacios y vacios.

Miro que cada cual su juicio labra  
Buscando lo infinito de la idea  
En la breve estension de la palabra;  
Y como es natural que menos vea  
Aquel que por ver mas los ojos abra,  
Porque palpable y comprensible sea,  
A todos clara y comprensible á todos  
Os la voy á explicar de varios modos.

*Nada*, segun los cálculos mejores  
Basados en el tiempo y en la ciencia,  
*Nada*, segun diversos escritores  
Llenos de santidad y de esperiencia,  
*Nada*, segun predicacion los doctores,  
*Nada*, segun nos dice la conciencia,  
Es en suma de datos verdaderos,  
Una perpétua sucesion de ceros.

Si acaso no entendeis la algaravia  
De la infalible ciencia del guarismo,  
Ahí está la ideal filosofia,  
Y aquí teneis de muestra un silogismo:  
La sustancia *in principio erat vacia*,  
*Sustancia vel essentia* son lo mismo,  
Si la esencia *non fuit* constanciada,  
*Ergo probatum est* la nada es nada.

Pero si sois de entendimiento romo,  
Conmigo discurred y estadme hijos:  
Manuela y Juan se casan no sé cómo,  
Y aunque fueron entrambos muy prolijos  
En el sexto capitulo del tomo,  
Se mueren á la par sin tener hijos;  
Pues la *nada* patente se os revela  
En los hijos de Juan y de Manuela.

Si tan clara razon hallais oscura,  
Otra prueba os daré mas concluyente:  
Mídase cada cual su propia altura,  
Contémplese á sí mismo frente á frente,  
Dé á su cuerpo en la cama sepultura  
Y la luz apagando de repente  
Se mirará, sin verse, á su albedrío  
Nadando en los espacios del vacío.

Yo sé que cada prójimo predica  
De la feria, segun le va en la feria;  
Sé que quien duda errores multiplica,  
Y sé tambien que la cuestion es seria;

Pero si alguno su talento aplica  
A ver con claridad en la materia,  
La duda vence y los errores salva  
Si se imagina un calvo sin la calva.

Si opiniones distintas en tropel  
Confunden, ¡oh dolor! el bien y el mal;  
Y unos hallan el mundo todo miel  
Y otros hallan la vida toda sal,  
La gloria y el talento son de aquel  
Que le dé la razon á cada cual,  
Que halla, si diez las opiniones son,  
Por diez multiplicada su razon.

Ya colocados pues en este punto  
Desde el cual el mas torpe y el mas lego  
Penetra en el abismo del asunto;  
Y ya que todos veis, salvo algun ciego,  
La *nada* en sus detalles y en conjunto,  
En claras formas á explicaros llevo,  
Siguiendo siempre la suprema ciencia,  
el cómo y el por qué de su existencia.

Todo ser, toda cosa es *ab initio*  
Opuesta á otra en cuyo mal conspira;  
Por eso la locura rompió el juicio,  
Porque hay oscuridad la luz se admira:  
No existieran virtudes sin el vicio  
Que fuera la verdad sin la mentira;  
Luego deduzco y que lo coja un galgó,  
La *nada* existe porque existe *algo*.

Es *algo* lo que nace, lo que crea,  
Cuanto al concierto universal asiste,  
Ya en materia, en espíritu, en idea;  
Y pues la *nada*, claro es, consiste  
En que de todo lo contrario sea,  
Si queda dicho que la *nada* existe,  
Acabareis la duda comprendiendo  
Que existe solamente, no existiendo.

No es aire ni agua es, ni luz ni barro,  
La *nada* en conclusion es nada en suma;  
Es el placer supremo de un cigarro  
Que experimenta el hombre que no fuma;  
Es un incomprendible despilfarró  
Que sin cesar al universo abrumba;  
Es revuelto, amasado, confundido,  
Todo lo que no es, será ni ha sido.

Ya veis cómo el humano pensamiento  
Saberlo todo y dominarlo pudo;  
Ya veis lo que es el hombre y el talento,  
Que en la vida mortal forman un nudo.  
Rey de los animales, ¡oh portento,  
Señor de la creacion! yo te saludo;  
Aunque seas, salvando pareceres,  
El mas desventurado de los seres.

Perdonad si á tal fecha me remonto:  
Pierden Eva y Adán el Paraíso,  
Ella por ser muger de genio pronto,  
Y Adán ingenuamente porque quiso;  
Luego el hombre es un sabio ó es un tonto....  
Confesarlo una vez será preciso;  
Tanto mas, que se dice y se refiere,  
El hombre no es feliz porque no quiere.

¡Mas quién lleno de audacia y de locura  
Negará una verdad de este calibre!  
¡Qué importa que tenaz la desventura  
Su duro arpon sobre nosotros vibre!  
¡Qué importa que haya penas y amargura!  
¡El hombre es infeliz! — ¡el hombre es libre!  
Pero mañana seguiré en mi empeño;  
Tambien soy libre y me encadena el sueño.

JOSÉ SELGAS.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





### PALACIO DE JUSTICIA EN PARIS.

El palacio de Justicia, antes palacio de la Ciudad, fué construido ó considerablemente reparado en el reinado de Roberto, hijo de Hugo Capeto, hácia el año 1000. Algunos de los sucesores de Roberto le aumentaron considerablemente, entre ellos san Luis en 1248. Se atribuye á este rey los salones inferiores situados bajo la gran sala llamada de los pasos perdidos. Una de estas salas lleva todavía el nombre de *cocina de san Luis*, así como en el piso superior el local de la corte de casacion se ha llamado mucho tiempo *cámara de san Luis*. Después de este príncipe, Felipe el Hermoso reedificó en 1515 casi enteramente el palacio, ó cuando menos hizo notables aumentos. Carlos V residió en él, y no dejó de ser palacio real hasta 1451, en que Carlos VII le abandonó para establecerse en el Louvre.

El palacio de Justicia, considerado en su conjunto, participa de la arquitectura de los diferentes siglos en que se ha ido aumentando. Por la calle del Reloj tiene dos grandes torres redondas, cercana la una á la otra, y terminadas por un tejado cónico; mas lejos hay una tercera torre del mismo género. La base de las tres era bañada por las aguas del Sena antes de la construcción de la calle. La torre cuadrada que se eleva en el ángulo del palacio, sobre la plaza de las Flores, parece datar de 1570. La linterna de esta torre contenía una campana que no sonaba sino para anunciar el nacimiento ó la muerte de los reyes ó de sus hijos promogénitos; una escepcion bien triste de esta regla hubo durante los asesinatos de S. Barteley.

La sala de los pasos perdidos es una de las mayores de Francia: tiene setenta y cuatro metros de estension por veintiocho de anchura; su interior está dividido en nueve naves iguales, por una sucesion de pilares y de arcos; estos pilares y estos arcos contribuyen á sostener la bóveda de piedra que cubre el salon.

El órden dórico empleado en él le da mucha solidez y una severidad majestuosa. Contiene un monumento erigido en 1822 á Malesherbes, uno de los ministros y animosos defensores del desgraciado Luis XVI.

La fachada principal del palacio, que es la que representa nuestro grabado, tiene delante un patio de honor, precedido de una verja de hierro con tres magníficas puertas; la del centro especialmente es notable por sus ricos dorados. En el centro de la fachada avanza una escalinata que conduce al primer piso, al cual se entra por tres pórticos; á los lados de esta escalinata hay dos largas arcadas que conducen, la una al tribunal de policía, y la otra á la prision de la conserjería. El centro de la fachada está decorado con cuatro columnas dóricas; en la parte superior reina una balaustrada, en la cual estan colocadas sobre pedestales cuatro estátuas alegóricas representando la fuerza, la abundancia, la justicia y la prudencia; en el centro de estas estátuas hay un reloj.

Se ha hablado mucho de la Santa capilla, antiguo depósito de reliquias que encierra hoy los archivos judiciales; con mas motivo debe llamar hoy la atencion este precioso monumento gótico, que acaba de ser restaurado con la mayor inteligencia y acierto.

## D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(Continuación.)

Así que en virtud del ominoso decreto del rey Fernando, expedido en Valencia el 4 de mayo de 1814, fué abolido el gobierno constitucional, y principió la persecucion contra los diputados á Cortes y todos los que habian tenido alguna participacion en él ó le eran adictos, D. Bartolomé Gallardo se embarcó para Portugal, y en Lisboa tuvo la suerte de que le dispensase su proteccion el embajador de España Don Ignacio de la Pezuela, el cual le dió auxilios para que pasase á Inglaterra. Después de haber permanecido un mes en aquella ciudad oculto, porque el gobierno español habia mandado requisitorias para que fuese preso y remitido á España, se dió á la vela en un buque portugués nombrado *Nossa Senhora do Rosario*, y desembarcó en Bristol, de donde pasó á Londres. Recibióle con benevolencia el gobierno inglés, del mismo modo que á otros muchos emigrados españoles, y le señaló una pension de 10.000 reales. Mientras residió en aquella capital habitó en la calle Noble street, y tambien en una casa de campo próxima á Londres, nombrada Pentonville, y aprovechándose de los muchos libros españoles que encontró en el museo británico, continuó sus estudios literarios, y trabajó alguna de las obras que pensaba publicar, entre ellas un teatro antiguo español. La conformidad en gusto literario y afición á los libros españoles le proporcionó la amistad de los caballeros ingleses R. Heber, entusiasta admirador de nuestro teatro, y Gooden, discreto apreciador de los ingenios españoles. Tuvo tambien correspondencia por aquel tiempo con el caballero español Liaño, bibliotecario del rey de Prusia, sugeto de extraordinarios conocimientos. Permaneció en Londres hasta que, restablecido el gobierno constitucional en España en 1820, resolvió volver á su patria; y habiéndose embarcado para Francia, pasando por París, se vino á Madrid, donde entró el 9 de julio de aquel año, y fué restablecido en su empleo de bibliotecario.

En este tiempo, aprovechando los grandes recursos literarios que le ofrecia Madrid, continuó Gallardo con incansable laboriosidad sus tareas filológicas, y pudo satisfacer su insaciable deseo de buenos libros españoles reuniendo raras y escelesntes obras, asi impresas como manuscritas, para cuya adquisicion no perdonaba diligencia ni gasto alguno, aunque fuese superior á sus facultades, queriendo mas bien carecer de otra cosa que de un libro curioso, por mucho que le costase.

En 1821 los ministros D. Agustín Argüelles y D. Cayetano Valdés consintieron entrar en la sociedad masónica, y esta agregacion disgustó á aquellos que profesándoles mala voluntad, no los querian por hermanos, pues esto los constituia en la obligacion de darles ayuda. Aun en el mismo cuerpo supremo andaban desunidos los que le componian, y mas de una lógia obedecia de mala gana, culpando á la autoridad superior del orden de sobrado complaciente con los ministros.

La ocurrencia de los guardias de Corps, que se sublevaron en 7 de julio, fué ocasion de que se manifestase esta divergencia de pareceres. Prestando pues que la direccion de la sociedad iba mal, se separaron de ella muchos individuos, y levantaron otra bandera pasando á crear una asociacion secreta de nueva indole. Dió idea para el intento Don Bartolomé Gallardo, que apasionado de las cosas antiguas españolas, propuso aumentar á las formas de la sociedad masónica varias otras de nueva invencion, donde en grados no conocidos antes, se simbolizase la defensa de la libertad de Castilla en tiempo de Carlos I, extendiendo de este modo la asociacion masónica y convirtiéndola en representante del espíritu que animó á los que sostuvieron contra la arbitrariedad de este monarca la guerra de las comunidades, por lo que se llamaron *comuneros*, y los sócios se honraron con el dictado de *hijos de Padilla*. Cuando Gallardo dió idea para la fundacion de esta nueva sociedad, sin duda estaba muy lejos de imaginar que su rivalidad con la masónica habia de contribuir en gran manera á la caida del gobierno constitucional en España.

En esta época ocurrieron á Gallardo ruidosas contiendas literarias con D. Sebastian de Miñano. Publicó en 1821 las *Condiciones y semblanzas de los diputados á Cortes* el que lo era igualmente D. Gregorio Gonzalez de Azaola, aunque segun se dijo, no sin ayuda ajena; y como Gallardo era conocido por su talento para esta clase de escritos, y Miñano habia publicado un folleto, tambien satírico, de no poca celebracion, titulado *El pobrecito holgazán*, unos creyeron que aquel era de Gallardo, y otros se lo atribuyeron á Miñano, y de aqui se ocasionó la enemiga de estos escritores, que se agrió mas con otros motivos.

En el mismo año 1821 fué Gallardo individuo del jurado para calificar un artículo de Miñano que habia sido denunciado, y en otro juicio, habiendo Gallardo defendido que los jueces de hecho no tienen obligacion de sujetarse á la denuncia, sino que pueden calificar el escrito del modo que les pareciese justo, D. Sebastian de Miñano escribió

un artículo contra esta opinion, zahiriendo grandemente á Gallardo, y lo insertó en el número 39 del *Censor* de 15 de setiembre de 1821. Ocurrió tambien por este tiempo que un presbítero llamado Caravantes, autor de las *Cartas del madrileño*, escribió contra Miñano un folleto titulado *Vida, virtudes y milagros del pobrecito holgazán, por otro nombre el autor de las semblanzas, ó sease Mr. el abate Miñano*. Con los antecedentes que habia, creyó este que el tal escrito, que era en verdad un libelo infamatorio, habia sido obra de Gallardo, y así disparó contra él un artículo en el número 60 del *Censor* de 22 de setiembre en que se queja de que habiendo sido denunciado saliera absuelto; pero se equivocó en su juicio de que Gallardo era su autor, fundándose en que el enunciado libelo parecia llevar la intencion de suscitar la controversia de si las *Cartas del pobrecito holgazán* tenian mas ó menos mérito que otros escritos satíricos. Miñano confiesa la inferioridad de sus obras, y dice que solo se reserva una cierta respuesta que dió á una cierta *Carta blanca* que publicó cierto licenciado de ruin memoria (*D. Bartolomé Gallardo*), no porque considere, continúa diciendo, «que la tal respuesta tenga en sí misma ningun precio, sino porque con ella consiguió dos cosas interesantes para él, que son las siguientes: la primera, defender á una porcion de inocentes á quienes el impertinente licenciado quiso sindicar como autores de un folleto titulado *Condiciones y semblanzas de los diputados á Cortes*; y la segunda, por haber ridiculizado para siempre un nuevo sistema de ortografía que pretendia introducir el autor sin mas razon de utilidad que su propio capricho.» Esta *Carta blanca* habia sido escrita por Gallardo y publicada en el *Censor*, y á ella contestó Miñano con el indicado folleto, que tenia por título *Respuesta nada oscura al autor de la Carta blanca*. Por esta y otras causas Gallardo siempre fué enemigo de D. Sebastian de Miñano.

En 1825 Gallardo pasó á Sevilla con el gobierno, y habiendo resuelto este trasladarse á Cádiz, salió el rey para esta ciudad el 12 de junio, y al dia siguiente los diputados á Cortes en un vapor, quedando pronta á levar anclas una goleta de mediano porte, donde iban los enseres del Congreso con muchos de los dependientes del mismo, y los equipajes y algunas familias de los diputados, y este buque fué el objeto de la saña de los realistas sevillanos. Así que se ausentaron las tropas de la ciudad, se amotinó la plebe contra los liberales, se entregó al saqueo, y fué acometida la goleta. Robaron los efectos de mas valor, destruyeron otros, arrojaron los papeles al rio, y maltrataron á los que custodiaban los equipajes. D. Bartolomé Gallardo, que tenia allí el suyo, perdió sus manuscritos y no pocos libros raros y de mérito. Después de mucho tiempo parecieron algunos fragmentos de los primeros, y algun otro libro en poder de algunos curiosos que los habian redimido de las manos de aquel populacho soez y desenfrenado.

Abolido el gobierno constitucional, Gallardo no quiso emigrar como el año 14, y se quedó en Cádiz. De aqui le mandó la autoridad pasar á Sevilla, donde permaneció hasta que lo prendieron y pusieron en la cárcel, aunque tratándolo con distincion. Allí no sabemos bajo qué concepto le tomó declaracion el juez eclesiástico, doctor D. Francisco Javier Outon, el cual, prendado de la franqueza que usó Gallardo, se le mostró propicio, y á peticion suya le destinó al convento de San Agustín, estramuros de Sevilla. De aqui pasó á Estremadura, y después de tantos años como faltaba de él, estuvo algun tiempo en su pueblo, y luego se volvió á Andalucía. En 1827 se estableció en Chiclana, y hallábase en esta, cuando sin sospechar que autoridad alguna se acordase de él, lo llamó el intendente de policia de Cádiz, D. José María Malvar, y le mandó salir en el acto para San Lucar á las órdenes del gobernador con pliego cerrado para el intendente de policia de Sevilla, D. Juan Recacho, y otro para el subdelegado de Córdoba, D. Francisco Gonzalez de Argandoña, á cuya ciudad iba desterrado.

El intendente de Sevilla, que segun creemos habia sido condiscipulo de Gallardo en Salamanca, le permitió permanecer en esta ciudad mientras consultaba á la superintendencia lo que habia de hacer, porque Gallardo se resistia á ir á Córdoba en razon á haber sabido por cierto religioso agustiniano, que habiendo recibido el subdelegado de Córdoba la comunicacion de que le remitian á Gallardo, le dijo el secretario: «miré V. quién nos mandan aqui, á D. Bartolomé Gallardo; lo mandaremos á Castro ó á Lucena donde nos darán buena cuenta de él»; lo que decia por ser estos pueblos muy absolutistas y enemigos de los liberales.

Gallardo no pudo evitar el ir á Córdoba; pero hallándose en esta ciudad, procuró quedarse en ella, lo que no pudo conseguir, ni tampoco evitar que lo confinasen en Castro del Rio. En esta villa, si la mayoría de los vecinos lo miraban de reojo ó con aversion, no dejó de encontrar algunas personas que sin participar de sus opiniones, lo tratasen con benevolencia y afabilidad, y entre ellas el V. P. maestro fray Juan de Castro, sabio y virtuoso carmelita calzado, con quien trabó amistad con motivo de frecuentar la biblioteca del convento.

Si no lograron su intencion los que á Castro lo habian destinado para que lo asesinasen allí, no dejó de sufrir algunos ultrajes y moles-

tias. En una ocasion se atrevió un voluntario realista encontrándolo en la calle á insultarlo de palabra y á maltratarlo de obra tirándole algunos ladrillos. Creemos que Gallardo se quejó á la autoridad de tal insulto; pero no recordamos el fin que tuvo esta ocurrencia.

Por un efecto de la claridad y descaro con que en una ocasion se expresó hallándose en las casas de ayuntamiento de Castro, diciendo que las leyes no se extendian á las opiniones sino á los actos exteriores únicamente, y que él siempre pensaria como mejor le pareciera, sus enemigos, aprovechándose de esta confesion que creyeron ó afectaron creer que era criminal, le formaron causa en 1829 y lo tuvieron preso en la cárcel algunos meses, de la cual salió después de haber sufrido los disgustos y malos ratos que se dejan entender, y tenido que hacer gastos, tanto mas gravosos, cuanto Gallardo no disfrutaba facultades muy amplias.

Por este tiempo los señores Gomez de la Cortina y Hugalde-Mollinedo principiaron á publicar la traduccion castellana de la historia de la literatura española escrita en aleman por Federico Bouterwek, sobre la cual el editor de la *Gaceta de Bayona*, en los números 112, 115 y 114 insertó un artículo critico en que, entre otras cosas, censuraba el lenguaje de los traductores, los cuales contestaron victoriosamente á la censura poniendo de oro y azul al editor en un folleto titulado *Diálogo entre él y yo*. Gallardo, que tuvo noticia de este sujeto, y no perdona ocasión de combatir á los *afrancesados*, á quienes profesaba entrañable ojeriza, publicó un folleto titulado *Cuatro palmetazos bien plantados por el domine Lucas á los gaceteros de Bayona, por otros tantos puntos garrafales que se les han soldado contra el buen uso y reglas de la lengua y gramática castellana, en su famosa critica de la historia de la literatura española, que dan á luz los señores Gomez de la Cortina y Hugalde-Mollinedo*. Cádiz, 1850. En este opúsculo combatió Gallardo los errores del gacetero de Bayona con sólida doctrina y copia de autoridades de buenos escritores antiguos y modernos, siendo de notar en él su acostumbrado donaire y galana dición. Habiendo mandado un ejemplar á la Academia Española, esta le manifestó el mucho aprecio que habia hecho de su erudito discurso por medio de su secretario D. Francisco Antonio Gonzalez.

Habiéndose anunciado la traduccion de la citada *Historia de la literatura española*, su propension á la censura lo empeñó en escribir un abultado folleto criticando esta obra en profecía, suponiendo en ella ciertos defectos de que en su juicio no podia menos de adolecer; pero después de impreso el primer tomo de la obra, único que ha visto la luz pública, y leído por Gallardo, sin embargo de que halló defectos y lunares que censurar, desistió de dar á luz su critica en consideracion á la laboriosidad y buenos deseos de los traductores, y de que estos en sus notas manifestaban españolismo y el aprecio que hacian de nuestra literatura pátria.

En 1850 juzgó Gallardo que era ya tiempo de dejar á Castro, y tratando de acercarse á Madrid, solicitó pasar á Talavera de la Reina, lo que se le concedió. Púsose en camino, y llegado á la villa de Lopera, prestando una cáida se quedó en ella con objeto, segun se supo después, de esperar el éxito de la conspiracion que se tramaba en Andalucía y abortó el año siguiente, aunque para dar principio á sus planes, se quitó la vida en Cádiz en 3 de marzo de 1851 al gobernador D. Antonio del Hierro y Oliver, coronel del regimiento del rey, y para dar mas apariencia de verdad á su indisposicion, mandó llamar á un médico muy dado á las letras, con cuyo motivo lo habia conocido en Sevilla y se hallaba establecido en Bujalance; pero ni aun á este reveló desde luego la verdad del caso. Permaneció allí algunos meses, y al fin se le mandó restituirse á Castro del Rio. Después de haber permanecido cosa de un año mas en esta villa, se le permitió otra vez ir á Talavera; pero se detuvo en Ocaña tres ó cuatro meses con permiso de las autoridades para ver allí á algunos amigos; mas los realistas de Ocaña trataron de echarlo de ella y de enviarlo á Sigüenza; al fin empero consiguió ya en 1852 que se le permitiese establecerse en Toledo, y habiéndose dado la amnistia por la reina gobernadora en 1854, pudo pasar á Madrid, y restablecido luego el gobierno constitucional, volvió á su destino de bibliotecario de las Cortes (1).

A poco de estar en Madrid quiso cebar su mordacidad y su punzante critica haciendo objeto de sus tiros á varios literatos que habian seguido en otro tiempo el partido del intruso rey José I. Acometió pues á la vez á D. Francisco Javier de Burgos, ministro á la sazón de la Gobernacion del reino, D. Alberto Lista, D. Sebastian de Miñano y D. José Gomez Hermosilla en un folleto titulado *Las letras, letras de cambio, ó los mercachifles literarios, estrenas y aguinaldos del Bachiller Tomé Lobar* (2). Dirigió su autor este folleto al mismo señor Burgos poniéndole una dedicatoria burlesca, sumamente irónica y sar-

cástica, que hacia el ataque mas ofensivo y petulante; pero concebida como todo el escrito, de tal modo que no contravenia á la ley de imprenta entonces vigente. El señor Burgos, asi que tuvo noticia del caso, valiéndose de su autoridad como jefe supremo de policia, mandó allanar la imprenta de D. Mariano Calero, lo que ejecutó el subdelegado del ramo, en el concepto de haberse impreso un libelo «sin los requisitos de la ley, altamente ofensivo á funcionarios públicos de la primera gerarquía con alguna sátira sobre objetos que la religion venera.» Los ejemplares fueron aprehendidos y se presentaron al gobierno, el cual de real orden mandó se procediese á la prision del autor y los cómplices en el supuesto delito. Gallardo se ocultó al punto para evitar la prision, y nadie pudo dar con la casa en que estaba escondido. Desde su retraimiento, con motivo de haberse publicado un artículo en el *Boletín oficial de Madrid* sobre el allanamiento de la imprenta de Calero, Gallardo imprimió una hoja suelta haciendo ver que el escrito no se habia impreso sin los requisitos de la ley, sino con todos ellos; que su asunto era una critica literaria sobre la traduccion de Segur, de Lista, el arte de hablar en prosa y verso de Hermosilla, el Diccionario geográfico de Miñano, é incidentalmente sobre la comedia de *Las tres iguales* de D. Francisco Javier de Burgos; que de estos, solo el último era funcionario de la primera gerarquía, y que todos ellos, fueran quienes fuesen, en la república literaria aparecian como ciudadanos rasos y llanos; que el señor Burgos era juez y parte en su causa, y que este era justamente el único reo que aparecia por haber infringido la ley de imprenta; y finalmente, que se ignoraba qué objetos fuesen aquellos que la religion venera, si va no se contemplaba tales por ser de iglesia á los abates Miñano y Lista.

Este folleto de *Las letras letras de cambio* y los procedimientos contra su autor, que fueron los primeros después de dada la ley de imprenta, hicieron mucho ruido en Madrid; pero formalizada la causa, y no habiéndose presentado el autor, se procedió contra el impresor, que fué defendido por el jurisconsulto D. Salustiano de Olózaga, con un elocuente y vigoroso discurso que pronunció en marzo del mismo año. A pesar de haberse ocupado los ejemplares del folleto, de algunos que los curiosos pudieron haber, se sacaban numerosas copias, y todo el mundo leia *Las letras letras de cambio* con tan viva aficion y gusto, que la dedicatoria con especialidad, para mayor mortificacion del señor Burgos, la sabian muchos de memoria.

En 1853 intentó Gallardo publicar una obra por suscripcion que habia de constar desde luego de doce números, titulada *El criticon, papel volante de literatura y bellas artes*; pero por causas que ignoramos no cumplió su palabra, y solo imprimió cinco números, los cuales contienen escogidas noticias; pero en ellos, siguiendo su genial inclinacion, sacó á la palestra para darle una brava zumba á D. Félix José Reinos por la oda que escribió á la memoria de D. Agustín Ceán Bermudez, y por su famosa obra titulada *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, y de paso censura á D. Manuel José Quintana, critica y ridiculiza á D. Agustín Duran y á D. Manuel Breton de los Herreros, y finalmente pelizca al bibliotecario Patiño.

En 1857, siendo ya Gallardo diputado por la provincia de Badajoz, con motivo de las palabras de paz, orden y justicia que profirió en el Congreso D. Francisco Martinez de la Rosa cuando se discutia el proyecto de contestacion al discurso de la corona, escribió un folleto titulado *Discurso del diputado estreño Gallardo*, el cual tuvo tanta aceptacion, que se hicieron de él cuatro ediciones en pocos dias. Decia en él Gallardo que no se habia pronunciado en las Cortes por haberse dado el punto por suficientemente discutido antes de tiempo, asercion de cuya verdad nada podemos asegurar, ni tampoco es del caso. Criticaba fuerte y descomedidamente á D. Francisco Martinez de la Rosa por aquellas palabras, y lo trataba con poco miramiento y decoro. Este papel, lleno como todos los de su autor de sal y de donaires, hizo los diversos efectos que era natural segun el partido político á que cada cual pertenecia, y hubo quien saliese á la defensa del señor Martinez de la Rosa en varios números (1) del periódico titulado *El Mundo*, no de otra manera que cubriendo á Gallardo de diciteros y denuestos, traspasando la raya de la verdad y de la justicia, é incurriendo en el mismo vicio que se reprendia en Gallardo de descaro y petulancia. Se le calificaba de ignorante, de mentiroso y de pedante, y se decia que su lenguaje era una algaravia de palabras rebuscadas en los libros antiguos; y en una sarta de terretos que firmaba con nombre, segun parece supuesto, Jaime Llodiano, entre otros muchos improprios se decia lo siguiente:

Contra el mas respetable ciudadano  
He leído tu artículo insultante  
Escrito casi casi en castellano.

contar con él para sus fines, como se lo habian propuesto; pero Gallardo no necesitaba de motivo alguno para censurar las obras de otros literatos, y mas si habian sido *afrancesados*.

(1) En el artículo de fondo del número 324 y en los mosicos del 525 y 528.

(1) Vivió en Madrid la mayor parte del tiempo, en el convento de Monserrate de la calle de San Bernardo, siendo de notar que siempre procuraba vivir en casas religiosas, buscando el sosiego y el retiro.

(2) Se imprimieron en 1851, y se dice que este y otros escritos que se publicaron contra Burgos, fueron efecto de venganza de cierta sociedad secreta que no pudo

Criticábase también así su lenguaje, como igualmente diciendo que este era monstruoso, pues lo es en efecto, añadía, el amontonamiento de palabras desusadas, cuya significación ignoran los mas. Verdaderamente el autor de esta invectiva, si tuvo razón para querer vindicar á D. Francisco Martínez de la Rosa, no acertó á hacerlo como era debido, pues unas injurias no se deshacen con otras, ni tampoco la tuvo en calificar á Gallardo de falso de veracidad, de ignorante y mal escritor. El que así le trataba si que demostró su necedad, y dió pruebas de su profunda ignorancia en literatura y en lenguaje, como haremos ver mas adelante.

En enero de 1858 trataron las Cortes de formar un nuevo reglamento, en cuyo proyecto nada se decía de la biblioteca, y algunos diputados que deseaban hacer economías, creyeron que en el mismo hecho de no hacerse mención de la biblioteca se debía entender que se suprimía. Parece que esto no era así; pero los señores Muñoz Maldonado y Fontan tomaron á su cargo combatir la conservación de la biblioteca, y este último al bibliotecario, en el supuesto falso de que disfrutaba dos sueldos del Estado, uno por tal bibliotecario, y otro por la comisión de componer una *Gramática filosófica castellana*, y de que por el primer respecto gozaba la dotación de 24,000 reales, que en verdad no eran mas que 15,000. Gallardo para ilustrar á los diputados sobre este punto imprimió un escrito titulado *Artículo copiado de las adiciones y refundición de algunos títulos y artículos del proyecto de reglamento para el gobierno interior del Congreso, propuestas y motivadas por el diputado D. Bartolomé José Gallardo, bibliotecario de las Cortes*, cuyo escrito repartió á los diputados; y como los dos desposedos señores Maldonado y Fontan habian combatido la biblioteca, Gallardo impugnó las razones de ambos cargando la mano algo fuertemente en el primero, lo que dió motivo á que ofendido el señor Muñoz Maldonado tratase de vindicarse, no por los mismos medios, sino por las *vías de hecho*, reprobadas siempre, y que no son razones, si bien satisfacen la venganza.

D. Francisco Javier de Burgos en sus *Anales del reinado de Isabel II*, tomo 3.º, refiere este suceso de manera que descubre su animosidad y resentimiento contra Gallardo, pues al mismo tiempo que pretende parecer desapasionado á fuer de historiador, vierte falsedades y lo trata con manifiesta injusticia, pues dice así (1):

..... «La indignación (2) lanzó al Congreso á una medida, indiferente á la verdad en sí misma, pero indecorosa por el modo con que se ejecutó, y funesta en cuanto argüía encon en un cuerpo que debía mostrarse exento de estas pasiones. Un escolar (3) llamado Gallardo, que con sus escritos adquiriera en Cádiz cierta celebridad, se habia hecho nombrar (4) en el anterior período constitucional bibliotecario de las Cortes, y últimamente diputado á ellas por Estremadura. Satisfechas con el ténue salario de su plaza las necesidades de su oscura existencia (5), empleábala toda entera (6) en escribir folletos contra cuantos por su popularidad, sus luces, servicios ó riquezas (7) le eran designados por los clubs (8) como blanco de sus ataques. Ofen-

(1) El texto del señor Burgos no puede pasar en este escrito sin las notas siguientes:

(2) Lo que aquí afirma el señor Burgos es por lo menos dudoso: pues lo mas cierto es que no hubo otro motivo para suprimir la biblioteca que el hacer economías; aunque pudo suceder que los contrarios de Gallardo aprovecharan esta ocasion para hacerle perjuicio.

(3) ¿Qué queria significar aquí el señor Burgos con la palabra *escolar*? Segun el Diccionario de la Academia no significa otra cosa que *estudiante que cursa y sigue las escuelas*, y esto de ningun modo le convenia á Gallardo. Si quisiera dar á entender que este no sabia mas que un estudiante acabado de salir de las aulas, dijo una falsedad manifiesta, pues Gallardo sabia indudablemente mucho mas que no pocos de los que en estos tiempos pasan y han pasado por hombres de letras, y en algunas materias mucho mas que el señor Burgos.

(4) *No se habia hecho nombrar*, sino que lo habian nombrado en consideración á que habia servido anteriormente el mismo destino, sin necesidad de que Gallardo usase de importunaciones ni otros manejos como aquí se quiere dar á entender, lo que era muy ajeno de su carácter.

(5) Esto, mas que vituperio, cuya intencion lleva, es elogio y no pequeño en los tiempos presentes, pues Gallardo ni era ambicioso de empleos ni de riquezas para pasar una vida regalada y ostentosa; antes era muy sobrio y se contentaba con lo preciso para satisfacer sus necesidades. Sin duda creeria el señor Burgos que no podia ser clara la existencia de los que ni eran ministros ni tenían cruces como él.

(6) Esta asersion es absolutamente falsa: en lo que empleaba Gallardo su vida entera era en leer y buscar libros raros y de mérito, y en acopiar materiales para las obras que intentaba publicar. Estas tareas formaban su ocupacion continua.

(7) Esto también es falso: las invectivas y criticas de Gallardo siempre fueron literarias, aunque en alguna ocasion recayesen en sujetos populares, ricos ó constituidos en altos puestos. El mismo Gallardo decía, y era verdad, lo siguiente: «es muy ordinario que cuando algun crítico censuran de los que no brillan en el mundo mas que por el esplendor de su fortuna que por sus propias luces, se particulariza con alguno de esos ilustres mimones de Plutó y de la diosa ciega... achacan á envidia sus censuras. Y como yo en las mías será muy factible que aseste mis tiros á los altos capitulios (los rayos suelen acometer á las torres mas altas), de ahora para entonces declaro aquí en ley y en conciencia que no hay silla curul, palacio ni alto puesto á que yo no anteponga mi rincón, mi llano escaso y la independencia de mi alma libre como el éter de los cielos. Porque... en cuanto á ser mío, mi divisa es este verso de Ulises:

*Yo no quiero ser nada sin ser mío.*

(8) Gallardo no necesitaba de indicaciones: de creer es que si le hubieran hecho alguna, él hubiera ejecutado por lo mismo todo lo contrario.

didos de ellos varios de sus colegas, determinaron quitarle los recursos (1) de que tan mal uso hacia; y no atreviéndose á fundar su destitución en esta circunstancia, resolvieron suprimir su empleo á pretexto de la necesidad de reducir los gastos de las Cortes, cuyo presupuesto no permitian pagar los apuros constantes del tesoro. A pesar del calor con que defendieron los diputados progresistas la conservación de la plaza, y de lo que sobre ello habia alegado Gallardo en un papel repartido á los diputados, quedó el dia 9 decretada la supresion. Pero no se limitó á esta demostración el castigo del maldiciente, sino que habiendo rehusado él á su colega Muñoz Maldonado satisfacción por injurias articuladas contra este en aquel escrito, le descargó el ofendido sendos bofetones acompañados de sendos denuestos, y lo que es mas, de las carcajadas de casi todos los diputados, que vieron en Maldonado el vengador de sus agravios comunes (2). Y á las quejas que con este motivo articuló el ofendido se manifestó insensible el presidente, el cual como insistiese aquel en que de ello se diese cuenta al Congreso para ocurrir ejecutivamente á la represion del crimen, lo exhortó á acudir á un tribunal y le atajó la palabra.

Despojado Gallardo del empleo de bibliotecario, después del año 1841, se retiró á Toledo donde habia comprado una heredad situada á la orilla del Tajo á corta distancia de aquella ciudad, llamada *la Alberguilla*. Desde este tiempo Gallardo desapareció así de la escena literaria como de la politica, por lo que en 1844 decía de él un periódico que no debía de serle muy amigo: «con cuánto placer se solazaría con ella (*la crítica de ciertas obras*) un antiguo licenciado Palomeque que, dejando la pluma por la esteva, goza ya el singular privilegio de haber muerto en vida y de haber muerto hasta en la memoria de los hombres y de los libreros de libros viejos.» (Este donaire nada oportuno, y sea dicho de paso, no denota mucha instruccion ni mucha discrecion tampoco.)

En 1845 hizo Gallardo un viaje á Andalucía, y en 26 de mayo llegó á Córdoba, donde permaneció hasta mediado agosto. En todo este tiempo no hizo otra cosa que buscar libros y manuscritos como tenia de costumbre, y habiendo logrado que le franquease el cabildo eclesiástico su biblioteca, pasaba encerrado en ella toda la mañana hasta las tres ó las cuatro de la tarde, sin embargo de que la pieza en que aquella se custodia, por estar en un piso muy alto y por causa de la estacion, es sumamente calurosa. Desde Córdoba pasó á Cádiz, y después á Sevilla, donde permaneció mas de un año, y en setiembre de 1845 se restituyó á Toledo.

(Continuará.)

L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS-DEZA.

## EL PARQUE DE MUSKAU.

¡*Pow let us see á Park of twenty avres!* ¡Vamos á ver un parque de veinte fanegas! dijo el rey Jorge IV á sus acompañantes, después de haber aceptado un excelente almuerzo en casa de Lord B., probando con una admiración sério-cómica que tendria que ver una cosa imposible, un parque de solo veinte acres, pues en estos veinte acres habia formado Lord B. una obra maestra de paisaje, para la que tal vez tomó por modelo la hacienda que Cajus Canius compró en Sicilia, y á imitación de un gran parterre ó un magnífico terrado de Windsor, la amenizó con vistas de riuiseñas campiñas, de magníficos bosques, vistas al mar, á colinas agradables y elevadas montañas, alumbradas por la púrpura del arbol y por un brillante cielo.

Pues si en un terreno tan corto se erigió un parque tan agradable de que apenas se podria formar una idea á no verlo, con mayor razon se necesitaria visitar y recorrer el intrincado parque de Muskau, de tres mil quinientas fanegas de Magdeburgo de superficie, después de haber aceptado un regular almuerzo con buenas botellas de Champagne, para formarse una idea exacta y verdadera de esta deleitable posesion.

En efecto, este magnífico parque, perteneciente al principe Her-

(1) Acaso sea esta suposicion gratuita del señor Burgos; pero si esto fué lo que se propusieron, se equivocaron grandemente; porque Gallardo habia vivido antes y vivió después sin esos recursos, y con ellos y sin ellos siempre fué el mismo. Tampoco tenían motivos para estar ofendidos varios de sus colegas, pues Gallardo solo habia ofendido á D. Francisco Martínez de la Rosa y acaso á alguno otro que no separamos; pero no á varios como dice. Luego ya crece el número y llega á casi todos.

(2) ¿*Agravios comunes*? ¿*qué agravios* eran estos que habian afectado á casi todos los diputados? *Agravios comunes*, ninguno ciertamente. A topa toloandro usó el señor Burgos el tal adjetivo. Los diputados que en varias ocasiones con palabras y obras descomedidas profanaron el salon del Congreso, y menoscabaron la dignidad del grave cuerpo á que pertenecian, estos si que hicieron agravio á todos los diputados. Los agravios de Gallardo no fueron comunes, sino particulares.

Con tal pasion y tan al aire escribe de Gallardo el señor Burgos.

mann Piskler, abraza una considerable estension poblada de tilos y encinas colosales, olmos, hayas, arces y otros muchos árboles y arbustos que presentan una admirable frondosidad; tiene además grandes criaderos y hermosas campiñas, como asimismo un magnífico castillo ó palacio feudal, un gran lago llamado lago de Lucía por la esposa del príncipe Puckler, hija del príncipe de Hardemberg, que contribuyó en gran parte á su construcción, y una bonita torre chinesca delineada y construida por el arquitecto Görgel de Coburgo con otra gran variedad de objetos que hermean este parque, todo debido al infatigable celo y desinterés de su poseedor, que no ha perdonado medio ni gasto alguno para hacer de este parque una posesion recreativa al mismo tiempo que productora.

## ROSALIA.

PARTE SEGUNDA.

I.

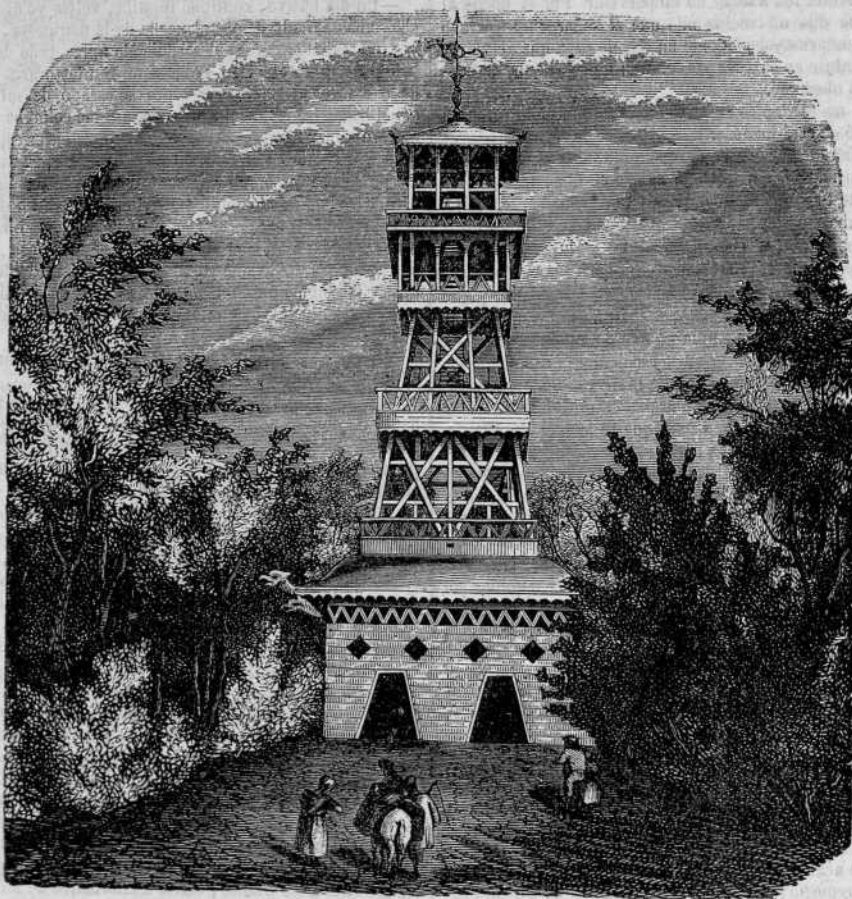
Estábamos á la puerta de la quinta, á la sombra de una espesa parra Rosalia sentada en un sillón me miraba con cariño, y yo no me cansaba de contemplarla. Si en otro tiempo, cubierta de andrajos, ham-

brienta y curtida por el sol, parecióme bella, ahora con su elegante vestido azul y su cuello de encaje la encontraba bellísima, á pesar de la estremada palidez de su rostro, donde se marcaban las huellas de las mas horrible de las enfermedades.

—Rosalia, la dije después que la hube admirado largo tiempo, durante el cual ella, adivinando mis pensamientos se sonreía con tristeza, ¡cuánto me alegro de encontraros otra vez! ¡y sobre todo de encontraros en estado tan diferente! Cerca de dos años hace que no os he visto, y os juro que al volver al pueblo el pasado otoño mi primer cuidado fué preguntar por vos, y mi mayor sentimiento saber vuestra ausencia. Juzgad pues de mi alegría y sorpresa cuando anoche al llegar me dijeron que habitábais en esta quinta.

—Amigo mio, me contestó Rosalia tendiéndome su blanca y pálida mano, que yo estreché entre las mías, tambien yo deseaba veros; tambien me he acordado de vos continuamente; y ahora, si algo atenua la satisfacción que me causa vuestra presencia, es el convencimiento de lo poco que podré gozar de ella...

—¿Qué decís, Rosalia? la interrumpí inquieto al oír estas palabras, y al triste acento con que las había pronunciado.—La verdad, amigo mio, la verdad solamente. ¿No veis en mi semblante las sombras de la muerte? No habeis sentido en mi mano el ardor de la calentura?... Los que me rodean se hacen tal vez ilusiones, nacidas de su cariño: mi padre ¡pobre padre mio! se aferra á una última esperanza que pronto verá desvanecida. Hoy ha marchado al pueblo á esperar al médico que



(Torre chinesca en el parque de Muskau.—Pág. 172.)

debe llegar de Madrid; ¡ay! no sabe qué nadie en la tierra podrá volverme la vida, que me abandona poco á poco...

Pero os estoy entristeciendo: perdonadme, repuso Rosalia enjugando las lágrimas que á pesar suyo empañaban sus ojos. Creo que en vez afligirme de antemano, debo satisfacer un deseo que sin duda tendréis, y referiros los acontecimientos que han trasformado á la pobre porquera en la rica, pero no menos desgraciada Rosalia. Venid conmigo; este sitio no es el mas á propósito, y pudieran escucharnos.

Diciendo estas palabras Rosalia se levantó con lentitud: entonces advertí que habia crecido, y que su pecho y hombros habian ensanchado; su talle empero permanecía tan esbelto, tan flexible como en otro tiempo.

Yo la di el brazo para subir la escalera de la quinta, y después de atravesar varios aposentos ricos y sencillamente adornados, llegamos á una fresca sala que daba á un terrado, desde el cual se dominaba una gran parte de la campiña.

Rosalía corrió las persianas de los balcones, pues eran las dos de la tarde y hacia mucho calor. Luego se sentó en una butaca, apoyó sus pulidos piés en una banqueta, y viéndome sentado junto á ella comenzó su relato.

II.

—No bien hace dos años os separásteis de mí dejándome tan triste y solitaria como anteriormente, eché de ver que en la cinta del som-

brero de paja que entonces me regalásteis habíais metido algunas monedas de oro: y aunque mi primer impulso fué no tocar aquella cantidad, cediendo al necio orgullo que tantas veces ha sido causa de mis infortunios, reflexioné después que el único medio de pagar las bondades de que me habíais colmado, era aprovecharme de vuestros dones tan generosa y delicadamente ofrecidos. En consecuencia pues compré las cosas de que mas necesidad tenía, cuidando de que fuesen pocas para no excitar sospechas en el pueblo, y empleé el resto del dinero en procurarme mejor alimento, y en socorrer á los pobres que encontraba en el campo ó en los caminos; sin embargo nunca he querido tocar á la última de aquellas monedas, y la conservo como un recuerdo vuestro.

Rosalía entonces abrió una elegante almohadilla que al lado suyo sobre un velador estaba, me enseñó una moneda de ochenta reales envuelta cuidadosamente en un papel, y luego prosiguió en estos términos:

Durante algun tiempo hice mi acostumbrada vida siempre guardando mi inmundo rebaño, y siempre con la esperanza de que mi enfermedad me diese por fin el reposo de la muerte, hasta que un acontecimiento, no sé si diga por fortuna ó por desgracia ma, vino á trastornar mi destino.

Un dia caluroso de octubre, después de una noche de insomnio en la que la tos no me habia permitido descansar un momento, y mientras mi piara pastaba al lado de una senda, quedéme medio dormida á la sombra de un vallado, y desperté al poco tiempo sin sospechar la influencia que aquel rato iba á tener en mi porvenir. Por la noche al volver al pueblo me dijo un vecino mio que el señor cura párroco habia mandado á buscarme, dejándome un recado para que al volver del campo me presentase en su casa; órden á la que yo llena de sorpresa me apresuré á obedecer.

El buen párroco me recibió con suma afabilidad, me hizo sentar á su lado, y me habló de esta manera:

—Hija mia: la señora marquesa de E., que como sabes es dueña de la quinta que está á orillas del rio, y ahora habita en ella, te ha visto esta mañana durante tu sueño, y como yo tuviese el honor de acompañarla, me ha hecho muchas preguntas relativas á tí, y se ha interesado vivamente por tu juventud, enfermedad y desgracias. Aun cuando tú nunca te has acercado á mí ni aun para cumplir con los preceptos religiosos, sin embargo sé que no los has descuidado, y que con frecuencia vas á recibir los consuelos espirituales al vecino pueblo, reserva que yo he respetado aunque no la comprenda. Además en los dias festivos he advertido la devocion y recojimiento con que asistes á la santa misa, y esta circunstancia ha motivado los buenos informes que de tí he dado á la señora marquesa, pintando tu triste vida, é inclinando su piadoso corazón para que te aparte de ella, y te proporcione otra menos desastrosa, y mas á propósito para restablecer tu salud. En consecuencia y por abreviar te diré que aquella señora me ha mandado te proponga una colocacion en su casa, en la cual estarás á su inmediato servicio. Yo, aun que no sé tu resolucioin, me he apresurado á dar las gracias en tu nombre á la señora marquesa, pues no dudo aceptarás tan ventajoso partido.

—Padre mio, le contesté yo sorprendida y sin poder dominar un movimiento de orgullo al oír hablar de servidumbre, yo os doy gracias por el generoso interés que me manifestais, así como tambien á la señora marquesa por las bondades de que trata de colmarme; pero no puedo ni debo aceptar sus ofertas; primeramente porque yo no sé ni sirvo para nada mas que el miserable oficio que desempeño, y luego siendo mi enfermedad mortal como yo creo, no merecen las breves dias de vida que me restan, el que tome la pena de mejorarlos...

—¿Qué dices, Rosalía? exclamó entonces el buen sacerdote sorprendido y en tono severo. Yo te creia una muchacha piadosa y llena de sensatez; pero veo con dolor que me he equivocado. Tus palabras participan de la locura y de la impiedad, pues locura es rehusar los ofrecimientos de aquella señora, é impiedad demuestra esa indiferencia hácia la vida de que acabas de hablar. Tu mal no es todavía de aquellos que no admiten remedio; y el que teniendo ocasion no procura recobrar su perdida salud, es tan suicida como el que busca la muerte por otro medio cualquiera; y te hablo en estos términos, porque no obstante tu estado te creo capaz de comprenderme.

El anciano párroco añadió á estas otras razones, y finalmente, para no molestaros con digresiones inútiles, os diré que la fuerza y persuasion de sus palabras, el sentimiento de mi deber, el deseo de mostrarle mi gratitud, la proximidad del invierno que iba á robar su alegría á mis queridos campos, y mas que todo la indiferencia con que yo entonces miraba mi suerte, me hicieron aceptar la proposicion de la marquesa, á la que fui presentada al dia siguiente por el bondadoso sacerdote.

La marquesa era buena y afable; como verdadera gran señora, me preguntó con sumo interés por mi familia y vida privada: pero yo la oculté mis desgracias, haciéndola una relacion que llevaba forjada de

antemano, con la que quedó ó fingió quedar satisfecha. Desde aquel momento me empleó en su servicio, me vistió con decencia, é hizo que el médico del pueblo se ocupase de mi enfermedad.

Los primeros dias de mi existencia en la quinta se me hicieron algo penosos, pues eché de menos la libertad de los campos á que en mi pasada vida habíame acostumbrado; pero después me habitué poco á poco á mi nueva posicion, á lo que contribuyó en gran manera el cariño y agrado con que mi señora me trataba. Además, obedeciendo á los mandatos del médico, paseaba casi todas las tardes, ya sola ó bien en compañía de la marquesa, de modo que veia frecuentemente mis amadas praderas, y los sitios donde tantas veces habia conducido mi piara; mas ¡ay! pronto tuve que abandonarlos y seguir á mi señora á Madrid, donde nos trasladamos á últimos de setiembre.

### III.

Ya en Madrid, prosiguió Rosalía después de una breve pausa, trascurrieron dos meses sin que me acaeciese cosa alguna digna de mencion. Mi nuevo estado me era cada vez mas agradable, y mis deberes fáciles de cumplir, y mi salud se restablecia poco á poco. Mi sangre, helada por la enfermedad y por las privaciones, volvía á calentarse mi seno, y sin los recuerdos de mi padre, de mis extravíos y de mis infortunios, hubiera sido feliz.

Rosalía calló un momento y exhaló un suspiro; la pobre niña se acordaba tambien de otra persona.

—Un dia festivo, continuó Rosalía, volvía yo de la iglesia de Atocha, acompañada de otra doncella de la marquesa, cuando de repente veo un caballero que, descendiendo apresurado de un coche que al lado nuestro pasaba, se arroja á mí con los brazos abiertos. Un grito de asombro, alegría y vergüenza se escapó de mi labio, porque en aquel caballero reconocí á mi padre que me colmaba de caricias. ¿Cómo preséras las diversas sensaciones que entonces experimenté y la escena que siguió á este encuentro? Mi padre no se cansaba de mirarme; me prodigaba los nombres mas tiernos; nuestras lágrimas se confundían. ¡Ah! aquel momento me compensó de muchos infortunios. Pasados los primeros trasportes, mi padre me hizo subir á su carruaje, así como tambien á mi compañera; me llevó á su casa, oyó la relacion de mis desdichas, en la que yo no hablé de mis malhadados amores, achacando mi fuga á mi aversion hácia Anselmo y mi madrastra, y no pude reprimir un movimiento de alegría al saber que esta habia muerto.

Después de oirme con el mayor enternecimiento mi padre, me anunció que ya no nos separaríamos nunca.

—Harto tiempo he vivido solo, exclamó besándome repetidas veces; harto he llorado por tí, y mi union á la muger que ha olvidado sus deberes y deshonorado mi nombre es una expiacion de tus desgracias. ¡Pobre hija mia! continuó, no sabes cuánto te amo, cuánto te he amado siempre. ¡Oh! yo te haré olvidar tus dolores; yo emplearé toda mi solicitud en darte la ventura de que has estado privada tanto tiempo! Has sido pobre; vas á ser muy rica; has servido, de hoy mas serás señora; y mi hermosa Rosalía se verá tan feliz, tan mimada como cuando niña se sentaba sobre mis rodillas en nuestro risueño jardín. En estos tiernos coloquios llegó la noche, y yo encargué á la doncella mi compañera que al volver á casa de la marquesa disculpase mi ausencia contándola este nuevo acontecimiento, y asegurándola que al dia siguiente iria á ver á la noble señora.

Luego solos mi padre y yo, me dije este cuántas diligencias infructuosas habia hecho á fin de encontrarme; me contó la conducta libre y desordenada de mi madrastra y su muerte casi repentina. Después me habló de una rica herencia que un hermano suyo, á quien yo no conocia, le habia legado desde Puerto-Rico, y que unida á los bienes que en nuestro país tenia, formaban una gran fortuna; y por último, me refirió sus viajes por Francia, Bélgica é Italia, en los que en vano habia intentado distraerse del dolor que le causaba mi ausencia.

Dicho esto, me enseñó mi nueva casa, que era espaciosa y elegante, me presentó á los criados, volvió á informarse de mi enfermedad, y en resolucioin estuvo tan tierno y cariñoso, que yo bien conocia habia recobrado á mi padre con toda la idolatria con que en mis primeros años me habia amado.

Al dia siguiente me presenté en casa de la marquesa, mi generosa bienhechora, en compañía de mi padre, y esta señora me recibió con la mayor satisfaccion. Me dijo entonces que siempre habia sospechado que yo no era lo que aparentaba, y que desde el primer momento en que me vió, mi belleza y distincion (tales fueron sus palabras) habianla interesado. Cumplido este primer deber de mi gratitud, mi padre se empeñó en llevarme á los ricos almacenes de modas de la calle del Cármen, y allí me llenó de encajes, de telas y de galas. Al regresar á nuestra casa ya nos esperaba en ella uno de los primeros médicos de Madrid, que después de examinarme cuidadosamente me prescribió un plan curativo; y finalmente, experimenté de improviso una tras-

formación, que me hizo recordar sonriendo las de la puerca cenicienta.

Antes de pasar adelante, continuó Rosalía echándome una cariñosa mirada, debo decirlos que durante mi permanencia en Madrid, y siempre que pasaba por sitios concurridos, he procurado veros; que en los breves días felices de que he gozado me faltaba alguna cosa, y esa cosa, perdonadme la frase, erais vos. Si hubiera sabido vuestra casa, os hubiera buscado.

Una tos seca y ronca interrumpió á la hermosa niña, y entonces yo la rogué suspendiese su relato hasta otra ocasión.

—No, amigo mío, me dijo, mi padre debe volver pronto, y como rara vez se separa de mí, es preciso aprovechar estos momentos. Rosalía continuó:

Quince días pasaron en esta nueva *luna de miel*, y sería enojoso decirlos los cuidados y distracciones de que me rodeó mi padre. Yo me hallaba cada vez en mejor estado, y me entregaba con delicia á los gocees que mi nueva fortuna me proporcionaba. Verdad es que en algunos momentos recordaba como con sentimiento mi vida de porquera, pasada toda en la contemplación de la poesía de la naturaleza; pero como si la fortuna que entonces me sonreía hubiera querido compensarme de la pérdida de mis queridos campos, todos los días al abrir mis balcones me mostraba el panorama mas bello y encantador.

Habitábamos en una casa de las riciecientemente construidas en la calle de Bailen, y desde nuestro cuarto en el segundo piso se dominaba la parte mas pintoresca de los alrededores de Madrid.

A la izquierda lejanos pueblecillos, tendidas praderas que se confundían en el límpido azul de un cielo incomparable, á la derecha los nevados picos del Guadarrama: ya mas cercanos las arboledas y los estanques de una posesion real, y finalmente en primer término las mansas aguas del rio que brillan entre sombras de follaje.

#### IV.

El ruido de un carruaje que se aproximaba á la quinta interrumpió á la linda narradora, y habiéndome yo asomado al terrado, vi al padre de Rosalía, que se apeaba de un charaban en compañía de otro caballero.

En breves instantes los dos recién llegados entraron en la sala, D. Lorenzo (así se llamaba el padre de la hermosa niña) y el médico en que fundaba sus últimas esperanzas.

Rosalía le saludó afablemente, y luego que pasaron los primeros cumplimientos, se dejó examinar por él, sonriendo con tristeza. Durante este exámen el desgraciado padre miraba con ansiedad al facultativo, como si quisiera leer en su rostro sus mas recónditos pensamientos; pero el semblante de este permanecía impassible; la costumbre le habia hecho dominar sus impresiones, y solo contestó á nuestras preguntas con frases ambiguas, pero cuyo significado comprendí demasiado bien.

A este tiempo oímos el trote de un caballo, y poco después otra tercera persona apareció en la sala.

Era un jóven de veinte á venticinco años, de agradable figura, sencilla y elegantemente vestido, y de los mas distinguidos modales. Rosalía al verle lanzó un grito de gozo, y D. Lorenzo se abalanzó á él con los brazos abiertos.

—¡Santiago, hijo mío! exclamó abrazándole con efusion, no te esperábamos tan pronto; tu venida es de buen agüero; ella va á traer la felicidad á esta casa.

—No sería yo entonces el menos dichoso, dijo el recién llegado devolviéndole sus abrazos. Después nos saludó cortésmente, y se acercó á Rosalía, que le tendió la mano.

En la mirada que aquel jóven echó á la pobre niña, adiviné su amor y el profundo pesar que su vista le causaba. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, logró disimular sus temores y le habló con desembarazo y alegría. Ella le escuchaba con mucho placer, y la conversacion de Santiago (así le llamaré desde ahora) llena de chiste y de gracia, y en la que yo tambien tomé parte, nos distrajo agradablemente durante un rato.

Un criado anunció entonces que la mesa estaba cubierta, y todos nos trasladamos al comedor.

D. Lorenzo y el médico se sentaron juntos, Santiago y yo pusimos en medio á Rosalía.

—¡Qué contenta estoy, padre mío! exclamó entonces; ya nada nos falta, y vamos á pasar unos días muy felices, porque vos, prosiguió dirigiéndose á mí, no nos dejareis, ¿no es verdad? Mi padre os ha rogado esta mañana que os asociéis á nuestra vida campestre, y supuesto que en el pueblo no teneis parientes ni ocupaciones, espero accedais á los antojos de una enferma, que no los tendrá mucho tiempo, añadió en voz que yo solamente pude oír.

Estas palabras me causaron una impresion dolorosa, que Santiago adivinó, á lo que entendí, por la triste mirada que cruzó con la mía.

El resto de la comida pasó alegremente, al menos en la apariencia;

D. Lorenzo, á quien el médico habia dado algunas esperanzas respecto á su hija, estuvo alegre y decidido; el facultativo era un hombre lleno de talento, que nos contó con suma gracia anécdotas chismográficas de Madrid; Santiago nos habló de muchos países del Nuevo-Mundo que habia visitado; y en cuanto á mí, me hicieron recitar varios sonetos de nuestros primeros poetas. Pero sobre todo Rosalía estuvo admirable. ¡Qué gracia, qué ingenuidad, qué ideas tan poéticas brotaban de sus labios! cómo nos conmovia el timbre argentino de su voz! Al verla hacer los honores de la mesa con tanto desembarazo y tan perfecta finura, no podia acostumbrarme á creer que fuese la pobre porquera de otro tiempo.

Insisto en estos pormenores, porque esta reunion tenia algo de sombría, por lo mismo que en ella reinaba al parecer el contento y el bienestar. Esceptuando á D. Lorenzo, que procuraba creer y tal vez creia con la ceguedad de la esperanza en la curacion de su hija, todos los demás, incluso el médico, admirábamos con dolorosa atencion á aquella niña tan jóven, tan bella y tan sublime, que moria poco á poco entre los gocees del mundo que hubiera podido disfrutar tanto tiempo. Yo principalmente, recordando las tristes palabras de Rosalía, experimentaba un pesar indecible al observar los esfuerzos que la pobre enfermá hacia para olvidar la sentencia de muerte que sobre ella pesaba. Y luego... viendo á aquel padre adormecido durante un momento en sus ilusiones de felicidad, ¡quién no hubiera temblado al considerar los desgarradores tormentos que le reservaba el porvenir?

La comida acabó; el resto de la tarde le pasamos en el jardín de la quinta, que es muy vasto y estaba entonces en toda su hermosura, y al llegar la noche nos trasladamos al cuarto de Rosalía, donde permanecimos hasta las once, hora en que nos retiramos á nuestros respectivos aposentos.

Como en la relacion que la interesante jóven me hizo por la mañana, habiame hablado del restablecimiento casi completo de su salud, estaba impaciente por saber las causas que motivaron su recaída, hasta el punto de reducirla al estado en que se hallaba: así es que no pude conciliar el sueño en toda la noche, y no bien amaneció bajé al jardín á gozar de la frescura de aquella mañana de junio.

(Continuará.)

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

## LA VUELTA AL HOGAR.

AL POETA ANTONIO DE TRUEBA.

Allá en el fondo del valle,  
entre un bosque de castaños,  
una cruz y una veleta  
elevan sus negros brazos.  
Ya la tarde que declina  
despide al sol en su ocaso,  
cuando á la cumbre del monte  
trepando vá un licenciado.  
Con el polvo del camino  
viene vestido de blanco,  
y por el sudor cubierto  
parece su rostro pálido.  
Lleva la casaca abierta,  
lleva la gorra en la mano,  
y llevar parece el viento  
sus apresurados pasos.  
Las cruces y las veneras  
van en su pecho saltando,  
movidas por los latidos  
del corazon del soldado.  
Ya va á llegar á la cumbre,  
corre y descausa, que en vano  
quieren servirle de aliento  
suspiros de largos años.  
Dos lágrimas de alegría  
se desprenden de sus párpados:  
ya descubrió la veleta,  
ya va por la cuesta abajo.  
Cruza la verde campiña,  
salva el arroyo de un salto,  
deja la senda trillada,  
y entre zanjás y barrancos  
aminora su camino  
por el escabroso atajo.

La noche, amiga del triste,  
descorre su oscuro manto,  
y todo queda en tinieblas,  
bosques, veredas y prados.  
Ya por las huertas camina,  
ya va á trasponer el llano,  
cuando una luz macilenta  
parece salirle al paso.  
Es de un farol suspendido  
en la ermita del Rosario,  
abandonada capilla  
á los piés del campo-santo.  
Mil pensamientos tristes  
por su memoria cruzaron,  
que desde que sirve ignora  
si tiene padres y hermanos.  
Detuvo un tanto su marcha,  
y en vez de cantar, rezando  
volvió á tomar la vereda,  
que era valiente y cristiano.  
Ya llegó por fin al sitio  
donde sus floridos años  
tan dichosos y felices  
como fugaces pasaron.  
Atraviesa por la plaza,  
los perros le van ladrando;  
y él triste y meditabundo  
cada vez acorta el paso.  
Va á dar la vuelta á su calle,  
cuando un perro de ganado  
después de espantar los otros,  
viene á lamerle la mano.  
—Ah fiel Pichon!—dice Lucas;  
y el perro va como un gamo  
á arañar en el postigo  
de sus primitivos amos.  
A los ladridos del perro  
sale un rollizo muchacho  
que abriendo el postigo grita:  
Ay madre, madre, un soldado!  
—¿Qué se ofrece, forastero?  
—Buenas noches, perdonando.  
Vive aquí mi padre?—¿Cómo!...  
su padre dice, Dios santo!  
y llorando de alegría  
entra Lucas como un rayo,  
aquí repartiendo besos  
allá repartiendo abrazos.  
En un rincón hay dos niños  
que se miran espantados,  
hasta que su madre llega  
y les dice por lo bajo:  
es el tío Lucas.—Tío Lucas!  
tío Lucas! repiten ambos.  
—¿De quién sois hijos, mis prendas?  
Y la abuela sollozando  
cōntesta:—¿No los conoces?  
Son los retoños de Dámaso.  
—Y esta que ves, mi costilla,  
esclama alegre su hermano.  
Uno de los rapazuelos  
se va derecho á sus brazos  
para tocar la casaca,  
afán de todo muchacho.  
—¿De qué es esta cruz, tío Lucas?  
—Es el premio de un balazo  
que recibí en Cataluña.  
—Hijo infeliz!—Pobre hermano!  
murmuran en derredor.  
—Y esotra?—Del Padre Santo;  
esta es la cruz del Bayoco  
que en Italia hemos ganado.  
—Ha visto al papa, abuelica!  
repite alegre el muchacho.  
—¿Y esta cinta colorada?  
—Es la cruz de San Fernando  
que me dieron en Madrid  
por las jaranas de marzo.  
—¿Y esta verde?—Es la esperanza  
que da la vida al soldado,

es la licencia absoluta,  
el premio de largos años  
de fatigas y escaseces,  
de miserias y trabajos.  
Y así se pasó la noche;  
que á poco fueron llegando  
todos los mozos del pueblo  
á abrazar al licenciado.

EDUARDO GASSET.



### LA CAMPANA SUBMARINA

EN LA SOCIEDAD POLITÉCNICA DE LONDRES.

La exposición de la Sociedad Politécnica en Regent-Street, en Londres, es uno de los espectáculos mas interesantes y mas útiles que se pueden ofrecer á los ojos de un público inteligente. Por el precio de un shilling (cinco reales) se ve durante toda una noche los experimentos mas curiosos y mas variados en las ciencias físicas y artes mecánicas. Las invenciones y las máquinas nuevas, el vapor, los juegos hidráulicos, las combinaciones mas ingeniosas de la química, las ilusiones de óptica, todos los secretos resortes, todos los recursos de la fuerza son puestos en movimiento en vastos y espaciosos salones, y esplicados á los espectadores por hábiles profesores.

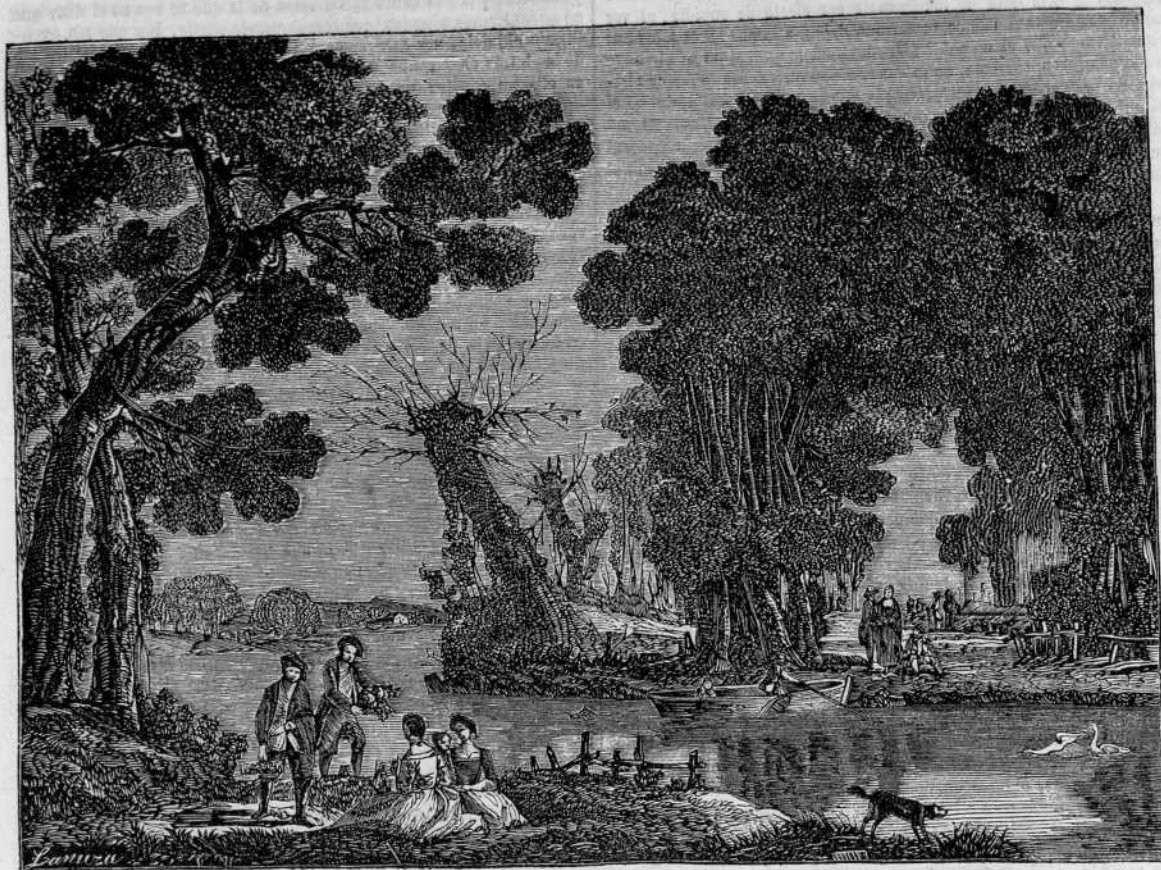
En el departamento mas capaz por su altura y su estension hay abierto un canal que representa un dique en miniatura, y á la estrechidad de este canal se encuentra un estanque profundo, sobre el cual se halla suspendida una campana que pesa tres mil kilogramos. En el interior de la campana está colocado un banco circular; baja la campana y bien pronto penetra en el agua, viéndose vagamente á través de pequeños vidrios la luz de la sala, pero sin sentirse ruido de ninguna naturaleza. Si los vidrios se rompen, si la máquina que comunica el aire á la campana deja de funcionar un instante, se sumerge y se asfixian los que van dentro. Mas las precauciones estan tan bien tomadas, que es casi imposible hallarse en un peligro que no se pueda vencer.

Esta exposición atrae constantemente todas las noches, hace muchos años, un público numeroso que goza con mil y mil experimentos que se presentan á su vista. Los buenos resultados metálicos que da, han despertado en los franceses la idea de establecer en Paris espectáculos de este género; pero por falta de inteligencia ó de capitales nunca se ha llevado á efecto. Empresas de esta naturaleza serán siempre dignas de alabanza, porque hacen que una concurrencia numerosa, llevada á presenciar espectáculos de este género, que tan útiles son, deje de entretenerse con juegos escénicos que no tienen provecho ni utilidad de ninguna especie.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





LA PRIMAVERA.

## D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(Conclusion.)

Después de haber tenido en Cádiz algun trato con D. Adolfo de Castro, jóven muy dado á los mismos estudios que él, y tan aficionado á los buenos libros españoles, D. Bartolomé Gallardo se indispuso con este literato á causa de haberlo tenido por un impostor, pues en su opinion habia contrahecho el famoso Buscapié de Cervantes que Castro habia anotado y dado á luz con grande aplauso, si bien algunos como Gallardo dudaban de su autenticidad. D. Adolfo de Castro insertó en el periódico titulado LA ILUSTRACION algunos artículos en que censuraba á Gallardo por su ortografía, y le reconvenia por no haber escrito cosa alguna de importancia en toda su vida, fingiendo unas cartas que le remitía á Gallardo desde el infierno el famoso Lupian Zapata, y últimamente principió á escribir en el mismo periódico la vida de su antagonista en estilo burlesco, tomando con su persona y cosas el mas incisivo pasatiempo; pero este escrito no llegó á su término, de lo que ignoramos el motivo.

Gallardo, que no creia que D. Adolfo de Castro hubiese hallado el Buscapié, y aseguraba y queria probar que esta obra era supuesta por este, escribió un folleto con este título: *Zapatazo á zapatilla, y á su falso Buscapié un puntillazo*, juguete crítico-burlesco en carta á los redactores de LA ILUSTRACION con varios rasgos sueltos de otras sobre la falsificación del Buscapié que Adolfo de Castro nos quiere vender como de Cervantes. Madrid, imprenta de la viuda de Burgos, año 1831. Este escrito fué el último que salió de su pluma.

Retirado en Toledo, y viviendo en su posesion rodeado siempre de libros y papeles, pasaba sus dias tranquilamente, cuando sin que hayamos podido averiguar el objeto, pasó á los baños de Bellús, partido de Játiva, en la provincia de Valencia, por el estio de 1832, y acometido de una violenta enfermedad, murió en Alcoy en setiembre del

mismo año *ab intestato*, y habiendo recibido únicamente el sacramento de la Estrema-uncion, si bien se dice que murió penitente.

Fué D. Bartolomé Gallardo desde su juventud muy dado al estudio y muy ávido de instruccion; pero tan buen gusto como adquirió en literatura, tan malo se lo formó en materias filosóficas, pues hubo de dar con los libros que tan en boga estaban en su tiempo de los filósofos franceses, en cuyas máximas y doctrina se imbuyó de tal modo, que las profesó toda su vida, y aun vino á dar en errores todavia mas graves que los que sostenia aquella por fortuna ya proscrita y desacreditada escuela; en lo cual ni manifestaba buen juicio ni tampoco buen corazon, y era lástima ver cómo discurría para salvar en su absurdo sistema algunos puntos fundamentales de filosofía moral. Estas opiniones, que no á todos dejaba traslucir, y que disimulaba en sus escritos, no combatiendo jamás los dogmas de la religion para pasar por creyente, dan mala idea de su ingenuidad; pues el hombre, ó no debe ponerse en el caso de manifestar las creencias que profesa, ó si se pone no debe disimularlas, siendo en su concepto buenas como se supone, y si tener bastante resolucion y fortaleza para confesarlas, conducta de que han dado ejemplo los secuaces fieles de todas las religiones y sectas, y aun los filósofos del gentilismo; pero D. Bartolomé Gallardo no tenia bastante valor para obrar así, pues conocia las consecuencias que podría traerle su incredulidad, mayormente en ciertos tiempos, y tenia que aparentar lo que no era. Compárense los rasgos que dejaba escapar en sus escritos en materias tocantes á la religion con lo que dice en su defensa del *Diccionario crítico-burlesco*, y se descubrirá la mayor simulacion y la mas refinada hipocresia.

Era D. Bartolomé Gallardo de genio áspero y acre, inclinado á criticar, zaherir y motejar las faltas ajenas, y en literatura intolerante y descontentadizo hasta el extremo aun de sus propios escritos, y rara vez encontraba motivo para aplaudir las obras ajenas ni los talentos de otros literatos. Si tributaba algunos elogios, rara vez eran completos: siempre hallaba por algun capitulo motivo de censura. De los contemporáneos solo celebraba á D. Juan Nicasio Gallego como poeta, á D. Antonio Capmany como hablista y filólogo, y al doctor

5 DE JUNIO DE 1835.

D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga como bibliófilo y erudito. Podríase sospechar si esta falta de indulgencia era efecto de envidia, al ver que otros con mas ó menos perfeccion daban algunas obras á luz, al mismo tiempo que él no publicaba ninguna, lo que, si no se atribuye á su invencible optimismo, no sabemos á qué otra causa se puede atribuir. Su propensión á la maledicencia no perdonaba á sus amigos, si así pueden llamarse los que mantenian con él correspondencia literaria; por cuyas razones no tuvo el buen nombre y el aprecio general que se adquieren los hombres de sus conocimientos, y murió sin el honor de haber pertenecido á corporacion alguna literaria.

Ha sido censurado D. Bartolomé Gallardo en estos últimos tiempos por lo que ha dejado de hacer, es decir, por las obras que pudo dar á luz en provecho y honor de nuestra literatura y no lo hizo, habiéndose contentado con publicar algunos folletos que son las únicas producciones que salieron de su pluma. Este cargo es muy fundado. Después de haber empleado su larga vida en estudiar nuestra literatura y descubrir muchos de sus ignorados tesoros, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrecian, murió sin haber publicado obra alguna interesante y de consideracion. Los folletos que dió á luz prueban muy bien lo que hubiera podido hacer: *ex ungue leonem*; y si damos crédito á lo que él decía, y en parte vimos, obras tenia trabajadas, ó trabajaba, que hubieran honrado las letras españolas, y conquistado á su autor un lugar preeminente entre los escritores de nuestro siglo. Pudo, contando con su teson y perseverancia á toda prueba, haber vuelto á trabajar alguna de las obras que perdió el día 13 de junio de 1825 en Sevilla, y así creíamos nosotros que lo hubiera hecho, pues estando en Castro del Río se ocupaba en la composicion de su gran *Diccionario de la lengua castellana* de que ya en 1820 tenia compuestos mas de 150,000 artículos. Pudo al menos, si obras propias de gran estudio no, haber dado á luz alguna rica coleccion de las de nuestros poetas líricos ó dramáticos, ú otras análogas, y nada hizo, sin que con toda certeza podamos indicar el motivo. Acaso sus circunstancias particulares ó algunos inconvenientes, aunque fuesen de capricho, que él encontraba como la omnimoda perfeccion, fuéron causa de que sus tareas ningun provecho diesen á la literatura nacional. Por esto es de notar que sin mas títulos que sus folletos, así por las coyunturas políticas en que se publicaron, como por sus chistes y castizo lenguaje, haya adquirido una gran celebridad y un nombre eterno, aunque manchado con sus licenciosas ideas y su atrevida maledicencia.

Háase dicho tambien que necesitaba mucho tiempo para trabajar lo que escribía, y que su lenguaje es anticuado y rebuscado con cuidado afan en las vidas de los santos y en los romancesos.

El primer cargo es por lo menos exagerado; pues aunque se conceda que Gallardo gastaba mas tiempo que otros escritores en componer y limar sus escritos, y tambien que no tuviese tanta facilidad, ni fuese ningun *fa-presto*, no era tan tardo y premioso como dicen sus contrarios. Mas supongamos que esto fuese así: en nada rebaja la opinion de su talento, de su instruccion y extraordinaria laboriosidad, en la cual hay muy pocos que le igualen. Para graduar el mérito de un cuadro ó de una estatua, no sería justo ni discreto preguntar el tiempo que se habia invertido en ejecutarlos. Por otra parte, lo que á la literatura nacional importaba, no era que invirtiese mucho ó poco tiempo en escribir sus obras, sino que estas fuesen de mérito; y de buena gana perdonaríamos el defecto que á Gallardo se atribuye á todo escritor, con tal de que escribiese como él. *Sat cito si sat bene*, podríamos decir en este caso.

Vengamos á la censura por el capítulo del lenguaje, que es la mas infundada que se le podia hacer, y prueba en los que la han articulado la mas grosera y supina ignorancia de la literatura española y de la riqueza y hermosura de nuestro idioma. El ningun estudio que hace el comun de los escritores para aprenderlo á fondo, contentándose con el caudal usual y corriente que no basta para espresarse con propiedad y exactitud en los varios asuntos que se les ofrece tratar, es causa de que sea perdida su riqueza, dote como saben los que saben, en que ningun idioma ni vivo ni muerto le hace ventaja, de lo que dan testimonio los Diccionarios y el enecido número de escritores de los buenos tiempos de nuestra literatura. Despreciado como inútil este rico caudal que ofrece al pincel la mas peregrina copia de colores, tintas y matices para pintar todos los objetos y perspectivas de la naturaleza real y fantástica, física é intelectual, el idioma castellano no puede menos de aparecer pobre manejado por la turba multa de los escritores proletarios de nuestro siglo. Gallardo, que conocia muy bien este mal desde su juventud, procuró evitarlo, y lo consiguió á fuerza de estudio, y este, claro es que no puede hacerse sino en los buenos libros antiguos.

El continuo hábito pues que adquirió leyendo las obras de nuestros excelentes escritores (1) llegó á formar su diccion tan propia, castiza

y robusta, y por lo tanto tan diversa de la que se usa en el día, que no encontramos ninguna que comparársele pueda. Sin que sea aventurado el juicio, nos atrevemos á asegurar que desde la restauracion de las letras en España á mediados del pasado siglo, no ha habido en ella un escritor que haya poseído mas á fondo la lengua castellana. Porque en efecto, ¿habrá alguno sólidamente instruido en nuestra lengua y literatura, que oponga la dicción floja, descolorida y deslavada de nuestros escritores coetáneos á la vigorosa, brillante y sustanciosa de los autores antiguos, de la que era la de Gallardo el mas perfecto trasunto? El conde de Toreno, juez no incompetente en la materia, decía que Gallardo escribía la lengua castellana con pureza y chiste: la misma junta censoria de Cádiz que calificó su *Diccionario crítico-burlesco*, y no era amiga de Gallardo, concedía á este agudo ingenio, castizo lenguaje é interesante estilo; y otros escritores distinguidos han sentido del mismo modo. No era el lenguaje de Gallardo un amontonamiento de voces anticuadas, no; era el discreto maridaje de las palabras, desusadas ó proscritas malamente y sin autoridad, si, pero muy significativas y necesarias, y de los modismos y galanas frases ya desconocidas con las voces y giros adoptados modernamente por nuestra lengua, de lo que resulta el lenguaje llevado á su mayor perfeccion posible. ¡Palabras anticuadas de vidas de santos! dicen. ¿Puede darse ignorancia mas ridícula que la de los que así hablan de todo lo que no tiene el brillo de flamante y de novísimo, y son tan necios que creen que no pueden ser buenos en sentido literario los libros que contienen vidas de santos? Digan lo que se les antoje los bastardos críticos, que faltos de buenos estudios y sin mas instruccion que la que han adquirido en cuatro ó seis libros franceses malos ó buenos, no han invertido una semana en las tareas á que Gallardo se dedicaba continuamente; los que quieren conciliar la disipacion del tiempo y la indolente apatía con el crédito de hombres de letras, los violetos en fin, que son los que se han querido erigir en censores de D. Bartolomé Gallardo.

Para hacer ver la propiedad con que se espresaba este, no queremos dejar de poner aquí un ejemplo. En la página 3 de los *Cuatro palmetazos* dice así: «Y como cuanto una y otra lengua (la francesa y la española) como ramas, ó injertos al menos, de una misma cepa mas se acercan á su tronco mas parecidas son, no es ponderable el número de floridas elegancias que desatentadamente chopadan del español como extraño y nocivo marhojo.» Póngase en este período *cortan ó cercenan* en vez de *chopadan*, y *desperdicio* en vez de *marhojo*, y se verá desaparecer su propiedad y su significativa energía.

Sus conocimientos en nuestra literatura eran profundos, lo que reconocen todos los que trataron á Gallardo y son competentes para juzgar en este punto. En el número 305 del *Español* del año 1836, tratando del criticon, se dice lo siguiente: «Nos contraeremos pues ligeramente á un hecho solo, y es á los datos que el señor Gallardo presenta en manifestacion del profundo conocimiento que él solo quizá posee en el día de nuestra literatura é historia literaria, conocimiento adquirido á fuerza de trabajo incesante y de aplicacion rarísima, incapaz de apreciarse debidamente en este tiempo en que la ridícula traduccion de una mezquina memoria ó la servil adopcion de un pensamiento extranjero, bastan entre nosotros para que cualquiera se capte el nombre de filólogo ó bibliófilo consumado, ó de literato aventajadísimo.»

Entre los estudios de Gallardo, debemos contar los que empleó sobre nuestra prosodia; en esta materia hizo trabajos que admirarian al hombre mas laborioso é incansable, de lo que solo ha salido á luz que sepamos un curioso artículo sobre el asonante en nuestra poesia castellana, y sería de desear que se publicase, si existe, lo demás que escribió sobre esta materia.

Quiso introducir una nueva ortografía que ha sido censurada repetidas veces, y en nuestro juicio, con mayor severidad que merece. Si se consideran desapasionadamente las innovaciones que introducía, se echará de ver que no eran tan arbitrarias ó infundadas, y aun necias como alguno de sus contrarios ha escrito. Su sistema de ortografía estaba reducido á suprimir la u líquida, sustituir la z á la c en algunos casos, dividir las voces compuestas y las enclíticas con guion para indicar su composicion; acentuar las dicciones escrupulosamente sin omitir la diéresis para dividir los diptongos ó la concurrencia de vocales en el fin de una dicción y principio de otra, y finalmente poner punto en medio de la línea cuando indica abrevio, y en la parte inferior cuando terminacion de período.

El catálogo de los escritos de Gallardo es el que sigue:

*Historia crítica del ingenio español.* Tenia material para seis

algunas hojas, se dejan al fin lo mejor del libro intacto. Cuando yo puse de codos tomo un libro por mi cuenta, arde toda chaminia sin distincion de verde ni seco: todo lo llevo abarrioso sin dejar letra por leer: aprobaciones, tasa, fe de erratas, prólogo, dedicatoria, licencias, privilegio del rey (si le hay): en fin, yo le leo y reiso todo desde la anteportada hasta el *leus deo*.

(1) Yo no soy, decía Gallardo, de aquellos lectores de volateria, que como paja ricos de rama en flor saltan aquí y pican allí, y sin hacer apenas mas que menear

abultados tomos en que los puntos mas característicos de nuestra literatura, romancería y teatro podian ya darse á la prensa.

Un romancero y un cancionero, con sus correspondientes disertaciones sobre este género de composiciones, á las cuales servian de comprobantes diez ó doce cancioneros, y sobre treinta romanceros impresos con mas de cuatro mil romances de mas ó menos mérito.

El *Pindo español*, coleccion de poesías castellanas antiguas y modernas, inéditas muchas, y de las éditas no pocas corregidas y enmendadas segun las variantes que de sí arrojan los originales, copias manuscritas, é impresiones antiguas y modernas. Componia diez ó doce tomos.

Un *Teatro antiguo español* y su historia crítica escrita antes de emprender Moratin la suya, y con mayor ensanche y latitud de plan, ideas y criterio.

La *Constanza*, farsa de Castillejo. Descifróla por primera vez Don Bartolomé Gallardo de los borrones del original que se conservaba en la biblioteca de San Lorenzo del Escorial, lo que nadie habia podido hacer antes.

*Vida de Tirso de Molina*, que habia de acompañar á la comedia inédita y desconocida de este florido ingenio titulada *La Peña de los enamorados*.

El *ingenioso caballero* (1) *D. Quijote de la Mancha*, ilustrado de nuevo como igualmente la vida de su autor.

*Diccionario autorizado de la lengua castellana.*

*Diccionario ideopático español, ó tesoro de las voces y frases que posee la lengua española para la expresion de los afectos, conceptos é ideas*: con autoridades de nuestros clásicos.

*Prosodia, ó arte rítmica española.*

Además tenia varios juguetes y travesuras de ingenio, algunos en verso, como

El *triumfo del rosario*, poema burlesco en dos cantos en sexta rima. El título de este poema da que sospechar que fuese composicion no muy piadosa.

El *coloquio de las camisas, ó las camisas parlantes.*

El *verde gaban ó el rey en berlina*, poema joco-serio en sestillas. De este se imprimió en Lóndres un episodio en el periódico titulado *O portugués* que publicaba el doctor Rocha (2).

Para muestra de la diccion prosáica de Gallardo, vamos á presentar únicamente un párrafo del folleto titulado *Cuatro palmetazos*, que es el que sigue:

«Ya no hay Pirineos. Este gran dicho de hiperbólico énfasis que, levantando valles y allanando montes presenta á la fantasia derribado por los suelos el antemural inmenso, medianil entre dos grandes naciones, fronteras y contrapuestas en mas de un sentido; si en todos no ha logrado su real efecto, va teniéndole ya casi cabal en lo que toca á lenguaje. Parte es esta, en verdad, de aquella galana utopia con que algunos platónicos politicones imaginan reducible la inmensidad del linaje humano á una sola familia casera, sujeta á una ley y á una lengua: (*et legis et labii unius.*)

Mil y mil plumas parece como que á competencia trahaban en España, mas há de un siglo, en amoldar la lengua española á la francesa. ¡Singular empeño por mi vida! La lengua «sonora como la plata y grave (á dicho de un sabio francés) como la danza de la nacion que la habla»; la lengua que, como el brazo valiente sus conquististas, dilató su imperio mas allá de los últimos términos del mundo conocido; la lengua de los discretos y de las damas de toda Europa, cuando en todas las cortes de ella brillaba el acero y la bizarría española; — pretender esclavizar á uno de los dialectos mas insignificantes y cacófonos que abortó la bella lengua del Lacio en la confusion babilónica que indujeron en el mediodia los bárbaros del Norte! — ¡Notable desacuerdo, vuelvo á decir, que el piano reciba el tono de un caramillo! porque, cierto, comparar con la castellana la lengua francesa, se me antoja lo mismo que comparar con un órgano un chiflo de castrador.»

No careció Gallardo de talento para la poesía; y aunque escritas como por humorada y sin pretensiones de merecer el nombre de poeta, dejó algunas pocas composiciones muy lindas, de las cuales se han publicado dos recientemente en el SEMANARIO PINTORESCO, y sin embargo queremos insertar aquí como muestra la siguiente:

### BLANCA-FLOR.

#### CANCION ROMANTICA.

«¿A qué es puertas y ventanas  
cerrar con tanto rigor,

si de par en par yo abiertas  
tengo las del corazon?»  
Así con su madre á solas  
lamenta su reclusion  
la bella niña cenceña,  
la del quebrado color:  
de amargo llanto los ojos  
el pecho lleno de amor,  
y de par en par abiertas  
las puertas del corazon.

¡Madre, la mi madre, dice,  
madre de mi corazon!  
Nunca yo al mundo naciera  
pues tan sin ventura soy!  
Atended á las mis cuitas,  
haced de mi compasion;  
y de par en par abridme  
las puertas del corazon.

«Yo me levantara un día  
cuando canta el ruiseñor,  
¡mes era de las flores,  
á regar las del balcon:  
un caballero pasara  
y me dijo: ¡Blanca-flor!  
Y de en par en par abridme  
las puertas del corazon.»

«Si Blanca, su decir dulce  
colorada me paró.  
Yo callé, pero miréle;  
¡Nunca le mirara yo!  
Que de aquel negro mirar  
me abrasó en llamas de amor;  
y de par en par le abri  
las puertas del corazon.

Otro día á la alborada  
me cantara esta cancion:  
¿Dónde estás, la blanca niña,  
blanco de mi corazon?  
En laud con cuerdas de oro  
y de regalado son,  
que de par en par me abriera  
las puertas del corazon.

El es gallardo y gentil,  
gala de la discrecion.  
Si parla, encantan sus labios;  
si mira, mata de amor;  
y cual si yo su sol fuera,  
es mi amante girasol;  
y abrieme de par en par  
las puertas del corazon.

Yo le quiero bien, mi madre,  
(¡no me lo demande Dios!)  
quírole de buen querer,  
que de otra manera no.  
Si el buen querer es delito,  
muchas las culpadas son;  
que de par en par abrieron  
las puertas del corazon.

Vos, madre, mal advertida  
me clavais reja y balcon;  
clavad, madre, norabuena,  
mas de esto os aviso yo:  
cada clavo que clavais  
es una flecha de amor,  
que de par en par me pasa  
las telas del corazon.

Yo os obedezco sumisa  
y no me asomo al balcon.—  
¿Que no hable? yo no hablo.  
¿Que no mire? ¡miro yo?  
Pero que le olvide, madre,  
madre mia, olvidar no:  
que de par en par le he abierto  
las puertas del corazon.

En fin vos amásteis, madre,  
señora abuela riñó;  
mas por fin vos os velástais,  
y á la fin fin nací yo.  
Si vos reñís como abuela,  
yo amo cual amásteis vos,

(1) Así le nombra Gallardo, segun el codicilo, dice, de Cide-Hamet, no hidalgo segun el testamento.

(2) Entre los escritos de Gallardo se deben contar algunos artículos que insertó en el *Diccionario de medicina* de Ballazo.

al que abrí de par en par  
las puertas del corazón.

Córdoba 1.º de mayo de 1835.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

### ARCA DE SAN ISIDRO LABRADOR.

El trascurso de siete siglos, las vicisitudes políticas y los ataques dirigidos á las creencias por escritos perniciosos, circulados con profusión, ya pública, ya clandestinamente, no han podido amenguar el afecto con que mira á su esclarecido patron la noble y leal villa de Madrid. Patria de reyes, de prelados, de sábios y de guerreros, considera sin embargo como su mas honorífico blason la cuna del humilde jornalero, que habiendo ejercido las virtudes en grado heroico, llegó á eclipsar con el brillo de su aureola el esplendor de la púrpura, el prestigio de la ciencia y la gloria que dan laureles inmarcesibles.

Corresponde al justo aprecio que hace Madrid de tan esclarecido hijo la veneracion tributada á los sitios que frecuentó. La cñadra en que guardaba su ganado, la estancia en que ocurrió su dichosa muerte, convertidas ambas en capillas, y la primitiva sepultura, en que fué colocado su bendito cuerpo, son visitadas todos los años con devocion sincera por infinitas personas el dia 13 de mayo.

Los escritores que de este siervo de Dios han hablado, forman un catálogo estenso, y acreditan de consuno la singular predileccion de que ha sido objeto nuestro sencillo labrador, desde que pasó á recibir en la mansion de los justos el premio de su ardiente caridad, hasta nuestros dias.

En las calamidades públicas los reyes y los pueblos han acudido al sepulcro de Isidro é implorado ante él la proteccion del Altísimo, poniéndole por intercesor; y las desgracias y aflicciones particulares en el mismo sitio han buscado, y no en vano, el consuelo y el remedio.

Es opinion de los mejores criticos, y se halla confirmada por Daniel Papebroquio, el mas sabio entre los eruditos autores de la gran obra titulada comunmente de los Bolandos, que S. Isidro pasó á mejor vida por los años de 1150, y el interesante códice de Juan Diácono expresa que permaneció sepultado por espacio de 40 años en el cementerio de la parroquia de San Andrés, cuya área al presente ocupa la capilla mayor. Los prodigios que acompañaron á la exhumacion del sagrado cuerpo, confirmaron la idea que del siervo de Dios conservaban los honrados moradores de Madrid, y le apellidaron santo, y le escogieron por su protector.

Colocáronle decorosamente en el presbiterio, entre el altar de S. Andrés y el de S. Pedro, cerca del tabernáculo de *Aquel* que ensalza á los humildes. Era este monumento de piedra; *sepulcrum lapideum* le llama Juan Diácono, que escribió el mencionado códice por los años de 1266 á 1271.

En el mismo siglo XIII, y con posterioridad á dichos años, sustituyó al indicado sepulcro la interesante arca de madera, adornada con pintura, que existe en la parroquia de San Andrés.

Al decir que esta preciosa arca, objeto del presente artículo, fué construida á fines del siglo XIII, nos apartamos del parecer de los modernos escritores Villegas, Marieta, Ortiz, Fr. Nicolás de la Cruz, Dávila, Quintana, Rosell, y otros que suponen haberla donado Alfonso VIII en testimonio de gratitud, persuadido de que S. Isidro fué el hombre rústico, que á él y á los reyes de Aragon y Navarra, sus aliados, se presentó en el campamento de Castro Ferrat, antes de darse la batalla de las Navas de Tolosa.

Alabamos la piedad y buena fé de los modernos autores, que atribuyen á la aparicion de S. Isidro la gloriosísima victoria de las Navas; pero no participamos de su opinion por muchas y convincentes razones.

Hallábase acampado el ejército cristiano en Castro Ferrat, faltó de agua y sin poder operar ni permanecer allí. En situacion tan angustiosa, se presentó á los reyes de Castilla, Aragon y Navarra un pastor, que muchos años habia guardado ganado en aquellos ásperos lugares, y dió á conocer un camino por donde las huestes cristianas pasaron facilmente á las Navas de Tolosa, movimiento que las dió la victoria.

El rey D. Alfonso, llamado *el Bueno* y *el Noble*, en la carta que escribió al sumo Pontífice Inocencio III, poniendo en su noticia aquel fausto suceso, dice: que cierto rústico guió á los ricos-hombres que llevaban la vanguardia.

El arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada y el prelado de Narbona, Arnaldo, que tambien se hallaron en la batalla, no citan á S. Isidro; antes bien expresan que el rústico era despreciable por su persona, y ambos le vieron y hablaron. Lejos de poderse aplicar á

S. Isidro aquella circunstancia, los datos que hay prueban que su alma angelical moraba en un cuerpo no menos hermoso que ella.

Entero é incorrupto aquel, da testimonio de que era muy elevada la estatura de nuestro santo, y estan conformes los autores en decir que tenia bello rostro, confirmando la opinion de todos recibida, los dibujos del arca. ¿Cómo pudo reconocer Alfonso VIII en las facciones de Isidro al feo rústico que guió su ejército?

Los anales toledanos, el abad Alberico D. Lucas de Tuy, é igualmente los demás escritores de los siglos XIII, XIV y XV que hablan de la batalla de las Navas de Tolosa, no mencionan á S. Isidro.

Tres siglos después de haber sucedido aquel gran acontecimiento, se emitió la idea de que el rústico aparecido en Castro Ferrat era San Isidro, opinion que abrazaron y defendieron, con mas celo que copia de razones, los modernos escritores anteriormente citados, sin apoyarse en ningun documento coetáneo.

La prueba mas sólida que en apoyo de su parecer alegan, son los himnos que se cantaban á mediados del siglo XIII, y que insertó Juan, Diácono, en su estimable códice.

Ya los reyes, los capitanes y los jueces postran su rodilla ante el cuerpo de S. Isidro, dice uno de los versículos de aquellos himnos. Esto acredita que desde el año de 1170, en que debió ocurrir la exhumacion del santo cuerpo, los reyes, los ricos hombres y todos los magnates de la corte de Castilla visitaban el sepulcro glorioso de San Isidro, en lo que nadie puede poner la menor duda. Respecto á que aludan á la batalla de las Navas los himnos mencionados, no se infiere de ningun versículo.

D. Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Mondéjar, escritor juicioso y erudito, negó que el pastor á quien se debió el felicísimo triunfo de las Navas fuese el bienaventurado Isidro.

Pellicer y Rosell publicaron varios folletos en el pasado siglo, defendiendo el primero al marqués de Mondéjar, y rebatiéndole el segundo. Hemos leído los escritos de ambos, y adoptamos el parecer de Mondéjar y Pellicer, pues el esclarecido patron de Madrid no necesita glorias prestadas ni dudosas.

Dedúcese de las razones alegadas por Pellicer y Rosell, que desde el presbiterio fué trasladado el cuerpo del santo labrador á una capilla, construida y dedicada en su honor, no sabemos cuándo; pero mas bien que en tiempo de Alfonso VIII, á fines del siglo XIII. Fué reedificada por D. Francisco de Vargas, célebre personaje de la corte de Fernando V é Isabel la Católica.

Obtuvo al efecto la competente autorizacion de la Santa Sede, y el obispo D. Gutierre, hijo del citado caballero, colocó de nuevo el cuerpo del santo labrador en el presbiterio de la parroquia, erigiendo á sus expensas un suntuoso mausoleo. Permaneció en este la insigne reliquia, hasta que levantada la grandiosa actual capilla de San Andrés, ocupó el magnífico balquino de su centro.

Cuidó el obispo D. Gutierre de que se colocase en paraje seguro la interesante arca, adornada con pinturas, que por haber erigido aquel generoso prelado el mausoleo de que hemos hecho mencion, no contenía ya el santo cuerpo, el cual reposó en ella unos doscientos cincuenta años.

Desde el tiempo de D. Gutierre hasta nuestra época, ha sufrido mucho deterioro la preciosa arca, y se halla al presente en mal estado.

Está construida con tabloncillos de pino de grandes dimensiones, tiene su tapa correspondiente, y se halla cubierta por el exterior de una piel fuerte, que adornan pinturas en todo su paramento. Guarnécela una cenefa, y en el centro hay varios intercolumnios con arcos ogivales, llenando los vanos cuadros que representan pasajes de la vida del santo labrador.

En uno de ellos aparece la virtuosa María de la Cabeza llevando la comida á su esposo que está arando: en otro se ve al caballero Juan de Vargas montado en un caballo blanco. A María de la Cabeza se la representa gallarda, joven, alta, bien parecida, y vestida con una sencilla túnica de color encarnado, sobre la que lleva un jubon amarillo, bastante ajustado, y con manga estrecha y larga; las medias son azules y calza sandalias. Una especie de toca cubre toda la cabeza, excepto la cara.

El traje de S. Isidro, no menos curioso, consiste en un sayo algo corto, de color oscuro, con mangas ceñidas, y sujeto en la cintura por medio de una correa. Una capilla de color de rosa que entra por la cabeza y cae por delante y por la espalda hasta los muslos va encima del sayo, y tiene su correspondiente capucha. El calzado es al parecer mas fuerte que el de la santa.

La aureola de los justos adorna la cabeza del esclarecido labrador. Incurrieron algunos autores en el error de creer que S. Isidro debió hacerse ermitaño en los últimos años de su vida, por ignorar que el vestido con que le representan estas pinturas, le usaban todos los campesinos en los siglos XII y XIII. El traje que en las efigies se pone á este santo pertenece al tiempo de la casa de Austria, época de su canonizacion.

Un mendigo descalzo, con túnica encarnada y sobre ella un albornoz, habiendo sido socorrido por los bienaventurados esposos, está en actitud de bendecir su humilde y dichosísima vivienda, mansion de la virtud. Sienta la descrita arca en tres leones de piedra.

Con datos históricos hemos probado que esta arca no pudo ser donada por Alfonso VIII, y considerándola bajo el aspecto artístico, no la corresponde á nuestro parecer mayor antigüedad que el último tercio del siglo XIII; es decir, que han trascurrido mas de 550 años desde que fué labrada.

Si pudiésemos enumerar los enfermos que han hallado el remedio de sus dolencias orando ante esa arca, nos asombrarían los guarismos. Aun humanamente hablando, ¿quién podrá negar que á muchos enfermos la sola fé y el indecible gozo que experimentaban al verse delante del glorioso y venerado sepulcro les bastaban para conseguir la salud? Calcúlese el inmenso influjo que ejerce lo moral en lo físico, y nadie pondrá duda en lo que decimos. Después de haber hecho oración ante esa arca sagrada, ¿qué madre dudaba de la salud de su hijo? ¿Qué labrador temía por el éxito de su cosecha? ¿Qué persona afligida no hallaba consuelo? Por espacio de 250 años esta venerable arca guardó en su reducido ámbito el remedio de todos los males, el amparo de los débiles, el bálsamo consolador que restituía la calma á los corazones atribulados.

La restauración de este objeto, por muchos conceptos precioso, está proyectada; y si el ayuntamiento la realizase, prestaría un señalado servicio á la religion, á la historia y á las artes.

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

## ROSALIA.

PARTE SEGUNDA.

(Conclusion.)

En el jardín encontré ya al médico, que examinaba atentamente una estufa llena de flores y plantas raras, y aproveché la ocasion de preguntarle su pronóstico acerca de la enferma.

Está mala, muy mala, me contestó examinando al mismo tiempo un magnífico nenúfar; yo no he querido afligir al padre, pero es preciso que poco á poco le vayamos preparando. Ningun poder humano puede salvar á esa pobre niña; y lo peor es que ella lo sabe, diferenciándose en esto de la mayor parte de los enfermos de su clase, á quienes sorprende la muerte haciendo proyectos para cuando recobren la salud.

—Yo iba á responderle; pero mirando hácia la quinta ví á Rosalía que desde una ventana me hacía señas con un pañuelo. Inmediatamente me aproximé á aquel sitio: y viéndome cerca la linda jóven, exclamó: Esperadme que ya bajo.

Con efecto, á los pocos instantes la ví descender por una especie de escalinata que desde las habitaciones principales conduce al jardín, y habiendo corrido á su encuentro, en breve estuve á su lado.

—¿Por qué salis tan temprano? la dije; el frio de la mañana puede haceros daño.

—¿Qué importa, amigo mio! cuando un reo está condenado, hace impunemente todo lo que se le antoja.

—¿Rosalía!

—Además, me interrumpió, vengo bien abrigada, no tengais cuidado.

Yo la dí el brazo en silencio. Rosalía me llevó á una plazoleta, en donde habia varios bancos de madera, y se sentó en uno indicándome que ocupara un lugar á su lado.

—Mi padre y Santiago duermen todavía, dijo la linda jóven. Os considero deseoso de saber el fin de mi relato, y es preciso aprovechar los instantes.

Y tapándose bien con un pañuelo grande que llevaba puesto, comenzó de esta manera:

V.

Ya conoceis á Santiago, por lo que me creo dispensada de enumeraros sus buenas cualidades, y solo os diré que su corazón es mucho mas bello que su figura, inmensamente rico, de noble familia, y perfectamente educado, brilla siempre en todas partes por su esquisita elegancia y por la gracia de su conversacion. Mi padre le conoció en Italia, en donde recibió de él un señalado servicio, y desde entonces le quiere con entrañable afecto.

Quince ó veinte dias después de haberme reunido con mi padre llegó Santiago á Madrid, y aquel me le presentó, no como un amigo, sino como un hermano á quien debía amar.

Yo le amé en efecto, porque he hallado en pocos hombres tantas ventajas reunidas, y porque era para mí un placer muy fácil obedecer los deseos de mi padre. En cuanto á Santiago, ignoro el por qué; mas así que me vió concibió por mí la mas acendrada pasión que nunca desde entonces se ha desmentido. Verdad es que en aquel tiempo estaba yo en muy distinto estado que ahora. La felicidad de haber recobrado á mi padre, la salud que de dia en dia me animaba, y las galas de que mi natural orgullo me hacia cubrirme, me embellecieron de tal modo que francamente os diré que aun á mí misma me parecia hermosa. Sin embargo, el amor de Santiago es tanto mas apreciable á mis ojos, cuanto que él que siempre ha vivido en los mejores círculos, no ha encontrado en ellos segun me ha dicho una muger que pueda comparárseme: lisonja que no lo es al salir de sus labios, pero á la que yo no doy mi asentimiento como me hareis la justicia de creer.

Me amó pues Santiago, y no tardó en declarárselo á mi padre, á quien este amor llenó de gozo, como os podreis figurar, sabiendo las buenas prendas del distinguido jóven. En cuanto á mí, al conocer su pasión, creí participar de ella, no con la vehemencia con que en otro tiempo habia sentido este afecto, causa de todas mis desdichas, y Rosalía suspiró, sino con un sentimiento mas tranquilo, exento de ese ardor, de esa ansiedad que en otra época habia abrasado mi alma; de modo que al hablarme mi padre de las esperanzas de aquel respecto á mí, no opondré obstáculo alguno á sus proyectos de matrimonio.

Santiago ya me habia declarado su amor con tanta vehemencia, con tanto respeto, con tan viva ansiedad, que mi corazón conmovido al contacto de aquella pasión tan verdaderamente sentida, recobró al parecer el fuego y la necesidad de cariño que ha sido siempre la fuente de mi vida. Los recuerdos de mis desdichados amores y del hombre que tan cruelmente habia pagado mi ternura, me atormentaban aun; pero sin violencia ni amargura, como la memoria de un sueño penoso y nada mas; así al menos lo creia yo entonces... ¡Ah! ¡pluguiera á Dios que no me hubiese equivocado!

—¿Cómo, Rosalía! la interrumpí sin poder contenerme. ¿Será posible? ¿Amareis aun...

—¡Oh! perdonadme, amigo mio, perdonadme, exclamó la pobre jóven. ¡Soy tan desgraciada!

Y sollozando se cubrió el rostro con su blanco pañuelo.

Al verla en aquel estado recordé éstos dos versos de un poema no publicado aun, pero que lo ha sido últimamente:

¡Un corazón valiente y generoso  
solo á amores de muerte da cabida!

Y disculpé aquel funesto estravío de un alma, afortunadamente sin igual.

Ya mas sosegada Rosalía, prosiguió su relato en estos términos:

—Obtenido mi consentimiento, mi padre fijó la época de mi enlace con Santiago para el próximo mes de mayo, que ahora acaba de pasar; pues en el tiempo que faltaba (estábamos entonces en diciembre) se restablecería enteramente mi salud y podrian hacerse algunos preparativos. Antes de que pasaran las cosas mas adelante, determiné aliviar á mi corazón de un grave peso, poniendo al mismo tiempo á prueba la pasión de mi prometido. En consecuencia, y no sin haberme costado un gran esfuerzo, declaré á Santiago por escrito (que de palabra nunca lo hubiera hecho) mis funestos amores y todas mis faltas sin ocultarle cosa alguna. El noble jóven tuvo la delicadeza de escribirme tambien antes de verme, y su carta es un modelo de pasión, donde me disculpa del modo mas ingenioso, asegurándome que mi declaración aumentaba, si era posible, la ternura que hácia mí sentia. Desde este momento comprendí su alma generosa, y se redobló el cariño y aprecio que me inspiraba. Orgullosa de su amor, mimada por él y por mi padre, con la certidumbre de haber cumplido mi deber, y tranquila respecto al porvenir, pasé dias muy felices... pero muy breves, como todos los de mi vida.

La pobre jóven enmudeció, y haciendo un esfuerzo doloroso iba á proseguir. Entonces yo la rogué que no se fatigase mas; pero ella, sin hacerme caso, continuó de esta manera:

—Trascurrieron cerca de dos meses, pasados en una felicidad íntima haciendo proyectos para el porvenir, y esperando la primavera. Llegó el Carnaval, y una noche, noche aciaga que destruyó en un momento todas mis risueñas esperanzas, se empeñaron mi padre y Santiago en que les acompañase un rato al baile de máscaras del Teatro Real. Yo accedí á sus deseos sin presentar el golpe que me amenazaba, y me puse un capuchon y una careta, que el calor hizo que me quitara á pocos instantes de estar en el salón. Aunque vinieron á invitarme repetidas veces, no bailé, permaneciendo constantemente al lado de mi padre; pero en un momento que esté y Santiago hablaban con un célebre cantante que habian conocido en Italia, acercóse á mí un máscara envuelto en un dominó, y fingiendo la voz me dijo:

—¿Querrá hacerme Rosalía el honor de bailar conmigo?

Al oír estas palabras quedé sorprendida, y habiendo inútilmente tratado de reconocer á aquella persona que sabía mi nombre, rehusé.

—Yo ruego á Rosalía que no sea tan cruel, repuso el máscara, si quiera en atención á los buenos recuerdos de... Pamplona.

Un rayo no me hubiera causado mayor impresion. En aquella memoria, ó mas bien grosero insulto, reconocí al enmascarado, y esperímente una sensacion tan íntima, tan dolorosa, que me privó de sentido y no supe lo que fué de mí en mucho tiempo... Cuando me recobré, prosiguió la pobre niña viniendo su emociion, estaba en mi cama, rodeada de mi padre, de Santiago y de los criados que me prodigaban auxilios, y la sangre que manchaba las almohadas me hizo conocer que habia tenido un vómito copioso...

—Tal fué la causa de mi recaída: desde aquel momento comprendí que mi corazón habia estallado, y una mezcla estraña de odio, de amor y de desprecio hácia el hombre que dos veces me ha robado la vida y la felicidad, me atormentó durante muchos dias. Inútiles han sido desde entonces los esfuerzos de la ciencia, y los que yo misma he hecho para vencer mi enfermedad: esta ha ido cada vez en aumento, reduciéndome al estado en que me veis.

—Mi padre, cediendo á un capricho mio, ha comprado esta quinta que se ha vendido al mismo tiempo que todos los bienes libres de la marquesa de E., mi antigua bienhechora, que ha muerto, y en el pasado mes de mayo nos trasladamos aquí, donde espero morir en medio de mis queridos campos...

—Réstame solo hablaros de una circunstancia cuyo resultado es para mí casi evidente. Durante mi última recaída Santiago estuvo para conmigo tan tierno, tan cuidadoso como siempre; pero le hallé sombrío y preocupado. Después, no bien me restablecí un poco, pretestó un viaje á Francia cuya verdadera causa he creído luego comprender. Con efecto partió, y precisamente al mismo tiempo que recibíamos una carta en que nos decía que se hallaba algo indispuesto, leí yo en un periódico, con referencia á otro de Paris, un duelo verificado entre dos jóvenes españoles de distincion, en el que uno habia quedado herido en un brazo y el otro muerto...

Rosalía cesó de hablar, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó abstraída en sus pensamientos. Los míos eran tantos que no me permitieron pronunciar una sola palabra. Luego la desdichada jóven se levantó maquinalmente, se apoyó en mi brazo, y nos dirigimos en silencio hácia la quinta.

## VI.

Quince dias después, el 4 de junio, fecha que no olvidaré en mi vida, nos hallábamós reunidos Rosalía, su padre, Santiago y yo en un cenador del jardín donde este último tenia sus armas y sus libros.

Eran las diez de la mañana, y el tiempo estaba fresco y apacible á consecuencia de la lluvia de la noche anterior.

La pobre jóven, sumamente decaída, y que con trabajo habia podido llegar hasta aquel sitio, miraba con distraccion al jardín, sobre cuyas plantas y flores brillaban aun algunas gotas. D. Lorenzo, agobiado por un abatimiento que en vano trataba de disimular, sentado al lado de su hija, parecia querer leer en su rostro los dias de vida que le restaban; y en cuanto á Santiago, me bastará decir que estaba tan pálido y desmejorado como la misma enferma. En medio de aquellas tres personas tan desgraciadas pensaba ya en esa especie de sarcasmo de la fatalidad que con frecuencia hiere á los seres mas dignos y mas profusamente dotados por la fortuna; y en vano trataba de animar la conversacion.

De repente, y como queriendo distraerse de sus pensamientos, me propuso Santiago que tirásemos un rato al fiorete, y tomando dos de los muchos que estaban colgados de la pared, nos salimos á una plazuela contigua al cenador.

Antes de entregarnos á nuestro ejercicio, para hacerlo con mas desembarazo, nos quitamos nuestros gabanes de tela, y Santiago se alzó las mangas de la camisa, preparándose para comenzar; mas súbito vimos que Rosalía, que habia observado nuestros movimientos con cierto interés, cayó desvanecida en los brazos de su padre.

Este desmayo, único que habia tenido durante su enfermedad, nos llenó de consternacion, y tomándola en nuestros brazos la trasladamos á la quinta. A pocos momentos volvió en sí, y señalándome á Santiago, que aun tenia alzadas las mangas de la camisa, me dijo en voz baja: mirad su brazo: y habiéndole yo mirado, advertí una profunda cicatriz que me lo esplicó todo. La infeliz niña habia creído ver desvanecidas sus dudas respecto á la muerte de Enrique, al observar la señal de aquella herida.

De este modo comenzó aquel funesto dia. En el resto de la mañana notamos en Rosalía cierta trasformacion que á mí me llenó de inquietud. El médico, que tres dias antes habia regresado á Madrid, juzgando inútil su permanencia, me habia dicho al despedirse que en

muchos casos el último sintoma de la enfermedad de la desdichada niña era una especie de reaccion, y yo comenzaba á advertir esta especie de reaccion en Rosalía. Sus ojos apagados iban recobrando un brillo y una limpidez admirable. La tos y la fatiga habian cesado enteramente, y al silencio habitual de la enferma sucedió una locuacidad estraña.

Después de comer, ó mejor dicho, de hacer que comiamos, Rosalía nos rogó que la esperásemos en su habitacion predilecta, que era la sala en donde dias antes me habia hecho su narracion, y se hizo conducir al oratorio de la quinta, permaneciendo allí cerca de una hora, después de la cual vino á reunirse con nosotros.

Su padre la oía y la dejaba hacer en silencio; su sensibilidad parecia agotada: el infeliz ni aun se atrevia á participarnos sus temores.

Santiago estaba sombrío y al parecer resignado. En cuanto á mí, hacia tiempo que esperaba el último golpe.

Rosalía hizo conducir una butaca al terrado de la quinta, y nos pidió que nos sentásemos á su lado. Desde este sitio la vista domina un inmenso espacio, y con dificultad podria hallarse un panorama mas bello. Un rio estrecho, pero de mucha corriente, pasa al lado del edificio, y después de recorrer una gran estension va á perderse entre dos altísimos cerros que al fin del horizonte se descubren. Sus aguas claras y sosegadas, ya se ocultan á intervalos entre las sinuosidades del terreno y entre las umbrías de la rica vejetacion que borda sus márgenes, ó brillan de trecho en trecho formando esos efectos de luz que han sido siempre la desesperacion de los mas grandes pintores. A la izquierda una cordillera de montañas, en cuyo declive vense trozos sembrados de olivos y cuadros de vides, separados unos de otros por cercas formadas de guijarros, limitan la perspectiva, haciendo un contraste estraño con la risueña llanura que en el opuesto lado se descubre. En ella estan situados dos pequeños pueblecillos, en uno de los cuales ejerció Rosalía su oficio de porquera, y en el espacio que media entre el mas distante y la quinta se despliegan dos vegas fertilísimas que el rio fecunda y separa.

Si á la hermosura de esta naturaleza muda, permitásemos esta frase, se aumenta la animacion, el movimiento de tantos millares de seres, esos rumores del pájaro que vuela, del insecto que bulle entre la grama, del corderillo que llama á su madre, ese ruido imperceptible del arado rompiendo la tierra, de las esquilas, de las perezosas vacas que vuelven al establo; los cantos de los leñadores, que en esta armonía universal dejan de ser rudos y desagradables, y en fin, esos gritos salvajes y plañideros que lanza el ave de rapiña desde su nido de rocas, se comprenderá la sublime magnificencia del paisaje que se ofrecia á nuestras miradas.

Rosalía, que le habia admirado embebecida durante largo rato, prorumpió en un torrente de lágrimas.

¡Dios mio! exclamó, esta es la última expiacion de mis faltas!

Y luego, notando el movimiento de sobresalto que involuntariamente habiamos hecho, miró á su padre con ternura, y tomando una de sus manos prosiguió:

—Sí, padre amado, amigos míos, ¿por qué nos hemos de engañar? Ya no veré las bellezas de la creacion mucho tiempo; ya no gozaré de vuestras caricias, y debo morir cuando la vida hubiera podido ser para mí un encanto.

—Calla, Rosalía! me partes el corazón con esas palabras! exclamó el triste padre recobrando toda la energia del dolor.

—¿Y por qué, padre mio? repuso la enferma acariciándole. Es cruel, muy cruel, dejar la vida, pues tambien dejamos la esperanza de esa felicidad á la que siempre se aspira en ella... mas por ventura ¿una dicha tan sujeta á mudanzas, y que al cabo se pierde, merece que la lloremos? No, padre mio, yo muero resignada. ¿Y quién sabe, á pesar de la hermosura del mundo, quién sabe si tal vez muriera feliz á no dejarnos solo y sin consuelo? Y luego yo, padre de mi corazón, tengo mis creencias; sé que no se muere nunca, prosiguió Rosalía, con su dulce voz trémula de ternura; sé que el alma después que se separa del cuerpo sigue amando infinitamente mas, infinitamente mejor que ha amado en la tierra; que toma parte en los gozos y en las tribulaciones de los seres queridos que ha dejado en ella... Y si no, ¿de dónde provienen esos vagos presentimientos, esos temores sin causa, esas alegrías repentinas, esas simpatías y esos odios que se revelan en nosotros sin que podamos comprender su causa, mas que de la proteccion invisible, del cuidado sollicito de las almas amigas que velan por nuestra suerte? ¡Oh padre mio! yo velaré tambien por tí; yo viviré á vuestro lado, prosiguió, dirigiéndose á Santiago y á mí, y cuando dudeis, vacileis ó temais, acordaos de Rosalía, que os inspirará buenos y dignos pensamientos.

Rosalía hizo una pausa: luego, como cediendo á una idea repentina, dijo:

—Padre mio, dadme un beso: amigos míos, estrechad mis manos.

Y nos tendió las suyas mientras su padre la besaba llorando.

Santiago llevó á sus labios la mano de la infeliz niña con todo el

fuego de la pasión, y yo estreché la que me ofreció, que estaba seca y ardiente.

—He querido despedirme de vosotros porque la hora se acerca, continuó Rosalía con exaltación; desde ayer he conocido que la muerte me reclama, y he experimentado en mi esa vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse... ¡Llorais! repuso notando nuestras lágrimas, teneis razon: llorad por vosotros, porque el camino de vuestra existencia está sembrado de espinas. Yo leo en vuestro porvenir como en un libro abierto. Tú, pobre padre mio, eres el mas feliz. Tus dias serán breves; la caridad, el cumplimiento de tus deberes, la contemplacion de las obras del señor los llenarán de paz y de resignacion; pero ellos, padre mio, ellos... ¡cuánto tienen que sufrir aun! exclamó la jóven mirando á Santiago y á mi con una conmisericordia profunda...

El ruido de la campana que en la torre del vecino pueblo dió el toque de oraciones, hizo enmudecer á Rosalía, que después, cruzadas las manos, comenzó á orar en voz casi imperceptible. Su padre y nosotros seguimos su ejemplo poniéndonos en pié...

Cuando cesó el toque volvimos á sentarnos, y esperamos á que Rosalía hablara, pero en vano; ni aun percibiamos como antes el ruido de su respiracion. Continuaba inmóvil con los ojos cerrados y en la misma actitud, como si rezase todavía...

Entonces, sobresaltado por un horrible presentimiento aquel desdichado padre, se levantó de repente; y estrechando entre las suyas las manos de su hija, lanzó un grito horroroso y cayó sin sentido...

Rosalía estaba muerta.

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

ESCENAS DE UN DRAMA INEDITO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA IV.

Alejo y luego Catalina.

MARIA... (Dentro.) ¡ Socorro!  
 ALEJO..... ¡ Cielos!  
 CAT... (Saliendo.) ¿ No habrá  
 quien nos ampare?  
 ALEJ..... Señora!...  
 CAT..... ¡ Venid! en peligro está  
 quien vuestro favor implora,  
 y que sin él morirá.  
 ALEJ..... ¿ Dónde?...  
 CAT..... Seguidme.  
 ALEJ..... Yo os fio...

(Se oye ruido de espadas, y Catalina retrocede con miedo. Alejo se va por la izquierda.)

CAT..... ¡ Ay!  
 ALEJ..... Esperad.  
 CAT..... Son Alanos,  
 que este es su campo. ¡ Oh Dios mio!  
 salvadla.  
 ALEJ... (Dentro.) ¡ Soltad, villanos!  
 CAT..... No le abandone su brio.  
 ¿ Mas qué es esto? Ya cesó  
 el rumor.

ESCENA V.

Catalina, Alejo, Maria.

(Alejo sale trayendo en sus brazos á Maria: está viene desmayada y cubierta con un largo velo.)

ALEJ..... Venid.  
 CAT..... ¡ Qué veo!  
 ¡ en salvo! el cielo me oyó.  
 ALEJ..... Alzadla el velo.  
 CAT..... ¡ Eso no!  
 MAR..... ¡ Ay!  
 CAT..... ¿ Me engaño mi deseo?  
 ¿ No oisteis? Cobrando voy  
 aliento.  
 MAR..... ¡ Favor!  
 CAT..... Calmad.

el recelo.

MAR..... ¿ Dónde estoy?  
 ¿ quién me detiene?  
 CAT..... Yo soy.  
 MAR..... ¿ Tuvieron de mí piedad?  
 CAT..... Sin el favor de un soldado  
 que á nuestro socorro vino,  
 vuestro fin era llegado.  
 MAR..... ¿ Y es?...  
 CAT..... Mirad. (Señalando á Alejo.)  
 MAR..... ¡ Dios sea loado  
 que os trajo por mi camino!  
 Acercaos...  
 ALEJ..... ¿ Qué me queréis?  
 MAR..... Si ese traje no me engaña,  
 sin duda pertenecéis  
 á los soldados de España,  
 y con Roger servireis.  
 ALEJ..... Soldado soy de Roger.  
 MAR..... Y para recompensaros  
 tal favor, ¿ qué debo hacer?  
 ALEJ..... ¿ Vos? Nada.  
 MAR..... Tengo poder.  
 ALEJ..... Oh! no hay para qué cansaros.  
 MAR..... Sois modesto.  
 CAT..... (Y aun galan.)  
 MAR..... ¿ No habeis sufrido reveses  
 de la suerte?  
 ALEJ..... ¿ A qué ese afán?  
 MAR..... En ese bolsillo os dan  
 cien escudos genoveses.

(Dando un bolsillo á Catalina: esta se lo presenta á Alejo.)

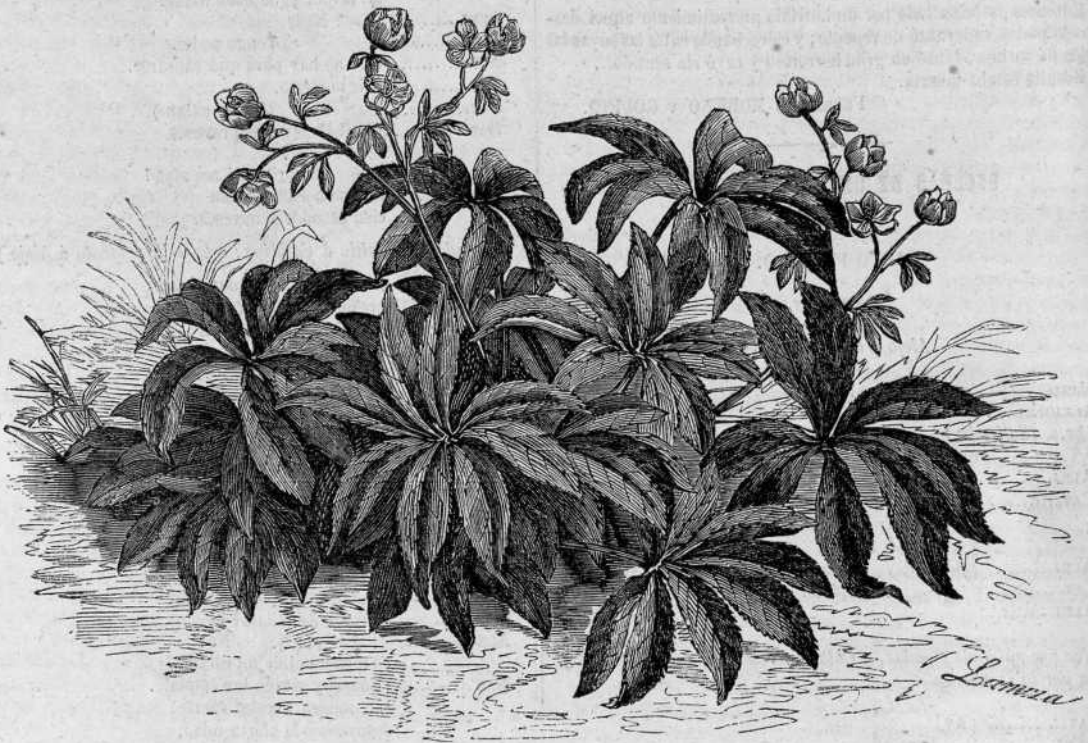
No es paga, que mas virtud  
 presumo de vuestro pecho:  
 ofrenda es de gratitud.  
 CAT..... Tomad.  
 ALEJ..... No sé qué sospecho  
 de tanta solicitud.  
 Mucho os pesa agradecer:  
 escusad la recompensa.  
 MAR..... ¿ Os enojais?  
 ALEJ..... Puede ser.  
 MAR..... Si lo habeis tomado á ofensa,  
 yo os quiero satisfacer.  
 Perdonad si me engaño  
 el traje: os juzgué soldado.  
 ALEJ..... ¿ Quién os dice que mintió?  
 MAR..... ¿ No sois caballero?  
 ALEJ..... No:  
 es mas humilde mi estado.  
 MAR..... ¡ Cómo! y siendo tan impia...  
 tan misera vuestra suerte,  
 despreciais la oferta mia:  
 ¿ Y por qué?  
 ALEJ..... Preferiria  
 mil veces antes la muerte.  
 Mas si en dar alguna prenda  
 al soldado, os empeñais,  
 sin que esto favor se entienda,  
 sirva á mi herida de venda  
 ese lienzo que ahí llevais.

(Al oír las últimas palabras de Alejo, Maria se dirige hácia el por un impulso involuntario: un momento después se detiene.)

MAR..... ¡ Por salvarme! á tal accion  
 tal premio los cielos dan!  
 ¿ Dónde?...  
 ALEJ..... Aquí: siempre aquí son  
 (Poniéndose la mano en el pecho.)  
 mis heridas! todas van  
 derechas al corazon.  
 MAR..... Mas si peligrosa fuera...  
 ALEJ..... Por mi desventura es leve.  
 MAR..... Recompensaros quisiera,  
 no así, mas de otra manera,  
 como á vuestra accion se debe.  
 Conservad, ya que os agrada,  
 ese lienzo.  
 ALEJ..... Está mi herida

con harto precio pagada.  
 MAR ..... No olvidaré que á esa espada  
 debí esta noche la vida;  
 y si os place alguna vez  
 pedir por tan gran servicio  
 el premio, sed vos el juez.  
 ALEJ ..... No se dobla mi altivez  
 á tan duro sacrificio.  
 Solo os pidiera, si tanto  
 puedo ser yo venturoso,  
 que descubrais ese encanto  
 que avaro me niega el manto,  
 de su ventura celoso.  
 MAR ..... Más me pedís que pensais.  
 ALEJ ..... Perdonadme si indiscreto...  
 MAR ..... Pero si de mí fiais,  
 antes de mucho, os prometo

que cual pedis me veais.  
 ALEJ ..... (No sé qué dulce poder  
 hay en su voz!... se estremece  
 mi corazon de placer!)  
 MAR ..... Adios quedad: ya amanece,  
 y temo que me han de ver.  
 ALEJ ..... Pero sola?  
 (Haciendo ademan de acompañarla.)  
 MAR .... (Con severidad.) Noconsiento  
 que de aquí paseis.  
 ALEJ ..... ¿Ya enojos?  
 MAR ..... O borraréis desatento  
 el alto merecimiento  
 que os recomienda á mis ojos.  
 ALEJ ..... Esa razon me reporta;  
 mas mirad por vuestra vida...  
 MAR ..... No, no! la distancia es corta.



Adios quedad, que me importa  
 no ser aquí conocida.

(Vase con Catalina.)

ESCENA VI.

Alejo solo.

¡Estraña muger! no sé  
 qué encanto, qué melodía  
 en esa voz encontré,  
 que á no ser mi amante fé  
 tan firme... ¡vacilaria!  
 Y aunque es hoy la vez primera  
 que escucho y hablo á esta dama,  
 no sé qué estraña quimera  
 toda la razon me altera,  
 todo el corazon me inflama.  
 ¡Deseo! en vano procuras  
 buscar en algun recuerdo  
 la causa de estas locuras!  
 Inútilmente me pierdo

entre vagas conjeturas.

No es ella, ilusion que adoro  
 no es la voz que vertió en paz  
 aquí, de amor un tesoro,  
 con el arrullo sonoro  
 de la paloma torcaz.  
 Es el imperioso acento  
 del que subyuga y domina,  
 y mientras su influjo siento,  
 airado, me da tormento;  
 cariñoso, me fascina.  
 Mas ya moviéndose está  
 el campo: el deber te llama,  
 esclavó! olvidate ya  
 de la misteriosa dama...  
 como ella te olvidará.

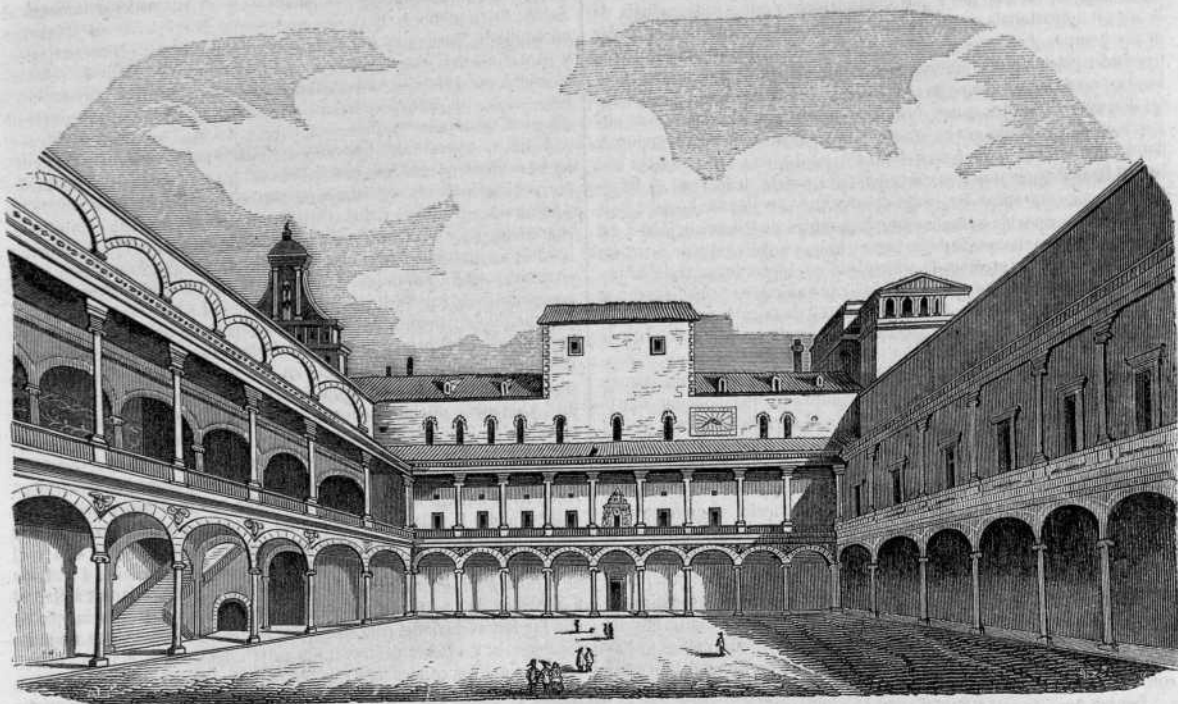
(Con tristeza.)

A. GARCÍA GUTIERREZ.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra





(Interior del patio del antiguo Alcázar de Madrid.)

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS.

Hasta mediados del siglo X, y con motivo de una acometida del rey D. Ramiro II de Leon contra los moros que la ocupaban, no suena ni figura en la historia nacional la villa de *Madrid*, que andando los tiempos habia de llegar á ser imperial y coronada capital del reino, bajo el estendido cetro de los monarcas de la austriaca dinastía, emporio central de donde partian las órdenes que debian obedecer y acatar en las cuatro partes del mundo conocido, Nápoles y Lisboa, Génova y Milan, Bruselas y Amberes, Méjico y Lima, la India Oriental, las costas africanas, y los archipiélagos de las Antillas, Canarias, Azores y Filipinas.

Cuál fuera el origen verdadero, la humilde cuna de esta importantísima poblacion, es cosa que no está ciertamente averiguada, á pesar de los entusiastas alegatos é indigestos mamotreos con que multitud de apasionados cronistas y aduladores heráldicos pretendieron, como es costumbre con todos los poderosos, entroncar la alcurnia de la ya magnífica corte de los Carlos y Felipes, con los héroes mitológicos y con los conquistadores y fundadores griegos y romanos.—Dejémosles pues delirar á su sabor con su pretendida *MANTUA de los Carpetanos*, fundada (segun ellos, y segun todavía viene afirmando muy seriamente nuestro calendario), hace cuarenta siglos y pico, por un cierto principe hijo de Tiberio rey de Toscana y de la adivina Mantu, llamado *Ocno Bianor*.—Dejémosles estasiarse con el dragon alado, que al decir de los mismos recibió Mantua de los griegos como blason, y con los muchos y galanos comentarios sobre el *sino* influyente en esta villa; sobre la constelacion *Bootes*, el carro celeste y las siete cabrillas; sobre el *oso* y el *madroño*, y sobre las infinitas variantes del nombre de Mantua, que pretenden convertido después en *Ursaria*, *Majoritum*, etc.

No pretendamos tampoco por ahora seguir en sus mas concienzudas y eruditas investigaciones á otros historiadores y criticos modernos que, con mas copia de observacion y mejor criterio, pretenden demostrar la fundacion y existencia, siempre remotísima después de la dominacion romana y en tiempo de la monarquia goda, Madrid, aunque reducido á los estrechos limites comprendidos éntre el Alcázar, hoy Palacio Real, la puerta de la Vega y el Arco de Santa Maria, á la entrada de la calle del Factor. Estos primitivos limites de Madrid tampoco estan suficientemente conocidos, aunque parecen demostrados con la existencia de dicho arco demolido en 1572.

### PRIMERA AMPLIACION.

Pero la segunda cerca de Madrid, ó sea su fuerte y elevada muralla que ostentaba aun en tiempo del emperador Carlos 128 torres y cubos en sus lienzos de doce piés de espesor y de sólida cantería y argamasa, es cosa de cuya existencia no cabe la menor duda, tanto por el testimonio de todos los autores y documentos contemporáneos, cuanto por los mismos trozos de dicha muralla que sucesivamente han ido descubriéndose hasta nuestros mismos dias con ocasion de los derribos y reconstruccion de los edificios que descansaban sobre aquellos venerables restos.

De todos estos testimonios fehacientes, y principalmente de la vista material y el estudio del gran *Plano general de Madrid* publicado en Amberes en 1656, en que está representado todo el caserío, calles, plazas y jardines de la villa en escala bastante estensa para poderse apreciar sus detalles, y con los alzados de los edificios en perspectiva caballera á la parte del Mediodia, se viene á adquirir el conocimiento perfecto de la forma y direccion de dicha muralla, por los trozos de ella, que con ligeros intervalos se conservaban aun al descubiertó en aquella época, y estan representados en el plano.

En otros articulos en que nos hemos ocupado del Madrid del siglo XVII, hicimos una descripcion minuciosa de aquel precioso documento (1), de que quedan hoy rarísimos ejemplares, y al que habremos de referirnos necesariamente en mas de una ocasion en el presente. Por hoy, nos proponemos limitar nuestra investigacion al recinto comprendido dentro de la muralla primitiva ó mas averiguada, que, ya fuese obra romana, como pretenden muchos, ó ya de los árabes durante su larga dominacion en esta villa, como es mas probable, sirvió de limites y de defensa á la misma, no solamente hasta los últi-

(1) Consta este plano de veinte hojas de gran marca, las cuales unidas y pegadas sobre un lienzo (como estan en el ejemplar que posee el Excmo. ayuntamiento) ocupan una estension de unos 12 piés por 10 de altura, ó sea 120 superficiales.

En la parte superior de dicho plano se lee esta inscripcion: *MANTUA CARPENTANORUM SIVE MATR TUM URBS REGIA*.—Al lado derecho estan las armas reales sobre trofeos, y se lee: *Philipo IV rege católico. Forti et Pro. Urbem hanc tuam et in ea orbis sibi subjecti compendium exhibet MDCIV*; y debajo en una tarjeta sostenida por figuras alegóricas y trofeos se encuentra la siguiente inscripcion: *Topografía de la villa de Madrid; descrita por D. Pedro Teixeira, año de 1656, en la que se demuestran todas sus calles, el largo y ancho de cada una de ellas, las riuonadas, y lo que tuercen, las plazas, fuentes, jardines y huertas, con la disposicion que tienen; las parroquias, monasterios y hospitales estan señalados sus nombres con letras y números que se hallarán en la tabla; y los edificios, torres y delanteras de las casas de parte que mira al Mediodia estan señaladas al natural que se podrán contar las puertas y ventanas de cada una de ellas. A la izquierda esta la tabla y la escala de 1/1874 y debajo dice: *Salmon Sauri fecit, cura et sollicitudine Joannis et Jacobi Fanwerle, Antwerpia.**

mos del siglo XI en que se verificó su conquista por las armas del rey D. Alfonso el VI, sino dos siglos después, hasta que á consecuencia de la mayor importancia y poblacion, adquiridas por ella con el andar de los tiempos y el favor y asistencia de los monarcas en Madrid, fué necesario extender sus límites, encerrando dentro de una nueva cerca los ya populosos arrabales de san Martín, san Ginés y san Francisco.

En este supuesto, pues, diremos, que segun claramente se observa en el ya citado plano, dicha muralla primitiva arrancando por detrás del Alcázar (que como es sabido estaba en el mismo sitio que hoy el Real Palacio), seguia recta hasta la puerta de la Vega, y penetrando luego por entre las casas del marqués de Povar, hoy de Malpica, y de la conocida actualmente por la chica de Osuna, bajaba á las huertas del Pozacho que se hallaban en lo que hoy es calle de Segovia, hacía las casas de la Moneda, dirigiéndose luego á ganar la altura frontera de las Vistillas por el terreno que ahora es conocido con el nombre de Cuesta de los Ciegos; desde dicha altura penetraba por detrás de la casa del duque del Infantado hasta salir por delante de san Andrés, al sitio donde estaba la *Puerta de Moros*, que hoy conserva este nombre; de aquí tocando en los límites de lo que despues se llamó la Caba Baja y Calle del Almendro (de que podemos dar fé por un trozo descubierto el año pasado con el derribo de la casa última de esta), seguia casi la direccion que actualmente dichas calles saliendo á la *Puerta Cerrada*, la cual debia estar situada hácia el sitio mismo en que hoy la cruz de piedra. Aquí desaparece en el plano la continuidad de la muralla con las nuevas construcciones; pero se sabe que subiendo por la Caba de san Miguel hácia el sitio y trozo de la calle Mayor, conocido despues por las *Platerías*, alzabase en él la *Puerta de Guadalajara* enfrente de la embocadura de la actual calle de Milanese, y continuaba luego la muralla por entre las calles del Espejo y de los Tintes, hoy de la Escalinata, á subir los Caños del Peral, torciendo por último hácia el frente de la subida de Santo Domingo el Real (donde habia otra puerta llamada de *Balnadí*) á cerrar con el Alcázar.

Dentro pues de este limitado recinto es donde por ahora nos cumple recorrer y examinar la topografía de Madrid. No se crea por esto que sea nuestro intento emprender una historia individual y detallada de las calles y casas de nuestra capital. Obra seria esta muy superior á nuestras débiles fuerzas, y sobre todo muy estemporánea tratándose de unos breves artículos destinados á amenazar las columnas de una publicacion periódica: tratamos solo de consignar en ellos, sin pretension de ninguna especie, las observaciones y noticias que hayamos podido reunir relativas á la vida histórica de las principales localidades y edificios de la villa, á los sucesos ó personajes que los ocuparon ó hicieron figurar, y otras curiosas particularidades que creemos del mayor interés, y que con auxilio de todas las obras impresas y manuscritas que trataron de las cosas de Madrid y con nuestro propio estudio y diligencia, hemos procurado indagar con algun fundamento.

Empezaremos pues nuestro paseo mental en el antiguo y estrecho recinto del *Magerit* morisco, por la parte mas occidental de esta villa, donde sobre una eminencia, que domina la campiña regada por el Manzanares, y en el sitio mismo que ocupa hoy el Real Palacio, se elevaba en lo antiguo el

#### ALCÁZAR DE MADRID.

Lo mas probable á nuestro entender sobre el origen y primera forma de aquella vetusta fábrica, causa principal de la importancia histórica y política de esta villa, pudo ser una de tantas fortalezas comunes de que poblaron los moros las crestas de nuestras montañas con el objeto de atender á la defensa y dominacion de las poblaciones vecinas. Estos indican claramente su situacion elevada, su destino primitivo, y hasta su nombre mismo, genérico entre los árabes, de esta clase de fortalezas. Muchos de los autores apreciados de Madrid atribuyen sin embargo su fundacion á época mas cercana, despues de la reconquista de esta villa por las armas de Alfonso VI; y de todos modos parece indudable que el rey D. Pedro verificó en el Alcázar una completa reedificacion y ampliacion, dándole una gran importancia y fortaleza, de que muy luego pudo hacer alarde en defensa suya y contra las huestes de su competidor D. Enrique de Trastámara, que cercaron á Madrid en 1569 y le ocuparon solo por la traicion de un paisano que tenia dos torres á su cargo, á pesar de la heroica defensa del Alcázar, hecha por los Vargas y Luzones, caballeros principales de esta villa.—Consta que en ella residió algun tiempo, no solo dicho D. Pedro y su hermano y sucesor D. Enrique, sino todos ó casi todos los monarcas anteriores de Castilla y Leon; D. Fernando el Magno que la conquistó primitivamente en 1047, para abandonarla despues, y que recibió en ella la visita de Almenon, rey moro de Toledo; Alfonso VI, su verdadero restaurador; el VII, llamado el emperador, que espidió á su favor notables privilegios; el VIII, ó de las Navas, que

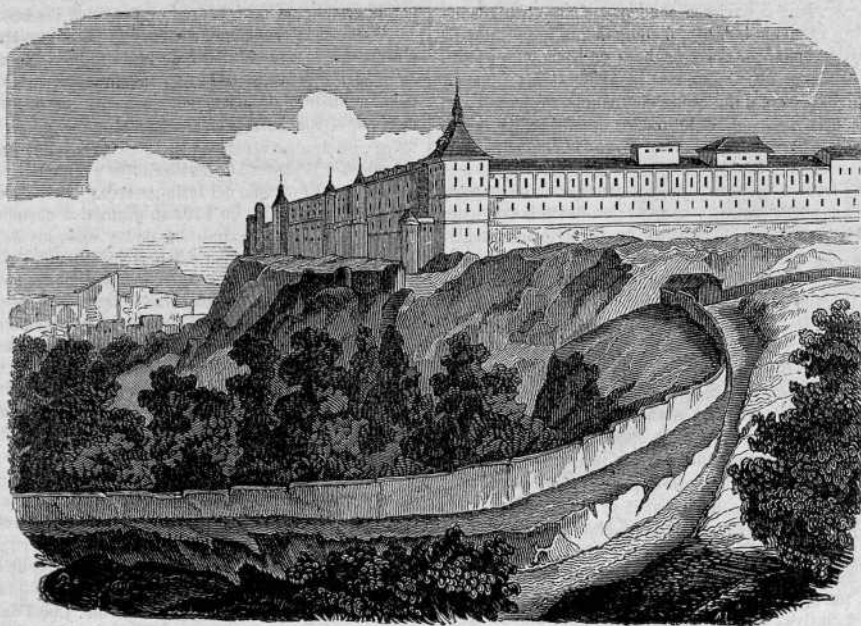
le concedió nuevos fueros y ordenanzas; el X, llamado justamente el Sabio; D. Sancho el Bravo, que enfermó gravemente en esta villa en 1295; D. Fernando el IV, que reunió en ella las primeras Cortes, y D. Alfonso XI, que varió la forma de gobierno de Madrid, estableciendo doce regidores, dos alcaldes y un alguacil mayor, y espidió á favor de la villa nuevos fueros y privilegios.—Pero lo que no consta de ninguna manera es si dichos monarcas hicieron su residencia en el Alcázar, ni se trata de él como palacio Real, sino mas bien como defensa formidable en todas ocasiones, desde la acometida que á los pocos años de la reconquista hizo contra Madrid en 1109 el rey de los Almoravides Tejufin, y que resistieron victoriosamente los habitantes encerrados en el Alcázar rechazando al ejército marroquí, que habia llegado á sentar sus reales en el sitio que aun conserva por esta razon el nombre de *El campo del moro*, hasta las ya indicadas revueltas y guerra fratricida de D. Pedro y D. Enrique.—Lo mas probable es suponer que solo en tiempo de estos y á consecuencia de las notables obras verificadas por el primero, pudo servir de mansion de los reyes de Castilla.—Posteriormente, reinando en ella D. Juan I, espidió privilegio en 1389 concediendo á D. Leon V, rey de Armenia, el señorío de Madrid y de otros pueblos, en consideracion á haberle quitado el suyo el soldan de Babilonia; y dicho señor ó rey de Madrid residió en ella durante dos años, recibió el pleito homenaje de sus vecinos, confirmó sus fueros y privilegios, y *reedificó las torres y el Alcázar*.—D. Enrique III se hallaba en esta villa en 1590 á la sazón que murió en Alcalá su padre D. Juan, y es el primer monarca proclamado en Madrid antes que en ninguna otra villa del reino. El mismo espidió una real cédula alzando el pleito homenaje hecho por los madrileños á D. Leon de Armenia, é incorporando de nuevo y para siempre jamás á Madrid á la corona de Castilla; pero durante su minoria tuvieron principio en ella las largas turbulencias que agitaron el reino desde que reunidos los regentes y tutores del rey niño en la iglesia de S. Martin, fueron cercados por los condes de Trastámara y de Benavente que aspiraban á apoderarse del gobierno, hasta que en 1594, y contando ya Enrique once años, las Cortes del reino, reunidas en esta villa, le declararon mayor de edad y tomó las riendas del gobierno.—De este monarca que residió en Madrid la mayor parte de su reinado, celebró en él sus bodas, y recibió á los embajadores del Papa y de los reyes de Francia, de Aragon y de Navarra, se sabe ya espresamente que tuvo su asiento en el Alcázar, en el que hizo grandes obras y nuevas torres para depositar sus tesoros, así como su hijo D. Juan II que empezó su reinado en 1417, celebró en él varias Cortes, recibió solemnes embajadas, y las famosas del rey de Francia á que dió audiencia en un salon del Alcázar sentado en el trono, con un leon domesticado á los pies.—Sin embargo, Quintana afirma que los reyes Juan II y Enrique IV pararon algunas veces en las casas de Luis Nuñez, señor de Villafranca (á la calle de Santiago) y en las de Pedro Fernandez Lorca (Santa Catalina de los Donados). En tiempo de este monarca se consagró la capilla del Alcázar en 1.º de enero de 1454.—Enrique IV, también proclamado en Madrid en 1450, residió ordinariamente en el Alcázar, y en el mismo debió nacer la desdichada princesa Doña Juana, apellidada *la Beltraneja*. Un terremoto ocurrido en 1466 le arruinó en parte; pero fué restaurado á poco tiempo por la esplendidez del monarca. Este Alcázar jugó todavía un gran papel como fortaleza durante el turbulento reinado de Enrique, y la disputada sucesion de él. En 1463 fué preso de orden de aquel rey el alcaide del Alcázar Pedro Munzares como partidario del infante D. Alfonso, que intentaba usurparle la corona, y en el mismo Alcázar fué custodiada de su orden la reina Doña Juana en castigo de su liviandad: habiendo logrado fugarse á Buitrago, fué presa de nuevo y conducida otra vez al Alcázar con su hija la Beltraneja, bajo la custodia del maestre de Santiago. Muerto en Madrid D. Enrique en 1473, se posesionaron del Alcázar los partidarios de la Beltraneja hasta el número de 400; pero fueron sitiados por el duque del Infantado, que mandaba las tropas feles á Doña Isabel, y logró al fin de una obstinada resistencia de dos meses apoderarse de aquella fortaleza.—Los Reyes Católicos hicieron su entrada solemne en Madrid en 1477; pero consta que residieron en la casa de D. Pedro Laso de Castilla, en la plazuela de San Andrés, y no en el Alcázar, en donde tampoco pararon mas adelante su hija Doña Juana y el archiduque. En las turbulencias ocasionadas á la muerte de la reina Doña Isabel sobre el gobierno del reino, también figura el Alcázar como fortaleza, hasta que quedaron terminadas aquellas en las Cortes reunidas en San Geronimo en 1509, con el juramento del rey D. Fernando, de gobernar como administrador de su hija y como tutor de su nieto D. Carlos.

Este, el emperador, proclamado en Madrid por los regentes del reino, no halló sin embargo en un principio grande adhesion entre los madrileños, que abrazaron en su mayoría la causa de las comunales, y ofrecieron una formidable resistencia á las huestes imperiales en el Alcázar de esta villa, defendido por la esposa de Francisco de Vargas, su alcaide, á la sazón ausente. Vencidos al fin los comuneros, vino á Madrid el emperador en 1524, y habiendo tenido la suerte de

curarse en él de unas pertinaces cuartanas que padecía, cobró grande afición á esta villa, residió siempre que pudo en ella, la libertó de pechos, la concedió privilegios, acreció considerablemente su importancia, reedificó completa y suntuosamente el Alcázar, convirtiéndolo, de fortaleza que antes era, en verdadero Palacio Real, y añadió á los títulos de *Muy noble y Muy Leal* que había merecido Madrid á su antecesor Enrique IV, los de *Imperial y Coronada Villa*, y casi todo el carácter de Corte Real.—No consta sin embargo que Carlos V residiese siempre en el Alcázar; antes bien se afirma que moraba en el palacio que ocupó la misma área que hoy el monasterio de Señoras Descalzas Reales, fundado después por su hija Doña Juana, madre de Don Sebastian de Portugal; y Quintana asegura que antes de partir á la toma de Túnez, se aposentó en las casas del secretario Juan de Bozmediano (hoy del marqués de Malpica), y que luego que marchó el emperador se pasó la emperatriz con el príncipe Felipe II á las que fueron de Alonso Gutierrez (hoy Monte de Piedad). Lo que sí consta referente al Alcázar, es que fué trasladado á él el prisionero de Pavia, el rey de Francia Francisco I, encerrado primeramente en la casa de los Lujanes de la plazuela de San Salvador, hoy de la Villa, que recibió en el mismo Alcázar la visita del Emperador, y que conservó tal recuerdo de este edificio, que al recobro de su libertad y regreso á su corte hizo construir inmediato á la misma en el bosque de Boulogne un trasunto del mismo Alcázar, que se conservó hasta los tiempos de

la revolución, conocido siempre con el nombre de *Chateau de Madrid*.

La importancia que habia dado Carlos V á la villa de Madrid, y especialmente á su Alcázar, ya verdadero palacio régio, bajo la acertada direccion de los arquitectos Covarrubias y Luis de Vega, creció de todo punto en vida de su sucesor Felipe II, fijando la corte en esta villa por los años 61 á 65, atrayendo á ella numerosa población, entendiendo extraordinariamente su recinto, y dotándola de notables y numerosas construcciones, grandes fueros y regalías. El Alcázar régio, obra en su parte principal como queda dicho de Carlos V, recibió de su hijo y sucesor su complemento y mejoría con notabilísimas torres y una magnífica galería que miraba al parque en que hizo plantar suntuosos jardines. En él residió constantemente, durante su permanencia en esta villa, el poderoso y austero monarca que estendia su dominacion y su política á las mas apartadas regiones del globo. En él tuvo lugar el misterioso y terrible drama de la prision y muerte del desdichado príncipe D. Carlos, y el fallecimiento inmediato de la reina Doña Isabel de Valois; en él recibió las solemnes embajadas de todos los monarcas de Europa, las visitas de muchos príncipes, las armas y banderas ganadas á los enemigos por sus generales vencedores D. Juan de Austria, los duques de Alba y de Osuna; en él contrajo matrimonio con su cuarta y última esposa Doña Ana de Austria; y en él nació, en fin, en 1578, su hijo y sucesor Felipe III, primer monarca madrileño de los que ocuparon el trono castellano.



(Exterior del Alcázar de Madrid).

Durante el reinado de este monarca, el real Alcázar, que fué su cuna, le sirvió tambien de residencia, excepto los cinco años de 1601 á 1606, en que por un capricho régio, harto inmotivado, trasladó la corte á Valladolid, hasta que habiendo fallecido en el mismo Alcázar Real en 1621, subió al trono su hijo Felipe IV.—En el largo reinado de este, y como emblema de su esplendorosa y poética corte, es cuando el Alcázar de Madrid llegó al apogeo de su brillante existencia; cuando la fábrica material del edificio, obra de los arquitectos Covarrubias y Vega, Toledo, Herrera y Mora, recibió nuevo esplendor en manos de Crescenti y otros célebres artistas; cuando sus régios salones, pintados por Lucas Jordan, y decorados con los magníficos lienzos de Velazquez y Murillo, de Rubens y del Ticiano, reflejaban la grandeza de los monarcas españoles, á quien tales artistas servían; cuando sus altas bóvedas resonaban la voz de los Lopes y Calderones, Tirso y Moretos, Quevedos y Saavedras; cuando sus régias escaleras y suntuosas estancias sentían la planta del príncipe de Gales, después el desgraciado Carlos I, y otros potentados que venían á visitar al monarca español ó á solicitar su alianza.

En aquella época no conservaba ya el Alcázar mas recuerdo de su primitivo destino y condicion que algunos torreones y cubos en las fachadas al Norte y Poniente. La principal, situada á Mediodía como la del actual palacio, era obra de los reinados de Carlos V y Felipe II y del gusto de su época, así como toda la distribucion interior del

edificio, donde no solamente habia espléndidas habitaciones reales, sino tambien estensas dependencias donde celebraban sus reuniones los Consejos de Castilla, de Aragon, de Portugal, de Italia, de Flandes y de las Indias; por cierto que algunas de ellas daban á la régia cámara de Felipe, que en los primeros años de su reinado mandó abrir unos ventanillos llamados *escuchas*, desde donde asistía sin ser visto á las deliberaciones de aquellos supremos tribunales. Además en los aposentos bajos del palacio, conocidos por *las cobachuelas*, se hallaban las secretarías del despacho, que recibieron por antonomasia aquel nombre, así como el de *cobachuelistas* los oficiales ó empleados.

La importancia histórica de este palacio empezó sin embargo á decaer en el mismo reinado, teniendo que luchar con la del nuevo del Retiro, levantado por el conde-duque de Olivares para adular al monarca, y que acabó en fin por imprimir al gabinete su nombre, y al de la *corte de Madrid*, substituyó el de *corte del Buen-Retiro*.

Lo mismo puede decirse durante la larga minoría y reinado del hechizado Carlos II, último vástago de la austriaca dinastía, que residía alternativamente en ambos palacios, y que al fin vino á extinguir su azarosa vida en el Alcázar en el primer año del siglo XVIII.

Sabido es que aquel régio edificio, página material de la historia madrileña, archivo viviente de las glorias de su corte, desapareció completamente á impulsos de un horroroso incendio en la noche-buena 24 de diciembre de 1734, y notorio es tambien que Felipe de Borbon,

que ocupaba á la sazón el trono español, emprendió la obra verdaderamente colosal de levantar de nueva planta y sobre el sitio mismo que ocupaba el antiguo Alcázar, el nuevo y magnífico Palacio Real, que hoy es el primer ornamento de Madrid. Pero ni este monarca, ni su hijo y sucesor Fernando VI pudieron llegar á habitarle, hasta que, en disposición ya de poderlo ser, le ocupó Carlos III en 1764. En él falleció en 1788 aquel augusto monarca; en él residió durante su largo reinado Carlos IV; en él instaló Napoleón al intruso rey, su hermano José Bonaparte, á su paso por Madrid en los primeros días de diciembre de 1808, siendo fama que al subir ambos la escalera de este magnífico palacio, dijo aquel poniendo las manos sobre uno de los leones de mármol que la decoran:—*«Je la tiens en fin cette Espagne si désirée»*—y volviéndose luego al intruso José añadió *«Mon frere, vous serez mieux logé que moi.»*—D. Fernando VII, de vuelta de su cautiverio en 1814, ocupó esta real casa hasta 29 de setiembre de 1835 en que falleció, y en ella, en fin, nació en 10 de octubre de 1850 la augusta princesa que hoy ocupa felizmente el trono español.

R. DE M. R.

## LA DOCTORA GUZMAN Y LA CERDA.

Achaque común de las gentes es cerrar á las damas las puertas de las aulas y academias, como si naciesen condenadas á ser testigos indiferentes de nuestros primeros hábitos, ó compañeras impasibles de nuestros postrimeros desengaños. Corre de boca en boca, con irónico reproche, el principio de que se aviene mal la aguja con la pluma y el libro con el costurero, como si una reina magnánima, española, no hubiese corregido con la rueca en la cintura los desafueros de la nobleza, y no suspendiese la oración religiosa para dar comienzo á la traducción latina. Las labores domésticas pueden alternar con las lecciones filosóficas. El trabajo de manos no interrumpe el laboreo del entendimiento. Bien se puede elevar la imaginación hasta las regiones australes de la poesía, ó sazónar el ingenio con las prescripciones de las bellas letras, sin olvidar las privaciones de la virtud y los deberes de la familia. Respetemos á la naturaleza sin violentar sus obras. Algunas mugeres santas escribieron, y muchas excelentes madres publicaron sus pensamientos. Recordemos que el politeísmo romano ha dado los contornos de la muger á la expresión de las bellas artes. Las *Musas* pertenecen al sexo de las *Gracias*. El cristianismo también empieza en las tribulaciones de una madre predestinada.

La inteligencia no escoge sexos. La república literaria no se fija en el autor, sino en la obra. Desde que se ha observado cómo la historia establece entre los escritores de ambos sexos la mútua participación de gloria á la que se hicieron acreedores por sus escritos, el ánimo mas indiferente y la voluntad menos propicia se han visto obligados á deponer sus antiguas preocupaciones. A Aime-Martin, mentor filosófico de la madre, ha precedido Josefa Amar y Borbon, pedagogo fisiológico y moral de la muger. En el desarrollo contemporáneo de los estudios históricos, un pundonoroso diplomático y una palaciega popular han dado la iniciativa; y ambos grandes escritores, ambos celebridades europeas: Chateaubriand y Mad. Stael. No se puede seguir á Chateaubriand por la antigua Francia sin distinguir á Mad. Stael en la moderna Alemania. En las creaciones de la imaginación y del sentimiento, la muger se adelanta al hombre, porque la misión de la muger es fecundar y sentir, entre tanto que el destino del hombre es pensar y examinar. La imaginación es el tesoro de la muger: toma del análisis, de la experiencia, de la historia, hemos querido decir, del hombre, el raciocinio. En la revelación ascética y en la creación fantástica lleva siempre la delantera. Santa Teresa es superior en el fondo, aunque inferior en la forma, á fray Luis de Granada y Malon de Chaide. Mad. Sevigne se acerca mas al corazón humano que Fenelon y Montaigne. Ana Raceliff ofrece al romanticismo, que se enjendra en la sombra, la novela terrorista. Mad. Dudevant (Georges Sand) escribe la novela escéptica: tal vez hace mas que escribirla; tal vez la siente. Mad. Lebasu improvisa la novela de secta. Enriqueta Beecher Stowe populariza la novela humanitaria.

De esta suerte, donde quiera que se levante un talento reflexivo, una imaginación vigorosa y un ingenio precoz, los hombres deben hacer lugar á aquella brillante aparición. Viene de esa mitad del género humano que nos hace poetas en la niñez y oradores en la adolescencia. Viene de ese sexo que serena nuestro fatigado espíritu durante el cansancio mundano, y reanima nuestra inspiración con la brisa suave y aromática de su aliento. Viene, en fin, de ese sexo que vela nuestros sepulcros en los aniversarios de familia después de calentar instantáneamente nuestros párpados moribundos con las lágrimas del dolor. Viene de donde venimos nosotros; del hombre, de la imagen de Dios, de esa prolongación eterna del favor divino. ¿A qué rechazarla, cuando

representa una ambición legitima? Nosotros abatiremos siempre las falsas y ridiculas pretensiones de las eruditas, artificiosas y poetisas amaneradas que hacen de la gloria literaria la primera de sus *coquetterias*; en cambio recibiremos con aplauso á las damas españolas que se han conquistado un honroso y elevado lugar en la república de las letras. La patria de Doña Isabel la Católica y Beatriz Galindo ya sabe lo que valen sus hijas de esforzado ánimo y distinguido ingenio. Las puertas de las aulas y de las academias ya se han abierto á su paso mas de una vez. La historia literaria de España viene en nuestro auxilio, y nos ofrece el abundante catálogo de las escritoras y poetisas que alcanzaron justo y merecido renombre, desde las *almeths* de Granada hasta las catedráticas de Salamanca y Alcalá de Henares.

Asistamos á la lectura de las *suras* y *divanes* en los salones alicatados de la Alhambra, y á la exposición de las doctrinas de los *almes* en las Academias de Córdoba y Sevilla. Allí encontraremos las bellas y discretas hijas del Darro y del Guadalquivir. El rey Mixcem colma de favores á Lobua, docta en aritmética, gramática y poesía. Maryem, hija de Abu-Facub el Faisoli de Xallias, abre en tiempo de Alhakem una escuela para las familias principales de Sevilla, donde se hace célebre como historiadora y poetisa Radhia, liberta de Abderrahman Anasir. Las poetisas Labana, Aischa y Safia, recitan *divanes* en la Academia imperial de Córdoba. Maryein, hija del caballero Abraham-Ben-Albophayel, que comparte sus estudios entre la poesía y la música (1), Mogia, de ilustre cuna y claro ingenio, Mosada (2), el Al-Kattib de las moriscas (3), y Lelia, rimadora sentida y amorosa, son perlas grandiosas que caen en el vergel de las bellas letras.

Vistamos la crugidora armadura de los conquistadores de Granada, y divisemos el atezado lienzo de una tienda de campaña, cámara real de Doña Isabel la Católica, ó el calado minarete de una torre señorial, tocador austero de alguna dama cortesana que olvida el azor de la caza por el vocabulario latino del Estudio general. Doña Isabel la Católica, discípula aventajada de Beatriz Galindo, hace de la lengua de los sabios y prelados, de los escritores y diplomáticos, la lengua de los cortesanos. El estudio del latín precede al análisis del romance. Antonio de Nebrija dedica en 1492 su gramática castellana á las damas de la corte. La escuela compuesta de los vástagos de los principales caballeros para la educación del príncipe D. Juan establece una emulación científica y literaria entre los gentiles-hombres. El palacio real se asemeja á una universidad. Las damas sostienen con los caballeros disertaciones académicas, y dirigen á los sabios epístolas cicerónicas. Las aulas reciben respetuosas maestras eruditas, así como habian admitido alborozadas á los profesores cortesanos. Francisca de Nebrija sustituye á su padre en la cátedra de retórica y poética. Lucia Medrano explica los clásicos latinos en la universidad de Salamanca. La infanta Doña Catalina, después reina de Inglaterra, escribe en latín *Las lágrimas del pecador* y *Meditación sobre los salmos*. Juana Contreras sostiene correspondencia latina con Marinese Siculo. Ana Cerbaton es maestra de lengua latina en Cataluña, y escribe una obra sobre los males ocasionados por los árabes á los españoles. Luisa Sigea, autora del poema *Sintra*, dirige á Paulo III una carta escrita en griego, árabe, hebreo, latín y siríaco. Angela Sigea, hermana de la anterior, es perita en idiomas y sobresaliente en música. Gerónima Ribot se cuenta entre los discípulos del célebre Palmerino. Luisa de Padilla escribe las obras *Lágrimas de nobleza* y *Nobleza virtuosa*. Oliva Sabuco de Nantes Barrera, que el erudito padre Feijoo celebra como una muger discretísima, aunque no ha faltado quien creyese que era el seudónimo de un nombre varonil, publica en 1587 su célebre *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, cuya primera edición, para el mas cumplido elogio de su autor, se agota en un año. El amor y la gloria, agitadores perennes de la fantasía, obligan á cubrir con la sotana escolástica el cotillo mugeril. Feliciano Enriquez de Guzman, autora de la tragicomedia *Jardines y campos sabeos*, estudia en la universidad de Sevilla disfrazada de hombre para perseguir á su amante D. Félix. Hortensia de Castro, natural de Villaviciosa, pasa á Coimbra disfrazada de hombre, y en compañía de sus hermanos estudia la latinidad, retórica, filosofía y teología. Santa Teresa deposita su corazón en sus cartas, lo que equivale á decir un dulcísimo manjar para la meditación cristiana. El mundo científico admira la inspiración divina, y la universidad de Salamanca nombra doctora académica de este estudio general á la que ya era doctora mística de Avila. Cecilia Morillas prefiere la enseñanza de sus hijos á la de los infantes de España, con cuyo cargo le brinda Felipe II; pedagogo femenino de gramática latina, retórica, filosofía, teología y música, muere en Valladolid en 1581. Feliciano Morell es graduada de doctora en leyes en Avión, después de un exámen riguroso. Juana Morella, natural de Barcelona, es teóloga y jurista á los diez y siete años. Isabel Joya, natural de Lérida,

(1) Año 1159 de J. C.

(2) Año 1490 de J. C.

(3) Autor de una excelente historia de Granada.

esplica públicamente en Roma algunos puntos de filosofía y teología. La poetisa Florencia Pinar lleva sus inspiraciones al romancero general. Isabel de Rosales, colocada en el número de los sutiles escolásticos, sostiene en Roma públicos certámenes. Ana de Castro Egas, Bernarda Ferreira de la Cerda, Cristobalina de Alarcon (1), y Mencia de Mendoza, alcanzan glorioso nombre en el estudio de las letras humanas. María de Zayas y Sotomayor, autora de novelas y comedias, alcanza una popularidad que justifica las diversas reimpresiones de sus obras desde 1654 hasta 1716. Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, imprime en 1638 el *Año Cristiano*. De los claustros monásticos llegan á las mercaderías de libros los nombres de la venerable Sor M. María de Jesus de Agreda y de Sor Juana de la Cruz.

En el siglo XVIII, los estudios filosóficos de las literatas españolas corresponden á la severa ilustracion que se generaliza entre las diyersas clases de la sociedad. Es la segunda crisis del renacimiento; el exámen se aprovechará de las comparaciones que evoca la antigüedad sentada en el peristilo de las instituciones modernas. Catalina de Castro traduce la celebrada obra de Mr. Rollin sobre *El método de los estudios*. María Antonia Fernandez de Tordesilla traduce la *Instrucción de una señora cristiana*, y Josefa Amar y Borbon publica en 1740 el *Discurso sobre la educacion física y moral de las mugeres* (2). La poesia no puede ser alejada de la imaginacion de la muger: desterrada de las sociedades económicas y de las fábricas de salazon, vuelve á los monasterios. La *Décima musa*, la monja de Méjico, Juana Inés de la Cruz, y Rosa Galvez, publican sus inspiraciones poéticas. Las aulas y las academias vuelven á ser el estudio general y el palacio real del siglo XV. Reciben con honrosa consideracion á las damas de elevado renombre por su talento é ingenio. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores los detalles biográficos de una ilustre jóven, cuyo retrato estampamos al frente de este artículo, que ha sido nombrada á últimos del siglo pasado catedrática honoraria de la universidad de Alcalá, y socia de la Real Academia española.

Doña María Isidra Quintina de Guzman y la Cerda, hija de D. Diego Guzman Ladron de Guevara, conde de Oñate, y Doña María Isidra de la Cerda, condesa de Paredes, nació en 31 de octubre de 1768. Desde sus primeros años descubrió un claro y privilegiado talento cultivado con inteligente pulso por su maestro D. Antonio de Almarza. Su aplicacion corrió parejas con su ingenio. Las lenguas vivas y muertas, las bellas artes, la filosofía y la teología son el caudal científico con que se presenta á los diez y siete años á sostener los ejercicios de un grado académico. Sus padres, respetuosos guardianes del abolengo literario que se conserva en su distinguida familia desde el siglo XV, que ha visto á un antepasado del condado de Paredes desempeñar el magisterio en la universidad de Salamanca, hasta el siglo XVIII, en el cual se ha retirado del mundo. Luisa Manriquez de Lara, monja y escritora célebres ingenios, en la universidad de Alcalá. Por una real orden dada en Aranjuez en 20 de abril de 1783 se ordena que se le confieran por este estudio general los grados de filosofía y letras humanas, precediendo los ejercicios correspondientes, y por otra real orden de 7 de mayo se autoriza al claustro de la universidad para que varie el ceremonial todo lo que exija el decoro de la ilustre descendiente de la condesa de Paredes.

Una numerosa muchedumbre de vecinos y estudiantes salen á re-

(1) Creemos que esta será la misma Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, autora de una excelente poesia presentada en el certámen de Córdoba (1613) para celebrar la beatificacion de Santa Teresa. No podemos resistir la tentacion de copiar los siguientes versos que describen á un serafín.

Engastada en rizo de oro  
la bella nevada frente  
descubriendo mas tesoro  
que cuando sale de Oriente  
Febo con mayor decoro;  
en su rostro celestial  
mezclando el carmin de Tiro  
con alabastro y cristal,  
en sus ojos de zafiro  
y en sus labios de coral;  
el cuerpo de nieve pura  
que excede toda blancura  
vestido del sol los rayos  
vertiendo abril y mayo  
de la blanca vestidura;  
en la diestra refulgente  
que mil aromas derrama  
un dardo, resplandeciente  
que lo remata la llama  
de un globo de fuego ardiente;  
batiendo en ligero vuelo  
la pluma que al oro enfrenta  
bajo un serafín del cielo.

(2) Fuera de España tambien se han distinguido en esta época Sofia, Isabel Weber de Stoccolmo, y Cayetana Agnesi, catedráticas de matemáticas en la universidad de Bolonia, prévia la autorizacion de Benedicto XIV.

cibir la en las afueras de Alcalá. El palacio arzobispal es el suntuoso hospedaje de su persona. En la noche del 3 de junio, dia de su llegada, el claustro de la universidad la visita en corporacion, y el señor Lopez del Salazar, consiliario del establecimiento, pronuncia el mensaje oficial «donde se hace mención del agradecimiento que tienen en «su corazon—se refiere á los habitantes de la ciudad—á la piedad «de nuestro Soberano, y á la alta distincion que ha de merecer en «la república literaria una sabia Excm., primera maestra complutense, y en toda España.» Doña María Isidra Quintina de Guzman contesta en nombre de sus padres con respetuoso decoro.

En la mañana del 4 vuelve la universidad en corporacion, y el secretario le da los puntos de Aristóteles para el ejercicio académico, entre los que escoje la conclusion de que *anima hominis est spiritalis* (cap III del lib. 2 de *Anima*). A las veinticuatro horas, acompañada de sus padres y del cancelario, rector y bedeles, se dirige en coche á la iglesia de la universidad, donde los doctores y maestros la esperan entre seiscientas personas citadas por la solemne novedad de la recepcion. Los acentos melodiosos de la música son interrumpidos por la discusion académica. La ilustre dama prueba en castellano la conclusion de Aristóteles, y responde á los tres argumentos de los catedráticos de prima Martinez Alonso, fray Tomás de S. Vicente y fray Rodriguez del Cerro. El exámen de preguntas recorre los estudios graves y profundos de la filosofía: la linguística, la retórica, la metafísica, la historia de animales y plantas, la ética, la teología, la mitología, la geografía, la astronomía y la física general y particular, ocupan durante hora y media el razonamiento científico del ejercicio. Los examinadores fray Gaspar, fray Lopez, doctor Pastor, fray Velasco, doctor Valverde, doctor Peñuelas de Zamora y doctor Cañavate, reconocen la sólida instruccion y claro ingenio de la jóven erudita. El claustro



(La doctora Guzman y la Cerda).

y la concurrencia la aclaman como doctora entre los vitores de la multitud y los ecos de la música.

A las diez de la mañana del 6 tiene lugar la solemne investidura del doctorado. La universidad se presenta con la mayor pompa y magnificencia. Un concurso numeroso entorpece el paso de la brillante comitiva que acompaña á la distinguida heredera de los condes de Oñate. El doctor Lopez del Salazar pronuncia el discurso paraninfico, en el cual celebra las ascendencias y mérito personal de la ilustre doctora. Los vivos y los plácemes señalan el momento de cubrir sus sienes el bonete académico. El cancelario del estudio le propone una tesis deducida del concilio IV cartaginense sobre si la muger aunque virtuosa y docta podía enseñar en las universidades las ciencias profanas y sagradas, y subiendo á la cátedra sostiene la afirmativa y hace público su reconocimiento á la universidad complutense. El rector, en nombre del estudio general, la nombra catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpétua de su claustro, así como los maestros le adjudican el título de Examinadora de cursantes filósofos, ejerciendo inmediatamente este cargo universitario en el exámen de algunos discípulos de las antiguas sùmulas.

Las felicitaciones se cruzan; los elogios se multiplican. El repique de campanas es acompañado de la música de las serenatas. Los estudiantes siguen alborozados á la distinguida doctora. La universidad coloca entre tarjetones y vitores el retrato de Doña María Isidra Quintina de Guzman y la Cerda.

tina de Guzman, dibujado por Inza, y acuña una moneda de plata para celebrar su doctorado (1). Durante la noche, se ilumina la fachada del estudio general, y los condes de Oñate ofrecen un suntuoso refresco, al cual asiste la universidad, el ayuntamiento y el colegio. A la despedida de la esclarecida doctora precede otro abundante refresco dado por su familia á los estudiantes que han festejado su grado con serenatas y aplausos. La celebrada recepcion de Doña Maria Isidra Quintana de la Cerda se consigna en el archivo de la universidad como un titulo de gloria para el establecimiento, y el conde de Campomanes en la contestacion que envia al cancelario del estudio, después de una minuciosa relacion de todo lo ocurrido, asegura que la solemnidad del acto ha merecido *el agrado y aprobacion de S. M.*

No es esta la primera ovacion consagrada á la ilustre dama. Tambien la Real Academia española la ha nombrado su socia por unanimidad en 2 de noviembre de 1784. Llama á su seno á una laboriosa y profunda literata que ha dedicado sus vigilias al estudio de las lenguas vivas y muertas. Alberga á una popular reputacion para enriquecer el catálogo de sus celebridades. Asocia su gloria al renombre de una esperanza legitima. Para algo mas que para autorizar y corregir han nacido las academias: sirven para alentar por medio del aplauso, para enaltecer por medio de la fama colectiva, y para fomentar por medio del estímulo honoroso. «¿No ha sido necesario, pregunta la docta jóven con ingenua sorpresa (1), apurar toda la liberalidad de la Real Academia española para elevar á un honor que es el mas distinguido empleo y encumbrado premio de los mas esclarecidos literatos, á una jóven de diez y siete años que no ha conocido sino por los nombres los Gimnasios, las Academias, los Seminarios, ni ha tocado los umbrales del famoso templo de Minerva, ni aun oido otra voz que la de un solo maestro?»

En nuestros dias la prensa es la cátedra y la academia de las escritoras españolas. El teatro y el liceo ofrecen su foro y su tribuna á las inspiraciones de las poetisas. No recibirán la investidura universitaria de los catedráticos ó el diploma de los académicos, porque cada siglo dispone del talento como exigen sus ideas, sus tendencias, sus desengaños y hasta sus preocupaciones: empero la ovacion popular y el aplauso público no se hacen esperar mucho tiempo, después de que caen en el prosenio las coronas del entusiasmo y se multiplican las ediciones de las obras del ingenio. La actual generacion literaria ya escribió los nombres de Gertudris Gomez de Avellaneda, Carolina Coronado y otras celebradas poetisas en el catálogo de los escritores contemporáneos. El nombre que una vez se escribe con justicia en el libro de las reputaciones literarias, ya no se borra jamás. El tiempo no destruye el libro: el hombre erudito siempre se encamina hácia la biblioteca pública. Si es una gloria nacional, la nacion se encargará de repetir su nombre, aunque no sea mas que por orgullo: si es una laboriosa aspiracion á la gloria personal, no faltará un rebuscador de antiguallas que analice sus pensamientos dentro de dos siglos. A falta de cátedra y academia, desde al teatro y el liceo los nombres de las poetisas contemporáneas han pasado al registro de los escritores nacionales. Nosotros tambien somos justos á nuestra manera con las literatas y poetisas españolas.

1855.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## EL ULTIMO REMEDIO.

### I.

Si conforme se compran cristales para aclarar los objetos en el prosenio del teatro, se vendieran microscopios para acercar á nuestros ojos el mundo en que vivimos, y al que no miramos mas que por

(1) En su anverso se veia un bonete con borla: encima una corona de laurel, y abajo este letrero:

ASSIDUO. PARTA.  
LABORE.

En el reverso se leia la siguiente inscripcion:

A  
SIG. D. D. MARIA  
ISIDRA DE GUZMAN.  
ET. LA CERDA.  
HUM. LIT. ET PHILOS.  
DOCT.  
COMPLUM. ANNO.  
MDCCCLXV.

(2) En su oracion de gracias publicada en el *Memorial literario* de mayo de 1785. El *Diccionario enciclopédico de Buillon* (tom. I de 1758, part. II, pag. 555) alaba la presente recepcion en la Real Academia española.

el postigo de la puerta falsa, ... ¡cuánto mejores seríamos, y cuánto mas felices! Esto decia Andrés.

La invencion de los sotabancos fué sin duda de algun arquitecto que habia vivido largo tiempo en bohordilla, y sin otros méritos, bien merecia por este solo que su nombre estuviera esculpido en mármoles y grabado en todos los corazones de los abohardillados individuos; esto decia Diego.

Y yo estoy cansado de oiros desbarrar, murmuró con enfado un hombre de treinta años escasos, que estaba en el fondo de la habitacion lavando pinceles, y al que llamaremos Antonio.

—¿Lo dices por mí? preguntó Andrés.

—¿No te referirás de hijo á mí? repuso Diego.

—Lo digo por los dos, sí, por los dos; el uno con sus continuos llo- riquesos, el otro con su interminable sarcasmo; ni con resignaciones ni con iras hemos de adelantar un paso, y harto tiempo hemos perdido ya con desesperarnos; á buscar un remedio pronto, á pensar por un momento la imaginacion de cada uno, porque nuestro ingenio tiene precisamente que cotizarse.

—No será porque no se lo ofrecí ayer al pícaro del usurero, contestó Andrés; pero ni por esas: la virtud, la vergüenza, el deshonor, todo tiene su valor intrínseco ó relativo, menos el talento y el genio; serán condiciones ideales de mas valer que el mundo; pero á fé que oyendo decir todos los dias que fulano tiene tal capital en fincas, ó tal otro en papel, jamás oimos, aquel tiene dos reales de talento. ¿Pero á qué perdernos en vanas exclamaciones? Cuando una cosa no tiene remedio, lo mejor que puede hacerse es no esperar ninguno. Desengáñate, Antonio, desengáñate, Diego.

—Se compuso lo de Caparota y lo ahorcaron en viernes, exclamó Diego: suceda lo que quiera; pero durmamos entre tanto.

—Siempre con tu imperturbable sangre fria, siempre con tu cándida confianza, murmuró Antonio con aquella dulzura de la desesperacion crónica: lo necesario, lo preciso es encontrar un remedio.

—Yo no veo mas que uno, repuso Andrés.

—¿Cual?

—Sálvanos, Andres.

—¿Encuentras un medio?

—Sí: único, poderoso, fácil, pronto, eficaz, y que acaba con todas nuestras desgracias. Cuando un valiente general ha perdido las esperanzas de la victoria, y solo puede salvarse merced á una retirada vergonzosa, cuando un marido infeliz ha apurado todas las amarguras del ridículo, solo le resta un medio, *la muerte*. A nosotros nos ha vencido la fortuna; unidos á ella con los lazos de nuestros méritos, nos ha ultrajado, infame adúltera, para prodigar sus favores á otros que tan lejos de merecerlos se encuentran; estamos pues en el caso de salvar nuestro honor como el general y el marido. Formemos una sociedad suicidatoria, cuya base principal sea el hambre, arma homicida que sobre nuestras cabezas descansa con la fuerza de cuarenta trabucos, ya que no tenemos la mas inocente herramienta que pueda abrirnos las puertas de esa malhadada felicidad que los sepulcros guardan.

—No, contestó Antonio, la misma desgracia nos proporciona una muerte fácil á todas horas; las ventanas de este nido de desdichas son el portazgo de la eternidad mas espacioso y económico; y ciertamente que el puerto de arriba no deja de prestarse tampoco á nuestros intentos, porque el empedrado de la calle de la Cabeza es todo lo que se puede apetecer para el caso.

—Pues pensemos en ello, repuso Diego, siquiera por discurrir en algo.

—Sí, dijo Antonio, formaremos una sociedad anónima que tendrá la ventaja de no parecerse á ninguna otra.

—Empecemos por bautizarla, repuso Diego: en mi concepto se debe titular por la analogia del medio práctico, *La Safo*.

—Hombre, yo creo que para que tenga algo de sabor de la época, se la debe llamar *la aerostática*, indicó con aire grave Andrés.

—Y yo por el contrario, dijo Antonio, creo que se la debe nombrar *El último remedio*.

—Aprobado.

—Pues queda aprobado.

En el reloj de la torre inmediata sonaron las doce, y este incidente interrumpió el diálogo; aquella hora tenia algo de fatal para estas tres almas fundidas en una por la desgracia y la desesperacion, única seda que pueda hilvanar dos voluntades, único lazo que liga á los hombres, y de tal manera para eso, que al mas ligero vaiven de la fortuna, al mas insignificante desnivel se rompe y se deshace.

Las doce de la noche era una hora fatal para Diego, y por consecuencia para sus dos compañeros de infortunio. No siendo hermanos, ni siquiera pariente, ni lo que es mas aun compatriotas, pues Antonio habia nacido en América, Diego en Aragon, y Andrés en Andalucía, ¿por qué y cómo tres hombres de carácter diverso, de distinto país y de edad diferente reian y lloraban de consuno como movidos por un

resorte, se entendían sin explicarse, y hacían causa común del pasado, del presente y del porvenir? Eso es un poder secreto que bajo el nombre de la amistad hace que dos hombres se profesen mutuamente el cariño del padre al hijo; ¿y por qué dos hermanos no alcanzan entre sí esa reciprocidad de ternura? Fácil es de comprender. Dos hermanos no tienen nunca que revelarse ni las amargas historias de la cuna, ni los deliciosos recuerdos de la infancia, ni los atrevidos pensamientos de la adolescencia, ni los torpes ó vergonzosos pasos de la juventud: dos hermanos no pueden tener nunca entre sí cosa que no haya sido común, como no sean esa clase de secretos que pertenecen exclusivamente al individuo, de esos secretos que el hombre no revela nunca ni á sí mismo. El amigo nos hace su historia y nosotros le hacemos la nuestra; el amigo nos confía sus penas, y nosotros le hacemos partícipe de las nuestras; el amigo nos cuenta sus esperanzas y sus desengaños, y nosotros le enseñamos sin disfraz todas nuestras flaquezas, todos nuestros defectos, todos nuestros vicios. Por eso es la amistad una cadena difícil de hacer, porque hay que soldarla al calor de dos corazones.

Dieron las doce y cuarto, y seguían silenciosos é inmóviles: únicamente Diego, el satírico, el que de los tres parecía antes menos dominado por el dolor, había cambiado su sarcástica faz por la livida cara de un muerto, y lloraba sin que á sus lágrimas precediera un gemido como al trueno el relámpago: los ayes del dolor intenso son sobradamente puros para que se atrevan á salir del pecho. Hacía tres años que á aquella misma hora, por la última vez, una infeliz anciana había pronunciado en sus brazos la deliciosa frase ¡Hijo mio! que solo apreciaba el que no puede escucharla ya.

La vela de sebo que daba luz á la estancia tocaba á su fin; con su chisporroteo interrumpió el silencio horrible que allí reinaba, y como si fuera la campanilla de un presidente que abre la sesión, allí sirvió para arrancar de la boca de Antonio estas aterradoras palabras: *es preciso morir.*

Tienes razón, contestó Diego; tú enfermo é incurable, á Andrés por prófugo le espera un presidio y á mí la cárcel si no entrego mañana mismo el dinero que tomé para satisfacer jaropes que no han servido mas que para empeorar nuestra anquilada salud; sin parientes, sin nadie en el mundo que conozca nuestro nombre mas que la justicia, nada podemos esperar; pero para morir necesitamos hacer un esfuerzo. Es preciso que nos vengamos del mundo que nos vilipendió tirándole á la cara la última queja. Antonio, tienes que pintar un cuadro; Andrés, mañana vas á llevar tu libro á casa del primer ministro; yo por mi parte haré la postrer visita á la Academia, se me ha ocurrido esta noche hacer una enmienda en el proyecto de mi obra.

No tenemos cama en qué dormir; pero tampoco tenemos esperanzas ni deseos que nos desvelan, y estoy seguro de que dormiremos bien.

La luz se apagó, y todo quedó en silencio.

## II.

En esas deliciosas mañanas de mayo, cuando Febo no ha desplegado aun toda la fuerza de sus rigores, los jardines del Retiro constituyen el mas delicioso paseo imaginable.

En una de aquellas calles de árboles en que al mediodía apenas penetran los rayos del sol, se deja ver un jóven de pálido semblante; su larga cabellera negra, abandonada al viento, le azota de vez en cuando el rostro, y en su traje está retratada la enemistad de la fortuna como en el charco de una fuente se retratan de noche la luna y las estrellas. Traza líneas y círculos en la arena, y tan abstraído en su trabajo parece estar, que apenas fija la atención en las gentes que pasan.

Cuando un hombre está dominado por una idea y este hombre es jóven y poeta ó artista, aquella idea absorbe todas sus fuerzas morales, y mientras no la desvuelve ó no la abandona, está tan cerca de la demencia, como el que pretenda encontrar el fin de las aspiraciones humanas.

Diego, que era el jóven aquel, cursaba el último año en la escuela de arquitectura, y había presentado ya sus trabajos de exámen.

(Continuará.)

EDUARDO GASSET.

## LA PRIMERA VERBENA.

*La primera verbena  
que Dios envía  
es la de san Antonio  
de la Florida.*

### I.

Entre flores y ramas  
tienes tu ermita,  
glorioso san Antonio

de la Florida;  
ramas y flores  
te dan, santo bendito,  
tu dulce nombre.

Bien haya el arquitecto  
que edificara  
tu templo entre las flores  
y entre las ramas;  
hermoso emblema  
del patron de los niños  
y las doncellas!—

Tras las floridas lomas  
de Somos-aguas  
se hunde el sol entre nubes  
de oro y de nácar;  
su luz postrera  
brilla en el santo muro  
de la Almudena.

Siempre que el sol se esconde,  
Virgen Maria,  
melancólica y triste  
queda tu villa...  
Santa patrona!  
que el sol para tu villa  
nunca se esconda!

Sobre el dorado alcázar  
que el cerro ocupa,  
vertiendo resplandores  
sale la luna,  
y en las tranquilas  
ondas del Manzanares  
sus rayos brillan.

Repican las campanas  
de san Antonio,  
todos los corazones  
laten de gozo,  
todos los labios  
publican de las almas  
el entusiasmo.

Ya bajan por la cuesta  
de san Vicente  
doncellas y mancebos  
cantando alegres;  
ya el pueblo invade  
la florida ribera  
del Manzanares.

Virgen de la Almudena,  
santa patrona!  
que la luna esta noche  
su luz no esconda,  
pues ilumina  
la primera verbena  
que Dios envía!

### II.

¡Oh qué azul es el cielo  
de nuestra patria!  
Azul como tus ojos,  
niña del alma,  
virgen hermosa,  
débil enredadera  
que en mí te apoyas!

¡Oh qué serenas brillan  
luna y estrellas!  
¡Qué bien huelen las flores  
de la pradera!  
¡Qué perfumadas  
á refrescar mi frente  
vienen las auras!

Gloria al Señor que puso  
mi pobre cuna

donde hay estas estrellas  
y hay esta luna,  
y hay estas flores,  
y hay estas dulces auras,  
y hay estas noches!

Todos se regocijan  
en la verbena;  
todos, mozos y ancianos,  
varones y hembras,  
cantan y bailan,  
comen, bebén y rien  
ó de amor tratan.

Para tratar de amores  
unos anhelan  
las misteriosas sombras  
de la arboleda,  
los otros buscan  
las praderas en donde  
brilla la luna.

Y en el prado florido  
ó en la arboleda,  
á la luz de la luna  
ó en las tinieblas,  
¡qué bien, Dios santo,  
se comprenden los pechos  
enamorado!—

El oriente se inunda  
de resplandores,  
estrellas y luceros  
su luz esconden,  
las aves cantan,  
aquí suenan clarines,  
allí campanas.

Y por ver los encantos  
de la ribera,  
y escuchar los cantares  
que en ella suenan,  
los moradores  
del alcázar se asoman  
á los balcones.

¡Oh que hermosa es la vida  
pues la engalana  
cada veinticuatro horas  
una alborada!  
¡Oh si tuviera  
cada veinticuatro horas  
una verbena!

### III.

Repican las campanas  
de san Antonio,  
el templo abre sus puertas  
á los devotos....  
¡Bendito sea  
el patron de los niños  
y las doncellas!

De agradecidas madres  
son donativo  
esas flores que adornan  
el santo niño,  
el niño hermoso  
que sonríe en los brazos  
de san Antonio.

Y en el altar pusieron  
esas guirnaldas  
las tiernas doncellitas  
enamoras  
que al santo deben  
el ver correspondido  
su amor ardiente.

¡Veis esa hermosa jóven

que llega al templo  
conduciendo en sus brazos  
un angel bello?  
Pues es la madre  
con quien todas las noches  
sueña ese ángel.

Y á cumplir con un voto  
que al santo hizo  
estando moribundo  
su dulce hijo...  
¡sin esperanza  
viendo al fruto bendito  
de sus entrañas!

¡Veis esa hermosa virgen  
cuya mejilla  
se pone colorada  
cuando la miran?  
¡que al altar llega  
cargadita de rosas  
y de azucenas?

Pues sabed que en la villa  
cuentan que un voto  
hizo al Santo bendito  
si hallaba novio,  
y desde entonces  
va un mancebo á su reja  
muerto de amores.

Hijos de la armonía,  
nobles hermanos,  
ofrenda de cantares  
traed al Santo,  
que hoy es la fiesta  
del patron de los niños  
y las doncellas.

15 de Junio de 1852.

ANTONIO DE TRUEBA.

### BESOS A CUPIDO.

Pues al ver de Diana  
los ojos bellos  
en vivísima llama  
se ardió mi pecho,  
toma, Cupido hermoso,  
mil y cien besos,  
cien millones y miles  
y mil y ciento.

Busca, niño amoroso,  
mi dulce dueño,  
y enciende en igual llama  
su blando pecho;  
mas antes toma en pago  
cincuenta besos,  
y otros mil y millones  
y mil y ciento.

Por si del labio mio  
un solo beso  
en tu tierna mejilla  
echas de menos,  
toma, niño del alma,  
mil y cien besos,  
cien millones y miles  
y mil y ciento.

Cádiz, 1844.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





IGLESIA DE SAN SULPICIO.

La iglesia de San Sulpicio, que trae su origen del año de 1633, es un majestuoso y elegante edificio, en el que la reina Ana de Austria puso la primera piedra: por falta de dinero se paralizaron los trabajos, y su continuacion no tuvo lugar hasta el año de 1733, terminando el pórtico el arquitecto Servadoni, en el año de 1743. Las torres fueron construidas por Maclaurin y Chalgrin; la del Sud por el primero, en el año 1749, y la del Norte por el segundo, en 1777. El coro y los costados habian sido concluidos en 1678; el pórtico se empezó el año de 1733 y se concluyó en 1743, y las dos torres en las dos épocas dichas ya. La una de estas torres, la del Norte, es mas alta que la del Mediodia, que tiene una figura cuadrangular. Estas dos torres, en un todo semejantes hasta el primer piso, se diferencian bastante en la parte superior. Pero no debe acusarse á los arquitectos por esta desigualdad, sino al arzobispo de Paris, que quiso en un parasismo de aristocracia que solo la metrópoli tuviese dos torres idénticas y acabadas. De aquí proviene la conocida frase de Victor Hugo, que compara el panteon á una torta de Saboya, las torres de Nuestra Señora á dos estuches, y las de San Sulpicio á dos modestas flautas.

El pórtico de San Sulpicio se cita como una maravilla en su género; tiene de largo 128 metros, y se compone del orden dórico y jónico. Las dos estremidades son dos cuerpos cuadrados, que sirven de base á las dos torres; tienen 70 metros de elevacion, 2 mas que las de Nuestra Señora. Al extremo del pórtico y frente á las torres se

hallan, al pié de la calzada, dos capillas adornadas con estatuas alégóricas, habiendo en la una un bautisterio y en la otra un santuario del Viático.

La estension de la iglesia desde la primera grada de la fachada principal hasta la capilla de la Virgen es de 144 metros, y su altura de 33, contando desde el empedrado hasta la estremidad de la bóveda. A derecha é izquierda de las puertas laterales, por la parte exterior, hay nichos con estatuas de santos que tienen 3 metros de proporcion. El coro cuenta 27 metros y medio de largo, y se halla rodeado por siete arcos que sostienen columnas corintias. A los lados de la nave se hallan doce estatuas de piedra que representan los doce apóstoles. El altar mayor, colocado enfrente del coro, es de muy buen efecto, y la capilla de la Virgen, situada al lado de la iglesia, tiene su cúpula pintada al fresco por Lemoine, representando esta pintura la Virgen de la Asuncion. En el fondo de la capilla hay un nicho que contiene un grupo representando á la Virgen con el niño Jesus en los brazos. A la derecha está la capilla de San Mauricio, con dos cuadros al fresco, dignos de la atencion de los inteligentes. Este San Mauricio era un tribuno militar, jefe de una compañía que habiendo rehusado marchar contra los cristianos genoveses, fué muerto alevosamente con parte de sus soldados. Las pilas de la iglesia son de concha, y muy notables su volúmen y mérito; es un presente que la república de Venecia hizo á Francisco I. Dos columnas de orden compuesto sostienen la tribuna de la caja de los órganos, instrumentos que fueron fabricados por el célebre Cliquot.

La iglesia, que ocupa una línea meridional, tiene de estension 38 metros y 30 centímetros, y á su estremidad, que linda al

Norte de esta línea, se prolonga y se eleva verticalmente un obelisco de mármol blanco, de 8 metros y 55 centímetros de altura. La ventana meridional se halla enteramente cerrada; excepto una abertura por donde penetra un rayo de sol, que forma una imagen sobre la línea vertical de un obelisco. Esta línea meridiana y el obelisco datan del año de 1745, y tienen por objeto fijar el equinoccio de primavera y el de domingo de pascua.

Se han colocado dos telégrafos en la torre de San Sulpicio, que se corresponden con el de San Eustaquio y el del ministerio del Interior, y al costado de la iglesia se halla el seminario de San Sulpicio, que es un vasto edificio construido en el reinado de Carlos X, y que cómodamente puede contener 150 colegiales: tiene una ayuda de parroquia en Issy, cerca de París.

Por último, no debemos omitir que en San Sulpicio, dió la ciudad de París un espléndido banquete al general Bonaparte á su vuelta de Egipto, y que fué acaso una de las fiestas nacionales mas brillantes que se dieron durante la República.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### DESDE EL ALCÁZAR Á LA PUERTA DE LA VEGA.

Las cercanías del antiguo Alcázar, y aun las del moderno palacio, hasta nuestros mismos días, presentaban por todas partes un aspecto muy indigno ciertamente de la grandeza y decoro propios de la mansión real. Barrancos y despeñaderos á los lados Norte y Poniente; mezquinas iglesias, tapias de huertos y conventos, y apiñado y pobre caserío, que le hacían poco menos que inaccesible por los lados de Oriente y del Sur.—En vano Carlos V y Felipe II, á costa de crecidos sacrificios, habían adquirido considerable estension de terreno á la parte setentrional y de Occidente, desde la montaña que hoy se llama del Príncipe Pio hasta el rio y Cuesta de la Vega, y mas allá la inmensa posesion de la Casa del Campo, comprada á los herederos del licenciado Francisco de Vargas; en vano emprendieron obras considerables, desmontes y plantíos en toda aquella estension, y muy especialmente en el trozo que media entre palacio y el rio, convertido en un ameno parque, que luego fué destruido injustamente, hasta que le hemos visto reaparecer de nuevo mas brillante en el reinado actual. En vano hicieron desaparecer algunos huertos y casuchos, así como tambien el convento de San Gil y la parroquia de San Miguel de la Sagra que estaba junto á la puerta principal del Alcázar, y que se derribó y trasladó á otro sitio con el objeto de dejar desembarazada aquella y formar la esplanada que hoy es plaza principal de palacio; todo lo que consiguieron fué hacerle algo mas accesible por este lado, y formar aquella plaza cuadrada con un cuartelillo para la tropa y el edificio de las Caballerizas Reales, hoy la Armería, quedando abierta por la banda occidental, hasta que en tiempo de José Napoleon se hizo la balastrada de piedra que la cierra y decora. Por lo que hace á los demás frentes del Alcázar, permanecieron poco mas ó menos ahogados que en un principio, con los barrancos, precipicios, huertos, conventos y callejuelas de que nos ocuparemos á su tiempo.

Siguiendo por ahora nuestro paseo mental en direccion de la antigua muralla hasta la puerta de la Vega, tropezamos en primer lugar con el ya citado edificio, aun existente, de la Armería, mandado construir por Felipe II con destino á caballerizas reales, sobre cuya obra le escribía el mismo Felipe á su arquitecto Gaspar de Vega desde Bruselas con fecha 13 de febrero de 1559, diciéndole entre otras cosas lo siguiente: «El tejado de las caballerizas de Madrid queremos sea tambien de pizarra y de la faccion de los de por acá; hareis se prevenga la madera para ello... Y porque en el dicho cuarto ha de haber mucha gente y paja y otras cosas peligrosas para el fuego, será bien que el primero y segundo suelo sean todos de bóveda, sin que en ambos suelos haya otra cosa de madera sino puertas y ventanas, y así lo ordenareis...» Y efectivamente se verificó de este modo y se cubrió con su alto caballete apuntado, empizarrado y rematando en forma de piñón á los costados al gusto flamenco. De este edificio, que ocupaba además por una prolongacion y figura bastante irregular, gran parte de lo que hoy es plazuela de la Armería, solo se conserva el lienzo que da frente al palacio, y que en su piso principal encierra el inmenso salon de 227 pies de largo por 52 de ancho, que ocupa el magnífico museo de la Armería, mandado trasladar á él desde Valladolid por el mismo monarca Felipe II al año siguiente de su terminacion (1563).

En cuanto al grandioso arco abierto en el mismo edificio y que sirve de ingreso á la plaza de palacio, aunque parece que debia formar parte de la primitiva construccion, no creemos fué así, pues por un lado no le hallamos señalado en el minucioso plano de 1636, antes solo la continuacion del edificio en direccion á la puerta de la Vega; y por otro se nos asegura con documentos, que no hemos visto, que dicho arco fué obra del tiempo de la minoría de Carlos II, y mientras la prinzanza de D. Fernando Valenzuela con la Reina Gobernadora. Durante la dominacion francesa, se derribó muy oportunamente la parte del edificio destinado en lo antiguo á caballerizas y que ocupaba, como queda dicho, un buen trozo de lo que es hoy plazuela de la Armería, juntamente con las manzanas de casas números 444 y 445, que se levantaban entre dicho arco y la cuesta de la Vega, formando las callejuelas de *Pumar*; de *Santa Ana la Vieja* y del *Postigo*; solo quedó en pié enfrente á la Armería la antigua casa llamada de *Pages* de S. M. por haber sido destinada á este colegio real, pero que en lo antiguo perteneció á la familia y mayorazgo de los *Guevaras*, habiendo sido labrada en el siglo XVI por D. Felipe de Guevara, señor de la casa de este apellido, gentil-hombre del emperador, muy valiente capitán, y erudito anticuario, autor de los *Comentarios de la pintura* y de otras obras.

La casa que ocupa toda la manzana 445, es llamada *del Platero* por haber sido construida á principios del siglo pasado por un rico comerciante de joyería, que aun solia decir «que después de haber levantado aquel palacio le quedaba todavía una onza para poner debajo de cada teja.» Posteriormente parece que perteneció al colegio de plateros bajo la advocacion de San Eloy, de quien sin duda hubo de adquirirla el gobierno para colocar en él sucesivamente diversas oficinas, el Crédito público, Caja de amortizacion, Museo naval, y actualmente el Tribunal de cuentas.—Estrecha con este edificio la mezquina callejuela llamada de *Malpica*, la antiquísima casa de los marqueses de este titulo y de Povar, que en lo antiguo perteneció á la familia de los Bozmedianos, que desempeñaron los elevados cargos de secretarios ó ministros del emperador y de su hijo Felipe II, siendo tradicion que el primero de aquellos monarcas paró mas de una vez en Madrid en esta casa del secretario Juan de Bozmediano. En ella nació tambien la heroica y desgraciada Doña Juana Coello Bozmediano, esposa del secretario de Felipe II, Antonio Perez, que no contenta con facilitar la evasion de su marido de la rigorosa prision en que estaba, y atravesar por esta causa las mas inhumanas persecuciones, hizo grandes vijajes por mar y por tierra en su seguimiento y defensa, fué modelo de amor conyugal, de valor y fortaleza.—Esta casa debió ser la última de Madrid por aquel lado, y estaba arimada á la antigua muralla, que bajaba por detrás de ella y de la huerta llamada de *Ramon* á las *del Pozacho*, que venian á estar hácia donde hoy las casas de la *Moneda* en la calle de *Segovia*. La casa de los duques de Osuna y de Benavente, que se ve después á la bajada, debió construirse sin duda sobre las ruinas de la antigua muralla, aunque pensamos que la otra casa mas baja, conocida tambien por la *chica de Osuna*, existiera ya anteriormente, y sea en el todo ó en parte la misma fábrica en que estuvo colocado el hospital llamado de San Lázaro, destinado á la cura de leprosos, y da al callejon que hoy conserva su nombre.

La puerta única de Madrid por aquel lado era la *de la Vega*, pues no existia todavía la *de Segovia*, ni el trozo de calle baja que va al puente, ni este tampoco, que fueron obras todas del siglo XVI. Dicha puerta de la Vega interrumpe la fortísima muralla que arrancaba en las cercanías del Alcázar: era de entrada angosta, y estaba debajo de una fuerte torre caballero; tenia dos estancias; en el hueco de la de adentro habia dos escaleras, á cada lado la suya, por donde se subia á lo alto; en la de afuera habia en el punto del alto un agujero donde tenían oculta una gran pesa de hierro que en tiempo de guerra dejaban caer con violencia sobre el enemigo que intentase penetrar; en medio de las dos estancias aparecian las puertas guarnecidas por una grande hoja de hierro y muy fuerte clavazon. Pero este edificio y trozo de muralla desapareció hace tres siglos por lo menos, y ni siquiera el portillo que le sustituyó, y renovó en el último, existe ya, aunque sí le hemos alcanzado á ver todavía con su efigie de piedra en lo alto de ella representando la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, patrona de Madrid, que fué hallada segun la tradicion en un cubo de la muralla á que arribaba la casa del *Almodin* ó *Alhóndiga* de los moros, habiendo sido sin duda oculta por los fieles en aquel sitio al tiempo de la invasion, y permaneció en él durante trescientos setenta y tres años, que al decir de los autores duró en Madrid la dominacion sarracénica.

El recuerdo de esta milagrosa imagen y su inmediacion nos lleva naturalmente á la vecina iglesia parroquial de Santa Maria, matriz de la villa, donde se conserva y venera todavía. La fundacion de esta iglesia es tan remota, que está envuelta en la mayor oscuridad; hay quien la supone nada menos que del tiempo de los romanos, asegurando ser en ella donde se predicó por primera vez el evangelio en Na-

(1) Véase el número anterior.

dril, y añadiendo lo que después fué colegiata de canónigos reglares; otros la señalan origen en tiempo de los monarcas godos, aunque no fijan precisamente la época; pero unos y otros convienen en que sirvió de mezquita á los moros, y fué purificada y consagrada después de la restauración por el rey D. Alfonso el VI. Posteriormente, en varias ocasiones se trató de sustituir este templo, venerable por su antigüedad é historia, aunque mezquino en su forma y dimensiones, por una catedral ó colegiata digna de la capital del reino, y aun obtenidas las bulas al efecto en el reinado de Felipe IV, se sentó solemnemente la primera piedra para esta nueva construcción en la plazoleta que se forma detrás del templo actual; pero el respeto y veneración que este inspiraba, fué siempre causa de que no se llevase á cabo el pensamiento, contentándose solo con reparar y adornar el antiguo en su parte exterior, aunque de una manera bien pobre por cierto. Su interior tampoco ofrece grandes objetos de alabanza, aunque fué restaurado en lo posible á fines del siglo último por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, siendo lo más notable la capilla de los Bozmedianos, que da frente á la entrada principal, y fué construida por aquella ilustre familia que ya hemos dicho que tenían casas allí enfrente, á mediados del siglo XVI.—Detrás de esta iglesia, formando escuadra y parte de la manzana 440, se mira aun en pie la casa que fué propia de Rui-Gomez de Silva, duque de Pastrana, mayordomo y favorito de Felipe II y de su muger la célebre Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, que tanto influjo ejerció en el ánimo de aquel austero monarca, y que fué sin duda causa de su rivalidad y de la horrible persecución suscitada por él contra el célebre secretario Antonio Perez.—Aun se ve también en dicha Iglesia la pequeña puerta en cuyo quicio es fama que el engañado y vengativo monarca asistió embozado á ver tomar el coche al objeto de su cariño, la noche misma que partía para ser conducida, por orden suya, á la torre de Pinto, que hoy miran indiferentes á su paso los viajeros por el ferro-carril de Aranjuez.—La casa pertenece hoy al Colegio de niñas de Leganés, y es la señalada con el número 4 nuevo.

El elegante edificio que da frente á los Consejos y que ha renovado su actual dueño el señor duque de Abrantes, y antes perteneció á los marqueses de Palomares, forma en el día por uno de sus costados, y formaba ya en aquella época, la estrecha callejuela del *camarin de Santa Maria* (hoy de la *Almudena*), y en ella tuvo lugar el alevoso asesinato del secretario de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo, mandado ejecutar por orden de Felipe, y por el intermedio de su citado ministro Antonio Perez, en cuya terrible catástrofe tuvo acaso la causa principal el fustoso amor que aquella hermosura (á pesar de ser tuerta ó bicepa) supo inspirar á todos tres.—Por el costado izquierdo de dicha casa corre la calle que tomó su nombre del *Factor* Fernan Lopez de Ocampo, que tuvo en ella sus casas á principio del siglo XVI, las mismas que estaban situadas sobre el pretil de palacio, al extremo de dicha calle, y fueron después de la ilustre familia de los Borjas. En ellas vivió algun tiempo el marqués de Lombay, duque de Gandia (San Francisco de Borja), y nació después el famoso poeta D. Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache. En el siglo último fué conocido este palacio por la casa de Rebeque (del embajador de Holanda, Mr. Robek, que habitó largo tiempo en ella); hoy no existe ya, ni la calle y plazuela, ambas del mismo nombre, que se formaban á su inmediación.

Como al frente del principio de la misma calle del Factor, en la Real de la Almudena, hoy plazuela de los Consejos, é interrumpiendo sin duda la muralla primitiva que se supone haber existido en Madrid, y que desde la Cuesta de la Vega y huertas del Pozacho subía otra vez por detrás de donde hoy están los Consejos hasta el pretil y antiguo Alcázar, se alzaba con el nombre del *Arco de Santa Maria*, la otra de las dos únicas puertas que debió contar el primitivo Madrid.—Este famoso arco, único testimonio de aquel estrechísimo recinto, fué derribado en 1572 con ocasión de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, y para ensanchar el paso. Era, según el maestro Juan Lopez de Hoyos, docto madrileño que escribió una obra muy curiosa para describir aquella solemnidad, una torre caballero fortísima de pedernal, en cuyos cimientos, al decir del mismo bonachon y entusiasta escritor, se hallaron unas láminas de metal, en las cuales estaba escrito (presumimos que en caldeo) que aquella muralla y puerta se habían hecho en tiempo de Nabucodonosor rey de Babilonia, de lo cual los cronistas madrileños dedujeron el paso de aquel famoso guerrero por esta villa, aunque es de suponer que no haya tenido el honor de albergarle en sus muros hasta estos últimos años que le ha aplaudido bajo la forma de *Ferri ó de Ronconi*.—Sobre el derribo de esta torre ó castillo se construyó por entonces otro arco más grande, que se llamó de la *Almudena*, y fué también derribado posteriormente.

Frente de la iglesia de Santa María, y donde se eleva hoy el hermoso palacio conocido por los *Consejos*, mandado construir por D. Cristóbal Gomez de Sandoval, duque de Uceda é hijo del famoso duque de Lerma, favorito de Felipe III, se alzaban antes varias casas princi-

pales de los Porres y Bozmedianos y otras familias, cuyos edificios fueron derribados para la construcción del ya dicho palacio de los duques de Uceda, encomendado al arquitecto Juan Gomez de Mora, quien dejó en ella consignado su buen gusto artístico. En este palacio residió después la reina gobernadora Doña Mariana de Austria, y en el mismo falleció el 16 de mayo de 1696; adquirido después por el Estado en el reinado de Felipe V, pasaron á ocuparle los Consejos supremos de Castilla é Indias, de Órdenes y de Hacienda, la Contaduría mayor y Tesorería general, y hoy, estinguidos aquellos, se hallan establecidos en él el Consejo Real, el Tribunal de Ordenes, las Direcciones del Tesoro, de Loterías y otras varias oficinas.

R. DE M. R.

## EL SALON DE DILIGENCIAS.

¡Pícaro mundo! ¡mundo pícaro! Nada hay en él que sea constante; y estoy inclinado á sostener que el mundo no es mundo, sino munda, esto es, hembra, ó lo que viene á ser lo mismo, la encarnación de la inconstancia. Por eso se quejan con razon los hombres de afecciones firmes. Un apasionado de la fresa se lamenta justamente de que apenas dura mes y medio una fruta que debía durar todo el año, y lo mismo dirán los amantes de los albaricoques, las guindas y los melocotones de Aragón, que apenas saludamos las ferias. Felices mil veces los borrachos, que todo el año tienen vino, pues no pueden llamarse tan felices los aficionados al agua si son vecinos de Madrid, porque no la encontrarán pura como no la compren por vino en alguna honrada taberna. Pero no es lo peor que pasen, como pasa la gloria mundana, los albaricoques y las fresas; lo insoportable, lo verdaderamente atroz es, que siga al invierno la primavera, á la primavera el estío, al estío el otoño, y al otoño otro nuevo invierno; cambio periódico de estaciones que cambia las costumbres de muchas familias, en grave perjuicio de los seres más inofensivos de la tierra; seres que no ha clasificado Buffon, aunque todo el mundo los conoce con el dulce nombre de *amantes*.

Estas ú otras observaciones, que en sustancia decian lo mismo, hacía yo una noche de julio; y las hacía porque me encontraba en el parador de diligencias para despedir á un amigo, que no quería morir en Madrid como murió en Roma San Lorenzo.

Terminadas mis reflexiones, creí prudente matar el tiempo dando vueltas por el saloncito y entablado conversación con las viajeras y viajeros, que iban á darnos un próximo *vale*, y con el centenar de amigos que acudían á darles un espresivo apretón de mano ó un tierno y espresivo abrazo.

Como el linaje humano está dividido en dos grandes mitades, y sería demasiada ambición y demasiado engorro querer monopolizar las dos mitades, yo me decidí por la hermosa, y antes de saber cuántos hombres embarazaban el saloncito, procuré averiguar cuántas mugeres lo perfumaban y embellecían. También me pareció prudente clasificarlas en viajeras y acompañamiento, como se clasifican los personajes de los dramas en actores y meros comparsas. Ocho eran las damas viajeras, y no bajaban de cuarenta las comparsas ó acompañantes. Casi es redundante decir que las reinas de la función eran las que iban á mudar de aires; y como que hacían papeles de reina, será justo ocuparse de ellas con antelación á las demás.

La emperatriz de todas estas reinas era la adorable Cristina. Cristina... ¡Qué hermosa es Cristina! Ya la conocen ustedes todos, y por lo tanto no es necesario que yo me entretenga en dibujar sus ojos negros y rasgados, su frente tersa como el mármol, su cabello negro y lustroso, como el ébano bien bruñido, su boquita de labios delgados y rojos como una cereza, su nariz recta y proporcionada como las de las mejores estatuas griegas, sus cejas valientemente dibujadas sin que den rudeza á su rostro, su talle esbelto como el tallo de una azucena, su mano breve y torneada, su pié pequeño y primorosamente calzado, su... Yo no quería hacer su retrato, y lo he sacado al daguerreotipo. Perdonen ustedes, señoras, y ya que me he tomado el trabajo de bosquejar á tan bella criatura, tengan ustedes la bondad de darme patente de consumado retratista. A la derecha de Cristina estaba su madre, señora, como todos saben, que ha sido muy bella, que se conserva perfectamente, y que se distingue por su finura y esquisita amabilidad. A corta distancia de hija y madre estaban unos cincuenta pollos, todos con los lentes calados, como si quisieran impedir, devorándola con sus miradas, la marcha de esta interesante criatura.

Poco distante de Cristina estaba en traje de camino la señora marquesa del Berro, acompañada de su correspondiente doncella. La señora marquesa llevaba muchas cintas, muchísimos lazos, y remuchisimo colorete: en una palabra, la marquesa era una verdadera pintura

vestida en traje de arlequín. Bien que la señora marquesa se enjabelgue todos los días, de alguna manera ha de cubrir los profundos círculos que la despiadada mano del tiempo ha ido cavando en sus mejillas

*Lindas y frescas cuando Dios quería ;*

pero encargue y mande á su modista que no abigarre sus adornos; porque, con perdon sea dicho de tan ilustrísima dama, parecía su cõfia la moña de un toro de plaza en corrida de competencia. La doncella de la marquesa era otra cosa muy distinta. La picaruela habia nacido después de la muerte del rey, de manera que andaba á raya con sus diez y siete primaveras. Tenia unos ojillos mas pícaros que un escribano de la corte, y unos colores naturales mucho mas vivos que los postizos de su ama. Estoy seguro de que la gente de la rotonda no la habia de echar en saco roto. Conversaban con la marquesa media docena de cotorrones ya pasados, y otras tantas viejas horribles.

Formando grupo aparte estaba una muger de treinta años, ni muy gorda ni nada flaca, ni baja ni de alta estatura, ni muy hermosa ni muy fea, una completa medianía y una perfecta vulgaridad. Los padres de esta buena señora tuvieron el maldito gusto de darla por nombre de pila Gerónima y por apellido Pimeaton; pero tuvieron la feliz ocurrencia de hacerse ricos y de casarla con un hombre acaparador de peluconas; de manera que Doña Gerónima Pimenton era toda una capitalista por babor y estribo, como diria un capitán de barco. Doña Gerónima llevaba un sombrero de inmensas alas y de tafetan de Florencia; un vestido de seda *guate*, y una manteleta idem per idem: de modo que la buena señora sudaba el quilo, y prometia quedarse ahogada de calor antes de llegar á Buitrago. A corta distancia, y de pié, se encontraba una Maritornes, doncella de la capitalista, fea como el pecado, y cargada con dos fiambreras y tres cestos, arsenal de provisiones de boca, que debian consumir ama y criada antes de llegar á Vitoria. La mala facha de esta Maritornes me hizo recordar que para nada se necesita tan buen ojo como para elegir una doncella. Al lado de Doña Gerónima estaba sentado un hombrequito de maneras un tanto encojidas y de mirada un mucho hipócrita. A legua se oia que este hombre era un capitalista por menor; es decir, uno de esos hombres que hacen su fortuna á fuerza de tiempo y astucia, para guardarla, pues los capitalistas improvisados ó de grandes golpes son ampulosos y arrogantes, como la yegua de un tal Arnaldo, que se murió de buena moza. El capitalista tenia sobre sus rodillas una empanada, dos pasteles y un enorme cucuruchó de dulces, que completaban las provisiones de su esposa. Media docena de dependientes escoltaban al matrimonio.

Sentada en medio de una banqueta, con la apostura de una sultana, estaba una dama bastante gruesa, bastante alta, bastante encarnada, con muchos anillos en los dedos, una gran cadena de reló, y una cõfia mas historiada que la de la lustre marquesa. A dos pasos de ella, y de pié, como ministro que espera órdenes, estaba un hombre regordete, con una carita de pascua, ó de tonto que da lo mismo, que segun la máxima de Quevedo, no dejaba la menor duda de su estúpida beatitud. El hombrequito regordete tenia en la mano una cotorrita enjaulada, y estaba esperando el momento de ponerla sobre la vaca. Todo el mundo estará persuadido de que el buen señor era esposo de la despótica sultana, porque al lado de una muger altiva se encuentra siempre un esposo tímido y pacato; pero lo que sospecharán muy pocos es, que este mansísimo cordero fuese todo un gobernador de provincia. Pues lo era de segunda clase, y estaba muy resuelto á meter en un brete á los carlistas, á los progresistas, á los conservadores, á los puritanos, á los demócratas, á los polacos, á los moderados disidentes: en una palabra, á todo bicho que no fuera un ministerial puro y neto.

Sola, absolutamente sola, estaba la octava muger, número que cerraba el cupo de las que debian encajonarse dentro de un momento en la góndola. Esta muger tan solitaria era jóven, bastante bella, y estaba vestida con poco lujo, pero con perfecta elegancia. Me llamó la atencion su aislamiento, y aprovechándome de la confusion y franqueza que media en momentos de despedida, me senté á su lado y la dije:

—Perdone V. mi impertinencia, pero me ha llamado tanto la atencion su aislamiento de V., que me he tomado la libertad de dirigirla la palabra.

—No soy de Madrid, me respondió, ni dejo en él ningun amigo.

—¿De modo que se marcha V. para siempre?

—Así lo creo.

—¿Habrá V. venido á negocios?

—Sí señor. Estoy casada con un cesante, y he pasado seis meses en Madrid solicitando su reposicion.

—¿La habrá V. conseguido al fin?

—No señor.

—Pues si yo hubiera sido ministro...

—Nunca falta quien venda destinos al precio que V., caballero.

Esta respuesta me dejó cortado; tartamudeé algunas excusas, y me levanté diciendo para mí: «El marido de esta muger merece de seguro un gobierno de provincia mucho mejor que aquel marido marracho casado con aquella fatal fantasmona; y esta pobre habrá solicitado quizás una plaza de oficial terceró.»

La mayor parte de mi tarea estaba concluida, y si no hubiera tenido que esperar al amigo de mis pecados, así hubiera pensado yo en pasar mas tiempo en el salon como en hacerme filisteo; pero mi susodicho amigo lo habia dispuesto de otro modo, y después de haber examinado las damas y criadas de aquella variada comedia, me dediqué á pasar revista á los galanes, que eran diez, incluso el gobernador de provincia, á quien habia examinado á mi sabor, y mi amigo, á quien no necesitaba examinar porque lo conocia de sobra.

El segundo personaje macho que llamó mi atencion, pues ya queda dicho que el gobernador fué el primero, fué un hombrequito muy pequeño, muy flaco, muy chupado de cara, y como de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad. Este personaje iba vestido de mahon de color de ceniza, la mas económica de todas las telas y el mas enebridor de los colores; llevaba un sombrero hongo tan mugriento, que debia haberle servido tres veranos, y unos zapatos recios, sin chispa de charol ni barniz. Pero la prenda culminante de este diminuto personaje eran unas enormes gafas verdes de cuatro cristales, que no solamente le cubrian los ojos, sino una gran parte de la cara. Parecia que estaba azogado segun la estraordinaria rapidez con que corria de un extremo á otro, y preguntaba continuamente si era ya la hora de marchar. Movido de curiosidad, le cerré el paso y le dije:

—¿Parece, amigo, que tiene V. mucha prisa?

—Cierto. Tengo muchos deseos de salir de Madrid, y muchísimos mas de llegar adonde me dirijo: me respondió inmediatamente.

—¿Y de qué procede esa estraordinaria impaciencia?

—He sido empleado.

—Eso no es malo.

—Soy empleado.

—Eso es mucho mejor.

—He sido cesante.

—Eso no es bueno.

—Me dejaron cesante tres años hace, y los he pasado en Madrid solicitando mi reposicion y comiéndome los codos de hambre. He logrado que me repongan, y voy á tomar posesion, no sea que cuando llegue me encuentre con la plaza ocupada.

—¿Qué destino desempeñaba V.?

—Una plaza de vista de aduana.

—¿Y va V. con el mismo destino?

—Sí señor.

—Por eso va V. pertrechado de esas enormes gafas verdes, para que la vista no padezca durante el camino.

—Voy á hacer á V. una confianza.

—Guardaré fielmente el secreto.

—Yo he comprado estas gafas para no quitármelas jamás.

—¡Hombrel!

—Cuando fui vista la otra vez no usé gafas; contaba escrupulosamente los hilos, y me separaron. Ahora pienso no quitarme las gafas y ver las telas como al comerciante acomode. La vez pasada viví con mi sueldo, y después he tenido hambre; ahora pienso ahorrar algunos cuartos por si vuelve la cesantía.

El vista con gafas me dejó y fué á informarse de la hora.

—¿Qué hace V. por aquí, amigo mio? me preguntó, dándome la mano otro viajero, en quien yo no habia reparado, y que si no era amigo mio era bastante conocido.

—Aquí estoy esperando á un amigo que va á tomar aires. ¿Y V. adónde se dirige?

—A París, á estudiar concienzudamente la gran cuestion social. A Londres, á examinar del mismo modo la cuestion industrial. A Alemania, á desentrañar perfectamente la cuestion filosófica. Y si me queda tiempo pasaré á informarme del estado militar de la Rusia.

—¡Larga tarea!

—Qué quiere V. ¡Hay tan pocos hombres en este país capaces de apreciar las grandes cuestiones europeas, que tiene que hacer uno solo lo que debieran hacer entre ciento.

—Tiene V. razon; los hombres grandes escasean.

—Ahí tiene V. un majadero que va á Londres sin mas objeto que darse tono de hombre rico con los banqueros de aquella ciudad; y un marqués calavera, que irá á hacer locuras con los malas cabezas de aquella sesuda aristocracia: me dijo cambiando de tono y señalándome dos viajeros, título el uno y banquero el otro, muy conocidos en la corte.

Di un espresivo apretón de manos al profundo estadista, que debia traer al Mediodía de Europa todas las tinieblas del Norte, y pasé á

examinar los cuatro viajeros, pequeñas cuestiones, comparadas con las cuatro capitalistas que iba á examinar el estadista.

¡Inútil tarea! Solo encuentro un estudiante, como todos los de esta época, sin fisonomía particular, sin olor, color ni sabor; y tres criados, pertenecientes á la encantadora Cristina, al capitalista y al marqués. El estadista viajaba solo.

—Vamos, señores, á la góndola, gritó un dependiente de las diligencias, y al mismo tiempo gritó mi amigo:

—Este saco de noche á la vaca.

—Por poco te quedas en Madrid, le dije acercándome al coche.

—Soy muy exacto, me respondió. Ni cuarto de hora antes ni minuto después.

—Exactitud inglesa.

—Cuando no estan recién comidos.

El marqués, su criado y el estudiante subieron al cupé. Cristina, su madre y mi amigo, á quien envidié tanta dicha, se encajonaron en la berlina. La marquesa del Berro, la capitalista al por menor, la gobernadora y su esposo, el estadista y el banquero, llenaron el coche. La modesta muger del cesante, el vista de las gafas verdes, las dos doncellas de labor y los dos criados, se acomodaron en la rotonda. El acompañamiento se abalanzó á las portezuelas, pero el mayoral crujió el látigo, y todos se apresuraron á abrir paso á la góndola. Un confuso adios se oyó un momento, y todos se quedaron fijos en el pesado carruaje.

¿Cuántos volverán de los que iban? ¿Cuántos realizarán sus proyectos? ¿Cuántos volverán á reunirse? Estas y otras muchas preguntas me hacia yo, en tanto que se disolvian los pequeños grupos, formados por los que habian tenido la obligacion, el pasatiempo ó el capricho de asistir á aquella despedida, y como acabé por quedarme solo, creí lo mas prudente encerrarme á escribir las reflexiones que habia hecho en EL SALON DE DILIGENCIAS.

JUAN DE ARIZA.

## ECKEUSUND.

Eckeusund es una aldea compuesta en su mayor parte de tejares, situada en la parte mas saliente de la punta de Broaker, en el golfo de Heusburgo, perteneciente al ducado de Schleswig.

El golfo de Heusburgo forma en Eckeusund otro pequeño golfo que une el estrecho entre Eckeusund y Alluóz con el golfo principal. Esta parte aislada del lago de Hausburgo se llama el Pübeisor, y se estiende hasta las aldeas de Atzbüll y Pübal. Toda esta parte es en general bastante pintoresca, viéndose además de trecho en trecho multitud de pueblecillos, entre los que hay algunos notables por su posicion y por algunos edificios feudales.



(Eckeusund.)

## EL ULTIMO REMEDIO.

(Conclusion.)

El hijo ó heredero de algun potentado hubiera concebido una magnífica idea para hacer un palacio. Diego era pobre, y los pobres tambien son egoistas; tambien saben dar oportuna direccion á su talento: habia concebido una magnífica idea para hacer un hospital.

Agitado como su pensamiento andaba de un lado á otro, y ya indeciso confundia aquí una linea para volverla después á formar; ya se cruzaba de brazos en accion de discurrir en el extremo opuesto, cuando acertó á pasar un caballero de edad ya proveya y de elevado aunque modesto porte, el cual, atraído por el aspecto de aquella fisonomía de genio, ó por deseo de ver en qué paraba aquella extravagante ocupacion, tomó asiento en una piedra que á pocos pasos habia. Al principio acaso lo creyó demente; pero es lo cierto que á los pocos momentos se le acercó, y observando aquella especie de plano le dijo en tono cortés: ¿Es V. arquitecto?

—Aspiro á serlo, contestó Diego.

—Y estos estudios son acaso el plan completo de alguna obra.

—Sí señor, de un hospital.

—Son ensayos los que aquí traza V., ¿es verdad?

—No señor, es el plano completo.

—Hombre, me gusta la pizarra; y si no temiera ser indiscreto, le agradecería que me explicara en extracto su proyecto. Y á todo esto no separaba los ojos de aquellos medios círculos tan bien estampados en la arena, que parecian un correcto dibujo.

—Por lo que veo tiene V. amor á la arquitectura.

—Mucho. Le he consagrado los mejores dias de mi juventud.

—Y acaso tengo la suerte de estar hablando con algun maestro en el arte.

—Maestro no, soy únicamente uno de sus mayores apasionados.

—Pues entonces con mucho mas placer explicaré á V. mi plan, con la única exigencia de que me diga sin escrúpulo los defectos que en él encuentre.

—No espero encontrarlos; pero si así fuese, crea V. firmemente en mi franqueza, puesto que me autoriza V. á usarla.

—Empezaré por decir á V. que mi plan es descabellado para el actual sistema de beneficencia. Hasta aquí los hospitales, lejos de ser un asilo que recordase el pobre con gratitud, han sido el horrible cuadro en el que su memoria ve pintada la miseria, el abandono, la desesperación.

racion y las angustias del padre y del hermano y del compañero y del amigo como fantasmas aterradores que le enseñan el epílogo de su porvenir. Solo ve escarnio, solo ve profanación del hombre por el hombre.

—Os dejais acaso llevar de vuestra imaginación de joven: la caridad no es como creéis una palabra vana.

—Bien se conoce que no le ha llevado á V. la desgracia hasta un hospital. Si hubiera V. pasado cinco noches entre la vida y la muerte, rodeado de moribundos, aspirando el aliento de las agonías, sin escuchar mas que el estremecimiento de la cama vecina producido por el estertor del infeliz que venia en sus convulsiones á morir á los piés de la vuestra! Si á las puertas de la muerte no hubiérais tenido un amigo que pronunciara vuestro nombre, y que recibiera vuestro adiós al mundo!...

—Pero V. vive y recobró sin duda la salud con los auxilios de uno de esos humanitarios establecimientos.

—Si; cuando la fiebre me devoraba, y la debilidad apenas me concedía aliento, pedía con la humildad del enfermo abandonado un refresco que calmase mi sed, y si alguna vez se escuchaban estas símplicas, era para contestarme una blasfemia. Cuando la fiebre había cesado y solo quedaba de la enfermedad el decaimiento consiguiente, un aprendiz de sangrador se instruí en su oficio dividiéndome una vena, ó se probaba la fuerza de una cantárida en mi descarnado pecho.

—Me horroriza vuestra historia. Y con aire investigador dijo: ¿Ha pasado V. por todo eso?

—Y tanto mas, contestó Diego con amargo acento, pero que no es del caso. Mi plan de hospitales, digo mal, el plan de un compañero mio, está basado en lo que deben ser segun todos los filósofos mas célebres del mundo.

—¿Querrá V. decirme cuál es?

—Positivamente no, porque yo no he hecho mas que circunscribirme á lo que él me ha dicho, y por el proyecto del edificio poco se puede deducir.

—Si tuviera V. la bondad de explicármelo; acaso dé alguna luz sobre las teorías de su amigo de V.

Aquí ya todo fueron razones y proporciones algebraicas y geométricas.

Después de una larga relacion, que escuchó el desconocido con sumo interés, preguntó á Diego:

—¿Tendrá V. inconveniente en darme su nombre?

—Diego Alvarez me llamo, y en cuanto soy y valgo servidor de V.

El desconocido le miró atentamente, y como para disimular el efecto de aquella contestacion repuso:

—Y ese su compañero ¿qué profesion tiene?

—Escritor.

—¿Y cuál es su nombre?

—Andrés García.

—No le conozco: ¿hace mucho tiempo que escribe?

—Tres años próximamente.

—¿Y ha publicado alguna obra?

—Diferentes artículos sobre economía política que no ha firmado; tiene además inédito un tratado sobre administración y estadística, y no encuentra un editor que se lo imprima ni de balde.

—Pobre mozo! exclamó el desconocido; acaso tendrá un gran mérito.

A todo esto ya había avanzado el sol y empezaba á hacerse sentir el calor, por lo que tomaron la calzada que conduce al Prado, departiendo de cosas indiferentes.

Ya en la Carrera de San Gerónimo, le preguntó el desconocido á Diego las señas de su casa, y se internó en una de magnífica apariencia, despidiéndose cortésmente.

Al regresar Diego á su bohordilla se encontró en la escalera á Antonio que volvía muy contento porque había logrado vender uno de sus cuadros, espuesto hacia mas de dos meses al público en el almacén de Bellas artes de la calle del Príncipe.

### III.

Subía Andrés por la desnivelada calle de la Cabeza, cabizbajo y pensativo con su envoltorio de papeles debajo del brazo y un desengaño mas en el corazón. Apareció en las esquinas aquella mañana un cartel que decía:

«Economía política. Colección escogida de todos los mejores libros que sobre esta ciencia se han publicado en Europa. La empresa cuenta con diferentes obras originales de reconocido mérito, etc., etc.»

Andrés, que había visto el cielo abierto, acudió presuroso á presentar su manuscrito al director de aquella publicación, en el que esperaba encontrar un hombre de conocimientos científicos; pero bien pronto renunció á esta idea, porque al proponerle la impresión de su original, después de leer el título repetidas veces, le contestó con des-

preciativo gesto; Administración y estadística, Administración y estadística. ¿Qué tiene que ver esto con mi biblioteca? V. viene equivocado; esta no es la biblioteca de Autores Católicos; aquí no se imprimen libros que nadie lee; aquí únicamente de ciencia política y económica, y nada mas.

—Se servirá V. decirme, repuso Andrés, qué ramos son los que abraza esa colección de libros que V. anuncia.

—Lea V. el prospecto y déjeme en paz, que los hombres como yo no pueden perder el tiempo inútilmente.

Corrido de sí mismo salió sin duda Andrés, porque hasta su casa no levantó los ojos al cielo, y esta vez parecía que brotaban sangre.

Al mismo tiempo que él llegó á la puerta, estaba preguntando al portero por el cuarto de D. Diego Alvarez, un caballero que pronunciaba el español con alguna dificultad; al que, al descubrir á Andrés, contestó el portero:—ese joven le acompañará á V.

Subieron los noventa y un escalones con precipitación, porque el español, que había olvidado casi su lengua nativa, cuando de un paso no ganaba dos, era porque ganaba tres.

### IV.

Oficial de graduación en el ejército carlista, tratamos del que subía la escalera con Andrés; hombre pundonoroso y de una fibra y voluntad de hierro, no había querido aceptar el cambio de colores que imponía á su casaca el titulado Convenio de Vergara. Se internó en Francia con los que creyendo buena ó mala su causa no querían abandonarla, y ya enseñando matemáticas, y ya traduciendo algunas obras del español al francés, no solo adquiría lo suficiente para vivir con holgura, sino que ayudaba un tanto con sus ahorros á los compañeros de espatriación. Al año y medio, obligados por el gobierno francés á pasar á una plaza del Norte, por temores de una nueva invasión en España, se fugó á Inglaterra, donde con los reducidos recursos que le quedaban se embarcó para las Indias. Hablaba con soltura el francés y el inglés, y conocía algo de alemán, á cuyo estudio se había dedicado en el infortunio: además, habiendo recibido una esmerada educación, y militado largos años, reunía un caudal de conocimientos y de experiencia con el que en cualquier parte del mundo un hombre laborioso puede aspirar á conseguir. Ya en las Indias, su actividad é inteligencia conquistaron pronto un buen crédito, que es la base por donde se empieza á ser rico en aquellos países, como en todos los que existe el verdadero comercio. Los negocios á que se dedicó le pusieron en contacto con las personas de mas importancia, y era admitido con extraordinaria distinción por su ameno carácter en todas las principales sociedades. Es preciso tener en cuenta que era franco como un aragonés, valiente como un catalán, decididor como un andaluz, y apuesto y gallardo como el mejor mozo de Vizeaya. De aquí el que enamórase de una hermosa joven poseedora de un inmenso caudal, y está á su vez del ilustrado coronel español, se estableciera una nueva *razon comercial* en la que entraba el apellido del que sin mas elementos que su ingenio había aparecido en aquel país dos años antes, donde residió algunos mas hasta que la familia de su esposa dispuso regresar á Europa. Su presencia en Madrid es bien fácil de explicar: ¡qué golondrina no vuelve á su nido en cuanto los vientos del Norte, con abril, echan de menos sus glaciales cavernas!

### V.

Al sentir pasos en la escalera salió corriendo Antonio, y al divisar á Andrés, como si su fortuna se redujera al placer que había de causar á su amigo, empezó á gritarle: *ya tenemos dinero, ya tenemos dinero*; he vendido la *Batalla de Otumba*, he vendido la... y se quedó la otra mitad de la frase cosida al deseo de decirlo, porque descubrió al que subía los escalones de dos en dos y de tres en tres. Cuando llegó este al descanso inmediato á la bohordilla, con voz casi ahogada le repitió la pregunta que había hecho al portero, á la que contestó Antonio:

—Si señor, aquí vive, y dirigiéndose al interior, le dijo á Diego: un caballero te busca.

Pero el caballero no dió tiempo á la contestación, porque entró sin mas ni mas, y se abrazó á Diego zarandeándolo como si fuera un maniquí.

Es el caso, que como se estaba preparando para marchar á la Academia, y los zapatos habían dado en la manía de reirse á mas y mejor de las agudezas de su poseedor y de las amenazas de su dueño el artista Mr. Fiel ó Mr. el Andaluz, Diego se entretenía en describir con tinta algunas paralelas horizontales en el ventilado cargamento de los sudochicos, y por consecuencia estaba descalzo del pié derecho, y tenía ambas manos ocupadas, una con la prueba del delito y otra con el código y la sentencia.

—Hermano mio! dijo por fin después de repetidos abrazos el desconocido.—Hermano mio! ¿no me conoces?

Diego, sin saber qué contestar, miraba á su cariñoso interlocutor todo asombrado.

—Soy Carlos, soy tu hermano.

—Carlos... Decis que sois Carlos, que sois mi hermano, le preguntó Diego, cuyos ojos parece que querian saltar de sus órbitas.

—Sí, Diego, soy tu hermano.

—Caballero, dispensadme; mi único hermano murió en la guerra el año 59.

—Te engañas, hermano mio, sí, soy yo mismo que, dado por muerto en Morella, salí á campaña nuevamente días antes de la disolución de nuestro ejército.

Pero estas palabras parece por la celeridad y la fuerza que tenían, que las pronunciaba un relámpago.

—Carlos!

—Diego!

—Hermano mio!

Y se abrazaron, permaneciendo así un instante sin voz y sin movimiento. Las lágrimas de Diego se escondían entre los largos cabellos de Carlos, y las de este caían en el desnudo pié de su hermano.

Antonio y Andres, á la puerta el uno y junto á la ventana el otro, contemplaban esta escena mirando al cielo.

Al mismo tiempo paraba un carruaje á la puerta de la casa.

Carlos fué el primero que rompió el silencio, y mirando á su alrededor exclamó con sentida voz:

—¿Cómo te encuentro!

—La última noticia que tuve tuya fué con la de la muerte de mi pobre madre; desde entonces desapareciste de Calatayud, y cuantas diligencias practiqué en tu busca mi amigo el conde de la Vega, fuéron en balde hasta hoy que la casualidad se las ha proporcionado.

—¿Y qué eres? ¿de qué vives? ¿cómo lo has pasado hasta ahora?

—Hermano, tan triste y tan larga de contar sería la historia nuestra en estos últimos años, que puedes evitártela, y con ella muchas aflicciones.

—¿Pero en qué te ocupas?

—Voy á concluir la carrera de arquitecto dentro de breves días.

Entonces se apercibió Carlos de que no estaban solos, y saludó cortésmente á los compañeros de su hermano, al mismo tiempo que asomaba el portero su vetusta faz, anunciando al señor conde de la Vega.

Salieron á recibirlo todos menos Carlos, que miraba sorprendido el aspecto de aquella vivienda.

Diego, al descubrir al desconocido con quien había paseado en el Retiro, exclamó sorprendido:

—Es V. el señor conde?

—Y en cuanto soy y valgo, servidor de V., amigo mio.

Carlos cojió de la mano al conde de la Vega, y paseándolo por aquella desordenada habitación le dijo al oído:

—Cuanta miseria! Mira la situación en que encuentro á mi infeliz hermano, que sin recursos de ninguna especie ha sabido hacerse una carrera distinguida.

Y le contestó el conde tambien al oído:

—Pues aquí reside el genio: mira esas paredes, repara en esos manuscritos, y en esos dibujos que conozco casi por incidencia.

## VI.

Estamos en el mes de mayo. Hace dos años que ocurrieron los sucesos precedentes.

Andrés tiene una reputación literaria de importancia; es redactor del periódico oficial del gobierno, y el producto de sus obras constituye un lucido patrimonio.

Antonio ha presentado un cuadro en la esposición que ha mandado adquirir el gobierno para colocar en la Academia. La embajada inglesa ha comprado á elevado precio todos los que encerraba la bohardilla de la calle de la Cabeza, y los que después ha pintado en su magnífico estudio de Carabanchel. Por el que hoy ocupa la atención de los inteligentes se le ofrece una respetable suma que él no acepta, porque está decidido á regalarlo á la nación.

Diego construye en la actualidad diferentes casas, algunas de su hermano, que resuelto á establecerse en Madrid, ha querido afianzar una parte de su caudal.

El marqués de la Vega, viudo sin hijos, se pasa la mañana en el estudio de Antonio. Andrés, que vive con él, hace la delicia de su mesa con su buen humor y gracejo, y Diego le acompaña á paseo regularmente por el Retiro, donde suelen alguna vez disputar, haciendo rayas en la arena, sobre si la manzana de casas de tal parte debía seguir recta ó hacer esta esquina y formar aquella curva. El marqués de la Vega es feliz, porque dice que tiene tres hijos, un pintor de rele-

vante mérito, un economista aventajado, al que pretende en la legislatura próxima hacer padre de la patria, y un arquitecto que es á la vez su tesorero y su secretario.

La esposa del ex-coronel vive cada vez mas contenta y feliz en España, y en su casa se reúnen todas las noches el conde de la Vega, Antonio, Andrés y su cuñado Diego, á quien llama siempre *mon frere*, que es como cuando no conocía el idioma español le titulaba.

Andrés acompaña al piano á Serafina, la niña de la casa, que no está contenta cuando tarda su amigo; sus padres se sonrien siempre que pregunta inocentemente por él.

A las doce de la noche de aquel día se reunieron Diego, Andrés y Antonio en el estudio de este; todos lloraban; pero en vez de maldecir su desgracia, decían á una voz:

La providencia ayuda siempre á los buenos; cuanto mas tarda en conceder su protección, tanto mayor es el premio que les aguarda.

El último remedio era un remordimiento para todos, que ninguno sin embargo recordó.

EDUARDO GASSET.

## UN DRAMA EN EL TEATRO DEL BALON DE CADIZ.

Era la época de los dramas, y lo que es mas, de los dramas horripilantes; época en que los periódicos de Madrid ridiculizaban en sangrientas caricaturas al *pastor clasiquino* pintándole con su zampona y su viejo casacon, sentado en una silla á la sombra de la espesa haya de Tíñiro, y dejando pacer sus ovejas mientras él, con sus setenta navidades debajo de la peluca, cantaba los desdenes de su Tirsi. Entonces se hubiera tenido por una completa *cursería* el asistir á una representación de *El sí de las niñas*, si es que algun empresario estaba tan mal con su dinero que la pusiese en escena, y entonces *La Angela* y *La Teresa* de Dumas, *Lucrecia* y *El Tirano de Pádua*, de Victor Hugo, eran las mas interesantes como las mas morales de cuantas obras habia producido el ingenio humano en los malamente llamados buenos siglos de la literatura dramática. En este tiempo pues el teatro del Balon anunció en sus cartelones con cada letra tamaño como una hogaza de pan de Alcalá un dramote titulado *Treinta años ó la vida de un jugador*, cuidando de colgar en las esquinas primorosos transparentes bien cargados de almagra, los cuales, con tres noches de anticipación anunciaban á las apiñadas turbas el magnífico espectáculo que iba á tener lugar junto al reñidero de gallos; y como para darles una muestra de lo espasmódico de las situaciones y de lo patético de los lances, hizo la empresa fijar en todas las esquinas cuadros que representaban, ora un hombre que andaba á pistoletazos con diez gendarmes, ora otro que á puñalada limpia machacaba las liendres á un desventurado prójimo, y ora en fin, un reo agarrado sobre el patíbulo, haciendo su último viaje en medio de un lucido acompañamiento de sacerdotes, de soldados y de hermanos de la Caridad.

Preciso era ser de estuco para no caer en la tentación, y entonces me dije á mi propio: «Marchemos con el siglo, y sí no con el siglo, con la época. Esta es de emociones... pues yo voy tambien á buscar emociones. Dicen que al hombre fuerte, comida fuerte, y es menester que la posteridad vea nuestra fortaleza, en lo crudo, en lo indigesto del manjar con que alimentamos nuestras almas, así como calculamos la austeridad de los lacedemonios por el horrendo breva de su salsa negra.» Esto dije, y esto me propuse hacer, comenzando mi educación moral en el teatro del Balon de allí á dos días, los cuales esperé impaciente, como todo aquel á quien aguarda un verdadero acontecimiento de aquellos que deben cambiar la faz de su vida entera.

Llegó pues el día, y lo que es mas, llegó la hora, que era, por mas señas, la del anochecer de una tarde de las crudas de diciembre. Un norte largo soplabá sin tropezar en rama desde las heladas regiones del polo hasta tropezar con la modesta fachada del teatro del Balon, cuyo interior ha sufrido posteriormente notables reformas; pero que era en la época á que nos vamos refiriendo tal como lo describimos á continuación.

Cuando circunstancias muy gloriosamente molestas hicieron forzosa la creación de un teatro adonde no alcanzasen las bombas del ejército francés, los que tomaron á su cargo la obra se pusieron completamente al nivel de los sucesos. Los mas de los vecinos de Cádiz habitaban en improvisadas tiendas de campaña, ó alquilaban á peso de oro seis piés de terreno en alguna accesoría de las adyacencias del Hospicio, único lugar donde no existía la probabilidad de ser aplastado. El teatro del Balon debía estar en consonancia con semejante género de vida, y en efecto se hizo estrecho, molesto, ahogado; se le pusieron palcos como jaulas, y en el patio descarnados bancos, en comparación de los cuales fuera cómodo sofá el banco del herrador de

la esquina. Dejé larga porción para la gente de á pié, y en vez de plateas se establecieron unas especies de cobachas con gradas, llamadas por mal nombre galerías, cuya primera fila, única de donde podía verse el escenario, se pagaba mas cara que las otras, segun estaba muy puesto en el órden. Esta distribucion no habia variado esencialmente muchos años después, y era la propia que conservaba en el dia á que me refiero, con la sola y esclusiva mejora (si tal podia llamarse) de haber sustituido con reverberos de nueva especie, situados alrededor de la sala, las luces de la suprimida araña que pendia en lo anti-guo de su techo.

Era la hora, como decia, y desembocaba yo por aquel desapacible páramo, soplándome los dedos de puro gris que corria, y presentando la popa al viento al emparejar con alguna esquina de las dos ó tres calles que hay que atravesar en el tránsito del campo; pero no habia tenido la precaucion de proveerme de asiento, y con dolor de mi alma supe al llegar al botiquin que estaba vendida hasta la última localidad. La infantería estaba rellena á pison, y no me atrevi siquiera á probar fortuna en ella: por fin, un chico me revendió un asiento trasero de galería, donde después de sudores de muerte pude colocarme, si es que merecia el nombre de colocacion la que yo disfrutaba en aquella mala grada; porque siendo el último de los ocupantes, claro es que no me habian de guardar el mejor sitio: así era que solo podia ver una pequeña parte del escenario, y eso cuando me alzaba sobre las puntas de los piés, posicion harto difícil para mi que no he sido nunca aficionado á bailar el bolero. Resignéme con mi suerte como el ahorcado con la suya, y á poco comenzó el drama.

Ya se colige que poco pude enterarme de él por mas que estiré el pescuezo, el cual hubiera yo querido tenerle aquella tarde del largo del de cierto avestruz que no ha mucho ostentaba en los espectáculos de Cádiz su feisima estampa. Sin embargo, logré á duras penas ver que uno de los actores llevaba botas de campana, y al momento dije para mi capote: «ya te conozco: tú eres el hombre malo»; porque en efecto, tengo observado que no hay picaro alguno en esos dramas, donde nunca deja de haberlos, que no use botas de campana como distintivo dramático de su maldad. No me engañé. Aquel era el jugador, el que hace morir á su papá de un berrenchin que le hace tomar, que se casa, que juega hasta la cama de su muger y de sus hijos, que anda á palos y á pistoletazos con sus compañeros de vicio, que quiere quemar á su hijo mayor porque husmea que trae algunos cuartos, y que termina su carrera al cabo de treinta años de hambres y de crímenes, cayendo en manos de la justicia. Todo esto me lo anunciaban ya sus pícaras botas; y véase cómo el calzado puede tener una poderosísima influencia en la moralidad de los hombres.

No hay que decir que el público aplaudia á rabiar y que se estasiaba al considerar todo el esfuerzo de ingenio que emplearia el autor para poder presentar reunidas tantas atrocidades y tantos horribles lances en el corto espacio de treinta años, que es lo que se supone durar el drama. Mucho dura por lo visto el pellejo de un pícaro: de seguro no duraron tanto las campanas de sus botas.

Entre los extraños acontecimientos del drama, es el uno, y el mas venial acaso, que el protagonista mata á otro de un pistoletazo. Aconteció pues aquella noche, que al sonar el tiro nos quedamos todos á oscuras, porque la explosion apagó las luces del teatro. Por fortuna terminaba el acto, y en el intermedio se remedió la avería; pero fué necesario que se nos hiciese saber estra-oficialmente la muerte de aquel hombre, puesto que no la habiamos visto. Aquello fué, en efecto, morir sin sol, sin luz y sin moscas.

Concluido que fué el drama, el público, sin duda por quitarse el amargor de la boca, comenzó á pedir á gritos el ole, no anunciado. Resistióse la autoridad; hubo tole tole; rompiéronse algunos bancos; la fuerza armada se puso sobre las armas; la policía llevó presos á algunos; repartió sendos estacazos á los mas contumaces, y el auditorio en masa abandonó el teatro, dejándose allí mas de cincuenta mugeres los zapatos, que es lo primero que ellas sueltan cuando corren. Yo fui arrastrado por la marea, y antes de mucho tuve que pasar del insufrible calor del coliseo á la helada temperatura de aquel descampado sitio. Por dicha, en vez de la pulmonía para la que tantos méritos tenia contraídos aquella noche, solo tuve un par de dias de calentura, durante los cuales mi imaginacion me ofrecia sin cesar la mala estampa de aquel hombre con sus botas, los aullidos de aquellas mugeres sin sus zapatos, y las descompasadas voces de los que pedian el ole. Calmóse al cabo mi fiebre y dejé de ver visiones; pero de allí en adelante no volví á fiarme de los pomposos transparentes del Balon.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## EL VIAJANTE Y EL MESONERO.

Cierto viajante  
llega á un meson,  
hambriento,  
sediento,  
grita: patron,  
¿hay que comer?  
Y el martagon:  
de todo hay, dice,  
gran provision.—

Vengan perdices.—  
Nadie las caza;  
no hay en la plaza  
un perdigon.—

Arroz con pollo.—  
Ni una gallina  
con esa indina  
faccion quedó.

De arroz no tengo  
ni un solo grano,  
que un valenciauo  
me lo acabó.—

Magras con huevos.—  
¿Qué desgraciado!  
hoy se ha acabado  
todo el jamon.

Si á usted le gusta  
macho cabrio,  
hay, señor mio,  
buena racion.

Parte el viajero  
sin despedirse,  
gritando al irse:  
¡qué picaron!

Guárdate el diablo,  
negra posada,  
donde no hay nada  
sino cabron.

EUGENIO DE TAPIA.

## CANCION.

Como en la noche cálida  
del aromoso estío,  
al susurrar del céfiro  
se aduerme el mar bravío;  
del mundo así las lágrimas,  
las penas y dolores,  
trueca en celeste júbilo  
el soplo del amor.

En vano al hombre, trético  
cerca el feroz quebranto,  
en vano ruge indómita  
la tempestad del llanto,  
y el hado agolpa turbidos  
sus ódios y rencores;  
que hasta la muerte es plácida  
al soplo del amor.

Desde su trono fúlgido  
el dictador eterno,  
contra el traidor espíritu  
monarca del Averno,  
en este valle misero  
de crímenes y errores,  
dióle al mortal el bálamo  
divino del amor.

J. H. GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





(Patio de la casa de San Vicente.)

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

DESDE LA PUERTA DE LA VEGA Á PUERTA DE MOROS.

Por los costados de dicho palacio de los Consejos descienden una costanilla y un pretil á la estrecha callejuela del *Estudio*, hoy de la *Villa*, plazuela de la *Cruz Verde* y á los derrumbaderos mas que calles de la *Ventanilla* y de *Ramon*, que desembocan en la calle de Segovia.—En dicha callejuela del Estudio y su número 2 nuevo de la manzana 189, con fachada tambien á la calle de Segovia (número 24 nuevo), existe aun la casa á que debe su nombre, que fué *Estudio público*, pagado por la villa de Madrid, el mismo que regentó á mediados del siglo XVI el arriba citado maestro *Juan Lopez de Hoyos*, y á que asistió el inmortal *Cervantes*, á quien el mismo Hoyos apellida en alguna de sus obras *su caro y amado discipulo*. Esta casa, propiedad entonces de Madrid, pertenece hoy á los condes de la Vega del Pozo.—La que hace esquina y vuelve á la plazuela de la Cruz Verde y calle de Segovia, perteneció en el siglo XVII al maestro *Bernardo Clavijo*; y posteriormente y á principios del XVIII fué de *Sebastian de Flores*, maestro herrero de la real casa, con cuya hija *Doña Josefa* estuvo casado el célebre arquitecto *D. Ventura Rodriguez*, que poseyó por mitad esta casa y habitó en ella.—La plazuela que se forma delante, tomó el nombre de la *Cruz Verde* por una muy grande de madera pintada de este color, que sirvió en el último auto general de fé de la suprema Inquisición, y se hallaba colocada en el testero de dicha plazuela, en el murallon de la huerta del Sacramento, adonde ha permanecido hasta nuestros días en que ha caído á pedazos por el trascurso del tiempo. En el mismo sitio se ve hoy una fuente erigida en 1850 cuando se suprimió la general de Puerta Cerrada.

El trozo de calle de Segovia comprendido entre dicha plazuela de la Cruz Verde hasta la muralla antigua (que como hemos dicho cruzaba aquella hácia las casas de Moneda) estaba ocupado por las huertas del *Pozacho*, y se cree tambien que hubo allí baños públicos en tiempo de los árabes; pero no tomó forma de calle hasta que destruida la muralla, continuaron en su direccion, y las de la nueva salida al campo las construcciones de casas á uno y otro lado; siendo

acaso las primeras las dos, una enfrente de otra, destinadas á la fábrica de la moneda, que entonces, como es sabido, era un privilegio afecto al oficio de Tesorero, enajenado de la corona, y recuperado por esta en el siglo pasado, ha continuado el mismo destino á ambos edificios, por cierto bien impropios, mezquinos é indignos de tan importantísima fabricacion.—Los demás edificios de este trozo de calle (que por largos años se tituló *Nueva de la Puente* por dirigir á la célebre obra de Juan de Herrera, construida sobre el rio Manzanares en el reinado de Felipe II) son mas modernos y carecen de títulos ó recuerdos históricos, á escepcion del antes indicado número 24, que sirvió de Estudio de la Villa y tiene como dijimos su entrada principal por la callejuela de este nombre.—En la manzana frontera señalada con el número 156 entre la costanilla de S. Andrés y la plazuela y cuesta llamada de los *Caños viejos*, hay varias casas de sólida y moderna construccion. La última, algo mas antigua y conocida (acaso por su primitivo dueño) con el nombre de *la casa del Pastor*, tiene la particularidad de que estando colocada entre la calle baja de Segovia y el final del callejon ó plazuela del Alamillo, en lo alto de la Moreria, da salida á esta como piso bajo por el que es segundo en aquella. En el costado de dicha casa que mira á la plazuela está la fuentecilla que se llamó de los *Caños viejos* de San Pedro, y sobre ella un escudo con las armas de Madrid.

Trepando, mas bien que subiendo, por aquella escabrosa cuesta ó la contigua de los *Ciegos*, se penetra en el tortuoso laberinto de callejuelas, hoy en gran parte convertidas en ruinas, conocido por el barrio de la *Moreria*.—Este distrito puede dividirse en dos trozos: el primero, comprendido desde la muralla antigua, entre las del duque del Infantado y de la calle llamada hoy de Don Pedro, hasta puerta de Moros y plazuela y costanilla de San Andrés. Y el segundo, entre dicho San Andrés y Puerta de Moros, hasta donde estaba la Puerta Cerrada, entre las cavas de San Francisco y San Miguel. Quizás sea esta la misma division que antes se designaba con los nombres de *Moreria vieja y nueva*. Nos ocuparemos por hoy del primero de dichos trozos.

Lo estrecho, tortuoso y laberintico de aquellas callejuelas real de la *Moreria*, del *Granado*, de *Yeseros*, de los *Mancebos*, del *Aguardiente*, del *Toro*, de la *Redondilla*, etc.; los rápidos desniveles del suelo, la caprichosa y estudiada falta de alineacion en las casas, y los restos que aun quedan de algunas de ellas que han resistido al poder del tiempo hasta nuestros mismos días, estan evidentemente demostrando su origen árabe, como las calles de Toledo, Granada, Sevilla

(1) Véanse los números anteriores.

y otras muchas de nuestras ciudades principales; pero la modestia misma de los restos que aun puedan sospecharse de aquella época, y la carencia absoluta de algunas construcciones importantes, tales como palacios, mezquitas, fábricas, baños, hospitales, que tan frecuentemente se encuentran en aquellas ciudades musulmicas, da claramente á entender la poca importancia que pudo tener el Madrid morisco, á pesar de los poéticos encomios de sus entusiastas coronistas, y de las preciosas quintillas y encomiásticos tercetos del poeta madrileño D. Nicolás Fernandez de Moratin (1), que se placen en consignar la tradicion de haber estado situado el tribunal ó *Alamin* del alcaide moro en el callejon ó plazuela llamada del *Alamillo*, aunque mas probablemente vendrá aquel nombre de un árbol plantado al extremo de ella, que todos hemos conocido. La casa decorada por la tradicion en aquellos barrios por el pomposo titulo de *palacio del rey moro*, y que acabó de ser demolida por ruinoso en estos últimos años, no ofrecia por cierto restos de semejante presuncion, y se diferenciaba poco en su construccion y ornato del comun del caserío mezquino de aquel barrio primitivo.

Muy posteriormente á la reconquista de Madrid por las armas cristianas, y al compás que iba creciendo su importancia, extendiendo sus limites con el derribo de la muralla y el terraplen de la *alcantarilla* que servia de foso á aquella, y dió después su nombre á la calle hoy llamada de *D. Pedro*, se construyeron sobre las ruinas de las antiguas habitaciones morunas algunas casas principales de mas importancia, y que aun se conservan en las calles de los Dos Mancebos, Redondilla y otras.

La principal sin duda de estas, y el verdadero palacio de aquel distrito, es la que ocupando un espacio de mas de 60,000 pies, y dando frentes á dichas calles y á la plazuela de la Paja, forma sola la manzana 150, y perteneció á D. Pedro Laso de Castilla, y después á los duques del Infantado.—Este inmenso edificio, el mas notable entre los raros monumentos históricos que aun se conservan en Madrid, anteriores al siglo XVI, mereció ya á principios del mismo servir de palacio ó aposentamiento á los señores Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel en las diversas ocasiones que residieron en esta villa, habiéndose construido de su órden el pasadizo que desde dicho palacio comunica á la tribuna de la inmediata parroquia de San Andrés, convertida en capilla real con esta ocasion por aquellos monarcas. Igualmente recibieron en esta misma casa á su hija la princesa Doña Juana y su esposo el archiduque, después Felipe I, y después de su muerte se aposentaron en ella los regentes del reino el cardenal Cisneros y el dean de Lovayna. En ella hubo de celebrarse la célebre junta de los grandes de Castilla, en que interpeleando estos al cardenal para que manifestase con qué poderes gobernaba, contestó asomándolos á los balcones que daban al campo y señalando la artillería y tropas: «*Con estos poderes gobernaré hasta que el principe venga.*»—Posteriormente, enlazada la casa de los Lasos de Castilla (descendientes que eran del rey D. Pedro) con la de los Mendozas, duques del Infantado, pasó este palacio á ser propiedad de estos señores, residiendo en él hasta fines del siglo anterior los poseedores de aquel ilustre titulo que tan dignamente han figurado en la historia nacional.—La necesidad de abreviar nos obliga á pasar por alto muchos de los personajes históricos nacidos ó fallecidos en esta casa, haciendo únicamente escepcion de D. Rodrigo Diaz de Vivar, Hurtado de Mendoza, sétimo duque del Infantado y nieto del célebre D. Francisco Gomez Sandóval, duque de Lerma, ministro favorito de Felipe III y luego cardenal de la santa iglesia romana. La solemnidad con que se celebró el bautizo de este infante, verificado en 3 de abril de 1614 en la vecina parroquia de San Andrés, siendo su padrino en persona el rey D. Felipe III, y corriendo la disposicion de él por su ministro favorito el duque de Lerma, fué tal, que mereció quedar consignada en las historias de Guadalajara y de Madrid. Hizose bajada desde la tribuna de la casa á la iglesia, y desde ella al aposento de la parida habia veintidos piezas seguidas y ricamente colgadas. Fué bautizado en la pila de Santo Domingo que sirve para los principes de Asturias, y asistieron á la ceremonia y fiesta toda la familia real y grandeza de la corte. Este duque fué después general de la caballería, en el principado de Cataluña, luego embajador en Roma y virey y capitán general en el reino de Sicilia, y murió en esta misma casa en 14 de enero de 1657 sin sucesion, pasando sus estados á incorporarse á los del principe de Melito y Eboli, duque de Pastrana D. Rodrigo de Silva y Mendoza.—Desgraciadamente este hermoso palacio, que ha per-

manecido en pié y regularmente conservado hasta el presente, empieza á desmoronarse, habiéndose tenido que derribar en este mismo año por ruinoso gran parte del frente que da á la plazuela de la Paja; pero se ha conservado su espaciosa escalera principal á la izquierda de su entrada, y muchos salones y aposentos; y tenemos entendido que el grandioso pensamiento de su ilustre dueño el señor duque de Osuna y del Infantado, es hacer reconstruir lo arruinado en los mismos términos en que estaba anteriormente, con el objeto de conservar vivo aquel testimonio de la historia matritense.

La manzana número 129, contigua á este palacio y unida á él como ya queda dicho por el pasadizo á la tribuna de San Andres, de una figura muy irregular, dando frentes á dicha plazuela de la Paja, calles de los Dos Mancebos, plazuela de Puerta de Moros, costanilla de San Pedro y *Calle sin puertas*, encierra en un espacio dilatado notables edificios y monumentos religiosos é históricos dignos de la mayor atencion.—Es el primero de ellos la antiquísima é inmemorial parroquia de San Andres, que ya existia por lo menos en vida del glorioso San Isidro Labrador, patron de Madrid, á fines del siglo XI, habiendo sido sepultado en el cementerio de ella en 1150; si bien el templo actual, con la ampliacion que recibió en tiempo de los Reyes Católicos, y posteriormente, á mediados del siglo XVII, conserva muy poco de lo antiguo, y es tambien muy distinto en su forma y distribucion. Actualmente la capilla mayor está sobre el sitio mismo en que antes el cementerio, en donde se halla señalado con una reja el sitio en que primitivamente estuvo sepultado el santo patrono de Madrid. A los pies de la iglesia, y donde antiguamente estaba el altar mayor, se guarda en una antigua capilla la curiosísima arca de madera sobre unos leones de piedra y decorada con varias pinturas, en la cual descansó por mucho tiempo el precioso cuerpo del Santo Labrador, y cuya construccion se atribuye á Alfonso VIII, el de las Navas, habiendo dado lugar á notables controversias históricas de los autores madrileños. Por lo demás, el templo es poco notable en su construccion, pero tiene anejos otros dos, que aunque con el modesto nombre de *Capillas*, son muchísimo mas importantes bajo el aspecto artistico que la iglesia principal.—Una de ellas, la del lado del evangelio, y con entrada tambien independiente por la plazuela de San Andres, es la elegante y suntuosa dedicada á S. Isidro Labrador, espléndida obra del siglo XVII y de los reinados de Felipe IV y Carlos II, costeada por ellos y por la Villa de Madrid hasta la suma de doce millones de reales, y cuya construccion y adorno artistico, si bien sujeto á la critica del rigorismo clásico del arte, ofrece en su conjunto una grandiosidad sorprendente, y en sus detalles grandes motivos de estudio y de alabanza.—La otra capilla, ó mas bien iglesia independiente, cae al lado de la epistola, y es la conocida con el nombre de *Capilla del obispo*, aunque su verdadero nombre es el de San Juan de Letran, con salida tambien por un patio y escalerilla á la plazuela de la Paja. Este precioso templo, de una sola nave, al estilo gótico ú ojival, del que apenas queda otro ejemplar en Madrid, encierra entre otras notables obras de arte los magníficos sepulcros ó enterramientos de sus fundadores D. Gutierre de Vargas Carbajal, obispo de Plasencia, y su padre, el licenciado D. Francisco de Vargas, del consejo de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V; preciosísima obra de escultura, la primera de su clase en Madrid, así como tambien las preciosas hojas de la puerta de ingreso á la capilla, delicadamente esculpidas y bastante bien conservadas.

En el sitio mismo donde está edificada esta suntuosa capilla, y en la parte mas alta de la colina, conocida hoy por *plazuela de la Paja*, existia á principio del siglo XV la casa del muy noble madrileño Ruy Gonzalez Clavijo, llamado *el Orador* por su facundia, camarero de D. Enrique III, y célebre en el mundo por el viaje que hizo á Samarcanda, en la Gran Bukaria, por los años de 1402, con el objeto de cumplimentar de parte de su soberano al memorable conquistador *Timur-Lenk* (Tamerlan), siendo el primer europeo, segun se cree, que penetró en aquel país de la Tartaria Mayor. Regresado á Madrid en 1406, escribió el curioso itinerario de su viaje, que después fué impreso por Gonzalo Argote de Molina en 1582, y posteriormente unido á la coleccion de crónicas de España, publicadas por Sancha á fines del siglo pasado.—Las casas de Ruy Gonzalez Clavijo debian de ser tan suntuosas, que sirvieron de aposento al infante D. Enrique de Aragón, primo del rey D. Juan el II, en 1422, y pasando á fines del mismo siglo XV á la ilustre y antiquísima familia madrileña de los *Vargas* (que tenia tambien contiguas las solariegas de su apellido), labraron en su recinto la bella capilla ya indicada.

El resto de la manzana hasta la *Costanilla de San Pedro*, *Calle sin puertas* y *plazuela de la Paja*, fué todo igualmente casas del ya citado Francisco de Vargas, de quien era tambien la Casa del Campo antes de comprarla Felipe II á sus herederos. Este licenciado Francisco de Vargas, padre del obispo D. Gutierre y señor de la ilustre y antiquísima casa de los Vargas de Madrid, fué tan privado consejero de los señores Reyes Católicos y del emperador, que no habia asunto de im-

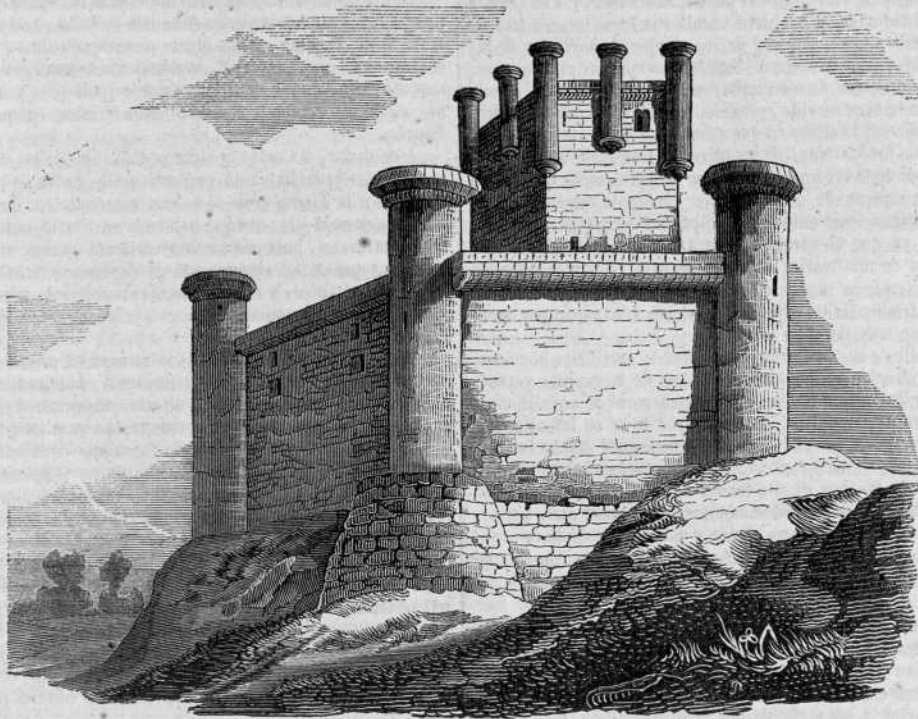
(1) *Fiesta de Toros de Madrid*, que empieza:

«Madrid, castillo famoso,  
Que al rey moro alivia el miedo, etc.»

Discurso en verso leído en la sesion de premios de las alumnas de las escuelas patrióticas verificada en 24 de diciembre de 1779, con noticias curiosas sobre el origen y nombre de varias calles de Madrid. (Véase el SEMANARIO de 1842, donde le insertamos con notas.)

portancia que no le consultasen, respondiendo con la fórmula de *Averiguelo Vargas*, que quedó después como dicho popular y aun como título de comedias de Tirso y otros.—La parte conocida hoy mas propiamente con el nombre de *Casa de San Isidro*, que recajó por alianzas con los Vargas en la familia de los Lujanes, es la que cae á los piés de la iglesia de San Andrés y tiene su entrada por la plazuela. En ella es donde se supone vivió Ivan de Vargas en el siglo XI, en tiempo en que le servia para la labranza de sus propiedades el piadoso Isidro Labrador, y en el patio de la misma casa se ve hoy el pozo milagroso de donde sacó el santo al hijo de Ivan que habia caído en él, y la estancia, hoy convertida en capilla, donde segun la tradicion espiró aquel bienaventurado. Esta casa pertenece en el día al señor conde de Oñate, como conde de Paredes, descendiente de Ivan de Vargas, por una de sus nietas Doña Catalina Lujan, condesa de Paredes, á cuyo título debe tambien el privilegio de guardar una de las llaves del arca en que se conserva el cuerpo del Santo patrono de Madrid.—Los otros edificios contiguos á la capilla del obispo por la plazuela de San Andrés, fuéron de los mayorazgos fundados por Francisco de Vargas, que recayeron en su hijo D. Francisco, primer marqués de San Vicente, y hoy pertenecen como tal al señor duque de Híjar, que conserva el patronato de la capilla. En uno de ellos (en el que está el

pasadizo á San Pedro y pretil de Santisteban) existe aun un curioso patio cuadrado, circundado de galerias con columnas y escudos de armas, de cuyo gusto puede inferirse su construccion en los principios del siglo XVI. Todas estas casas, habitadas por el mismo licenciado Vargas en tiempo de los disturbios de los comuneros, fuéron saqueadas y maltratadas por estos en ocasion de hallarse aquel ausente al lado del emperador, y encomendada la defensa del Alcázar de Madrid, de que era alcaide, á su heroica esposa Doña Maria de Lago y Coalla: posteriormente sufrieron un terrible incendio en 1541, hallándose habitadas por el cardenal arzobispo de Sevilla, y en ellas nació en 1609 el octavo condestable de Castilla D. Bernardino Fernandez de Velasco, siendo notables las fiestas celebradas para celebrar su nacimiento, entre las cuales merece mencion especial la mascarada que salió de la casa del duque del Infantado en la misma plazuela de la Paja, por donde tiene tambien la casa de San Vicente su entrada principal por dos arcos iguales.—Esta plazuela, aunque costanera é irregular, era la mas espaciosa en el recinto interior de la antigua villa, y podia ser considerada como la principal de ella, pues sabido es que la que hoy tiene esta categoria no existió hasta el tiempo de D. Juan el II, y eso estramuros de la puerta de Guadalupe, en el arrabal de San Ginés. Aquel barrio, en fin, tan importante en el Madrid morisco, y si-



(Castillo de Torrelobaton.)

glos después, con la sucesiva construccion de los palacios ó casas principales de los Vargas y Castillas, Coallas, Aguileras, Sandoval, Lujanes y Mendozas, perdió notablemente en su celebridad cuando establecida la corte en Madrid á mediados del siglo XVI, fué estendiéndose rápidamente el recinto de la villa buscando terreno mas llano en las direcciones de Norte, Levante y Mediodía, fuéron abandonadas aquellas tortuosas calles, aquellos desniveles y derrumbaderos de la parte occidental, en la cual apenas queda solo hoy mas que el recuerdo de su grandeza primitiva.

Delante de la iglesia de San Andrés y hácia el sitio que hoy lleva el nombre de *plazuela de los Carros*, venia á salir como queda dicho por detrás de la casa palacio de Laso de Castilla, el lienzo de muralla que terminaba en la *Puerta de Moros*, al sitio mismo donde hoy está la fuente con el propio nombre. Esta puerta, que era tambien fuerte, estrecha y con varias revueltas en su entrada segun la usanza de los musulmanes, y conforme aun se observan en la principal del palacio de la Alhambra de Granada y en otras de igual origen, estaba mirando á Mediodía y servia para la comunicacion con Toledo y otras ciudades principales, hasta que estendiéndose tambien el arrabal de la villa por aquel lado, desaparecieron puerta y muralla (1).

R. DE M. R.

(1) En el número próximo publicaremos la vista de la casa de Laso de Castilla, que no ha podido grabarse para antes.

## FUNCION NAVAL Y BATALLA DE TABASCO.

La conquista de Méjico, con todos sus episodios y accidentes, es uno de los acontecimientos mas grandes del mundo en el terreno de la política, de la civilizacion y de la guerra. Por esto las elocuentes plumas de Bernal Diaz y Pedro Mártir; de los Oviedo, Gomara y Herrera; del inspirado Solís, y de los cultisimos, bien que apasionados Robertson y Prescott, se han ocupado de ella para dar fama á sublimados nombres, mas que con la elegancia del estilo, con la aureola de gloria que circunda tan portentosos sucesos: y por esto tambien, aunque otras razones no militaran en abono de la conveniente economía que nos imponemos al tratar dicha conquista, nos veriamos precisados á callar, porque contrario proceder no acudiera forzado del asunto en descrédito de nuestros trabajos. El insigne Cortés, hasta allí considerado nada mas que como un aventurero atrevido ó afortunado, sale de la esfera comun del vulgo tan pronto como sienta la planta en las fronteras del imperio mejicano, y se remonta lleno de gloria al templo de los héroes. No eran ya incultas masas de seres degradados sin política ni disciplina, sin fuerza ni organizacion, sin razon ni intelligen-

cia, las que en adelante habian de oponerse á los soberbios planes de una fabulosa conquista. El país de las aztecas, lleno de una cultura superior á la de todas las naciones del nuevo continente, estaba organizado sobre los fundamentos de las antiguas repúblicas en algunas partes, y en otras con arreglo á las mas recientes monarquías. En lo político tenia sus emperadores y reyes, tribunales de justicia, jueces de categorías variadas, y todo aquello que constituye una administración recta y sólida, cimentada sobre las leyes del mas escrupuloso derecho.

En lo religioso, rindiendo culto al mas antiguo paganismo, hacia alarde de sus templos, con distintas divinidades simbolizadas por ídolos repugnantes y monstruosos, que por serlo no eran menos reverenciados de aquellos pueblos de gentiles; y en esta parte acaso era donde mas se advertia flaca la civilización de los mejicanos; los cuales tributando el mas profundo respeto á ciertas reminiscencias de la primitiva sociedad de los egipcios, de los que tal vez eran oriundos (1), así perfumaban sus dioses con la mirra y el incienso de Jerusalén, como con las abluciones humanas de sangre inocente, sacrificada en los altares impuros de tan falsas divinidades.

Por lo demás, el sacerdocio tambien estaba considerado como el brazo mas poderoso de la sociedad, saliendo de su seno en las ocasiones algunos monarcas, entre otros el mismo Motezuma, y á sus reglas y preceptos subordinado el conjunto, tenia sus leyes especiales, de las que se derivaban la continencia de los monjes, la reclusion de las vírgenes, y hasta el sagrado fuego del mas famoso templo de los paganos.

No menos prevenidos y amaestrados en la guerra, su arte primitivo, del que se habian servido, procedentes del Norte como nuestros Scitas, para señorear la tierra en que moraban, la ley de la subordinación, principio fundamental de los ejércitos mas poderosos, estaba allí cultivada con todo el esmero que se usa en los tiempos que vamos alcanzando. Su espíritu de conquista, en constante ejercicio contra las tribus fronterizas, tenia en perpétua escuela á muy experimentados caudillos, que ya que al atraso de sus armas no debieran las mas ligeras nociones de una táctica conveniente para resistir la agresión de los españoles, por lo menos estaban con las leyes de la natural estrategia tan familiarizados, que en ocasiones á su espíritu y marcialidad debieron muy notables ventajas.

Dados al culto de sus idolatrías por medio de sacrificios humanos, los cautivos se ofrecían en holocausto al dios de la guerra; y tanto mas crecidos suponían que habian de ser los favores de aquella divinidad en las futuras campañas, cuanto mayor fuese en los altares el número de las víctimas. El fanatismo de los mejicanos rayaba tan alto en esto, que cuando su mala fortuna no les proporcionaba cantidad de prisioneros suficiente á su gusto, tenían á dicha hacerse matar en compensación de sus escasos merecimientos: de manera que, por semejante desprecio de la existencia propia y por el afán de hacer cautivos que no muertos en el campo de batalla, ya se deja comprender el valor con que se entrarían en la lucha por los escuadrones de sus contrarios.

Todavía, para mayor dificultad de la conquista, el grande imperio de Motezuma abundaba en otros medios de defensa no menos poderosos que la religión y la guerra. Las ciencias, las artes y la agricultura cultivadas allí con esmero por todas las clases de la sociedad, hacían del pueblo, próximo á ser invadido por nuestras gentes, no una raza de idiotas que á la superioridad sucumbe de la inteligencia, después de la primera defensa, sino un todo compacto y animoso, que á una derrota contesta amontonando los mayores esfuerzos aunados del pensamiento y de la materia: al *ultimatum* de una conquista inevitable, con el sacrificio espontáneo de los mas caros objetos, incluso la vida en el altar santo de la patria y en las aras de su moribunda independencia.

En grandes almanaques de piedra tenían escrita, por mano de entendidos astrónomos, la revolución de los tiempos, el acompasado trascurso de las edades, y la revelación de un misterioso futuro. En los *areitos* ó cantares, compuestos por los mas hábiles poetas, estaban consignadas las glorias de sus guerreros, la historia de sus mayores y la alumna de sus reyes; y no faltaban á la vez diestros pintores que daban al lienzo, con suficiente verdad, aquellos hechos que de la frágil memoria pudieran borrarse (2).

En los templos de sus dioses se descubrían algunas nociones de la arquitectura piramidal de los egipcios, y en la permanente lumbre de su culto no se echaba de menos el sagrado fuego que las vírgenes alimentaban en el famoso templo de Vesta.

Los palacios de sus reyes, grandes y faustuosos, ricamente tapí-

zados con primorosos tejidos de algodón y plumas preciosas, y sembrados de oro y pedrería, daban á la majestad real toda la importancia que tiene en las naciones civilizadas del viejo continente: y en suma, cuanto constituía la vida moral, material y recreativa de aquellas naciones en los tiempos de su conquista, harto daba á conocer que, para conseguir las, mayores aprestos eran necesarios que aquellos con que Hernán Cortés podía contar en los momentos de arrojarle á ella.

Los que constituían su poder antes de dar al viento las lonas de su armada, cuando ya se disponía á abandonar la isla de Cuba desde el cabo de San Antonio, eran once naves; una de cien toneladas de porte, tres de ochenta, y el resto carabelas y bergantines de mas moderado buque; y por lo respectivo á fuerza personal, al pasar muestra en dicho cabo, halló que tenia á sus órdenes ciento y diez hombres de mar y quinientos cincuenta soldados en la forma siguiente: treinta y dos ballesteros, trece arcabuceros, diez y ocho hombres de armas, que eran soldados de á caballo, y el resto gente de pica y espadas. Llevaba tambien diez lombardas ó piezas de grueso calibre, y cuatro falconetes (1), y por complemento de su poder, le acompañaron hasta doscientos indígenas de la isla y algunas mugeres, los cuales voluntariamente se ofrecieron, y Cortés aceptó como prendas de seguridad y quietud para las nuevas poblaciones donde iba á sentar la planta.

El día 18 de febrero de 1519 fué el señalado para que la flota partiese del cabo de San Antonio de la isla de Cuba, con rumbo directo á la costa de Yucatan, como objeto privilegiado de la empresa; pero contrarios vientos que del N. soplaron con fuerza, causaron á esta los mismos efectos que la de Grijalva habia padecido, y la isla de Cozumel sirvió de escala y comienzo á la famosa conquista de Nueva España.

A no dudar, si Cortés hubiera podido calcular las ventajas que semejante arribada habia de proporcionarle, antes de pensar en poner las proas á la Tierra-firme se habria esmerado en dirigir sus naves á la mencionada isla; porque habiendo en ella logrado la conversión de sus naturales, hubo de alcanzar á la vez gratas nuevas de ciertos españoles que en la frontera costa de Yucatan se hallaban perdidos de algunos años antes, y el mas singular regocijo de estrechar entre sus brazos al único de aquellos infelices que pudo sobrevivir á sus penas y desventuras.

Por mas que la humanidad se interesara en primer término por la salvación de aquella víctima del infortunio, públicamente considerado el suceso, tuvo una importancia de alta consideración para los adelantos que debían alcanzarse en la conquista; pues hallándose enterado el reciénvenido, que era un cierto Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija, de todos los usos civiles, militares y religiosos de las gentes de la Nueva España, sus nociones sirvieron de fundamento á la esquisita prudencia de Cortés para conducirse en las ocasiones de mayor riesgo y empeño.

No tardaron en llegar estas mas tiempo que el que la expedición se entretuvo en la isla de Cozumel, fortificando las semillas de las doctrinas recientemente allí sembradas, y dando vigor á las amistades convenidas entre sus naturales y los españoles. Al cabo el día 4 de marzo abandonó Hernán Cortés con su flota aquella tierra hospitalaria, y costeando la de Yucatan con rumbo al N. E., consiguió en breve montar al cabo Catoche, é internarse con próspera fortuna por la boca del Seno-Mejicano.

El famoso caudillo iba animado de muy lisonjeras esperanzas respecto á la cordialidad y franco recibimiento que anhelaba obtener de los habitantes de aquellas tierras en que ya Grijalva habia comerciado; pues aunque á este y á su antecesor Hernandez de Córdoba no escaseáran las ocasiones de la guerra, todavía las inteligencias llegaron á asentarse con señales ciertas de reciproca armonía, y los cambios y rescates se habian hecho con beneplácito de forasteros y naturales.

En tal concepto, al llegar á la confluencia de cierto rio dicho de Tabasco, sobre cuyas márgenes, á corta distancia de la mar, existía una poderosa ciudad de indios, y al cual Grijalva habia puesto su nombre, el capitán general de la empresa, ansioso de sentar la planta en las tierras de sus bélicas ilusiones, mandó dar fondo en la boca del rio, y echando al agua los botes, se disponía á ir de paz, cuando una multitud de indios, con gestos y alaridos amenazadores, y en guerra mejor armados que cuantos hasta allí habian peleado con nuestras gentes, hubieron de advertirle el peligro que corria de ir á tierra, si con fuerza bastante y bien apercibida no lo practicaba.

Entonces Cortés hizo guarnecer de soldados sus botes hasta que mas no cabían, y en estos, bogando hácia tierra, tuvo que sostener sobre la mar un terrible combate contra infinidad de canoas bien tripuladas de indios guerreros; de suerte que llegó á padecer hartos trabajos hasta conseguir la victoria, merced á los arcabuces, matando

(1) Sobre esto he amontonado algunos datos en el capítulo que trata del origen de los indios.

(2) Cuando la expedición se internó por la costa y hubo de sentar la planta sobre las partes de Villa-rica, varios indios de los mas diestros en la noble arte de la pintura, llevaron á Motezuma fieles traslados de nuestras gentes con las armas, trajes y demas atribulos, sin olvidarse de las naves y otros buques de la escuadra.

(1) Los autores varían en el número y calidad de las gentes y aprestos que Hernán Cortés llevaba; pero yo, comparando, me he ceñido á lo mas probable, con arreglo á las noticias de aquellos que, como Bernal Díaz, fueron testigos de vista, ó bebieron en mejores fuentes el caudal que derramaron en sus obras.

á varios enemigos, echando á pique gran porcion de sus frágiles buques, y dispersando á todos tras de algunas horas de muy reñido combate.

Aunque la táctica en aquella ocasion desplegada por los indigenas no alcanzaba un grado tal de perfeccion que pudiera hacerse temible á los españoles, ni sus armas eran bastantes á competir siquiera pareadas con las de nuestras gentes, con la mayor cultura, destreza y regular ordenanza que allí se manifestó de la parte enemiga, tambien se mostraron al claro entendimiento de Cortés los mayores peligros que habia de atravesar antes de que mas convenientes progresos le facilitasen una absoluta seguridad para el éxito de su empresa. En efecto, los indios que á la mar se habian lanzado sobre débiles canoas para rechazar la invasion de su territorio, lo hicieron, ante todo, con una decision imponente; y su obstinacion en la pelea acreditó bastante que el amor á la independencia y la conservacion íntegra de su territorio tenian en sus corazones levantada influencia para no ceder, ni siquiera á los estragos, nunca vistos allí, de las armas de fuego.

Las canoas, no como en otros parajes y ocasiones, acometieron á nuestros bajeles confundidas y apolonadas, sino alineadas cuanto el cauce del rio permitia, y tendidas en buena ordenanza. El aspecto de aquellos feroces combatientes tampoco daba á los nuestros la anticipada seguridad de la victoria con que en otras empresas habian contado; porque vestidos sus cuerpos de pintadas mantas, y defendidos sus pechos y espaldas por algodonados arneses, ostentando en sus cabezas levantados penachos de brillante plumaje, blandiendo en sus manos terribles mazas de recios troncos con pedernales incrustados, y arrojando dardos y flechas con una agilidad portentosa, la misma que desplegaron constantes en el manejo de sus canoas y en los abordajes que á veces intentaron sobre nuestros barcos, aunque á mas no se atendiera que á la infinita muchedumbre con que á cada momento se reforzaba de su parte la lucha, hubieran sido causas bastantes para que los ánimos vacilaran y la victoria fuera indecisa.

La que por mar alcanzó la singular armada de los españoles no fué parte para evitar que nuevos gritos y mas feroces alaridos anunciaran á Hernán Cortés que todavia quedaba mucho por hacer antes que pudieran considerarse echados en parte segura los fundamentos de aquella conquista. Quizá porque las tendencias de su política se oponian al rudo choque de las armas, mejor hubiera querido separarse de aquel distrito, para ir á otro cuyos habitantes le recibieran menos helicosos, pues la prudente economía de la sangre era el predilecto cuidado de nuestro héroe, siquiera no fuese mas que en virtud de las instrucciones recibidas en la isla de Cuba, y de la poca gente que llevaba (1). Pero contra su retirada de aquel punto, donde una réciente ventaja podia mejorar la segunda acometida, gritaba la reputacion de nuestras armas, y acaso tambien el éxito definitivo de la empresa. *Si se ha de pelear* (hubo de decir Hernán Cortés), *sea donde ya nos conocen, que el suceso Dios cuidará de que se incline venturoso á nuestra banda. Luego, que bien podemos contar con semejante recibimiento donde quiera que vayamos; y para no escandalizar, bien será seguir la empresa por do la habemos comenzado con una victoria.*

Hecha tan prudente resolucion, al dia siguiente dispuso Cortés el desembarco de su ejército; pero aunque los indios no se arrojaron á las canoas como en el anterior combate, defendieron á palmos su terreno desde las márgenes del rio hasta la próxima ciudad, la cual abandonada totalmente por los indigenas, fué señoreada por nuestras gentes, la primera de cuantas, por su traza y edificios, atestiguaron en el Nuevo Mundo la pasada existencia de mas superiores y cultos habitantes. En efecto, no lejos de allí el investigador espíritu de muy recientes tiempos ha descubierto los restos grandiosos de la maravillosa ciudad de Palenque, cuyas ruinas monumentales han servido de estudio á infinitas corporaciones, abriendo vasto campo á la mas alta filosofía de la historia, para cuando alguna nueva revelacion, salida como esta de las entrañas de la tierra, ponga de manifiesto la verdad de tan portentosos descubrimientos.

El completo silencio que reinaba en torno de la ciudad de Tabasco,

(1) Tenemos á la vista copia autorizada de las tales instrucciones dadas en la ciudad de Santiago á 25 de octubre de 1518, en las que Diego Velazquez prevenia á Hernán Cortés que usara con los indios el mas humano trato, cuidando en especial de su conversion á la iglesia católica por las vias de los halagos y los argumentos del raciocinio, acomodados á su inteligencia por conducto de los intérpretes. Tratabase en las mismas de los cambios y rescates, y envuelto en muy suaves expresiones, algo se traslució de la obediencia que los indigenas debian ofrecer á los reyes de España. Pero ni una sola palabra se consignó en aquellas relativa á esclavitud, ni mucho menos se dijo nada que á la crueldad de las armas conviniera: el uso de estas habia de ser una consecuencia legitima de los proceder de los indios en el recibimiento y trato que hicieran á los españoles; y esto no pudiera condenarse en buena lógica, mucho menos tratándose de aquella época, porque seria querer cegar los ojos de la inteligencia con los declamaciones de una moderna civilizacion, que nuestros detractores no han sabido respetar de su parte, siquiera en los cultos tiempos que vamos atravesando.

luego que los españoles estuvieron de ella posesionados, hizo sospechar al caudillo que alguna empresa estratégica estaban combinando los naturales para alcanzar la ruina de sus molestos huéspedes: y á fin de despejar en lo posible tan oscura situacion, mandó salir bien aparejado en armas y cuidado varios destacamentos exploradores, los cuales tras de alguna escaramuza volvieron á informarle de como todas las gentes de aquella provincia se hallaban en son de guerra, resueltas á dar batalla decisiva á nuestros soldados hasta conseguir su reembarco ó esterminio.

La gravedad de semejante noticia hizo discurrir á Cortés los mejores medios de afrontar el suceso con éxito venturoso; y por lo que á su prudente consejo, mas que á su experiencia, debia calculando razonablemente que siempre en los asuntos de la guerra el agresor reúne de su parte toda la influencia moral, que no se puede conseguir sin poderosas ventajas á la defensiva, se determinó á salir al campo con su pequeño ejército, é ir á dar impetuoso sobre las robustas hácas de sus infinitos enemigos.

Para mejor disponer en favor de sus armas el resultado de la batalla, ordenó en tres porciones las diversas de que sus fuerzas se componian; pues para que nada faltase á la funcion, hiciera desembarcar la artilleria de sus naves; y dando encargo de esta á un soldado que en Italia habia servido con aprovechamiento, por nombre Francisco de Mesa, y la infanteria, en once compañías ordenada con sus respectivos capitanes, al mando en jefe de Diego de Ordaz, reservó para sí la direccion de la caballeria, teniendo cuidado en el comienzo de la batalla de ir á cojer por retaguardia los escuadrones contrarios.

Terrible fué el empuje de los indios en sus repetidos ataques sobre la linea de los españoles. Ordenada su muchedumbre en cinco imponentes masas de ocho mil hombres cada una, su arrojo apenas cedia ante los terribles estragos que en ella causaban los cañones; antes por el contrario, llegó el caso de que se confundieran en la pelea indigenas y españoles, en tal disposicion que ni las lombardas ni los arcabuces podian tener uso sin manifiesto peligro de los mismos que los manejaban.

Hallándose en tal estado la pelea, fácil es considerar el estremo á que estaban espuestos los españoles, pues al menor desman que en cualquier flanco hubiera por desmayo ó inevitable rotura, aquellas terribles imponentes masas habrian rematado en muy cortos momentos á tan pequeño ejército. Mas de pronto una griteria atronadora y una nube de polvo que ocultaba los rayos del sol, se hicieron sentir por la espalda de los indios, y á través de algunos claros que á la luz daban paso, las relucientes corazas de los caballeros y sus largas espadas, derribando cuanto á su paso se oponia, brillaron como un meteoro de esperanza en las tinieblas de la duda.

Desde este momento varió por completo el aspecto de la batalla: los indios, que creyeron ver un ser compacto é indivisible en cada ginete con su caballo respectivo, no pudieron sufrir ni el ímpetu ni la vista de semejantes monstruos: de suerte que, dándose á la fuga en todas direcciones, facilitaron de nuevo su interrumpido fuego á las lombardas, y á la infanteria dieron lugar para que volviera á hacer uso conveniente de los arcabuces, no quedando mas ociosas de su parte las picas ni las ballestas.

La caballeria, absteniéndose de herir al ver la completa dispersion de tanta muchedumbre, corrió en todas direcciones dando á los peones infinidad de prisioneros, los cuales, mas heridos en la imaginacion que en sus cuerpos, escondian los rostros horrorizados, y como á espíritus sobrenaturales que á su arbitrio manejaban los truenos, relámpagos y rayos de la tempestad, vinieron á rendirse sin mas oposicion á nuestras gentes.

Esta fué, dice el padre Las Casas, la primera predicacion del Evangelio por Cortés en Nueva España: y tan ímpio sarcasmo, dando pié á los enemigos del nombre español para aumentar los cargos y recriminaciones con que se afanan por empañar nuestra gloria, fué causa primitiva de cuantos hasta el dia no han cesado de dirigirse á nuestra administracion en el hemisferio de Occidente.

Insensato, el fraile suponía que las mansas doctrinas de la religion podian bastar sin oportunos escarmientos para sembrar las dulzuras del Evangelio entre aquellas naciones ateas ó paganas; y mal curado de su extranjero origen, siempre agresivo á los españoles, condenaba todos nuestros hechos de armas, como si entre las naciones civilizadas no se conocieran ya los oficios de la guerra, ó como si los indios, que siempre fuéron agresores en aquellas partes, se entretuvieran en disparar á nuestras gentes flechas de cera derretida (1).

(1) La mal entendida piedad que se concede en lo general al padre Las Casas, pudiera muy bien atribuirse por una critica sana é imparcial á no muy puros antecedentes. En primer lugar, es harto sabido que los ascendientes del citado obispo, pues llegó á serlo de Chiapa, eran franceses; y como durante toda la primera mitad del siglo XVI, por las cuestiones de Nápoles primero, y luego por la corona de Alemania, se entretuvieron nuestras armas en guerra constante con sus compatriotas, bien seria parar la consideracion en este asunto, por si alguna luz nos facilitara su constante aversion hasta á los mas moderados de nuestros descubridores. En segundo

¿Ignoraba por ventura que allí donde al tráfico se abrían las puertas á los españoles sin alardes guerreros, callaban siempre los argumentos de las armas; ó pretensión condenar á la perpétua ignorancia de su estado salvaje é irreligioso, el ascético ministro á tantos millares de almas, cuya conversión estaba reclamando el Dios de las misericordias, únicamente invocado por el buen padre para acriminar nuestra conducta?

Hernán Cortés, cuya sábia política y rectos procederés han proclamado todos, hasta los enemigos de su nombre, antes de entrar en formal campaña había requerido de paz á los indios de Tabasco, como en Cozumel hiciera. Sus pacíficas y repetidas intimaciones fueron contestadas con una nube de flechas; de suerte que, siguiendo el principio mas conveniente para no herir la susceptibilidad del padre Las Casas y de sus apologistas continuadores, debiera haberse alejado de aquellas tierras donde la presencia de los españoles era un obstáculo á la continuación de la idolatría, de los sacrificios humanos y de los mas sangrientos procederés.

No hizo tal el heroico caudillo: retado en campo abierto en una época esencialmente guerrera y religiosa, admitió el desafío; porque otra cosa hubiera sido manchar los blasones de la corona, entonces la mas poderosa que en el mundo ceñía monarca; y ordenando su pequeño ejército de quinientos hombres contra cuarenta mil, es decir, teniendo cada español ochenta indios en su contra, según los datos de aquellos autores que mas rebajan el número de los indígenas combatientes, se arrojó á la empresa mas aventurada que hombre alguno había acometido. La buena combinación de sus dotes marciales, mejor que el influjo de nuestras armas, pues ya se sabe que muy pocas eran de fuego, puso en sus manos la victoria cuando el éxito era mas dudoso; pero así que el derramamiento de sangre no fué indispensable, dejó de verterla; y cuando la retención de los prisioneros no pudiera servir mas que como alarde de lujo, también dió á todos libertad para dejar de ser conquistador y hacerse su director y su amigo.

(Continuará.)

J. FERRER DE COUTO.

#### SATIRA CONTRA LOS ESTAFADORES.

Pues voy tus cuentas á ajustar despacio,  
Empieza, sin mirar las musarañas,  
Tu examen de conciencia, Bonifacio;

Porque conozco bien tus malas mañas;  
Estoy de tus ardidés prevenido,  
Y no me has de ofuscar con tus patrañas.

lugar, es necesario que se aprenda por los que no lo saben, y se tenga en cuenta por los que afectan ignorarlo, que al padre Las Casas, hallándose en España antes de que en su mente se desarrollara con tanta violencia su esquisita piedad por el bienestar de los indios, le fueron estraidos y puestos en libertad por una orden de la reina católica que á todos alcanzaba, varios de aquellos infelices que tenia por esclaves á su servicio; y como si no pudiera tolerar mas adelante la practica de los repartimientos porque á él oportunamente no le habia aprovechado, se dió á la declamación y á la injuria contra los españoles con toda la virulencia que se advierte en sus escritos. A la vista tengo ese libelo que el buen padre tituló *La destrucción de las Indias*, y presentes también de su general historia algunos capítulos copiados del original en la Academia de la nuestra; y en verdad que si muy verídicos comprobantes y la sancion de los siglos no afirmaran la procedencia, difícilmente podria convencerme de que el celo de la religion mansísima de un Dios de paz pudiera haber dictado tan sanguinarios argumentos. Los daños y perjuicios y aun muertes injustas que con ellos causó el padre Las Casas, hubo de conocer sin duda para salvacion del alma antes de dar á Dios la suya; de manera que horrorizado de sus propios escritos cuando se iba á despojar de los afectos mundanos, los quiso purificar en el crisol del tiempo, estampando en los dos primeros volúmenes una nota de su puño y letra, por la que hacia depositarios de ellos á los religiosos de la orden de San Gregorio de Valladolid, encargando que no los diesen á la estampa á lo menos sin que hubieran pasado cuarenta años despés de su muerte, ni siquiera les permitiesen ver á los colegiales que en el mencionado convento se educaban en las practicas religiosas. El primer estremo de esta nota lo afirman, con otros eruditos, el padre fray Antonio de Remesal en su *Historia de Chiapa y Guatemala*; el sabio señor D. Martin Fernandez de Navarrete en su coleccion de *Viajes y descubrimientos*, etc., tomo I, y mi respetable amigo el señor D. José Amador de los Rios en su elegante *Discurso sobre la vida y escritos de Gonzalo Fernandez de Oviedo*, edicion de la Academia de la Historia. El segundo dato es mas general, puesto que sobre los fundamentos del propio Las Casas lo revelan sus historiadores y lo aceptan, bien que en agradable sentido, sus apologistas hasta nuestros tiempos, suponiendo que el despojo que le hicieron despertó su celo religioso y no sus rencores, lo cual podria pasar si el caracter áspero y ajeno del traje sacerdotal que sus escritos revelan no nos manifestara lo contrario. Por lo que hace á la parte de su arrepentimiento, hablan por mi las notas autógrafas en los dos primeros tomos de la *Historia general de las Indias*, que originales estan en la Academia de la Historia. Por lo demás, de su caracter violento han hecho lenguas hasta sus propios continuadores y afectos. El doctor Robertson en su *Historia de América*, libro V, califica sus opiniones de manifestamente exageradas; el padre Charlevoix, que lo elogia por sus virtudes y erudicion, dice que tenia una imaginacion demasiado exaltada y se dejaba dominar de ella con exceso (libro II, pág. 263), y en general los que no han llevado una siniestra intencion en ensalzarlo, han comprendido iguales ó muy parecidos y aun peores defectos.

Eres un trapalón, siempre lo has sido,  
Llenar quieres la panza á costa ajena;  
Eres lo que llamamos un perdido.

La mas infame accion ha sido buena  
Para tí, si á llenar era bastante...  
De vinos y jamones tu alacena.

Con tal de parecer hombre importante,  
Supliendo alguna vez lo que en tu pecho  
Falta de corazon, con un diamante,

Te han visto tributar culto al cohecho,  
Y sin que el miedo ó el rubor te venza  
Después de tantas farsas como has hecho,

Nuevamente tu ingenio á hacer comienza  
Cosas... dignas de tí, si se repara  
Que son dignas de un hombre sin vergüenza.

Así, por corregirte, ¡empresa rara!  
De tu senda mostrando los escollos,  
Consejos voy á darte cara á cara,

Que no te han de saber por cierto á bollos;  
Mas ya ha llegado, Bonifacio, el día  
De sacudir un tajo á tus embrollos.

Cansado estoy de ver, por vida mía,  
Que mientras un honrado ciudadano  
No queriendo imitar tu villanía,

Teniendo buen deseo y juicio sano,  
Y trabajando el triste día y noche,  
Ganar para vivir pretende en vano;

Hayá gente que gaste á troche y moche;  
Gaban ó frac cada domingo estrene;  
Lleve ricas sortijas, ande en coche;

De vino de Jerez la tripa llene,  
Y aturda con dinero á los que saben...  
Que no pueden saber de dónde viene.

Difícil me parece que se acaben  
Estos y otros abusos que no ignoras,  
Mientras haya bribones que se alaben...

Como tú, Bonifacio, á todas horas  
Te alabas de encontrar sobre la tierra  
Mas oro del que dices que atesoras.

No es luciendo en las artes ó en la guerra,  
Ni rindiendo á las letras homenaje,  
Ni amando la virtud que el orbe encierra,

Como un hombre cual tú saca el bagaje  
Para llegar un día á ese boato  
De que te jactas con ardor salvaje.

Incapaz ni un momento de buen trato;  
Sin mas discernimiento que una trucha  
Ni mas educacion que un ballenato;

Tienes alguna gracia, aunque no mucha,  
Y tienes atractivo, sobre todo,  
Pues dejas sin camisa al que te escucha.

¿No hallaré yo de corregirte modo?  
Si la vil tentacion de tí no alejo,  
Te he de poner Garduña por apodo.

Atiende pues, infame, mi consejo,  
O si quieres seguir trampa adelante  
Mira tu porvenir en este espejo:

Conocia yo un jóven rozagante  
Que paseos y calles frecuentaba  
Con bota de charol y blanco guante:

A todos su riqueza deslumbraba :  
Pues por bien que te encuentres , Bonifacio ,  
Nunca has tenido tú lo que él tiraba .

Por un vaso de agraz daba un topacio ,  
Disfrutaba en su casa tratamiento ,  
Y alojado vivía en un palacio .

Nadie explicar podía este portento ,  
Porque nadie el origen conocía  
De jóven tan bizarro y opulento .

¿De dónde su riqueza provenía ?  
¿De una ducal herencia?... Se ignoraba .  
¿De alguna profesion?... No se sabía .

Mas sin duda la suerte se cansaba  
De proteger al hombre que imponente  
De uniforme la corte frecuentaba .

Aunque , según afirma mucha gente ,  
Hoy el traje de este hombre estafalario  
Ha cambiado de forma solamente ;

Que uniforme es su traje necesario ;  
Pero uniforme , para su fastidio ,  
Que en vez de palaciego es presidario :

Pues harto de aquel fausto , que no envidio ,  
Has de saber que el pobre gana el cielo  
Haciendo hoy penitencia... en un presidio .

Para lograr mejor tan santo anhelo  
Pasa el verano sin tomar sorbete ,  
Y sin zapatos la estación del hielo .

Siendo un tiempo señor de alto copete  
Gastaba en el reló cadena de oro ,  
Y hoy la lleva de hierro en el grillete .

Aquel que antes bramaba como un toro  
Si olvidaban tratarle de Escelencia ,  
Consiente ya que le hablen sin decoro .

Para sufrir sus males con paciencia  
Dice que al buen callar le llaman Sancho ,  
Pero no acaba aquí su penitencia :

El que antes habitó local tan ancho  
Duermes hoy en un estrecho calabozo ,  
Y en lugar de faisanes come rancho .

Diviértese de día haciendo un trozo  
De carretera nueva en las Castillas ,  
Sin poder descansar , porque hay un mozo ,

Ante el cual se hincan todos de rodillas ,  
Que en vez del tratamiento de Escelencia  
Le da con un garrote en las costillas .

¿Quién era el hombre aquí que una sentencia  
Mereció , condenándole iracundo  
El destino á tan dura penitencia ?

Voy á decirlo , á ver si te confundo ,  
Bonifacio ; aquel hombre era el fullero  
Mas parecido á tí que haya en el mundo .

Llegóse á averiguar que era extranjero ;  
Que lo mismo al contrario que al amigo  
Sacaba con engaños el dinero ,

Hasta que , viendo cerca su castigo ,  
Emigró , por no verse avecinado  
En la casa fatal de poco trigo .

Continuó en tierra extraña denodado ,  
Pasando , como tú pasas la vida ,  
Es decir , á la estafa dedicado .

Hasta que , dando un juez con su guarida ,  
Cojió un día infraganti al delincuente ,  
Y le impuso la pena merecida .

Creo que he dicho ya lo suficiente :  
Si á atajar , Bonifacio , tu estravio ,  
No basta una leccion tan elocuente ,

Sigue en buen hora tu sendero , impío ;  
Pon en juego las fábulas que inventas ;  
Gasta en falso papel de tinta un río :

Enreda bien tus cuentos y tus cuentas ,  
O al acreedor divierte con la gracia  
De una de tantas quiebras fraudulentas .

Si á descubrirse llega tu falacia ,  
Y aquellos que han perdido su dinero  
Te quieren perseguir con eficacia ,

Nada el honor te importe , majadero ;  
Lo primero es la vida , cruza el Ponto ,  
Y roba sin piedad al extranjero .

Quando uno llegue á conocerte , pronto  
Te dará con la puerta en los hocicos ,  
Pero hallarás al cabo mas de un tonto ,

(Pues no suelen faltar entre los ricos )  
Que te haga el caldo gordo , alucinado ,  
En vez de hacerte la cabeza añicos .

Habla de algun tesoro .. imaginado ,  
Y sin ver que tus bienes son castillos  
Forjados en la mente de un malvado ,

Los hombres inespertos y sencillos  
Te ayudarán á descubrir la estrella  
Que venturosa alumbra á muchos pillos .

No temas que te aparten de esa huella  
Los que , amantes de zambra y diversiones ,  
Gocen contigo de ocasión tan bella .

Mientras haya en tu bolsa dos doblones ,  
Borracho bailes , ó salvaje riñas ,  
Necios habrá que adulen tus pasiones .

Y no te faltarán las socaliñas  
De algun bribon que aplauda tus maldades  
Por tener una parte en tus rapiñas .

Haz en fin , Bonifacio , atrocidades ;  
Mas sufre que la espesa catarata  
Te quite de los ojos ; no te enfades .

Como que eres un mulo de reata ,  
No podrás mantener siempre el engaño...  
Y tarde ó pronto enseñarás la pata .

Te obligarán á remediar el daño  
Que has hecho con proezas , que no envidio ,  
Así en tu patria como en suelo extraño ;

Y á fin de disipar ese fastidio  
Que tanta libertad debe causarte ,  
Irás á ser esclavo en un presidio .

No vayas , Bonifacio , á figurarte  
Que estando de los tuyos en el foco  
Lucir harás de tu insolencia el arte .

Porque trabajes mucho y duermas poco ,  
Te impondrán la sentencia castellana  
Que dice : á burro lerdo , arriero loco .

Quiero decir , que aunque te falte gana  
Para tomar las órdenes de cura ,  
Te darán cada día una sotana .

¡Y esta vida, infeliz, tan triste y dura,  
Prolongarse verás por tantos días...  
Que el presidio será tu sepultura!

Pero ¿á qué gasto el tiempo en letanias?  
Tú no crees que el cotarro se alborote,  
Ni realizadas ver mis profecías.

Haz, pues, lo que tú quieras, monigote;  
Prosigue tus infamias olvidando  
Que hay un juez... un grillete... y un garrote,  
Y que te estan de cerca amenazando.

J. M. VILLEGAS.

### ERNESTO FEDERICO AUGUSTO RIETSCHEL,

PROFESOR DE ESCULTURA EN LA ACADEMIA DE ARTES EN DRESDE.

Este excelente discípulo de Rauch nació en Pulsnitz, en Sajonia, el año 1804. Su primera educación artística la recibió en las escuelas de dibujo de la Academia de Dresde, desde donde pasó á Berlin con los rudimentos necesarios á fin de continuar sus estudios en el obrador de Rauch, cuya fama llegaba entonces á su punto culminante. No le fué aquí adversa la suerte, pues el maestro, que al primer golpe de vista reconoció en aquel joven entusiasta y despejado una verdadera vocación para el arte, le manifestó un interés extraordinario, no omitiendo



(Relieve de Rietschel.)

medio alguno, ya con sus lecciones ó con su ejemplo, para hacer de él un artista consumado. Así es, que bien podemos decir que la manifiesta é incesante preferencia que Rauch dió á nuestro artista sobre todos sus demás discípulos, es un testimonio irrecusable de su gran talento. Cuando el año 1828 se propuso como tema para obtener el premio de la Academia un grupo que representara á Penelope cuando, á pesar de los consejos y oposicion de su padre Icario, seguia enamorada del errante Ulises, tambien Rietschel se presentó entre los concurrentes, y tuvo la satisfaccion de que su obra se declarase la mas perfecta, aunque como extranjero no se le pudiera adjudicar el premio. En esta misma esposicion presentó tambien un modelo de una estatua de David que mereció igual aprobacion. Pero lo mas admirable es el singular y rápido desarrollo de este joven artista, que á los 25 años de edad manifestaba ya una independencia y aplomo extraordinarios. En el año de 1829 hizo en compañía de Rauch un viaje á Munich, donde se detuvo algun tiempo, y tres años después, en 1832, fué nombrado profesor de escultura en la Academia de Dresde, adonde se dirigió tanto mas contento, cuanto que al fin le era permitido ocupar ahora en su patria una posicion digna y correspondiente á su mérito artistico.

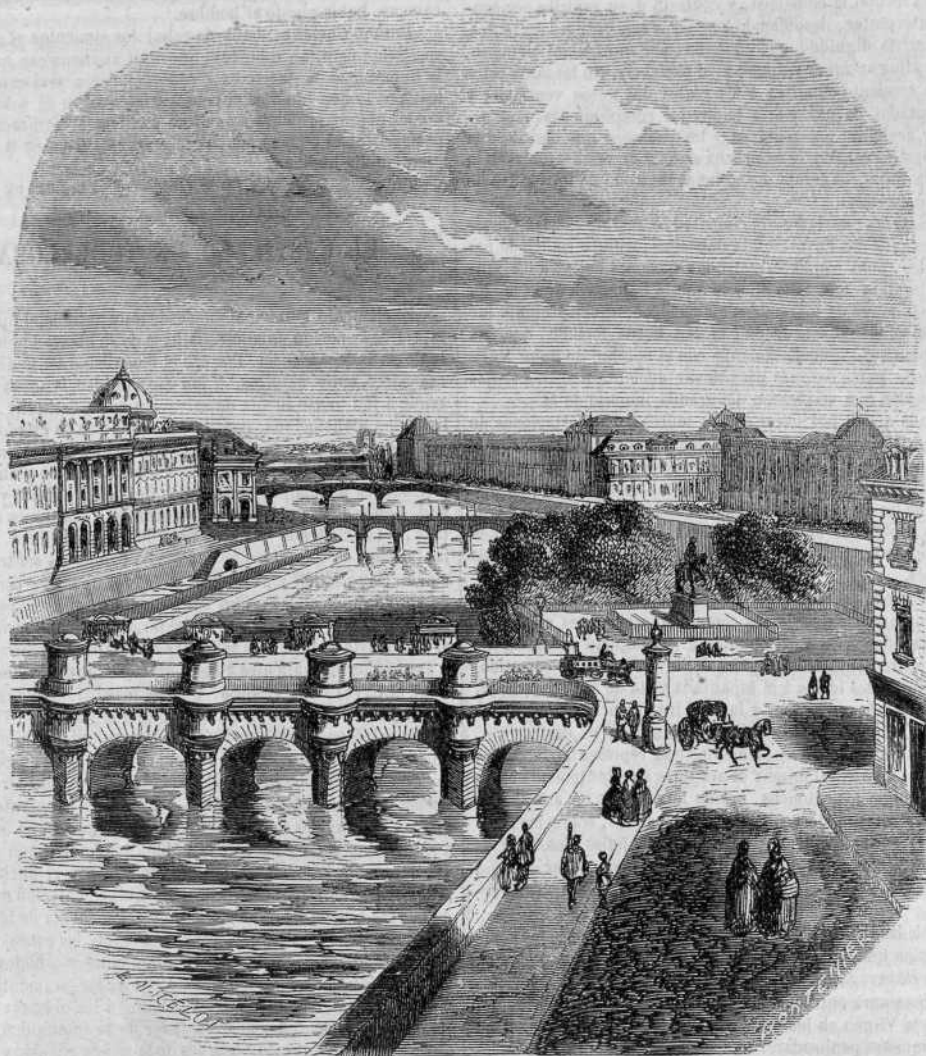
Desde esta época empezó el talento de Rietschel á desplegarse con gran riqueza en varias obras del arte, como lo demuestran Dresde, Leipzig y Berlin, donde se admiran multitud de producciones de este artista, entre las que debemos notar la estatua colosal del rey Federico Augusto en el trono en traje de la época, la de San Bonifacio, las de Schiller y Goethe en el teatro de Dresde, los bustos del rey de Sajonia, del duque Juan, de Shakespeare, Mozart, Beethoven y de otras muchas personas célebres, con gran variedad de relieves de gran mérito, de uno de los cuales damos un grabado en este número.

Todas las obras de Rietschel se distinguen por la limpieza de las líneas, la delicadeza de las formas, la claridad y lijereza de los ropajes, y últimamente por el vigor, originalidad y armonia en la composicion; de modo que podemos asegurar que Rietschel es uno de los mejores escultores de nuestros tiempos, tanto por lo arriba dicho, cuanto porque ha logrado libertar este arte de la tirania del clasicismo griego á que por tanto tiempo ha estado sujeto.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





EL PUENTE NUEVO EN PARIS.

El puente nuevo se estiende desde los muelles de la Escuela y las Tenerías hasta el de los Agustinos, y de estos al de plateros y relojeros, que se hallan en la Cité: fué comenzado por el arquitecto Ducerceau, bajo el reinado de Enrique III, cuyo monarca puso la primera piedra. Pero se suspendieron los trabajos por los alborotos de la Liga, y no se continuaron hasta el tiempo de Enrique IV, que costeó los gastos de su bolsillo particular, encargando la direccion de los trabajos al arquitecto Marchand, y concluyendo el puente el año de 1604. Se compone de dos partes desiguales que se reúnen al extremo occidental de la isla de la Cité, donde vienen á confundirse los dos brazos del Sena. La parte que cae sobre el brazo derecho consta de siete arcos circulares, y la del brazo izquierdo de cinco, siendo su longitud de 540 metros y 26 de latitud. Los arcos son esbeltos y elegantes y sostienen una cornisa esculpida en mármol. Sobre los pretilos que sobresalen semicircularmente se hallan locales para tiendas, y al extremo de la isla, á la parte central del puente de las Artes, la estatua en bronce de Enrique IV, que fué erigida por su viuda Maria de Médicis. El puente nuevo tenia una bomba ó máquina hidráulica que enviaba el agua al Louvre y á las Tullerías; pero fué destruida en 1815. Este monumento era en otro tiempo el punto de reunion de los embaucadores, saltimbanquis, rateros, mercaderes ambulantes y de toda la polilla del pueblo de Paris. Sus andenes estan aun hoy día ocupados por los esquiladores de perros y por los limpia-botas; pero es de bella ejecucion, y sus alrededores han sido hermoseedos después de 1850.

## FUNCION NAVAL Y BATALLA DE TABASCO.

(Conclusion.)

Quien semejante conducta tachó de cruel con inaudito sarcasmo, lo fué digno del manto de religioso que vestia, ni del nombre de español que por acaso llevaba; y los publicistas estraños que, dando importancia á las irónicas declamaciones del obispo de Chiapa, siguen las vias de su recriminacion, ó son embozados enemigos que á siniestros fines conspiran, ó escritores ignorantes que en un libro nada mas han bebido toda su ciencia (1).

Quando por la superioridad moral de nuestros soldados y la generosa conducta del capitán que los gobernaba, los principales caudillos enemigos tuvieron rendida la voluntad, tanto como conquistada su

(1) Bien sé yo con cuántas preocupaciones y aun opiniones bien cimentadas ha de chocar cuanto va dicho relativo al padre Las Casas; que al cabo muchos autores han levantado su crédito y equívoca piedad, algunos destumbrados, los mas por meditada especulacion; y no pocos entre los modernos por falta de examen. Los argumentos que, á manera de aviso, aparecen en la precedente relacion, han de apoyarse en mas sólidas razones ó irrecusables testimonios sacados en su mayor parte de los propios escritos del padre Las Casas; mas no sin unir á ellos otros comprobantes de autores coetáneos y varias escrituras, á fin de que el discurso entre en la razon imparcial por los ojos del entendimiento. Y como semejante trabajo no ha de tardar en ver la luz pública, formando cuerpo de cierta obra que, con auencia de algunos mis-

fortaleza, enviaron al genio sobrenatural de las armas invasoras ciertos mensajeros vestidos de negro, que era señal de sumisión ó vencimiento: Cortés recibió la embajada, y contestó á su espíritu por conducto de los intérpretes, despidiendo á aquellos con grandes presentes, bien que con cierta dignidad que obligaba, por su especial mandato, á que los mas altos caciques vinieran á su presencia. No tardaron estos en llegar con excelente comitiva á los reales del héroe vencedor; y después de cruzados de una y otra banda los cumplimientos mas extraordinarios, acabaron por manifestar los caciques que deseaban la paz por su culpa desechada, y en prueba de ella se verificaron, con la mayor armonía, públicos cambios y general mercado de toda clase de producciones indígenas.

Para asegurar las amistades allí cimentadas, recibió Hernán Cortés de los caudillos vencidos hasta veinte doncellas, tributo codiciado por moros y gentiles, pero contrario entre las naciones cultas á los vínculos de la naturaleza. Con todo, por lo que la influencia de la muger suaviza las costumbres de los pueblos mas feroces, aquel presente fué aceptado por el jefe de la expedición con tan buena fortuna, que una de aquellas, bautizada inmediatamente con el nombre de Doña Marina, fué de mucha parte después para llevar adelante nuestras armas la toma de posesion que verificaron del grande imperio de Méjico.

Así que nada quedó por hacer en las mútuas manifestaciones de sincera amistad, Hernán Cortés, atento siempre al principal objeto de la mision impuesta por la época á los españoles, y ansioso de pasar adelante en sus investigaciones, porque deseaba conocer aquella poderosa nacion de los aztecas de que Grijalva habia hablado, se esmeró, ayudado de los capellanes de la empresa, en alumbrar con los divinos rayos de la religion cristiana los entendimientos ofuscados de aquellos pueblos infelices.

No era la ocasion oportuna para que los indígenas dejaran de convencerse con los argumentos de sus conquistadores; pues si alguna vez la duda ó la supersticion se oponian á la completa estincion del paganismo, nuestro héroe se encargaba de llevar á cabo su cometido, derribando intrépido los ídolos á la espantada vista de sus adoradores. Por este medio trataba de probar á la ruda inteligencia de los tabascanos cuán poco valian divinidades que así permitian su destruccion, sin desatar todas las furias de los elementos que representaban contra sus profanadores; pero si tal prueba se aceptase constantemente como buena, la religion de los católicos, herida igualmente en sus imágenes y en sus mas altos misterios medio siglo después, sobre las márgenes del Rin y en las costas de Holanda, al impulso desolador de los sectarios de Lutero, ¿cuánto detrimento no hubiera padecido, con escándalo de la fé y descrédito visible de sus mas reconocidas verdades?

Por suerte de las piadosas doctrinas, esta vez en Tabasco fué completa la impresion que hubo de causar la indolente conformidad de aquellos ídolos extravagantes: de manera, que viendo Cortés así dispuestos los ánimos para entrar por la senda de la verdadera religion, erigió altares á la Virgen en los propios templos del paganismo, como en nuestras conquistas peninsulares se acostumbra durante las guerras contra moros: practicó algunas grandes ceremonias, tales como misas cantadas y procesiones, con asistencia de los indios, que arrobados y enternecidos, escuchaban con pasmosa veneracion los cánticos de la Iglesia cristiana; y finalmente, confiado en que sus oficios habian triunfado ya en pro del Evangelio, se despidió de aquella nacion con las mas sentidas protestas de eterna amistad, y vuelto á sus naves, se dispuso para dar la vela con rumbo á las costas que se divisaban mas remotas al Occidente.

Por poco que se dilate la consideracion á vista de los sucesos que quedan referidos, no puede menos de crear en la mente las mas lisonjeras esperanzas para los ulteriores resultados, en virtud de las brillantes prendas con que Hernán Cortés comenzaba á manifestarse en la grande empresa que iba acometiendo.

Sus prudentes manifestaciones á los indios de Tabasco, antes de romper en franca guerra con aquellos por sus tendencias agresivas; la firmeza de su carácter cuando hubo que sustituir á los sentimientos de la generosidad los aprestos del combate; su valor en las ocasiones de la sangrienta pelea, que al cabo no se pudo evitar entre españoles y tabascanos; y sobre todo, su clemencia en la victoria, y sus inmediatos oficios para aprovecharla en pro de los intereses de España, tomando por base la propaganda de la religion, como lazo indisoluble que identifica y atrae unas á otras las naciones mas distantes y opues-

tros de S. M., bien que de propia inspiracion, preparo á la estampa, todavia vuelvo á suplicar que el fallo de mis lectores se suspenda, en tanto que no pueda recabar obre entero conocimiento de causa. Con todo, aun quiero anticipar aqui para que mi humilde opinion no se encuentre desaventajada en la discusion que se comienza, que ella toma por escudo y defensa su causa propia, las observaciones y pareceres de los escritores de gran reputacion y aventajadas partes, á saber: el Excmo. señor D. Martín Fernandez de Navarrete, cuya sabiduria han sancionado todas las academias científicas del mundo, y el señor D. José Amador de los Rios, de quien tan justísimo aprecio está haciendo la Real Academia de la Historia.

tas en carácter y costumbres, hubieran en todos tiempos y sin mejores pruebas descubierto al genio donde la administracion gubernativa únicamente habia puesto al hombre.

Hernán Cortés acababa de echar los cimientos al gran pedestal de su gloria; pero tan robustos, que ni el anatema con que hoy amenaza la humanidad á guerreros y conquistadores será capaz de destruirlos, por lo que aquellas circunstancias que en él sobresalian, fueron unidas al gran principio de cultura y universal civilizacion que aquellas partes estaban reclamando, para entrar de lleno en la comunión de la gran familia humana.

J. FERRER DE COUTO.

## EL CASTILLO DE TORRELOBATON. (1)

El elemento municipal fué desde muy antiguo el fundamento y garantía de la nacion española, la base de su libertad política, el baluarte de su independencia. Por eso el feudalismo teutónico echó tan pocas raíces entre nosotros. Y por eso tambien la monarquia tuvo que asirse á tan fuerte áncora de salvacion en la deshecha tormenta de la irrupcion mahometana. Bajo la denominacion de *estado llano* tuvo representacion en las instituciones nacionales; y así en los primitivos concilios de Toledo, como en las Cortes del reino y en los concejos y merindades populares, tomó parte del poder público y ejerció autoridad. Con esa organizacion prestó grandes y continuos servicios al Estado, y fué el escudo indestructible de la nacionalidad. No buscaremos las pruebas de ello en las antiquísimas campañas contra Anibal y Escipion. Hay páginas mas frescas, recuerdos de menor oscuridad. Cuando perdido todo en las orillas del Guadalete, el pueblo se halló sin rey, sin patria y sin altar, alzose, cual un gigante mal herido, y clavando el estandarte de Recaredo sobre las breñas de Cantabria y de Sobrarbe, y agrupados los valientes á su sombra, levantan la nueva monarquia sobre el pavés de la victoria. Y ¡qué mas!... el prodigio se ha renovado en nuestros dias. No há mucho que la nacion de Viriato y de Favila se salvó por su solo poder y heroica voluntad. Hubo un tiempo de amargura y pruebas, en que entregada España á sí propia, cautivo el rey, disuelto el gobierno y abandonada de todos, hizo frente al capitán del siglo, le hundió en el polvo, y proclamó triunfante desde las columnas de Hércules salud y su libertad. La Europa, ya datida, despertó á su grito, y el vencedor de cien batallas fué lanzado á las soledades del Océano. ¡Ese fué siempre y donde quiera el pueblo español! El sistema interior ofrece mas pruebas. La representacion nacional formada por los brazos del reino; la significacion en ella de los procuradores de las ciudades y villas con *voto en Cortes*, los concejos y behetrías, los diputados del comun en los ayuntamientos y cabildos, el justicia de Aragón, los fueros provinciales y locales, los juramentos de Sobrarbe y Santa Gadea, tomados por los súbditos á los monarcas como garantía de honor y de conciencia en favor de la inmunidad del país, son otros tantos monumentos insignes de la indole popular y bien entendida de la cosa pública y de la fuerza del principio nacional. Con otros muchos datos históricos pudiera ampliarse la demostracion. Bastan sin embargo las indicaciones precedentes para justificar la radical y decisiva y constante influencia que el principio latino tuvo en los destinos de la patria.

Llegó al cabo un dia en que hubiera de sufrir el peso de incontrastables circunstancias. Desde que el pendón de Castilla tremoló en la torre de la Vela, y las colinas del Darro repitieron con eco dolorido el último suspiro del infiel, se abrió una nueva época para la nacion vencedora de Almanzor y de Boabdil. Reducida toda la monarquia bajo el ceño de Doña Isabel y D. Fernando, libres ya de los afanes de una guerra secular, y enaltecidos con el triunfo de Granada, pensaron en la organizacion interna de sus reinos. Uno de los pensamientos culminantes de su administracion, el principal acaso, fué la concentracion del poder. Hallaron aquellos monarcas débil el trono y desmembrada la autoridad; efecto natural de una guerra de ochocientos años, en la cual los diversos elementos de aquella sociedad habian adquirido preponderancia y significacion. Pues siendo necesario el concurso de todos en el trance comun, los servicios de cada cual le conquistaron importancia y engrandecimiento. El pueblo, núcleo y nervio de la empresa, adquiria franquicia y fueros en compensacion de sus heroicos sacrificios. Los Ricos-homes alcanzaban señoríos y privilegios; el clero riquezas y supremacia en cambio de sus merecimientos. El poder público pues se hallaba despedazado en heterogéneas porciones, que reunidas por un acaso pudieran dictar al trono la ley. No fallaron por ventura monarcas y estadistas que comprendieran tan falsa situacion. Pero la necesidad del brazo de la inteligencia de todas las clases, para derrocar al conquistador sarraceno, hacia contemperar y sufrir tan

(1) Véase el grabado en el número anterior.

grave contingencia. Por otra parte, absorba la imaginación pública en la demanda santa, no quedaba espacio para pensar en otras aspiraciones. Merced á tan honda preocupación, el riesgo ni era inminente ni produjo la menor eventualidad.

Terminada dichosamente aquella lucha gigantesca, las cosas variaron completamente de aspecto. No podía ocultarse á la suspicaz y cautelosa política de Fernando V el cambio de situaciones y las consecuencias para el presente y el porvenir. De aquí nació el pensamiento de concentración del poder, que fué acaso el mas importante de aquel fecundo reinado, y el mas desastroso en resultados por su exageración. Este sistema absorbente y exclusivista se inauguró con la incorporación de los maestrazgos militares á la corona. Golpe fortísimo descargado sobre la potencia teocrático-feudal, que hirió lo mas íntimo y robusto de su organización. Los sucesores de aquellos reyes adoptaron la base de su gobernación, pero llevándola á los últimos términos de abuso y demasia. Así una idea, que en su origen y límites racionales pudo ser de alta conveniencia, se convirtió en arma de opresión y ruina, cuyos posteriores estragos no hemos acabado de borrar aun con la sangre y las lágrimas de cuatro generaciones. Caminando siempre por la senda de la omnipotencia real, Carlos I privó de sus libertades á Castilla, Felipe II acabó con la soberanía de Aragón, y Felipe de Anjou puso el dogal á la altiva Cataluña. Y las Cortes del reino fueron abolidas de hecho: y esa institución sagrada que España poseyó antes que ningún pueblo de Europa, cayó en olvido; y los estamentos nacionales perdieron su representación, vieron menospreciado su voto, y sofocada su voz. El monstruo del despotismo con sus cien bocas iba devorando sucesivamente las formas tutelares del municipio, y al fin el rey pudo decir como el afortunado francés: *el Estado soy yo*. ¡Ya se ve! el plan era vastísimo y complicado. Necesitaba mucho tiempo y muchas contingencias para su desarrollo y éxito. No se derroca en un día el edificio de los siglos. Ni un hombre puede contratar el curso de la humanidad. Por eso la dinastía austriaca marchó paso á paso en la inmensa operación, con la tenacidad y astucia que distinguieron á aquella raza de hipócritas y tiranos. El cardenal Cisneros fué quien quitó la máscara y arrojó el guante del despotismo á los pueblos castellanos, cuando desde el balcón histórico de la casa prelatial dijo á la irritada muchedumbre mostrando los cañones del Tudesco: *con estos poderes gobernaré á España durante la ausencia de S. M.* Esta frase tristemente célebre fué la sentencia de la fuerza contra la razón, del hecho contra el derecho. ¡Qué lección!... Hay además motivos para sospechar que se provocaban intencionalmente las insurrecciones populares por los corruptores del poder para tomar pretexto de oprimir y esclavizar. ¡Política impía que ha juzgado la posteridad con el estigma de todos los hombres de bien!

Entre los trágicos episodios que produjo el sistema desaforado de la concentración de autoridad, entre las páginas sangrientas que dejó tras de sí aquella táctica odiosa y desleal, LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES forma un recuerdo inmarcesible para los alentados hijos de Castilla. Provocados por un poder antinacional y atentatorio, alzaron la bandera sin mácula, y al estallido de la indignación cívica, y al animado eco del popular rebato, abrieron palenque en defensa de la mas santa de las causas, clamando en son de guerra: *Santiago y libertad!* Cada aldea, cada rincón de esta leal tierra ofrece una memoria venerable de aquella gloriosa cuanto infortunada demanda. Los Campos Góticos conservan sobre sí las huellas enrojadas y profundas de los días sin ventura. Los lugares abrasados, las fortalezas deruidas, las campiñas despobladas por la ominosa dominación de los flamencos y sus espúrios satélites, son un padron de anatema contra los autores de tanto mal. Pero tambien hay en ese mapa sangriento vestigios de victoria y de perenne luz. TORRELOBATON es una corona de triunfo para el valor inclito de la Comunidad. El nombre inmortal de PADILLA se halla inscripto con caracteres eternos por la mano de la guerra sobre esos arrogantes torreones, y su colosal sombra llena el ámbito de esos muros, teatro de su aliento y de su fortuna. Aquí ciñó el lauro vencedor. Pero como Anibal en Cápua, el sueño de la dicha fué ocasión de su ruina y malandanza.

Encastillados los imperiales en la murada villa y su torreado baluarte, esperaron la llegada del intrépido caudillo, con justificada confianza y ánimo sereno. Decidido por su parte Padilla á establecer su cuartel general en Toro y en Zamora, como puntos mas estratégicos después de la pérdida de Tordesillas, venian desde Zaratán por los páramos de Torozos, con un cuerpo de fuertes y denodadas tropas de todas armas. Encontróse en su ruta con la plaza enemiga que le presentaba un obstáculo y un peligro; pues si no la arrollaba de frente, quedaba á su retaguardia, cortándole la comunicación con su base de operaciones, que era Valladolid, y pudiéndole ocasionar otras imponentes contingencias en el caso fatal de una retirada. El honor de las armas, además, no quedaba bien puesto, y exigía la humillación del enemigo. Decidió pues el brioso jefe no pasar adelante sin debelar aquel importante real. Puso cerco sobre él, estableciéndose en el ar-

bal y montando sus baterías en las colinas inmediatas. Catorce días duró el asedio, á contar desde el 21 de febrero hasta el 6 de marzo siguiente, en el año 1522 en que se rindió á discreción la fortaleza. Este hecho de armas, notable por mas de un concepto, cubrió de gloria á los comuneros, y de espanto y oprobio á los realistas. En vano querian salvar á los sitiados. La bizarria del sitiador desbarató á lanzadas los socorros exteriores. El conde de Haro, que vino al efecto desde Tordesillas con un cuerpo de mil lanzas, no sacó de su empresa mas que vergüenza y estrago; teniendo que volver la espalda á los arcabuces y ginetes de Padilla, que á su sabor asendereaban á las gentes del malandante capitán general. Tambien las guarniciones de Simancas y Portillo quisieron hacer un alarde contra Padilla; pero tal era el miedo de que los mercenarios imperiales estaban poseidos, que ni aun se atrevieron á presentarse ante el campo, al ver que sus corredores tornaban rotos y desbandados á tajos y mandobles. Pero no solo esto. Los sitiadores recibían á cuerpo descubierto los disparos de la tropa encastillada, que ascendía á varios centenares de soldados y hombres de armas. Y al fin entraron la villa por asalto, con bandera alzada á escala vista y á la luz del sol, sin que nada pudiera contrariar su ardimiento y su osadía. ¡Qué contraste de noble valor y militar esfuerzo con el bárbaro y cobarde vandalismo de los incendiarios de Medina del Campo y con las inicuas crueldades del feroz Ronquillo!... Tampoco le fué mejor al Condestable, que marchando desde Burgos á recuperar la villa, dió en manos de Juan de Mendoza, con las gentes de Becerril y de Palencia, que le atajaron el paso, haciéndole volver pié atrás con baldon y descalabro.

¡Y sin embargo, la toma de TORRELOBATON, que debió ser el fallo de victoria para los comuneros, fué la ocasión de su caída y desventura!... Si en lugar de permanecer Padilla en la plaza perdiendo un tiempo precioso, se arroja sobre Tordesillas con sus diez mil peones y un millar de ginetes, á mas de los refuerzos aprestados por Toro y Zamora, y se apodera de aquel importante cuartel, y revolviendo sobre Medina de Rioseco con algunos tercios, arranca á los imperiales este único punto de salvación, hubiera quedado por dueño de toda Castilla, y hecho invencible la insurrección. Pero mientras se entretenía en su victorioso cuartel, los realistas negociaban una tregua con el solo objeto de reponerse y ganar tiempo. La junta tuvo la ciega generosidad de otorgársela. Siempre los buenos son víctimas de su corazón. Tregua cobardemente pedida y villanamente rota por los titulados caballeros, cuando vieron conseguido su siniestro y desleal fin. Padilla conoció, tarde ya, su error y funesta confianza. Y cuando quiso remediar el daño, no era tiempo. El Condestable habia logrado ganar la tierra de campos y entrar en el real del almirante con respetables fuerzas. Moviése para Tordesillas, cayó sobre Peñafiel amagando la retaguardia de los comuneros, mientras los capitanes aposentados en aquella villa ponían en jaque el frente, y otras fuerzas bordeaban el flanco izquierdo. No le quedó á Padilla mas recurso que levantar el campo de Torrelobaton, y corriéndose por el flanco derecho, tomar la vuelta de Toro para guarecerse en la bien reparada ciudad, y por el escalon de Zamora darse la mano con Galicia y ponerse en contacto con Portugal, proporcionando á la campaña una base ámplia y segura. ¡Así cambiaron su situación dos meses mal perdidos! Lanzóse en pos de los comuneros el ejército real en tres cuerpos; y picándoles la retirada, dió sobre ellos en los campos de Villalar. ¡Allí sucumbió la causa de los pueblos! ¡Llor á los mártires de la libertad!!! Padilla pudo decir al opresor en aquella inmortal tragedia con un poeta español:

*El triunfo es vuestro, mas la gloria es mia.*

En esas áridas llanuras se inmolaron el valor, el patriotismo y la santidad del derecho; en ese triste campo se alzó el cadalso del caudillo y sus inclitos hermanos:

Gloria de las ciudades castellanas  
Que alzaron por sus leyes soberanas  
Nuestro pendon morado  
En las antiguas torres segovianas,  
Y en los sombríos muros  
Que baña el Turenas con cristales puros,  
Al grito dado en la Imperial Toledo  
Por los nietos de Wamba y Recaredo!... (1)

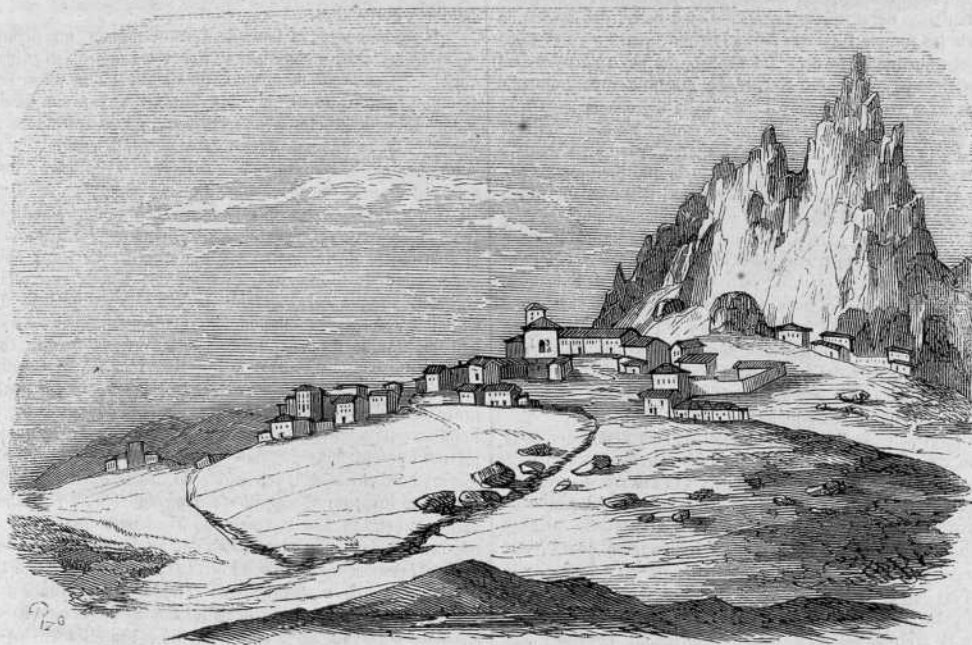
TORRELOBATON guarda recuerdos de aquellos lúgubres días. Es una página de piedra que lee absorba la posteridad. Aun refieren las gentes sencillas algunas tradicionales consejas que pasan misteriosamente conservadas de generación en generación. ¡Poéticas fantasías del vulgo, que nacen de la impresionabilidad de su sentimiento en tan

grandes catástrofes! Aparte de estas imaginaciones, esta fortaleza fué en suma donde se resolvió la suerte de Castilla, y es un monumento de histórica y terrible celebridad.

Su posición y condiciones militares lo daban también inmensa importancia. Y sin más que verle, se comprende su formidable castamentación en aquella guerra primitiva de brazo á brazo, en que para nada entraban los modernos agentes de espugnación. Situado el castillo á la estremidad septentrional de la villa y sobre cierta prominencia, su planta hace un cuadrado de cuatrocientos piés de perímetro, cerrado por soberbias murallas de mampostería concertadas y fortalecidas en los ángulos con imponentes defensas. Fuertes por sus dimensiones, que alcanzan cuarenta y dos hiladas de altura con doce piés de espesor, están coronadas de cauces y parapetos que se levantan sobre el terraplen y tienen ladroneras para ballestería y otros proyectiles de mano. Descuellan sobre los muros en tres de los esquinzos arrogantes cubos salientes, con sesenta y cuatro hiladas de elevación y ochenta piés de circunferencia en la plataforma, guarnecida como el murallaje de modillones y antepechos. En el ángulo restante al S. se eleva la torre colosal del homenaje, cuadrangular en su forma, con ciento cincuenta piés de alzado, cincuenta de diámetro en el glacis (que dan un cuadrado de doscientos cúbicos) y quince de codal en sus paredes. Ciñen su cúspide líneas de canes y barandas del sistema

general, y vuelan sobre el todo de la potente mole ocho baluartes circulares de diez hiladas de altura, veintiocho piés de círculo los angulares, y diez y seis los restantes del centro, rematados todos con un coronamiento elegantísimo de modillones y almenas cerradas que resguardan sus altísimas plataformas. Súbese á esta formidable altura por una hermosa escalera de anillo en sillería; y desde allí se domina el melancólico valle que se estiende á su pié, sembrado de aldeas y guarnecido de blanquísimos collados.

El sistema militar del castillo consta de dos recintos dobles. Constituye el primero el cuadrilátero amurallado y retrincherado con los baluartes angulares, precedido de ancho foso, ya inútil y ciego. Tiene su entrada al lado de la torre de banderas por un arco de menor punto, tras del cual caía el férreo rastrillo, defendido por troneras verticales, abiertas entre los canes, y da ingreso á la plaza de armas, donde se hallaban los cuarteles para la guarnición, vivienda del alcaide y demás piezas de servicio, dejando en el centro un espacioso patio. Desde aquí se sube á los andenes de las murallas por escaleras de cuarenta y seis peldaños, abiertos en el centro de los cubos, á cuyas plataformas se arriba desde allí por otra de veinticinco escalones, con objeto de desalojar el átrio de los enemigos que hubiesen ganado el rastrillo. En el fondo de cada bastión, á su parte superior, y cubierto con la bóveda de la plataforma, hay un cuerpo de guardia capaz para una docena



(Cellorigo.—Pag. 215.)

de mesnaderos. Perdido enteramente el primer órden de la fortificación, podían sus defensores guarecerse en el segundo, que es la torre de vijía, por cierta puertecita que da sobre los terraplenes, y á la cual desde ellos se pasaba por un puente volante. Dividida en tres pisos perfectamente abovedados con cascarones hemicíclicos de sillarejo, guarnecidos de aristas, era casi imposible de tomar á viva fuerza. Porque la escalera espiral, que da subida al terrado por una línea de ciento cuarenta y tres banzos, es tan estrecha y oscura, que no permite dos hombres de frente; y debiera estar cortada con multitud de portones, segun los arcos del trayecto. Y aun apoderados los sitiadores de ellas, todavía los defensores últimos, cerrados en los ocho baluartes del castillo salía desde una galería subterránea, fabricada bajo la cortina del Norte, y destinada á hospital ó almacén (con otras que debía haber en comunicación con esta, segun lo indica un silo ó boca de cueva existente bajo el baluarte occidental), desembocaba sobre los fosos, y hubo de estar defendida por un cuerpo de obra avanzado, conforme demuestran los arranques allí permanentes. Para nivelar el asiento de la fortaleza construyóse en su ángulo Norte una robustísima barbacana de enormes pedruscos, que servía al propio tiempo de con-

tra-escarpa á la honda cava que en torno ceñía sus estensos fuertes.

Este castillo es muy notable, no solo por su elegancia, amplitud y construcción, que le hacían inespugnable al arma blanca, sino también por estar perfectamente conservado, y sobre todo, por su celebridad histórica y militar. Se ignora su fundación; pero por la forma de la obra y sistema castramentario, es indudablemente del siglo XII. Las ojivas rudas y poco esbeltas de su subterráneo, y el poco uso que se hizo de la elipse germánica en su fábrica, donde domina el antiguo hemicíclico lombardo, hacen creer que se empezó á construir recién introducido el gusto gótico, y que aun dominaban las tradiciones de la decadencia latina. Las troneras abiertas en los parapetos son para el uso de la ballesta y armas arrojadas. Así es que no tiene almenas abiertas, ni aspilleraje para mosquetaría, ni tiros menores. En los torreoncillos del homenaje resaltan los blasones de la casa señorial de los almirantes, á quien perteneció la fortaleza, pero que fueron incrustados en la fábrica muchos años después de su origen.

Allí se ven las armas de Leon y de Castilla, las barras aragonesas, y otros timbres que formaban cuarteles en el escudo del poderoso señorío. El nombre de la fortaleza y de la villa procede de sus armas, constituidas por un castillo roquero, á cuyas puertas hay dos lobos encadenados á la cerradura.

El tiempo ha respetado este monumento venerable. Los hombres

no osan poner la mano sobre él. Le defiende el recuerdo de los héroes que entonaron bajo sus sombrías bóvedas el último canto por la libertad y por la gloria de Castilla.

V. GARCIA ESCOBAR.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

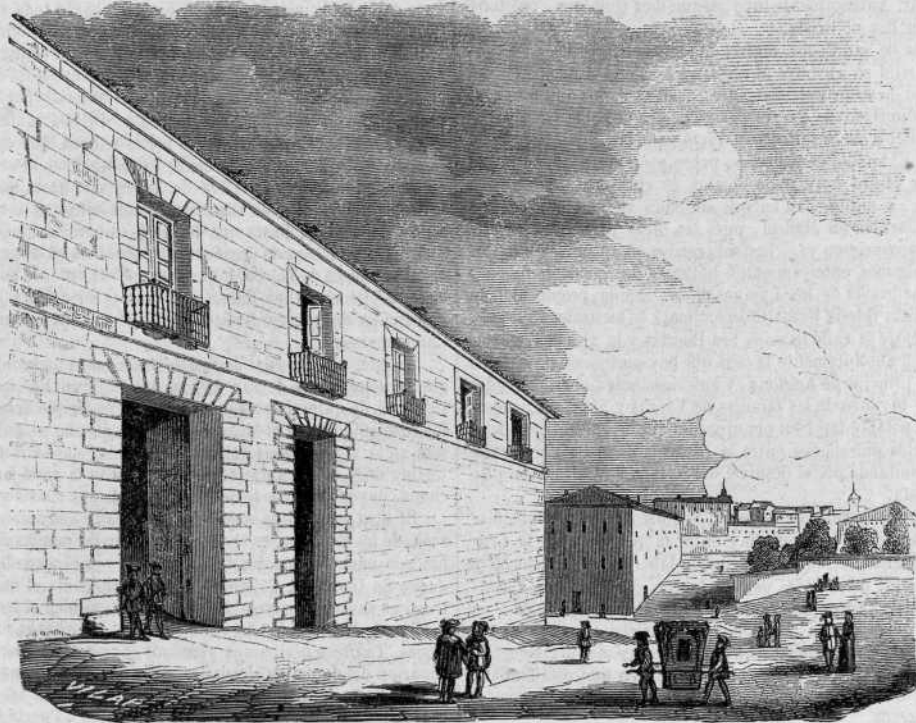
### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### DESDE PUERTA DE MOROS Á PUERTA CERRADA.

La muralla antigua, después de abrir la entrada meridional de la villa en *Puerta de Moros*, continuaba luego en dirección al Norte por entre lo que después fué y es todavía calle de la *Cava baja* y la del *Almendo*, hasta salir por detrás de la embocadura de la del *Nuncio* al sitio que hoy conserva el nombre de *Puerta Cerrada*, en el que se ve hoy colocada la Cruz de Piedra, sin duda en conmemoración de haber sido este el límite de Madrid por aquel lado, y el punto mismo

que ocupó la antigua puerta. Esta *Cava de San Francisco* y la de *San Miguel* que la continúa, han conservado aun, bajo la forma de calles, su nombre de origen morisco, y no eran otra cosa que el foso que venía corriendo al pié de la muralla desde los barrancos que rodeaban al Alcázar y los del *Pozacho* en la calle de *Segovia*, la *Alcantarilla de las Vistillas* (que dió su nombre primitivo á la calle hoy llamada de *Don Pedro*), y las Cavas ya dichas de *San Francisco* y *San Miguel*, y luego continuaba por la hondonada que después fué *calle de los Tintes* y de la *Escalinata*, hasta los Caños del Peral y puerta de *Balnadu*.—Delante de todas estas puertas muradas, y especialmente de la que ahora nos ocupa, habia sus puentes levadizos para salvar el foso.

La entrada de Madrid por este lado (segun el maestro Juan Lopez de Hoyos, que la conoció, pues no fué derribada hasta 1569) era angosta y recta al principio, haciendo luego dos revueltas, de suerte que ni los que salían podían ver á los que entraban, ni estos á los de afuera. Llamáronla en lo antiguo la *Puerta de la Culebra*, por tener esculpida encima de ella aquella célebre culebra ó *dragon* que á tantos comentarios ha dado lugar sobre su origen, atribuyéndolo algunos de los analistas madrileños nada menos que á los griegos, fundadores, segun ellos, de la villa, á quien dejaron como blason este emblema



(Casas de Lasso de Castilla, contiguas á San Andrés.)

que solian llevar en sus banderas. Así lo afirma con la mayor seriedad el mismo honrado madrileño maestro Lopez de Hoyos, en cuya casa de los Estudios de la Villa (de que ya anteriormente hicimos mencion) se conservó, al derribo de la puerta, la piedra en que estaba esculpida dicha culebra, que copió después en su obra del *Recibimiento de Doña Ana de Austria*, y aun hoy (respetando la tradicion) se mira pintada en el techo de la sala del archivo del ayuntamiento. Después del de la *Culebra*, el nombre principal con que era designada esta puerta, era el de *Puerta Cerrada*, por haberlo estado largo tiempo para evitar las fechorias de la gente facinerosa, que segun Quintana «escondíanse allí y robaban y capeaban á los que entraban y salían por ella, sucediendo muchas desgracias con ocasion de un peligroso paso que habia á la salida de ella en una puentecilla para pasar la cava, que era muy honda;» pero poblándose después el *arrabal* hácia lo que es hoy calles de Toledo y de Atocha, hubo necesidad de volver á abrir la puerta para la mas fácil comunicacion, hasta que como ya queda dicho fué demolida en 1569.

Emprendiendo ahora nuestro paseo por el interior del trozo com-

prendido entre ambas puertas, de Moros y Cerrada, hasta la calle del Sacramento inclusive, estamparemos los datos y noticias que aun se conservan y hayamos podido allegar relativos á esta parte de la poblacion, empezando por decir que para fijar el rumbo que llevaba el lienzo de muralla entre las casas de la *Cava baja* y *calle del Almendo*, hemos tenido en estos últimos años dos tan positivos, como es haber visto al descubierto uno de los cubos antiguos de dicha muralla, con motivo del derribo y reconstruccion de la casa número 28 de la primera, y posteriormente otro mas allá en el número 51, última casa de la segunda. Además, notoriamente está sostenido en el murallon antiguo el vetusto edificio llamado *posada de la Villa ó del Dragon* que da á una de las rinconadas de la *inconcebible* calle del Almendo, cuyas tortuosidades culebrinas debian desaparecer en gran parte, rompiendo fácilmente salida á la Cava Baja por la parte mas estrecha de la irregularísima manzana 150, una de las mas estensas de Madrid.

Todavía continuaban en este distrito las muchas propiedades de la ilustre familia de los Vargas, de quien y de las de Lujan, Mendoza, Lasso, Sandóval y demás conexionadas con ella, llegó á ser casi todo aquel caserío, además de las propiedades rurales del término de Madrid, y la misma Casa de Campo que compró Felipe II á sus hered-

(1) Véanse los números anteriores.

ros.—En dicha calle del *Almendo*, y bajo su número 6 moderno, está la casa propia de los marqueses de Villa-nueva de la Sagra, que en lo antiguo fué casa de labor perteneciente á *Juan de Vargas*, rico hacendado madrileño del siglo XI, cuyas propiedades contiguas labraba San Isidro, y en ella se ve convertida en capilla una estancia baja, donde segun tradicion acostumbraba encerrar el ganado de la labranza.—La casa que hace esquina y vuelve á la calle del Nuncio, hoy palacio y tribunal de la *Nunciatura apostólica*, perteneció tambien á la familia de Vargas, y por casamiento de una señora de esta familia (Doña Inés de Vargas Carvajal y Trejo, biznieta del licenciado Francisco de Vargas) con el célebre ministro D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, llegaron ambas á ser propiedades de aquel desdichado valido.—En la manzana inmediata, entre dichas calles del Almendo y del Nuncio y la antigua de la Parra, hoy *Costanilla de San Pedro*, dando frente á la puerta de la antiquísima parroquia de esta advocacion, se ve otra casa principal de sólida construccion y regular forma, conocida por la casa de *Santisteban*, y apoyada por uno de sus costados en el pretil á que da su nombre. Este importante edificio, que lleva uno de los titulos del célebre condestable D. Alvaro de Luna, y de su hijo D. Juan, nacido en Madrid en 1433, y hoy posee el señor duque de Medinaceli y de *Santisteban*, debe tambien tener su historia, que no nos ha sido posible averiguar. Anteriormente tuvo, segun dice Quintana, una torre muy grande que hoy no existe.

La parroquia de San Pedro, matriz de aquella feligresia, cuya fundacion en este sitio se atribuye al rey D. Alfonso XI á principios del siglo XIV, debió de estar anteriormente, al decir de los autores, algo mas arriba en direccion de Puerta Cerrada, y en efecto, en algunos documentos se habla de *San Pedro el Viejo* para distinguirle sin duda de la posterior. El templo es pequeño, pobre y mezquino en su forma y decoracion, y ofrece muy pocos objetos de curiosidad, si no es su misma sencillez, y antigüedad en que sin duda alguna lleva ventaja á los demás existentes en Madrid, pues las otras parroquias y casas antiguas, ó desparecieron ya, ó han sido renovadas en su mayor parte. Hay tambien algunos enterramientos notables de varios individuos de la familia madrileña de los Lujanes en su capilla propia al lado del evangelio. Esta iglesia forma independiente la manzana 132.—La contigua 152, entre la calle llamada Sin Puertas y la alta de Segovia, la forma tambien absolutamente la casa que hoy pertenece al marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona, y anteriormente fué de los condes de Benavente y tambien de las familias de Vargas y Sandoval; considerable edificio, notable tambien por el jardin que tiene contiguo, fundado sobre fuertes muros entre la plazuela de la Paja y la calle de Segovia y resultando por el desnivel del terreno á la altura del piso principal por esta.

Atravesando dicha calle de Segovia, y enfrente del pequeño distrito que acabamos de recorrer, hay entre la plazuela de la Cruz Verde á la de Puerta Cerrada otro pequeño laberinto de callejuelas y placetas, del *Rollo*, del *Conde*, de *San Javier*, del *Cordon* y *Costanilla de San Justo* (antes de *Tentetieso* con alusion sin duda á su rápido desnivel), las cuales, siguiendo el caprichoso rumbo de las manzanas de casas, y ascendiendo con trabajos pavimento convertido tal cual vez en escalones, van á ganar la altura en que está fundada la calle del *Sacramento*, que corre desde la plazuela de los Consejos á la de Puerta Cerrada.

Esta calle, la primera y tal vez única del Madrid antiguo que iba por terreno llano en una regular estension, debió estar formada en sus principios por un caserío insignificante ó de escasa importancia, que desapareció sin dejar rastro alguno de su existencia para dar lugar á otras construccion mas importantes hechas en los siglos XVI y XVII con destino á *casas principales* de algunas familias de la nobleza matritense, y de ellas quedan aun en pie las de los *Coellas*, después de los marqueses de San Juan, que hoy posee el señor marqués de Bélgida, con frentes á Puerta Cerrada, de Segovia y del Sacramento; la de *Alfaro*, manzana 178, número 4 al frente de la Plazuela del Cordon con los costados á la calle del mismo nombre y á la costanilla de San Justo; la que habita el señor marqués de Revillagigedo, esquina á la misma plazuela, y alguna otra.—Descuella sobre todas ellas por su importancia material é histórica la construida á principios del siglo XVI por el cardenal *fray Francisco Ximenez de Cisneros*, arzobispo de Toledo y regente que fué del reino, que está situada á la acera derecha de dicha calle y entre las del *Cordon* (antes de los *Azotados*) con vuelta á la plazuela de la Villa, formando independiente la manzana 180.—A la predileccion y cariño que siempre tuvo y se plació en demostrar á la villa de Madrid aquel grande hombre de estado, debió esta, no solo el distinguido honor de servirle de residencia casi todo el tiempo que tuvo á su cargo la gubernacion del reino, dándole cierto carácter de corte que después adoptó el emperador y de que la revistió por último su hijo Felipe II, sino que quiso vincular en ella su casa y familia, fundando aquel suntuoso palacio y amayorazgán-

dolo en cabeza de su sobrino D. Benito de Cisneros, hijo de su hermano D. Juan, cuyos sucesores, enlazados después con la familia de Guzman y Ladron de Guevara, pasaron á esta la propiedad de dichos mayorazgos, que hoy representa el señor marqués de Montealegre, conde de Oñate, aunque en el siglo pasado compró á censo esta casa la Real Hacienda para colocar en ella el Supremo Consejo de la Guerra. Vendida después por el Estado, es hoy propiedad particular (1). La circunstancia de tener un largo balcon corrido por toda su fachada á la calle del Sacramento, ha dado origen sin duda á la creencia vulgar de ser aquel en que el cardenal regente hizo asomar á los grandes para enseñarles la artilleria; pero esta asercion no tiene fundamento alguno; pues ni dicho balcon daba vista al campo, y si á la parte mas central y poblada entonces de la villa, ni acaso existia todavia aquel palacio, ni en fin, aunque existiese, se aposentó en él el regente del reino, y si, como ya dijimos, en el de D. Pedro Lasso de Castilla, contiguo á la parroquia de San Andrés, adonde es de presumir que tuvo lugar aquella heroica escena. La casa de Cisneros es mas ciertamente célebre por haber servido de prision al famoso secretario de Felipe II Antonio Perez, quien con auxilio de su esposa Doña Juana Coello y Bozmediano logró escaparse de ella en la noche del miércoles santo, 18 de marzo de 1590, logrando sublevar en su favor al reino de Aragon y ocasionando la famosa guerra que acabó con los fueros de aquel reino. Este desdichado ministro no sufrió sin embargo toda su larga prision de mas de once años en aquella casa, sino que anteriormente estuvo detenido en la de su propia habitacion, que era la contigua llamada *del Cordon*, propiedad de la familia *Arias Dávila*, condes de Puñonrostro, la misma que ha sido demolida en el año anterior por su estado ruinoso, y que en su tiempo era suntuosa. De ella tambien intentó escaparse, descolgándose al efecto por la tribuna que daba á la iglesia inmediata de San Justo, de donde fué estraido en el acto por la justicia y conducido á la fortaleza de Turégano, hasta que mas adelante le trajeron á la casa de Cisneros, donde sufrió la tortura y estuvo á punto de espirar, hasta que le salvó su heroica muger como queda dicho. En esta casa de Cisneros vivió tambien en el siglo XVII el cardenal arzobispo de Toledo, Rojas y Sandoval, que fué su propietario, y en el XVIII el último duque de Arcos y el célebre jurisconsulto y gobernador del consejo D. Pedro Rodriguez de Campomanes, conde de Campomanes.

La iglesia parroquia de *San Justo*, situada en la misma calle (á la que se incorporó la de San Miguel demolida en los principios de este siglo) es de antiquísima fundacion, pero el templo actual es moderno; fué construido sobre el mismo sitio que ocupaba el antiguo en el pasado siglo y á expensas del infante D. Luis, siendo lástima que la estrechez de la calle en que está situado quite la vista á su elegante fachada convexa con dos torres laterales y de una considerable elevacion.

El otro templo que engrandece esta calle á su arranque por la plazuela de los Consejos, es el del convento de las monjas del *Sacramento*, fundado en los principios del siglo XVII por la piedad y grandeza del duque de Uceda D. Cristóbal Gomez Sandoval, el mismo que construyó el suntuoso palacio de los Consejos, si bien el templo actual es moderno, de mediados del siglo anterior, y de buena forma y proporciones. Tambien pertenecen al mismo convento y formaron parte de la donacion del duque de Uceda las casas contiguas llamadas del *Sacramento*, hasta la esquina de la calle del Rollo.—Por último, el *palacio arzobispal*, sito en la misma calle á su salida á Puerta Cerrada, es un edificio tambien moderno construido en el siglo pasado durante los arzobispados de los señores infante D. Luis y Lorenzana, que no ofrece por lo tanto mas recuerdos históricos que los de haber espirado en él los últimos arzobispos cardenales Borbon é Inguanzo.

Se ve por lo dicho que la expresada calle está compuesta exclusivamente de templos, palacios y casas principales de la nobleza madrileña, y que ha llegado hasta nosotros con su aspecto severo y sus pretensiones heráldicas, sin que ni una sola tienda de comercio, simbolo de la animacion y movimiento de la moderna villa, haya llegado todavia á interrumpir aquel grave continente de sus fachadas austeras y monótonas. Su inmediacion á la casa de los Consejos y tribunales supremos, su apartamiento del bullicio mercantil y cortesano, y la espaciosidad y clásica distribucion de aquellos vetustos casarones, les hicieron muy propios para albergar después de la nobleza del siglo XVII, á la alta magistratura del siguiente y del actual, y muchos nombres célebres en aquella y señalados en los fastos nacionales figuraron en la calle del Sacramento, como los de los Macanaces, Tovares, Jovellanos, y otros muchos, hasta los últimos gobernadores de Castilla, Villela y Puig Samper.

R. DE M. R.

(1) No insertamos el grabado de esta célebre casa, por haberlo hecho ya el SEMANARIO (véase el año 1837).

## CELLORIGO.

La antigüedad de la villa de *Cellorigo* es remotísima, y las monedas, los fragmentos de barro saguntino y otros objetos de bronce y cobre que se suelen encontrar en sus inmediaciones al remover la tierra para las labores agrícolas, atestiguan que por lo menos ya existía en tiempo de los romanos; y así debió de suceder, porque su posición es singular é inespugnable, pareciendo que la naturaleza se ha complacido en presentar un fenómeno digno de ser estudiado y admirado por todos.

Nosotros creemos con otros que *Cellorigo* se halla en uno de los puntos mas elevados de Castilla, y lo positivo es que desde cualquiera de sus calles y casas se descubre un horizonte de muchas leguas, inclusa toda la Rioja, las montañas de Santander, la costa de Cantabria, la renombrada sierra de San Lorenzo y otras de la provincia de Burgos.

El aspecto de la villa es muy pintoresco, y vista de lejos parece suspendida de las nubes, contribuyendo á hermosearla los erizados peñascos que la sirven como de escudo, y que á la par se figura uno que van á desgajarse al menor impulso y á arrollarla y destruirla por completo.

Como no hay caminos ni puede haberlos, sino sendas y muy malas, y se tarda bastante en subir á la cima del gran peñasco aislado, llamado *Mata-asnos*, donde se halla edificada la población, los vecinos de esta viven sin trato ni relaciones con casi todos, gozan de una paz envidiable, pasan para ellos desapercibidos los acontecimientos que conmueven la Europa y aun el mundo entero, y se conceptúan felicísimos el año que sus medianas tierras les dan el trigo suficiente para alimentarse hasta la otra cosecha.

El famoso castillo de *Cellorigo* abatió por dos veces á fines del siglo IX el orgullo y el inmenso poder de los reyes de Córdoba cuando aspiraban á la conquista de la Europa. Oigamos al monge Albelda en la era 920, año 882, reinando D. Alonso III: dice que Almundar, enviado por su padre Mahomat, rey de Córdoba, con ochenta mil hombres, mandados por Aualit, después de haber combatido las fortalezas de Zaragoza y Tudela, sin rendirlas, poseídas por los Zimaes, hijos de Muza, enemigos del rey de Córdoba, talando el ejército cordobés todo el país, llegó reforzado con Ababdella, anteriormente amigo nuestro, á los términos de nuestro reino de Asturias; primeramente acometió al castillo de *Cellorigo*, defendido por Vela Gimenez, conde de Alava; pero fué rechazado con pérdida de mucha gente: de allí pasó con su ejército al estremo de Castilla á combatir el castillo de Pontecurbo, hoy Pancorbo, que atacó por tres dias; pero solamente consiguió perder mucha gente al filo de los vengadores aceros: era conde de Castilla Diego, hijo de Rodrigo. En la era siguiente de 921, año 883, hizo la misma expedición, sigue el Albeldense; corrió desde Zaragoza talando los campos y saqueando cuanto encontraba, pero sin poder rendir castillo alguno: volvió á combatir el castillo de *Cellorigo*, defendido por el conde de Alava, Vela, viéndose obligado á renunciar su empresa con no corta pérdida, sucediéndole lo mismo con el castillo de Pontecurbo, defendido por su conde Diego.

Del referido castillo de *Cellorigo*, que estaba situado sobre una de las puntas de los peñascos escarpadísimos que se ven á la derecha del grabado que ofrecemos á nuestros lectores, apenas queda rastro, como tuvimos ocasion de cerciorarnos por nosotros mismos, asociados de otros dos amigos, el dia siete de noviembre último, en cuya tarde, á fuerza de un trabajo impropio, logramos, aunque con exposición inmensa, trepar hasta la cima de aquellos.

A la manera que el castillo de Pancorbo defendía la entrada por la hoz de su nombre, el de *Cellorigo*, distante dos leguas, verificaba lo propio con respecto á la garganta de Foncea y á la hoz de la Morquera, quedando así preservados los países de Alava y Castilla, que después se llamó Vieja, de las correrías y talas que hacían frecuentemente los ejércitos en las tierras de sus contrarios; y así se ve que en la relación del Albeldense, Pancorbo era el estremo de Castilla, y *Cellorigo* de los condes de Alava, cuya villa hace bastantes años se ha considerado Castilla.

Posteriormente á tan grandes acontecimientos tenemos noticias de aquella. En el voto del conde Fernan Gonzalez, en el fuero de Miranda de Ebro de últimos del siglo XI, y en el de Cerezo del XII se nombra á *Cellorigo*.

También se menciona á esta villa en la petición que los embajadores del rey de Navarra D. Sancho el VII, llamado el Sabio, presentaron ante el rey de Inglaterra Enrique II contra el de Castilla D. Alonso VIII en la cuaresma del año 1177, á consecuencia del compromiso hecho en agosto de 1176; advirtiendo que el citado rey de Navarra pretendía que el de Castilla le entregase Nájera, Grañon, Pancorbo, Beiforado, Cerezo, Monasterio, *Cellorigo*, Bilibio, Méntrida, Veguerta, Clavijo, Berbio y Lanteron.

*Cellorigo* es hoy una pequeña villa que se compone de unas sesenta medianas casas, distribuidas en varias calles, y una pequeña plazuela, pendientes todas por lo que hemos dicho arriba, y que pertenece á la provincia de Logroño y al partido judicial de Haro, de cuyo primer punto dista diez leguas, tres del segundo y dos cortas de Miranda de Ebro. Tiene una antiquísima iglesia dedicada á San Millan; pero de ningun mérito artístico, y menos desde que con un malhadado revoque de cal que acaban de darla interiormente, han desaparecido algunas pinturas, adornos é inscripciones.

La situación elevada de esta villa ha hecho que se la denomine vulgarmente, pero con propiedad suma, el Púlpito de la Rioja.

REMIGIO SALOMON.

## ANGELO.

En fines de 1852 me dirigí á una de las ciudades de Italia con motivo de ciertos asuntos de familia: mi cicero me condujo á una de las foudas que en ella habia entonces, la que por lo módico del hospedaje se hallaba mas en consonancia con mi bolsillo y fortuna. El aposento que me destinaron era una pequeña sala cuadrada, con dos reducidas alcobas; me dijeron que una de ellas se hallaba ocupada ya por otro viajero, que habia salido á dar un paseo por la campiña, y que seríamos compañeros de mesa. Como no pensaba poner en ejercicio mis piernas hasta el dia siguiente, me limpié el polvo del camino, arreglé un poco mi traje y cabellera, y abriendo una de las persianas del balcon procuré indagar la clase de vecinas que tenia. Cansado de no columbrar ninguna, me puse á mirar los cuadros de mi habitación, que representaban escenas de la vida del Tasso y del Petrarca. Oí pasos cercanos y supuse que sería mi compañero de aposento. En efecto, un segundo después se abrieron las puertas de la sala, dando paso á un caballero como de cuarenta años de edad.

Era de una estatura regular, bellas facciones, color pálido, de cabellos negros y rizados, aunque salpicados de algunas canas, ojos negros, pero velados con una sombra de tristeza, que se hallaba en perfecta consonancia con la dulce y melancólica sonrisa que contraía sus labios; vestía un sencillo traje negro, y su voz era lenta y armoniosa.

Después de los saludos de costumbre, hablamos largo rato sobre la belleza del clima de Italia, sobre su historia, sus monumentos, los géneos que produjo en todos los ramos del saber humano, y yo, como aficionado al bello sexo, hablé de las hermosuras italianas, y le pregunté si existía alguna de ellas en las casas inmediatas.—Me dijo que no habia observado nada; que como enfermo que se hallaba no se habia detenido en casa ni en la ciudad mas que lo necesario á ciertos negocios que tenia pendientes, y que la mayor parte del tiempo lo pasaba visitando y recorriendo la campiña. Era su acento tan dulce, se habia mostrado en la conversacion tan profundamente instruido en historia y literatura, y especialmente en la pintura y escultura, que al punto le creí ó algun literato ansioso de conocer países y costumbres, ó algun artista de mérito, ávido de contemplar las obras de los Rafaeles y Migueles-Angeles.

Cenamos; y luego, confesándose cansado de su escursión del dia, me deseó buena noche y se retiró á su alcoba. Poco después hice yo lo mismo, y mientras me desnudaba formé mil conjeturas sobre mi misterioso compañero.

Al dia siguiente cuando me levanté se hallaba ya bastante adelantado el dia; mi viajero habia salido muy temprano. Hice sobre él varias preguntas á los criados, y saqué en consecuencia que todos sabian de él tanto como yo.—Hacia tres dias que habia llegado; salía por la mañana después del desayuno, y volvía á la hora de comer, volvía á salir, y regresaba al toque de oraciones.

Fuí yo entonces á evacuar mis asuntos; hice algunas visitas á las principales maravillas de la ciudad, volví á la hora de mediodía, y hallé ya á mi melancólico compañero. La misma finura, el mismo aire triste, y la misma erudición en cualquier asunto sobre que la conversacion girase. Volvió á salir él, yo hice lo mismo, y finalmente por espacio de cinco dias seguimos el mismo método de misterio.

Habia terminado ya mis asuntos, y me propuse detenerme algunos dias mas para recorrer las pintorescas inmediaciones de la ciudad, gustar de los vinos esquisitos que los campesinos recojen, y dare un' ocheiata á sus bellas vagazzas.

Recorría una tarde las orillas de uno de los rios que forman los Apeninos, gozaba en contemplar sus límpidas aguas y en respirar el perfume que exhalaban los naranjos silvestres y las higueras chumbas de que se hallaban sembradas sus riberas, cuando de repente un agudo y lejano grito, y luego dos ayes como demandando socorro, hirieron mis oídos: me encaminé apresuradamente al punto de donde me parecia provenian, y veo con espanto una persona que la corriente del rio procuraba arrastrar, y con la que la infeliz luchaba en vano. Me desnudo rápidamente, me arrojo al agua, y logro con dificultad atraerla

á las orillas. ¿Cuál no fué mi asombro al reconocer en la persona á quien habia salvado á mi compañero de fonda? Me vesti, limpié y enjugué su rostro; procuré hacerle volver en sí, pero en vano. Entonces le cogí en mis brazos y lo llevé á la casa de un pescador que se hallaba inmediata. Este pobre anciano, sin muger y sin familia, me ayudó á desnudarlo y acostarlo en su pobre, aunque aseado lecho.

Con el calor al momento recobró el sentido, abrió sus ojos, dirigió sus miradas sobre el pescador y sobre mí, que nos hallábamos contemplándole silenciosamente, y conocí que procuraba indagar el sitio en que se hallaba: observé tambien que no me habia reconocido. Nos dió á entender que desearia un médico, y habiendo yo rogado al viejo barquero lo fuese á buscar á la ciudad, quedé á solas con él; observé sus fuertes pulsaciones, toqué su frente enardecida, y noté su respiración fatigosa, síntomas todos que me convencieron de que una fuerte fiebre comenzaba á desarrollarse en mi pobre compañero.

Trascurrieron algunos minutos en silencio: el enfermo, que no separaba sus ojos de mi rostro, dió al fin muestras de reconocermé y de notar la ansiedad con que yo le miraba. Me alargó su mano, que yo me apresuré á estrechar entre las mias, y me pareció que una lágrima se habia asomado á sus ojos medio cerrados. El fuego de la calentura desató en aquel instante su lengua, y comenzó á hablar, á repetir palabras inconexas y sin sentido, pronunciando los nombres de Eleonora y Beatrice con un tono triste y lastimero.

Media hora habria trascurrido de esta manera, cuando entró en la casa el barquero, jadeante, seguido á poco tiempo del médico. Este observó al enfermo, recetó algunos calmantes, alguna extracción de sangre, y me dijo que no podria trasportársele á la ciudad sin grave peligro de su vida, por lo cual seria conveniente dejarlo allí y mandar á ella por lo que se necesitase. El buen pescador se ofreció á ir á avisar á nuestra fonda para que nos trajesen ropas y alimentos, pues yo no pensaba separarme de su lado hasta que se hallase algo restablecido.

Os diré, para acortar la narración, que al cabo de once dias la fiebre, que habia llegado al punto mas fuerte de escitacion, comenzó á calmarse conocidamente. El médico permitió á mi compañero tomar algunos alimentos, y luego fué desapareciendo poco á poco la calentura. Yo no me habia separado de su lado. Pasaba el tiempo que mi viajero dormia, leyendo ó contemplando desde la ventana de la pobre casa el aspecto de los campos y las bandadas de aves que venian á posarse sobre las ramas de los árboles inmediatos. El enfermo habia abandonado ya conmigo, en vista de mi solicitud por su vida, aquel aire de recojimiento que en él habia observado: por su conversacion llegué já conocer que su corazon se hallaba herido por dolores profundos.

En fin, una noche en la que el médico al marcharse nos dijo que el enfermo podria ya levantarse un poco al dia siguiente, prolongamos mas de lo regular nuestra conversacion, y escitado por mi me contó la historia de su vida en los mismos términos en que os la voy á referir.

Yo me llamo Ángelo; nací en esta ciudad; soy el fruto de un amor desgraciado; mi madre, que murió cuando yo tenia apenas siete años, me recomendó al morir á una hermana suya casada en una de las ciudades de Alemania con un viejo abogado: aun se me figura sentir sobre mis mejillas los besos que en ellas imprimió mi madre moribunda; aun se me figura sentir sobre mi cuello sus brazos estrechados en convulsivo lazo; aun se me figura ver brillar sobre su rostro descarnado las lágrimas que la muerte vino pronto á helar con su soplo, y que la infeliz vertia por nuestra pronta separación y el abandono en que me dejaba sumido.

Mi tia era una muger pequeña, gruesa, como de treinta años de edad, genio adusto y regañon, severa en el castigo, y que cuando acostumbrado á este me mostraba invencible, empleaba alternativamente las injurias, las lágrimas y sollozos para obligarme á seguir el camino que deseaba. Su marido, hombre ya de unos setenta años, no dejaba de mirarme con algun cariño, pero muy distante, como yo pronto conocí, del que tenia á sus tres pequeños hijos.

(Continuará.)

AURELIANO VALDÉS.

## A DIANA.

### LOS OJOS DE CIERVA HERIDA.

Oye, amante ruseñor,  
que el viento sutil escalas,  
deten un poco tus alas:  
no tengas miedo al amor.  
Vuela y dí de flor en flor  
que hieren ya corazones,  
no sus temibles arpones,

*sino del bien de mi vida  
los ojos de cierva herida.*

En un bello rosicler  
baña los campos y dora  
desde el oriente la aurora,  
mensajera del plácer.  
Las flores á agradecer  
empiezan á la mañana  
la luz que les rinde ufana,  
y á los campos venturosos;  
peró rayos mas hermosos  
me rinde el amor tambien  
en los ojos de mi bien,  
*que para bien de mi vida  
son ojos de cierva herida.*

Perlas el alba gentil  
derrama en las blandas flores  
cuyos pintados colores  
son gala y pompa de abril.  
Risueña el aura sutil,  
del verde campo alegría,  
las perlas que el alba envia  
bebe en jazmines y rosas;  
peró perlas mas preciosas  
me rinde el amor tambien  
en los ojos de mi bien,  
*que para bien de mi vida  
son ojos de cierva herida.*

Celos al campo darán  
y á las mas pintadas flores  
mis venturosos amores  
que al mismo amor celos dan;  
y de celos morirán  
las aves, pompa del viento.  
Cesen ya vuestro contento  
y vuestros cantos suaves,  
ligeras y hermosas aves.  
Perdió el campo su beldad,  
vosotras la libertad,  
su aroma la flor temprana,  
sus albos la mañana,  
y su curso el mauso rio;  
que esclavos de mi albedrio  
*son del dueño de mi vida  
los ojos de cierva herida.*

Canta, hermoso ruseñor,  
mis dichas de flor en flor,  
no de las aves y flores  
la envidia de mis amores.  
Nada me importa ese llanto  
sino mi gloria y mi encanto;  
*que son del bien de mi vida  
los ojos de cierva herida.*

Cádiz, abril de 1845.

ADOLFO DE CASTRO.

## SONETO.

Yo ví en medio del mar tempestuoso  
Que una roca terrible se elevaba,  
Y un náufrago infeliz, que reluchaba  
Por evitar la muerte congajoso:

Vile en continuo afan tender ansioso  
Sus manos al peñon que ya tocaba;  
Peró que este de sí lo rechazaba  
Lanzándole en el piélagos espumoso.

¿Lloras? ¿Te compadecees, Laura bella?...  
Que salga una palabra de tu boca  
Y su desgracia evitarás con ella.

Porque es el mar cruel mi pasion loca  
Que en tu insensible corazon se estrella;  
Yo el náufrago infeliz, y tú la roca.

ANÓNIMO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra,  
Jacometrezo 26.





PAISAJE INDIO.

El suelo de la India, con sus numerosos accidentes y su desigualdad ofrece casi todas las variedades de las producciones terrestres. Se cojen dos cosechas generalmente; pero la principal es la de arroz, que es el pan de los indios, y de la que se cuentan hasta veinticinco especies. Los demás artículos harinosos peculiares al país son el moug, el murhus, cuyos granos son parecidos á los de la mostaza, el tanna, grano que produce mucho y que crece casi sin cultivo; el toll, que produce un alimento muy sabroso y favorito de los marinos; katchil, negro por el lado exterior pero interiormente blanco, que reemplaza á nuestra patata; el monghonilly, la batata en fin que comunmente pesa muchas libras.

Respecto á flores, el suelo indio produce la coleccion mas rica y mas variada del globo. Entre las mas notables sobresalen las rosas de Delhi y de Gazipour, de la cual se estrae el *attar* ó acueia, célebre por haberla transmitido hasta nosotros las poeias de los orientales.

Entre las plantas útiles á la industria deben mencionarse el añil, el tabaco, el cáñamo, el lino, la zarzaparrilla, el algodón, el betel, el ópio y muchas especies tintoriales. Las provincias de Gates y de Aond producen pimienta en abundancia.

La India contiene bosques de mambúes y palmeras de toda clase. Entre los árboles frutales es preciso distinguir la higuera ó árbol de los Banianos, llamado todavía árbol de Boudha ó higuera de las pagodas, el cual es sagrado en la India, y cada establecimiento religioso, templo ó chanderia tiene ordinariamente su árbol de banianos. Las hojas de este árbol son elípticas, tersas y lustrosas. Su fruto, insípido y grueso como una avellana, carece de pedúnculo. Teofrasto, Estrabon y Plinio han hecho mencion de este árbol, que es conocido bajo distintos títulos.

En los numerosos bosques que cubren las montañas se encuentran árboles desconocidos en nuestras latitudes, y algunos de una altura tan

elevada, que un arquero del país no puede alcanzar la copa con su flecha.

La India encierra infinitas riquezas y preciosidades, y los atrevidos viajeros jamás se cansan de admirar tanta belleza.

La lámina que encabeza este artículo representa una choza india, en cuyas inmediaciones se ve una vejetacion fértil, variada y llena de vida y de hermosura.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### DESDE PUERTA CERRADA Á PUERTA DE GUADALAJARA.

El trozo comprendido entre dicha calle del Sacramento y la antigua de la *Almudena* ó sea *Mayor* hasta las *Platerias* y *Puerta de Guadalajara*, aunque limitado en espacio, es sumamente interesante bajo el aspecto histórico. Verdadera ampliacion del Madrid primitivo, siempre en la inclinacion al Oriente como las posteriores ya efectuadas, y probablemente como las que tendrán lugar después, el trozo de calle *Real de la Almudena*, que partia desde la iglesia, ó mas bien desde el arco del mismo nombre de que antes hicimos mencion, era desde un principio por su situacion central, su piso llano y su direccion, la principal arteria de comunicacion entre los barrios mas apartados de la villa, creciendo aun mas y mas en importancia á medida que estendiéndose considerablemente el caserío por ambos lados Norte y Sur, fué preciso prolongar aquella, primero hasta la puerta del Sol, y después hasta la de Alcalá.

(1) Véanse los números anteriores.

Contrayéndonos por ahora á dicho trozo de aquella calle principal, en la época á que nos referimos, en que estaba limitada la población por la antigua muralla, nos detendremos en el sitio en que interrumpiendo la continuidad de su fortísimo lienzo, daba al pueblo su entrada oriental por la suntuosa *puerta de Guadalajara*, en aquel punto mismo que hoy conserva su nombre, esto es, entre la plazuela de San Miguel y la embocadura de la calle de Milanese.—El origen de esta puerta (la principal sin duda de la antigua villa) se atribuye como de costumbre por los unos á los romanos, por los otros á los godos; pero lo probable sin duda es que fuese como las demás obra morisca, y así parece indicarlo su nombre y su misma forma, que según la minuciosa descripción que de ella hace el maestro Juan Lopez de Hoyos, que la alcanzó á ver, por no haber sido destruida hasta 1580, «tenía dos torres colaterales fortísimas de pedernal, aunque antiguamente tenía dos caballeros á los lados inespugnables. La entrada pequeña, la cual hacía tres vueltas como tan gran fortaleza. Estas se derribaron para ensanchar la puerta y desenfadar el paso, porque es de gran frecuencia y concurso. Estas torres ó cubos hacen una agradable y vistosa puerta de veinte pies de hueco con su doble proporción de alto, y en la vuelta que el arco de la bóveda hace, todo de sillaría de piedra berroqueña fortísima, hace un tránsito de la una torre á la otra, con unas barandas y balaustres de la misma piedra, todas doradas. Sobre este arco se levanta otro arco de bóveda que hace una hermosa y rica capilla, toda la cual estaba cantada de oro, y en ella un altar con una imagen de Nuestra Señora con su hijo en los brazos de todo relieve, ó como el vulgo dice, de bullo, todo maravillosamente dorado y adornado con muchas brutescos.»—Todavía continúa el maestro Hoyos su minuciosa descripción, y expresando con toda escrupulosidad los remates y adornos de aquella suntuosa fábrica, que consistía en una multitud de chapiteles, barandas, pirámides y torrecillas, incomprensibles ciertamente á una mera descripción, y amenizado el todo con otras imágenes, una del santo Angel de la Guarda (que es la misma que se venera á costa de los maceros de la villa en la ermita del paseo de Atocha), «cuatro colosos ó gigantes de relieve, varias cruces, escudos de armas y un reloj, que era una hermosa campana que se oía á tres leguas en contorno.»—Así la describe en sus últimos tiempos el referido maestro, contemporáneo, y no hay motivo razonable para dudar de su veracidad.—Pero Diego de Colmenares en su famosa *Historia de Segovia*, con motivo de encarecer la parte mas ó menos fabulosa que tomaron los segovianos en la primera acometida hecha á los moros de Madrid por D. Ramiro II de Leon en 952, dice terminantemente que «en memoria de haber entrado á Madrid por aquel lado, se mandaron colocar sobre dicha puerta las armas de Segovia sostenidas por las estatuas de los dos caballeros D. Fernan Garcia y D. Diaz Sanz,» todo en los términos que se ve en el grabado de dicha puerta que acompaña el mismo Colmenares, y que reproducimos aquí para hacer resaltar la absoluta diferencia de forma y accesorios entre la descrita por Hoyos y la que según Colmenares existía hasta 1542, en que según el mismo se arrojó una parte de ella, aunque Quintana contradice abiertamente la existencia de dichas armas y estatuas segovianas.—Pero de todos modos, y bajo una ú otra forma, es lo cierto que aquella suntuosa fábrica desapareció en una noche del año de 1580 en que haciendo festejos la villa por haber terminado el rey D. Felipe II la conquista de Portugal, fueron tantas las luminarias que en ella mandó poner el corregidor D. Luis Gaytan, que se incendió del todo, lo cual ciertamente no depone en gran manera en pro de su pretendida fortaleza. Verdad es que dicha destrucción acaso no fuese toda obra del incendio, sino que habiéndose extendido tan considerablemente Madrid por aquel lado, y cesado por consecuencia el objeto de la puerta de Guadalajara, se aprovecharía tal ocasión para derribar aquella masa que solo servía ya de estorbo en sitio tan principal y céntrico de la nueva villa y corte.

Subiendo á dicha puerta por la *Cava de San Miguel* que ocupó luego el sitio del antiguo foso estramuros, y que por su gran desnivel respecto á la inmediata altura donde hoy está la Plaza Mayor, da lugar á que las accesorias de las casas nuevas de la misma hácía donde hoy está el arco y escalerilla de Piedra, presenten una altura formidable y sean las únicas de Madrid que tienen ocho pisos, lo primero que se nos presenta al paso es el solar irregular denominado *plazuela de San Miguel*, y convertido hoy en mercado de comestibles. Parte de este solar ó plazuela estaba ocupado desde principios del siglo XIV al menos por la antigua iglesia parroquial de *San Miguel de los Ochoes*, apellidada así por el nombre de una rica familia feligresía y bienhechora de esta parroquia, y para diferenciarla de la otra, aun mas antigua, de *San Miguel de Sagra*, que ya dijimos estuvo situada delante de la puerta principal del Alcázar, hasta que Carlos V al renovar aquel palacio la hizo demoler y trasladó á otro sitio mas desviado. El templo de esta de *los Ochoes*, que ahora nos ocupa, era moderno, del reinado de Felipe III, capaz y hermoso, y contenía sepulcros notables y otros objetos primorosos de arte, entre ellos el precioso tabernáculo de piedras finas y

bronce, trabajado en Roma en precio de 6,000 ducados á costa del cardenal D. Antonio Zapata y Cisneros, hijo del conde de Barajas, madrileño insigne, inquisidor general y virey de Nápoles, que hizo presente de él á esta iglesia. Es el único objeto que pudo salvarse de ella en el horroroso fuego de la Plaza Mayor y calles contiguas ocurrido en la noche del 16 de agosto de 1790, y hoy se halla colocado en la iglesia de San Justo, á cuya parroquia se unió igualmente la feligresía y el título de la arruinada de San Miguel. Después del incendio acabó de demolerse en tiempo de la dominación francesa, así como tambien la manzana de casas número 172 que desde dicha plazuela daba frente á las Platerías y formaba los dos callejones laterales de la *Chamberga* y de *San Miguel*; hoy sirve aquel solar de ingreso y parte del mercado con una portada de ladrillo construida hace pocos años para cubrir algun tanto el mal aspecto de los cajones á la parte de la calle Mayor, que ciertamente debieran suprimirse en aquel sitio.

Detrás de esta plazuela, y en dirección á Puerta Cerrada, se halla otra en una rinconada que forma la irregularísima manzana 169, á cuyo frente está la casa principal de los condes de Barajas, de la familia de los *Zapatas*, enlazada después con los *Cárdenas* y *Mendozas*, de quienes eran la mayor parte de las casas principales de aquel distrito. Esta, que después ha estado ocupada por la Comisaría general de la Santa Cruzada, lo está hoy por el Consejo de Ultramar.—A espaldas de dicha casa, en la misma manzana, y dando frente á la otra retirada plazuela denominada *del Conde de Miranda*, están las casas conocidas por *de los Salvajes*, sin duda con alusión á dos figuras de piedra que hay á los lados del balcon principal; estas casas fueron tambien del mayorazgo fundado á mediados del siglo XV por D. Juan Zapata y Cárdenas, primer conde de Barajas de Madrid. Forman escuadra y comunican por medio de un arco con la otra de la manzana 174 del mismo mayorazgo de Cárdenas, de que es hoy poseedora la señora condesa de Miranda y de Montijo.—Otro de los frentes de dicha plazuela le forma la iglesia y convento de monjas gerónimas de *Corpus Christi*, apellidado de la *Carbonera* por una imagen de la Concepcion que se venera en él y fué estraida de una carbonera. Este convento fué fundado por la señora Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, condesa del Castellar, á principios del siglo XVII en las casas propias del mayorazgo de los *Ramirez* de Madrid.

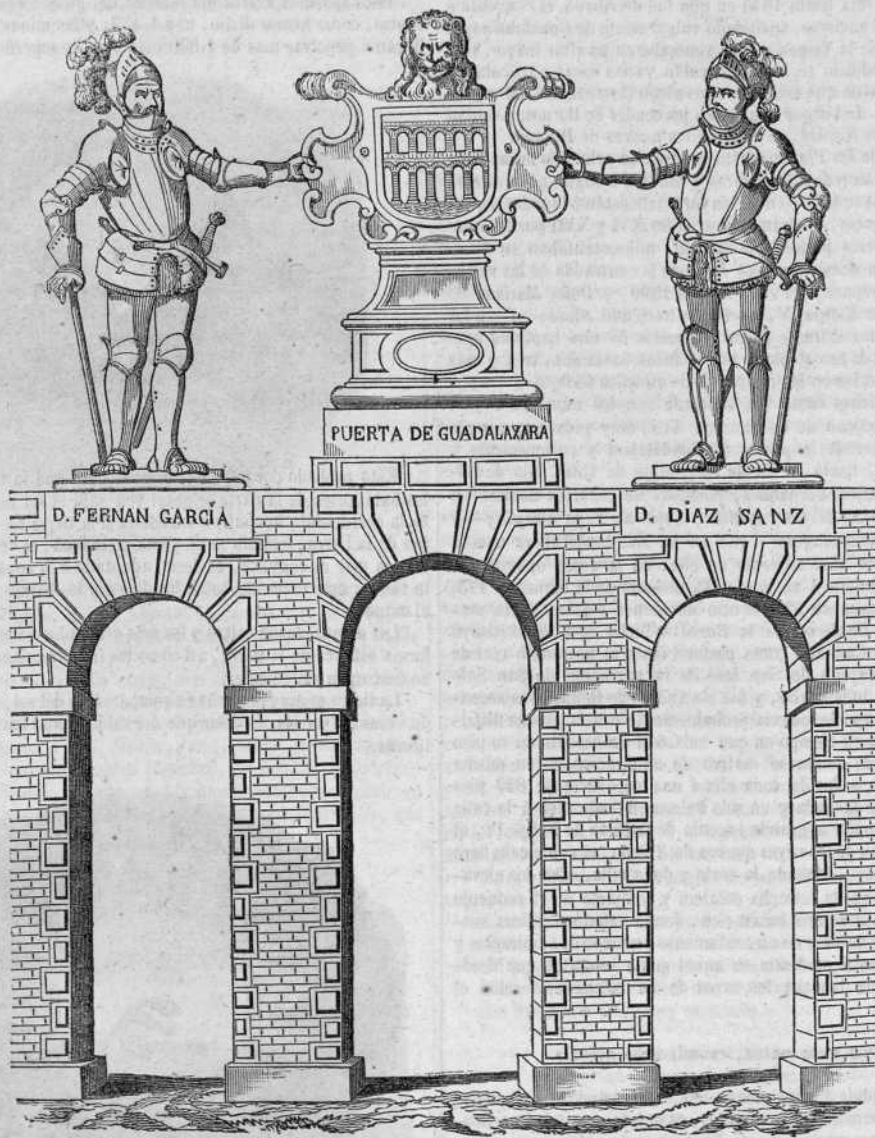
Las demás callejuelas que desde Puerta Cerrada y calle del Sacramento conducen á la Mayor y plazuela de la Villa, y llevan hoy los títulos de *la Pasa*, del *Codo*, de *Puñonrostro*, del *Cordon* (antes de *los Azotados*), del *Rollo*, del *Duque de Najera* y *Travesía*, no nos ofrecen cosa digna de llamar la atención, como tampoco el mezquino callejón que con el pomposo nombre de *calle de Madrid* corre á espaldas de las casas consistoriales.—Pero saliendo luego á la plazuela llamada *de la Villa*, y antes de *San Salvador*, nos encontramos ya en un sitio altamente interesante por su importancia y recuerdos históricos. Forman esta plazuela por el lado que mira á Oriente las *Casas Consistoriales de Madrid*, construidas á principios del siglo XVII en el sitio en que estuvieron las de D. Juan de Acuña, presidente de Castilla, en cuyo nuevo edificio consta que se tuvo el primer ayuntamiento el lunes 19 de agosto de 1619. Hacen manzana independiente, y consisten en un cuadrilongo de bastante estension con torres en los extremos, en una de las cuales está colocado el reloj que habia antes en la torre de la iglesia parroquial de San Salvador.—La distribución y el adorno interior de este edificio ofrece poco digno de atención, y no muy correspondiente á su destino de Casa Capitul de la Villa, si se exceptua el salon principal de sesiones, el llamado *de Columbus*, y el oratorio, en que se hallan algunas pinturas al fresco, obra de D. Antonio Palomino; pero si sobre en materia artística, esta casa es rica en recuerdos históricos por las solemnes ceremonias, juntas, festejos y visitas angustas que han tenido lugar en ella desde su fundación, y por el importante papel que ha debido representar en los movimientos políticos del siglo pasado y presente, desde la guerra de sucesion hasta el último pronunciamiento de 1.º de setiembre de 1840.—Sin embargo, por su construcción moderna no es tampoco como debiera, y como lo es generalmente en otros pueblos, el emblema vivo de la historia local.

El testero de dicha plazuela está formado con las accesorias del palacio de Cisneros de que queda hecha mención, y al lienzo occidental las antiguas casas llamadas *de los Lujanes*, por pertenecer á esta antigua familia madrileña, en la rama que se denominaba *del Arrabal*, y continuó después en los condes de Castroponce, para diferenciarla del tronco principal, que eran los *de la Moreria*, que habitaban en las casas que hubieron de los Vargas, contiguas á la parroquia de San Andrés.—Estas de la plazuela de San Salvador fueron anteriormente de Gonzalo de Ocaña, señor de la casa de los Ocañas, y regidor y guía de esta villa, y de su esposa Doña Teresa de Alarcon, parienta muy cercana del capitán Hernando de Alarcon, el cual trajo á esta villa y colocó en dicha casa al rey Francisco I de Francia, pri-

sionero en la batalla de Pavia por el soldado Juan de Urbieta.—Aun se conserva, aunque muy deteriorado, el torreón en que según la tradición recibida fué custodiado dicho monarca el poco tiempo que permaneció en ella hasta ser trasladado al Alcázar, y la puerta lateral en forma de arco apuntado que da entrada á dicho torreón y fué tapiada según se dice desde entonces con este motivo.—En medio de la plazuela se alzaba hasta hace pocos años una fuente pública de la estravagante construcción que estuvo en moda á principios del siglo pasado, y ha sido demolida en estos últimos años, debiendo sin embargo á nuestro entender ser sustituida por un monumento público, y ninguno mas

oportuno que la estatua del triunfador de Pavia, que estuvo colocada anteriormente en el Retiro y en la plazuela de Santa Ana, y en la actualidad (aunque de bronce y revestida con pesadas armaduras), se halla á cubierto de la intemperie en la galería de escultura del Real Museo.

Dando frente y hasta nombre á esta plazuela, se alzaba también en la calle Mayor, hasta 1842 en que fué derribada por ruínosa, la antiquísima iglesia parroquial de *San Salvador*, una de las primitivas de Madrid, y notable en su historia por mas de un concepto, pues consta que el ayuntamiento de Madrid, respetuoso observador de una anti-



(Puerta de Guadalajara, según Colmenares.)

gua costumbre, celebraba sus reuniones en la pequeña sala capitular, situada encima del pórtico de la iglesia, como se ve en todos los documentos del siglo XVI y anteriores, y hasta se afirma que en la lonja formada delante de la iglesia se reunían anteriormente dicho concejo y aun las antiguas cortes del reino. La torre de la misma iglesia, apellidada la *atalaya de la villa*, era bastante elevada, y así ella como las campanas y el reloj, pertenecían á Madrid.—En las bóvedas de esta parroquia estuvieron enterrados el gran poeta *D. Pedro Calderon de la Barca*, trasladado al derribo de dicha iglesia en 1840 al cementerio de San Nicolás, estramuros de la puerta de Atocha; el célebre magistrado *conde de Campomanes*; el *duque de Arcos*, *D. Antonio Ponce de Leon*, y otras personas notables; hoy la ha sustituido una casa particular, así como á las antiguas solares de la ilustre familia madrileña del apellido de *Gato* (que estaban contiguas á dicha torre

de *San Salvador*), familia rica en sujetos notables por su travesura su valor, con alusión á los cuales quieren algunos hallar el origen del proverbio de llamar á los madrileños despiertos los *gatos de Madrid*.

El trozo de calle Mayor comprendido desde la plazuela de los Consejos, ó sea donde estuvo el Arco de Santa Maria, hasta la plazuela de la Villa, conserva aun vulgar y hasta oficialmente el título de *calle Real de la Almudena*, así como el siguiente desde dicha plazuela hasta la puerta de Guadalajara, ha sido designado hasta el día con el nombre de *las Platerías*.—En el primero de dichos trozos apenas se encuentra edificio alguno que merezca parar la atención por su antigüedad ó grandeza, á escepcion del ya citado *Casas Consistoriales*, cuya fachada septentrional, que da á dicho trozo de calle Mayor, está adornada con un elegante balcon de columnas, obra del siglo pasado, bajo los planes del célebre arquitecto *D. Juan Villanueva*.—La inmediata que

## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

## Introduccion.

La tierra en que vivimos es un globo de 9,000 leguas de circunferencia, resultando de 2,863 leguas su diámetro, y de 1,433 su radio.

Las tres cuartas partes de superficie estan cubiertas de agua, quedando en seco únicamente la cuarta parte restante. Pero el agua y la tierra estan pobladas por millones de criaturas vivientes.

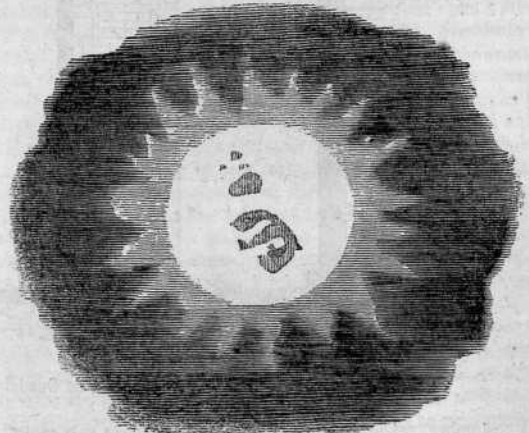
Poco sabemos acerca del interior del globo: desde la superficie al centro, como hemos dicho, hay 1,433; y las minas mas profundas no llegan á penetrar mas de 1,800 piés bajo la superficie.



Está probado por muchas observaciones que la tierra es redonda: los habitantes de la parte oriental ven salir el sol mas pronto que los de la occidental, lo cual no sucedería si la tierra fuera plana: la sombra de la tierra, cuando se proyecta en la luna, es de forma semicircular: la mar es convexa, es decir, adaptada á la superficie convexa de la tierra; esto se prueba todos los dias por los barcos que dan la vuelta al mundo.

Las montañas mas altas y los mas profundos valles no destruyen la forma esférica de la tierra, así como las imperfecciones de una naranja no destruyen su redondez.

La tierra es muy pequeña en comparacion del sol, pues es un millon de veces mayor (1); es decir que del sol pudieran hacerse un millon de tierras.



El Sol.

El sol, á quien debemos lumbre, luz, calor, vejetacion y vida, y sin el cual la tierra no seria mas que una oscura masa de hielo, tiene el diámetro de 320,000 leguas: su distancia de la tierra es de cerca de 34 millones de leguas.

El sol es el centro del vasto sistema de planetas ó globos semejantes á la tierra, que dan vueltas en rededor suyo, en el espacio, á desiguales distancias y en periodos que forman las diversas estaciones de que consta el año.

forma independiente la manzana 184, y perteneció hasta el año último á los marqueses de Camarasa, hasta que la ha adquirido el Estado para colocar en ella el Gobierno político de la provincia, es de buena forma, con dos torrecillas laterales; fué antes de los marqueses de Cañete.—La que da frente al balcon grande de la del ayuntamiento y hace esquina á la calle de *Luzon* (antes de *San Salvador*) y á la nueva de *Calderon de la Barca*, es acaso la mas antigua de toda la calle Mayor; perteneció á la familia de Acuña, y después á los duques de Alburquerque y del Parque. En ella vivió á mediados del siglo XVII el virey de Sicilia que llevó el primero de aquellos títulos, y en la misma falleció su ayudante ó capitán de armas el distinguido poeta cómico D. Agustín de Salazar y Torres.—Contiguo á esta casa, y formando parte de la misma manzana, se veia hasta 1840 en que fué derribado, el convento é iglesia de monjas franciscas, apellidado vulgarmente de *Constantinopla* por una imágen de la Virgen que se veneraba en su altar mayor. Hoy en vez de aquel edificio se han construido varias casas particulares, así como sobre el sitio que ocuparon mas abajo las antiguas del mayorazgo de *Ramírez de Vargas* que llevan los condes de Bornos, y tenian su entrada por San Nicolás, se ven hoy las nuevas de *Pulgar*.

El otro trozo de las *Platerias* estuvo desde un principio formado de casas de comercio en reducidos solares y con tres ó cuatro pisos de elevacion. Las tiendas (que hoy en su mayor parte están ocupadas por las escribanias de número), lo eran en los siglos XVI y XVII por los ricos artifices y mercaderes plateros de Madrid, que ostentaban su floreciente comercio en ocasiones tales como en las entradas de las reinas Doña Margarita, esposa de Felipe III, en 1599, y Doña Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, en 1649; haciendo alarde en sendos aparadores colocados al frente de sus comercios de una cantidad prodigiosa de alhajas de oro y plata importantes hasta dos, tres y mas millones, segun se lee en las relaciones de aquellos festejos.

En una de dichas casas (la señalada con los números 7 y 8 antiguos y 82 moderno de la manzana 415) muy próxima, aunque á la puerta exterior de la puerta de Guadalajara y perteneciente á Gerónimo de Soto, nació en 25 de noviembre de 1563, hijo de Félix Vega y Francisca Fernandez, personas de conocida nobleza en esta villa, el *Fénix de los ingenios*, *Lope de Vega Carpio*;—y por una coincidencia singular (que no ha sido hasta ahora notada por nadie), en otra casi enfrente de ella, en la acera opuesta (la señalada con el número 4 antiguo y 93 moderno de la manzana 173) murió en 25 de mayo de 1681 el otro no menos célebre poeta madrileño D. Pedro Calderon de la Barca.—Dicha casa, que poseyó en vida el mismo Calderón como perteneciente al patronato real de legos que en la capilla de San José de la parroquia de San Salvador fundó Doña Inés Riaño, y fué de Andrés de Henao, sus ascendientes maternos, existe todavia probablemente con la misma distribucion interior que en tiempo en que habitó el gran poeta en su piso principal, ofreciendo no escaso motivo de admiracion en su misma modesta exigüidad, reducida toda ella á una superficie de 849 piés con 17 y medio de fachada y un solo balcon en cada piso á la calle Mayor; y al contemplar al grande ingenio de la corte de Felipe IV, al octogenario capellan de los reyes nuevos de Toledo, al noble caballero del hábito de Santiago, idolo de la corte y de la villa, subir los elevados peldaños de aquella estrecha escalera y cobijarse en el reducido espacio de aquella mezquina habitacion, donde exhaló el último suspiro, no puede prescindirse de un sentimiento profundo de admiracion y de respeto hácia tanta modestia en aquel genio inmortal que desde tan humilde morada lanzaba los rayos de su inteligencia sobre el mundo civilizado.

«Mantua urbe natus, mundi orbe notus.»

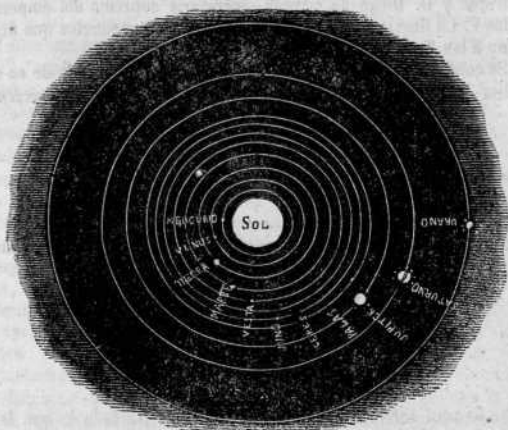
Esta casa, vendida á principios de este siglo cuando otras muchas pertenecientes á memorias y patronatos, es hoy de propiedad particular.—La otra, en que nació Lope de Vega un siglo antes, es mas moderna y está reunida con otros dos sitios que pertenecieron á Juan Lopez Cortés, Felipe Montes y á los herederos de *Gerónimo de Soto*, con accesorias al callejon sin salida de la Costanilla de Santiago, formando un conjunto de 3540 piés superficiales; fué después de las memorias que fundó D. Pedro Oribe Salazar, y vendida tambien en los primeros años de este siglo, es hoy de propiedad particular.—Sobre ambas casas llamamos por primera vez la atencion del público y del Ayuntamiento de Madrid, atreviéndonos á indicar para ellas un recuerdo por el estilo del que tuvimos la fortuna de proponer y ver adoptado por el difunto monarca D. Fernando VII en 1853, para la casa donde murió *Miguel de Cervantes* en la calle que hoy lleva su nombre.

R. DE MESONERO ROMANOS.

(1) 1.397,000 veces, segun los calculos astronómicos.

El sol ha estado considerado por largo tiempo como un globo de fuego. Esta opinion cedió á la que le determina cuerpo opaco, rodeado de un gas candente, ó atmósfera luminosa; lo que se prueba por medio del telescopio, con el cual se descubren al centro de la superficie del sol cierto número de manchas ó puntos oscuros, siendo visto que el sol da vueltas sobre sí mismo, en razon á que, por el telescopio, se ve cambiar de faz á estas manchas, y desaparecer ó aparecer en tiempos determinados.

El sol está mas cerca de nosotros en el invierno que en el estío; sin embargo en la primera época sentimos menos su calor porque sus rayos nos llegan oblicuamente. Cuando este astro se halla á distancia media de nosotros, su lumbré llega á la tierra en ocho minutos, trece segundos; es decir, que en tan breve espacio de tiempo su luz recorre 34 millones de leguas.

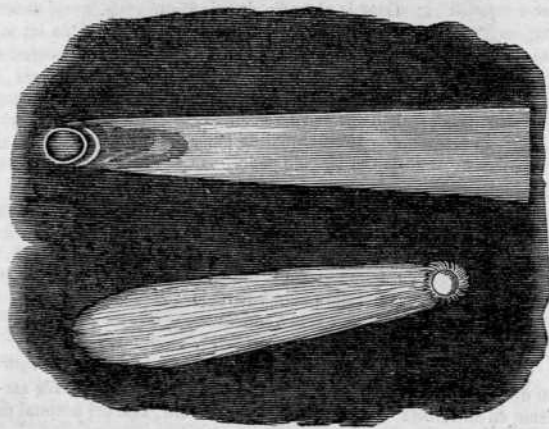


Sistema planetario.

Los planetas describen en redor del sol círculos un poco prolongados ó de figura elíptica. Tienen además un movimiento de rotacion, semejantes en esto á un trompo que da la vuelta á un gabinete, dando vueltas sobre sí mismo.

Los planetas son trece, sin contar con el que se ha descubierto en 1847. Son los unos mas pequeños y otros mayores que la tierra.

Hé aquí sus nombres por el órden de su distancia del sol. *Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Vesta, Astrea, Juno, Ceres, Palas, Júpiter, Saturno, Urano*, llamado tambien Herschel, del nombre del astrónomo que le ha descubierto, y *Neptuno*. Algunos de estos planetas sirven de centro á otros globos mas pequeños, llamados *lunas ó satélites*, que



Los Cometas.

acompañan el planeta en su viaje alrededor del sol, y le envían durante la noche la luz que reciben del astro, pues no son luminosos por sí mismos.

La Tierra tiene un satélite, que es la Luna.

Júpiter cuatro.

Saturno siete. Este planeta tiene además un ancho y doble anillo que le rodea sin tocarle.

Urano tiene seis satélites ó lunas.

Mercurio, Venus, Marte, Vesta, Juno, Ceres, Palas, Astrea y Neptuno carecen de lunas.

Los *cometas* son unos planetas que describen *elipses* inmensos en su revolucion alrededor del sol. Llámase *cometas* de una palabra griega que significa *cabellera*, porque estos astros son precedidos ó seguidos ordinariamente por largas ráfagas de fuego, semejantes á una *cola, barba ó cabellera*.

(Continuará.)

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

### El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

Entre las diversas invenciones poéticas que contiene el volumen manuscrito de Luis Hurtado, correspondiente á la escogida coleccion de libros que el Excmo. Sr. Parga y Puga ha regalado á la universidad de Santiago, merece particular mencion el *Hospital de necios*, cuya fábula se distingue por su donaire y originalidad, á pesar de resentirse de la hinchazon gongórica y del rebuscamiento amanerado de que usaban los escritores españoles á mediados del siglo XVI. Es una sátira filosófica que se ha acomodado á las costumbres de la época en que vivía el autor, y que puede servir para nuestros dias, despojando sus descripciones de los colores recogidos en la sociedad de capa y espada. Antes de acompañar á Luis Hurtado en su reposada y escrutadora visita al *Hospital de necios*, conducido por la necesidad, vamos á presentar á nuestros lectores los apuntamientos bibliográficos y necrológicos que hemos podido recojer en las poesias del ingenio toledano.

El manuscrito lleva el siguiente título: «Las trecientas de Luis Hurtado, poeta castellano en defensa de Ilustres mugeres, llamado Triunpho de virtudes. Dirigidas á la muy illustre señora Doña Anna Manrique, señora de las villas de la Torre y el Prado (*Escudo de armas de esta familia con el timbre á los lados*.—CONFIDIT IN EA »COR VIRI SVI, Sap. 51.) Donde se dan por ejemplo algunas illustres mugeres que ha auido notables en cada virtud.»—(BIBLIOT. DE LA UNIV. DE SANTIAGO. PARTE ORIENT., EST. 104, TABLA V.) Este volumen escrito en letra clara é inteligible, aunque plagado de erratas ortográficas, contiene CC folios. La portada y las tres octavas correspondientes al principio de la *invocacion*, estan impresas. Segun una nota manuscrita del Excmo. Sr. Parga y Puga, en la que se cita la autoridad de Sedano al hablar en el *Parnaso español del Ejemplar poético* de Juan de la Cueva, era costumbre entre algunos escritores antiguos, imprimir la portada é introduccion de sus obras. Al folio IX vuelto, se encuentra el siguiente indice de sus poesias:—Las obras que se contiene en este tratado:

«Las trecientas del Triunpho de virtudes en defensa de illustres mugeres.»

«El teatro pastoril á la pastora Ismenia dedicado.»

«El templo de amor á la misma señora.»

«El hospital de necios, hecho por uno dellos que sanó por milagro.»

«La escuela de auisados á la clara Sophia.»

«La Sponsalia de amor y sabiduria.»

«Porque mi sentido cuadre  
»con la fé y toda razon,  
»escribo con correccion  
»de la iglesia nuestra madre.»

Las *Trecientas* de Luis Hurtado es una fábula escrita á imitacion del *Laberinto* de Juan de Mena. El poeta reconoce los *apostentos* de las virtudes ocupadas por las mugeres de los hombres célebres, á cada una de las que dedica una octava con su nombre escrito al márgen en letra encarnada, y presencia una porfiada y decisiva lucha entre los vicios que aprovechan la oportuna casualidad de quedar *entrebuelta la puerta* de las virtudes que llevan la defensa hasta los limites del heroismo. No le acompaña Virgilio como al Dante en la *Divina Comedia*, sino la *sabiduria*, creacion ideal y fantástica que corresponde al paisaje del cuadro. La *fama* le despide para que recuerde su mágica influencia al consagrar su ingenio á la *defensa de mugeres illustres*. Esta invencion es lánguida y amanerada. Su autor ha aglomerado citas sagradas y profanas, autoridades antiguas y modernas, y ha amortiguado el gracejo que se echa de ver en las siguientes composiciones, y ha endurecido la forma rítmica que ofrece mas adelante fragmentos de fácil y espontánea versificación á trueque de presentarse

razonador y erudito. Mejor nos atreveríamos á llamar en la presente ocasion poeta-pedante á Luis Hurtado, que poeta-sabio.

En el *Templo pastoril*, en la *ribera del Tajo*, edificado por Lusardo, anciano pastor, escrito en prosa y en el cual los pastores recitan como los cómicos de una gangarilla, octavas y sonetos, y en el *Templo de amor* por Lusardo, sacerdote, en cuya alegoría se defiende el amor de las debilidades y torpezas de sus adoradores, se echan de ver las condiciones de la égloga pastoril en el giro dramático de la novela cortesana. Con desigual fortuna y diversa invencion han cultivado este género ambiguo de literatura los prosistas y poetas de los siglos XVI y XVII. Aun no habian llegado los pastores-académicos, los pastores-palaciegos de Luis XIV; sin embargo, ya se presentaban los pastores cultos y eruditos, los pastores conceptuosos y amanerados, los pastores que se olvidaban de sus prosáicos rebaños para evocar los símiles poéticos de la mitología. Desde Galvez de Montalvo hasta el conde de Villamediana, en cuya travesía de ingenios españoles debemos hacer particular mencion de Cervantes y Lope de Vega, la novela que se ha visto obligada á aceptar las condiciones de la égloga, asi como la comedia, se habia presentado bajo la forma de la novela en la *Celestina*, representaba el maridaje de las dos revelaciones escritas del pensamiento humano. Si hemos de juzgar por las creaciones de este género que han llegado hasta nuestros dias, la pluma del prosista se fatiga aprisionada en los limites de la cadencia, y la pluma del poeta se debilita en la estensa llanura de la prosa, donde se pierden los ecos de la invencion como un valle cerrado por apartadas cumbres. Cervantes, prosista, es infinitamente superior á Cervantes versificador. No caemos en la vulgaridad de establecer la diferencia de prosista y poeta. Lope de Vega, prosista, no sirve para amanuense de Lope de Vega, rimador.

Luis Hurtado, dominado, segun sus versos, por uno de esos amores sin amor, de esas pasiones convencionales que necesitaba el escritor ó el artista, mas sociales que intimas, mas gloriosas que verdaderas, ideales y fantásticas, que se apasionaban de lo no visto, imposibles algunas veces por las condiciones privadas del hombre ó de la muger, devaneos entre un libro y una dama, que se permitian el escándalo de la publicidad sin disfrutar de las intimidades del sentimiento; el poeta toledano que frisaba en la edad de los consejos, después de haber contado la fecha de los desengaños, se hacia á la vez pastor y arquitecto por... amor. Relegamos los trasportes artificiosos de su corazon á la agostoda comarca de las pasiones simples. Lusardo no desea presentarse en esta ocasion como erudito: aspira á ser el poeta de la escuela italiana, el poeta de los dulces y melancólicos suspiros. Luis Hurtado se fatiga en vano porque el Olimpo de la mitología y la arcadia del género pastoril son mas pequeños y reducidos que el corazon humano. Luis Hurtado, de débil y fatigado espíritu, á juzgar por las revelaciones de sus versos, ya es casi anciano, y con razon un poeta de nuestros dias ha puesto en boca de un caballero los siguientes versos:

Yo, señor, ya peino canas  
y las musas piden mozos  
como los piden las damas.

El *Hospital de necios*, hecho por uno dellos que sanó por milagro, dirigido á la hermosa pastora *Isenia*, octava *Sophia*, deste hospital enemiga que comprende desde el folio cxiii hasta el cxlj del MS., es á nuestro modo de ver la composicion mas escogida del volúmen. Regularizada en el plan, salpicada de picantes y epigramáticas sales, y llevada á cabo por medio de una fábula entretenida, ofrece la espontaneidad vigorosa de los pensamientos madurados por la experiencia y la observacion. El *Hospital de necios* es una creacion debida al irónico reproche—el poeta que habria devorado en silencio por largos años las amarguras de la desgracia y las tribulaciones del sufrimiento, arroja al vulgo sus propias entrañas, recojidas en el inmundo suelo de un hospital. Luis Hurtado es á los vicios morales lo que Saavedra Fajardo á los abusos literarios. El *Hospital de necios* condena los espíritus hipócritas y frívolos: la *República literaria* rechaza los empiricos y pedantes. Bien se echa de ver la escasa aceptacion que merecia el cultivo de las bellas letras entre la gente iliterata de esta época, por las siguientes palabras del mismo Luis Hurtado en la dedicatoria de la *Scuela de avisados para ejemplo de virtudes y correccion de vicios*.—«Las coplas y uso de trobar—dice el poeta—de que aora se burlan los que quieren parecer cuerdos, ya tuvieron buen lugar en España y en himnos y alabanzas las frecuente la santa Iglesia y fuéron acepto título á los reyes, que además de usarlo y frecuentarlo mucho, tenían por falta al cortesano sin ello.»—Y mas adelante—«pero si todavia el hacer coplas es delito, yo doy por descargo las ocasiones que á los faltos de exercicio y sobrados de congojas y melancollas ofresce el tiempo.»

El último tratado de Luis Hurtado se titula *Sponsalia de amor y*

*sabiduria de quien nacieron agradecimiento y nobleza*, dirigido á D. Luis de Vargas y Manrique, señor de las villas de la Torre y el Prado. Venus propone á Cupido diversas compañeras para sus devaneos amorosos, y por consejo de Marte, el hijo de Citheres elige á Minerva. Este asunto carece de novedad: la union del amor y de la inteligencia antes de ser celebrada en la mitología y en la poesía, se ha encontrado en las tradiciones del orgullo humano.

Luis Hurtado, segun propia confesion estampada en la dedicatoria de las *Trecientas*, era de Toledo y residia en esta ciudad al escribir esta invencion poética. Su estado eclesiástico es descubierto al llamarse *perpétuo siervo y cierto capellan* de Doña Ana Manrique, cuando le presenta el MS. por si era digno de dar en público su traslado con lo que mas escribiere. Segun declaracion del ingenio toledano, la pastora *Isenia* y *Clara Sophia* de que hace mencion en los diversos tratados de este volúmen, era Doña Isabel Manrique, hija única de Doña Ana Manrique y D. Diego de Vargas, secretario supremo del emperador Carlos V. La ilustre dama ha dedicado al poeta dos sonetos que acompañan á las *Trecientas* y al *Hospital de necios*.

Se confirma el año en que ha escrito el primer tratado de su obra inédita, por los siguientes versos que se encuentran en las *Trecientas*:

Después de la culpa de Adan remediada  
Mil y quinientos sin cuenta notada  
Y dos con ochenta vueltas iguales.

Su edad se descubre, segun espontánea declaracion del ingenio.

Al tiempo que cuento, el orbe en que vivo  
Me habia trabajado diez lustros de años  
Después de apartados de muchos rebaños  
De aquellos en cuya defensa os escribo.

No es aqui solamente donde recuerda Luis Hurtado lo que le ha trabajado el tiempo, lo que equivale á revelar una vida azarosa y desgraciada, sino que interrogando por su nombre á la hospitalera de los necios, pone en su boca los siguientes versos, con la ingénuu sencillez de la resignacion ó el templado alarde del orgullo.

—Yo soy la necesidad,  
bien me debes conocer  
desde tu primera edad.

A pesar de que no aceptamos como revelaciones intimas del hombre, las declaraciones públicas del poeta, tambien recordamos que algunas veces se deslizan involuntariamente de la pluma del escritor la negra tinta de sombríos recuerdos y amargas soledades. Ignoramos si Luis Hurtado, al empezar la descripcion del *Hospital de necios*, ha creado una fábula ó ha descrito una situacion. Hé aqui sus versos:

Quando al medio de mis años  
llegó la rueda mundana  
libre de la gente vana,  
que fué causa de los daños  
de mi voluntad insana,  
halleme con un dolor  
que dicen es mal de amor  
de tan terrible poder,  
que agora con libre ser  
su acuerdo me da temor.  
Que de lo q' he enriquecido  
me tubo mi primavera,  
solo me quedó dentera,  
quedando pobre y perdido  
de seguir esta vandera.

Quando á la conclusion de este tratado rechaza el amor del corazon de los necios, se distingue confusamente algo de despechado sarcasmo en su sonrisa. Guiado por el pensamiento, sale del hospital de necios por

que ya estaba fatigado  
de ser de sabios ausente.

Tambien al medio de sus años—escribia á la edad de cincuenta navidades—se habia librado de la gente vana para sufrir en la soledad del mundo—la mas negra de las soledades humanas—los devaneos de la imaginacion mortificados por los deberes del sacerdocio.

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## ANGELO.

(Continuación.)

Como de mi madre me había quedado una herencia no despreciable, con sus réditos me enviaron, después de pasados los primeros estudios, á la universidad á cursar la carrera de las leyes.

Triste por naturaleza, tratado por mis tíos con rigor, y continuamente sintiendo sobre mi rostro mil expresiones injuriosas sobre mi nacimiento, que vulneraban terriblemente el sagrado recuerdo de mi madre, me encontraba ávido de amor y de ternura. Era de un carácter versátil como René, frío y serio con mis compañeros unas veces, y otras amable y aturdo, poco aplicado al estudio porque la aridez del derecho me estremecía. En algunos momentos me gustaba gozar de la alegría y del bullicio, pero mas generalmente gustaba de la oscuridad y del silencio; buscaba como un buho los sitios solitarios; salía de la ciudad, me dirigía al campo, y allí me parecía que recobraba una felicidad no contrariada. A la vista de las montañas lejanas, ya teñidas de azules y delicadas tintas, ya sonrosadas por un sol poniente, ya con sus cumbres veladas por cenicientas nubes, ó ya cubiertas de abundante nieve, las cuales, heridas por el sol, las hacia semejar á inmensas moles de plata salpicadas de brilladores diamantes; á la vista de los árboles cubiertos con sus verdes follajes ó con sus desnudas ramas sobre las que formaban los pájaros sus armoniosas reuniones; al escuchar el murmullo que formaban los torrentes; al contemplar sus espumosas cascadas, y al escuchar los lejanos cantos de las lavanderas, mi corazón se estremecía de contento; concebía entonces pensamientos sublimes de amor, de caridad y aun de talento, y llegaba á comprender algunas veces que había un Dios, y que la naturaleza, su obra, y en la que él depositó los tesoros de su divino amor hacía las criaturas que la pueblan, siempre recibe con los brazos abiertos y el rostro sonriendo de alegría los seres desdichados á quienes la sociedad destierra de su seno. Sí, en la naturaleza veía yo siempre una virgen divina que continuamente se engalanaba por parecerme hermosa, y cuyo intenso cariño nunca se entibiaba, sino que mas bien crecía cuanto yo era mas desgraciado. Porque ¿no habies notado, amigo mío, que en algunos momentos de tristeza, entonces es cuando la naturaleza se nos muestra mas seductora?

Yo, pobre insecto ignorante, que creía que todo el mundo me aborrecía y detestaba, llegué á dudar de la existencia de Dios; á despreciar la religion cristiana, en cuyo seno solo podría encontrar el amor que el mundo me negaba; despreciaba la mas santa y la mas benéfica de las religiones, y con la risa en el rostro insultaba á los que mas felices que yo encerraban en su corazón un tesoro de fé, que creían en la proteccion divina, que besaban con trasporte las reliquias sagradas, y que en un peligro inminente acorrían á ellas como su único refugio. ¡Oh contradiccion humana! pues si con los labios las despreciaba; con mi alma y mi corazón, cuánto ambicionaba poseer felicidad tan grande! El gozar en aquellos momentos, yo, pobre y desdichado jóven, del amor de una muger hermosa y pura, hubiera sido para mi anticipar las delicias del Paraiso. Por el amor de una muger me hubiera yo transformado en un héroe, en un santo, en un genio, en fin, me hubiera remontado á las estrellas y al fondo de la nubes, y hubiera arrancado á la naturaleza entera el misterio de su creacion. Por el amor de una muger recobraría el mundo su belleza y animacion á mis ojos, y solo ambicionaria vivir eternamente para gozar por siempre sus delicias.

Pero ¡ay! ninguna fijaba en mi sus miradas; y si por casualidad alguna me encontraba en su camino, mis ojos no podian decirle todo lo que hacía ella sentía, pues tal era mi temor y encojimiento delante de una muger, que prefería á estar á solas con ella, el oír continuamente el delicioso susurro de las reconveniones de mis tutores.—Después que se alejaban de mi vista, mi corazón las llamaba á gritos; las llamaba con los nombres mas dulces que podía inventar el cariño; me sentía con un tesoro de elocuencia para comunicarlas el fuego de mi amor; pero gritaba en vano, ¡ay! porque ninguna venía.

¿Dónde se hallaban entonces esas mugeres á quien el mundo desprecia, porque en las expansiones de su amor se abandonaron en brazos del que pensaban llamar pronto su esposo? ¿Por qué no corrían á mi todas las que sentían sus corazones heridos, y con mis lágrimas y mis besos haria revivir en su alma la juventud, la vida, la llama intensa de un amor tan puro como el que sienten los querubines delante de su Dios?

Una vez, mi buena estrella colocó á mi lado bajo la figura de una jóven, uno de esos ángeles que el Señor permite descender á la tierra para compartir las desdichas con los mortales, consolarlos en sus desgracias y animarlos en sus acciones heroicas.

Entre las gentes que llevaban relacion con mi familia se contaba

la viuda del general B.—Su hija Wilna era de unos trece años de edad; toda su fisonomía revelaba una verdadera alemana, alta, pálida, de blonda cabellera, de ojos grandes y de un hermoso azul, y de una voz tan dulce que parecía escucharse el trino de un pájaro. Era una niña de cabeza loca, juguetona, y de un corazón tan tierno y compasivo, que la menor injusticia que mi tía cometiese conmigo en su presencia la hacia responderla agriamente, y cuando el pudor la daba á conocer que no debía interesarse por mí con tanta franqueza, entonces convertía toda su elocuencia en dulces miradas y en copioso llanto.

Ella, mis primos y yo jugábamos por lo regular á diversiones inocentes en un rincón de la gran sala que servia para la reunion de la familia. Una noche, en uno de estos juegos acercó tanto su rostro al mio, me oprimió tan suavemente entre mi silla y su pecho, que creí morir de gozo; no pude contenerme, é imprimí en su mejilla un fuerte beso. Wilna se retiró á su asiento como si no lo hubiese advertido; pero el encendido carmin que coloreó sus mejillas, me hizo comprender toda la verdad.

Pero ¡ay! aquel ángel de candor y de pudor y de pureza remontó pronto su vuelo hacía las mansiones celestes.—Una mañana la atacó una fiebre horrorosa, y por la noche los ángeles festejaban con armonías divinas la llegada de un nuevo compañero.

Se acercaba una época memorable para las universidades de Alemania; mis compañeros se convinieron todos en festejarla con músicas, disfraces y banquetes. En la pequeña habitacion de uno de nuestros colegas, entre la orquesta de los violines y de las guitarras, entre el humo azulado de las pipas y el choque de los vasos, era en donde celebrábamos nuestras deliberaciones.

En uno de estos dias, uno de mis compañeros propuso que tocando los instrumentos el himno de Schiller al placer, y que formando todos un coro, y empuñando nuestros vasos, cantásemos sus hermosos versos. Aceptaron todos la proposicion y se comenzó á cantar:

«Placer, fulgor divino, hijo del Eliseo, penetramos en tu santuario con ardiente embriaguez.—Tu encanto atrae lo que el mundo separe.—Allí donde agitas tus alas todos los hombres son hermanos.—Compañeros, abracémonos. Un beso al universo.—Hermanos, allá sobre las estrellas se halla el trono de un Dios paternal.

«Que aquel que es el amigo de un amigo, que aquel que tenga la dulce dicha de ser correspondido por una bella jóven, una su alegría á la nuestra.—Que aquel que no posea estas riquezas se aleje llorando de nuestra reunion.

«Que todo aquel que habita aquí abajo rinda homenaje á la simpatía; ella nos eleva hasta las estrellas, donde habita el desconocido.—En el seno de la naturaleza todos los seres gustan del placer.—Los buenos, los perversos, todos siguen sus rosadas huellas.—Él nos dió á conocer los besos, el jugo de las viñas y un amigo fiel hasta la muerte.—El gusano mismo experimenta el placer, y el querubín lo siente delante de su Dios.

«Que aquel que es el amigo de un amigo, que aquel que tenga la dulce dicha de ser correspondido por una bella jóven, una su alegría á la nuestra.—Que aquel que no posea estas riquezas se aleje llorando de nuestra reunion.»

Las lágrimas saltaron á mis ojos; el corazón se me oprimió fuertemente, y á favor del bullicio y de las voces pude salir de la habitacion sin ser notado.—Entonces, entre las lágrimas y los sollozos que se exhalaban de mi pecho, me dije tristemente:

—Sí, tiene razon ese himno; un ser desdichado no debe turbar la felicidad que otros gozan; los desgraciados ni aun deben respirar en los sitios en que habita la alegría. Adios, continué, felices compañeros; vosotros pasais bailando vuestros dias, vestidos de rosas, llenos de juventud y de contento; el porvenir os hace señas con amor y con encanto. ¡Ay! el paraiso de la vida se os muestra dorado (1).

Y el coro y los violines entonaban, como las repeticiones del anátima lanzado por un sacerdote:

«Que aquel que sea el amigo de un amigo, que aquel que tenga la dulce dicha de ser correspondido por una bella jóven, una su alegría á la nuestra.—Que aquel que no posea estas riquezas se aleje llorando de nuestra reunion.

Tal fué mi juventud, amigo mío.

Por fin, en 1827 concluí mi carrera; me encargué de la administracion de mis bienes, y me propuse alejarme para siempre de aquella ciudad como de una mansion maldita. ¡Solo tu recuerdo, oh Wilna, mitigaba el odio y la aversion que sentía hacía aquellos sitios donde no habia conocido mas amor que el tuyo!

Algunas horas antes de marchar me encaminé al cementerio donde ella descansaba. Algunos lirios silvestres y rosas blancas crecian sobre su sepultura. Cerca de ella habia un saúce en el que un ruiseñor can-

(1) Schiller.—En la muerte de un jóven.

taba alegremente encaramado sobre una de sus ramas. ¡Acaso aquella criatura celestial dormía en su lecho de tierra dulcemente arrullada por sus gorgoros! Me arrodillé, y con las lágrimas próximas á saltarse de mis ojos la dije:

—Adios, angel mio; dirige desde el cielo donde moras una mirada amorosa sobre mí. Que tus recuerdos vengan siempre á mezclarse en mis desgracias como un bálsamo consolador. Que cuando el sudor y las fatigas cubran mi frente, el soplo de tus alas la vuelvan el vigor perdido y la comuniquen valor y sufrimiento. ¡Oh Wilna! tú que fuiste tan pura, ruega á Dios por este desgraciado, que te amó tanto en este valle del dolor; ruega á Dios que le conceda una sola hora de dicha que borre sus continuos padeceres. Adios, adios, amor mio, duermeme en paz. . . . .

Besé su sepultura y me alejé. . . . .

Algunas horas después, encajonado en el fondo de un carruaje, dejé para siempre aquella ciudad maldecida. Desde lo alto de una montaña que la domina por la parte del Norte, eché sobre ella mi última mirada. Pero aquella mirada podría compararse á la que arrojaría el arcángel rebelde sobre las tnieblas del averno, si el Señor le permitiera abandonarlas para gozar eternamente de los cielos.

Recorrí casi toda la Alemania; y penetré en el fondo de los inmensos bosques que la cubren, y en los que la imaginación fantástica de sus habitantes supone que forman las hadas sus voluptuosas danzas á la claridad de la luna; trepé á sus colinas, coronadas por los robles, las hayas y los fresnos; admiré las encantadoras orillas del Rhin y del Danubio; estos ancianos monarcas de los rios, cuyas frentes se hallan ceñidas con las verdes coronas de la viña, y en fin, admiré igualmente las obras ejecutadas por la mano de los hombres.

En Saint-Polten (archiducado de Austria) se me unió por compañera de viaje una hermosa jóven que iba á reunirse á su familia residente en Bruck. Por las noches corrimos las ventanillas del carruaje para admirar los sitios que cruzábamos, respirar la dulce brisa, y entablar conversacion con nuestro conductor.

En una de ellas y al pasar frente á un delicioso pueblo situado á la falda de una montaña, oímos una voz dulce y argentina, que cantaba así á la primavera:

«Vamos, querido mes de mayo, deja caer tu velo y adórnate con la túnica de la esperanza.—La primavera viene, y algunas canciones se oirán á lo largo del camino.

»La primavera envía sus mensajeros por todos los paises.—Ella viene tambien á engalanar á sus queridos muertos. Ella les trae un bello vestido verde.

»Mas ¿qué me traerá á mí? ¡Oh! ¿acaso no se habrá acordado de mí? Pero entonces yo me quejaré: yo cantaré que ella no me ha traído nada.

»La esperanza reverdece sobre todos los senderos y te presenta alegremente su corona.—Que me regale una de sus hojas, y entonces habrá venido tambien para mí la primavera.»

La voz repitió dos veces esta última estrofa; y entonces, sin poderme contener, repetí tambien con ella:

«La esperanza reverdece sobre todos los senderos y te presenta alegremente su corona.—Que me regale una de sus hojas, y entonces habrá venido tambien para mí la primavera.»

¿Por qué la jóven viajera me acompañó tambien en el canto? ¿Acaso la obligó á ella como á mí un secreto impulso? ¿Acaso la vida no la habia sido siempre amable? ¿Sentía como yo su corazón hambriento de amor y de esperanza?—Pero no; las rosas de sus mejillas eran puras; y cuando el viento tempestuoso azota las flores, deja estampadas sus huellas sobre sus hojas, porque las arrebató los colores mas bellos.—En Bruck nos separamos: no la he vuelto á ver desde entonces.

Por fin, habiendo visitado la Alemania, emprendí mi viaje á Italia; ¡Italia! mi pais natal. ¡Italia! donde se deslizaron los únicos dias felices de mi vida hasta entonces. ¡Italia! donde descansaban las idolatradas cenizas de mi madre!

¡Cuántos recuerdos se agolpaban á mi imaginación al imprimir mis huellas en tan bello país! Se me figuraba que volvía para mí el tiempo en que mi madre, teniéndome sobre sus rodillas, entre mil gritos amorosos me enseñaba á pronunciar el nombre de Dios con una espresion sublime de infantil respeto; me enseñaba á rezar á la Madonna del Rosario, rogándola por mi felicidad futura, para que me acogiese siempre bajo su protección, para que fortaleciese en su fatiga al caminante estroviado, y para decirlo en conjunto, me enseñaba á rogar por todo el que padece en este mundo.—¡Cuántas veces al rogar por los que quedan sumidos en la horfandad y el abandono, ciñéndome sus brazos al cuello y dejando correr libremente las lágrimas que asomaban á sus ojos, me decía:

—¡Oh Ángelo mio! si la muerte viniese á separarme de tí pronto, desearia llevarte conmigo al fondo del sepulcro, para que no gustases sin mi apoyo las amarguras y desdichas de este mundo. Si, entonces moriría contenta.

¡Ay madre mia! ¿por qué no se cumplieron tus votos? ¿Por qué no se cumplieron, y jamás me hubiera separado de tu lado, y desde un muelle regazo entre tus abrazos y tus besos hubiera pasado al seno y á las delicias de los cielos?—Pero olvidemos, amigo mio, olvidemos; ¿á qué es recordar tiempos que jamás volverán ya?

(Continuará.)

AURELIANO VALDÉS.

#### A LA TIERNA MEMORIA

DEL EXCMO. SR. D. JUAN DONOSO CORTÉS,  
Marqués de Valdegamas.

#### SONETO.

Guardé en su márgen el dichoso Sena  
Al que Europa admiró génio eminente,  
Y por quien dobla la abatida frente  
España en el dolor que la enajena.  
Yace agotada allí la inmensa vena  
Del escritor, del místico elocuente,  
Que era el orgullo de la iberá gente,  
Y aun en la tumba contra el siglo truena.  
Cedióle Tulio sus brillantes galas,  
Demóstenes su fuego y energía,  
Job su ternura, Ezequiel su vuelo:  
Prestóle al fin la Religion sus alas,  
Y cual ciervo sediento en su agonía  
Voló á la eterna fuente del consuelo.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

#### A la señorita Doña Dolores Villavicencio.

Ni el lindo talle, ni las trenzas de oro,  
Ni los albos jazmines de tu frente,  
Ni del labio la púrpura riente,  
Son, Dolorisa, tu mayor tesoro.  
No lo son esos ojos el desdoro,  
Con su lumbré de záfiro fulgente,  
Ni la meliflua voz que el alma siente,  
Cual dulces ecos del laud sonoro.

Guarda tu seno y mueve el canto mio  
Mas alto don, mas celestial belleza,  
Que siempre amé con ciego desvario.  
Sonrojo de la altiva gentileza,  
De hermoso aspecto y como el mármol frio,  
Un corazón de mágica terneza!

JUAN JOSÉ BUENO.

#### ESTE ES EL MUNDO.

LOLA.

Ay! qué ligeros corren  
los verdes años,  
qué pronto veinticinco  
se van pasando.  
Sin un mal novio  
para tender las redes  
del matrimonio.

MARÍA.

¿De qué te quejas, Lola,  
de qué te quejas?—  
No hay mas dichoso estado  
que el de soltera.—  
Casada y viuda  
he contado las horas  
por amarguras.

La madre que escuchaba  
los dos suspiros,  
aseguró la rueca,  
retorcíó el lino,  
dió vuelta al huso  
y murmuró entre dientes:  
«este es el mundo.»

EDUARDO GASSET.





EL PALACIO DE LAS TULLERIAS.

En el sitio que ocupa este palacio había hace cuatrocientos años una fábrica de tejas, *tuiles* en francés, y de aquí procede el nombre de Tullerías. En 1518 Francisco I compró una casa que había allí, y se la regaló á su madre Luisa de Saboya para que fijara en ella su residencia, porque creía que le era perjudicial el aire del palacio de Tournelle. En 1525 la princesa se lo regaló á Juan Tiersin, que le vendió á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II. Esta reina le engrandeció mucho; sus dos arquitectos, Delorme y Bullant, hicieron el pabellon de en medio, los de las dos alas contiguas, y otros dos cuerpos de edificio; pero el palacio no llegó á ser verdaderamente régio hasta el tiempo de Enrique IV. Su arquitecto Ducerceau le terminó por los dos grandes pabellones de Flora y de Martau. También mandó este rey empezar la larga galería que une el Louvre con este palacio; y suspendidos los trabajos á causa de su muerte, concluyeron en tiempo de Luis XIII. Al advenimiento de Luis XIV se dió orden á Sevean y Orbay para que corrigieran los defectos mas notables de las fachadas, y lo pusieran todo en armonía, y desde entonces hasta Napoleon ha habido pocas adiciones notables, á pesar de los cambios de gobierno ocurridos desde 1789 á 1800. En 1808 el emperador mandó que se construyera la galería septentrional, que corre por la calle de Rivoli, y que debe unirse al Louvre. Después de la revolucion de 1850, Luis Felipe hizo mejoras considerables. Mandó construir una nueva escalera, y con este motivo hubo que avanzar la fachada de en medio al jardin. También se practicó en este una sepa-

racion por medio de una reja, dejando solo para la familia real una parte contigua al edificio, bajo cuyas ventanas pasaba antes la gente. Esta parte es el encantador parterre que agrada á los que le ven. Ahora se continúa la obra proyectada por Napoleon I.

A las habitaciones públicas del rey, situadas en el primer piso, se entra por el pabellon del reloj ó por el de Flora; la entrada á las habitaciones privadas, que se hallan situadas en el patio de en medio, es por el pabellon de Flora: con estas habitaciones comunican las que ocupan las señoras. Al Norte, en la calle de Rivoli, está el pabellon Marsan; y saliendo del pabellon de Flora se encuentra la sala de bailes, después la del trono, la del consejo y la de los mariscales. Esta última tiene un balcon al jardin y otro al patio; en ella se ven los retratos de cuerpo entero de los mariscales vivos, y los bustos de la mayor parte de los generales que se han distinguido en la guerra.

El jardin de las Tullerías, que ocupa unas treinta y cinco hectáreas, y que en tiempo de Luis XIII estaba separado del palacio por una calle, se debe al plan de Lenostre, arquitecto de Luis XIV. Presenta grandes calles paralelas, con filas de árboles cortados, unos formando caprichosas figuras, y creciendo otros á toda su altura, adornado con bonitos saltos de agua. Allí se ven varias estatuas, salidas del cincel de los primeros artistas. Entre otras se distingue un Phidias de Pradier, un Spartaco de Joyatier, un Pericles de Debay, un Temístocles de Lemaire.

El patio del palacio está cerrado por una reja de hierro, que se apoya sobre un muro de sostenimiento, y el centro presenta un arco de triunfo, que da á la plaza de Carroussel, erigido en 1806 por el emperador á semejanza del de Septimio Severo en Roma, con caballos corintios, semejantes á los de la plaza de San Marcos en Venecia. Este

monumento, debido á los dibujos de Fontaine y Percier, tiene 15 metros de altura, 20 de ancho y seis de espesor. Se compone de tres arca- das, con una trasversal. Como fué elevado á la gloria de los ejércitos franceses, tiene muchas estatuas representando militares de diferen- tes armas. El carro de cuatro caballos, colocado en el remate, es de bronce, obra de Bosio, y es de un grande efecto.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### DESDE LA PUERTA DE GUADALAJARA Á LA PUERTA DE BALNADU Y AL ALCÁZAR.

El último trozo de los en que hemos subdividido nuestro paseo men- tal por el antiguo Madrid, estaba comprendido dentro del lienzo de muralla que, partiendo de la puerta de Guadalajara en direccion al Norte, seguía por donde hoy es calle de *Milaneses*, y mas adelante, por el sitio que ocupan las casas entre las calles del *Espejo* y la del *Meson de Paños* y de los *Tintes* (hoy de la *Escalinata*) (2), á salir hácia las fuentes ó *Caños del Peral* ó de *Peraylo*, donde abría otra entrada por la puerta llamada de *Balnadu*, como al frente de la subida de Santo Domingo; y por donde después estuvo la calle y casa del *Tesorero* (que ya no existen) cerraba en fin con el ángulo meridional del Alcázar.

De todo el caserío contenido en este recinto, no solo en tiempos remotos, sino aun de las construcciones de los siglos XVI y XVII, apenas queda ya uno ú otro edificio, habiéndose renovado completamente en nuestros días, y desaparecido hasta las memorias que formaban las páginas de su historia; procuraremos sin embargo traer á nuestro re- cuerdo aquellas que aun hayamos podido alcanzar á reunir.

Sobre las ruinas sin duda de la muralla, y como á la embocadura de la calle del *Espejo*, dando frente á la misma calle de *Milaneses*, existe aun, aunque renovada, la casa número 4 antiguo y 2 nuevo en que nació en 8 de diciembre de 1564 la *Beata Mariana de Jesús*, cé- lebre por su santidad y virtudes, hija de Luis Navarro, *pellejero andante en corte*, que vivía en dicha casa. Esta humilde sierva de Dios murió en 17 de abril de 1624 en una casilla aislada que aun existe, y fué construida para ella, inmediata al convento de Santa Bárbara, mereciendo ser beatificada por la Santidad de Pio VI en 1785, y hoy se conserva su cuerpo incorrupto en la iglesia de monjas de D. Juan de Alarcón, calle de Valverde.

La *calle de Santiago*, que va á Palacio, compuesta hasta bien en- trado el siglo actual de un antiquísimo, elevado y apiñado caserío, se ha renovado casi por completo, quedando solo del antiguo, á la en- trada de dicha calle por la de *Milaneses*, una casa grande que creemos fué de los *Victorias*, familia muy estimada en Madrid; y hasta la pri- mitiva iglesia parroquial de *Santiago Apóstol*, cuyo origen pretenden los historiadores remontar á los tiempos de la monarquía goda, y por lo menos consta ya desde el siglo XII inmediato á la conquista de la villa, arruinada á impulso de los tiempos, en este mismo siglo ha sido reedificada de nueva planta en 1811, bajo los planes del arquitecto D. Juan Antonio Conde.—Por la misma época desapareció tambien el inmediato convento de monjas franciscanas de *Santa Clara*, fundado en 1460 por Doña Catalina Nuñez, muger de Alonso Alvarez de Tole- do, tesorero del rey D. Enrique IV, que tenía sus casas contiguas y con tribuna á ambas iglesias de Santa Clara y Santiago, y formaba con la misma parroquia la manzana 429 en el sitio que hoy está la casa de baños de la Estrella (5). Hoy no existen tampoco dichas cas- as de Alvarez de Toledo, señor de Villafranca, que debieron ser tan suntuosas, como que en ocasiones sirvieron de aposentamiento á los reyes Juan II y Enrique IV. En 1455 vivía en ellas el famoso condes- table y maestro de la orden de Santiago D. Alvaro de Luna, y en las mismas nació su hijo D. Juan, conde de Santisteban y de Alburquerque, y señor del Infantado, siendo sus padrinos el rey y la reina, que regalaron á la parida Doña Juana Pimentel, muger del condestable, un rubí de valor de mil doblas, é hicieron celebrar grandes festejos con este motivo. Estas casas pertenecieron después á los condes de

Lemus, hasta que fueron derribadas por los franceses como otras mu- chas de la antigua nobleza madrileña, tales como la del marqués de Auñón, y de los Herrerías, Borjas, Pimenteles, Noblejas y otras vá- rias que formaban de distinta manera las manzanas 420 y contiguas entre dicha calle de Santiago, la del *Espejo* y los *Caños del Peral* y pretíl de Palacio.

En este terreno, y por donde ahora, con las nuevas manzanas de casas que han sustituido á aquellas, se forman las calles alineadas y regulares de la *Amnistia*, la *Union*, la *Independencia*, *Santa Clara*, *Vergara*, *Velazquez* (1), *Ramales*, *El Lazo* y *Lemus*, corrian otras informes, estrechas y costaneras, tituladas plazuela de *Garay*, *Que- brantapiernas*, del *Gallo*, del *Recodo*, de *Santa Catalina*, del *Carnero*, del *Buey*, de la *Parra*, del *Tufo*, plazuelas y calles de *Santa Clara*, de *Rebeque*, de *Noblejas* y de *San Juan*, en donde estaban todas aquellas casas principales de las familias ya citadas, cons- trucción las mas de ellas de los siglos XV y XVI, y que si no gran mérito artístico, tenían por lo menos el recuerdo histórico de los per- sonajes que las habitaron. Todas ellas, hasta el número de cincuenta ó sesenta edificios, desaparecieron á impulso de la piqueta, y por con- secuencia de los planes de reforma que para las avenidas del Real Pa- lacio ideó el intruso rey José Bonaparte en los primeros años del si- glo actual.—Con ellas cayeron además de las ya dichas iglesias de *Santiago* y *Santa Clara*, la parroquia de *San Juan*, que formaba la manzana 450 al desembocar de las calles de Santiago y de Cruzada, y era tan antigua, que los autores matritenses la suponen fabricada en tiempo de los emperadores romanos, y fué consagrada á mediados del siglo XIII. A esta parroquia estaba agregada desde 1606 la de *San Gil el Real* y *San Miguel de Sagra*, antiguas de Palacio que es- taban en el convento de franciscos descalzos de *San Gil*, situado algo mas abajo en la manzana 454, que tambien sucumbió en la demolición general. En la bóveda de dicha parroquia de *San Juan* fué sepultado el insigne pintor de cámara D. *Diego Velazquez de Silva*, y en nues- tros tiempos se han hecho, aunque sin fruto, á costa de los apasiona- dos de aquel gran genio, algunas escavaciones para tropezar con dicha bóveda que encierra sus restos. La feligresia de esta parroquia se in- corporó á la de Santiago, que hoy se titula [de *Santiago* y *San Juan*].

Algo mas conservado, aunque con notables y recientes modifica- ciones, existe el otro trozo de caserío entre las calles de Santiago y la Mayor, formando las tituladas de *Luzón* (antes de *San Salvador*), de *Cruzada*, del *Biombo*, de *San Nicolás*, del *Viento* y de los *Autores*, hasta salir adonde estuvo el antiguo pretíl y al arco de palatio.—En la primera de ellas existe señalada con el número 4 nuevo la antigua casa solar de los *Luzones* de Madrid, de cuyo ilustre apellido ya se hace mención en tiempos de Juan II, de quien fué tesorero y maestra sala Pedro Luzón, alcaide de los Alcázares de esta villa y su alguacil ma- yor, y cuyos sucesores vienen figurando siglos después en la historia de esta villa, siendo todos sepultados en la capilla propia que tenían en el antiguo convento de San Francisco. Después, y creemos que á principios del siglo XVII, pasó esta casa y apellido á incorporarse á los del conde del Montijo, y posteriormente á los de *Aranda*, que hoy posee el duque de Híjar.—Formando la esquina de dicha calle, frente á la iglesia de Santiago, existe otra casa notable que fué de la ilustre fa- milia de los *Lodeñas*, y labró de nuevo, á principios del siglo XVII, D. Sancho de la Cerda, marqués de la Laguna, cuyos escudos de armas se ven en la fachada, y á la esquina de ella se alza una torrecilla co- mo las que solian tener todas estas casas principales de la nobleza madrileña, y un ancho zaguan de dos puertas. Hoy habita en ella el señor duque de Ahumada, inspector de la Guardia civil, y creemos per- tenece á las monjas trinitarias.—La inmediata, que forma con ella la manzana 428 y tiene su entrada por la calle de la Cruzada con vuelta á la de Santiago, perteneció á la familia de los *Guzmanes*, y hoy al señor D. José Caballero del Mazo.—La familia de los *Herrerías*, fundada en Madrid por Alonso Gomez de Herrera á principios del siglo XV, y en la que su nieto D. Melchor tuvo el título de primer marqués de Auñón, regidor y alférez de Madrid en 1585, poseía varias casas en esta de- marcación y capilla propia en esta parroquia; las principales de aquellas eran las que estaban á la esquina frente de la iglesia de San Juan, por la puerta que miraba á Palacio, y otras en la plazuela de Santiago y detrás de Santa Clara: ninguna de ellas existe, y si solo las que fueron de Pedro de Herrera el viejo, del marqués de Auñón y conde de Olivares, que reedificó después el Consejo de la Santa Cruzada, para estable- cerse en ella, y hoy poseen los condes de Campo Alange por el ma- yorazgo de Negrete. Dichas casas son muy suntuosas y de buena fá- brica, con frentes á las calles de la Cruzada y de San Nicolás.

(1) Véanse los números anteriores.

(2) En comprobación de que la direccion de la antigua muralla iba por donde hoy la calle del *Espejo*, y no por la de las Fuentes, como algunos opinan, cita Alvarez Baena en su *Compendio de las grandezas de Madrid*, el hecho de haberse arruinado en 1640 un trozo de dicha muralla sobre las casas del relator Llanos, donde vivía un melio, de cuya familia perecieron cinco individuos; y últimamente, en 1855, con motivo de la reconstrucción de las casas números 5 y 6 de la calle del *Meson de Paños*, vimos nosotros mismos al descubriéndose otro cubo ó trozo de muralla, que seguramente nos convenció de su direccion entre ambas calles.

(5) En el piso segundo de esta casa, número 5 nuevo de la calle de Santa Clara, se suicidó el día 15 de febrero de 1837 el malogrado ingenio D. Mariano José de Larra, conocido por *Figaro*.

(1) Esta calle, que apellidamos aquí con el nombre del celebre pintor D. *Diego Velazquez* por haberlo así acordado en 1848 el Excmo. Ayuntamiento, publican- dole de oficio en el Diario y consignándole en el plano oficial de la villa, se ha rotulado después como continuación de la calle de *Vergara*, no siendo recta- mente, y sobre todo, olvidándose el Ayuntamiento de su propio acuerdo y mandato, el tiempo que fijó el nombre de todas las calles nuevas de la plaza de Oriente.

En la misma calle de Luzon, y frente á la casa del propio apellido, existe todavía otra casa que segun Quintana fué del regidor *Velazquez de la Canal*, «en que solia vivir el cançiller de Aragon», y recayó despues en los marqueses de Villafueta. Tambien fué de la misma familia de la *Canal*, y de la de *Cabrera* y *Bobadilla*, de los condes de Chinchon, y luego del marqués de Tolosa, el desmantelado é inmenso casaron de la manzana 456, que da á las calles de San Nicolás, y del Factor, y sirvió en nuestros dias de cuartel de veteranos.

Entre dicha calle de San Nicolás y la de Luzon, y á las accesorias del antiguo convento de *Constantinopla*, se formaban unos recodos y callejuelas estrambóticas, propiamente apellidadas del *Biombo*, que se han regularizado en parte con el derribo de dicho convento, en cuyo solar, además de las casas construidas recientemente, se han abierto las calles tituladas de *Calderon de la Barca* y de *Juan de Herrera*.—La manzana 426 la ocupa la antiquísima y mezquina parroquia de *San Nicolás*, á que en el día está incorporada tambien la feliglesia de la demolida de San Salvador. En esta iglesia fué bautizado el famoso poeta y guerrero *D. Alonso de Ercilla* y *Zúñiga*, y en su bóveda estuvo sepultado el célebre arquitecto del Escorial *Juan de Herrera*.—Por último, entre dichas calles del Factor y el Arco y Pretil de Palacio, por la parte alta, se formaban las manzanas 437, 38 y 39, en que estaban las casas ó palacios apellidados de *Reveque* ó de *Esquilache*, de que ya hicimos mencion en otro artículo, y las de *Noblejas*, que no existen ya.—De la 440 ya hablamos por la parte que da á las plazuelas de los Consejos y Santa María y casas de los duques de *Pastrana*, hoy del colegio de Leganés, y de la *Cueva*, hoy del duque de Abrantes. La que hace esquina á la calle del Factor y antigua del Viento, fué del mayorazgo de los *Riveras*, y creemos que hoy pertenezca al condado de Cifuentes. La manzana 441 es la iglesia parroquial de Santa María; y la 442, con frentes á la plazuela de la Armería y á la calle de los Autores, la forman dos únicas casas, antiguas y notables; la del número 1 antiguo y 3 moderno, perteneciente al señor conde de Bornos y Murillo, y propia de la antiquísima familia y mayorazgo de *Ramirez* de Madrid, y la contigua, que aun hoy posee el sucesor en los apellidos *Mudarra* y *Herrera*, y fué perteneciente á la otra casa de los *Herreras* de la parroquia de Santa María, que tienen capilla propia apellidada de los *Mudarras* en la misma parroquia.

Por la parte baja de dicho Pretil de Palacio y plazuela de San Gil, y próximamente al sitio por donde ahora corre la calle de *Requena*, lo hacia anteriormente la llamada del *Tesoro*, siguiendo la direccion de la antigua muralla desde el ángulo del Alcázar hasta la puerta de *Balnadu*, quedando á la parte fuera la huerta ó *jardin de la Priora*, que ocupaba casi todo el espacio que hoy los paseos y jardines de la *plaza de Oriente*, los *caños* y *lavaderos del Peral*, y la cava ó foso del Alcázar.—Esta puerta de *Balnadu*, como hemos dicho, interrumpia por última vez los lienzos de la muralla, y era igualmente del tiempo de los árabes, fuerte, estrecha y con revueltas, miraba al Norte, dando frente á la Cuesta de Santo Domingo, y debió desaparecer cuando la muralla y ampliacion de Madrid por aquel lado, hacia los siglos XIII ó XIV, aunque segun una nota del señor Cean fué derribada en 1787, en cuya fecha creemos haya una errata de imprenta. Sobre la etimología del nombre de dicha puerta tambien han entablado las obligadas controversias los analistas madrileños, suponiéndole los mas imperterritos defensores del origen romano, derivado de las dos palabras latinas *balnea duo*, que indica claramente que por allí se salia á los baños; y los del origen árabe, de las palabras de este idioma *bal-al-nadur*, que traducen puerta de *las Atalayas*, del *Diablo* ó de la *frontera del enemigo*.

Tal era el recinto interior del Madrid que podemos llamar primitivo, y dentro del cual hemos visto que no queda ya una sola piedra sobre piedra, no diremos de la época fabulosa de la pretendida *Mantua* griega, *Ursaria* y *Majoritum* de los romanos y los godos; pero ni aun del mismo *Magerit* de los musulmanes. Alcázares, castillos, mezquitas, baños, palacios, casas y calles, hasta la misma fortísima muralla que encerraba y defendia todos aquellos objetos, y fué conquistada á fuerza de armas á fines del siglo XI por las huestes vencedoras del monarca castellano D. Alonso el VI, todo, absolutamente todo, desapareció con el transcurso de casi ocho centurias, sin dejar mas que los nombres de algunos sitios, edificios y puertas, que recuerdan la larga dominacion de los sectarios de la media luna.—Aun las construcciones que sucedieron á aquellas ruinas en los siglos inmediatos á la conquista, cedieron tambien á la segur del tiempo, y ya hemos señalado los rarísimos edificios que todavía se conservan anteriores al siglo XV. Baste decir que de las diez iglesias parroquiales intramuros, que cita Gonzalo Fernandez de Oviedo, á principios del siglo XVI (1), y de que se hace ya referencia en el fuero de Madrid,

concedido por el rey D. Alfonso el VII á mediados del XII, solo existen ya con edificio antiguo, aunque considerablemente renovado, las cuatro de Santa María, San Pedro, San Andrés y San Nicolás. Las de Santiago y San Justo tienen templos modernos, y las de San Miguel, la de San Juan, San Gil y San Salvador perdieron sus templos y hasta su parroquialidad.—En cuanto á las tres de San Martín, San Ginés y Santa Cruz, fundadas en el arrabal estramuros, y de este mismo arrabal, que fué formándose despues de la conquista hasta constituir una nueva y mas importante poblacion que la primitiva, nos ocuparemos en los artículos siguientes.

R DE MESONERO ROMANOS.

## YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

YO.

¿No te ha ocurrido nunca, lector amigo, salir á la calle y no saber qué hacer ni adonde ir?...

¿No te ha ocurrido observar las mugeres que pasaban, para notar cuál era bonita y cuál fea?...

¿No te ha ocurrido ver alguna que te haya dejado una impresion agradable?...

¿No te ha ocurrido desear saber quién era la que así te habia impresionado?...

¿Y no te ha ocurrido, finalmente, poner de tu parte cuantos medios han estado á tu alcance para lograrlo?...

Pues si alguna vez te ha sucedido, comprenderás cuán fácil es que á mí me haya tambien pasado.

Yo, héroe de mi narracion, soy muy enamorado y he tenido varios de esos dias; pero uno sobre todo me ha dejado una impresion que no se borrará nunca de mi memoria.

Paseaba yo á las once de la mañana por la carrera de San Gerónimo; era domingo, y me iba entreteniendo en ver pasar mugeres, cuando llegó una; su aspecto me llamó la atencion; llevaba el velo echado, y juzgué que debía ser bonita; la seguí, entré en misa, se alzó el velo; era preciosa; no te haré su retrato, porque enamorado como estoy, siempre habria de pintártela sin defecto; bástete saber que es rubia, que tiene hermosos ojos y talle encantador; la estuve contemplando, y á medida que la veia, mas me agradaba; me encantó al principio, despues me sedujo, me hechizó, me fascinó.

¿Quién era?.. ¿Cómo se llamaba?.. ¿Por qué venia sola á la iglesia?.. Tales eran las preguntas que yo me hacia, sin poderme contestar mas que paciencia: efectivamente, salió el cura á decir misa y yo empecé á oírle, proponiéndome en cuanto se acabara seguirla y saber dónde vivia.

Se acabó la misa, se levantó, salió, y fui detrás de ella; pero el público me detuvo; salí á la calle precipitado, fuera de mí, miré de todos lados y... nada; habia desaparecido. Pintarte el efecto que me produjo esta triste escena seria inútil; yo, que tantos sueños me habia forjado en un minuto; yo, que me veia correspondido, amado, adorado, me resigné tristemente á no saber ni quien era, ni cómo se llamaba, ni en dónde vivia. Esperé otra ocasion, y vine á mi casa; me puse á leer, cada letra me la retrataba: las redondas me hacian ver sus ojos, las largas su talle esbelto, las delgadas lo elegante de su aspecto; dejé un libro y tomé otro; pero todos tienen letras, y todos me la representaban; pasó del D. Quijote á Werther; de este á Murger, del cantor de la Bohème á Beranger; del amante del Lisette á Balzac, etc., etc... hasta que me cayó en las manos el mas prosaico, el mas metódico de mis libros, el único que me descubrió el porvenir, el que me dice lo que ha sido, lo que es y lo que será cada dia; tropecé, digo, con mi almanaque; le tengo abierto en el mes en que vivo; así que, al contemplarle di un grito de alegría; acababa de ver que el martes estaba señalado con una mano negra, lo cual queria decir dia de misa, y volví de nuevo á mis ensueños.

Tenia ya la certidumbre de que aquella muger no podia faltar á misa de once, porque yo iba á ir; que entonces la veria, la hablaria, la declararia mi amor, y pasaria unos dias tan felices como los de los amantes de mis libros.

Tengo que advertirte que nunca he amado, y que por consiguiente era para mí cosa nueva: así que, aun me pintaba yo el amor mas poé-

(1) «Hay diez iglesias parroquiales dentro de los límites de Madrid, y tres en el arrabal, que son estas. Santa María de la Almudena. Sant Johan. Santiago. Sant Gil, alias Sant Miguel de Sagra, y esta es una pequeña iglesia y está dentro de la puente ó cava del Alcázar. Hay otra que se dice Sant Miguel Ottores. Sant Nicolás.

• Sant Salvador. Sancti Juste. Sant Pedro, et San Andrés, al que algunos llaman «Sant Esidro», por un cuerpo sancto, que allí dicen que hay, y hace muchos siglos «que está, que no está canonizado». Las iglesias del arrabal son tres. Santa Cruz, Sant Ginés, et Sant Martín. (Quinquagenas.)

tico que lo es en realidad; veía á mi bella desconocida sonriéndome de amor, jugar con mi cabello, jurarme mucha, mucha constancia, darme pelo suyo, flores besadas con sus divinos labios, cartas por el balcón sin permiso de la mamá, en las que me llamaría su vida, su idolo, su sueño de oro y todas las frases que me habia enseñado Alfonso Karr; me veía á sus piés abrazándola, sorprendido por su madre, en la precision de pedir su mano; que la suegra me la concedia; que me casaba, y al año tenia un parvulito que sería la mitad de su alma confundida con la mitad de la mia.

Todo esto y mucho mas que no te cito, porque lo habrás leído en los novelistas modernos, me ocupó la imaginación durante el domingo y el lunes; llegó el martes, ¡oh gran día! feliz como ninguno, en el cual empecé por llamar estólidos é ineptos á los que le han llamado aciago.

Me vestí temprano, y á las nueve ya estaba yo en la Carrera de San Gerónimo: se me figuraba que el reloj del Buen Suceso atrasaba, que los cuartos de hora lo daba con lentitud, que el mio padecía de la misma enfermedad: dieron las diez, y me empecé el corazón á palpar; dentro de una hora iba á ver á la que habia sido mi único pensamiento un día y una noche y otro día y otra noche; con la que habia soñado, á la que habia visto aun mas hermosa en sueños que en realidad.

Me deshacia en inquietud porque no daba la media; sacaba mi reloj creyendo que iba ya á faltar poco, y habia andado dos ó tres minutos.

Hubiera querido en aquel momento haber sido el tiempo para haber arreado á los caballos del sol y haber adelantado una hora el cuadrante de la vida; hubiera querido ser el monaguillo del Buen Suceso para haber tocado á misa de once; por fin dió el reloj los tres cuartos, y el monaguillo el primer toque: entonces el corazón se me saltaba del pecho; dieron el segundo, y empezaron á venir los fieles, y ella no venia; empecé á creer que habia hecho castillos en el aire, que no la iba á volver á ver; y ví cruzar ante mi mente el canal, mis pistolas, la cuerda de tender la ropa, los fósforos de Cascante. Dieron el tercero... nada... nada... ella no venia... pero ah! qué veo!... ella, ella! mas hermosa, mas bella! parecia que mi sueño la habia dado todo lo que á mi imaginación! qué bonita estaba!... Entró; entré; oyó misa; la oí; salió; sali; la ví irse, entrar en la calle de la Victoria, meterse en el número 5, y palpité mi corazón ébrio, como palparia el de Colon al ver tierra; como el de Arquimedes al descubrir el peso de los sólidos en los líquidos; como el de Chaetas al ver á Atala; como no ha palpitado corazón alguno. Con que vive en el número 5, me dije: eres feliz; sabes donde mora tu beldad desconocida.

Vine cien y cien veces, y una sola la ví: ¡qué bonita!... Se disponia sin duda á salir porque estaba con mantilla puesta; me esperé; pero llegó la prosaica hora de comer, y tuve que abandonar á la amada de mi corazón por ir á caza del paternal y antipoético garbanzo.

Estuve yendo toda la semana; la ví varias veces, y no hacia alto en mí: yo entonces me determiné á esperar á la criada, al criado, al aguador, á su madre, á su madre no, pero á cualquiera, y me vine á escribirla una epistola de declaración.

Era sábado, y por consiguiente al otro día domingo: así que, me sería muy fácil dársela al ir á entrar en misa ó en su casa; en ella le pintaría el fuego que me devoraba, todo lo que habia sentido, cómo me habia impresionado; los juramentos mudos que habia hecho de amarla eternamente; me decidí pues á escribir.

Busqué papel fino para que este mensaje empezara á dar una buena idea de mi persona; deseché uno con orla de Cupidos; no quise otro con festones dorados; por fin me fijé en uno muy blanco, muy suave, muy terso, que tiene mis iniciales arriba; coji una pluma, que probé cien y cien veces poniendo *Madrid* y rasgueando arriba y abajo, puse falsilla, y empecé. Ahora los tormentos. ¿Cómo empezar? ¿por apóstrofe?... ¿por admiración? ¿por interrogación? Invoqué al Dios de los amantes y al de los retóricos, ni mas ni menos que D. Quijote á Dulcinea cuando iba á entrar en descomunal batalla, y me propuse hacer un borrador; pero no fué uno, fueron varios: hé aquí los principia'es: lector, léelos, y verás cuántas ideas se agolpaban á mi enamorada fantasía.

«Señorita (decia el primero), ¿no habeis visto el pájaro herido por el águila, y el águila herida por el cazador?... pues así me ha herido de amor vuestra linda cara.

«¿No habeis visto cuánto simpatiza el arroyo con su florida ribera?... pues así ha simpatizado vuestro amor con mi corazón. ¿No habeis visto cuánto dura la siempreviva? pues así durará mi amor. Amadme, amadme, y me hareis feliz.

»ENRIQUE DE S...»

Me pareció muy prosaica, á pesar de que hablaba de pájaros, de arroyos y de flores, y recordé que las declaraciones de Amaurs no eran así, que las de Stephen en la novela de A. Karr no eran de ese

género, y que Lamartine, el primer poeta de la Francia, no cita en sus obras declaraciones de esta especie; rasgué el primer borrador, é hice el siguiente:

«¡Ay señorita! cómo os amo, y no os he visto mas que dos veces! pero no he necesitado mas para que mi corazón me lo diga palpitando; conozco que si no me amais desfallezco; yo os haré feliz con un cariño sin límites, lleno de ternura y de dulzura; correspondedme, y será feliz vuestro apasionado amante

»ENRIQUE DE S...»

Esta me parecia mas en armonia con el siglo; no era ya el arroyo de las anacrónicas con peluca empolvada, ni las águilas de los poetas inspirados por la revolucion; era lo que yo necesitaba; la poesia moderna inspirada, como Zorrilla, como Arsene Houssaye, como el conde de Vigny, mezclado con algun tinte alemán; hago referencia al decir esto á la melancólica frase: *conozco que si no me amais desfallezco*: parecíame esta oración un *Wergiss mein nicht* de orillas del Rhin; la copié en limpio, la guardé, soñé otra vez con mi desconocida, y el domingo al levantarme leí la carta; no era bastante melancólica; no tenia mas que la frase citada que fuera capaz de hacer impresion; no era bastante *poitrinaire*, como dicen algunos criticos modernos; en fin, me determiné á hacer otra, y esta fué la decisiva; la necesitaba yo triste como el canto de *Antonia de Hoffman*, como las *poésias de Millevoje*; que respirara mas dulzura que una *balada de Goethe ó de Unland*; que impresionara agradable, pero tristemente, como el *Jeremias de Beudemann*; que fuera poética como las páginas de *Arolas*; concisa como *Tácito*, y enérgica, pero suave, como un aforismo de *Henry Murger*.

Leí algunos trozos de mis autores favoritos para inspirarme, y escribí definitivamente la siguiente:

«Amadme, señorita, porque desfallezco de amor... vuestra mirada me ha penetrado en mi corazón, y he soñado; he sido feliz en estos sueños; no los rasgueis con una realidad horrible.

«¿Cuánto he pensado en vos desde que he tenido la dicha de veros, de admiraros, de amaros, de quereros, de adoraros! y hace días que no os veo; quisiera borrar de mi vida este tiempo porque estoy lejos de vos.

«Hacedme feliz con vuestra respuesta; decidme ese monosílabo amacionado; será la palabra mas dulce que habré oido en mi vida, la cual consagrare á adoraros con mucho, mucho amor.

«Haced feliz á vuestro apasionado amante

»ENRIQUE DE S...»

Doblé convenientemente la carta y sali á la calle: eran las diez dadas; fui al Buen Suceso; estuve un rato á la puerta; dieron el primer toque; cada campanada me llegaba al corazón: entonces comprendí la poesia del bronce; entonces noté que el badajo debia estar enamorado porque hablaba; el *tan, tan, tan* de la campana me significaba *amor, amor, amor*; estuve por hacer una oda al badajo de la campana del Buen Suceso; pero llegó ella, lector, ella, mi desconocida, mi sueño que habia de convertirse en realidad mas agradable que el sueño; mi ilusión que no concebía yo fuera desengañado. ¡Ay lector! cré que al entrar me habia mirado con cierta sonrisa; pero y si no hubiera sido á mí, y si un rival... me cegó la cólera: miré; no habia nadie; á un lado una vieja beata, al otro un ama de cria; me tranquilicé; habia sido á mí; estuve acariciando la epistola todo el tiempo que duró la misa, forjándome sueños de oro. Dios me perdonará esta falta de devoción causada por la admiración á una obra suya. Yo la miraba y la remiraba, me complacia en su cara, en sus ojos que se alzaban lánguidos para mirarme.

Sacó el pañuelo, fijé en él mi atención; tenia letras; me puse los lentes, miré, le estendió al ir á sonarse, y ví admirablemente su nombre... ¡ELENA!... ay! Elena de mi vida! Bendito sea quien inventó el bordado, quien inventó los pañuelos y las narices; ya se me figuró el acto humano de sonarse el mas poético de todos: con que se llama Elena, y yo no la sabia!... Ay! ahora lo sé... comprendí entonces que si la otra Elena habia sido así, no era extraño el atrevido proceder de París y las lágrimas del abandonado Menelao. Con que Elena! cuán grata noticia! cuán agradable! cuán grande! Apenas si cabia en mi corazón.

Se acabó la misa, y no quise darle la carta; ya que sabia su nombre, era mas prueba de cariño poderle poner en la epistola; veria cuán grande no sería mi amor cuando habia averiguado hasta su nombre...

(Continuará.)

A. BONNAT.

**GEOGRAFIA UNIVERSAL.**

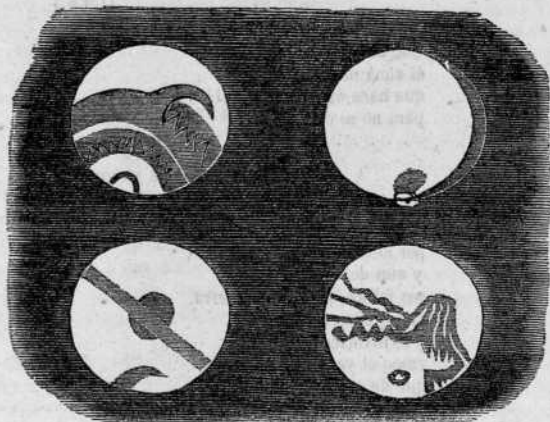
**Introduccion.**

(Continuacion.)

*Mercurio* es el menos considerable de los planetas, esceptuando los cuatro pequeños llamados *Palas*, *Ceres*, *Juno* y *Vesta*. Su diámetro no es mas que de las dos quintas partes de la tierra. Dista del sol 15.300,000 leguas, calculándose que su calor es igual al de un hierro enrojado.

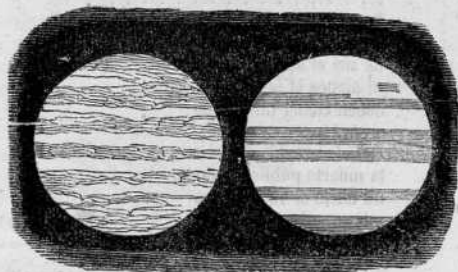
*Venus*, que le sigue, es ese brillante planeta llamado *Véspero*, ó tambien *lucero del alba*, porque aparece poco después de ponerse el sol ó un poco antes de levantarse. Tiene este planeta diferentes fases como la luna, pues aparece lleno ó creciente. Su distancia del sol es de 24.840,000 leguas. Su diámetro es poco mas ó menos como el de la tierra.

La *Tierra* dista del sol unos 54.000,000 de leguas; su diámetro es de 2,865.



Marte.

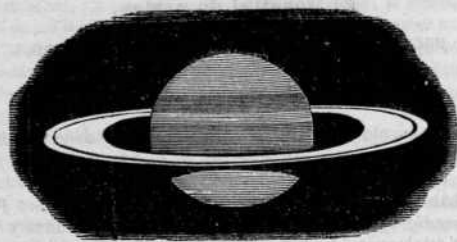
*Marte* dista 32.350,000 leguas del sol.



Júpiter.

*Júpiter*, el mayor de los planetas, es 1,281 veces mas grande que la tierra: su distancia del sol asciende á 179.000,000.

*Saturno* dista del sol 328 000,000 de leguas, y es mil veces mayor que la tierra.



Saturno.

*Urano ó Herschel*, que á escepcion de *Neptuno* es el mas lejano de todos los planetas, dista del sol 660.000,000 de leguas.

Para la comprension de este interesante estudio ayudarán mucho las láminas.

Se pueden ver las diversas figuras de estos planetas, tales cuales aparecen en el telescopio, y comparar en la siguiente lámina su magnitud respectiva. A la simple vista no se diferencia entre las estrellas.



Magnitud de los planetas.

En su órbita, los planetas no se mueven con arreglo al mismo plan: ellos tienen, poco mas ó menos, sus ejes perpendiculares al plano de su órbita, pero diferentemente inclinados, lo cual produce la diferencia de sus estaciones, y los diversos espacios de sus dias y de sus noches.

Hé aquí un cuadro comparativo de estos planetas en sus distancias, etc., etc.

NOMBRES.	Distancia media del sol en millones de leguas.	Tiempo en que anda su órbita en años y dias.	Tiempo en que giran sobre su eje en horas y minutos.	Inclinacion de la órbita sobre la ecliptica en grados y minutos.	Inclinacion del eje sobre la órbita en grados y minutos.	Diámetro de los planetas en leguas.
Mercurio.....	10	0 á 88 d.	24 h. 5 m.	7° 0'	43° 0'	894
Venus.....	15	0 224 1/2	25 21	5 24	15 »	2,205
Tierra.....	27	0 265 1/4	25 56	» »	66 32	2,865
Marte.....	42	1 322	24 59	1 51	61 18	1,284
Vesta.....	63	5 240	» »	7 8	» »	80
Astrea.....	68	4 75 3/8	» »	5 19	» »	»
Juno.....	75	4 151	» »	15 4	» »	592
Ceres.....	76	4 221 1/2	» »	10 57	» »	464
Palas.....	77	4 221 3/4	» »	34 58	» »	708
Júpiter.....	145	11 515 1/5	9 55	1 49	86 48	26 500
Saturno.....	226	29 467	10 16	2 50	64 48	22,050
Urano.....	325	84 7 3/4	» »	0 46	» »	10,567
Neptuno.....	972	121 121 2/5	» »	4 8	» »	»

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

## El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

Un pensamiento humanitario y filantrópico ha dado origen á un pensamiento poético y moralizador: no ha podido escoger un raudal de agua mas pura y cristalina. En 1343, el benedictino Fr. Juan de Medina habia combatido la mendicidad por medio de su obra *Policia de los mendigos y ociosos*. En Toledo, Zamora, Salamanca y Valladolid, se establecieron hospicios. No fué un dignatario del Estado, un comisario régio, un ministro previsor el panegirista de las casas de reclusion para los pobres, desautorizando la vagabunda limosna de las calles; fué un monje español del siglo XVI que ha aplicado un epíteto gubernativo á una virtud cristiana publicando su segunda obra titulada *La caridad discreta*. Felipe III, segun se lee en el *argumento* del *Hospital de necios*, habia enviado «á las ciudades y provincias de sus reinos su provision para curar de los pobres y recoger en los hospitales los enfermos y llagados,» y esta renovacion de las cédulas reales del Consejo en tiempo de Felipe II, proporciona á Luis Hurtado el pretesto, digámoslo así, de su invencion. Los necios no encuentran «casa ni hospital donde se acoger, y así con la mayor brevedad que darse pudo, un hijo desta patria les hizo un hospital de pluma donde se pudiesen recojer,» para olvidarse el autor á las pocas líneas de que corria á su cargo la fábrica de este edificio imaginario, cuando dice que vio

en medio de un predeljal  
una casa ó hospital  
donde imaginé que mora  
alguna gente bestial

En la conclusion de la fábula añade:

Vista tanta necesidad  
en hospital sin abrigo,  
al fiscal le dixé: amigo  
sacádme por caridad  
no me vea algun testigo.

Este hospital no era obra de Luis Hurtado: no podia ser—la alegoría era insostenible porque el hospital de necios es el mundo. Por de pronto, aunque hubiese fabricado este asilo no seria de pluma—metáfora gongórica que equivale á decir, un libro—sino de piedra sillar.

El ingenio, enfermo y dolorido de amor, comienza á caminar por un pegujar desconocido, y un nub'ado lo lleva á las riberas de amar, donde *la necesidad*, como hospitalera, apresta un hatel para conducirlo á la isla de *la voluntad* donde se levanta un hospital. El poeta se encuentra en el patio de *ignorancia*, y al revelarle á su guia los deseos que tiene de ver el interior de esta caja de reclusion, este le confia el báculo de *la discrecion*, sin el cual se veria en inminente peligro. Encara con el médico *silencio*, y comparecen á su vista el *sufrimiento* rector, el *propio parecer* confesor, el *melindre* limosnero, el *discreto lenguaje* fiscal, el *no faltará* dispensero, y el *tiempo* mal cocinero á quienes permiten el paso los porteros, *descuido* y *poco saber*.

Luis Hurtado recorre el *Hospital de necios*, y observa las salas de *varones*, de *casados*, de *cortezanos*, de *letrados* y *eclesiásticos*, de *oficiales* y de *villanos*, así como la sala de *mujeres* donde se encuentran *doncellas*, *casadas*, *viudas*, *beatas*, *monjas*, *terceras* y *mundanas*. Sus descripciones, á pesar de abundar en incorrecciones y redundancias, no se apartan de la sátira filosófica que emplea el poeta contra las frívolas vanidades de su época. Ya sea entre los varones ó entre las hembras, en la sala de casados ó de mundanas, presenta como incurable y contagiosa la enfermedad de los necios. Nuestros lectores reconocerán en los siguientes fragmentos de este *tratado* la verdad y exactitud de nuestros juicios.

Que aunque aquesta enfermedad (la de los necios)  
no es posible sanar della

es necesario ponella  
donde su peste y maldad  
no enjendre mas mal con ella.

(DIVISION.)

Con cauterios encendidos  
en los ojos y en la boca  
el cirujano les toca, (se refiere á los necios.)  
y tambien en los oidos;  
mas dábles salud poca,  
porque su mal de cualquiera  
era de suerte y manera  
que en la lengua se veia  
y á la boca les salia  
como enfermedad lijera.

(IDEM.)

Que al necio no ha de har  
el alma mas bien ni mal  
que hace al puero la sal  
para no se corromper.

(SALA DE VARONES.)

Cuando el necio habla, yerra,  
por lo cual torna á enfermar,  
y aun descubre con callar  
sus faltas, pues hace guerra  
con malicias y pesar,  
y es malicioso sin freno,  
como el vaso de agua lleno  
que de ceniza henchido  
el agua no se ha vertido;  
ni el necio vacia su seno.

(IDEM.)

De la escriptura me acuerdo  
que dice que en un arado  
no sea el asno y buey atado,  
ni menos el necio y cuerdo  
deben comer un bocado;  
y en Atenas se temia  
cuando el sabio merecia  
la muerte pública y fiera:  
un necio el verdugo era  
y la espada su porfia.

(SALA DE CASADOS.)

Que el necio no puede ser  
remediado con saber,  
porque pensando es sciente  
no procura de aprender;  
que si estudia es comparado  
al que al sol mucho ha mirado  
teniendo alguna ceguera  
que le queda muy entera,  
y así es el necio letrado.

Si en alguna fantasia  
se funda, queda tan tieso  
que no habrá discreto seso  
que le ponga en otra via  
y así sigue su proceso:  
porq' es á la piedra igual  
que parece pedernal  
y es de otra generacion  
que aunque toque el eslabon  
no da de lumbre señal.

Y si al necio amenazais  
es lijero de forzar

y malo de porfiar,  
que piensa si le rogais  
que le quereis engañar:  
conviene ser respondido,  
castigado y corregido,  
porque no piense q' sabe  
y de necio no se alabe  
que quedastes dél vencido.

(SALA DE LETRADOS Y ECLESIASTICOS.)

Que mas puede preguntar  
un necio sin acertar  
que cient sabios responder,  
porq' el necio dice luego  
lo que sabe, tuerto ó ciego,  
y el cuerdo á su tiempo muestra  
la que experiencia maestra  
ha guisado con su fuego.

(SALA DE OFICIALES.)

Un mote ví que decia:  
en piedra yerba no nace,  
ni en el hombre necio yace  
sciencia ni filosofia,  
antes como bestia paca:  
que si se pierde el prudente  
su caída no se siente,  
que descende y sube luego  
como cuando haja el fuego,  
y el necio cae de repente.

Es peligro descubrir  
á ningun necio el secreto,  
porque le será sujeto  
hasta el fin de su vivir,  
el cuerdo, yo le prometo;  
y mas que el necio fundado  
no sanará por letrado,  
ni por rico ni contento,  
que viene de nacimiento  
este mal desesperado.

(SALA DE VILLANOS.)

Porq' el q' una vez enferma  
yo le aconsejo que duerma,  
que tarde podrá sanar  
de tal llaga en tierra yerma.

(MUNDANAS.)

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## ANGELO.

(Continuacion)

Yo habia salido de Italia, niño, inocente, corazon puro y crédulo, gurándome que el mundo todo era una mansion de ángeles buenos: pensaba que no tendria que decir mas que, tengo sed, y mil brazos se estenderian para acercar á mis labios la bebida que los refrescase; tengo hambre, y otros mil se disputarian el proporcionarme el alimento; quiero amor, y entonces al escuchar esta palabra mágica, en cada muger encontraria el cariño de la madre que la muerte me habia arrebatado, y en cada hombre un padre afectuoso, un tierno hermano, un cariñoso amigo... ¿Y ahora?—Ahora volvia con el escepticismo y el dolor en el corazon, despreciando la religion que mi madre me habia enseñado á venerar.

Penetré en Italia en la estacion del verano. Al contemplar el puro brillo de su cielo, los bosques de naranjos y palmeras, que cubren las risueñas costas de su mar; al escuchar los cantos de los labradores; al ver las voluptuosas danzas de la siega acompañadas de los roncós golpes del pandero, y á las que la robustez de las jóvenes, la indescriptible ligereza de las Hitellas, con sus airosos y elegantes trajes dan un carácter tan fantástico; al admirar todo esto me dije:—Aquí, aquí es el paraíso de las buenas almas; es imposible que bajo un cielo tan puro, y en donde la naturaleza se muestra tan seductora, existan corazones perversos.

—Suelo, exclamé, suelo que oiste mi primer vagido y que sorprendiste mi primer sonrisa; suelo en donde yacen los restos de la que fué mi madre, recibe á tu hijo benignamente; que en tu seno encuentre la felicidad tan ansiada; que en tu seno halle un corazon que me comprenda, una mano de amigo que estrechar, y al fin de mi vida una tumba ignorada cubierta con el azulado manto de los cielos, y regada tan solo por lágrimas queridas. En lo alto de una colina, descenso de los Alpes, hay un pequeño pueblecillo alfombrado de risueñas campiñas, sobreado por limoneros y palmeras, y cuyos bordes lamen suavemente las olas de un mar siempre tranquilo.—Se compone de una veintena de casas; una pequeña iglesia, cuyo campanario coronado por una cruz de hierro descubren á lo lejos los pescadores desde el fondo de sus barcas; á esta iglesia se halla pegado por la parte que domina al mar el presbiterio, y á este un cementerio reducido, oculto á las miradas de los profanos por una blanca tapia.

En este pueblecillo me detuve algunos dias porque me sentia algo enfermo. Por las tardes venia á visitarme á la casa en que me habia hospedado el sacerdote que lo regia.—Era un anciano de un semblante en que la gravedad y la dulzura se hallaban confundidas; su mirada era profunda, y con ella parecia leer en los corazones humanos; sus blancos cabellos formaban alrededor de su frente como una de esas aureolas de plata que rodean la cabeza de algunas imágenes. Este médico de las almas curaba tambien las enfermedades del cuerpo. Me preparó por sí mismo algunos medicamentos y refrescos; pero habiendo notado que una verdadera y peligrosa enfermedad residia en mi alma, procuró que nuestra conversacion versase sobre la religion cristiana, y habiéndole respondido yo con una franqueza expansiva, aquel anciano venerable comenzó á exhalar gemidos de dolor, cojió una de mis manos entre las suyas, y estrechándolas amorosamente, me rogó con copiosas lágrimas le contase la historia de mi vida, empleando la misma franqueza de que habia usado antes.

Le conté como á vos el abandono en que me habia dejado la muerte de mi madre; la frialdad y el rigor con que me acogieron mis tutores; las espresiones injuriosas que continuamente oia sobre mi nacimiento; mi genio veloz, la ninguna simpatía que habia encontrado en todas las personas que habia conocido: le conté tambien mi inocente amor á Wilna, su pronta muerte, mis viajes, las impresiones que en ellos habian recibido, mi desprecio hácia la religion cristiana, mis dudas sobre la existencia de Dios, y en fin le manifesté claramente todos los secretos de mi alma.

Concluida mi narracion, el anciano se levantó gravemente, y sin dejar de estrechar mi mano, me arrastró hasta el hueco de una ventana desde donde se descubria el mar y la campiña, el mas bello panorama que hayan contemplado los ojos de los mortales. Era ese momento misterioso la hora del crepúsculo, en que el sol acaba de ocultarse á nuestra vista, para ir á alumbrar otras regiones; aun á lo lejos se percibian algunas nubes doradas por sus reflejos, que coronaban los bosques de palmeras, que mecian armoniosamente sus enlazadas ramas. La luna con su acompañamiento de estrellas, saliendo del seno de las ondas, remontaba por el azul del cielo su curso majestuoso: las velas de las barcas teñidas de plata por sus rayos y balanceadas por el soplo de la brisa nocturna, parecian una tropa de blancos pájaros marinos; las gotas de agua que se escapaban de los remos, brillaban como diamantes suspendidos por un hilo invisible. Los cantos monótonos de los pescadores, los trinos de los pájaros que despedian al día, los quejidos de las olas al morir en las riberas, el mugido de los buyes, el valido de las ovejas y los vibrantes y pausados golpes de la campana de la iglesia que señalaba la hora de las ánimas, formaban la orquesta de tan majestuoso teatro.

El rostro de aquel venerable sacerdote se revistió en aquel momento de una gravedad imponente; su frente, sobre la que venia á morir un rayo de la luna, parecia brillar con el fuego de la inspiracion divina; y con una voz pausada y vigorosa exclamó así:

—Decidme, joven desgraciado, á la vista de ese globo de fuego que se oculta á nuestras miradas para recogerse con su lumbre á otros países; á la vista de ese astro de apacibles destellos y de las innumerables estrellas de que se halla tachonado ese inmenso dovel de la naturaleza, ese cielo azulado, pequeño pliegue del manto con que el Señor oculta su morada; al escuchar el armonioso y universal concierto con que ese mar, esos bosques, esas aves y esos ganados proclaman

su eterna omnipotencia; al contemplar todo esto, repito, ¿vuestro corazón podrá dudar de la existencia de un Dios? ¡Ah joven infeliz! no es en los libros dictados por las pasiones de los hombres donde se aprende á conocer la grandeza y existencia del Eterno, sino en las páginas elocuentes de esa obra llamada naturaleza. Si, joven; preguntad á la mas humilde flor de las praderas á quién envía los deliciosos aromas que exhala; preguntad al fogosó toro á quién saluda con sus mugidos; preguntad á la reina de las aves que remonta su vuelo hasta el fondo de las nubes, y contempla al sol en todo su esplendor, á quién admira en los espacios que recorre, y todos, todos os responderán conformes que al Dios omnipotente que rige el universo. En cuanto á vuestro desprecio á la religion cristiana, ¡cuán insensato fuisteis! ¡cuán infortunado os habeis hecho con no haber venerado sus máximas divinas! ¿Por qué, hijo mio, no habeis confiado en esa religion celestial, que hace que todos nos consideremos como hijos predilectos de un padre siempre cariñoso, y que nos enseña á sufrir con nobleza nuestros infortunios? Vos, hambriento de amor y de ternura, ¿por qué no habeis confiado en esa religion que es la religion de todos los que padecen? ¿por qué no habeis encerrado en vuestra alma la esperanza que ella proclama como una virtud divina, y con la que fortalecen su corazón los desdichados? ¿Por qué, hijo mio, abandonásteis esa religion que fué tambien la religion de vuestra madre? ¡Ah! vos que recordais con tanto placer los momentos en que ella os enseñaba á rogar por todos los que lloran sumidos en el infortunio, por todos los que padecen persecuciones injustas, por los caminantes estraviados, por los que se hallan entregados á la terrible furia de los mares, considerad que en este mismo instante esa religion divina abre los labios de millones de seres que ruegan al Señor por que se aplaquen todas vuestras desdichas. Sí; la religion que inspira estos sentimientos solo puede venir de lo alto de los cielos. Volved, joven desdichado, volved al seno de la religion de Cristo, y no desesperareis creyendo en sus palabras de encontrar corazones compasivos que os amen, que floren cuando vos floreis, y que se regocijen con vuestras alegrías. Volved á la religion de vuestra madre, cuyas cenizas se conmovieron de gozo en el fondo de la tumba, y os persuadiréis de que es imposible que lo mas puro que depositó el Señor en nuestros corazones, el amor á nuestros semejantes, se evapore y apague bajo el hielo de la inercia.

Estas y otras mil palabras pronunciadas por aquel respetable sacerdote, resonaron en mi corazón despertando un mundo entero de ideas apagadas, como las majestuosas armonías del órgano resuenan en los templos despertando los ecos adormidos en sus bóvedas. Verti copiosas lágrimas, y tal cúmulo de emociones sentia, que enmudecieron mis labios, y me faltaron palabras para responderle. — ¡Ah! ¡qué nuevos sentimientos se despertaron en mi alma! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz? Ahora iba á nadar en un inmenso mar de amor, de delicias, de alegría. Todos los desgraciados iban á ser mis hermanos, y vertiendo en sus almas el bálsamo del consuelo, me lo reintroducirían ellos igualmente; penetraría en las chozas de los pobres, y derramando en ellas la abundancia de que yo gozaba, sus habitantes me pagarían con exceso tan leve favor con un tesoro de agradecimiento y de cariño; allí encontraría jóvenes hermosas y puras y tiernos compañeros... ¡Dios mio, Dios mio! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz?

Me arrojé á las plantas de aquel anciano sacerdote y le rogué implorase del que le habia concedido la facultad de atar y desatar el perdón de mis culpas, y me concediese la gracia de perseverar hasta el sepulcro en aquella religion celestial, que él habia venido á sellar con su divina sangre.

Desde entonces dejé de ser tan desgraciado; y la esperanza, precursora de la felicidad, penetró en mi corazón. Me propuse pues pasar la estación del verano en aquel delicioso pueblo. Habia contraído relaciones con casi todos sus habitantes; acompañaba á la pesca á los viejos pescadores; asistia con los labradores á la recolección de las cosechas y á las alegres fiestas que siguen á la vendimia; ó recorría los sitios mas pintorescos acompañado del viejo sacerdote y de su hija adoptiva.

Figuraos una joven, de quince años de edad, alta y de un talle tan esbelto y flexible como un junco, de un rostro verdaderamente italiano, tostado por el sol abrasador del país, de ojos grandes, negros y rasgados, á través de los cuales podria leerse en el fondo de su alma, como se observa en el fondo de un lago, á través de sus ondas cristalinas; de cabellos tan negros como las alas del cuervo, los cuales cubiertos con la airosa toca italiana, se hallaban rizados y vueltos hácia ambos lados; de una frente espaciosa, como los peinados de las estatuas griegas. Si á todo esto añadís una voz lenta y melodiosa que sonaba en mis oídos como las gotas de agua que se filtran una á una en el hueco de una roca, tendreis el verdadero retrato de la hija adoptiva de aquel buen sacerdote. — Eleonora era el ángel bueno de todos los desdichados del país. Cuando habia en él algun enfermo pobre, Eleonora introducia la alegría en el seno de su familia, proporcionándole los ali-

mentos de que su miseria no le hubiera permitido gozar. — Ella velaba á la cabecera de sus lechos con el cariño de una hija tierna ó de una buena hermana; ella enseñaba á coser y á bordar á sus jóvenes compañeras; ella les enseñaba á tejer hermosas guirnalda para adornarse en los bailes y en las danzas; en fin, donde Eleonora penetraba, ninguna persona quedaba sin consuelo. La primera vez que mis ojos vieron tan hermosa criatura, sentada en el hueco saliente de un pequeño balcon, sombreado por las ramas de un laurel, cosia unas pequeñas mantillas para cubrir al hijo que una pobre muger traia en su seno.

Desde entonces no fué sola Eleonora á derramar el consuelo y la abundancia en las familias: yo la acompañaba ordinariamente en todas sus caritativas faenas; enseñaba á leer y á escribir á una porción de pobres niños; cuando á algun necesitado labrador se le morian ó estraviaban sus ganados, mis ahorros pronto le proporcionaban el placer de poseer otros; regalaba á los viejos pescadores gruesos gabanes para abrigarse en tiempo de la lluvia, y cuando las mareas destrozaban sus barcas, yo era el que sufragaba los gastos de la composicion. En fin, aquellas pobres gentes me adoraban ya como á su Dios, como pudieran adorar á Eleonora.

¡Cuántas veces la ayudé á formar hermosos ramos de flores cojidas en el jardín del presbiterio para adornar con ellas los altares! ¡Cuántas veces mientras que ella bordaba, sentada en el balcon de que ya os hablé y acompañada de la vieja Beatrice, su ama de gobierno, la leia yo obras religiosas é inocentes que embelesaban nuestras almas! — Allí pasaron las horas mas felices de mi vida; allí las páginas de aquellos libros haciendo salir el rubor á nuestros rostros, nos revelaron el secreto de nuestra mútua pasion. ¡Ah! ¡con cuánta franqueza me confesó su amor, y yo con cuánto fuego la dije que sin duda era el ángel que los cielos me enviaban para labrar la ventura de mis días!...

Pero ¡ay amigo mio! en los decretos del destino estaba sin duda escrito que todas las personas que me fuesen queridas, debiera arrebatarme la muerte de mi lado. Cuando su anciano padre habia ya consentido en nuestra union, una enfermedad dolorosa vino á desbaratar para siempre nuestra dicha. Como una cándida tórtola que sintiéndose mortalmente herida modula sus últimos arrullos á su amante inconsolable, así ella en el colmo de sus padecimientos, por no entristecerme con sus ayes, se ponía á entonar algunas canciones alegres, á las que en vano intentaba prestar animacion, pues sus sonos solo me revelaban mas hondamente su dolor.

Los habitantes del pueblo, y especialmente los mas necesitados, lloraron amargamente al saber los progresos que la enfermedad hacia en su ángel tutelar: las jóvenes encendieron lámparas delante de la *Madonna* para que no las arrebatase su hermosa compañera, y prometieron despojarse de sus mejores adornos y abandonar por un año sus danzas y sus bailes, si la *Madonna* escuchaba sus súplicas; pero todo fué en vano, todo.

Una noche por fin se aumentaron horriblemente sus padecimientos: el brillo de sus ojos se apagó, y el fresco tinte de rosa huyó de sus mejillas y sus labios. Los ángeles se hallaban ya á la cabecera de su lecho para conducir su alma al cielo. Su padre adoptivo mandó tocar la campana para anunciar á la poblacion que rogase al Eterno por aquella hermosa criatura que iba á abandonar este mundo. Todos, hombres y mugeres, niños y ancianos, corrieron á la iglesia á arrojarle á los pies de los altares.

Angelo suspendió algunos momentos su narracion para enjugar las copiosas lágrimas que inundaban su rostro, y luego continuó:

(Concluirá.)

AURELIANO VALDÉS.

## DE MADRID AL CIELO.

Ante el trono de Dios llegó un cuitado  
Con mas faltas encima que pelota,  
Y el alma por mil partes sucia y rota  
Con el continuo roce del pecado.

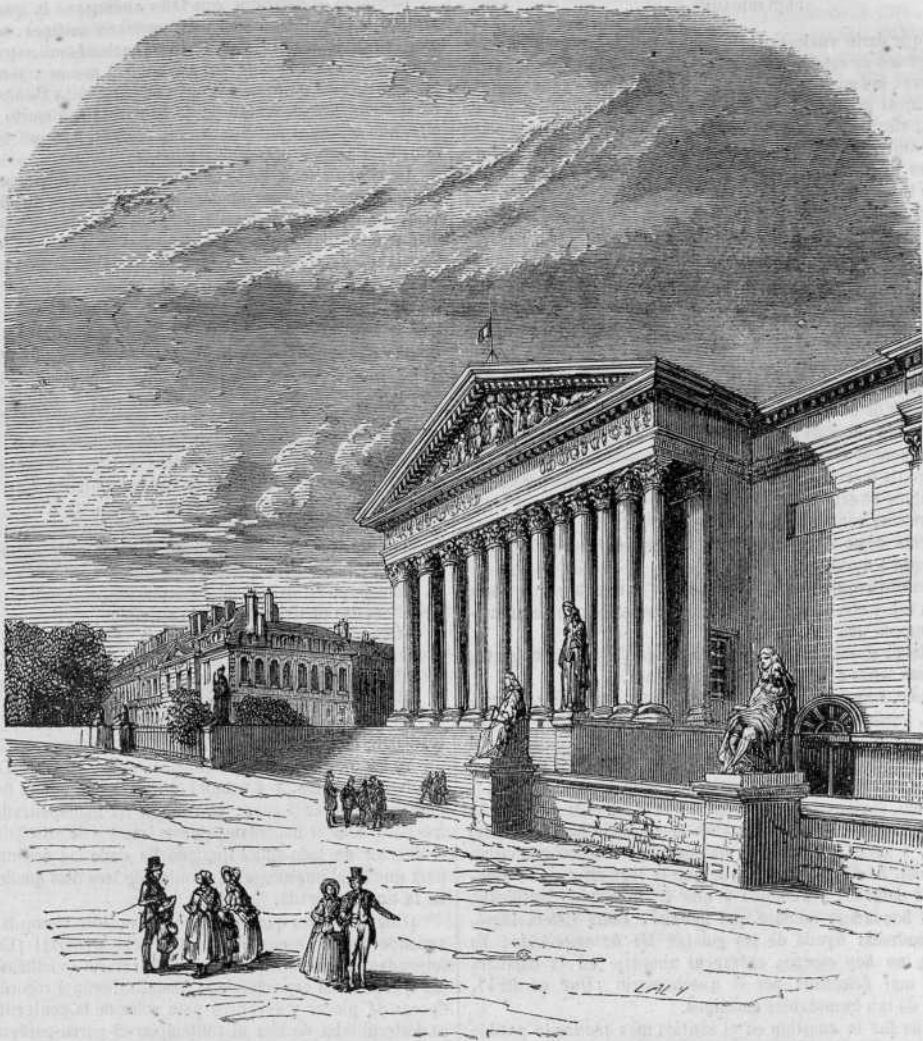
El Soberano Juez miróle airado,  
Y el pecador, sintiendo su derrota,  
Echó á temblar, sudando cada gota  
Como un piñon, y dijo atribulado:

«¡Señor, pequé! Mi culpa es conocida;  
Pero viví en Madrid sin una blanca  
Los tres últimos años de mi vida.

— Cesa!... repuso Dios: del cielo franca  
La puerta tienes; que en mi juicio eterno,  
Nadie del purgatorio va al infierno.

F. J. ORELLANA.





### EL PALACIO DE BORBON.

El palacio de Borbon, que es hoy día el edificio destinado á la representacion nacional, está situado en la orilla izquierda del Sena, frente al puente de la Concordia. Fué erigido en 1722 por la duquesa viuda de Borbon, segun los diseños de Girardini, y después del célebre Mansard. El principe de Condé, en quien vino á recaer, le engrandeció bastante; pero no llegó á concluirse hasta 1789. La revolucion le dejó desocupado hasta 1793 en que se fijó allí el Consejo de los Quinientos. En el imperio sirvió como ahora para el cuerpo legislativo, y desde 1814 le ocuparon los diputados. La entrada principal está en la calle de la Universidad, y al frente tiene una hermosa plaza. El patio de entrada es ancho y grandioso, y en las dos alas se encuentran los despachos de las secciones y las habitaciones de los dependientes. El peristilo está adornado con cuatro columnas corintias, y en el salon de descanso se ven cuatro estatuas de Mirabeau, Casimiro Perrier, Bailly y el general Foy. Tambien hay bajos relieves de Triquesti; á la derecha del salon de descanso está la sala de distribucion de impresos, y á la izquierda el salon del rey adornado con frescos que representan las divinidades fluviales ó de los rios.

La sala de sesiones es semicircular, adornada con 24 columnas jónicas de mármol blanco. La silla de la presidencia y la tribuna forman el centro del eje del semicirculo, desde donde se elevan en gradas

los bancos de los diputados. Entre las columnas se ven las estatuas del orden público, la Fuerza, la Justicia, la Verdad, la Elocuencia y otras alegóricas. Una doble y espaciosa galería se desenvuelve alrededor del semicirculo, habiendo además tribunas reservadas.

El salon de conferencias tiene una hermosa estatua de Enrique IV, muchas banderas cojidas á los austriacos en las guerras del imperio, y dos grandes cuadros que representan, uno el sitio de Calais y otro la resistencia del presidente Molé á los liguéses. Al lado está la biblioteca, que tiene unos 50,000 volúmenes, la mayor parte de historia, legislación y literatura, y muchos manuscritos raros.

La fachada que hace frente al puente de la Concordia, tiene unos 34 metros de anchura, y se compone de doce columnas corintias de una altura de 10 metros, sobre las que descansa el bajo relieve alegórico, esculpido por Cortot. El fronton entero tiene 23 metros de largo y cinco y medio de altura. En medio está la figura de la Francia, descansando sobre un pedestal; á los lados se hallan la Fuerza y la Justicia; á la izquierda hay un grupo de figuras personificando la Navegacion, la Marina, el Ejército, la Industria y la Paz; á la derecha estan el Comercio, la Agricultura, la Elocuencia, las Artes, los Rios, personificados por el Sena y el Marne. Bajo los escalones de la fachada estan las estatuas colosales de la Justicia y la Prudencia, y las de Sully, Colbert, l'Hopital y d'Aguesseau.

El palacio del presidente está contiguo al de la representacion nacional, y aunque sus salones son grandiosos y bien adornados, no ofrecen cosa particular.

## UNA MUDANZA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### PRELIMINARES.

—No hay que darle vueltas, Homobono, es preciso que antes de ocho días salgamos de esta casa; la pared de la cocina al menor soplo se viene á tierra, las goteras, gracias á tan continuados aguaceros, se van multiplicando prodigiosamente (cosa que á ti que no dejas de tener algunas, efecto de la edad y del trabajo, no puede hacerte pizca de provecho); Olimpia se queja de que su tocador es muy oscuro, y los dos chiquitines no tienen una pieza á propósito donde poder correr y alborotar á su sabor cuando vuelven de la escuela.

—Pero, Coleta de mi alma, ¿te has propuesto que hagamos la vida del Judío Errante, siempre con los trastos al hombro y sin llegar á establecernos definitivamente en ninguna parte? Dos veces hemos mudado de habitación en lo que va de año, y no me encuentro francamente dispuesto á repetir por tercera vez funcion tan poco divertida. Si seguimos animados de este espíritu cosmopolita, será fácil que pronto resolvamos el problema del movimiento continuo, y mas fácil aun que mi pobre bolsillo, que con los dos últimos pellizcos que he llevado está que da lástima el verlo, se quede al cuarto mas chupado que moletes de cesante.

—¿Y tengo yo la culpa de que la casa se nos venga á cuestras? ¿No sería V., D. Homobono, reo de un asesinato premeditado si por su ineficaz apatía fuera causa de que su muger y sus hijos perecieran bajo los escombros de esta casa?

—Mañana mismo vendrá á reconocerla un arquitecto intimo amigo mio, y ya verás cómo el peligro no es tan grande, á Dios gracias, como has llegado á figurártelo.

—Yo no necesito arquitectos ni entremetidos para saber que desde hace ocho días estoy con el credo en la boca temiendo que de un momento á otro suceda una catástrofe.

—Mira, Coleta, si encuentras medio de hacer la mudanza gratis, ahora mismo me lanzo á la calle en busca de casa.

—Nada, nada, supuesto que tanto agua has tomado á este *suntuoso palacio*, puedes tú solito permanecer en él todo el tiempo que te plazca, con la condición de que no has de quejarte si á consecuencia de algun hundimiento te rompes el mejor dia la cabeza, y me echo á buscar entonces quien te cure ó te entierre gratis.

Beñida siguió, segun cuenta la crónica, la contienda entre Doña Coleta y D. Homobono, ella considerando la cuestion bajo un punto de vista *vital*, y él bajo el aspecto financiero (rentístico que dirian nuestros abuelos). Al fin, por aquello de que la sogá siempre se quiere por lo mas delgado, y atendido á que D. Homobono justificaba plenamente el bondadoso nombre que llevaba, Doña Coleta logró, merced á la poderosa ayuda de las goletas *Me he empeñado, Yo aquí mando y no hay escape*, entrar al abordaje en la balandra *Marido*, que mal defendida por el quechemarin *¡Qué cordero!*, cayó en poder de tan formidables enemigos.

Resuelta que fué la cuestion en el sentido mas *avanzado* posible con harta gozo de Olimpia, que se encontraba en el último grado de desesperación, porque, efecto de la oscuridad de su tocador, nunca la salian bien las cosas, y que á tal nueva empezó á abrigar esperanzas de tener otro mas claro, y con no menor alborozo de Arturo y Ernesto (los dos pimpollos de la casa), que aguraban durante el borrascoso período de la mudanza una nueva era de *novillos* y *asonadas*, comenzaron los preliminares de la mudanza, como si dijéramos el prólogo de un drámon de brocha gorda.

Desde el aguador hasta el mas encopetado amigo de la familia, todos sin distincion de edades ni condiciones, quedaron encargados de buscar una casa grande en sitio céntrico, de buena vecindad, con patio para tender la ropa, sin mucha escalera, con portero, con sol de mediodia, y además de otras mil zarandajas, que no escediese de la cantidad de 12 rs. vn.

Era de ver la solicitud con que los amigos de trato mas cotidiano, después de haber hecho los papauatas en grande y pasado revista, no sin peligro de un *torticoli*, á todos los balcones de esta heroica villa en busca del consabido papelito, acudian en tropel á noticiar á los dos cónyuges el resultado de sus investigaciones, y no menos de admirar era la presteza con que los dos protagonistas volaban á los puntos donde segun los exploradores habia cuartos desalquilados, desempeñando calles, logrando subir al cabo del dia algunos centenares de escaleras, y trotar desde las ocho de la mañana de Oriente á Occidente y de Norte á Mediodia.

¡Felices vosotros, persas, romanos y demás venturosos mortales que nunca os *mudábais*, y que dueños é inquilinos á un tiempo de vuestros magníficos palacios, permaneciais estacionarios toda la vida sin tener que habéroslos con caseros, carreteros, ni con esa raza descen-

diente sin duda alguna de Atlante, el que sostenia el cielo con los hombros, á cuyos individuos apellidados mozos de cordel, y que desempeña en el drama de la mudanza, cuando no el de sicarios, uno de los papeles de mas fuerza y de mayor interés.

Escusado es decir que con tales andanzas, la gente de la cáscara amarga de la familia, ó sean nuestros dos chiquitines, se hallaban en sus glorias anticipándose las vacaciones, haciendo mil estropicios, sin duda con la económica idea de que asi hubiera menos trastos que mudar, y jugando al toró en la sala interin su hermanita Olimpia jugaba á *peras ó nones* por el ventanillo de la puerta con cierto almiarado moquito, que enemigo por fuerza de los *peras*, siempre decia *nones* á las matrimoniales indirectas de su amada.

Lo peor del caso era que como muy oportunamente decia D. Homobono, pedir que su muger no encontrase *peros* en cuantas casas veia, era lo mismo que pedir peras al olmo; por cuya razon pasaban dias y mas dias, y nuestros dos esposos seguian haciendo una vida de calaveras sin lograr el objeto de sus ansias. Donde habia portero, faltaba sol: donde las escaleras eran pocas, el alquiler era mucho: y donde el barrio era bueno, la vecindad era mala. Por fin, al cabo de un mes próximamente, y hecha abstraccion de algunos peros de menor cuantia, resolvieron á trasladar sus penates á un cuarto segundo con honores de tercero situado en una de las calles que desembocan en la Plaza del Progreso y que se llama la calle de la Espada.

D. Homobono logró (que no fué poco lograr) avistarse después de algunas idas y venidas con el dueño ó administrador de la casa, á cerrar trato con él después de las fianzas y pago adelantado de costumbre, y decidirle á que tuviera la bondad de hacer algunos blanqueos y reparos en la finca desalquilada.

La mudanza llegó á hacerse la cuestion *palpitante*, el objeto de las habillitas y de los comentarios de todos en la mesa, en paseo y en la calle; y hasta para que se vea lo que son las cosas, se convirtió para D. Homobono en asunto de especulacion.

—Necesito una capota, decia Olimpia.

—Cuando estemos en la otra casa te la compraré, contestaba Homobono.

—Me hace falta un *lavabo*, decia Doña Coleta.

—En la otra casa hablaremos, le contestaba su caro esposo.

Por supuesto que en este terreno *la otra casa* y un *no* redondo eran para el buen padre de familias cosas enteramente sinónimas.

Ya los albañiles han concluido su tarea; ya Doña Coleta empieza á revolver armarios, y á mandar que se bajen baules de las bohardillas para empacar la ropa; ya Olimpia ha monopolizado dos ó tres cofres para colocar holgadamente sus trapitos de cristianar, y ya por fin el director de todo aquel tinglado ha dado las órdenes convenientes para que en el improrogable término de tres dias quede todo instalado en la nueva morada.

¡Cuántas cosas que ya se creian perdidas vieron la luz pública en aquellos dias de espurgo y de trastorno general! ¡Cuántas prendas relegadas al oscuro rincón de algun armario, victimas de las injurias del tiempo ó del capricho de la moda, salieron á recordar á sus dueños épocas de placer y devaneos para solaz de la gentecilla moderna que se desternillaba de risa al contemplar el gorro-paraguas que estrenó su mamá para ir al Prado el dia de su boda, ó el frac-piston que lució su papá en la noche de dia tan señalado, bailando el *britano* ó el majestuoso *minué*.

A las cinco todos en pié! exclamó Homobono; buenas noches, y hasta mañana si Dios quiere.

### CAPÍTULO II.

#### HORRORES.

A la hora marcada todos los miembros de la familia sacudieron las perezosas plumas del lecho, y presentes ya los mozos de mas influencia, pues no faltaron sus correspondientes recomendaciones, dióse principio á los horrores de la mudanza.

Doña Coleta y Olimpia vestian de trapillo, pañuelo de seda á la cabeza y bata de percal de á treinta cuartos la vara, sin olvidar los guantes de color indefinido para preservar las manos del polvo, del aire y demás gente enemiga. D. Homobono vestia de gaban, gracias á su cara mitad que ya le habia empacotado el traje de casa, y no cesaba de arengar á los mozos de cordel recomendándoles templanza y moderacion.

Arturo y Ernesto, que para colmo de desgracias no tenian escuela por ser los dias del maestro, se entretenian en formar barricadas con los muebles dispersos y en aumentar el desórden y la confusion.

Doña Coleta, colocada en el balcon á manera de reina de torneo, presenciaba el aglomeramiento de sillas, tabladitos y armarios en el carro que destinado al efecto se hallaba colocado en la calle frente de la puerta.

—Eh, carretero! no dé V. esos trastazos á los muebles al tiempo de colocarlos, que me los va V. á hacer añicos! —Qué mulas tan flacas

ha traído V. I se van á quedar á la mitad del camino!—No me vaya V. por callejones ni calles estrechas; nada, nada; por lo mas ancho, aunque haya que dar algun rodeo.

El carretero hacia oídos de mercader á todas estas advertencias, y seguía amontonando sin piedad muebles sobre muebles.

Olimpia entre tanto habia logrado catequizar á uno de los mozos para que llevara una esquelita á casa de su novio, dos puertas mas abajo, sin calcular que á la otra puerta estaba la taberna, y que como efectivamente sucedió, entraria á dar los buenos dias al tabernero.

Los demás compañeros, ajustados como él á jornal, resueltos á trabajar lo menos posible, liaban con la mayor cachaza del mundo los trastos que habian de cargar sobre sus hombros. Dirigióse al fin hácia la escalera la cuadrilla, llevando á lomo, quien algun sofá de la sala, quien el retrato de D. Homobono, de miliciano nacional, y quien una luna de Venecia, que gracias á las moscas y á ciertas rajaduras que de arriba abajo la surcaban, era una luna próxima á un eclipse total.

Los vecinos, y sobre todo la gente de escoba y estropajo, murmuró de lo lindo de la poca pulcritud y de lo averiado de los trastos que en el carro yacian, escandalizándose, por aquello de que nadie ve su joroba, del desaseo de sus compañeras de oficio, y calificando de muy apretado á D. Homobono, que no se habia atrevido á comprar otra mesa de cocina mas *presentable*, ó á mandar retocar los tablados de las camas.

Precedido del peloton de mozos, á las voces de «cuidado con mi retrato, que no se rompa la luna, que vuelvan Vds. pronto,» púsose en marcha el carro hácia la nueva morada.

¡Qué rechinar, cielo santo! ¡Qué ruidos tan estraños y tan poco gratos producian los muebles al chocar unos con otros! ¡Cuánto hubiera dado Doña Coleta por haber tenido á mano en aquella ocasion algun microscopio ó antejo de larga vista para poder de este modo seguir con los ojos desde el balcon y lo mas lejos posible á aquella turba despreocupada que creia que las cómodas y las mesas eran de una materia tan dura como la suya!

Se me habia olvidado decir que dos de los ganapanes iban sumamente ocupados, llevando el uno con entrambas manos un ramilletito de flores de cera, propiedad de la señorita Olimpia, y el otro un brioso corcel de carton que Arturo y Ernesto le entregaron para que se fuera acostumbriendo, segun decian, á los aires de la nueva casa.

—Coleta, Coleta, mis botas! gritaba D. Homobono.

—Búscalas bien; por ahí deben estar, contestaba la interpelada.

—Ya encontré una; ¿y la otra?

—¡Ah! ahora recuerdo, va en el carro con otras baratijas.

—Bien hecho; y á mi ehaleco le habrá sucedido tres cuartos de lo mismo. ¡Qué gloria de mudanza! Regocijate, Coletita mia; es una delicia el tenerlo todo patas arriba y que la casa esté convertida en un puerto de arrebatá capas. Supongo que ya estarás pensando en buscar otra casa para que la semana que viene repitamos la misma funcion.

Razon tiene D. Homobono para perder los estribos al contemplar aquel campo de batalla sembrado de muebles, vestidos y utensilios de cocina, al respirar en vez de aire espesas nubes de polvo, y al verse obligado á hacer volatines saltando por encima de tantos obstáculos como obstruian el paso.

Repetióse varias veces la escena del carro y de los mozos. Doña Coleta y Olimpia, seca la garganta y empolvada la cara, se iban ya quejando del dolor de riñones; los dos chiquitines lloraban á grito pelado porque querian ir con su papá á la nueva casa, y D. Homobono seguía desesperado gritando: «como no me mude al cementerio, juro no volver á mudarme en toda la vida.»

En los tres dias que duró la mudanza se vivió, se comió y se durmió á medias, ó lo que es lo mismo, ni se vivió, ni se comió, ni se durmió de ninguna manera. No me siento con fuerzas para seguir pintando la desolacion, el trastorno y el alboroto en que vivieron en aquellos tres dias, tres siglos para D. Homobono; por lo cual bueno será que pasemos al siguiente capítulo, después de dejar acostada en la nueva mansion á la asendereada familia, de cuyos miembros no habia uno solo que no se quejara de dolor de huesos, de calambres ó de cosa parecida.

CAPÍTULO III.

CONSECUENCIAS.

GASTOS.

	<i>Reales.</i>
Mozos y carro. . . . .	600
Al mozo que barrió la casa. . . . .	12
Al que limpió los cristales. . . . .	10
Al que puso los clavos. . . . .	8
Al que fregó los suelos. . . . .	6
Carpintero, cerrajero, esterero y vidriero. . . . .	800
Desperfectos de la casa antigua. . . . .	20
Propinas y otros gastos menudos. . . . .	40
Total. . . . .	1496

ROTURAS Y AVERIAS.

La cama de matrimonio, de caoba (entiéndase que la cama es la de caoba), perdió tres piés, el sofá los cuatro, el espejo de tocador de Olimpia se hizo añicos, el retrato de D. Homobono adquirió tres agujeros, uno de ellos precisamente en medio de la cara, la loza sufrió una baja espantosa, el Cupido de yeso de la sala dejó de ser Cupido, la araña, alhaja inmemorial en la familia, pereció en medio del arroyo, victima del descuido de sus portadores, que dejaron escurrir de sus hombros el palo en que iba suspendida; varias cosas de valor se evaporaron ó al menos no volvió ya á saberse de su paradero, y Arturo y Ernesto lloraron la pérdida de un magnifico tambor, delicias de la vecindad, y de varios pertrechos militares.

Segun Doña Coleta hacen falta:

Unas colgaduras nuevas, un farol para la antesala, mas sillas, una lámpara solar, un tocadorcito de moda para su cuarto, dos *stores* (trasparentes), dos *portières* y otra porcion de cosas con nombres franceses, que en esto consiste todo su mérito y su gracia.

D. Homobono pasa toño el dia leyendo á Fray Luis de Granada en la parte que trata del suicidio, para librarse de las malas tentaciones.

ULTIMAS NOTICIAS.

Sabemos que á consecuencia de habérsele venido á las mientes al casero ir á habitar el cuarto segundo de la calle de la Espada, se ha intimado á sus actuales inquilinos la órden de desocuparlo en el improrogable término de cuarenta dias. Nuestro buen padre de familia, que ha hecho en dos meses y medio un sin fin de mejoras y gastos en la casa, se halla atribuladísimo, y está segun noticias decidido á volver á los tiempos patriarcales de Jacob y Jafet, levantando una tienda de campaña en el Campo de Guardias, adonde piensa llevar *velis nohis* á toda su familia.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

En la descripcion picante y epigramática de los estados sociales, se encuentran detalles presentados con ingeniosa travesura. Veamos las semblanzas que Luis Hurtado escribe como observar malicioso. No perdamos de vista, al llegar á la sala de *mujeres*, que es un escritor respetable, un sacerdote de Toledo, el que combate la hipocresia en las *monjas y beatas*.

SALA DE VARONES.

Doze este mozo culpado  
—os pido, señor, perdon  
de tener afectacion  
por parecer avisado  
siendo necio de nacion;  
en malicias es agudo  
y en las bondades muy rudo  
bestial, soberbio, profano  
sin vergüenza, en todo vano  
presumiendo de sesudo.

A este le da dolor  
verse en humilde pobreza  
y que otro tenga alteza  
y llamarse vencedor  
del que calla á su simpleza,  
lo ase con osadia  
y córrese cada dia  
porque burla no consiente,  
disfama y condena ausente  
al amigo que tenia.

Este con ojos y boca  
remeda al que está mirando  
de sus faltas se alabando  
y con hacienda muy poca  
pródigamente gastando;  
vistese mas que su estado

con mozo y mula alquilado,  
pasea mill pecadoras  
y alábalas por señoras  
siendo mozas del mercado.

Aqueste su compañero  
dize coplas y primores  
á quien vende sus amores  
solamente por dinero  
y aun le faltan compradores:  
de nuevo traje inventor  
tiñendo de otra color  
ropa vieja conocida  
por cifra ó vanda teñida,  
va declarando su amor.

Este blasona el arnés  
siendo el molde acebronado,  
con amenaza es vengado  
de fortuna y su revés,  
y de aquel que le ha injuriado  
sin armas á departir  
entra, y cuando ve reñir  
abrázase con su amigo,  
y por nunca ser testigo  
se hizo diestro en huir.

Aqueste quiere ganar  
gran crédito de amator,  
y en los templos sin temor  
se procura pasear  
ante la dama mejor,  
siendo pobre y con dolores  
procura tratar amores,  
muestra cartas y aun fingidas  
de damas no conocidas  
encareciendo favores.

Este juega sin saber  
y da arras á cualquiera,  
y si le dejan de fuera  
da su dinero á perder  
al fullero que lo quiera;  
es contino acompañado  
con algun ruin ó culpado,  
y cuando juega á la bola  
tuerce el cuello cuerpo y cola  
donde el tiro va guiado.

Este triste se confia  
de sus fuerzas y destreza  
y pone su fortaleza  
á peligro con porfia  
nacida de su simpleza;  
y por pequeña ocasion  
echa mano al navajon  
dentro de Zocodovér  
y con habla de muger  
se sale de la quistion.

#### CASADAS.

Ví casadas que contaban  
consejas á sus maridos  
estragando los sentidos:  
si niñerías pasaban  
todas dan en sus oidos;  
muchas madres negligentes,  
confiadas de parientes,  
andaderas piadosas,  
en mal ejemplo viciosas  
viendo los daños presentes.

Otra ví necia y culpada,  
dama sin algun primor,  
que está haciendo labor  
al tiempo que es visitada  
y no responde á sabor;  
si hablais, nunca está atenta,

antes os hecha en afrenta,  
como enferma se entenece  
y en la habla lo parece  
que necesidad la sustenta.

#### VIUDAS.

Ví viudas en romería  
que daban en sospirar  
y contino demostrar  
donde mayor gente habia...  
y no se quieren casar.

#### BEATAS.

Mil beatas rezaderas  
á sermones trotaderas,  
dellos contando donayres,  
y van salpicando frailes  
hasta necias las postreras.

De beatas y doncellas  
ví poner mucho primor  
en hacer al confesor  
conservas, y en todas ellas  
hechaban muy fino olor:  
que copetes y tocados  
deben de ser sobornados,  
y piden en libertad  
dexe su paternidad  
esterillas, verdugados.

#### MONJAS.

De monjas gran compañía  
ví retóricas fundadas  
en cartas muy avisadas,  
porque cada cual tenia  
sus cinquenta preparadas,  
y eran de tal manera  
que venian á cualquiera  
como calças de gamuza,  
y dábalas caperuzas  
con ellas el andadera.

Tantos devotos tenían  
en su facultad agudas,  
q' aun en el banco de Judas  
ningunos ví que cabian:  
con sus ignorancias rudas  
á unos ví q' les daban  
lo q' á los otros tomaban;  
y yo por necias las cuento,  
pues perdian su talento  
y la gloria q' esperaban.

Que ningun necio á mi ver  
en el cielo no ha de entrar  
ni necios se han de salvar,  
antes necios han de ser  
los que se han de condenar,  
y Cristo nuestro pastor  
no ha cojido en su labor  
los agudos sin primores  
sino simples pescadores  
y de aquestos fué doctor.

(Concluirá.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

(Continuacion.)

Después del sol, la luna es de todos los cuerpos celestes el que mas nos interesa conocer. La luna es un globo como la tierra, aunque nos parece plana. La luz que nos envia la recibe del sol. Ella es muy pequeña, distando de la tierra, por término medio, 87,000 leguas, pues

unas veces está mas distante y otras mas cerca. El diámetro de la luna es de 788 leguas.

La luna acompaña á la tierra en su revolucion anual alrededor del sol, y durante este periodo da nueve vueltas alrededor de la tierra, en su órbita, en el término de 27 dias y 8 horas. Pero como la tierra marcha durante este mismo tiempo, la luna necesita 29 dias y 13 horas para volver á encontrarse en el mismo punto de correspondencia al sol. La primera evolucion llámase *mes periódico de la luna*; y la segunda *mes sinódico* de la misma.



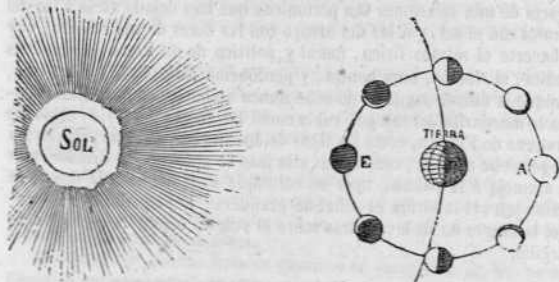
La Luna.

La luna tiene movimiento de rotacion como los demás planetas; pero como siempre nos muestra la misma faz, resulta que necesita dar una vuelta sobre sí misma en el mismo tiempo de dar vuelta á la tierra: por consecuencia, la estension de sus dias y de sus noches debe ser igual al tiempo en que se esconde desde luna nueva á luna llena; es decir, de 14 á 15 de nuestros dias.

La tierra envia tambien á la luna el reflejo del sol; de modo que cuando la luna es para la tierra *luna nueva*, la tierra es para la luna *tierra llena*; con la diferencia de que nuestro globo envia á su satélite una luz mucho mas considerable, pues es 49 veces mayor.

Lo que se llama *fases* de la luna, ó sean los diversos aspectos con que se nos aparece, provienen de las diferentes posiciones en que se encuentra respecto á nosotros: así, cuando se halla entre el sol y la tierra, no es visible, porque su parte de sombra está vuelta enteramente hácia nosotros: entonces es *luna nueva*. A medida que se aleja del sol, empezamos á percibir su parte iluminada: entonces la luna es *creciente* ó primer cuarto: de dia en dia va aumentando su claridad, hasta que hallándose la tierra precisamente entre el sol y la luna, se percibe enteramente iluminado el lado de esta última, que tiene su referencia á nosotros; en cuyo caso es *luna llena*. Empieza desde allí un nuevo curso, aproximándose al sol, pasando á *cuarto menguante*, y desapareciendo en fin para volver á ser *luna nueva*.

El siguiente grabado os dará una idea mas completa de la anterior descripcion.

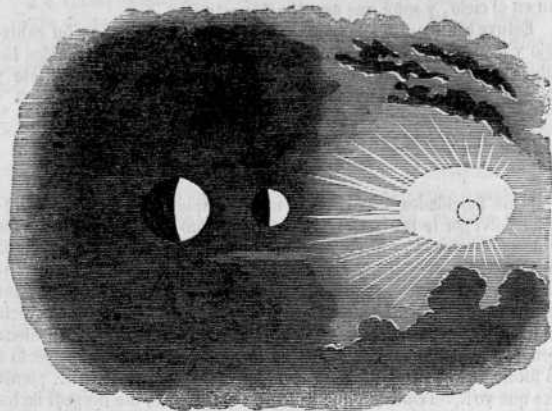


Fases de la Luna.

Hé aquí el sol, y enfrente la tierra: el círculo que rodea á esta enseña de qué modo la luna recibe en su órbita la luz del sol, y de qué modo es vista la tierra en los diversos puntos de su órbita. De esta suerte en A la luna es *llena*; es decir, que brilla enteramente hácia

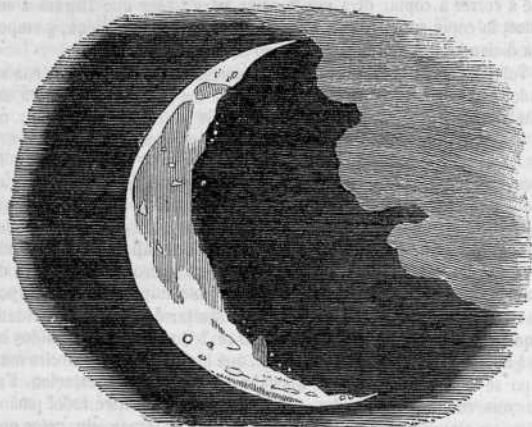
la tierra. En E es *nueva*, ó toda oscura hácia la tierra, y sucesivamente clara ó oscura en las fases restantes.

Cada vez que la luna vuelve al punto E, debe producir un eclipse del sol; es decir, enviar su sombra á la tierra: cada vez que vuelve al punto A, debe estar ella misma eclipsada por la tierra, que la pri-



Eclipse.

vará de la luz del sol. Esto es lo que sucedria en efecto, si cada vuelta de la luna fuera llevada á cabo por la misma línea de referencia del sol y la tierra; pero á causa de la inclinacion de su órbita, pasa mas acá ó mas allá de la misma línea. Cuando sucede que la luna nueva ó la luna llena pasa exactamente por la línea de referencia en aquel punto, el eclipse es una consecuencia precisa.



Cuarto creciente.

Debe escogerse, para observar la luna, el momento en que se presenta bajo la forma de un creciente, á fin de ver mejor sus desigualdades, que entonces hace la sombra perfectamente visibles. En el anterior diseño vereis la figura que la luna presenta en aquel caso al observador.

(Continuará.)

## YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

YO.

(Continuacion.)

Salió, y yo detrás de ella; llegó á su casa, se metió en el portal, volvió la cabeza, me miró, me adelanté, y al ir ella á subir la escalera la dije en voz alta: *Elena, os amo*. Nunca frase alguna hizo mas efecto: se me figuró que habia tropezado, que habia dado un suspiro, efec-

to sin duda de mi declaración ex-abrupto como el exordio de Ciceron contra Catilina; el ruido de su bota al tropezar se ha quedado grabado en mi alma: se asomó al balcon; yo estaba enfrente; descubri que se sonreía, á pesar de que vive en cuarto idem; es decir, principal empujando por las nubes; y tal era mi cariño, que hasta en esto hallaba yo poesía; los ángeles, decía yo, viven en las alturas; las estrellas estan en el cielo, y soñé que era ángel y estrella.

Estuve contemplándola hasta que se metió; entonces me fui cabizbajo y meditabundo, aumentándose mi melancolía con los sonidos lúgubres de un organillo que se oía á lo lejos y que tocaba la triste y poética cancion de Federico Berat.

*J'irai revoir ena Normandie  
C'est le pays qui m'a donné le jour, etc.*

¡Qué felicidades soñé! ¡cómo me columpié en la nube de la ilusion! Volví por la tarde á verla; no la ví, pero fui á paseo porque me lo decía el corazon, y el corazon nunca engaña: efectivamente estaba con su madre; me pareció mas bonita; me miró con aire de inteligencia; me dió el corazon tres latidos; cada vuelta que la encontraba me entusiasmaba, y hubo momentos en que hasta su mamá me parecia bonita solo por haber engendrado á aquel ángel de belleza, á mi Elena hermosísima. Hubiera estado mucho tiempo en esta ilusion respecto á mi futura suegra, á no haberla visto los bigotes; ¡ay lector!... ¡tenia mas que yo!... Temiendo que se fueran sin verlas, me despedí de los amigos con quienes iba, y las seguí: todo me salía á las mil maravillas; aquella vuelta fué la última que dieron; las acompañé detrás hasta su casa; entonces se me figuró mas noble el oficio, he dicho mal, el empleo, el destino de lacayo que el de ministro; llegaron á su casa, y la dije al pasar: Vuelvo á las ocho; me lanzó una mirada y una sonrisa que comprendí.

Comí no sé cómo, y hasta si pudiera caber duda, diria no sé por dónde, me lancé á la calle, y á las ocho fui á mi cita. Estaba; pero el alumbrado no me favorecia; el gas no alcanzaba á la altura donde moraba mi beldad; ella sí me vió, porque oí una tos fingida que me reveló todo; di un suspiro, me contestó con otro; no quise oír mas; eché á correr á copiar otra vez la carta para hacer que llegara á sus manos; la copié sustituyendo al señorita el nombre de Elena, y empezaba diciendo: ¡qué os diré yo que no hayais conocido?

Volví á soñar con su tos, con sus suspiros, con su madre, con su criado, con todos los de su casa; hasta que me levanté y me fui á esperar á la *ceneréntola* que la sirve. Ví salir un criado con cesta; no era el suyo porque no le tenia; vi entrar al aguador, salir con los arreos de comprar; tampoco era el suyo; al fin salió la fámula; ya la conocia yo; la habia visto sacudir un vestido azul de mi amada y el ruedo de la mamá: sin duda debian pisar alfombras de Persia á pesar de que estaba muy alto para que la alfombra pudiera haber llegado.

Abordé la fámula y la propuse el objeto de mi abordaje; al principio se resistió, y ¡oh muger anti-poética! no quiso ser mensajera de mi amor menos de un napoleon; pero ¡qué me importaba á mí Napoleon ni Carlos X ni Luis Felipe, si iba á resultar de aquí mi felicidad? ¡Y quién no compra su felicidad por 19 rs.? Quedamos convenidos en que á las nueve la entregaría la carta, que le diria que un señorito muy guapo se la habia dado y que quedaba aguardando contestacion. Fui á dar una vuelta por las calles. ¡Qué prosáico lo encontré todo! ¡cuántas gentes circulaban por Madrid sin pensar en amar, sin creer que fuera esa pasion la mas deliciosa de las que experimenta el corazon humano! Entré en el café á desayunarme, hecho lo cual y siendo las ocho y media, me fui á esperar el resultado de mi aventurada cartita: á las nueve menos cuarto salió ella al balcon, me hizo seña de ir por la calle del Pozo: fui, se asomó á uno de los balcones, y me echó un papel envuelto metiéndose en el acto; mientras el papel caía, meditaba yo por qué se habia metido; ¡su contestacion no seria favorable?... entonces me hubiera devuelto la carta; pero no; al cabo de pensar un poco y al recoger el papel, me acordé del rubor. Si por rubor lo habria hecho, rubor, poética palabra desde que mi Elena se ruborizaba: ¡quién hubiera alcanzado á verla coloradita de vergüenza! ¡qué bonita estaria! ¡quién fuera barandilla de balcon para haber gozado de ese espectáculo!

Recojí el papel, le abrí; me habia por toda respuesta este sonoro y magnífico endecasílabo:

*Caro Enrique, quedais correspondido.*

¡Oh verso armonioso sin igual! Con tu lenguaje expresivo y tu concisa precision, cómo me has encantado! Le leí mil veces; me le aprendí de memoria; hubiera compuesto un drama en cinco actos solo con interpretar, si no se hubieran agolpado tantas ideas á mi enamorada fantasia; pero en aquel momento no pude mas que añadir el siguiente verso tan endecasílabo, si no tan armonioso y expresivo como el suyo:

*Siempre he de amarte, Elena de mi vida.*

Inútil es decir que no recuerdo qué hice aquel dia: gozar las delicias de un amor correspondido y contestado; pero ¡qué contestacion! ¡qué talento! Debía ser una Safo cristiana, una Mad. Stael, una Avelanada; todo lo mas grande en el género muger.

Me acosté ébrio de gozo; ahora podia desafiarse á felicidad á todos los seres felices: con estas ideas me acosté, pensando al otro dia enterarme de quién era mi Elena, de su modo de pensar, y como diria Balzac, enterarme de sus antecedentes.

Aquí apagué mi luz diciéndome *buenas noches*; te las doy, lector, y descansa, porque mañana te voy á hablar de Elena.

ELLA.

Poco me queda ya que añadirte, lector amigo, á las noticias que de Elena te he dado; es mi idolo casto, mi todo, y por consiguiente á mis ojos los viles defectos humanos no se han apoderado aun de ella.

Ayer la he oido hablar; salia con su criada, y la acompañé; me dijo que habia salido sola para darme las gracias por haber fijado en ella mi cariño. ¡Oh que felicidad tan sin límites! ¡qué amor tan desinteresado! ¡pobre perla arrojada por los ángeles en un cuarto cuarto de la calle del Pozo, y cuya conquista me estaba reservada á mí! ¡qué poética es en todo lo que le pertenece! voy á describir el traje que llevaba para que se vea cuál ha de ser su alma.

¡Botas verdes! ¡verdes! de color de esperanza, de color de primavera, de color de naturaleza, ¡qué encantadoras botas, cómo han dejado su menuda huella en mi anchuroso corazon! ¡Vestido azul! de color de amor correspondido, color de cielo, y por consiguiente color divino, el mismo color que entusiasma á Lamartine; de ojos de doncella osiánica, de ninfa de balada alemana. ¡Qué poético horizonte azulado me presentaba su vestido!... Pañuelo manton de mil flores, es decir, de todo lo bonito que hay en el mundo; el halagüeño carmesí, el cándido blanco, el poético azul, el arrebatador verde, el rico amarillo y los suaves y deliciosos medios colores.

Mantilla negra, severa como sus pensamientos, llena de tanta poesía, que me recordó unos versos de mi mas íntimo y querido amigo, que dicen:

Que Dios al crear los astros  
creó tambien las tinieblas,  
para que así resaltara  
el fulgor de las estrellas;  
como resaltan sus ojos  
entre su mantilla negra.

¡Y no habia de tener una gran poesía la muger que tan bien vestida iba?... Su traje contribuyó mucho á que me produjera efecto; porque aunque se dice que el hábito no hace al monge, con Elena no pasa esto, porque no es ni ha sido nunca monge.

Un amigo, verdadero amigo como hay pocos, puesto que segun los desesperados del siglo XIX los amigos verdaderos son como el megaterio, que es muy raro el ejemplar, un amigo megaterio, pues, me presentó en su casa: ¡oh placer, oh satisfacción! la futura suegra me recibió con alegría, con cariño; la niña, como no me habia de recibir, la niña con amar despues del endecasílabo, de las risas amistosas, de las toses expresivas y de las conversaciones por el ventanillo... Yo me uní á esa familia con el lazo de la amistad, y esa época es la mas feliz de mi vida: las he tratado mucho; así es que haciéndote gracia de mis relaciones tan platónicas que han dejado atrás á las del girasol con el sol, y á las del arroyo con las flores de sus riberas, voy á hacerte el retrato físico, moral y político de mi Elena querida. Es bonita, sí, lector, muy bonita, y perdóneme Malesherbes si la alabo, aunque la amada segun él no debe nunca alabarse; es muy blanca como la margarita del campo, rubia como las arenas del Tajo, como las pastoras de Florian, como los tipos de Justino Kærner; alta, sí, alta; la muger debe ser alta, contra mas alta mas se aproxima al Criador, mas se asemeja á la palma, mas se columpia su talle, mas la mueve la brisa; ¡oh sí! la altura es señal de grandeza; lo pequeño no es notable; la muger ha de levantarse sobre el vulgo, segun la espresion de Virgilio:

*Sicut lenta solent inter viburna cupressi.*

Tiene un cuerpo como el que estoy seguro tendria Cleópátra, como el que tuvo Juana de Arco, como el de Julia, como el de Atala ¡oh Elena, qué hermosa eres! permíteme este rasgo de entusiasmo inspirado por la descripcion fidedigna de tus hechizos.—Eres hermosa como una manada de cabras blancas que bajan de las colinas del Galaad; airosa

como el *simoun* del desierto que no consiente mas rey que él y troncha todo lo que se opone á su curso; tus dientes son perlas finas, tus lábios corales, tus mejillas como la pechuga de los ángeles; toda eres hermosa, amada mía!... Cuántas veces he pensado hacerte una poesía, y solo me ha detenido el miedo de... hacerla mala; no porque tú no me inspires lo bastante, sino porque en algo ha de consistir; pero siempre las poesías amorosas son malas; si no, lee á los poetas; los cánticos á sus amadas valen poco: y si Cátulo, Petrarca, Byron, Lamartine, Victor Hugo, Gruun, Espronceda y García Gutierrez, y otros y otros han hecho grandes poesías amorosas, no es ley; porque yo tengo por axioma que nunca está clase de composiciones son buenas; y como lo creo axioma, debe ser verdad y no necesito demostrarlo.

Hé aquí el retrato físico de mi Elena: voy á hacerte el moral, el cual será lo menos filosófico posible, porque el lector no es en general filósofo, y hay que poner las obras á sus alcances. Elena es buena, tan excelente, que es incapaz de hacer daño á nadie: llora cuando contempla un entierro; se entenece viendo un pobre; le conmueve la muerte de un pájaro, de un insecto, de una mosca, y mas de una vez la he visto como *Inesilla la de Pinto* «dejar que la piquen las pulgas por no matarlas». Esta sensibilidad tan exquisita la ha hecho acostumbrarse á odiar todo lo fosco, todo lo vulgar; por eso detesta las impresiones de los sentidos y no le gusta la risa; el dolor se acomoda mas á sus ideas; odia á Moliere y á Breton, pero adora á Byron; cree que la fortaleza de alma tiene algo de mozo de cuerda; es una sensitiva trasplantada á terreno árido.

Adora los perfumes, y en esto se acomoda á mis ideas; la muger, reina de las flores, debe tener algun perfume, porque entre las flores son mejores las que huelen; yo prefiero la *rosa á la camelia*, el *heliotropo al radoudendrum*, y el *azahar al abutilodonum nervosum*. El sol la fatiga; ¡oh! el sol hace sudar, y es tan inoportuno el sudor, tiene tan poca poesia; las estrellas la hechizan; la lluvia la encanta porque produce arroyos murmuradores; la luna es su elemento; hace pocos dias me ha dicho que sus creencias son que la muger se vuelve wili después de muerta, y va, como dice Theophile Gauthier, al baile á las doce de la noche, con un vestido de color de resplandor de luna y pulseras de perlas de rocío; desde que leyó esto anda buscando un retrato del célebre escritor para colgarle en su cuarto y dispensarle la honra de mirarle á menudo. Mi Elena no come garbanzos y mucho menos tocino, ódia el puchero, verdadera cebada humana, y no concibe cómo el hombre, y mas la muger, pueden comer la parte crasa del inundo animal cerdoso; bajo este punto de vista ama á Mahoma; tambien le aplaude su creacion de huris y se las representa ella en su imaginacion; pero detesta el Koran porque en él se establece la poligamia; y ella cree que la muger debe ser sola y siempre sola.

En religion cree con toda la fé posible; pero á pesar de ser tan cristiana tiene momentos de duda: así que no se explica la idea del infierno, ni el tormento por medio de la pez hirviendo, acomodándose muy mal á su poética imaginacion ver al hombre calafateado como un buque; por lo demás, y salvo el dicho vulgar de que en el infierno se come pan y fósforos, lo cual se le indigesta, cree en todo y se gloria de sus creencias.

(Continuará.)  
A. BONNAT.

## ANGELO.

(Conclusion.)

— Eleonora exhaló su último suspiro entre los brazos de la anciana Beatrice, teniendo yo una de sus manos entre las mías, arrodillado al lado de su lecho, y mientras que su anciano padre estrechaba la otra entre las suyas, al mismo tiempo que la recitaba las oraciones de los agonizantes.

«Iré al sepulcro, cuando aun estoy en lo mas florido de mi edad.

«Mi existencia sobre la tierra ha pasado tan prontamente como se desbarata la choza de un pastor, que de improviso muda de situacion.

«Bienaventurados los que mueren en el Señor.

«Bendito seas, Dios mio, vos sois la resurreccion y la vida; los que viven creyendo en vos, no morirán por una eternidad.»

No la importunaba aquel venerable viejo para que se arrepintiese de sus culpas, porque nadie como él, su padre y confesor, conocia toda la angelical pureza de su alma.

De cuando en cuando hondos gemidos se escapaban de mi pecho; Eleonora entonces apretaba entre sus dedos convulsivos mis dos manos, y fijando en mi sus hermosos ojos, velados ya con las sombras de la muerte, y dejando vagar por sus lábios contraidos por el dolor una débil sonrisa, me decia con una voz dulce y apagada:

— No flores, Angelo, pronto nos veremos y celebraremos nuestras bodas en la presencia de Dios; pronto nos uniremos en aquella mansion en que no se conocen las lágrimas y sus desdichas.

Besaba con ardor la mano de su padre adoptivo y dirigia tambien palabras de consuelo á la vieja Beatrice. Aquel limpiaba furtivamente alguna lágrima rebelde que asomaba á sus ojos, y volvía á proseguir su rezo, y esta prorumpía en agudos sollozos y en mil promesas á la Madona y á los santos por la salud de su querida hija. En cuanto á mí, no hay idioma humano que pueda expresar toda la energia de mi dolor.

La aurora comenzaba á teñir con sus rosados colores las lejanas crestas de las rocas, cuando un largo y débil gemido, que resonó en mis oídos como una música que se aleja, nos dió á conocer que aquella Eleonora sobre cuyo cuerpo llorábamos, se hallaba ya en la presencia del Eterno.

Hay en algunos pueblos de Italia ciertas costumbres cuyo origen se remonta á los primeros tiempos, y que en vano el cristianismo trató de hacer que desapareciesen. En un lugar, las plañideras ó cantatrices, con los cabellos sueltos, sentadas cerca del ataúd, entonan cánticos fúnebres en honor del difunto, interrumpiéndose de tiempo en tiempo para golpear sus rostros y prorumpir en descompasados gemidos, á los que responden en coro las personas que forman el cortejo mortuario. En otro, cuando muere una persona cualquiera, se convida á todos sus deudos á un banquete fúnebre, en el que solo se oyen sollozos generales. En aquel pequeño pueblo existía la costumbre de que al entierro de una persona debían concurrir todas las que la habian sido mas queridas, las cuales, en el acto de ser depositado el cadáver en su última morada, improvisaban tristes estrofas de dolor y despedida, reconviendo al difunto porque las abandonaba tan pronto.

Colocada Eleonora vestida de blanco, con la frente coronada de rosas, dentro del ataúd, fué conducida al cementerio en hombros de ocho hermosas jóvenes vestidas igualmente; á los lados caminaban todas sus restantes compañeras, llevando en sus manos antorchas encendidas y pequeños ramos de flores. A la cabeza iban algunos ancianos del pueblo, conduciendonos en medio á la vieja Beatrice y á mí. Su padre adoptivo caminaba rezando al lado del ataúd. Detrás de nosotros iban infinidad de mugeres, de hombres y de niños, todos en un silencio profundo, interrumpido solo de cuando en cuando por los cánticos de las jóvenes de las antorchas.

«A este valle habia descendido un ángel de consuelo; los dolores del corazon se desvanecian con sus dulces palabras, como se desvanecen las sombras á la aparicion de la aurora. Eleonora, este ángel eras tú. Ay! Ay! Ay!

«Nunca mas bellas formas ocultaron un alma tan hermosa. Su voz cuando dirigia nuestras danzas, se distinguía entre las nuestras como la delruiseñor entre chillonas aves. En sus ojos se retrataba nuestro risueño cielo, nuestro sol ardoroso nuestra alegre campiña. Eleonora, este ángel eras tú. Ay! Ay! Ay!

«¡Cuánto amor encerraba su pecho! ¡Qué feliz iba á ser el joven extranjero que logró cautivar su corazon! Los ángeles sus hermanos le tuvieron celos y la llamaron hácia sí. Eleonora, este ángel eras tú. Ay! Ay! Ay!»

Llegada que fué la comitiva al cementerio, colocaron las jóvenes el ataúd cerca de la hoya, y todas reunidas, derramando flores sobre el cadáver de su compañera, empezaron así á cantar en un tono lúgubre y monótono:

«¿Eleonora, por qué nos abandonaste? ¿No te agradaban ya nuestros hermosos bailes al son del pandero? ¿Las canciones que cantábamos no eran ya bastante dulces para embelesar tu oído?

«¿Eleonora, por qué nos abandonaste? ¿No te agrada ya el reposar á la deliciosa sombra de los naranjos? ¿No te complacia su hermoso perfume?

«Eleonora, ¿por qué nos abandonaste? ¿No te gustaba el escuchar el quejido que exhalan las olas al estrellarse en la playa, y los armoniosos trinos de los pájaros?

«¿Eleonora, Eleonora, por qué nos abandonaste? Vuelve, vuelve, querida compañera, no seas ingrata: vuelve á los brazos de las personas que te aman.»

La anciana Beatrice se adelantó después, y derramando copiosas lágrimas que en vano intentaba enjugar, cantó así con una voz temblorosa y apagada:

«Eleonora, ¿qué daño te habia hecho tu pobre madre para abandonarla tan pronto? ¿No te enseñó por ventura las hermosas canciones de su juventud? ¿No te enseñó á retorcer los blancos copos de la brueca en tus débiles dedos?

«Eleonora, ¿qué daño te habia hecho tu pobre madre para abandonarla tan pronto? ¿Acaso no te contaba al calor del hogar ó á la luz de la luna mil historias divertidas?

«Eleonora, ¿qué daño te habia hecho tu pobre madre para abandonarla tan pronto? ¿Cuando niña no te dormí con sus arrullos, y sus brazos cargados de años no te sirvieron de lecho muchas veces?

«Vuelve, vuelve, hija querida, vuelve á regocijar los pocos dias

»que restan á esta pobre vieja sobre la tierra; no la abandones; vuelve, vuelve, querida Eleonora.»

El viejo sacerdote se aproximó, y rociando el cadáver de su hija adoptiva con el agua bendita del hisopo:

—Adios, hija querida, dijo, descansa en paz. Hasta que nos hallemos juntos ante el trono del Señor.

Entonces me tocaba á mí el turno, y adelantándome con vacilante paso y arrodillándome al lado de su ataúd le dije así:

—«Cuando apenas salía de la infancia la que me había dado el ser, descendió á la tumba: desde entonces, aunque mi corazón ardía en juventud y en deseos de amar, nadie se acercaba á mi oído para adormecerme con palabras de amor y de consuelo.

»Mi esperanza se marchitaba como flor temprana; á veces el fuego de mi corazón se apagaba; pero entonces una voz dulce como la brisa de la tarde pronunciaba á mi oído estas palabras:—No desmayes; valor, esperanza! prosigue tu camino; al final *ella* te aguarda.—Entonces recobraba mis perdidas fuerzas, y me preguntaba quién sería esa *ella* misteriosa.

»¡Cuántas veces al fijar en mí alguna jóven sus bellos ojos, ó al dirigirme alguna palabra tierna y afectuosa me decía:—¿Será *ella*?—Pero no; aquellas beldades se alejaban, y eran para mí como hermosas aves de paso, que al cruzar los campos van gorgearido sus armoniosos sonos.

»Mas ¡ay! en el momento en que el brillo de tus ojos y el perfil puro de tu rostro hirió mi alma, la misma dulce y delicada voz volvió á resonar en mis oídos. Amor, Angelo, me dijo; es *ella*...

»Moriste, como la rosa, á quien troncha de su tallo una mano despiadada sin haber exhalado los preciosos aromas que su cáliz encerraba. Pero tú me lo has dicho; nuestra union se verificará al son de las arpas de oro de los ángeles, en aquella region donde son desconocidas las lágrimas.

»Adios, querida Eleonora. No vuelvas á esta tierra del dolor, no vuelvas; prepara corriendo las galas de desposada; arregla nuestro lecho nupcial: porque... pronto voy á seguirte, Eleonora».

De vuelta al presbiterio, me arrojé en los brazos del anciano sacerdote y le dije:

—Padre mío, la hija que perdisteis debía ser mi esposa; desde hoy yo seré pues vuestro hijo. Soy jóven; pero el amor de un ser tan bello y puro como *ella* era, no se encuentra tan fácilmente sobre la tierra; parto pues al país donde nací para recoger mis bienes, recibir las sagradas órdenes del sacerdocio, y venir á morir junto á vos y junto á *ella*.

A eso he venido á esta ciudad, amigo mío, continuó Angelo; me gustaba admirar esta campiña, porque me recuerda los sitios que recorrí en mi infancia. Me gustaba adormecerme en aquella pequeña roca sobre la corriente del río, porque mil veces me he dormido en ella, cuando no conocía la desgracia, y porque me recordaba el pueblecillo de Eleonora, cuyas rocas baten continuamente las alas del mar. Un día me dormí profundamente; acaso algun movimiento involuntario que hice, me obligó á caer á lo mas rápido de su corriente, en la que sin duda hubiera perecido á no ser por vos, amigo mío.

#### ÉPILOGO.

En 185... bajando de visitar algunos puntos elevados de los Alpes, nos detuvimos en el pequeño pueblo de T\*\*\* situado en lo alto de una colina batida por el mar; allí volví á encontrar á mi amigo Angelo, el misterioso viajero; pero ¡cuán mudado se hallaba! las arrugas, cuyo origen es el dolor ó la vejez, surcaban su rostro; solo algunos bucles de cabellos canos cubrían su frente.

—Amigo mío, me dijo estrechándome entre sus brazos, sucedí en el gobierno espiritual de este pueblo al padre de Eleonora: sus habitantes se recogieron en extremo al saber que ya no los abandonaría jamás. Mirad, prosiguió designándome desde un balcon de su habitación que caía al cementerio, tres sepulturas, que se distinguan de las demás por hallarse cercadas por algunos rosales: en la del medio descansa *ella*; en la del lado derecho su buen padre; y en la del izquierdo la vieja Beatrice: todas las noches bajo á orar sobre sus tumbas; á rogarles que pidan al Eterno me llame pronto á su lado, porque estoy impaciente por celebrar mis bodas.

Un jóven viajero amigo mío me contó esta historia; yo solo me propuse ponerla por escrito.

AURELIANO VALDÉS.

#### MADRIGAL.

Con piel de vistosas manchas,  
al par del viento ligera,  
doma ufana la pantera

las libias Manuras anchas:

Y porque su condicion  
no hermana con su figura,  
es en ella la hermosa  
antes que adorno baldon.

Tal vez en el bosque umbrío  
se alza envidia de las flores,  
rica en preciados colores,  
flor que aljofara el rocío:

Y porque en el tallo verde  
posa un áspid, ó en su seno  
oculta letal veneno,  
belleza y encantos pierde.

¿Quién te amó, garza que humillas  
serena las altas nubes,  
si ominosa al cielo subes  
terror de las avejillas?

Abeja de oro y rubí  
que rondas el romeral,  
¿quién no buscó tu panal,  
pero quien no huyó de tí?

Así nunca en lazo estrecho  
juntas el hombre repara  
la hermosura de la cara  
y la nobleza del pecho.

Sola tú de perfeccion  
unes dotes soberanos,  
y ostentas, Elisa, hermanos  
el rostro y el corazón.

Luis FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

#### ÉPITAFIOS AL CONDE DE VILLAMEDIANA,

ESCRITOS POR INGENIOS DE LA CORTE.

#### DE LOPE DE VEGA.

Aquí con hado fatal  
Yace un poeta gentil,  
Murió casi juvenil  
Por ser casi Juvenal (1);  
Un toscó y fiero puñal  
De su edad desfloró el fruto,  
Rindió al acero tributo,  
Mas no es la vez primera  
Que se haya visto que muera  
César al poder de Bruto.

#### DE GONCORA Y ARGOTE.

Aquí yace enterrado  
El que desterraba al mas honrado (2),  
El pecho por lo menos  
Abierto, porque entraba en los agenos,  
Y porque de mil modos  
Habló en vida de todos,  
Ha querido su suerte  
Que con ninguno se hable de su muerte  
Ni con que ella hable,  
Porque su misma muerte no le infame,  
Ó porque (y es lo cierto)  
Pues habló y vió mal, no hable mas muerto  
Porque de malas nuevas fué correo,  
De ser primo en correr tuvo deseo,  
Pero corrió tan mal, que hasta la muerte  
Le pesó de correr de aquella suerte,  
Y que corte es gran mengua,  
Menos una guadaña que una lengua,  
Y así la Parca escusó la herida  
Dexándole sin alma socorrida.

(1) En otras copias se lee:

Por ser tanto el Juvenal.

(2) Concepto oscuro para declarar que no habia quien pudiese colocarse delante por lo honrado. La composicion adolece en general de este defecto culterano.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





PALACIO DE LA BOLSA EN PARIS.

Paris reclamaba un edificio digno para las reuniones de los negociantes, que se verificaban antes de la revolución de 1789 en el Hôtel-Mazarino, y que pasaron luego á formarse en la iglesia de los padres menores (1) y después al palacio real. Napoleon fué quien proyectó la construcción de un edificio para la Bolsa, tal cual lo exigía la grandeza de la Francia entonces, y el objeto á que se destinaba. Empezóse en 1808, y se concluyó en 1826.

Este monumento, que sirve á un tiempo para los negocios de la Bolsa y para tribunal de comercio, es un paralelogramo de 138 metros (2) de largo por 82 de ancho, rodeado de sesenta y seis columnas del orden corintio, colocadas sobre un basamento de tres metros de altura. La de las columnas es de 10 por uno de diámetro.

La gran sala de la Bolsa se halla al nivel del suelo en el centro del edificio: tiene de largo 58 metros por 23 de ancho, con mucha claridad y capacidad bastante para contener con desahogo hasta unas dos mil personas. Su pavimento es de mármol y está adornado de bajos relieves, representando la clase de negocios á que se halla destinado el edificio. A una de las estremidades de dicho salon se encuentra el estrado ó lunetas para los agentes de bolsa y corredores de comercio. Tiene otras salas á la derecha, y á la izquierda la escalera que conduce al tribunal de comercio. Son de admirar sobre todo las pinturas que adornan los arcos de la sala grande, debidas en su mayor parte á los pinceles de Abel de Pujol y Meynier. En el fondo de la sala, que sirve para tribunal de comercio, hay tambien hermosas pinturas, representando alegorias muy ingeniosas.

(1) Petit-Pere.

(2) Sabido es que el metro tiene algo mas de tres piés castellanos.

Se considera á este edificio como á uno de los monumentos mas preciosos de la capital, llegando á rivalizar, segun algunos, con el de la Magdalena.

Las horas destinadas á los negocios son de una á cinco en lo general, aunque la galeria está abierta al público desde las nueve de la mañana. Las señoras no entran en el salon de la Bolsa durante los negocios, pero acostumbran á pasear en las galerias por las mañanas hasta cosa de las doce.

Ultimamente, la inspeccion del edificio está á cargo de un comisario nombrado por el ministro de Hacienda.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID. (1)

### SEGUNDA AMPLIACION.

#### LOS ARRABALES.

Los historiadores de Madrid que escribieron á principios del siglo XVII, y mas principalmente el licenciado Gerónimo Quintana, que no dudó un momento en acoger y consignar todas las suposiciones mas ó menos fundadas acerca de las antigüedades de esta villa, afirma ya terminantemente la existencia de sus arrabales desde el tiempo de la dominacion de los moros, y hablando de ellos con motivo de la

(1) Véanse los artículos anteriores.

acometida que hizo á esta villa en principios del siglo X el rey D. Ramiro de Leon, y su reconquista inmediata por los árabes, dice que, al paso que fortificaron y reedificaron sus murallas, *ampliaron sus arrabales para que viviesen en él los cristianos que quedaron.* Además, y tratando en otro sitio de la fundación del monasterio de monjes benitos de San Martín, y de la iglesia parroquial de San Ginés, no duda en asegurar que «*fuéron templos muzárabes y anteriores á la conquista de la villa por los cristianos, y adonde estos acudían á celebrar su culto y oraciones.*»—Pero estas suposiciones son harto difíciles de probar, y lo único que puede asegurarse documentalmente es la existencia en el siglo XIII de un arrabal estramuros de Madrid é inmediato al monasterio de San Martín, fundado á lo que parece por el mismo Alonso VI en los primeros años inmediatos á la conquista, á fines del siglo XI.

En el preciosísimo Códice de los fueros y ordenanzas de esta villa, que se conserva en el archivo del ayuntamiento, y no fué conocido hasta 1748 en que se halló, dando después motivo á los eruditos trabajos é investigaciones de los señores Llaguno, Sarmiento, Burriel, Pellicer, y últimamente á la preciosa Memoria del digno académico de la Historia el señor D. Antonio Cabanilles, impresa en 1832, se halla la revelación mas completa y fehaciente de lo que era la población madrileña desde principios del siglo XII, y reinando D. Alfonso VII el Emperador, que la otorgó su fuero propio en 1143, sesenta años después de la conquista, hasta mediados del XIII, ó sea 1235 adonde alcanzan las demás disposiciones incluidas en el Códice, el cual comprende un período de noventa años.

En ellas, y refiriéndose al interior de la villa, se mencionan el *Castiello*, calles, casas, el *Corare*, la *alcantarilla de San Pedro*, los *portiellos*, la *puerta de Guadalfajara*, el *palacio*, las *plazas ó azoches*, las *tabernas*, y las *diez parroquias*; y de la parte esterna, el *prado de Toia*, el *carrascal de Balecas*, *molinos*, *canal*, *é toda la ronda de Rivas*; se habla de las aldeas de *Balecas*, *Beleneco*, *Humara*, *Sumasaguas*, *Rivas y Valdenegral*, y de otros puntos en los términos de Madrid; pero nada se dice claramente respecto á *arrabal*, del cual no tenemos noticia hasta mediados del siglo XIII, porque Juan, diácono, que escribía los milagros de San Isidro por los años de 1273, habla tres veces de él, y hasta declara hácia qué parte caía este arrabal, que era cerca de la iglesia de San Martín.

No puede pues dudarse de la existencia por aquella época de un arrabal ó burgo inmediato ó anejo á aquella iglesia, *vicus Sancti Martini*. Poco importa averiguar si este *vicus* era ó no una población independiente de Madrid y propia solo del dicho monasterio de San Martín, como las aldeas de Valnegral, Villanueva de Xarama, hoy desconocidas, de que se hace mención en el privilegio concedido á aquel monasterio por el rey D. Alfonso el VI, y confirmado por el VII el año de Cristo 1126 «*para que pueda poblar el barrio de San Martín, según el fuero de Santo Domingo y de Sahagun, y para que los que fueren sus vasallos no puedan servir á otro señor ni ser vecinos de otro lugar, y que nadie pueda edificar casa sin licencia espresa del prior de San Martín, y el que viviere dentro del término dé parte de ello al prior, y que si el que de allí se saliese vendiese algunas casas, las pueda comprar el convento por el tanto, y que si no halla quien las quisiera comprar se queden por del monasterio,*» con otras cláusulas no menos espresivas del mismo privilegio. De todos modos debe considerarse esta carta de población como el fundamento ú origen material de la ampliación de Madrid por aquel lado; así como de la inmensa estension jurisdiccional de dicha parroquia, que llegó con el tiempo hasta los límites de la nueva villa.

Otro monasterio no menos célebre, fundado igualmente hácia aquella parte, estramuros de Madrid, en los primeros años del siglo XIII, contribuyó no poco á aumentar el caserío del arrabal.—El patriarca Santo Domingo de Guzman, que se hallaba en Francia haciendo la guerra á los Albigenes, envió á Madrid algunos religiosos bajo la dirección de otro del mismo nombre para que hiciesen fundaciones, los cuales obtuvieron del concejo de Madrid, con aquel objeto, un sitio estramuros de la villa cerca de la puerta de Balnadu y considerables limosnas y donaciones de los piadosos vecinos de esta villa, dando en su consecuencia principio á la fundación del convento; pero habiendo venido á Madrid al año siguiente el mismo Santo Domingo, y pareciéndole poco conveniente que sus frailes tuvieran tanta hacienda y rentas, determinó establecer en la indicada casa un monasterio de monjas, y trasladar á otro sitio los religiosos, como así lo verificó recojiendo un número de doncellas á quienes vistió él mismo el santo hábito, y dió la profesion, y dejando enteramente á beneficio de ellas todos los bienes que poseía el monasterio. Continuaron las monjas el edificio comenzado, que estuvo concluido en breve tiempo, y aun se guarda en este convento la carta original de Santo Domingo, dirigida á las mismas, en contestación al aviso que le dirigieron de estar concluida la obra. Desde entonces los monarcas, los magnates, el concejo y los vecinos de Madrid, manifestaron su devoción y sim-

patía hácia aquella Santa Casa, dotándola de privilegios especialísimos y cuantiosas donaciones, entre las cuales es notable la que le hizo el rey D. Fernando III de la estendida buerta que llegaba hasta las inmediaciones del Alcázar y se llamaba *de la Reina*, y después *de la Priora*.

#### EL ARRABAL DE SAN MARTIN.

Estos dos famosos monasterios fueron indudablemente la causa de la formación de aquel estenso arrabal ó parte nueva de la población, propiamente apellidada entonces el *arrabal de San Martín*. No es sin embargo cosa tan fácil como parece el designar con precision los límites de aquel barrio abierto y creciente con la sucesión de los tiempos hasta incorporarse con otros contiguos y formar todos un conjunto con la población principal; pues aunque los cronistas matritenses dicen que ya por los tiempos de Alfonso el VII, ó sea en la primer mitad del siglo XII, «*fué necesario hacer otra nueva cerca de la villa, incluyendo los arrabales, la cual corría á espaldas del Alcázar, hasta lo alto de la plaza de Santo Domingo (adonde se abrió una puerta frente á la de Balnadu) y luego continuaba hasta San Martín, donde se abrió otro postigo en el sitio que hoy conserva este nombre, siguiendo después rectamente hasta la puerta del Sol etc.*» no nos marcan con exactitud los puntos intermedios por donde corría esta cerca, ni ha quedado de ella vestigio alguno que los señale, siendo de suponer que si existió efectivamente (lo que dudamos mucho á pesar del plano de su contorno que publicó el diligente Alvarez Baena), sería cuando mas una sencilla tapia muy provisional y pasajera, y que no impidió ni estuvo en nada la progresión del caserío por la parte posterior.—Debemos suponer sin embargo, por la consideración del rumbo marcado á dicha tapia, por la forma del terreno, por los puntos ó colocación de los portillos ó entradas, y por algunas especies sueltas y alusivas á dicha cerca en las fundaciones y títulos de los edificios contiguos, que corriendo por detrás del Alcázar comprendía y encerraba dentro de ella la huerta de la Priora, el convento, y plazuela de Santo Domingo, y que después de abrir la entrada de este nombre (que debía estar mirando al Norte y frente de la calle ancha de San Bernardo), continuaba luego por donde ahora las casas de la acera derecha de la calle de Jacometrezo, hácia el sitio conocido hoy por *plazuela de Moriana*, en que desemboca la calle que baja á San Martín, donde se abrió otro postigo que ha quedado por nombre de dicha calle. Desde allí descendía rápidamente hasta la embocadura de la calle del Carmen, y dejando á la parte afuera la cava ó foso que por allí corría, seguía sin duda por detrás de la de los Preciados á salir rectamente á la Puerta del Sol, entre *los olivares y caños de Alcalá*, y el *arenal* que se extendía hasta mas allá de San Ginés.

Empezaremos ya nuestro paseo por este recinto, por lo que forma hoy la magnífica plaza, jardines y paseos al Oriente de Palacio, y en el tiempo á que aludimos estaba formado por unos derrumbaderos y barrancos, en cuyas mesetas ó rellanos superiores había algun pobre caserío, huertos, y mas principalmente el ya citado de la Priora, que ocupaba la parte principal de dicho terreno, donde hoy se forma la glorieta central de los jardines y paseos, y en derredor del cual se fueron levantando posteriormente diversas casas de oficios de la real servidumbre, que hoy han desaparecido y fueron conocidas por la *casa del Tesoro*, *Biblioteca Real*, *juego de pelota*, etc. Frontero á ellos, al otro lado del barranco, y en una meseta formada naturalmente en lo que pudiera llamarse el lomo de otros que cruzaban á no muy largo trecho, entre la calle de las Fuentes y la subida de Santo Domingo, estaban los *Caños del Peral* que surtian de agua á unos lavaderos públicos, propios de la villa, y un corral cercado, que ocupó en 1704 una compañía de comediantes y operistas italianos, para dar sus representaciones al aire libre, mediante algunos cuantos tabloncillos que formaban el escenario, y unos toldos que servían para defender del sol á los espectadores. Pocos años después otra compañía de *trufaldines*, bajo la dirección de Francisco Bartoli, construyó ya un *mezquino teatro*, que con decir que algun tiempo mas adelante fué tasado en treinta mil reales para cargarse con él la villa, está espresado lo que podría ser; hasta que derribado en 1757 y construido de nueva planta otro edificio mas decoroso, comprendiendo tambien el terreno de los caños y lavadero, fué inaugurado por una buena compañía italiana en 1758. Este es el que ha durado casi un siglo con el mismo destino, hasta que después de la salida de los franceses, y no sin haber servido, aunque por breves dias en 1814, para la reunion de las cortes del reino, fué demolido por ruinoso en 1818, y se sentaron sobre parte de su solar los cimientos del magnífico teatro Real, que hemos visto terminar en 1850.

El Real monasterio de Santo Domingo, situado al pié de la cuesta del mismo nombre, y de que ya queda hecha mención, llegó á ser con el tiempo y con los auxilios y protección de los monarcas un monumento artístico é histórico de la mas alta importancia y digno de la

mayor veneración. En esta santa casa, en la que vivieron y profesaron algunas personas de sangre real, y en la que yacen los restos del rey D. Pedro de Castilla, su hijo el infante D. Juan, y su nieta Doña Constanza, priora del mismo convento, y estuvieron también los del desgraciado príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, antes de ser trasladados al Escorial, se ofrecen como objetos del mayor interés histórico dichos sepulcros, su elegante coro, obra del insigne Juan de Herrera, la espaciosa iglesia de dos naves, sus buenos cuadros y la antiquísima pila en que fué bautizado Santo Domingo, que se halla metida en otra de plata y sirve para bautizar á las personas reales, á cuyo efecto es conducida á la Capilla Real. Antiguamente la portada de la iglesia formaba rinconada mirando á Palacio; pero hoy está cubierta esta portada y fachada del convento con una casa, y la entrada á la iglesia es lateral formada por un pórtico, obra de fines del siglo pasado.—En el portal de dicha casa contigua, que hoy se reconstruye de nueva planta y en el de la portería del convento se veían hasta el día dos lápidas muy antiguas y que debieron estar en otro sitio anteriormente, en las que se leen las palabras que segun la tradición pronunció al morir el célebre asesinado por el rey D. Pedro en Sevilla, y aparecido al mismo en las sombras de la noche al pasar por delante de este convento.—En esta santa casa fuéron recojidas por las religiosas las principales señoras de la villa durante los encarnizados disturbios ocasionados por la guerra de las comunidades, cuyos partidarios vencedores pegaron fuego al convento, que estuvo á punto de desaparecer.—Otros muchos recuerdos históricos, religiosos y artísticos, podíamos repetir relativos á este notabilísimo monasterio; pero preferimos remitir al lector á la interesante memoria histórica y descriptiva de él, que ha publicado en 1850 D. J. M. de Eguren.

Contiguo á este monasterio, en la misma manzana 404, se hallaba el otro de religiosas franciscas de Santa María de los Angeles, y tanto lo estaba, que con motivo de un grande incendio ocurrido en 1617 se salvaron en el de Santo Domingo las religiosas de aquel con solo romper una tapia medianera. Dicho convento, que habia sido fundado en 1564 por Doña Leonor Mascareñas, que vino á Castilla con la emperatriz Doña Isabel, y fué aya del rey D. Felipe II y del príncipe D. Carlos, era poco notable, y fué demolido hácia los años de 1858, alzándose hoy en su solar y en el de la inmundiada huerta de Santo Domingo varias casas particulares que han trasformado en espaciosas y elegantes las antiguas bajadas de los Angeles y calle de los Caños.

Enfrente del convento de Santo Domingo el Real, y en la cuesta del mismo título, existen aun dos casas principales de alguna importancia histórica. Las primeras, con el número 1 antiguo y 7 moderno, fuéron propias del mayorazgo que fundó el contador Francisco de Garnica á fines del siglo XVI, y posee hoy el señor duque de Granada, vizconde de Zolina. Una parte de dichas casas (donde se alzaba un torreón en que segun tradición, no sabemos hasta qué punto fundada, estuvo tambien preso algun tiempo el famoso secretario de Felipe II Antonio Perez), ha sido derribada y reconstruida de nueva planta en este mismo año. En la que aun queda en pie nació en 1681 el famoso cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, que tanta influencia tuvo en la política del gabinete español en el último reinado de los monarcas austriacos y en el famoso testamento de Carlos II, que llamó al trono español á la familia de los Borbones; fué hijo del conde de Palma, y murió en Roma en 1760.—La otra casa es la señalada con el número 1 antiguo y moderno 2, con su entrada por la antigua calle de la Puebla (hoy del Fomento), y que poseen y habitan los señores duques de Frias como marqueses de Villena y condes de Oropesa. En ella creemos que vivía el de este último título, presidente de Castilla y ministro en tiempos del mismo monarca Carlos el Hechizado, y fué asaltada y saqueada por el populacho en la famosa asonada de 1699, conocida por el *motin del pan*, que ocasionó la caída y fuga de aquel inagnate.

A espaldas de dicho monasterio de Santo Domingo, y entre él y el de San Martín, se forman varias callejuelas y plazuelas, algun tanto regularizadas y ensanchadas hoy con las nuevas construcciones, si bien por la mayor parte conservan sus antiguos nombres de *Costanilla de los Angeles*, calle de la *Priora*, plazuela de *Santa Catalina de los Donados*, de los *Trujillos*, calle de las *Conchas*, de la *Sarten*, de las *Veneras*, de la *Ternera*, del *Postigo* y de la *Bodega de San Martín*, de la *Flora* y plazuela de *Navalon*.—Poco es lo que ofrecen de notable estas escondidas calles; sin embargo alguna cosa queda todavía del antiguo caserío, por ejemplo las casas que forman la plazuela de Santa Catalina; la señalada con el número 1 nuevo, que tiene su entrada por dicha plazuela y Costanilla de los Angeles, con vueltas tambien á la calle de la Priora y de los Caños, es la que fundó y vivió el famoso licenciado D. Garcia de Barriónuevo y Peralta, del Consejo del Emperador, y tronco de la familia de los Barriónuevos, tan considerada en esta villa, así como él lo fué por su estremada grandeza, liberalidad y virtudes. Llevó el título de primer marqués de Cusano, y aun hoy la poseen sus descendientes en este título, y fundó para sus hijos otros

mayorazgos, labrando para ellos no solo estas casas, sino otras dos de que mas adelante haremos mencion; instituyó varias memorias y obras pias, y la capilla propia de su apellido en la parroquia de San Ginés, donde yace enterrado.—Enfrente de esta casa, en la misma plazuela y calle de Santa Catalina, están las otras que fuéron de Pedro Fernandez Lorca, secretario y tesorero de los reyes D. Juan el II y D. Enrique IV, y convertidas por él en 1460 en albergue ú hospicio para doce hombres honrados á quien la *damada edad quitó la fuerza para ganar el sustento*. Vestían unas becas ó caperuzas de paño pardo y llamábanlos *los Donados*; pero en el día creemos que no existan ya en comunidad, ni bajo la regla que les prescribió el fundador. Estas casas debieron ser tan notables, que hay quien asegura que en ellas se hospedaron varias personas reales, y aun el mismo emperador Carlos V.—La manzana 411, entre Santa Catalina y la casa de Barriónuevo, estaba formada hasta el año presente, en que ha sido derribada para construirse de nueva planta, por la propia del apellido de *Olivares*, familia de esclarecida nobleza en Madrid, fundada por D. Gabriel de Olivares.—La de enfrente, que hoy ocupa el señor duque de San Carlos, pertenecía á principios del siglo XVII á las familias de Espinola y Pedrosa, y luego al marqués de la Vega.

Al principio de la inmediata calle de la *Flora*, esquina y con vuelta á la de la *Bodega de San Martín*, hay otra casa antigua, señalada hoy con el número 1 moderno, que segun los registros de sus títulos perteneció nada menos que á D. Alvaro de Luna; pero aunque bastante vieja no creemos que sea del siglo XV, contemporánea de aquel célebre valido de D. Juan II.—En el trozo de calle de la *Sarten*, comprendido entre la Costanilla de los Angeles y la calle de las Veneras, existió hasta hace muy pocos años, que ha sido reedificada, señalada con los números 10 antiguo y 7 moderno, la casa conocida por *de las Conchas*, que ha dado nombre á este trozo de calle.—Dicha casa fué de Diego de Alfaro, á fines del siglo XVI, y no sabemos si el mismo ó alguno de sus sucesores fué el que hizo construir en ella, y con ocasion de haber hecho una peregrinacion á Tierra Santa, una capilla ú oratorio, y decoró ó revistió su fachada con multitud de conchas, de que hoy se ha conservado en la renovacion de la casa una sola sobre cada balcon.

El callejon de la Ternera, que desde la de la *Sarten* sale á la de los Preciados, solo nos recuerda la gloriosa muerte del héroe D. Luis Daoiz, ocurrida en 2 de mayo de 1808 en la casa en que habitaba, y adonde fué trasladado herido mortalmente en defensa del parque de artillería.

A la entrada de la calle del *Postigo de San Martín* por la plazuela de las Descalzas está aun perfectamente conservada la casa que fué del secretario Alonso Muriel y Valdivieso, y es la señalada con el número 1 antiguo y 8 moderno de la manzana 593. Dicese que fué obra del famoso arquitecto del Escorial Juan de Herrera, y cuando no lo dijera la tradicion lo declararía la severidad y correccion de su estilo y gusto propio, que se revela hasta en las obras menos importantes de aquel insigne arquitecto.—La iglesia parroquial de *San Martín*, que estaba frente á esta calle del Postigo y formaba parte de la manzana 592, ocupada toda ella por el célebre monasterio de monjes benitos, avanzaba bastante hasta dicha calle del Postigo, cuadrando y regularizando la plazuela de las Descalzas. Era obra de los primeros años del siglo XVII, y su capilla mayor fué dotada y labrada á expensas del ya dicho Alonso Muriel, secretario de cámara de Felipe III, en cuyo presbiterio yacía en un suntuoso panteón, juntamente con su esposa Doña Catalina Medina. Tambien existían en dicha iglesia otros sepulcros notables del contador y tesorero de Carlos V, Alonso Gutiérrez, dueño que fué de la casa donde hoy está el Monte de Piedad; el patriarca de las Indias y gobernador del Consejo, señor Figueroa, y el célebre general de marina don Jorge Juan (1). Era además notable este templo por sus suntuosas capillas, sus milagrosas imágenes y sus ricas alhajas y pinturas; pero fué demolido por los franceses, y no ha vuelto á ser construido, viéndose todavía desamparado el solar que ocupaba. En cuanto al convento contiguo, que aun existe en pie, y que después de la esclaustracion de los monjes ha sido destinado á las oficinas de gobierno político, diputacion provincial, bolsa y tribunal de comercio, junta de sanidad y otras varias, y hoy se halla ocupado por la Guardia civil, nada podemos decir sino que trastocado en sus fachadas, mutilado en sus torrecillas y portadas, dividido y subdividido en sus patios, escaleras, galerías y habitaciones interiores, segun los diversos usos á que se le ha aplicado, ha habido momentos en que se le ha declarado ruinoso y mandado su demolicion de real órden, y otros en que se han gastado considerables sumas en pintar y decorar sus fachadas y en reformar su interior.

La plazuela de las Descalzas, centro del antiguo arrabal de San Martín, era aun en los primeros años de este siglo un reflejo fiel, una

(1) Hemos oido decir que cuando los franceses hicieron derribar dicha iglesia, extrajeron de su suntuoso sepulcro los restos de este célebre marino, y los hicieron trasladar al Ayuntamiento, tributándole los honores de capitán general. Ignoramos en que sitio fueron depositados, si bien tenemos que yacían ignorados en algun rincón ó sótano de la Casa Consistorial.

página intacta de la corte de la dinastía austriaca, del Madrid del siglo XVII.—Formada por uno de sus costados por la dicha iglesia y convento, y que tenía su pórtico y entrada principal frente al Postigo, y de la casa ya citada del secretario Muriel, obra de Juan de Herrera, ocupaba como en el día su frente meridional la severa fachada del monasterio de señoras Descalzas Reales, y la linda portada de su iglesia, construida según el estilo clásico por el no menos célebre artista Juan Bautista de Toledo, y continuada en el mismo estilo por el moderno D. Diego de Villanueva.—Un arco ó pasadizo de comunicación unía esta fachada con la casa que forma el otro frente de la plazuela, y que hoy ocupa el Monte de Piedad y Caja de ahorros; severo y notable edificio que fué del tesorero Alonso de Gutierrez, y mereció el honor de ser habitado por el emperador Carlos V, y en el que dejó á la emperatriz y á su hijo Felipe II al partir para la jornada de Túnez.—Al frente de este arco se alcanzaba á divisar, y existe todavía, otro notable edificio, obra del arquitecto Monegro, destinado á habitación de los capellanes y á casa de *Misericordia*, para doce sacerdotes pobres; y cerraba por último la plazuela al lienzo Norte con las casas del marqués de Mejorada, del duque de Lerma y otras, sustituidas mas tarde por la grandiosa y sólida *del marqués de Villena*, que hace esquina y vuelve á la bajada de San Martín.—Todos aquellos edificios, no solo por su gusto especial y el orden de su construcción y ornato, sino tambien por su severo aspecto y tostado colorido, revelaban su fecha y trasladaban fielmente la imaginación del espectador á la época gloriosa de su fundación. Pero vinieron los franceses y echaron abajo (sin pretexto alguno) la iglesia parroquial de San Martín, y no sabemos si tambien el arco de comunicación entre el convento de las Descalzas y la casa del Monte; si bien pudo ser suprimido anteriormente con motivo de haber recibido esta su nuevo destino. Vino después la revolución y la esclaustración de los monjes de San Martín, y se apoderó el gobierno de este monasterio; colocó en él sus oficinas y dependencias, y á pretexto de *mejorar su aspecto*, desmochó sus torrecillas, varió el orden de sus ventanas, y envolvió sus lienzos en el obligado colorete *beurre fraîche*, que tan en moda está en las modernas casas de Madrid. Las contiguas á las Descalzas, y que formaban parte del mismo monasterio, vendidas después y destinadas á oficinas de la hacienda, fueron tambien recompuetas y revocadas; hasta el secular *Monte de piedad* tuvo precision de seguir el movimiento *regenerador*, impreso por la *opinion pública* de los gacetilleros, y los apremios y multas de las autoridades; así como igualmente la *casa de Misericordia*, que habia dado en manos de particulares, y convirtiéndose en compañía mercantil, imprenta, teatro y salones de baile, tuvo que colocarse á la altura del siglo, á vestirse de moda y encubrir sus arrugas con el consabido colorete; con lo cual y la *graciosa* fuente colocada en el centro de la plazuela, y adonde vino á refugiarse la estatua de la mitológica deidad que con el prosaico nombre de la *Mariblanca* reinaba sobre los aguadores de la Puerta del Sol, y fué lanzada de aquel sitio por el progreso de las luces y del asfalto, quedó completamente *civilizada* y *secularizada* aquella levitica plazuela; salvando empero hasta el día su clásico y religioso frente meridional con la fachada de la iglesia y monasterio; si bien es de temer que no dure por mucho tiempo en aquel traje discordante, habiéndose encargado ya las gacetillas de *excitar el celo de la autoridad* para que les pase una buena mano de ocre y almagre, ó por lo menos que lave sus sillares con ceniza ó porcelana, y haga pintar en sus lienzos los agradados juegos, cuadros, círculos y flores de agramilado con que acaba de *embellecerse* en estos días la antes citada casa frontera que labró el célebre arquitecto del Escorial.

De este celeberrimo monasterio de religiosas franciscas, apellidado de las Descalzas Reales por ser fundacion de la princesa Doña Juana, hija del emperador Carlos V y madre del desgraciado rey D. Sebastian de Portugal, nada podemos decir aquí que no sea harto conocido, y solo nos limitaremos (contrayéndonos á nuestro recuerdo histórico) á espresar que fué construido en 1539 por el arquitecto Antonio Sillero sobre la misma área que ocupaba el palacio de Carlos V, y no sabemos si aprovechó en el murallon que mira al Postigo alguna parte de la construcción del antiguo palacio; este, del que no tenemos mas noticia, se hace remontar por algunos al reinado de Juan II, y por otros nada menos que al de Alfonso VI el Conquistador, diciendo que en él se celebraron las primeras cortes del reino en Madrid en 1539 y 40. Puede acaso presumirse la existencia de este palacio en el siglo XII de las propias palabras del fuero de Madrid, que menciona y hace distinción entre el *Castiello* y el *Palacio*. Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que dicha serenísima princesa Doña Juana de Austria, siendo viuda del príncipe D. Juan de Portugal y Gobernadora de estos reinos de España, que habia nacido en este mismo palacio, del que era propietaria, le trasformó en convento para las religiosas de Santa Clara que trajo de Gandía S. Francisco de Borja, é ingresaron en este monasterio en 1539. En su preciosa iglesia, renovada completamente á mediados del siglo pasado por el arquitecto D. Diego Villanueva, se conserva el célebre altar mayor, obra del famoso arqui-

itecto, escultor y pintor Gaspar Becerra. En una preciosa capilla de mármol al lado de la epístola, está el sepulcro de la piadosa fundadora, sobre el cual se ve su estatua de rodillas, obra de Pompeyo Leoni. En el coro está enterrada tambien su hermana la emperatriz de Alemania Doña María, que vivió y murió en esta santa casa, en la que la acompañó como religiosa profesa su hija Doña Margarita y otras varias personas reales. La fundación de este monasterio fué hecha con una magnificencia verdaderamente régia, pues no solo fué dotado con el mismo y su huerta contigua, sino con el resto de la manzana que ocupa y da vuelta á las calles de Capellanes, de Preciados y del Postigo, en un espacio de mas de 153,000 piés de terreno, con mas la casa de Misericordia para habitaciones de capellanes y dependientes con 57,000 piés, y las que hoy son del Monte de piedad con unos 12,000. Su abadessa era y es considerada como grande de España: su clerecía se componia de un capellán mayor, quince titulares, seis de altar, un maestro de ceremonias y tres sacristanes presbíteros; tenia su capilla de música y celebraba el culto con suma pompa y aparato. Hoy, con las reformas políticas, ha perdido gran parte de aquellos bienes y ha decaído mucho de su antigua magnificencia; y ya hemos dicho que las casas contiguas, vendidas después, las ocupan las oficinas provinciales de la hacienda y la tercena de tabacos. La de *Misericordia* dos imprentas, un teatro y diferentes sociedades mercantiles ó danczomanas. La *del Monte de piedad*, adquirida por la villa de Madrid á principios del siglo XVII para hacer de ella servicio á S. M., fué donada por D. Felipe V, en los primeros años del siglo XVIII, al piadoso establecimiento del Monte, fundado en 1700 por el capellán Don Francisco Piquer.

El resto de las calles de este distrito ó arrabal ofrece poco interés. La plazuela que se forma al fin de dicha calle de Capellanes lleva el título de *Zelenque*, y anteriormente de *Juan de Córdoba*, por estar en ella en lo antiguo las casas del mayorazgo que poseyó y habitó en tiempo del rey D. Enrique IV y de los reyes Católicos D. Juan de Córdoba y *Zelenque*, alcaide de la casa real del Pardo. Contiguas á ellas, y en el número 1 antiguo, en el sitio que ocupan hoy las modernas del señor Alvaro Benito, de la manzana 395, estuvieron las del *duque de Arcos* y *de Maqueda*, que fueron antes de la *duquesa de Nágera*, y enfrente de ella, donde hoy la de los Aguirres, moderna tambien, estaba la del mayorazgo de *Espinosa*.—La calle de *Peregrinos* tomó este nombre del hospital de *Caballeros de San Ginés*, trasladado á ella desde el otro lado del arenal.—Del estrechísimo y tortuoso callejon que comunica entre la de la Zarza y la Puerta del Sol, y lleva el título del *Cofre* ó de *Cofreros* (*des Bahutiers*), ya se hace espresa mencion en la historia ó novela de *Gil Blas de Santillana*, por vivir en ella el señor *Mateo Melendez*, mercader de paños de Segovia, á quien vino recomendado el mismo Gil Blas.—La calle de *los Preciados*, en fin, que suponemos limitaba este arrabal desde las inmediaciones de la Puerta de Santo Domingo á la del Sol, no sabemos por qué razon lleva este título, aunque creemos sea el apellido de una familia habitante en ella. Pocos son los recuerdos ni objetos históricos que nos ofrece, pues casi todo el caserío es nuevo; solo existe ya algun otro edificio antiguo, como la casa número 1 antiguo y 27 moderno, que hoy ocupa la compañía de libreros é impresores y fué del conde de Mora y del secretario Ibarra; la tapia y mezuquinas casas contiguas de la huerta de las Descalzas y alguna otra. En una casa moderna, señalada con el número 74, se ve una lápida, sobre la que en relieve de medio cuerpo está representado el ilustre y desgraciado general D. José Maria *Torrijos*, que nació en ella y fué arcabuceado en Málaga en 1831 por haber intentado restablecer la Constitución. Ultimamente la casa que termina esta calle, con vuelta á la Puerta del Sol y calle del Carmen, fué hasta el siglo pasado casa real de expositos, hospital é iglesia de la Inclusa, fundada por la cofradía de la Soledad en 1567, hasta que se trasladó á la calle del Meson de Paredes. Esta casa parece renovada en el siglo último, aunque fué labrada anteriormente por la cofradía, en el sitio en que habia otras varias, y hoy está reducida á habitaciones particulares y tiendas de comercio.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

(Continuacion.)

Todas esas estrellas brillantes que veis en los cielos cada noche, no pertenecen á nuestro sistema solar; y se cree que ellas mismas son soles de que dependen otros planetas como el nuestro.

Así pues cada estrella será el centro de un nuevo sistema que tendrá aparte sus planetas, sus lunas y sus cometas. Su distancia es tan prodigiosa que no es posible medirla; solo se sabe que tienen determinados limites. Su luz parece emplea tres años en llegar á nosotros; así, si cualquiera de ellas aparece en setiembre, nosotros no lo

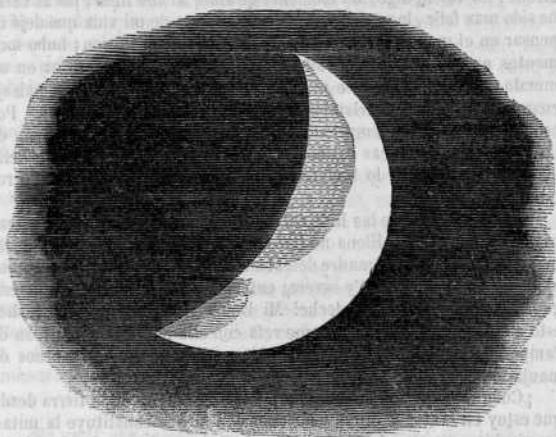
sabremos sino tres años después. La luz del sol, que dista de nosotros 34 millones de leguas, nos llega en 8 minutos y 15 segundos: esto puede servir de término de comparación.

Llámanse *estrellas fijas* porque no parecen moverse, permaneciendo á la misma distancia de nosotros, como las unas de las otras. Pueblan el infinito espacio por grupos ó *sistemas* de estrellas; y nuestro sol no será mas que una de esas innumerables lumbreras que constituyen en conjunto esa luminosa faja que habreis podido observar en el cielo durante las hermosas noches del estío, y que se llama *Vía Láctea* ó *Camino de Leche*.

Cuando se miran por telescopio las estrellas, aparecen en número infinito, pasando seguramente de cien mil; pero á la simple vista, aunque sea en la noche mas clara, solo aparecen de 6,000 á 8,000.

Forman entre sí diversos grupos, llamados *constelaciones*, á quienes los antiguos, por clasificar y describir mas fácilmente las estrellas, han dado nombres de hombres y de animales. Los modernos siguen este uso, reconociendo muchas constelaciones, de modo que el globo celeste está lleno de figuras imaginarias.

En el Zodiaco, ó ruta que el sol parece seguir en el cielo, aun



La Luna.

cuando es la tierra la que se mueve, hay doce de estas constelaciones, cuyos nombres son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpion, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis; comprendiendo la primavera las tres primeras, las segundas el estío, y así sucesivamente hasta las últimas que pertenecen al invierno.

## EL DOCTOR AZPILGUETA.

En el siglo XVI, tan extraordinario por la multitud de hombres esclarecidos que produjo, por el vuelo que tomaron en él todos los ramos del saber humano, y por haber sido el verdadero siglo de oro de las ciencias en España, hé aquí que un varon, nacido en Navarra, educado en Castilla la Nueva, ilustrado en Francia, ensalzado en Castilla la Vieja, buscado y premiado en Portugal, y coronado, por decirlo así, en Roma, resplandeció é iluminó, cual astro de primera magnitud, durante seis décadas de dicho siglo, y mereció ser llamado por antonomasia el DOCTOR NAVARRO, y enumerado con este renombre por la posteridad entre los hombres célebres.

Martin de Azpilcueta vino al mundo el día de Santa Lucía, 15 de diciembre de 1495, en Barasuain, villa á cuatro leguas de Pamplona, habiendo recibido el ser de dos familias ilustres y antiquísimas, de una de las cuales, la paterna, brotó trece años mas tarde otro insigne vástago, el Apostol de las Indias San Francisco Javier. Siendo todavía de tierna edad tomó Azpilcueta el hábito de canónigo reglar de la real iglesia colegial de Roncesvalles, y después de estudiar las artes liberales, filosofía y teología en Alcalá de Henares, trasladóse á Francia, acaso (y sin acaso) emigrado, siguiendo la desgraciada suerte del último rey de Navarra, D. Juan de Labrit, que fué destronado por el Rey Católico. Después de estudiar entrambos derechos en la universidad de Tolosa, donde se ordenó de mayores, con dos beneficios de Falces y de Barasuain, su parroquia madre, tanto en dicha universidad como en la de Cahors enseñó y esplicó aquellas facultades, con tal aplauso y fama, que no obstante su cualidad de extranjero, se le ofreció

una plaza de consejero en el parlamento de París; pero rehusóla el jóven doctor, porque sus vehementes deseos eran regresar á su patria.

Llevó á cabo esta diligencia después que á exhortación suya lo realizaron sus deudos, descendientes de sangre real, el mariscal de Navarra, D. Pedro, y su hermano D. Francisco de Navarra, quien tuvo por compañero y guía á Azpilcueta por espacio de catorce años en Francia y Salamanca, y fué sucesor de Santo Tomás de Villanueva en el arzobispado de Valencia. En virtud de oposición alcanzó el doctor Navarro, en la celeberrima universidad Salamanquina, la cátedra de prima de cánones; habiendo causado una revolucion, digámoslo así, en su enseñanza con los especiales conocimientos traídos de Tolosa, así como con los adquiridos en París mejoraron á la sazón Francisco Victoria y Martin Siliceo en la misma universidad el estudio de la teología, filosofía y artes liberales. Dedicóse por espacio de catorce años con tal celo y constancia el doctor Navarro al desempeño de su magisterio, que ni en invierno ni en verano dejó un solo día de verter durante dos y tres horas los raudales de su mucha doctrina, y por otra parte, lo que es muy de notar, cuando todavía estaba humeante en los campos de Villalar la sangre de los *Comuneros*, dió tan relevantes testimonios de la



firmeza de su carácter y de lo atrevido y alto de sus opiniones en materias de derecho político (era la conciencia ilustrada y leal del hombre de la Escritura que aprendió sin ficción y comunica sin envidia), que canonizó el principio, al parecer enterrado en dichos campos, y resucitado y debatido tanto en nuestros días acerca de la *Soberanía nacional*, sustentando en pública palestra, entre otras de diferente índole, la conclusion siguiente: *Regnum non est regis, sed communitatis; et ipsa regia potestas jure naturali est ipsius communitatis, et non regis; ob idque non potest communitas ab se penitus illam abdicare*. Para inteligencia de todos la reasumiremos en castellano: *El reino no es del rey sino de la comunidad, y el mismo poder real es por derecho natural de la comunidad y no del rey; y por tanto no puede la comunidad absolutamente abdicar este poder*. Trascorridos veinte años, todavía se gloriaba Azpilcueta de este combate literario, llamando sublime su conclusion, *præalta*, y feliz el día en que se efectuó aquel, con aplauso de todo el concurso y de los sábios, y citando y elogiando á los principales antagonistas argumentantes, con los altos puestos á que fuéron elevados de cardenales, prelados y consejeros. En Coimbra era donde se esplicaba así el político doctor, rodeado de su nueva y no menos ilustre, aunque naciente clientela: plantel frondoso lusitano de Azpilcueta por voluntad de dos reyes, segun se va á indicar.

Aunque con gran sentimiento de su universidad de Salamanca, tuvo Azpilcueta que despedirse de ella y de la ciudad, porque el emperador Carlos V, accediendo á los ruegos del rey de Portugal, quiso que el doctor Navarro se trasladase á Coimbra, á fin de que su universidad, recientemente fundada por el mismo rey, adquiriera crédito y renombre con la direccion de tan gran maestro. En efecto, plantó de una manera sólida y fundamental el estudio de la jurisprudencia canónica, y después de sembrar los tesoros de su saber con el mayor

aplauzo y asiduidad, cosechó en Coimbra el buscado catedrático tan opimos frutos como en Salamanca, donde fué discípulo suyo D. Diego Cobarrubias de Leiva, una de las primeras lumbreras de nuestro derecho político, civil y canónico, presidente del Consejo Real de Castilla, obispo de Ciudad-Rodrigo y Segovia, y padre tan eminente en el concilio de Trento, como por decirlo así, el grande Osio de Córdoba en el de Nicea. Este personaje (Covarrubias) escribió y sostuvo en el intróito de sus excelentes obras la soberanía nacional de Castilla y de todo pueblo, imitando á su digno maestro.

Al cabo de diez y seis años de incesante enseñanza fué jubilado Azpilcueta con la renta de 4000 ducados anuales, galardon que sufragó completamente sus deseos, habiendo por lo mismo procurado impedir que el monarca fidelísimo consumara el intento de remunerar sus importantísimos servicios con una mitra.

Por aquel tiempo, hallándose en Lisboa para navegar al Asia su pariente San Francisco Javier, escribióle dos veces de Coimbra el doctor haciéndole algunas preguntas acerca del instituto de su vida y de su Compañía de Jesús, naciente, sobre el cual y contra el cual tanto, decía, se hablaba. Respondióle el santo que no pudiendo contestarlas cómodamente por escrito, en razon de su varia y característica indola, aplazábalas para cuando se vieran siquiera una vez en esta vida, y despacio, como así lo esperaba en Dios, antes de partir para las Indias, recomendándole al mismo tiempo al portador de la carta, estudiante de su especial cariño, y aspirante con ansia al discipulado del doctor por la fama de su doctrina y disciplina escolar. No consta que se vieran los dos Azpilcuetas, pues Azpilcueta se llamaba también el Santo por su madre, yéndose el P. Javier con su reserva á las lejanas regiones de su glorioso apostolado, y quedándose el sabio y curioso preguntante con sus deseos de saber.

Tratando el benemérito jubilado de restituirse á España, sólo vino en ello el soberano portugués á condición de que regresaría á su reino, donde le creía hombre necesario; y en efecto, habria tornado allá el requerido, á no habérselo estorbado en su patria, donde eran tan ansiados como en Portugal su presencia y consejos. Fué confesor de varios príncipes, y entre ellos de Doña Juana de Austria, quien siendo gobernadora de España, durante la ausencia de Felipe II, le propuso para el arzobispado de Santiago; pero rehusólo Azpilcueta, que á la sazón estaba muy enfermo en Navarra, respondiendo que «estaba mas cerca para ir al cielo que para obispar en este mundo:» ingeniosa excusa para encubrir el verdadero motivo de la negativa, que estribaba en su ardiente amor á la sabiduría, prefiriéndola, á ejemplo de su maestro Santo Tomás de Aquino, á todas las dignidades y rentas del mundo. Con igual humildad y espíritu rehusó plazas en el consejo del Rey y en el supremo de la Inquisición, ofrecidas por Felipe II. Ya cuando principió á florecer como sabio habia renunciado destinos del mismo orden en el parlamento de Paris, como mas antes se dijo, y en el consejo de Navarra, su patria.

Durante su mansion por enfermo y jubilado académico en su amada iglesia de Roncesvalles, por los años que corrian de 1537, dió el celebrado parecer en la tierra, que luego lo homologaron é insertaron en su sentencia arbitral los diputados por el cabildo y el noble valle de Aezcoa sobre pastos y limites, imponiéndoles pagar para sí los jueces, por razon de esportulas *cada sendos pares de guantes*, de que se abstuvo el consultor Azpilcueta por su admirable sistema de abnegacion en materia de honorarios, de consultas y otros servicios, como se verá mas adelante: era hombre hecho todo para todo. El parecer comenzaba así, como en forma autoritativa: Nos el doctor D. Martin de Azpilcueta, comendador del Villar de esta santa orden de Roncesvalles, catedrático de prima jubilado, decimos, etc.

(Continuará.)

## YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

ELLA.

En política mi Elena ódia la república, cree que el pueblo siempre es pueblo, y que por consiguiente la turba es de suyo grosera y no se civiliza; no comprende la igualdad socialista, no le cabe en su cabeza que sus tipos ideales han de ser iguales á los palurdos, y no se puede figurar que hay igualdad entre ella y la Atanasia que la sirve.

Así es mi Elena: ¿y quién no ha de amar con delirio á una mujer tan idealizada, tan poética, tan sublime? Por eso yo la adoro, y eso me disculpa si he sido prolijo en enumerar sus buenas cualidades.

Varias veces hemos salido juntos á paseo; siempre hemos ido al

Retiro, al delicioso Retiro, al resumen de lo poético, porque es únicamente donde hay en Madrid arboleda, arroyos, riuiseñores, flores, patos y peces. ¡Qué hechicera iba un día que subíamos hácia la casa de fieras! Yo iba en medio, llevaba del brazo á la mamá, gruesa señora que sopla mucho cuando anda, que se mueve con dificultad y que es muy corta de resuello. Elena iba entusiasmada de oír la brisa que mueve los árboles y que parece los hace pronunciar sonidos inarticulados, pero espresivos y sublimes, porque estan llenos de melodia vaga.

De vez en cuando se percibía el monótono graznido del pato, y mi Elena me miraba llena de amor; yo me sonreía á cada una de sus miradas, y era mas feliz que Crespo y me ponía mas orgulloso que debió ponerse Luis XIV al decir: *l'etat c'est moi*. El que no ha amado en medio del campo, ante la naturaleza muda, bajo un cielo sereno y azul, entre los diversos murmullos que forma la creacion,

Ni sabe lo que es amar

Ni tiene idea del cielo.

No igualan el lujo oriental con sus perfumes y sus surtidores, ni la régia cámara, ni el aristocrático *boudoir* francés, ni la comfortable alcaoba, no valen, digo, un momento de amor al aire libre; pocas veces he sido mas feliz, lo confieso; es la primera vez de mi vida que dejé de pensar en el mundo para vagar por las nubes de la ilusion; hubo momentos en que me creí elevado de la tierra y me figuré estar en un mundo desconocido en que todo me sonreía. ¡Es tan bello el paisaje cuando se retrata en el cristal de los ojos de una muger adorada!... Por eso desde aquel dia comprendí que los verdaderos amantes huyen de las toscas y antipoéticas ciudades para enterrar su amor entre las delicias del campo: así lo hicieron Tasso, Petrarca, Rousseau y otros muchos.

Al volver de paseo las hice entrar en el café; me costó mucho trabajo: ¡oh desinterés! Elena no hubiera entrado nunca, á no habérselo mandado su madre: la madre deseaba entrar; es claro; la suegra nace glotona, como nace cruel y severa; entramos, y tomaron leche amerengada; deliciosa bebida la leche! Mi Elena era aficionada á la leche: esto me entusiasmaba, porque me veía con ella habitando una casa de campo manteniéndonos de leche y frutas, sin tener que atracarnos de manjares vulgares y odiosos.

¡Cuántas veces me he creído el hombre mas feliz de la tierra desde que estoy en santas y puras relaciones con la que constituye la mitad de mi vida, con el pedazo de mi alma! ¡Cuántas frases de amor la he dicho! ¡Cuántas cartas llenas de ilusion la he escrito! ¡A cuántas me ha contestado! Y aquí es ocasion de decirte que Elena escribe bien, que redondea los períodos, que es muy poética, que sus frases parecen frases del conde de Vigny, y sus elevados conceptos son dignos de los de Juan Jacobo. Pero baste de elogios: aqui tienes una carta suya, elegida á la casualidad entre las 73 que tengo suyas: héla aqui, fecha 26 de Julio:

«Enrique de mi vida, de mi alma y de mi corazon! porque mi vida es muerte sin tí, mi alma es cuerpo inerte y frio si tú no le embalsamas con tu amor, y mi corazon es peña dura si tú no le ablandas con tus miradas; vuelvo á repetirte que te adoro y no podré olvidarte, porque siempre que pienso en tí, se alzan de mi corazon unos murmullos vagos que elevan mi alma á tu amor. ¡Qué felicidad es amarse como nosotros! ¡qué gran cosa es el amor! esa santa semilla que se esparce con las miradas de dos que se aman, y que echando raíces en el corazon, dan flores y frutos bellos y poéticos como ninguna flor del mundo: así es el amor que yo te profeso: las flores que el amor ha producido en mi corazon son tuyas, Enrique mio; á tí pues mi vida entera por los siglos de los siglos.»

»ELENA.»

Esa es la muger á quien adoro, poética como un lucero, encantadora como una vibracion de una lira que se percibe á lo lejos, mas melodiosa que el suspiro del fabuloso Memnon, como diria Victor Hugo. El eco del amor de Elena me confirma mas en mi idea de que el amor es la mas completa de las melodias, y todos los dias me retiraba á mi casa ébrio de felicidad y de gozo.

Llegó el dia en que la hablé de mi proyecto de enlazar su suerte incógnita á mi porvenir magnifico; puesto que me habian empleado en el Monte de Piedad con 6,000 reales, y efectivamente la propuse nuestra union legitima con permiso de su madre, consentimiento suyo y auñencia del párroco. Apenas lo oyó se desmayó. ¡Cielos!... ¡tendría horror al santo vínculo? ¡seria una de esas mugeres que no ven en el matrimonio mas que el acto brutal de entregarse en brazos del hombre que la suerte les depara?... Pero no fué eso; fué un desmayo de felicidad, como se desmayan los ángeles del cielo, como se inclinan las flores sobre sus tallos.

Apenas volvió de su poético desmayo, desmayo que á haber sido yo egoísta hubiera deseado que durara una eternidad, ¡tan hermosa esta-

ba!... me echó los brazos al cuello diciéndome: ¡qué felices vamos á ser! cómo te voy á adorar! ¡qué embriagada va á correr nuestra existencia! Va á pasar silenciosa y feliz como pasa el murmullo del arroyo, como las columnas aeriformes de un perfume!

Yo la miré, y en un rato no hablamos mas: ¡pero qué lenguaje humano espresa lo que dicen unos ojos queridos que se animan ó se apagan segun las sensaciones que experimenta el alma! ¡qué poesía hay mas grande que la respiracion lenta ó agitada de la muger á quien amamos!... Por eso nos embriagamos en nuestras miradas, y hubiéramos permanecido mucho tiempo en esa ilusion, si no hubiera entrado la madre á decirnos que hacia muy buena tarde y que era preciso salir á tomar el aire.

—Calla! me dijo Elena, no digas nada de nuestro proyecto.

Yo enmudecí, y salimos.

Tanto como dias atrás amé el Retiro, aquella tarde me pareció monótono y anti-poético; el ruido del aire me disgustaba; los arroyos me parecían llenos de cieno; todo se presentaba á mi imaginacion prosáico menos ella, menos mi idolo; yo andaba sin saber por dónde; tanto que dos veces pisé los callos de mi futura suegra y una vez medio atropellé á un perrito de lanas. Esto le hizo á Elena esplanar sus ideas acerca del perro: ódio el perro, me dijo; su ladrido me molesta, su cariño me ofende; no concibo cómo se puede poner tanto cariño en un perro: veo siempre en el perro un animal sin gracias que come, duerme, gruñe y ladra; y además porque siempre que el diablo entra en alguna casa es bajo la apariencia del perro.

Este final me entusiasmó. Elena sabia la aventura de Misistófeles; habia leído el Fausto de Goethe; desde entonces he cobrado doble cariño al autor de Werther.

Pasaron los dias felices y entusiasmados: cada vez que nos veíamos nos amábamos más; ella me dió pelo, me envié flores, me dió su retrato, cubrió de besos todos sus regalos, me hice una caja con tapa de cristal para ponerlos, y me pasaba las horas muertas contemplándolos. ¡Hay tanta poesía en todo lo que pertenece á la que amamos! Llegó por fin un dia en que Elena me permitió comunicar á su madre nuestro proyecto; fijamos un dia y hora, y convinimos en que seria el domingo próximo á las tres de la tarde; estábamos en viernes.

Amaneció el domingo 3 de setiembre sereno y despejado: no pude menos al asomarme al balcon de esclamar como Beranger de Napoleon:

*¡Le ciel toujours me protege!...*

Me vestí, me acicalé en regla; Pelaez se encargó de mi cabellera: ¡qué bien me puso! Hecho un querubín de Murillo. Me puse frac negro y guante blanco, y me hice charolar las botas. Es necesario, me dije á mí mismo, que el hombre sea elegante; es condicion *sine qua non*, para ser enamorado; iba hecho un figurín. A la hora fijada me encaminé á casa de las que dentro de algunos instantes iban á ser mi familia; Elena me esperaba al balcon. Subí y pregunté por la madre: me recibió; me quiso hacer pasar al gabinete donde se hallaba su hija; le dije que la visita era á ella, puesto que con ella venia á tratar un asunto de sumo interés: debí comprenderme, porque se sonrió. (La madre es siempre perspicaz.) Nos sentamos y entablamos el siguiente diálogo:

—Señora, le dije, V. habrá conocido que tengo una pasion vehementemente por Elena; por ella daria cuanto soy, cuanto tengo, cuanto valgo, lo que seré, lo que tendré y lo que valdré: ella me anima á trabajar; ella me hace feliz, me ama; yo he adquirido una posicion independiente: concédame V. su mano, porque si no moriré, y muy pronto.

—Enrique, me dijo, ya he conocido hace tiempo su pasion de V.; madre celosa, he velado por mi hija: V. la conviene; ella le quiere; yo le aprecio; no hay inconveniente; desde ahora puede V. considerarme como su madre; y me abrazó.

Aquí terminó mi mision: llamé á Elena, y salió ruborizada como debió estarlo el dia que por el balcon de la calle del Pozo me mandó la contestacion á mi atrevida declaracion. ¡Qué bonita estaba! Poco vale una rosa al lado de mi Elena ruborizada.

Le refirió su madre el objeto de mi visita en un discurso breve, conciso, enérgico y convincente: nunca abogado alguno se ha elevado como mi suegra al explicarle las ventajas del matrimonio. Ella consistió á todo con un murmullo vago, con un movimiento de cabeza significativo: abrazó á su madre, lloraron las dos; yo me enternecí, y lloré.

*que tanto puede una muger que llora.*

Ebrios de felicidad, se determinó que la boda fuera pronto: se fijó dia, y la madre me permitió que la besara en la frente. ¡Oh beso! el primero que la he dado, el mas halagüeño de los buenos momentos de mi vida! Nunca se me olvidará la impresion casta que ha producido en mí el contacto de su perfumada y suave epidermis: duró tres segundos, puedo decirlo por las palpitaciones de mi corazon; ella me apretó la mano. Fuimos felices.

Entonces hubiera yo querido habérmelas con los estúpidos detractores del platonismo: ¡qué valen los goces sensuales en comparacion del ligero roce de mis lábios sobre su adorable cutis!... Fijado ya todo, sali de su casa, y al verme en mi cuarto lloré; perlas de felicidad, lágrimas del corazon, verdadero holocausto de delicia y ventura.

## NOSOTROS.

Hace once meses y medio que estoy casado, queridísimo é infatigable lector, y hoy puedo decir con mas razon que ninguno los conocidos versos de nuestro gran poeta:

Aprended flores de mí  
lo que va de ayer á hoy;  
que ayer maravilla fui  
y hoy sombra mía no soy.

Vivo con mi suegra, con mi muger y con la prole: situacion difícil: mi Elena ha cambiado: ahora come mucho, pasea mucho; pero cose poco, porque coser es vulgar y de mal género; me quiere, me adora; pero no es el amor antiguo; no es la ilusion de cuando íbamos juntos al Retiro; no la veo tan poética como antes; es muy distinta mi óptica; la he visto tantas veces vestirse y desnudarse! Lector, si eres joven y te casas, cuando tu muger se desnude delante de tí no la mires: cree en la esperiencia; la muger sin sus atavíos es como el armazon de un coche.

La he visto comer, y no come; devora. Es tan anti-poético comer, hace tan mal efecto ver masear garbanzos y tocino á la muger amada!

La he visto por la mañana temprano, con los ojos medio cerrados, el pelo descompuesto, la cara pálida y ojerosa, sin lavar, que me ha quitado la ilusion: lector, si te casas, duerme lo menos posible con tu muger.

Pero no es esto lo peor: por todo pasa, todo lo concibe el que quiere; aun se puede hacer ilusiones el que ama; aun puede bendecir el matrimonio el que ha llevado una muger ante los altares; aun se puede ser feliz en medio de tanta prosa; pero lo que es el colmo de lo terrible; lo que es prosáico como nada en el mundo; lo que agosta el corazon; lo que borra la ilusion para siempre; lo que acobarda y fatiga; lo que hace sudar, es lo que á mí me ha sucedido á los once meses de casado; lo terrible es verse á ese tiempo *con dos hijos gemelos* como yo me veo, con una Elena y un Enrique, muy llorones.

¡Qué principio! ¡qué porvenir!... Callemos. Mi lengua enmudece cuando tengo que hablarte de *nosotros*, y no puedo decirte mas que estos dos grandes axiomas:

1.º El matrimonio es un gran paréntesis y solo como tal debe aceptarse; el que no le considere como un paréntesis entre esta vida y la otra, que se tire al canal.

2.º La mejor quina para la fiebre romántica es el matrimonio; la cura radicalmente.

Marzo á junio, 1855.

A. BONNAT.

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

### El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

La diversidad de los necios es asunto sobre el cual escribiría un volumen de prosa, picarescamente filosófica, el desventurado Quevedo, *amigo de decir verdades*—segun su propia confesion—*en lo roto y poco medrado* (1): Luis Hurtado ha aglomerado los modismos habituales de la gente vulgar de su tiempo, dada á la vanidad del ócio y al regodeo de la ignorancia, para revelar la insustancialidad social de los necios. Hé aqui las palabras testuales del *arancel*, fijado en las paredes del hospital:

El que con agua menuda  
por ser poca caminar;  
el q' en seso preguntare  
por palabra tosca y ruda  
las cosas que no acertare:  
—vuestra merced es venido.  
—como señor no es partido.  
—Oh! como llueve á deshora.  
—Que frio que hace agora.  
—A donde se le ha partido.

(1) En *El mundo por dedentro*.

Si algo se le cayó,  
al caer no dió en el pié  
el que dixere—Pensé.  
—Como el diablo corrió.  
—Acá está vuesa mercé.  
Quien dice—el día de marras;  
el que se pusiere en jarras  
al tiempo de pasear;  
el que está mucho en templar  
arpas, vihuelas, guitarras.

Quien se masca los cordones  
y las uñas va royendo;  
quien el mal olor oliendo  
abre mucho los cañones,  
ó—¡ cómo hiede!—diciendo;  
el que dice—no pensaba.  
—No sabía.—No miraba.  
—Tiempo hay.—y—Bien está.  
—Que mañana se hará.  
—Veremos en qué parará.

—Bueno está que me dirán.  
—Descuideme en buena fé.  
—Aqueso yo me lo sé.  
—Dineros no faltarán  
porque Dios hará mercé.  
—Salir tengo con la mia.  
—Voluntad es alegría.  
—Hasta ahí puede llegar.  
—Dineros lo han de pagar  
que á la fin se acabará.

—Esto me parece á mi.  
—El consejo es escusado.  
—A una muerte está obligado.  
—Oh! qué desdichado fui!  
la fortuna lo ha causado.  
—Ora mas no me digais  
q' aquesto aunq' no queráis  
y aunque pese á San Babel  
en esto que le va á él  
dexais deso; ; no mirais?

—Tijeretas han de ser.  
—Marido tened paciencia.  
—Si el raso no es de Valencia.  
—Mirad que negra dolencia.  
—Hostigar ni arrebozar.  
—Arrendar y arremeter.  
—Arredrar y á revolver.  
—Regazar y arrebolar.

Y todo vocablo que es  
malo al principio y al fin  
en romance y en latin,  
y el que es torpe de través  
dende la toca al chapin;  
todos estos condenamos  
y por insertos los damos  
en este nuestro arancel,  
y el que fuera contra él  
le traigan á donde estamos.

El poeta, acorde con las condiciones de su fábula, pregunta á los directores del hospital por los recursos de sus enfermerías, y aprovecha esta ocasion para presentar al público la general participacion que ofrecen todas las clases de la sociedad en el socorro y mantenimiento de los necios.

Nosotros copiamos con el mayor gusto la siguiente enumeracion.

A silencio, su doctor  
y á melindre, limosnero  
y á tiempo hay, cocinero  
y á sufrimiento, rector  
con el otro dispensero  
y al fiscal y hospitalera  
y al confesor que allí era;  
á todos ocho juntados  
pregunté á estos cuitados:  
¿hay quien dalles algo quiera?

El fiscal me respondió:

—Tienen muchas dotaciones,  
muchos juro y raciones  
que aqui te mostraré yo  
de quien hizo donaciones;  
mira aquesta tabla llena  
de renta tanta y tan buena  
y aun dejan mas cada dia,  
q' aunque crezcan á porfia  
los enfermos, no he yo pena.

Juros, casas y dehesas,  
tierras, viñas y heredades,  
dejaron legos y abades  
con que se hinchen las mesas  
de muy gordas necedades.  
Fueron ricos, lujuriosos,  
hijos de padres viciosos,  
caballeros, bandoleros,  
mozos livianos, solteros,  
viejos simples, enfadosos.

Los clérigos cazadores,  
mercaderes entonados,  
oficiales estimados,  
cofrades competidores  
y viejos enamorados,  
muchos padres descuidados,  
perezosos herederos,  
temerarios capitanes,  
señores con sus truhanes  
y mil cobardes armados.

Los que edificios labraban  
mayormente en casa ajena  
y fundaban sobre arena;  
labradores que sembraban  
en la tierra menos buena,  
y de viudas melindrosas,  
monjas pobres y curiosas,  
de beatas trotaderas,  
mozas estimadas, fieras,  
y de viejas milagrosas.

De mil jentes que pudieran  
en los pleitos y questiones  
dar medios en sus pasiones  
contino pleitos tuvieran  
por seguir sus opiniones:  
de casados descontentos,  
de mezquinos y avarientos,  
de pródigos sin provecho,  
de los que á tuerto y derecho  
os juzgan los mandamientos.

De estos son las dotaciones  
que van contino dejando  
y á sí mesmos explicando  
que con tales ocasiones  
presto vendrán á este bando.

Luis Hurtado, guiado por la *necesidad* y apoyado en la *discrecion*, reconoce que el *Hospital de necios* no es asilo conveniente para los enfermos de amor, y el *discreto lenguaje* le proporciona la salida, que viene á ser la conclusion de la obra.

Segun hemos prometido á nuestros lectores, acompañamos al poeta en su festivo y satírico reconocimiento del *Hospital de los necios*. Asi pues cerramos nuestro exámen crítico sobre la invencion del ingenio, al paso que el ingenio cierra tambien la invencion de su fantasía. La cronología dispensará á la crítica literaria que el prosista del siglo XIX se haya remontado á parecer contemporáneo del poeta del siglo XVI. Bien se podria cegar el profundo foso que separa ambas edades con los necios que se habrán alojado en las galerías de su hospital, desde 1582 hasta 1855.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





PUERTA Y ARRABAL DE SAN DIONISIO.

El arco de triunfo de la puerta de San Dionisio fué erigido por la ciudad de París en 1672, según los diseños de Blondel, como recuerdo de las primeras victorias de Luis XIV, príncipe que en el corto espacio de dos meses había tomado 53 ciudades y tres provincias, que reunió á la corona de Francia. Este monumento tiene 24 metros de altura; el arco principal tiene ocho metros de anchura, 14 de altura, y en cada lado hay dos arcos de dos metros de ancho sobre tres de elevación, y sobre los arcos laterales hay pirámides en relieves, coronadas de globos adornados de flores de lis y coronas. Las facies esculpidas representan trofeos militares, la Holanda, el Rin, etc. Encima del arco y en un bajo relieve se representa Luis XIV á caballo atravesando el río. En el friso está grabada la inscripción á *Ludovico Magno*. Otro bajo relieve representa la toma de Maestrich y otras victorias. Este monumento, que se arruinaba, fué reparado en 1807 por Cellerier, según las órdenes de Napoleon. El pueblo, en julio de 1830, subió á la puerta de San Dionisio, y desde allí disparaba contra las tropas realistas. Desde entonces ha sido uno de los puntos de reuniones populares.

## EL DOCTOR AZPILCUETA.

(Conclusion.)

Por este tiempo fué encausado y encarcelado por la Inquisición el célebre arzobispo de Toledo D. Bartolomé de Carranza á título de errores en sus escritos, y queriendo Felipe II que el primado de las

Españas fuera patrocinado por quien obtenía entre sus súbditos la primacía en saber y experiencia, obligó con repetidas órdenes al doctor Navarro á encargarse de la defensa del arzobispo. Aunque patrono y cliente eran paisanos, jamás se habían visto ni tratado, y entrambos dieron una prueba la mas inequívoca de la rectitud y pureza de sus intenciones y sentimientos, cuando diciendo el primero al segundo que si en examinando el proceso le creían reo, se convertiría de abogado en juez suyo, aceptó de plano tal proposición el prelado. Lejos estuvo Azpilcueta de reputarle culpado, y en fuerza de su convencimiento de que defendía los fueros de la inocencia, desplegó tal celo y decision en su empresa, que habiendo sido llevado á Roma el arzobispo con la causa por orden del papa San Pio V, ni la edad septuagenaria ni los inconvenientes de tan largo camino fueron parte para que dejara de aventurarse á ir allá montado en la mula de que se servía.

En Roma, donde todavía alcanzó diez y nueve años de vida el doctor Navarro, fué muy estimado de los tres papas, que sucesivamente fueron el mencionado San Pio V, Gregorio XIII y Sixto V. Desde luego fué nombrado penitenciario apostólico al lado del cardenal San Carlos Borromeo, cuyo sucesor, el cardenal Aleiato, solía decir: «siempre que falta aquí el doctor Navarro, parece este oficio un cuerpo acéfalo y sin cabeza.» En una obra manuscrita de principios del siglo XVII, existente en la biblioteca de Roncesvalles y titulada *Apología de Roncesvalles y su cabildo*, léense las interesantes noticias siguientes acerca del célebre doctor, que las confirma en parte ó las amplía D. Nicolás Antonio en su biblioteca, escrita é impresa en Roma. «Muchas veces (dice) fué llamado por la congregación de los cardenales á consultarle dubios; allí mismo sin salir y sin mas dilación los decidía, y viendo los cardenales una esciencia tan profunda y

clara, decían de él, que como se dice del papa que tiene todo el derecho en el *scrinio* ó cerca de su pecho, así Navarro en la memoria y entendimiento.—Estimóle tanto el papa Gregorio XIII, que un día de propósito le fué á visitar á su posada, sin decir á nadie adonde iba; mas de que mandó encaminar la litera en que iba á la calle donde el doctor vivía, y en habiendo emparejado con la casa, mandó parar y salió de la litera: las gentes entendieron que salió para *tirar aguas*; mas el papa luego subió la escalera y cogió al doctor en descuido, que estaba estudiando: como le vió turbóse y echó á los pies y le adoró: las palabras que se dijeron no se sabe mas de que se sentó el papa en una silla y el doctor estuvo descubierto no queriendo sentar, y al fin le mandó sentarse por la vejez en un escabelo, porque le quería hablar largo: duró la plática poco menos de dos horas: fué un favor nunca visto ni oído del papa á persona particular. El mismo papa se resolvió en darle la púrpura de cardenal y la tuvo aparejada, si no se le estorbaba...» Antes tambien habia pensado dársela San Pio V.

Es de presumir fuese consecuencia de aquella sorprendente y prolongada plática, ó de otras, pues tambien las hubo, consecuencia verdaderamente satisfactoria para el patrono sobreviviente del ya difunto arzobispo Carranza, el que el mismo juzgador suyo, Gregorio XIII, mandase ponerle aquel honorífico y elocuente epitafio, ante el cual el viador para, admira y fluctua si el pacientísimo primado fué mas infortunado en el tribunal ó es mas glorioso en el sepulcro. ¡Conquista piadosa monumental, solo reservada al defensor Azpilcueta! Ya en el novenario solemne que celebró inmediatamente después de la tumulación del arzobispo la comunidad de padres dominicos del convento de la Minerva, celebrando la misa cantada el vicario general, prior y otros religiosos graves, coronó los actos fúnebres el noveno día oficiando el piadoso Azpilcueta, alternando de esta manera su anterior carácter de abogado defensor en los estrados con el de sacerdote mediador en el altar.

La piedad del doctor Navarro fué tan eminente como su saber. No solo era exacto observador de los preceptos evangélicos, sino que perfeccionaba su cumplimiento con obras de supererogacion, entre las que resplandecieron la beneficencia y misericordia. Mientras fué catedrático, en terminando las tareas académicas trasladábase á los hospitales y asilos de caridad, donde desempeñaba los ministerios mas humildes en beneficio de la humanidad doliente y desvalida. En cuanto á su conducta á este propósito en Roma, hé aqui cómo se explica la citada *Apología de Roncesvalles*: «Cuando le llegaba el dinero de sus rentas computaba cuanto habia menester para el sustento de la casa y mesa hasta el otro plazo: aquello retenia; todo lo demás distribuía en limosnas, tanto que cuando salía de su casa á negocios precisos de la junta de la sacra penitenciaría, ó á visitas de pobres y hospitales (que á menudo lo hacia), ó cuando era llamado por el papa ó por la Sacra Congregacion ó Rota, ó por algun cardenal ó por otra cualquiera ocasion, siempre iba á caballo en una mula vieja, que la llevó de España, y llevaba dos escarcelas llenas de moneda para dar limosna á cuantos pobres topase; y en viéndole de lejos luego llegaban á él como enjambres, y daba á todos limosna, y siempre que le veían en la calle gritaban los pobres, *el santo hispanoli*, y le rodeaban y les repartía lo que tenia: hizo tanto hábito la mula en pararse cuando llegaban los pobres, que llegando uno de ellos luego paraba y él doctor decía: algun pobre llega cuando la mula para.» Inspirado de tales sentimientos de amor al prójimo fundó en su pueblo nativo un hospital dedicado á Santa Lucia, el cual ha subsistido hasta el presente siglo.

La liberalidad y el desprendimiento de Azpilcueta fueron tales, que nunca tomó ni pidió honorario alguno por las consultas particulares que constantemente se le hacían como á un oráculo; y antes bien solia suceder que á veces tenia que añadir socorros materiales á sus dictámenes y respuestas, por presentarse personas tan menesterosas de limosna corporal como espiritual. Su austeridad no le permitia aceptar jamás convite alguno ni aun de cardenal; le hacia ayunar aun siendo octogenario toda la Cuaresma, sin alimentarse hasta puesto el sol, y mientras residió en el Paular, segun se dirá al final de esta reseña, dióle fuerzas para sujetarse en todo á la severa regla de los cartujos. Su modestia nunca quiso acceder á ser retratado, á pesar de las instancias de dos cardenales; pero un diestro pintor burló tal repugnancia trazando furtivamente su imagen mientras decia misa; imagen que luego se estampó con apropiados disticos en su vida, publicada en 1573 á *espaldas suyas*, por su discípulo belga el doctor Simon Magno, canónigo de Lieja. Su laboriosidad era tan infatigable, que solo dormia cinco horas, y fuera del tiempo que invertia en actos de religion, constantemente estaba ocupado en estudiar, dictar y despachar los infinitos asuntos que se le confiaban: método de vida que observó hasta cinco dias antes de su fallecimiento, á los noventa y tres años y seis meses de edad.

La fervorosa devocion del respetabilísimo doctor fué la ocasion de su muerte. En la octava del Corpus acostumbraba conducir procesionalmente el Santísimo Sacramento en la parroquia de que era feligrés.

En tan avanzada edad advirtióle un amigo cuán conveniente seria el abstenerse de tal diligencia que era muy cansada; pero el venerable nonagenario le contestó que lo mas apeteccible y glorioso para él seria exhalar el alma y restituirla á quien se la dió, al llevarle en sus manos. Realizóse el triste presentimiento de dicho amigo, pues aquel ejercicio piadoso causó tal fatiga y desconcierto al renombrado sábio, que cayó gravemente enfermo. Al conocer que se le acercaba la última hora hizo que le leyesen la pasion de San Juan, y después de repetir clara y distintamente las palabras de Jesucristo «Yo he hablado á las claras al mundo y nada he hablado á escondidas,» este Nestor del siglo XIV, este *grande hombre segun* el Brocense, conocido por anonomasia con referencia á su saber y á su patria por el DOCTOR NAVARRO, llamado por su piedad y semejanza en el tener en sus manos á Jesus en la custodia, canoso y añoso, el *Viejo Simeon* en Roma, y calificado por los criticos de *teólogo entre los juristas, y jurista entre los teólogos*, espiró en paz el 21 de junio de 1586, dia de San Paulino, á quien tanto imitó Azpilcueta en ser benigno, liberal y hasta pródigo con sus semejantes. Enterrósele con la mayor pompa por órden de Sixto V en el templo de San Antonio de los Portugueses, donde se le dedicó un epitafio adecuado á sus virtudes y méritos, y se le tributaron solemnisimas honras con oracion fúnebre pronunciada en latin por el portugués Tomás Correa, célebre profesor de eloquencia.

Alonso Villegas, que á la sazón estaba escribiendo é imprimiendo en Toledo su *Flos Sanctorum* ó Vida de los Santos, coronó el *Apéndice* con la del Doctor Navarro, en el cual habló de cuantos fallecieron en olor de santidad. Hé aqui cómo se espresa sobre lo ocurrido en dicho templo durante la esposicion del cadáver, y en Roma después de sepultado: «Llegaban todos á besar su cuerpo; algunos le despedazaban los vestidos; otros le quitaban los cabellos: trocáronle el bonete llevándolo por reliquias, de modo que fué necesario con fuerza quitarle de allí y ponerle dentro del coro porque no le dejasen desnudo, hasta que le sepultaron. Luego corrían por Roma sus cuentas, sus cilicios y otros aderezos de su persona, teniéndolos en reverencia como de santo, y á su sepulcro llevaban ramos y flores, y se encomendaban á él.»

Segun D. Nicolás Antonio, que tambien habla de estas demostraciones piadosas, aunque no segun la ciencia del sencillo pueblo, era tan delgado y enjuto de carnes cual Basilio de Capadocia, que parecia imagen de un hombre espirante mas bien que de un hombre que tuviera cabales las potencias y sentidos. La estampa que encabeza estos renglones y cuantos aparecen en las colecciones de hombres célebres, representan al doctor con el hábito y la cruz que llevó toda su vida de canónigo reglar de Roncesvalles; regularidad que constituye y afianza fundamentalmente y de hecho la unidad y la estabilidad personal de aquella iglesia pirenaica é histórica, al través de los siglos y de secularizaciones voluntarias de otras iglesias. De aquella manera, en aquel religioso traje exterior daba Azpilcueta á entender al mundo con edificacion, no solo en España sino en Francia, Portugal y Roma, cuán presente tenia á su iglesia, cuánto amaba la regularidad, y cuán constante é inequívoca era su adhesion. Su cabildo correspondióle á la par condecorándole con las encomiendas que poseia en Castilla y Portugal; y de aqui provino el titulo de comendador del Villar de que usó siempre. Consérvale tambien aquella corporacion en memoria perenne su retrato de notable antigüedad, en el que se lee con el año de su defuncion: «Murió en Roma coronado de gloria por sus obras y virtudes.»

Sus obras principiaron á ver la luz en 1542, y consisten principalmente en Comentarios al derecho canónico, muy celebrados de los sabios. No se imprimieron reunidas hasta después de su fallecimiento, y entonces las prensas de Lion, Roma y Venecia las publicaron en tres tomos en folio. La obra predilecta del doctor fué su *Manual de confesores y penitentes*, puesto que afirmó el mismo haber estampado en este libro cuanto supo y escribió en otros, el cual salió á luz en castellano en Portugal y España. Corregido y aumentado púsole después en latin el mismo autor, quien vió entonces reproducirse ediciones del *Manual* en Amberes, Roma, Colonia, Paris, Venecia y Witzburgo: es decir, en casi todos los paises católicos de Europa.

El M. Gil Gonzalez Dávila, hablando en el cap. IX de la *Historia de Enrique III* de la fundacion de la Cartuja del Paular, dice: «Y tengo por una de sus grandezas el haber acabado en este real convento aquel libro de oro que escribió el santo varon digno de inmortal memoria, Martin Navarro Azpilcueta, *De Redditiibus ecclesiasticis*, que dedicó al prudentísimo rey D. Felipe II: dice que la acabó en el Paular, donde estuvo tres meses, y en él hay tradicion que salia cada mañana con un jumentillo cargado de libros, y se iba á una de las muchas fuentes que alegran aquel desierto, donde estaba hasta muy tarde, y en el tiempo que estuvo en este convento, conformándose con el estilo de la vida religiosa, no comió carne.» Publicóse este libro en España con el titulo de *Tratado de las rentas de los beneficios eclesiásticos*, y tradujo al latin en Roma, lo dedicó el aplaudido doctor á San Pio V. El objeto de esta obra es inculcar á los eclesiásticos que á escepcion de lo necesario

para su subsistencia, deben por ley y precepto de justicia invertir los bienes de la iglesia en socorrer pobres.

Suscite Dios en ella sacerdotes que por su piedad y doctrina sean tan ejemplares como el venerando doctor Navarro Martin de Azpilcueta.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL ARRABAL DE SAN GINÉS.

El caserío estramuros, no solo iba creciendo en direccion al Norte y en la barriada ó burgo de San Martin, sino tambien, y muy principalmente, hácia el lado oriental, desde la puerta de Guadalajara á la del Sol, y entre Oriente y Mediodia, desde la plaza Mayor á la plazuela de Anton Martin, y luego á la de la Cebada; de cuyos grupos de caserío, reunidos como ya hemos dicho en el artículo anterior, al otro de San Martin, vino á resultar la segunda ampliacion de este pueblo y su incorporacion á la parte murada de él por medio de la nueva cerca de los siglos XIII ó XIV de que ya queda hecha mencion y detallada hasta la puerta del Sol.—Desde aquí, segun parece, internando bastante trecho por el camino ó *Carrera de San Gerónimo*, torcia luego, formando escuadra, á buscar la recta de la plazuela de Anton Martin, donde se abrió otra puerta de entrada, y revolviendo en direccion de Poniente seguía hasta la esquina de la calle de Toledo, entre San Millan y la Latina, atando por fin con la antigua muralla en Puerta de Moros.

Son, como vemos, tres los trozos principales de caserío que después de formarse independientemente como *arrabales*, vinieron á ingresar de consuno en la antigua poblacion principal, á saber, el de *San Martin*, el de *San Ginés* y *Santa Cruz*, y el que llamaremos de *San Millan*. Pero el primero, dividido como lo estaba naturalmente de los otros por los barrancos de los Caños del Peral y el terreno arenoso y erial que mediaba entre la antigua muralla y el monasterio de San Martin hasta la puerta del Sol, venía á formar una burgada completamente separada de la central, comprendida entre la parroquia de San Ginés y la plaza Mayor, y que se extendía en longitud desde la puerta de Guadalajara hasta la de Anton Martin.—Esta parte central y mas importante del nuevo caserío es la que por espacio de tres á cuatro siglos (hasta mediados del XVI en que se trasladó la corte á esta villa) es la designada por autonomía en los documentos y en el lenguaje vulgar de la época con el nombre de *el arrabal de Madrid*, añadiéndose únicamente en algunos de aquellos las palabras á *San Ginés* ó á *Santa Cruz*, segun la inmediacion á aquellas dos antiguas parroquias.—Siguiendo pues aquella natural subdivision, le consideraremos parcialmente en ambos trozos; el primero, comprendido entre la calle del Arenal, puerta del Sol y subida de Santa Cruz á la Plaza; y el segundo, desde esta y calle de Atocha hasta Anton Martin, terminando en la Carrera de San Gerónimo y puerta del Sol.

Ya queda dicho en los artículos anteriores los desniveles y barrancos que mediaban entre la calle de las Fuentes y los Caños del Peral. Estos profundos desniveles (de que aun queda notable muestra en la antigua calle de los Tintes, hoy de la *Escalinata*) servían de cava ó foso exterior á la antigua muralla, y fueron desapareciendo con el tiempo para formar la esplanada donde hoy se alza el Teatro Real y la nueva plaza de Isabel II; sin embargo, aun han podido nuestros padres saborear una buena parte de aquellos despeñaderos en las calles (que no existen ya) de *San Bartolomé*, plazuela de *Garay* y de *Quebrantapiernas*, que desde la tortuosa del *Espejo* los conducía ó mas bien les precipitaba en los *Caños del Peral*; y á la espalda de este edificio, en la subida á la plazuela llamada del *Barranco*, que estaba frente de la calle de las Fuentes, y con un saliente irregular que hacia la casa del marqués de Legarda, cerraba el paso á la calle del Arenal; hasta que con el terrible de dicha casa, en tiempo de los franceses, y la nueva alineacion de la manzana 402 continuó rectamente dicha calle del Arenal en su primer trozo desde el teatro de los Caños á San Martin. No llegó sin embargo José Napoleon á realizar su pensamiento de seguir la ampliacion de dicha calle, hasta poder ver la puerta del Sol desde los balcones de Palacio, y fué ciertamente lástima, pues cada día se hace sentir mas la necesidad del ensanche y regularizacion de tan importante via. Esta, segun se asegura, no tomó forma de calle regular hasta los principios del siglo XVI en que fué terraplenada con los desmontes hechos para formar las calles altas de Jacometrezo y Desengaño, si bien á uno y otro lado del Arenal, de

que le quedó el nombre, se fueron levantando anteriormente algunos edificios, siendo sin duda alguna el primero y mas importante el de la iglesia parroquial de *San Ginés*.

Sobre la fundacion de esta parroquia tambien han discurrido largamente, y con su consabido entusiasmo, los cronistas de Madrid *Dávila*, *Quintana* y *Pinelo*, suponiéndola muy anterior á la dominacion de los árabes, y añadiendo que fué parroquia muzárabe y que en sus principios estuvo dedicada á un San Ginés mártir de Madrid en tiempo de Juliano Apóstata, por los años de 372; pero todas estas suposiciones corren parejas por lo gratuitas con lo del dragon de los griegos, en *Puerta Cerrada*, y las inscripciones caldeas del arco de *Santa Maria*, y fueron ya contradichas con mucha copia de argumentos por el erudito Pellicer y otros críticos modernos.—Lo único que se sabe de cierto es que ya existía esta parroquia por los años de 1538, y que estaba dedicada como hoy á *San Ginés de Arlés*; infríndose que pudo ser fundada á poco tiempo de la conquista de Madrid y con motivo del crecimiento de sus arrabales; pero arruinada su capilla mayor á mediados del siglo XVII, en 1642, porque su mucha antigüedad no permitía ya más duracion, fué menester derribar todo el resto, levantando de nueva planta el templo, lo que se verificó á costa de Diego de San Juan, devoto y rico parroquiano que gastó en la obra 60,000 ducados, celebrándose la inauguracion con una procesion y fiesta solemne á 25 de julio de 1643.—Esta iglesia es clara y espaciosa, con tres naves y varias capillas laterales, entre las que es muy notable la del *Santísimo Cristo*, que es de crucero y con cúpula, y cuya antigüedad es tanta, que ya fué renovada en el siglo XIV y reedificada á mediados del XVII. Tiene muy buenas esculturas y retablo, y debajo de ella está la *Santa Bóveda* en donde las noches de la Cuaresma se celebran ejercicios espirituales de oracion y disciplina.—La torre de esta parroquia remata en una aguja con su cruz que viene á ser un verdadero para-rayos, pues sirviéndole luego de conductores las aristas del chapitel, representa en algunas ocasiones el fenómeno de aparecer iluminadas con no poca sorpresa y alarma de los vecinos y transeúntes. Este fenómeno fué observado ya á principios de este siglo por un monje de San Martin, y sobre él publicó en 1846 un folleto el señor cura de dicha parroquia. El 16 de agosto de 1824 sufrió esta iglesia un horroroso incendio, en el que pereció el gran cuadro del altar mayor, obra de Francisco de Rizzi.

De las casas de la nobleza madrileña que fueron cubriendo ambos lados de la nueva calle del Arenal en el siglo XVI, apenas queda ninguna ya, habiendo desaparecido para dar lugar á modernas construcciones la de *Olivares*, que hoy se reedifica de planta con el número 50; la de la *duquesa de Nágera* que daba vuelta á la plazuela de *Zelenque*; la del *conde de Fuente Ventura* á la otra esquina; la del *duque de Arcos* y de *Maqueda*, sustituida hoy por la elegante y magnífica del *marqués de Casa Gaviria*; la del *conde de Fuentes*, que formaba la esquina de la puerta del Sol y calle Mayor; y quedan solo en pie (aunque muy renovadas), la del *conde de Torrubia*, que fué del duque de Lerma, número 22 nuevo, frente á San Ginés; las del *señor Juez Sarmiento*, que hace esquina al callejon nuevamente abierto á la calle Mayor, y las que fueron de la *marquesa de Torresoto*, y hoy sirven de cocheras y dependencias de la frontera del señor conde de Oñate; pero estas dos últimas estan amenazadas de inmediata demolicion, y probablemente no terminará el año actual sin que ambas desaparezcan.

Ningun recuerdo ni objeto particular de interés histórico ó artístico nos ofrecen las calles que median entre la del Arenal y la Mayor, y llevan los nombres de *las Fuentes*, de *las Hileras*, plazuela de *Herradores*, de *Coloreros*, *Arco de San Ginés*, y de *Bordadores*.—El callejon llamado de *la Duda* y ocupado actualmente con los comunes públicos, sospechamos que pudo tomar su nombre misterioso del objeto pudiendo á que estuvo destinado el edificio que le ocupó hasta mediado el siglo XVI.—En el archivo del ayuntamiento se encuentra original una real cédula de D. Carlos I y la reina Doña Juana, con fecha 28 de julio de 1541, cometida al corregidor de Madrid, en la cual se le previene que las *casas de la mancebia pública*, que estaban cerca de la puerta del Sol (en el sitio mismo que ahora ocupa dicho callejon y el palacio del señor conde de Oñate), se trasladasen á otro punto mas distante y apartado del camino que iba á los monasterios de San Gerónimo y de Atocha, á cuya solicitud se mandaba dicha traslacion para evitar los escándalos que presenciaban los fieles que concurrían á dichos monasterios. Después de una recia oposicion de los dueños, se llevó á cabo dicha traslacion, comprándose para ello por la villa un sitio que tenia Juan de Madrid, mercader, y estaba á la *cava de la puerta del Sol* (en el mismo donde después se fundó el convento del Carmen calzado), cuyo sitio fué cedido al licenciado de *la Cadena*, María de *Peralta* y Francisco *Jimenez*, dueños de la mancebia, por indemnizacion de la que se les mandaba cerrar en la calle Mayor, y para poder construir la otra nueva. Dos de los once sitios que forman la superficie de los 54,505 piés que ocupa el dicho palacio de los condes de

(1) Véanse los artículos anteriores.

Oñate, pertenecieron (según los registros originales de sus títulos) á los herederos de dichos Jimenez y Peralta.

Esta casa-palacio, una de las mas espaciosas é importantes de la grandeza, debió ser construída á fines del siglo XVI, si bien la portada y balcón principal es obra del XVII ó principios del pasado, al estilo apellidado *churrigueresco*, tan encomiado y seguido entonces como acaso injustamente censurado después. A dicho balcón principal solían asistir las personas reales en ocasiones solemnes, y desde él presenció Carlos II y su madre Doña Mariana de Austria la entrada de su primera esposa Doña María Luisa de Orleans, el día 15 de enero de 1680, cuya ceremonia describe la *marquesa d'Aunoi* en sus preciosas *Memorias*, en los términos siguientes:

«Luego que S. M. estuvo adornada con los diamantes de ambos mundos, y cuando se hubo puesto un rico sombrero adornado con plumas blancas y realzado con la preciosa perla llamada *la Peregrina*, la mas bella de las perlas célebres, montó en un brioso alazán andaluz que el marqués de Villamayna, su caballero mayor, llevaba de la brida. La riqueza del traje añadía nuevos encantos á la belleza y majestad de la reina, y toda ponderación es poca para pintar la grandeza y lujo de su comitiva: S. M. hizo un ligero saludo al pasar por delante de la casa del conde de Oñate para saludar al rey y á su madre que estaban en sus balcones. En seguida se dirigió á Santa María, donde el cardenal Portocarrero entonó un solemne *Te-Deum*.

«Al salir de la iglesia la reina pasó por bajo de varios arcos triunfales, y entró en la plaza de Palacio en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo. Pomposos carros y graderías con muchos personajes alegóricos, fábulas y emblemas le enviaban las felicitaciones mas cordiales. Los magistrados y autoridades, ricamente vestidos, la arengaron en español y en francés; el Ayuntamiento la ofreció las llaves de la villa, y los grandes de España acudieron á cumplimentarla con todo su magnífico séquito. Llegada á palacio, el rey y su madre bajaron á recibirla al pié de la escalera, y después de haberla abrazado tiernamente la condujeron al salón real, donde toda la corte se postró á sus piés y besó respetuosamente su mano.»

A las puertas mismas de esta casa palacio tuvo lugar tambien, en la noche del 21 de agosto de 1622, la terrible catástrofe del asesinato cometido con un pistoletazo en su propio coche, en la persona del mordaz aunque ingenioso poeta D. Juan de Tarsis y Peralta, conde de Villamediana, y de la misma casa de Oñate, atribuido generalmente á celos de Felipe IV contra aquel arrogante y presuntuoso ingenio; terrible suceso que por lo misterioso y audaz dió motivo á tantos comentarios, versos y leyendas contemporáneas.

«Mentidero de Madrid (1),  
decidme ¿quién mató al conde?  
Ni se dice ni se esconde,  
sin discurso discurrid.  
Unos dicen que fué el Cid,  
por ser el conde Lozano;  
disparate chavacano;  
pues lo cierto de ello ha sido  
que el matador fué Bellido  
y el impulso soberano.»

«Aquí una mano violenta,  
mas segura que atrevida,  
atajó el paso á una vida  
y abrió el camino á una afrenta;  
que el poder que osado intenta  
juzgar la espada desnuda,  
el nombre de humano muda  
en inhumano, y advierta  
que pide venganza cierta  
esta salvacion en duda.»

(Continuará.)

R. DE MESONERO ROMANOS.



### PALABRAS DE UNA MADRE Á SU HIJA.

Justo es, hija mia, que estando pronta á aparecer en el mundo, te enseñe algunos principios que te fortifiquen contra un elemento tan desconocido y peligroso.

Ante todo lleva por delante de tus pasos la religion, y nutre tu corazon de los sentimientos que ella te inspire, sosteniéndolos por reflexiones y lecturas convenientes.

Nada hay mas preciso que conservar ese sentimiento que nos hace amar y esperar, que nos da un porvenir agradable, que hace iguales todos los tiempos, que asegura todos los deberes, que nos responde de nosotros mismos, y que nos garantiza respecto á los demás.

¿De qué recursos no te proveerá la religion contra las desgracias que te amenacen? Porque cierto número de desgracias te está destinado, pobre niña!... Un anciano decía que *se envolvía en el manto de la virtud*; envuélvete pues en el manto de la religion, y te servirá de arma poderosa contra las debilidades juveniles, así como de seguro puerto en edad mas avanzada.

Las mugeres que no han nutrido su espíritu sino de las máximas del siglo, caen en una sima insondable, avanzando en edad: el mundo las rechaza, y la razon las manda vivir oscurecidas: ¿á qué apoyo se armarán? Lo pasado nos llena de recuerdos, el presente de pesares, y el porvenir de temerosas dudas. Solo la religion lo calma todo y nos consuela de todo. Unete pues á Dios, hija mia, pues él te reconciliará con el mundo y contigo misma.

(1) Las gradas de San Felipe.

Una joven que entra en el mundo se forma la mas alta idea de la felicidad que le prepara; ella quiere llenarla y satisfacerla, y tal es el manantial de sus inquietudes. Corre en pos de la realizacion de su idea, esperando llegar á una dicha perfecta; y semejante trabajo la hace ligera, versátil é inconstante.

Muy vanos son los placeres del mundo: prometen mas que dan: con su recuerdo nos inquietan: su posesion no nos satisface: su pérdida nos desespera.

Para fijar tus deseos piensa en que no gozarás muchas horas de una felicidad sólida y durable. Los honores y las riquezas no pueden disfrutarse largo tiempo: basta el hábito de los placeres para hacerlos desaparecer. Antes de haberlos gustado tú puedes pasarte sin ellos, en tanto que la posesion te hará necesario lo supérfluo. Es doloroso en verdad pasar de un estado bueno á otro peor; y sin embargo cuando el hábito es hecho, desvanece el sentimiento del placer!...

No nos creamos dichosos, hija mia, sino cuando sintamos que los placeres nacen del fondo de nuestra alma; porque la verdadera felicidad consiste en la paz del alma, en la razon y en el cumplimiento de nuestros deberes.

No son propias de las mugeres las virtudes que brillan; por el contrario lo son aquellas virtudes simples y apacibles. Decía un anciano que las grandes virtudes son para los hombres, no dando á las mugeres mejor mérito que el de vivir desconocidas. En efecto, creo que es bien, hija mia, que evites el mundo y sus pompas, porque atacan siempre al pudor, y que te contentes con ser la sola espectadora de tus hechos.

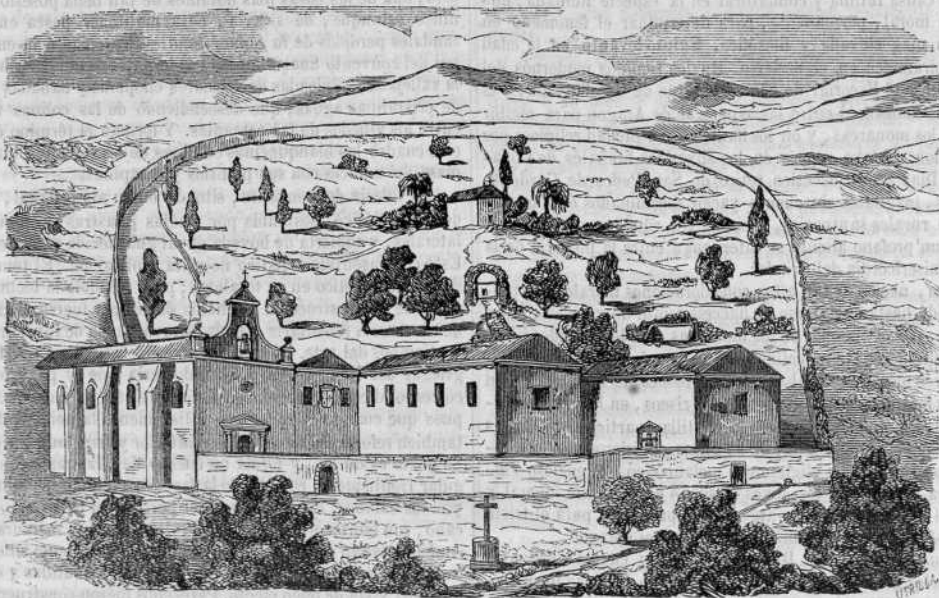
Las virtudes de las mugeres son enteramente meritorias, en razon á que la gloria no se las ayuda á practicar. Vivir en su casa, no ar-

reglar otro negocio que el de su familia, ser simple, justa y modesta, son virtudes penosas porque permanecen ocultas. Es necesario tener un verdadero mérito para consentir en no buscar el brillo, y un valor inmenso para ser virtuosa tan solo á los propios ojos. La grandeza y la reputacion son los dos apoyos con que la debilidad se fortalece: todo afan tiende á distinguir y elevar á su autor; pero si el alma se reposa en la aprobacion pública, la verdadera gloria consiste en saber pasar sin ella. Así pues, no sea la gloria el motivo de tus acciones: haz bien sin que esperes la gloria ó el brillo por recompensa.

El fastidio molesta casi siempre á las jóvenes: como lo ignoran todo, corren con inquietud hácia los objetos sensibles: el fastidio es sin embargo el menor de los males que deben temer. Los goces escesivos no son compañeros de la virtud: todo vivo placer es peligroso.

Cuando contamos con un corazon sano tenemos parte en todo lo bueno, y todo se vuelve felicidad en redor nuestro: libre el alma de los sentimientos que seducen la imaginacion, ó que la exaltan con pasiones ardientes, la alegría e plácida y tranquila; y la virtud y la inocencia son las fuentes de que esa plácida alegría se nutre: pero desde que uno se acostumbra á los placeres vivos, se hace insensible á los placeres moderados, y la práctica de la virtud es muy penosa.

Preciso es temer esas grandes contracciones y terribles agitaciones del ánimo que preparan el fastidio y el disgusto. La templanza, decía un antiguo, es el mejor mantenedor del deleite: con la templanza, que da salud al alma y al cuerpo, se disfruta siempre una alegría dulce é igual, sin necesidad de espectáculos ni gastos: la lectura, el trabajo, ó una conversacion, producen alegrías mas puras que el aparato de los grandes placeres. Finalmente, los inocentes gustos pueden



El ex-convento de Valdescopezo.

adaptarse mejor al uso, siendo bienhechores y fáciles de disfrutar. Los otros placen, pero fastidian; alteran y gastan el temperamento humano, así como acaban por destruir su cuerpo.

Sé arreglada en todas tus acciones: algunos hay tan dichosos, que no tienen que temer jamás que les falte la fortuna, enteramente asegurada con fincas y propiedades inmensas. Pero tú, hija mia, solo puedes contar con una fortuna limitada, que te obliga á sugetarte á justos limites. Gasta pues con moderacion y economía: gasta con orden y cuenta: si así no lo hicieres, tiembla, porque el desorden de tus gastos te producirá la miseria.

El fausto es hermano de la ruina; y la ruina es inmediatamente seguida de la corrupcion de las costumbres; mas no por ser arreglada en tus gastos es menester que peques de avara: piensa que la avaricia da poco provecho, y deshonra mucha.

No seas económica sino con el pensamiento de no decaer, y de hacer con lo que te sobra el bien de tus semejantes que la amistad ó la caridad te inspiren.

Es el buen orden y no el celo por las riquezas lo que produce los grandes provechos. Plinio, remitiendo á su amigo la obligacion de una suma considerable que databa del tiempo de su padre, acompañándole un finiquito general le decía: *Yo no soy rico y he menester seguramente de grandes economías; pero yo sé formarme un capital*

*de mi frugalidad, que me permite hacer en favor de mis amigos sacrificios como el que hoy te dispense.*

No escuches las necesidades de la vanidad. Es necesario ser como los demás: tal es lo que dicen los necios. Que tu emulacion sea mas noble. No sufras que persona alguna sea mas honrada que tú; no permitas que te sobrepuje nadie en probidad y rectitud.

Siente pues la necesidad de la virtud: la pobreza de alma es mucho mas penosa que la pobreza de la fortuna.

## EL EX-CONVENTO DE VALDESCOPEZO.

### PANTEON DE LOS ALMIRANTES.

Costumbre añeja fué entre los señores de tierras y vasallos erigir en lugares solitarios y melancólicos la mansion del eterno sueño para sí y sus ilustres razas. Ya es un valle silencioso, donde resuenan durante la noche los rezos pausados del coro sacerdotal; ya sobre las fragosidades del sombrío monte se eleva la cúpula del santuario; ya en la rústica soledad vibra el son tristísimo del metal sagrado, per-

diéndose en misteriosos ecos por los lejanos límites del horizonte. Parece que por un instinto profundo busca el espíritu los parajes desiertos y tranquilos para ocuparse de la eternidad. El tumulto de las ciudades, la inquietud de las gentes, no se avienen con la paz de los sepulcros ni con la imagen del no ser. Consiste esto en que para penetrarse el alma de las bonhas impresiones y para elevarse á los sublimes pensamientos que produce la sombra de Dios, es preciso desprenderse del contacto con el mundo material y perecedero, aislarse en las regiones de lo moral é infinito, y purificar los vuelos de la imaginación en los espacios de la inmortalidad. Y no solo hay esto. El viajero, fatigado por larga y azarosa jornada, busca un albergue retirado é inalterable para el necesario reposo. Y así también, el hombre que cruza el sendero de la vida, sembrado de tropiezos y de atanes, desea tener al cabo de su camino una morada de silencio y soledad, como descanso y compensación de las virtudes laboriosas de la tierra.—El dolor, por otra parte, tiene sus misterios, y si tal puede decirse, su pudor. El ruido le comprime, la luz le mancha, la sociedad le mata. Necesita para su expansión íntima el retiro, las sombras, el éxtasis. Es una flor que vive en regiones ignoradas; es una especie de culto sentimental, en cuyos misterios de lágrimas causa el mundo torpe y sacrilega profanación. El estrépito de las poblaciones ahoga los gemidos, la mirada de las gentes detiene el llanto, la risa de los demás es un dardo para el corazón lastimado. Por eso al dolor le pintó velado el genio latino, como el cincel griego idealizó la estatua de la virginidad.

En todos tiempos y religiones se ha observado esa tendencia fija, esa inclinación constante á los túmulos campestres, á los panteones rodeados de silencio y soledad. Y esa observación comprueba la existencia de una causa íntima y connatural en la especie humana, una predisposición moral, permanente, para determinar el fenómeno en su apreciación mas elevada y filosófica. Egipto levantó en la edad antigua sus pirámides en el desierto. En los tiempos modernos del cristianismo surge el Escorial de entre las rocas de Guadarrama, y el Poblet abre sus mausoleos entre las asperezas de Aragón para recibir las cenizas de los monarcas, y oír los llantos de la piedad religiosa por su eterno perdón. Pelayo reposa en los silvestres breñales de Covadonga; Ruiz Díaz en el ascético retiro de San Pedro de Cardena. Reyes, héroes, magnates sin cuento yacen diseminados en sombríos monasterios y rurales santuarios, lejos de los rumores mundanales, para que ningún profano aliento se interponga entre la plegaria de la criatura y la misericordia del Criador.

Esta usanza, nacida de tan altas consideraciones morales, se propagó y consolidó hasta el extremo de hacerse punto de grandeza entre los potentados, por el ejemplo de los monarcas y de los grandes hombres. Y fué al fin necesidad ineludible para la aristocracia feudal labrar las fúnebres moradas en abadías y panteones de su creación en el fondo de los bosques, en la cumbre de los riscos, en los yermos estériles y desolados. Los Almirantes de Castilla, participando de las ideas y conveniencias de su clase y de su época, quisieron poseer también un panteon familiar, y eligieron al melancólico y silencioso Valdescopezo para dormir con los suyos el sueño de la noche funeral y sempiterna. El lugar era ciertamente muy á propósito para el triste objeto. Para estas cosas no hay mejor artista que el corazón.

A una legua de Medina de Rioseco (S.-E.), y en las vertientes occidentales de los alcortes que dominan la llanura, fórmanse un vallecito á manera de anfiteatro, retirado y silencioso. Hace allí la cordillera cierto recodo, y en la concavidad de esta quebradura se estableció, allá por el siglo XV, un piadoso varon, llamado Fray Pedro de Santoyo, con algunos hermanos de religion.

«Este convento de Valdescopezo (dice el manuscrito de la fundación), que es dicho Santa Maria de Esperanza, por tener..... »de la Virgen sin mancilla, Nuestra Señora, fué comenzado por el bienaventurado padre de buena memoria, F. Pedro de Santoyo, en una pequeña casa ó ermita encima de esta huerta, donde los frayes estuvieron por algunos dias, é esta fué la cuarta casa de la provincia, »é esto fué por el año de Nuestro Señor Jesucristo, de 1429, año poco mas ó menos, é tan poco era el número de frayes en aquellos tiempos, que no tenían mas de un sacerdote, é aquel se iba y venia á confesarse á Valladolid, para decir misa, é después que algunos años en aquella casilla moraron el muy noble señor Don Fadrique, Almirante de Castilla, muy devoto de nuestra religion, en especial de esta nuestra provincia, mandó hacer esta iglesia é casi toda la casa por la mayor parte.—Fué este señor almirante padre de la señora reina Doña Jhoanna, que fué reina de Navarra é después reina de Aragón, madre del muy esclarecido y victorioso señor el señor rey Don Fernando, que agora reina. Fué este dicho señor almirante de tanta devoción é la señora Doña Teresa, su muger, que si los frayes quisieran no solamente todas las cosas que eran menester para edificación, mas ainda para el mantenimiento de cada dia querian dar si los frayes lo quisieran recibir.»

Otras particularidades contiene el curioso documento, que por su profundidad omitimos. El convento fué constituido para la órden de franciscanos recoletos, á cuyo patriarca tuvo aquella poderosa familia tan singular, tan asombrosa devoción, que llegó á erigirle, segun parece, veintitres conventos de ambos sexos. Y aquellos señores se retiraron á pasar el último periodo de sus dias en ascético aislamiento, dentro de los muros alzados por su pródiga piedad. Falleció primero el almirante, y su viuda permaneció en aquella clausura hasta el postrimerio de su vida: habiendo sido después de su defunción colocada en la iglesia, bajo sepulcro nada ostentoso, ni análogo á su profusion y poderío, y en el cual yacia de antemano su perdido esposo, por concesión del papa Sixto IV.

Constaba la obra de Valdescopezo, perfeccionada y acrecida por algunos sucesores de los patronos, del edificio conventual, la iglesia y otros departamentos menores. A su espalda se extendia una gran huerta, guarnecida de cipreses, pinos y otros árboles de sombra, que servían de paseo á los solitarios. En ella existia una famosa fuente, conocida con el poético nombre de la *Samaritana*, cuya fábrica consistia en una larga galería subterránea, horizontal por las entrañas del cerro, construida de sillería, y que contiene delicadas cuantos abundantes aguas. Se halla rodeada por una vistosa glorieta de arbustos y floridos ramajes, y se llega á ella por bajo de frondosos y aéreos emparados. También hay en cierto sitio sombrío y apartado una capillita humilde y austera, con advocación de San Antonio, destinada sin duda á penitencia ó votos particulares. Circuye la huerta un muro de mampostería, y formaba el conjunto un sitio de melancólica y grata perspectiva, muy en consonancia con su objeto y con las impresiones propias del espíritu de los que se acogían á estos místicos asilos. Aparte de esto, una de las cosas mas notables de tan bella posesion era el magnífico estanque, de sillería, para mantener pesca en los copiosos raudales perdidos de la *Samaritana*.—Precedían á la entrada principal del convento unas vistosas praderas, extendidas sobre el fondo de la valedada, salpicadas de seculares choperas y bañadas por un arroyo de cristalinas aguas, que descendiendo de las colinas va á perderse entre los viñedos de las cercanías. Y forman el término culminante de este cuadro las blanquecinas cumbres de los collados, que señorean la masa del edificio con sus plantas y campiñas.

La iglesia del convento, situada en su ala oriental, era una nave de órden dórico, sostenida por medias pilastras, con cuatro capillas laterales, y cubierta de bóveda ojal valguarnecida de filetes y rosetones. Este contrasentido artístico necesita explicación. El templo fué indudablemente gótico en su totalidad; pues siéndolo la techumbre, última parte de la construcción, lo habia de ser por fuerza el alzado anterior de los muros. Resultaría si no la extravagancia de invertir los órdenes y los tiempos del arte. El gusto germánico fué del siglo XII, las escuelas griegas del XVI; y raro y absurdo seria que el principio de la obra correspondiese al periodo posterior y el fin al anterior. Entendemos pues que cuando se construyó últimamente la portada del templo fué también reformada su decoración interior y arreglada al tipo de aquella. Su gusto es dórico, y forma un cuerpo de pilastras coronado de triangular frontispicio, rematando la fachada en una espadaña con cartelas y arcos calados. Estas obras, y el pórtico del convento, de estilo toscano, son fábrica del siglo pasado, después de la restauración del arte. Ambas estaban perfectamente ejecutadas en excelente sillería, haciendo cada cual, con sus medias cañas, pilastras embutidas y exactos adornos, una vista de buen efecto. Parécenos fueron construcción de la casa fundadora; pues sobre la portada estaba en una lápida colosal abierto el blason de la familia ducal de Osuna, sucesora de los primeros patronos.

El templo de Valdescopezo fué efectivamente el panteon de la casa titular del almirantazgo. En él constaba que fueron depositados los restos de muchos personajes de ella, entre los cuales se cuentan principalmente: Los fundadores, en el bulto y reja de la capilla mayor; los almirantes D. Luis, D. Fernando y D. J. Alfonso, cuyos féretros, con otros de su familia, hasta el número de once, fueron traídos á este lugar, en 8 de mayo de 1664, por el conde de Melgar y disposición de D. J. Gaspar Enriquez. Yacian aquí además varias esposas, hijos y deudos de los almirantes; ascendiendo á treinta y tres la totalidad de los que en este enterramiento fueron colocados desde el año 1500 hasta el de 1615 solamente.

Todo ha desaparecido; y nunca mejor que sobre estas derruidas tumbas pueden aplicarse aquellas tremendas palabras del profeta del dolor:

*et si mane me quæsieris non subsistam.*

Hoy Valdescopezo, sin arboleda, sin frescas corrientes, sin los encantos pintorescos de la naturaleza, es un árido y despoblado erial, y no sorprende, cual oasis frondoso é inesperado, los ojos del pasajero fatigados y enardecidos por la monótona aridez de los páramos campesinos. En otro país hubieran convertido el buen gusto y la laborio-

sidad á Valdescopezo en una deliciosa quinta, en un lugar bellissimo de amenidad y de recreo. Entre nosotros se han talado los árboles, destruido las fuentes y abarbecado las praderas, para sembrar patatas y algarrobas. Reflexiones poco gratas se nos vienen á la imaginación. Ese mal es muy viejo, y su curacion es obra del tiempo y de la sociedad.

V. GARCÍA ESCOBAR.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

I.

Una de tantas.

A corta distancia de T..., bonito pueblo, situado en los alrededores de Carmona, trasponiendo una colina á cuyo pié está fundado, y dejando á la derecha su cementerio que eleva solitario sus ruinosas tapias, sobre las que asoman algunos cipreses, comienza un bosque ó plantío, como le llaman los naturales del pueblo, á causa de los muchos árboles nuevos que contiene, y prolongándose como hasta un cuarto de legua, termina junto á una preciosa quinta perteneciente á un grande de España, que tiene la mayor parte de sus estados en Andalucía.

A un lado de este bosque se estiende una vega fértil, aunque de reducida estension, regada y dividida de él por un riachuelo sombreado en su derecha márgen por un vallado de cambroneras y espinos blancos, y limitan la perspectiva á derecha é izquierda dos cordilleras de cerros de inmensa elevación, donde vejetan incultos algunos olivos centenarios, entre cuyas raíces lucen su verdor sombrío, el iris salvaje, la silvestre pipirgallo y la rastrera yerbamora.

Durante el invierno, si puede decirse que existió el invierno en Andalucía, este bosque es triste y solitario, y no se escucha en él otro ruido que el del viento cimbreando los ramos deshojados, ó el del monótono canto de las ranas que asoman por entre los juncos de sus lagunas; mas no bien llega la primavera, todo muda de aspecto, todo reverdece, todo se anima, y el silencioso bosque se trasforma en un ameno valle lleno de aves, de brisas y de flores; oasis delicioso, desconocido de los viajeros que pasan por el camino de Sevilla, y solo alcanzan á ver los elevados cerros que le rodean.

En el comedio de este bosque, aunque algo mas cercano al pueblo que á la quinta, se eleva un edificio cuya heterogénea apariencia pone en duda el verdadero nombre que le conviene. Sus paredes, pintadas de un color que en otro tiempo habria sido amarillo, las ventanas del piso alto cerradas con persianas verdes, y la estensa calle de tilos que conduce hasta la puerta, sombreada por una parra, le hacen semejar á una quinta ó casa de recreo; pero después, observando esta misma puerta, formada de tablas mal unidas, su techo de paja donde florecen diversas especies de vedras y de parietarias, la cerca de su corral, hecha de tierra y coronada de cambroneras, y su aspecto ruinoso por algunos lados, se cree ver una granja ó alquería no de las mejores; y en resolucíon, ofrece en su conjunto un contraste tan marcado de gusto y abandono, de elegancia y de rusticidad, que hace presumir ha tenido por dueños personas de distintos caracteres é inclinaciones.

En 185..., época en que da principio nuestra historia, la casa estaba en el mismo estado, salva una corta diferencia, y entonces pertenecía á un labrador llamado Justo, que la habitaba en compañía de un hijo único, de una antigua criada, y de un pastor, guarda de un rebaño de ovejas, que junto con algunas tierras en la vega de que hemos hecho mención, constituían su fortuna; pues aunque habia heredado de su padre, además de esta casa, muchas y muy productivas posesiones, numerosos rebaños, y algunos miles de reales, su carácter descuidado y desidioso, y sus frecuentes viajes á varias ciudades cercanas, en donde se habia entregado á una vida disipada y á los ruinosos atractivos del juego, destruyeron en pocos años su patrimonio, por el que era considerado como el labrador mas rico de la comarca, reduciéndole á una medianía que rayaba casi en la pobreza.

En una de las largas temporadas que pasó en Sevilla, y merced á los considerables bienes que aun conservaba, contrajo matrimonio con la hija menor de un notario de dicha ciudad; y como se acercase la primavera, los jóvenes esposos, mandando hacer antes algunos reparos indispensables en la casa del bosque, fuéron á pasar en ella su luna de miel.

Mas ¡ay! esta, que en lo general es muy breve, lo fué mucho mas,

ó mejor dicho, no existió para ellos, y pronto conocieron estos dos seres, unidos por la casualidad, cuán profundamente estaban separados por la naturaleza. Luisa fué una de tantas jóvenes sacrificadas al interés, que espian con una vida de amargura su falta de resolucíon para huir del precipicio al que tal vez involuntariamente se las impele. Timida, apasionada, reflexiva, no solo no halló en su enlace con Justo la dicha que en sus ensueños juveniles habia deseado, sino que tampoco las consideraciones debidas á la muger cuando cample resignada, ya que no feliz, con sus deberes; y aquel por su parte, hombre de carácter grosero y de gustos vulgares y rutinarios, solamente vió en Luisa, pasados los primeros dias, una muger triste, caprichosa, incomprendible é inútil para los mezuquinos quehaceres á que la destinaba, haciéndola sufrir á poco tiempo los tormentos de la tiranía doméstica, que como ha dicho muy bien un escritor célebre, es la mas insoportable de todas.

En el primer año de su matrimonio tuvieron un hijo, á quien Justo miró con la misma aversión que á Luisa, y en quien esta puso todo el cariño y ternura que atesoraba en su pecho, sufriendo desde entonces con mas resignación la cruz bajo cuyo peso su triste juventud se doblegaba. Este acontecimiento, unido á los frecuentes viajes de su marido, le proporcionaron algunos dias serenos, pues en su ausencia, especialmente en el buen tiempo, gozaba de los tristes pero agradables encantos de la soledad del bosque; sonreía con su hijo, y charlando con una antigua criada que la habia visto nacer y nunca quiso separarse de ella, recordaba los hermosos dias de su infancia; mas ¡ay! esta alegría era muy breve: á un corazón jóven todavia, y virgen de los goces del amor, á una imaginación poética que concibe todos los prodigios del sentimiento, no bastan ni aun los inefables placeres de la maternidad: le son necesarias otras sensaciones mas íntimas, mas delicadas, mas ardientes, y que la pasión, solamente la pasión puede dar.

Además, en sus mismas alegrías maternas sentía aquella pobre muger un tormento continuo, viendo á su hijo tímido y delicado, á quien á su muerte dejaria sin amparo y sin protección, y considerando que los pocos dias tranquilos de que gozaba, contribuían á arruinar los escasos bienes que debían pertenecer á aquel niño: así es, que á pesar de haber luehado largo tiempo con la muerte, después de intentar en vano acercarse á su marido, y queriendo inútilmente apagar el fuego de su imaginación que la devoraba, sucumbió por último, víctima de esa tristeza que se apodera del corazón humano cuando llora sus ilusiones perdidas, y cuando se estingue en él para siempre la mágica luz de la esperanza.

Momentos antes de morir, apoyando los labios sobre la pálida frente de su hijo, y estrechando entre las suyas la mano de Marciana (este era el nombre de la fiel criada), la pidió con voz desfallecida y suplicante que cuidase de aquel pobre niño, que no le abandonara nunca y le amase con la misma ternura que á ella; y no bien la anciana le juró entre sollozos servirle de madre hasta su muerte, aquella pobre criatura, engañada en sus afecciones y esperanzas, se abandonó á los cuidados espirituales del cura párroco de T... que la asistió hasta su hora postrera, y exhaló el último suspiro murmurando palabras de perdon para el que tan cruelmente habia marchitado su juventud.

Su muerte fué tan ignorada como su vida; pues Luisa, en las pocas veces que tuvo ocasion de ver á su padre, el cual murió á los dos meses de su matrimonio, no pronunció jamás ni una queja contra su marido: queja que en cierto modo hubiera sido un reproche para aquel anciano enfermo que tocaba ya al borde del sepulcro; de manera que solamente después de mucho tiempo supo su hermana mayor, viuda de un capitán muerto en la guerra de la independencia, única de su familia que la habia sobrevivido y que residía en Madrid, que Luisa, la feliz Luisa, la rica arrendadora, habia sucumbido víctima del cólera que en aquella época infestaba la Andalucía. Marciana, la criada de Luisa, era una de esas sencillas aldeanas cuyo tipo se va perdiendo poco á poco. A pesar de su ignorancia, como todas las personas que han vivido mucho, no carecía de cierta penetración: franca, brusca, alegre, un tanto maliciosa, era notable sobre todo por su laboriosidad, economía é inteligencia para las faenas domésticas; y á estas cualidades reunidas á otras causas que vamos á explicar, debia su permanencia en casa de Justo, á quien no inspiraba grandes simpatías.

Marciana heredó de un hermano suyo, sacristán mayor de la catedral de Sevilla, algunos miles de reales, en ocasion en que acosado su amo por sus acreedores iba á vender la mayor parte de las heredades que le quedaban, con objeto de solventar sus deudas, y entonces la fiel criada, por consideraciones á Luisa, que aun vivía, puso á disposicion de aquel la referida cantidad; y como Justo nunca habia podido devolvérsela, conservaba en su compañía á la que por otra parte juzgaba una criada inteligente y hacendosa, y aun moderaba para con ella los arrebatos de su genio discolo é insoportable.

Merced pues á esta circunstancia, Marciana pudo cumplir noblemente la promesa que hizo á Luisa en los últimos momentos de su vida, de consagrar sus desvelos al pobre niño que aquella dejaba abandonado; y con efecto puso en él toda la afecion profunda con que por espacio de tantos años se habia consagrado á su madre: le amó con esa ternura, con esa fuerza de sentimiento y de abnegacion que rara vez penetra en las almas vulgares; pero que si llega á introducirse en ellas, echa raíces mas profundas y duraderas que en las inteligencias privilegiadas: estraña, aunque verdadera anomalia, debida acaso á que teniendo estas un círculo mas estenso de ideas en que girar, no pueden como aquellas concretarse en una que absorba todas sus facultades y pensamientos.

Mario era un niño de un fisico delicado, pero que gozaba de la mas perfecta salud. Al morir su madre tenia apenas cuatro años, y desde esta edad descubria en su sonrisa y en las inflexiones de su voz una viva semejanza con aquella. Observando esto mismo Justo, y adivinando acaso que á par de sus facciones heredaría tambien el alma y los sentimientos de la infeliz victima de su rudeza, sintió hácia él una indiferencia despreciativa, y le abandonó enteramente á los cuidados de Marciana, la cual ya hemos dicho que hizo cuanto la fué posible para que aquel huérfano infortunado no echase de menos los cuidados maternales. El niño fué creciendo poco á poco, y no bien salió de entre los brazos de la honrada aldeana, y á la manera que un tierno pichon apenas se siente con fuerzas para volar abandona el calor del nido materno y busca la libertad de los campos, así Mario corrió al bosque y las montañas que rodeaban su casa, comenzando desde entonces la vida solitaria y casi salvaje en que sus breves años trascurrieron.

Los juegos, las risas, los dulces llantos, las alegrías repentinas, la graciosa hilaridad de la infancia, todo le fué desconocido: parecia que aquel niño adivinó desde entonces que habia nacido para sufrir, y que solo debía á la suerte una herencia de lágrimas. Además, con un instinto precoz, conoció tambien la aversion que inspiraba á su padre, y participando él mismo de este desvío, que nunca pudo vencer, contribuyó á aumentar la tristeza y taciturnidad de su carácter.

Desde sus primeros años sintió un deseo instintivo de soledad y aislamiento, que con la edad se aumentó en él hasta un grado inexplicable: así es que durante el buen tiempo pasaba los días enteros ausente de su casa, trepando á la cumbre de los cerros, desde donde veia la salida del sol, ó bien sentado en el sitio mas sombrío del bosque, permanecia muchas horas observando el rastro de un hormiguero sobre la yerba, el vuelo de un ave ó la tortuosa marcha de un reptil. Llegaba la noche, y vuelto á su casa, después de atrancar cuidadosamente la puerta, se sentaba en el patio, esperando la venida de su padre, el cual pasaba la mayor parte del día en T..., donde se susurraba tenia amorosas é ilícitas relaciones, oyendo al mismo tiempo las añejas canciones de Marciana, que se confundian con los chirridos lejanos del grillo y de la cigarra.

En el invierno, á no ser que las lluvias interceptasen las sendas, Mario variaba muy poco este género de vida; solo que entonces rara vez descendia al valle, y pasaba todo el día en la cima de las montañas, buscando como un enfermo los vivificantes rayos del sol, y de noche, sentado á la lumbre del hogar, oía con silencioso interés á Marciana, que instruida en parte por su hermano el sorchantre, y en parte por las lecturas de Luisa, le narraba con admirable sencillez ya un pasaje de historia sagrada, ya un episodio de novela, ó bien el trozo mas maravilloso de un cuento de hadas; de modo que Mario confundia luego en su imaginacion las grandes verdades con las risueñas ficciones, la vara de Moisés con el talisman de la Puercia ciecienta.

Algunas veces se acordaba tambien de su madre, de su buena y santa madre, como decia Marciana; y entrando en el cementerio se sentaba en el sitio en que aquella habia sido enterrada, y permanecia allí muchas horas, saliendo después mas triste y taciturno que de costumbre.

## II.

### Primer desengaño.

Un pequeño acontecimiento alteró solamente en el espacio de diez y siete años esta existencia aislada.

Un día en que Mario entraba en su tercer lustro, y mientras se desayunaban juntos, Marciana le habló en estos términos:

«Hijo mio, has llegado á los quince años, y ya es tiempo de que goces las diversiones propias de tu edad. Hoy se celebra la fiesta de la Santisima Virgen, patrona de T...: el día está hermoso; ve pues al pueblo, procura adquirir amigos y relaciones y divertirtte sin ofender á nadie. No siempre has de vivir solitario como un buho, y en verdad, me da grima verte pasar días y días en el mismo estado...» Al llegar á este punto detúvose la anciana; pues aunque la restaban otras muchas cosas que decirle, no se determinó á hacerlo en aquella ocasion, por razones que esplicaremos mas adelante.

Aunque de carácter áspero é indócil, Mario nunca se habia resistido á los consejos de Marciana, conociendo cuánto le amaba esta, y

con qué solicitud procuraba su bienestar: por lo mismo, entonces se apresuró á cumplir sus deseos sin repugnancia, aunque sin alegría. La honrada aldeana sacó al punto el traje de gala de su jóven protegido, y luego que le peinó y arregló sus enredados cabellos y le hubo lavado la cara con agua y aguardiente, con objeto de blanquear un poco su cutis tostado por el aire y sol, le ayudó á vestirse, dándole al mismo tiempo las mas sabias lecciones sobre el modo de llevar cada prenda, y ataviándole en pocos instantes con una complacencia verdaderamente maternal.

Sin embargo, el traje de Mario, como diria un folletinista de modas, era de una *admirable sencillez*.

Un sombrero de paja, una camisa en cuya pechera se ostentaban dos enormes ramos bordados y acabando en un cuello de inconmensurables dimensiones sujeto por una corbata amarilla, un chaleco de color indefinible á causa de tener tantos, una casaca de lienzo azul, cuyas mangas no le tapaban las muñecas, un pantalon de la misma tela, que no le llegaba á los tobillos, y finalmente, unos zapatos de cuatro suelas completaban su atavío, y para que no le faltase ni el mas pequeño toque, trascendia al olor del membrillo que Marciana habia cuidado de poner en todos sus guarda-ropas, pues esta tambien habia comprendido y adoptado el lujo de los perfumes.

(Continuará.)

## POBRE MADRID!

Yo, pobrecito Madrid,  
que me vi por el invierno  
lleno de bailes y lodos,  
de tertulias y de necios,  
de buena gana llorara;  
mas ¡ay! que no puedo hacerlo:  
mis lágrimas son de noria;  
pero todas me las bebo.

A verme vino el verano,  
y al subir sobre cero  
dejó mis casas vacías  
y mis calles como yermos.

Él apuró de mis fuentes  
los pilones medio llenos,  
y donde antes hubo linfas  
después muchaehos corrieron.

Por él robaron mis joyas  
villas, ciudades y pueblos;  
por él los vesti con ellas  
y los di encima dinero.

Mis doncellas melindrosas,  
seguidas del sexo feo,  
á bañar van en los mares  
su enciclopedia de nervios.

Otros respiran en tanto  
los céfiros del desierto  
en las fértiles llanuras  
de Valdemoro y Pozuelo.

Otros tragan como gloria  
aguas de azufre y de hierro,  
y vuelven, si no curados,  
penitentes á lo menos.

Y todos hallan placeres,  
simpatías y consuelo,  
en copiar la alegre vida  
de los godos y los suevos.

Que hay quien deja el blando coche  
por trepar por vericuetos,  
los banquetes por el hambre,  
las charangas por cencerros.

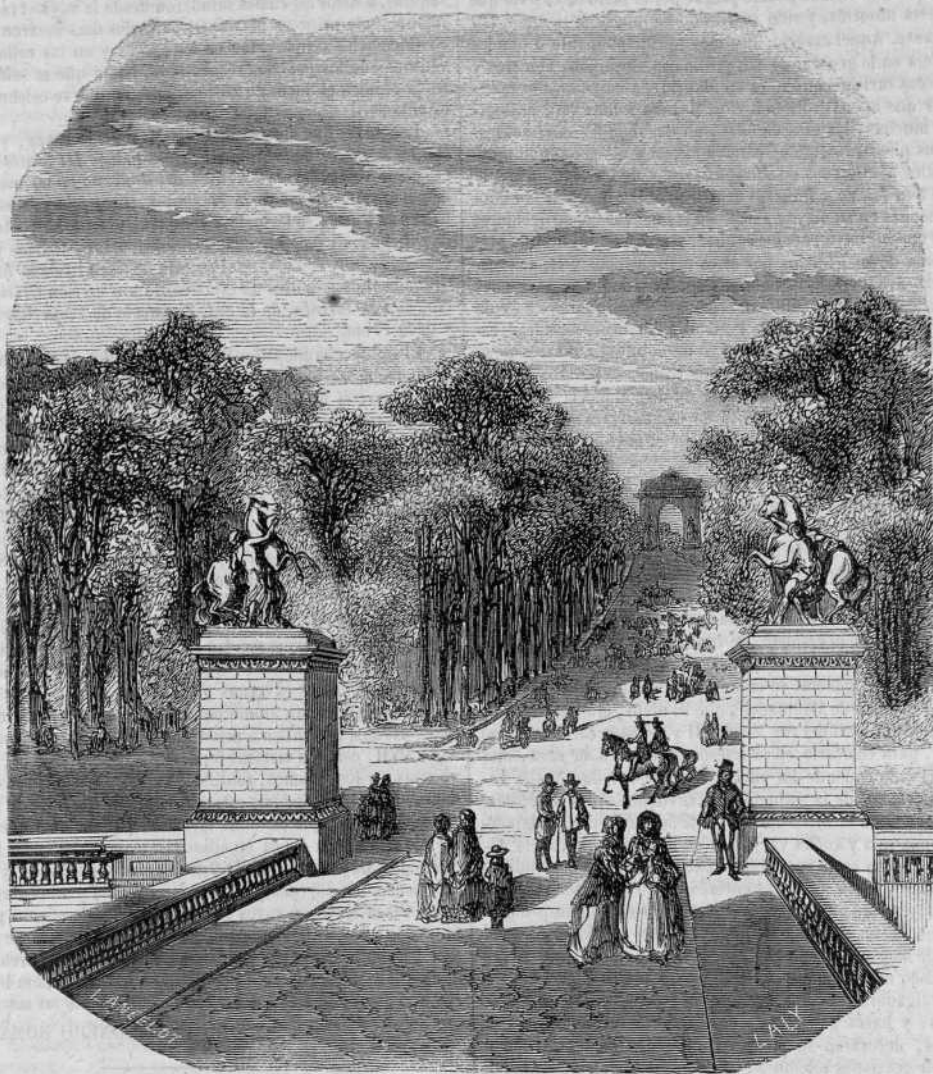
Volved pues, hijos ingratos,  
habitantes forasteros;  
nuevos goces os preparo:  
volved á alegrar mi seno.

Y tú, sucesor de agosto,  
mes de polvo y trastos viejos,  
derrama por las provincias  
las regaderas del cielo.

Verás cómo empaquetados,  
entre tumbos y entre vuelcos,  
á contarnos muchas cosas  
volverán los que se fuéron.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.





PLAZA DE LA CONCORDIA EN PARIS.

Esta plaza, que primero se llamó de Luis XV, después de la Revolución, y por último de la Concordia, es de una magnificencia sin igual, situada entre el jardín de las Tullerías que está al Este, y los Campos Eliseos, y el Arco del Triunfo de la Estrella al Oeste, teniendo al Sud el puente de la Concordia y la fachada del palacio de la Cámara de Diputados, al Norte el templo de la Magdalena, y un poco mas cerca el Guarda-muebles y hôtel de las Marinas; ofrece magníficos puntos de vista, además de que está decorada con un lujo maravilloso. En el centro está el obelisco de Luxor; y á derecha é izquierda, en la línea de la Magdalena y de la Cámara de Diputados, hay dos grandes y elegantes fuentes.

Del lado de los Campos Eliseos estan los caballos de mármol que han decorado por mucho tiempo el abrevadero de Marly. Los ocho pabellones que se ven en los ángulos de la plaza estan coronados con estatuas representando las ciudades de Lyon, Marsella, Burdeos, Rouen, Nantes, Lila, Strasburgo y Brest. Anchas aceras asfaltadas circundan a plaza, que está iluminada por la noche con grandes reverberos de gas, fijos sobre elegantes pedestales. Columnas rostrales y ricos candelabros, igualmente alumbrados por el gas, añaden mil atractivos al adorno de la plaza de la Concordia, que embellecida así por las órdenes de Luis Felipe, y terminada completamente en 1840, no tiene rival en Europa.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## EL ARRABAL DE SAN GINÉS.

(Conclusion.)

Al estremo de la calle Mayor, en la acera de enfrente de este palacio, se fundó por Felipe II, á mediados del siglo XVI, el convento de padres agustinos calzados de *San Felipe el Real*, que ha existido hasta nuestros dias, en que fué derribado después de la esclaustracion, y sustituido por las suntuosas casas del señor *Cordero*. En dicho convento era notable, y merecia haber sido conservado, el claustro ó patio principal, obra de Francisco de Mora, bajo la traza de Andrés de Nantes; y era tambien célebre por la espaciosa lonja alta que corria delante de su fachada á la calle Mayor, conocida bajo el nombre de *las Gradas de San Felipe*, y tambien por *las Covachuelas*, á causa de las treinta y tantas tiendas de juguetes abiertas debajo de ella. Las Gradas de San Felipe, reunion de noticieros y gente desocupada, como ahora la Puerta del Sol, juegan un papel muy importante en las no-

(1) Véanse los artículos anteriores.

velas de Quevedo, Velez, Torres, Zabaleta y demás escritores de las costumbres de los siglos XVII y XVIII.

El trozo de la *calle Mayor* hasta la puerta de Guadalajara ofrecía el aspecto de que aun hemos podido juzgar por el resto de caserío que ha llegado hasta nosotros, y sido sustituido en nuestros tiempos por otro mas elegante. Aquel caserío, destinado principalmente á tiendas y comercios, era en lo general de extraordinaria elevacion, con tres y cuatro pisos (cosa rarísima entonces en Madrid), aunque en tan reducidos espacios que apenas ninguna casa llegaba á tener mil piés superficiales, y muchas, las mas de ellas, no llegaban á cuatrocientos. Por bajo de sus pisos principales corrían los muy útiles aunque mezquinos soportales apellidados de *Manguiteros* y de *Guadalajara* á la derecha, y de *San Isidro* y *Pañeros* á la izquierda, que han ido desapareciendo después en su mayor parte con las nuevas construcciones; siendo lástima que no haya podido seguirse, por respeto al interés privado, el sistema de sustituirlos por otros mas elevados y espaciosos, como se empezó á hacer algun tiempo y se abandonó después, pues realmente su utilidad en una calle tan espaciosa y casi siempre bañada de sol, por su direccion de Oriente á Poniente, era incontestable.—En el portal llamado de *San Isidro* (que cayó hace pocos años), y en el sitio donde está la casa de baños del mismo título, se hallaba el pozo que segun tradicion abrió el mismo santo en una alquería ó casa de campo en que vivía fuera de la puerta de Guadalajara, una señora principal á quien llamaban Santa Nufra, por su gran recogimiento y virtud.

A la esquina de la calle de *Bordadores*, frente á la Mayor, existía tambien hasta hace pocos años, en que ha sido derribado y sustituido por un mercado y galería cubierta, la casa que fué profesa de los padres Jesuitas é iglesia de San Francisco de Borja, que estaba ocupada desde la estincion de aquellos por los clérigos menores de *San Felipe Neri*, que tuvieron antes la suya en la plazuela del Angel. En este templo de San Felipe Neri, que era de muy buena forma, y no merecía ciertamente ser destruido sin necesidad, se hallaba colocado en su altar mayor el precioso cuerpo de *San Francisco de Borja*, duque de Gandía y marqués de Lombay, general de la compañía de Jesus y ascendiente de los duques de Osuna y de Medinaceli, que su nieto, el célebre duque de Lerma, primer ministro del rey Felipe III y después cardenal, hizo traer de Roma, para colocarlo en la iglesia contigua á su casa, sita en la calle del Prado, adonde ha vuelto á ser trasladada aquella venerable reliquia después de la estincion de las comunidades religiosas.

La *calle Mayor*, sin la interrupcion ya de la puerta de Guadalajara, y formando una sola y ancha via con la de las *Platerías* y de la *Almudena*, ha sido, como es de suponerse, teatro de las mas espléndidas escenas de la corte y de la villa; las entradas, proclamaciones y desposorios de los reyes, las procesiones y actos públicos religiosos é históricos, han dado lugar en ella á las mas solemnes funciones, á suntuosos alardes de magnífico esplendor que seria prolijo relatar. Arcos de triunfo, remedo mas ó menos perfecto de los suntuosos del pueblo rey; doseles y colgaduras; magníficos altares y estrados; ricas y vistosas tapicerías, y hasta galerías de cuadros originales de nuestros grandes artistas, decoraron su ámbito y el frente de las fachadas de sus casas en ocasiones solemnes, desde que montados en sendas mulas ricamente ataviadas la atravesaron el César Carlos V y el rey de Francia su prisionero (después de restituida á este su libertad), porfiando cortésmente sobre cuál cedería la derecha, que al cabo tomó el emperador, hasta el último monarca D. Fernando VII en sus diversas entradas triunfales, y la reina actual Doña Isabel II en 1846, con ocasion de su matrimonio y el de la señora infanta con el duque de Montpensier.—En el siglo XVII además servía de paseo ó de *rua* para los coches y carrozas que encerraban á las altisonantes damas de la esplendorosa corte de los Felipes III y IV, y para los amartelados galanes, que á pié ó á caballo gustaban ostentar ante sus ojos su garbo y bizarría. A esta *rua*, que comprendía el trozo desde la Puerta del Sol á la de Guadalajara, se alude frecuentemente en los ingeniosos y caballerescos dramas de Calderon y sus contemporáneos.

Sabida es la venida del principe de Gales (después Carlos I de Inglaterra, que murió en un cadalso) á la corte de España en 1625, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta Doña María, hermana de Felipe IV. Habiendo partido misteriosamente de Londres el 2 de marzo, acompañado solo del marqués de Buckingham y de algunos criados, llegó á Madrid de incógnito el jueves 26 en la noche, apeándose en la casa del conde de Bristol, embajador de S. M. B., que moraba en la calle de Alcalá, á quien sorprendió inesperadamente su arribo. Difundida la nueva al siguiente dia por la capital, y avisados de ella el rey y su gobierno, pasó á visitar al principe el conde-duque de Olivares, acordándose que aquella noche se viesen en el Prado S. M. y A., como así se verificó, apeándose los dos simultáneamente de sus coches y abrazándose con mucha cordialidad y cortesía; entraron en seguida ambos en el coche del rey y continuaron su paseo mas de dos horas. El domingo siguiente hubo *rua* ó paseo por la calle Mayor, á que asistió

gran concurso de principes y magnates en sus carrozas, y todas las hermosuras de la corte. Encubierto tambien en una de aquellas recorrió el paseo el principe de Gales, acompañado de sus embajadores y séquito, á todos los cuales saludaron desde la suya el rey, la reina, los infantes y la princesa María. Otros varios dias duraron las entrevistas confidenciales ó indirectas en los paseos y en las calles, y desde las ventanas de los palacios respectivos, hasta que se señaló para la entrada pública el domingo 26 de marzo, en que se celebró con la mayor ostentacion.

Las calles que dirigen desde la Mayor á la Plaza, y son conocidas con los nombres de la *Amargura*, de *Felipe III* (antes de *Boteros*), y el *callejon del Triunfo* (antes del *Inferno*), no merecen especial mencion. A espaldas de la Mayor, y entre ella y la subida de Santa Cruz á la Plaza, se formaba, y aun existe en gran parte, un laberinto de callejuelas y de apiñadas casas, dedicadas á tiendas y almacenes de comercio, muy semejante al recinto morisco titulado la *Alcaicería* de Granada. Los nombres de estas calles son de *San Cristóbal*, del *Vicario*, de *San Jacinto*, de la *Sal*, *Zapateria de Viejo* (hoy de *Zaragoza*), y de la *Fresa*.

El aprovechamiento estremado del sitio, la estrechez y elevacion de las fachadas, y el descuido absoluto del ornato exterior, llegan aquí á su colmo, si bien la decoracion que forma el alarde de telas de las infinitas tiendas de lencería, otros comercios, la sombría luz y la animacion mercantil las hacen ser por manera interesantes; especialmente la de *Postas*, que es la arteria central de aquellas ramificaciones, y en donde apenas hay un solo portal ni un palmo de terreno que no esté destinado á aparador de telas y mercancías, ofrece bajo mas de un concepto grande analogía y puntos de comparacion con el *Zacatin* de Granada, la *calle Llana* de Toledo, la *Rua* de Salamanca, la de *Orates* de Valladolid, la de *Escudellers* de Barcelona, la de la *Sierpe* en Sevilla, y la de *Juan de Andas* en Cádiz.—En cuanto á la distribucion interior de las mezuquinas moradas de dichas calles, la Mayor, y generalmente las que servian de habitacion al vecindario en general, no se concibe ciertamente cómo en aquellos estrechísimos portales, ó mas bien profundas cavernas y callejones, en aquellas escaleras casi perpendiculares y sin átomo de luz, en aquellos aposentos reducidos y mal cortados, acertaban á penetrar y cobijarse los bizarros galanes del siglo XVII, con sus vistosas ropillas, capas, plumeros, gregüescos y valonas, y los tacones, tonillos y artificiosos tocados de las altivas damas del XVIII. Seguros estamos de que ocurrirá esta misma observacion á todo el que examine las casas particulares que aun se conservan de aquella época en sitios tan principales como la *Puerta del Sol*, *calle Mayor*, *Puerta de Guadalajara* y *Platerías*, y la única que ha quedado en pié (aunque ya muy corregida y aumentada), de la antigua Plaza Mayor, á cuyos balcones acudian de oficio á presenciar las fiestas de toros, cañas y torneos los magnates de la corte, los tribunales, los embajadores, la grandeza y la servidumbre real.—Pero esto de la *Plaza Mayor* es cosa demasiado importante para tocada por incidencia, y (como decia Cervantes) *capítulo por si merece*.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## PASEO POR ESPAÑA.

### LÉRIDA.

Es Lérida capital de provincia, ciudad de voto en Cortes, cabeza del corregimiento y del partido de su mismo nombre, obispado sufragáneo de Tarragona, y plaza de armas de bastante importancia en el principado de Cataluña.

Se halla situada á los 41°, 35', 15" latitud Norte, y á los 4°, 8' y 5" longitud Este, al Occidente de la antigua provincia de Cataluña, y á dos leguas y media del reino de Aragon. Distá de Madrid 79 leguas, de Barcelona 28, de Zaragoza 24, de Tarragona, Solsona y Cardona 16, de Balaguer 5 y de Talarñ 17.

El Segre, engrosado con las aguas de los dos Nogueras, Pallaresa y Ribagorzana y otros riachuelos, baña con apacible curso los muros de Lérida por la parte oriental, riega copiosamente una espaciosa vega de 15 yugadas de tierra, trasporta trigo, hierro, madera, etc., y uniéndose luego al Ebro caudaloso, camina con él á entregarse al mar. La campiña es fértil y hermosa cual otra alguna, produce toda clase de granos, legumbres, frutas etc., y nada es tan admirable como la huerta de Lérida en los placenteros dias de la primavera y del estío. Solo pueden compararse con ella las de Murcia y Valencia. El trigo necesario al sustento del hombre, el olivo productivo, el fuerte nogal, el cerezo hermoso, el fértil manzano, la pampanosa vid, todo nace, crece y vive en esta deliciosa vega, que por otra parte pudiera aun ser mejor, si su escesiva abundancia no enmoleciese el carácter

de sus poseedores, que contando únicamente con lo preciso para su sustento, olvidan las utilidades de la aclimatación y de más estenso cultivo.

La ciudad, ni interior ni exteriormente ofrece suficiente perspectiva para formar de ella un concepto agradable. Situada, como hemos dicho, en la orilla de un río y con una colina á sus espaldas, ha tenido que extenderse por los lados, presentando un frente de un cuarto de hora de estension. Rodéala una muralla casi inútil, con cinco puertas á que conducen los caminos de Barcelona, Zaragoza, Alto Aragón, Balaguer y montaña. Las calles son desiguales, á escepcion de la que corre desde la puerta de San Antonio á la de la Magdalena; las demás son muy penosas y solo dependencias de aquella. Contiene una plaza regular donde se celebran los mercados y las funciones públicas: llámase Plaza Mayor ó de San Juan, porque está en ella la iglesia parroquial de este nombre. Encierra 22 iglesias, pocas de ellas notables, y algunas de ningún mérito. La catedral moderna es un edificio verdaderamente magnífico. La sacristía, el retablo del descendimiento de la cruz, obra como todas las demás de D. Juan Adán, y uno de los dos órganos contruidos por el famoso D. Luis Scherrer, capitán de milicias suizas, llaman particularmente la atención por su distinguido mérito: la fachada principal es majestuosa, y al poner el pié dentro de la iglesia queda uno absorto sin saber qué admirar más, si la magnificencia de las tres naves, la elegancia de la arquitectura, ó el santo respeto que infunden aquellas elevadas bóvedas en que se fijan las miradas del observador.

El palacio episcopal, el seminario conciliar, el hospital civil y militar, el depósito de las aguas, y algunas otras casas particulares son los otros edificios más notables que encierra Lérida. El depósito de las aguas merece atención solo por el objeto á que se halla destinado: consiste en un subterráneo y dilatado espacio embalsado, con dos filas de columnas que sostienen el llano superior, llamado la Plaza de los Gramáticos. Recibe las aguas por una pequeña acequia, y se distribuyen á las siete fuentes de la ciudad por conductos también grandiosos, pues por ellos puede recorrerse subterráneamente hasta el punto más distante de la población: es obra todo del siglo pasado, de fuerte construcción, y puede contener agua para el abasto por cuatro meses.

El nuevo paseo hecho durante el gobierno del Excmo. Sr. D. Carlos Fabre Dánnoy, ha mejorado en mucho el aspecto de la ciudad, porque lo adornó con jardín, estatuas, surtidores y asientos; y aunque la agradable campiña ofrece paseos por todas partes y en todas direcciones, aquel es el solo que merece verdaderamente el nombre de tal.

La población de Lérida asciende á 20,000 almas con corta diferencia. No se cuentan en su recinto otras fábricas que de jabón, aguariente, curtidos, vidriado, una de papel de estraza y otra de cuerdas de violín. Labradores todos sus habitantes, á escepcion de los empleados, eclesiásticos y dependientes del tribunal de justicia, no se avienen con otra cosa que con la agricultura. En nada les importa que progresen ó no las artes y ciencias, porque su inclinación no es industrial. Así se ven en Lérida tan pocos artesanos que merezcan nombradía. El comercio se halla reducido á los mercados semanales y al tráfico por menor.

Nada más descuidado hasta ahora en Lérida que la instrucción y diversiones públicas. Ambos ramos se han considerado quizás de poco interés, y esta consideración ha sido indudablemente causa de la falta de moral y de civilización que se advierte en esta parte de España. El que con la instrucción favorece sus luces naturales, ni es tan propenso á saltar la línea de sus deberes, ni se preocupa dejándose arrastrar á la seducción tan fácilmente como los habitantes de este país. ¿En qué consiste sino en esto, que la capital presente un catálogo de criminales mucho menor que el de los pueblos donde ni aun se sabe que pueda mejorarse la educación? Nadie puede formarse una idea exacta del estado en que se encuentra la instrucción pública en la provincia de Lérida sino el que la haya recorrido ó viva en ella. Las diversiones públicas contribuyen no poco á la ilustración de los talentos, y á establecer las virtudes que echamos menos en los corazones de tantos hombres. Mientras en Barcelona, el teatro, los paseos y las fiestas particulares enseñan, civilizan y divierten al artesano y al caballero, en Lérida las tabernas y los juegos prohibidos acaban de corromper los ánimos y desarraigar las semillas de ilustración que el progreso del siglo ha de echar forzosamente doquiera que los hombres forman sociedad.

Inveterada en este país la rusticidad por preocupaciones de centenares de años, y arraigada fuertemente en todos los pechos, el cuidado y esmero se ha de dirigir, no á destruir estas preocupaciones, porque ya es imposible en la generación presente, sino á evitar que prendan con tanta raíz en la que nace, procurando inculcar máximas que por evidencia contrapesen el prestigio de la antigüedad de los reinantes. De ningún modo puede esto conseguirse mejor que estableciendo ámpliamente la instrucción popular, planteando escuelas en que se regu-

larice la educación, y proporcionando diversiones que enseñen la virtud y la moral.

Por otra parte, el carácter de estos paisanos es sencillo hasta el extremo, y sus costumbres participan de esta sencillez; costumbres que raramente se alteran, y que no es fácil cambiar porque no se han formado en esta generación ni en la pasada, sino que las dejó en el país la dominación árabe, y conservan aun el carácter de tales.

Célebre Lérida en la antigüedad por el papel que le cupo representar en el drama de las conquistas y usurpaciones de los romanos, en las disensiones de los reyes de España, por sus nobles hechos, por su ilustración, hoy injustamente figura bien poco en el mapa español. La historia no alcanza la época de su fundación. Unos celtiberos la habitaron primeramente, denominándola Illerda, de su apellido Illergetes, constituyéndola capital de sus pueblos, y fijando en ella la residencia de sus jefes ó régulos. Presenció las guerras entre cartagineses y romanos, alternando entre ambas potencias, y haciéndose ora amiga de los primeros, ora partidaria de los segundos, hasta que estos la subyugaron haciendo perecer á los últimos régulos Mandonio é Indivil, víctimas de sus esfuerzos para lograr la independencia de su país. Los generales de Pompeyo la quitaron su nombre primitivo, dándole el de *Mout-public*, que conservó hasta que César, viniendo sobre ella, la llamó otra vez Illerda, concediendo á sus moradores muchos privilegios.

Strabon, Ptolomeo, Plinio, Lucano, César, Tito Livio y otros muchos autores célebres de la antigüedad hacen honorífica mención de Illerda, á la cual nombran también Athanagia: algunos han creído que este es el apellido antiguo de Tàrraga ó Manresa; pero nosotros, con Mr. de Marca, preferimos creer que aquel nombre significa lo mismo que el de Illerda, porque ningún autor habla de la destrucción de Athanagia, y es inverosímil que se hubiera ocultado á los historiadores una capital que hubiese sido destruida por un sitio ú otra cualquiera revolución notable.

Las guerras civiles entre César y Pompeyo comenzaron por la sangrienta batalla de Lérida el año 704 de Roma. A la vista de ella, Petronio y Afrania, lugar-tenientes del segundo, contuvieron durante muchos meses al formidable ejército cesariano. En las llanuras á ella inmediatas las tropas de ambos caudillos trabaron reñidísima batalla, que si no tan memorable como la de Munda, que decidió la suerte de sus partidos, es muy célebre en los fastos históricos. El emperador Octavio dió á Lérida el título de Municipio, con el derecho de batir moneda; y ya tenía entonces nombradía, y era considerada como una de las poblaciones de más comercio y literatura, en tanto que los romanos la preferían para vender en ella sus libros. Como la navegación del Segre al Ebro y de este al mar debía producir necesariamente un tráfico continuo, aumentaron de modo los habitantes de esta ciudad, que no cabiendo ya en su recinto se vieron obligados á extenderse por el país circunvecino; fundando varias poblaciones, de que no nos queda noticia individual. No obstante, Ptolomeo cita como fundación de los Illergetes á Bergasia, Subcosa, Gallica Flavia, Orgia, Belgidum, Celsa, Osea, Burtina, Erga y otros, cuya situación particular no fija, y que por lo mismo ignoramos. Los mapas de Mr. d'Auvville sitúan los pueblos Illergetes después de los vascos, que los limitaban por Occidente, haciéndolos confinar con los montes Pirineos y los pueblos cercanos al Norte, el Ebro y los edetanos al Mediodía, y los lacetanos al Oriente.

No menos célebre se nos presenta Lérida en tiempos menos remotos: dominada por los godos, subyugada por los sarracenos, que la llamaron *Lerda*, en 716; conquistada por Ludovico Pio en 791; reducida segunda vez al poder de los moros, y situada en vano en 1125 por el rey D. Alfonso el *Batalador*, fué restaurada por D. Ramon Berenguer, rey de Aragón y Cataluña, en 1149. En 1410 sufrió no pocas calamidades con motivo de las disensiones entre los bandos de los Cercomes y Navés. Sublevóse á breve tiempo contra su soberano D. Juan II, siguiendo el partido de su hijo el príncipe de Viana; pero un estrecho sitio de sesenta y siete días, en que las tropas reales apuraron todos los medios para rendirla, y en que esta plaza sufrió un hambre cruel de que hay pocos ejemplares, la hizo volver á su deber, y el rey entró en ella el 6 de julio de 1464.

Más valiente se manifestó aun esta orgullosa ciudad, y mayores fueron sus contratiempos, en la guerra insurreccional encendida en Cataluña á mediados del siglo XVII. El brillante ejército del marqués de Leganés desmayó á vista de sus muros cuando se dirigió contra ella en 1642, y á pesar de ventajas conseguidas en una acción parcial, no se resolvió á formalizar su sitio: hizo lo D. Felipe de Silva después de dos años; pero no lo terminó hasta pasados tres meses, y á costa de mucha sangre, grandes sacrificios, y mediante muy honrosa capitulación. El rey Felipe IV, que pasara en persona á dirigir el sitio, entró triunfante en Lérida el 7 de agosto de 1644. Las armas francesas la cercaron en vano para recuperarla en los años 1646 y 1647, dejando eclipsado el crédito que en otras campañas había ganado el conde de Harcourt, que vió durante siete meses ser insuficiente contra Lérida su formidable ejército de franceses y catalanes; y en treinta y nueve días

el héroe de la Francia, Condé, no pudo conseguir mas que dar nueva gloria á la arrogante plaza.

Finalmente, en 1707 padeció otro nuevo sitio por un ejército francés al mando del duque de Orleans, y tan impotentes hubieran sido los esfuerzos de este jefe como lo fueron los de Harcourt y de Condé, si después de dos meses la falta de viveres y de agua no precisara al noble gobernador, Enrique d' Armstad, á rendirse; pero con el permiso para que la guarnicion de dos mil hombres saliese libre con todos los honores de la guerra; bajo cuya condicion, y otras no menos honrosas, el rey Felipe V ocupó á Lérida el 21 de noviembre del mismo año.

No fueron solos hechos de armas los que dieron celebridad á la antigua Lérida. Hemos visto cuánto la apreciaban los romanos por su literatura y comercio. De siglos muy remotos tuvo universidad literaria, que destruida por las guerras de los mismos romanos, y restablecida en 1500 por D. Jaime II, con prohibicion absoluta de que se estableciera estudio general en otra parte, fué trasladada á Cervera por el señor D. Felipe V. Esta universidad produjo esclarecidos varones y famosos literatos. En ella recibieron sus grados S. Vicente Ferrer y el pontífice Calixto III. Los reyes de Aragon residieron en Lérida algunos años, y aun se conoce una parte del actual castillo principal con el nombre de palacio del rey D. Jaime: en su catedral antigua se conservan muchas apreciables inscripciones y antigüedades, entre ellas los sepulcros del rey D. Alfonso IV, de los condes de Cardoua, de D. Luis Requesens, de D. Nicolás Morateli, de un hijo de D. Pedro el Católico, y otros cuyos huesos se trasladaron á la catedral nueva. En Lérida se han celebrado congresos: el mas notable fué el de 1246, tenido para ventilar el derecho que el rey D. Jaime II tenia sobre la corona de Ma-

llorca; Cortes, en las que tiene voto, y finalmente concilios; de los cuales son notables en la historia el celebrado bajo el reinado de Amalrico, en 8 de agosto de 584, en el cual se hicieron diez y seis cánones sobre la disciplina, segun lo refiere Fleuri en su historia eclesiástica; y el otro, de que hace mencion Mariana, tenido en setiembre de 1246, para levantar el entredicho que el papa Inocencio III habia puesto á Aragon, y reconciliar con la Iglesia al rey D. Jaime I, imponiéndole diferentes penitencias.

Las Cortes mas célebres juntadas en Lérida son las de 1214, presididas por el legado del papa, en las que D. Jaime I fué jurado rey de Aragon no contando aun diez años. Las de 1218, en las que este monarca terminó sus diferencias con su tío el conde de Provenza; las de 1274 y 1275, convocadas tambien por D. Jaime I para acallar las pretensiones de los ricos-hombres de la corona; las de 1356, en que con preferencia á Barcelona se prestó juramento de fidelidad al rey Don Pedro IV, y las de 1537, que congregó este para resolver la guerra contra Castilla y las asistencias que debian darse á Cataluña.

Una paz de un siglo habia curado los infortunios que dos guerras encarnizadas y cuatro sitios crueles, en el corto espacio de sesenta años, habian acarreado al valeroso pueblo de Lérida, cuando el levantamiento de 1808 le empeñó en otra lucha mas sanguinaria y desoladora que las antecedentes. La ciudad habia recobrado su antiguo esplendor; sus edificios estaban reparados; habianse construido otros; su agricultura, su comercio, su poblacion, su industria, se hallaba en un estado de prosperidad envidiable; y ahora..... ¡lamentemos los efectos de las guerras!!



## ASTRONOMIA.

### LA LUNA.

La luna crece, mengua y se disipa cada mes, y da vuelta en el espacio en sentido opuesto al movimiento general. Mientras que cada día parece salir y ponerse como los demás astros, desde Oriente á Occidente, deja adelantarse á las estrellas, ó mas bien retrocede trece grados; y este movimiento particular, por medio del cual la luna se retira poco á poco hácia Oriente, durante el mismo espacio de tiempo que como los demás astros tarda en ponerse, se llama movimiento periódico; movimiento real, peculiar á este planeta. Durante el espacio de veintisiete dias y ocho horas, la luna, que habrá pasado cerca de alguna hermosa estrella, se aparta, se aleja, da la vuelta al cielo, vice-versa del movimiento diurno ó comun, y revuelve al cabo de veintisiete dias, hasta colocarse al lado de la propia estrella.

Cuando la luna da toda su vuelta en el espacio, tornando al lado de la misma estrella, no por eso revuelve del propio lado que el sol, porque durante veintisiete dias el sol avanza en un círculo de veintisiete grados hácia Oriente; volviendo á encontrarse la luna en connexion con el sol, ni mas ni menos que se ha encontrado al principio del mes: esta vuelta hácia el sol se realiza en veintinueve dias, doce horas y cuarenta y cuatro minutos.

La aparicion de las fases ó diferentes figuras de la luna se verifica

durante el mismo intervalo: esto es lo que se llama mes lunario.

La luna aparece llena cuando se muestra con referencia á nosotros con el directo reflejo del sol, que la dirige cuando se halla bajo nosotros.

Si el sol está de costado, se refleja en la luna del mismo modo, y no es posible que veamos mas que la mitad del reflejo: la luna así aparece en cuarto. Si el sol se encuentra mas alto que la luna, alejado de modo que esta se halle en medio, la envia tambien su reflejo; pero entonces nosotros no lo advertimos, porque el reflejo está del lado opuesto á la faz que la luna nos presenta: así la luna es invisible hasta que después de algunos dias aparece con la forma de luna nueva.

Después de haber totalmente desaparecido por espacio de tres ó cuatro dias, la luna reaparece durante el crepúsculo, al Occidente, al terminar la postura del sol, en la forma de cuarto creciente, con las puntas vueltas hácia lo alto, en oposicion al sol. Esta primera aparicion es la Neomenia ó Novilunio, que festejaban los antiguos de todas las naciones. La luna continúa avanzando hácia el Oriente por movimiento propio, y se aumenta en brillo: su creciente es mas considerable: poco á poco forma semicírculo, y aparece en cuarto cuando se aleja 90 grados del sol. Esto se llama el primer cuarto. Siete ú ocho dias después se presenta llena, redonda y luminosa; y brilla durante la noche entera, elevándose desde que se pone el sol; comprendiéndose perfectamente que el sol está opuesto á ella, intermediendo la tierra.

Los siguientes dias la luna va perdiendo poco á poco su brillo, su duracion y su disco aparente: levántase mas tarde; solo alumbrá la mitad de la noche, y de nuevo presenta un círculo que solo brilla en la mitad: este es el último cuarto. Algunos dias mas tarde, conti-

nuando en su aproximacion al sol, es solo un creciente que aparece por la mañana hácia el Oriente antes del amanecer, las puntas hácia lo alto, en oposicion al sol; pero desvaneciéndose poco á poco así de brillo como de cuerpo, se pierde entre los rayos del astro soberano, desapareciendo totalmente.

## ANTIGUEDADES DE GALICIA.

### SEPULCRO DEL ALMIRANTE CHARINO

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

La conquista de Sevilla en el siglo XIII, así como la prision de Francisco I en la batalla de Pavia, han sido origen de esforzadas polémicas históricas sobre la adjudicacion del triunfo de Galicia ó Vizcaya y Cataluña. El rompimiento del puente de barcas sobre el Gua-

dalquivir es disputado entre Ramon Bonifax, natural de Burgos, y Payo Gomez Charino, natural de Pontevedra. En la batalla de Pavia, gallegos y catalanes custodian al monarca francés, cuya espada pertenece al valeroso Pita da Veiga. Los cronistas y anticuarios buscan los privilegios de los archivos y los monumentos arqueológicos de las ciudades, para justificar el merecido renombre de los héroes. El P. Gándara repara la omision de algunos escritores españoles, publicando en su obra *Armas y triunfos de Galicia*, el privilegio dado por el emperador Carlos V al gallego Pita da Veiga, por la prision de Francisco I de Francia: en vista de este documento copiado literalmente, solo se puede apelar á la calificacion de apócrifo para ofrecer á Cataluña la gloria que le pertenece á Galicia. Por nuestra parte buscamos en la iglesia de San Francisco de Pontevedra el sepulcro de Payo Gomez Charino, para que el dedo de lo pasado guie nuestras miradas en la lectura de la antigua inscripcion que atribuye al quinto almirante de España la atrevida y peligrosa tentativa de romper el puente de barcas que ponía en comunicacion á Sevilla con el barrio de Triana. Esta empresa no menoscaba ni destruye la gloria del jefe de la flota armada en Vizcaya y reforzada en Galicia, así como tambien respeta



el noble y patriótico alarde de Santander que ha llevado al escudo de sus armas la copia de la principal embarcacion construida en su muelle, para formar parte de la escuadra conquistadora. El excesivo celo de algunos cronistas ha imposibilitado el prudente y razonado deslinde histórico en los sucesos de merecida nombradja, porque han creído equivocadamente que establecer las graduaciones naturales de las conquistas, de la inteligencia ó del valor, equivalía á autorizar una viciosa participacion de gloria. Bien habrá podido suceder que Ramon Bonifax, jefe de la flota dirigida contra Sevilla, se haya distinguido por su pericia y arrojo; tambien merecerá un lugar distinguido en esta conquista memorable el astillero donde se ha construido la capitana de la tripulacion; empero la memoria del aguerrido burgalés y el recuerdo del arsenal de Santander no pueden menoscabar el esforzado arrojo de Payo Gomez Charino, jefe de los mareantes de Pontevedra. La experiencia ha confirmado que los acontecimientos públicos son llevados á cumplido término por diversas circunstancias que el valor ó a inteligencia saben utilizar con arriesgada fortuna. Cada cual ocupa su posicion: todos son dignos del renombre perpetuado

entre las generaciones venideras. Algunas veces el héroe no es mas que el realizador de un sistema debido al oscuro veterano, y la temeridad alcanza el laurel de la victoria, cuyas hojas no tocarian el cálculo y la prevision. Bonifax seria la cabeza que dirigiria con su pensamiento la peligrosa empresa de interrumpir las relaciones de los moros de Sevilla y el barrio de Triana: Gomez Charino seria el nervudo brazo que habrá desatado con resuelto coraje el puente de barcas. Después del triunfo se recordaria el arsenal de Santander por la capitana de la flota, como el símbolo de la victoria que han procurado inmortalizar la Sevilla cristiana y los puertos de Santander y Pontevedra.

Busquemos en las crónicas y nobiliarios la relacion genealógica del almirante Payo Gomez Charino, y recordemos los festejos públicos que han perpetuado entre nosotros su memoria, antes de presentar á nuestros lectores, como una medalla arqueológica, la descripcion de su sepulcro, cuya copia estampamos al frente de este artículo.

Los historiadores españoles estan acordes en la organizacion de la flota y en la participacion que han tenido los mareantes de Ponte-

vedra en la conquista de Sevilla. Ramon Bonifaz, ciudadano de Burgos, organizó en Vizcaya una armada compuesta de trece naves de guerra, por orden de San Fernando, y al doblar el cabo de Finisterre se le reunió Payo Gomez Charino con las embarcaciones que había tripulado en Pontevedra. El rey fijó sus reales en Tablada, y entregó el mando de las tropas, acampadas en la aldea de Alfarche, al maestro de Santiago, D. Pelayo Perez Correa.—Ortiz de Zúñiga (4) asegura que la toma del puente de barcas que unía el barrio de Triana con Alfarche, reforzando sin interrupción las fuerzas de los moros, fué propuesta por San Fernando á Ramon Bonifaz y á otros pláticos de el ministerio náutico. «Tenian los moros de Sevilla, refiere la crónica, una puente de madera fecha sobre barcas amarradas con muy recias cadenas de hierro por do pasauan de Seuilla á Triana y á toda aquella parte de el rio.» Entonces se armaron dos naves para que favorecidas por el viento, rompiesen el puente con el choque de las proas. Estas dos barcas, segun la tradicion que se conserva en Pontevedra, pertenecian á los mareantes de Galicia. Era el 5 de mayo de 1247. Los bajeles de remo y vela presentaron sus proas revestidas con planchas de hierro, y entre el fuego que los dirigian desde el mismo puente, el arsenal y el castillo de Triana, rompieron la cadena que sujetaba las barcas y facilitaron la gloriosa conquista de Sevilla. Los naturales de Galicia cooperaron por mar y tierra á esta celebrada victoria. Oigamos el mencionado análisis de Sevilla.—«D. Juan Arias, arzobispo de Santiago, á el ejemplo de otros prelados que personalmente asistian á este famoso sitio, vino á él, con una lucida compañía de caballeros gallegos con que se alojó cerca del arroyo Tagarete, á zia aquella parte, que anegando sus aguas el prado de Santa Justa, los vapores que levanta el sol en el verano, llenan de humedad nociva el aire, con ofensa de las cercanas habitaciones.»

El rompimiento del puente de barcas fué el precursor de la entrada de los soldados cristianos en la ciudad morisca. Ramon Bonifaz, para quien había instituido S. Fernando en 1246 la nueva dignidad de *Almirante de mar*, que después «los reyes proveyeron siempre... en caballeros de las mas principales casas de sus Reynos y mas experimentados en negocios de Navegacion,» (2) realizó el pensamiento del monarca entre los peligros de la guerra y los temores de la indecision. Su capitana, fabricada en Santander, ocupó desde 1248 uno de los carteles del escudo de esta ciudad (3), y el cabildo de Sevilla copió esta embarcacion en el primer sello con una imágen de la Virgen en la proa y la señal de la cruz en la gavia. En uno de los jerglíficos que decoraban el monumento levantado en la catedral de Sevilla para solemnizar en 1671 la canonizacion de S. Fernando, se pintó un bajel de velas hinchadas, con coronas reales en las gaviatas, en medio de resplandores, atravesando el Guadalquivir para romper el puente de barcas de Triana, con este mote, alusivo al nombre del rey:

*Fer-nando salutem*  
Baxel de curso tan fiel  
Que dió la salud nadando  
Llamariase *Fer-nando*.

Después de diez y seis meses de asedio entró S. Fernando en Sevilla el 2 de diciembre de 1248.

Las *naos*, que desde entonces precedieron anualmente á la procesion del Corpus en Sevilla y Pontevedra, y la supresion de los derechos de anclaje, que fué respetada entre los marineros de ambos puertos, revelan la decisiva parte que los mareantes gallegos han tomado en la conquista realizada por el monarca católico.

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

Nuestro héroe, al verse engalanado de este modo, no espermentó la alegría propia en un jóven de su edad, comprendiendo acaso la vulgaridad de sus ridículos atavios, y se dirigió hácia T... sin dema-

(1) Anales ecles. y secul. de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.—Libro I. Era 1285. Año de 1247 (Madrid, 1677).

(2) Salazar de Mendoza en su obra «Monarquía de España.»—Tomo I.—Lib. II. Cap. VI. (Madrid—1770.)

(3) Segun Moya (Basso heróico, declaración de las empr. armas y blasones con que se ilustran y conocen los princip. reinos, prov. ciud. y villas de España) esta ciudad tiene un escudo partido: en el primero una nave sobre aguas, y en el segundo un castillo sobre oro.

siada prisa ni curiosidad, vibrando una larga vara que el pastor de su casa había llenado de labores á manera de jerglíficos. No obstante, cuando llegó á la plaza del pueblo, quedóse sorprendido viendo la multitud que la inundaba; pues debemos advertir que, sea por cordedad de genio ó indolencia, ó por ambas cosas reunidas, Mario jamás había traspuesto la colina á cuyo pié el lugar está fundado, mediante á que los dias de misa de precepto asistia en compañía de Marciana á la que se celebraba en la capilla del cementerio, fundada hacia muchos años por uno de los antepasados del propietario de la quinta de que hemos hablado al principio de esta historia: no se debe pues extrañar su asómbro, supuesto que nunca había visto tanta gente reunida.

Sin embargo, se adelantó resueltamente, y después de penetrar en la iglesia á duras penas, y permanecer allí un momento, salió á la plaza y se confundió con la multitud. Unos cuantos mozos y otras tantas aldeanas improvisaron un baile al son de un clarinete y un violin que tocaban dos de esos músicos vagabundos, que desde las márgenes del Rhin se estienden por toda la Europa, y Mario estuvo un rato observando esta danza, notable solo por su monotonía, pues consiste únicamente en alzar los piés á compás, sin moverse casi de un mismo sitio; pero como no hallase en el baile, en el bullicio de la gente, ni en los gritos de los vendedores de rosquillas de azafran, las diversiones de que Marciana le hablara, dejó el pueblo, y volvió á su casa tan triste y cabizbajo como había salido de ella.

Marciana le abrumó con sus preguntas, y sacó en consecuencia que el pobre jóven se había fastidiado de muerte; mas no queriendo achacarlo á idiotismo, y no pudiendo persuadirse de que Mario fuese un tonto, como afirmaban las pocas personas que le conocian, le aconsejó volviere por la tarde al lugar y tomase una parte mas activa en las diversiones populares.

El jóven, sin comprender demasiado lo que le decia, se encaminó á T... segunda vez, á la hora en que el toque de las campanas anunció la salida de la procesion, y llegado que hubo, presenció con la misma indiferencia de por la mañana todas esas ceremonias sencillas y ridiculas á la par de las funciones de aldea. Acabada que fué la funcion de iglesia, comenzó el baile en la plaza del pueblo á la puerta de la casa del alcalde que le presidia sentado gravemente en un banco al lado del cura párroco, y rodeado de las personas mas notables del pueblo; pero esta vez no era un baile parcial como el de por la mañana, sino una diversion general en la que tomaban parte casi todos los mozos y todas las jóvenes del lugar. La orquesta, tambien mas brillante y animada, se componia de un violin, arañado no muy mal por el secretario de ayuntamiento, de una guitarra rascada no muy bien por el barbero, de una flauta que soplabá el sacristan, y de unos platillos que golpeaba el herrero con notable brio y destreza; y al compás de esta música estrepitosa dabanzan aquellas gentes con la mayor alegría, olvidando la vida de trabajos y privaciones á que la fortuna los había destinado.

Mario se aproximó al corro del baile, que ocupaba casi toda la plaza, observó los movimientos de la danza, hizo por aprender las palabras con que los mozos sacaban á bailar á sus parejas, y fijando la atencion en una graciosa morena de quien al parecer nadie se acordaba, llamó en su auxilio los consejos de Marciana para vencer su timidez, y se acercó á ella murmurando torpemente las frases de estilo. La aldeana le miró sorprendida; mas luego, observando el ridiculo traje de nuestro héroe, y su rostro turbado y casi estúpido, prorumpió en una estrepitosa carcajada, cuya hilaridad vino á aumentar un robusto mocton, amante de la jóven, que por una fatal casualidad conocia á Mario de verle trepar por los cerros, el cual, con voz fuerte y afectando un grotesco respeto, exclamó:

—Buenas tardes, señor Mario *el tonto*.

Cuyas palabras, hallando eco entre la multitud, fueron repetidas, especialmente por los muchachos, que gritaron muchas veces: «buenas tardes, señor Mario *el tonto*,» entre las zumbas y chanzas mas groseras.

Imposible seria espresar lo que pasó en el corazon del jóven durante aquellos instantes en que se vió objeto de la atencion general. Su genio altanero é impetuoso, única herencia de su padre, se exaltó en él hasta un grado indecible; sus ojos se turbaron; su frente, orejas y mejillas abrasaban como si las aplicasen carbones encendidos; vibró su vara con un movimiento convulsivo, é iba á lanzarse contra aquella muchedumbre para desahogar en ella la rabia que le devoraba, cuando afortunadamente el pastor de su casa, que le había visto desde lejos, y conocia los arrebatos de su genio, se acercó á él, y cogiéndole por el brazo le sacó de entre la gente en un estado de cólera y exaltacion insaplicable.

El viento de la noche refrescó su cabeza, y entonces, sin pronunciar una palabra ni detener su marcha un solo instante, se alejó del pueblo, maldiciendo la hora en que puso los piés en él, evocando un recuerdo de ódio contra sus habitantes, y aun experimentando cierto

movimiento de disgusto contra Marciana, causa primordial aunque inocente de su humillación.

De vuelta á su casa sufrió las preguntas de aquella en un obstinado silencio; pero todavía tuvo que pasar por nuevas contrariedades, porque su padre, que habia presenciado el lance, y que aquella noche se retiró mas temprano que de ordinario, soltó acerca de él irónicas chanzas, que Mario devoró llamando en su auxilio todo su desdén y menosprecio.

Marciana, que supo después por el pastor cuanto habia sucedido, nunca, desde entonces, le instó para que volviese al pueblo; de modo que el jóven pasó aun otros dos años sin salir del bosque donde naciera, durante los cuales las cosas siguieron en el mismo estado que anteriormente, sin otra diferencia mas que de día en día la anciana, que rayaba ya en su sétimo lustro, se encorbaba hácia la tierra, mientras que el ejercicio y el aire de las montañas desarrollaban poco á poco el físico, ya que no la inteligencia del adolescente. No obstante, en la época en que comienza esta historia, y á pesar de su vida campestre, Mario era pequeño, delgado, nervioso: sus cabellos negros y encrespados caían sobre la frente, ocultando casi sus ojos de color indefinible: el de su rostro, pecho y brazos se ignoraba cual era; tan cortidos estaban por la acción del aire y del sol; y finalmente su aire de abandono y el desaliño de su vestido indicaban la tristeza é indolencia de su carácter.

### III.

#### Un encuentro.

En un hermoso día de primavera, Mario, segun su costumbre, se levantó con el alba, y después de desayunarse en compañía de Marciana salió de su casa con objeto de llevar el almuerzo al pastor, que á la sazón habia sesteado su ganado en lo alto de los cerros, y aprovechando el buen tiempo, por evitarse el trabajo de volver todas las noches á la alquería, pernoctaba en el campo, donde habia construido un pequeño chozo para sí y un redil para las ovejas.

Corrian los primeros días de junio, y hacia ya mucho tiempo que los prados, valles y montañas habian adquirido todo su verdor y lozanía.

La mañana estaba tan templada, tan pura, tan serena, que aun cuando nuestro héroe gozaba con frecuencia de este espectáculo, no pudo menos de prorumpir en un grito de júbilo y admiración. Imposible seria dar una idea de la transparencia de la atmósfera: habia en ella otra cosa mas impalpable, mas ligera que el aire, mas sonora que la brisa y que el susurro de los árboles y corrientes campesinas, más perfumada que las emanaciones de las plantas y de las flores: una esencia ideal y suave que se identificaba con el éter, con la sávia, con el prisma, ó que mas bien era el conjunto de todas estas cosas.

El cielo, ligeramente velado por nubes blancas y de color de rosa, mostraba á través de ellas un azul claro, que junto á la cima de los montes tomaba tintas mas sombrías y menos suaves. El sol inundaba ya con su fuego las cumbres mas elevadas, é iluminando las copas de los olivos, hacíalas parecer de plata, en tanto que las ramas próximas al tronco ostentaban un verde áspero y oscuro. Grandes sombras reinaban todavía en el fondo del valle, que parecian mayores á causa de la viva luz que doraba las alturas. Las golondrinas comenzaban su tortuoso vuelo, los vencejos atravesaban por el espacio con las alas casi recogidas y rápidas como una flecha, los mirlos se posaban sobre los vallados, y las alondras se cernían en el aire ó volaban formando grandes círculos verticales.

Mario se internó en el bosque gozando de este espléndido panorama. Nunca habia hallado tantos encantos en las maravillas de la naturaleza: parecia que su alma, adivinando las inmensas sensaciones que habian de agitarla aquel día, se preparaba de antemano á ellas, al modo que los neófitos de las antiguas sectas se purificaban intelectual y materialmente antes de ser iniciados en sus misterios.

El jóven marchaba despacio, costeando la márgen del riachuelo que atraviesa el valle, cuando se detuvo sorprendido á vista de un objeto inesperado y casi nuevo para él. Una yegua negra, de corta alzada, estampa esbelta, largo cuello y cabeza amartillada y pequeña, atada á las ramas de un olmo por medio de dos cordones de seda que la servían de brida, rumiaba tranquilamente la yerba fina y tierna que verdeaba el prado, tronchando al mismo tiempo con sus descarnados piés las campanillas y margaritas silvestres que la matizaban. Una pequeña silla de taflete con una especie de media luna en su arzon delantero, y un solo estribo al lado derecho, constituían el arreo de aquel noble animal, cuyo origen árabe hubiera conocido otro mas inteligente que Mario, el cual sin embargo notó la diferencia que mediaba entre esta elegante cabalgadura y los rotines de la aldea.

Esta fué la impresion primera, la primera revelación, digámoslo así, de otro orden de cosas mas elevado y perfecto de las que hasta entonces le habian rodeado; la iniciación vaga é indefinible de otros

deseos y otras necesidades distintas de las que hasta entonces constituyeran su existencia; la despedida de la vida material, la entrada en el mágico y peligroso recinto de las ilusiones, de los ensueños y de la vida del alma.

Detúvose largo tiempo admirando las formas finas á par que gallardas, y la mirada inteligente de la hermosa yegua, que alzando la cabeza cuanto le permitían las riendas que la sujetaban, le vió acercarse sin el menor recelo; mas luego, juzgando que el dueño de aquel animal no debia hallarse lejos, miró en derredor suyo, y no viéndolo persona alguna se dirigió hácia un sitio donde creyó encontrar el objeto que buscaba, por la siguiente circunstancia:

Uno de los marqueses de Guadalupe, abuelo del actual poseedor de este título, á cuya familia pertenecía la quinta, junto á la que termina el bosque por un lado, mandó construir una especie de silla de madera, en un paraje en que aclarando la aspereza forma al modo de un gabinete de verdura, perfectamente situado á la orilla del rio, y en donde la naturaleza ostenta toda su riqueza y lozanía; pero como las lluvias del invierno destruyesen en parte aquel asiento, en la siguiente primavera hizo construirla de piedra, con objeto de gozar cómodamente de la amenidad y frescura de aquel sombroso recinto, al cual desde entonces los habitantes de los alrededores dieron el nombre de *silla del marqués*, aludiendo á la que allí habia.

Mas como nuestra historia tiene su principio, y en cierto modo su desenlace en este mismo sitio, nos creemos obligados á hacer una ligera descripción de él. Comprendiendo el noble propietario que le dió su nombre, que perdería toda su belleza y poesia en el momento en que le profanasen el arte y la mano del hombre, le dejó en su primitivo estado: así pues solo debia su belleza á la admirable fecundidad de su vejetación. Enormes castaños de Indias, álamos blancos, sedosos abedules, entre los cuales descollaban algunos pinos gigantes, cruzaban sus ramas, formando una especie de dosel, á través del cual se descubria el cielo. Las purpúreas valerianas, el acoro, semejante al lirio, la flor del sauco, que exhala tan agradable olor, matizaban la yerba fina y suave que alfombraba la tierra, entre la cual lucian tambien sus vivos colores el aciano azul, los blancos alelís, el laurel salvaje, con sus botones encendidos, y finalmente un sin número de esas flores campestres y desconocidas, que nacen donde hay un poco de agua, de aire y de sol.

En medio de esta naturaleza espléndida y animada destacábase la *silla del marqués*, propiamente dicha, que no era sino un asiento de piedra de sencilla construcción, situado entre la orilla del rio y una pomposa acacia, que columpiaba sobre él sus penachos blancos, perfumando al mismo tiempo el ambiente. Un gusto exquisito habia presidido á la elección de este paraje; pues desde allí, mirando hácia la izquierda, por entre el vallado que sombreaba el riachuelo, único lado en que los troncos de los árboles no limitaban la vista, descubriase la fértil vega que ya hemos mencionado, como un Occéano de verdura, entre el cual asomaban algunas encarnadas amapolas, y en cuya parte opuesta crecian muchos árboles frutales, defendidos del ardor del sol por la sombra de los montes, que desde allí se elevaban en cordillera, y de los cuales descendía saltando de peña en peña un manantial, que atravesando la vega y el vallado desagaba en el rio del bosque, y precisamente junto al sitio que tratamos de describir, al cual por esta circunstancia prestaba mayor encanto y animación.

La márgen de este rio solamente bastaria á ocupar la vida toda de un naturalista que se dedicara á analizar la diversidad de plantas acuáticas que en ella vejetan, y sobre las cuales zumban millares de insectos, que cuando la luz del sol penetra hasta allí brillan como otras tantas piedras preciosas suspendidas en el aire.

A este sitio pues se dirigió nuestro jóven para satisfacer su curiosidad, sin sospechar que aquel instante iba á decidir del destino de toda su vida, aunque sintiendo una estraña agitación que le hizo acercarse muy despacio y detenerse á la entrada de la plazoleta que forma el bosque en aquel paraje. Al pronto no halló en él nada de particular; pero después que adelantando algunos pasos descubrió la *silla del marqués*, oculta hasta entonces por un grueso castaño de Indias, quedóse absorto, fascinado, inmóvil, como un pájaro paralizado por la mirada magnética de una serpiente, ó como un antiguo caballero andante á quien una hada maligna dejara encantado en medio de una floresta.

Mientras permanece en este estado, permitásenos otra corta y última digresión, para mejor inteligencia de los acontecimientos subsiguientes.

### IV.

#### El amor naciente.

Mario, como hemos dicho ya, vivió hasta entonces en un aislamiento casi completo.

Marciana, que no sabia leer, se habia concretado á enseñarle ver-

balmente la doctrina cristiana, y el entendimiento del adolescente se resentía como es natural de esta falta de educación: estaba poco menos que en el estado de la infancia, y hubiera podido decirse que le eran desconocidas las pasiones, á no haber comprendido, por sus violentos aunque tardios accesos de cólera, la fuerza y energía de su organización.

Mas á pesar de que su inteligencia estaba oculta todavía entre las nieblas de la ignorancia, era tan poético y ardiente el corazón que de su madre había heredado, que la áspera corteza, permitasen esta expresión, con que la soledad y su vida casi salvaje le rodeara, no hizo mas que ocultar y detener por algun tiempo los torrentes de sentimiento y vitalidad que inundaban su alma; al modo que los nublados de un día del estío solo pueden oscurecer un momento el inflamado disco del sol.

Al llegar á la adolescencia sintió vagamente la inquietud de los deseos que se despiertan, los trasportes de los sentidos que se exaltan, aunque sin comprender las nuevas impresiones que turbaban su corazón, expansivo y delicado, que solo esperaba un objeto que fijase y esclareciese estas misteriosas aspiraciones.

(Continuará.)

## AL SOL PONIENTE.

### MEDITACION.

#### A MI AMIGO FLORENCIO DE ORMAECHEA.

¡Con cuán lenta majestad,  
noble luminar del día,  
camina tu claridad,  
de la azul region vacía  
por la vasta inmensidad!

Puebla tu luz bendecida  
tierras y mares y vientos,  
y á tu fuerza enardecida  
tornan de nuevo á la vida  
los dormidos elementos.

Por la region celestial,  
entre celajes de tul  
vas, gigantesco fanal,  
á perderte en el cristal  
de ese inmenso espejo azul.

Y palidecen los rayos  
de tu luz deslumbradora;  
tu rapidez se aminora,  
y entre lánguidos desmayos  
tu disco se descolora.

Y como á pederte vas  
en el remoto Occidente,  
el corazón y la mente  
preguntan si volverás  
por las puertas del Oriente.

Volverás, sí, en tu esplendor  
á animar tierras y mares  
con fuego generador,  
é inmensos himnos de amor  
se alzarán en tus altares...

Mas al ver esa del día  
postrera luz moribunda,  
siento presa el alma mía  
en misteriosa y profunda  
y santa melancolía.

Que eres imagen, oh sol,  
del zénit en la altitud  
de la fuerza y juventud;  
y tu pálido arbol  
presagio del atahud!

¡Quién sabe, oh sol, si mañana  
cuando torne el mundo á verte,  
por decretos de la suerte  
cuanto es en mi vida humana  
será presa de la muerte!

¡Si este osado corazón  
en que hoy sangre hirviente late  
y la altanera razón,  
no oirán ya la confusión  
de este revuelto combate!

Y, empero, el alma atrevida  
y el rápido pensamiento  
reluchan con ardimiento,  
sin contemplar que es la vida  
un efímero momento!

Sin ver que aqueza ambición  
que en incesante agonía  
turba el pecho y la razón,  
sueño es de la fantasía,  
delirio es del corazón!

—Miserable humanidad  
á tantas glorias creada  
por la suma potestad:  
¿nunca serás perdonada  
de tu primera maldad?

Por tu soberbio pecado  
te condena un Dios airado  
á recoger ¡oh dolor!  
en llanto y sangre amasado  
el fruto de tu sudor!

Raza de ángeles caídos,  
del cielo desheredados,  
que naceis entre gemidos,  
y vivis desesperados,  
y moris desprevenidos:

¿Por qué la vida adorais?  
¿por qué á la muerte temeis?  
—¡Tanto el bien desconocéis,  
que el dolor idolatrais  
y la dicha aborrecéis!

¡Oh padre sol! si mañana  
cuando torne el mundo á verte  
fuera presa de la muerte  
cuanto es en mi vida humana,  
por decretos de la suerte:

¡De cuánto fiero dolor,  
de cuánta amarga inquietud,  
me libertara en su amor  
el SUMO DISPENSADOR  
de la dicha y la virtud!

—Tú, en tanto, oh sol, por igual  
en tu carrera gentil,  
viertes tu puro raudal  
sobre el áspero erial  
y el aromoso pensil:

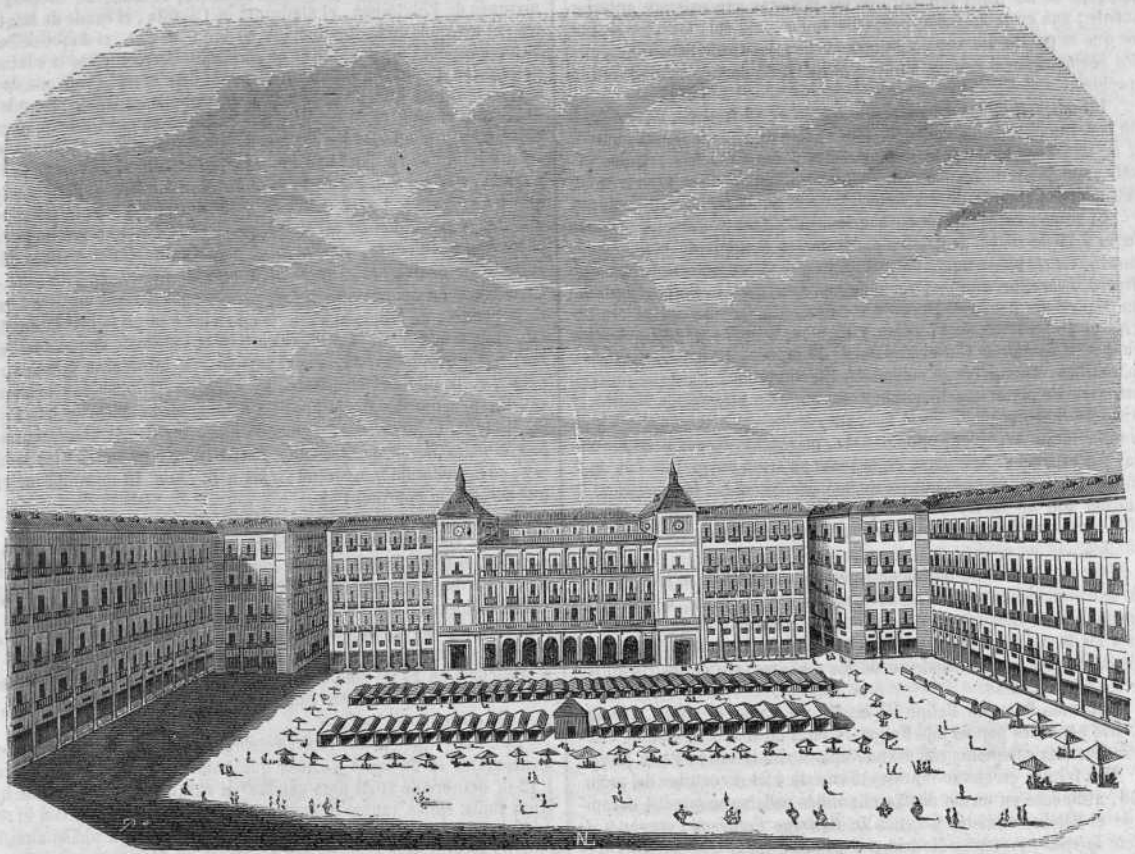
Que eres imagen sensible  
de la SUMA POTESTAD,  
y al bien y al mal impasible,  
sigues tu curso apacible  
con serena majestad!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





(La antigua Plaza Mayor de Madrid.)

## LAS CALLES Y PLAZAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## LA PLAZA MAYOR.

Desde los tiempos de Juan II, á principios del siglo XV, viene haciéndose ya mención de la plaza del Arrabal, estramuros de la puerta de Guadalajara, en el sitio mismo que ocupa hoy la Mayor y mas central de la villa; aunque por entonces debió ser de forma irregular y cercada de mezquinas casas propias de un arrabal; pero á medida que este fué creciendo en importancia y dedicándose al comercio la parte inmediata á la antigua entrada principal de la villa, fuéron tambien renovándose aquellas, y dando lugar á otras generalmente destinadas á tiendas y almacenes, algunas construidas por cuenta de la villa, como lo fué la carnicería y otras. En una real provision que existe en el archivo de Madrid, del rey Don Felipe II, fecha en Barcelona á 17 de setiembre de 1593, cometida al Licenciado Cristóbal de Toro para que informase « qué costaría hacer unas tiendas en la plaza del arrabal » y si seguiria utilidad en hacerlas quedando su fábrica para los propios de la villa, advertimos de paso la circunstancia de que, aun tres siglos después de la ampliacion de Madrid con la nueva cerca, y hasta treinta y mas años posterior al establecimiento de la corte en ella, se seguia apellidando el arrabal á la parte de poblacion exterior á la antigua muralla.

El estado de deterioro á que habia venido la plaza á principios del siglo XVII movió al rey D. Felipe III á disponer su completa demolicion y la construccion de una nueva, digna de la corte mas poderosa del mundo. A este fin dictó las órdenes convenientes á su arquitecto Juan Gomez de Mora, uno de los mas aventajados discipulos de Juan de Herrera, el cual la dió terminada en el corto espacio de dos años (en el de 1619), ascendiendo su coste total á 900,000 ducados.

Tiene su asiento en medio de la villa formando un espacioso cua-

drilongo de 454 piés de longitud por 554 de latitud y 1536 en la circunferencia; ofrecia una gran simetria en su caserío, que constaba de cinco pisos sin los portales y bóvedas con 73 piés de alto y 50 de cimientos, y con salidas á seis calles descubiertas y tres con arcos; en sus cuatro frentes habia 156 casas (1) con 477 ventanas, con balcon y habitacion para 5,700 vecinos, pudiendo colocarse en ellas con ocasion de fiestas reales hasta 50,000 espectadores. Los frontispicios de las casas eran de ladrillo colorado, y estaba coronada por terrados y azoteas cubiertas de plomo y defendidas por una balaustrada de hierro. Esta y las cuatro hileras de balcones de los distintos pisos estaban tocados de negro y oro, todo lo cual y su rigurosa uniformidad le daba un aspecto verdaderamente magnifico. En medio del lienzo que mira al Sur se construyó al mismo tiempo que la plaza el elegante y suntuoso edificio con destino á servir de casa real y de panaderia en su parte baja, y magnificos salones en la principal para juntas y otros actos públicos, y para recibir á los reyes cuando acudian á las fiestas solemnes que se celebraban en esta plaza.

(1) No acertamos á combinar este número de casas que dan á la antigua plaza todos los escritores de la época, con el que aparece de la *Planimetría* y registro general para la visita de aposento verificada en mediados del siglo pasado, por la cual se demuestra que el número de dichas casas de la plaza era solo el de 68, la mitad exacta de las 156 de que hablan los escritores; á menos que estos no adoptasen del lenguaje comun de entonces la calificación vulgar de un par de casas que solia darse á los edificios que constaban de mas de un piso, en cuyo caso los 68 pares de la plaza representarían el citado número de 156. Por lo demas, el espacio de estas era tan reducido aun para 68, que las mas de ellas andaban entre 200 y 600 piés de superficie, lo suficiente para una tienda en el piso bajo y otra pieza en cada uno de los superiores, á que se subia por una empinadísima escalera, de que puede verse muestra en la única casa que queda de aquella época, y es la señalada con el número 1 antiguo, 6 nuevo de la manzana 195.—A proposito de esta casa debemos decir que no es cierto, como han asegurado los periódicos, que perteneciese en el siglo XVII á la comedianta *Maria Calderon*, favorita de Felipe IV y madre de D. Juan de Austria, ni por consiguiente sea exacta la suposicion de haberla hecho la reina retirar de sus balcones en una funcion de toros. Esta casa pertenecia segun nuestras noticias en la época á que se alude al mayorazgo de Sebastian Vicente, que poseyó después el marqués de Huerta.—El cuento del balcon se refiere sin duda á otra casa mas hacia la esquina de la calle de Boteros, que no existe ya, en la cual se veia un balconcillo fuera de alineacion, que llamaba el vulgo el balcon de *Marisapalos*, y al cual se referia la tradicion de haber sido improvisado una noche de orden del rey para que pudiera presenciar la fiesta una de sus favoritas, que no tenia balcon.

(1) Véanse los números anteriores.

En el lienzo frontero se elevó también otro suntuoso edificio para *carnicería* de la villa, la cual era común á vecinos y forasteros, á diferencia de las otras dos carnicerías públicas que existían anteriormente; una en la plazuela de San Salvador para solo los hijos dalgos, en que se pesaba sin sisa, y la otra en la colación de San Ginés, para los pecheros, con sisa, y duraron hasta 1585 en que se quitaron los pechos.

La relación de los sucesos, ya trágicos, ya festivos, de que desde su construcción hasta el día ha sido testigo esta plaza, daría materia á un largo volumen; pero limitados hoy á los estrechos términos de este artículo, indicaremos solo los mas principales para excitar la curiosidad y el interés de los investigadores de la historia madrileña.

El primer suceso histórico á que sirvió de teatro esta plaza, tuvo lugar á 15 de mayo de 1620, pocos meses después de concluida la nueva. Celebrábase aquel día por la villa la beatificación del glorioso *Isidro Labrador* con una solemne función, para la cual se juntaron en Madrid los ponedores, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de 47 villas y lugares, formándose una procesion en que se contaban 156 estandartes, 78 cruces, 49 danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del Santo se puso en una area de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y costó 16,000 ducados, sin la hechura, y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, fuegos y encamisadas por espacio de seis días; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios y fuegos, que se quemó por descuido, terminándose la función con un certámen poético para nueve temas que propuso la villa, y de que fué secretario el célebre *Lope de Vega*, que después le publicó.

Por auto acordado de 30 de junio del mismo año se puso *tasa* en los balcones de la misma plaza para las fiestas reales, señalando el precio de doce ducados para los primeros, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos, lo cual se entendía solo por las tardes, pues el disfrute de las mañanas era de los inquilinos de las mismas casas.

Habiendo fallecido Felipe III en 31 de marzo de 1621, levantó Madrid pendones por su hijo Felipe IV en 2 de mayo siguiente, celebrándose esta ceremonia con grande aparato en la nueva Plaza Mayor.

Mas trágica escena se representó en esta á 21 de octubre del propio año, alzándose en medio de ella el público cadalso en que fué decapitado el célebre ministro y valido *D. Rodrigo Calderon*, *marqués de Siete Iglesias*; y viendo Madrid con asombro rodar á los pies del verdugo la cabeza del mismo magnate que pocos meses antes había visto pasear aquella plaza con gallardía al frente de la guardia tudésca, cuyo capitán era; catástrofe memorable que le pronosticó el también desgraciado conde de Villamediana, con motivo de cierta reyerta que en las fiestas anteriores tuvo *D. Rodrigo* en la plaza con *D. Fernando Verdugo*, capitán de la guardia española, en aquellos versos que decían:

«¿Pendencia con Verdugo y en la plaza?  
Mala señal por cierto te amenaza.»

El domingo 19 de junio de 1622 celebró Madrid la canonización del mismo patron *S. Isidro Labrador*, al propio tiempo que la de los Santos *Ignacio de Loyola*, *Francisco Javier*, *Teresa de Jesus* y *Felipe Neri*, con grande solemnidad de altares en la plaza y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias; cuya pomposa relación publicó *Lope de Vega*, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasión á los Consejos y ayuntamiento en la misma Plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de *S. Isidro*.

Con motivo de la venida del príncipe de Gales á la corte de España en 1625, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta Doña María, hermana de Felipe IV, puede decirse que los seis meses que estuvo en Madrid, hasta 9 de setiembre en que salió para Inglaterra, fueron una serie no interrumpida de festejos asombrosos, en que desplegó su carácter poético y caballeresco el rey, y su corte la grandeza y riqueza que encerraba en su seno; pero no siendo nuestro intento por ahora detenernos á describir aquella brillante época de Madrid, fijaremos solo la atención un momento en las solemnes fiestas de toros, celebradas para obsequiar al príncipe en la Plaza Mayor el día 1.º de junio.—Para ello se puso otro balcón dorado junto al de SS. MM., y habiendo venido la reina en silla, por hallarse preñada, acompañándola á pié el conde duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazan y dos alcaldes de corte, ocupó su balcón con los infantes é infanta Doña María; en el otro balcón nuevo, dividido con un cancel ó biombo, se colocó el rey con el príncipe inglés.—En esta fiesta dicen los historiadores madrileños que fué la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos por medio de mulas; peregrina invención que atribuyen al corregidor *D. Juan de Castro* y Castilla. Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne

fiesta real de cañas para el lunes 21 de agosto, arreglándose diez cuadrillas, que regían el corregidor de Madrid, el conde de Oropesa, el marqués de Villafranca, el almirante de Castilla, el conde de Monterrey, el marqués de Castel Rodrigo, el duque de Cea, el duque de Sesa, el marqués del Carpio y el REY en persona.—Merece leerse la suntuosa descripción que hacen los historiadores de esta fiesta, como una de las mas magníficas que ha presenciado la corte de España, pasando de quinientos el número de caballos que entraron en ella, soberbiamente enjaezados y montados por los mas bizarros personajes. La REINA y la Infanta (á quien ya llamaban *Princesa*) asistieron al balcón de la Panadería, y se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe, que era el blanco. Luego entró en el balcón el rey con el príncipe é infante, y por órden de S. M. se quitó el cancel que estaba puesto entre ambos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta su prometida, con solo la reja de hierro en el medio.—Corriéronse primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde duque de Olivares; y así que se avistó la real persona, se levantaron la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los consejos, tribunales y la demás concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera, siguiendo luego las demás escaramuzas y juegos todas las demás cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenía á la sazón 18 años) dió mucho que admirar al concurso todo.

Espectáculo de muy diverso género presentó la Plaza nueva el día 21 de enero de 1624 en el auto de fe (el primero de que se hace mención en ella) celebrado por la Inquisición para juzgar al reo Benito Ferrer por fingirse sacerdote. A esta ceremonia asistieron los consejos y autoridades con todo el séquito de costumbre, los familiares de la Inquisición y las comunidades religiosas; y el reo fué quemado vivo en el brasero que se formó fuera de la puerta de Alralá. Otro auto de fe se menciona en 14 de julio del propio año, en que fué condenado Reinaldos de Peralta, buhonero francés: este fué sentenciado á garrote, y después quemado su cadáver.

Entre las varias fiestas reales celebradas en aquella época merece mencionarse la de toros y cañas que hubieron lugar en esta Plaza á 12 de octubre de 1629 para celebrar el casamiento de la misma infanta Doña María (antes prometida del príncipe de Gales) con el rey de Hungría, á cuya fiesta asistió la misma infanta, y acabada aquella salió de Madrid para reunirse con su esposo en Alemania.

El día 7 de julio de 1631 fué bien trágico para la Plaza Mayor; pues habiéndose prendido fuego en unos sótanos cerca de la carnicería, tomó tal incremento, que corrió hasta el Arco de Toledo, desapareciendo en breves horas todo aquel lienzo. Duró el fuego tres días: murieron doce ó trece personas y se quemaron mas de cincuenta casas, cuya pérdida se valuó en un millon y trescientos mil ducados. No bastando los socorros humanos acudieron á los divinos, llevando á la plaza el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, y levantando altares en los balcones, donde se celebraban misas. Colocáronse también las imágenes de Nuestra Señora de los Remedios, de la Novena y otras varias, siendo extraordinaria la agitación y pesadumbre que tan extraordinario suceso ocasionó en el vecindario.

Sin embargo, no dejaron de correrse pocos días después los toros de Santa Ana, en la misma plaza á 16 de agosto siguiente (1): los reyes mudaron de balcón y asistieron á la fiesta en uno de la acera de los Pañeros, porque en la casa Panadería había enfermos de garrotillo; y sucedió que á lo mejor de la fiesta corrió rápidamente la voz de ¡fuego en la Plaza! ocasionada por el humo que veían salir de los terrados, y era á causa de que unos esportilleros se habían colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de Mauleros y Zapatería. La confusión que esta voz produjo por el recuerdo de la reciente catástrofe fué tal entre los cincuenta mil y mas espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron de los balcones, otros de los tablados; en las casas de Zapatería reventaron las escaleras, muriendo en todo y estropeándose multitud de personas; y gracias á que el rey conservó la serenidad y permaneció en su balcón, mandando continuar la fiesta para asegurar á los alucinados.

Otro auto de fe celebró en esta plaza la Inquisición de Toledo en 1632, con asistencia de la Suprema y de los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Portugal, Flandes y las Indias. Juzgóse en este auto á treinta y tres reos por diferentes delitos de herejía, cuya relación imprimió el arquitecto Juan Gomez de Mora. El rey y su familia asistieron á esta solemnidad en el balcón sétimo del ángulo de la Cava de San Miguel.

A consecuencia de la causa de conspiración contra el Estado, for-

(1) Las fiestas ordinarias de toros eran tres al año, y se celebraban en la Plaza Mayor en los días de San Isidro, de San Juan y de Santa Ana.

mada al duque de Híjar, D. Rodrigo de Silva, al general D. Carlos de Padilla y al marqués de la Vega, fueron degollados en público cada uno los dos últimos en la Plaza Mayor el viernes 5 de noviembre de 1648 (1).

Muchos otros acontecimientos y fiestas tuvieron lugar en la Plaza durante el largo reinado de Felipe IV; pero el mas señalado sin duda fué ocasionado por la entrada pública de su segunda esposa Doña Mariana de Austria, el 13 de noviembre de 1643. La pomposa descripción de los adornos de la carrera, arcos, templetes, teatros, danzas y máscaras puede verse en el analista Pinelo, que la describió con su acostumbrada prolijidad. Baste decir que en la calle de Platerías se formaron dos grandes gradas ó mostradores, donde el gremio de plateros colocó joyas y alhajas riquísimas por valor de mas de dos millones de ducados.

El reinado de Carlos II, el de *los hechizos*, ni durante su larga minoría, ni después que tomó las riendas del gobierno, prestó ni pudo prestar á la corte de España aquel colorido brillante, poético y caballeresco que el anterior, distando tanto el carácter é inclinaciones del nuevo monarca de las que su padre habia ostentado toda su vida. La austeridad y la tristeza ocasionadas por la enfermiza constitucion de Carlos y por su espíritu apocado, se reflejaron sensiblemente en toda la monarquía, y el público madrileño, ocupado unas veces con las intrigas palaciegas del P. Nitard y Valenzuela, otras con los regios disturbios de Doña Mariana y D. Juan de Austria, y posteriormente con las dolencias y escrúpulos del rey, sus conjuros y su impotencia, apenas tuvo lugar de presenciar en la Plaza Mayor aquellos magníficos espectáculos de que tan grata memoria conservaba.

Hubo sin embargo algunos paréntesis halagüeños en aquella época doliente y monaca; y tal fué sin duda el que ocasionó el régio enlace de Carlos con la princesa *Maria Luisa de Orleans*.

Pero debemos hacer mencion de otro episodio desgraciado en esta Plaza, y fué un segundo incendio ocurrido la noche del 20 de agosto de 1672 que devoró muchas casas y la real de la *Panadería*, la cual fué levantada de nuevo en el espacio de diez y siete meses, merced al empeño del privado Valenzuela, y bajo los planes y direccion del arquitecto D. José Donoso, uno de los corruptores del buen gusto en aquella época desdichada, si bien en este edificio, conservándose la planta baja (que era de Gomez de Mora), trató el Donoso de imitar en las demás la construcción antigua con los mismos tres órdenes de balcones y uno corrido en el principal y las dos torrecillas en los estremos del edificio. La escalera es ancha y majestuosa, y los salones tienen magníficos artesones pintados á competencia por el mismo Donoso y Claudio Coello.—Pero volvamos á Maria Luisa de Orleans.

La solemne entrada de esta desgraciada reina en 13 de enero de 1680 sirvió de ocasion al pueblo madrileño para desplegar su natural alegría, y á la corte de España para ostentar aun las últimas llamaradas de la antigua grandeza.—Entre la multitud de festejos celebrados con este motivo, las *fiestas reales* de toros, que tuvieron lugar en la plaza Mayor, fueron acaso las mas señaladas. Una autora francesa contemporánea describe aquella régia fiesta con las brillantes pinceladas siguientes:

«La Plaza Mayor, circundada por un estenso tablado, y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecia un golpe de vista mágico: al ruido de las músicas, y entre la animada agitacion de la multitud, fueron ocupando los balcones que les estaban señalados las autoridades de la villa, los Consejos de Castilla, de Aragon, de la Inquisicion, de Hacienda, de las Ordenes, de Flandes, y de Italia, las embajadas de todas las cortes, los jefes y servidumbre de la casa real, los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y bolsillos de ámbar *lleños de monedas de oro*, eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M.; y por todas partes reinaba un movimiento, una alegría imposibles de pintar: Al aspecto de aquella plaza que traía á la memoria los antiguos circos del pueblo rey; de aquellas ricas tapicerías; de aquellos balcones llenos de hermosuras; de aquellos caballeros gallardeando sobre bellos caballos andaluces y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, Maria Luisa pudo gloriarse un momento de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galán»

»Luego que el rey y la reina hubieron tomado asiento en su balcon, la guardia de *archeros* y de la *lancilla* hizo el *despejo* de la plaza; entraron en seguida cincuenta toneles de agua, que la regaron, y la guardia se retiró bajo el balcon del rey conservando aquel peligroso puesto durante toda la corrida, sin mas accion de defensa que la de presentar al toro en espesa fila las puntas de sus alabardas, y si el animal moria al impulso de éstas, sus despojos eran para los soldados. Seis alguaciles ricamente vestidos y sobre ligeros caballos atravesaron

luego la plaza para traer á los caballeros que debían lidiar. Otros recibieron de las manos del rey las llaves del toril y fueron á desempeñar su comision, no sin visibles señales de pavor á la vista del toro, que abierta la compuerta se lanzaba á la plaza con toda la ferocidad de su instinto.

»Entre los *caballeros en plaza* se hallaban el duque de Medinasidonia, el marqués de Camarasa, el conde de Rivadavia y otros grandes; y un jóven sueco (el conde de Konismarck), hermoso, valiente, y que atraía las miradas de todos por la magnificencia de su comitiva. Componíase de doce caballos soberbios, conducidos por palafreneros, y seis mulas cubiertas de terciopelo bordado de oro, y que llevaban las lanzas y *rejoncillos*. Cada combatiente tenia igualmente su comitiva, y todos estaban ricamente vestidos con variados colores y plumajes, bandas y divisas. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos vestidos de indios, ó de turcos, ó de húngaros ó de moros. Esta comitiva paseó la plaza y se retiró después á la barrera.

»No bien el primer toro se presentó en la plaza, cuando una lluvia de dardos arrojados, llamados *banderillas*, cayeron sobre él escitando el furor de la fiera con sus vivas picaduras. Corria entonces á buscar al caballero, el cual le esperaba con una pequeña lanza en la mano: hincaba su punta en el toro, y quebrando el mango daba una airosa vuelta y burlaba esquivando la furia del animal: un lacayo presentaba entonces al caballero otro *rejoncillo* y volvía á repetirse la misma suerte. El toro entonces, fuera de sí, ciego de cólera, se adelantó una vez rápidamente al conde de Konismarck: un grito general se oyó en toda la plaza: la reina, no pudiendo resistir este espectáculo tan nuevo para ella, se cubrió la vista con las manos; el jóven resistió con la lanza el primer impetu del toro; pero insistiendo este con el caballo, cae revuelto con él, en tanto que un diestro, vestido á la morisca, llama la atencion del animal y le pasa la espada tan felizmente, que la fiera cayó redonda á sus piés.—Las músicas resonaron de nuevo, las aclamaciones frenéticas de la multitud poblaron los aires, y el rey arrojó una bolsa de oro al intrépido matador. Seis mulas adornadas de cintas y campanillas arrancaron en seguida al toro muerto fuera de la arena; los lacayos retiraron al conde de Konismarck herido, y el drama volvió á empezar con un segundo toro.»

Contraste formidable con esta fiesta presentó en el mismo año aquella Plaza con el memorable *auto de fé* de 30 de junio. La relacion de esta trágica escena publicada por José del Olmo, es demasiado conocida y anda en manos de todos, para que nos detengamos en renovarla. Diremos solo que en ella, como en el último alarde solemne de su poderío, ostentó la suprema Inquisicion todo aquel aparato terrible á par que magnífico con que solia revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa, el sermon, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones de la Panadería las doce horas que duró aquel terrible espectáculo, y lo mismo hicieron los consejos, tribunales, grandes, títulos y embajadores.

La descripción minuciosa de las ceremonias y el aspecto soberbio é imponente que presentaba la plaza henchida de espectadores, la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á mas de ochenta, y de los cuales *veintiuno* fueron condenados á ser *quemados vivos*; todo ello puede verse en la ya citada relacion de José del Olmo, testigo de vista y funcionario en la ceremonia. Concluida esta, los veintiun reos condenados al último suplicio fueron conducidos al *quemadero* fuera de la puerta de Fuencarral, durante la ejecucion de las sentencias hasta pasada la media noche.

El siglo XVIII comenzó para la monarquía española con un cambio de dinastía, de política, y hasta de usos y costumbres, pues con la muerte de Carlos II sin sucesion directa, acaecida en 1700, entró á ocupar el solio español la augusta casa de Borbon, representada por el duque de Anjou, solemnemente proclamado bajo el nombre de *Felipe V*.

La famosa guerra que tuvo que sostener catorce años con varias potencias de Europa para hacer valer su derecho, se hizo sentir harto en el pueblo de Madrid, que en medio de sus desgracias le manifestó siempre una fidelidad á toda prueba. La Plaza Mayor vió alzarse tabladados para la solemne proclamacion de Felipe; y luego, por los reverses sufridos por sus armas, tuvo que presenciar tambien los que alzaron los austriacos para proclamar á su archiduque, y hasta miró atravesar al mismo, mas como fugitivo que como triunfador, cuando habiendo entrado en Madrid el día 29 de setiembre de 1710, se volvió al campo desde la plaza quejándose de que *no habia gente que saliese á recibirle*.

Terminada en fin la contienda en favor de Felipe, ya asegurado este en el trono español, dedicó sus cuidados á embellecer la capital, y promovió tambien los regocijos propios de un pueblo ilustrado; pero como sus costumbres é inclinaciones estaban mas en analogia

(1) Hasta que en 1790 se trasladó á la plazuela de la Cebada el sitio de las ejecuciones de los reos, tuvo lugar en esta plaza, levantándose el cadalso frente á la Panadería; cuando era de garrote, delante del portal de Paños; y si era de horca á para los degollados, en la parte de las carnicerías.

con las francesas que había visto en la niñez en la espléndida corte de su abuelo Luis XIV, no fueron tan comunes en su reinado las fiestas de toros, cañas y autos sacramentales, y hasta llegó á prohibir las primeras y mandar aplicar á las necesidades de la guerra los gastos que se hacían en la representación de estos en la Plaza durante la octava del Corpus.

Huyendo instintivamente de todo lo que le recordaba á la casa de Austria su antagonista, edificó nuevo palacio real, desdeñó profundamente el Buen Retiro y Aranjuez, creó un nuevo Versailles en San Ildefonso, y hasta mandó labrar su sepulcro en el por no ir á reposar con sus antecesores en el régio panteón del Escorial.

La Plaza de Madrid, ya destituida de la importancia de aquellos actos de ostentación, se convirtió en mercado público, y cubriéndose de cajones y puestos para la venta de toda clase de comestibles, solo en algunas ocasiones solemnes de entrada de reyes, coronación ó desposorios, solía despejarse y volver á servir de teatro á las fiestas reales. Tal sucedió en el pasado siglo á la coronación de Fernando VI, á la entrada de Carlos III el 15 de julio de 1760; últimamente á la jura del príncipe de Asturias, después D. Carlos IV, su proclamación, y en alguna otra ocasión análoga.

Pero á fines del mismo siglo otra tercer catástrofe vino á destruir gran parte de dicha antigua plaza; tal fué el violentísimo incendio que empezó en la noche del 16 de agosto de 1790, y de que aun conservan algunos ancianos dolorosa memoria. Todo el lienzo que mira á Oriente y parte del Arco de Toledo desaparecieron completamente, y las desgracias y pérdidas fueron imposibles de calcular.

Pero de estas mismas desgracias nació la necesidad de reedificar, bajo una forma mas elegante y sólida, los dos lienzos ya dichos, bajo los planes del arquitecto D. Juan de Villanueva, que levantó el portal llamado de Bringas, á principios de este siglo, y han seguido después los arquitectos municipales en las construcciones posteriores, variando sin embargo muy acertadamente el plan de Villanueva en cuanto á la forma de arcos rebajados, que ideó para la entrada de las calles, construyendo estos de medio punto y suficiente elevación, en cuyos términos ha quedado cerrada la nueva plaza en este mismo año de 1835.

El siglo actual no carece tampoco de episodios brillantes para la plaza, y tal puede llamarse el de las funciones reales celebradas en ella el 19 de julio de 1805 con motivo del casamiento del príncipe de Asturias D. Fernando (después VII) con la infanta Doña Antonia de Nápoles.

Durante la invasión francesa, y algunos años después, continuó sirviendo esta plaza de mercado general, hasta que se trasladó á la Plaza de San Miguel, y tambien de teatro de los suplicios de los patriotas españoles condenados por el gobierno de José.—En 1812 vió levantarse arcos triunfales para recibir las tropas anglo-hispano-portuguesas, al mando de Lord Wellington. A los tres dias de su entrada, el 15 del mismo agosto, se publicó en ella solemnemente la *Constitucion política* de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo del mismo año, y se descubrió sobre el balcon de la Panadería la lápida con la inscripción en letras de oro «PLAZA DE LA CONSTITUCION.»—Esta lápida fué arrancada y hecha pedazos el dia 11 de mayo de 1814 con gran algazara, y en aquel mismo dia alzaban los vendedores de la plaza tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII de regreso de su cautiverio. En marzo de 1820 fué de nuevo restablecida la Constitucion, y colocada una nueva lápida con toda solemnidad y una alegría frenética, y en 24 de mayo de 1825 fué vuelta á arrancar con estrépito á la entrada del duque de Angulema y del ejército francés, sustituyendo en su lugar otra que decía: «PLAZA REAL.»

Pero antes de esta última escena había sido teatro la plaza de otra memorable en la mañana del 7 de julio de 1822, en que se trabó una reñida accion entre la Milicia Nacional y la Guardia Real, sosteniendo aquella la Constitucion y esta al rey absoluto, de que resultó vencedora la primera en las tres calles de la *Amargura*, de *Boteros* y *callejon del Inferno*, que llevaron después algun tiempo los nombres del *Siete de julio*, del *Triunfo* y de la *Milicia Nacional*.

Por último, habiendo muerto en 29 de setiembre de 1835 el rey Fernando el VII, fué proclamada solemnemente en esta plaza su augusta hija DOÑA ISABEL II por Reina de España y de las Indias; y publicada luego la *Constitucion* de la Monarquía, volvió á colocarse otra lápida, aplicando por tercera vez á la plaza este nombre, á costa de tanta sangre disputado.

Todavía los hijos de este siglo hemos llegado á tiempo de presenciar en esta plaza, en dos distintas ocasiones, aquellas magníficas fiestas reales de toros, en que ostentaba su grandeza la antigua corte de dos mundos. La primera en 21 de junio de 1835, con motivo de la jura de la princesa de Asturias, hoy reina Doña Isabel II; y las últimas en los dias 16, 17 y 18 de octubre de 1846, en celebracion de las bodas de esta misma augusta señora y de la infanta Doña Luisa

Fernanda con los duques de Cádiz y de Montpensier.—Presentes estan en la memoria de todos los habitantes de Madrid el deslumbrador aparato, la animación y la alegría que ostentó esta hermosa plaza en aquellos dias. Suntuosamente decorada con ricas colgaduras de grana y oro, henchidos sus balcones, gradas y tablados de una inmensa concurrencia, al frente de la cual brillaban en primera línea los augustos novios, la reina madre y señores infantes, los duques de *Montpensier* y de *Aumale*, las régias comitivas y todo lo que la corte encierra de mas brillante, además del inmenso número de forasteros, entre los que se contaban muchas notabilidades políticas y literarias de los países extranjeros que consignaron luego pomposas descripciones de la fiesta, reflejaba dignamente el antiguo poderío y grandeza de la corte de dos mundos. Tambien la bizzaría y denuedo de los lidiadores y caballeros en plaza, y en especial del héroe de la fiesta, el capitán *D. Antonio Romero*, que quebrando el rejoncillo dejó varios toros muertos á sus piés, colocaron en muy alto punto la proverbial fama del valor español, dieron á los propios y estraños un espectáculo completamente caballeresco y nacional.

Concluidas aquellas reales funciones, y habiéndose de reponer el empedrado de la Plaza, el ayuntamiento de 1846 determinó arreglar su pavimento en mas elegante forma, dejando en el centro una esplanada elíptica circundada de bancos y faroles, y de una calle adquinada para el paso de coches, entre ella y las anchas y cómodas aceras al lado de los portales, y nivelando el piso de estos á las entradas de los arcos y bocas calles, lo que proporciona de este modo un cómodo paseo cubierto. Colocóse en fin en el centro de aquella esplanada sobre un elevado pedestal la estatua ecuestre en bronce de *Felipe III*, que se hallaba en la casa de Campo, y que fué cedida para este objeto por la munificencia de S. M. En dicho pedestal se puso esta inscripción: *La Reina Doña Isabel II, á solicitud del Ayuntamiento de Madrid, mandó colocar en este sitio la estatua del señor Rey D. Felipe III, hijo de esta villa, que restituyó á ella la corte en 1606, y en 1619 hizo construir esta Plaza Mayor. Año de 1848 (1).*

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EDUCACION.

### PRINCIPIOS GENERALES.

Triste es la consideracion de que en donde quiera que el hombre se encuentre ha de hallar el bien y el mal tan artificiosamente combinados, que sin un constante anhelo de su felicidad verdadera cae las mas veces, presa inocente, en los lazos que le tienden el vicio y las pasiones.

Por una tendencia naturalmente ciega, y que suele tener su origen en la frágil condicion humana, propende de un modo lento, aunque seguro en resultados, á recibir todas aquellas impresiones que halagan los sentidos ó lisonjean el amor propio, desviándose, sin apercibirlo, muchas veces del áspero camino de la virtud que conduce á la perfeccion moral, pero cuya práctica exige abnegacion y sacrificio de si propio.

La lucha interior que se suscita entre los afectos de un corazon puro con el rudo embate de las pasiones, produce, en los primeros años, comunmente la derrota de las buenas costumbres y el triunfo de la desmoralizacion.

El grito de la conciencia, reprimido por los fugaces placeres, no alcanza á imprimir en la voluntad espontánea todo el impulso conveniente para separarse del suave declive que ofrece á la vista del jóven inesperto una vida desordenada.

Para estos seres desgraciados, las necesidades ficticias que les rodean son otros tantos medios precisos para dulcificar la existencia. El momento presente es su esfera de accion, y no se ocupan ni un solo instante en considerar el abismo que les espera en último término de su precipitada carrera. El jóven estudioso y pensador es para ellos un ser adusto é insociable; el amante de la virtud un insensato que por desconocer los verdaderos goces del mundo, merece el abandono y el desprecio de las gentes de buen tono.

Le aquí es, que ridiculizando cuanto en el mundo moral y entre las personas eruditas y ejemplares merece un alto aprecio y una admira-

(1) El autor de estos articulos se complace en recordar aqui que la reforma de esta hermosa plaza y la colocacion en ella de la estatua de Felipe III, que de muchos años atrás venia indicando en sus escritos, fué adoptada en los propios términos por la corporacion municipal á propuesta suya, como condescia que era por los años 1846 al 50, y tambien que en representacion de la misma corporacion solicitó y obtuvo directamente de S. M. la reina la cesion de la estatua propia de su real patrimonio que estaba en la Casa del Campo.

ción sin límite, lo convierte todo en objeto de burla, por mas que los rasgos de heroísmo, de pundonor, de virtud, de beneficencia y de conformidad en las adversidades de la vida, conmuevan siempre el corazón humano, hasta de aquellos seres que abdicando en favor del vicio el influjo poderoso de sus facultades intelectuales, se colocan al nivel de los que solo cuentan con instinto.

La educación es la única reguladora de las acciones del hombre; y por lo tanto consideramos esencialísimo inculcar en los encargados de dirigir los primeros pasos de la juventud, las máximas de sana moral en que consiste la felicidad y el sosiego de los individuos y de las familias.

Es indudable que la repetición de las acciones llega á constituir y formar las costumbres, y estas serán necesariamente conformes con el impulso que las produce, porque de una acción reprobada que se repita con frecuencia, no es posible que resulte una costumbre ni una convicción dignas de elogio.



Así pues es indispensable en los primeros años modificar toda acción que se oponga á la rectitud de los principios religioso-morales, porque una vez convertida en hábito, será muy difícil neutralizar su pernicioso influencia.

Tal vez se nos tache de demasiado oscuros en la esposición de las doctrinas que acabamos de consignar; pero este cargo queda desvanecido con la simple observación de que no hemos hecho otra cosa que establecer principios generales, de los que nos proponemos sacar seguro partido en otros artículos, acomodándolos en sus aplicaciones materiales á la débil é inmadura percepción de los niños, en cuyo obsequio consagramos estos estudios.

M. J. PASCUAL.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

Fácilmente se comprenderá que Marciana, á pesar de su ternura hacia él, no podía darle la poesía del cariño. El jóven la amaba como se puede amar á una persona de quien nos separan los años y la diversidad de carácter. Su rica imaginación, su alma ardiente se exaltó pues en el vacío á impulsos de un deseo de felicidad que él mismo no comprendía, y que aumentó en un grado eminente el silencioso aislamiento de la vida de los campos. El amor, ese Dios de la juventud, le era totalmente desconocido; y sin embargo á los diez y siete años solo el amor puede darnos la felicidad; pero nuestro héroe solo había visto toscas aldeanas, y únicamente el día tan funesto para él en que fué á T... por vez primera, al acercarse á la burlona morena, causante de su bochorno, sintió en su corazón un ligero calor que se desvaneció al punto al ruido de la grosera carrajada de aquella, y á consecuencia de la escena que se siguió. Casto y sin pasiones hasta entonces, no las sintió ni aun después que hubo llegado á la adolescencia; mas no porque careciese de sensibilidad, sino porque su alma poética y delicada tenia necesidad de una emoción asimismo delicada y poética, que

fecundando los gérmenes de pasión y de ternura encerrados en ella, la hiciesen salir de su letargo.

Sentados estos antecedentes, el lector no estrañará la sorpresa de Mario, á quien dejamos inmóvil fijando sus ávidas miradas en la silla del marqués, absorto en la contemplación del objeto que le puso en tal estado: no obstante, este no era sino una jóven, casi una niña, que sentada en el banco de piedra leía en un libro con la mayor atención.

Parecía rayar apenas en los diez y seis años, y cuanto pudiera decirse no sería suficiente para espresar la gracia de su semblante angelical.

Castañas y sedosos cabellos coronaban su frente, atenuando con sus tintas sombrías el fuego de sus ojos garzos, rasgados y brillantes, en los que sin embargo notábase la timidez de la infancia y la serena melancolía de la meditación. Su tez, de una blancura mórbida y suave, tenia el color terso y mate de la de un niño enfermo, con el cual contrastaba admirablemente la frescura de sus labios húmedos y encendidos como una rosa que comienza á entreabrirse. Un aristócrata, observando las líneas vigorosas á par que correctas de su nariz, la altiva actitud de su cabeza, pecho y hombros, y la palidez de su semblante, reconociera en ella la heredera de una raza histórica: un poeta de la antigüedad, sorprendiendo en su rostro ligeras huellas de tristeza, hubiérala comparado á Venus después de la muerte de Adonis: un artista hallaría admirable semejanza entre su frente ática y severo perfil, y la belleza clásica y espiritual á la vez, de aquella que desde una humilde tahona se elevó á los brazos del príncipe de la pintura italiana; y por último, un escéptico al verla hubiera creído en la segunda naturaleza, en la diversidad de las razas humanas, en los seres intermedios entre los ángeles y los hombres, y finalmente, en todos los ensueños de los filósofos fenicios, reproducidos después por los cabalistas en la creación de sus espíritus elementares.

Llevaba un vestido de muselina color de lila cuyas anchas mangas, ciñéndose al cuerpo, hacían parecer mas esbelta y flexible su cintura y mas pequeñas sus manos blancas, descarnadas y un poco largas como las de las vírgenes de Rafael. Un cuello de batista lisa rodeaba su garganta, y un sombrero de paja fina yacia en el suelo junto á sus diminutos piés que asomaban por entre la falda, y que calzados de blanco y cruzados uno sobre otro, parecían dos azucenas nacidas de una misma mata sobre la yerba de la pradera.

Hay una balada alemana en la que un saboyanito errante se encuentra con el ángel de la montaña por donde atraviesa; sola esta poética imágen pudiera dar una idea de la admiración de nuestro jóven, que inmóvil, reteniendo la respiración, oprimiendo su pecho para ahogar sus latidos, contemplaba con ardientes ojos aquella aparición celestial... Vagos é inefables pensamientos cruzaron por su mente; una sensación interior y profunda, al modo de una flecha de fuego, abrasó primero sus mejillas, y estremeciendo su cuerpo fué á refulgir en su corazón. Luego, á aquella emoción ardorosa y febril sucedió un deliquio inefable que inundó de alegría su alma; alegría nerviosa, enérgica, casi salvaje, que hizo latir sus arterias, crispase sus manos asidas al tronco de un árbol, y doblarse sus rodillas hasta tocar á la tierra. Pasados estos primeros trasportes del amor naciente, en que puede asegurarse que obraba bajo un impulso involuntario, sus ideas oscurecidas fueron aclarando poco á poco, sus ojos distinguieron los objetos con mas claridad, y pudo gozar realmente del placer de ver y admirar, puesto que hasta entonces solo había experimentado el de sentir.

Peró lo que mas admiraba á Mario, no era la incomparable belleza de la desconocida, sino el conjunto de gracia infantil, gravedad é inocencia que en ella notaba, y sobre todo, otro atractivo del que no podía darse cuenta á sí mismo: y era que aquella niña que hubiera brillado en primer término en el salón mas aristocrático, le fascinaba con el perfume de distinción y exquisita elegancia que exhalaba, y que su instinto de lo hermoso y elevado le hizo comprender.

Además, como si la naturaleza misma se gozara en aumentar el encanto de aquella escena, nunca se ostentó tan bella y animada, nunca reunió en aquel sitio pintoresco tantos prodigios, tanta alegría y esplendor. Todo en su recinto era apacible y silencioso, y solo turbaban su misteriosa quietud el bullir de los insectos bajo la yerba, el murmullo del manantial que desaguaba en el rio, y alguna que otra oropéndola que columpiaba su nido agitando el follaje. Las plantas despedían mas dulces aromas, presintiendo la próxima lluvia; un rayo del sol atravesando el vallado y dejando una cinta de fuego sobre el rio, tornasoló las hojas de la acacia que se mecía sobre el asiento de piedra, y descendiendo luego sobre la cabeza de la niña que le ocupaba, la ciñó como de una aureola de luz; y por último, una de esas aves conocidas bajo el poético nombre de pajaritas de la nieve, que solo aparecen á principios de invierno, vino por un fenómeno inexplicable á posarse sobre una zarza del vallado, frente á la hermosa lectora, y desde allí pando en intervalos parecía escuchaba su dulce acento, respondiéndola en un lenguaje desconocido.

Aun cuando la niña leía en voz alta y Marió prestaba la mayor atención, comprendió muy poco de su lectura, causándole no obstante su suavísimo acento un enternecimiento indecible, parecido al que alguna vez experimentara oyendo el canto lejano de un ave, ó de noche el susurro de una fuente. Había una melodía tan melancólica é inefable en las palabras que escuchaba, que hirió vivamente el delicado oído del jóven, que juzgando existía un lenguaje mas elevado y mejor que el que hasta entonces oyera, sintió un ardiente deseo de poseer aquel libro, olvidándose de que no sabia leer.

Una hada sorprendió sin duda este deseo en el fondo de su corazón, y quiso satisfacerla, no sé si digamos para fortuna ó desgracia de nuestro héroe.

Hacia algunos instantes que oculto siempre detrás del tronco de un árbol observaba á la hermosa desconocida, cuando esta suspendió su lectura, dejó el libro sobre el banco de piedra, y apoyando la frente en una mano, quedóse inmóvil y pensativa como si tratara de descifrar un misterio: mas en tanto pasaban estos sucesos, las nubecillas que apenas velaban el cielo al amanecer, fuéron tomando cuerpo y condensándose poco á poco. Se levantó un viento pegajoso y húmedo; las plantas exhalaron olores mas penetrantes; oyóse un trueno lejano, y por fin comenzó á caer una violenta lluvia precursora de la tempestad. La niña, que absorta primero en su lectura y luego en su meditación, no habia advertido el cambio de la atmósfera, se levantó entonces asustada al ruido del trueno, y con la presteza de una sílfida corrió al sitio donde estaba atada la yegua que ya conocemos; desatóla, se colocó sobre la silla, y empuñando las riendas con suma gracia y destreza, salió al galope de su montura, pasando al lado de Mario que apenas tuvo tiempo para ocultarse, y siguiendo una senda bastante ancha y practicable que corría á lo largo del río.

En los primeros momentos nuestro héroe permaneció inmóvil de sorpresa; mas luego, reparando en el libro que quedó olvidado sobre la *silla del marqués*, le tomó con extraordinaria alegría, corriendo en seguida en pos de la hermosa incógnita, cuyas huellas perdió al principio, hasta que al dar la vuelta á un recodo de la senda por donde marchaba, la vió de nuevo atravesar el bosque siempre al galope, y por último penetrar por la puerta del jardín de la quinta de que varias veces hemos hecho mencion, que un criado, que sin duda sabia en su busca, abrió de par en par.

V.

Eugenia.

Esta quinta, que ya hemos dicho pertenecía al marqués de Guadalupe, estuvo muchos años abandonada de sus dueños y al cuidado de un antiguo sirviente, hasta que el actual poseedor, hijo del fundador de la *silla del marqués*, cansado del bullicio de la corte, y deseando acabar sus días tranquilamente, fijó en ella su residencia.

El noble propietario de esta deliciosa mansion pasó algunos años de felicidad y reposo en medio de los ricos y pintorescos campos que la rodean. Unido á una muger jóven y hermosa, que le hizo padre de una encantadora niña, inmensamente rico, bien reputado, y todavía en la flor de su edad, el porvenir se le presentaba bajo el aspecto mas halagüeño, y fué necesario un gran acontecimiento para que se turbase la tranquilidad de tan venturosa existencia.

Este acontecimiento fué la muerte de Fernando VII, y la revolución que se siguió.

El marqués, que desde su infancia mereció al infante D. Carlos los mas señalados favores, y á quien estaba unido por los vínculos de la mas constante adhesión, no quiso declararse en contra suya, cuando este príncipe después de la muerte de su hermano alzó abiertamente el pendon de la guerra civil; y como por otra parte, dudaba de la justicia de los derechos al trono que reclamaba, y además toda la aristocracia española, salvas algunas escepciones, le ofrecia un notable ejemplo que imitar, determinó el pundonoroso caballero para conciliar los deberes de la gratitud con los que le dictaba su conciencia, ausentarse por algunos años de España, esperando tiempos mas bonancibles; y á consecuencia de esta resolución se trasladó con toda su familia á la capital de Inglaterra, en cuyo pais tenia tambien algunas propiedades.

Mas ¡ay! la marquesa, flor brillante y delicada, necesitaba las brisas cálidas del Mediodía, donde naciera; y marchita por las nieblas del Támesis, pronto se la vió doblar su tallo y sucumbir. No obstante, los médicos, que en la consunción que la devoraba observaron solamente una pleuresia descuidada, la prescribieron la mudanza de aires, y la traslación pronta á su suelo natal; y su esposo, despreciando todos los riesgos, se apresuró á cumplir esta prescripción, aunque en vano, pues la marquesa murió en el viaje, dejándole sumido en el mayor desconsuelo.

A consecuencia de esta catástrofe volvió á Lóndres con su hija, que á la sazón contaba tres años, y desde allí se trasladó á Paris con objeto de dar educación á aquella hermosa niña, á cuyo efecto la puso á pension en el convento de religiosas de San Agustín, donde permaneció hasta los quince años, saliendo de él para trasladarse con su

padre á su quinta de Andalucía, época en la cual la presentamos al lector, pues este habrá ya adivinado que nos referimos á la hermosa lectora que hemos visto aparecer en el capitulo anterior, en el que habiendo bosquejado los rasgos mas notables de su belleza, réstanos ahora solamente dar una idea de su carácter no menos bello y encantador.

Eugenia, así se llamaba la niña, salió de su pensión imbuída en todas las preocupaciones de la educación claustral, y llena de falsas teorías que su natural penetración la hizo desear poco tiempo después. Luego, á esta rigidez de los principios monásticos sucedió la necesidad de afección, la inquietud de los deseos que se despertan, y todas las nuevas impresiones que agitaban el corazón de Mario, quizá menos enérgicas que en este, pero mas delicadas, mas ardientes, mas fijas, por último, mas femeniles, esclarecidas además por la educación, y producidas por causas que trataremos de definir brevemente.

En este siglo material y positivo, en esta edad del oro, y decimos del oro, no porque se asemeje á aquella tan feliz de que nos hablan las tradiciones paganas, sino porque el oro es el único dios ante quien se dobla la rodilla, el amor puro y sublime, tal como lo comprendió Platon, esa pasión origen de grandes virtudes y de grandes vicios, huyendo de la sociedad, demasiado mezquina para comprenderla, háse refugiado en los escritos de los poetas y de los novelistas que la han divinizado hasta en sus mayores extravíos.

En efecto, los adelantos de la civilización, las infinitas necesidades materiales que esta ha producido, han atenuado las grandes pasiones, origen de las sublimes virtudes, de los crímenes espantosos, y de los rasgos de abnegación y heroísmo tan frecuentes en las pasadas edades, y que por lo raros tanto nos admiran en la nuestra; mas no se crea por esto que juzgamos á nuestro siglo exento de pasiones: nada menos que eso; existen en él quizá en mayor número que en los anteriores, pero mas materializadas, y modificadas además por la cultura del entendimiento. Empero, no obstante que por una extraña anomalía esta sociedad decrepita y desilusionada, que solo se conmueve al poderoso estímulo del egoísmo y del interés, al mismo tiempo que reniega de su culto, devora con avidéz las páginas llenas de ternura é idealismo en que los modernos novelistas han hecho, digámoslo así, la autopsia del corazón humano, y presentado el amor bajo fases tan diversas, buscando en su peligrosa lectura emociones para el corazón y remedio contra el hastío; repetimos que el amor puro, el amor verdadero, existe sí, pero solamente en algunas almas privilegiadas que le ocultan como un precioso tesoro, ó pretenden desearle por temor al ridículo de que le cubre la sociedad; y aunque nosotros creemos que esas almas privilegiadas, capaces de sentir la pasión en toda su pureza, han sido raras en todos los tiempos, juzgamos tambien que en el nuestro son mas raras y excepcionales todavía. (Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

## ANTIGUEDADES DE GALICIA.

## SEPULCRO DEL ALMIRANTE CHARINO

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

(Conclusion.)

Payo Gomez Charino, cuyo último apellido se cambió en *Chirino* con el trascurso de los años, fué el jefe de las embarcaciones tripuladas en Pontevedra. El padre Gándara (1), describiendo el blason de la familia de los Chirinos, cuyo origen se remonta segun él á la hermana de la reina Resimberga, muger de Chindasvinto (año 640 de J. C.), dice que «traian por armas un leon rapante en campo bermejo, hasta que D. Payo Gomez Chirino, quinto Almirante de Castilla y primer Adelantado de Galicia, casó con Doña Maria Nuñez Maldonado, y sus descendientes tomaron las cinco flores de lises por armas y divisa.» Gomez Charino debió nacer del año 1218 á 1250, porque cuando capitaneaba las embarcaciones de los mareantes gallegos tenia de veinte á veinticinco años. Segun consta en la inscripción de su sepulcro, falleció en 1304, y D. Sancho IV en 1295; de suerte que sirvió á las órdenes de D. Alonso el Sabio y de su hijo D. Sancho el Bravo. Este rico-home de Galicia estuvo casado con Doña Maria Nuñez Maldonado, cuya familia procedia, segun el doctor Garcia de Novoa (2), de la condesa Doña Elvira Sorred, sobrina de D. Pelayo, y de Sorred, natural de Pontevedra. Cuatro fuéron las familias que usaron en sus escudos los cinco lirios de plata en campo rojo que se han esculpido en la testera de Gomez Charino:—los Narvaez, los Maldonados, los

(1) Nobiliario, armas y triunfos de Galicia.—Lib. II. Cap. XXII, Pag. 476.

(2) M. S. titulado: «Libro de varios escudos de armas que sacó de varios autores.»

Chirinos y los Aldaos ó Aldanas. Gil Gonzalez Dávila (1) afirma que los Maldonados ganaron blason en Francia con el poder de sus armas. La mencionada inscripción del sepulcro de Gomez Charino le titula *primeiro señor de Rianjo*, apartada villa de Galicia, donde se conservan los escombros de *O pazo* (2) ó *A torre*, que debía proteger por mar la enseña que alcanza hasta Taragoño, dominando por tierra la campiña. Nosotros no hemos encontrado justificada la posesion de este señorío en los documentos públicos y privados. Rioboó y Seijas (3), minucioso rebuscador de genealogías, remonta al siglo XIII la jurisdiccion de Rianjo, citando á Fernando Sancho Garcia de Caamaño, jefe de la gente de Galicia en tiempo de Alonso VII (de 1125 á 1157), uno de los mas poderosos caballeros de Galicia, señor de las villas de Noya y Rianjo, merindades de Posto-marcos, estado de Rubianes, etc. Una distinguida persona, tan ilustrada como verídica (4), que ha adquirido en nuestros dias la propiedad del castillo de Rianjo, nos ha facilitado con la mayor benevolencia el encabezado de la escritura de venta, otorgada por el conde de Oñate, á quien pertenecian las ruinas de la *Torre*. En este documento público no se consigna el nombre de Payo Gomez Charino como el primitivo señor de la villa, y dueño por consiguiente de su torre de defensa. Hé aquí sus palabras testuales:—«El Excmo. Sr. D. Carlos Luis de Guzman y la Cerda, marqués de Montealegre, conde de Oñate etc.... dijo: Que como poseedor legitimo del mayorazgo fundado por el mariscal Suero Gomez de Sotomayor, por escritura otorgada en la casa de Soverain á 14 de agosto de 1485, ante los escribanos notarios públicos Gomez Dayaso y Lopez Rodriguez, le corresponde en absoluto dominio y propiedad un castillo ó fuerte situado en la ribera mar de la villa de Rianjo, en la provincia de la Coruña, cuyo fuerte en el dia se halla abandonado de muchos años á esta parte.... etc.» Antes del siglo XIII la villa de Rianjo reconocia por su señor á Fernando Sancho Garcia de Caamaño: en el siglo XV ejercia igual jurisdiccion Suero Gomez de Sotomayor. Por de pronto la historia niega á Gomez Charino la prioridad de señorío en la villa de Rianjo, que le atribuye la inscripcion de su sepulcro.

El rompimiento del puente de barcas sobre el Guadalquivir corresponde á los mareantes tripulados por Payo Gomez Charino. De esta manera se explica la altiva concision de estas palabras: *el que ganó á Sevilla siendo de moros*, esculpidas en su lucillo. Los privilegios de Pontevedra se aumentaron por la parte que han tomado sus habitantes en esta empresa. Antes del siglo XIII solo habia recibido fuero de villa por D. Fernando II de Leon, y los reyes de Castilla y Galicia le habian concedido la libre introduccion de sus mercaderías y la venta con franquicia de la quinta parte de sus importaciones.

Resta á nuestro propósito presentar á nuestros lectores la descripcion del vetusto monumento que conserva las cenizas de Payo Gomez Charino en la ruinoso iglesia de San Francisco de Pontevedra.

Este convento conservaba muchos patronatos, cuyos señores daban el uso de coro é iglesia á la comunidad, con la condicion de que conservase y reparase el tejado. Era el panteon de algunas familias ilustres de Galicia; y como si procurase revelar á la actual generacion que la aristocracia antigua cambia de entronques por medio de la trasfusion de los intereses materiales y de las desvinculaciones nobiliarias, descubre sus empolvados altares con la vaguedad sombría de esas ruinas vacilantes que no conservan las líneas severas del arte ni el desmoronamiento fantástico de los escombros. Allí se divisan hidalgos arrodillados sobre almohadones de granito, y caballeros recostados sobre sepulcros entreabiertos por la impaciente curiosidad de los arqueólogos ó de los vagamunos. Los siglos no entreabren las losas funerarias por un alarde de potencia, como el mar acostumbra á hacer con las conchas de los bivalvos arrojados sobre el baldoso de las calles. En la destruccion es mas poderoso el hombre que el tiempo.

La iglesia del convento de San Francisco se asemeja á una guardarpota secular de antiguos muebles correspondientes á los funerales de algunas casas solariegas de Galicia: —es el arca de familia que no se puede abrir hasta la lectura del ansiado codicilo. En el altar de la degollacion de San Juan reconoce el viajero á D. Juan de Castillo rezando sobre una peana desde 1682. El altar mayor, aunque no merece este dato la autorizacion histórica, pertenece á los marqueses de Castelar. La capilla del Buen Suceso corresponde á Doña Aldonza; la de San Diego, al marqués de Mos; la de San Antonio, á la familia de Godoy; la de la Aparicion de Santa Isabel, á la de Bermudez de Castro, y la de los Santos Reyes á la de Camba. El Maestro de Campo D. Juan Feijóo de Sotomayor, vestido con el hábito de Santiago, descansa sobre la losa de un sepulcro. Cerca de las gradas del presbiterio, tocando con el primer peldaño de su escalera, se encuentran dos sepulcros que se levantan sobre el pavimento de la iglesia—el del lado del Evangelio

pertenece á los marqueses de Castelar, y el de la Epistola corresponde á Payo Gomez Charino.

Este monumento tiene cinco piés de elevacion, tres de latitud y ocho de longitud. En la parte superior se ha esculpido un caballero recostado sobre dos almohadas y con las piernas cruzadas descansando sobre dos perros. Viste un jubon con solapas curvado sobre el pecho; calzon de escaso vuelo que se prestaría á las hebillas de pesada armadura, y recoge en ambos brazos un tabardo de cuello vuelto que se estiende hasta las espuelas de sus borceguies. Su cabeza se ha cubierto con una gorra de figura circular, plana en la parte superior y festoneada en su encaje, la cual dejando descubierta la frente y orejas, cae sobre el cuello, abriendo paso á la melena que sale por ambos lados en escasos bucles. Sus manos cubiertas de guanteletes oprimen una espada por debajo de su empuñadura en forma de cruz, entrelazándose en su vaina las correas del tahali. Un bigote recortado á la usanza morisca se estiende sobre sus lábios. A su lado levanta las manos al cielo y cae el cordon monástico sobre el cuerpo de una dama sin rizada toca en la cabeza: es la esposa de Payo Gomez Charino, Doña Maria Nuñez Maldonado, que á juzgar por el traje con que ha sido esculpida sobre su sepulcro, se ha apartado de las vanidades del mundo en las postrimeras horas de la vida, adoptando el sayal de la penitencia. En la parte testera de este monumento se ha esculpido el blason usado por la familia de los Chirinos—las cinco lises sin mote ni casco. En el ángulo izquierdo del fondo, la cabeza de un leon sale de entre las gradas del presbiterio y el sepulcro, como el leal y esforzado guardian del panteon—es el conserje de la tumba de Payo Gomez Charino.

La siguiente inscripcion, dividida en su centro por un escudo jaquelado, ocupa el frente del lucillo:

Aquí. jacc. el muy noble. Cauallero. Payo  
Gomez. Charino. el primeiro. señor. de Rianjo  
El que. ganó. á Sevilla. siendo. de moros y los  
Privilegios desta villa. Año de 1304.

Los caractéres de esta inscripcion pertenecen á la letra gótico-alemana, excepto el año, que aparece en guarismos arábigos. En una carta inédita de un sobrino del padre Sarmiento, que hemos tenido á la vista, dirigida á su primo D. Francisco de Paula Cousiño, en 1820, después de asegurar que el sepulcro de Gomez Charino, *sesto* Almirante, segun él, de España, levanta cinco piés del suelo, sin insignia ni jeroglífico de su empresa, copia la inscripcion, añadiendo á la que nosotros estampamos en este artículo lo siguiente:—*y por haber sido los gallegos que llevaba consigo los que rompieron la cadena del Guadalquivir el que no pudiesen morir afrentosamente, no siendo por delito de traicion.* A decir verdad esta cláusula no ha desaparecido, sino que no ha sido esculpida en el sepulcro de Gomez Charino. Hemos examinado con la mayor atencion sus diversos lados por si habia una oculta correspondencia con las líneas de la inscripcion, como acontece algunas veces en los antiguos epitafios, que concluyen en el pectoral de un obispo ó en la espada de un caballero, y no hemos encontrado este dato, que la historia atribuye á D. Fernando III. Por de pronto la inscripcion cierra su testo sin las interrupciones del tiempo ó las dudas de la interpretacion paleográfica.

Payo Gomez Charino ha salido peor librado del sepulcro que de la conquista de Sevilla. De allí volvió á su patria sereno y valeroso entre los mareantes de Pontevedra: bajo las bóvedas de la iglesia de San Francisco perdió las narices, se le quebró la pierna izquierda y se le rompió la espada por su mitad. Su desgracia alcanzó á sus compañeros en la muerte: de dos perros que tiene á sus piés uno perdió la cabeza y otro el hocico. Los hombres—porque el tiempo destruye con mayores proporciones—solo los hombres no han respetado ni aun las prendas de su equipaje mortuorio:—le han mellado una de sus almohadas de granito, como si les fatigase la reposada imágen del sueño. Este pensamiento solo se le ocurria, viviendo Gomez Charino, á un acreedor ó patrona de huéspedes.

Carremos el presente artículo con los detalles de un simulacro popular, que ha llegado hasta nuestros dias como el testimonio de la esforzada parte que han tomado los mareantes de Pontevedra en la conquista de Sevilla.

En el dia del Corpus, en la festividad de *la Peregrina*,—santuario celebrado de Pontevedra—y en los solemnes festejos recorre las calles de la ciudad una pequeña embarcacion, conducida en un carro tirado por bueyes, á la que se llama *A Nau*, y tambien *A Santa Nao* (1). Segun un escritor del siglo pasado (2), en la tarde de la víspera del Corpus el ayuntamiento de Pontevedra recorria las calles de la ciudad por donde la procesion habia de pasar al dia siguiente. La *Nao*, sostenida sobre cuatro ruedas, era tirada entonces por un farsante, á

(1) Con este nombre la cita el padre Sarmiento en una carta m. s. que hemos leído. *Nau* y *Nao* significan nave.

(2) El padre Gándara en su citada obra, pág. 367.

(1) Historia de Salamanca. Lib. III. Cap. XIV. Fol. 524.

(2) En dialecto gallego equivale á *palacio*.

(3) En su poema titulado: «La barca mas prodigiosa.»—En la dedicatoria. (Santiago, 1728.)

(4) El señor Muro, magistrado de la Audiencia de la Coruña.

quien llamaban *Céntulo* ó *Choqueiro* (1), ayudado de algunos muchachos. Dentro de la *Nao* se reconocían los marineros, ricamente vestidos, que arrojaban bayas con profusión á los individuos de la municipalidad. La *Nao* era un navío empavesado y armado de guerra. Los marineros viejos decían que en Sevilla había el mismo carro en la procesion del Corpus, y que en esta procesion los mareantes de Pontevedra llevaban en las manos los fragmentos de las dos naves gallegas tripuladas por Payo Gomez Charino.

La actual generacion, avergonzada de haber agotado sus fuerzas en la demolicion de los monumentos, desea rehabilitarse, constituyéndose en restauradora de las glorias pasadas. Quiere vivir entre sus antepasados por medio de evocaciones familiares. Lleva los nombres de sus sabios y de sus héroes á las plazas y calles de sus ciudades. La Coruña y Pontevedra hicieron mas con sus héroes que Orense y Santiago con sus sabios. Entre tanto que han renovado el bautismo de sus calles con los nombres de *Maria Pita* y *Chirino*, el viajero no repite los de *Feijoo* y *Fonseca* antes de cruzar las puertas de la universidad de Santiago ó del Instituto provincial de Orense.

1835.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## AL SOL.

## ODA.

Dichoso vos, señor Sol,  
enemigo de la noche,  
madurador de pepinos,  
candil y hogar de los pobres.

Vos, cuyos rayos alumbran  
tantos dedos matadores,  
que entre la ropa y las carnes  
andán á caza de monjes.

Vos que haceis ver tantas calvas  
mas relumbrantes que soles,  
puro jaspe en lo bruñido,  
y en lo pelado melones.

Dichoso vos que estais libre  
de sastres y de doctores,  
de dueñas y de escribanos,  
que son las pestes del hombre.

Porque vos, si tenéis frio  
cogeis unos nubarrones,  
y diciendo «hágote capa»  
os tapais el *coram vobis*.

Y luego si hace calor  
os meteis en vuestro coche,  
y nos le mandais al mundo  
porque á vos no os incomode.

Sin duda no os cansarán  
las pulgas y los moscones,  
que aunque hay en la tierra muchos  
por allá no se conocen.

Y como sois moscatel,  
y estais de barbas muy pobre,  
no necesitais barbero  
que os atuse los bigotes.

Pues que suban por allá  
donde diz que no se come  
á daros pasteles tales  
que diciendo «zape» corren.

Que suban las doncellas  
á sacaros los doblones,  
mas soliman cada una  
que cien moros de este nombre.

Que suban allá las suegras,  
todas unguentos y botes,  
purgatorios de casados  
y del infierno tizonas.

Dichoso mil y mil veces,  
señor don sol, no os asombre,  
vos que no tenéis poetas  
que en vuestros oídos floren.

Bastantes hay por acá,  
pero algunos tan inormes,  
que les ponemos la cruz  
cada vez que se les oye.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



## EL REY SABIO.

## FABULA.

Cierto monarca, de sabio  
Se preciaba, y con justicia;  
La historia, no la malicia,  
Fama le dió de astrolabio.

El consejo abandonaba  
Por consultar las estrellas,  
Y que había humanas huellas  
En la luna aseguraba.

Sus cortesanos tambien,  
Alentando su aficion,  
Por su asombrosa instruccion  
Le daban el parabien.

Entre tanto el desgobierno  
En sus estados crecia,  
Mas el rey no lo veia  
Ni en verano ni en invierno:

Porque en los astros clavada  
La vista, su pensamiento  
Estaba en el firmamento,  
No en su patria desdichada.

Cierto dia un pobre entró  
En el régio observatorio,  
Y con voz de purgatorio  
Limosna al sabio pidió.

El rey no dió muestra alguna  
De verle, y dijo entre dientes:  
Ea! esta noche vivientes  
He de encontrar en la luna.

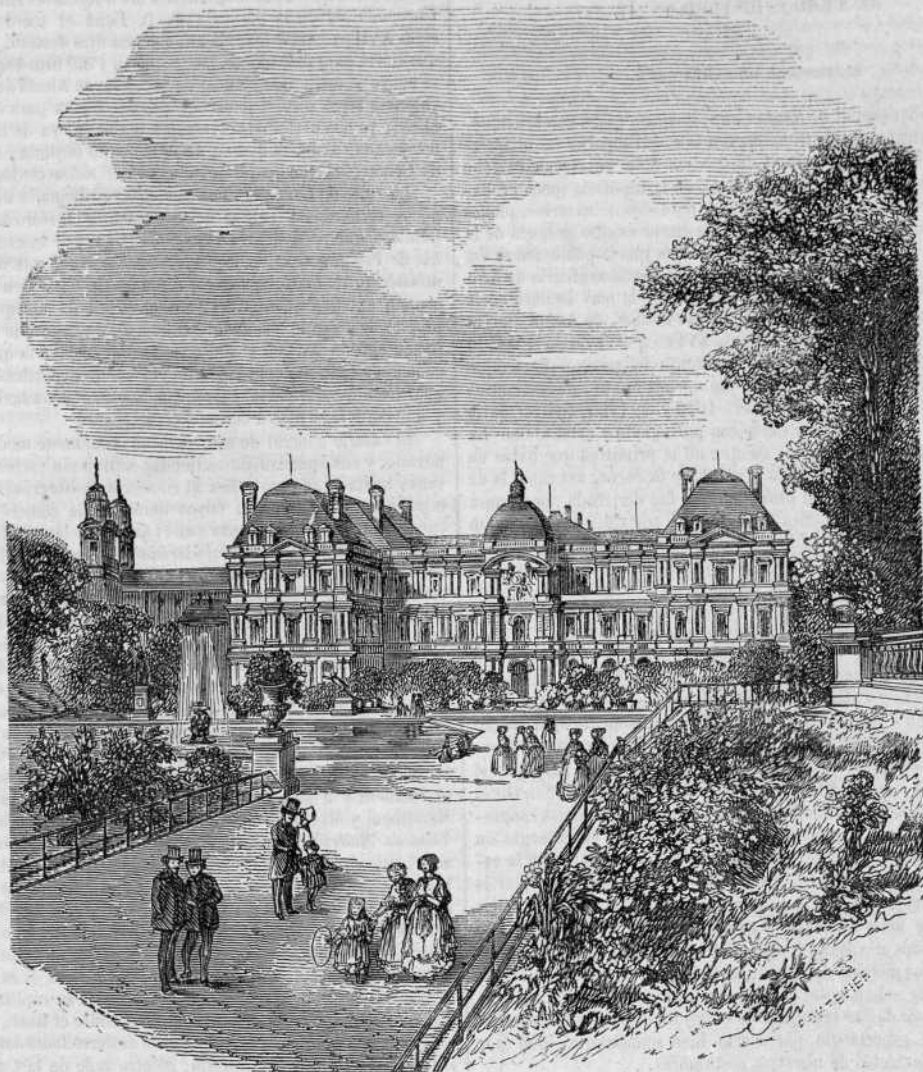
Tiróle al punto el mendigo  
De la ropilla y clamó:  
En la tierra vivo yo  
Sin sustento y sin abrigo.

Dejad el cielo, señor,  
Pues tiene otro soberano,  
Y tended piadosa mano  
De vuestro pueblo al dolor.

Tras un fantasma corremos,  
Y el imposible buscamos:  
Ni vemos lo que miramos,  
Ni miramos lo que vemos.

(1) *Cloca* en latin bajo significa la *choca* ó *concerro*. (M. S. del padre Sarmiento.)





### PALACIO DE LUXEMBURGO.

El palacio que representa este grabado ha tenido diversos nombres. Primero se le llamó palacio de Orleans, después de Luxemburgo, luego palacio del Directorio, en 1795; en 1800 palacio del Consulado; palacio del Senado conservador de 1804 á 1814, y después de esta época fué conocido con el nombre de palacio de la Cámara de los Pares, aunque generalmente se le llama palacio de Luxemburgo. Fué construido en 1615 por María de Médicis, regenta de Francia, después del asesinato de Enrique IV. Para su construcción sirvió de modelo el palacio Pitti de Florencia, residencia ordinaria del gran duque de Toscana, y es notable por su elegante arquitectura, su perfecta simetría y su solidez.

El principal cuerpo del edificio y sus otras partes ofrecen tres sistemas arquitectónicos; dórico, toscano y jónico. Cuatro grandes torres señalan los cuatro ángulos del palacio, habiéndose construido otras dos después de 1835, en cuya época se agrandó el edificio hácia la parte del jardín con el objeto de añadir un nuevo salon para las sesiones de la cámara, que la noble asamblea dedicó después á la reunion de los Pares.

El patio de entrada es de 120 metros de largo y 70 de ancho, y tiene la puerta principal por la calle de Tomnon; por las estremidades del costado tiene dos torres coronadas de estatuas y mostrando en cada uno de sus costados dos terráplenes paralelos que sirven de comunicacion entre las dos galerías.

Sobre el jardín se levanta la nueva torre del reloj, estando adornada en su parte superior de diez figuras alegóricas que representan la

Eloouencia, la Justicia, la Paciencia, la Guerra, la Armada y la Fuerza, con dos figuras de genios coronados por el reloj mismo.

La escalera principal se halla en el ala derecha del patio, y la adornan multitud de elegantes columnas que contienen trofeos y estatuas.

Para penetrar en los departamentos de la Cámara de los Pares se pasa por un salon de guardias ó de espera, y por el salon de los diputados para llegar al de las conferencias. A la espalda del sillón del presidente se ven los bustos de Turgot, D' Agnesseau, L' Hospital, Colbert, Mathieu, Molé, Malesherbes y Portalis, y alrededor de las tribunas las de los mariscales Massena, Lannes, Couvion de Saint Cyr y Mortier. El fresco es de Abel de Pujol, y las paredes del salon están esculpidas sobre madera de encina. Las tribunas se hallan ricamente decoradas, y guardan completa armonía con el resto del salon, á cuyos lados están la biblioteca de la Cámara y el salon real; este se halla decorado de tapicerías de Gobelim, y presenta un retrato de Luis Felipe, por Gerard.

Por el centro del patio del palacio está la entrada á los departamentos del gran referendario de la Cámara de los Pares. Se penetra por un vasto peristilo, á cuya derecha se ven los salones de recepcion, mientras que la izquierda muestra la capilla del palacio y los espléndidos y magníficos salones, que restaurados se conservan desde el tiempo de María de Médicis. En 1790 se hallaban ocupados por el conde Provenza, hasta que le echó de allí la revolucion. Las diferentes piezas de la Cámara han sido pintadas por Boussin; los cielos rasos por Rubens, y los embutidos son debidos á Felipe de Champagne.—Tambien se ven allí trabajos maestros de célebres pintores de nuestros días; y Horacio Vernet, la Roche, Guerin, Court, Deveria y Roqueplan tienen en tan elegantes salones obras maestras que llaman la atencion de todo el mundo.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## EL ARRABAL DE SANTA CRUZ.

La iglesia parroquial de *Santa Cruz*, de quien tomó nombre aquella parte del arrabal de Madrid, quieren también suponer los historiadores que fué primero ermita y luego beneficio rural con derecho parroquial desde el tiempo de los árabes, en la hipótesis (poco probable á nuestro entender) de estar entonces poblados de caserío aquellos sitios estramuros. Mas lo que se sabe de cierto es que después de la conquista por las armas cristianas, y á medida que la poblacion se iba estendiendo en direccion al antiquísimo y venerando santuario de *Atocha*, la parroquialidad de Santa Cruz vino á ser la mas estensa de la nueva villa, como que llegaba á las puertas *del Sol*, de *Anton Martin* y de la *Latina*, hasta mediados del siglo XVI en que se fundó la de *San Sebastian*, y dividió con ella aquella estensa feligresía.—El templo antiguo de Santa Cruz puede decirse que apenas existe, pues á consecuencia de dos incendios, padecidos en 1620 y en 1763, fué necesario reedificarle en el de 1767, por cierto con poco gusto y ostentacion. La torre, sin embargo, es llamada, aunque no lo primitiva que habia en esta parroquia, y era llamada *la atalaya de la corte*, así como la de San Salvador *la atalaya de la villa*. Aquella fué derribada por ruinosidad en 1652, y se emprendió la obra de la nueva á costa del ayuntamiento y de los vecinos de la parroquia, la cual no llegó sin embargo á verse terminada hasta 1680, segun muy por menor se espresa en el artículo *Madrid* del Dictionario del señor Madoz.—La altura de esta torre es de 144 pies, y hallándose en sitio bastante elevado, descuella sobre todas las demás de la poblacion, aunque por su forma sencilla y sin ornato alguno sea por otro lado un objeto poco digno de llamar la atencion del viajero que se acerca á la capital.—En esta parroquia estan las piadosas y antiguas congregaciones de la Caridad y de la Paz, que asisten á los reos de muerte desde el momento que entran en la capilla de la cárcel, les acompañan al suplicio, y cuidan de su enterramiento, el cual se verificaba antiguamente, en esta parroquia el de los degollados, en San Miguel el de los dados garrote, y en San Ginés el de los ahorcados; celebrándose misas en la capilla de dichas congregaciones por el alma de aquellos desgraciados desde el momento en que les es notificada la sentencia, desde cuyo día se levanta en la esquina de la plazuela un altar con el crucifijo que ha de acompañarles al suplicio, fijándose á la puerta de la iglesia *la tablilla de indulgencias* concedidas á los fieles asistentes á aquellos sufragios. También antes (y todavía lo hemos alcanzado á ver en este siglo) se recogian el Sábado de Ramos, por las mismas cofradías, las cabezas y miembros de dichos ajusticiados, que solian colocarse en los caminos públicos, y eran espuestas antes de darlas sepultura en el mismo cajón ó altar portátil de la plazuela: espectáculo por cierto bien repugnante, que por fortuna ha desaparecido de nuestras costumbres.

En la bajada de Santa Cruz, ó sea calle denominada *de los Esparteros*, en una rinconada que formaban las accesorias del convento de San Felipe, hubo antiguamente un recogimiento de donadas con el nombre de *San Estéban*, que le quedó luego al solar ó plazoleta que mas adelante se apellidó también de *los Pájaros*, y hoy forma el ingreso de la nueva calle rota hasta la de la Paz, que lleva el nombre del inolvidable corregidor marqués viudo de *Pontejos*, así como la plazoleta formada á su término, donde se ha trasladado la fuente de la Puerta del Sol y colocádose en ella el busto de aquel benemérito funcionario.—La calle de la Paz tomó el nombre de un hospital que fundó en ella la reina Doña Isabel de Valois, ó *de la Paz*, desgraciada esposa de Felipe II, en que se veneraba la imagen de Nuestra Señora bajo la misma advocacion, que hoy está colocada en la parroquia de Santa Cruz. Dicho hospital pudo estar en el terreno de la casa de Postas, que sirve hoy para el Correo general (4).—La contigua calle (malamente llamada plazuela) de la *Leña*, así como la inmediata y principal de las *Carretas*, quieren decir que tomaron estos nombres á su formacion ó regularizacion en principios del siglo XVI con motivo de las barricadas de leña y carreterías reunidas en aquellos sitios para su defensa

(1) Véanse los números anteriores.

(4) En una apreciable comunicacion con que nos ha favorecido uno de nuestros lectores, se nos dice que la casa señalada con el número 52 nuevo y 54 viejo de la calle de Postas (que seguramente es antigua y debió tener un soportal como las de la plaza), fué la primera de postas ó correos que hubo en Madrid, de que le quedó nombre á la calle. Fue vinculada en principios del siglo XVII por Juan de Arias, que la compró á la corona, y en el día pertenece, segun creemos, á Don José Fardo Yuste. En los títulos de fundacion se hace mención, segun indica el amable comunicante, de la imagen de Nuestra Señora, que se halla colocada en un retablo en el portal de dicha casa, y á la cual conservan mucha devocion los vecinos de aquel barrio. Dicho lienzo de la Virgen parece que existió antes en la Plaza Mayor, pero adquirida por el fundador del mayorazgo, la espuso al público en el portal de su propia casa, que aun hoy es conocido todavía por *el portal de la Virgen*.

por los comuneros venidos de Segovia, que en union con los de Madrid ofrecieron tan porfiada resistencia á las huestes del emperador.—En la rinconada de dicha plazuela de la Leña se labró á mediados del siglo XVII, y existe todavía aunque con otro destino, la casa *Aduana*, que sirvió para este objeto, hasta que en 1769 hizo construir Carlos III el nuevo y magnifico edificio de la calle de Alcalá, recibiendo desde entonces aquel otro viejo diversos destinos, ya para los archivos públicos, ya de cuartel de voluntarios realistas, ya de Escuela de caminos y canales, hasta que en 1830 le ocupó la junta, tribunal y *Bolsa de Comercio*, construyendo al efecto el salon central.

La calle de *Carretas*, hoy una de las principales de la villa, ofrece pocos recuerdos y carece de monumentos históricos. Los edificios públicos que la decoran, tales como la casa de la estinguida *compañía de Filipinas*, la de la *Imprenta Nacional* y la de *Correos* (hoy *ministerio de la Gobernacion*), son modernos, y en los solares que ocupan existieron anteriormente multitud de mezuquinos casuchos, propios de los términos de un arrabal. Baste decir que la manzana que se segregó de las 205 y 206 para formar aislada la que constituye el edificio de Correos, construido en el reinado de Carlos III, comprendia unas treinta casas particulares, que fuéron compradas para derribarlas y dar lugar á la nueva construccion.

El caserío general de esta calle es igualmente moderno y muy renovado, y sus apreciadísimas tiendas estuvieron exclusivamente dedicadas hasta hace pocos años al comercio de *librería*, y antes al gremio de *broqueleros*, con cuyos nombres de comercio fué también sucesivamente conocida esta calle; así como las contiguas callejuelas estrecha y ancha de *los Majaderitos*, tomaron aquel ridiculo título del mazo que usaban los *batihojos* ó tiradores de oro que ocupaban dichas calles y solian apellidar el *majadero* ó *majaderito*. Posteriormente fuéron habitadas por los famosos guitarreros de Madrid, y otros oficios no menos alegres y divertidos, hasta que renovado en nuestros días su caserío, y continuada una de ellas con el derribo del convento de la Victoria, han recibido los nombres de *Cádiz*, de *Barcelona* y de *Espoz y Mina*, y mas elegantes habitadores y comercios.

Aquel inmenso convento que con su iglesia, huerta y tahona ocupaba gran parte de la manzana 207, y ha dado lugar con su derribo, en 1856, al rompimiento de dicha nueva calle, al ensanche de la de la Victoria y á la construccion de las estensas casas de los señores Mariategui y Mateu, y al *pasaje* ó galería cubierta, denominada de la *Villa de Madrid* y otros brillantes edificios, habia sido fundado en aquel sitio (confín entonces de la poblacion) por el P. fray Juan de Victoria, provincial de los mínimos de San Francisco de Paula, con la proteccion del rey D. Felipe II, y en el mismo año de 1561 en que trasladó á Madrid la corte. Era muy poco notable bajo el aspecto artistico, y únicamente bajo el religioso por la gran devocion de los madrileños á la venerable imagen de *Nuestra Señora de la Soledad*, obra famosa del escultor Gaspar Becerra, que tenia su capilla contigua á la iglesia, y hoy se halla colocada en San Isidro el Real, la misma que sale en la solemne procesion del Santo entierro todos los Viernes Santos.—Frente á este monasterio, al otro lado de la *Carrera de San Gerónimo*, que entonces era un humilladero, se fundó con motivo de la gran peste en 1458 un hospital para la asistencia y cura de los contagiados, que un siglo después fué reedificado y convertido por el emperador Carlos V en *hospital real de corte* para soldados y empleados de la Real Casa, á que se añadió después la iglesia que se tituló del *Buen Suceso*, por la imagen de Nuestra Señora que se venera en su altar mayor.—Esta iglesia y hospital son solo notables por el sitio principal de Madrid que ocupan, y que tomó el nombre famoso (que hoy emblematiza á la capital de España) de una imagen del sol que se pintó encima de la puerta de un castillo ó defensa construido en 1320 á consecuencia de las ya citadas revueltas de las comunidades, el cual debió estar delante del hospital del Buen Suceso, sirviendo de ingreso al arrabal, hasta que aumentada por aquella parte la poblacion, fué demolido dicho castillo, dejando solo por memoria su poético nombre de *Puerta del Sol*.

Entre el modesto camino que flanqueado á la derecha por el ya citado convento de la Victoria y algun pobre caserío, y por su izquierda por las tapias del hospital del Buen Suceso y algunos huertos ó posesiones rurales contiguas á los *olivares* y *caños de Alcalá*, y la espléndida calle que con el nombre de *Carrera de San Gerónimo* conduce hoy desde el sitio central y mas animado de la corte á su primero y magnifico paseo y al sitio real del Buen Retiro, median siglos de distancia animados por muchas generaciones, sucesos y peripecias históricas, de que nos haremos cargo cuando después de haber consignado los limites del arrabal de la antigua villa (que es la tarea que por ahora nos hemos impuesto), regresemos al centro, y la consideremos ya bajo el aspecto de corte de la monarquía.

Dijimos en otro lugar que los historiadores que nos dejaron ligeramente indicados los términos de dicho arrabal apuntando la direccion que llevaba la tapia ó cerca que suponen, aunque sin marcar con pre-

cision su marcha ó desarrollo, dicen que desde la puerta del Sol (y comprendiendo por lo visto gran parte de la Carrera de San Gerónimo) torcía luego en escuadra á buscar la línea recta de la plazuela de Anton Martín, lo cual, caso de ser cierto (que no lo creemos por las razones que espesaremos á su tiempo), debió ser por detrás de la calle del Príncipe y plazuela de Matute, ó por entre las del Lobo y Baño á buscar la del Leon. Pero como tenemos motivos para sospechar que, si existió semejante cerca sin solución de continuidad entre la puerta del Sol y la de Anton Martín, sería únicamente en los primeros tiempos de la ampliación, y muy provisional y pasajera, pues no solo no se hace mención de ella en los títulos y documentos del siglo XVI, sino que consta ya la existencia de todas aquellas calles y de muchos de sus edificios, debemos suponer que dicha ampliación ó extensión del arrabal por aquel lado se fué verificando constante, aunque lentamente, y prescindiendo de cualquier obstáculo de cerca que le saliese al paso, y que evidentemente no existía ya á mediados del siglo XVI cuando se estableció en Madrid la corte.—Por lo tanto, y porque así también conviene á la claridad material de nuestra narración, seguiremos en nuestro paseo mental esta línea recta, suponiendo fuera de ella las calles ya citadas del Baño y del Leon, y comprendiendo únicamente las demás á la derecha entre la Carrera de San Gerónimo y la de Atocha.

Las primeras que se ofrecen á nuestra vista son las tituladas *del Lobo*, *del Príncipe* y *de la Cruz*, las cuales nos traen simultáneamente á la imaginación el recuerdo de las primeras representaciones escénicas en nuestra villa de Madrid, que con tanta copia de erudición y de crítica reseñó D. Casiano Pellicer en su conocida obra titulada *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*.—El origen indudable de la representación de comedias en Madrid es el que señala el mismo Pellicer; esto es, el privilegio concedido á la cofradía de la Sagrada Pasion de Nuestro Señor Jesucristo que tenía á su cargo algunos hospitales y recogimientos, y luego á la de Nuestra Señora de la Soledad que había fundado la casa de espositos, para que pudiesen dar á su beneficio dichas representaciones en las casas ó sitios que señalasen. En su consecuencia, la primera ó de la Pasion, señaló para este objeto un corral que tenía en la *calle del Sol*, otro en la *del Príncipe*, propio de Isabel Pacheco, y otro en la misma calle perteneciente á N. Burguillos, cuyo corral se aplicó después á si la cofradía de la Soledad; y consta que el miércoles 5 de mayo de 1568 entró á representar en el de *la Pacheca* el comediante Alonso Velazquez, y posteriormente en ambos por convenio de dichas cofradías.—En 1574 un comediante italiano llamado *Alberto Ganasa*, autor ó cabeza de una compañía que representaba farsas y hacia juegos de manos y volatines, contrató con las cofradías para que se le cubriese con tejados dicho corral (excepto el patio que quedó siempre al descubierta), y aquellos alquilaron y aderezaron para las otras compañías un nuevo corral en la *calle del Lobo* en la casa que pertenecía á Cristóbal de la Puente, hasta que mas adelante las mismas cofradías fabricaron sus teatros propios, el uno en la *calle de la Cruz* en 1579, y el otro en la *del Príncipe* en 1582, cesando entonces y deshaciendo el de la *calle del Lobo*.

Segun las escrituras de compra de aquellos solares, consta que el primero «alindaba con el horno de Antonio Ventero y con el solar de Antonio Gonzalez Labrador, y por delante la calle pública que dicen de la Cruz donde es la cárcel que dicen de la Corona en la parroquia de Santa Cruz,» y que fué comprado en 550 ducados; y el segundo ó *del Príncipe* propio del doctor Alaba de Ibarra, médico de Felipe II, eran dos casas y corrales contiguos al mencionado de la Pacheca, y «tenian por linderos casas de Catalina Villanueva, de Lope de Vergara» y del contador Pedro Calderon, y por delante la *dicha calle principal del Príncipe*,» y fueron vendidas en 800 ducados. En este se principiaron las representaciones en 21 de setiembre de 1585, y en el de la Cruz habian empezado anteriormente en 29 de noviembre de 1578.

La afición de los madrileños á las representaciones escénicas y los productos de los *corrales* (que este nombre conservaron los teatros) utilizados por las cofradías para los santos objetos de su instituto, fueron tales, que lo que en los primeros años representaba un beneficio liquido de 140 á 200 reales por representación, luego de construidos los nuevos coliseos (cuyo sitio vemos que importó á las cofradías solo 1530 ducados) llegó al punto de arrendarse su usufructo por cuatro años desde 1629 á 1635 en la enorme suma de 114,400 ducados, que distribuian entre si los diversos hospitales y hospicios, hasta que en 1658 se encargó de los teatros la villa de Madrid, consignando á aquellos establecimientos varios censos y subvenciones.

Poco ó nada podemos añadir á las infinitas y curiosas investigaciones que sobre este asunto consignó el erudito Pellicer en su ya citada obra, y únicamente diremos que por el registro de los títulos antiguos vemos que el corral arrendado en la *calle del Lobo* y casa propia de Cristóbal de la Puente, estaba en la señalada con el número 25 viejo, y 9 nuevo de dicha calle y manzana 218, que tiene de sitio 4089 piés, y fué privilegiada de aposento en 1589 por el *dicho la Puente*, y hoy pertenece al señor D. Vicente Pereda.—La casa de Isabel Pacheco

en la *calle del Príncipe* donde estaba el famoso corral apellidado *de la Pacheca*, ya hemos dicho que era contigua á la comprada por las cofradías al doctor Alaba de Ibarra para la construcción del nuevo coliseo, y quedó incluida en este, así como tambien lo fué después otra propia de D. Rodrigo de Herrera, que tenía una ventana que daba al corral, cuando la villa de Madrid reedificó y agrandó el teatro en 1745 hasta darle el espacio de 11,594 piés que hoy tiene, y sobre el cual se volvió á reedificar en 1806 bajo los planes y direccion del arquitecto Villanueva, por haberse quemado el anterior.—El otro de la *calle de la Cruz* (llamada así por un cerrillo que hubo antiguamente en aquel sitio sobre el que estaba colocada una cruz) fué tambien reedificado bajo las trazas, direccion y mal gusto del arquitecto D. Pedro de Rivera en 1757, segun existe en el dia.—Los recuerdos histórico-literarios de aquellos dos antiguos *corrales* ó coliseos nos llevarian muy lejos, y son por lo demás bastante conocidos: solo diremos que en ambos indistintamente brillaron en su tiempo, al paso que en los suntuosos del Buen Retiro, de Palacio y de los sitios del Pardo y la Zarzuela, las populares musas de Lope de Vega, Tirso, Moreto y Calderon; que el primero sin embargo solia dar preferencia al de la Cruz, y tambien el monarca Felipe IV, tan aficionado á este espectáculo, al cual solia asistir de incógnito, entrando por la plazuela del Angel y casa contigua, hoy incorporada al mismo teatro, en la cual, segun nuestras noticias, vivió el célebre poeta y abogado D. Gerónimo Villaizan; en el mismo teatro representaba la famosa *Maria Calderon* y las no menos célebres *Amarilis* (María de Córdoba), y *Antandra* (Antonia Granados), las posteriores celebridades escénicas *Maria Ladvenomt* y *Maria del Rosario Fernandez (la Tirana)*, representaron casi siempre en el Príncipe. D. Rodrigo Calderon, el duque de Cerma y otros magnates preferian por el contrario asistir á este, donde tenian aposento con celosia.—En cuanto al recuerdo moderno de los bandos de *Chorizos* y *Polacos*, con cuyos nombres se designó á ambos teatros del Príncipe y de la Cruz á fines del siglo pasado, es demasiado conocido para que haya necesidad de reproducirle. Las preciosas comedias de Moratin, tituladas *El Viejo y la Niña*, y *El Café*, se representaron en el Príncipe, y las de *El Baron*, y *La Mojigata*, y *El Si de las Niñas*, en el de la Cruz.—Los eminentes actores *Rita Luna* é *Isidoro Maquez* trabajaron en un principio en ambos (aunque nunca llegaron á reunirse); pero últimamente aquella se fijó en la Cruz, y este lo hizo exclusivamente en el del Príncipe, que supo convertir desde principio del siglo en el favorito del pueblo madrileño.

No puede ser exacta la observacion de que la *calle del Príncipe* recibiese este nombre con motivo del nacimiento en Madrid del príncipe D. Felipe (después Felipe III), ocurrido en 14 de Abril de 1578, ni aun de sus dos hermanos anteriores que murieron sin llegar á reinar, D. Fernando y D. Diego, que tambien habian nacido en Madrid en 1571 y 1575, porque ya vemos que anteriormente en 1568 se apellidaba ya *calle del Príncipe* la del Corral de la Pacheca; creemos por lo tanto que dicho nombre pudo aludir al príncipe D. Felipe II, en cuya juventud acaso se formaria dicha calle, ó tal vez, si esto se verificó antes, al príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Con esto queda tambien contestada la opinion de alguno que ha supuesto referirse el nombre de dicha calle al príncipe de Fez y de Marruecos *Muley Xequé* que no vino á España y recibió el bautismo hasta 1595, tomando el nombre de *D. Felipe de Africa* ó de Austria, y es mas conocido con el del *Príncipe Negro*. Este personaje vivió efectivamente en dicha calle en la casa que fué de Ruiz Lopez de Vega, y después del marqués de Ugena, que es la que da vuelta á la calle de las Huertas, y hoy reedificada pertenece á los condes de Saceda y lleva el número 40 nuevo. El sobrescrito de la carta de que habla el inmortal autor del Quijote en la *Adjunta al Parnaso*, dice: «Al Sr. Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas frontero de las casas donde solia vivir el príncipe de Marruecos;» es decir que pudo habitar aquel ingenio las señaladas ahora con los números 6 al 10 nuevo.—Algo mas abajo, y conduciendo desde la *calle del Príncipe* hácia la plazuela de Anton Martín, está la plazuela llamada de Matute, ó segun algunos documentos *del Matute*, cuyo nombre hay motivo para creer que la quedó por la razon de que en ella y las huertas inmediatas á la puerta de Anton Martín se preparaban los contrabandos ó matutes.

Hasta el tiempo de la dominacion francesa en los primeros años de este siglo, existió formando gran parte de la manzana 215, y prolongando las calles del Prado, de la Gorguera y de la Lechuga, el convento é iglesia de religiosas carmelitas descalzas de *santa Ana*, fundado por San Juan de la Cruz en 1586, en cuyo solar se formó en 1810 la *plazuela de Santa Ana* con árboles y una fuente en medio en que estuvo colocada algun tiempo la estatua en bronce de Carlos V, que existe en la galería de escultura del Museo.

Por este mismo tiempo creemos que se construyó bajo la direccion del arquitecto D. Silvestre Perez la bella casa palacio propia de los condes de Montijo y de Teba en el solar que hace esquina á dicha

plazuela y á la *del Angel* y fué anteriormente de los condes de Baños y de D. Pedro Velasco de Bracamonte.—En dicha *plazuela del Angel*, como al frente de esta casa, estuvo antiguamente formando una manzana aislada el oratorio y casa de PP. de *San Felipe Neri*, hasta que á la estincion de los Jesuitas en 1769 pasaron á la casa profesa de aquellos en la calle de Bordadores, y se demolió la suya, que daba lugar entre la calle del Prado y la de las Huertas á otra callejuela llamada *del Beso*.—La otra elegante casa de los condes de *Tepa* frontera á la de Montijo, con entradas tambien por las calles de San Sebastian y de Atocha, es uno de los mejores edificios particulares de principios de este siglo, y creemos fué como el palacio de Villahermosa obra del arquitecto D. Antonio Lopez Aguado.

La iglesia parroquial de *San Sebastian*, tan poco notable bajo el aspecto artístico como importante por su estendida y rica feligresía, ya dijimos que compartió esta con la de Santa Cruz cuando se construyó en 1550, tomando la advocacion de aquel santo mártir por una ermita dedicada al mismo que hubo mas abajo de la plazuela de Anton Martin. El cementerio contiguo á esta parroquia que daba á la calle de las Huertas y á la ya mencionada de *San Sebastian* (antes llamada *del Viento*) era uno de los padrones mas ignominiosos de la policia del antiguo Madrid, y así permaneció hasta la construccion de los cementerios extramuros en tiempo de los franceses. Recordamos todavía haber escuchado á nuestros padres la nauseabunda relacion de las famosas *mondas* ó extraccion de cadáveres que se verificaban periódicamente, en una de las cuales fuéron estraidos de la bóveda y confundidos y arrumbados con los demás, los preciosos restos del gran *Lope de Vega Carpio*, que yacian sepultados en ella en el segundo nicho del tercer órden, *no de la órden tercera*, como dice en algun documento, donde buscándole nosotros hace pocos años con el difunto cura de aquella parroquia, señor Quijana, hallamos la lápida que dice estar enterrada en aquel sitio la señora Doña N. Ramiro y Arcaño, hermana del vicario que fué de Madrid.

Este lamentable descuido, esta criminal profanacion (que nos priva ahora de mostrar á los extranjeros el sepulcro del *Fénix de los ingenios*) se cometia ya en pleno siglo XIX ó á fines del anterior, á la faz de una corte ilustrada y culta, y delante cabalmente de los distinguidos literatos y famosos poetas restauradores de las letras españolas, de los Moratines é Iriartes, Ayalas y Cadalsos, Cerdas, Rios, Ortigas, Llagunos, Estalas, Melendez y otros varios, y de los extranjeros Signorelli, Conti, Pizzi, Bernascone, los cuales desde el último cuarto del siglo anterior habian establecido una especie de liceo ó academia privada en una sala de la *fonda de San Sebastian* en la casa contigua á dicho cementerio (porque entonces no existia todavía la del conde de Tepa), apreciable reunion que duró en todo su esplendor hasta que desapareciendo poco á poco sus insignes fundadores, degeneró en manos de la medianía ó del pedantismo, y es evidente que el insigne Moratin, hijo, se refirió á ella y á sus principales concurrentes Comella, Cladera, Guerrero, Salanueva, Nifo y otros pseudo-poetas de la época, en la deliciosa sátira dramática titulada *La Comedia Nueva*, en que los retrató como pudiera decirse, con pelos y señales, bajo los nombres de *D. Eleuterio*, *D. Hermógenes*, *D. Serapio*, y hasta fijó la escena en el mismo *café* del entresuelo, haciendo figurar en ella al mozo *Agapito*, y emblematizando en él la buena fé del vulgo sándico é ignorante, bajo el gráfico nombre de *Pipi*.

R. DE MESONERO ROMANOS.

### LA MADRE DEL MARINERO.

Yo me paseaba á la orilla del mar una tarde de otoño de 1840, recreándome en el grandioso espectáculo de las aguas, aun fuertemente agitadas después de una tempestad terrible que habia durado el dia y la noche anterior.

Las olas que se sucedian sin interrupcion, venian á estrellarse á los peñascos, y deshechas en una blanca espuma, trepaban la alta escabrosidad del terreno, inundando los campos vecinos.

Recogido en mí mismo, y arrullado por el intenso rumor de los mares, tal vez buscaba mi mente el misterio de la creacion, que parecia revelarme aquella voz indefinible; porque recordando el Apocalipsis, sabia que la voz de Dios era semejante al ruido de muchas aguas.

Así preocupado mi espíritu, una voz humana, la voz dolorida del sufrimiento, vino á herir la delicada fibra de mi piedad, y volviendo los ojos á todos lados, ví á una muger desolada que fija la vista en la línea postrera de los mares, horizonte imperceptible, y en el cual parecian soldados con el cielo, dirijase que trataba de lanzarse al Occéano por buscar un objeto perdido en su inmensidad.

Aquella muger no lloraba: traspasada por el dolor y por la incer-

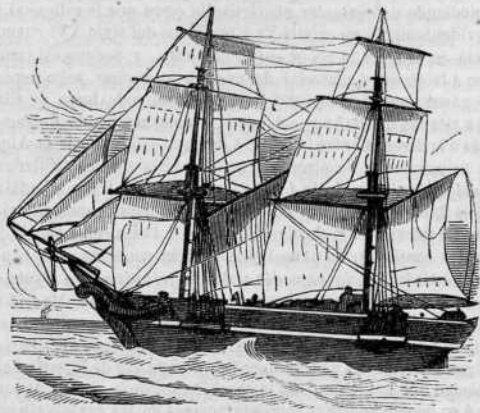
tudumbre, acaso no podia darse cuenta á sí misma de lo que sentia.

Yo me acerqué á ella con respeto, y preguntándole la causa de su angustia me dijo:

—Ayer ha salido mi hijo á acompañar algunas leguas un buque que se ha dado á la vela para América; debia haber vuelto ya; pero la tempestad que sobrevino, no sé si le habrá impedido hacerlo, ó si tal vez le ha sepultado entre las olas. Ignoro, señor, lo que me pasa; no sé si tengo esperanza de verle, ó si la desesperacion es conmigo; pero juro no abandonar este sitio antes de tener una certidumbre feliz ó desgraciada.

Una fuerza irresistible me hizo suspender mi paseo: cierto presentimiento funesto me hacia creermelo necesario al lado de aquella muger.

No me engañé por desgracia.



Apenas habian trascurrido algunos momentos, cuando los restos de un barquichuelo aparecieron como otros tantos puntos sombríos en la agitada superficie del mar. Un timon flotaba á la derecha, un remo hacía el propio lado, mientras que algunos tablones figuraban á la izquierda.

Yo me cubrí los ojos con las manos.

Un grito penetrante lanzado por la desolada madre, me dejó petrificado.

Abri los ojos. ¡Oh asombro! La madre se habia lanzado á la mar, dirigiéndose á un objeto cuyos perfiles negros se describian difícilmente, á capricho de la continua oscilacion de las olas.

Entonces, descendiendo tambien por las rocas, avanzo hácia la pobre muger, que desfalleciente, iba á sucumbir después de haber apreado aquel objeto incierto.



Yo la arranco de la muerte, y la siento sobre un peñasco; allí la prodigo todos los recursos que tengo en mi mano para volverla en sí. Abre por fin los ojos.

Su mirada, vaga en los primeros momentos, se fijó en aquel objeto que habia conquistado al mar.

—¡Ah!... dijo con voz ahogada por los suspiros, ¡el cofrecillo de mi hijo!... Dios mio!... Dios mio!... ¿Es este el único resto que de él me queda en el mundo?... ¿Es este el correo que me anuncia su partida á la eternidad?

La pobre madre volvió á quedar desmayada. Yo partí á la ciudad, y la trasporté á su casa, donde en vano la fuéron prodigados los consuelos de la amistad y los remedios del arte.

La madre no pudo soportar la pérdida de su hijo; y pocos dias después murió la infeliz en medio del mas espantoso delirio. Yo no tengo desde entonces momento alguno de alegría: aquel sentimiento maternal incomparable; aquel dolor que no tiene semejante, enluta mi corazón. Ayl... nunca podré olvidar á la pobre madre que exhaló su vida en mi presencia, para buscar á su hijo en la eternidad!

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE PRIMERA.

(Continuación.)

Tal vez parezca estemporánea la ligera disertacion que acabamos de hacer; mas no lo será cuando digamos que la inquietud del espíritu, el vacío en el corazón, y finalmente, la pérdida de la tranquilidad de la noble jóven que nos ocupa, era causada por la enfermedad llamada amor; enfermedad leve y de corta duracion en lo general, pero eterna é incurable cuando se ceba en alguna de esas almas delicadas de que ya hemos hablado.

Eugenia era uno de estos seres destinados á sufrir; pues en el mundo el que no puede revestirse de la doble coraza del egoismo y de la indiferencia, el que no se basta á sí mismo, el que cifra en otros la felicidad á que aspira, tiene que padecer, y padecer mucho, cualquiera que sea la escala de la sociedad en que le haya colocado la fortuna. Poética, novelesca, exaltada su imaginacion primero en la soledad monástica, y después en la del campo, Eugenia se entregó á esas meditaciones ilusorias y ardientes, tan peligrosas en las jóvenes de talento y de corazón. Su padre, el marqués, noble anciano que adoraba á su hija, notaba en ella la falta de alegría propia de su edad: le admiraba el velo de melancolía que nublaba su semblante infantil, como le hubiera sorprendido si en un hermoso vaso de porcelana viese en vez de gayas y fragantes flores, inustias ramas de sauce ó de ciprés; pero juzgando seria efecto del aislamiento en que viviera, esperaba que el bullicio y los placeres de Madrid, donde pensaba pasar el próximo invierno, disiparian aquellas ligeras nubes de tristeza.

No obstante, Eugenia no era desdichada: habiendo pasado de repente desde el sombrío monasterio donde se educara á aquellos prados, bosques hermosos y pintorescos montañas, sintió abrirse su corazón á la alegría y á la libertad, como una flor guardada en un invernadero del rigor del frío abre su fragante seno á las primeras brisas del abril. A la vista de las praderas matizadas de flores, aspirando el aura de las montañas, gozando con delicia de los mil accidentes del sol riellando en las aguas, de las sombras estendiéndose por los bosques y de la luna argentando los otros, los primeros dias de su estancia en la quinta fuéron en verdad muy felices y en los que no hizo sino ver y admirar. Posteriormente, á esta embriaguez infantil sucedió la inquietud del alma, que refiriéndonos á Mario, ya hemos en parte definido: mas si en cierto modo perdió Eugenia la tranquilidad de la niñez, halló en compensacion el placer de las ilusiones no realizadas, pero que se esperan con la fé del corazón, y esa melancolía que hace sufrir dulcemente, como sufre una madre que por primera vez siente el fruto de su amor agitarse en sus entrañas: tristezas suaves y embriagadoras, mas dulces que la alegría, porque estan sostenidas por la esperanza y no han pasado aun por las terribles pruebas del desengaño.

Eugenia era novelesca aun antes de haber leído novelas; no obstante, las pocas que habian penetrado en su convento eran de tal género, que la hicieron bostezar no bien leyó sus primeras páginas; mas luego que en la biblioteca de la quinta pudo escoger entre las mas brillantes flores de la literatura moderna, reunidas allí por su madre, siguió la manía de nuestro siglo, y se entregó con avidéz á esas lecturas atractivas que aumentaron el fuego del amor sin objeto que ya abrasaba su alma.

Pero se nos dirá: el amor sin objeto ¿existe realmente, ó es solo una ficcion del entendimiento, aborto de una imaginacion delirante? Respondan por nosotros esos seres que pasan como sombras y mueren en su juventud sin que nadie comprenda la verdadera causa, á pesar de que un médico dice después: esa pobre criatura ha muerto de un cáncer en el estómago, de una tisis pulmonal ó de un aneurisma en el corazón.

VI.

Mario se instruye.

Dejamos á Mario en el momento en que Eugenia penetraba por la puerta de la verja que rodea la quinta.

Después de verla atravesar la calle de álamos que conduce hasta la puerta principal, y luego que disminuyó la lluvia, que nuestro héroe sufrió guarecido bajo un árbol, notó que el mismo criado que abrió la puerta de la verja á la hermosa niña se dirigió hácia la silla del marqués, y llegado que hubo registró aquel sitio con la mayor escrupulosidad.

Durante esta pesquisa, Mario, que conoció buscaba el libro que Eugenia habia dejado olvidado, y que él tomó del asiento de piedra, tuvo intencion de dárselo, comprendiendo que así debia hacerlo: mas por otra parte su curiosidad le impulsaba á lo contrario, haciéndole titubear, hasta que al fin venció esta y le retuvo en su poder, prometiéndose no obstante llevarle al castillo ó devolverle á su dueño por algun otro medio, no bien hubiera satisfecho sus deseos.

Tranquilizados sus escrúpulos con esta resolusion, examinó el libro (que estaba primorosamente encuadernado) por dentro y fuera con la mayor atencion, aunque infructuosamente, pues ya hemos dicho que no sabia leer: y esta fué la vez primera que comprendió el estado de abandono en que habia vivido, y se avergonzó de su ignorancia, encaminándose á la montaña sumido en una profunda meditacion.

No bien dejó sus provisiones al pastor, volvió á su casa, siempre preocupado y cabizbajo, y apenas llegó se presentó á Marciana y la dijo con tono resuelto estas solas palabras:

—Marciana, yo quiero aprender á leer.

La anciana le miró sorprendida, pues no sabia á qué causa achacar este repentino deseo de nuestro jóven; mas luego sintió una viva alegría, viendo que este se habia anticipado á los suyos.

Largo tiempo hacia que el abandono é ignorancia de Mario turbaban la tranquilidad de la honrada aldeana, conociendo cuán poco apto era para los trabajos corporales, y el aislamiento completo en que quedaria después de su muerte, y muchas veces, una entre ellas el dia en que le aconsejó fuese á T..., quiso añadir algunas palabras respecto al porvenir de su querido hijo, como ella le llamaba; pero juzgando no ser tiempo todavía, ó mas bien temiendo disgustarle, lo suspendió hasta mejor ocasion.

Pasaron los dias, meses y años, y Marciana no halló esta ocasion oportuna, ó mejor dicho, rehusó hallarla, puesto que á cualquier cosa á que dedicara al jóven la hubiera sido preciso separarse de él; con tanta mas razon, atendiendo á que Mario por nada en el mundo consentiria en volver al pueblo, y á que en cualquiera otra parte, además de esta separacion, se originarian gastos que ella no estaba en estado de soportar. Algunas veces pensó en hablar á Justo sobre este punto, mas conoció seria en vano; primero por el deplorable estado de la casa, y luego porque aquel habia dicho terminantemente que no se mezclara en cosa alguna que atañese á su hijo; de modo que la anciana dejó pasar el tiempo sin resolverse á nada, tanto por debilidad, cuanto porque en cierto modo no podia hacer otra cosa; así es que cuando Mario formuló su deseo de una manera tan esplicita, á par de sorpresa sintió una especie de satisfaccion y desahogo como si se hallase aliviada de un enorme peso.

—Hijo mio, le contestó, el deseo que acabas de manifestarme me satisface demasiado para que yo no me apresure á colmarle. No obstante, para que así sea, tendrás que vencer tu repugnancia de volver al pueblo, puesto no somos bastante ricos para hacer venir aquí al maestro de escuela: aunque por otra parte, como este vive á la entrada del lugar, no te será costoso tan pequeño sacrificio.

Al decir estas palabras Marciana miró atentamente á nuestro jóven, esperando de su parte una rotunda negativa respecto á la última proposicion, y vió con el mayor asombro que Mario bajaba la cabeza, aunque visiblemente contrariado, asintiendo con su silencio á las justas razones de la anciana, que encantada de su docilidad, le prometió que al dia siguiente hablaria al maestro de escuela de T... como en efecto lo verificó, comprometiéndose á costear de sus ahorros los pequeños gastos de la educacion de Mario, y no dejando de pensar en la causa que obligara al jóven á salir de su natural apatia: si hubiera registrado el bolsillo de la chaqueta de este, hallara en él la clave de aquel enigma.

Mario pues asistió á la clase del maestro de escuela, el cual, habiendo conocido á poco tiempo su talento, y observado con gusto su aplicacion, le cobró un particular cariño prometiéndose cultivar aquella privilegiada inteligencia.

El maestro era uno de esos hombres de talento, pero sin fortuna, que arrinconados en una aldea dejan al charlatanismo pavonearse en las ciudades. Aunque enseñaba primeras letras solamente, sus conoci-

mientos no se limitaban á este ramo de educacion. Versado en las lenguas clásicas, unia á una profunda erudicion un gusto literario esquisito, y á todos estos talentos, un espíritu recto, un corazon bondadoso y un carácter verdaderamente angelical. No se limitó á enseñar á Mario la lectura y escritura, sino que tambien le instruyó en la lengua latina, hallando compensados sus afanes, cuando leyendo juntos los autores clásicos, el discípulo hacia notar al preceptor bellezas que este no habia descubierto en ellos: no obstante, debemos decir en obsequio de la verdad, que si bien Mario se dedicó al estudio con asiduidad, alentado acaso por una vaga esperanza, en nada fueron tan notables sus progresos como en la lectura, pues á los seis primeros dias leia ya correctamente con asombro y satisfaccion de su maestro: el lector habrá adivinado la causa.

En efecto, el deseo vehemente de leer lo que Eugenia habia leído, há aquí su verdadero estímulo. No bien estuvo en estado de conocer las letras, abrió el libro que hacia algunos dias guardaba como un tesoro, y aunque solo delectando, le admiró ya la elegancia de su estilo. Sin embargo, hasta que pudo leer con facilidad y expresion no comprendió toda su belleza y armonia.

Este libro se titulaba *El Diablo-Mundo*, y estaba escrito por Espronceda.

¡Con qué emocion leyó Mario los hermosos versos del elegante poeta! ¡Cuánta ternura, cuánta melancolia, cuánta suavidad encontró en ellos!....

Además, á todos estos atractivos agregábase otro mas poderoso: ella, decia Mario, habra pronunciado estas palabras y sentido lo mismo que yo... Aquí ha suspendido su lectura... ¿serán estos los versos que mas la agraden?... Si, no hay duda... veo una señal... Y el pobre jóven se perdía tambien en hondas meditaciones, causadas todas por un mismo objeto.

Creemos escusado decir que desde el dia en que vio á Eugenia por vez primera, exceptuando dos horas por mañana y tarde que asistia á la escuela de T..., nuestro héroe pasaba lo restante del dia en los alrededores de la quinta, esperando ver á la encantadora jóven cuando saliese á paseo; y aunque sus deseos no se verificaban con tanta frecuencia como él quisiera, violó varias veces, bien á pié ó á caballo, subir á la montaña ó sentarse á leer en *La silla del marqués*; sitio al cual iba siempre sola, tanto por su proximidad á la quinta, cuanto porque engolfada unas veces en sus lecturas, y otras en sus deliquios juveniles, la presencia de un testigo la hubiera contrariado sobre manera.

## VII.

### Delirios de amor.

Mario en aquellos primeros dias no estaba en estado de comprender la inmensa distancia que de Eugenia le separaba. Jamás se habia detenido á meditar en los obstáculos que pudieran oponerse á su amor: bien es verdad que tampoco sabia si la nueva vida que comenzaba para él era efecto del amor ó de otra causa cualquiera. La pasion cuando nace es irreflexiva, se contenta con la vista del objeto amado... mas adelante aumentan los deseos y se suceden unos á otros, perdiendo cada vez una dulce ilusion.

Absorto en la contemplacion de su amada, olvidaba hasta su propia existencia, y fué tal su embriaguez en aquellos primeros dias, que puede asegurarse que el exceso de su dicha le hacia padecer. Gozó en efecto de inefables alegrías, porque ninguna idea siniestra turbaba su felicidad... pero esta felicidad le abrumaba... Si el espíritu mas escéptico, si el corazon mas gastado se estremecen á veces con las poderosas sensaciones del verdadero amor, ¿qué no sentiria aquel jóven de diez y siete años, de un temperamento de fuego, con una imaginacion primitiva y poética, que tanto tiempo habia acumulado en su corazon virgen de emociones, raudales de sentimiento próximos á desbordar y que ya no podia detener?

Sentado á veces é inmóvil mucho tiempo, abstraído en sus recuerdos, levantábase de improviso y corria al bosque como impulsado por una fuerza sobrenatural: silencioso otras y cabizbajo, prorumpia de repente en gritos de alegría: sus distracciones eran cada vez mas frecuentes, y á su indolencia natural sucedió una actividad extraordinaria. Cuando no estaba preocupado en sus meditaciones, durante las cuales á veces se sonreia, mas expansivo que nunca acariciaba á Marciana, hablaba con el pastor al tiempo de llevarle el almuerzo, jugaba con el perro del ganado, repetía los cantos de los leñadores, y en resolucion puede asegurarse que desde entonces comenzaba su vida.

Mario se levantaba como anteriormente al rayar el alba, mas no para vagar por el bosque triste y cabizbajo, mirando distraído las maravillas de la naturaleza, sino para respirar el ambiente con alegría, y atravesar la distancia que media desde su casa á la quinta, no en línea recta y por la senda mas corta, pues no esperaba ver á Euge-

nia tan temprano, sino haciendo largos rodeos, saltando las zanas, trepando á las colinas, y en fin, correteando como un noble potro que estuviera encerrado mucho tiempo. Durante esta travesía su alma se abria á las suaves impresiones del amor y la contemplacion. ¡Cuán bello le parecia el sol tiñendo de púrpura el hueco de los peñascos y las quebraduras del monte! ¡Con qué delicia aspiraba las emanaciones de las plantas! ¡Con cuánto placer infantil se i cercaba al rio muy despacio para no espantar á las bandadas de gorriones que en sus olas se abrevaban! Ah! aquellos dias fueron los únicos felices de su vida.

¡Vosotros que aun no conceis el amor, y tambien vosotras, almas infortunadas que lamentais el rigor de los desdenes, del olvido ó de la ausencia, venid á las ciudades populosas: aquí la lucha del espíritu con la materia, las punzantes sensaciones del orgullo y el bullicio de los placeres, atenuarán vuestra pena, ó harán que la olvideis para siempre; pero vosotros, amantes dichosos, que gozais las dulces caricias de la pasion, corred á los bosques, á las montañas y á las praderas, y allí, sentados á la márgen de los rios ó en los lindes de los vallados, se aumentará vuestra ternura, y la voz de las aves del viento y de las ondas os inspirará cantos divinos con que embellecer el poema de vuestro amor.

Marciana notó con suma complacencia la mutacion del carácter de nuestro héroe, y entonces lo achacó á los efectos de la educacion que empezaba á recibir. Posteriormente se explicó de otro modo este cambio... pero no anticipemos los sucesos. Desgraciadamente la dicha de Mario fué tan duradera como todas las dichas humanas, es decir, que acabó muy en breve. En las organizaciones poderosas, el amor al nacer produce por lo general, ó una excesiva alegría ó una tristeza profunda, segun la mayor ó menor cultura del entendimiento que le concibe, la distinta posicion ó los diversos obstáculos que se le oponen. Por lo regular á esa alegría sucede la tristeza, y á esta en su caso el consuelo que da la esperanza, ó la desesperacion que conduce al olvido. Mario, como es natural, sintió los efectos de esta ley casi universal, pero que tiene sus excepciones como todas las que afectan al corazon. Conforme el estudio y la meditacion esclarecian su inteligencia, sus percepciones se hacian mas distintas, se fijaban sus ideas, y el amor, siguiendo sus trámites regulares, acreció sus deseos que antes se limitaban á gozar de la vista del objeto amado.

Una circunstancia al parecer insignificante aumentó la inquietud vaga é indefinible que comenzaba á atormentar á nuestro adolescente. Un dia en que subió al desvan de su casa, donde yacian amontonados varios muebles viejos destinados á ser quemados en el próximo invierno, abrió por casualidad un area de madera en la que nunca habia reparado, y encontró en ella unos cuantos volúmenes carcomidos y empolvados que se apresuró á hojear con la mayor curiosidad. Por fortuna aquellos libros, que habian pertenecido á su madre, eran casi todos obras maestras en literatura; y decimos por fortuna, porque en ciertas inteligencias las primeras lecturas influyen poderosamente y se graban en ellas con caracteres indelebles, al modo que en una vasija nueva se conserva siempre el olor del primer licor que contuvo.

Un compendio de la historia de España por un autor anónimo, Atala, Corina, Memorias de las Cruzadas, una novela española, notable solamente por la melancolia de su estilo, y finalmente una coleccion de poesias francesas, antiguas, constituian aquella reducida biblioteca. Creémonos dispensados de nombrar los autores de las principales de estas obras, puesto gozan de una reputacion europea, y solo diremos cuatro palabras respecto de la última, por ser poco conocida, y muy raros sus ejemplares.

El que Mario halló era un libro en cuarto, lujosamente encuadernado é impreso. Los nombres de Francisco I, Inés de Sorel, Teobaldo, conde de Champaña, Clemente Marot y otros no menos poéticos y que hablan no menos á la imaginacion, leianse al pié de aquellos versos duros y poco correctos en lo general, y que apenas comprendió nuestro jóven, el cual no obstante halló mayor atractivo en considerar las hermosas láminas que adornaban aquel volumen.

Estas por lo regular representaban dos de dichos personajes de distinto sexo, vestidos con el elegante traje de su época platicando ó cantando sus amores en frondosos terrados ó balcones góticos, desde donde se descubrian arboledas, rios plateados y paisajes pintorescos y encantadores: así es que luego que Mario hubo leído estas obras y algunas otras que le proporcionó el maestro de escuela y que le familiarizaron con las costumbres caballerescas, pasaba horas enteras admirando aquellas pinturas que halagaban los deseos de su corazon, esto es, el fausto de los salones, unido á la poesia de los campos, y trasportaban su imaginacion á las edades de los trovadores, de los torneos, de las cortes de amor; cuadro brillante que tanto contrasta con la monotonía de las épocas modernas.

Empero aunque felizmente no llegó entonces á sus manos alguna de esas producciones que envenenan al que las lee, sin embargo, hay en todas las lecturas que tratan del corazon y de las pasiones, por muy morales que sean, un contagio peligroso á las almas sensibles

que escita en ellas sensaciones que duermen y las llena de deseos inaplicables. Mario sintió este contagio con tanta mas energía, cuanto mayor y mas repentino era el desarrollo que su inteligencia recibia. Además, las páginas que leyó, tiernas casi todas, y que consagraban al amor, aumentaron el suyo hasta un grado inminente.

Vemos pues la singular analogia que reinaba entre las ideas y sentimientos de Eugenia y los de nuestro héroe: con efecto, puede decirse que ambos experimentaban iguales sensaciones, iguales deseos é idénticas necesidades, porque apasionados como eran los dos, y siendo una misma la historia de sus primeros años, salva una corta diferencia, natural era que fuese una misma la de su corazón, mediando no obstante la diversidad de sexo, educación y posicion social: así es que en aquellos bosques resonaron muchos dias seguidos todos esos nombres célebres en la historia ó en los romances, evocados por ambos jóvenes en sus lecturas.

Trascurrieron algunas semanas, durante las cuales en la apariencia nada cambió en la casa del bosque; mas ¡ay! el corazón de Mario sufría cada día una trasformación. Asistía á la escuela de T... pero su maestro le hallaba siempre distraído y no progresaba en el estudio como anteriormente. Marciana asimismo vio perder su alegría poco á poco, sumirse de nuevo en su habitual silencio, y aun creyó algunas mañanas observar en sus mejillas rastro de las lágrimas de la noche anterior; mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el joven sufría con una intensidad de dolor mil veces mayor que su pasada felicidad. Las lecturas que anteriormente le distraían, no eran ya suficientes para ocupar su imaginación: por tanto, su único placer se reducía á ver á Eugenia de lejos y seguirla á todas partes, profundizando así la terrible pasión que le devoraba; porque al mismo tiempo que se aumentaban sus deseos, comprendía también los obstáculos que se oponían á su amor; obstáculos que pretendía superar con los proyectos mas insensatos y extravagantes, y que no llegó á poner en ejecución, porque la pasión es respetuosa, y era tal la adoración ciega y sublime que sentía hacia la hermosa niña, que hubiera dado su vida por el amor de esta, y sacrificado tan inefable placer al temor de ofenderla, y solo merced á estas ideas caballerescas, bebidas en sus lecturas, pudo contener los frenéticos arrebatos de amor, y la impetuosidad de su carácter, el cual no obstante, es imposible prever hasta qué extremo le hubiera arrastrado, á no sobrevenir un suceso que influyó extraordinariamente en su destino.

(Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

## EL CORO DE SAN FRANCISCO.

Entre los grandes y fecundos servicios prestados por el cristianismo á la civilización, hay uno de singular importancia y elevadas consideraciones. El cultivo y adelanto de las bellas artes. Así se convirtió en alcázar del genio la casa de Dios.

Efectivamente; por espacio de varios siglos los artistas no tuvieron otra ocupación que construir basílicas y exornar los alcázares del culto cristiano. En ninguna parte se halla mejor el registro universal de las celebridades artísticas de los tiempos medios que en las catedrales y abadías. En los becerros antiquísimos de las fábricas capitulares se hallan cuentas muy curiosas, donde figuran arquitectos y escultores, y en los cuales se leen las firmas venerables de los artifices ilustres de aquella edad. Y aun sin acudir á los archivos, ni quitar el polvo secular á voluminosos pergaminos, ¿hay mas que tender la vista por los pórticos, por los panteones, por los relicarios de nuestros templos y adoratorios? Esas falanges de pedernal y jaspe que reciben al peregrino en los atrios y vestibulos del santuario; esos retablos admirables en que los pintores dejaron la imagen de su inspiración; esas bóvedas aéreas; esas flechas de trasparente filigrana que respiran las ráfagas del éter; esos tesoros de orfebrería donde el pincel apuró la riqueza del ingenio humano; ese museo inmenso que se extiende por los ámbitos de la cristiandad, constituyen la historia práctica, viva, de las artes, y su apoteosis magnífica y su gloria inmortal. Desde la escultura gótica, informe y primitiva, hasta las estatuas palpitantes del renacimiento; lo mismo el pilar lombardo que la columnata greco-romana, tanto la tabla del pintor germánico con sus aureolas doradas y sus paños desaliñados como las madonas clarísimas y radiantes de las escuelas clásicas; el arte cristiano, en fin, desde su cuna hasta su madurez, todo está en este registro inmensurable, en esa galería maravillosa del genio de la piedad y la opulencia. Los que hayan visitado á San Isidro de León y á San Gerónimo del Escorial; los que hayan visto la tumba de Recesvinto y el sepulcro de Isabel la Católica; quienes hayan recorrido en el relicario Astúr y en el de Ochoavo de la

Imperial Toledo la historia elocuente del arte argentino; quienes hayan comparado los códices y devocionarios iluminados de azul y oro por la mano del artista de otros tiempos, con las creaciones encantadas de Jordan y de Murillo, comprenderán la espresión y el atractivo poético de aquella edad entusiasta y espiritual, que entregaba á los artificios el lenguaje de su imaginación. Todo ello se explica perfectamente.

Entonces predominaba el espíritu religioso, incardinado y fundido en el amor é instinto nacional. Por eso cada día se levantaba un monasterio, cada victoria contra el infiel se simbolizaba en la erección de una catedral. Las artes pues eran los intérpretes necesarios del sentimiento comun. Y los arquitectos y los pintores nacían y morían en los alcázares del Señor. Esta fundamental circunstancia y el estado social de la época son las claves de aquel misterio. Los reyes con su corte errante y belicosa sin residencia fija, sin mas morada que el campamento, para nada necesitaban de los artistas, ni de sus obras de lujo y de recreo. En los cortos intervalos de paz se ocupaban solo de preparar nuevas lides, y todos los recursos, entonces escasos y difíciles, se consagraban á la salvación del país. Además, hechos á la dureza marcial, se cuidaban poco de exornar sus austeros palacios, y para nada necesitaban ni conocían las necesidades del goce espiritual ni del lujo cortesano. La aristocracia diseminada y guarecida en sus villas y fortalezas, solamente se preocupaba en sostener á lanzadas sus fueros, en correr sangrientas justas y en hacinar cotas y partesanas. La Venus de Médicis hubiera tenido menos estima á los ojos del prócer feudado que un mandoble de largos gabilanes, ó un corcel con ferrado y poderoso paramento. El pueblo tenía bastante carga con las guerras y los señorios para ser pobre, y no alimentar mas aspiraciones que las de matar muchos y sufrir pocos pechos y vasallajes. El genio y la inspiración temen los furores de Belona, y buscan siempre asilo en brazos de la inteligencia y de la tranquilidad.—La casa de Dios debía ser exornada magníficamente como un remedo harto débil de las maravillas de su gloria. Las ceremonias del culto exigen pompa y esplendor para hacerlas mas elocuentes y mas dignas de la grandeza eterna. Los altares, los ornamentos, los signos de la religion, todo necesitaba estar en armonía con el rito de adoración y de piedad. Así pues los reyes con las presas de sus conquistas, el magnate con los frutos de su lanza, el pechero con el óbolo de su pobreza, contribuían á la protección de las artes. Y unos levantando templos, otros labrando panteones; estos donando efigies ó reliquias, y aquellos exornando altares y capillas, cada cual, en fin, á su modo y posibilidad respondieron á la necesidad de su tiempo. Por eso los salones capitulares se llenaron de obras maestras, y han llegado hasta nosotros los breviarios envidiables de riquísima vitela con maravillosos caracteres, las pinturas, las antigüedades mas raras y preciosas. El cristianismo llenó su mision artística. No pudo menos de suceder así. Sus templos se hallan por consecuencia exornados con preciosas obras, entre las cuales suelen descollar las sillerías de coro en las catedrales é iglesias de corporaciones religiosas. Porque en esto se desplegó particularmente un gusto esquisito y una riqueza pródiga. Pudiéramos citar muchas sillerías corales de gran mérito que hemos examinado con placer y admiración. La de Toledo con su mérito inimitable, la de Oviedo con sus calados y relieves, y la de San Marcos de León con sus tales prodigiosas bastarian para honrar el museo mas rico de una nación entusiasta por las bellas artes. Pero aparte de estas ya célebres, hay en la oscuridad de los conventos algunas reliquias preciosas de la antigua opulencia teocrática. Entre esos restos perdidos merece atención especial LA SILLERIA DE SAN FRANCISCO DE MEDINA DE RIOSECO, que nos cumple sacar hoy á la publicidad, por ser una de las cosas mas notables de la ciudad, y que los viajeros visitan con mas diligencia y aplauso. La merece por demás; pues cosa mas bella en su decoración, mas rica en detalles, ni mas delicada en su artefacto, no es fácil presentar ni acaso concebir en la imaginación. Se ofusca la vista en copia tal de admirables adornos, donde compete el gusto de la inventiva con los primores de la mano. Donde quiera y por todas partes se presentan en bizarra difusión las molduras finísimas, los bordados religiosos, las escultaciones preciosas, las grecas, las guirnaldas, los adornos llenos de gracia, de mérito y de originalidad. Asombra y encanta la fecunda vena del artista, y arrebatada de admiración la habilidad y perseverancia inagotable de su labor. Bastaria para comprender esto, decir que la base de la exornación en esta obra es la variedad infinita, multiforme y poética de una fantasía oriental. Así es que parece en su riqueza y gala y lozanía un camarín de las Houries, un sueño vaporoso de las hadas. Hasta aquí la regla fundamental en las obras de este género era la uniformidad dogmática. Pero bien dijo el poeta italiano:

*Per troppo variare natura è bella.*

Este prodigio del arte consagra prácticamente en la variedad una nueva fuente de bellezas. El genio es la inmensidad. En esta circuns-

tancia estriba precisamente el grande mérito de la sillería; pues aparte del trazado arquitectónico perfectamente entendido y ajustado al tipo clásico de la antigüedad, todo lo demás es variado y caprichoso como la naturaleza. De ahí la ocasión para ostentarse en todo su poder la inspiración artística. Quien así concibió una obra, debía poseer una imaginación sin límites, para la cual fuese mezquina y estrecha la amplitud del arte. Necesitaba el espacio, para moverse; quería vivir en la región de la idealidad, para dar vado á sus prodigiosas emanaciones, para soltar libremente sus deslumbrantes vuelos, y llegar, como el águila, á las esferas del éter y de la luz. Una medianía se hubiera perdido en ese camino sin término ni guía, renovando el emblemático mito de Faeton. Pero era un hijo privilegiado del arte, y cruzó el Océano desconocido, para conquistar en la remota y misteriosa ribera la corona olímpica de la posteridad.—La grave, la inmensa dificultad era combinar el arte con la fantasía, soltar el dique á esta sin profanar aquel. Este ensayo peligroso costó á mas de un artista la pérdida del gusto y el ridículo de los siglos. Mas para el verdadero número nada es imposible. Aquí tenemos el ejemplo. Aquí vemos la severidad académica del arte, en lo sistemático y esencial; y vemos al par, en los accidentes y la ornamentación de detalle, desplegar toda la fecundidad, ardor y poesía de la imaginación. No hay palabras para describir el efecto mágico que producen la amalgama feliz de dos elementos al parecer encontrados, y que el talento supo unir por uno de sus intuitivos misterios, por uno de esos supremos arranques que constituyen época, y forman una creación. Renunciamos á describir tan apacible impresión, como hemos renunciado, aunque con harto sentimiento, á dibujar el conjunto de la bellísima decoración. El lápiz se cae de las manos al contemplar la encantadora perspectiva, porque es pobre é insignificante para diseñar tanta riqueza y primor. La mano mas diestra naufraga en ese piélago de flores, cenefas, cintas y perfiles: el ojo mas analítico y perspicaz se ofusca ante el deslumbrante cuadro de tanta bizarría y esquisita profusión. Para trasladarle al papel sería preciso enaguarle, deslucirle, hacerle distinto de lo que es. Porque en la pequeña escala de una lámina ni caben tantos detalles, ni la relación de proporciones permite diseñar una multitud preciosa de bordaduras dedicadas, de follajes transparentes, de innumerables y finisimos trabajos. Tendríamos que hacer una pintura infiel, desnuda y fria, sin el atavío, sin la opulencia que son su timbre; admirable, su verdad, en una palabra.—Así como hay sentimientos que no puede espresar la lengua, hay primores artísticos que se escapan á los rasgos del pincel. Tan solo el lente fotográfico con esa potencia reproductiva, que copia el aire y la luz, pudiera abarcar el panorama multiforme y riquísimo de la admirable sillería coral.—En su defecto, nos limitaremos á dar en detalle un fragmento, para que por él pueda formarse idea de su valor, y figurar en la imaginación su conjunto magnífico y sorprendente.

(Concluirá.)

V. GARCIA ESCOBAR.

## LA VELADA DE SAN JUAN.

A MI AMIGO I. G. AROSTEGUI.

Las lilas lloran su duelo  
marchitas y deshojadas,  
como el alma sin consuelo  
que encuentra en la muerte el cielo  
de sus venturas soñadas.

Ya el ruiseñor con la aurora  
deja su canto sentido,  
y mientras Febo colora  
el verde que se evapora,  
fabrica su oculto nido.

Ya pasó la primavera;  
ya pasó con el rocío  
que esmaltaba la pradera;  
ya abrió la puerta el estío  
de su abrasada carrera.

Adios, con Mayo, querida  
generación de las flores;  
¡dolorosa despedida  
como la ilusión perdida  
de venturosos amores!

En el valle sosegado,  
con la tarde que declina,  
se ve brillar el dorado  
rayo de sol, olvidado  
en la mas alta colina.

¡Pero qué dulces sonidos  
el aire de la arboleda  
lleva en ecos repetidos,  
que el alma suspensa queda  
de sus acentos perdidos?

Son niñas de quince abriles  
como su inocencia hermosas,  
que con cantos infantiles,  
al son de los tamboriles  
vienen recogiendo rosas.

Pues al rayar la alborada  
la tradición asegura  
que el agua fresca y rosada  
tiene virtud señalada  
para aumentar la hermosura.

La luna pálida y triste  
dando vida á sus reflejos,  
de plata los lagos viste,  
y á cuanto en el cielo existe  
sirven las fuentes de espejos.

Al resplandor de esa luna  
del misterio encubridora,  
salen á probar fortuna  
los corazones sin una  
reina, vasalla y señora.

Que la noche de san Juan  
es el plazo encantador  
en que las doncellas dan  
su corazón á un galán  
por un pedazo de amor.

Allí encienden una hoguera  
entre ruido y algazara,  
cuando ninguno lo espera,  
y corren á la pradera  
coloradita la cara.

Allá en lazos inocentes,  
según exige la danza,  
los amantes, indulgentes,  
escuchan de sus parientes  
la aguda y picante chanza.

Mas allá tiernos pastores  
alegres giran en torno  
de tortas de mil primores,  
que aunque rústicas, mejores  
no salen de ningún horno.

Y entre el bullicio del valle  
los ancianos del concejo  
recorren juntos la calle,  
irguiendo el doblado talle;  
que nadie en tal noche es viejo.

Pues vuelve la juventud  
á renacer fácilmente  
si en el pasado hay virtud,  
joya de tal magnitud  
que siempre es joven y ardiente.

Y hay un mundo de memorias,  
salpicado de venturas,  
en sus ocultas historias,  
lleno de hazañas y glorias  
alegres, candidas, puras.

Aquel bullicio y placer  
por sus nietos repartido  
lo vienen á recoger,  
diciendo: son nuestro ser,  
que dichosos hemos sido.

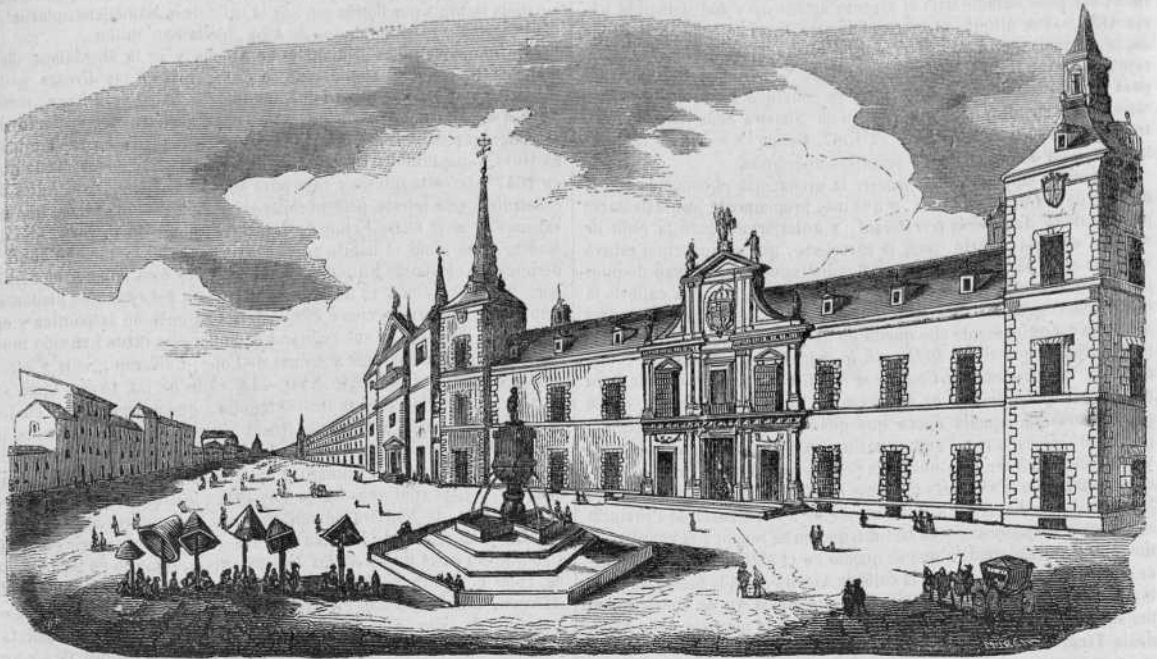
¡Ay! la noche de san Juan  
es un plazo encantador,  
en que las doncellas dan  
su corazón á un galán  
por un pedazo de amor.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMENARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





La calle de Atocha en el siglo XVI.)

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## EL ARRABAL DE SANTA CRUZ.

(Conclusion.)

El trozo principal de la *calle de Atocha*, comprendido entre *Santa Cruz* y *Anton Martín*, fué desde los principios uno de los mas importantes de la nueva villa, encerrando además de su notable caserío varios edificios religiosos y civiles muy señalados de los siglos XVI y XVII.—Entre los primeros descuella el suntuoso convento é iglesia que fué de los PP. *Trinitarios calzados*, cuya traza dió de su propia mano el rey D. Felipe II, señalando él mismo el sitio que ocupa, y que con sus accesorios comprende nada menos que 108,646 piés: su construcción, que principió hácia los años de 1547, corrió á cargo del arquitecto Gaspar de Ordoñez.—De la iglesia, que era muy espaciosa y decorada, no puede juzgarse ya, por las notables alteraciones y cortes que se la ha dado en estos últimos años, y conforme á los nuevos destinos que recibió este edificio después de la esclaustracion en 1856. Convertida primero en teatro y salones de cátedras de la sociedad llamada del *Instituto Español*, luego para las exposiciones de pinturas y para el Conservatorio de Artes, hoy está ocupada en gran parte por este, y otra parte sirve de ingreso al claustro y escalera principal.—Estos permanecen todavía en su estado primitivo, y por su buena forma y gusto recuerdan, especialmente la escalera, al monasterio del Escorial. El espacioso convento, que ya en tiempo de la dominacion francesa y algunos años después sirvió de Biblioteca Real, fué destinado primeramente á reunir en él la gran coleccion de cuadros recogidos de las iglesias y conventos de la provincia y otros, bajo el título de *Museo Nacional*, y hoy, sin suprimirse aquel, le ocupan simultáneamente, y por cierto con estraña amalgama, las oficinas del *Ministerio de Fomento*, habiéndose hecho necesarias para ello costosas obras de reparacion y distribucion, así en su interior como tambien en la fachada del edificio, que por efecto de ellas ofrece hoy un carácter bastante anómalo entre su antiguo y nuevo destino. Tambien se ha suprimido la verja que cerraba la espaciosa lonja delantera, quedando empero en posesion de sus muros el comercio de libreria, que desde tiempo inmemorial la ocupaba, así como las inolvidables *gradas de San Felipe*.—Seria largo enumerar los varones distinguidos en virtud y en ciencia que albergó desde su fundacion esta religiosa casa, sobresaliendo entre los primeros el *Beato Simon de Rojas*, cuyo cuerpo se veneraba en ella y hoy se halla en la iglesia parroquial de Santa

Cruz; y entre los segundos el célebre predicador y literato del siglo pasado *Fray Hortensio Félix Palavicino*. De ella salieron tambien en el mes de mayo de 1580 los padres redentores fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella, que rescataron al inmortal CERVANTES, cautivo en Argel, cuya partida de rescate se conservaba en su archivo.

El otro notabilísimo edificio religioso de este trozo de calle, es la iglesia y convento de *Santo Tomás*, que fué de religiosos dominicos, establecido en aquel sitio á instancia de fray Diego de Chaves, confesor de Felipe II, por los años de 1585, erigiendo esta casa en priorato y desmembrándola entonces de la de Atocha. La iglesia antigua pereció en un incendio en 1632, y en 1656 se concluyó la nueva, aunque la capilla mayor y media naranja eran posteriores, obra del célebre y estravagante D. José Churriguera y sus hijos D. Gerónimo y D. Nicolás, quienes la ejecutaron con tan escaso acierto, que á poco de haber sido terminada la cúpula en 1726, se desplomó con estrépito, cabalmente en un día en que con motivo del jubileo del año santo estaba llena la iglesia de gente, por lo que quedaron sepultadas en sus ruinas mas de ochenta personas. A pesar de estos contratiempos, que fueron remediados con nuevas reparaciones, y á pesar del mal gusto de dichos arquitectos, que quedó consignado en los adornos interiores, y singularmente en la portada de este templo, por su espaciosidad y grandeza es de los mas suntuosos de Madrid, y muy notable tambien por las solemnes funciones religiosas que en él se celebran, entre las cuales ocupa el primer lugar la magnífica de la octava de Pascua de Resurreccion, en que despliega un aparato incomparable la congregacion de la *Guarda y oracion del Santísimo Sacramento*.—El convento es tambien muy espacioso, y en él tenian establecidas los frailes dominicos las cátedras públicas de filosofia y teología escolástica y moral, que permanecieron abiertas hasta la estincion de los regulares. De esta famosa casa de PP. Predicadores solia salir en los pasados siglos la ostentosa comitiva de los *autos de fé*, con los pendones y cruces del *Santo Oficio*. De ella sale todavía todos los Viernes Santos la solemne procesion del Santo Entierro; y por una anomalia bien estraña, en aquellos mismos religiosos claustros resonaron en este siglo por los años 22 y 23 los furibundos ecos de la célebre sociedad demagógica titulada la *Landaburiana*; tambien fueron teñidos con la sangre inocente de sus inofensivos moradores en la trágica asonada de 17 de julio de 1854; y convertido después dicho convento en cuartel de la Milicia Nacional, sirvió tambien de prision en octubre de 1841 al desventurado general D. Diego de Leon, conde de Belascoain, y otros compañeros de infortunio, que salieron de él para perecer en el patíbulo. Hoy este convento está ocupado por el Tribunal Supremo de la Guerra, después de haberlo sido por el Ministerio del mismo ramo, que luego pasó al palacio de Buena-Vista.

El monasterio de religiosas agustinas de la *Magdalena*, fundado por el mismo tiempo, estaba en el mismo trozo de calle de Atocha, nú-

(1) Véanse los números anteriores.

mero 50 nuevo y sitio que hoy ocupan las casas nuevas del señor Ceriola; era poco notable bajo el aspecto artístico, y fué demolido hácia 1836.—Por último, al extremo de este trozo de calle, á la salida de la plazuela de Anton Martín con vuelta á la de Malute, fundó también Felipe II en 1581 el colegio real de Nuestra Señora de Loreto, para niñas pobres, cuya iglesia no se concluyó hasta 1634, venerándose en su altar mayor la imagen de Nuestra Señora de Loreto, traída de Roma por un religioso en 1387. Felipe IV convirtió este colegio en casa de educación de señoritas huérfanas.

Entre los edificios civiles merece la preferencia el conocido con el nombre de la *Cárcel de Corte*, y que mas propiamente puede llamarse palacio de la *Audiencia territorial*, y anteriormente de la *Sala de alcaldes de casa y corte*, pues la carcelaria, que al principio estuvo sin duda en él para los nobles y sujetos distinguidos, se relegó después para toda clase de presos al edificio contiguo que daba á la calle de la Concepcion Gerónima, y que sirvió antes de oratorio y casa de padres del Salvador; á pesar de ello quedó en la portada del de la Audiencia la inscripción que dice: *Reinando la majestad de Felipe IV, año de 1654, con acuerdo del Consejo se fabricó esta cárcel de corte para comodidad y seguridad de los presos.*—Este edificio es uno de los pocos buenos de aquella época que quedan en Madrid. La escalera principal, colocada entre ambos patios, es elegante y aun magnífica, y estos ofrecerian también una bella perspectiva, á no haber sido cerrados con tabiques y vidrieras los arcos que los rodean, para colocar los juzgados y escribanías. La fachada que da á la plazuela de Provincia es severa y majestuosa, y es lástima que no se reponga el chapitel de una de las torres laterales que se quemó en el siglo pasado.—Delante de este palacio, y enfrente de la calle de Atocha, está la fuente llamada también de *Provincia*, acaso la única que queda ya de construcción del siglo XVII, con alusión á la cual, y á la de la plazuela de la Villa, decia Tirso de Molina en un romance al río Manzanares:

«Fuentes tenéis que imitar  
que han ganado con sus cuerpos  
como damas cortesanias  
sitios en Madrid soberbios;  
Adornadas de oro y perlas  
visitan plazas y templos,  
y ya son dos escribanas,  
que aquí hasta el agua anda en pleitos.  
No sé yo por qué se entonan,  
que no ha mucho que se vieron  
por las calles de Madrid  
á la vergüenza en jumentos.»

El caserío particular de dicha calle es generalmente moderno y destinado á habitación de la clase media y acomodada, que ya en el siglo anterior empezó á abrirse camino y á figurar dignamente al lado de la nobleza de origen; y aunque muchas de dichas casas por su ostentiosidad y grandeza no termerian la comparacion con los antiguos casarones apellidados *palacios* de la aristocracia, y aun las aventajan notablemente en comodidad, ornato y gusto, no lucen sin embargo sobre su puerta

«Grabado en berroqueña un ancho escudo.»

ni por la condicion de sus moradores, ni por la fecha de su construcción, representan grandes recuerdos históricos.—El primero entre estos suntuosos edificios, y que emblematiza, puede decirse, al Madrid de la clase media, á la nueva aristocracia mercantil, es la elegante casa construida en 1791 por la opulenta compañía de los cinco *Gremios Mayores* para sus oficinas, y hoy ocupada por el *Banco Español de San Fernando*, por compra que hizo de ella en 1843 en la respetable suma de 5.530.000 reales. Este edificio, por su solidez y buen gusto, es uno de los primeros del Madrid moderno, y honra sobre manera á su arquitecto director D. José Ballina, siendo lástima que por hallarse incorporado á la parte occidental con las demás casas de la manzana no la forme independiente y carezca por aquel lado de fachada.—De las demás casas particulares construidas desde fines del siglo anterior, haremos cita especial (como ya la merecieron del discreto D. Antonio Ponz) de la conocida por la de *las Columnas*, frente á la calle de Relatores, construida bajo la direccion de D. Ventura Rodríguez, en la que estuvo el *Ateneo Español* por los años 21 al 25; y la del señor Balmaseda, número 52, en que se instaló ó formalizó el *Liceo Artístico* en 1838.—Ultimamente, las fabricadas en estos últimos años para los señores viuda de Angulo, Collado, Buchental, Perez Seoane, Rivero, y Ceriola, que prueban bien por su suntuosidad y buen gusto los adelantos de las clases medias de la sociedad y el progreso del arte.

Ya hemos dicho que el arrabal se extendía por la banda meridional desde la calle de Atocha y plazuela de Anton Martín hasta la esquina de la Plazuela de la Cebada (donde se abrió otro portillo) y que se in-

corporaba luego en Puerta de Moros con la muralla antigua, corriendo sin duda la tapia por donde son hoy la calle de la Magdalena, plazuelas del Progreso y calle del duque de Alba, hasta San Millán.

Entre dichas calles principales de Atocha y de la Magdalena median las trasversales apellidadas de *Cañizares*, de las *Urosas* y de *Relatores*.—En la primera (que también se llamó del *Olivar*, como hoy su continuación) solo hay que hacer mención del *oratorio* de la congregacion del Santísimo Sacramento fundada en la Trinidad en 1608, y que también estuvo en la iglesia de la Magdalena, hasta que en 1647 labró esta iglesia y casa para sus juntas y ejercicios. Antes de construirse esta iglesia perteneció el solar á un N. *Cañizares*, que no sabemos si sería acaso Felipe de Cañizares, padre de D. Luis, hijo de Madrid, que tomó el hábito en el convento de la Victoria en 1588 y después fué obispo de Filipinas.—El edificio es bien pobre y modesto, pero la congregacion es notable, no solo por sus ejercicios piadosos, sino por haber pertenecido á ella insignes varones en la política y en las letras, viéndose en sus registros (que por esta razon han sido muy consultados) los nombres y firmas de Lope, Calderon, Solís y otros grandes escritores del siglo XVII.—La calle de las *Urosas* tomó su nombre del apellido de una ilustre familia á quien pertenecian en los principios del siglo XVI varias casas en ella, y señaladamente la principal que hace esquina y vuelve á la calle de Atocha por donde tiene su entrada con el número 2 antiguo y 18 moderno de la manzana 157, y las contiguas donde hoy está construido el nuevo *teatro del Instituto*; la frontera número 26 viejo y 5 nuevo de la manzana 156 y alguna otra. En una de ellas (no podemos decir en cual, sino que era *calle y casa de las Urosas*) vivió, y murió en 9 de agosto de 1659 el ilustre y desdichado poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón, el de las *jorobas*, relator que fué del Consejo de las Indias.—Del título de calle de los *Relatores*, con que es conocida la inmediata, ignoramos el origen.—La de la *Magdalena* tomó el nombre de las accesorias del convento de monjas de aquella advocacion, y es una hermosa calle que ostenta muy buenos edificios del siglo pasado y del presente, distinguiéndose entre los primeros el señalado con el número 12 nuevo de la manzana 9 que es la elegante casa de los marqueses de *Perales* y pudo ser labrada á principios del siglo pasado con cierta grandiosidad, aunque con el gusto caprichoso en el ornato (especialmente de la portada) que distinguia al arquitecto D. Pedro Rivera y los de su escuela.—En la misma manzana 9, á la esquina de la calle de Lavapiés, hay otra gran casa probablemente de la misma época, que sirvió para la Direccion general de Pósitos y otras oficinas, y en la acera de enfrente, con vuelta á la calle de las Urosas, estan las sólidas y espaciosas conocidas por de las *memorias de Aytóna* que son sin disputa de las mejores construcciones particulares en Madrid de un siglo acá.

La irregular manzana 142, que ocupaba por entero el convento de la *Merced* y sus dependencias en el sitio que hoy, despues de la demolicion de dicho convento, es conocido con el nombre de *plaza del Progreso*, comprendia un espacio de mas de 65.000 piés, y formaba á sus costados las estrechas calles de los *Remedios*, de la *Merced* y de *Cosme de Médicis*, que han desaparecido también como aquel estenso edificio, fundado por la órden de Mercenarios calzados en 1564, cuya iglesia era notable por su espaciosidad y el mérito de los frescos de sus bóvedas, por la suntuosidad del culto, y la gran devocion de los madrileños á la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que se veneraba en una de sus capillas, y á la del mercenario S. Ramon Nonnato, que hoy estan, la primera en Santo Tomás, y la segunda en San Cayetano. En ella también era notable el suntuoso sepulcro del tercer marqués del Valle D. Fernando Cortés y su esposa Doña María de la Cerda, nietos de Hernán Cortés y patronos de esta iglesia, que se alzaba en el crucero al lado de la epistola con sus bustos de piedra.—El convento era famoso, mas que por su material construcción, por las personas notables en cantidad y ciencia que en él vistieron el hábito de la milicia redentora de cautivos, cuyas obras impresas y manuscritas se conservaban en su copiosa biblioteca, entre otras la *Crónica de la órden*, escrita por el R. P. maestro fray Gabriel Tellez, bien conocido en la república literaria bajo el nombre de Tirso de Molina, hijo de Madrid y religioso de esta casa. En ella visitamos en 1850 la modesta celda de aquel gran poeta dramático; y tratando de inquirir algunas noticias de su vida y escritos, supimos que habian sido anteriormente reunidas por el escelentísimo é ilustrísimo general que fué de la órden fray Manuel Martínez, que murió de obispo de Málaga, hácia 1852.—Este convento fué de los que mas tuvieron que sufrir en la sacrilega asonada de 17 de julio de 1854, pereciendo en ella algunos de los indefensos religiosos.

La calle de *Barrionuevo* ó del *Barrio nuevo*, como se le apellida en documentos antiguos de la casa del mayorazgo de Vera Ordoñez, que era en la calle de Atocha, que hace esquina á la de *Barrionuevo* en la isla del colegio (de Santo Tomás), comprendia también el trozo primero de la que hoy es conocida con el de la *Concepcion Gerónima*, hasta

su salida á la calle de Atocha.—La casa mas notable de aquel trozo por su importancia y estension que ocupa nada menos que 28,362 piés superficiales, es la señalada con el número 51 antiguo, 7 nuevo, de la manzana 158, y es conocida por la casa de *Tineo*, y tambien de *Marquina*, por haberla habitado en 1808 el célebre corregidor de Madrid D. José Marquina, que fué uno de los blancos de la ira popular en el levantamiento del pueblo contra el privado *Godoy* y sus parciales en 19 de marzo de aquel año. Hoy pertenece al marqués de Montesa-cro.—En la calle propia de *Barrionuevo*, la única notable es la señalada con el número 24 antiguo, 12 nuevo, perteneciente á la marquesa de Lara.—El otro trozo de calle propia de la *Concepcion Gerónima* toma su nombre del antiguo monasterio de monjas gerónimas de la Concepcion de Nuestra Señora, fundado en 1504 por la célebre *Doña Beatriz Galindo*, llamada la *Latina*, camarera mayor y maestra de *Doña Isabel* la Católica, quien le colocó primero contiguo al hospital que ella y su marido *Francisco Ramirez*, general de artillería de los Reyes Católicos, habian fundado esquina de la plaza de la Cebada, hasta que á consecuencia de un reñido pleito con el guardian de San Francisco se vió precisada á trasladar las monjas á las casas propias del mayorazgo de su marido, construyéndolas el nuevo convento en el sitio en que hoy está, en 1509. En la iglesia del mismo y á los lados del altar mayor se ven los sepulcros de mármol con las estatuas de ambos ilustres fundadores que yacen en esta casa.—Contigua á ella y con frente á otro lienzo de la plazoleta, se alza todavía (aunque muy elegantemente reformada en estos últimos años) la casa principal de los *Ramirez* y *Saavedras*, que perteneció en el siglo XVII á la condesa del Castellar, y por sucesion á los *duques de Rivas*, cuyo titular, el señor *D. Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano*, la posee en el día.

En la acera frontera de esta calle se alzaba hasta los años últimos, en que ha sido demolido por ruinoso, el funesto edificio que construido á principios del siglo pasado para casa y oratorio de clérigos misioneros titulados *del Salvador*, vino después á servir de cárcel pública, apellidada *de Corte*, como ampliacion del edificio principal contiguo de que ya tratamos y que lleva aquel título, pasando entonces los padres á ocupar la casa del noviciado de los jesuitas en la calle Ancha de San Bernardo á la estincion de dicha compañía en 1767.—Un tomo entero no bastaría á consignar los recuerdos lúgubres é ominosos de esta funesta mansión durante la última mitad del siglo anterior y primera del presente en que ha servido de encierro á tantos célebres bandidos ó malhechores, y en que tambien vió penetrar por sus infortunadas puertas y á consecuencia de los disturbios y reacciones políticas de 1814 y 1825, á tantos ilustres proscritos, injusta é indecorosamente confundidos con aquellos grandes criminales. Cuando estos (y por desgracia tambien algunos de aquellos) eran conducidos á espiar en el patibulo su delito ó su desdicha, el fúnebre acompañamiento lo esperaba á la mezquina puertecilla que salía á la callejuela del costado que llevaba el nombre nefando del *Verdugo*, hoy de *Santo Tomás*, formando antitesis con el de *el Salvador* que apellida á la otra paralela.—Hoy por fortuna ha dejado de existir aquel edificio, y dado lugar á la construccion en su solar de una nueva manzana de casas, y una calle entre ella y la de la Audiencia, trasladándose la carceraria á la casa llamada del *Sala-dero*. Con este motivo es consiguiente que se traslade tambien el sitio de las ejecuciones, que antes era la plazuela de la Cebada y la puerta de Toledo, á otro mas cercano á la misma cárcel.

La otra calle, á espaldas de esta de la Concepcion, que desemboca como ella en la de Toledo, se llamó en su principio de la *Compañía*, por el Colegio Imperial de los jesuitas cuyas accesorias dan á ella; á la estincion de estos tomó el nombre de *San Isidro* como el grandioso templo de aquellos. Posteriormente, y aunque no de oficio, ha sido conocida vulgarmente (no sabemos la razon) por la calle del *Burro*; cuyo título cambió bruscamente por el del héroe de *Villalar Padilla* hácia el año 40; y después, volviendo á sus primeros amores, ha sido confirmada con el nombre de la *Colegiata*.—Su paralela, la del *Duque de Alba*, toma igualmente su título de la casa antigua de dicho personaje, que existe todavía señalada con el número 1 antiguo y 15 moderno de la manzana 14 y que tiene la enorme estension de 52,000 piés de sitio y vuelve á la calle de los Estudios y de Juanelo. En esta casa, además de sus ilustres é históricos dueños en los siglos XVI y XVII, habitó segun la tradicion á la parte que da á la calle de Juanelo, la insigne doctora *Santa Teresa de Jesus* cuando vino á Madrid para entablar sus fundaciones. En nuestros tiempos tambien es memorable por haber vivido en ella el famoso ministro *D. Francisco Tadeo de Calomarde*, durante la década que por antonomasia lleva su nombre.

La calle de Toledo, como continuacion del centro mercantil de la Plaza Mayor, y compuesta en lo general de un caserío reducido y aprovechado para las habitaciones y tiendas de los mercaderes, ofrece poco interés histórico y menos objetos artísticos.—Comprende sin embargo dos de la mas alta importancia bajo aquel aspecto y el reli-

gioso, cuales son el *Colegio imperial de la compañía de Jesus* y su magnífico templo, hoy colegiata de *San Isidro el Real*, y el monasterio de religiosas de la *Concepcion Francisca* y su antiguo Hospital, fundados por la insigne matrona *Doña Isabel Galindo (la Latina)*.—El primero de aquellos ocupa una buena parte de la manzana 145 con su fachada principal á la calle de Toledo y de los Estudios. Trae su origen de la fundacion hecha en el reinado de Felipe II, por cuya religiosidad y munificencia se construyó en 1567 y en el mismo sitio que ocupa el actual un templo bajo la advocacion de San Pedro y San Pablo, que fué demolido en 1605 cuando la emperatriz *Doña María*, hija del César Carlos V, aceptó el patronato de esta casa, que por esta razon llevó el título de *Imperial*, para dar principio á la ereccion del suntuoso templo actual, bajo los planes y direccion de un padre jesuita llamado *Francisco Bautista*, que comenzó en 1626 y quedó terminada en 1631.—Por su grandiosidad y elegancia artistica, esta hermosa iglesia es sin disputa la primera y mas digna de la capital; y así que á la estincion de los padres jesuitas, el rey Carlos III dispuso dedicarla al santo patrono de Madrid, trasladando á ella sus venerables reliquias, creando para su servicio una espléndida capilla real, y disponiendo obras de consideracion y elegante ornato en el referido templo que desde entonces ha sido considerado como colegiata á falta de la catedral de que carece la corte.

No es de este lugar ni propio de nuestros escasos conocimientos el emprender la descripcion artistica (que por otra parte está ya bien hecha en diferentes obras) de este magnífico templo y de la multitud de objetos apreciabilísimos de bellas artes que le engrandecen. Limitados nosotros al recuerdo histórico, solo consignaremos el hecho de que esta santa iglesia por su capacidad é importancia y por su dedicacion al patrono de Madrid, ha sido escogida con preferencia para las grandes solemnidades religiosas de la corte y de la villa; para las exequias de los monarcas, los aniversarios nacionales, las rogativas públicas, mereciendo una cita especial los honores fúnebres tributados anualmente en ella con grande ostentacion á las victimas del 2 de mayo de 1808, cuyos restos gloriosos se guardaron en sus bóvedas desde 1814 hasta 1841 en que fueron trasladados al monumento nacional del Prado.—En dichas religiosas bóvedas yacen tambien las cenizas de multitud de varones célebres por su santidad, dignidad ó ciencia, tales como el padre *Diego Lainez*, general que fué de los jesuitas, compañero de *San Ignacio de Loyola* y uno de los que asistieron al santo concilio de Trento, el cual renunció las mitras de Florencia y de Pisa, el capelo y hasta la misma tiara que tuvo probabilidad de obtener. El otro santo y sapientísimo padre jesuita, *Juan Eusebio Nieremberg*, autor de infinitas obras, y otros muchos hijos de esta insigne casa, que figuraron dignamente en la república literaria en los siglos XVII y XVIII; y no les acompañan en ellas las de los celeberrimos padres *Isla*, *Andrés* y otras lumbreras de este último siglo, por haber muerto en tierra extraña á consecuencia de la espulsion general de los padres de la Compañía. Pero brillan al lado de aquellos los monumentos fúnebres que guardan los restos de otras muchas personas de grande importancia política y literaria; los del célebre diplomático y autor *D. Diego de Saavedra Fajardo*, que estuvieron anteriormente en la iglesia de Recoletos; los del príncipe de *Esguilache* *D. Francisco de Borja* y *Aragon*, insigne poeta del siglo XVII y nieto de *San Francisco de Borja*; y los del príncipe *Muley Xeque*, hijo del rey de Marruecos, que se convirtió á la fe cristiana y fué bautizado con el nombre de *D. Felipe de Africa*, aunque es mas conocido por el *Príncipe Ee-gru*.

En el espacioso convento contiguo se establecieron en el reinado de Felipe IV los *Estudios reales* con diferentes cátedras encomendadas á los PP. de la Compañía, cesando entonces los que la villa de Madrid sostenia en la calle del Estudio, de que ya hablamos anteriormente. Estas cátedras fueron ampliadas á la estincion de la Compañía por el rey *D. Carlos III*, y hoy forman parte de la Universidad central. Tambien merece especial mencion la rica Biblioteca pública que sigue inmediatamente en importancia á la Nacional.

El otro edificio religioso que antes citamos, el monasterio de religiosas de la *Concepcion francisca*, fundado por *Doña Beatriz Galindo*, y destinado á estas religiosas en 1512, y su templo propio, son objetos poco dignos de atencion bajo el aspecto artistico. No así el hospital contiguo llamado de la *Latina*, como fundacion de la misma señora y su marido el general *Francisco Ramirez*, cuya fábrica, obra de *Hazan*, mereee especial atencion, notablemente en la portada y escalera, único objeto que acaso queda ya en Madrid de aquel gusto que predominó muchos años después de la espulsion de los árabes y precedió al del renacimiento.—Frente á este hospital estaba por aquellos tiempos la antigua ermita de *San Millan*, hasta que en 1591 y haciéndose sentir la necesidad de una nueva parroquia aneja á la de *San Justo*, por la considerable estension que habia tomado el caserío hácia aquella parte, lo dispuso así el cura de dicha parroquia; para lo cual, saliendo una tarde con el Santísimo para un

enfermo, se entró á su vuelta en ella, y le colocó en el sagrario. Posteriormente se labró una nueva iglesia en lugar de la ermita; pero quedó reducida á cenizas en 1720, y levantada de nuevo á los dos años, fué erigida en parroquia independiente en 1806.

Por entre esta iglesia y la de la Latina seguía la tapia ó cerca que abría frente á la calle de Toledo su último portillo; y luego por el sitio que es hoy Plazuela de la Cebada corría á incorporarse con la antigua muralla en *Puerta de Moros*, por delante de la embocadura de las Cavas Alta y Baja y de la iglesia de San Andrés.—Así terminaba la segunda ampliación de Madrid; pues el caserío exterior inmediato al antiguo convento de San Francisco, no fué comprendido en ella, y quedó todavía considerado como arrabal.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL CORO DE SAN FRANCISCO.

(Conclusion.)

Consta la sillería de dos órdenes, que ocupan los tres lados principales del coro, cuya planta es casi un cuadro perfecto. El inferior se alza sobre el entarimado general, con ocho sillones en la línea frontal y nueve en cada una de las trasversales. Elegantes estos asientos en la traza, sus brazos rematan en diversas cabezas, y sus extremos en variados piés de hombres y alimañas. Bajo el sitial hay un mascarón para levantarle sobre el respaldo; y este á su vez, guarnecido con una orla de estrellas, entre dos filetes lisos que forman pabellon, ostenta en su centro un medallón de bajo relieve, terminando con lindísimos cipreses, bellotitas y otros delicados remates. Las esculturas representan los siguientes Patriarcas y Reyes de la antigua ley:—Seth.—Caynan.—(1) Jarehit.—Matusalen.—Noc.—Arphatad.—Sale.—Phaleg.—Sarug.—Thare.—Yssac.—Judas.—Phares.—Nachur.—Abraham.—Jacob.—Tamar.—Bacan.—Lamech.—Enoch.—Mala-el.—Enos.—Adam.—Sobre estos sillones se levanta una balaustrada en forma de media columnata dórica, con estrías que tienen en el friso los versículos de la Anunciación, y sirve de remate á este cuerpo y de pasamanos ó ante-pecho al superior.

Detrás de este tramo bajo se alza un plinto de tres palmas de alto por seis y medio de ancho, sobre cuya superficie descansa el segundo cuerpo de la sillería. Sus sitaliaes son de igual forma y gusto que los inferiores, pero siempre con la diversidad sistemática en los detalles; y en sus respaldos lucen en bajo relieve, de buena mano y bellas formas, Aran.—Naason.—Rahab.—Obed.—David.—Bersabe.—Roboan.—Assá.—Joran.—Joatan.—Ezequias.—Amon.—Jeconias.—Zorobabel.—Eliacin.—Sadoc.—Eliud.—Mathan.—Joseph.—Jacob.—Eliazar.—Achum.—Azor.—Abiud.—Salatiel.—Josias.—Manasés.—Achad.—Ozias.—Josaphat.—Abias.—Salomon.—Jesse.—Ruht.—Booy.—Salmon.—Aminabab.—Esrón.—Encima de la série de sillones y montando en sus respaldos y brazos, descansa un órden de arquitectura dórica, que constituye el segundo cuerpo de la obra. Es una galería de arcos semicirculares, sobre machones resaltados de una pilastrada, en cuyos fustes y pedestales, recuadrados en hueco, cuelgan preciosas guirnaldaes y hay esculptadas conchas, medallones, hojas y escudos del gusto y finura mas esquisitos.

Una columnata sostenida por los brazos de los sillones corre paralela á la línea de pilastras, y sostiene con ellas un cuerpo de arquitectura jónica, que vuela desde el fondo de la galería, sobrepujada del correspondiente artesonado que hace la cornisa del órden, y remata en una balaustrada con pedestales y flameros. Se unen estas dos líneas equidistantes por una arcada de dobles medios puntos, que arancando de los machones internos, cada cual á un lado de la pilastrada resaltada, vienen á juntarse y terminar sobre el vuelo del capitel de la columna á su frente relativa. La parte ornamentaria de este cuerpo es maravillosamente esmerada y copiosa. Los sitaliaes son de igual forma y gusto que los inferiores. De aquí arriba empieza la primorosa decoración. Las columnas, exentas de la primera paralela, son todas de tipo jónico y caña espiral, bordada en sus convexidades con cenefas, y ceñida en los cóncavos de guirnaldaes y calados listones, todos diferentes y á porfía caprichosos. Aquí es una diadema de azucenas; allá una corona de laurel; ya se halla una cinta primorosa cuyas ondulaciones diáfanas y flexibles como las de una madeja de seda, cuyos calados finísimos giran sobre la columna como los tallos suaves y graciosos de la enredadera en los kioscos de Stambul. En otras pende en torno una colgadura ú ondas, tan ligera y tenue como el encaje de Bruselas; mas adelante nos cautiva una esterilla ó un tejido que dis-

puta la verdad á la naturaleza; y en el fondo nos sorprenden ciertos junquillos circuidos de un listón picado y trasparente que borda los salomónicos fustes con tal gracia y molicie como las áureas trenzas de las vírgenes cárias el óvalo suavísimo y nacarado de su belleza. El friso de la cornisa de la columnata está ornado de hojas, y el miembro bajo de equinos. Sobre el vuelo del cornisamento hay implantada una piramidilla recuadrada y con colgantes, que sube á recibir el cornisamento general del cuerpo delantero. Este tiene adornado su arquivitrave con una colgadura festonada, de la cual pende un fleco de graciosas campanillas. Los modillones tienen preciosos remates torneados, y la gola, que sobre ellos corre, se halla esculptada de menudos arabescos, como lo está asimismo la corona del ornamento. Entre los arcos de la galería penden bellísimas guirnaldaes asidas á cabezas de ángeles y á ciertas volutas caprichosas, terminadas por elegantes bellotas. El artesonado, que vuela sobre los dos cuerpos paralelos y cubre la galería, está recortado á casetones, en los que se ven flores, grecas y otras entalladuras. Encima de este órden arrancan en los ángulos dos cuerpos de obra, que son una prolongación del cornisamento supremo, y hacen cada cual un ángulo truncado y recogido en ostentosas volutas, guarnecidas de gollines y guirnaldaes, y sobre las que domina un ángel de talla natural. Entre ambas, y al centro frontal, se ostenta otro alzado que ciñe la claraboya con una orla de cuadros iguales á los del artesonado y otros adornos de gran efecto. Y sobre él se hace un rompimiento de gloria con el Espíritu-Santo en su foco de irradiación, descollando en el punto superior de la perspectiva el Eterno Padre con los atributos de su poder y majestad.

Sería en verdad prolija tarea describir mas por menor la infinita variedad de adornos y detalles que decoran en bellísimo conjunto esta preciosidad artística, esta obra incomprendible, sin rival en sus primores, sin tasa en su valor. Tanto valdría querer describir las flores de un verjel, los rayos de la luna sobre el onduante mar. Nos daremos por afortunados, si con nuestras palabras hemos logrado dar un bosquejo de tantas y tan altas perfecciones. Bosquejo pálido y tosco siempre, porque la lengua humana no es bastante para traducir los prodigios de la inspiración. Desgracia es no conocer al autor de la obra admirable del Coro de San Francisco, merced á la pérdida de un manuscrito curioso que no hemos podido haber á las manos. ¡Digno era de honorífica mención y público aplauso el artista eminente, el hijo privilegiado de la inspiración! Porque fué tan completo en su plan, que hasta las puertas y el entarimado del coro guardan armonía y relación perfecta con el mérito de la sillería; siendo una de sus notables circunstancias la de estar formados sin un solo clavo, á pesar de las infinitas y delicadas piezas de su forma y adorno. Consta si en un manuscrito curioso el coste de la sillería, facistol y libros de coro, que ascendió á noventa y cuatro mil cuatrocientos noventa y ocho reales, empleados por disposición del M. R. P. Fr. Diego de Espinosa, Secretario General y Comisario de Tierra Santa, hijo de este convento, según resultaba del libro de cuenta y gasto. La época de la obra es anterior á 1758. Nada mas hemos podido averiguar en nuestras diligentes investigaciones.

Formaba el complemento de esta obra el magnífico facistol de igual mérito y gusto que la sillería. Allí existe aun, pero despojado de la rica y preciosa escultura que le exornaba y le hacía una preciosidad en su clase. Los reyes hebreos, los patriarcas y héroes que se agrupaban en el primoroso templete cual una torre de filigrana y encaje, fueron botín sacrilego de una mano rapaz y criminosa, que convirtió aquel lugar consagrado por la religión y por el arte en campo de asolador merodeo, de bárbaro y avanto vandalismo. Bien que después del escandaloso episodio de los dos apóstoles de Mateo Cerezo, no debe sorprendernos tan cínica inmoralidad (1). Por estas fechorías se ha calumniado á la libertad. ¡Pero no! Los que tal hacen, tomando hipócritamente el cínico antifaz, no merecen ser, no son, jamás han sido adoradores de aquel sacrosanto númer. Ni son capaces de sentir sus mágicas inspiraciones en su corazón viaciado, sin fé y sin sentimiento. ¡Bastarda y dañada prole *cujus Deus center est!* La libertad ama á las artes, es su rayo generador, el alma mater del genio y de la gloria. Ella es para el artista lo que el viento para los pájaros, el aura para las flores, la inmensidad del Océano para los peces. Y así como sin el rayo del sol se turbaría la armonía universal de los orbes, así tambien sin la luz de la libertad el mundo moral é inteligente desfallecería en estéril y caduca inercia, al modo de planta

(1) El convento poseía el apostolado completo. Después de la esclaustración fué depositado en una capilla de la iglesia con otras muchas pinturas. De allí fué estraido uno de los cuadros, el *San Pablo*. Divulgóse el latrocinio; mas repitióse después con el *San Felipe*. Para evitar mas espelaciones, dispuse yo, siendo director de la Sociedad Económica, trasladar la colección restante á la sala de sesiones, en el edificio situado. Así se salvaron los diez lienzos, que, merced á mi amor al arte, hoy se ostentan en el Museo provincial de Valladolid. El tiempo lo aclaró. El vulgo cuenta hoy curiosos comentarios sobre el *San Pablo* y el *San Felipe*; ¡Abominable depredación, digna no mas de las tribus agrestes de Alricio ó de la decreída raza mora!

(1) Este y otros nombres estan mal escritos.—Los copiamos al pié de la letra y sin rectificar cosa alguna.—(N. del A.)

enfermiza lejos del día y del ambiente y del rocío. No, repetimos. La hija privilegiada de la razón, de la filosofía y de la fé, la emanación más pura del espíritu del sentimiento y del instinto, el don sublime de la humanidad, el foco de la civilización, no acepta en sus aras tan profanos ministros, ni se contenta con oblacones torpísimas y anti-sociales. Su estatua, por el contrario, se cubre con el velo del dolor para no oír la blasfemia de su nombre, ni ver la profanación de su grandeza.

V. GARCIA ESCOBAR.

**JUAN EL GINETE.**

CUENTO MORAL.

Un tratante en caballos había llegado de la feria, y después de haber entregado su caballo á su criado para que lo condujese á la cuadra, subió ponderando á su familia la adquisición ventajosísima que del caballo había hecho.

—¡Qué contento estoy!... decía sentándose alegremente en una silla: he comprado un potro magnífico!... Cuatro años... siete cuartas y dos dedos... ¡Qué ganga!

Juanito, al oír las ponderaciones de su padre, bajó bonitamente á la cuadra, y entrando en ella con Sebastianito, uno de sus camaradas, empezó á acariciar el potro, ensillado todavía.

El potro, cansado tal vez del camino, no daba muestras de impaciencia.

—¡Qué manso!... dijo Sebastianito, qué gusto será ir montado en él!...

—Tienes razón, contestó Juanito... Si me ayudas á montar saldría á dar dos vueltas...

—¿Y tu padre?

—Está cansado; lo que es ahora no bajará tan pronto.

—Pues manos á la obra... Con una condición, por supuesto.

—¿Cuál?

—Que en dando tú dos vueltas, yo también daré otras tantas.

—Convenido... vamos allá...

—¿Y el bocado?

—Basta con el ramal.

—Sin embargo, es tan manso... Mas vale que vayas en regla... yo pondré el bocado al caballo... tú colócate las espuelas.

En un cuarto de hora, Juanito estaba montado á caballo, y marchaba al trote, á la ventura, seguido de Sebastian.

—¡Pica espuela!... gritó este último: no corre nada...

Juanito hincó efectivamente la espuela dos ó tres veces seguidas, y el caballo, sintiendo el dolor y queriendo despojarse de la fastidiosa carga que llevaba, y cuya debilidad comprendió por instinto, echó á correr á galope, ligero como el viento.

—Bravo!... bravo!... exclamaba Sebastian lleno de alegría: ahora sí que vuela.

Pero Juanito, que no podía detener el caballo, y que se vió precisado á abandonarle á su capricho, iba lleno de miedo, temblando caerse y estrellarse contra las piedras.



—Adelante!... adelante!... exclamaba Sebastian con entusiasmo.

Pero el pobre Juan abandonó los estribos, perdió la brida, y agarrado con desesperación al cuello del caballo, se preparó á morir.

El caballo, caliente, desbocado y frenético, saltaba zanjas, atravesaba senderos, y no reconocía obstáculos.

Afortunadamente se introdujo en un terreno arado á hondos surcos, en los cuales, y en la tierra removida, se embotaban algo sus piernas. El niño, que no podía más, se dejó caer desmayado, sin hacerse más daño que el de dislocarse un pié.

El que escucha y pone en ejecución lo que le aconseja el capricho de su inesperienza, ó de la de otros, prepárese á sufrir las malas consecuencias de su ligereza. Verdad es que Juanito no tuvo por de pronto de qué quejarse, á no ser de su pié dislocado y del susto que había recibido; pero faltábale el castigo de su padre, y tenía la convicción de que solo una casualidad le había salvado la vida.

**LA SILLA DEL MARQUÉS.**

NOVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

VIII.

Estás.

Trascurrieron dos días seguidos sin que Mario hubiera podido ver al objeto de su amor, á causa de que Eugenia permaneció durante este tiempo al lado de su padre, que se hallaba ligeramente indis-

puesto, cuando una noche en la que nuestro héroe, cuya tristeza rayaba en desesperación, rondaba según su costumbre en derredor de la quinta, vió el resplandor de una luz que salía por una ventana que él sabía pertenecer á la habitación de Eugenia por haberla visto asomada á ella algunas veces, y delante de la cual se elevaba un frondoso olmo que llegaba con sus ramos hasta las persianas que la cerraban; cuya circunstancia, unida á la de ser aquella fachada la única que no estaba rodeada por la verja, sugirió á Mario la idea de trepar al árbol, con la esperanza de ver desde allí á Eugenia, si esta se hallaba en su cuarto, como se lo hacía presumir la luz que en él brillaba. Después de titubear un instante por temor de ser descubierto, puso su proyecto en ejecución, fiado en la oscuridad de la noche, y en que el ruido del viento que soplaban con violencia ahogaría el ruido que pudiese hacer.

Subió pues al árbol no sin trabajo, porque hacia mucho tiempo que había renunciado á sus antiguos ejercicios campestres, y no es fácil espresar su alegría cuando vió realizada su esperanza.

En efecto, la ventana abierta de par en par le permitió registrar con los ojos todo el cuarto de Eugenia, que desde donde se situó se descubría perfectamente, y pudo ver á esta sentada al piano que acababa de abrir.

Un espejo de cuerpo entero, rodeado en vez de marco por una guirnalda de hojas naturales, una mesa de mármol blanco sobre la que se veían dos vasos etruscos de un trabajo admirable, y en ellos dos ramos de flores silvestres que Eugenia había cogido en el jardín de la quinta; el piano, de caoba negra con embutidos de marfil; un pequeño diván de lo mismo, forrado de raso blanco, rodeado de algunas banquetas iguales; y finalmente, un cuadro redondo pintado al óleo que representaba á la niña cavalgando en su yegua, completaban el mueblaje de esta sencilla y elegante habitación, que revelaba el gusto esquisito de la persona á quien pertenecía, y que pintada de azul é iluminada por una lámpara de alabastro en forma de

media-luna, se asemejaba á uno de aquellos pequeños templos situados en medio de los bosques que los mesenios consagraban á Lucina.

Eugenia, envuelta en una bata blanca que dejaba adivinar sus esbeltas formas, estaba como ya hemos dicho, sentada al piano y de rente á la ventana, á través de la cual Mario la contemplaba.

Después de algunos ligeros preludios, la jóven, acompañándose del piano, comenzó á cantar con una voz de inefable dulzura una tonada alemana triste y monótona como todas las de aquel país, pero de una melodía indecible, que resonaba en lo íntimo del corazón: mas luego, cediendo tal vez á secretos pensamientos, ahogó la letra de aquella canción en un torrente de armonía que hizo brotar de aquel instrumento, y que atenuó poco á poco, acabando en algunas notas ligeras y vibrantes. Parecía que aquellos preludios, ya brillantes y animados como una exclamación de alegría, ya lánguidos y ténues como un lamento, revelaban las emociones que sucesivamente la agitaban, expresando sus suspiros en un lenguaje mas sublime y encantador.

¿Qué pasaría entre tanto en el alma de Mario, en aquella alma ardiente que surcaba de una en otra sorpresa? Nosotros renunciarnos á definirlo: bastará tener presente que nunca había oído una música y un canto tan armoniosos, y que este canto y esta música adquirían doble realce por la persona que los producía. Inmóvil, apacentando sus ojos en el divino semblante de Eugenia, que á la argentada luz de la lámpara parecía mas ideal y suave, olvidó sus disgustos, los obstáculos que le separaban de ella, el sitio donde se hallaba, y tuvo que morder su pañuelo para ahogar los gritos de salvaje alegría prontos á salir de su pecho. Además, como si la casualidad se gozase en aumentar su febril agitación, quiso hacerle pasar por todas las pruebas, y presentarle todas las fases del amor contrario.

Eugenia, perdida en sus juveniles delirios, había cesado de tocar, y dejando caer las manos sobre la falda, prosiguió cantando en voz casi imperceptible, mirando al mismo tiempo un grupo de estrellas mas brillantes por la oscuridad de la noche, y que ella descubría por entre el ramaje del árbol donde Mario se hallaba: mas como el calor era insuportable, la niña se agitó en su asiento con un movimiento involuntario que levantó un poco el estremo de su falda, descubriendo su pié derecho y el principio de su prierna, admirablemente formada y de contornos suaves y delicados, como los que se admiran en las esculturas del Piombino. Hasta entonces Mario había sentido solamente las emociones del amor casto y platónico, como por lo regular lo es el amor verdadero cuando nace; ninguna idea carnal empañó hasta aquel momento la pureza de su pasión; pero el inocente abandono de la descuidada jóven hizole experimentar el punzante aguijón de la sensualidad, en grado tanto mas eminente, cuanto mayor era la fuerza de su temperamento. Sus ojos turbados y secos devoraban aquel breve pié que asomaba por bajo del piano; su corazón cesó de latir como si temiese un peligro cercano... le zumbaban los oídos... sus labios temblaban con un movimiento nervioso... por último, cuando la jóven cada vez mas sofocada desprendió los ojales de su bata, que cayendo á uno y otro lado, dejó descubierta enteramente su garganta y parte de su seno virginal, oyóse un grito ahogado, y luego un ruido como de un cuerpo pesado que cae en tierra, y que Eugenia asustada confundió con el de una ráfaga de viento que hizo golpear con violencia las persianas de su habitación.

## IX.

El doctor Romero.

Tres dias después de estos sucesos, Marciana, apesadumbrada y ojilrososa oía con la mayor atención al doctor Romero, médico distinguido, lleno de la ciencia que dan el talento, la experiencia y el estudio reunidos, y que habiendo ejercido su facultad en Madrid durante muchos años, habíase retirado á T...., á consecuencia, segun se decía, de grandes disgustos; y al presente desempeñaba la plaza de médico titular de dicho pueblo, mas por gusto que por necesidad, pues tenia una fortuna considerable.

—Son estraños, decía el doctor dirigiéndose á Marciana y mirando atentamente á Mario, que se hallaba en su lecho durmiendo al parecer con un sueño agitado, son estraños los fenómenos que observo en la enfermedad de este jóven. Segun el informe de mi compañero el cirujano, el doliente no tiene mas que una ligera herida en la parte superior del occipucio, que no ha podido penetrar ni aun el *pericráneo*; y yo que tambien poseo su facultad, á lo que se puede *ver con el tacto*, tampoco he hallado lesion orgánica suficiente para producir los graves sintomas que en él observo. No obstante, estos mismos sintomas me dan por resultado una afección designada por los autores con el nombre de *delirio nervioso ó traumático*, que á veces se declara á consecuencia de heridas recientes, aunque tambien pueden causarla la viveza de las pasiones ó una conmoción cerebral.

—Pero señor, observó Marciana, que había escuchado atentamente

al doctor sin comprender la mayor parte de su discurso, yo creo que *mi hijo* tiene tambien calentura, porque le abrasan la frente y las manos.

—En efecto, repuso el doctor, el enfermo tiene calentura; pero tan leve que al presente no ofrece cuidado alguno, y ese ardor que en él ha observado V. mas bien es consecuencia de su agitación. Por otra parte, además de la dolencia ya enunciada noto varios sintomas de otra no menos estraña en el jóven que nos ocupa, si se atiende á lo que me dijo V. antes; pues si bien la *monomania*, que es la afección de que hablo, proviene de muchas causas, se ha observado con razon que las mas preferentes son las emociones morales, producidas las mas veces por los adelantamientos de la civilización: y á la verdad la complicación de estas dos dolencias, muy graves de por sí, repito que me sorprende, atendidos los antecedentes del enfermo.

—¿Ay señor mio de mi alma! exclamó Marciana, ¿y son peligrosas esas enfermedades?

—Pueden serlo, respondió el doctor... Pero salgamos de aquí y dejémosle reposar un momento, pues bastante lo necesita; y allá fuera me hará V. nuevamente su explicación, en la que antes acaso habrá omitido alguna circunstancia que aclare mis dudas; porque como he dicho ya, no hay causas predisponentes ni congénitas, ni lesiones orgánicas, ni mala conformación de cabeza; por el contrario, ese jóven la tiene admirablemente desarrollada, suficientes á producir estas dos neurosis (1), que indudablemente residen en el cerebro.

Dicho esto, nuestros dos interlocutores salieron al portal de la alquería, y entonces Marciana, que cada vez entendía menos al doctor, se espresó en estos términos:

—Yo, señor, solo puedo decir que hasta hace poco tiempo *mi hijo* era tan ignorante como los troncos de los árboles, y que como ellos pasaba todo el dia en el campo. Comía poco y hablaba menos; de modo que todas estas cosas reunidas y cada una de por sí daban motivo á que las pocas personas que le conocen, entre ellas el tío Pablo el pastor de casa, que á veces dice unas sentencias como un papa, y no tiene mas defecto...

—Nada nos importan los defectos del tío Pablo; por tanto puede V. suprimirlos, interrumpió bruscamente el doctor.

—Pues como iba diciendo, prosiguió Marciana, el tío Pablo, y tambien otras personas, afirman que Mario es un *tonto*; pero yo nunca he querido creerlo... Porque, señor, digo yo, ¿á quién se parece?... su padre tiene mas de picaro que de tonto... y su madre ¡ah! su madre....

—Además, interrumpió pensativo el doctor, que como el lector habrá observado se interesaba vivamente por sus enfermos, y puede asegurarse que no tenia mas defecto que el de andar en sus explicaciones muchos términos facultativos, olvidándose de que las personas á quienes por lo regular se dirigía no podían comprenderlos; encuentro en todo esto algo de estraordinario... ¿Dice V. que ese jóven tropezó en las raíces del árbol junto al cual se le ha encontrado?

—Sí señor, así lo dijo él al pastor, que al volver de la quinta de llevar un cántaro de leche, le halló bregando para levantarse sin poder conseguirlo.

—Otro motivo de duda... el golpe le recibió en la parte posterior de la cabeza, debiendo haber sido en la frente; pues natural era que cayese hácia adelante.

—No sé cómo habrá pasado; pero *mi hijo* jamás ha mentado.

—Lo creo; y además ¿qué interés tendria en hacerlo en esta ocasion?

—Ciertamente. A no ser que como ya había perdido la cabeza cuando le halló...

—En fin, veremos; creo he acertado en el diagnóstico, difícil en las neurosis en las que no hay lesion alguna aparente; solo no comprendo bien la verdadera causa de esta dolencia. Por mi desgracia, si como facultativo conozco el corazón anatómicamente considerado, conozco tambien el corazón moral, y pluguiera al cielo, repuso el doctor suspirando, que á la experiencia de las desgracias ajenas no reuniese la de las mías propias. A no saber los antecedentes de ese jóven, afirmaría que era una víctima de las pasiones ó de una pasión cualquiera, sentida en su mayor grado. La confusión de ideas, el insomnio, las amenazas, esos gritos de furor de que V. me ha hablado, la prostración que después ha sucedido, la aberración de la voluntad, la perversión del entendimiento; por último, mil otros sintomas me lo hacen creer así... pero esto no es el caso. Siguiémosle la dolencia en todas sus fases, y quizá se nos presentará mas caracterizada, y por consiguiente mas fácil de combatir. Hasta tanto el tratamiento debe basar en los medios morales; pues bien puede decirse que es moral la enfermedad ó enfermedades que nos ocupan; por lo que voy á dejar escrita la explicación, de la que no se ha de apartar V. en un solo punto. El Sr. Justo la leerá si es que V. no sabe.

—Así fuera mentira... En cuanto á mi amo, no seré yo quien le pre-

(1) Enfermedad de los nervios.

gunte nada: mas afortunadamente, ahí está el tío Pablo que lee como un sacristan, aunque parece tan rústico y tan...

—Vaya, bien... además, mañana a esta misma hora vendré... Espero hallar algún cambio notable.

Dicho esto, después de escribir el plan curativo y cerciorarse de que Mario continuaba en el mismo estado, el doctor se encaminó al pueblo dejando á Marciana muy apesadumbrada é inquieta.

## X.

## Desesperacion.

No seguiremos nosotros los diversos trámites y periodos de la enfermedad de nuestro héroe, limitándonos á decir, que desaparecido el delirio nervioso de que hemos oido hablar al doctor, aparecieron mas marcados los sintomas de la *monomania*, especie de enajenacion mental consistente en un delirio que gira sobre uno ó determinado número de objetos; y combatida por este por cuantos medios higiénicos y morales se hallaron á su alcance, secundados por el cariño é inteligencia de Marciana, consiguió hacerla desaparecer, y por último el completo restablecimiento de Mario, el cual no obstante, tuvo que pasar por una larga convalecencia, durante la que el buen médico le interrogó varias veces sobre la causa de su enfermedad, aunque con un tacto esquisito para no recordarle ideas que pudiesen ocasionar una recaída; pero el jóven supo eludir sus preguntas, concretándose á lo que habia dicho anteriormente respecto al golpe recibido junto á la quinta; de modo que el doctor, aunque conservando algunas dudas, se inclinó á creer que en efecto habia sido aquel el motivo de su dolencia, secundado poderosamente por las lecturas, ó mas bien atribuyendo á estas la parte principal, fundándose en las palabras incoherentes y frases novelescas que Mario soltaba en sus frecuentes delirios; pero jamas sospechó la verdadera causa, pues ignorando este el nombre de Eugenia, no pudo repetirle en su dolencia, lo cual hubiera servido de indicio al doctor, hombre de estremada penetracion.

Vuelto el jóven á su estado normal, y apenas se halló con fuerzas suficientes, traspuso en un momento la distancia que media desde su casa á la quinta, con la esperanza de ver á la que no se apartaba de su pensamiento, olvidando cuanto habia sufrido, y recordando solamente la poética beldad de aquel ángel que se le apareciera para sacarle de entre las nieblas de la ignorancia; pues á la profunda pasion que sentia por Eugenia, agregábase tambien una especie de gratitud, porque segun se decia á sí mismo, por elevarse hácia ella, por comprender su lenguaje, habia deseado instruirse... ¡Ah! tal vez hubiera sido mas feliz permaneciendo en su ignorancia; mas aquel mártir del amor necesitaba duplicar las causas de su adoracion, para hacerla mas digna del idolo á quien la dedicaba.

¡Con cuánta agitacion y temor mezclado de esperanza se acercó Mario á la quinta! ¡Con qué ansiedad dió la vuelta en derredor de ella! ¡Y cuál fué su angustia al notar la soledad que reinaba en todas partes! Las persianas y maderas de todas las ventanas estaban cerradas; por las rejas de la caballeriza situadas al nivel del suelo y abiertas de par en par, no salia ya el ruido del relincho de los caballos ni las voces de los mozos que lo cuidaban: ningun criado atravesaba el patio, y finalmente todo indicaba allí la ausencia de su dueño. Imposible seria espresar la inquietud de Mario, el cual no obstante conservó alguna esperanza, no resignándose á perder de un golpe todas sus ilusiones; permaneció algun tiempo mirando á la puerta, á las ventanas, á todas partes, aunque sin resultado, pues todo continuó lo mismo. Llevado entonces de un movimiento involuntario, y resuelto á salir de dudas á toda costa, se aproximó á la puerta de la verja, que estaba solamente entornada; pero al ir á entrar se detuvo dominado por su timidez.

Trascurrieron algunos minutos en esta incertidumbre, hasta que por fin se decidió á atravesar la plazoleta de la quinta, verificándolo precipitadamente para no tener tiempo de reflexionar. Llegado que hubo á la inmediacion del edificio, miró á todos lados; y no viendo persona alguna, se decidió á llamar á la puerta, no sin haber dudado mucho tiempo. Alzó pues un pesado llamador de bronce en que estaba esculpido un escudo de armas, y dió dos ó tres golpes con mano trémula: hecho esto, escuchó atentamente, pero nadie respondió; parecia que la casualidad se gozaba en aumentar sus padecimientos. Una vez decidido, Mario sacó valor de su misma timidez, y alzando de nuevo el llamador dejóle caer repetidas veces.

—¿Quién es, quién anda ahí? gritó una voz desde dentro; y luego, abriéndose una ventana situada á un lado de la puerta, se asomó á ella una muger ya de edad, que después de examiar á Mario desde la cabeza hasta los piés, prosiguió con acento entre airado y despreciativo:

—¡Vaya! pues no alborotais poco!... pensé que ibais á derribar la puerta.

—Perdonad, señora, respondió el jóven saludando, creí que no me habrian oido la vez primera, y...

—¿Y qué se ofrece? interrumpió bruscamente su interlocutora.

—Nada mas que saber si el señor marqués está en la quinta.

—¡Y tanto ruido para eso!... el señor marqués marchó á Madrid tres dias há.

—¡Gracias! repuso Mario haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y alejándose apresurado sin oír á la portera que gritaba:

—¡Eh, jóven! ¡Eh! ¿Traia V. algun recado para el amo?

Luego que salió de la quinta corrió al bosque, vagando por él en todas direcciones cada vez mas aprisa, á la manera de un corzo herido, que con sus veloces carreras pretende aliviar su violento dolor; mas ¡ay! el infeliz jóven sentia el suyo cada vez mas profundo, y rendido de cansancio, tuvo que detenerse y se sentó al pié de un olmo... Allí permaneció mucho tiempo con los ojos fijos y al parecer sereno... pero... ¡ah! qué serenidad!... ¿Qué pasaria en aquel corazon despedazado?...

Hubo un momento en que llevó la mano á la cabeza, como si quisiera detener su pensamiento, pronto á exhalar en el espacio... luego prorumpió en sollozos sofocados, que después dieron curso á torrentes de lágrimas y desahogaron su pecho oprimido...

¡Ah! ¡benditas sean las lágrimas! ellas son la alegria del dolor!

.....

Durante los sucesos que hemos referido habian pasado cerca de tres meses, y á la sazón corrian los últimos dias de setiembre.

A mediados de noviembre, Mario recibió una carta de Madrid, y después de abrirla con una emocion inesplicable, leyó las siguientes lineas enajenado de placer:

«Mi muy querido sobrino: tus deseos y los míos estan en cierto modo colmados. El general S., ministro de Estado, que honra con su amistad á mi difunto esposo y que me dispensa la proteccion mas afectuosa, necesita un segundo secretario para su despacho particular: y mediante mi recomendacion, ha tenido á bien elegirme para este puesto. Tus honorarios son 6,000 reales anuales.

»Respecto á los demás puntos me refiero en un todo á lo dicho en mis cartas anteriores, y solo te encargo que apresures tu viaje cuanto te sea posible, y repitas mis recuerdos á mi buena Marciana, que con sus consejos te ha decidido á que me proporciones la satisfaccion de darte esta ligera prueba de mi cariño.

»Toda esta familia, de la que en breve formarás parte, me pide te renueves sus afectuosos sentimientos, á los que uné los suyos etc., etc.

## PARTE SEGUNDA.

## I.

Un año después.

El lector no tomará á mal que hayamos salvado un espacio tan largo de tiempo, puesto que en el discurso de la narracion hallará aclarados los sucesos en él acacidos que atañen al conocimiento de nuestra historia. Por tanto, tomaremos la ilacion de esta en un hermoso dia del mes de mayo y en la hora en que declinando el sol hacía el horizonte, dora con sus últimos rayos las cumbres de las montañas y la cúpula del campanario de la aldea.

En esta hora [pues abriase la puerta de la quinta de N..... para dar paso á una hermosa jóven vestida de blanco, cavalgando en una yegua negra, y á quien por esta última particularidad nos creemos dispensados de nombrar.

Con efecto, Eugenia, pues ella era, que hacia dos dias se hallaba de vuelta en Andalucía, salia aquella tarde por vez primera, y después de detenerse un instante á pensar adonde dirigiria su paseo, por último dió la preferencia á su sitio predilecto, encaminándose en consecuencia hácia *La silla del marqués*.

Eugenia, que rayaba ya en los diez y siete años, habiase formado enteramente, y era notable el desarrollo de su incomparable hermosura. Sin embargo, los rasgos infantiles de su fisonomia no habian cambiado; solo que á su blancura láctea y trasparente habia sucedido esa palidez aplomada, sintoma terrible en las jóvenes delicadas y nerviosas, y á la melancolia de su semblante una tristeza meditabunda de expresion tanto mas grave, por cuanto estaba acompañada de la descoloracion de los labios, en otro tiempo frescos, húmedos y sonrosados.

No obstante, cuando la jóven tendió nuevamente la vista por aquellos prados que estaban entonces en todo su verdor; cuando al trote de su yegua se internó en la espesura del bosque aspirando con embriaguez la frescura del ambiente, y oyendo un sin número de cantos y de gorgoros; cuando cruzó por los sitios en que tantas veces se habia detenido para admirar una flor que todavía yacia allí al parecer mas brillante y lozana, espermentó una alegria infantil; porque cuando el corazon no ha sufrido aun las pruebas del desengaño, se

abre casi con la misma facilidad á las emociones del placer como á las del dolor.

Eugenia llegó á *La silla del marqués*, y apeándose de su montura ató la brida de esta á la rama de un árbol, y se dirigió luego hácia el asiento de piedra.

Antes de sentarse miró en torno de aquel sitio que nunca había parecido tan pintoresco y encantador. Como se acercaba la hora del crepúsculo nocturno, las aves se retiraban sobre el río, buscando un postrer rayo del sol que penetraba hasta allí, se estendían á lo largo de él formando una ancha cinta de rubíes y de amatistas, ante cuyos colores hubieran palidecido los del iris; y á lo lejos oíase el manantial que descendía del monte, y que inundado por el sol poniente, se asemejaba á una magnífica serpiente de la India, arrastrándose hácia la vega y haciendo ondular sus purpúreos anillos.

Después de admirar algunos momentos este mágico espectáculo, Eugenia se sentó en *La silla del marqués*; pero oyendo un ruido extraño, levantóse inmediatamente, y vió sobre el asiento un cuaderno de papel bastante voluminoso, que sin duda rozando con su falda había producido aquel rumor. Sorprendida la jóven tomóle en la mano, y júzguese de su asombro al notar que este cuaderno, manuscrito hasta la mitad, estaba dirigido á ella y repetido en él su nombre un sin número de veces.

(Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

## EL ESPEJO DE LA VERDAD.

### FABULA.

En el siglo feliz, cuando los hombres  
En paz Augusta, y en profunda calma  
Gozaban con placer sus dulces días,  
La señora verdad, sin otra zaga  
Que la de su espejito misterioso,  
De ceca en meca por la posta andaba.  
Llevábale en la mano á todas horas,



De modo que cualquiera se miraba  
En su sincera luna; y aunque en ella  
Copiado al vivo su interior hallaba,  
Nadie, al verse, llegaba á sonrojarse.  
¡Ay, qué tiempos aquellos, si duráran!  
Pero pasaron presto: y conociendo  
Que entre los hombres la maldad se incarna,  
La señora verdad, según se supo,

Tendió con gran silencio sus dos alas,  
Y sin decir: te quedan ahí las llaves,  
Fué á buscar en el cielo su morada,  
Arrojando el espejo de coraje.  
Se rompió; ya se vé, la cosa es clara;  
Y los pedazos, todos esparcidos,  
Se perdieron, que fué notable falta:  
Sin embargo, filósofos y sabios  
Han hecho diligencias tan extrañas,  
Que encontraron algunos por ventura;  
Pero tan pequeñitos por desgracia,  
Que, según las historias, ni ellos mismos  
Se ven cual son en sí. ¡Quién lo pensára!

## AL MAR.

¡Y qué! ¿no enfrenarás, ponto soberbio,  
El furor de tus olas atronadas?  
¿No bastan á postrar tu poderío  
Los siglos que pasaron?  
Ellos con diestra fuerte derribaron  
La palma que creciera  
De Libia en las arenas dilatadas:  
Ellos secaron la abundosa fuente  
Que con aroma ardiente  
Las dulcísimas flores perfumaron.  
El castellano brio,  
Sediento de memoria,  
Voló por medio de tu campo frío  
Al clima portentoso de Occidente:  
Cortés allí: Pizarro esclarecido,  
Sandoval, Alvarado,  
Y otros mil, cuyo esfuerzo generoso  
Al indio conturbara belicoso,  
Ceñidos en laurel la altiva frente,  
Dieron á la nación de las naciones  
Poderosas y bárbaras regiones.  
En las inmensas playas  
Ciudades mil cayeron,  
Y sus cenizas viles  
En tus hinchadas olas se perdieron.  
Tú horror inspiras, cuando el sol desluce  
Nublados tenebrosos, y rugiente  
Va el águila sonando,  
Tu ronco rebramar multiplicando;  
Mas al llegar el plazo en que el Eterno  
Su mano estienda sobre el triste mundo,  
Tiembren los polos, y en pedazos caigan  
Y en humo se disipen,  
Mirarás tu grandeza destruida,  
Cual hoja de la yerba desprendida  
Por impulso violento  
Del fragoso viento.  
Su imagen fingida,  
Las naves mas escelsas y robustas  
Que fatigaban con ardiente brio  
Tus aguas espumosas,  
Te dirán orgullosas:  
¿Qué fué de tu grandeza y poderío?  
Nuestras veloces quillas  
Entre negros escollos quebrantaste,  
Y á la sedienta arena  
Sus trozos infelices arrojaste.  
¿Qué consiguieron dignos tus furores?  
Ya la terrible suerte  
Con la espantosa muerte  
Ha igualado á ofendidos y ofensores.  
Tú callarás, ¡oh mar! porque rodando  
De las naves envuelto en los despojos  
Caerás en el profundo!  
¡Ni aun tendrás de tu furia no domada  
Recuerdos tristes en la triste nada!

Cádiz, diciembre de 1845.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.





(Marsella.)

## MONSERRATE.

«Majestuosa montaña,  
 «cuya empinada cumbre  
 «no infunde, no, pavor ni pesadumbre,  
 «y contra quien la saña  
 «del terrible Aquilon combate en vano;  
 «salve, repito, salve, soberano,  
 «excelso sólo, donde  
 «la divina Maria  
 «derrama á manos llenas sus favores...»  
 (Canto á las ruinas de Monserrate, por  
 D. R. A. S.)

Contiene el antiguo principado de Cataluña tantos fenómenos y maravillas de la naturaleza, que difícilmente le aventajará otro país. Esta circunstancia, y el privilegio de gozar de un suelo feraz, junto con la prodigiosa laboriosidad y actividad de sus habitantes, le constituyen uno de los mejores de Europa. Su situación topográfica, las costumbres y sentimientos religiosos de que están adornados sus habitantes, atraen la curiosidad, siendo visitado con entusiasmo, y encomiado siempre de casi todos los forasteros. Convencidos de su importancia hémonos dedicado á estudiar los objetos preciosos que encierra, y enterados de sus recuerdos históricos nos proponemos escribir varios

artículos, con el fin de facilitar su conocimiento á los que desean tener algunas ideas de sus bellezas, de sus edificios y de sus monumentos, entre los cuales hay un gran número que cuentan muchísimos siglos de existencia.

Comenzaremos nuestras investigaciones describiendo, si bien que en diminuto bosquejo, el célebre y famoso *Monserrate*, obra maravillosa y sin igual que no se conoce otra semejante, y en el cual las gracias y la naturaleza brillan á competencia, que se eleva sobre las demás de Cataluña, y que desprendida de cuantas la circueyen, como quien de ninguna otra necesita, ostenta en todas sus facies exenciones, y preside á las demás por su especial singularidad, por ser toda la montaña una roca en forma piramidal, empero elaborada por la omnipotente mano, con tal variedad y configuración de peñas, que de lejos apenas se distingue si es un alcázar con sus torres y almenas sobre un monte, si un baluarte ó un ramillete de montañas, ó bien una gran colección de peñascos en forma de ramillete. El presente artículo debe ser tenido como introducción á otros varios que deseamos publicar, describiendo las preciosidades y recuerdos históricos que ofrece el sagrado monte que escogió para su trono en Cataluña la soberana Emperatriz del Cielo.

Es la *perla de Cataluña*, según discretamente la llama el padre Argaiz, el emblema del antiguo principado, y el iman de la arraigada devoción de los catalanes. La portentosa imagen de Nuestra Señora, llamada antes la *Morena*, y hoy día la Virgen de Monserrate, que se

adora en su devoto santuario, uno de los de mayor veneración de todo el orbe católico, ha sido visitado en todas épocas por reyes, prelados y un inmenso número de personas piadosas de todas jerarquías, clases y condiciones, quienes han encontrado en su visita al sagrado monte toda la suma de consuelos y dulces satisfacciones que en su viaje se propusieron. En vano las guerras intestinas y las revoluciones, los nacionales y extranjeros han intentado derribar el portentoso santuario, arrojando de su mansión querida á los contemplativos monjes, y despojarlos de su celestial empleo de fieles guardianes de la Sacratísima Señora; porque el recuerdo de la gran protectora de Cataluña está indeleblemente grabado en el corazón de los fieles, los cuales, venciendo obstáculos, durmiendo en campo raso y en el duro suelo, cuando desierto y casi arruinado el monasterio, ó bien ha asistido gran muchedumbre, no han dejado sin embargo de acudir en peregrinación y devotas romerías á ofrecer sus almas agradecidas á la dispensadora de todas las gracias, visitando en las varias estaciones del año el encantador y privilegiado monte, donde la devota fantasía de los fieles ha visto reproducida en cada como ó peñasco la imagen de Nuestra Señora de Monserrate. Tal es el efecto mágico y prodigioso de la palabra Monserrate, que al pronunciarla han sido inspirados muchos infieles, háñese convertido una multitud de pecadores, y ha enfervorizado y llenado siempre de entusiasmo á los cristianos.

El monte de Monserrate, situado en el confin de las diócesis de Vich y Barcelona, y perteneciendo á aquel obispado, llama por su extraordinario mérito la atención de cuantos le contemplan, y admira aun á los acostumbrados á ver rarezas y maravillas de la naturaleza. Distá una nueve leguas de Barcelona, y tendrá como unas ocho poco mas ó menos de circunferencia. Por la parte que mira al camino real parece un juego de bolos, porque sus picos ó pirámides están separadas unas de otras; y al ver sus peñones desgajados y como colocados por la mano del hombre, aquellas crestas multifórmes, caprichosas y gigantes, la fantasía créase catedrales ciclópeas erizadas de cúpulas ó inmensos castillos aéreos fortalecidos con cien torres. No hay pincel ni pluma que pueda explicar las perspectivas que ofrece al que se interna en él; grupos continuos de cilindros y conos de varios tamaños, unidos con mas ó menos estrechez, dejando en su union las grietas suficientes para que la naturaleza los adorne, y digamos los bordes con sus verdes producciones, que ofrecen una labor vastísima. La materia de que está formada es de piedras redondeadas, calizas, de diferentes colores, conglutinadas con tierra caliza amarilla y algo de arena. Hállanse tambien muchas piedras areniscas y guarzós blancos, redondeados, venados de rojo, con piedras de toque, encajado todo en la brecha. Levántanse del centro de la montaña enormísimas pirámides, las cuales se componen de piedras gruesas, del tamaño de una cabeza de hombre, y otras mas chicas, como cañamones. El cuerpo de la montaña en general está formado de masas enormes de peñas, dispuestas por capas, desde el grueso de medio pié hasta ciento, con rajadas horizontales y verticales, siendo su dirección de Levante á Poniente, y su inclinación mayor hácia esta última parte. Es singular la magnitud de estos conos, que se eleva solo en la cresta de la montaña, y llaman el *Cavall Bernat*.

Aquel es el monte que cantan las baladas montañesas; aquel con que las madres catalanas entretuvieron á sus hijos en la infancia, y cuyo nombre, pronunciado apenas con balbucientes labios, doró los primeros sueños de nuestra imaginación; aquel que, al oír la relación de nuestros padres y de nuestros hermanos mayores, escitó en nuestras almas una vaga idea de algo bien grande, bien hermoso, en que aparecían historias y coronas de reyes formando una aureola alrededor de María, al paso que concebimos una dulce esperanza, que nos prometimos realizar cuando llegásemos á la edad de nuestros hermanos. ¡Cuán bello! ¡Cuán caprichoso! La misma naturaleza, como complaciéndose en su obra, quiso marcar su diferencia respecto de los demás montes, y destinarlo para objeto de la veneración de los fieles. Las ermitas están como enrisadas en lo alto del monte, y encajadas algunas entre cono y cono. Es muy extraño que no quede memoria de él en las geografías antiguas, siendo tan oportuno para denominar si conviniese una comarca. Algunos historiadores de poca cuenta dicen que se llamó *Monte-Estorcil, quasi tortus*. Los notarios y escritores del tiempo medio le llamaron *Mons-serrat* y *Mons-obserratus*, siguiendo la opinión de Liberato, Hauberto y Paulo en sus crónicas. En atención al nombre tomó el monasterio por armas un monte á quien corta una sierra. Esta montaña tendrá siempre interés para el observador curioso; la frondosidad que cubre á sus barrancos, la caprichosa variedad de sus peñas, la vasta campiña, los pueblos y los ríos, el mar y las lejanas islas que se descubren desde las cimas, bastarán en todos tiempos para exaltar la fantasía del poeta y humillar la frente del hombre pensador. Es tal su altura, que al ponerse el sol en los largos días de verano alcanza siete leguas hasta meterse en el mar. Fué durante millares de años un peñasco macizo, sin rotura y sin árbol ni plantas, hasta que conmovida la naturaleza por la muerte de Jesucristo, según afirman

graves autores, tomó la figura que actualmente tiene, á la par que el promontorio de Gaeta en la Caina, y el monte de Albernio en la Toscana.

La vista mejor del monasterio es desde la ermita antigua de San Miguel, de la cual se tiene ya memoria desde el año 1042, en una donación que se hizo al obispo de Barcelona Guislaberto. En otras donaciones de los años 1039 y 1062, se supone habitaban en esta ermita los monjes Trasvar y Guarín. Puede darse por muy bien empleado el trabajo de subir dos horas por una cuesta muy agria, desde el lugar llamado Collbató para gozar de perspectiva tan graciosa. Entrábase en el derruido monasterio, pues que el actual es obra moderna, por un claustro viejo, obra del cardenal Julio de la Róvera, después el papa Julio II, que era abad comendatario de Monserrate. Consta de los capitulos de la obra que en 1476 ajustó en su nombre el prior y monasterio, con los arquitectos mestre Jaime Alfonso y mestre Pere Basset, ciudadanos de Barcelona. Conservábase bastante bien esta fábrica con las armas del cardenal hasta la guerra de la independencia. En uno de sus lienzos subsistia la portada de la iglesia antigua que se extendia de Poniente á Levante. Decíase que un arco por donde se entraba á la obra nueva, era el lugar donde estuvo la imagen de Nuestra Señora, según se inferia de la inscripción esculpida allí, y decía: «*Philippo tertio Hispaniarum rege catholico presente, Deiparæ Virginis insago hinc in templum novum translata fuit V. idus Julii, anno MCXCIX, cum hic septingentis undecim annis miraculis claruisset.*» Esta antigüedad supone la que comunmente se le atribuye desde el siglo IX, y lo que en globo consta del privilegio del conde Wilfredo, dado el año 888 á favor de Ripoll, al cual entre otras cosas concede *locum quem nominant Monte-serrato ecclesias, que sunt in agmine ipsius montis vel ad inferiora ejus*. La misma posesión confirmó el obispo de Vich Jorge, según consta de la escritura de fecha VIII cal. Aprilis anno XXVII quod Karolus rex regnandi sumpsit exordium. Mas terminantes son otras dos confirmaciones á la misma casa, una del conde Suñez de Barcelona, *anno IV post obitum Caroli regis*, y otra del rey Lotario, año 982, en las cuales se expresa que se da á Ripoll el *Monte-serrato* con las iglesias *Sanctæ Mariæ, S. Aciscii, S. Petri et S. Martini*. Las dos últimas estaban donde es ahora el lugar de Monistrol. Hallábase la de S. Aciscio separada del monasterio como un tiro de fusil hácia Levante; su vieja fábrica sirvió hasta estos últimos siglos para hospital de peregrinos. De la de Santa María no queda ni rastro de la iglesia primitiva. Pusieronse los cimientos en tiempo del rey D. Fernando el Católico. Consta de la carta auténtica expedida en Medina del Campo á 14 de marzo de 1489, en la que S. M. exhorta al abad y monasterio á la empresa de la obra, que hubo de cesar á los diez años de comenzada por las urgencias del estado, cediendo después el rey en carta de 1499 á favor del monasterio todos los enseres de aquella fábrica destinada solamente para habitación de los monjes. Andando el tiempo, el abad fray Bartolomé Garriga, aprovechando lo obrado para la iglesia, aplicó en 1561 con deliberación de la comunidad el producto del jubileo que Pío IV habia concedido por diez años á los que visitasen el santuario el día de la Natividad de Nuestra Señora, y data desde entonces el celebrarse en dicho día la principal festividad de la Virgen de Monserrate. Tardóse en concluir hasta el año 1592, y fué consagrado en el domingo de Sexagésima á 9 de febrero por el obispo de Vich, Pedro Jaime, con asistencia del obispo de Gerona Jaime Cassador, del de Urgel Andrés Capilla y del de Elna Francisco Robuster y Sala y fray Plácido de Salinas, abad del monasterio. Hallóse presente á este acto el Excmo. Señor Virey de Cataluña Pedro Galceran, marqués de Navarrés.

La situación del monasterio, unido á la iglesia, es un estrecho plano de esta altísima montaña, algo mas arriba de su medio. Entrase á la iglesia por un patio cuadrado, impropriamente llamado claustro. Su nave es espaciosa y muy proporcionada, teniendo de latitud, sin incluir las capillas, 76 palmos catalanes, y su longitud total de 286 palmos. El altar mayor era de mucho mérito, ejecutado en Valladolid por el hábil artista Estéban Jordan. Consta de tres cuerpos; los dos inferiores de orden corintio, y el último compuesto. Los bajos relieves de los intercolumnios representaban pasos de la vida de Jesucristo, y en los nichos habia estatuas de santos. Pintó y doró esta obra en 1598 Francisco Lopez, tambien de Valladolid. En aquella época la escultura y arquitectura florecian mas en Castilla que en el resto de España, por cuyo motivo fueron preciosos los grandes gastos de trasportación. La longitud de la iglesia quedaba cortada como actualmente por una primorosa verja de hierro, bien labrada, construida en 1608, por precio de 14,000 ducados. Atribúyese la dirección de la suntuosa reja y de la silla del coro, compuesta de escogidas maderas, en cuyos respaldos representábanse en preciosos bajos relieves la vida de Nuestra Señora y otros asuntos sagrados, al maestro Cristóbal de Salamanca, reputado en aquel tiempo por uno de los mejores escultores. El origen de semejantes divisiones es debido á la costumbre de las vigiliadas de los

fieles, que las pasaban en el llano de los templos, evitándose así el peligro de los robos y otros descalos. Siendo innumerables las procesiones é inmensas comitivas que acudían á Monserrate en las calamidades públicas y privadas en el siglo XIII, mandó el rey D. Jaime I que los peregrinos trajesen viandas mientras estuviesen en el monasterio, porque de otro modo hubieran servido de una carga insoportable. Junto al coro había la librería perteneciente al canto monacal, notándose en algunos libros viñetas, miniaturas y otros muy curiosos adornos. En la sacristía y piezas contiguas se guardaba lo que llamaban *Tesoro*, y con mucha razón, por la multitud y preciosidad de alhajas y joyas de gran valor, que solo viéndolas podíanse apreciar debidamente su mérito y riqueza, no siendo posible describirlas.

Concluida la guerra de la independencia, procuraron los monjes habilitar el derruido monasterio para ponerse otra vez en clausura, reparando nuevamente la iglesia á fin de trasladar á ella la santa imagen que estaba en el refectorio, lo que verificaron á costa de grandísimos dispendios por ser incalculable el daño sufrido: habilitaron asimismo algunas ermitas para aquellos penitentes hombres, modelo de cristiana piedad y purísimas costumbres; plantearon otra vez la escolanía ó colegio de música, que ha sido el primer conservatorio de donde salieron los célebres profesores que tanto han brillado en el mundo filarmónico; mas cuando empezaba el monasterio á renacer de sus ruinas, sobrevinieron los acontecimientos de los años 1820 al 1825, en cuya época acabó de desaparecer cuanto había quedado de bueno en aquel santuario. Dispersóse la comunidad, y hasta la imagen de la Virgen Santísima fué trasladada á Barcelona, y colocada en el altar mayor de la antigua iglesia de San Miguel Arcángel, donde permaneció con gran veneración y consuelo de los fieles, hasta que restablecido el monasterio en 1824, fué nuevamente trasladada á su sagrado santuario, con magnífica pompa, acompañada de un inmenso gentío. En el año 1828 fué visitada por SS. MM. D. Fernando VII y su augusta esposa Doña Amalia, que hicieron un donativo de 25,000 duros para la restauración y ornato de la iglesia, según lo acreditaba la grande verja de hierro, colocada donde existía la anterior, hasta que en 1835 hubieron otra vez de abandonar los PP. Benedictinos su grata y pacífica mansion.

En el día es verdad que tenemos por fortuna otra vez abierto el santuario, donde las almas cristianas pueden recrearse con la augusta presencia de la Reina de Monserrate; ¿pero qué vemos en él sino miseria y pesadumbre para el ánimo afligida, que recordara lo que fué? Recorramos aquellas masas de peñascos; hundámonos en el sublime derribadero que se abre al pié del monasterio, hasta tocar las aguas del Llobregat, ó subamos á saciar nuestra alma con la inmensidad de los espacios; trepemos por las largas y casi rectas escaleras, que asemejan las bellas comarcas de los Alpes, hasta la desierta ermita, en la que moraron en paz hombres de corazón sencillo; y cuando cansados de tan larga correría y ébria la imaginación de goces é inspiraciones, nos sentemos en el claustro destruido ó al pié de la fachada exterior, bizantina, envueltos en el manto del espíritu, contemplemos cómo va desapareciendo de entre nosotros todo lo bueno y venerando, cómo los montes van quedando desiertos, por haberles arrancado en los siglos anteriores los castillos feudales que coronaban sus cumbres, y en nuestro siglo los monasterios que ocupaban sus vertientes. El borde de frondosos torrentes por entre los cuales bullen las aguas entre el ramaje y la yerba, y hasta las mismas peñas, al parecer inaccesibles, todo estaba antes lleno de vida en Monserrate y todo cantaba gloria al Supremo Hacedor. Los ermitaños desde el fondo de sus capillas, los monjes desde el coro de la iglesia, las campanas desde lo alto de la torre, repetían los himnos que entona constantemente la naturaleza con los cantos de las aves, el ruido de las selvas, los rugidos del viento y los murmullos de las aguas.

JAIME FUSTAGNERA Y FUSTER.

A MIS QUERIDOS AMIGOS LOS ARTISTAS D. LEÓN BONNAT, D. JOSÉ GONZÁLEZ BANDÉ Y D. RICARDO RIBERA.

Os suplico que recibais con cariño este bosquejo que os dedico: no se alude en él á nadie, y no tiene mas mérito que estar dedicado á vosotros como prueba de la verdadera amistad que os profesa

SU AUTOR.

LOS ARTISTAS.

## EL PINTOR EN EL SIGLO XIX.

Supongo ya al pintor copiando en la Academia del natural; paso por alto los primeros destellos de su genio copiando ojos con D. Eus-

taquio Pintamonas y haciendo paisajes de capricho en casa, iluminados con una caja de pinturas de á peseta: no hablo nada de la primera vez que copió del yeso, y del día que se atrevió á poner algo en un album; está ya mas avanzado el artista de que trato: copia del natural, hace composiciones, y retrata; bajo estos tres aspectos vamos á considerarle.

Ante todo para ser artista es necesario tener un genio predilecto, un tipo querido y un modo de hacer ideal; es tambien necesario tener caja, caballete, etc., y una papeleta para copiar del Museo.

Si el pintor es *purista*, le es indispensable una copia de Rafael, unas cuantas láminas de Owerhuk y unos calcos de Beudeman y de Mr. Ingres: entonces el pintor debe adorar la escuela alemana, debe no reparar en el colorido, oír el género *fougueux*, y como el digno maestro francés, decir: «que dónde tendría Dios la cabeza cuando hizo tanto verde.» La línea debe ser su bello ideal; la dureza no escluye el mérito: el contorno debe ser bien sentido, la composición piramidal, la espresion al todo. Entonces hará los retratos muy lamidos, muy sencillos; el traje del siglo es feo, los pliegues en general *barrosos*; por eso debe imitar mucho á Hamman y no hartarse de estudiar los paños de Virgilio y del Dante.

Sus composiciones han de ser muy puristas, muy ideales; el asunto místico ó fantástico vaporoso, no tipos como los de Shakespeare, sino como el canto de Antonia de Hoffmann; como la Balada de los dos ángeles de Krummacker, en una palabra, Lamartine pintor: el estudio de todos los detalles es indispensable; el efecto es cualquier cosa; debe estudiar las arrugas de las manos, lo negro de las uñas, los hilos del harapo, los poros de la carne, y el bordado puntada por puntada como Alberto Durer y Leonardo de Vinci.

Si pinta paisaje, es otra cuestión: hay tan poca trascendencia en un paisaje, que solo sirve para fondo de las composiciones; nunca debe constituir para el purista un cuadro completo; algunos flamencos pueden servir de modelos; cada hoja debe estar en su sitio, cada flor tiene que tener el número de pétalos que le corresponde, y sería un crimen de lesa pureza olvidar un solo estambre ó un pistilo.

Siguiendo con ahinco este género, el pintor tiene un brillante porvenir, sus retratos serán apreciados, pero se los guardará en su casa; sus composiciones le habrán costado mucho trabajo y mucho estudio, pero no agradarán al público, que como entiende poco de dibujo correcto y de escuela alemana, no las comprará; y por último tendrá que dedicarse á pintar letras de adorno puras y delicadas en las muestras de las tiendas.

Nada adelantará tampoco á su fama el haber estado pensionado en Roma; y si acaso durante la pension ha espuesto cuadros, son bienes de la Academia, y allí quedan archivados con la gloria del artista de quien nadie se vuelve á acordar.

Como el *purista* debe odiar el traje del siglo XIX, debe vestirse siempre de negro, siempre lo mismo, muy afeitado, y el pelo á lo Nazareno con la raya en medio de la frente.

Cuando el artista pertenece al género opuesto, entonces todo se rasforma; su bello ideal debe ser Rubens, Delacroix y Diaz: debe considerar el dibujo como supérfluo, y todos sus esfuerzos han de tender á hacerse una reputación como colorista. Copiará á Velazquez, tendrá en su casa los dos Enanos, el Niño de Valencias, el Robo de Coria, y algun que otro retrato. El desórden será su base; no limpiará nunca la paleta; usará todos los colores posibles, y para hacer los claros pondrá pegotes de color.

Mirará á Rafael por encima del hombro; dirá que Durer y Leonardo de Vinci son la infancia del arte, y que Ingres es un detestable continuador de ellos. Pintará de prisa y con desórden; no hará antes bocetos ni dibujará las figuras mas que con carbon; meterá poco color en los oscuros para que se vea debajo la sangre; entonará mucho los claros para que hagan efecto, y no importará que la figura tenga una pierna torcida y una mano dislocada; esto es material: el colorido todo es tapa. Su género predilecto será el pueblo, porque Velazquez pintó *borrachos*, porque Diaz ha hecho los *Bohemíes*, y Eugenio De La Croix cuadros de costumbres árabes.

Tambien se lanzará en el género mitológico, hará grandes composiciones, las iluminará como mejor efecto tengan, aunque no sea natural, y no se parará en elegir el traje de la época: aunque Moisés esté de bata, no importa; aunque Faraon monte á la inglesa, es poca cosa, porque puede al levantarse de la silla pasar un claro entre sus piernas, y dar muy bonito tono á la figura.

Los retratos los hará en una sesion y á fuerza de toques de diversos colores, para que juntos formen uno completo y bueno: adornará mucho al retratado, y preferirá los trajes de terciopelo á todos.

Debe detestar los medios colores y adorar los colores fogosos, verde papagayo, el azul ultramar y el rojo vandick.

No debe limpiar nunca la paleta, y debe odiar el paisaje; sus fondos han de ser muy calientes; cuando son frios parece pintura sobre porcelana y hoja de lata; vestirá con pantalon ancho, sombrero de a'a

tendida, corbata escocesa, gaban corto y ancho, y llevará el pelo en desórden, bigote largo y gran perilla.

En cuestiones de arte es indispensable que crea que el siglo actual debe obrar una revolución en pintura como se ha obrado en literatura; que copiar no es el fin del arte; por consiguiente que no hay para qué hacer el Rafael ni el Leonardo de Vinci, sino exagerarlo todo y ser el Victor Hugo de la pintura.

De aquí resultará que se morirá de hambre, porque ningún prójimo que se vaya á retratar podrá convencerse de que tiene la nariz azul y verde, los ojos encarnados y amarillos, á pesar de que el autor se empeña en decirle que son toques de efecto.

Sus composiciones no se venderán, porque solo compran cuadros los inteligentes, y estos notarán lo incorrecto del dibujo y el descuido en los accesorios.

Su porvenir es pintar carteles para los editores de novelas borrascosas y hacer de vez en cuando algun retrato de un carnicero rico ó de un paleta que vaya á casarse.

Queda por describir otro tipo bastardo y sin genio, como lo son casi siempre los tipos eclécticos, que creen que su verdadero mérito consiste en imitar lo bueno de cada autor; sería cierta esta máxima, sería una verdad si fuera realizable; pero se ignora el método: el que crea que puede copiar el dibujo de Rafael y el colorido de Rubens ó del Ticiano, se engaña; y le pasará lo que á Miguel Angel cuando quiso entrar en lucha con Rafael: se unió al famoso colorista Sebastian del Piombo para que le iluminara lo que él dibujara, es decir, el gran dibujante se unió al gran colorista; sin embargo, Rafael venció.

El genio debe estudiar formas y pintar como siente, no como pintaron este ó aquel.

Estos artistas son tímidos, maldicientes, nada les acomoda, de todo hablan mal; los maestros valen poco; hoy calcará á Cornelius y mañana á Rubens; creará que para hacer un cuadro ha de estar muy relamido; irá á copiar del natural todos los objetos aislados, y al reunirlos hará un todo malo, detestable; no perdonará nunca el mérito á los demás; trabajará mucho, pero creará poco; sus composiciones serán frias y no dirán nada; irá á Roma, irá á Paris y volverá lo mismo; le falta el fuego ó el sentimiento de los verdaderos pintores. Tendrá en su cabeza un caos de perspectiva, luz, trajes, dibujo y color, y de este caos no saldrá nada.

Sus retratos no serán apreciados; sus composiciones no valdrán nada, y por consiguiente verá perecer su prole victima de su esterilidad: lo único que podemos decir en elogio de esta clase de artistas, es que son unos honrados padres de familia.

A. BONNAT.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE SEGUNDA.

(Continuacion.)

Primeramente creyó que el dueño de aquel manuscrito podria no referirse á ella y si á otra persona que llevase su mismo nombre; mas habiéndole ojeado por varias partes, se convenció de lo contrario. Luego que adquirió esta certeza dejó el cuaderno donde le habia encontrado, y miró instintivamente en derredor, quedando después inmóvil y combatida por mil ideas opuestas.

Si el cuaderno no estuviese dirigido á ella, Eugenia no vacilaria un solo instante, hubiérale dejado en el mismo sitio, permaneciendo luego allí para esperar á su dueño, ó se habria alejado á fin de no hacer sospechar de su discrecion; pero aquella circunstancia la llenaba de asombro y curiosidad.

No obstante, un pensamiento súbito pareció inspirarla una resolución. Ese manuscrito, decía ella, habrá sido olvidado á propósito con objeto de que llegue á mis manos... ¿Pero cómo? añadió, no hace mas que dos dias que estoy en la quinta, y esta es la vez primera que salgo de ella. A nadie he dicho adonde me encaminaba... No parece verosímil... ¿y por qué no han podido seguirme por el bosque y adivinando la direccion que traia, adelantarse y dejar ahí ese cuaderno? Sí, esto es, prosiguió acercándose al olmo donde atara su yegua; no debo leerle, y si alejarme de aquí.

Eugenia desató lentamente su cabalgadura; pero no montó en ella, pues á pesar suyo su curiosidad iba en aumento (curiosidad bien disculpable si se atiende á lo extraordinario del suceso), y no podia resignarse á alejarse de allí sin satisfacerla... Por último, después de mil dudas é incertidumbres llamó en su auxilio muchas razones, ó mas bien

excusas, para determinarse á leer el cuaderno... «Sea como quiera, se decía, ese manuscrito está dirigido á mí; por tanto puedo leerle sin parecer indiscreta; si ha sido olvidado de buena fé... si por el contrario, nada pierdo tampoco... y mi conducta nada tiene de irregular... No hay duda, esto es lo que debo hacer, continuó apresurándose á tomar el objeto, causa de tantas irresoluciones, para venderlas de una vez; mas luego la asaltó la idea de que alguno podria observarla escondido en la maleza, y le soltó de nuevo, registrando por todas partes sobresaltada, y parándose muchas veces á escuchar, hasta que por último, alentada por la soledad de aquel sitio, se decidió á tomar el cuaderno, aunque no á leerle en el acto, á pesar del ardiente deseo de saber su contenido.

Hecho esto montó en su yegua y se dirigió precipitadamente hácia la quinta, mirando á todos lados con recelo, y estrujando en su mano derecha el misterioso manuscrito.

Cuando llegó supo que su tío el conde de Guadiela acababa de arribar y la esperaba en compañía de su padre; por tanto Eugenia tuvo que dominar su impaciencia algunas horas, que pasó al lado de los dos ancianos, y puede juzgarse con qué apresuramiento se dirigiria á su cuarto luego que pudo hacerlo, y con qué ansiedad abriria el cuaderno, que en toda la noche se habia apartado de su imaginacion.

Antes de comenzar á leerle se detuvo un momento, presintiendo acaso la influencia que aquella lectura iba á ejercer en su porvenir.

El manuscrito decía así:

«Quiero consignar todos los acontecimientos de mi vida y la influencia que estos han ejercido en mis ideas, impresiones y costumbres, proponiéndome al efectuar este deseo (pueril y novelesco si se quiere) dos miras distintas, pero que guardan una estrecha analogia. Si la fortuna me protege y se realizan mis esperanzas, cifradas en un solo objeto, tendré una singular complacencia en recorrer el mágico panorama de mis recuerdos, y observar por qué trámites he llegado á la felicidad, rindiendo así un homenaje de adoracion y gratitud á aquella única en la tierra que puede dármele. Si por el contrario (como preveo) sucumbo al peso de la desgracia, será con la dulce ilusion de que llegando estas páginas á mano de la que las ha inspirado, la harán derramar algunas lágrimas de piedad, y conceder un recuerdo á la memoria del infeliz que dice como el antiguo gladiador: *El que va á morir te saluda.*»

Mario, pues el lector habrá ya adivinado que á él pertenecía el manuscrito que copiamos, continúa después de las anteriores líneas refiriendo los principales acontecimientos que ya conocemos, y por tanto no queremos repetir; esto es, los recuerdos de su madre, su melancólica infancia y solitaria juventud, la primera vez que vió á Eugenia, la influencia que esta ejerció en su inteligencia y costumbres, su amor apasionado, su caída del árbol, su enfermedad, y finalmente su viaje á Madrid, después del cual seguiremos á Eugenia en su lectura; advirtiendo que la narracion de Mario, correcta hasta este punto, pues la escribió con posterioridad, prosigue luego mas desaliñada y casi en fragmentos, por la razon de que consignados los sucesos que refiere, unos en el mismo día en que acaecieron, y otros algun tiempo después, se resienten de estas irregularidades.

II.

El manuscrito.

Estoy en Madrid, en casa de mi tía, y en medio de su familia, que me ha recibido como á un hermano. Mi tía, que raya ya en los cincuenta años, á pesar de esta edad y de los grandes disgustos que ha sufrido, conserva aun restos de su pasada hermosura, y lo que es mas todavia, un corazon bondadoso y juvenil. Su hijo Antonino, aunque solo cuenta diez y siete años, es ya un buen mozo, y sobre todo un distinguido oficial de milicias, y mis dos primas, Victorina y Petra, la una de quince y la otra de doce años de edad, suplen su falta de belleza con la gracia é ingenuidad de su fisonomía, con la gentileza de su talle y la estremada pulcritud de su traje. Réstame solo hablar de una criada asturiana, que no tiene otro defecto sino el de hacer demasiado ruido al andar, y de repetir muy á menudo las canciones de su pais.

Mi tía vive en la calle del Pez, que á lo que he oido dista bastante de los puntos céntricos de la capital; y aunque la habitacion que ocupa, situada en piso tercero, es muy reducida, no obstante todo respira en ella un aseo y buen gusto que me encanta, y que armoniza perfectamente con el mútuo cariño y tranquilidad que reina entre esta familia.

No bien llegué á Madrid, mi tía me llevó á una roperia, y con los ahorros de Marciana y algunos duros que aquella me ha adelantado, he podido comprar lo mas preciso para presentarme con decencia y abandonar mis rústicos atavíos. Me he lavado la cara con una pasta perfumada, y una de mis primas ha tratado de arreglar mis desordena-

dos cabellos; mas no pudiendo conseguirlo ha sido necesario llamar á un peluquero..... Me estan quitando el pelo de la dehesa.

.....  
Mi tía ha vuelto de en casa del general S..., á quien deberé presentarme pasado mañana por la noche: entre tanto me ha dado un sin número de consejos é instrucciones, que yo no olvidaré jamás, y sobre todo me habla de mi madre con mucha frecuencia, derramando un torrente de lágrimas y mirándome con la mayor atención. Observo que mis primas hacen lo mismo; quizás las choquen mis modales campesinos, que yo trato de afinar cuanto puedo.

.....  
He estado tan ocupado en las primeras horas de mi estancia en Madrid, que puede decirse no he tenido tiempo de pensar en nada... No obstante, una parte de mis ilusiones se han desvanecido... Tanto habia oido hablar de esta ciudad, y tantas maravillas me referian, que aunque ciertamente yo no la comparaba á aquellas con palacios y torres de oro y de rubies de los cuentos con que Marciana me adormecía en mi niñez, tampoco creia hallar en ella tan cortos motivos de admiracion. Oscuros pasadizos, donde el sol penetra apenas, flanqueados por un sin número de agujeros, á los que llaman balcones, y una multitud de personas que se agitan en todas direcciones; he aquí lo que constituye el bello Madrid. Sin embargo, cuando hago estas observaciones mi tía se sonríe. ¿Será que como entré de noche y aun no he visto mas que una pequeña parte no puedo juzgar de las restantes, ó será que no alcanzo á comprender sus bellezas?... No sé; pero nada me importa, porque esta ciudad debe ser muy hermosa á mis ojos puesto que Eugenia habita en ella.

Eugenia... Eugenia... ah! su imagen no se aparta un momento de mi imaginacion... Ahora mas que nunca conozco que no podré vivir mucho tiempo sin verla... y la veré.

.....  
Me he presentado al general S..., cuya casa dista poco de la de mi tía. Cuando llegué, en compañía de esta, estaba en su despacho con un secretario. El general debe tener muchos años, y su aspecto es de aquellos que desagradan á primera vista, pero después inspiran respeto y adhesion... Nos recibió con la mayor afabilidad, y noté que me miró con atención, y aunque yo temia este exámen, no obstante no debí desagradarle, puesto me dijo con la mayor bondad: «espero que seremos amigos;» recomendándome luego á su primer secretario.

.....  
Preveo que estaré perfectamente al lado del general... Mi trabajo es tan mecánico que casi me avergüenzo de su nulidad, pues se reduce á copiar sus escritos, los de su secretario y á veces los de otra tercera persona á quien no conozco: sin embargo me consuela la idea de que antes de elevarme á una posicion es preciso luchar, es preciso tener la perseverancia que dan la fé y la esperanza. ¡Oh! yo lucharé!!

.....  
¡He salido con mi primo á ver los sitios céntricos de la corte! ¡Dios mio, qué hermosa es esta ciudad! Hacia un dia hermosísimo: un inmenso gentío bullia por todas partes; los anaqueles de las tiendas brillaban iluminados por los rayos del sol; multitud de coches cruzaban en todas direcciones; algunos regimientos se dirigian hácia el Campo de Guardias, donde habia revista... ¡Yo estaba asombrado! ¡Cuánta variedad de objetos! ¡qué mugeres tan hermosas!... ¡Ah! ahora comprendo la abyeccion, la soledad en que he pasado mi vida.

.....  
Pero en medio de tantos atractivos, fascinado por tan deslumbrador espectáculo, siento un vacío en mi corazon; aun no he visto á Eugenia. En vano fijo mis ávidas miradas en cuantas personas pasan á mi lado en todos los magníficos carruajes que atraviesan como un sueño dorado por delante de mí; en todos los balcones, en todas partes. ¡Ay! no veo á Eugenia, y no sé qué hacer para conseguirlo... Por la mañana trabajo en casa del general; luego voy acompañado de mi primo á los paseos mas concurridos, y de noche ¡ah! qué agradables veladas paso en casa de mi tía, en medio de su familia que es tambien la mia. ¡Pobre huérfano, sin mas cariño que el de una pobre anciana! ¡Cómo se abre mi corazon á los goces de la vida íntima y apacible! ¡Qué satisfaccion tan inexplicable siento al verme rodeado de personas que me aman y se interesan por mí! Mis dos primas hacen labor, mientras que mi tía lee, ya la poética historia de Pablo y Virginia, ora las inmortales aventuras del héroe manchego, ó bien alguna deliciosa novela de Walter-Scot.

### III.

Una noche en la ópera.

.....  
¡La he visto, la he visto por fin!... ¡Cuán dichoso soy!... ¡Qué hermosa estaba!... Me parece que nunca la he amado tanto... Ayer fué dia de fiesta, y mi primo me llevó por la noche al Teatro Real.

Al tomar los billetes compré tambien el libreto de la ópera, que yo leí así que nos instalamos en nuestros asientos, y después que admiré asombrado el magnífico espectáculo que de repente apareció ante mis ojos. Aquella sala tan rica, tan espléndida, tan animada, realizó para mí los cuentos de las mil y una noches, los magníficos palacios de las hadas, todos los sueños de mi imaginacion.

Mis ojos vagaban asombrados de una en otra parte sin poder fijarse en ninguna. Aquellas mugeres tan hermosas, adornadas con flores menos bellas que su rostro; aquellos torrentes de luz; el ambiente perfumado que respiraba; todo me sumergia en el estupor de la admiracion.

.....  
Pero en medio del arrobamiento que embriagaba mis sentidos, me asaltaron crueles ideas... Al ver reunidos en aquel sitio los favoritos del nacimiento, de la gloria y de la fortuna, senti toda mi pequeñez; comprendí la inmensa distancia que de ellos me separaba. Un profundo abatimiento se apoderó de mí; una sensacion de envidia, de orgullo humillado, me atormentó en lo mas íntimo de mi alma... Ah!... pensaba yo... ¿qué es la vida sin los goces que ahora por vez primera se me revelan? ¿Cómo podré romper la valla que me aparta de ese



ANTONIO PEREZ.

.....  
mundo, del que me separa tan inmensa distancia? Y en medio de estas dolorosas reflexiones la imagen de Eugenia, de Eugenia, que vive entre esos privilegiados de la sociedad, se me representó, para aumentar mi tristeza y desaliento... Si al menos la viese... ella debe estar aquí... Ese mundo es el suyo... El suyo, ¿y por qué?... ¿por qué no ha nacido pobre y humilde como yo?... entonces... pero no... prefiero que no sea mia nunca... Ella debe vivir dichosa, elevada sobre los demás. No debe oír sino suaves y poéticas palabras... No debe pensar en los innoables cuidados de la vida... Yo, si no puedo elevarme hasta ella, la amaré desde lejos como se ama á los ángeles... seré feliz con su dicha... gozaré viéndola admirada por todos; reconcentraré en ella todos los amores que los demás sienten hácia su familia; velaré por ella con la abnegacion de un padre, ¡y quién sabe! alguna vez, si por casualidad comprende todo el inmensurable amor que la he consagrado, después de muchos años de adoracion y de sacrificio, ¡quién sabe si me recompensará en una de sus miradas, de aquellas dulces miradas....

.....  
Mas ¡ah! el espectáculo comienza, las notas de la orquesta se elevan vibrantes y sonoras. Se alza el telon: cien voces unidas á otros tantos instrumentos inundan la sala en torrentes de armonia... ¡Qué cosa tan hermosa!... ¿Cómo podré espresar el éxtasis divino que se apodera de mí?... Aquellos sonidos, ora suaves como un la-

mento, ora bulliciosos como una exclamación de alegría, resuenan en mi alma y embriagan mis oídos... Luego aparece una mujer... ¡Dios mío! es Eugenia, sí, aquel es su talle... su blanco seno, sus manos mas blancas todavía... mas ¡ay! ¡triste de mí!... No, no es ella... Eugenia es mas jóven aun, mas hermosa: en su semblante infantil no se marcan las huellas de los dolores y del cansancio como en el de esa mujer tan bella, y tan pálida al mismo tiempo... y sin embargo, se parece tanto á Eugenia! hay tanto atractivo, tanta elegancia en sus movimientos, que yo la amaría á haberla conocido antes... De su boca se escapan dulces y melodiosos cantos; sus ojos lánguidos de ternura expresan el ruego: su voz modula armoniosas palabras; llama á su amado con la arrebatadora elocuencia de la pasión.

Peró ¡Dios mío! ¿qué veo? ¿qué objeto puede distraer mi atención y hacerme apartar mis ojos de aquella mujer incomparable?... ¡Ay! Eugenia mía!... Eugenia, que aparece en un palco próximo á la escena, Eugenia, mas bella, mas encantadora que nunca. Sus cabellos caen divididos á uno y otro lado de su frente; sobre su seno, oculto bajo la blanca batista del vestido, se ostenta un ramo de flores menos fragantes que sus labios entreabiertos: la paz de la inocencia, la majestad del nacimiento y de la hermosura brillan en su sereno rostro: sus ojos, suaves como la vida, revelan inefables promesas de amor: sonríe primero como aceptando el homenaje de admiración que la rinden todas las miradas fijas en ella, y luego, absorba en el espectáculo, oye aquellos cantos admirables, que ella solamente puede comprender.

¿Cómo podré expresar las inefables delicias que he gozado en esta noche eterna en mi memoria! Yo escuchaba con la mayor atención. Aquella deliciosa armonía, aquel magnífico poema, grande y magnífico, no obstante de ser obra del talento solamente, en el que para nada interviene el verdadero sentimiento del alma. Hay en esta ópera, la primera que he oído, tanta grandeza, figuras tan colosales, tan incommensurables dolores, que arrebatan la mente á otra época, á otras ideas, á otros sentimientos que el corazón comprende, pero que ningún lenguaje humano podría expresar. Allí hay un hijo que espera vengar á su padre, que lucha para conseguirlo con la sublime pertinacia del amor y de la honra ofendida. Un anciano que sacrifica su venganza á la fuerza de un juramento. Un príncipe grande y magnánimo que se vence á sí mismo, y en medio de estos admirables tipos del honor antiguo, una mujer doliente y apasionada sufre las mas espantosas peripecias.

Trémulo y de dolor y de deleite, oía embebecido aquella epopeya del corazón humano, realizada por las mas encantadoras armonías. La unión de las dos cosas mas bellas que conozco, de Eugenia y de la música, me hizo gozar éstasis divinos que me compensaron de todos mis pasados tormentos. Apacientando mis ojos en aquel semblante adorado, no perdía ni una sola nota, ni un solo movimiento, ni una sola queja de aquel drama sin igual. Lágrimas de entusiasmo y de ternura corrieron por mis mejillas al final del acto tercero, cuando un emperador grande por su valor y su clemencia rinde el tributo de su admiración á otro príncipe encerrado en su tumba. Mas luego comienza el último acto, que resume todas las dichas, todos los dolores mas inminentes que pueden aquejar á la humanidad. Primero los alegres rumores de un baile; mágicos sonidos se pierden en el espacio; bulliciosas parejas vagaban por todas partes. Todo es júbilo, animación y amor... Luego aparecen dos amantes que aquel día han alcanzado el colmo de sus deseos, embebidos en su dicha, viviendo el uno en el otro, identificadas sus almas en un mismo sentimiento, gozan con las alegrías presentes y con las que esperan en el porvenir. ¡Qué fuego, qué arrebatada ternura brilla en los ojos de ella! ¡Qué púdica gracia, cuánto abandono hay en las caricias de ella! Los ángeles envidiarían su ventura, si toda felicidad no emanase del cielo.

Mas súbito un sonido lúgubre hiende el espacio: los dos esposos se estremecen, el uno de espanto, la otra de admiración de oír aquel acento funeral que turba los rumores de la fiesta; la terrible llamada se repite; y por último el genio de la venganza y del dolor aparece como un remordimiento en medio de agradables ideas: viene á reclamar el cumplimiento de una promesa, fulminando una sentencia mas terrible que la del dedo divino en el festín de Baltasar.

¿Qué voz, qué palabras podrían expresar el terrible atractivo de aquella escena? ¿Qué dolor puede compararse al de aquellos dos amantes, tan dichosos un momento antes, que rodeados de cuanto embellece la existencia, hermosos, jóvenes, nobles, llenos de prestigios y de riqueza, separados por algunas horas solamente de los goces inefables que esperan hace tanto tiempo, tienen que renunciar á la esperanza, á la felicidad, y mueren cuando la vida comenzaba para ellos y en medio de los tormentos de la desesperación?... Un vértigo indescriptible se apoderó de mí: el semblante conmovido de Eugenia, las luces, la escena, todo se confundió ante mis ojos... Las mil facetas de los diamantes de las señoras se multiplicaron como otras tantas estrellas... Por un fenómeno inesplicable recordé las caricias de mi madre, los tiernos cantares de Marciana, todos los acontecimientos de mi niñez, y en

medio de este *imbroglio* vi á mi padre atravesando por el bosque donde he nacido, montado en su mula coja, y dirigiéndome sarcásticas sonrisas. . . . .

Quando acabó la ópera me levanté apresurado de mi asiento, y seguido de mi primo, que no acertaba á comprender la profunda impresión que aquel espectáculo me habia causado, atravesé los corredores del teatro, bajé las escaleras sin saber adónde me dirigia; pero deseando hallar á Eugenia á la salida, admirarla de cerca oculto entre la multitud, tocar su vestido... mas ¡ay! no llegué á tiempo, y solo me fué dado verla subir á un coche, que partió con la mayor rapidez. Primeramente quise seguirle; mas luego, no pudiendo atravesar por entre el gentío que se agolpaba á las puertas del teatro, renuncié á mi empresa, y seguí á mi primo, que me condujo á nuestra casa.

En toda la noche pude dormir; los recuerdos de Eugenia, los mágicos sonidos que habia oído aquella noche, me sumergieron en una especie de delirio. . . . .

## IV.

## Reflexiones.

Esta mañana, cuando concluí mi trabajo me despedí del general, tuvo este la bondad de preguntarme por mi familia: se informó con sumo interés de mi vida pasada, mirándome al mismo tiempo con atención. Me dió grandes esperanzas respecto á mi porvenir, y conociendo acaso la profunda impresión que me causaban sus palabras:

—Es V. muy jóven, dijo dándome un golpecito en el hombro; puede hacer carrera; secretarios de embajada y aun embajadores he conocido yo que no valian tanto como V.

—¡Ah! ¿será posible? ¿Me elevaré á un rango digno de mi noble ambición, protegido algun día por ese genio caprichoso que ha trasformado en reyes á humildes jardineros, y á cantineras en emperatrices? ¿Podré alcanzar la cumbre de los elegidos de la fortuna? ¿O estos ardientes deseos no son mas que sueños irrealizables, hijos del orgullo y de la impotencia?... Y aun cuando así no fuese, ¿de qué me servirá tocar á la meta, si el premio á que aspiro está ya adjudicado, y si la vejez ha helado mi corazón?

He vuelto á verla, y ahora la veré todos los días, porque ya he averiguado su morada. Ayer al atravesar por la calle de Alcalá vi en una de las aceras dos señoras que se dirigian hácia la Puerta del Sol. Marchaban delante de mí y á alguna distancia; pero sin embargo la conocí al momento por su andar de sílfide, por la pequeñez de sus piés, que desubrió un instante al levantarse el vestido para atravesar un charco, resto de la lluvia del día anterior. Era ella, era Eugenia, acompañada de una señora de edad. Un sombrero de terciopelo rodeaba su pálido rostro, y un abrigo de merino, color de tórtola, y un vestido de la misma clase constituían su sencillo atavío; y sin embargo ¡estaba tan hermosa!...

Artrastrado por un encanto irresistible la seguí á una distancia conveniente. Al verla marchar á pié por las calles transitadas por tanto número de personas, sentí un movimiento de disgusto. Yo no puedo figurarme á Eugenia igual á las demás mugeres, confundida con ellas. Hubo un momento en que deseé abofetear á uno que pasó á su lado y la empujó distraído.

Las dos señoras atravesaron algunas calles, salieron de las principales, y por último llegaron á una plaza situada en uno de los extremos de Madrid. Allí se eleva una gran casa sobre cuya puerta se ostenta un escudo de armas de piedra, y entraron en ella, mientras yo las observaba desde lejos. ¿Sabeis quién vive ahí? pregunté á un almacenista de comestibles que estaba á la entrada de su tienda.—Sí señor, me contestó.—El marqués de Guadalimar, un señorón muy rico, de los principales de la corte. . . . .

He dado un paso hácia adelante en la escala social. El general S., queriendo, segun ha dicho, recompensar mis servicios, me ha proporcionado un corto empleo en el ministerio de Estado. Desde hoy puedo vivir con mas holgura y satisfacer algunos pequeños caprichos... . . . . .

Estoy triste, muy triste, siento un peso en mi corazón que no puedo desechar; un dolor extraño que nunca hasta ahora me habia atormentado; pero en medio de este nuevo padecimiento he tenido una dulce compensación. Hace dos días, en una serena tarde de esas en que ya se presiente la primavera, paseaba en el Prado por la parte que llaman *El dos de mayo*, cuando vi á Eugenia acompañada de su padre en una magnífica carretela y llevando un ramo de flores en la mano.

Es imposible que no intervenga *ella* en la elección de sus carruajes

y de sus caballos, porque nada he visto comparable á aquel elegante tren. La severa riqueza de las libreas, lo bien casado de los colores, la belleza de los corceles, que conducidos por un cochero que se balanceaba con suma gracia sobre el blasonado pescante, arrastraban *pau-sada y aristocráticamente* la soberbia carretela, formaban un perfecto conjunto en el que yo he creído descubrir el exquisito gusto de Eugenia. Al ver aquel carruaje atravesar elegante y deslumbrador entre tantos otros, eclipsándolos á todos, y excitando la general admiración, sentí un movimiento de orgullo y felicidad, gocé en el triunfo de Eugenia: mas ¡ay! este triunfo iba á costarme muy caro.

Un joven de noble y espresiva fisonomía, sencilla y elegantemente vestido, que montaba con suma facilidad un caballo alazan de extraordinaria hermosura, se acercó á la carretela de Eugenia, y habló con ella con cierto aire de familiaridad que me hizo sufrir mucho. Al considerar la distinción y la destreza de aquel apuesto ginete, sentí odio y envidia hácia él, y deseé, aunque en vano, encontrarle algun defecto. Eugenia sonreía con él graciosamente, y por último, al despedirse este le dió una flor blanca arrancándola del ramo que en la mano llevaba. Al ver esta acción, creció mi despecho, y sin saber lo que hacía seguí al afortunado joven, que se alejó del paseo al paso de su montura.

Mientras en pos de él subía por la Carrera de San Gerónimo, me asaltaron crueles ideas. ¿Si le amaré? pensaba yo; ¿si algun dia será su esposa? y solo interrumpía estas dolorosas reflexiones para mirar con envidia á la flor, regalo de Eugenia, que aquel joven había olvidado en su ojal del frac. ¡Ay de mí! ¿Cuánto hubiera yo dado por poseer aquella rosa, que tal vez su dueño arrojaría dentro de algunas horas!

El joven llegó á la esquina de la calle del Principe, y apeándose de su caballo, que tomó un pequeño callejo que allí le esperaba, entró en la de la Cruz, andando muy despacio, y al parecer distraído. A poco tiempo sacó una petaca, y al ver un chicuelo que con la candela en la mano se acercaba á darle la lumbre me asaltó una idea súbita; aproximándome con disimulo á aquel pillote, le dije:

—Si al encender ese caballero su cigarro puedes quitarle la flor que lleva en el ojal del frac, y me la traes, te doy esto, y al mismo tiempo le enseñé un napoleon, único que tenía. El chico me miró sorprendido; mas luego, incitado por el interés, se acercó ociosamente al joven, y mientras este encendía, favorecido por la oscuridad de la noche que ya comenzaba, le arrancó con suma rapidez la codiciada rosa, y recorriendo su candela se alejó por la calle de la Gorguera apresuradamente, volviendo la cabeza para ver si yo le seguía... ¡Ah! ya soy dueño de un objeto que Eugenia ha tocado! ya puedo besar la misma flor que ella tal vez llevó á sus labios... la conservaré todo el tiempo que me sea posible, y cuando se marchite recogeré religiosamente sus restos en una cajita de raiz de lilio que mi tía me ha regalado.

Ayer he escrito á mi buena Marciana rogándola que se venga á Madrid al lado mio, pues cada dia me acuerdo mas de ella. Y no es esto solo, sino que tambien algunas veces, en medio de los atractivos con que esta ciudad halaga á mi ambicion, siento como una especie de deseo de volver á ver la pobre casa donde he nacido, el bosque que la rodea, las pintorescas montañas por donde tantas veces he trepado; pareceme que allí respiraba mejor; pero estos recuerdos se desvanecen al instante al considerar el estado miserable en que he vivido, y doy gracias al cielo y á aquella que me ha sacado de mi abyeccion.

Estos dias experimento un disgusto, un malestar que no acierto á explicarme. Algunas veces, especialmente por la noche, me sobrecoge un mareo que por un momento me deja privado de sentido, y luego noto cierta pesadez en la cabeza, una confusion en las ideas, una opresion en el corazon... No sé... mi tia lo achaca á la influencia de la primavera... ¡La primavera! ¡Qué hermoso, qué dulce será amar y ser amado en esta estacion! ¡Qué delicioso estará el bosque donde he pasado mi infancia! ¡Cuántas flores, cuántos pájaros, cuántos perfumes embellecerán su recinto! ¡Qué goce fuera comparable á vagar por sus umbrías al lado de Eugenia, oyendo los rumores de la soledad, el apacible murmullo del rio, sorprendiendo los amores de las plantas y de las aves, perdido en inefables deliquios, en tiernas pláticas ó en silenciosas contemplaciones de la belleza de la creacion!

¡Pobre alma mia, que vuelas en pos de ilusorios devaneos, de gocees que solo brinda el cielo al triste corazon que nunca debe alcanzarlos! Cesa de rebelarte contra tu destino: la felicidad humana tiene un limite; de otro modo el mundo no fuera un valle de lágrimas, y los verdaderos amantes serian los seres privilegiados de la tierra.

Al hacer estas dolorosas reflexiones, siento accesos de frenética desesperacion contra esa potencia caprichosa y cruel que nos hace entrever la dicha apartándola cada vez mas de nosotros. Algunas veces me acuso á mi mismo de cobarde, me propongo acercarme á Eugenia, hacerla comprender y participar del incommensurable amor que me devora, y si me rechaza, si desprecia los tesoros de ternura

que encierro en mi corazon, y que ninguno de cuantos la rodean pueden ofrecerla... Entonces... ¡oh! entonces pienso en la muerte, único asilo del que pierde la esperanza: pero ¡morir tan joven, abandonar al mundo, donde se pueden gozar las delicias del cielo; el mundo engalanado por el abril, en el que por un contraste horrible son mas infortunados aquellos que mejor comprenden su hermosura! . . . . .

He recibido una carta de Marciana, en la que me dice que á últimos de mayo, tan luego como arregle algunos asuntos domésticos, se pondrá en camino para reunirse conmigo. ¡Cuánto lo deseo! ¡Con qué placer la estrecharé en mis brazos! Me parece que á su lado no sufriré tanto, y que ella me consolará como otras veces, hablándome de mi madre! ¡Ah! si viese mi madre, quizá entonces hubiera amado á ella sola; pero no, no; el amor de Eugenia es la fuente de mi vida; y aunque deba sufrir eternamente, no trocaría estos padecimientos por la mas suprema felicidad que de ella no dimanase. . . .

En estos dias la he visto muchas veces; pues todo el tiempo que me dejan libres mis ocupaciones, le paso alrededor de mi casa. Anoche estubo en el circo de Paul, y al concluirse la función recogí del suelo un programa que ella habia tenido en la mano... Ya poso otra reliquia mas, y la guardaré tan cuidadosamente como la rosa blanca.

¡Esto es hecho! ya no sufriré mas; pues esta situacion es insupportable. Hay hasta baja en dejarse morir lentamente. Mi ocupacion en el ministerio me es cada vez mas enojosa, porque no me alienta la esperanza que al principio habiame sostenido; Marciana retarda su viaje, mi cabeza se debilita, los estraños vértigos que en muchas ocasiones me han asaltado, vuelven á atormentarme otra vez con mas frecuencia, y... tengo formada mi resolucion. Hablaré ó escribiré á Eugenia á toda costa; no sé cómo, pero yo he de conseguirlo. Hasta ahora en el esceso de mi timidez, he procurado que ni aun repare en mí; pero ya es demasiado. . . . .

Amá y serás amado, dice un poeta árabe: yo amo; debo ser correspondido... y si no... ¡mas insensato! me atrevería... ¡seré tan vil que la ofenda con proyecto tan infame!... Entonces no sería digno de que me amase... mientras que hasta ahora... ¡Dios mio! ¿dónde estoy?... Ella me amaré; tengo un presentimiento... y si al menos... pero ¡qué importa! ha de ser mia, mia, aun cuando para ello tuviera que cometer los mayores crímenes... no, es imposible... ¡ah! ¡qué triste es todo cuanto me rodea! me falta luz, me falta espacio, respiro con tanta dificultad! ¡ay madre mia! tú sola... tú... si vivieses! . . . . .

Aquí concluye la narracion de Mario; pues aunque estaban escritas algunas hojas mas, era tal la confusion de ideas y de palabras que en ellas habia, que hacen imposible su lectura. Eugenia, que leyó el cuaderno con la mayor emocion, la suspendió en este punto: copioso llanto corria por sus mejillas; aquella pasion, que aunque mal expresada, era tan superior á todos los homenajes vulgares que la tierra joven habia recibido, la conmovió en lo íntimo de su alma. Primeramente experimentó un sentimiento de orgullo y de alegria al considerarse amada como ella habia deseado serlo: mas luego, al adivinar por las últimas páginas que habia leído, el estado en que debia hallarse el que las escribió, se apoderó de ella un dolor indecible, una commiseracion profunda, una especie de remordimiento, por haber sido causa, aunque involuntariamente, de la estincion de una inteligencia tan poderosa, tan superiormente dotada y de la muerte de un corazon tan noble, tan apasionado, y al que ya tal vez ningun poder humano seria suficiente á reanimar.

Después de perderse en hondas y dolorosas reflexiones, sintió, como era natural, un deseo vehemente de conocer á aquel mártir que moria por ella, y no sin haber vacilado antes, como cediendo á tristes presentimientos, resolvió satisfacer á toda costa esta necesidad de su alma.

## V.

## Paréntesis.

¡Ay señor! ¿qué quereis que piense yo de todo esto? decia Marciana al doctor Romero, que de pié en la puerta de la casa del bosque donde Mario habia nacido, la escuchaba con la mayor atencion. Ya sabe V. que *mi hijo*, después de restablecerse completamente de su anterior ataque, formó empeño en ir á Madrid, y por fin lo consiguió, gracias á su buena tia que le proporcionó una colocacion muy ventajosa. El primer mes de su estancia en aquella maldita ciudad dicen que lo pasó sumamente alegre, y así me lo daban á entender las cartas que me escribia llenas de esperanza; mas luego, cuando

yo cediendo á sus instancias, estaba disponiendo mi viaje, y pensaba marchar á su lado, recibí una carta de su familia, en que me decían nada menos que se había vuelto loco, que le asaltaban arrebatos de furiosa desesperación, que deliraba continuamente, y por último, que siguiendo el parecer de los médicos que le habían visto, sería conveniente trasladarle aquí con objeto de que volviendo al lugar de su nacimiento, disfrutando de estos aires saludables y confiado á mis cuidados, recobrase la perdida salud; lo que desgraciadamente no ha acontecido, y dicho y hecho, una tarde le vi aparecer en compañía de su primo, que al día siguiente regresó á Madrid... pero ¡Dios mío! en qué estado! ¡pobre hijo mío! Me parece que no hay remedio para él.

Y mientras decía estas últimas palabras, Marciana miraba al doctor con la mayor inquietud.

—¡Ah buena muger! me temo lo mismo, exclamó el médico: no quisiera engañar á V. con falsas esperanzas. Ese jóven está casi desahuciado. Mientras conserve alguna chispa de inteligencia puede confiarse todavía; pero desgraciadamente su dolencia se va agravando cada vez mas.

—Pues yo, señor doctor, creía por el contrario que aunque poco, experimentaba algun alivio, observando la mutacion que en estos últimos dias ha sufrido. Ya no tiene aquellos accesos que tanto me asustaban: está tranquilo, come mejor que antes, y no grita ni patalea, sino que por el contrario se vuelve mas taciturno cada día.

—Es verdad, Marciana, así es; pero hé ahí precisamente lo que me desconsuela. Esos accesos de furor que al principio sentía demostraban aun la fuerza de la inteligencia, luchando con la terrible enfermedad que le devoraba; mas ¡ay! una vez estinguido ese fuego divino, ese don del Señor que nos hace superiores á las demás criaturas, ¿á qué estado piensa V. que llegará ese infeliz? Al mas cruel, al mas triste que puede aquejar á la humanidad: al idiotismo... Si, ¡al idiotismo! y V., pobre muger, no sabe cuánto de terrible encierra esta palabra. Un idiota es un ser desheredado por Dios, un sarcasmo contra la bondad de la Providencia: es no solo menos que el hombre, sino tambien inferior á la mayor parte de los animales; pues ni aun tiene el instinto de estos, y solo puede comparársele á esos fósiles que vegetan pegados á las escrescencias de las rocas, ó entre el limo de los estanques.

Marciana lloraba, aunque sin entender la mayor parte de las razones del doctor, que prosiguió, como hablando consigo mismo:

—Pero lo que á mi me sorprende no es esa enfermedad, harto comun por desgracia, sino el que se haya cebado en ese pobre jóven, que por razon al género de vida que ha tenido debería estar exento de ella. Si fuese la vez primera que le aqueja, no tendria dificultad en explicármela, porque nada mas natural que adquirir *la monomanía del orgullo*, así designan los autores á esta afeccion, en el seno de una ciudad populosa, donde todo tiende á fomentarla; pero no es este el caso; el enfermo ha sentido su primer ataque antes de salir de la soledad en que ha vivido, y ciertamente esta circunstancia me llena de confusion: ¡oh ciencia... ciencia! incompleta como todo lo que proviene del hombre... insondable como todo lo que dimana de Dios!...

—¡Pobre jóven! continuó el doctor con un acento de conmiseracion profunda, víctima del vicio mas arraigado en esta sociedad, que solo se conmueve al poderoso estímulo del interés y del egoismo, ¿quién podrá darte esos tesoros con que deliras, quién podrá arrancar de tu alma el cáncer que la devora?... Pero no se apesadumbre V. tanto, mi buena Marciana, prosiguió el honrado médico viendo que esta redoblaba sus sollozos; todavia hay alguna esperanza: Mario está en la fuerza de la juventud; además Dios es misericordioso... y ¡quién sabe!...

Diciendo estas palabras, aunque pensando de muy distinta manera, el doctor se despidió de la afligida anciana, alejándose luego meditando y cabizbajo de la casa del bosque.

## VI.

## El loco.

Cuando Eugenia dió fin á la lectura del manuscrito en que Mario habia consignado sus memorias, eran las dos de la mañana; y aunque la jóven se acostó, apenas pudo conciliar el sueño, y media hora después de amanecer salió de la quinta, y sola, á pié, entregada á hondas meditaciones, se dirigió lentamente hácia *La silla del marqués*, llevando en la mano el manuscrito que habia leído algunas horas antes.

En esta corta travesía, durante la cual se detuvo muchas veces, la asaltaron mil y mil ideas opuestas.

—Quizá he hecho mal en venir sola, en esponerme á encontrar un loco, capaz acaso de los mayores escesos, pensaba la hermosa niña, mirando á todos lados con inquietud; pero por otra parte, ¿quién sino yo puede dejar este cuaderno en el sitio donde le hallé? y quedarme con él, privar á ese desgraciado de su único consuelo fuera muy in-

humano. ¡Ah! no, prosiguió tomando una resolucion decisiva, si me sucede alguna cosa, gritaré, llamaré en mi socorro á esos labradores de la vega; no estan muy distantes, y no necesito esforzarme mucho para que me oigan. Además, reflexionó dejando caer la cabeza sobre el pecho, ¿quién sabe si ese infeliz no habrá muerto ya, ó estará postrado en cama? ¡ah! ¡Dios mío! ¡esto seria muy cruel!

(Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

## CANCIONES POPULARES.

## I.

## EL CONTRABANDISTA.

Por un monte  
Solitario,  
Cual corsario  
En alta mar,  
Un jóven contrabandista  
A vender sus cargas va,  
Bien armado de trabuco,  
De pistolas y puñal.  
Donde buscas el mercado  
Hallarás quebranto y penas:  
Tu destino es ¡oh cuitado!  
El presidio y las cadenas.  
En cada mata  
Ves un espía,  
Temes del día  
La clara luz.  
Triste la noche  
Pasas en vela:  
¿Quién te consuela,  
Pobre andaluz?  
Sola en su albergue  
Gime tu esposa,  
Nunca reposa  
Lejos de ti.  
Vuelve á su seno,  
Deja esa vida;  
La paz querida  
Solo está allí.  
Sigue tus huellas  
Tropa valiente,  
Tienes al frente  
Un escuadron.  
¿Qué harás tú solo?  
No hay esperanza:  
¿Oyes que lanza  
Fuego el cañon?  
No hay quien te salve;  
Ríndete, ó muere:  
Ya el plomo hierre  
A tu alazan.  
Cae, te hallas preso,  
Todo es perdido:  
Fin merecido  
Tiene tu afan.

EUGENIO DE TAPIA.

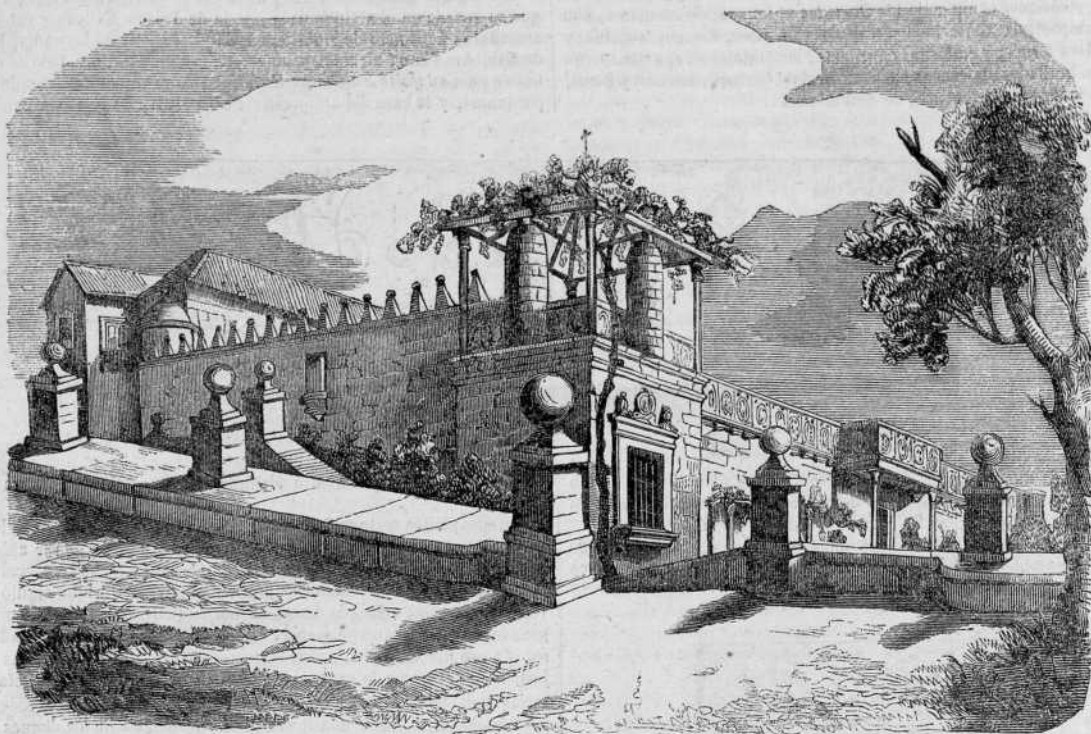
## GEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE FRIAS, EN CADALSO.

## ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS VIDRIOS, GUI SANDO Y ESCALONA.

### CARTAS A UN AMIGO.

#### I.

Tiéneme V. por breves días, señor canónigo, aposentado en el pueblo donde en toda su vida no quiso entrar D. Alvaro de Luna, porque en él un astrólogo, dicen, le había pronosticado su muerte: lugar antiguo, que se conserva intacto desde el siglo XVI; pero que en la distribución de las calles, en la obra de sus edificios y en el aspecto de su ancha cerca, pertenece á los tiempos del sabio rey D. Alfonso.

*Cadalso-de-los-vidrios* (1), situado en una elevada sierra, que es parte y antemural de la que divide ambas Castillas, dista doce leguas de Madrid al oceso y once al norte de Toledo, cuya provincia domina en gran manera. Tiene trescientas casas, y no lejos, á Oriente y Occidente, dos escarpadissimas y altas cumbres, difíciles de superar por extremo, coronadas de sendas atalayas. La primera se apellida *La piedra muñana*, la segunda *La sierra cadalso*, tal vez porque en otra edad existiría en ella alguna fortificación ó baluarte de madera que hubo de darle nombre, y al pueblo juntamente (2). Ahora recuerdo que en los siglos caballerescos fué costumbre alzar palenques ó *cadahalsos* en guájaras y fragosidades, para que sin riesgo y á todo placer oteasen desde ellos las damas, viendo á los cazadores ya puestos en sus armadas, ya concertar y correr el monte. En la crónica del condestable D. Alvaro hallo que los hizo construir magníficos por estos contornos para la reina Doña Isabel de Portugal, sus dueñas y doncellas, cuando en diciembre de 1448 recibió el privado con una famosa montería á D. Juan el II que le otorgaba la señalada merced de visitarle en su villa de Escalona.

(1) Apellidase de esta manera por dos fabricas de vidrio donde se emplean muchos brazos.

(2) Dicen los naturales que la atalaya de *Piedra muñana* tiene una sala hermosísima abierta en la misma roca. Yo la he visto; es un saquizam donde no podrian cuatro hombres estar tendidos.

Covarrubias vacila en derivar la voz *cadahalso* ó *catafalso*, ya del griego *kataphaiomas*, ser vistos, aparecer en alto; ya de *catafalerum*, catafalco; ya del hebreo *cadad-herer*, como si dijéramos monte inclinado, por cuanto desde aquí empiezan á declinar los montes que dividen á Castilla la Vieja de la Nueva.

La de Cadalso yace en la vertiente meridional de la sierra, cubierta por allí de olivares, viñas y huertecillos, así como de espesos pinares por el lado opuesto, donde brotan fuentes de esquisitas aguas. Pinos, encinas, robles, acebos, alisos y jarales, visten los montes inmediatos en estension de algunas leguas; mas es la tierra de sembradio poca y endeble. Hay pues en estos riscosos lugares dos grandes elementos de construcción, la piedra y la madera. A medida del deseo se trazan jambas y dinteles; el ripio y el ladrillo apenas se conocen, y los edificios, todos de sillería, son eternos. En cambio el color ceniciento de la piedra berroqueña comunica triste y severo aspecto á la población; y como no lo lleven á bien estos habitantes, la convierten en un arlequin, chafarrinando con llamaradas de cal, á modo de coraza, las puertas, las maderas, los techos y ventanas.

La *calle Real* atraviesa de cierto á Mediodía, teniendo por puño y contra dos mochas torres árabes con sus puertas de herradura, las solas que ya existen en la villa: una se llama *El arco de arriba*, y otra *El arco del horno de abajo*.

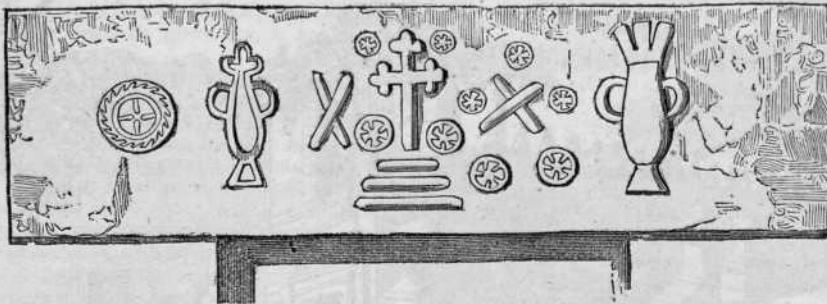
Muy cerca del primero, al Oeste, se ven las ruinas de un fortísimo castillo romano, cuyos bien trazados sillares estan unidos por argamasa, más dura que la misma piedra, cuadrado, con torreones de la propia forma en cada esquina, y la puerta al Sud. Los gruesos muros, taladrados por saetias, se conservan á la altura de una y dos varas, y como de treinta es el patio que dejan en el centro. Dan los naturales á este sitio el nombre de *La plaza de armas de los moros*.

La iglesia parroquial, dedicada á la Asuncion de Nuestra Señora, alta, espaciosa y elegante, comenzó á edificarse á últimos del siglo XV, concluyóse á mediados del siguiente; pero al culto no se abrió hasta 1578. En ella ofrecen agradable conjunto mezclados el gótico y el renacimiento. ¡Lástima que haya perdido su antigua torre á consecuencia de la última guerra civil! Pero consolémonos con que la moderna arquitectura se ha esmerado en reemplazarla con un excelente mazacote. De algunas lápidas sepulcrales de los tiempos del último Enrique, tendidas en el pórtico, se infiere que debió de haber existido allí un templo más antiguo.

Aun se conserva destechado el que fué parroquial de Cadalso en el siglo XIII, y después ermita consagrada á Santa Ana, en la calleja de este nombre, notable por la sencillez y elegancia de sus pocos adornos, de su arco de herradura y de sus ventanas bizantinas.

Pero permitame V., amigo mio, que le celebre por su ancianidad respetable las casas de este pueblo, construidas las primeras ya cuando comenzaba á eclipsarse la media luna en las Navas de Tolosa, ya al

tiempo de triunfar la cruz en el Guadalquivir, ó á la sazón de agitar sus pretensiones el autor de las *Partidas* al imperio de Alemania. Son de mampostería concertada y trabada con yeso, de muy sencilla y primitiva forma; y en las más antiguas, los dinteles se engalanan con toscos grabados de cruces, aspás, ruedas, jarros, coronas y flores, más ó menos profusamente, de esta manera:



en precio de *nueve maravedis*, pagaderos en tres plazos; á condicion (expresaron) «de que nos fagades de lo vuestro una casa de nuevo en nuestra heredad de Cadafalso e que acabedes el portal.»

En la *calle Real*, como es de suponer, existe mayor número de edificios notables. Sobre una puerta fuera del *Arco de arriba* se ve entallado el nombre de Jesucristo:



En la acera de la izquierda, cerca de la calle de la *Carnicería*, la antepenúltima casa fué levantada en 1262, según este letrero de caracteres iguales á los que acabamos de dibujar:

¶ Ihs xps es con nos .... era m.ccc. anos.

Linda con la de D. Alvaro de Luna, hecha en 1446, donde no puso mayor obra ni otro distintivo el maestre de Santiago, que el escudo de sus armas, orlado con las conchas.



Mucho más adelante en la misma acera, muestra ya la *casa del Curato* ricos adornos de ramos, lises, hojas, escudos y leones, publicando en su arquitectura el reinado de los Reyes Católicos, así como el edificio que está enfrente recuerda al punto la dominación de la casa de Austria. Su portada dórica con infulas de greco-romana, su gran escudo, los salvajes ó gigantones que le defienden á un lado y otro, las líneas rectas de sus ménsulas, cornisas y pilastras, todo forma un agradable contraste ya con la severidad ya con los ornatos caprichosos de los demás monumentos artísticos. Pero si en este pertenece la principal fachada al siglo XVI, corresponde al XV la del costado, importante sobremanera por conservar la única ventana arquitectónica de la población. Es bizantina, de bellas proporciones, con labores tomadas de las toscas y primitivas de los dinteles ya referidos: ramos y bastones cercan y enlazan la rueda de Santa Catalina, la cruz, un jarro, dos estrellas y dos lises.

No quiero dar punto á lo que me ha llamado la atención en esta clase de edificios, sin decir á V. que el dintel de algunos muy antiguos se ve sostenido por rudas cabezas de leones; que en el de otros se halla escrito de no moderna letra cursiva el nombre de Jesús; y tal vez el de su dueño, con caracteres gótico-alemanes, á este modo:

montalbo.

De alguna de tales casas hay memoria en escritura del siglo XIII, que se guarda en el archivo de la iglesia de Toledo. El dean y cabildo arrendaron á primero de junio, era 1294 (1256) á Doña Leocadia, hija de Estéban Yllan, alcalde, y muger de Fernando Perez, todo lo que tenían en *Cadafalso*, *aldea de Escalona*, de casas, viñas labradas y por labrar, y la casa del arcipreste Pedro Masa, sin *algeha* ninguna,

Las casas de ayuntamiento, de órden toscano, son de la época de Felipe II.

Grandes pleitos sostuvo Cadalso con Escalona durante muchos siglos, por eximirse de su jurisdicción, y llamarse villa y dejar de ser aldea. Hiciásele duro el vasallaje, y apellidaba libertad en todas las revueltas de Castilla. En las parcialidades de D. Pedro y D. Enrique siguió la voz del bastardo; rebelada Escalona por la Beltraneja, hallaron aquí grande apoyo Fernando é Isabel, con lo que se proclamó villa Cadalso, y puso horca, picota, cadena; cepo y otras insignias de justicia; pero hecha la paz, se vió como siempre á su rival sujeta y esclavizada. (1).

Cúmpleme ya hacer una ligera reseña del palacio de los duques de Frias, monumento precioso de la segunda década del siglo XVI. Está situado fuera de la población, al ocazo, dominando gran territorio, en el paraje más pintoresco y frondoso de la villa, merced al golpe de agua que encañada baja de la sierra Cadalso. Conserva unida parte del alcázar erigido por D. Juan Pacheco, favorito de Enrique IV, de que existen algunas construcciones de ladrillo, cinco góticas y muy lindas columnas de mármol de Paredes en un corredor á la entrada; y dos salones espaciosos, donde resonaron los agitados acentos de aquel monarca, de la princesa heredera Doña Isabel, del maestre D. Juan Pacheco, del Arzobispo de Sevilla, y de los condes de Plasencia, Benavente y Miranda en la noche del lunes 19 de setiembre de 1468, horas después de la famosa jura de los Toros de Guisando.

La historia moderna debe tambien un recuerdo á este edificio. Aquí vivió retirado el infante D. Luis, cuando por su casamiento desigual perdió la gracia de su padre el juicioso Carlos III, y aquí nació el cardenal Borbon, fruto de tan infortunados amores. Pero volvamos á los tiempos antiguos.

Trasformaron completamente el alcázar por los años de 1520 D. Diego Lopez Pacheco y su muger Doña Juana Enriquez, duques de Esca-

(1) No es ocioso consignar aquí algunas curiosas noticias cronológicas de Escalona y Cadalso.

Fuéron señores suyos el infante D. Manuel, hijo de San Fernando, que en su segunda muger, Doña Beatriz de Saboya, tuvo al príncipe

D. Juan Manuel. Este en segundas nupcias casó con Doña Blanca de la Cerda, de cuyo enlace fué fruto

D. Fernando Manuel, quien, muerto su padre en 1547, heredó las grandes tierras llamadas de D. Juan ó el *Marquesado*, por el de Villena. Casó con Doña Juana Despina, hija del infante de Aragón D. Ramon Berenguel; y falleció en 1550. Dejó solo una hija,

Doña Blanca, que moza, murió sin sucesion en 1560.

Con esto volvieron los estados al patrimonio real; y aun cuando D. Enrique II los dió en 1566 á D. Alfonso, conde de Denia, por ser parcial suyo, no salieron de la corona hasta 1424, en que Juan II enriqueció con ellas á su favorito D. Alvaro de Luna. A su muerte tornaron al rey, y en 1470 pasaron para siempre á la casa de Pacheco.

Sobre jurisdicción hay lo siguiente:

Año de 1150. A 6 de enero, el rey D. Alonso octavo dió términos á los pobladores de Escalona, y dentro de los cuatro mojonos que les señaló está comprendido Cadalso, conforme á esta cláusula: *Et dedit eis Aldefonsus Rex terminum ad populatores Escalonae, del tremo cum tanto illu carrera, que vadit á Talaveca por la sierra de Sant Vicent, assi cum las aguas de Quadamora, cadant in Alveris, et de alia parte de fonte Salce, et de parte de Maqueda cum cadat Pradana in Alveris.*

1252. San Fernando manda á Cadafalso avaya á Escalona á fueros é á señales é encarnamientos é á su mercado, como su aldea, é como solidies en tiempo de mi abuelo et en el mio fasta agora.

1261. El rey Sabio. «Por el gran amor y amor que avemos de mejorar é honrar á la villa de Escalona, acrecentámosele é damosle por tierra é término é jurisdicción desde la boca del arroyo de la Guadamilla, el rio de Alberche arriba, acantat al castiello de Alfamia, monte arriba derecho á la cabeza mayor de Broncano... acantat á San Martin de Valdeiglesias, é derecho por la cuerda del pinar fasta el risco alto, acantat á Tortolosa... fasta las viñas de Navarredonda, y etc.»

1552. Pleito entre Cadalso y Escalona ante el rey D. Pedro sobre términos y castañares.

lona, marqueses de Villena y condes de Santisteban. Dispúsose la obra por artefacto italiano, quien fijó su esmero en acomodar al gusto de los palacios de Génova y Florencia las condiciones de una casa fuerte española, puesto que los señores feudales, contrastando los esfuerzos de los conquistadores de Granada y del gran Cisneros, aun se resistían á demantelar sus castillos y á descender á la servidumbre de los reyes. Grandes muros y torres de defensa, plataformas, ladroneras y matacanes disimularon su gótica fortaleza con adornos de fajas, casetones, frontoncillos y candelabros, con ménsulas y antepechos rústicamente elegantes y con pensiles aéreos sobre las azoteas y murallas. Puede compararse aquella fábrica al adalid cuyo arnés tranzado ocultan los pomposos vestidos de un torneo.

Situémonos en el jardín. Al frente miro una esbelta galería de dos altos sostenida por columnas jónico-compuestas, en cuyo centro se forma un pabellón saliente, para dar movimiento y gracia al edificio. Fuertes muros con ventanas de reja cercan el recinto. En cada ángulo hay tres pequeñas ornatas platerescas y una puertecilla que ofrece subida á la anchísima azotea general de recreo y defensa, la cual descansa sobre grandes modillones, y á un lado y otro tiene antepechos de vez en cuando agujereados. A mi derecha avanza una torre descubierta por encima, que sirve de cenador con su mesa de piedra, entapizadas las paredes con yedras y parrizas. Alzase en medio del jardín un templete del mismo gusto arquitectónico de la galería, y en una cenefa por la parte interior de la cornisa corre este misterioso letrero:

*voco inimico-mortale a li ochi-mei e proba co-ntario a la-vita ogni ha-bitato luogo-oc...*

Una espaciosa huerta, donde el arquitecto labró en alto un estanque magnífico, rodea todo el jardín y le sirve de complemento. Alguna fuente genovesa con bajos relieves mitológicos y versos de Ovidio, rampas y escalinatas, calles de castaños y madroños, multitud de flores y frutales y dilatadas perspectivas amenizan aquel paraje y olvidan del tráfigo cortesano. ¿Qué extraño que los restauradores de este alcázar alabasen tanto la soledad campestre? Mas ¿por qué estremar la afición hasta el punto de ver en la humana sociedad un mortal enemigo, reputándola contraria á la vida? Tal vez lo explique la siguiente anécdota.

Favorito del último Enrique D. Diego Lopez Pacheco, hijo del maestro D. Juan, acérrimo partidario de la Beltraneja, y por ello harto abajado y pobre, habiendo sido el mayor señor que hubo en Castilla; valeroso campeón en la guerra de Granada, en cuyas escaramuzas quedó manco y donde por su arrojo, saber y prudencia cautivó la voluntad de los católicos monarcas Fernando é Isabel, creyó restaurada su casa y poderío, al emparentar con la real, uniéndose en matrimonio á la hija del Almirante D. Alonso Enriquez, prima carnal del soberano. Obtuvo sin embargo únicamente que se le pacificase en el señorío de Escalona, y el título, pero no la tierra del marquesado de Villena, porque para él ni para otro magnate, jamás quisieron aquellos príncipes enajenar de su corona ni tampoco una almena.

Muerta Isabel, y echando mano de la astucia, aguijonó D. Diego la vanidosa impaciencia del primer Felipe, haciéndose lugar en su ánimo, y negociando la recuperación del territorio que tanto anhelaba. Un inesperado suceso desconcertó sus planes y malogró para siempre sus esperanzas.

Vivia la marquesa Doña Juana en Toledo, haciéndole palacio diariamente muchos caballeros principales, y entre ellos un jurado de la ciudad, viejo verde y esquivano, de blanca barba, pero de rubia cabellera (que así se llamaban entonces las pelucas), de no buena disposición, aunque de grande osadía. Llamábase Diego Terrin. Como hallase una tarde sin testigos á Doña Juana solazándose en sus jardines, tuvo atrevimiento para decirle palabras ni honestas ni decentes, que la hicieron retraer á una habitación próxima, y en su alboroto gritar á los criados que matasen aquel loco. Púsole por obra con villana alevosía el mayordomo Vasco de Sayavedra á la mañana siguiente, sacando engañado de su casa á Terrin, y dándole muerte á palos con ayuda de otros tres mozos delante del hospital de San Pedro. Sintiólo el rey, se encomendó la pesquisa al doctor Cornejo, y aborrecidos los asesinos, por aquello de *á fucia del conde no mates al hombre*, se impuso destierro perpétuo de la ciudad á la marquesa. No hubo remisión del castigo, y toda solicitud fué en vano.

Compartió D. Diego voluntariamente con su muger la pena, y perdida la esperanza de volver al antiguo poderío, después de infinitos desengaños, consagróse á pagar sus deudas, á satisfacer agravios, y á disponer como cuerdo la salvación de su alma. Sin compromisos de empeñarse en gastos escandalosos, licenciada su gente de guerra, atento al gobierno de su estado, á la erección y acrecentamiento de iglesias y monasterios, y al cultivo de la tierra, esta le colmó de riquezas y creció su señorío, ayudando á ello la mina de los alumbres en Murcia que que juntamente era dueño con el marqués de los Vélez (1).

Yacen D. Diego y Doña Juana en la iglesia de la Concepción de Escalona, obra suya, en el suelo delante del altar mayor. Los tímbrs de los Enriquez y Pachecos resaltan entre esquisitas labores en dos lápidas de blanco mármol que cubren la sepultura. Allí no se leen sus nombres: era supérfluo. Repítese únicamente muchas veces el mote y divisa que les valió el título de *avisados españoles*, y dice: *Viva la fama y muera la vida*.

Un convento de Franciscanos erigieron junto á su alcázar de Cadalso, y apenas hoy parecen los vestigios. Acaso también estaba reservada una próxima ruina al palacio mismo, si no acudiera á remediarla prontamente el actual duque de Frias, cuyo amor á las artes, instrucción y buen gusto son peregrinos en sus floridos años, bien que todo lo facilita la claridad de su ingenio. El entendido pintor Llop no anda por aquí ocioso, y pronto volverá á ser este paraje, dulce y bien acondicionado asilo en los rigores del verano. Salud etc.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (2).

#### LA CORTE EN MADRID.

##### TERCERA AMPLIACION.

Tales como quedan descritos en los artículos anteriores eran los límites de la villa de Madrid á principios del siglo XVI, y según el testimonio del apreciable historiador de Indias, *Gonzalo Fernandez de Oviedo*, natural de ella, y que se ocupó mucho en su descripción, la población de esta villa por entonces no pasaba de tres mil vecinos, si bien crecía ó se aumentaba tan rápidamente como lo expresa el mismo escritor en estos términos (3). «En el tiempo en que yo salí de aquella villa para venir á las Indias, que fué en el año de 1515, era la vecindad de Madrid de tres mil vecinos, et otros tantos los de su jurisdicción et tierra; et cuando el año que pasó de 1546 volví á aquella villa por procurador de la ciudad de Santo Domingo et de esta isla española... en solo aquella villa et sus arrabales habia doblada, ó cuasi la mitad mas vecinos et serian seis mil, poco mas ó menos, á causa de las libertades et franquicias et favores que el emperador rei Don Carlos nuestro señor le ha fecho.»

Efectivamente, consta ya que algunos años después de la época en que escribía Oviedo, y antes que el monarca Felipe II determinase fijar en Madrid la corte, encerraba ya esta villa una población de veinticinco á treinta mil habitantes, y un caserío de mas de dos mil

4389. Se supone dada á 15 de setiembre sentencia declarando la libertad de Cadalso, por el franciscano Fr. Fernando de Hilecas, confesor del rey, un oidor del consejo y un alcalde de casa y corte. Este documento fué redarguido de nulo y falso.

4391. Los vecinos de Cadalso reclaman su libertad ante Enrique III.

4421. Obtuvieron provision de Juan II para que se les oyesse en justicia y sin perjuicio se ejecutase la sentencia de 1589.

4435. A 25 de julio revoca D. Juan II cualquiera carta ó privilegio por el cual pretendiese Cadalso sustraerse del señorío y jurisdicción de Escalona, á fin de que aquella aldea no se yornase y despoblase. El sábado 13 de setiembre se ejecuta, dejando los alcaldes las varas y entregándolas al ejecutor, que lo fué el señor Luis de la Cerda.

4479. A 19 de mayo revocan los Reyes Católicos las cartas que habian dado á Cadalso para que fuese exenta de Escalona, cuando estaba rebelada por D. Diego Lopez Pacheco; y mandan quitar los alcaldes, alguacil, pregonero, horca y cuchillo; y que se reduzca á depender esta de aquella población como siempre.

4479. A 14 de junio espiden sobre-carta los mismos reyes para el cumplimiento de la provision anterior á que se resistia Cadalso. D. Alonso de Aragon, hermano del Rey Católico la lleva á efecto, derrribiendo el mismo los insignias de jurisdicción. En este documento se dice que el lugar de Cadalso es el mas principal é la mejor tierra é mas frutifera, é de que mas se provee é bastece la dicha villa de Escalona, la cual se despoblaria si se eximiese de ella este lugar.

4526. Pone demanda Cadalso ante el Emperador, que estaba en Granada, pretendiendo ser libre y suyas y de su término los aldeas de Mjadillas, Navahendilla, Navas de Alhamin, los Földanos, Berrocalajo, Escaravajosa, las Rozas y Cenicientos, con ciertos montes y castañares.

4528. Escalona fué absuelta de la demanda.

4539. Celebran sobre sus litigios transaccion Cadalso y Escalona, y la real Audiencia libra carta ejecutoria confirmandola.

4560. Cadalso vuelve al pleito.

4567. Sentencia de revista á favor de este pueblo, de que suplicó Escalona con las mil y quinientas.

4600. Se imprime en Valladolid una *Informacion en derecho por el marqués de Villena y su villa de Escalona, contra el lugar de Cadalso*.

(1) Para estos pormenores me he valido de un preciosísimo códice manuscrito que poseo: titúlase *Noticia de algunas casas de los señores grandes de España, su origen, enlaces, sucesiones, adquisiciones de estados y hechos principales de sus vidas*. Ignoro el autor, aunque no que terminó su obra en el año de 1547.

(2) Véanse los números anteriores.

(3) *Las Quincevagenas de los generosos y no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses, condes, nobles é caballeros é personas notables de España*. MSS. Biblioteca Nacional.

quinientos edificios, que era el comprendido en los límites que quedan descritos. Este rápido progreso que venía indicándose y desenvolviéndose durante todo el siglo XV por la especial predilección que había merecido Madrid á los monarcas anteriores, especialmente á D. Juan II y D. Enrique IV, que residieron casi constantemente en ella; á la católica reina Doña Isabel, que casi puede asegurarse que nació en la misma (1); y últimamente, al poderoso emperador D. Carlos que la había tomado notable afecto por haber recuperado en ella su perdida salud, era todavía nada comparativamente con el que hubo de recibir en el mérito hecho de ser escogida por su hijo y sucesor Felipe II para Corte y capital de la monarquía.

Este acontecimiento histórico, aunque sin declaración previa y solemne que precise absolutamente su fecha, debió tener lugar, según se infiere de varios documentos que obran en el archivo de esta villa, en el año de 1360, trasladándose á Madrid el sello real, los tribunales y régia servidumbre desde Toledo donde á la sazón se hallaba la corte.

Medida tan importante y trascendental, adoptada por el hijo del César Carlos V á los pocos años de haber empuñado, por abdicación de su padre, el cetro mas importante del orbe, ha sido agriamente censurada por muchos escritores, juzgada á posteriori por nuestros contemporáneos, y como que parece que ha caído en gracia la calificación de *desacierto*, atribuida con este motivo á Felipe.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, aunque harto ligeramente, que la villa de Madrid era un pueblo mezquino, sin importancia política y *sin historia*, situado en el interior, y el mas lejano de las costas de un reino peninsular; en un territorio pobre y desnudo, careciendo de un río caudaloso y de otras condiciones naturales, así como también de los grandes monumentos del arte que elevan en el concepto público á las ciudades y las imprimen el sello de majestad y poderío. Y procediendo luego por comparación, se han encaecido hasta lo sumo las ventajas que en todos estos conceptos llevan á Madrid varias capitales de provincia que pudieron obtener la preferencia para el establecimiento de la corte en ellas.

Sin negar absolutamente todas las razones que en este sentido se vienen alegando en agravio de la corte Madrileña, pero remontándonos para proceder con la debida imparcialidad á la época en que recibió aquella augusta investidura, no podremos menos de presentar otras muchas políticas y de conveniencia que las contradicen, y pudieron y debieron influir poderosamente en el ánimo de Felipe II, como venían ya influyendo en el del gran cardenal Cisneros y del emperador Carlos V, para dar á la villa de Madrid la preferencia en tan solemne elección.

La reunion bajo un solo cetro de los diversos reinos que compusieron la Monarquía española, no llegó, como es sabido, á verificarse hasta los fines del siglo XV y en las augustas manos de los esclarecidos Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando. Hasta entonces no pudo ni debió haber naturalmente Capital del reino, y los diversos monarcas tuvieron la suya respectiva en el punto mas conveniente de sus estados; en Leon, en Burgos, en Sevilla, en Barcelona, en Zaragoza, etc.; pero operada la reunion definitiva de las coronas de Castilla y Aragon, y la toma de Granada y espulsion total de los sarracenos, los Reyes Católicos, después que hubieron terminado su alta empresa y las continuas guerras que les obligaban á la constante variación de la corte, debieron sentir la necesidad de fijarla definitivamente en un punto céntrico, importante y autorizado; pero fluctuaron al parecer indecisos entre Valladolid, Toledo y Madrid; las dos primeras tenían en su favor los recuerdos de su historia como cortes de Castilla, ventaja inapreciable á los ojos de la reina Doña Isabel; la última, además de su situación mas central, ofrecía en su misma novedad mayor simpatía á los ojos del rey de Aragon.—La misma reina Isabel, que si no había nacido en ella como ya dijimos mas arriba, la manifestó por lo menos en todos tiempos singular predilección, solía decir hablando de sus moradores, que «el oficial y cortesano de Madrid y oficios mecánicos, vivían como hombres de bien, que se podían comparar á los escuderos honrados y virtuosos de otras ciudades y villas; y los escuderos y ciudadanos (decía) eran semejantes á honrados caballeros de los pueblos principales de España, y los caballeros y nobles de Madrid á los señores y grandes de Castilla.»—Posteriormente el gran

político y cardenal regente del reino, Jimenez de Cisneros (aunque arzobispo de Toledo) debió igualmente participar de esta opinion ventajosa hácia el pueblo madrileño, y acerca de la conveniencia de establecer en él la nueva Corte, que llevaba á las demás la ventaja de no representar el exclusivismo de ninguna de las otras anteriores, parciales y muchas veces antagonistas entre sí; y Carlos V, en fin, á todas estas consideraciones políticas hubo de añadir en la balanza la especialísima del hermoso clima de Madrid que le hizo recuperar la perdida salud.

Pero ni durante su reinado ni el de sus antecesores pudieron permitir las continuas guerras el solaz suficiente para realizar aquel gran pensamiento que parecia ya dominante y oportuno; y la corte oficial de Toledo luchó todavía con las de Valladolid y Madrid.—Subió al fin al trono Felipe II, y en pacífica y omnimoda posesion del reino, fué naturalmente el llamado á realizar aquel político pensamiento, y debe suponerse en su alta penetración que lo meditó detenidamente y bajo todos sus aspectos antes de resolverlo en pro de Madrid.

¿Cuáles fuéron, ó pudieron ser estas consideraciones que hoy se afecta desconocer, y que llegaron entonces á pesar tanto en el ánimo de aquel gran rey?—A nuestro entender la primera fué la política ya indicada, de crear una Capital nueva, única y general á todo el reino, ajena á las tradiciones, simpatías ó antipatías históricas de las anteriores, y que pudiera ser igualmente aceptable á castellanos y aragoneses, andaluces y gallegos, catalanes y vascongados, extremeños y valencianos. Un pueblo que aunque con suficiente vida é historia propia (y por cierto bien honrosa y noble) pudiera absorber y fundir en su seno todos aquellos distintos provincialismos, identificarse y representar simultáneamente aquellas diversas poblaciones, y ser en fin la *patria comun*, la espresion y el compendio de las varias condiciones de los habitantes del reino.—Estos, de los cuales unos habían respetado como cabeza á los mismos pueblos que los otros habían combatido ó conquistado, necesitaban, pues, un centro mútuo y sin antecedentes de antagonismo ó parcialidad, en que venir á confundirse bajo el título comun de *Españoles*; y esta cualidad, que ni las antiguas cortes de Castilla, de Leon, de Aragon ó de Navarra podían disputarla, fué sin duda alguna la que hizo aceptable para todos á la nueva Corte de la *Monarquía Española*, Corte de un reino nuevo también.

En situación central y equidistante de los diversos límites de la península, también Madrid llevaba á todas la preferencia, circunstancia por cierto muy ventajosa y propia para la gobernación y dominio de tan apartadas provincias y encontradas nacionalidades. La corte de Toledo ó de Valladolid no podía nunca dominar políticamente á la de Barcelona ó Zaragoza: la de Sevilla no era posible tuviese el prestigio suficiente, ni estaba en posicion material para regir á Castilla y Aragon.—Por último, los que, muy ligeramente á nuestro entender, han censurado en Felipe II el no haber elegido á Lisboa para capital de la península, no reflexionan: primero, que cuando colocó la corte en Madrid no poseía ni poseyó todavía en muchos años á Portugal; y segundo, que cuando en 1380 hubo heredado y conquistado aquel reino, hubiera sido la medida mas altamente impolítica la de desnaturalizar su capital y trasladarla al pueblo conquistado, al confin de la península; medida que cuando menos hubiera dado entonces por resultado la nueva separación de la coronilla aragonesa, ó que el curso del Ebro marcara, como ahora los Pirineos, el límite del territorio español.

Ciertamente que aquella gran ciudad (Lisboa) y la de Sevilla brindaban ventajas naturales muy espléndidas y superiores á las de Madrid; pero ya quedan indicadas las políticas razones á que debieron naturalmente ceder. En cuanto á Valladolid, Burgos y Toledo, además de esta desventaja para entrar en la lucha, no podían tampoco ostentar mejores condiciones naturales de centralidad, clima y fertilidad de su término.

A la verdad que al tender la vista por la árida campiña que rodea á Madrid, se creeria con dificultad que estas mismas lomas, áridas hoy y descarnadas, fuéron en otro tiempo célebres por su feracidad y hermosura. Sin embargo, los testimonios que de ello tenemos son irrecusables. Testigos de vista, lo mas imparciales, nos han transmitido la descripción de sus frondosos bosques, montes poblados y abundantes pastos. El agua, este manantial de vida, abundante entonces y espontáneo en esta region, ofrecía su alimento á la inmensidad de árboles que la poblaban, y que describe el *Libro de montería* del rey Don Alonso XI; y este arbolado, esta abundancia de aguas, hacían el clima de Madrid tan templado y apacible como le pintan Marineo Siculo, Fernandez de Oviedo y otros célebres escritores (1).

(1) Hé aqui los términos en que el citado Gonzalo Fernandez de Oviedo habla de Madrid en los primeros años del siglo XVI:—«En muchas partes de esta villa el agua está cerca de la superficie de la tierra, é muy sumeros los pozos, tanto, que con el brazo, sin cuerda, puedan tomar el agua en ellos: dentro de la población é de fuera, cerca de los muros hay fuentes naturales, é algunas de ellas de muy singular agua para el mantenimiento é continuo servicio de los vecinos é todo el pueblo, de unas de los pilares grandes, é comuzes tibercas, é caños, é abrevaderos para dar

(1) Esta opinion está autorizada por la carta que inserta Colmenares del rey D. Juan el II á la ciudad de Segovia, su fecha en Madrid á 25 de abril de 1431, en que la da parte del alumbramiento de la reina su esposa, en estos términos: «Fagovos saber que por la gracia de Nuestro Señor, este jueves próximo pasado, la reina Doña Isabel, mi muy cara é muy amada muger encescio de una infanta.—Se sabe que por entonces la corte estaba en Madrid, y no hay motivo para creer que tan próximo al parto (que era el primero) estuviese la reina en Madrigal, donde Marineo Siculo primero, y Garibay, Mariana y Florez después, afirman que nació la infanta Doña Isabel; se sabe también que el 25 de abril fué viernes, y por consecuencia el jueves próximo pasado es el 22; y por último se infiere del silencio de dicha carta acerca del sitio del parto, que naturalmente debia entenderse haberse verificado en el mismo en donde estaba f. chada aquella. Este mismo silencio guardaron los historiadores Pulgar, Nebrija y Perez de Guzman, y es el que ha dado motivo justo para que Colmenares, Mendez Silva, Pissolo, Ortiz de Zúñiga, Puente, Buena y otros hayan sostenido el nacimiento de Isabel en Madrid.

Pero el establecimiento de la corte, que debía ser para esta comarca la señal de una nueva vida, solo fué de destrucción y estrago. Sus árboles, arrasados por el hacha destructora, pasaron á formar los inmensos palacios y caserío de la corte y servir á sus necesidades. Desterrada la humedad que atraían con sus frondosas copas para filtrarla después en la tierra, dejaron ejercer su influjo á los rayos de un sol abrasador, que secando mas y mas aquellas fuentes perennes, convirtieron en desdudos arenales las que antes eran fértiles campiñas. De aquí la falta de aguas en Madrid; de aquí la miseria y triste aspecto de su comarca, y de aquí finalmente el destemple de su clima; porque no encontrando contrapeso ni temperante los rayos del sol canicular ni los mortales vientos del Norte, alteraron las estaciones y aumentaron el rigor de ellas haciendo raros entre nosotros los templados días de primavera.—Pero esto mismo hubiera sucedido, y por iguales causas á Valladolid y Toledo, sin tener para compensar aquellos contratiempos el alegre cielo, el aire trasparente y saludable de Madrid.—Valladolid, aunque convenientemente situada en una estensa llanura y en medio de fértiles campiñas, es por demás nebulosa y enfermiza; y el satírico Quevedo la definió en estos versos:

«Vienes á pedirme raso  
en Valladolid la bella  
donde hasta el cielo no alcanza  
un vestido de esa tela.»

En cuanto á la *piramidal* Toledo, en cuyas estrechas, costáneas y laberínticas calles no hemos podido nunca comprender cómo cabía la corte de Carlos V, la aplicaremos los versos del mismo gran poeta.

«Vi una ciudad de puntillas  
y fabricada en un huso,  
que si en ella bajo, ruedo;  
y trepo en ella si subo.»

La gran falta natural de Madrid para su futuro desarrollo como ciudad populosa y corte de tan importante monarquía, era la de un rio caudaloso que surtiendo á las necesidades de un crecido vecindario sirviese tambien para fertilizar y hermosear su término y campiña. Esta falta grave, representada en la exigüidad del modesto Manzanares, ha dado tambien motivo á las continuas burlas y chanzonetas de los poetas satíricos, del mismo Quevedo, de Góngora, de Tirso de Molina y otros, de que podría formarse una abultada coleccion.—Pero es preciso tener en cuenta que la mayor parte de nuestras ciudades importantes del interior se hallan en el mismo caso; que nuestros rios, tan celebrados de los poetas por sus arenas de oro y sus ondas transparentes, no son ningunos Tamesis, Senas ó Danubios caudalosos, navegables y conductores de salud, de civilización y bienandanza; por lo cual vemos que aun en los pueblos fundados en sus inmediaciones huyeron de albergarlos ó darles paso dentro de su recinto, como lo estan los que bañan las primeras ciudades de Francia, Inglaterra, Alemania etc., y aun así se vieron espuestos á las súbitas inundaciones invernales, ó á la maligna influencia de sus sequedades del estío.—El padre Tajo que circunda á la imperial Toledo, aunque tambien á

«agua á los caballos é mulas, é otras bestias, é ganados del servicio cotidiano del pueblo y en abundancia. Así que con razon se movieron á decir los antiguos que aquella villa está armada sobre agua, ó fundada sobre agua, porque tiene tanta que dentro del ámbito del muro se riegan muchas huertas, é con la que sobra é sale fuera de la circunferencia se riegan otras muchas huertas y heredades y alcaceres en los tiempos convenientes y en grande abundancia, é fuera de lo poblado se encuentra con poca industria é trabajo...»

Y en otra parte dice lo siguiente:

«La region de Madrid es muy templada y de buenos aires, et limpios cielos, las aguas muy buenas, el pan et el vino muy singulares de su propia cosecha, et en especial lo tinto es muy famoso et otros vinos blancos et tintos muy buenos, et muchas et muy buenas carnes de todas suertes, et mucha salvagina et caza, et montería de puercos, et ciervos, et gamos, et corzos, et muchos y muy buenos conejos, et liebres, et perdices, et diferentes aves, et toros los mas bravos de España de la ribera del rio Jarama á dos leguas de Madrid, et muchos caballos et mulas, et todas las otras animalias, et bestias, que son muchas, para el servicio de casa et de la agricultura; et demás del pan que se dijo de su cosecha, se trae de la comarca muy hermoso et blanco candel; et en grande abundancia muchas legumbres de todas suertes, mucha y muy buena hortaliza de todas maneras, diversas frutas verdes y secas, de invierno y de verano, según los tiempos. El queso de Madrid et de su tierra es muy excelente, et del mismo pasto que el de la villa de Pinto, que es el mejor queso de España, et tal que no se puede decir mejor el Parmesano de Italia, ni el de Mallorca, ni los Cascaballos de Sicilia, et á todos hace ventaja; porque no es menos bueno si lo haces asadero que de otra manera. Finalmente, todo lo que es menester para alimentar la vida humana lo tiene aquella villa, excepto pescado fresco de la mar, porque como es el mas apartado pueblo de ella en España, no alcanza pescado fresco que de ella venga, excepto besugos en invierno por la diligencia de las recuas que los traen cuando es el tiempo dellos, pocos días antes y después de Navidad, et es uno de los mejores pescados é mas sabrosos del mundo, puesto que dura pocos días. Tambien liegan congrios frescos et de los otros salados, vienen muchos et muy buenos, así congrios, atunes, pulpos, et pescadas frescas et sardinas, et de otros; et vienen muchas truchas, et salmónes et muchas anguilas, et lampreas, et barbos, et otros pescados de rios; et de Andalucía se traen muchos de escabecha, lenguados, et accedias, et hostias, et sabalos salados, etc.»

respetuosa distancia, solo empieza á ser verdaderamente rio cuando corre por territorio portugués. Lo mismo el Duero y el Guadiana; el Ebro y el Guadalquivir son los que mas se acercan entre nosotros á aquellas condiciones civilizadoras; pero ya á las estremidades de su curso en los confines de la península.

No se ocultó sin embargo esta falta al ilustrado Felipe II; y sabido es de todos el proyecto que formó, y que entonces se creyó realizable, de traer el Jarama á Madrid, incorporándolo al Manzanares. Este último tambien por entonces debía ser bastante mas caudaloso, ó correr menos oculto en la arena, pues tenemos la relacion del viaje que Antonelli hizo desde Lisboa por el Tajo y el Jarama, y continuó luego por el Manzanares hasta el Pardo.—Posteriormente, y según fué haciéndose sentir mas y mas la necesidad, se renovaron otros proyectos análogos, y á fines del siglo XVII se ideó la canalización hasta Vacia-Madrid, y luego con el auxilio del Jarama hasta Toledo; proyecto que no fué admitido por la Reina Gobernadora Doña Mariana de Austria, hasta que en el reinado de Carlos III se construyó por espacio de dos leguas el que hoy existe, aunque por cierto con bien escasos resultados.

Pero á falta del rio se acudió al medio de adquirir las aguas potables por filtracion en unas minas subterráneas que se estienden á cierta distancia, y recogen las que derraman las sierras inmediatas. Estos viajes, alguno de los cuales ya existia anteriormente, y otros, como los grandes y copiosos de Amaniel y Abroñigal, se descubrieron y formaron en el reinado de Felipe III, bastaron, aunque no abundantemente, para surtir las primeras necesidades de la poblacion; hasta que creciendo esta, y aumentándose y multiplicándose aquellas de un modo extraordinario en el presente siglo, ha sido necesario emprender la obra gigantesca del canal de Lozoya, que cambiará dentro de pocos años las condiciones materiales de Madrid.

Esta hermosa poblacion situada bajo un cielo limpio y sereno, disfrutando una atmósfera trasparente, un dilatado y hermosísimo horizonte, rara vez turbado por las tormentas, exento de miasmas pestilentes, ajeno á las epidemias, inundaciones, terremotos y otros azotes tan frecuentes en poblaciones de su importancia; rodeada al Norte por las sierras carpetanas, los bosques del Pardo y la maravilla del Escorial, al Sur por los vergeles de Aranjuez, al Levante por las llanuras del Henares, y las pintorescas campiñas de la Alcarria, y al Poniente por los fértiles campos de Talavera; centro de todos los caminos que cruzan el reino en todas direcciones; surtida por esta razon en su abundoso mercado de todas las producciones mas ricas y preciadas de nuestro territorio, y ciudad neutral, comun y sin fisonomía especial de esta ó aquella provincia, de esta ó aquella historia, la villa de Madrid, digan lo que quieran los escritores antagonistas, justificado desde luego la preferencia que la diera el gran politico Felipe II al elevarla al rango de corte de la monarquía; y cuando algunos años después, en 1601, y por un capricho inmotivado del jóven rey Felipe III, trasladó su corte á Valladolid, muy pronto las ventajas políticas y naturales de Madrid sobre aquella se hicieron tan sensibles y universalmente reconocidas, que á los cinco años (en 1606) volvió á ser trasladada definitivamente á esta villa (1).

En cuanto á la injusta calificación de pueblo *sin historia propia ni importancia política*, repetida contra Madrid por los modernos escritores, con no menos ligereza, aunque en sentido inverso de la que guió á los del siglo XVII para remontar su origen á los tiempos fabulosos y hacerle figurar en los anales griegos y romanos, no puede menos de rechazarse con energía, y obligar á reconocer con la historia en la mano á los que pretenden negarla, que cuando la villa de Madrid aparece en ella á principios del siglo X y en poder de los sarracenos, era ya una poblacion importante y fortificada que suponía algunos siglos de existencia anterior.—Que su conquista en el siglo XI fué una de las grandes empresas del rey D. Alfonso VI de Castilla, y que el mismo monarca la amplió y fortificó mas y la dotó de fueros que renovaron después sus sucesores, y en cuyo contenido se echa de ver la importancia que ya tenia esta poblacion.—Hallará tambien que el pendon del Concejo de Madrid figuró ya airoosamente en la famosa batalla de las Navas de Tolosa á las órdenes del señor de Vizcaya

(1) Por este tiempo, y antes de verificarse el regreso de la corte á Madrid, escribió Lope Deza (aunque no llegó á imprimirse) su tratado á que tituló *Razon de corte*.—El manuscrito original, todo de letra del mismo autor y con su firma al pie, que existe en la Biblioteca Nacional, es un códice de unas sesenta fojas en folio. En él pretende su autor demostrar la conveniencia de que Madrid fuese siempre la Corte de España, dividiendo para ello su asunto en seis puntos, á saber:—1.º Si conviene que haya una ciudad capital del Reino.—2.º Si conviene que la corte sea fija.—3.º Qué circunstancias se requieren para ello.—4.º Cuales son las que tienen las diversas ciudades de España.—5.º ¿Cuales Madrid?—y 6.º último: De qué modo se pueden suplir las que le faltan.—Es un escrito sumamente curioso, donde á vueltas de la indigesta erudición y del estilo pesado tan frecuente en los escritores de aquellos tiempos, se leen observaciones muy importantes, y se defiende con maestría el proposito del discurso.

Este Lope Deza, según D. Nicolás Antonio, fué segoviano y estuvo vecindado en Hortaleza cerca de Madrid. Publicó en 1648 un libro titulado, *Gobierno político de agricultura*; y dejó manuscritos, además del *Tratado de Corte*, otros titulados *Juicio de las leyes civiles*, y *Apologia del P. Mariano contra su contradiutor*.

D. Lope de Haro, y algunos años después asistió en el cerco de Sevilla á las del Santo rey D. Fernando III.—Que todos los monarcas de los siglos XII y XIII residieron frecuentemente en nuestra villa, tuvieron en ella su corte, y celebraron grandes juntas y actos solemnes, hasta que á principios del XIV (en 1509) D. Fernando el IV congregó en ella por primera vez las Cortes del reino.—Que en la guerra civil entre D. Pedro y D. Enrique se señaló particularmente Madrid en defensa del legítimo rey.—Que en esta villa empezó su reinado D. Enrique III, y tuvieron principio las largas turbulencias que señalaron su minoría, hasta que declarado mayor de edad á los once años, tomó las riendas del gobierno, y habiendo cobrado alicion á este pueblo, residió en él casi siempre, renovó su alcázar, y recibió á los embajadores extranjeros, enviando por su parte al gran conquistador Timur Lenk al madrileño Rui Gonzalez de Clavijo su camarero.—Que tambien su hijo D. Juan II hizo su residencia ordinaria en esta villa y recibió de Madrid especial apoyo en las revueltas de su reinado; así como D. Enrique IV en las promovidas contra él por su hermano D. Alfonso.—Que en esta villa nació y fué jurada en Cortes princesa de Asturias la desgraciada Doña Juana llamada *la Beltraneja*, cuya sucesión defendió á la muerte del rey D. Enrique.—Que los Reyes Católicos residieron tambien en muchas ocasiones en esta villa, y así como todos sus antecesores reunieron en ella las Cortes del reino; y que en las celebradas en 1509 en la iglesia de San Gerónimo después de la muerte de la reina Doña Isabel, el rey Católico juró gobernar como administrador de su hija Doña Juana y como tutor de su nieto D. Carlos.—Que á la muerte de aquel, los gobernadores del reino, cardenal Cisneros y dean de Lobaina, trasladaron á Madrid su residencia, y que desde ella gobernaron hasta la venida del Emperador.—Que tambien esta villa abrazó ardentemente la causa de las comunidades, y sostuvo contra las huestes de aquel una porfiada resistencia; pero venido luego á esta villa y curándose en ella de unas pertinaces cuantanas que padecía, la cobró decidida alicion, la colmó de mercedes y privilegios, residió frecuentemente en ella dándola de hecho el carácter de su imperio poderoso; reedificó su alcázar convirtiéndole en magnífico palacio real, y á él hizo conducir al augusto prisionero de Pavía; y por último añadió á sus preciados tmbres de *muy leal y muy noble* los altos y significativos de *villa imperial y coronada*.

Véase, pues, si un pueblo que durante cuatro siglos y medio venia figurando tan dignamente en la historia nacional, venia sirviendo de residencia y de corte á los monarcas, de lugar de reunion á las Cortes del reino, de apoyo y defensa á los grandes intereses del estado, era un pueblo sin historia ni antecedentes, insignificante ó nulo, como se ha dicho por algunos escritores.

En cuanto á la historia de esta villa en los tres siglos siguientes, puede decirse que es la historia del país; la parte tan principal que le ha cabido en ella, hace palidecer la suya propia en los siglos anteriores, y la *Corte de la monarquía española* oscurece las glorias de las antiguas cortes de Castilla, de Leon, de Aragon y Barcelona.

MADRID, capital del imperio de aquel gran monarca D. Felipe II cuya voz obedecia la Europa entera; centro de su accion y poderio; disco refulgente de aquel sol español que alumbraba constantemente con sus rayos á los países mas remotos del orbe; capital donde residia el supremo gobierno, los consejos y tribunales de tan remotos países; de donde salian los grandes capitanes, los vireyes y gobernadores para descubrir otros, conquistar ó dominar en ellos; y adonde cargados de trofeos, de merecimientos y servicios regresaban un D. Juan de Austria, un Gonzalo de Córdoba, un duque de Alba, para poner á los piés del Monarca los trofeos de Lepanto, de San Quintín, de Italia, Flandes y Portugal, que aun cuelgan pendientes de las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha ó de los techos de la Real Armería.—La corte de Felipe III, que recibió en sus muros á los enviados del Sháh de Persia y del Gran Señor y otros remotos imperios, y bajo cuyo cetro vinieron á reunirse no solo los diez y ocho reinos de las Españas, sino tambien el Portugal, Nápoles, Sicilia, Parma, Plasencia, y el Milanesado en Italia; el Rosellon, el Bernais y la Navarra, el Artois y el Franco Condado en Francia; las dos Flandes y los Países Bajos; en Africa casi todas las costas, Angola, Congo, Mozambique, Oran, Mozarquivir, Mostagan, Tánger, Túnez y La Goleta; además de las Islas africanas, Azores, Madera, Cayo-Verde, Malta, Baleares y Canarias; que tenia un imperio en el Asia en las costas del Malabar, Coromandel y la China, y derecho á los santos Lugares de Palestina; que poseyó tambien las ricas é inmensas Islas Filipina, Bisayas, Carolinas, Marianas y de Palao, de la Sonda, Fimor, Molucas, y otras innumerables del mar Pacifico, y extendió en fin su dominacion como emperador de Méjico, del Perú y del Brasil á casi todo el continente de América ó Nuevo-Mundo, y á casi todas las islas del Océano; imperio colosal, que escedió á los antiguos orientales, á los de Alejandro, Roma, Carlomagno y Napoleon, como que contaba una poblacion calculada en 600 millones de almas, y una estension de territorio de 800,000 leguas cuadradas, ó sea la octava

parte del mundo conocido.—La caballeresca y poética corte de Felipe IV, emblematizada en el sitio del *Buen-Retiro*, que vió lucir el bullicio y esplendor de las fiestas palacianas, de las justas y torneos caballerescos; que escuchó la musa de Lope de Vega y Calderon, de Tirso y de Moreto, de Solís y de Quevedo, á quienes habia visto nacer; la corte en que florecian además un Cervantes y un Mariana; un Velazquez y un Murillo, y en que todavia entre el ruido de los festines se dictaban cartas tan arrogantes como aquella en que se decia al general de las tropas de Flandes: «Marqués de Espinola, tomad á Breita;»—La que después del cristísimo paréntesis del reinado de Carlos II *el de los hechizos*, tornó á recobrar su animacion y su influencia, y dió tan altas pruebas de energia y de adhesion á la nueva dinastia en la persona de Felipe V, y durante la famosa guerra de sucesion; que vió nacer en su Alcázar Real al gran monarca *Carlos III* que mas adelante habia de engrandecerla y decorarla; y que en este mismo siglo alcanzó á dar *el dos de mayo* de 1808 la sangrienta señal del mas noble y generoso alzamiento que señalan los fastos de nuestra nacion por su independencia y libertad; el pueblo, en fin, que en sus fastos antiguos y modernos puede ostentar páginas tan brillantes, tan altas y nobles merecimientos, tiene en ellos su defensa mejor, su mas preciada ejecutoria.

Pero nos hemos apartado demasiado de nuestro propósito, y tratando del suceso que mas influencia tuvo en la prosperidad y fortuna de esta Villa, no hemos podido menos de consignar e un lugar señalado en este recuerdo histórico; dispéñenos el lector si el amor patrio nos ha hecho tal vez abusar de su paciencia, y nos obliga á remitir á otro artículo el tratar de la *tercera ampliacion* material de MADRID.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE SEGUNDA.

(Continuacion.)

Absorta la hermosa niña en estos dolorosos pensamientos, iba ya á desembocar en la plazoleta de árboles que rodea *La silla del marqués*, cuando se detuvo asaltada por una idea súbita. Mientras leyó el manuscrito, y durante el poco tiempo que después trascurrió, en su imaginacion novelesca, y excitada por el sentido amor que acababa de revelársela, se creó un héroe singular, un tipo de belleza y distincion tan poético como la pasion que le habia inspirado aquellas tiernas memorias; pero de repente el recelo de hallarse con un hombre repugnante ó vulgar hizola sentir cierta especie de disgusto, temiendo ver desvanecidos en un instante sus ensueños.

Atormentada por este último temor, adelantóse no obstante hácia *La silla del marqués*, y esperimentó un desaliento indecible al ver que este sitio estaba solitario.

Eugenia entonces miró á todas partes, y convenciéndose de la soledad en que se hallaba, se sentó en el asiento de piedra, obra de su noble ascendiente, y comenzó á hojear el cuaderno de Mario, prestando sin embargo la mayor atencion á los mas pequeños rumores, y pronta á alejarse de aquel sitio, si algun acontecimiento lo hacia necesario. Volvió pues á cebarse en aquella peligrosa lectura, volvió á derramar copiosas lágrimas, y volvió á renacer en su corazon un vehemente deseo de ver á aquel desgraciado, modelo de los verdaderos amantes y de los verdaderos poetas, si acaso entre unos y otros existe alguna diferencia; pero en vano; trascurrieron dos horas, que á la impaciente jóven se la figuraron dos siglos, y *La silla del marqués* continuó en la misma soledad.

Entonces pensó en aproximarse á la casa de Mario, que ella habia visto algunas veces desde lejos; pero temiendo alejarse demasiado, desechó esta idea y determinó volver á la quinta, levantándose ya para poner en práctica esta resolucion, cuando un ruido como de pasos que oyó entre la maleza, la hizo permanecer inmóvil y llena de inquietud.

El rumor se oia cada vez mas cercano, y por último, la hermosa niña, trémula y agitada, deseando huir, mas sin fuerzas para hacerlo, vió aparecer una persona, que por su aspecto conoció era la que con tanto afán habia deseado conocer. Mario, pues él fué el que se presentó, acercóse lentamente, y mirando al suelo, distraído *á La silla del marqués*, cerca de la cual se hallaba Eugenia, y sin reparar en esta, se sentó allí, tomando en la mano el cuaderno que ella habia dejado sobre el asiento de piedra, y hojeándole sin dar muestra alguna de sorpresa. Mas luego miró de repente hácia todos lados, y viendo á la angustiada niña que le contemplaba con dolorosa curiosidad, y que al notar este movimiento comenzó á alejarse, levantóse Mario, y cor-

viendo hacia ella, que sobresaltada no acertó á dar un paso, la cogió suavemente del brazo, y mirándola con tristeza exclamó:

—¿Tú también, Marciana, tú también me dejas? ¿Qué te he hecho yo para que huyas de mí? ¿No te he amado siempre? ¿No he sido dócil á tus consejos? ¿En qué he podido disgustarte? ¿Por qué me abandonas precisamente hoy, en que he de revelarte un gran secreto? Pero no, prosiguió el desdichado jóven con voz cada vez mas animada, tú eres buena, me quieres mucho, y vas á alegrarte de mi felicidad, pues aunque hoy estoy triste, no sé por qué, soy feliz, mi buena Marciana, ¡oh! muy feliz, y al pronunciar estas palabras, Mario sonreía, pero con una risa tan extraña, que hizo temblar á Eugenia.

—Mira, continuó aquel acercándose cada vez mas á la trémula jóven, y hablándola casi al oído, no digas á nadie lo que ahora vas á saber; aun no es tiempo de descubrirlo, y además, ella me ha mandado que se lo oculte á todo el mundo; pero yo quiero decírtelo á ti porque tú me quieres mucho, me has cuidado cuando era niño, y me cantabas para que me durmiera pronto... ¡Oh! ya lo sabe ella; yo la hablo de tí continuamente, y me ha prometido que nunca te separarás de nosotros...

Eugenia, mas tranquila ya al comprender que aquel infeliz demente la desconocía, escuchaba profundamente afectada sus palabras, observándole entre tanto con la mayor atencion. Aunque puesto con algun desaliño, en el traje de Mario se notaban restos de la mas perfecta elegancia: vestía un gabán de verano, á cuadros, y un chaleco y pantalon de la misma tela. Su corbata estaba anudada con cierto descuido de buen gusto: bajo sus anchas y deslustradas botas se adivinaba la pequenez de sus piés; tenia en la mano un sombrero blanco de anchas alas; y aunque tan descuidadamente ataviado, estaba no obstante airoso y natural.

Mario no era lo que en lenguaje vulgar se llama guapo; nunca lo habia sido; pero sus negros cabellos, su frente de extraordinaria hermosura, donde se revelaba la inteligencia, aquellos ojos que aunque hundidos bajo sus finas cejas, espresaban tanto, y finalmente, el conjunto de su triguero rostro era tan poético y tan noble, que no se echaba de menos la hermosura en aquella cabeza llena de admirable distincion.

Eugenia, prevenida ya en favor de aquel mártir de una pasion que ella habia inspirado, sintió redoblar su interés al observar todas estas ventajas personales, y viendo en el rostro del pobre demente la huella de la enfermedad que le devoraba, sus enflaquecidas mejillas, la vaguedad de su mirada, y las sombras de la muerte, impresas de antemano en su pálido semblante, experimentaba un dolor indecible, una compasion que iba en aumento al oír las sentidas palabras de Mario, refiriéndose á ella, y en las que se revelaba tanto respeto y tan vehemente pasion.

(Concluirá.)

F. MORENO y GODINO.

## DE LA MUJER DEL PUEBLO ANDALUZ.

El que quiera saber los puntos que calza la virtud de las hembras del pueblo de Andalucía, que se atreva á tocarle á una de estas en el pelo de la ropa, y verá lo que es bueno. Pero antes, que disponga bien su conciencia y cumpla con los deberes de buen cristiano; pues si sale ileso de sus uñas, será un milagro de Dios digno de anotarse en la historia. Y no vaya á creerse por esto que las hijas de la tierra de *Maria Santísima* participan de la condicion terrible de las fieras que arrulla el Africa entre sus doradas arenas; al contrario, si indole especial es la dulzura; y no hay miel mas esquisita y sabrosa que la que se desprende de la bondad de su carácter, de la franqueza de su trato, y del cariño de sus palabras; tanto que el prójimo varón, bien haya nacido bajo el helado clima de la Siberia, bien bajo el sol ardiente del Mediodía, si llega á sentir tan melosa influencia, por mas declarado enemigo que sea del matrimonio, abraza al instante con fervor la santa coyunda.

Desgraciado del que llega á mirar á una andaluza sin vocacion para casado; porque se casa como tres y dos son cinco á despecho de su voluntad, después de haberle ella cazado con el iman de sus ojos, á la manera que se cazan los gorriones en el país con liga.

La mujer del pueblo es en Andalucía el tipo mas lindo y gracioso, tanto en su organizacion fisica como en sus facultades morales. Generalmente es de una estatura proporcionada, ancha de hombros, estrecha de cintura, pié y mano pequeña, formas bellas y de buen desarrollo, pecho pronunciado, cuello redondo, facciones delicadas, cabeza regular, pelo negro, y tez morena y luciente. Sus ojos tambien generalmente son negros como el ala del cuervo, y derraman un fluido magnético al que es imposible resistirse. Yo puedo garantir esta verdad, porque mas de una vez me he visto atraído y dominado por ese

agente invisible y sutil, cuya fuerza se siente, pero no se calcula, y cuyo impulso potente nos electriza y arrastra á pesar nuestro. El corazon de estas mugeres es bondadoso, franco, noble, leal y tierno; pero si las contrarian violentamente sus instintos, puede llegar á ser malo; porque es demasiado susceptible, y esta clase de naturalezas pasan fácilmente de un extremo al otro. Su cabeza es de fuego, y se enciende con la misma facilidad que su corazon, siendo con frecuencia este el motivo de que mueran muchas abrazadas de amor en la hermosa primavera de su vida. Son joviales, decidoras, chistosas y de gran penetracion y malicia; desinteresadas en todas sus afecciones. Como esposa es constante, porque se casa solo por inclinacion; y como madre, cariñosa, tierna y apasionada hasta donde la pluma no puede llegar. Es trabajadora, aseada, celosa, y aun altiva y orgullosa de su fama. De nada se asusta, y habla sin rebozo de todas las cosas, sin que se ofenda por picantes que sean las alusiones que la dirijan; no hay cuidado que se haga cruces, ni se enfatue por la libertad y demasía del lenguaje. En no atentando á su honra, todo lo escucha y á todo responde con una gracia y una oportunidad inconcebibles. Sus dichos, sus comparaciones y sus agudezas estan llenas de gracia y de ingenio; y los que no son hijos del país, ó no las comprenden bien, ó no las saben apreciar. Voy á referir en comprobacion de esto uno de los chistes tan comunes en esta clase de mugeres. Estaba un soldado requiebrando en la feria á una buñolera y ofreciéndole ser su cara mitad de hecho y derecho si ella lo consentia, cuando la individua, cansada de oír al pretendiente á quien no habia visto siquiera, le dirigió una mirada escudriñadora, y observando que tenia la nariz dividida de una cuchillada, exclamó ¡*Jesú!*... ¿Cómo quité osté que yo lo quiera si tiene esas narices como un romance? El soldado, que no hubo de comprender la alusion, le dijo:—¿En qué se parecen mis narices á un romance?—Señó, replicó ella, en que tienen primera y segunda parte. No se puede dar agudeza mas oportuna, ni que mejor describa el ojo penetrador y la imaginacion fácil de la mujer andaluza. Si fuéramos á copiar las infinitas originalidades de este género que hemos oido, nunca acabaríamos. A pesar de tener muchos la idea de que los andaluces mientan á troche y moche, debemos decir en honor á la justicia, que quizás y sin quizás no hay otros mas verdaderos; porque el distintivo de su carácter es la franqueza. La causa que sostiene tan absurda opinion, es la de sus graciosas exageraciones, en las cuales, si bien se analizáran, descubre el mas miope al través de sus galas la verdad. La mujer del pueblo, por consiguiente, no dice una mentira en tratándose de algun asunto formal, así le valiera una corona.

Hemos dicho que esta es desinteresada, y ahora repetimos que lo es tanto, que de aquí nace uno de sus primeros defectos. Cuando una andaluza tiene el bolsillo provisto, no hay nadie pobre para ella; porque derrama de su corazon generoso y noble la caridad, como la sal de su cuerpo. Rara, muy rara es la andaluza miserable ó económica. Los que quieran mugeres de esta especie, que no vayan jamás á buscarlas á Andalucía, porque difícilmente se encuentran: que se dirijan á Galicia, otra de nuestras provincias de España, de la que nos ocuparemos otro dia, y allí podrán satisfacer su deseo.

En resumen, la mujer del pueblo andaluz es bella, graciosa, tierna, leal, franca, sincera, cariñosa, alegre, sagaz, benéfica, viva y pródiga en demasia. En mi juicio es el tipo mas perfecto de la creacion, porque no admite sobre si mas influencias que las de la misma naturaleza. Desconoce el arte y el interés, armas innobles que las sociedades debieran destruir para moralizar sus costumbres, y no vende, como las mugeres de otros países, materializadas por conveniencia y desprecupacion, ni su voluntad ni sus sentimientos. Una andaluza del pueblo no se compra con todo el oro que hay en Californias; pero se conquista con una palabra, una accion noble, ó una mirada entre dulce y altiva; de las que ellas dicen que *llegan en lo mas jondo*. Con buenas razones se hace de ella lo que se quiere; porque le gusta cuanto se halla en relacion con la flexibilidad de su carácter; pero en empleando la fuerza, en intentando dominarla por medios violentos, lo repetimos, es capaz de todo lo malo, y una vez resuelta, es una leona que nadie la contiene.

En el siguiente romance verán nuestros lectores descrito un suceso, imagen de otros muchos, que tienen lugar todos los dias dentro y fuera de Madrid, y en donde se pinta con fiel exactitud lo que es la mujer andaluza cuando se atreve algun usia manilargo, de los muchos que hay por desgracia en el país, á faltarle al respeto.

Con paso lento y garboso,  
sentando apenas la planta,  
sutil como el pensamiento,  
ligero como las auras,  
con resuelto desenfadado,  
frente erguida y arrogancia,  
removiendo las caderas  
y columpiando la saya,

una mano en la cintura  
y la mantilla terciada,  
cruza la Puerta del Sol  
Paquilla la resalada,  
andaluza primorosa  
de mucho rumbo y de fama,  
derramando de su cuerpo  
á mares la sal y gracia,  
y eclipsando corazones  
y arrebatando miradas.  
Lleva en los ojos la muerte,  
en la boca la esperanza,  
en su sonrisa la gloria,  
la dicha dentro del alma,  
y con su hermoso dominio  
cuanto mira lo avasalla.  
Su corta y linda basquiña  
descubre una media blanca  
como la piel del armiño,  
como el algodón en rama,  
que viste un pulido pié  
y una pierna torneada  
capaz de incendiar la nieve  
por su forma, al contemplarla.  
Su talle esbelto y airoso,  
flexible como la palma,  
ondula y dulce se mece  
sobre sus caderas blandas.  
Sus labios de un coral fino,  
entreabiertos se dilatan,  
enseñando dos hileras  
de perlas anacaras.  
Sus ojos centelleantes  
de niñas azabachadas,  
despiden rayos de fuego  
que los sentidos abrasan.  
Su nariz de perfil griego  
armoniza delicada  
con la prolija belleza  
de su encantadora cara.  
Su tez de blanco trigueño,  
como la seda resbala  
por su finura esquisita  
cual sucede á la africana,  
y su cabello de ébano  
que brilla como la plata,  
da á su rostro el esplendor  
de las hechiceras hadas.  
Toditos los que la miran  
con entusiasmo la alaban,  
y ella en pos de su hermosura  
miles de flores arrastra.  
Va en busca de su futuro,  
artesano de crianza,  
que dió á luz la gran Sevilla  
en el barrio de Triana;  
hombre honrado cual ninguno,  
de empuje y de buena traza,  
conocido por el nombre  
de Manolillo *manasas*,  
y oficial de carpintero  
que á fino nadie le iguala.  
Síguela un noble cortejo  
de adoradores, que claman  
por rendir ante sus piés  
cuanto su poder alcanza;  
pero ella ni se estima  
en tan poco, ni repara  
en la gentil comitiva  
que la encomia entusiasmada.  
De todos los que pretenden  
ser dueños de la *salada*,  
y enajenados tras ella  
la prodigan alabanzas,  
el mas tierno y atrevido  
es el marqués de la Algaida,  
jóven, bello y elegante,  
pero tonto por desgracia;  
de aquellos que se figuran  
que á su título y sus gracias

no hay bella que no se rinda  
y los adore fanática.  
Zumbándole va á la oreja  
como un abejon, y Paca  
de cuando en cuando le dice  
parándose y con cachaza:  
*Ea, no sea osté guason,*  
*que yo no quitéo fantasmas.*  
Mas el jóven importuno  
no comprende estas palabras,  
y con nuevos chicoleos  
vuelve impávido á la carga.  
La andaluza conociendo  
sus necias extravagancias,  
por último le desprecia,  
sigue su camino y calla.  
El marqués, que este silencio  
interpreta, ya proclama  
la conquista por segura  
dando á su fortuna gracias,  
y apasionado cogiendo  
la mano de la *salada*,  
intenta en su desvario  
violentamente besarla.  
Pero al punto que ella siente  
que la tocan ¡¡¡Virgen Santa!!!  
no con tan dura fiereza  
ni con violencia tan rápida  
acomete el toro herido  
al picador en la plaza,  
ni la leona destroza  
entre sus sañudas garras  
al tigre, que los cachorros  
de su cueva le arrebató,  
como embiste la andaluza  
al atrevido *fantasma*  
dejándole sin faldones,  
sin pechera ni corbata,  
con el rostro ensangrentado,  
que á la verdad daba lástima;  
y después de reducirle  
á esta situación amarga,  
calmándose de repente  
le dijo: *Don mala facha,*  
*aprenda osté en adelante*  
*á no tener nunca guasa,*  
*y sepe osté que en mi tierra*  
*las mosas é mi calaña,*  
*á los hombres atrevidos*  
*y que carecen de lacha*  
*como osté, siempre contestan*  
*cual Paca la resalaa.*

El marqués, atacado tan bruscamente por una muger con honores de diablo, y cuando menos lo pensaba, no tuvo tiempo de ponerse en salvo, ni buscar una situación defensiva; así es que sufrió la lluvia de arañazos, bofetones y puntapiés que por vía de gratitud á sus caricias tuvo á bien descargar *La Paca* sobre su elegante humanidad, y se retiró á su casa mohino, desgredado, con medio bigote, medio frac, media camisa, medio sombrero y un tanto y medio de vergüenza, jurando solamente para sus adentros no volver á aproximarse ni á una legua de distancia á esta clase de mugeres, y asegurando que no hay virtud mas espresiva y justificada que la que le hizo conocer su necia y atrevida conducta con tan notable deterioro físico y moral de su individuo.

En la relacion que hemos hecho, la verdad ha guiado nuestra pluma. El tipo de la muger del pueblo andaluz es el mismo que queda descrito; y el último rasgo que lo caracteriza, es la *altivez* y *fiereza* con que se pinta en el romance cuando se considera ofendida en su decoro.

A. DE BELMAR.

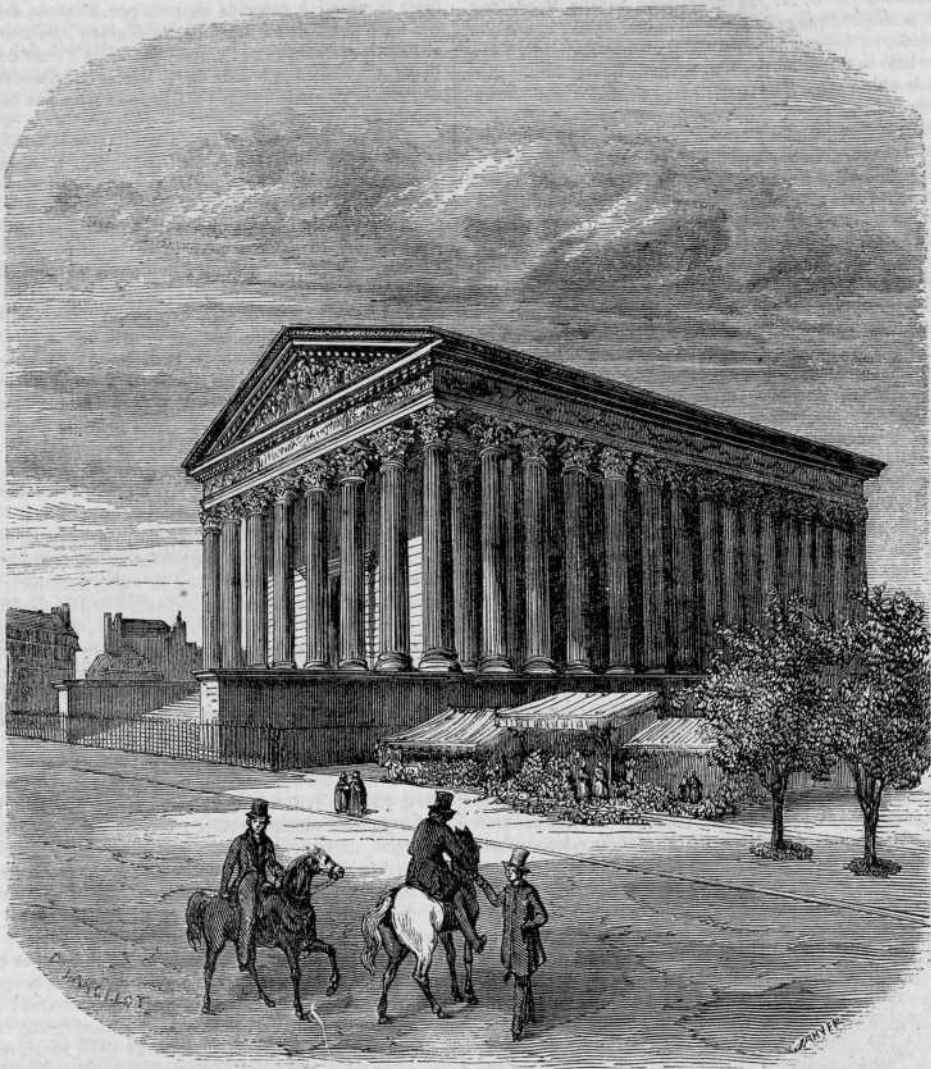
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*Mas vale ser cabeza de raton que cola de leon.*

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





LA MAGDALENA

La iglesia de la Magdalena, que es un verdadero templo del gusto antiguo, es el cuarto edificio religioso construido sobre el sitio que hoy ocupa. El primero se remonta á principios del siglo XIII. En esta época existía ya en el mismo local una pequeña iglesia, que llevaba el nombre de la ciudad del Obispo, á causa de una granja que el obispo de París poseía entonces en aquel lugar. Hacia la conclusion del siglo XV la *ciudad del Obispo* era muy concurrida, y como cada día iba en aumento, fué indispensable aumentar su tamaño y construir una iglesia mas espaciosa y mas sólida: el rey Carlos VIII, atendiendo á esta necesidad, puso la primera piedra en 1487. Carlos IX estableció una hermandad de penitentes, á la que pertenecían él y su muger la reina Ana de Bretaña; mas la iglesia no llegó á ser parroquia hasta el año de 1639.

Veinte años después fué reemplazado por otro, poniendo la primera piedra Ana María Luisa de Orleans, y entonces recibió el nuevo templo el nombre de Iglesia de la Magdalena. Yendo aumentándose la poblacion, fué preciso erigir un templo mas espacioso y mas vasto aun, que es el que nos ocupa, y al que dió principio Luis XV en 1764, encargando los planos al arquitecto Constant; pero como murió en 1777 se encargó su continuacion al arquitecto Conture. Los acontecimientos de 1789 suspendieron los trabajos hasta el año de 1808, en que concibiendo Napoleon el proyecto de convertir este edificio en un *Templo de la Gloria*, le consagró al grande ejército.

Todo el edificio fué trasformado para recibir su estructura actual, que está modelado conforme á los diseños de Pedro Vignon. Por muerte de este arquitecto, sepultado bajo la puerta principal de dicha iglesia, le sucedió Mr. Fluve, miembro del Instituto y de la Academia

de Bellas Artes. En 1813 los trabajos se paralizaron, hasta 1816 en que se volvieron á continuar por orden de Luis XVIII, destinando á la Magdalena á un monumento espiatorio en honor de Luis XVI y de María Antonieta. Los trabajos caminaron entonces con mucha lentitud, y cuando la revolucion de julio de 1850 todavia no estaban concluidos. En esta época el rey Luis Felipe quiso tener la gloria de concluir este edificio, como el palacio de Orlay y el arco triunfal de la Estrella.

Este vasto monumento, construido sobre el modelo de un templo romano, forma un paralelogramo de 100 metros de largo sobre 40 de ancho, elevándose sobre un basamento de 4 metros de altura, rodeado de 52 columnas acanaladas, de orden corintio, de 15 metros de altura, de 5 de circunferencia y de 2 metros y medio de diámetro. Estas columnas estan aisladas y son de mucha elegancia. El peristilo se forma una doble linea de columnas, presentando cada estremidad del edificio ocho columnas de frente y 18 por el costado. La fachada principal, adornada de todo lo que la escultura puede producir, es magnífica y grandiosa, y nada hay comparable con su riqueza y su elegancia.

El frontis, obra maestra del escultor Lemaire, representa el juicio final. Las figuras tienen 5 metros, 33 centímetros de proporcion: en medio del frontis se halla Jesucristo, á su izquierda la Magdalena en de una actitud suplicante é implorando el perdón de los pecadores representados por los siete pecados capitales, y á quienes rechaza un ángel con una espada y esta inscripcion latina *Vae impiis!* A la derecha del Salvador se halla un ángel que acaba de tocar la trompeta del juicio final; detrás de él estan las virtudes teologales, después un ángel ayudando á un *justo* á salir de la tumba, sobre el cual ha grabado el artista estas palabras latinas: *Ecce dies salutis*, y debajo la

inscripcion siguiente: *D. O. M. Sub invocatione Sancte Magdalene.*

La puerta principal, que es de colosales proporciones, es una obra única en su género, y fué compuesta y ejecutada por Triquesti, y fundada en bronce bajo su direccion por MM. Richad, Eck y Durand; tiene 10 metros de altura sobre 5 de largo, y representa los mandamientos de la Ley de Dios.

La galería de la derecha mira á los boulevares; tiene 14 nichos que comprenden otras tantas estatuas, y entre las que se ven las de Santa Teresa, San Eugenio, San Francisco de Sales, San Gabriel, debidas todas al cincel de los mas afamados escultores. Igual número de estatuas hay tambien en la galería de la izquierda, que son otras tantas obras maestras de célebres escultores.

El interior de la iglesia es admirable, y corresponde á la magnificencia y riqueza exterior. Arquitectos, pintores y escultores, todos han ido á dejar allí un testimonio eterno de la grandeza de su genio.

La iglesia de la Magdalena está consagrada al culto católico, y fué bendecida por el arzobispo de París el año de 1842, con ocasion de los funerales de M. Humann, par de Francia y ministro de Hacienda. Hoy este monumento es sin disputa uno de los mas bellos y de los mas magníficos de la capital.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### TERCERA AMPLIACION.

La venida de la corte á Madrid, y el considerable aumento que fué consiguiente en su poblacion, hizo estenderse de tal manera sus límites, que á vuelta de muy pocos años borró las huellas de los anteriores, destruyó sus cercas y murallas, é hizo avanzar sus puertas, quedando solo los nombres de las antiguas como recuerdos históricos á los sitios en que estuvieron.

Este rápido crecimiento, que triplicó ó cuadruplicó en poco tiempo el antiguo caserío de la villa y su arrabal, se verificó simultáneamente por todos lados, excepto á la parte occidental, donde aun continuaron como continúan, sirviéndola de límites el Real Alcázar y los enormes desniveles ó Cuestas de la Vega y las Vistillas que bajan al rio Manzanares.—La puerta de Segovia, ó Nueva de la Vega, construída por entonces, así como el famoso puente frontero, obra del insigne Juan de Herrera, y el último trozo de calle del mismo nombre, desde las casas de la Moneda, adelantaron algun tanto sin embargo por aquel lado, rebasando la antigua muralla.—Multiplicóse extraordinariamente el caserío entre los altos de las Vistillas y el ya antiguo convento extramuros de San Francisco. Convirtiéronse en calles animadas el camino ó Carrera que á este guiaba desde la vieja Puerta de Moros, el humilladero de Nuestra Señora de Gracia; las tierras y huertas contiguas al camino real de Toledo; siendo necesario colocar la salida á este (que como ya queda espresado anteriormente se hallaba entre la plazuela de la Cebada y San Millan) mucho mas abajo, y en el mismo sitio próximamente adonde está la actual puerta de Toledo.—El Rastro, la dehesa de Arganzuela y de la Villa; la de la encomienda de Morataz; la huerta del clérigo Bayo, y los rápidos desniveles y barrancos, ventas, tejares y mesones en direccion al barranco de Lavapiés, se trasformaron en las célebres barriadas de estos nombres.—La puerta de Anton Martín fué sustituida por otra denominada de Vallecas, situada cerca del arroyo de Atocha, estendiéndose hasta ella la hermosa calle de este nombre; y se formó la alameda en el antiguo prado de Atocha, desde el famoso santuario de aquella veneranda imágen hasta la subida á San Gerónimo. La parte de dicha alameda, que después llevó el nombre de este último monasterio, y hoy es la principal de aquel magnífico paseo, se allanó y regularizó por primera vez, segun el testimonio del maestro Juan Lopez de Hoyos, en 1582, con ocasion de la entrada solemne de Doña Ana de Austria, última esposa de Felipe II.—La Puerta del Sol avanzó por este tiempo al camino de Alcalá, como hácia adonde está hoy la entrada del Retiro, y entonces se formaron y poblaron la principal y hermosísima calle de Alcalá, y el estendido cuarto de circulo de E. á N., trazado entre ella y las de la Montera, Hortaleza y Fuencarral, á cuyos extremos se abrieron los portillos de Santa Bárbara y de los Pozos de la nieve.—Colmóse el otro inmenso distrito entre esta última calle y la ancha de San Bernardo (llamada entonces de los Convalcientes), á cuyo final pasó la puerta que estaba en la plazuela de Santo Domingo; y por último las Puestas nuevas, hechas por D. Joaquín de Peralta, y demás hácia el monte de Leganitos, terminaban al N. y N. O. con los portillos de Maravillas, de Amaniel, del Conde-Duque y de San Joaquín (hoy de San Bernardino), quedando

fuera la posesion conocida después por Montaña del Principe Pio, con las huertas de las Minillas, la Florida, Buytrera y otras hasta el Puente del parque de Palacio, que venia á estar donde hoy la fuente del Abanico, á la bajada de las Reales Caballerizas. Dicho parque de Palacio y campo llamado del Rey, se estendian como hoy hasta la bajada de la Vega.

Vese por lo dicho que los nuevos límites señalados hace cerca de tres siglos á la poblacion de Madrid, no han tenido mas alteraciones sustanciales en tan largo periodo, que la inclusion dentro de ellos del real sitio del Buen Retiro fundado por Felipe IV, y alguna consiguiente estension hácia la puerta de Alcalá; y por el lado occidental la montaña del Principe Pio, y bajada ó paseos de la puerta de San Vicente. Pero aquellos límites que entonces se señalaron á Madrid incluyendo multitud de huertas, tierras de cultivo y eriales, tardaron en rellenarse todo el siglo que medió entre la mitad del XVI á la mitad del XVII; en términos que en esta última época ya presentaba Madrid la misma figura en su perimetro y el mismo trazado de sus calles que hoy dia, salvas algunas escepciones de cerramientos ó variaciones posteriores.—De todo ello podemos juzgar cumplidamente por la inspeccion material del gran Plano grabado en Amberes en 1656, de que ya hicimos mencion, y en el cual se ve exactísimamente reproducida la topografía de esta villa, con la altura de los edificios en perspectiva caballera por la parte de Mediodía, huertos, jardines, paseos y arboledas del recinto y contornos.

En esta nueva poblacion, trazada ya para servir á mas importantes necesidades, se buscó con preferencia un terreno menos accidentado, se abrieron ó formaron en él calles mas rectas y espaciosas, algunas magníficas, como las bajas de Toledo y de Atocha, la carrera de San Gerónimo, la de Alcalá, la Montera, Fuencarral, Hortaleza y ancha de S. Bernardo; y se construyeron en ellas multitud de edificios de consideracion.—Sin embargo, es de lamentar que á la ereccion, puede decirse de nueva planta, de la villa capital del reino, no presidiese mayor gusto y esmero; no se tuviesen en cuenta ciertas condiciones indispensables para su futura prosperidad.—No pretendemos por esto que la nueva villa fuese improvisada con la regularidad y fatigosa monotonía de un tablero de damas; sino que procurándose todo lo posible la nivelacion de los terrenos, dándose á todas sus calles la conveniente anchura, cortes y comunicaciones, proporcionándose á distancias convenientes plazas regulares y desahogadas, avenidas y puntos de vista calculados, se hubiese en ellas construído el caserío con cierta regularidad y algunos edificios públicos de necesidad y grandiosa perspectiva; hubieran en fin consignado los arquitectos de aquella época en la corte del reino el buen gusto y magnificencia que ostentaban en otras ciudades y en las nuevas que por entonces se fundaban en la América española.—No fué sin embargo así, y ni los tesoros del Nuevo Mundo, ni la fuerza de voluntad, poderío y alta inteligencia de Felipe II, ni el colosal y privilegiado talento de Juan de Herrera y sus contemporáneos los Toledos, Monegros, Moras y Vegas, alcanzaron á imprimir á Madrid aquel sello de grandeza y majestad que requería la corte de la monarquía española.—La puente segoviana, obra del primero de aquellos grandes artistas; la plaza Mayor, del reinado de Felipe III, y el sitio del Buen Retiro, obra de Felipe IV, son los tres objetos mas dignos que recibió la corte de los monarcas de la austriaca dinastía; pues por un error lamentable, aunque muy propio de aquella época, al paso que señalaron su esquisita piedad y consumieron sus tesoros en fundar dentro de sus muros sesenta ó setenta conventos con otros tantos templos, todos medianos y nada mas, descuidaron elevar una catedral digna de la capital del reino, y dotar además á esta de los otros edificios públicos necesarios para su administracion, orden y decoro.

Los particulares, á su vez, siguieron á aquel mal ejemplo, y procedieron sin gusto y sin concierto en la construccion del caserío. La grandeza del reino, agrupada en derredor del trono y viniendo á formar parte de la poblacion de Madrid, se contentó con levantar enormes casarones, que solo se diferenciaban de los demás por su inmensa estension, y el vecindario en general, dividiendo y subdividiendo hasta un término infinito los terrenos ó solares, llegó á formar hasta el número próximamente de las siete mil casas que hoy cuenta Madrid; pues si por un lado la abundancia de jardines pertenecientes á ellas, y la multitud de grandes monasterios que hoy se ha utilizado para construcciones particulares, ocupaban una buena parte del perimetro, por otro los edificios construídos posteriormente son mucho mas estensos, como que en cada uno de ellos se han ocupado los solares de tres ó cuatro de las antiguas casas, cuyo número puede por lo tanto calcularse en el dia como equilibrado con el anterior.—En cuanto á las doce mil y mas que suponen los entusiastas historiadores del siglo XVII, solo puede esplicarse por el lente de aumento con que solian mirar á Madrid, ó por la hiperbólica dición de un par de casas con que acostumbraban designar á cada edificio que tenia dos pisos ó habitaciones.

Generalmente estos eran pocos por muchas razones: En primer

(1) Véanse los números anteriores.

lugar, la población era mucho menor todavía; y la vida interior del pueblo debía ser tan modesta y poco ganosa de comodidades, que quedaba satisfecha con cualquier cosa; con un hediondo portal, con una oscura y empinada escalera, y con media docena de estrechos y desnudos aposentos, coronados por un mezquino zaquizami; todo esto formado y multiplicado en el reducido espacio que toleraban los conventos, que en Madrid, como en la mayor parte de las ciudades del reino, constituían la parte principal de la población; y aun aquella tolerancia en favor del vecindario estaba las mas veces limitada en la altura de las casas, en el número de las ventanas, en sus salidas y comunicaciones, que no habian de privar de las luces, ventilación é independencia á los amplios monasterios contiguos ó fronteros; no habian de registrar sus espaciosos huertos, ni impedir que sus estendidas y solitarias cercas dominasen en calles despobladas, y sus elevadas torres levantasen hasta el cielo sus agujas y chapiteles.

Por último, otra razon muy poderosa para limitar y reducir á mezquinas condiciones el caserío general de Madrid, fué la gravosa carga que el establecimiento de la corte trajo consigo, y era conocida con el nombre de *Regalia de aposento*.—Este pesado servicio del alojamiento de la real comitiva y funcionarios de la corte, recaía naturalmente sobre las casas que tenian mas de un piso y cierta espaciosidad; y aunque posteriormente y cuando en 1606 se restituyó á Madrid la corte desde Valladolid (adonde se habia llevado en 1601), fué compensado y capitalizado aquel penoso gravámen con el servicio de 250,000 ducados que ofreció la villa por equivalente á la sesta parte de los alquileres de las casas durante diez años, continuó pesando en esta forma exclusivamente sobre todas las que tenian *mas de un piso*, razon por la cual continuaron las construcciones de *malicia* ó solo piso bajo. Así lo vemos espesado terminantemente, entre otros varios documentos de la época, en el primitivo *Registro general de aposento* concluido en 1631 (manuscrito interesante que posee uno de nuestros amigos) donde dice:—«Calle de Toledo (antes de la *Mancebía*). Una casa de Mari-Mendez, mujer de Blas Caballero, soldado de la Guardia Española, que era de *aposento*, y el que mandó se hiciese de *malicia*, tasada en 56 ducados.»—Aludiendo tambien á esta espresiva significacion de aquella palabra, dijo el festivo Quevedo hablando en uno de sus romances de cierta mujer de mundo de las que él solia retratar:

«Por no estar á la malicia  
labrada su voluntad,  
fué su huésped de aposento  
Anton Martín el galán.»

Una sola ventaja, aunque indirecta, resultó á la villa de Madrid de este penoso impuesto, y fué la disposicion acordada en 1749, reinando Fernando VI, de hacer una *visita* y reconocimiento general de todos los edificios de la población, numerarlos, aunque por el imperfecto método de dar la vuelta á cada manzana, señalar fijamente la cuota por la que cada una de las no exentas habia redimido aquel servicio, indicar las sucesiones en su propiedad desde cuando podia ser conocida, y trazar, en fin, en sendos planos las 537 manzanas con la figura geométrica del solar ó planta de cada casa, cuyo trabajo precioso y detallado forma doce grandes volúmenes en marca imperial: los seis primeros comprensivos de los *planos*, y los otros seis de la medicion, renta y propiedad de los edificios. Magnífico estudio y trabajo en que tomaron parte como arquitectos de la Real Hacienda y de la villa D. José Arredondo, D. Ventura Padierne, D. Nicolás Churriguerra, D. Fernando Moradillo y D. Francisco Perez Cabo, y autorizado por D. Manuel Miranda y Testa, caballero del hábito de Santiago, visitador general de real aposento, y D. Miguel Fernandez, teniente director de la Real Academia de S. Fernando y teniente arquitecto principal del Palacio Nuevo, como arquitecto del juzgado y visita de aposento, no quedó concluido hasta 20 de diciembre de 1767 reinando ya Carlos III (1). Esta primorosa *Planimetría*, que probablemente será la única en las ciudades de España, y en que no escederán, si llegan, ninguna de las que puedan haberse trazado de las principales capitales extranjeras, se hizo, sin embargo, modesta aunque concienzudamente, sin altas pretensiones estadísticas, y con un objeto muy subalterno por la Real Hacienda.—En cuanto á la villa de Madrid, á quien principalmente interesaba tan prolijo conocimiento de su topografía y riqueza urbana, no tomó, al parecer, parte alguna en ella, y ni aun se ocurrió á su cuerpo municipal el natural deseo y justísima solicitud de obtener para su archivo una *copia* de aquella importantísima obra. Sacáronse, sin embargo, tres idénticas al original, que fué destinado

y se conserva en la que fué *Contaduría de aposento*. Una de ellas se depositó en el *Archivo general de Simancas*; otra en la *Biblioteca Real*, y otra en la *Academia de Nobles Artes de S. Fernando*;—y el *Ayuntamiento de Madrid* durante el siglo trascurrido, y los arquitec-tos municipales, siempre que han necesitado (y necesitan todos los dias) trazar una alineacion, resolver una duda de propiedad, ó medir un edificio, acuden modestamente á consultar aquellos datos fuera del *Archivo de la villa*.—Por decoro é interés de esta, no podemos menos de denunciar tan vergonzoso descuido, y excitar al ayuntamiento, para que aprovechando la ocasion de haberse casi suprimido por redencion general y voluntaria la renta de aposento, y no siendo ya necesario en las oficinas de Hacienda de la provincia, adonde se han refundido las antiguas de la regalia, el magnífico ejemplar original de aquella obra que yace arrumbado en sus estantes entre el polvo secular, se apresure á solicitarlo del Gobierno antes de que desaparezca ó se inutilice de cualquier modo.

Con este motivo, y habiendo hecho mencion de aquel esquisito trabajo, no podemos menos de consignar aqui la gratitud que le debemos y á sus modestos autores, por habernos proporcionado la mayor parte de las noticias estadísticas é históricas de las casas de Madrid que dejamos emitidas y seguiremos emitiendo en estos *recuerdos*, las cuales hubiera sido imposible precisar sin tener á la vista aquella operacion preliminar de la numeracion y planimetría de Madrid, no verificada, como queda dicho, hasta la mitad del siglo pasado.

La cerca general que marca hoy los limites de la villa, tardó todavía un siglo en construirse, como se puede ver por la Real cédula espedita por el señor D. Felipe IV, fecha 9 de enero de 1625, en que se manda al ayuntamiento de Madrid levantarla, aplicando para ello la sisa del vino, que antes lo estuvo á la obra de la plaza Mayor. Dicha Real cédula (que obra en el archivo de la villa) espresa claramente que la mencionada cerca se labró, mas bien para contener que para favorecer la ampliation, error que ahora lamentamos y que impidió á Madrid continuar su conveniente desarrollo. Hé aqui los términos en que está concebido el curioso preámbulo de dicha Real cédula:

«Desde muchos años á esta parte se han reconocido los daños que se causan de no estar cercada la villa de Madrid donde reside mi corte, así por lo que sin limites se van estendiendo los edificios, como por las salidas que hacen al campo las mas de las calles, y ser por ellas franca y libre la entrada de gente y mercaderías en el lugar, por no poderse poner en ellas (siendo tantas) la guarda que conviene, con lo cual falta tambien la noticia necesaria de los que entran y salen en esta corte, y á los delincuentes les es fácil salir de ella y librarse de no ser presos por las justicias, que tendrian mas mano en su prision si las salidas fuesen ciertas. Y siendo de tanta importancia para la conservacion de mi Real Hacienda y las alcabalas y sisas que se me pagan, que de tal manera entren los bastimentos y mercaderías por puertas ciertas en que se registren, que no puedan divertirse ni entrar por otras, y que esta misma utilidad y conveniencia se halla cuanto á la administracion y beneficio de las sisas que para causas públicas tengo concedidas á esta villa, y mucho mayor y de necesidad precisa para guardarla, si lo que Dios no permita, sucediese en ocasiones de peste; habiéndome diversamente consultado por los de mi consejo, y considerando en esto atentamente, he acordado que en la posada de vos, el presidente, se haga una junta para este efecto en que se hallen con vos los dichos Pedro Tapia y Gil Imon de la Mota, el corregidor de Madrid y seis diputados que estan nombrados ó se nombrasen en adelante por el ayuntamiento de esta villa... y someto á la dicha junta para que en ella ordenéis y dispongais que con la mayor brevedad que se pueda se cercque esta dicha villa por las partes y sitios y con la forma de edificios que por vosotros en la dicha junta se acordase, dejando las puertas que conviniere y fuesen necesarias en las principales entradas y salidas de esta villa, cada una con la fábrica y adornos que os pareciese segun los sitios y parte donde bubiesen de quedar, etc.»

Dicha cerca se emprendió á consecuencia de esta Real cédula y á costa de la villa y por el real patrimonio, que tomó á su cargo la parte del nuevo sitio del Buen Retiro, de la Montaña del Príncipe Pio, y del Parque; pero tardó mucho tiempo en concluirse; de suerte que algunos años después pudo muy bien decir el maestro Tirso de Molina en una de sus comedias (1).

«Como está Madrid sin cerca,  
á todo gusto da entrada,  
nombre hay de Puerta Cerrada,  
mas pásala quien se acerca.»

Pero al fin se realizó, aunque sin pretensiones de muralla ó fortificación, y limitándose únicamente á la construcción de una débil

(1) *Planimetría general de la villa de Madrid*, y visita de sus casas, asientos, y razon de sus dueños, sus sitios y rentas, formada de orden de S. M. á virtud de real cédula fecha en San Lorenzo á 22 de octubre de 1749, rrefrendada por D. Conon Somodevilla, ma-yor de la Ensenada.

(1) La huerta de Juan Fernandez.

tapia, la misma que, restaurada en algunos trozos, existe todavía, y que si no ha servido para defender á Madrid contra las acometidas de propios y extraños, ha sido bastante para impedir su desarrollo y hacerle permanecer estacionario en los límites que se le impusieron de Real orden hace tres siglos.—El aumento de la población, de la riqueza pública y las exigencias del buen gusto, han hecho que renovándose, especialmente de treinta años á esta parte, casi todo el caserío antiguo y mezquino, se haya visto sustituido por otro más digno y propio de una ciudad principal, y que sin las trabas ya indicadas que antes embarazaban al propietario, y auxiliado además con los mayores conocimientos, buen gusto y adelantos de la época, hayan podido convertir en halagüeño y decoroso el aspecto antes sombrío y conventual de las calles de Madrid.—Pero la desdichada cerca y las puertas (algunas por desgracia modernas y monumentales), que le salen al paso, sostenidas por el interés del fisco y del presupuesto municipal, han traído la necesidad de aprovechar demasiado el terreno disponible para la construcción dentro del perímetro de Madrid, de acrecer considerablemente el valor de los solares, y por consecuencia la explotación de ellos hasta una altura desmedida, dando cuatro, cinco ó más pisos á las casas, que sin aumentar el número de edificios, sirven sin embargo hoy para albergar una población doble ó triplicada.

Este inconveniente, que de pocos años á esta parte se ha hecho más sensible, pudo y debió preverse hace mucho tiempo, y en algunas ocasiones se presentó en el siglo pasado la oportunidad de su remedio; por ejemplo, cuando la construcción del nuevo real Palacio, que según la idea de los arquitectos Jubara y Saqueti debió haberse verificado en los altos de S. Bernardino, con lo cual se hubiera extendido naturalmente la población hacia aquel sitio más llano y despejado, cuya ocasión se perdió por el empeño de Felipe V en levantar el palacio sobre las ruinas del antiguo Alcázar.—Posteriormente cuando al advenimiento al trono español del gran Carlos III, y para celebrar la memoria de su entrada en Madrid en 1760, se elevó el magnífico arco de triunfo ó *puerta de Alcalá*, debió adelantarse esta mucho más que se hizo, hasta la esquina de aquella real posesión en que hoy está la montaña artificial, empalmando con su cerca la general de Madrid, proyectando luego el radio conveniente entre Levante y Norte, hasta ir á buscar la montaña del Príncipe Pio á la entrada de la cuesta de Areneros ó bajada á la Florida.—Las demás ampliaciones de Madrid que se han venido proponiendo hacia la parte de Occidente y Mediodía, ó son imposibles ó inútiles, por el enorme desnivel del terreno y las condiciones miserables de las calles y barrios que habían de prolongar. Algun tanto puede ampliarse hacia la puerta de Atocha; pero el futuro Madrid está, como ya dijimos, entre el otro ángulo del Retiro al Levante y el que forma la cerca de la montaña de Pio.—Así lo debió comprender también el gobierno actual, cuando en 1846 mandó levantar un plano de ampliación de Madrid por aquella parte, y aun espidió la real orden de 6 de diciembre de dicho año que disponía su ejecución.—Pero una medida de tanta magnitud no se dicta ni improvisa; un pueblo no se duplica de real orden; una ocasión no se crea, sino se aprovecha cuando viene; y lo más que tiene que hacer el gobierno en este punto, es irle preparando indirectamente, y remover los obstáculos que se opongan á la satisfacción de una legítima necesidad. En este sentido se espuso al gobierno en aquella ocasión lo conveniente, oportuno y hacedero á nombre de la corporación municipal de Madrid, y en su consecuencia quedó aplazada aquella disposición, que sin duda alguna llegará á realizarse naturalmente cuando el aumento sucesivo de la población, el surtido de aguas, el crecimiento consiguiente de la industria y la reforma de los impuestos y régimen fiscal, hagan venir á tierra las mezquinas cercas, é impulsen al vecindario á continuar el caserío más allá de ellas, convirtiendo en estensas barriadas y magníficas calles las tierras, huertos y paseos que median entre el camino de Alcalá y la Fuente Castellana, entre esta y la montaña del Príncipe Pio.—Todavía sin embargo, á nuestro entender, tardarán muchos años hasta hacerse apremiante esta necesidad, pues que dentro de los límites actuales de Madrid existen aun calles, barrios y distritos enteros, como los del Barquillo, Maravillas y Aflijidos, apenas poblados más que de un feliz y miserable caserío, y que naturalmente ha de renovar el interés privado antes que ir á poblar el exterior. Lo más que veremos los vivientes será el irse formando y regularizando como *arrabales* el de la izquierda de la puerta de Alcalá desde frente á la esquina del Retiro á la huerta de la Veterinaria; el del barrio de Chamberí, y el de la puerta de Atocha, pudiendo además formarse otro muy conveniente á la bajada de la *cuesta de la Vega* en el sitio llamado de *la Teta*, compuesto de edificios propios para almacenes, fábricas, talleres, posadas y carreterías.—Con cuyos cuatro *arrabales* ó burgos exteriores, tendrá muy suficiente Madrid para todo lo que falta de siglo.

## ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS-VIDRIOS, GUI SANDO Y ESCALONA.

## CARTAS A UN AMIGO.

## II.

Por fin satisface, señor D. Juan, la curiosidad de conocer los toros más célebres de España: aquellas antiguas piedras de los valientes toros de Guisando, que levantó en peso el caballero de los Espejos, por agrandar á su Casildea de Vandalia, empresa (al decir de Cide Hamete Benengeli), mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Pero si la admirable fábula del mayor ingenio que vieron los pasados siglos y esperan ver los porvenir, hizo famosas tan rudas moles por toda la redondez del mundo, un verdadero y felicísimo suceso de eterna memoria tenía derecho á exigir de los españoles, no solo que pusiesen á salvo de las injurias del tiempo y de la bárbara guerra de carboneros, pastores y gañanes aquellos simulacros, la venta que junto á ellos estuvo, y el monasterio frontero, sino que todo ello defendiesen bronce y mármoles indestructibles. ¿Quién olvida que por Enrique IV y sus magnates fué con juramento aclamada aquí heredera del cetro de Castilla la santa y varonil matrona que en justicia y paz había de gobernar sus reinos, unirlos en uno, de divididos que estaban, acorralar en Africa á los alarbes, descubrir regiones desconocidas, y dejar á los monarcas de la tierra el mas perfecto dechado de todas las virtudes? En este día (19 de setiembre de 1468), y en este sitio brotó la libertad de España, y por vez primera en el espacio de treinta siglos, de esclava se proclamó señora.

Pero el ánimo padece al contemplar dominando hoy la destrucción por todas partes. Ya no existe la venta de Tablada, en donde se aposentó Isabel (1). Pronto, muy pronto, no existirá el monasterio de gerónimos de Guisando, desde cuyos muros el rey veía llegar á los llanos su hermana la princesa (2). Dos de los cinco toros de piedra berroqueña estan despedazados, y los restantes no tardarán en serlo. ¿Qué mas? Del pueblo de Navahondilla, en la falda del cerro, no queda en pie sino un pedazo de la torre de la iglesia. Más reprimiendo las reflexiones que á la imaginación agolpan en aquella soledad tanta gloria, tanta ruina y tanto olvido, vengamos á nuestro propósito.

Encuéntrense los toros dentro ya de Castilla la Vieja, casi á igual distancia de Talavera, Segovia y Toledo, entre Cebreros y Cadalso, poco mas de media legua al norte de esta población; se apartan al Ocaso una muy corta de la de San Martin de Valdeiglesias; al pie de la asperísima sierra de Guisando (nombre de inflexion goda), junto á la cañada real, donde por ser camino cosario ó cursado (como dice el elegante cronista de los gerónimos), erigieron la memoria de aquellos bultos de piedra.

Si en lo antiguo fueron toros ó elefantes, *adhuc sub iudice lis est*; á mí me parecen lo segundo: en todos hallo el agujero donde se engastaba la cola, no los respectivos á los cuernos, y me sería muy difícil afirmar si el pie es redondo ó de pezuña hendida. Pero si, como las obras de aquel desalmado pintor Orbaneja, piden un letrado que diga: *este es gallo*, démosles el nombre con que son conocidos en la historia, el mismo que les dieron Cervantes y los reyes de Castilla. Mas acertada va la opinion que los tiene por obra de romanos, y no de cartagineses, porque en ninguno de los trescientos y tantos monumentos de esta clase que hace dos siglos se contaban en la península, jamás se advirtieron caracteres púnicos, y si por el contrario inscripciones latinas (3).

Son de una pieza con el plinto sobre que descansan, y estan colocados á este modo:

1 2 3 4  
5

Al 1 le falta la espalda. El 2 roto los pies cayó á tierra; pero el 5, ya en el siglo XV, destrozado y partido se confundía con los muchos pedruscos de aquel sitio. Por eso el cronista murciano Diego

(1) Fué su sitio muy cerca, y al mediodía de los toros. Estos se hallaban dentro de una viña del *bon vin de San Martin*, propia de los gerónimos, que ha desaparecido. Una bardilla de piedra, de que distan diez pasos, los defiende contra el camino.

(2) No debe confundirse á Guisando, villa del partido de Arenas de San Pedro, con el monasterio de gerónimos de Guisando, enclavado en el partido judicial de San Martin de Valdeiglesias.

(3) Pellicer discutió sobre ellos en su *Borghisthema*, ó esplicacion de la casa de Borja. Tienen todos estos simulacros figura de elefantes, becerros ó javalies, y gozan de celebridad los de Beja, Evora, Ciudad-Rodrigo, Toro, San Felices, Salamanca, Lumbrales, Contienda, Ledesma, Tardillos, Monleon, Palomares, Avila, Villatoro, San Juan de la Torre, el Berraco, Segovia, Coca, Torralba, el Molar, Guadarrama, Talavera la Vieja, Baños y Segorbe. El toro de la puente de Salamanca era nombrado por la inolvidable calabazada del Lazarillo de Tormes. En uno pequeño de Avila se leia esta memoria: á Barrieno, hijo de Mañon.

BVRR.  
MAOLONIS.  
F.

Rodriguez de Almela hácia los años de 1481 habló únicamente de cuatro toros en su *Tratado ó compilacion de las batallas campales que son contenidas en las estorias escolásticas é de España*. Muchos escritores lo han repetido después: yo mismo, sin embargo, he visto los grandes fragmentos del 5 en la colocacion que dejó indicada (1).

Famosas por todo el mundo son las supuestas inscripciones de los simulacros de Guisando, relativas á la guerra de César con los hijos de Pompeyo, fingidas segun el testimonio de D. Antonio Agustín por Ciriaco Anconitano. El P. Sigüenza, voto de mayor escepcion en el caso presente, las conceptuaba no muy auténticas; y de ellas jamás en estas moles ha visto nadie el menor rastro. No hace fuerza que en sus cartas inéditas el licenciado Juan Fernandez Franco diga que «Juan Gines de Sepúlveda las vido y leyó con atencion» y le remitió un traslado, porque es indudable que lo que hubo de ver este fueron las tablas enceradas, con los caprichosos letreros, colocadas en la hospedería del convento desde mediados del siglo XVI, para cebar en la curiosidad de los viajeros y hacer renombrados aquellos montes.

Hay discordancia en el paraje donde estaban esculpidas las inscripciones. Quién dice que se hallaban en las ancas de los toros; quién que en los costados; quién que en los plintos. Todo es falso. Pero no puedo resistir á la tentacion de trasladarlas á esta carta en nuestro vulgar romance:

1.

Desbaratados aquí en los campos de Baza  
los hijos del Gran Pompeyo, Sexto y Gneo,  
feneció en gran parte la guerra de César y de la patria.

2.

Al cónsul Cecilio Metelo  
dos veces vencedor.

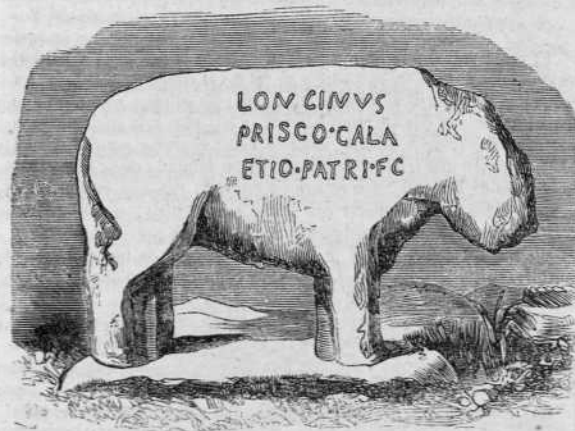
3.

El ejército vencedor,  
rotos los enemigos.

3.

En honra de Lucio Porcio,  
que administró escelentemente la provincia,  
pusieron este monumento  
los pueblos Batestanos.

Compadeciéndose mal tales memorias con los montes de Castilla la Vieja, forjaron algunos geógrafos por aquí una region *Batestana* con su capital *Bateste*, y soñaron ciertos historiadores, entre ellos el arcediano D. Lorenzo Padilla, que después de la jornada de Guadalete, el príncipe moro Abenyuzaf tomó carros é ingenios, y arrancando con su ejército de los campos de Rouda, llevó estos simulacros hasta donde habia plantado sus triunfadores estandartes. Doctos varones creyeron la fábula, que es fácil de engañar el hombre verídico, y por lo menos logran siempre convertir la historia en un caos los traficantes en mentiras.



Sin embargo existe, y existirá mientras la piedra, una inscripción legítima, entallada en el costado derecho del 4 toro con buril muy profundo, para desarrebozar las imposturas del Anconitano; em-

(1) Entre el primero y el segundo hay 6 pies de distancia; pero entre cada uno de los otros dos media la de 15. La altura del que va dibujado al frente de esta carta, es de 6 pies, sin hacer mérito del zócalo; el largo, desde mitad de la frente á la cola, 10 pies 6 pulgadas; el grueso de esta mole 41 pies 5 pulgadas.

pero valiéndose de inexacta copia, Morales y Mariana la interpretaron mal. Hé aquí su sentido:

4.

Longino puso esta memoria  
á Prisco Calecio, su padre.

No es fácil averiguar el destino que tuvieron estos monumentos en su origen. Parece lo menos aventurado suponerlos piedras terminales de regiones ó provincias, y pudiera sospecharse fuéron erigidos en el sétimo consulado de Augusto (727 años de Roma, 27 antes de Cristo), cuando se reformó la division del hispano territorio. Acomodada á la civil la de los obispos, y conservando fielmente la Iglesia los estatutos antiguos, hallamos para afirmar semejante opinion datos muy apreciables en la circunstancia de concurrir en estos sitios los confines de las diócesis de Toledo, Avila y Segovia, y en remotísimos tiempos los limites de las regiones de los *carpentanos* y *vettones*, *vaceos* y *arevacos*. Durante la república tambien pasaba por aquí la línea que dividía la España ulterior y ceterior y las provincias *Bética*, *Tarraconense* y *Lusitana*, y de ello nos ha quedado memoria en una piedra que cita Masdeu, la cual estaba seis leguas al Norte en el puerto de la Palomera, con tales palabras:

*Hic est Tarraco et non Lusitania.*

*Hic est Lusitania et non Tarraco.*

Todo pues conspira á estimar como términos de espesadas regiones y provincias los renombrados toros de Guisando.

Puestos en una estensa llanura tienen al cierto las montañas de Avila; á cuya parte convirtiendo la vista, hallamos que durante la dominacion romana se acercaban los *vaceos* hasta las viñas de Tiemblo por el N. N. O., y de allí se estendian por todo el Norte los *arevacos*. La vega y poblacion de San Martin de Valdeiglesias al Oriente, y al Mediodia las siempre verdes cumbres de Cadalso con su *Peña-Muñana*, el arroyo de Tórtolas y el puente que divide ambas Castillas, estaban enclavados en el limite setentrional de la *Carpentania*, y juntamente los toros. Miran estos al Ocaso, donde á un tiro de fusil descuella el monasterio y la Sierra de Guisando, la cual pertenecia á los pueblos *vettones* en aquellas edades primitivas.

Está vestida en todo tiempo de gran hermosura y variedad de plantas, entapizándola robles, acebos, pinos, jaras, yedras, cipreses y laureles, y otras mil diferencias de silvestres árboles. En el siglo XIV, reinando Alfonso XI el de las Aljeciras, se acogieron á unas cuevas que la naturaleza concertó y dispuso para la vida contemplativa á la mitad de aquellas asperezas casi inaccessibles, cuatro ermitaños de los que vivieron de Italia y se estendieron por todo el reino toledano, muerto el senense fray Tomás Sucho, el cual los habia encajinado á la soledad de las selvas. Cuevas y gran pedazo del monte eran propios de Doña Juana Fernandez, aya de la reina Doña Juana Manuel, que noticiosa de la santidad de los huéspedes, les dió aquella parte de sierra, en cuyos poyatos levantaron un claustro y un pequeño templo. Tal principio tuvo el tercer monasterio de Gerónimos de Castilla, erigido al fin en 1375 por fray Pedro Fernandez Pecha con autoridad apostólica. A la sazón se componia la comunidad de treinta religiosos, y fué electo primer prior fray Alonso Rodriguez de Biedma, varon de ejemplares costumbres. Merced á la proteccion de D. Juan I, quedó en poder de los Gerónimos todo el pinar y monte por la suma de 14,000 maravedis: hacienda propia de dos hermanos de Avila, y que por adquirirla habian pujado los Bernardos de S. Martin de Valdeiglesias. Entonces se tomaron y encañaron las aguas, y á la fertilidad del terreno se añadieron las ventajas del cultivo que convirtió aquel paraje en una selva encantada. Rotos y cegados hoy los arcauces, y obstruidos por las raices de los árboles, el agua no salta ya ni cae en hilos por los peñascos poblándolos de frutales; el hacha trunca pinos y robles; y algun fuego, desgracia cotidiana de nuestros montes, hará de aquellos sitios un páramo lastimoso.

Años adelante el obispo de Burgos D. Alonso de Fonseca ayudó con 50,000 maravedis á los Gerónimos para que levantasen mejor claustro en otro poyo mas bajo de la cuesta; pero incendiado el pinar en 1519, y devorado por las llamas el monasterio, se edificó de nuevo utilizando algo de lo que pudo salvarse. En esta ocasion le fuéron insignes bienhechores los marqueses de Villena, la iglesia y el obispo de Avila, y juntamente Felipe II; pudiendo las artes ostentar todavia mucho de las galas con que se ataviaron en aquel siglo de ingenio y de saber. El P. Sigüenza encarece como de lo bueno que entonces adquirió el monasterio las pinturas del monje Juan Correa, cuyo nombre y estado no llegaron á noticia del diligentísimo Cea Bermudez; grande ocasion para lucirse yo con esta noticia cogida al vuelo, si V., señor canónigo, no levantase la consideracion á cosas y ocupaciones mas altas. Salud, etc.

27 de julio.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE SEGUNDA.

VII.

Un tesoro.

—Sabe pues, mi querida Marciana, prosiguió el jóven en el mismo acento de misterio, que yo soy rico, muy rico, pero no es este el sitio á propósito para hacerte participe de mi secreto. Ven conmigo, añádimela tomándola de la mano á Eugenia que le siguió en silencio, y llevándola á corta distancia de aquel sitio, y junto á un álamo corpulento bajo el cual habia una especie de oyo cubierto de tierra—prefiero enseñarte mi tesoro para que te admires y comprendas en toda su extension mi felicidad; y mientras decia estas palabras, Mario, arrodillado al pié del árbol, levantaba la tierra con las manos, y en pocos momentos dejó descubierta el agujero, y patentes á los ojos de Eugenia lo que aquel sin duda llamaba sus tesoros, los cuales se reducian á un monton de huesos de caballo ú otro animal cualquiera.

La hermosa niña no pudo reprimir un grito de sorpresa al ver aquel terrible espectáculo; necesitó llamar en su auxilio todo su valor, y el interés que la inspiraba aquel infeliz para no huir de allí precipitadamente. Por fortuna, Mario, después de detenerse un momento á contemplar aquellos asquerosos restos con la misma alegría del avaro contemplando verdaderas riquezas, volvió á tapar el hoyo, mirando recelosamente á todas partes, como si temiera ser sorprendido en esta operacion.

Luego, notando que Eugenia llorosa y abatida se habia sentado en el tronco de un árbol derribado, se acercó á ella, y con el rostro radiante de placer la dijo:

—¿Has visto, Marciana mia, has comprendido cuán poderoso soy? ¿Tienes tú noticia de algun soberano que posea iguales riquezas? Con esas perlas de tan extraordinaria hermosura, con alguno de los muchos diamantes que tengo ahí encerrados, podia comprarse una provincia entera. El dia en que *ella* me lo mande, reservaré las mas bellas de esas pedrerías para hacerla una diadema imperial, y vendiendo luego las restantes, me transformaré en el primer potentado de Europa.

Y sin embargo, continuó Mario, ¿crees tú, querida Marciana, que yo soy un ambicioso vulgar, que aprecio ese tesoro por egoismo ú orgullo, como sucederia á la mayor parte de los hombres que se hallasen en igual caso? No, mil veces no. Yo he deseado ser rico para acercarme á *ella*, para rodearla de todos los goces, de todos los prestigios del mundo, para elevarla un altar donde será al mismo tiempo el sacrificador y la victima; pero no creas por eso que *ella* me ama por mis riquezas, sino porque ha comprendido el culto ardiente y sin igual que la he consagrado; porque ha querido hacerme enteramente dichoso; porque ha hallado en mi corazon otros tesoros de ternura mas ricos, mas apreciables todavía. Atiéndeme bien, Marciana, voy á contarte mi última entrevista con *ella*; tú juzgarás si aquella alma poética y sublime puede descender á tan mezquinos deseos.

Ayer por la noche la vi en este mismo sitio donde ahora nos hallamos. Hacia mucho tiempo que yo la esperaba, para enseñarla, como á tí, esas riquezas. Ella las miró con desden, y con su voz tan dulce y tan firme al mismo tiempo, me dijo echándome miradas altivas: ¿Y es esto todo? ¿Me has enseñado esas piedras preciosas para deslumbrarme? ¿Cifras en ellas las bases de nuestra felicidad? ¿No la comprendes sino en medio de la opulencia?..

Yo la interrumpí temeroso, porque hay en ella algo que me impone.

—¿Alma de mi alma! la dije estrechando sus bellisimas manos, ¿por qué me entristeces con esos reproches? En cualquier estado á que me reduzca la fortuna, siempre seré dichoso á tu lado; pero ya que el cielo me ha hecho rico, ¿por qué despreciar sus dones, que podemos emplear tan dignamente? Amada mia, esta noche he tenido un sueño muy agradable, que quiero contarte, pues quizá es un presentimiento de los goces que nos esperan.

Era una hermosa mañana de primavera, y al salir el sol bajábamos nosotros por la escalera de nuestra quinta. En el patio nos esperaban una porcion de desgraciados que te deben su subsistencia. Uno te pide que socorras á su madre, que está postrada en cama, sin poder atender al cuidado de su numerosa familia; otro te ruega que nuestro administrador le baje el precio de su arrendamiento en atencion á lo escaso de la cosecha; un padre te suplica le adelantes una pequeña cantidad para eximir á su hijo que va á entrar en quinta; y todos te rodean confiados, ninguno se dirige á mí, porque saben que yo solo soy el primero de tus vasallos.

Tú los consuelas y accedes á sus ruegos, y en medio de sus bendi-

ciones llegamos al sitio donde nos espera la alegre tropa de nuestros monteros y ojeadores. La jauria al verte corretea y se acerca á ti saltando; *Lis*, tu yegua favorita, piafa de alegría, al recibirte en su gallardo lomo, y todos nos ponemos en movimiento.

Pocos instantes después comienza la caza. El monte resuena con el galope de treinta caballos; el placer se ve retratado en todos los semblantes; se disponen las paradas, resuenan las alegres trompas, se sueltan los perros atados al salir de la quinta, que parten tras de la pista como una exhalacion.

La caza es una fiesta real, y cuando se hace contra un lobo que ha diezmado los rebaños de las cercanías, es casi un deber; por eso tú, descendiente de reyes, amas sus variados lances, sus peligros y su animacion; por eso sueltas la rienda á tu yegua, y acompañada por mí, traspones las zanjias, vuelas sobre las colinas embriagada de gozo, y olvidando en medio de tu arrebatado entusiasmo que eres la mas tierna, la mas delicada de las mugeres...

—Querido mio! me interrumpió Eugenia mirándome con ternura, cierto que es un sueño muy hermoso, muy digno de tí: mas... ¿es preciso que poseamos quintas, jaurias y caballos para realzar los sueños de tu ardiente imaginacion? ¿no has soñado alguna vez como yo con una casita blanca, muy blanca, á la orilla del mar, al pié de la montaña, oculta como un nido entre los árboles? ¿No has pensado en las delicias de una vida solitaria, consagrada al amor, en los largos paseos por el monte aspirando el perfume de la clemátida y de la belladona, viendo el sol de la tarde teñir de púrpura las puntas de los peñascos, oyendo el ruido de las esquilas lejanas, ó el canto del leñador? ¿No te has sentado otras veces en la orilla del rio, á la hora de la siesta, á la sombra de los sauces que se bañan en la linfa? ¿No has surcado conmigo las serenas olas del mar, en las noches del otoño, en un ligero esquife rápido como una gaviota de blancas alas? ¿No has contemplado desde allí la inmensidad de los cielos, el brillo de los astros, elevando tu alma á la contemplacion del que los creó tan hermosos? ¿No has arrancado moras de dulce sabor, de entre las zarzas de los vallados, ofreciéndomelas después? ¿No me has leído en las noches de invierno los versos de nuestros inmortales poetas, hablándome luego de tu cariño en un lenguaje aun mas tierno que el suyo?..

—¡Oh luz de mis ojos! la interrumpí muy embriagado de alegría, besando mil veces sus manos, aquellas manos que enloquecerán de amor á un artista tan luego como las contemple! ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, para oír de tus labios esas palabras que me enajenan? ¿Qué voz, qué lenguaje podria espresarte el infinito amor que llena mi alma! ¡Ah! me parece que todas las caricias de la tierra no serian suficientes á hacértelo comprender... Yo no me creo digno de gozar contigo; quisiera padecer, morir por tí...

Pero; Dios mio! exclamó Mario de repente, levantándose y mirando al cielo, el sol ya comienza á bañar el bosque; ya debe ser la hora en que *ella* me espera en el extremo del vallado. Marciana mia, adios; y cuidado con que me guardes el secreto... Adios, adios...

Y diciendo estas palabras el pobre loco se alejó precipitadamente.

VIII.

Pasion.

Eugenia volvió á la quinta ya bien entrada la mañana, y pasó el resto del dia al lado de su padre y de su tio el conde de Guadiela. La tierna jóven estaba al parecer serena, pero mas pálida y silenciosa que de costumbre. Los dos ancianos notaron su tristeza, y su tio la propuso que le acompañase á Sevilla, adonde debia regresar aquella misma noche á pasar una temporada al lado de su familia, en la que habia dos primas de Eugenia, que se habian educado con ella en Paris. El conde redobló sus instancias con tanto mas motivo, cuanto que su hermano el marqués de Guadalimar tenia tambien precision de hacer un viaje á Córdoba, donde le llamaba el arreglo de un pleito muy considerable, y la jóven deberia marchar con su padre ó quedarse sola en la quinta durante algunos dias.

Eugenia se escusó al principio; mas luego, como cediendo á secretos pensamientos, prometió á su tio acompañarle á Sevilla, y hasta hizo los preparativos del viaje con una especie de afan que llenó de satisfaccion á los dos ancianos.

Hay emociones en el corazon humano que pocos comprenden, pero que nadie podria espresar. Nosotros por tanto nos hemos abstenido en definir las que sintió Eugenia después de su encuentro con Mario; y siguiendo en nuestro propósito, solo diremos que amaba por la primera vez, que aun no tenia diez y siete años, y que este amor era sin esperanza; con lo cual habremos dicho lo suficiente para que el lector pueda formarse una idea mas ó menos aproximada de lo que sentiria aquella alma tan tierna y apasionada.

Eugenia llegó á Sevilla con su tio, y fué recibida por su noble familia con el mayor júbilo. Desde entonces las fiestas se sucedieron para ella sin interrupcion: sus primas, que la amaban tiernamente, la

la rodearon de los mas afectuosos cuidados, y la pobre jóven procuró, aunque en vano, borrar de su imaginacion el recuerdo de Mario. Frecuentemente se perdía en bondas meditaciones; su palidez aumentaba, y muchas veces la sorprendieron contemplando un retrato de Platon, obra de un pintor célebre, que el conde de Guadiela tenia en gran estima, porque la enamorada niña habia creído descubrir cierta semejanza entre aquel filósofo, que debe su nombre á la hermosura de su frente, y el sublime loco que moria por ella.

Sin embargo, Eugenia luchaba aun, y no quiso regresar á su quinta de Carmona, aun cuando hacia dias que su padre se hallaba ya en ella; pero no pudo resistir mucho tiempo; y comprendiendo que seria inútil prolongar por mas tiempo su martirio, volvió al lado del marqués, acompañada por dos criados de la confianza de su tío. El noble anciano quedóse sorprendido al ver á su hija, tan demudada le parecia, y en vano la preguntó con interés si tenia algun disgusto ó algun deseo que motivase su tristeza y desmejoramiento. Eugenia disimuló.

Una vez en la quinta, comenzaba para ella otra nueva lucha.

Durante una semana limitó sus paseos al jardín que aun hoy día rodea esta lindísima posesion: despues se aventuró á acercarse al bosque, hasta que por último cediendo á un impulso irresistible llegó hasta *La silla del marqués*.

Allí permaneció muchas horas esperando ver á Mario; pero este no se presentó. Al día siguiente la pobre jóven aguardó tambien en vano, y cada vez mas inquieta se acercó al sitio donde aquel tenia enterrado su pretendido tesoro... Nada... la misma soledad... Eugenia volvió á la quinta, agitada por un triste presentimiento.

Desde entonces sus padecimientos llegaron al mas alto grado; pero no obstante luchó valerosamente, luchó por última vez, bien así como el que en la mitad de un rio, próximo á un molino que va á tragarse, se esfuerza por evitar el abismo.

Mas ¡ay! todo fué en vano; la apasionada niña sucumbió; y perdido el juicio, sin darse ella misma tiempo á reflexionar, determinó salir á toda costa de la horrible incertidumbre que la atormentaba.

Una tarde montó en su yegua favorita, y despues de recorrer el bosque en todas direcciones, se dirigió sin titubear hacia la casa de Mario, llena de esa energia que dan los grandes dolores; pero conforme se aproximaba, sentia vacilar su resolucion.

Combatida por mil ideas opuestas, llegó por fin á la entrada de la calle de tilos que conduce á la puerta de la alquería, y allí se detuvo á reflexionar un pretexto para penetrar en ella, cuando vio á una anciana, que con todo el apresuramiento que sus años le permitian, se acercaba á aquel sitio, y que no bien estuvo á cierta distancia, exclamó dirigiéndose á Eugenia:

— Ah mi buena señorita! el cielo la envía sin duda: si quiere V. hacerme un favor, él se lo premiará. Estoy sola, y un hijo mio enfermo se me muere por instantes: deseo ir al pueblo á buscar al médico; pero no me atrevo á dejarle solo... si quisiera V...

— Entiendo, buena muger, entiendo, exclamó Eugenia herida en lo mas profundo de su alma; id descuidada, yo cuidaré de él durante su ausencia.

— Dios se lo pague á V., señorita. En la primera puerta á la derecha, en un cuarto del piso bajo, está *mi hijo*... Yo no tardaré en volver.

Y Marciana, pues era ella, se encaminó apresuradamente á T... mientras que la angustiada niña traspuso casi al galope la calle de árboles que la separaba de la casa.

Llegado que hubo, se apeó de su yegua, atóla á una reja del edificio, y penetró en él en un estado imposible de decir.

A corta distancia del portal encontró la puerta designada por la anciana, y empujándola suavemente, hallóse en una habitacion oscura, en que deslumbrada por la claridad exterior no pudo distinguir objeto alguno, pero en la que oyó una especie de quejido que resonó dolorosamente en lo intimo de su corazon.

A poco rato, acostumbrada ya á la ténue claridad que penetraba por la rendija de una ventana, pudo distinguir los objetos, que se reducian á una tosca mesa, algunas sillas, una alacena situada entre las dos ventanas del cuarto, y en el fondo de este una cama sumamente aseada, y en donde Eugenia distinguió el pálido semblante de Mario.

Trémula, poseida de angustia, se aproximó al lecho, y al ver de cerca al infeliz jóven, retrocedió asustada exhalando un grito de sorpresa y dolor.

Los ojos de Mario estaban ya velados por las sombras de la muerte; su boca se contraía convulsivamente; un estertor ahogado salia de su pecho, haciendo levantar la ropa que le tapaba, y en resolucion, se notaban en él todos los espantosos fenómenos con que comienza la agonía.

Al oír la exclamacion de Eugenia, el enfermo la miró sin dar señales de conocerla. Entonces ella, arrastrada por la pasion, volvió á acercarse, y dejándose caer sobre una silla, contempló un instante aquel rostro cadavérico derramando torrentes de lágrimas que desahogaron su corazon.

Luego, incorporándose de repente, se inclinó mas hacia aquel mártir, y recordando cuánto habia sufrido por ella, con cuánta fé, con cuánta abnegacion la habia amado, ¡qué vida tan rica! ¡qué inteligencia tan divinamente dotada concluia en él! sintió un exceso de ternura indecible, y olvidándolo todo, prorumpió en dulces y amorosas palabras.

— ¡Mario, amado mio! decia la desolada jóven con toda la vehemencia de aquella pasion tanto tiempo reprimida, ¿me oyes? Soy yo... Eugenia, Eugenia, que está á tu lado... y que te ama; Eugenia que daría la mitad de su vida por salvarte, y el resto por gozar una hora de tu amor... ¿Pero no me oyes, Mario? ¿La voz de la que tú tanto has querido, no puede llegar hasta tí?... ¡Dios mio! ¿por qué me conociste, por qué me dejaste cuando ya no puedo vivir sin verte? ¿qué haré yo en el mundo sola con tu memoria y con mis remordimientos?... ¡Ay! ¿por qué has dudado? ¿por qué me ocultaste tu corazon?... ¿No comprendias que vale mas que todas las riquezas, que todas las jerarquías de la tierra?...

A medida que Eugenia hablaba, los ojos del enfermo se iban animando por grados, como si todo el resto de su vida se hubiera reconcentrado en ellos; luego se agitó con un movimiento convulsivo, y por último, haciendo un esfuerzo supremo, el esfuerzo del alma que impulsada por aquella pasion inmensa, venció un momento hasta á la muerte, incorporóse repentinamente sobre la cama con toda la agilidad de la salud; y hermoso, trasfigurado su rostro por la última chispa de inteligencia, y por el último y primer momento de aquel gozo anhelado tanto tiempo, señaló con la mano hacia la alacena de que ya hemos hecho mencion, y en la que sin duda estaba el manuscrito y los recuerdos que tenia de Eugenia, y expresando en una mirada todo un poema de amor, de gratitud y de felicidad, tomó la mano de la tierna niña, y estampando en ella un ardoroso beso, cayó inerte sobre las almohadas del lecho...

Aquel instante de felicidad suprema le compensó de todos sus padecimientos; en aquel beso se exhaló su alma...

— ¡Cuán triste y solitario está el bosque! ¡qué desnudos los árboles, qué calladas las aves y las fuentes! El invierno reina durante muchos dias, y en el invierno los árboles gimen batidos por el viento, las fuentes lloran, y enmudecen las aves.

Mas... oíd... la campana de la aldea turba el silencio de los campos... suena el toque del mediodía... y en el musgo del bosque se oye el ruido de pasos que le atraviesan... luego se abre la puerta del cementerio: una forma aérea, una silfide quizá aparece, se arroja junto á una humilde tumba, y llora.

Despues reina otra vez la paz de los sepulcros; mas sobre aquella tumba agita el viento una corona de siempre-vivas colgada de un sauce funeral.

Enpero el invierno apenas marchita el pais de las flores y del sol, y la primavera engalana otra vez aquel suelo donde la vida es un encanto... Vedle; ya viene el abril con sus verdes hojas, con sus auras, con sus leales golondrinas, con su sávia de amor...

Oíd... oíd... la campana de la aldea se oye sobre los mil rumores de los campos, como el grito de la conciencia en medio de los placeres de la vida. El florecido césped del bosque resuena bajo el ruido de pasos que le atraviesan... Luego, la puerta del cementerio se abre...

Una forma aérea, una muger, un ángel quizá, aparece, se arroja sobre una humilde tumba, y llora.

Despues... reina otra vez la paz de los sepulcros; mas sobre aquella tumba mece el oloroso céfiro una corona de siempre-vivas, colgada de un sauce funeral...

El otoño... ¡ah! ¿por qué es tan melancólico el otoño? ¿por qué entonces el alma se recoge y medita tristemente?... ¡Ay! porque aun recordamos los esplendores del estio que acaba, y el rigor del invierno que se aproxima; bien así como en la mitad de la vida suspiramos por los pasados gozos de la juventud, y tememos los dolores de la cercana vejez.

Pero... escuchad... escuchad... La campana de la aldea anuncia la hora en que el labrador se detiene; el leñador se sienta sobre el tronco que acaba de derribar, y los pastores echan mano á su zurrón, mientras los perros los rodean saltando...

Mas el bosque permanece silencioso; ninguna huella hace chascar las hojas secas... El cementerio está solitario... La humilde tumba yace abandonada... y las ráfagas de octubre no mecen como antes una corona de siempre-viva, colgada del sauce funeral...

Un poeta. ¡Oh! ¡Habrá muerto!

Un escéptico. ¡Eh! Se habrá consolado.

## LOS CONFITES DE CUPIDO.

## CANTILENA.

Si vas, niño hermoso,  
con ala veloz  
y al dueño adorado  
de mi corazón,  
pintando el tormento  
que en mi pecho siento  
haces que palpita,  
*te doy un confite.*

Dile que en su ausencia  
mi vida es penar,  
y que sin su cielo  
no faltan jamás  
ni á mi pecho enojos  
ni llanto á mis ojos:  
si esto le repites,  
*te doy dos confites.*

Si de la madeja,  
envidia de Ofir,  
desatas travieso  
el lazo gentil;  
y de la que adoro  
traes dos hebras de oro  
(aunque se las quites)

*te doy tres confites.*

Como de sus ojos  
(cual brilla al albor  
llanto de la aurora  
en naciente flor)  
cojas una perla  
que pueda yo verla,  
y sal facilites,  
*te doy seis confites.*

Deja el arco y flechas,  
yo te las tendré:  
corre; ve volando  
á mi dulce bien;  
y si este suspiro  
que de mi alma espiro,  
á su alma trasmites,  
*te doy diez confites.*

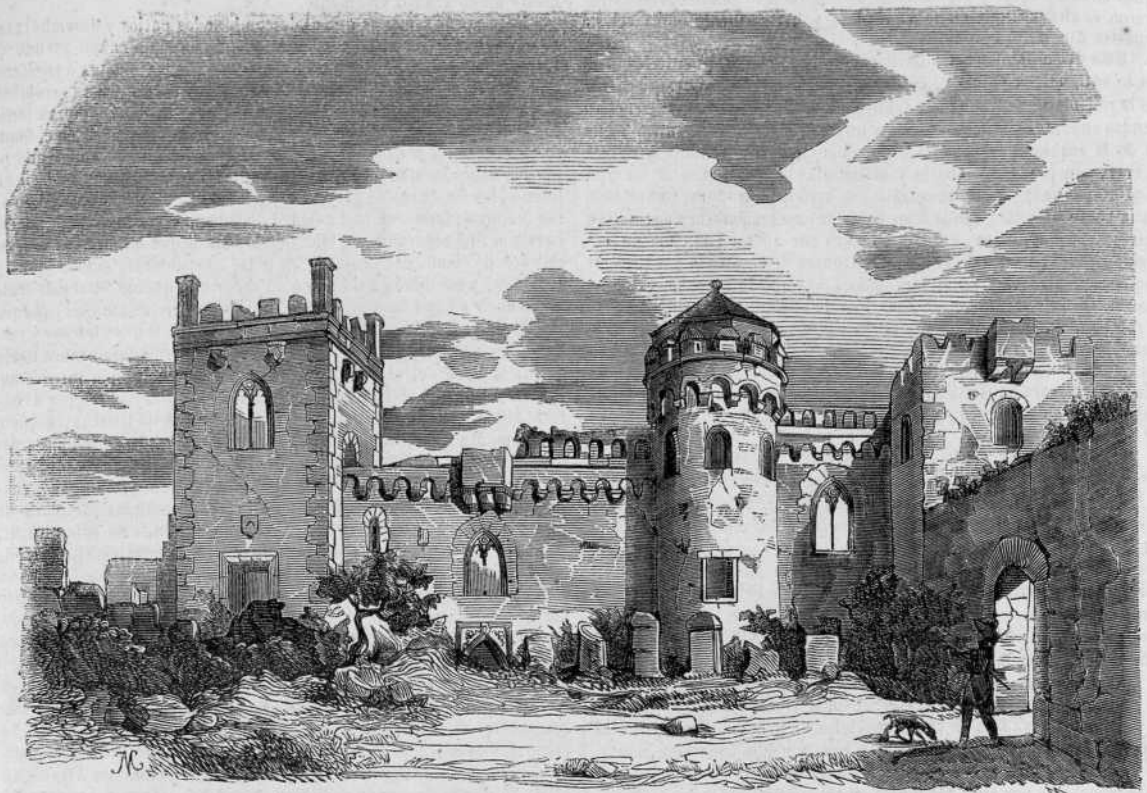
Como otro en retorno  
puedas conseguir  
de su labio hermoso  
de ardiente rubí;  
si tú lo que pido,  
yo te doy, Cupido,  
cuanto solicites  
*y para confites.*

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.



La presente lámina pertenece al folletín del periódico LAS NOVEDADES, hácia el cual llamamos la atención de nuestros suscritores, para que vean las mejoras que acaba de introducir.





Palacio del condestable Don Alvaro de Luna (hoy de los duques de Frias) en Escalona.

## ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS-VIDRIOS, GUI SANDO Y ESCALONA.

### CARTAS A UN AMIGO.

III.

(Conclusion.)

Inclinase fácilmente nuestro corazón, amigo mio, á convertir su mayor ternura hácia las personas de extraordinarias prendas, cuya salud quebrantada nos hace temer á cada hora se les acabe la vida. Un interés de igual naturaleza conmueve nuestra alma, en este siglo de destruccion en que vivimos, delante de los maravillosos monumentos de aquellas edades, que ó calificó de bárbaras el orgullo, ó los celos de inmoderadamente fastuosas. Vémoslos, ya mutilados, ya caer ciento á ciento heridos de muerte por la ignorancia, el fanatismo ó la codicia, y cubrir de ruinas el suelo español, mientras sin brújula ni tino se pierde la arquitectura en una lastimosa decadencia. Si despedazados por las gentes del Norte los pórticos y templos de la civilizacion romana, en chozas se emplearon sus piedras, aquellos fragmentos pudieron todavia prestar auxilios al arte para ostentar junto á las nuevas sus antiguas galas, bajo el imperio de Leon X y Carlos V. Mas hoy, moliendo y convirtiendo en ripio de construcciones monstruosas los primeros arquitectónicos de nuestros siglos de oro, parece que anhelamos cortar al ingenio las alas para que no se encumbre en los tiempos venideros, y apocarle y enfermarle con objetos de pésimo gusto. Afortunadamente el grabado y la milagrosa invencion del daguerreotipo transmitirán á las generaciones futuras la imágen de castillos, iglesias y monasterios, cuyas descripciones ya nos empiezan á parecer sueños brillantes ó galanas mentiras de poeta.

Preciosas ruinas, mi sabio mentor y dulce amigo, puede copiar el grabado y el daguerreotipo en Escalona, donde he pasado el dia. Villa de nombre hebreo (*Ascalon*), y de muchos recuerdos históricos, tiene su asiento á la derecha márgen del rio Alberche, tres cortas léguas al

Sud de Cadalso en anchas y fértiles llanuras. Fué libre de señorío durante más de un siglo después de la conquista; por donacion de San Fernando la poseyeron su hijo el infante D. Manuel y sus descendientes el príncipe D. Juan Manuel, D. Fernando Manuel y Doña Blanca. En 1360 volvió al patrimonio de la corona, y al fin por buenos privilegios del rey D. Juan el II, librados en Madrid á 16 de febrero de 1424, y en Arévalo á 26 de igual mes de 1458, vino con los lugares de su tierra á poder de D. Alvaro de Luna. Puesta la villa junto á un rio de no pobre caudal, con altos muros y honda cava, sin padrastro en torno desde donde se la pudiese combatir, y muy abastecida de vituallas, la diputó desde luego el Condestable por cabeza de sus estados.

Ensanchó la fortaleza, situada al sol saliente, cercóla por el lado contrario al rio de un foso de cantería en declive, de hondura de dos picas; en la barbacana puso casamatas (que aun conservan el marco donde encajaban los mandiletes), dentro de las cuales jugaba con toda holgura la artillería; y á oriente, cierzo y occidente colocó por baluartes, delante del bien fraguado muro, ocho torres albarranas cuadradas, que á él se unen por lo alto con arcos de rosca de ladrillo, formando una plataforma general de gran defensa y hermosura. Buhederos y saetias en ellos abiertas oportunamente, y en las torres y en la muralla, servian para avizorar sin riesgo y herir al que salvase los primeros reparos.

En el centro de la fortaleza resulta una ancha plaza, á cuyo frente se eleva, mirando al norte, el suntuosísimo palacio. «Aviale fecho el Condestable (dice su crónica) é era el mejor que en España se fallaba, como se puede bien creer aviendo sido obra del Condestable.» En la torre mayor de esta casa fuerte dió un rayo á 10 de agosto de 1458, y la abrasó tan furiosamente que «la llama (escribia el fisico de Don Juan II) no la podieron amatar en tres dias más de ochocientos peones, que más de dos mil cestos de tierra é zaques de agua la echaron encima. E achacan al obispo don Gutierre de Toledo (proseguia el satirico bachiller), que digera que un rayo que dió en la estatua de piedra de Julió César, le agoró de cedo la muerte: é el obispo juró al rei muy angustiado por su consagracion, agarrada la mano á su petoral, que jamás leyera ni oyera esta historia.»

D. Alvaro llamó á los más acreditados maestros alemanes y andaluces, quienes combinando felizmente el arte cristiano y musulman, y uniendo á la solidez grandiosa del uno los bellos trozos del otro, y

al follaje y rica talla de la ornamentación gótica los menudos atauriques de oro y azul, y las obras de mazonería á lo mosaico, reconstruyeron el alcázar, que en gala, riqueza y hermosura infundía celos á nuestra Alhambra granadina.

Está defendido por otra barbacana y foso con su puente levadiza en lo antiguo. La fachada, bien y armoniosamente dispuesta, carece de la ridícula simetría que hoy tanto campea. En los extremos descuellan sendas cuadradas torres, y avanza un cubo no lejos del centro. Tiene la de la izquierda, que es la del homenaje, gran ventana y ajimez ogival, con preciosas labores y columnitas. En el lienzo de muralla contiguo se ve la puerta de entrada, de arco de herradura, con un friso en la parte superior, donde á los lados de un escudo de armas resaltan salvajes, ramos, hojas, ardiillas y bichas por adorno: encima un lindísimo ajimez, y en todo lo alto una tronera de casamata para arrojar esquinas y piedras y agua hirviendo á los que intentasen forzar la puerta. Cuatro ventanas, de ellas tres de medio punto más pequeñas y con oportunidad distribuidas en la parte superior, hay en el cubo inmediato; y en el lienzo de muralla siguiente un ajimez tan bello como los referidos. Coronan por último el edificio defensas y andamios con sus troneras para tiros y ballestas, sostenidos por arquiillos y modillones de muy airosa figura, y en los almenas del cubo y torres almenas de diferentes formas.

Lastimoso aspecto ofrece e interior del alcázar. Desplomada la techumbre y con ella los pisos de las habitaciones, arrastraron tras sí las arcadas góticas del patio y las afiigranadas paredes, obstruyéndolo todo. Subsistieron únicamente en pié los muros exteriores de piedra, y por dentro los gruesísimos de ladrillo, salvo en los lados de occidente y mediodía, donde cedieron en gran parte. Hoy, merced al entusiasmo artístico y celo del joven duque de Frias, acaba de descombrarse el patio, se procura contener la ruina en lo que aun existe, y se pone á cubierto de soles y lluvias algun trozo de riquísimo artesonado de alerce y marfil con incrustaciones de púrpura y oro.

Treinta y tres pasos de travesía tiene el patio, y siete de ancho los cenadores que le circuyen. Sostienenlos veinte robustas columnas de sillares, ochavadas, en cuyos capiteles de gruesas y muy rizadas hojas, resalta el escudo de D. Alvaro con la media luna menguante. De ellas aun no han venido á tierra las once de los costados oriental y septentrional: y por aquí los muros en tal cual sitio conservan atauriques de lindo arte, árabes puros unas veces como los de la Alhambra, góticos las más, de combinaciones muy galanas y vistosas. Los arcos de entrada de las salas se atavian á estilo de los alcázares granadinos, con nichos, estalactitas, boveditas y festones; en las enjutas hay cintas, flores y hojas; y por cima á uno y otro lado, sobresalen gorriones de madera muy adornados para el encaje de las puertas. Es de mármol la de la escalera principal, no muy grande, con una franja de follajes en alto relieve, labor de mérito peregrino.

Pero lo que más arrebató las miradas son los restos de la sala rica, muy famosa en la crónica de D. Alvaro de Luna. Está situada entre el salon de la torre del homenaje y las habitaciones del sud. Conservan sus paredes los revestidos de estuco, fajas y cenefas de maravillosa obra, cuyos colores vivísimos aun de vez en cuando se descubren. En los tableros, en los dinteles y cornisas campea la media luna menguante, de gran tamaño, traza ya con sin igual gallardía: en los recuadros de los arcos no faltan largas inscripciones africanas, y en los frisos, con letras monacales, versículos de los salmos.

Existe casi intacto un gabinete pequeño en el cubo de la fachada, que es tradición se hizo para archivo ó sirvió de tal en los últimos tiempos. Los caprichosos ramos de su bóveda gótica se juntan en la clave, y de allí se desprenden terminando en una muy labrada macolla. En los nichos que resultan hay grandes cruces griegas, y en sus centros y extremos conchas de oro, con diez más alrededor. Angeles de relieve entero, con revueltas y largas túnicas vuelan entre el ramaje llevando escudos y rótulos en las manos: cintas con sentencias de los salmos se enroscan á tirsos y bastones; y el oro y hermosos colores perfectamente conservados, prestan un encanto indefinible á aquel techo en medio de tanta destrucción como le rodea. D. Juan Fernandez Pacheco, segundo de este nombre, quinto duque de Escalona, marqués de Villena, al colocar sobre el cubo un chapitel y campana por los años de 1598, hizo que se alterasen los timbres de los escudos, y se pintasen en las paredes cuantos blasones realizaban á la sazón la casa de Portugal y Pacheco.

Algun fragmento de ingenioso alicatado y de artesonados con elegantes ataurijas; cuatro ó cinco chimeneas de la época de Felipe II; un pequeño estanque de piedra con arriates para flores; grandes bóvedas y cuadras; una galería descubierta sobre el río, obra del siglo XIII, de severa forma, sostenida por rudas pilastras ochavadas, y su techo con zapatas árabes de rica labor, cuyas puntas figuran cabezas de dragones; en ella singulares pinturas en lugar de azulejos, y al pié de la muralla dos fuertes minas que dan al río, por las cuales bajaban á beber los caballos y cogían el agua para el alcázar y forta-

leza, son los objetos que después al observador entretienen. Pero uno escitó mi curiosidad vivamente.

Hace pocas semanas que al descombrar los patios y desembarazar el algibe que hay por bajo del estanque, se halló un cañon grande de hierro reforzado con aros, un falconete y varias pelotas ó morteros redondos de piedra, de distintos tamaños, ya de los que se arrojan con trabucos, ya de los que se empleaban en la artillería, piezas todas de los tiempos del Condestable. Y lo más raro fué descubrir en el fondo de la cisterna dos cadáveres completamente armados, salvo que no pareció casco en uno de ellos. Oxidado el hierro y penetrando en los huesos, los impregnó de partículas metálicas; y ropas, hierro y humanos despojos, formaron una pasta. Las personas encargadas de la escavacion, no reparando en ello y en la idea de que estaban los arneses rellenos de cieno, desencajaron los petos, espaldares, celada y gola y barbotas, y los dieron á limpiar á un espadero, que no sacó más fruto que reducir á hojas muy delgadas de hierro las piezas grandes, porque las chicas se habían convertido en polvo. Aun se ven los huesos y restos de los quijotes, grevas y otras partes de la armadura hechos tierra junto á la boca del algibe, y he podido examinarlos por mí mismo. ¿Quién sabe ya la historia de aquellos dos hombres? ¿Fué por aventura alguno de ellos el hijo de Gomez Gonzalez de Illescas, á quien villanamente mató D. Alvaro de Luna, teniéndole allí en rehenes, por haberse tardado su padre en aprontar 200,000 maravedís de oro? ¿Son tal vez los cadáveres de soldados de cuenta á quienes se *empozó*, castigo ejemplar de aquellos tiempos? ¿Ó quizá de un audaz partidario de D. Juan el II, que vendió cara su vida penetrando en este alcázar, anheloso de vengar en la mujer é hijo del Condestable la ofensa de disparar tiros de pólvora y lombardas y saetas con yerba contra la persona del rey que sitiaba la villa, rebelada en 1453 por mandato del infortunado favorito? (1)

Con tales imaginaciones, me senté, señor canónigo, á la fresca sombra de las ruinas, viendo á mis piés correr mansamente el río por entre espesos bosques y verdes olivares. Entonces me asaltaron en tropel antiguas memorias de estos sitios; y respondiendo á ellas mis compañeros de viaje, sostuvimos una conversacion muy animada. Ya discutíamos sobre el fuero que el séptimo Alfonso dió á Escalona y revalidaron y ampliaron por su mandato Diego y Domingo Alvarez en 1154. Ya nos hacian reir (tan diferentes son hoy nuestras costumbres) las posturas que hicieron Alonso VIII y Fernando III, y confirmo Alonso X en febrero de 1236 para el buen gobierno de la villa y su territorio, poniendo tasa no solo á toda mercadería, sino á las viandas que se habían de servir á la mesa, fijando su número. Pero nos sonaban de perlas, en tan original y curioso documento, las palabras que el autor de las *Partidas* dirigía á los hombres buenos de Escalona: «Et esto fago yo por gran sabor que he de vos guardar de danno, é de soberanía que se vos torne en danno, é de meyorardos en todas vuestras cosas, porque seades más ricos é más abundados é háyades más, é valades más, é podades á mi hacer más servicio (2).» Ya supone V. no olvidáramos que en este alcázar nació por mayo de 1282 el esclarecido príncipe D. Juan Manuel, insigne escritor y valentísimo soldado; que alojaron aquí repetidas veces D. Juan II y las reinas Doña María de Aragon y Doña Isabel de Portugal, Enrique IV y la Beltraneja; que el señorío de Escalona vino á la casa de Pacheco por mercedes del último Enrique de 30 de abril y 23 de mayo de 1470; y que á su virtud, el maestre de Santiago, D. Juan, fundó mayorazgo con la villa, sus alcázares y lugares de su tierra, bajo el título y dignidad de duque, en 17 de diciembre de 1472, y en fin, que llegando fugitiva á este castillo en febrero de 1522 la ilustre y bizarra heroína Doña María Pacheco de Padilla, encontró cerradas sus puertas y sufrió una brusea y desapiadada repulsa de su tío el marqués de Villena II. Diego Lopez Pacheco.

Paraban sin embargo siempre todos nuestros discursos en D. Al-

(1) Apéndices á la Crónica de D. Alvaro de Luna, pág. 457.—Instrucción y regimiento de guerra que hizo y ordenó Diego Montes, dirigida al ilustré y muy magnífico señor don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque. Zaragoza: 1557 pág. X, vuelta.—Crónica del serenísimo rey D. Juan segundo. Año LIII.

(2) Ignoro si está impreso este documento. De él tengo esmerada copia hecha por el clarísimo Florez. Hé aquí algunos títulos de las posturas: «De cuanto vala escudo é siella de caballo é de rocín.—Que ninguno non traya sillas con arpel, nin con argupel.—Que ninguna mujer non traya orfres, ni cintas, ni alfalfares.—De quanto valan las locas de seda.—De quanto valan zapatos dorados.—Que ninguno non comá más de dos carnes é de dos pescados.—En razon de los bodas, que ninguno non sea viado de dar nin de tomar c. l. az.—Que non fagan cofradías nin yuntas malas.—De cuanto vala caballo é yegua é mula é palafren.—De cuanto valan los bueyes é los novillos.—Que non saquen de míos reynos caballos, nin yeguas, nin rocines, nin mulo, nin mula.—Que non toman los huevos á los alcores.—Que non tomen al azor, nin al falcon, nin al gavilan yaciendo.—De cuanto valan los azores.—De cuanto valan los gavilanes.—De la caza.—Que non pongan fuego á los montes.—Que non echen yervas en las aguas para matar el pescado.—De los mantagos.—De las defesas.—Que ninguno non corte árbol ageno.—De como andea vestidos los moros.—Que non crie cristiana hijo de judío nin de moro.—Que los moros coronados, que pechen segun el tiempo del rey D. Alfonso.—Que todo home tenga caballo é armas, é este guisado segun mandá su fuero.—De los que se tornan moros é judios.—Que todas estas cosas sobredichas se prueben é averigüen de vecino á vecino.

varo de Luna. Por la grandeza y hermosura de su palacio, pretendíamos medir el espíritu de aquel hombre alongado de parientes y desamparado de favorecedores, que por sus propias fuerzas llegó á ser conde de Santisteban, duque de Trujillo, maestre de Santiago y condestable de Castilla; á tener suyas patrimoniales sesenta villas y fortalezas; á haber por suyos cinco condes y dar acostamientos á los mayores señores y de grandes casas de todas las ciudades del reino; á pagar tres mil lanzas, dueño absoluto de Castilla y Leon, y árbitro de las armas de Francia é Inglaterra. A cada paso creíamos ver entre las ruinas la sombra de aquel Condestable de cuerpo pequeño y flaco rostro, todo nervios y huesos, calvo de buena voluntad, de ojos pequeños y agudos, de boca honda y malos dientes, tardo en el habla, pero de gran corazón y osadía, muy enamorado y secreto, buen ginete, famoso justador y mediano poeta.

Parecíanos contemplarle festejando, por diciembre de 1448, con la bizarría de un monarca al rey D. Juan II y á su nueva esposa Doña Isabel de Portugal en este alcázar de Escalona. «Algunos portugueses (dice la crónica) que allí venían con la reina, que non avian visto aquella casa, mucho se maravillaron quando vieron aquella entrada tan fuerte é tan magnífica é caballerosa. Despues que entraron dentro en la casa, falláronla muy guarnida de paños franceses é de otros paños de seda é de oro; é todas las cámaras é salas estaban dando de sí muy suaves olores. En los aparadores do estaban las baxillas avia muchas copas de oro con piedras preciosas, é grandes platos é cofiliteros, é barriles, é cántaros de oro é de p'ata cobiertos de sotiles esmaltes é labores. Despues que los reyes fueron á las mesas, entraron los maestrasalas con los manjares, levando ante sí muchos menestriales é trompetas é tamborinos; é assi fué servida la mesa del rey é de los otros caballeros, é dueñas é doncellas de muchos é diversos manjares. Las mesas levantadas, los muchachos danzaron con las doncellas, é los caballeros fueron prestos al torneo, que se ordenó en el patio delantero del alcázar. E el rey con sus caballeros é la reina con sus dueñas é doncellas se pusieron en aquellos logares que estaban muy ricamente aderezados donde mirassen (1). Otro dia ovieron otro torneo á pié en la sala rica de noche; los asentamientos estaban fechos altos para el rey é la reina; é la claridad era tan grande de las achas que parecia que fuesse muy claro dia. Cada dia de los que allí estovo el rey, ovo diversas fiestas é fué servido de diversas maneras é cirimonias.»

Lejos de cautivar tales agasajos el ánimo de Isabel, la indignó que el vasallo superase en grandeza y majestad al monarca; encendiéndose allí en su corazón la centella que habia de abrasar cinco años despues el poder de D. Alvaro, despearle de la cumbre de la fortuna á la infelicidad más lastimosa, y hacer rodase en afrentoso patibulo su cabeza á los piés de un verdugo. Mientras sucedia tamaña tragedia en la plaza de Valladolid, cercaba el rey D. Juan á Escalona, que á pesar de sus pertrechos y aguerridos defensores, una vez hecha justicia del Maestre, á los veinte dias al fin se dió á partido, bajo condicion que habian de hacerse tres partes los grandes tesoros que en el alcázar tenia D. Alvaro: una para su mujer la condesa, y dos para el rey. Consistian estos, sin las bajillas de plata y de oro, en millon y medio de doblas de la banda, ochenta cuentos de monedas de Aragon y de otros reinos, y siete tinajas de doblas alfonsinas y florentinas. Tanto le importó el rey mostrarse cruel é ingrato con el hombre á quien habia levantado á par de sí, y en quien vino por último á resignar el imperio y esplendor de la corona.

Ya estará V. cansado, amigo mio, y fuera impertinencia hablarle del antiguo retablo con buenos cuadros que hay en el hospital de esta villa, fundado en 1527 por los marqueses de Villena D. Diego Lopez Pacheco y Doña Juana Enriquez; ni del convento de monjas franciscanas de la Concepcion que estos señores acrecentaron, y en cuyo templo yacen.

Otro espacio en verdad pedía el exámen de este edificio colocado estramuros en los llanos del norte, cuya iglesia acaban de retejar y componer el piadoso celo y generoso amor de personas particulares, poniéndola á salvo de inminente ruina: participa del gusto gótico y del renacimiento, siendo muy elegante su portada plateresca. A los piés tiene el coro, donde no falta ni la antigua sillera ni los almohadones que dejaron las religiosas; pero una mitad de su techo ha venido á tierra, trayendo tras sí los nichos en que reposaban los restos mortales de los marqueses D. Juan Fernandez Pacheco, embajador en Roma, virey de Sicilia, y de su mujer Doña Serafina de Portugal. Sus momias perfectamente conservadas, que hoy todavía se hallan á merced de los vientos y de las lluvias, se depositarán muy pronto en lugar digno que les prepara su ilustre descendiente (2). El claustro es

obra del siglo XV; y del anterior dos grandes salones y el refectorio, donde hay un púlpito, como aquel famoso, porque en él predicó S. Vicente Ferrer que vimos en Santiago del arrabal de Toledo.

Desierto el convento y abandonado á las inclemencias de las estaciones, se va desmenuzando y cayendo todo á pedazos cada dia. Techumbre y paredes aquí y allí se desploman; sin riesgo de perecer no se puede atravesar por ninguna parte; y ni las cigüeñas se atreven á posar en la torre.

Si en esta expedicion de verano me ha hecho tanta falta mi sabio canónigo del Sacromonte para recibir sus ideas y rectificar y enriquecer las mías con el choque de unas y otras, estas líneas le probarán por lo menos que no le aparto ni un punto de mi memoria.

29 de julio.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

## DON FERNANDO MATUTE Y AZEVEDO.

Poco interés ofrece por sí misma la biografía de este literato, sobre todo cuando no hay bastantes noticias para completarla; pero la singularidad de haber compuesto en verso, aunque parece estarlo en prosa, una obra en dos gruesos tomos en folio, y los datos que acerca de la dominacion española en Sicilia se encuentra en sus alegaciones sobre las Gabelas de Mesina, le hacen todavía digno de alguna atencion.

Fué natural de Madrid, estudió la filosofía en Alcalá y los derechos en Salamanca, allí se graduó, y fué despues catedrático de la Universidad. Ejerció veintitres años la abogacia en los tribunales de la corte, siendo propuesto para varias plazas de ellos, hasta que S. M. le concedió el cargo de Consultor Real de los Vireyes de Sicilia, y Protector del Real Patrimonio. El nombramiento tuvo lugar en 4 de agosto de 1609, segun dice el mismo interesado al fin de su alegacion latina *pro gabella contra Messanenenses*; pero no debió marchar hasta muy entrado el año siguiente, pues que firmó en Madrid á 20 de marzo de 1610 su tratado manuscrito de jurisdiccion eclesiástica, titulándose ya Consultor de Sicilia.

En 1652 llevaba por consiguiente veintitres años (1) de este destino, y si á ellos se añaden los veintitres que ejerció como abogado, le quedan todavía cuatro para su profesorado en Salamanca, y para que sin grande impropiedad pudiera decir en el *Triunfo del desengaño*: «He vivido diez lustros entre las letras y libros, la mitad siendo abogado, la mitad siendo ministro.» En tal concepto hubo de servir á las órdenes de varios vireyes, ejercitando siempre la justicia con entereza, y dando muestras de grande instruccion y habilidad (2).

Por real cédula de 8 de febrero de 1610, y cesacion del marqués de Villena, se encargó interinamente del vireinato el cardenal Juanetin Doria, arzobispo de Palermo. A principios de 1611 tomó las riendas el duque de Osuna. En abril de 1616 fué trasladado al de Nápoles; pero detenido por enfermedad ú otros motivos, parece que no entregó el mando á Doria, tambien interinamente, hasta 19 de julio. El conde de Castro llegó el mismo año de 1616, y le sucedió en marzo de 1622 el príncipe Filiberto (3), hijo del duque de Saboya, gran prior de Castilla, que murió de la peste en Palermo á 3 de agosto de 1624. El cardenal Doria volvió á encargarse, y en 11 de junio de 1626 posesionó á D. Antonio Lopez Pimentel, marqués de Tabora, que en 28 de marzo del año siguiente dejó por sucesor interino á su hijo el conde de

primera instancia, ayuntamiento, clerical y personas principales de Escalona. Hubo nisa cantada de cuerpo presente, grandes limosnas á los pobres, abrióse un nicho á propósito en la capilla mayor al lado del Evangelio, colocóse allí los cadáveres, y no faltó nada á la ceremonia de cuanto pudiera hacerla tierna y sobre todo encañecimiento piadoso.

D. Juan Fernandez Pacheco Cabrera y Bovadilla, marqués de Villena, quinto duque de Escalona, caballero del toison de oro en 29 de noviembre de 1595, embajador de Roma por junio de 1605, espléndido y magnifico en las funciones del dia de San Pedro del año de 1604, virey y capitán general del reino de Sicilia en 25 de abril de 1606, — murió en Escalona á 6 de mayo de 1615.

Su mujer Doña Serafina de Braganza y Portugal, hija de los duques de Braganza D. Juan y Doña Catalina, falleció en Roma á 6 de enero de 1604. Fué depositado el cadáver en la iglesia de santa Cecilia de aquella capital del orbe, y trasladado despues al convento de la Concepcion de Escalona.

(1) Alvarez Baena (*hijo de Madrid*), dice 25, engañado por las palabras que arriba se copian y por no haber tenido noticia de la fecha del nombramiento.

(2) Alvarez Baena, refiriéndose á la obra *El triunfo del desengaño*, entre los vireyes de quienes D. Fernando fué consultor, cuenta al marqués de Villena, pero este dejó de serlo en febrero de 1610, y en 20 de marzo aun se hallaba aquel en Madrid: en la enumeracion que despues hace, omite la segunda interinidad del cardenal Doria y llama 2.ª á la 5.ª Por último, da por sentado que ejerció su cargo hasta y durante el vireinato del duque de Alcalá; sin embargo, este empezó en noviembre de 1652, y en el mismo año aparece D. Fernando en Nápoles, sin empleo alguno, publicando su obra de *El triunfo del desengaño*.

(3) Pellicier (*Ensayo de una Biblioteca de Traductores Españoles* art. Fr. Alberto de Aguayo), se ocupa incidentalmente de D. Fernando Matute, y por equivocacion da el nombre de Emmanuel de Saboya al príncipe Filiberto.

(1) Eran estos las ventanas, ajimeces y andamios de la fachada principal del palacio; la misma que dibujada desde el referido patio del alcázar damos á la cabeza del presente artículo.

(2) Ya tuvo lugar solemne y decorosamente, verificóse la traslación á 15 del mes anterior con asistencia del mismo señor duque de Frias y de su familia, del juez de

Villada, el cual permaneció hasta 26 de setiembre. A él siguieron D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Albuquerque, hasta 23 de noviembre de 1652; D. Fernando Afan de Ribera y Henriquez, duque de Alcalá, hasta marzo de 1657. En 28 de noviembre de 1653, con facultad régia, había nombrado para sucederle á su yerno D. Luis de Moncada, príncipe de Paterno, que continuó hasta 3 de febrero de 1659.—Ocuparon su lugar el conde Braganza, hasta 1641, y después el almirante de Castilla D. Juan Alfonso Henriquez (1).

Está en la posibilidad que D. Fernando haya ejercido su cargo de Consultor durante todos ó la mayor parte de los vireinatos referidos; pero solo puede asegurarse que haya pasado á Sicilia durante la primera interinidad del cardenal Doria, y que allí continuaba á las órdenes de Osuna en 29 de noviembre de 1612, en que firmó su alegacion latina antes citada. Nada mas se sabe de él, hasta que en 1652 aparece en Nápoles, ausente de sus empleos y retirado por la emulacion, segun él mismo da á entender en la repetida obra de *El triunfo del desengaño*, que publicó entonces. Cuáles fuéron los motivos que ocasionaron su retraimiento, cuándo salió de él, y si volvió á Sicilia, como parece deducirse de la publicacion de sus obras póstumas en Palermo, son puntos que aun estan por averiguar, y que probablemente constarán de la citada impresion póstuma, en la que los editores, parientes ó amigos del autor no dejarían de dar algunas noticias de su persona. Parece no obstante que nadie la ha tenido presente, y quizá tampoco la haya visto D. Nicolás Antonio, que no da de ella ningun detalle, ni cita siquiera el nombre del impresor. Pellicer no estaba en el caso de hablar de las *Disquisitiones Juris*, y Alvarez Baena no hace en este particular mas que referirse á D. Nicolás Antonio. Registraron si el

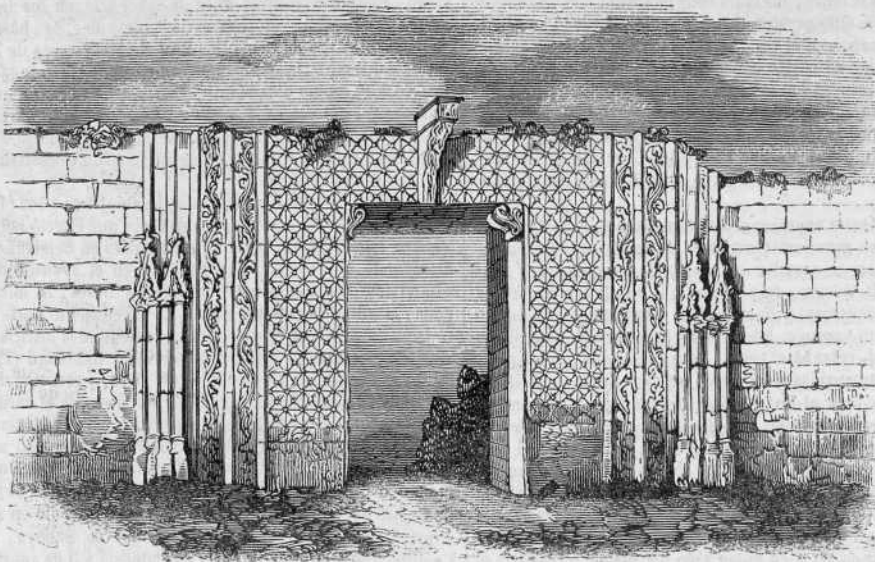
*Triunfo del desengaño*, y segun Baena, en la epistola laudatoria que puso á esta obra el padre maestro fray Gaspar de Sosa, comendador del convento de Santa Ursula de Nápoles, orden de la Merced, dice, entre otras alabanzas de D. Fernando, que no le habian embarazado sus ocupaciones para que hubiese escrito de su mano mas de dos mil libros, de que era testigo, en que habia dispuestas materias de jurisdiccion y discursos importantes á la autoridad de la corona de España, y entre ellas la *Resolucion de las cuestiones indecisas de la glosa de Gregorio Lopez á las leyes de Partida*, con otras muchas consultas que trabajó mientras fué abogado.

A pesar de todo no se conocen de él sino las obras siguientes:

1 *Triunfo del desengaño contra el engaño, etc.* Nápoles 1652. Lázaro Scorigio. 2 tom. fol. de mas de 900 pág. cada uno. (Nicolás Antonio pone por equivocacion 1652.)

En esta obra, dice Pellicer, se encuentra el indecible trabajo, mas digno de admiracion que de alabanza, de haber escrito toda la obra, desde el principio hasta el fin, en versos de ocho sílabas, aunque parece prosa, sin perdonar ni aun el título, que dividido en piés dice así:

El triunfo del desengaño  
contra el engaño y astucia  
de las edades del mundo,  
para todas profesiones  
y para todos estados,  
compuesto en esta ocasion  
de ausencia y ociosidad,  
por Don Fernando Matute,



(Fachada de la casa del Gran Capitan.—Pág. 317.)

Consultor de los Vireyes,  
Protector del Patrimonio  
en el reino de Sicilia,  
que va dirigido á Job,  
como á ejemplar de paciencia  
y padre del desengaño, etc.

De la misma manera podria trasformarse todo el testo, y hasta las piezas preliminares del autor; véase si no la cita antes hecha, y que se convierte en los cuatro versos siguientes:

He vivido diez lustros  
entre las letras y libros,  
la mitad siendo abogado,  
la mitad siendo ministro.

Esta circunstancia ya la notó D. Nicolás Antonio, previniendo que

muchos no habrian reparado en ella, y después la repitió Baena, añadiendo que la obra es de mucha erudicion y muy rara, y que tiene varios elogios de sugetos que se hallaban en Nápoles, y entre ellos uno de D. Fabricio Lanario de Aragon, merino de cédula de la reina, hijo único del príncipe de Carpiñano y nieto de D. Fernando.

2 *Disquisitionum juris Semicenturia Posthuma.*—Panormi 1655. Fol. (N. A.)

3 *Tratado de la jurisdiccion eclesiástica, por el doctor Hernando Matute y Azebedo.*

Manuscrito en fólio, siglo XVII, en papel bien conservado, autógrafa, letra grande, cursiva y muy clara, hojas, 266. Una tirilla impresa pegada en la primera hoja de este libro, previene que perteneció á la Biblioteca del duque de Coislin, quien lo legó al Monasterio de San German an 1752. (Biblioteca real de Paris, Teología, número 1,504, Saint-Germain.)

Esta obra está dirigida á Felipe III por el autor, que se titula de su consejo y su consultor del reino de Sicilia. En un breve prefacio al rey, manifiesta los motivos:—«El maestro fray Luis de Aliaga, confesor de S. M., me ha encargado algunas veces que con algun estudio y discurso procurase advertir algun remedio suficiente para que los nuncios apostólicos y otros jueces eclesiásticos cumpliesen y obe-

(4) Ciaconius: *Vita et res gestae Pontificum Romanorum, et cardinalium.* tom. 4.º an. 1392. col. 365 a.º LII (52)—Rocchi Pirri: *Ecclesia Panormita.* Not. 4. lib. 1. an. 1608—apud J. G. Gravii. *Thesaurus Antiquit. et historiar. Siciliae.* tom. 2.—Rochi Pirri. *Chronologia Regum Siciliae* col. 116. apud id. id. tom. 5.

deciesen los decretos del consejo en las causas eclesiásticas...» Sigue haciendo una reseña de los que ya antiguamente se habían ocupado en lo mismo desde el tiempo de Felipe II, pues según se explica había llegado el abuso a un grado escandaloso; y acaba diciendo que ha creído conveniente dividir su obra en cuatro partes para mayor claridad, y porque así lo requiere la naturaleza del argumento.—Finaliza.—«Yo he cumplido con lo que se me mandó... en Madrid á 20 de marzo de 1610 años, humilde vasallo y criado de V. M., sus reales piés besa el doctor Fernando de Matute y Azebedo.» El nombre está rubricado y en la misma letra que todo lo restante, lo que me autoriza á creer que el manuscrito es efectivamente autógrafa, como he anunciado al principio. No se ha publicado nunca.

(Ochoa: manuscritos españoles de las Bibliotecas de París, página 50, núm. 40.)

4 Potentissimo Regum domino nostro Philippo III, Hispaniarum, utriusque Siciliae, et utriusque novi orbis regi cathólico. Doctor Don Ferdinandus Matute eius in regno Siciliae consilius Proregum Regalis consultor, etc. Protector regis patrimonii responsúm dirigit redditum excellentissimo suo proregi, et locum tenenti Duci Ossunae pro impositione gabelle extractionis sericæ ex Portu Ciuitatis Messanae. Anno 1612. Concluye... Messanae hæ fuerunt ad finem perductæ die septembris 24 anno Salutis, 1612. Panormi [postea recognita et addita typis mandata et finita die nouembris 17, eiusdem anni 1612 (en fóllo, 124 páginas).

5 Respuesta del doctor D. Fernando de Matute del consejo de S. M. en el reino de Sicilia, consultor real de los vireyes y protector del patrimonio real del mismo reino. Dada á la consulta del Excmo. duque de Osuna, conde de Ureña, marqués de Peñafiel, de la órden del Tuson, virey, lugarteniente y capitán general del mismo reino. Sobre la gabela de 25 granos en la extracción de cada libra de seda cruda por el puerto de Micina, impuesta año de 1612, dirigida al rey nuestro señor.—Concluye... En Messina el día último de setiembre de 1612, acabado de imprimir en Palermo á 7 de noviembre de 1612 (en fóllo, 64 páginas).

Es en el fondo idéntica á la anterior, aunque mas compendiada.—Cita la latina con elogio Tomás del Bene de immunitate ecclesiastica, part. 1.ª, cap. 3, dub. 14, sect. 9.

En ella se hace mención incidentalmente de algunos fueros de Mesina y de la conveniencia de moderarlos con motivo de las dificultades que ofrecían para el gobierno y la administración del reino de Sicilia. Cuando Osuna llegó, la isla se hallaba en un estado casi desastroso, bastando apenas las rentas reales para cubrir la mitad de los gastos (1). El nuevo virey atendió con ellas á los aprestos y defensas militares, y al afecto de pedir subsidios para ocurrir á las demás necesidades, reunió el parlamento en Palermo á 20 de mayo de 1612. Acordóse servir al rey con 300,000 ducados en cada un año de los nueve primeros siguientes, confirmando los servicios precedentes que serían otros 400,000 escudos; pero en estas concesiones no se incluyó á Mesina porque no asistía á los parlamentos á causa de la preeminencia que disputaba á Palermo, y porque tenía privilegio para no considerarse obligada á lo dispuesto en ellos cuando no asistiese. Sin

(1) En ambas alegaciones se inserta la siguiente «Relacion de las rentas y gastos del Patrimonio Real del reino de Sicilia.

RENTAS.

	ESCUDOS.
Donativos ordinarios . . . . .	212886 7 2
Secrecías y Aduanas . . . . .	171407 6 »
Cruzada, un año con otro . . . . .	60000 » »
Asunaras . . . . .	21056 5 »
Islas de la Faviana, Levanzo y Maretimo . . . . .	5505 » »
Sello de Maestre justiciero, un año con otro . . . . .	8500 » »
Sello de Canciller, un año con otro . . . . .	4000 » »
Colector de la décima y tercia, id. id. . . . .	46000 » »
Colector de las fiscalías, id. id. . . . .	5000 » »
Gabela de Nappes . . . . .	4575 » »
Venta de oficios, un año con otro . . . . .	10000 » »
Tratas de atun y queso, id. id. . . . .	45000 » »
Salina en Tripana . . . . .	725 » »
Censo que paga la ciudad de Mistretta . . . . .	2500 » »
Diputación del muelle de Palermo . . . . .	4750 » »
Gabela de anejo de Mesina . . . . .	487 6 »
Gabela de los hierros y aceros de id. . . . .	4053 » »
Gabela del cartucho de Melara . . . . .	150 » »
Zecca de Mesina, un año con otro . . . . .	1000 » »
Espollos y frutos de sedes vacantes, id. id. . . . .	20000 » »
Creces de trigo de los cargadores . . . . .	6000 » »
	<hr/>
	564597 10 2

Y se advierte que no se incluyen las tratras de trigo en los sobredichos introyros por ser muy inciertos, por causa que de algunos años á esta parte se ha visto la poca requesta, y falta en el reino de trigo.

embargo, para que contribuyese por su parte, en julio siguiente estableció Osuna el derecho de un tarín y cinco granos sobre cada libra de seda que saliese por su puerto. La ciudad opuso la concordia que había hecho en 1591 con el duque de Alva, virey en nombre de Felipe II, dando 600,000 escudos en rescate de dos gabelas idénticas que sumaban los mismos 25 granos por cada libra de seda; y sobre la validez de este convenio y otros puntos jurisdiccionales se formó la contienda que dió lugar á las dos alegaciones citadas y algunas mas de diversos letrados (1).

EL SOLAR DE LA GRAN CASA DE CORDOBA,  
Y LA PATRIA DEL GRAN CAPITAN.

En un barrio de la ciudad de Córdoba, solitario, de calles estrechas y algunas terrizas, poblado de humildes casas, se hallan algunos huertos que fueron en otro tiempo magníficas habitaciones de podero-

GASTOS.

	ESCUDOS.
20 compañías de infantería española . . . . .	491040 » »
Castillos del reino, islas de Pantalarca y Lipar . . . . .	40015 9 8
Ventajas de los 4000 de S. M. y entreteni- mientos . . . . .	88396 » »
Residentes y plazas de los 60 . . . . .	16568 » »
Veedor general y su oficial mayor . . . . .	1544 » »
Oficiales que van fuera . . . . .	800 » »
Oficiales mayores del tercio . . . . .	5192 » »
Capitan de campaña y sus soldados . . . . .	1520 » »
Tres capitanes de armas . . . . .	8550 » »
Capitan de armas de las furias y sus soldados . . . . .	2100 » »
6 Soldados del capitán Baraona . . . . .	540 » »
Guardia alemana de S. E. . . . .	2222 » »
Sargentos mayores . . . . .	4872 » »
Galeras . . . . .	144564 » »
Salarios . . . . .	75194 8 9
Gastos del Supremo Consejo de Italia . . . . .	2291 8 »
Subyugaciones y censos . . . . .	481000 » »
Subyugaciones por lo que ha prestado la ciu- dad de Palermo á la corte . . . . .	89288 5 »
Fortificaciones del reino . . . . .	45666 2 17
Fábrica de palacios reales . . . . .	6666 8 »
Asignaciones y ventas por S. M. . . . .	50554 9 14
Gastos de correos . . . . .	7000 » »
Jornadas de delegados y comisarios . . . . .	2000 » »
Diversos gastos . . . . .	20000 » »
Gastos de espolios . . . . .	20000 » »
Cámara de Milan . . . . .	25555 4 »
General de las galeras de Genova . . . . .	4585 4 »
Franquezas . . . . .	5000 » »
	<hr/>
	4001197 11 5
Gastos . . . . .	4001197 11 5
Rentas . . . . .	564597 10 2
	<hr/>
Faltarán cada año . . . . .	456600 4 5

También faltan los otros 60,000 escudos de la cruzada porque se llevan á España y así juntamente faltan 496,600.  
En Palermo á 24 de marzo de 1612.

Francisco Sarmiento, Racional.

Los escudos son de 12 tarines, y el tarín de 20 granos; por lo que yo tengo entendido, nuestro real de ahora equivale á 6 granos y medio próximamente.

- Entre ellas he tenido ocasion de ver las siguientes:
    - De immunitate Gabelle pro nobili et fidelissima Urbe Messana contra Regium fiscum et Siciliae Regnum (fol. hoj. 451).
    - Pro nobili et fidelissima Urbe Messana, contra Reg. Fiscum et Siciliae Regnum super redactione ad pristinam gabelle contra privilegia Urbis imposita per Exc. ducum Ossunae Siciliae proregem, et quod interim lite super meritis pendente sit suspendenda iuxta declarationem curiae Straticotialis. (El Dr. Luis de Casanate, en fol. 45. hoj.)
    - JHS. Pro Regno Siciliae contra civitatem Messanam. (Lic. D. Francisco Valcarcel, en fol. 47. hoj.)
    - Pro Reg. Fisco contra civitatem Messanam. (Lic. D. Th. de Vargas de la Carrera, fol. 58. hoj.)
    - Jesús Maria. Responsum V. J. D. Joann. Bapt. Castello siculi Messanensis, pro nobili Urbe Messana, contra Regium fiscum super impositione Vegetigalis extractionis sericæ ex eius portu indicti anno 1612 per Illmo. et Excellmo. Ossunae ducem pro sua catholica Maiestate in hoc Siciliae Regium proregem dignissimum. (fol. hoj. 71.)
    - Pro nobilissima urbe Messana, adversus Regium Fiscum et Siciliae Regnum, super articulo executionis declarationis iudicium straticotiale, per quos fuit dictum impositionem gabelle granor. 25. pro qualibet libra sericæ, extrahenda ad portum ejusdem urbis ad pristinum esse reducendam. (El Lic. D. Antonio de la Cueva y Silva, fol. 8. hoj.)
    - Alegaciones V. Y. D. D. Joseph de Nespoli Fisci Patroni pro impositione Vegetigalis extractionis sericæ ex portu civitatis Messanae anno 1612 Illmo. et Excmo. D. Pedro Giron duci Ossunae comis Urbesensæ, etc. (fol. hoj. 50.)
- En la alegacion del núm. 1, que debe ser la última en fecha, se cita otro escrito de D. Petrus Corsetus, Regius consiliarius, Rationumque Siciliae Magister, en favor del fisco. Tampoco he visto impreso el convenio celebrado con el duque de Alba en 1591, pero sí copia manuscrita autorizada de la real cédula en que se aprobó, fecha 21 de octubre del mismo año de 1591; en ella se dice que el servicio fue de 500,000 escudos, pero espresa que eran de á 14 tarines, de modo que vienen á sumar igual cantidad que los 600,000 de á 12 tarines, con corta diferencia.

ros ricos-hombres, no lejos de la insigne iglesia colegial y capilla real de San Hipólito, hoy suprimida á pesar de descansar allí los cuerpos de Fernando IV y de Alfonso XI. En este barrio pues se ven las ruinas de la casa de los Fernandez de Córdoba, señores de Montemayor, y después condes de Alcaudete, convertida en espacioso huerto: enfrente la de los Fernandez de Córdoba, señores de la casa de Aguilar, y finalmente, después de haber sido arca de un convento, es hoy paseo público el sitio donde estuvo la casa de los Fernandez de Córdoba, señores de Chillón, Lucena y Espejo, y después marqueses de Comares.

De estas casas es la mas conocida la de los señores de Aguilar, llamada del *Aguila*, por la que sosteniendo el escudo de esta rama de la casa de Córdoba, se veía sobre la portada; escudo y águila que se conservó acaso hasta el siglo pasado, y últimamente, no quedando mas de lo esterior que la parte de la fachada que representa el dibujo que va por cabeza de este artículo, fué demolida sin consideracion alguna en 1852, á pesar de ser el solar ilustre de toda la gran casa de Córdoba; de cuyas glorias estan llenas las crónicas de nuestra nacion.

En esta casa, según unos escritores cordobeses, ó en la de los marqueses de Comares, según otros, nació Gonzalo Fernandez de Córdoba, el gran capitán, divergencia que hasta ahora no hemos tenido ocasion de poder dirimir.

Mas como de cualquier manera sea siempre cierto que el Gran Capitan nació en Córdoba, cosa que algunos han puesto en duda sin bastante fundamento, nos ha parecido esta ocasion oportuna para resolver esta duda, lo que no juzgamos muy difícil.

Aunque son muchos mas los testimonios que hay para estar por que el Gran Capitan nació en Córdoba, alguno que otro escritor ha asegurado, ó dado por cierto que vió la luz en Montilla, sin otro fundamento que haberlo leído en el *breve compendio que de la vida del Gran Capitan escribió Francisco de Herrera*, despreciando, ó acaso sin tener en cuenta los testimonios que hay en contra de este, mas numerosos y mas atendibles, así por esta circunstancia de tanto peso, como porque el dicho de Herrera no es terminante ni decisivo, y por lo tanto deja en duda la controversia, pues dice así: «nació en Córdoba..... otros dicen que nació en Montilla, y es lo mas cierto.» Nosotros vamos á esponer las autoridades en que nos apoyamos para asegurar que el Gran Capitan es natural de Córdoba.

Ambrosio de Morales, que por no muy lejano de los tiempos del Gran Capitan, por cordobés y por escritor veracísimo y diligente, merece toda fe en esta materia, dice así en el libro X de las antigüedades:

«Y siendo Córdoba tan principal lugar, como encarecía bien su *ilustrísimo ciudadano el Gran Capitan*, diciendo que aunque habia visto muchos lugares donde viviera de mejor gana que en Córdoba, no habia visto ninguno donde quisiera nacer de mejor gana.»

Juan Ginés de Sepúlveda, mas próximo á los tiempos del Gran Capitan que Morales, pues tenia ya 25 años el de 1515 en que murió Gonzalo de Córdoba, y que tampoco carecia de otros motivos para saber su patria, en el libro que escribió de *appetenda gloria*, asegura que Gonzalo de Córdoba era natural de esta ciudad.

El historiador cordobés, Andrés de Morales, cuyos manuscritos tenemos á la vista, hablando de los padres del Gran Capitan, dice así: «vivan estos señores en aquellos tiempos en las principales casas que poseen en Córdoba, cerca de San Hipólito, en el barrio que llaman *Trascastillo*, y en ellas nació D. Gonzalo, para tan grande honra de su patria.»

Luis Nuñez (Nonius en latin) se explica así tratando de Córdoba: Hac urbe etiam ortus Gouzalii Ferdinándus de Aguilar, qui florentissimum illud neapolitanum regnum è gallorum manibus summa virtute eripuit, et magna cum laude hispanis stabilivit: vir maximus antiquorum ducibus comparandus ut non immeritò magni ducis cognomen obtineat.

D. Francisco de Trillo y Figueroa, en su poema heróico titulado *Napolitsea*, que imprimió en Granada en 1651, da por sentado que el Gran Capitan nació en Córdoba, pues dice así:

Adonde el Betis abundoso, aquella  
Fecunda patria del honor, fecunda  
Sino mucha campaña, la mas bella  
Que honora Ceres, que Minerva abunda:  
Norte andaluz amaneció su estrella,  
Que esplendor mucho en vano hará segunda,  
Puesto que ardor artifice segundo  
Con nueva llama renovase el mundo:  
Amaneció en aquel aun elegante  
De Marcelo edificio, de Minerva  
Murada envidia, emulacion sonante  
Al mudo golpe de la suerte acerba:  
Córdoba al fin, á quien aun vigilante,  
Aun mal la envidia se atrevió proterva

Sin que bronce elocuente, mármor culto  
No á tanta patria ministrase indulto.

CANTO I. Octava 3 y 4.

De la misma opinion son otros escritores y biógrafos cuyos testimonios omitimos para alegar uno irrecusable. ¿Y cuál es este? El del mismo Gonzalo de Córdoba, que ciertamente no ha llegado á noticia de los que tan ligeramente han concedido á Montilla el honor de ser madre de tal hijo. Es pues una carta del mismo Gran Capitan, escrita en Nápoles en 9 de agosto de 1504 y dirigida al ayuntamiento de Córdoba para recomendarle á Próspero Colona, duque de Trayecto que venia á España á besar las manos de los Reyes Católicos, la cual se conserva en el archivo de aquella corporacion, y dice así:

«Muy magníficos señores: hallándome hijo de esa muy noble patria de donde *mi origen y naturaleza proceden*, y siendo muy cierto servidor de toda la nobleza de ella, etc.»

Estas palabras son concluyentes, sin que puedan trasladarse á sentido impropio ó remoto, especialmente no habiendo otro documento de mas autoridad y fé que diga lo contrario y precise á interpretar el sentido de unas espressiones tan categóricas y terminantes.

Creemos haber probado nuestra intencion con documentos fehacientes; mas si nos atuviésemos á conjeturas, todavia podríamos mantener á Córdoba en posesion de ser patria de Gonzalo de Córdoba. Estando establecida en esta ciudad su casa, del mismo modo que las de otros muchos caballeros que poseian señorios en varios pueblos de la provincia, solia su familia pasar algunas temporadas en Montilla, que era como la capital del señorío de Aguilar; pero residiendo mas tiempo en Córdoba, mas probable es que naciese en esta, y solo una casualidad pudo hacer que naciese en Montilla, casualidad que era necesario probarlos los patronos de esta opinion, lo que no podrán hacer de modo alguno.

El antiguo Gonzalo de Córdoba, primer señor del estado de Aguilar, poseyó ya las casas principales de que hemos hecho mencion, las cuales se vincularon en 29 de agosto de 1577 con Aguilar, Priego, Cañete, Montilla, etc., y en ellas vivió y vivieron sus descendientes hasta D. Pedro Fernandez de Córdoba, padre de Gonzalo y de D. Alonso de Aguilar, que hizo el palacio y fortaleza de Montilla, tal como estaba cuando fué demolida; conque venimos á parar en que desde Gonzalo el antiguo hasta el padre del Gran Capitan, no nacieron estos señores en Montilla; ¿y por qué solo el moderno Gonzalo habia de nacer en esta poblacion? No puede darse asercion mas infundada y gratuita.

En vista pues de las razones alegadas, podemos asegurar en toda confianza que el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba no nació en Montilla, sino en Córdoba, en 1.º de setiembre de 1452.

LUIS M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL CUARTEL BAJO.

Vamos á emprender de nuevo nuestro paseo histórico por las calles de Madrid, después del alto que hubimos de hacer para tratar del gran suceso que determinó la mayor importancia de esta villa, la fijacion en ella de la Corte del reino.—Recorridos ya el modesto recinto y los antiguos limites, cúmplenos hoy estender nuestra consideracion y nuestro relato á *la parte nueva*, ó sea la que resultó de la *tercera ampliacion*, verificada á consecuencia de aquel importante acontecimiento entre los siglos XVI y XVII; y si bien carecerán estos *recuerdos* del atractivo que por su remota antigüedad pudo hacer tolerables los anteriores, pensamos que todavia hallarán simpatia de parte de nuestros lectores, ya por la importancia ó grandeza material de los sitios que hemos de recorrer, ya tambien por su especial fisonomia y antecedentes, mas de acuerdo con nuestras costumbres y moderna historia.—Para seguir pues en esta tercera parte de nuestro paseo el órden que nos propusimos en las anteriores, dividiremos esta en tres trozos, en que comprendamos el recinto del moderno Madrid, desde la terminacion de los antiguos limites hasta los que fijan actualmente su perimetro.—El primero de aquellos trozos (al que siguiendo la nomenclatura oficial llamaremos *Cuartel bajo*) es el comprendido entre Poniente á Mediodia desde la *puerta de Segovia á la de Atocha*.—El segundo, ó *Cuartel del centro*, es el situado al Oriente, entre dicha *puerta de Atocha y la de Alcalá*; y el tercero, ó *Cuartel alto*, entre Oriente y Norte desde la *puerta de Alcalá á la de San Bernardino*,

(1) Véanse los números anteriores.

terminando en el Real Alcázar, donde principió y concluyó siempre la villa de Madrid.

Dijimos en el artículo último de la *segunda ampliación* que esta no había comprendido la parte exterior de *Puerta de Moros*, que aunque bastante poblada de caserío (especialmente á las inmediaciones del antiquísimo convento de San Francisco), quedó todavía estramuros, y considerada siempre como un mequino arrabal; hasta que creciendo en importancia con la sucesión de los tiempos, el aumento de la población y de las construcciones, mereció ser ya incluida en el recinto de la nueva villa, cuando á poco tiempo de establecida en ella la corte, y reinando todavía Felipe II, se construyó la *nueva puerta de la Vega ó de Segovia*, la misma que ha sido demolida en estos últimos años, y se designó la moderna cerca hasta la puerta de Toledo, abrazando ya los altos de *las Vistillas*. En ellos, aunque elevados tan enormemente sobre la calle de Segovia, que casi les impide toda comunicación con la otra mitad de la villa, se formaron nuevas manzanas de casas, y se construyeron por algunos magnates y grandes del reino considerables edificios, formando las dos espaciales calles de *Don Pedro y Carrera de San Francisco*, y sus traviesas.—La primera, que primitivamente formaba con la de la *Redondilla* un paseo muy concurrido en los tiempos de Enrique IV, desde el cual arrancaba la alcantarilla ó foso antiguo que corría por delante de Puerta de Moros, fué convertida en calle, conservando ambos nombres, de la *Alcantarilla* y también el de *Don Pedro* Lasso de Castilla, cuyas notabilísimas casas ó palacio (de que ya hicimos especial mención) están situadas á la espalda.—A la acera derecha de esta espaciosa calle se ve hoy la hermosa casa palacio de los duques de *Medina Sidonia*, marqueses de *Villafraaga*, que mide la considerable estension de 51,715 piés; y mas allá la que ocupa exclusivamente la manzana 127, construída á fines del siglo XVII para su habitación por los señores duques del *Infantado*, y que hoy se halla ocupada por las oficinas de la casa, y la magnífica Biblioteca y Arméría del ilustre poseedor de aquel título.—Como tal, es dueño también de casi todo aquel distrito, siendo de su pertenencia, además de los estensos palacios ya citados de Lasso de Castilla y del *Infantado*, el otro principal moderno, que está situado al frente de dicha calle de *Don Pedro* y del escampado de las *Vistillas*, magnífica casa, mandada construir en el siglo último por la señora duquesa viuda, princesa de *Salm Salm*, y que recuerda por su forma y gusto especial el de los palacios de la nobleza parisiense en el *Faubourg Saint Germain*, entre la *Cour d'honneur* de su entrada y su grande y preciosísimo jardín, límite de Madrid por aquella parte. Su ilustre dueño, el señor duque de Osuna y del *Infantado*, la habita actualmente, y es imponderable la riqueza y buen gusto con que están decorados sus bellos salones y dependencias.—Las otras casas ó mas bien manzanas de casas contiguas, casi todas propiedad del mismo título, están espléndidamente destinadas, unas á las oficinas y dependencias de los diversos estados; otras para habitación de los empleados en la casa, y otra finalmente (la señalada con el núm. 5 antiguo de la calle de los Dos Mancebos) ha sido convertida por la esplendidez del actual duque en un precioso hospital ó enfermería para los criados subalternos de la misma.—No solo los edificios, sino también los huertos, bajadas, y hasta el mismo inmenso escampado de las *Vistillas*, aumentado con la demolición de la manzana 128, que formaba la calle de *el Corral de las Naranjas*, son propiedad de la casa del *Infantado*; por cierto que en este último, y siguiendo los mismos impulsos de grandeza, ha proyectado y emprendido el señor duque actual una obra colosal de mejora, desmontando ó rebajando aquella inmensa esplanada en mas de diez piés, para reducirla á un hermoso plantío en forma de paseo, con un bello jardín ó glorieta en el centro, todo en beneficio público y para mayor decoro de las inmediaciones de su palacio.

El *monasterio de San Francisco*, causa principal de la prolongación de la villa de Madrid hácia el lado de Poniente á Mediodía, así como el de Santo Domingo lo había sido hácia el Norte, y los de Atocha y San Gerónimo á la banda oriental, no cede á ninguno de ellos en antigüedad, pues trae su origen nada menos que desde los principios del siglo XIII, y debe su fundación al mismo santo patriarca Francisco de Asís. Habiendo venido á Madrid en 1217, y ofreciéndole sus moradores sitio en qué fundar, fuera de los muros á la parte del río, lo hizo construyendo con sus propias manos una choza y una pequeña ermita, que luego se conservó en la huerta del convento, al lado de una fuentecita entre dos álamos, con cuyas aguas es tradición que amasaba la tierra el santo para su modesta construcción.—La extraordinaria devoción de los madrileños á esta piadosa casa fué creciendo con el tiempo, y adelantándose y mejorándose en consecuencia el primitivo edificio de la ermita, se convirtió en un templo y convento bastante espacioso. Contribuyó principalmente á esto la particular inclinación de *Rui Gonzalez Clavijo*, embajador que fué del rey Enrique III á *Tamerlan*, que ya dijimos vivía en sus casas propias de la *Costanilla de San Andrés*. Este labró á su costa la capilla

mayor, y cuando falleció en 1412 fué sepultado en medio de ella, bajo un suntuoso túmulo de alabastro fino con su estatua, que por cierto fué quitado de aquel sitio en 1575 para enterrar á la reina Doña Juana, esposa de Enrique IV, y últimamente desapareció de todo punto en 1617 cuando se renovó la iglesia, perdiéndose así la memoria de uno de los mas ilustres y antiguos hijos de Madrid.—La misma devoción que Rui Clavijo, ostentaron hácia esta santa casa los personajes y familias mas distinguidas de la antigua villa, los *Vargas*, *Ramírez*, *Lujanes*, *Cárdenas* y *Zapatas*, los cuales fundaron en ella capillas propias, memorias pías y suntuosos túmulos para sus enterramientos.—Pero todo desapareció indebidamente cuando á consecuencia de lo averiado del templo y estrechez del convento, determinó la comunidad demolerlos para labrar otros de nuevo, lo cual tuvo principio en 1701. La nueva obra del templo actual corrió á cargo de un religioso lego de la misma orden, llamado fray Francisco Cabezas, que la dejó en la cornisa en el año 68. Continuéla luego el arquitecto D. Antonio Pló, y fué por último terminada en 1784 por D. Francisco Sabatini, quien dirigió además la obra del convento.—La iglesia, de planta circular con 116 piés de diámetro, coronada por una hermosa media naranja, ofrece un aspecto majestuoso por su estension y regularidad, aunque carece de ornato. La fachada y pórtico son igualmente de gusto clásico; pero bastante pesado y á nuestros ojos profanos impropio de un templo grandioso, por aquellas ventanas, y sobre todo aquellas dos mequinas torres laterales.—El convento contiguo, hoy convertido en cuartel, comprende una estension prodigiosa, y es también de severo estilo, regularidad y fortaleza, bastando decir que tiene diez patios, el principal de los cuales mide mas de 19,000 piés, y la huerta, que avencana á la del *Infantado*, es correspondiente á tan considerable edificio.—Pero ni el sitio escogido para él, ni el gusto que presidió á su construcción, son proporcionados á las inmensas sumas invertidas en ella, ni á la piadosa magnificencia del gran Carlos III, en cuyo reinado se levantó.—Pretendióse al parecer dotar á Madrid de un templo principal; pero por una fatalidad inconcebible, que presidió á todas ó casi todas las grandiosas obras propuestas por el célebre arquitecto Don Ventura Rodriguez, no se adoptaron los planes que á este efecto ideó, y ni aun se hizo la nueva construcción en el sitio que él indicaba, mas á la izquierda, dando frente á la espaciosa carrera de San Francisco.—Todas aquellas razones, y muy principalmente la situación escéntrica de esta iglesia, la impiden ocupar el primer lugar, que sin duda la corresponde entre las de Madrid; si bien por su magnitud y elegancia ha sido varias veces escogida para las grandes celebridades de la corte, en los desposorios y honras fúnebres de los monarcas. Algunas ocasiones se ha indicado la idea de erigirla en *Catedral de Madrid*; otras se la ha designado para *Panteon Nacional*; y en el efímero reinado de José Napoleón estuvo indicada para *Salon de sesiones* de las futuras Cortes que habían de convocarse con arreglo á la Constitución de Bayona.—A todos estos proyectos se opone la casi inexistencia de aquel barrio extremo con el resto de la capital; inexistencia que ya desde principios del siglo anterior se trató de remediar, con el proyecto del *Puente* entre lo alto de la Cuesta de la Vega y las *Vistillas*, presentado por el arquitecto Saqueti; pensamiento altamente benéfico á aquel estenso distrito, y á Madrid en general, que nos hicimos un deber en exhumar del olvido y promover en la corporación municipal en 1846, y que realizado algun día, dará á aquella parte de Madrid la importancia que merece.

Todas las calles de este estenso distrito están en efecto bastante bien cortadas; son espaciales y pobladas de buen caserío; distinguiéndose principalmente las dos ya citadas de *Don Pedro* y *Carrera de San Francisco*, y mas adelante la de las *Tabernillas*, y del *Humilladero*.—Estas arrancan también de la plazuela de Puerta de Moros, y continuada la primera en la del *Angel* y *San Bernabé* á la derecha, y la del *Aguila* á la izquierda, sa'en al *Campillo* titulado de *Gilimon*, y la del *Humilladero* desemboca en la calle baja de *Toledo*.—De las muchas traviesas que median entre estas grandes líneas, la mas importante es la calle de *Calatrava*, y aunque todas bastante regulares y espaciales, carecen de grande interés por la monotonía y sencillez de sus casas de vecindad y la escasez ó completa ausencia de monumentos públicos, históricos ó religiosos.—El único notable, aunque moderno, de fines del siglo XVII, es el precioso *Hospital de la V. O. T.*, con una linda capilla, sito en la calle de *San Bernabé*, contigua al *portillo de Gilimon*, y fundada sobre el sitio que ocupaban las casas en que vivía el famoso fiscal y presidente del consejo de Hacienda *Gil Imon de la Mota*, cuyo nombre quedó al dicho portillo, abierto en su tiempo.—En la calle del *Aguila*, núm. 1, está la casa de la *Sacramental* de San Andrés, con una pequeña capilla dedicada á *S. Isidro*, en la que se guarda una de las arcas en que primitivamente estuvo colocado el cuerpo del santo.—Y en la calle de *la Paloma*, entre las de *Calatrava* y *la Ventosa*, se halla entre los números 21 y 25 otra pequeña, aunque preciosa capilla, construída en los últimos años del siglo pasado, por la diligencia y caridad de una piadosa muger lla-

mada *María Isabel Tintero*, y con las limosnas de los fieles vecinos de aquel barrio, para colocar en ella una devota imagen de *N. S. de la Soledad*, muy venerada en el mismo por su milagrosa virtud. Esta es la célebre efigie conocida por *la Virgen de la Paloma*, cuyo pequeño santuario se ve constantemente asistido del concurso de los devotos, y sus paredes vestidas de multitud de *Ex-votos* ó piadosas ofrendas.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

## FERIAS DE MADRID.

Tuvieron una junta  
allá en el alto Olimpo,  
sus huéspedes radiantes,  
los viejos dioscellos.

En ella resolvieron  
venir á ver juntitos  
las ferias madrileñas,  
que jamás habían visto.  
Y como allí no hay coches  
ni *ferrados* caminos,  
preparan un cometa  
con un rabo larguísimo.

Suben, cabalgan, corren,  
hienden el éter limpio,  
y á los hombres asustan  
con su esplendente brillo.

Dan en Madrid, se apean  
despiden el crinito,  
y cada cual se marcha  
por diferente sitio.

MERCURIO saca y limpia  
del polvo del olvido  
las galas destrozadas  
de los pasados siglos.

Para mostrar al público  
sus gangas y prodigios,  
espléndidos cajones  
le da San Bernardino.—

Llenándose de polvo  
las manos y el vestido,  
MINERVA agita y vuelve  
las parvas de los libros.

Ya ve medio Quijote,  
las tripas de Rengifo,  
un arte de cocina  
ó el forro del de Ovidio.

Ya bien encuadernados,  
y juntos como amigos,  
Rousseau, Quevedo y Balmes,  
Dante, Lacroix y Virgilio.—

VULCANO, el mas amable  
de todos los maridos,  
lleva de puesto en puesto  
de su muger al hijo.

¡Cuál llora y patalea  
el mísero CUPIDO!  
y «cómprame eso» clama  
con insufribles gritos.

Que al ver tantos modelos  
de bélicos aliños,  
conoce que en sus venas  
no hay sangre de herrerillo.—

Y su mamá, entre tanto,  
VENUS, la flor de Gnido,  
va de Alcalá en la calle  
haciendo mil cautivos.

Le da su diestro brazo  
MARTE, guerrero invicto,  
que con secretas frases  
alhaga sus oídos.

Ya van puestos en prensa  
sin verse y sin ser vistos,  
en aquella gran masa  
de carnes y vestidos.

Ya ven cándidos platos  
y vasos cristalinos,  
y del alegre otoño  
los frutos esquisitos.

Allí CERES ostenta  
del Aragon los ricos,  
las rojas acerolas,  
las nueces y los higos.

Allí elegantes SÁTIROS,  
de frac y lenticitos,  
á mil hermosas NINFAS  
andan haciendo guiños.—

Juno lleva á la Plaza  
á JOVE, su marido,  
y del comprado lienzo  
le carga con los lios.

Tal vez viendo doquiera  
femeniles hechizos,  
lanza el sujeto cónyuge  
tristísimos suspiros;  
y JUNO al observarlo  
le muestra su cariño,  
haciéndole que exhale  
un ¡ay! tras un mordisco.—

BACO lleva chorreras  
de mosto en los hocicos,  
y entre dos salvaguardias  
hace eses con el vino.

Diz que va descontento  
porque este año no ha visto  
cierto patio con cuadros  
que estaban tan bonitos.—

APOLO, por dejarse  
la cítara en el Pindo,  
cargado con un arpa  
le va dando pellizcos;

ó rasca en el guitarra  
jota, fandango y vito,  
ó hace trepar á un mono  
al son del organillo.—

EOLo, sofocado,  
pegando resoplidos,  
anda comprando fuelles,  
silbatos y abanicos.—

Llevando en una mano  
un panzudo botijo,  
y en otra una vasera  
de áureo metal bruñido,

NEPTUNO, dios cesante  
y antiguo rey marino,  
en dar agua al sediento  
pasea divertido.—

PAN vende sus mendrugos  
en bollos á los niños,  
y da á ESCULAPIO enfermos  
para llenar el limbo.—

Las inocentes MUSAS  
hallaron otro oficio,  
y andan por ciertas calles  
después de anohecido.—

Mas ¡ay! huye setiembre  
entre fiesta y bullicio,  
y octubre le reemplaza  
triste, lluvioso y frio.

Madrid, Madrid, no llores,  
que ya acercarse miro  
las dulces Navidades  
con nuevos regocijos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

GEROGLIFICO.







EL SALON DE LOS PASOS PERDIDOS DEL PALACIO DE JUSTICIA.

El salon de los Pasos Perdidos, que es una parte del palacio de justicia de París, cuyo grabado ha salido ya en uno de los números del SEMANARIO, es sin disputa uno de los salones mas vastos y mas magníficos de la Francia, pues tiene 74 metros de largo sobre 28 de ancho. Su interior se halla dividido por una línea de columnas y de arcos, en nueve naves iguales. Estas columnas y estos arcos contribuyen á sostener dos bóvedas de piedra que la cubren. El órden dórico empleado en este salon le da una gran solidez y una majestad que encanta, paseándose en él generalmente los litigantes y los letrados. Las ventanas abovedadas que se hallan á las estremidades de cada nave, le prestan una hermosa claridad. El salon de los Pasos-Perdidos contiene un bello monumento elevado en 1822 á la memoria de Mallesherbes, uno de los animosos defensores del infortunado Luis XVI.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL CUARTEL BAJO.

A la esquina de la plazuela de la Cebada está la iglesia ó humilladero de Santa Maria de Gracia, que dió nombre á la calle accesoria. Esta iglesia fué construida á fines del siglo XVII por la hermandad de

(1) Véanse los números anteriores.

la Santa Vera Cruz que existia desde el XIII en el convento de San Francisco. Mas adelante, en la misma calle del Humilladero, núm. 25, se encuentra el hospital ó iglesia de San Patricio de los Irlandeses, fundado hácia los años 1629 por los clérigos católicos emigrados de aquel reino, á consecuencia de la revolucion inglesa, y ampliado después como colegio, á semejanza de otros que existian en España para los naturales de aquellos países.

Hé aqui los únicos objetos algun tanto notables de aquel apartado distrito, de aquellas rectas calles entre las Vistillas y la de Toledo, denominadas de San Buenaventura, de San Isidro, de las Aguas, del Oriente, del Luciente, del Mediodía, de la Paloma y de Calatrava, y otras, en cuyas casas, bajas y mezquinas unas, subdivididas otras en infinidad de viviendas por demás incómodas, hallan alvergue millares de familias de artesanos, jornaleros, corredores, chalanes, vagos y hasta malhechores, que abundan como en todos en el pueblo bajo de Madrid; bastando decir que la modesta calle del Águila encierra en sus 42 casas 1294 habitantes, y la de la Paloma muy cerca de 1000 en solo 31 edificios. Apesar de esto, la espacioidad regular de las calles y la ventilacion y altura de los sitios, dan á este barrio cierto aspecto halagüeño y condiciones de alegría y sanidad.

La plazuela de la Cebada, formada en los principios del siglo XVI, en tierras pertenecientes á la encomienda de Moratalaz, del órden de Calatrava (segun se ve por escritura otorgada en 1556 por Rodrigo de Coalla, del Consejo de Hacienda y de Castilla, por quien aparece firmado el perdon que el emperador dió á los comuneros, y por su mujer que compraron un quignon de tierras en dicho sitio) es un descampado irregular mas bien que una plaza pública, y desde su principio

estuvo dedicada al comercio de granos, de tocino y de legumbres. En el siglo pasado fué tambien muy famosa por la celebracion en ella de las famosas *ferias de Madrid* y el paseo y bullicio consiguiente, de que aun hemos podido ser testigos en algunos años del presente en que se han celebrado en ella: pero á fines del siglo adquirió esta plazuela mas funesta celebridad, por haberse trasladado á ella las ejecuciones de las sentencias de muerte en horca ó garrote, á cuyo efecto se levantaba la vispera en el centro de ella el funesto patíbulo; y las campanas de las próximas iglesias, San Millán y Nuestra Señora de Gracia, eran las encargadas de transmitir con su lígubre clamor á toda la poblacion de Madrid el instante supremo de los reos desdichados. Muchos grandes criminales espieron en aquel sitio una série de delitos comunes; y cuando en este siglo principalmente se adoptó la nueva clasificacion de delitos políticos, muchas victimas del encono de los partidos ó de la venganza del poder regaron con su sangre aquel funesto recinto: 1822, 1824 y 1850, son fechas muy marcadas en aquella plazuela. Los nombres de *Goyfieu*, *Riego*, *Iglesias* y *Miyar*, dicen bastante en acusacion de la intolerancia y animosidad de los políticos partidos.

La *calle baja de Toledo* (llamada en un principio de la *Mancebia* por hallarse situada en una de sus casas con entrada tambien por la del *Humilladero*) es sin duda alguna la mas poblada y animada de Madrid, como que su caserío llega al número 143 por la acera izquierda y al 174 por la derecha, y su vecindario, segun los censos modernos, alcanza á la cifra de 5499 habitantes.—Formado aquel principalmente de posadas y casas de vecindad y para oficios humildes, dicha poblacion fija se aumenta extraordinariamente con la accidental de los forasteros y tragineros, que en crecido número acuden de continuo á Madrid de todas las provincias del reino, y que con sus diversos trajes, acentos y modales, marcan á esta famosa calle su fisonomia especial, y la hacen ser un compendio abreviado de la España.—De monumentos ó grandes objetos artísticos ó históricos no se trate, porque ninguno se encuentra en ella, á menos que no queramos calificar de tal (y pudiera serlo fúnebre del buen gusto), la desdichada fuente construida en el reinado anterior á la entrada de la calle de la Arganzuela.—Ninguna iglesia, ningun edificio público ni principal viene á interrumpir la continuada democracia de esta calle, y desde el principio de ella hasta el fin está seguro el paseante de hallar por ambos lados después de una posada una taberna, luego una barbería, mas allá un albardero, junto á un herrador y enfrente de un bodegón ó de una espartería.—Se nos olvidaba que á su estremidad la hallamos dignamente terminada á la izquierda por el *Matadero de la villa*, hediondo y repugnante establecimiento, ajeno de todas las condiciones necesarias á los de su clase; y á la derecha por un principio de gran casarón, empezado á construir por la misma Villa no sabemos con qué objeto, hace algunos años, y abandonado después. Este edificio, conocido por la *casa Pabellones*, fué un tiempo cedido á la sociedad de Mejora de Cárceles, para establecer en ella una casa de correccion; pero no llegó á verificarse.—Antes de llegar á la casa Matadero, y á la esquina de la calle de los Cojos, estuvo tambien el famoso *Alberque de San Lorenzo*, en que se recogia por la ronda llamada de *Pan y huevo* á los pobres extraviados en las calles durante la noche, y se les daba aquella frugal colacion y un humilde lecho por la hermandad fundada en 1598 por Pedro Cuenca. Hoy no existe ya, y la casa ha sido vendida.

La nueva *puerta de Toledo*, que termina esta calle, y que da salida al camino real de Andalucía, tuvo su origen en tiempo de la dominacion francesa, en que se sentó la primera piedra, teniendo muy buen cuidado de encerrar bajo de ella, con la debida pompa, la correspondiente caja con las monedas de José Napoleon, los calendarios, guías y constituciones á la sazón vigentes; pero salieron los franceses y su intruso gobierno, y en 1815 el Ayuntamiento *constitucional* de Madrid acordó continuar la obra, dedicándola á la memoria del triunfo obtenido contra aquellos mismos; y como era consiguiente, la primera operacion fué la de extraer la *intrusa* cajita con sus intrusos guías, monedas y calendarios, y colocar en su lugar otra flamante con la novísima *Constitucion* de Cádiz y las medallas con la efigie de Fernando VII el *Deseado*.—Regresó este año siguiente de su cautiverio, y tuvo á bien anular con una plumada y borrar de la *série del tiempo*, como si no hubiesen existido jamás, los seis años anteriores, y el Ayuntamiento *perpetuo*, que volvía á abrazar su perpetuidad, creyó de su deber desembarazar los cimientos de aquella obra triunfal de la insegura base de la *mal llamada Constitucion*, y poner en su lugar el Almanak, el Diario de Madrid, la Guía de forasteros y no sabemos si el *Sarrabal* de Milan.—Todavía sufrieron aquellos subterráneos alguna otra visita municipal con ocasion de la nueva edicion de la susodicha *Constitucion* política en 1820, y de los mencionados decretos anulados de los *tres negros llamados años*, en 1825; pero en fin, en 1827 se vió terminada aquella pesadísima mole, y pudo leerse en su cuerpo ático la inscripcion dedicatoria que dice: *A Fernando VII el Deseado, padre de la patria, restituido á sus pueblos exterminada la dominacion francesa, el*

*ayuntamiento de Madrid dedicó este monumento de fidelidad, de triunfo, de alegría.*

A la izquierda de la calle baja de Toledo, y entre esta y la de *Embajadores*, se encierra el famoso distrito conocido por el *Rastro*; nombre significativo segun el Diccionario de la Academia, del «lugar público donde se matan las reses para el pueblo», en cuyo sentido lo usaron tambien Cervantes, Covarrubias y otros célebres hablistas. En los documentos oficiales de Madrid se dice tambien el *Rastro de la corte* para designar el territorio hasta donde alcanzaba la jurisdiccion de los alcaldes; pero la primera calificacion es sin duda la apropiada á este distrito, en que desde tiempos remotos estuvieron situados los mataderos, las tenerías ó fábricas de curtidos, como lo indican los nombres mismos de sus calles, *Rivera de Curtidores*, del *Carnero*, de las *Velas*, etc., y la misma existencia hasta el día de aquellas fábricas y oficios á que se presta tam'ien por otro lado la misma localidad por sus condiciones materiales, mayor surtido de aguas, desnieves, ventilacion y situacion al mediodía.—Divide en dos trozos este estenso distrito la espaciosa vía que, comenzando con el título de *Plazuela del Rastro*, sigue con el de *Rivera de Curtidores* hasta las tapias de las casas y huertos que avecinan á la cerca de Madrid. Aquella celebrísima plazuela es el mercado central adonde van á parar todos los utensilios, muebles, ropas y cachivaches averiados por el tiempo, castigados por la fortuna, ó sustraídos por el ingenio á sus legítimos dueños. Allí es donde acuden á proveerse de los respectivos menesteres las clases desvalidas, los jornaleros y artesanos; á las miserables covachas de aquellos maoueros, cubiertas literalmente de retales de paños, de telas de todos colores; á los tinglados de los charrilleros, henchidos de herramientas, cerraduras, cazos, sartenes, velones, relojes, cadenas y otras baratijas; á los montones improvisados de libros, estampas y cuadros viejos que cubren el pequeño espacio del pavimento de aquella plazuela que dejan los puestos fijos, asisten diariamente en busca de alguna *ganga* ó chiripa los aficionados veteranos, rebuscadores de antigüallas; arqueólogos y numismáticos de deshecho, bibliógrafos y coleccionistas de viejo; á los corredores, en fin, ambulantes, que circulan ó se deslizan difícil y misteriosamente entre todos aquellos grupos de marchantes y baratillos, es donde llama tambien, con mas ó menos probable éxito, todo aquel desdichado que en cualquiera concurrencia se vió aliviado del peso de su bolsillo ó de su reloj; especie de *lonja de contratacion* de los *tomadores del dos*, adonde se cotizan los *efectos* producidos por las *operaciones* del día anterior. Sumisos todos á la voz del *Monipodio* respectivo, quien para investigar el paradero de una alhaja hallada antes de perderse, suele preguntar con toda formalidad: *¿Cuál de vosotros estuvo ayer de cuarenta horas ó de procesion?*—«*Aquí*» responde el interpelado con la alhaja en cuestion.

La espaciosa calle, continuacion de aquella plazuela y denominada *Rivera de Curtidores*, sería aun mas importante para ciertos comercios incómodos, aunque indispensables de consumo, que la ocupan, y para la circulacion de las carreterías que conducen las reses y sus despojos, las pieles, curtidos etc., si á su mucha espaciosidad correspondiera su entrada por la calle de los Estudios de San Isidro, y tuviera salida directa al paseo de la Ronda ó al sitio llamado *Campillo del Mundo Nuevo*; ambas circunstancias son indispensables, y habrán necesariamente de acometerse mas ó menos pronto, si se quiere mejorar y salubrizar aquella importante aunque humilde barriada. Para ello es de absoluta necesidad que desaparezca por completo la mezquina manzana 71 que obstruye el acceso á dicha plazuela del Rastro y tambien á la calle de Embajadores, y que se abra un nuevo portillo entre el del Casino y la puerta de Toledo al sitio ya dicho del *Mundo Nuevo*; con lo cual se reformaría este en términos convenientes y se establecería fácil acceso y comunicacion entre las calles de la *Arganzuela*, *Mira al Rio*, del *Baslero*, de los *Cojos*, del *Peñon* y otras que bajan desde la de Toledo; y las de la *Pasion*, de *Rodas*, de la *Huerta de Bayo*, de *Mira el Sol* y del *Casino*, que desembocan en la de Embajadores.

Los humildes nombres ya citados de todas estas calles, su mezquino caserío, su gran desnivel, el descuido é incuria de su pavimento y de su policia, revelan desde luego el mas infeliz y abandonado distrito de la villa; su miserable historia está consignada tambien en aquellos mismos nombres, en este propio destino, aspecto y condiciones con que viene hasta hoy atravesando los siglos; pero no por esto deja de tener su importancia, por el gran número de fábricas de curtidos, de papel, de velas, tahonas y otras; y aunque lentamente, tambien va reformándose el antiguo caserío y desapareciendo las mezquinas casas bajas y de reducidísimos espacios, para dar lugar á construcciones mas regulares (1). No tiene tampoco ningun edificio público,

(1) En la calle de *Santa Ana* (entre la de la *Buda* y del *Baslero*) existia hasta el año anterior en que fué derrubada para incorporarla con su inmediata, la *casa de las cinco tejas*, porque en efecto no tenia mas que este número en su frente ó fachada: era la señalada con el núm. 20 antiguo, 9 moderno de la manzana 88; y "

ni mas iglesia que la reducida casa y capilla provisional adonde se retiraron los padres del convento de la Pasion, que fué derribado en tiempo de los franceses y estaba situado entre la plazuela de San Millan y la calle de las Maldonadas.

Pero la calle de Embajadores, que continua la de los Estudios y de San Dámaso hasta el portillo de aquel nombre, cuenta ya bastante buen caserío y edificios públicos de consideracion.—La iglesia y convento de San Cayetano, principal edificio religioso de aquel estenso distrito, y situado en el núm. 49 de dicha calle, con vuelta á la inmediata del Oso, es lástima ciertamente que se hallen situados en sitios tan estraviados y en una calle estrecha donde no puede lucir su grandeza. Este hermoso templo, construido en principios del siglo pasado bajo la direccion de los célebres arquitectos D. José Churriguera y D. Pedro de Rivera (aunque con diseños venidos de Roma, segun D. Antonio Ponz), es suntuoso, despejado en su planta interior, y magnifico en su fachada, aunque el abuso de adornos supérfluos con que siguiendo su escuela y gusto particular quisieron recargarla los arquitectos directores, haya dado origen á las severas censuras de los criticos rigoristas, entre otros del mismo Ponz, que no hallaba otro arbitrio para remediar la suntuosa fachada de piedra, que *picarla toda y dejarla lisa*; hasta este punto llegó el encono de los criticos á fines del siglo pasado! Esto no obstante (y á pesar de tan acerbas censuras y académicos anatemas) la iglesia de San Cayetano continúa siendo uno de los mas bellos templos de Madrid, y su magnífica fachada constituiria uno de sus mas ricos ornamentos, á estar situada en sitio conveniente: en el que ocupa por ejemplo el Buen suceso ó la casa de Astrearena. El convento, fundado en 1644 para casa de seglares de San Cayetano, estuvo ocupado últimamente por la comunidad de San Gil, y ha sido vendido después de su estincion, aunque el templo continúa dedicado al culto.—Mas abajo, en la misma calle de Embajadores está el Colegio de niñas huérfanas llamado de la Paz, y unido al piadoso establecimiento de la Inclusa, situado á la espalda en la calle del Meson de Peredes; está destinado á recibir y educar en él á las niñas espósitas en aquel desde que cumplen la edad de siete años, y uno y otro establecimiento corren á cargo de una junta de señoras de la primera nobleza. Es una filantrópica y excelente institucion fundada en 1679 por la señora Doña Ana Fernandez de Córdoba, duquesa de Feria, y dirigida con notable acierto por la espresada junta de señoras.

Al terminar dicha calle de Embajadores, en la acera izquierda, se alza el estenso edificio construido en los últimos años del siglo pasado con destino á fábrica de aguardientes y licores, estancados entonces por la Real Hacienda, barajas, papel sellado y depósito de efectos plomizos, y hoy destinado á la de tabacos desde 1809, en que comenzó en él la elaboracion de cigarros y rapé, hasta el día, en que cuenta mas de tres mil operarios, principalmente mujeres, con inmensos talleres en que se labran al año sobre millon y medio de libras de cigarros. Este considerable edificio que ocupa una superficie de 101,406 piés, tiene su fachada principal á dicha calle con 428 piés de linea, 29 balcones y una decoracion seria y apropiada al objeto.—Frente de este edificio, y terminando por su derecha la misma calle de Embajadores, está el precioso jardin llamado el Casino de la Reina, que mide nada menos que la considerable estension de mas de 13 fanegas de tierra, y en su centro tiene un lindisimo palacio, decorado con bellas pinturas al fresco y suntuoso adorno de muebles. Este magnifico jardin ó sitio real, una de las mas preciadas curiosidades de Madrid, fué conocido en lo antiguo por la huerta del clérigo Bayo, y adquirido por la villa de Madrid en 1816 para regalarlo á la reina Doña Maria Isabel de Braganza. El principal ingreso á esta real posesion por la parte de la Ronda, consiste en una elegante portada de granito, decorada con dos columnas dóricas á cada lado con remates y adornos correspondientes, y separadas por una verja de hierro.—Entre esta posesion y la fábrica de cigarros, dando frente á la citada calle de Embajadores, está el portillo del mismo nombre, moderno, de piedra y de regular construccion.—Sobre el origen, en fin, del titulo de esta calle nada cierto podemos asegurar; únicamente consignaremos la tradicion de que en la epidemia que padeció Madrid como gran parte del reino en 1597 parece que se refugiaron en aquellos sitios los embajadores ó enviados de las potencias extranjeras, y desde entonces le fué aplicado este nombre, dejando el de calle de la Dehesa de la villa, con que la vemos designada en los titulos antiguos de las casas.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LA VENGANZA DE LOS HOMBRES

POR LA JUSTICIA DE DIOS.

EPISODIO HISTORICO.

I.

EL PLAZO.

El año de 1504 espiraba.

Era la media noche, y Palencia dormia tranquila: en sus calles desiertas y oscuras reinaba el mas profundo silencio; no se percibia otro ruido que el de la lluvia, cuyo monótono son hacia mas lúgubre la noche.

En un espacioso salen apenas alumbrado únicamente por la lámpara que pendía de su bóveda, estaba arrodillada delante de un reclinatorio una mujer hermosa, cuya esbelta hubiese envidiado la gacela, y cuyos negros ojos en nada cedían á los de esas *houries* que adora el africano. Con sus manos cruzadas sobre el pecho, y su frente inclinada, parecia absorta en la oracion: á poco levantó la cabeza, y se vieron rodar por sus mejillas dos lágrimas comparables solo á las cristalinas gotas del rocío de la primavera: su pecho dejó escapar un suspiro que perfumó la estancia, y su voz, dulce como los cantares de Salomon, y tierna como las plegarias de David, pronunció un *¡ay!* lastimero, que volando fué á perderse en los dorados arabescos de la habitacion. Casi al mismo tiempo, como si el Supremo Hacedor hubiese querido contestar á aquel acento del alma, el tableteo del trueno hendió los aires, y al espirar los últimos ecos que se repetían en la velocidad de su carrera, el galope de un caballo vino á herir los oídos de aquella hermosa mujer. Este ruido cesó delante de la casa, y pasados algunos instantes entraba en el salon un apuesto caballero de marcial talante y ademanes nobles.

Era D. Juan de Benavides, favorito del rey D. Fernando IV.

—Señora, el cielo os guarde.

—Bien venido, noble D. Juan.

—Estais pálida, y es dolor que se marchiten las rosas de vuestro semblante.

—El cansancio de la vigilia y los tormentos del alma no es extraño que cambien las rosas en azucenas.

—Tormentos dijisteis, señora! ¿quién pudiera causarlos?

—Lo sabreis, D. Juan, y esta noche precisamente os aguardaba para eso.

—Os escucho.

—Quisiera referiros una historia.

—Y viniendo de vuestros labios, ha de ser por fuerza interesante.

—Vió la luz de Castilla una mujer que hermosa y llena de encantos vivia tranquila. Jamás se oscureció el sol de su felicidad; jamás su dulce sueño fué perturbado por las ansiedades del corazon; arrullada en su niñez por la inocencia, y mecida después por la ignorancia del mundo, se resbalaban los dias de su vida sin que para ella hubiese acabado la infancia.

Un famoso torneo se preparaba en la corte, y el día en que los caballeros castellanos se disputaron el premio de su destreza, vió esta niña el mundo por primera vez. Entre los muchos donceles que mantuvieron la fiesta, habia uno cuya gallardía y gentileza eclipsaba la de todos los otros: sus ojos estaban siempre fijos en nuestra jóven, que sorprendida al principio, turbada después, y embriagada al fin, envió toda su alma al noble guerrero: favorecióle la suerte; el premio fué suyo, y al ofrecerlo á la dama, le dijo en cadencioso romance palabras de amor: aun las conserva la historia.

—Podeis callarlas, interrumpió con tono indiferente el caballero, puesto que nada robarán al interés de la narracion.

—Sois poeta, D. Juan, y pueden deleitaros.

Te ví et cobdicié tu amor,  
el grande el esfuerzo hobera,  
et al mi brazo, señora,  
donásteis sin par firmeza,  
et magüer cien campeones  
fecistes mia la palestra.  
Ansi justo es que á tus piés  
ponga la mi gloria entera,  
ca solo á tu fermosura  
debdo soy de aquesta prenda.

—Teneis una memoria feliz, señora.

—¡Pluguiera al cielo que no fuese así! Atended á lo que resta.

—Pasaron muchos dias; ella siempre amando á su caballero, él

«Componia de 150 piés superficiales con 3 y medio de fachada: perteneció á las memorias de Maria Leon en la parroquial de San Justo, y estaba arrendada en catorce reales al mes. Era sin disputa la casa mas chica de Madrid.

pareciendo amar á su dama; se cambiaron promesas, se consagraron juramentos, y creciendo el amor, se extraviaron en sus caminos...

—Señora, ¿estaríaís arrepentida de haberme amado? dijo D. Juan, cuyo aplomo iba desapareciendo.

—Me arrepiento de haber sido criminal.

—Y bien...

—Hace poco me preguntábais la causa de mis tormentos; ¿no la adivináis aun? Tengo que ocultar al mundo mi frente porque está manchada, y esa mancha es preciso borrarla.

Doña Margarita levantó con orgullo la cabeza y miró fijamente á D. Juan.

—¿Es súplica ó exigencia? replicó este sosteniendo con trabajo la magnética mirada de aquella mujer.

—Tengo derecho á mandar, y ese derecho me lo ha dado vuestro proceder.

—Advertid, señora, que al favorito del rey ha de cuadrarle mal vuestro mandato.

—Oid, D. Juan de Benavides, lo último que tengo que deciros.

A estas palabras enderezó Doña Margarita su hermoso talle, su rostro tomó una espresion imponente, y sus ojos se fijaron con esa mirada atrevida y profunda que causa la fiebre.

—Me vendisteis amor y os amé: usásteis de vuestra seducción, y manchásteis mi nombre: todo mal exige una reparación... vos no habéis satisfecho vuestra deuda... Pensadlo bien, D. Juan: un mes tenéis para ello, y al fin de este terrible plazo, ó venid á buscar un corazón lleno de ternura, ó huid de mi venganza.

—Por Dios, señora, que no me dejaré humillar por tanto orgullo.

—No olvidéis que conservo las prendas de amor que pusisteis á mis pies el día del torneo.

—Recuerdo perfectamente que entre ellas había una preciosa daga de Fez.

—Esa daga hirió mi corazón, D. Juan.

—¿Y ahora queréis que cumpla vuestra venganza?...

—Golpe por golpe, caballero.

—Vuestras manos, señora, no saben herir; solo vuestros ojos saben matar.

Y al decir estas palabras quiso D. Juan reír irónicamente; pero en vez de risa, dejó asomar á su rostro el grito de su conciencia y el pavor de su alma.

—Sois un galán muy cumplido; pero os valdrá mucho no olvidaros esta noche. Adios, D. Juan.

—Doña Margarita de Espinosa, jugásteis en amor y perdisteis; se extravió vuestra cabeza y amenazáis... ¡loco desvario!... Señora, que Dios os guarde.

Y saludando respetuosamente salió, haciendo resonar sus espuelas en el pavimento.

## II.

### DONDE LA PRENDA DE AMOR SE TORNA EN PRENDA DE VENGANZA.

Serian las once de la noche, y la servidumbre de Fernando IV estaba recogida: solo algun arquero se veía atravesar los corredores del palacio, sin oirse otra cosa que el acompasado pisar de los centinelas ó el eco de algun romance que entonaba el aterido soldado á la puerta del alcázar. Apenas se divisaba alguna que otra moribunda luz en la escalera ó en las habitaciones principales; y sin embargo, cualquier observador atento hubiera visto deslizarse por un estrecho pasillo una sombra negra, llegar hasta la escalera, bajar un trecho de ella, y ocultarse detrás de una columna; y aunque sus pasos no se percibían, era indudablemente una persona, porque lo agitado de su respiración se oía muy claramente.

Algunos minutos después sonó el choque de un pié varonil con el baldosado de mármol, y comenzó á bajar la escalera un caballero que embozado hasta la nariz, no dejaba ver mas que sus brillantes ojos. Al llegar frente á la columna en que se ocultó la sombra, se destacó esta de la pared, y arrojándose al embozado, exclamó con voz sorda y conmovida:

—¡D. Juan de Benavides, te devuelvo tu prenda de amor!

Y abriendo el negro manto, hizo brillar en el aire una daga que clavó en el corazón del favorito.

La sombra desapareció por donde había venido.

Un grito de dolor se oyó, y el cuerpo exánime del caballero rodó por la escalera.

—¡Cielos! exclamó la voz de un hombre llegando hasta el cadáver.

—¡Un asesinato! repuso otro que se acercaba.

—¡Es D. Juan de Benavides! tiene el pecho atravesado con un puñal; socorrámosle, hermano, si aun es tiempo. Y esto diciendo sacó el arma de la herida en que estaba sepultada.

En este mismo instante se presentaron dos arqueros, y conociendo el cuerpo del cadáver, comenzaron á gritar:

—¡Traicion, D. Pedro! D. Juan Carbajal ha asesinado á D. Juan de Benavides!

A estas voces llegaron otros cuatro guardias, y acometieron á los hermanos.

—¡Vive Dios! exclamó D. Pedro sacando su espada. ¿Quién tendrá valor para decirle asesino á un Carbajal? ¡Atrás, villanos!

D. Juan le imitó, siguiéndose una encarnizada lucha.

El ruido de las armas y las voces de ¡asesinos!... ¡en nombre del rey! atrajeron gran porcion de soldados.

Los dos caballeros se vieron acometidos por todos lados. D. Pedro hacia frente á la parte superior de la escalera, y D. Juan á la inferior. Donde quiera encontraban picas, y sus aceros no dejaban de rozar mallas y cascos. Habian muerto tres soldados, pero tenian algunas heridas, y los enemigos eran muchos.

D. Juan hizo un rápido molinete con su espada, obligando á los que tenia delante á bajar dos ó tres escalones: repuestos, emprendieron nuevamente su ascension; pero al mismo tiempo el caballero, dando con un pié al cadáver, le hizo rodar de manera que cayó sobre sus acometedores: este golpe puso por tierra á algunos de ellos, é hizo vacilar á otros; entonces D. Juan, saltando por encima de sus cuerpos, gritó á su hermano:

—¡A mí, D. Pedro!

Este le imitó, y así pudieron salir á la calle, pero siempre perseguidos. Dando un paso por cada golpe que descargaban, llegaron á la puerta de una casa, y apoyándose en ella á la vez que se defendían, gritaron:

—¡Fernando!

La puerta se abrió, los dos hermanos se deslizaron en el interior del edificio, corrieron sin detenerse á la cuadra, ensillaron con indecible velocidad dos caballos, y montando en ellos salieron á todo correr por una puerta falsa.

## III.

### EL JUEVES 7 DE SETIEMBRE DE 1512.

Después que Fernando IV encomendó al rey de Aragon el arreglo de las diferencias que tenia con el de Portugal, y reunidas Cortes en Valladolid á fin de que se le auxiliase con algun dinero para la guerra contra los moros, dispuso la partida en la primavera de aquel año, y siguió á su hermano D. Pedro, que fué nombrado general de la expedicion.

El infante dirigió su marcha para venir sobre Alcaudete, y Don Fernando quedó en Martos.

Aquí nos dice la historia que noticioso el rey de que los hermanos Carbajales, á quienes se imputaba el asesinato de Benavides, se hallaban en aquella villa, mandólos prender. En vano estos infelices quisieron hacer llegar su voz hasta los oidos de Fernando; todo fué inútil, porque este, llevado de su carácter impetuoso é irreflexivo en semejantes casos, se negó á escucharlos, sentenciándoles á ser arrojados por la Peña de Martos, á pesar de no estar probado el crimen.

El bárbaro fallo se ejecutó, y el 7 de agosto rodaron al inmenso precipicio los cuerpos de Pedro y Juan de Carbajal.

Como la justicia de los hombres fué tan cruel con estos inocentes, refieren las crónicas que al marchar al suplicio invocaron la de Dios, emplazando al rey para que á los treinta días compareciese ante la Majestad Divina.

D. Fernando, ó no hizo caso, ó aparentó despreciar esto, porque á los pocos dias marchó muy tranquilo y alegre para Alcaudete, con el fin de dar algunas disposiciones en el cerco que se tenia puesto á esta villa.

Poco permaneció allí, porque su salud comenzó á quebrantarse, y tuvo que marchar á Jaen. Continuó agravándose, y por último se mejoró notablemente. La noticia de la toma de Alcaudete acabó de alegrar su ánimo, comenzando á ocuparse en proyectos de nuevas conquistas que trataba de emprender con su hermano, á quien esperaba de un día á otro.

Ya que sabemos el estado de las cosas, nos acercaremos hácia el palacio, segun le llamaban al casaron en que habitaba S. A.

Este, que existe todavía, es una de esas inmensas moles de ladrillo sin gusto y sin orden. De una de sus esquinas se desprende un arco, que viene á unirse á uno de los ángulos salientes de otra casa que hay al costado. En el centro de este arco estan colocadas tres imágenes, y desde que el rey se hallaba en Jaen no faltó alguna vieja curiosa para observar á un jóven arquero que todas las tardes al toque de las oraciones venia á postrarse ante el arco, y rezaba fervientemente. El rostro de este jóven, segun algunos, no dejaba de tener cierta semejanza con el de Doña Margarita de Espinosa.

Sucedió pues que la víspera del dia en que estamos, y cuando el doncel acababa sus rezos, se le acercó una tapada, abrazándole con

la mayor ternura: después, los que escucharon añaden el diálogo siguiente:

—Y bien, señora, ¿no se cumplirá la justicia de Dios?

—Descuidad: mañana es el último día del emplazamiento, y el rey de Castilla morirá al toque de Angeles.

—Es decir...

—Que yo seré la mano de Dios. La sangre borrará la sangre, y una venganza ajena hará espíar el crimen de la venganza propia.

—Cúmplase así.

—Mañana á esta hora delante del rey ya difunto nos veremos.

—Dios os preserve de mal, señora, dijo el arquero.

Y girando militarmente sobre sus talones, se introdujo en palacio.

Esto pasó, y también pasaron las veinticuatro horas.

D. Fernando había comido, retirándose á descansar.

Todo se hallaba en el mayor sosiego, cuando se dejó oír el ruido de algunos ginetes, y á poco el infante D. Pedro llegó á las puertas del alcázar: un criado le tuvo el estribo, y al poner el pié en tierra, el sonido del esquilon de una ermita vecina recorrió el espacio anunciando la oración.

—¿Está su alteza? preguntó D. Pedro á los arqueros.

—Después de comer se ha recogido á descansar, señor.

—No le hace, es preciso que yo le vea ahora mismo.

Al decir esto, subió la escalera y se encaminó á la habitación de su hermano. Después de repetir en la antecámara las palabras que dijo en la puerta, llegó hasta el régio lecho, precedido del mayordomo mayor.

—Ya veis, señor, dijo este en voz baja, S. A. duerme, y ordenó que no se le despertase.

—Es demasiado importante el asunto, replicó el infante.

Entonces se acercó al rey, y lo movió ligeramente.

D. Fernando no despertó.

Segunda vez lo movió, y aproximándose dijo:

—Señor!..

—Igual silencio.

El rostro de D. Pedro se inmutó, y moviendo fuertemente á su hermano, lo llamó repetidas veces.

—¡Cielos! exclamó observando que no respiraba.

El mayordomo tocó su pulso y sus muñecas, y se precipitó en la antecámara gritando:

—¡Muerto! ¡El rey está muerto!

La servidumbre se puso en conmoción, y todos acudieron á la alcoba. El cuerpo fué reconocido, y se declaró estar cadáver el rey de Castilla.

Delante del lecho se veían arrodillados un jóven arquero y una mujer. Después que quedaron solos dijo el jóven con acento grave:

—¡La venganza está cumplida!

La mujer dejó asomar á su rostro una risa sarcástica é infernal, y contestó:

—¡Es la justicia de Dios!

Entre tanto no se oía en el palacio otra cosa que estas palabras: «Hoy cumple el plazo que le dieron los Carbajales, y el Supremo lo ha llamado ante su trono.

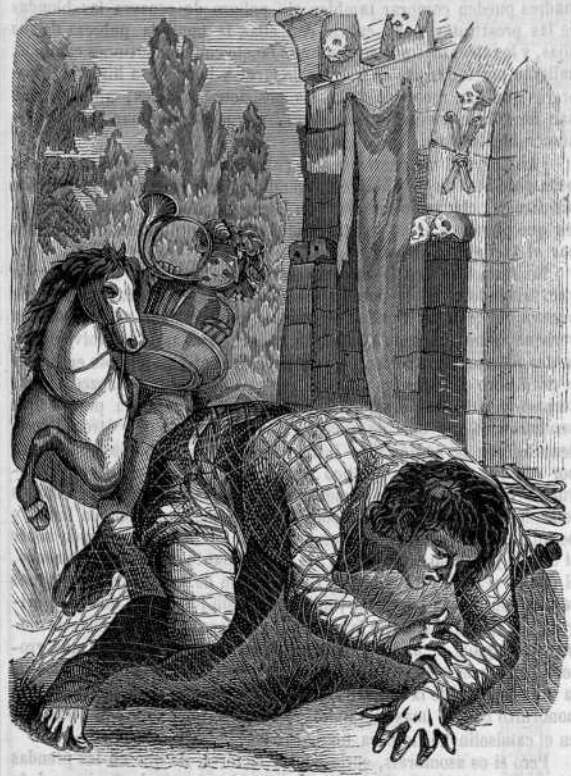
A los pocos días tomó el hábito Doña Margarita de Espinosa, fundando un convento de religiosas en el punto mismo donde se hallaba la ermita que tocó las oraciones el jueves 7 de setiembre de 1512.

RAMON ORTEGA Y FRIAS.

### CALIGORANTE.

Caligorante es uno de esos seres fantásticos creados por la rica imaginación de Ariosto. Es un gigante antropófago colocado en otro tiempo sobre el altar de Anubis por Canope, y cubierto cen una red de acero que se debe á las hábiles manos de Vulcano.—El ha elegido, no lejos de los sepulcros de Menfis, una sombría mirada al borde de un estrecho y arenoso sendero que separa al Nilo de un dilatado pantano. Allí tiende con maña sus redes, que cubre con polvo para disimularlas mejor, y escondiéndose él entre las plantas y los cañaverales, espera con ánsia á los viajeros que inadvertidos van á caer en la oculta red; llegan estos, tocan para mala fortuna suya en el misterioso lazo, y se encuentran como por encanto presos en la invisible red, cuyos mágicos hilos no es dable romper por grandes y gigantescos que sean los esfuerzos que ellos hagan para lograrlo; entonces el terrible gigante que ve segura su presa, sale de su escondite, la lleva á una cueva, y gozándose antes con el dolor de su víctima, la devora luego manifestando su contento con espantosos y horribles abullidos.—Su piel sirve luego para cubrir y adornar las murallas, y con los huesos forma un bajo relieve que decoran la fachada de su sangrienta guar-

rida.—Al valiente Astolfo, príncipe de Inglaterra, estaba reservada la gloria de vencer y matar á este mónstruo. La hada Logistille había regalado al jóven guerrero una trompa cuyo sonido era tan terrible, dice Ariosto, que el furor de los vientos, el estampido del trueno y el ruido sordo de un terremoto, no son mas que sonidos insignificantes en comparación suya. Armado de este instrumento mágico y montado soberbiamente sobre el famoso Rabican, Astolfo se adelanta con bravura y sin temor alguno hácia las orillas del Nilo; conoce el lazo, y deteniendo á Rabican para que no toque ni los hilos de la red, empuña su trompa, sopla vigorosamente, y el ruido que produce es tan espantoso, tan desconocido y tan horrible, que Caligorante lleno de terror echa á correr, y quitándole el miedo la vista, cae él mismo en el lazo que momentos antes había preparado para sus víctimas. En



vano trata de romper las redes haciendo esfuerzos gigantescos: la obra de Vulcano resiste á su desesperado empeño: más se enreda cuanto mayor es su coraje; la mala suerte se rie de su impotencia, y loco y fuera de sí, no le queda mas recurso que rendirse.

Pero Astolfo se desdena de herirle, porque el bravo, el valiente Astolfo no combate nunca con ningun ser indefenso, y así adopta el medio de encadenarlo y llevarlo tras sí de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, colocando sobre sus anchas espaldas, como si fueran las de una acémila, su pesado casco y su brillante escudo.

Ante este espectáculo todo el mundo corre á su encuentro y se admira de cómo tan jóven guerrero ha podido vencer á tan gigantesco y tan terrible mónstruo. Astolfo es el objeto de las miradas y de las atenciones de todos; se le da la palma de héroe, se le hacen grandes honores, y es universalmente proclamado como invicto y como grande.

### LAS FERIAS DE MADRID.

He oido decir muchas veces que la mayor parte de las cosas son lo contrario de lo que sus nombres indican: algunos han hecho extensiva esta observación al amor y la amistad; yo la he hecho solamente sobre las ferias de Madrid. Y en efecto, las ferias en todos los pueblos son sus mejores días de galas, la concurrencia brillante de sus mas ricos productos y de sus mas hermosas mujeres: las ferias en Madrid son sus días de mayor miseria, la exposición de cuanto mas raído, viejo, roto, inmundo y asqueroso encierran los vastos arsenales de los ropavejeros. La orgullosa villa arroja en estos días sus doradas vesti-

duras, abre sus calles á la inundacion de todas las miserias, al magnífico *Rastro*, á ese vasto hospital de todas las desgracias, que refugiado durante todo el año en cuatro calles lóbregas y oscuras, ofrece ahora á los ojos de todo el mundo el gangrenado corazón de la soberbia corte con sus dolores mas íntimos, su pobreza mas lastimosa, sus vicios mas repugnantes, palpitando y hablando en tanto trasto viejo y chisme, y dije, y harapo, y despojo de la vida como cubren por todas partes las plazas y los barrios, y la ciudad entera, formando ese gran poema en cuyas elocuentes páginas puede leer el menos curioso trazada á grandes rasgos la historia íntima de un pueblo feliz y poderoso. Desde que la feria empieza, ya no necesita el filósofo esperar sentado en el oscuro sótano del usurero el desenlace de tantos dramas cuyo epilogo es la venta de una última prenda. Entonces cada objeto es una frase, cada accesorio un capítulo, cada puesto una novela: las madres pueden comprar tambien sin peligro de censura las blondas de las prostitutas para cubrir con ellas la honrada pobreza de sus hijas, y los elegantes que sustentan su fausto con los continuos cambios, hallarán por todas partes fraques de larga y borrascosa historia, sombreros que han recorrido todas las posiciones sociales, anteojos que han librado de todos los acreedores, y guantes que han cubierto innumerables manos.

¡Ah! pero si las gentes que se entregan al placer de comprar objetos usados y viejos hubiesen aprendido á leer en ellos la historia de sus dueños, clavarían los ojos con horror en una pulsera de diamantes que ni aun de balde se atreverían á tomar, y darían cien doblones por el tacón de una bota.

No sería tampoco la mas favorecida de las gentes la única calle que salvándose de la inundacion ropavejera presenta cubierta de puestos de frutas y tiendas de cristalería el risueño aspecto de una verbera, sino que todo el mundo andaría palpando, revolviendo y tanteando muebles, ropas, joyas y papeles, entreteniéndose en hojear el gran libro de todas las miserias, que es de cuantos conozco el mas curioso y entretenido. Muchos acudirían á rescatar la prenda que vendieran en sus dias de amargura, temerosos de que otros al verla descubriesen la página mas íntima de su vida, y todos empezarian por admirar ese orden fatídico, esa ley de contrastes que en la revuelta confusion de tan inmenso cuadro presenta siempre reunidos todos los extremos; lo mas moderno con lo mas antiguo, la larga y pesada tizona ennegrecida por el orin de siete siglos cruzada sobre el último junquillo de un dandy; lo mas flamante con lo mas desusado, el último real decreto sobre la Constitución de la monarquía, lo mas comun con lo mas peregrino, una traduccion junta con una obra original, lo de mas valia con lo mas ruin y despreciable, el collar de diamantes colgado de una tachuela, los instrumentos del arte mas grosero con los de la mas elevada ciencia, la lesna y el compás, los de la vida con los de la muerte, la lanceta dentro de la sopera, lo mas honorífico con lo mas deshonoroso, las cintas del veterano prendidas en el camisolín hecho para fingir camisa.

Pero si os asombráis, curiosísimos lectores, de que en las prendas frías é inanimadas separadas tantos años ha de sus dueños, se pueda leer toda una historia, seguidme en mi rápido paseo, y adivinareis bien presto en estos objetos sin vida los mas recónditos misterios como en los jeroglíficos y parábolas egipcias.

Cuando yo empecé mis observaciones, no sabía leer ni aun la desesperacion de un poeta que busca consonantes en las rayas que imprime con las uñas en la tapa de su mesa, y ahora podría palpar la huella que dejan las coronas en el cráneo de los reyes.

¿No os acordáis de los negros, ondulantes y sedosos rizos de la encantadora Eugenia, que tantas veces anhelamos besar, cuando valiendo con ella rozaron nuestra frente y por los cuales hubiera dado un imperio el pobre Julio? Pues son esos que veis ahí empolvados, sucios y grasicientos, apreciados ahora en seis cuartos. Pero esperad, os acabaré de contar su historia. A Juanita, aquella muchacha graciosa y morenita que vendía flores en el Prado, la compró su hermosa trenza al entrar en el hospital comida de la lepra de los vicios, un buen peluquero que hizo de ella esos postizos que vendió á nuestra bella y otros que lleva todavia con mucho orgullo su amiga Paulina. Ellos solos, como veis, forman una novela completa. Aquellas blondas rotas y amarillas deslumbraron cuando flamantes los ojos de la infeliz Teresa; aquella chica de la clase media que lloraba cuando veía las galas de las señoras y que las compró á costa de su honra y de su vida, se venden para rodillas de limpiar velones. Este corsé hizo esbelta á la jorobada Antonia, cuyo talle ponderaban tanto sus amantes porque tenia treinta mil pesos de dote. Con esos refajos parecia gorda Amalia, aquel esqueleto parlante que llevaba postiza hasta la vida. Con este collar de diamantes tenia hermosa garganta Eustasia, aquel monstruo que se vestía de muger porque tenia mucho dinero. Por esta sortija tomada de orin que tanto codiciamos en las lindas de Rosalia, aquella casada tan celosa de su marido, vendió la perjurá su cariño á aquel señorón que la echaba de conde, y fué después ruidosamente

encarcelado por cómplice de un robo. Voy á comprarla, me servirá de anillo para mi cortina. Aquella imagen hacia innumerables milagros cuando con marco de oro la adoraban sobre el altar de un convento nuestros padres, y ahora vale menos que el lienzo en que está pintada y no puede salvarse del lugar en que se halla. Una beata besaba devotamente aquella devanadera por su forma de cruz, y con el rosario que de ella cuelga se adornaba una ramera. Este cuadro de frutas que nos provoca las náuseas, escitaba vivamente el apetito en el comedor de nuestros abuelos. Ese rizo se halló sobre el cadáver de un suicida y una prostituta acaba de reconocerle por suyo. El cuchillo de cocina mellado y sin mango que está sobre él sirvió muchos años de puñal en un teatro y temblaban de horror al verle los espectadores. Las arcas que estan al lado las compra para llenarlas un tío y un sobrino; las vendió luego por inútiles y vacías. Un ministro estrenó el frac que está inmediato; un elegante le arrancó despues las placas, reformó el talle, y llenó de flores los ojales; un pretendiente despues le renovó las mangas; y un cesante le recortó los faldones para remendarle, y un tendero por último le tomó á cambio de un panecillo. El sombrero caído ó tirado debajo de aquella mesa, oprimió cuando nuevo las sienes de un casado que le abandonó por chico; un literato le recogió para fingir cabeza, y un arenero le trajo rodando hasta aquel sitio por no mancharse. A través de aquellos lentes no veía un pedante las personas que pasaban, y un tramposo divisaba luego sus acreedores antes de que aparecieran.

¿Pero adónde iríamos á parar con nuestro artículo, si contáramos la historia de los infinitos objetos que nos obstruyen el paso en estos benditos dias de ferias? Baste lo dicho para que nuestros lectores se inicien en el lenguaje simbólico de ese gran poema, de ese juicio final de todas las desgracias con que la orgullosa corte nos revela sin saberlo en esta temporada sus mas íntimos misterios. No concluiremos, sin embargo, sin apuntar aquí algunas reflexiones que nos ocurren en este momento. Si existiese todos los años una feria moral, donde del mismo modo que se venden en esta los trastos, ropas, muebles, libros, diges y despojos mas viejos y raídos, se vendieran las reputaciones, los nombres, los corazones, las hermosuras y las virtudes que no hallasen ya salida en el mercado ordinario de la vida, ¿qué de interesantísimas escenas no veríamos á cada paso? Aquí una muger nos vendería su imaculada honradez en dos reales; allá otra su postiza hermosura en diez cuartos: acullá un poeta daría su inmortalidad por un panecillo. Este no daría su fidelidad política al fiado; aquel pregonaría su probidad de balde, y políticos habria que vendiesen su reputacion hecha girones para cortinas de las ventanas de las ramerías.

¿Pero á qué desear esta feria, ni qué serían quince dias para tan inmensa concurrencia? Vale mas estar como estamos, puesto que todo el año es ferias, todos los hombres mercaderes, y todo el mundo mercado.

M. O. DE PINEDO.

## LOS TEATROS DE MADRID EN 1801.

Creemos que nuestros lectores verán con interés la siguiente memoria y datos sobre el estado de los teatros de la corte al empezar este siglo. Los documentos que se nos han facilitado, y que ponemos á continuación sin comentarlos, tienen cuando menos su valor para apreciar la diferencia que hay entre nuestros coliseos de hoy y los de hace 50 años.

### REFLEXIONES SOBRE LOS DEFECTOS QUE SE NOTAN EN EL PLAN DE REFORMA ADOPTADO EN LOS TEATROS DEL PRÍNCIPE Y LA CRUZ.

La esperiencia ha hecho palpables los errores del Plan de reforma adoptado en los teatros del Príncipe y la Cruz, pues no solo no se ha fomentado Poeta alguno, no se ha mejorado un solo Cómico, ni formado un buen Alumno, sino que en menos de dos años ha contrahido la Junta encargada de su execucion un empeño de seiscientos mil reales, despues de molestar continuamente á la superioridad con inútiles recurosos, y de dar sus Individuos pábulo á la mofa y desprecio del Pueblo de Madrid con odiosas Personalidades.

Como el decoro de S. M., vajo cuyos auspicios acava de establecerse la reforma, no permite avandonar una Empresa cuio malogro atribuirían los Estrangeros á un estado vergonzoso de la Cultura Nacional; y como además los expresados Coliseos no pueden darse en arrendamiento, así por el enlace que tienen con los de las Provincias, habiendo entre ellos una Hermandad y Hospital comun á los de su Ejercicio; como por tener anexo un Monte Pio, formado á sus expensas para dotacion de Juvilaciones y Viudedades que justamente reclamarían, no solo los que ya están en posesion, sino tambien otros muchos que han servido el número de años prescripto en sus Estatu-

los, en los cuales han contrivido con su Quota ó Pension respectiva. Por tanto, siendo indispensable conservar estos fondos, y atender al remedio de los males ocasionados, es necesario pensar ahora solamente en los medios de satisfacer los Empeños contraidos, y evitar que en lo sucesivo ocurran semejantes desórdenes, tomando á este fin las Providencias que se espondrán en los Artículos siguientes:

Primero: deve ante todas cosas suprimirse la Junta Directoria, no solo por el descrédito en que estan sus actuales Miembros, sino tambien porque con ella jamas puede verificarse la uniformidad que exigen las Providencias y operaciones del teatro; cesando tanvien en sus funciones los Maestros de Declamacion, Baile y Florete, mediante haver de quedar suspensos los efectos de la reforma hasta que se verifique el desempeño de los Teatros.

Segundo: en lugar de la Junta deve nombrarse un Superintendente de conocida instruccion, zelo y providad, que tenga á su cargo esta Empresa, aunque vajo las ordenes inmediatas de los Gobernadores del Consejo, ó Ministros que hagan sus veces, á quienes dara cuenta de quanto juzgue digno de atencion, ó que convenga elevar á noticia de S. M., siendo el mas apropiado para este Empleo F. segun constan unanimente los Informes tomados en el particular, pues á mas de sus vastos conocimientos en estos ramos, posee la ventaja de representar y declamar con propiedad, circunstancia que podrá contrivir mucho para correccion de los resavios y defectos de los Cómicos.

Tercero: uno de los errores mas clásicos que ha cometido la Junta, es tomar sobre si la Administracion de Caudales, constituyendose en una especie de Empresario contra quien ahora reclaman justamente los Cómicos el pago de sueldos y cumplimiento de contratas; por lo tanto deve devolverse su manejo á las mismas Compañías al modo que lo practicavan en tiempo de los Correjidores de Madrid, ó quando menos deben tener precisa intervencion en todas sus entradas y salidas, para que sepan la pureza con que se procede en su imbersion y destino.

Quarto: por la misma razon deve cesar el señalamiento de sueldos fixos hechos á los Cómicos en el Plan, y aunque no hay inconveniente en que se conserven las mismas asignaciones que oy tienen, es indispensable queden pendientes del producto de las entradas eventuales, con cuió medio no solo se pondrá un estímulo á su aplicacion, sino que se cortará de raiz el origen de los empeños y embarazos en que se ha visto la Junta.

Quinto: no siendo dable que en el dia se satisfagan las deudas contrahidas, deven declararse por credits privilegiados, para satisfacerlos con preferencia á qualesquiera otros, destinando el producto de Oratorios sacros de representado y cantado, que se daran á este fin por quenta de las mismas Compañías Cómicas en los Coliseos del Príncipe y la Cruz durante la temporada de Quaresma.

Esta providencia es tanto mas justa quanto que ellas deven ser por todas razones mas acreedoras á la utilidad de este arvitrio que los Empresarios particulares que hasta aqui lo han disfrutado; siguiendose ademas la ventaja de desterrar para siempre de unos sitios destinados al honesto recreo del Espiritu, Bolafines y Pantomimas indecentes, que indevidamente se han permitido en ellos, y que quando mas podrian tolerarse en la Plaza de Toros, segun empezo á ponerse en planta el año anterior.

Sexto: como á los Cómicos y Cantantes no deve añadirse aumento de sueldo por la execucion de estos Oratorios, respecto ceder sus productos en beneficio suo, no deve dudarse que con el ahorro que de ello resulta, y con los que pueden hacerse en las Decoraciones, Bestuario, y otros ramos pueda regularse por un computo mui moderado, que este arvitrio dejara livres cada año mas de doscientos mil reales, de modo que en el espacio de tres se vera extinguida la deuda, quedando permanente en lo sucesivo unos fondos mui suficientes para costear la enseñanza de Jóvenes Alumnos, dar fomento á Poetas Drammaticos, y á tender á los demas objetos que necesita la sólida reforma del Teatro; como tambien para construir con el tiempo otros Coliseos mas capazes y de mejor Arquitectura.

Séptimo: para templar en algun modo el disgusto de los Cómicos por el trabajo extraordinario que se les agrega en la execucion de Oratorios, como para excitar su zelo y aplicacion convendra señalar cada año doce premios, seis de á cinco mil reales y otros seis de á tres mil, entregandose los primeros á aquellos que mas se huviesen distinguido, y los segundos á los que mereciesen el accessit; cuias cantidades pueden sacarse sin gravamen con el importe de sueldos á signados á los Empleos y oficios que se supriman. Si á estas providencias pudiera á greverse el quitar las cargas de Hospitales, Hospicio y demas con que estan gravados, por efecto sin duda de una Piedad mal entendida, nada habria que desear, pues los Teatros prosperarian y se pondrian antes de mucho al nivel de los de las Naciones mas cultas. Acaso una Loteria ó algunas Pensiones sobre rentas Eclesiasticas pudieran substituir á los Teatros en este gravamen, siendo estas Fincas mas conformes á unos objetos caritativos y de la primera atencion para la Iglesia y el

Estado; pero con los cuales no tienen á la verdaq Analogia los Espectaculos Escenicos.

El Coliseo de los Caños del Peral se maneja por diversas reglas como que des del principio se destino para Operas Italianas y Bailes, hasta que aviendo S. M. provido la admision de Actores Estrangeros en nuestros Teatros, se adado ultimamente en arrendamiento por la Junta de Hospitales á quienes estan cedidos sus productos. Algunos atribuyen las buenas entradas que abido en el en la temporada de verano á la avilidad del empresario Ronci, pero este es un error, pues quando mas puede atribuirse á este Musico Italiano la buena direcion de la Orquesta, pero es seguro que dichas entradas an provenido del disgusto ó adversion con que se há mirado la Junta directoria, que tubo tambien la imprudencia de aber dejado sin contratar Antonia Prado á Querol y á Mayquez que han contrivido á llamar las jentes con ciertas piecécitas francesas que trajo el último de Paris, pero fenecidas estas cesara la concurrencia como ya empieza á espermentarse. Por tal, el unico medio de sostener este Teatro con Opera Nacional, es incorporarle á los otros, entresacando de ellos los mejores cantantes, aunque sin desatender las Tonadillas y demas que alli ocurriese, pues en otro caso, porque el Teatro de los Caños quedase en una mediania de que por ahora no puede salir, quedarian desarreglados los del Príncipe y la Cruz.

PRODUCTO DE COMEDIAS EN EL AÑO COMICO, DESDE 24 DE ABRIL DE 1791 Á 21 DE FEBRERO DE 1792.

Martinez, en 260 dias incluso el verano. . . . .	964715
Rivera, en 260 dias idem. . . . .	882872
Total de entradas. . . . .	1847585
En el año anterior. . . . .	2095399
Diferencia de menos. . . . .	247814

Madrid 22 de febrero de 1792.—Juan de Lavi.

RAZON DE LOS SUELDOS Y DEMAS GASTOS QUE SE ORIGINARAN EN LOS DOS COLISEOS DEL PRÍNCIPE Y LA CRUZ EN ESTE AÑO COMICO DE 1801 EN 1802.

Sueldos de Actores, Actrices, Alumnos, Agentes, Guardarropas y Criados. . . . .	1018640
Jubilados, Monte pio y Limosnas. . . . .	260090
Compositores de Musica, Musicos de Compañía, Copiantes, Ayudante, individuos de la Orquesta y Jubilados. . . . .	220262
Cobradores, Alcaldes y Mozos de Apento. . . . .	115283
Director, Censor, Contador, Tesorero, y Oficial. . . . .	70400
Maestro de Declamacion, Musica, Baile y Esgrima. . . . .	53800
Un Escribiente. . . . .	3500
Alumbrado, segun la contrata de este año. . . . .	95000
Coches segun la contrata de este año. . . . .	25000
Boletines segun la contrata de este año. . . . .	14000
Impresion de Carteles. . . . .	7000
Gastos de Tramoyista segun el año pasado. . . . .	87905
De Pintor, segun el pasado. . . . .	66739
De Ingenios, segun el pasado. . . . .	50695
De Comparsas, segun el pasado. . . . .	37627
De servidumbre de la Escena, segun el pasado. . . . .	21507
De Sastre, segun el pasado. . . . .	21191
Obras hechas en ambos Coliseos, segun el pasado. . . . .	10341
Pintura del Coliseo del Principe y su telon. . . . .	20000
Gastos extraordinarios, segun el pasado. . . . .	36373
Copias de Comedias y Sainetes, segun el pasado. . . . .	3249
Copias de Musica, segun el pasado. . . . .	5718
Gastos de Tropa. . . . .	7780
Obras pias. . . . .	108000
Censos. . . . .	18524
Alquiler de casas lindantes y alumbrado publico. . . . .	1266
Suma total. . . . .	2537514

A estas partidas se añaden los doscientos treinta y dos mil ochocientos cinquenta y ocho del Deficit del año pasado, resulta la de. . . . . 2570372

RESUMEN DEL PRODUCTO Y GASTOS DE LOS DOS COLISEOS EN EL AÑO COMICO PASADO DE 1800 EN 1801.

PRODUCTO.	
Volatines en la Quaresma de 1800. . . . .	18850
Entradas y Abonos. . . . .	2015290
	2032140

## GASTOS.

Suma total de gastos. . . . .	2264998
Déficit. . . . .	252838

**NOTA.** Es de advertir que así en los gastos del año pasado como en los del actual no se incluyen 13000 rs. que según el plan de reforma se debían separar para hacer un fondo destinado á las paradas ó suspensión de Teatros por rogativas publicas u otras causas; ni otros 50000 que según previene el mismo Plan, debían separarse anualmente para formar otro fondo destinado a proveer de vestuario á los Comicos pasados cinco años desde el principio de la Reforma, por no haberse hecho efectivamente la separacion de estas cantidades; como ni tampoco mas de 50000 rs. que se deben á la Imprenta por la impresion de los Tomos publicados del Nuevo Teatro Español; aunque a esta se la ha entregado el corto producto de los exemplares que se han vendido.

## UN FANTASMA.

Hay un mozo en mi lugar llamado Pepe José, tan estraño y singular, que por quererse casar hoy en camisa se vé.

Con mas talento que Lepe pidió la mano á Nemesia, y dijo la gente: «Ay Pepe! (cuando salió de la iglesia) no te espera mal julepe!»

Pero él quiso navegar del matrimonio en la charca, cansado de imaginar, que nunca pasa la mar el hombre que no se embarca.

Sin calcular asimismo de la suerte los rigores, y que siempre al hondo abismo nos arrastra el fanatismo de los primeros amores.

Ni se cuidó de saber (caro lector, no te asombres) que, aficionada al placer, la buena de su mujer deliraba por los hombres.

Viendo Nemesia algun payo tan gordo como los torcos, fuera marqués ó lacayo, decía para su sayo: ¡cuánto me gustan los gordos!

Y si otro llegaba á ver que pudiera parecer marisco por sus espinas, exclamaba esta mujer: «¡me muero por las sardinas!»

Siempre tuvo relacion lo menos con seis ó siete, que amaba de corazón, al doctor por su baston, y al cura por su bonete.

Con esto que es cuanto sé, podeis juzgar sin falacia, si yo con razon diré, que fué mucha la desgracia del señor Pepe José.

Nemesia que amaba el ruido siempre encaminada á un fin, jugaba con su Cupido desventurado marido cual si fuera un arlequin.

Una noche, á su pesar, tarde Pepe á casa llega, y ella dice al verle entrar: «anda, Pepe, á la bodega por vino para cenar.»

Y mientras Pepe afligido fué á cumplir su cometido, Nemesia, que no era hoba, echó de casa al querido que estaba oculto en la alcoba.

Después con aire animoso y con intencion resuelta, sabiendo que era medroso, se fué á buscar al esposo en una sábana envuelta.

Iba Pepe sin eanguelo á salir, y ¡santo cielo! de pronto el hombre se pasma y grita con desconuelo: ¡ten piedad de mí, fantasma!

Al punto se desmayó y de horribles convulsiones acometido se vió, pues de sangre no quedó ni una gota en sus tacones.

En tanto, cuenta la fama, que gozando en tal julepe, volviós á casa la dama, y se zambulló en la cama sin hacer caso de Pepe.

Cuando en sí logró volver Pepe, apretó los talones y sin dejar de correr ¡ladrones! dijo, ¡mujer! En la bodega hay ladrones!

Nemesia exclamó al momento: «cuéntaselo á las gallinas;» y Pepe añadió: «no miento, me han salido mas de ciento armados con carabinas.»

—Ciento no pueden caber... ajusta, Pepe, la cuenta. Y él no tardó en responder: «si no eran ciento, mujer, lo menos eran cincuenta.»

—Para ver tanto ladron tienes tu vista de lince.

—Nemesia, será ilusion, pero apostaré un doblon á que eran lo menos quince.

—Digo que no puede ser. —Pues á dos, esposa amada, á dos pude conocer... Mira, dijo la taimada, no haya sido una mujer!...

Esto acabó de decir, y el hombre empezó á temblar, y echó el zanguango á llorar, y ella comenzó á reir haciendo á Pepe rabiár.

Hoy Nemesia le encocora. «Yo fui ligero de cascos» dice Pepe, y se incomoda; pero al pobre á cada hora le acontecen nuevos chascos.

Y al conocer los azares que ocasionan las mujeres, repite en tiernos cantares que siempre son los placeres la cuna de los pesares.

J. M. VILLER GAS.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

*Mas vale algo que nada.*

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO e Ilustracion, á cargo de D. G. Albamra.





(Casa de Salvador Rosa.)

## SALVATOR ROSA.

### I.

POETA, MÚSICO, PINTOR, SALTEADOR.

Al Oesie de Nápoles, detrás de la colina en que estan el castillo de San Ermo y la cartuja de San Martin, se encontraba á principios del siglo XVII, y existe todavia, un estrecho desfiladero que al través de las rocas del Monte Donzello y á la sombra de lentiscos, algarrobos y hermosos pinos de Italia conduce al vasto convento y al magnifico pueblo de la Arenella. Entre las humildes habitaciones que contrastaban por su sencillez con la espléndida morada de los siervos de Dios, descollaba una casa mas vasta, aunque mas pobre y desmoronada. Apellidábase la *Casaccia*: habia sido en otros dias la residencia de los señores feudales de la Arenella, y entonces no servia ya sino para albergar á las familias indigentes que no tenian cabaña propia. En una de las puertas del edificio se leia:

ANTONIO ROSÁ, AGRIMENSORE ED ARCHITETTO.

*Antonio Rosa, agrimensor y arquitecto.*

Esta inscripcion era la de un *biettonone* (pobre infeliz) que á duras penas lograba con su doble talento conservar su vida y la de su mujer, madonna Giulia.

Sin embargo, llegó un dia en que pareció que Dios se apiadaba de la desgraciada familia. En 1613 madonna Giulia dió á luz un hijo, y para los napolitanos un hijo es la bendicion del cielo. Y en efecto lo era el nacimiento de ese niño, pero no para los desgraciados autores de sus dias, y sí para el universo.

Como la piedad y la ambicion de sus padres lo destinaban, aquella

al sacerdocio y esta á la mitra ó al capelo, Salvator aprendió á leer en las leyendas de Santa Catalina de Sena y en devocionarios latinos; pero ya en su infancia, ora exhalaba algunos versos, ora hacia repetir á los ecos del monte Donzello y del Vomero los sonidos del laud, de la bandurria ó del tamboril vasco, ora por fin cubria las paredes de la *Casaccia* con pintarrajos de carbon. Por desgracia le valió al futuro prelado una doble correccion el haber querido *ilustrar* tambien las columnas del claustro de la Cartuja. Escapóse Salvator de la casa paterna y anduvo por muchos dias corriendo por la campiña de Nápoles viviendo de madroños y algarrobos y durmiendo en las tumbas antiguas de Bauli ó de la *Via Campana*.

Abreviemos: después de haber cursado por algun tiempo en las aulas de los padres Somascos, dejó la teología; y alentado por el virey español estudió con tanto ahinco y provecho la música, que al poco tiempo se popularizaron sus composiciones de tal manera que á porfia se recurría para las serenatas á su talento de poeta y de tocador de laud.

¡Triste reputacion para un futuro prelado! Empero iban á desvanecerse completamente los proyectos paternos. Hasta entonces Salvator no habia sido sino poeta y músico, mas dentro de poco será pintor.

Habiéndose su hermana casado con un artista pobre y de talento, Francesa Francazziani, Salvator trabó tal amistad con él, que se le iba la mitad del dia en copiar en su taller fragmentos de sus cuadros. La otra mitad la pasaba en el Vesubio ó en el Pausilippo buscando modelos dignos de su independencia.

En aquel tiempo los jóvenes que se consagraban á la pintura iban á las diferentes ciudades de Italia con el objeto de estudiar las obras de las diversas escuelas; pero los mas se limitaban á hacer frias copias del modelo que habian escogido. Quiso tambien Salvator emprender su *giro* (vuelta), y así, de edad de diez y ocho años se ausentó de Nápoles por primera vez. Como abrigaba el firme proyecto de no estudiar mas que á un maestro, la naturaleza, fueron sus museos las montañas, las cascadas, las ruinas de la Basilicata de la Pulla y de la Ca-

labría. Allí encontró modelos de una sublimidad no conocida antes, que le proporcionaron el medio de crear una escuela original cuando se creían agotados los manantiales de la originalidad.

En las antiguas regiones que recorría, en las quebradas cumbres del monte Gargano ó de los escollos de San Vito, en las grutas de Pallignano y de Otranto, Salvator halló unos descendientes de las primitivas colonias de Atenas y de Esparta que soñaban en libertar á su país del yugo extranjero. A la voz del jefe que los acaudillaba, Tomaso Campanella, barruntó Salvator que quizás pelearía algún día por una patria que su pincel debía ilustrar. Según las creencias de aquella época y á los ojos del vulgo, los salteadores enemigos del extranjero eran casi siempre mas bien héroes que criminales. En uno de sus paseos solitarios cayó Salvator en manos de una cuadrilla. ¡Triste presa para los bandidos! Empero ¡cómo reparar el yerro! ¡Salvator sabía la guarida de sus apresadores! La muerte pues le esperaba por momentos. Entre los bandidos había una mujer; el artista era jóven, hermoso... fué salvado.

Mas ¡por qué amor? ¡por el de esa mujer? ¡por el de la independencia? ¡por cual? Lo ignora. Sin embargo, es cierto que Salvator se quedó con los facinerosos, y llegó muy pronto á ser su compañero, y hasta, segun se dice, su cómplice. Durante este periodo de su vida recogió las admirables caras de bandidos que después sembró profusamente en sus obras.

El parecerle insoportable la obediencia á un jefe originó quizás el que nuestro héroe se escapase para Nápoles, donde le acogieron la miseria, el abandono, la avaricia de los trocadores judíos, la vergüenza y la muerte de casi todos sus parientes.

Suscitóse sin embargo un acaso que vino á reanimar sus bríos y á sacarle de la oscuridad por algunos instantes. El caballero Lanfranc, que hacía en Roma el papel que representaba en Nápoles Rivera, en Amberes Rubens, y Lebrun en París, fué llamado á la segunda de estas ciudades para adornar con su pincel la iglesia del *Gesú nuovo*. Pasando por una de las calles de la parte vieja de la ciudad, divisó á la puerta de un trocador un bosquejo cuyo mérito reconoció á la primera ojeada. Detuvo pues su suntuoso coche, y el artista, gran señor, compró la obra del pintor hambriento. El dictámen de Lanfranc dió á conocer por Nápoles á *Salvatoriello*; pero si este obtuvo así el poner sus obras á precio mas subido, tambien se convirtió en blanco del ódio y de la envidia de los pintores. Solo un artista supo apreciar á Rosa y trabajó con él una amistad que no acabó sino con la muerte; Aniello Falcone, el primer discípulo de Ribera, espíritu turbulento, pintor entusiasta que en el género de las batallas á nadie le fué en zaga sino á Salvator. Aniello le abrió su taller y lo presentó á Ribera; pero no pudiendo Rosa contarse entre los *dipendenti* (dependientes) del orgulloso maestro español, volvió muy pronto á hallarse con su libertad, acompañada de olvido y pobreza.

Viéndose pues otra vez en apuros y angustias, resolvió trasladarse á Roma en busca de fortuna: tenia entonces veintinueve años. A pesar de lo que sentía alejarse de su ingrata patria, emprendió á pié su largo y penoso camino. Un hatillo y una cartera formaban todo su equipaje, así al salir de Nápoles como al entrar en la capital de las artes, donde mas adelante debía hacer tan gran papel.

Dos estilos enteramente opuestos se compartían en aquella época la admiración de los aficionados romanos, el Bernin, ideal, y el de los materialistas holandeses (ultramontanos), entre los cuales se ponía injustamente á Poussin y á los franceses.

Salvator llegaba con ideas tan distantes del frio convenio de los *bernescos* como de la trivial verdad de los ultramontanos; queria en una palabra no ser sino suyo propio. Reconoció empero á dos maestros y los estudió, Miguel Angel y el Ticiano. En las asombrosas ruinas de Roma halló inagotables fuentes de estudio; mas á influjo de la *mal'aria* y de unas calenturas debió clavarse en la triste sala de un hospital. En aquellos dias indudablemente compuso la cantata áspera-tierra en que pinta su desnudez espantosa y su desaliento mortal.

Al salir del hospital se fué por consejo de los facultativos á respirar el aire nativo. Mas ¡ay! aun le aguardaban la miseria y el ódio si el cielo no le hubiese hecho dar con un amigo. En el colegio de los padres Somascos había tenido por compañero á un jóven que siguió después la carrera eclesiástica, y estaba ahora en la servidumbre del cardenal Brancacci. Girolamo Mercuri, así se llamaba, obtuvo que Salvator entrase en Roma en casa de su amo y siguiese en su compañía al trasladarse su Eminencia á tomar el báculo pastoral de Viterbo. De órden del cardenal pintó Salvator el pórtico del palacio episcopal y el cuadro del altar mayor de la iglesia *della Morte*, la *Incredulidad de Santo Tomás*.

Estas obras y algunos cuadrillos que enviaba á Roma principiaron por fin á abrirle el camino de la fama; pero al cabo de un año de residencia en Viterbo, sintiéndose cansado de todo patronato, regresó á Nápoles para encararse otra vez con sus enemigos y con su único amigo Aniello Falcone.

## II.

TRABAJOS Y LAUROS, FARSANTE, SATÍRICO, INSURGENTE, ANÉCDOTAS.

Todos los años, con motivo de las fiestas de *San Giovanni Decollato* se verificaba en el Panteon de Roma una esposicion de cuadros que traía á todos los talentos y á todos los entendidos de Europa. Un amigo de Salvator se atrevió á presentar en una de esas solemnidades artísticas un *Prometeo* que aquel le habia enviado de Nápoles con intento de venderlo. Inmensos fueron los aplausos que la obra obtuvo, y el nombre de Salvator, repetido por las cien bocas de la fama, reemplazó para siempre al diminutivo *Salvatoriello*. Llegaron hasta sus oídos los bravos, y creyendo que su suerte estaba ya segura, voló á Roma para recoger algunos victores; pero no logró ser admitido en la academia de San Lucas, que era entonces como el solo emporio del triunfo y de los lauros. Sin embargo, Rosa habia mejorado de fortuna, y así pudo alquilar una casa en la *Via de Babuino*. Entre tanto se iba estinguendo el recuerdo del *Prometeo*, y muy pronto hubiera tambien Salvator pasado al olvido, si no hubiese por fin construido con la variedad y estravagancia de su genio un pedestal que debía esponerlo para siempre á los ojos del público.

Llegó el Carnaval de 1659, y apareció en el vasto *Corso* un carro ricamente adornado, arrastrado por bueyes de cuernos dorados y lleno de una comparsa de máscaras que cantaban deliciosas cantatas, seguidas de entremeses en que, disfrazado el principal personaje á lo charlatan, Coniello la echaba de signor. Formica, actor napolitano, derramaba á borbotones los epigramas mas mordaces, las bufonadas mas chistosas, las chanzas mas puzantes, y distribuía á manos llenas recetas y remedios contra las calamidades públicas y los males de la sociedad. Al poco ya no se habló en todo Roma sino del signor Formica y de sus brillantes farsas. El mismo dia el actor se quitó el disfraz y pasmó á sus espectadores con la cara de Salvator.

Desde aquella hora no tuvieron limites los aplausos que arrancó en los salones; todos los *circulos* porfiaban entre sí por arrebatárselo uno á otros... Salvator echó en olvido sus pinceles, se entregó al placer, y organizó un teatrillo que le sirvió para atacar al mismo Bernier.

Por ventura fué corta esta embriaguez, pues de allí á poco nuestro pintor cogió de nuevo la paleta para no volverla ya á soltar. Parecia que la fortuna le sonreía: sus paisajes competían con los de Claudio y los del Guaspro, sugetos que en aquel tiempo halagaba el favor público. Transformóse su casa en el punto de reunion de los ingenios mas hermosos y de los principales señores romanos.

Entonces fué cuando Salvator trasladó al lienzo su famosa cantata *la Bruja*, y ejecutó la *Muerte de Sócrates*, el *Hijo pródigo*, el *Purgatorio* y la *Asuncion*.

Gracias á lo mucho que ganaba, á lo poco que ahorraba, y á lo seguro que estaba de acallar las necesidades de cada dia, habia logrado vender sus obras al precio que queria y satisfacer á duras penas los muchos pedidos que le llegaban. Dibujó siempre segun se le antojó, y supo librarse de todo patronato. «¡Dios, decia Balducci, ayude á los que quieran regatear con él!» La siguiente anécdota que lady Montague refiere, podrá darnos la medida de su carácter.

Un príncipe romano que era mas conocido por lo que se preciaba de entendido en las artes que por su generosidad para con los artistas, recorriendo un dia la galeria de Salvator se detuvo ante uno de sus paisajes, y después de haberlo contemplado por largo rato exclamó súbitamente:

—Salvator mio, grande es la tentación que tengo de comprar este cuadro; así dadme al punto el último precio.

—Doscientos escudos, repuso Salvator á lo descuidado.

—¡Doscientos escudos! ¡Ohimé! ¡dineros son! En fin, ya lo veremos.

Despidióse del artista el ilustrísimo señor; pero volvió al poco rato y pidió de nuevo el último precio.

—Trescientos escudos, se le contestó con voz enojada.

—¡Corpo di Bacco! ¿Os burlais? Vaya! otro dia sereis mas dócil.

Al dia siguiente el príncipe se presentó otra vez en el taller del pintor, al cual saludó alegremente diciéndole:

—Vamos, ¿qué postura tenemos hoy?

—Cuatrocientos escudos, replicó Salvator, y en seguida, soltando de repente la brida de su indignacion, que habia comprimido por largo tiempo, añadió con su arrebatado natural: «La verdad es que V. E. no comprará este cuadro á precio alguno, y sin embargo hé aqui el caso que hago de mi obra;» y acto continuo la hizo mil añicos.

En este rasgo descuellan así la aspereza de su independencia como la de su orgullo. Veamos ahora cómo los mismos sentimientos le inspiraron algunas veces ciertas palabras, que si bien eran menos acerbas, encerraban con todo buena dosis de mordacidad.

Hallándose un dia Salvator dibujando en el cuarto donde estaba

enfermo el príncipe D. Mario Chigi, entró el médico, fátuo que blasonaba de entenderlo todo, hablaba de *omni re scibili*, y había olvidado que la sabiduría de las naciones ha dicho: *Ne suior ultra crepidam*. Creyendo pues nuestro Galeno agasajar al príncipe, gran protector de las artes, le pidió por recompensa de sus visitas un cuadro de Salvator, y volviéndose después á este:

—Cuidado, le dijo, no apliqueis el pincel al lienzo antes que yo os dicte el pensamiento y el objeto del cuadro.

Salvator al pronto saludó modestamente en ademán de asentimiento; mas detuvo la mano del doctor cuando este á punto de irse cogió la pluma para escribir su receta.

—¿Cómo se entiende! ¿Vos dictar una receta! ¡Y qué! ¿Sois acaso vos y no yo el médico del príncipe?

—Querido, yo, y no vos, soy el pintor del príncipe; y con todo seguramente mejor que vos un cuadro haría yo una receta.

En medio de su triunfante boga Salvator se acordaba continuamente de su patria. Treinta y un años tenía entonces. Peleó en las filas de Masaniello al lado de Aniello Falcone, que acaudillando la compañía formada por los artistas napolitanos y llamada de la *Muerte*, secundaba esforzadamente los instintos de la insurrección popular. La caída del pobre pescador de Amalli comprometió á todos los pintores napolitanos, que se dispersaron. Falcone se escapó á Francia, y Salvator volvió á Roma á coger los pinceles; pero le hervía de tal modo la sangre, que tardó en hacerse al sosiego de la vida privada. Habiéndose reanimado sus instintos de selvática independencia, tuvo el valor de esponer dos cuadros satíricos que zaherían á todos los poderosos y grandes que encerraba entonces Roma. Descargó pues sobre él un nublado tan tremendo, que le fué preciso rendirse. Salió de Roma como fugitivo, pero llegó á Florencia como triunfador.

En aquella época el palacio Pitti, residencia de los Médicis, se había transformado en una academia de estudio abierta á las bellas artes, y en la cual continuaban ejercitando su talento los mayores maestros de la época.

Fernando II recibió á Salvator mas bien como á un amigo que como á un protegido. El encanto de la conversacion de nuestro artista y su reputacion de pintor, poeta y músico le rodearon de mil adoradores, y convirtiendo su habitacion en el asilo de los placeres y del gusto, la hicieron el punto de reunion de todos los bellos ingenios de Florencia.

En medio de su esplendorosa posicion, acordándose el artista de los aplausos que le valió el Carnaval de 1659, se hizo fundador, autor y mejor actor de la academia teatral de los *Percossi*. Sin embargo, en esta ocasion no olvidó por el teatro la carrera mas noble que profesaba con tanta gloria; y así durante su residencia en Florencia, pintó los lienzos de *Heráclito*, una ininidad de batallas y paisajes, el *Triunfo de David* y muchas otras obras maestras.

Con todo, ni su regalada vida ni sus innumerables lauros lograron endulzarle el amargo pan del destierro; tampoco le atemperaron el dolor de verse separado de Carlo Rossi y de otros amigos.

A los tres años de estancia en Florencia, y á riesgo de perder su libertad, tomó la posta en medio de la noche, llegó á los jardines de la Vigna Navicella, sobornó al *custode*, y envió al instante una circular á diez y ocho amigos suyos. Todos le fueron puntuales á la cita, recibieron sus abrazos, se sentaron al suntuoso banquete que les dió, y lo vieron en seguida montar á caballo con direccion á Toscana, donde entró antes que husmeasen su aventura, ya sus amigos de Florencia, ya sus perseguidores de Roma.

Los aplausos justificaron siempre la confianza que Salvator confesaba tenia en su genio. Hallándose cierto día tocando un clavicordio bastante malo, entró un amigo y le preguntó por qué tenia en su casa un instrumento que ni siquiera valia un escudo.

—¿A que vale mil, dijo Salvator, antes que lo volvais á ver? Hizose la apuesta, y Rosa pintó al instante en la parte superior del instrumento un paisaje que se vendió en mil escudos y fué mirado por una de sus obras maestras.

Como á Salvator le parecían demasiado pesadas las ligeras cadenas que lo tenían atado á la corte de los Médicis, obtuvo retirarse á la villa de Monte Ruffoli, magnífica propiedad de su amigo el conde Hugo Maffei. Allí pasó muchos años estudiando la rica naturaleza de los Maremas, los ásperos montes de Pomarancio, de Querceto y de Monte Catini, y las pintorescas ciudades de Volterra, Colla y San Geminiano. Consagraba sus ocios á reunir y completar sus obras literarias. Empero con volver á Roma dió al cabo en el continuo blanco de sus deseos. Los mas de sus enemigos habían ya muerto, y los otros los tenía acallados su gloria refulgente. Al entrar en triunfo por la puerta del Pueblo se acordó sin duda de cuando cierto pobre jóven entraba por la de San Juan á pié y con un misero hatillo á cuestas. Compró una casa en el monte Pincio, la adornó con un lujo casi desconocido, y continuó la vida de alto señor para la cual parecia lo habia formado la naturaleza. La Pitonisa de Endor, portentoso cuadro que es uno de los mas preciosos adornos del Louvre, fué entregado entonces por el apogeo de su

talento; pero por desgracia era uno de los últimos brillos que se desprendian de su genio moribundo. Una vejez prematura logró helar la imaginacion de fuego y la fogosidad volcánica que nunca habian podido ser contenidas. Se le acortó la vista, se debilitaron sus facultades morales, cayó hidrópico, y el 13 de marzo de 1673 falleció á los 58 años de edad.

Toda Roma lloró al artista inimitable á quien habia desconocido por largo tiempo.

Aguardábase un sepulcro digno de él. Si á los despojos mortales de Rafael los abrigaba en su seno el panteon de Agripa, á Salvator le debian dar último asilo los termos de Diocleciano, que Miguel Angel habia convertido en la iglesia mas noble de Roma. Al gran artista del siglo XVI le habia tocado preparar el sepulcro del gran pintor que acababa de terminar con su nombre la lista de las glorias de Italia.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL CUARTEL BAJO.

(Conclusion.)

El distrito que media entre dicha calle de Embajadores y la de Lavapiés, está cortado de N. á S. por las grandes lineas tituladas calles del *Meson de Paredes*, de la *Comadre* y de *Jesús y María*, y de E. á O. por las tituladas de *Juanelo* (en que vivió el célebre ingeniero flamenco *Juanelo Turriano* en tiempo del Emperador Carlos V) de la *Encomienda*, de las *Dos Hermanas*, de los *Abades*, del *Oso*, de *Cabestreros*, del *Sombrerete*, del *Tribulete* y otras; todas bastante rectas, desahogadas y con un regular caserío, pero absolutamente desnudas para nosotros de todo interés artístico é histórico.—Únicamente en la principal, ó sea la del *Meson de Paredes* (en que estaba la casa del conde del mismo título), existe como ya dijimos anteriormente á su núm. 74 el preciosísimo establecimiento de beneficencia titulado de la *Inclusa* (2), Casa de niños espósitos, cuya direccion corre á cargo de la junta de señoras, y es de tan alta importancia, que suelen ingresar en ella anualmente mas de 1300 criaturas, existiendo siempre un año con otro unas 4,000.

Esta excelente institucion, que tuvo principio en 1372 por la piadosa cofradia titulada de Nuestra Señora de la Soledad, sita en el convento de la Victoria (de que ya hicimos mencion cuando tratamos de los teatros de Madrid) tuvo primero su casa en la Puerta del Sol entre las calles de Preciados y del Cármen: después se trasladó á la del Soldado, en el edificio conocido por el nombre de *Galera vieja*, y ya entrado este siglo, vino á parar al edificio que hoy ocupa, y que aunque no todo lo espacioso y bien dispuesto que requiere tan importante establecimiento, es sin embargo muy digno de ser visitado por su buena distribucion, organizacion y gobierno.

Algo mas abajo en la misma calle, ó mas bien en una plazuela que se forma delante de él, está el *Colegio de San Fernando*, á cargo de los *Padres Escolapios*, fundado en 1729, y tomado bajo la proteccion de la villa de Madrid en 1734, en el cual reciben la instruccion primaria gratuitamente unos 1,800 niños, y además se admiten alumnos internos que pagan una pension diaria, y para los cuales hay cátedras de gramática, latinidad, historia, geografia, matemáticas, etc.—El templo propio de esta casa es uno de los mas bellos de Madrid, por su planta que consiste en una hermosa rotunda precedida de un espacio cuadrangular que hace veces de nave, y cubierta por una hermosa cúpula que sobresale notablemente entre todas las de las iglesias de Madrid. Fué construido por el hermano Miguel Escrivano, y terminado en 1791; y la bella coleccion de esculturas que decoran sus altares, obras todas de los artistas modernos, llama justamente la atencion de los inteligentes.—Algo mas arriba, frente de la fuente y calle llamada de *Cabestreros*, se ha habilitado la casa núm. 59 para convento de las monjas de *Santa Catalina de Sena*, que antes estuvo donde hoy las casas nuevas frente al palacio del Congreso, y fué demolido por los franceses.

En las demás calles de este distrito muy poco ó nada merece especial mencion; únicamente diremos que la llamada de la *Comadre*, y anteriormente de la *Comadre de Granada*, que corre entre la de la *Esgrima* y el barranco de *Embajadores*, es una de las mas pobladas de Madrid, y como cuenta el crecido número de 2854 habitantes, y la numeracion de sus casas, la mayor parte bajas y humildes, alcanza

(1) Véanse los números anteriores.

(2) Este nombre le ha sido dado vulgarmente por corrupcion y á causa de una imagen de Nuestra Señora que se conserva en su capilla, y que trajo un soldado de *Enhuissen*, ciudad de Holanda.

al 95.—Todas estas calles y sus travesías, especialmente á la parte baja, estan habitadas por artesanos, jornaleros y dependientes de las fábricas de tabacos y otras, y la ya indicada de la *Comadre* se ha distinguido siempre por la animacion de su vecindario, del que (si hemos de creer á un viajero inglés contemporáneo, muy inteligente en la materia), forma una buena parte la raza trasmante de los gitanos.—Otras calles mas altas de este distrito, y que desembocan en la nueva plaza del *Progreso*, como la de la *Espada*, de *Jesus y Maria* y la misma del *Meson de Paredes*, han mejorado mucho su caserío en estos últimos años, y la de *San Pedro Mártir* llegará á adquirir una grande importancia el dia en que, abierto el *callejón de la Trinidad* que tiene frontero, y continuada hasta frente de él la calle de Carretas, rompa aquella á su extremo la irregular manzana 47, en la calle del *Calvario*, y pueda continuar casi rectamente por la de Lavapiés y la de Valencia la gran via general de Norte á Sur que tanto falta en Madrid y queda interrumpida por el ya citado convento de la Trinidad.

Al estremo de la calle de Valencia, y entre el portillo de este nombre y el de Embajadores, se estiende un erial inmenso, conocido por el *Barranco de Embajadores*, sitio indebidamente abandonado y que debe regularizarse por la villa, plantando en él un paseo que sirva de desahogo y salida á las calles del *Meson de Paredes*, del *Espino*, de la *Comadre* y demás de aquella populosa barriada, quedando todavia espacio por su forma irregular para construir un amplio *mercado de caballerías*, donde pueda celebrarse sin peligro el que se tiene todos los jueves en el mismo sitio.—Para ambos objetos fué solicitado este terreno en 1847 á nombre del ayuntamiento; pero el gobierno, á quien corresponde por amortizacion, no tuvo á bien acceder á ello, y así permanece sin utilidad de nadie, antes con detrimento de la salubridad, comodidad y ornato de la villa.

Entramos en el celeberrimo distrito de *Lavapiés* ó del *Avapiés*, como antiguamente solia escribirse, sin que acertemos á explicar la etimología de este nombre con la candidez del buen D. Nicolás Fernandez de Moratin (1), pero que con ambos titulos viene emblematizando hace tres siglos á la poblacion indigena matritense en el último término de la escala social.—No nos meteremos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el origen de esta parte del pueblo bajo de Madrid apellidada la *Manoleria*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de Lavapiés, aunque rebosando tambien á los inmediatos de Embajadores, el Rastro y las Vistillas. Para nosotros es evidente que el tipo del *manolo* se fué formando espontáneamente con la poblacion propia de nuestra villa, y la agregacion de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la corte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la corte, vinieron tambien, aunque con mas modestas pretensiones, los alegres habitantes de *Triana*, *Macarena* y el *Compás* de Sevilla; los de las *Huertas* de Murcia y de Valencia; de la *Mantería* de Valladolid; de los *Percheles* y las *islas de Riaran*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba; y las *Ventillas* de Toledo, y demás sitios célebres del *mapa picaresco de España*, trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote*; todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases mas humildes de nuestra poblacion matritense, adoctrinándola con su ingenio y travesura, despertando su natural sagacidad, su desenfado y arrogancia, fuéron parte á formar en los manolos madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jactancia andaluzas, de la viveza valenciana, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Cuando á mediados del siglo XVI se verificó casi simultáneamente con la venida de la corte la tercera ampliacion de Madrid, ya existia numeroso caserío mas allá de la cerca que segun dijimos corria desde la *Puerta de Anton Martin* hasta la calle de Toledo; y aquellos sitios costaneros y despejados, por donde ahora corren las calles de *Lavapiés*, del *Olivar*, del *Avemaria* y sus travesías, eran ya célebres por sus afamados ventorrillos, tabernas y bodegones, entre los cuales sobresalia el nombrado de *Manuela*, sito en el *Campillo* (hoy calle), que conserva su nombre; y los altillos y rellanos de *Buena vista*, de las *Damas* y *Primavera*, eran los puntos adonde acudian á solazarse los menestrales madrileños, como ahora al nuevo arrabal de *Chamberí*.—Con el trascurso del tiempo y el aumento de la poblacion, fué agrupándose el caserío y formando dichas calles y otras muchas, tales como las de la *Cabeza* (2), del *Calvario*, del *Olmo*, de los *Ministriles*, de los

(1) «Vinieron con semblantes pudibundos  
las que habitan el austro donde lava  
los pies el agua de arboles profundos.»

(2) En la casa número 46 de esta calle estaba la cárcel eclesiástica ó de la *Corona*, y en ella fué asesinado por el populacho en la tarde del 4 de mayo de 1821 el desdichado D. Matias Vinatea, antiguo cura de *Tamajón*, preso en ella por los planes contrarrevolucionarios que se le atribuyeron.

*Tres peces*, de la *Esperanza*, de *Zurita*, del *Salitre* y de la *Fé*.

Arteria principal de todas ellas, y centro de este bullicioso distrito, la calle de *Lavapiés*, que como la del Barquillo, tuvo el privilegio de apellidarse *Real*, arranca de la estremidad de la de la *Magdalena*, y estrecha al principio, aunque siempre desigual y costanera, va ensanchando despues y adquiriendo grande importancia como rio creciente y majestuoso, con la incorporacion de la de *Jesus y Maria* al *Campillo* de *Manuela*, y luego con las del *Olivar* y del *Avemaria* en la famosa *Plazuela* de *Lavapiés*, que es la *Puerta del Sol* de aquel distrito, ingreso y corazon de todas aquellas y otras bocas calles; hasta que cambiando su nombre por el de *Valencia*, llega al portillo del mismo nombre.—Los espresivos de todas estas que quedan ya apuntados, revelan bien á las claras su humilde historia ó sus condiciones materiales.—La del *Avemaria* recibió este nombre del Beato Simon de Rojas, que parece hizo espulsar de ella á las prostitutas que la ocupaban; y por eso se llamó tambien de San Simon una de las contiguas. La del *Calvario* debió apellidarse así por el que existia en aquel sitio en direccion á *Atocha* y merece justamente este nombre por el horrible desnivel de su suelo; la de la *Escuadra* por su forma en esta figura; las del *Olmo*, del *Olivar*, de la *Rosa* y otras por los plantíos y huertas en que fueron trazadas; la del *Salitre* por su inmediacion á las tierras y fábrica del mismo (adonde hoy se ha trasladado la *Aduana*), y así las demás; sin que en ninguna de ellas exista edificio, monumento, ni recuerdo histórico de importancia que decore ó enaltezca aquella humilde memoria.—En la callellamada de la *Torretila del Leal* existe únicamente la casa é iglesia de la venerable congregacion de San Pedro de *presbiteros naturales de Madrid*, muy célebre por su filantrópica piedad y por haber pertenecido á ella insignes escritores como Lope de Vega, Calderon de la Barca (á quien heredó), Solís, Gerónimo Quintana y otros.—Al estremo de la calle de la *Fé*, que viene desde la plazuela de *Lavapiés* hasta la calle del *Salitre*, se alza la *parroquia de San Lorenzo*, que fué anejo de San Sebastian desde 1662 en que se construyó, y hoy es parroquia independiente y acaso la mas poblada de Madrid, pues comprende 6624 vecinos y 24998 feligreses. Este templo sufrió un horroroso incendio el dia 16 de junio de 1851, habiendo sido reparado luego con las limosnas de los feligreses.

A esta nueva barriada apartada y humilde debieron naturalmente refluir las clases mas desvalidas de la poblacion, cuando creciendo esta en número é importancia, rebasó las antiguas cercas y cubrió de edificios costosos las calles y términos de la villa. Formóse pues la natural division de *barrios altos y bajos* (1), y ocupando los primeros los empleados de la corte y las clases acomodadas, tocaron naturalmente los segundos á los jornaleros menestrales; aquellas renovándose continuamente con los favores del poder y de la fortuna, con la inmigracion constante de los forasteros, y con el trasiego de los propios en viajes y comisiones, modificaron infinitamente su carácter y tipo primitivo, perdieron el colorido local, y de la reunion de aquellos matices adoptados de tan diferentes orígenes y fundidos en el crisol de la corte, vino á formarse otro especial, y por cierto bien interesante, que es el del *habitante de Madrid*; pero los signos característicos del *madrileño* (especialmente en la parte menos culta de la poblacion) que pudieron escapar al roce continuo de los otros pueblos y á las tendencias, intrigas y favores cortesanos, han llegado hasta nosotros transmitidos de generacion en generacion en los habitantes de los *barrios bajos*.—El trascurso del tiempo, los sucesos históricos y políticos, y la alteracion consiguiente de las costumbres, han podido ciertamente modificar las condiciones de aquel carácter primitivo; pero aplicando á su análisis un estudio concienzudo, y haciendo abstraccion de los accesorios, es fácil descubrir al través de ellos el tipo original del *madrileño* arrogante y leal, temerario é indolente, sarcástico y hasta agresivo contra el poder; desdeñoso de la fortuna y de la desgracia; mezcla del fatalismo árabe y del orgullo del valor y de la inercia castellanos.

Este pueblo *madrileño* que tanta parte tomó en las revueltas políticas de los pasados siglos; que defendió tenazmente la causa de su legitimo rey D. Pedro de Castilla contra el dichoso D. Enrique, y mas tarde la legitimidad dudosa de la desdichada Doña Juana la *Beltraneja* contra la misma princesa Doña Isabel; que negó los tributos y alzó barricadas en union con los comuneros de Castilla contra las huestes del poderoso emperador, quedó como amortiguado, y aun pudiera decirse que habia cambiado del todo, cuando halagado por la fortuna, vió fijarse en medio de él la opulenta corte castellana, y se convirtió durante siglo y medio en sumiso y obediente súbdito de los monarcas de la austriaca dinastia; pero durante la minoría del desdichado Carlos II, y el gobierno de la reina madre, aparece ya el pueblo *madrileño* tomando una parte activa en las turbulencias políticas ocasionadas entre la reina y D. Juan de Austria con motivo de la pri-

(1) Aunque posteriormente los de *Maravillas* y *Afegidos* y otros en la parte alta de la poblacion compartieron con los demás el albeque de estas clases y fueron comprendidos en la misma categoria, la parte del vecindario conocida por la *Manoleria*, prefirió siempre los bajos del *Avapiés*, *Rastro* y *Embajadores*.

vanza del jesuita Nitard, y mas adelante del osado D. Fernando Valenzuela; persigue á ambos con su reprobacion, con su censura, con sus sátiras y con su fuerza material, hasta que les obliga á abandonar el puesto y huir del encono popular. Luego en los últimos dias del reinado miserable del mismo Carlos, se presenta de nuevo terrible y osado á las puertas de su real alcázar en 1699 con pretexto de la carestía del pan, á pedir, ó mas bien ordenar al monarca, que despierte de su prolongado letargo; y no depona las armas hasta que recibe sus seguridades y obliga á la fuga al ministro conde de Oropesa.

En principios del siglo pasado, y durante la famosa guerra de sucesion, notoria es la parte tan activa que tomó el pueblo propio madrileño, y las pruebas tan ostentosas que dió de su simpatía hacia la persona de Felipe de Borbon y contra las huestes del archiduque, en los breves dias que estas le ocuparon, en que no hubo género de asechanzas, de desmanes y alevosías que no pusiera en juego contra los desgraciados tudescos, los cuales (segun el marqués de San Felipe, historiador de aquella guerra) pagaron bien caro su momentáneo paso por las calles de Madrid.—Atalantada ya la segunda mitad del siglo, todavía el fiero madrileño ostentó un dia toda la arrogancia de sus antecesores defendiendo sus capas y chambergos, afusilando las ventanas del ministro Esquilache, persiguiendo á las tropas extranjeras, y marchando osado en numerosa turba á las órdenes del zapatero Bernardo hasta el mismo palacio y real cámara de Aranjuez, á imponer condiciones de potencia á potencia al mismo monarca, el gran Carlos III.—Durante casi medio siglo durmió al parecer tranquilo el impertérrito pueblo de Madrid; pero el 19 de marzo de 1808, surgiendo de nuevo terrible y vengador contra el poder y la osadía de un nuevo y mas arrogante favorito, se presentó en los mismos sitios y con el mismo imponente aparato que en 1766 (1), y comenzó á repetir el drama que fué á terminar como aquel en las orillas del Tajo.

En aquel famoso año, clásico para toda la nacion española, y especialmente para el pueblo madrileño, hay tres fechas eternas que jamás podrán borrarse de sus anales; 19 DE MARZO, 2 DE MAYO, y 2, 3 y 4 DE DICIEMBRE. En la primera consiguió derrocar la figura del poderoso valido, y obligó á bajar de su trono al monarca débil y apocado; en la segunda desafió y abatió, aunque á costa de un cruento sacrificio, el orgullo y arrogancia de las huestes del dominador de Europa; en la tercera, en fin, se atrevió á resistir á este en persona y al frente de sus ejércitos, oponiéndole sus débiles tapias y la fortaleza y temeridad de sus pechos.—El pueblo de Madrid, que subyugado y encadenado al carro del usurpador, sufrió durante cinco años los efectos de su ira, los rigores del hambre y de la miseria, no perdió por eso un momento su carácter desdenoso y arrogante, y jugando con las cadenas que no podía romper, se mofaba del intruso rey y de su gobierno; le silbaba y escarnecía en las calles y en las ocasiones mas solemnes (2), y moría á manos del hambre espantosa de 1812, sin querer recibir el menor auxilio de los enemigos, ni perder un momento su dignidad, su agresivo carácter y audacia.

Pero volviendo al tipo especial del *manolo de Madrid* segun hoy le conocemos y segun nos lo dejó pintado Goya en sus caprichos, y en sus deliciosos sáinetes el picaresco D. Ramon de la Cruz, debemos suponer que ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje: sus oficios mas favoritos continuán siendo, como en el siglo pasado, los de zapatero, tabernero, carnicero, caletero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituian hasta hace pocos años los gremios de *traperos*, *chisperos* y otros; abandonada la coleta y redcecilla, el calzon y chupetin, el capote de mangas y el sombrero apuntado con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modificado con la imitacion de los de Andalucía y de clases mas elevadas, consiste generalmente en chaquetita estrecha y corta con multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de color saliente asido con una sortija al pecho; faja encarnada ó amarilla, pantalon ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El som-

brero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido trocado por el sombrero calañés; pero la varita en la mano, y la terrible navaja á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavía ningun *Manolo*.

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni origen que el propio con que quiso ataviar al famoso personaje de sus burlesca *tragedia para reir y sánete para llorar* el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Castillo, Zabaleta y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desenfado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guardapiés, la nacarada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Paca la *Salada*, Geroma la *Castañera*, Manola la *Ribeleadora*, Pepa la *Naranja* y Colasa, Damiana ó Ruperta, las fruterías, rabaneras ú oficiales de la fábrica de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial fiera y arrogancia? ¿Quién no ve con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar la gracia, traje y modales peculiares de la manola?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus recuerdos, su indómita arrogancia, y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y disipacion propios de las grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron áversas en general, y castigando duramente sus pasiones, sus excesos, sus demasías y exageraciones de 1814, 1820, 1825, 1854 y 1845, le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *láirones*, de los *trágalas* y las *pitilas*.—Desde entonces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentada la vigilancia del gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los goces mas halagüeños de una sociedad culta, y estendiéndose tambien en aquellos barrios extremos una parte de la poblacion mas acomodada con el aumento y mejora del caserío, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes; ya no chocea el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con *gorro* ni los hombres con *futraque* ó *levosa*; los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apedreándose á cada esquina; antes bien se recogen en las benéficas aulas de las *escuelas pias* y *salas de asilo*, de las calles del Espino, de Atocha ó de la fábrica de cigarros; las manolas no serpentean ya todo el día con sus trajes ondulantes y campanudos (escepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y *silenciosamente* en aquella fábrica, ó en los particulares obradores de zapateria, sastrería y otros; los manolos son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legítima y segura, si bien no curados enteramente de la escesiva alicion á los toros y á la taberna; y preciso es confesarlo (á despecho de los encomiadores de todo lo antiguo) el pueblo bajo actual de Madrid, entrando sin replicar en el sorteo para la quinta (de que antes estaba esceptuado), pagando su patente industrial y su habitacion al casero, trocando para ir á los toros el antiguo y estrepitoso *calesin* por el *ómnibus* comunista, las *seguidillas* por la *polka*, la *bandurria* y el *pandero* por la orquesta militar ó el organillo alemán, y asistiendo frecuentemente á la ópera del Circo ó al ferro-carril de Aranjuez, si ha perdido la fisonomía local, excepcional y tal vez poética que daguerreotipó D. Ramon de la Cruz en sus admirables farsas de *La casa de Tócame-roque*, *El Manolo*, *Las Castañeras picadas*, *La Venganza del Zur-dillo*, ha ganado y mucho en moralidad, en instruccion y en bienestar, y bajo todos estos aspectos el distrito de Lavapiés puede sostener actualmente el parangon con lo demás de Madrid.

La ancha y espaciosa calle de *Santa Isabel*, por su izquierda, y las demás traviesas entre esta y la de Atocha, aunque pertenecen al mismo distrito, estan generalmente formadas de buen caserío y habitadas por clases pudientes. En la primera de ellas hay que notar la moderna casa palacio de los condes de *Cervellon*, y al extremo de ella el suntuoso monasterio de religiosas de *Santa Isabel*, fundado en 1389 en la calle del Principe, hasta que la reina Doña Margarita, esposa de Felipe III, las trasladó á este sitio en 1610. La iglesia, terminada en 1665, es muy buena y decorada con apreciables pinturas. Unido á este convento está el *colegio de niñas*, fundado en 1395 por Felipe II con la denominacion de casa-recogimiento de Santa Isabel, cuyo patronato corresponde siempre á los reyes de España, y en el que se

(1) Hay que notar la coincidencia de que el ministro Esquilache vivia en la calle de las Infantas y *casa de las siete chimeneas*, y el principe de la Paz, en la otra esquina á la calle del Barquillo.

(2) Entre los infinitos rasgos que la tradicion nos ha conservado significativos de esta aptitud del pueblo bajo de Madrid respecto á José Napoleon y su gobierno, no queremos privar á nuestros lectores de un pasquin que apareció simultáneamente en las esquinas de Madrid con la allocucion ó proclama del nuevo monarca, si bien los términos demasado libres en que está concebido nos hicieron titubear en estamparle. Decia pues así:

«En la plaza hay un cartel  
que nos dice en castellano  
que José, rey italiano,  
roba á España su dosel;  
y al leer este cartel  
dijo una maja á su majó:  
—Manolo, pon shi abajo  
que me ... en esa ley;  
porque acá queremos rey  
que sepa decir ...

admiten tambien y educan colegialas señoritas pensionistas. Termina esta calle y distrito con las accesorias del nuevo edificio de la *Facultad de medicina*, y el inmenso *Hospital general*, cuyos frentes dan ya á la calle de *Atocha*, que habrá de ocuparnos en el próximo artículo.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

AL PIÉ DE LOS CEREZOS.

El concejo de Güeñes está en un pintoresco valle de las Encartaciones, por cuyo fondo corre impetuosamente el Cadagüa á desembocar en la ría de Bilbao. En una de las colinas que dominan la iglesia de San Isidro, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, altas montañas que resguardan el valle por el Norte, había en la época á que se refiere la dolorosa historia que comenzamos á escribir, un caserío conocido con el nombre de Echederra. Verdaderamente correspondía á aquel caserío la denominación de *Casa-hermosa*, que es la significación de su nombre vascongado. La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodada de la montaña, en un bosquecillo de nogales y cerezos, y á su espalda se estendian como una veintena de fanegas de tierra caídasamente labradas. Hermosos parales orlaban toda la *llosa* ó heredad costeano interiormente la cárcaba de que estaba cercada, y lozanas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes suertes en que el cercado estaba dividido. La situación del caserío no podía ser mas hermosa; desde sus ventanas se descubrían á través del ramaje de los árboles ambas riberas del Cadagüa en una estension de dos leguas, y un arroyo que bajaba de los Somos, serpeaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.

Corrían los primeros dias del mes de junio. Los moradores de Echederra estaban á la caída de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo á la casa.

—Cuidado, Ignacio, no te caigas, decia una mujer de edad algo avanzada, á un jóven como de diez y seis años, que encaramado en uno de los cerezos, bajaba de rama en rama á darla un canastillo de cerezas.

—Madre, no tenga Vd. cuidado, que ya conozco el terreno, contestó el jóven.

La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pié del árbol.

—Mira, bájate, dijo al jóven, que ya está la cesta colmada y tu padre y tu hermano han llenado tambien la soya.

El jóven bajó del cerezo de un salto.

Otro jóven de cuatro ó cinco años mas se descolgó al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, á cuyo pié estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron cada uno de su lado su cesta de cerezas, y fueron á reunirse con los primeros. Poco después se sentaron todos á descansar al pié de los cerezos.

El anciano sacó una bolsa de piel de perro, arrollada y sujeta con una correa á cuyo extremo había una especie de punzon de hueso; la desarrolló, y sacó de ella una pipa que colocó en la boca.

El jóven de mas edad hizo la misma operacion.

—Bautista, dame una pipada, que se me ha acabado el tabaco, le dijo el anciano registrando inútilmente el fondo de su bolsa.

—Padre, se me ha acabado tambien á mi, contestó Bautista que había llenado ya su pipa.

—¡Embustero! exclamó Ignacio con muestras de indignacion. Si te traje yo ayer de Bilbao un cuarteron de tabaco!...

—¡Tú siempre has de ser hablador!

—¡Y tú siempre has de ser egoista!

—Me da la gana. El que quiera tabaco que lo compre.

—¡No te da vergüenza?...

—Déjale, Ignacio, dijo el anciano guardando su pipa con triste resignacion. Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.

—Martin! exclamó la anciana, ese nos ha de quitar la vida á todos, ese...

—Cállate, Mari, la interrumpió Martin. Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho mas.

—Pues si no tenemos paz, tendrá Vd. tabaco, dijo Ignacio. Y echó á correr hácia la casa. Dos minutos después volvió trayendo en la mano una hoja de tabaco.

—Tome Vd., padre, dijo; que aunque yo no fumo, sé lo que Vd. padece cuando no tiene tabaco; y ayer de paso que compré el que mi hermano me había encargado, tomé otro cuarteron con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de Vd.

—Si, replicó Bautista, sisarias esa hoja de lo mio.

—Mira, no me tienes la paciencia!... El que las hace las imagina.

—Anda, dijo Mari dirigiéndose á Bautista, que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.

—Vaya, vaya! se acabó, dejarse de historias, dijo el pacífico Martin saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderán los que sepan hasta dónde llevan su pasion al tabaco los vascongados.

El que escribe estas páginas recuerda un ejemplo con que su madre, que Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarle de aquel vicio, si es que el nombre de vicio merece el uso del tabaco, que proporciona hasta al mas pobre uno de los goces mas dulces de la vida, sin perjudicar su salud ni obligarle á desatender las santas obligaciones de la familia.

—«Tu abuelo, le decia, era el hombre mas pacífico, mas sufrido y mas bondadoso del mundo; todos los trabajos no bastaban á irritarle ni á abatirle; pero cuando no tenia tabaco, era la casa un infierno y no habia consuelo para él. Jamás se le vió enfadado ni triste teniendo para llenar su pipa.»

¡Inútiles consejos! El nieto dijo para sí:

—«Cuando mi abuelo era tan apasionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena.»

Y con los primeros cinco cuartos que tuvo, compró una onza de tabaco y una pipa, se fué al castañar inmediato, y allí rindió culto al idolo de su abuelo hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.

Si su abuelo alzara hoy la frente del sepulcro,

—«Bien, nieto mio, le diria, respetas las tradiciones de tu familia!»

La paz se habia restablecido entre la de Martin. El sol se habia ocultado completamente, y aunque el día habia sido caluroso, era deliciosa aquella hora.

—Cenaremos pronto, dijo Martin, y nos acostaremos en seguida,

porque mañana hay que madrugar para que vosotros llegueis con las cerezas á Bilbao antes que caliente demasiado el sol. Ea! conque vamos á casa, que Juana tendrá ya aviada la cena.

—Mira, Martin, dijo la aldeana á su esposo, mejor sería que cenáramos aqui.

—Si, si, contestaron padre é hijos; que en casa hará mucho calor.

—¿Juana? gritó Mari volviéndose hácia la casa.

—¿Quiere Vd., señora madre? respondió una muchacha desde la ventana.

—En cuanto esté la cena, traela, que vamos á cenar aqui.

—Pues allá voy, dijo la jóven, y poco después salió de la casa y se encaminó hácia los cerezos, llevando en un triguero ó criba una fuente de sardinas frescas cubierta con una servilleta y una borona tierna y amarilla como el oro.

Juana era una muchacha de diez y ocho á veinte años, risueña como una mañana de san Juan, y colorada como una rosa. Volvió boca abajo el triguero al pié del cerezo, le cubrió con la servilleta, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas revanadas de borona, que colocó con simetria en torno de la fuente, y prévia la bendicion de la mesa que echó Martin, se puso á cenar toda la familia conversando alegre y pacíficamente.

—Ya vamos aliviando de su peso á los cerezos, dijo el anciano, y lo siento por el señor D. José.

—D. José, repuso Bautista, no lo sentirá mucho; quienes lo sentirán serán los pájaros.

—En acabándose las cerezas, no vendrá el señor D. José todas las tardes después de decir misa á tirar desde nuestra ventana á los morfos y los picazos... ¡Malditos de cocer! Acuden á bandadas á los cerezos por mas que uno les ponga espantajos.

—Y ya que se habla del señor D. José, dijo Mari, ¿cómo no habrá venido esta mañana?

—Porque hoy está á Castro á encontrar á su sobrino el indiano, contestó Martin.

—¿Conque viene hoy su sobrino? ¡Ay cuánto me alegro! á ver si nos da noticias de tu hermano.

—¡Dios quiera que nos las dé! Mira que es cosa que aturde no haber vuelto á saber de mi hermano desde que nos escribié de Méjico hace tanto tiempo. Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir, lo que es él no estaba sin escribirnos.

—Así lo creo, Martin. Y no se diga que nos queria mal; porque la última carta que escribié no podia ser mas cariñosa.

—¡Qué lástima no se le haya llevado pateta! dijo Bautista.

—¡Ave María purísima! exclamó Mari. ¡Qué alma tienes, hijo!

—¿Qué nos importa á nosotros que viva ó que no viva si nunca nos manda un cuarto?

—Lo que yo quiero, replicó Martin, es que viva, aunque tenga un Potosí y no nos dé estopas para la unción.

—Pero, ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del señor D. José? preguntó Juana.

—Yo no sé, contestó su madre; pero ello de hácia allá ha de ser, porque viene de las Indias... y dicen que viene muy rico.

—¡Cuánto me alegro por el señor D. José que es tan bueno! exclamó Martin.

—¡Cállate, hereje, le interrumpió Mari. ¡Pues no llama ruin al señor D. José!

## II.

## NOTICIAS DE MÉJICO.

En efecto, por una calzada que atravesaba un castañar situado á tiro de piedra del caserío, asomaban el cura y su sobrino Mateo, cabalgando en sendas mulas, seguidos de una recua que conducía el equipaje del individuo.

El señor D. José era el cura párroco de san Isidro de Güeñes; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazón. El indiano era un bello joven de veintitantos años.

Los moradores de Echederra corrieron á saludarlos, excepto Bautista que prefirió á dar aquella carrera el seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.

—¿Qué tengo yo que ver con el indiano ni con su tío? dijo. Para lo que le han de dar á uno...

El párroco detuvo su cabalgadura apenas vió á sus feligreses, y su sobrino le imitó.

—¡Hola, Martin! ¡hola, Mari! exclamaron tío y sobrino.

—Buenas tardes, señor D. José y la compañía, contestaron todos.

—¿Será posible, dijo Mari, que este caballero sea...

—Mateo, se apresuró á responder el indiano: yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedreaba á Vds. los frutales cuando iba á Echederra con el tío.

—¡Bendito sea Dios, quien lo habia de decir! Porque está Vd...

—¡Qué usted ni qué ocho cuartos! Pues no faltaba mas, habiendo conocido á Vds. como un renacuajo! Vaya, que Juana está hecha una arrogante moza.

La muchacha bajó los ojos, y sus mejillas que comunmente parecían dos rosas, se pusieron como dos claveles.

—¡Cuánto ha crecido Ignacio! continuó el indiano. ¿Y qué me dicen Vds. de Bautista?

—Allá arriba queda...

—Ese tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me tiene hecho rabiar en este mundo!

—¿Y cómo le ha ido á Vd?...

—No admito el tratamiento, Martin.

—Si no puede uno acostumbrarse...

—Pues es menester que Vds. se acostumbren. Me ha ido regularmente. Tengo mucho cariño á mi país, y sobre todo á mi tío que me sirvió de padre desde que quedé huérfano, y así que me vi con un capitalito.... pequeño sí, pero el suficiente para bandearse uno en este país y para vivir feliz teniendo poca ambición como yo tengo, dije: A Güeñes me vuelvo; que el tío es ya viejo y quiero vivir á su lado para mirarle y pagarle lo posible el bien que me ha hecho... Pero ahora que me acuerdo, Vds. deben ser los mas ricos de toda Vizcaya.

—A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.

—¿Qué es lo que Vd. dice, Martin? ¿Y la herencia?

—¿De qué herencia habla Vd., D. Mateo?

—¡Dale con el don y el usted! De la de su hermano de Vd. que esté en gloria.

—¡Dios mio! ¡Conque ha muerto! exclamaron Martin y su familia prorumpiendo en llanto.

—No puedo asegurarlo, contestó el indiano algo perplejo. Estaba bastante delicado...

—¡Ah! ¡Conque ha muerto! No nos lo niegue Vd...

—Si, murió hace dos años, contestó el indiano. Pero ¿es posible que Vds. no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó á Vds. herederos?...

—¡Que se le guarden los que le tengan! dijeron á una voz Martin, su mujer y sus hijos.

—Amigos míos, replicó el cura con tono cariñoso, los duelos con pan son menos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no estan Vds. para ello.

La noche comenzaba á cerrar. El indiano y el cura hicieron por

consolar á aquella afligida familia, y se despidieron siguiendo unos hácia el valle y tornando otros al caserío.

—¡Ha muerto!! ¡Ha muerto!! dijeron á Bautista sus padres y sus hermanos al llegar á los cerezos.

—¿Y estaba rico? ¿Y nos ha dejado herederos? preguntó aquel con ansiedad y alegría.

—¡Bautista! exclamó Martin con severidad, ¡tienes mal corazón!

En el pacífico y bondadoso Martin, la severidad equivalía á indignación.

Muy pronto desaparecieron todos por la puerta del caserío. Nadie se acordó de las cerezas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas á Bilbao, porque en casa de Martin todos se ocupaban de la muerte del pariente americano, Bautista para indagar si de ella podían resultar riquezas, los demás para llorarla.

Al salir el sol la mañana siguiente, subía á Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo. Al llegar al caserío encontraron á Martin y su familia algo mas resignados, algo mas tranquilos que los habian dejado la vispera, algo mas dispuestos á oír hablar de intereses.

—Vaya, Martin, dijo el indiano, es preciso que sean Vds. razonables. Ya que el difunto nombró á Vd. su heredero, es preciso que reclame Vd. la herencia, aunque no sea mas que para socorrer con ella á los pobres.

—Tiene Vd. razon, D. Mateo, contestó Martin.

—Pues bien, diré á Vds. lo que hay en el particular. Su hermano de Vd. poseía un capital de quinientos mil pesos...

—¡Quinientos mil pesos! exclamó Bautista, ¡y nunca nos mandó un ochavo!!!

—Su hermano de Vd. era muy avaro... Pero respeto á los muertos, y guerra á los vivos; quiero decir á los que tan inicuaemente han abusado de la confianza de un moribundo. Los albaceas de su hermano de Vd. han hecho correr la voz en Méjico de que han cumplido religiosamente la voluntad del difunto, y nadie duda de su buena fé. Es preciso que escriba Vd. allá inmediatamente reclamando la herencia, y si no se dan por entendidos, ya veremos lo que se ha de hacer.

—Bien está, D. Mateo, haremos lo que Vd. nos aconseje.

En Echederra no habia recado de escribir.

—Bautista, dijo el cura, baja en dos saltos á casa y que te dé Antonia papel, tintero y obleas.

Bautista era perezoso como él solo; pero se trataba de la adquisición de grandes riquezas, y se apresuró á obedecer á D. José.

Antonia, el ama del cura, era una anciana cariñosa, buena y desprendida, cualidades muy raras en las amas de los curas.

Bautista la encontró como nunca alegre y descosida de charlar.

—Conque vamos, ¿me da Vd. eso, Doña Antonia? la decia.

—Sí, ahora te se dará; espera un poco, hombre, que no tienes tanta prisa.

—¿No ve Vd. que se incomodarán el señor cura y Mateo?

—¡Criatura, qué se han de incomodar! si son los dos la bondad misma. Lo que es al señor cura, en los veinte años que llevo en casa ni una vez siquiera le he visto enfadado. ¡Pues no digo nada Mateo! ¡Si esa criatura es un ángel! Pero ¿has visto que hermoso ha venido?

—Y qué tal, Doña Antonia, ¿ha venido muy rico?

—¡Mucho, hijo, mucho! Si vieras las cosas que ha traído! Anda, vamos á su cuarto y verás...

Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto donde estaba todavía empacotado el equipaje del indiano.

Antonia fué alzando la tapa de los cofres y las maletas, enseñando á Bautista su contenido, que consistía en su mayor parte en objetos de oro y plata.

Los ojos de Bautista parecían saltar de sus órbitas en presencia de aquellas riquezas. Antonia reventaba de gozo y orgullo.

—Esta, dijo señalando con el dedo á una maleta colocada en un rincón, está cerrada. Tómala á peso, añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.

Bautista asió la maleta y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al soltarla se oyó un ruido metálico que hizo estremecer al joven y reír con estremo regocijo á la anciana.

—¿Conque no te parece costal de paja esa maleta?

—Doña Antonia, ¡qué dichosos son Vds.! exclamó Bautista.

—Ya lo creo, hijo, ya lo creo! También á vosotros alcanzará nuestra dicha; que cuando Dios da, da para todos. Tanto Mateo como el señor cura tienen buen corazón y os quieren mucho... Conque ya ves tú si teniendo ellos os dejarán en la estacada cuando os veais en algun apuro.

Bautista no oía lo que le decia la anciana: una agitacion indefinible se habia apoderado de él; una lucha horrible se verificaba en su corazón.

—Conque, hijo, ¿qué te parece la maletita? continuó la anciana.

—¡Y estará llena de duros! exclamó Bautista.

—¿Duros? ¡qué tonto eres, criatura! peluconas, y muy peluconas..  
Bautista se estremeció, miró á todas partes, y dió dos pasos acercándose de costado á la anciana.

—¿Bautista, Bautista? gritaron en aquel instante en la escalera.  
Bautista dió una patada en el suelo haciendo un gesto de disgusto, y Antonia y él salieron al encuentro del que llamaba.

El que llamaba era Ignacio.  
—Buenos días, Doña Antonia, dijo, y añadió dirigiéndose á su hermano: Vamos, hombre, que están esperando una hora hace D. Mateo y el señor cura que tiene que bajar pronto á decir misa.

—Anda, déjalos que esperen, que no es tarde, repuso Antonia. No os vais sin almorzar.

—Gracias, Doña Antonia, contestaron á un tiempo los dos jóvenes.  
—Si os digo que no volveis á Echederra sin almorzar unas magras con un jarro de chacolil Quiero que celebremos los tres juntos la venida del indiano.

—Otro día será, Doña Antonia, replicó Ignacio. El domingo cuando bajemos á misa disfrutaremos el favor de Vd.

—Pues bien, hijos, no quiero molestaros, pero ya sabéis que os tengo buena voluntad. Vamos, Ignacio, al menos te enseñaré lo que ha traído el indiano...

—No, no nos detengamos mas, la interrumpió Bautista, cogiendo de encima de una mesa el recado de escribir.

Y ambos jóvenes tomaron la cuesta de Echederra.

(Continuará.)

### SONETO.

Ni flor, ni espinas, en el valle herido  
de agosto, hallaba la mirada mía,  
ni entre sus vientos cálidos venía  
voz ó lamento á commover mi oído.

Solo cuando la luna el adormido  
cielo llenaba en esplendor, abría  
al puro rayo de su lumbré fría  
el pecho lleno de quietud y olvido.

Mas te hallé cabalmente allí á la luna,  
y como abierto estaba, de tus ojos  
amor volando se abrigó en mi pecho;

Y trocada de pronto la fortuna,  
vago sin paz de risas en enojos,  
cual leve arista en huracan deshecho.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

### EL JÓVEN Y LA PALMERA.

#### FÁBULA.

No lejos de las rocas  
Del Atlas gigantesco,  
En las vastas regiones  
Que recorren las tribus del Desierto,

Se hallaba cierto día  
Un jóven inesperto,  
Vagando á la ventura,  
Sin penas, sin dolor, libre y contento.

De pronto á sus miradas  
Se ofrece un árbol bello,  
Una palmera altiva,  
Que ostenta con primor dátiles frescos.

¡Qué dicha! alegre esclama:  
Ya soy feliz, ya tengo  
En estas soledades,  
Sin trabajo ni afán, sabroso almuerzo.

Dice, y al tronco asido,  
Lo contempla risueño,  
Juzgando empresa fácil  
Tregar hasta la copa. ¡Vano empeño!

Por la corteza lisa  
Resbálanse sus miembros,  
Cual suelen deslizarse  
De la cucaña en el penoso juego.

Dos veces nuestro jóven  
Se acerca ya á su objeto:

Mas ¡ay! no se sostiene,  
Y dos veces rodando mide el suelo.  
Sus manos desgarradas,  
Quebrantado su cuerpo,  
¿Qué hará? ¿No es gran desgracia  
El tesoro dejar que ha descubierto?  
Entonces reflexiona,  
Se aleja, vuelve luego  
Con su madre y su hermano,  
Y emprenden otro asalto con empeño.



¿Cómo? Muy fácilmente:  
Uno sostiene el peso  
Del otro, que en sus hombros  
Descansa y coge dátiles á cientos.

La madre los recibe,  
Y todos satisfechos,  
Poco después almuerzan  
Sentados á la sombra del palmero.

La sociedad moderna  
Os retrata este ejemplo:  
El hombre necesita  
de otros hombres en todos sus proyectos.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





EL CAIRO.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## CUARTEL DEL CENTRO.

Entre las espléndidas calles de *Atocha* y de *Alcalá*, de Mediodía á Oriente, existe el distrito mas importante y ostentoso del Madrid moderno, que vino á incorporarse al antiguo á mediados del siglo XVI con la supresion de las cercas y puertas de *Anton Martín* y *del Sol*; y supuesto que ya tratamos en su artículo correspondiente de las calles situadas dentro de este presumido limite, nos ocuparemos ahora en las exteriores desde la *del León* y *del Baño* inclusive, *Carrera de San Gerónimo* y calle de *Alcalá*.

La plazuela de *Anton Martín*, en cuyo sitio estuvo la puerta, y que vino á ser con la confluencia de las calles antiguas y nuevas un centro muy importante, una especie de *carrefour* ó encrucijado parecido á la Puerta del Sol, continuó después con el nombre de *calle baja de Atocha* por el camino que guiaba al antiquísimo santuario de aquella veneranda imagen, concurridísimo desde los tiempos primitivos de Madrid, y en cuya direccion se hallaban situadas las ermitas de *San Cebrian*, *San Sebastian*, *Santa Catalina*, *Santa Coloma*, *Santa Polonia*, *San Juan Evangelista* y *del Santo Angel de la Guardia*.—Dicha plazuela tomó

el nombre de *Anton Martín* del venerable hermano, compañero y discípulo de *San Juan de Dios*, que en el año de 1552 fundó en aquel sitio (estramuros entonces de la villa) el famoso *Hospital de Nuestra Señora* para los enfermos de mal venéreo, que aun existe, servido por los religiosos de la misma orden hospitalaria, que se han conservado aun después de la supresion de los regulares, y es considerado como una parte de los hospitales generales sostenidos por la municipalidad y á cargo de la junta de Beneficencia. Es establecimiento muy importante y bien servido, que consta de diez salas con unas 250 camas, en que son asistidos un año con otro mas de 1600 enfermos. La iglesia, construida á mediados del siglo XVII y reedificada á fines del último, es bastante regular en su forma y adornos, y notable además por las buenas esculturas modernas, entre otras los dos pasos del *Ecce homo* y los *Azotes*, que salen todos los años en la procesion del Viernes Santo.—Casi frente de esta casa religiosa está el otro *Hospital Real de Nuestra Señora de Monserrate*, para los naturales de la corona de Aragon, fundado en 1616 en una casa de campo sita en el barrio de Lavapiés (donde ahora las Escuelas pías de *San Fernando*), que habia cedido para ello D. Gaspar Pons; y trasladado al sitio que ahora ocupa en 1638, bajo el patronato de S. M. y del Consejo de Aragon. La iglesia, concluida en 1638, es buena y tiene dos hermosas capillas, una de *Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, y otra de la *de los Desamparados* de Valencia, servidas por las cofradías de naturales de aquellos reinos. El hospital creemos que en el dia tenga escaso ó ningun uso.

En medio de dicha plazuela se construyó á mediados del siglo pasado por el célebre arquitecto *churrigueresco* D. Pedro Rivera, la ec-

(1) Véanse los números anteriores.

travagante fuente que ha quedado, juntamente con la portada del Hospicio, como emblemas de aquel gusto y escuela, y que como tal y página del arte merece ser conservada con mas razon que las posteriores, contemporáneas á nosotros, de la calle de Toledo, Red de San Luis y plazuelas de Santa Ana, del Progreso, de Bilbao y de Pontecos, que mas bien que páginas del arte moderno, vienen á ser borrones echados en él.

Los objetos mas notables de aquella parte de la calle de Atocha, desde dicha plazuela hasta la puerta ó salida de dicho nombre, consisten tambien en los Hospitales generales (además de aquellos dos que quedan mencionados), y en otras casas religiosas de recogimiento y de beneficencia. El origen de aquellos, ó mas bien la reunion en uno comun de los diversos que con distintas denominaciones existian en el antiguo Madrid, fué obra del rey D. Felipe II, y tuvo efecto por los años de 1581, en el edificio situado entre la calle del Prado y Carrera de San Gerónimo, donde estuvo después el convento de *Santa Catalina*, y hoy las casas del mismo nombre. A él vinieron á reunirse el *del Campo del rey*, que estaba á la puerta de Segovia, el *de San Ginés*, el *de la Pasion*, cerca de San Millan, el *de Convalecientes*, de la calle Ancha de San Bernardo, el *de la Paz*, en la calle del mismo nombre, y otros; pero á pocos años de verificada esta reunion, y habiéndose hecho sentir necesariamente la incapacidad del edificio, se trasladó el *Hospital general* al sitio en que hoy se encuentra, donde se hallaba establecido un albergue para los mendigos, que habilitado en la forma conveniente pasó á ser hospital de hombres, y ocuparon los enfermos en 1605; pocos años después se fabricó tambien un edificio contiguo para *Hospital de la Pasion*, de mujeres, en las casas que habian sido de D. Luis Gaitan de Ayala, y ambos hospitales generales siguieron, con la proteccion de los reyes y la especial del Consejo de Castilla, con las subvenciones y arbitrios concedidos sobre las casas de comedias é impuestos municipales y reales, y con las limosnas y mandas piadosas, en un estado de prosperidad hasta principios del siglo pasado, en tiempo de las guerras de sucesion, que vinieron á una espantosa decadencia; pero la magnanimidad del rey D. Fernando el VI vino á levantar de su postracion este piadoso instituto, á costa de enormes sacrificios, donaciones y mercedes; su sucesor el gran Carlos III, emprendió, bajo la direccion del ingeniero D. José de Hermosilla, la obra colosal del Hospital Nuevo, que después continuó bajo la direccion de D. Francisco Sabatini, y que seria verdaderamente asombrosa si hubiese llegado á terminarse.—Hoy corre la direccion y administracion de este inmenso hospital á cargo de la Junta de Beneficencia, y el servicio al de los profesores facultativos, de las hermanas de la Caridad, y de la congregacion fundada por el V. hermano Bernardino de Obregon, y es lo mejor posible en un establecimiento tan vasto y complicado en que entran próximamente en cada año mas de 18,000 enfermos de ambos sexos, y que exige un presupuesto anual de *dos millones y medio*, contando únicamente con un ingreso fijo de poco mas de la mitad.—El *hospital de convalecencia* estaba mas arriba, esquina á la calle de San Eugenio, en la casa que hoy ocupan las oficinas de la Junta de Beneficencia, y quedó suprimido en 1856.

Contiguo al vasto edificio del General, en el que ocupaba antes el ya dicho hospital de la Pasion, se instituyó en 1798 el *colegio de cirugía de San Carlos*, que tan alto renombre llegó á adquirir en la ciencia, y que después con el plan general de Estudios ha quedado formando parte de la Universidad central, con el título de *Facultad de Medicina*; habiéndose construido para él en estos últimos años un suntuoso edificio sobre la estensa superficie de 203,705 piés, con espaciosos salones, cátedras, anfiteatros de diseccion, gabinetes anatómicos y biblioteca.

En la acera frontera, y casa núm. 417 moderno, se colocó en 1609 un recogimiento de niños y niñas huérfanas llamado de *Nuestra Señora de los Desamparados*, que ya existia anteriormente en Santa Isabel, labrándose entonces de orden del rey la casa é iglesia que hoy tienen, y destinándose en ella una habitacion para mujeres enfermas é impedidas, llamadas vulgarmente las *Carracas*, y otra para casa de maternidad.—Tambien estaba unida á él la reclusion de mujeres, á quienes sus parientes hacian retirar, y era conocida por la de *San Nicolás de Bari*.—Hoy se halla dedicada esta casa á *hospital de hombres incurables*, bajo el título de *Nuestra Señora del Carmen*, fundado en 10 de octubre del año pasado de 1852.—Inmediato á este edificio, en el número 115 de la misma calle, está el *Beaterio de hermanas de la orden tercera*, llamadas de *San José*, y en él fué establecida en 1857 la primera *Sala de asilo ó Escuela de párvulos*, fundada por la *sociedad filantrópica para propagar y mejorar la educacion del pueblo*; dignísimo establecimiento que lleva el nombre de *D. N. Virio*, excelente español que falleció en Viena en 18... , dejando para este objeto un cuantioso legado; la primera de su clase en Madrid, y que merece ser visitada, así como las otras de las calles del Espino, de Embajadores, de los Reyes, etc., que siguieron á ésta.

Por último, frente al Hospital General se hallaba el convento de *clérigos agonizantes* bajo la advocacion de *Santa Rosalía*, fundado por el marqués de Santiago en 1720, que quedó suprimido como todos los de regulares, y demolido después, fué construida en su lugar una casa particular.

Las calles travesas entre esta y la *de San Juan*, que tambien sale al Prado desde la plazuela de Anton Martin, son las denominadas hoy *Costanilla de los Desamparados*, de *Fúcar*, de *San Pedro*, de la *Leche* y de la *Alameda*, de *Cenicero* (antes de la *Redondilla*), del *Gobernador* y de la *Verónica*, y ofrecen poquisimo interés bajo el aspecto histórico ni material.—El objeto mas notable y acaso único que se presenta en ellas digno de especial mencion, comprende las manzanas reunidas 260 y 261 entre las calles de San Juan, de la Verónica y la Alameda, al paseo del Prado, y es la *Real fábrica Platearia*, magnifico edificio y establecimiento fundado por el gran Carlos III para premiar el mérito y aprovechar la laboriosidad y conocimientos de *D. Antonio Martínez*, natural de Huesca en Aragon, bajo cuya direccion dispuso crear en ella uno de los establecimientos fabricas mas importantes y adelantados del reino. El edificio, concluido en 1792, es de lo mas grandioso y bello de Madrid: su elegante fachada principal, de órden dórico, enriquecida con una hermosa columnata, la estension del gran taller ú obrador, y la distribucion, órden y comodidad de las demás dependencias, acreditan el buen gusto del arquitecto. Son igualmente magnificas las máquinas que sirven para la elaboracion, y los primorosos objetos de arte contruidos desde el principio en esta real fábrica, son demasiado conocidos y apreciados en toda España para que nos detengamos en encarecerlos. Después de la muerte de Martínez, y habiendo pasado la propiedad de esta magnifica fábrica á su hija Doña Josefa, casada con el laborioso, honrado y simpático coronel *D. Pablo Cabrero*, recibió en sus manos extraordinarios adelantos, no solo en su objeto principal, sino tambien en la parte material del edificio, que aumentó y enriqueció considerablemente, construyendo de planta una gran parte de él hacia la calle de la Alameda, y colocando en ella el precioso *Diorama del Escorial*, pintado por Mr. Blanchard, y otros establecimientos; rompió tambien al Prado la calle *del Gobernador*, y en su último estremo se levantó el edificio para la *Fábrica de bujias de la Estrella*.

La *calle del Fúcar*, llamada con mas propiedad antes de los *Fúcares*, tomó este nombre de los famosos contratistas flamencos en el reinado de Carlos II (*los Fuggars*), cuyas casas y jardines estaban en ella, creemos que en la manzana 250, núm. 9 antiguo, 15 moderno, en el inmenso espacio descampado hoy, aunque cercado, que se estiende entre dicha calle y la Costanilla, terreno malamente desaprovechado, conocido por el *Corralon de los Desamparados*, que podria utilizarse construyendo en él un estenso mercado que tanta falta hace en aquellos barrios, especialmente desde que desaparecieron los cajones de la plazuela de Anton Martin.

Pero entre dicha calle de *San Juan* y la *del Leon* hasta la *del Prado* hay un distrito mas interesante por sus edificios y tambien por los recuerdos históricos y literarios que á él van unidos. Empezando á recorrerle por la dicha calle del Leon que le limita en su parte alta, y que—sea dicho de paso—es una de las mas rectas y alineadas de Madrid, hallaremos en ella un caserío nuevo casi del todo de pocos años á esta parte, y un bello y suntuoso edificio titulado *El Nuevo rezado*, que es el principal ornamento de dicha calle, y fué obra segun creemos del célebre arquitecto Villanueva en los últimos años del siglo pasado; perteneció á los monjes Gerónimos del Escorial, que tenian el privilegio de la impresion de los libros del rezo divino, y hoy al real patrimonio, que lo tiene cedido para habitacion del *Patriarca de las Indias*, y últimamente se ha colocado en su parte baja la preciosa *Biblioteca de la Academia de la Historia*.—Frente de él, con entrada por la calle de las Huertas, hay otro gracioso edificio tambien moderno, construido para las oficinas y juntas del *Honrado concejo de la Mesta*, á que hoy ha sustituido la *Asociacion general de ganaderos del reino*.

Precindiremos después de este aspecto moderno, para considerar la calle antigua que desde su principio, ó por lo menos desde el siglo XVII, vemos designada ya, no sabemos por qué motivo, con el título *del Leon*.—A su entrada por la calle del Prado hasta las de *Francos* y *Cantarranas*, se ensanchaba entonces algun tanto, formando una plazuela en que habia plantados árboles, y que era conocida con el nombre de *el Mentidero de los representantes*, sin duda por ser el punto de la reunion de cómicos y aficionados como ahora la plazuela de Santa Ana.—Con este nombre vemos designado dicho sitio en el gran plano de 1656, en los escritos de Quevedo, Lope, Villamediana y otros, y en el testamento del obispo del Cuzco D. Manuel de Mollinedo y Angulo, que espresamente dice que «tenia en Madrid la casa de sus padres en la calle del Leon, *Mentidero de los representantes*.»—Todas aquellas cercanias estan impregnadas, por decirlo así, de la memoria de los antiguos autores y actores dramáticos que vivieron en

ellas, ó las frecuentaron, cuya preferencia se explica naturalmente por la inmediación de los antiguos corrales de la *Pacheca* y de *Burquillos* en la calle del Príncipe, y de *Cristóbal de la Fuente* en la del Lobo, de que ya tratamos en artículos anteriores. Acaso también contribuyó á ello otra circunstancia de carácter religioso de que hace mención el erudito Pellicer en su *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*.—Dice, pues, que Catalina Flores, casada con un Lázaro Ramirez, de ejercicio buhonero, habiendo quedado tullida á consecuencia de un parto, determinó hacer una novena á una devota imagen de Nuestra Señora que estaba en la calle del Leon, esquina á la de Santa Maria, y para obligarla mas, pasaba las noches en la calle, siendo tanta su fé, que el último de ella (que fué el 13 de julio de 1624) se sintió buena del todo y colgó las muletas al pié de dicha imagen; y de esta milagrosa curación tomaron ocasion los representantes para elegir por su patrona y abogada á esta sagrada imagen con el título de *Nuestra Señora de la Novena*, trasladándola á la parroquia de San Sebastian y fundando en ella una cofradía ó congregación, y mas adelante el Hospital propio que existe en la travesía de Fúcar y calle de la Leche.

Consta también por los escritos y memorias de aquellos tiempos que todos los célebres actores y actrices de los siglos XVII y XVIII, desde los célebres *Agustin de Rojas* y *Alonso de Olmedo* hasta *Manuel Garcia Parra* y *Mariano Querol*, y desde *Maria Riquelme* y *Maria Calderon*, hasta la *Lademaná* y la *Tirana* (Maria del Rosario Fernandez), todos vivieron en aquellas calles de las *Huertas, del Amor de Dios, de San Juan, de Santa Maria, de Francos, de Cantarranas* y del *Leon*; costumbre que han continuado hasta hoy los actores contemporáneos desde *Rita Luna* é *Isidoro Maiquez* (1) hasta los señores *Guzman, Latorre, Romea* y otros.—Los autores siguieron el mismo rumbo.—El insigne *CERVANTES*, que habitó unas veces en la calle de las Huertas hacia el núm. 16 nuevo, *frontero de las casas donde solia vivir el principe de Marruecos*; otra en la *plazuela de Matute, detrás del colegio de Loreto*; otra en la calle del Leon (ó *Mentidero*) núm. 9 antiguo, 8 moderno, en el mismo sitio en que se construye actualmente una gran casa, vino á morir finalmente en la acera frontera, casa núm. 20 antiguo, 2 moderno de la manzana 228, que habiendo sido demolida por ruinosas en 1855, se construyó de planta, dándole la entrada por la calle de Francos (hoy de *Cervantes*), y colocando sobre su puerta el busto en relieve de aquel insigne ingenio y la inscripcion que espresa haber vivido y muerto en aquel sitio (2).—Poco mas abajo, en la misma calle antigua de *Francos*, y señalada con el núm. 11 antiguo, 15 moderno de la manzana 227, existe todavía en muy buen estado de conservación la casa de su propiedad en que vivió y murió en 1635 el *Fénix de los ingenios* LOPE DE VEGA CARPIO, en la cual se ve aun el patinillo que le servia de huerto (á que alude Montalvan en su *Fama póstuma*), y toda la demás distribución interior, si bien ha desaparecido con el revoque de la fachada la inscripcion grabada sobre el dintel de la puerta que decia así: *Parva propria magna; magna aliena parva* (3).—Frente de dicha casa atraviesa á la antigua de *Cantarranas* (4) la pequeña titulada del *Niño* (hoy de *Quevedo*), en cuya casa núm. 4 antiguo (9 moderno) que aun existe en parte, aunque segregadas de ella las accesorias que daban á la calle de Cantarranas, vivió algun tiempo, y fué de su propiedad, el mismo esclarecido ingenio D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS (5).

(1) La primera vivía á principios de este siglo en la calle de San Juan; el segundo en la de las Huertas, número 6, y en 1840 y 41 se tituló *este calle de Maiquez*, aunque después se revocó por la municipalidad esta denominación. También vivió en la calle de Alcalá, esquina á la de Cedaceros, y en la de Santa Catalina, número 10 nuevo.

(2) La casa en que murió Cervantes tiene esta nota en la *Visita general* y numeración practicada á mediados del siglo pasado:—«Pertenece á D. Manuel Perez de la Herrán; feo de herederos de Gabriel Muñoz, que la privilegio en 5000 maravedis, en 14 de febrero de 1615; tiene su fachada á la calle de Francos 59 pies tres octavos, y á la del Leon, á que hace esquina, 45, y su todo 2088.» Posteriormente se unió á esta casa la contigua número 21, que perteneció al mismo Perez de la Herrán, á mediados del siglo pasado, y á Pedro Haedo en 1663, y tenía 26 pies de fachada, y su todo 998.—Hoy la nueva casa construida sobre aquellos solares cremos es propiedad de D. Luis Franco.

(3) Respecto á la casa de Lope de Vega, en dicho Registro y visita general espresa lo siguiente:—«Manzana 227, número 11, á Doña Manuela del Alcarar y Zúñiga; «fue de Lope de Vega y del Capitan Villegas, con 4500 maravedis, con que la privilegio dicho Lope de Vega en 14 de febrero de 1615; tiene su fachada á la calle de Francos 57 pies tres cuartos, y su todo 3557, carga 4500 maravedis, renta 3150 reales.»—Hoy es propiedad de Doña Josefa Poyatos.

(4) En el número 6 nuevo de dicha calle y su cuarto bajo, vivió la celebre impostora apellidada la Beata Clara, y en el mismo se representaron las sacras escenas que escandalizaron la corte en los primeros años de este siglo; después pasó á vivir en la casa del Campillo de San Francisco, hoy calle de los Santos, que hace esquina á la Carrera, en donde fué presa y llevada á la Inquisición.

En la misma calle de Cantarranas, número 45 nuevo, murió en 25 de marzo de 1844 el celebre orador parlamentario D. Agustin Argüelles.

(5) En el *Registro primitivo de Aposento* de 1651, dice así, aunque sin designarla fijamente por no estar efectuada todavía la numeración.—«Travesía de la calle del Niño á la de las Huertas, una casa de D. Francisco de Quevedo, que fué de «Maria de la Paz, y fué compuesta y tasada en 50 ducados.»—Y en la *Visita general*, practicada á mediados del siglo pasado, dice así:—«Manzana 229, número 4. Pertenece á D. Francisco Moratillo; se compone de tres sitios: el primero fué de Don

Ultimamente, para que nada faltase á aquel distrito de su especialidad literaria, nació también en él el día 10 de marzo de 1760 y en la casa última de la calle de San Juan, con vuelta á la de Santa Maria, señalada hoy con los números 45 y 45, el restaurador de nuestra escena dramática y fundador del teatro moderno español D. *Leandro Fernandez de Moratin*; durante su vida adquirió otra casa en la misma calle, cuya corraliza convirtió en jardín, y en ella vivió algun tiempo. En 1751 hizo cesion á la Inclusa de esta corte de dicha casa, y de la que tenia en Pastrana.

En la calle de Cantarranas, hoy apellidada de *Lope de Vega* (1), está la iglesia y convento de Monjas Trinitarias Descalzas, fundado por D. Francisco Romero y Gaitan en 1609. En él se creó que fué sepultado en 1616 Miguel de Cervantes Saavedra, si bien su diligentísimo biógrafo el señor Navarrete consiguó la duda, acreditada generalmente en el convento, y que nosotros mismos hemos oido de boca de las religiosas, de que en su principio permanecieron por algunos años en una casa de la calle del Humilladero, y que allí por lo tanto pudo ser sepultado el insigne autor; si bien afirmaban que cuando se trasladaron de nuevo á este sitio hicieron traer á él los huesos de las religiosas y sus parientes enterrados en aquella, en cuyo caso vendrian también los de Cervantes, cuya hija natural *Doña Isabel* profesó en este monasterio en 1614. De todos modos, es lo cierto que á pesar de las esquisitas diligencias practicadas en varias ocasiones, y muy especialmente en tiempo de la dominación francesa por el arquitecto D. Silvestre Perez, y los médicos Luzuriaga y Morejon, no ha sido posible hallar dichos preciosos restos. En el mismo convento profesó también otra hija natural de Lope de Vega, *Doña Marcela*, y el suntuosísimo entierro del mismo verificado en 28 de agosto de 1635 con una pompa y concurrencia nunca vista, pasó desde su casa de la calle de Francos á la de San Agustin que hace frente á las rejas del mismo convento, para que pudiera verle su hija Marcela, la de Cantarranas, la del Leon, plazuela de Anton Martin y calle de Atocha hasta San Sebastian, siendo tan inmenso el concurso, que ya habia empezado á entrar el entierro en la iglesia, y aun no habia salido el cadáver de su casa.

Este convento, sin embargo, no debia avanzar entonces tanto hacia frente á la calle de *San Agustin*, pues en el plano de 1536 vemos que esta (llamada entonces de *San José*) continuaba recta hasta la de San Juan, y no existia á su lado la *Costanilla* llamada de las *Trinitarias*, en cuyos términos habrá necesariamente de volver á restablecerse dicha calle cuando desaparezca este convento, y aun continuarla luego rompiendo por las accesorias de los Desamparados hasta la calle de Atocha, con lo cual se estableceria una comunicacion indispensable entre esta calle y la plaza del Congreso.

La última inmensa manzana de este distrito, señalada con el número 255, que comprende mas de millon y medio de pies, y que comenzando en dicha calle de San Agustin á la esquina de la del Prado se prolonga hasta este paseo, revolviendo luego por la calle de las Huertas y cerrando indubidamente las salidas á aquel paseo de las de Francos y Cantarranas, fué toda propiedad del famoso Don Francisco Gomez Sandoval, *duque de Lerma*, ministro y privado de Felipe III y cardenal después de la S. I. R. Ocupa su parte principal el estendido palacio de Medina del Campo, con su fachada á la plaza de las Cortes, y jardín y accesorias al paseo del Prado y plazuela de Jesús. Contiguo á él por este lado, fundó el mismo duque de Lerma en 1606 el convento de *Trinitarias Descalzas de Jesús Nazareno*, que después de la esclaustracion de los frailes fué cedido por el actual señor duque de Medina del Campo á las monjas del Caballero de Gracia, y posteriormente á las de la Magdalena con la parte de huerta que le corresponde; y la otra parte que da á la calle de las Huertas, propiedad hoy del Estado, se ha cedido por el Gobierno á las *Hermanas de la Caridad* para la fundacion de su casa principal. La iglesia fué destruida en tiempo de la dominación francesa; pero en una capilla habilitada para el culto se venera la célebre imagen de *Jesús Nazareno* que sale en la procesion del Viernes Santo, y á que tiene tanta devocion el vecindario de Madrid.—No contento el duque de Lerma con esta fundacion religiosa contigua á su casa, destinó

«Francisco de Quevedo y Doña Maria de la Paz, con 5750 maravedis y los réditos de 150 ducados, con los que la privilegio dicho Quevedo, y de los herederos de Juan Perez, que los compuso el licenciado D. Juan Perez de Espinosa, con 18 ducados, en 50 de agosto de 1752. Tiene su fachada á la calle del Niño 49 pies, y su todo 7917; renta 1900 reales; carga 11952 maravedis.»—Quiere decir que dicha accesorias de la calle de Cantarranas, en el solar que hoy se ha construido la casa del señor Arango, pudo ser segregada después de la de Quevedo, que es la de la calle del Niño, número 9 nuevo, ya citada, la misma en que hoy está el establecimiento de grabado del *Atlas de España*, por el señor Coello.

(1) Cuando se varió el nombre de la calle de *Francos*, en 1855, para sustituirla el de *Cervantes*, fuimos de opinion (y así se lo dijimos al corregidor marqués de Pontevedra, que este nombre cuadraba mejor á la del Leon, en la cual estaba la fachada principal de la antigua casa en que murió Cervantes, además de haber vivido en otras de la misma calle, como ya dijimos arriba); con esto la dicha de Francos en que vivió, murió y tuvo su propiedad *Lope de Vega*, podia haber recibido con mayor razon este nombre que no la de Cantarranas, que hoy le lleva sin ninguna propiedad.

otra gran parte de aquel terreno por el lado de las calles del Prado y San Agustín á casa profesora de jesuitas, haciéndola construir, y una iglesia dedicada á colocar el cuerpo de su glorioso antecesor San Francisco de Borja, duque de Gandía, trájole espesamente desde Roma para este efecto. Posteriormente, cuando la traslación de dichos jesuitas á San Felipe Neri, ocuparon este convento los *padres Capuchinos* de San Antonio de Padua, y hoy á la estincion de los regulares está alquilado al colegio de enseñanza de señoritas, y la iglesia con el título de San Antonio ha vuelto á reivindicar y ostentar en sus altares el suntuoso sepulcro del duque de Gandía.—Además de esto, el mismo cardenal duque de Lerma trajo en 1610 á la casa frontera (en que antes segun dijimos estuvo el hospital general) á las religiosas de Santa Catalina de Sena, que estaba en la calle de Leganitos, y allí las reconstruyó el convento é iglesia que fué demolido por los franceses, y ocupa hoy la bella manzana de casas nuevas de los señores *Urriaga*.—Desde este convento al de San Antonio habia un arco ó pasadizo al término de la calle del Prado para comunicar á las tribunas, que en ambas iglesias tenia la casa de Medina-celi.—Tambien fué propiedad de la misma la hermosa casa palacio á la otra esquina de la calle de San Agustín conocida por la casa de *Abrantes*, y que hoy pertenece al señor conde de Ezpeleta (1).

Con la demolición de dicho convento de Santa Catalina, que ocupaba 77,607 piés, y la construcción en 1818 de la nueva manzana de casas, no solo se ensanchó y regularizó la estrecha y tortuosa calle contigua del mismo nombre, sino que quedó una estensa plaza dando frente al Prado.—En medio de ella mandó colocar por disposicion

muy memorable y honrosa el monarca D. Fernando VII, la estatua en bronce del «escritor ameno, del regocijo de las musas, del inimitable CERVANTES», encargada en Roma al célebre escultor español D. Antonio Solá, y que segun nuestra opinion debe ser trasladada á la plazuela de Santa Ana ó á la del Angel, como sitios mas oportunos que el que hoy ocupa: al designar el cual el difunto monarca estaba bien lejos de pensar que la colocaba á las puertas del futuro palacio del CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

(Se concluirá.)

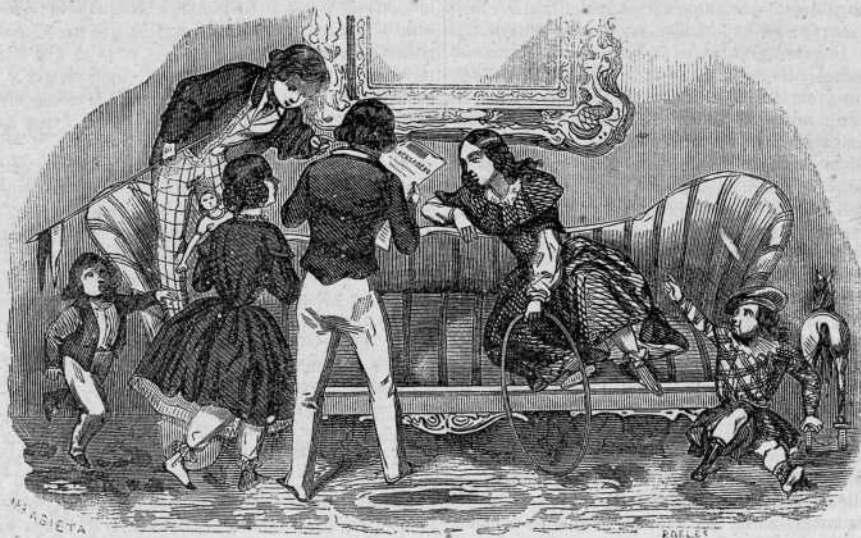
R. DE MESONERO ROMANOS.

## LA POLKA.

La polka con piés iguales  
Hucila la casa pajiza  
Y los palacios reales.  
(Imitacion de Horacio.)

«La polka! ¡qué horror! ¡qué espanto, Virgen Santa!... un baile tan desarreglado, el *non plus ultra* de la inmoralidad, el despeñadero de la inocencia, como si dijéramos la Sierra Morena de la gente jóven, el nudo gordiano aplicado á las evoluciones pedestres, el simoun, la fiebre amarilla, el terror de padres y maridos...»

Hé aqui las exclamaciones que de seguro habrán hecho al leer el título de este artículo los oposicionistas retrógrados, enemigos de la



polka, nacidos la mayor parte en los tiempos de los polvos, del servilismo y del minué. Nada de extraño tiene semejante aversion, consecuencia forzosa de su punible quietismo y de no marchar en la locomotora del progreso y de la civilizacion, y efecto natural de no ver en la polka mas que la corteza, dos personas intencionalmente enredadas con el objeto de dar el mayor número de brinco y saltos posible. Pero en la época actual en que todo lo miramos con el lente filosófico, y hemos descubierto que todo en este mundo tiene su poquito de filosofía, y la pobre señora anda mas traqueteada que un calesin en dia de toros; época en que, para colmo de miserias, un amigo mio va á dar á luz un tomo en folio sobre la filosofía del riquísimo cocido madrileño, la cuestion varia de aspecto, y ese grupo saltarin, indiferente para los profanos, se convierte para el hombre filósofo en un poema viviente, en una de las formas típicas y características del siglo.

El baile, segun cuentan decia David, primer bailarín de su tiempo, debe estar en armonía con las costumbres y necesidades de la época, condiciones que la polka llena cumplidamente. Así como el minué, por ejemplo, con su pausado compás, sus galantes cortesías y sus trezados pasos simbolizaba perfectamente la lentitud con que nuestros abuelos marchaban hácia las luces, la caballerosidad para con las damas, su severa etiqueta y su poca sociabilidad, del mismo modo la polka con su agitado compás, sus rápidas vueltas y su mal in-

terpretada intimidad, retrata nuestra carrera acelerada hácia el progreso, la fraternidad y la asimilacion universal, nuestra tendencia á acortar todas las distancias, á saltar por encima de todo, y á mudar en un dos por cuatro (compás de polka) de gobierno, creencias y opiniones.

Bailar en el día alemanda, minué ó cosa parecida, equivaldría á retrogradar un siglo, á arrinconar el frac y vestir la chupa bordada con espada y peluca, á prender fuego al edificio del Congreso y restablecer la Santa Inquisicion.

No hay que reirse, señores míos; la polka, como el gas, el vapor, el sistema representativo, los fósforos de trueno y los globulillos homeopáticos, formarán varios de los rayos de la aureola de gloria del siglo XIX, que si por algunos será apellidado en las venideras edades siglo de egoismo y falsedad, es decir, de *doublé* ó de *alpacca*, otros con mas filosofía le llamarán siglo de la polka, siglo en que cada uno se entiendo y baila solo.

El pueblo, que segun varios publicistas, tiene el instinto de lo bueno y de lo recto, ha comprendido su actual mision en el terreno de los piés, y trabaja, aunque involuntariamente, con afan en la regeneracion de la ciencia pedestre, y dentro de poco habrán desaparecido del todo del templo de Terpsicore el bolero, las seguidillas y demás antiguallas bailables, dejando su puesto á la sudorífica y maliciosa hija del Norte.

¿Qué baile, decidme, descontentadizos criticos, ha logrado captarse el aura popular tan en alto grado como la danza que á la sazón nos ocupa?

(1) En los salones de esta casa se instaló el *Ateneo de Madrid* en la noche del 5 de diciembre de 1855, que después pasó á ocupar otra en la misma calle del Prado, señalada con el número 27 nuevo; luego á la calle de Carretas, número 27; después á la plazuela del Angel, número 1, y actualmente á la calle de la Montera.

La polka, eminentemente proudhoniana ó socialista, cuenta entre sus vasallos y sus mas ardientes apasionados al estrado lion, rinconera del Suizo, planta exótica, ingerto de calabaza y ruda, lo mismo que al dominguero hortera, prosáico expendedor de materias comestibles, á la niña *fashionable*, reina del buen tono y de la moda, lo mismo que á la desaseada Maritornes, reina culinaria, y cólera morbo de la vajilla de Talavera y de los pucheros de Alcorcon; la polka, delicia sobre todo del bello sexo, con toda su parentela de schotischs, redowas y varsovianas, está destinada á ser la retorta en que se fundan por la *via pedestre* en una sola sustancia todas las materias químico-heterogéneas que forman el cuerpo orgánico de la sociedad; la polka, imitando unos versos de Alzaybar en que se refiere al amor:

...pasea plazas y pensiles  
y no escupe los bailes de candiles.

ó como hubiera dicho Horacio puesto en lugar mio y con tirillas á la inglesa y pantalones de embudo:

La polka con piés iguales  
huella la casa pajiza  
y los palacios réales.

«Pero, señor articulista, oigo que me gritan por todas partes, V. se ha constituido en órgano de la inmoralidad, en sostenedor de mala causa, en el protector de los devotos de San Crispin.» Poco á poco, señores, yo abogo tan solo por la polka tranquila, patriarcal, por decirlo así, de dos palmos y medio de entrepecho y dos milímetros por minuto de velocidad; no estoy por los polquistas que abrazan con demasiado ardor la carrera coreográfica, ni por las sílfides que con-

vierten en cugin ó en otomana el hombro de su masculina pareja; y en esta parte soy moderado conservador, y adopto por divisa lo de *in medio consistit virtus*, que alguna mamá entendida en el latin traduciría por *separaditos y con juicio*.

Si aun dudais que la polka se haya encarnado en la médula de los huesos jóvenes, contemplad en el paseo y en los salones el enjambre de angelitos que polkean (al Diccionario con la palabrita) con la misma fé y galanura con que pudieran hacerlo los de quince en adelante. En prueba de ello, ahí está Clotilde que apenas cuenta dos lustros y es ya una notabilidad, una Fuocco en la polka; y aunque tiene á la costura y al catecismo la misma afición y cariño que pueden tener el rezagado contribuyente al comisionado de apremio, el cesante al ministro que no paga, y el cosechero de aceite á las luces eléctricas y de gas, sabe en cambio hacer un solo y poner una figura de cotillon, monadas que tienen con la baba caída todo el día á sus bienaventurados papás.

Tal vez andando el tiempo se exija como conocimiento indispensable para vivir entre gentes, un curso *polquitécnico* con todas las zarandajas de exámenes, certificaciones y derechos.

Malos, dignos de filípicas y de un ejemplar castigosos los retoños de la moderna cria; pero, voto va á Herodes (y aquí viene muy á pelo) que todos los Cicerones, Alejandros y todas las Semiramis y Lucrecias en ciernes que nos vienen pisando los talones prometen, segun las trazas, dejarnos cien leguas detrás y hacernos santos ó poco menos.

Mamás que tenéis la bondad de pasar la vista por estos desaliñados renglones, sed condescendientes con vuestras hijas, y no las priveis alguna que otra noche del placer de dar unas cuantas piruetas y de rasgarse su entallado traje, ó de perder entre un mar de parejas la peineta ó el brazaletes.

Y á propósito, recuerdo un caso ocurrido no há muchos años que por venir á pelo voy á tomarme la libertad de referiros.



Una señora, rica hacendada de un pueblo de corto vecindario, adonde no había penetrado esa epidemia coreográfica, viéndose de edad avanzada y no queriendo irse al otro mundo sin ver la corte, arregló sus bártulos, y en compañía de una hija suya trasladó sus penates á Madrid. Repuesta de las fatigas del viaje, y relacionada con varias familias de esta heroica villa, se decidió, tanto para distraer á su hija cuanto por ahorrarse el tener que salir á buscar á la calle la diversion, á dar bailes semanales en su casa, fijando para la hora de reunion las nueve de la noche. La sala fué alhajada convenientemente á la moderna, es decir, con cuantos muebles cupieron en ella, y todo estuvo preparado para la noche en que, usando de términos técnicos, debía abrir sus salones. Un inmenso gentío, atraído por la esperanza de un opíparo ambigú, acudió *dos horas mas tarde* al convite de la señora de la casa, que no sabia la clase de gente con que iba á habérselas. El pianista preludió una polka, y tuvo lugar la inauguracion del baile. Inútil creo decirlo que madre é hija estaban radiantes de lujo y hermosura, segun la expresion de un gaceticero que asistió á la fiesta y que tuvo racion doble en el ambigú, y que el atavio y decorado de entrambas eran una de las obras maestras de madama Bernós ó de *Honorine de Paris*. Imposible es describir el asombro de la buena señora al ver cuando los bailarines entraron en calor, aquel tropel de locos que, poco menos que á escape y arrollando por delante de sí, ya una silla, ya una pareja que poco diestra no supo escaparse por la tangente, ya á algun descuidado espectador que sintió en sus espaldas el choque de aquella masa en movimiento; parecían poseídos del baile de San Vito, ó muñecos de resorte de reloj de horchatería ó de organillo que tiene cuerda mientras dura

la música. Atontada, vagando de un lado para otro, divisó á su hija fluctuando entre un Océano de parejas; y al verla con el rodete medio deshecho y semi-identificada con su ardoroso galan, perdió los estribos y empezó á grandes voces á gritar: «alto, señores, alto!» Cesó la música, y la encolerizada mamá, dirigiéndose al caballero en cuestion, le apostrofó de la manera siguiente:

—Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de decirme con qué derecho y en mis barbas, como suele decirse, se abraza á mi hija como á una tabla de salvacion?

—Señora, respondió el interpelado, no hago mas que seguir la costumbre establecida.

—Yo no entiendo de costumbres tan poco edificantes, ni he convidado á Vds. para que conviertan mi sala en un circo ecuestre.

—Pero, señora, el buen tono... la elegancia...

—Ya lo creo; para Vds. es un tono y una elegancia magníficas esto de asirse á una muchacha como á una cuecaña, y de traerla como á un trompo dando volteretas toda la noche.

—No crea Vd. que he faltado en lo mas mínimo á la buena educacion ni á la...

—Me hago la ilusion de creerlo así; pero solo en el caso de que Vd. se case con ella, le permitiré que la abraze tan descaradamente, y aun eso tambien con su cuenta y razon.

—¡Qué ridiculez, qué oscurantismo tan pronunciado! murmuraron varios de los concurrentes, bailarines *di primo cartello*.

—Señores, prosiguió alzando la voz, yo ignoraba que el baile moderno fuera tan fraternizador y tan parecido á un gallinero en desór-

den: por lo tanto, ó Vds. tienen la bondad de bailar cien leguas unos de otros, ó de lo contrario, yo que nunca me ha gustado complicidad de ningún género, tendré el sentimiento de suprimir las reuniones semanales.

Nadie se atrevió á pronunciarse contra la disposición de la autoridad competente, y el modesto rigodon hizo el gasto con poca pena de los amantes y *anexionistas*.

Escusado es decir que las dichas reuniones murieron por inanición, cosa que el ama de la casa no sintió mucho, atendido el gasto de sorbetes y manjares que hicieron la noche de la inauguración. Ha desechado dos pretendientes á la mano de su hija por pertenecer á la secta de los polquistas, y se propone restablecer las noches de reunión en su casa recitando el britano, el paso inglés y demás bailes mas templados segun dice.

No creais, bellisimas lectoras mias madrileñas, que al relatar este hecho reciente y verídico ha sido mi ánimo ridiculizar la polka; nada de eso: ¿cómo habia de soñar semejante cosa el que como yo es uno de sus súbditos mas fieles y mas apasionados? Por si acaso involuntariamente os he disgustado con este articulejo, os pido contrito perdón de mis culpas, y os invito, en desagravio, para una polka cada una en el baile de máscaras del domingo de Carnaval en el Teatro Real.

Y con esto besa vuestros piés el mas rendido, humilde y polquista servidor vuestro,

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

## EL CAMBIO DE LAS EDADES.

### CUENTO.

Ved aquí lo que he leído en uno de esos maravillosos libros de cuentos que nuestros antepasados escribían en aquellos tiempos, para divertir á los niños y para hacer soñar á los hombres.

En un pueblecito que está en el fondo de un valle de las Asturias, vivía en otro tiempo un honrado zapatero llamado Martin. Era un buen viejo, estimado de todo el mundo, y su acreditada tienda jamás se veía desocupada de muchachos y muchachas, que le traían sus piés para que los calzase, porque Martin tenía sobre todo la reputación de calzar admirablemente bien á los chicos y chicas.

Este buen hombre estimaba con pasión tan particular los piés pequeños, pasión tan verdadera y fuerte, que una mañana se le oyó gritar: ¡infeliz Martin! ¡desafortunado Martin! ¿qué crimen has cometido pues para que la vejez te haya hecho un pié de nueve pulgadas?

A fuerza de llorar sobre la longitud de sus piés, á fuerza de manosear los bonitos piecitos de los niños, el pobre zapatero Martin vino á echar de menos su juventud. Ay! pensaba, qué dichoso tiempo aquel en que iba á la escuela, me peleaba con mis camaradas, era aturdido, alegre, sin pesar de ninguna especie! Dichoso tiempo, Dios mio, aquel en que tenía un pié á lo mas de tres pulgadas! Cómo daría gusto cuanto poseo en el mundo por volverme pequeño, con una boca chiquita, manos pequeñitas, cuerpo pequeño, piernas lo mismo, y sobre todo los piés! ¡Oh! cuán feliz sería si tuviese cinco ó seis años!

Apenas acabó Martin de decir cinco ó seis años, cuando un niño de esta edad entró en su tienda.

—Buenos días, maestro Martin.

—Muy buenos, mi Cristobalito, dijo el viejo enjugándose prontamente sus lágrimas; muy felices, querido niño!

—¿Qué tenéis pues, maestro Martin? Cualquiera dirá que habeis llorado.

—Ah! no me habéis de eso; tengo un gran pesar!

—Vaya! y yo tambien, maestro Martin, yo tambien estoy muy pesoso. Ah! ah! maestro Martin!

—Ay! ay! mi pobre Cristóbal!

Y después se pusieron los dos á sollozar.

Luego que se hubieron cansado bien de llorar, Cristóbal se paró de pronto, y con tono de voz bien tranquila dijo:

—¿Sabeis, maestro Martin, por qué estoy tan desazonado?

—No, respondió el zapatero.

—Pues bien, prosiguió Cristóbal, voy á deciroslo; lloro porque no soy grande; esto es lo que me hace infeliz. Si fuese grande, no iría mas á la escuela; si fuese grande, mis camaradas no me pegarían; si fuese grande, tendría una casa mia; si fuese grande, no comería mas pan seco para almorzar; si fuese grande...

—Tendría un gran pié! exclamó Martin con desesperación.

—Un gran pié! Y qué quereis que se me dé á mi de eso? Tanto mejor! Por el contrario, con un gran pié, me mantendría mas firme sobre

mis piernas; andaría mas sin cansarme; tendría lindas botas, y podría mantenerme firme á caballo.

—Ay, mi querido niño! dijo entre dientes Martin, se ve bien que no tienes alma de artista; que no sabes lo que es tener cuarenta, cincuenta, y luego setenta y dos años, como yo los tengo á la hora presente; se ve bien, mi pobre Cristóbal, que jamás has meditado en la muerte y que no eres zapatero.

—Es verdad; mas siempre es fastidioso, dijo Cristóbal, muy fastidioso, tener solo seis años, aprender á leer, comer pan seco, y ser aporreado porque no es uno el mas fuerte. Decid pues, maestro Martin, ¿no conocéis un medio de que yo crezca pronto?

Volvióse en esto hácia Martin para oír su respuesta, cuando vió que el buen hombre estaba estupefacto delante de un cajón de su cómoda, que se abría solo.

Del fondo del cajón salió una mujer pequeñita que tenía una hermosa cabeza de niño sobre un cuerpo cansado de viejo. —Salud! dijo esta.

Martin hizo una profunda reverencia, como si el rango de aquella persona le fuese conocido. Sin embargo, Cristóbal tenía miedo.

—Tranquillizate, Cristóbal, le dijo la jóven y vieja á un tiempo con amable sonrisa; no temas nada; yo soy la que dirijo los cambios de edades. Os he oído á tí y á ese zapatero, y vengo á ofrecer os mis servicios. Soy el hada Biforme.

—¿Que rejuvenece? preguntó precipitadamente el viejo Martin.

—Y que pone viejos al mismo tiempo, continuó el hada, porque no podría rejuvenecer una criatura humana sin envejecer otra al mismo instante; ni poner viejo á uno sin rejuvenecer á otro. Los años que quito de encima de un viejo, es menester que los traslade á un jóven. El tiempo, amo de todos nosotros, no debe perder nada en este tráfico, que jamás puede ser mas que un cambio. Si fuese otra cosa, ¿á qué se reducirían los días, los meses y los años pasados? Todo minuto empleado en vivir debe contarse en la edad de un hombre, sea en la edad de aquel mismo que ha vivido este minuto, sea en la de otro cualquiera, lo que importa poco; mas lo repito, este minuto de vida debe contarse para alguno. Veamos pues: ¿no eres tú, Cristóbal, el que quiere envejecer; y tú, Martin, no deseas rejuvenecer? Hablad, y conforme á vuestros deseos, os trasformo á los dos; á tí Cristóbal en Martin, y á tí Martin en Cristóbal. Bastará que os toque con mi varita. Vuestra resolución aguardo.

Martin no podia hablar; tanta era su alegría. Solamente hacia señas con su mano descarnada y grande de que aprobaba el cambio.

—Y tú, Cristobal, preguntó el hada, ¿no quieres pues convertirte ya en un hombre?

—Seguro que sí, señora, respondió el niño después de largos esfuerzos para tomar un poco de aliento; de fijo, grande hada, de cierto, gran diosa, deseo convertirme en un hombre; pero si quereis que os lo diga, no me ágrada ser un viejo zapatero.

—¿Qué viene á ser eso? exclamó el maestro Martin.

La encantadora le impuso silencio. En seguida, dirigiéndose á Cristóbal, dijo: reflexiona, niño mio. Si no consientes tomar la edad de Martin, conserva la tuya; si no eres él, permaneces siendo tú, es decir, un muchachó que va á la escuela, que no quiere aprender nada, y que se le azota.

—Pero, señora, preguntó Cristóbal, ¿no puedo volverme grande sin convertirme en viejo seguidamente?

—¿Eso se llama viejo? Setenta y dos años es todavía una edad muy bella, dijo Martin con un acento que se esforzaba en hacer parecer jóven y cariñoso. Además, piensa pues, mi Cristobalito, que tomando mi edad, tomas tambien mi nombre, mi oficio, mi casa, mi haber. Tengo un jardin soberbio en donde maduran frutos esquisitos. Mis muebles son nuevos casi todos; y ellos te pertenecen. En aquel grande armario de encima que ves allí, no sé exactamente cuántas monedas de oro encontrarás; mas te aseguro que cuatro por lo menos. Tengo una reputación de buen zapatero, y te aprovecharás de ella; tendrás parroquianos de todas las montañas; haces una lucida suerte; compras un coche, caballos, unas tierras... Mira, ahora que pienso en ello, veo que tal vez hago una tontería ¡dejar! dejar un establecimiento, una casa, riquezas sin número, para tener ¿que? pan seco de almuerzo! A fé mia....

La fingida irresolución del astuto viejo logró el resultado que él esperaba. Cristóbal se adelantó de pronto, la cabeza erguida como uno que se presenta á tomar una resolución. Sin embargo, con algun resto de indecisión en la voz, repitió á la encantadora esta pregunta:

—Pero, señora, ¿no puedo convertirme en grande sin volverme viejo en seguida?

—Te he dicho ya que no, y por qué causa es imposible, respondió la hada.

—Cristóbal arrojó un gran suspiro; después llevó de nuevo los ojos con curiosidad sobre Martin, que andaba por el cuarto con paso pronto, la nariz visible, rostro abierto, soplándose é hinchándose los carriles,

tarareando una cancioncilla, mirando risueño á la encantadora, dando compases y saltos, y aun danzando para disimular su vejez, á fin de estimular á Cristóbal á hacer el trueque de edades.

Todos los saltos de Martín vencieron en fin la poca repugnancia que tenía todavía el niño.

—Señora, dijo á la encantadora, consiento; pero necesito...

A la palabra necesito, la encantadora, sin aguardar el resto de la frase, tocó con la punta de su varita á Cristóbal, que en el mismo instante se encontró duramente sentado en una silla vieja de madera forrada de cuero. Cada una de sus manos, enteramente enjutas y ennegrecidas, tenía sujeto sobre su rodilla un zapatito de cordobán, y en la otra tenía un martillo pesado, que le servía para golpear la suela. Una tos súbita desvió el golpe que destinaba al zapato, y el martillo le magulló dos dedos, por lo que hizo un horrible gesto.

(Concluirá.)

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

### III.

DE CÓMO EL CURA Y SU SOBRINO FUERON EN BUSCA DE AGUA Y NO SE ACORDARON DE PEDIRLA.

Era una hermosa tarde de primavera. El cura de Güeñes y su sobrino estaban en un alto inmediato al caserío de Echederra apoyados en sus escopetas, observando á dos hermosos perros que rastreaban en una ladera cercana.

—Tío, dijo Mateo, me parece que Capitan y Leon no dan ya con la liebre. Mejor será que nos vayamos acercando á casa, porque va viniendo la noche.

—Soy de tu opinion, contestó el cura. Estoy rendido, y eso que esta tarde hemos andado poco. Ya no valgo dos cuartos, Mateo! Los viejos tenemos que renunciar á la caza...

Tío y sobrino se echaron las escopetas al hombro y tomaron cuesta abajo llamando á los perros, cuyo uniforme *guau guau* se oía sin cesar, no ya en la ladera, sino en el castañar de la calzada.

Mateo, que caminaba delante, en vez de seguir en derechura el camino que bajaba al valle, tomó una senda que conducía al caserío de Echederra.

—¿Qué, vamos á Echederra? le preguntó D. José.

—Sí, tío; con eso descansaremos allí un rato y beberemos un trago de agua; que yo me estoy muriendo de sed.

El cura se sonrió maliciosamente y dijo:

—Vamos, vamos, Mateo, que para haber recorrido dos mundos eres poco diestro en disimular. No creo que en casa de Martín se pueda descansar mejor que en estas arboledas alfombradas de flores, ni beber mejor agua que la que aquí brota á cada paso. Pero aquí no hay como en Echederra una Rebeca que alargue el cántaro á Eliecer.

—¡Tío!...

—Vamos, no me niegues que vas todos los días á Echederra por ver á Juana. ¿Eso qué tiene de malo siendo ella honrada y buenas tus intenciones?

—Pues bien, tío, no se ha equivocado Vd.; quiero á la hija de Martín, y creo que ella también me quiere. Perdóne Vd. que se lo haya ocultado...

—No, no me lo has ocultado, Mateo, porque tú no puedes ocultar lo que siente tu corazón. Pero ¿por qué no declaras terminantemente tus intenciones á Martín y Mari, y sobre todo á su hija?

—Es tan delicada esa familia, que temo desechen mi proposición por lo mismo que otros la aceptarían, porque soy casi rico y ellos son pobres.

—Eso es lo de menos, hombre. ¿Es delito el ser rico habiendo adquirido honradamente las riquezas y haciendo buen uso de ellas como te sucede á tí?

—No señor, pero... Quizá no tarden en ser más ricos que yo, y entonces...

—Entonces dirán... no ellos, porque son incapaces de un mal pensamiento, sino las malas lenguas, que han tenido miras interesadas.

—Tiene Vd. razón, tío; no había caído en eso.

El cura y su sobrino continuaron hacia el caserío de Echederra.

Martín y su familia estaban detrás de la casa *sallando* un maizarr, es decir, arrancando los piés de maiz inútiles y calzando los útiles con tierra cabada someramente.

—¿Qué tenemos de nuevo, Martín? dijo el cura.

—Nada, señor D. José, contestó el labriego. Hoy ha ido á Bilbao Ignacio, y aunque ha venido ya el correo de América, no ha habido carta para nosotros. De modo que ya es escusado...

—¿Cómo que escusado? le interrumpió Mateo. Es preciso tomar una determinación.

—¿Y qué hemos de hacer? Ande Vd., buen provecho les hagan á los testamentarios los quinientos mil duros de mi hermano; que nosotros pasaremos con nuestra pobreza.

—Tiene razón padre, dijeron Ignacio y Juana.

—Y mucha, asintió Mari.

—¡Esto no se puede sufrir! exclamó Bautista arrojando la azada, que derribó tres ó cuatro piés de maiz.

—Pues qué, replicó Mari, ¿seremos como tú que no tienes más Dios que el dinero? Si te consume la avaricia! si por ella te has de ver en un presidio!...

—Vamos, Mari, dijo el cura con acento conciliador, déjele Vd., que lo que es ahora merece alguna disculpa. Es inútil volver á escribir á Méjico, porque está visto que hay mala fé en los testamentarios del difunto, y en su vista es menester que una persona interesada pase allá. Martín no se halla en edad de atravesar los mares; Bautista no sabe escuela...

—El se tiene la culpa, dijo Mari, que por más que batallamos con él no le pudimos hacer que aprendiera el *A E I O U*. ¿Qué poco se parece á su hermana! Está la pobre aprendiendo á leer sin más maestro que Ignacio, y ahora que se ha empeñado en aprender á escribir, hace ya palotes que da gloria de Dios el verla.

—¡Ya! dijo Bautista. Eso es porque le da vergüenza decir á D. Mateo que no sabe escribir.

Juana se puso colorada. D. José miró á su sobrino con significativa sonrisa.

—Hace bien, replicó Mari. No, que será como tú que nunca quisiste...

—Bien, Mari, lo pasado pasado, ya no tiene remedio. Conque vamos á ver, Ignacio, ¿te hallas con ánimos para embarcarte?

—Señor D. José, iré hasta el fin del mundo si mis padres son gustosos...

—¡Ay señor D. José! exclamó Mari, meterse en el mar el hijo de mis entrañas!

Tiene razón Mari, añadió Martín. El hombre donde el buey paca...

—¡Eh! no sean Vds. cobardes, replicó Mateo. El mar ofrece peligros; pero ¿no los ofrece también la tierra? ¿Está de Dios ó no está de Dios que uno se ha de ahogar? Si lo está, se ahoga aunque sea en una escudilla de agua. ¿No han oído Vds. contar lo de aquel que sabiendo que su sino era morir ahogado, no salía nunca de casa, y por último se ahogó en la palangana?

—Tiene razón D. Mateo, asintió Ignacio. Lo que dice el cantar:

No tengo miedo á la muerte  
aunque la encuentre en la calle;  
que sin licencia de Dios  
la muerte no mata á nadie.

—Conque padre, si Vd. quiere, me planto en Méjico mas pronto que la vista, y vuelvo con los quinientos mil del pico, porque es una triste gracia que habiendo por aquí gente pobre los disfruten aquellos picaros.

—Bueno, contestó Martín. ¿Qué dices tú, Mari?

—Yo doy por hecho lo que tú hagas; que Dios y la virgen del Cármen me la librarán de una desgracia.

—Vaya! conque es cosa decidida, dijo Mateo. Es preciso hacer los preparativos y que parta Ignacio cuanto antes.

En efecto, ocho días después se embarcó Ignacio en Bilbao, provisto de cartas de recomendación, de instrucciones y de dinero que Mateo y el cura le facilitaron.

### IV.

#### LA CARTA.

Algunos meses después de la partida de Ignacio para América, se sentaban los moradores de Echederra á almorzar una hermosa fuente de leche con harina.

Graves disgustos debía haber experimentado aquella familia, pues Juana había perdido sus rosados colores, Martín y Mari habían envejecido mucho, y todos estaban silenciosos y tristes.

—Hija mía, decía Mari á la muchacha, ¿por qué no almuerzas?

—Ya almuerzo, madre.

—¿Si apenas pruebas la comida!

—No tengo ganas.

—Pues hija, cuando no hay ganas, se hace una cuenta que la comida es una medicina, y adentro, con ella. El que no come tiene pena de la vida. Pero ¿qué es lo que tienes, hija?

—Es escusado preguntarlo, dijo Martin: está malo Mateo, y ella se empeña en estarlo también.

—Y lo estará, y hasta se morirá si continúa así. Vamos, almuerza, hija, mira qué rica está la leche. Pronto se pondrá bueno Mateo, os casareis, y se acabarán tus penas.

—¡Ay madre! Si se muere, me muero yo también!

—¡Morirse! No digas disparates, hija! Si dice el cirujano que está ya fuera de peligro! Pues qué, ¿es él el primero á quien disparándosele la escopeta, le ha entrado la perdigonada en el cuerpo y á la vuelta de unos meses ha quedado como si tal cosa? Es verdad que estuvo si se va ó no se va; pero á Dios gracias y á la Virgen del Cármen, ya nada hay que temer.

—¡Qué fastidio! exclamó Bautista tirando la cuchara. Siempre están Vds. con el indiano á vueltas! A ver cómo no se le lleva el diantre!...

—¡Bautista! dijo Martin, no tomes en boca á Mateo sino para bendecirle.

—Mire Vd., bendecirle! Para lo que nos da...

—Nos da mas que nosotros merecemos, nos da cuanto necesitamos...

—Pues yo digo que es un ruin, un miserable.

—¡Bautista! exclamaron á un mismo tiempo indignados todos los circunstantes.

—Tener mas dinero que él pesa y consentir que trabajemos como negros... ¡Qué lástima que cuando se le disparó la escopeta yendo de caza, en lugar de darle en el costado, no le hubiera levantado la tapa de los sesos!

—¡Calla, calla esa lengua infame! exclamaron todos en el colmo de la indignación.

—No quiero callar.

—¡Vas á acabar con nosotros; nos vas quitando los días de la vida! dijo Mari. Desde que se marchó tu pobrecito hermano no nos dejás una hora de sosiego; no hay paz en esta casa. ¡Hijito de mis entrañas! Si él estuviera aquí, otra cosa sería!...

Y la pobre Mari prorumpió en llanto, imitándola su hija. Martin bajó la cabeza en silencio y se le saltaron las lágrimas.

Maldito sea el hijo que arranca una lágrima de los ojos de sus padres!

El almuerzo había terminado, aunque la fuente estaba casi llena aun. El disgusto había quitado á todos la gana de almorzar y hecho caer de sus manos la cuchara.

—¡Martin! ¡Martin! ¡llamó un hombre desde el pié de los cerezos.

Martin se apresuró á contestarle desde la ventana:

—¿Qué traes, Miguel?

—¡Buenas noticias! Fui ayer á Bilbao con mis cestas y me dieron en el correo una carta de las Indias para vosotros. Como volví tarde no pude traérsela anoche.

Martin, su mujer y sus hijos se lanzaron al encuentro de Miguel. Este entregó una carta al anciano.

Martin exhaló un nuevo grito de alegría al reconocer el sobre. La letra era de Ignacio, de su hijo.

Mari le arrebató la carta de las manos y la leyó repetidas veces regándola con sus lágrimas, en lo que la imitó Juana arrebatándosela á su vez.

¿Y cómo no besar aquel ansiado papel en que se había posado la mano del hijo y el hermano querido, cuya ausencia lloraban hacia tanto tiempo?

Bautista era el único que se mostraba poco menos que impasible en presencia del acontecimiento que alborozaba á su familia.

—¿A qué vienen esos extremos, decía, si aun no sabemos si Ignacio ha tomado posesion de la herencia?

—Sí, Bautista tenía mal corazón como su padre había dicho! No le bastaba saber que su hermano vivía! Para sentir la alegría que á sus padres y á su hermana enajenaba, le era preciso saber que su hermano era rico! Si no lo era, ¿qué importaba todo lo demás? Si, Bautista tenía mal corazón! Era uno de esos hombres para quienes toda la felicidad consiste en el dinero; que no comprenden las afecciones desinteresadas!

Martin recobró por último la carta de manos de su hija, y la abrió temblando de emoción.

Hé aquí su contenido:

«Méjico, etc.

«Queridos padres y hermanos: la desgracia me ha perseguido desde que me separé de Vds.; el buque en que me embarqué para Nueva España sufrió grandes contratiempos en alta mar, y después de una navegación penosísima entramos en el golfo de Méjico, creyendo llegar al término de nuestras desventuras; pero Dios nos destinaba á sufrir otras mayores. Se encrespan de repente las olas, desencadenáanse los

huracanes, el cielo se cubre de oscuras nubes, brillan los relámpagos, y el rayo desarbola nuestro buque. Largo tiempo luchamos con la furia de los elementos, casi sin esperanza de salvacion, y al fin el barco se hizo pedazos, y la mayor parte de mis compañeros de viaje perecieron entre las olas. En aquel instante invoqué el nombre de Dios y el de la Virgen del Cármen, cuyo escapulario me dió mi madre al partir, y logré asirme á una tabla. Sobre aquel fragilísimo leño conseguí acercarme á la costa; pero me iban faltando las fuerzas, y la tempestad arreciaba cada vez mas, y en la playa bramaban como el trueno las olas, y parecían altas montañas cubiertas de nieve. Daba ya el último adios al mundo, para mi muy querido, porque en él están mis padres y mis hermanos, cuando descubrí cerca de mí un barquichuelo, tripulado por audaces habitantes de aquella costa.

»Aquellos hombres, casi náufragos como yo, me vieron, y con esposicion de su vida acudieron á salvarme. Al fin pisé el nuevo continente; pero ¡en qué estado, Dios mio! Apenas podía tenerme en pié; mis uanos estaban ensangrentadas y mis brazos descoyuntados, á causa de los esfuerzos que había hecho para que las olas no me arrebatasen de la tabla salvadora. Hicieron los pobres indios una especie de camilla de ramas, y colocándome en ella me condujeron, atravesando bosques inmensos, á una aldea, donde encontré la hospitalidad mas generosa. Allí permanecí muchos días, siendo objeto de los cuidados mas solícitos, hasta que, recobradas algun tanto mis fuerzas, me despedí de mis bienhechores, llorando de gratitud.

(Continuará.)

### EN SUS DIAS.

Vuela, vuela, cefirillo,  
y en tus juguetonas alas  
lleva el eco de mi llanto  
á la mi querida ingrata.

Enhorabuena recibe  
mañana por la mañana,  
y serán enhorabuena  
saber mis enhoramalas.

Con recelo y con cuidado  
asómate á su ventana;  
no se abraza tu frescura  
al respaldor de su cara.

Si á la nieve de su pecho  
tu atrevimiento llegará,  
para derretirla lleva  
el aliento que me abrasa.

Y si hallas lugar bastante,  
sobre sus manos estampa  
el primer ósculo ciego  
que de mis labios se escapa.

En su corazón no busques  
ningun resquicio del alma,  
porque en él hallarás solo  
epitafios de otras almas.

Ni por mi nombre preguntes  
de su memoria en la plaza,  
porque en concurso tan grande  
confusa respuesta hallaras.

No le digas que me muero;  
que me mandará esperanzas,  
para volverme á la vida  
y hacer mis penas mas largas;

Que en desdenosas mujeres  
saber que el desden maltrata,  
es como en el avariento  
saber á lo que mas gana.

Dila solo que hace un año  
que estudio para olvidarla,  
y que hace un año que vivo  
hecho un manantial de lágrimas.

Dila que mire mi rostro  
si le conoce la ingrata,  
y gozará el espectáculo  
de ver una sombra humana.

Y dila... Mas nada digas;  
que antes de pocas mañanas,  
muriendo, que ya es el único  
consuelo que amor me guarda,  
estaré de enhorabuena,  
y estará de enhoramala.

E. G.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





VENECIA.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## CUARTEL DEL CENTRO.

Esta plaza de las Cortes, ó mas bien prolongacion de la Carrera de San Gerónimo y calle del Prado hasta el paseo del mismo nombre, estuvo desde su principio formada por grandes edificios religiosos y particulares.—De los primeros solo existe la iglesia y convento de San Antonio, contiguo al palacio de Medinaceli. El de monjas franciscanas de Santa Catalina, demolido por los franceses, fué sustituido hácia 1818 por la bella manzana de casas de los señores Urtiaga; siendo únicamente de lamentar que no se hubiese aprovechado entonces aquel preferente sitio para la construccion de un gran teatro ú otro edificio público de majestuoso aspecto, que luciria convenientemente dando vista al Prado. En la misma construccion de dichas casas particulares se siguió entonces el sistema mezquino y aporado que era de uso general entre nuestros arquitectos, y que seguramente no se hubiera adoptado por los actuales, ni por los dueños de obra, que sin duda alguna sabrian aprovechar mejor tan excelente localidad para una construccion elegante y digna. Entonces sin embargo se miró como un prodigio la obra de aquellas casas, y especialmente

el famoso *café central*, que tambien sirvió de salon de bailes y conciertos, pareció por aquellos dias el *non plus ultra* de la magnificencia á los honrados habitantes de Madrid, acostumbrados á asistir todas las tardes á desahogar sus fauces en el inmundo y vecino sótano-botilleria de *Canosa*.

El otro edificio religioso al lado izquierdo de esta plaza, era el convento é iglesia de padres clérigos menores del *Espiritu Santo*, fundado primeramente por el ilustre caballero modenés, Jacome de Gratiis ó de Gracia, en sus propias casas y calle que hoy lleva su nombre, y que después pasaron á ocupar las del marqués de Tabara, que estaban en este sitio, donde se construyó la iglesia y convento, terminándose aquella en 1684. Era edificio poco notable bajo el aspecto artistico; y además sufrió una casi destruccion á consecuencia de un violento incendio ocurrido en 1825 en ocasion de hallarse oyendo misa el duque de Angulema, generalissimo del ejército francés de ocupacion, con todo su estado mayor, sobre cuyo suceso se hicieron entonces muchos comentarios.

Retirados los padres á consecuencia de esta catástrofe al convento de Portaceli, á la muerte de Fernando VII y convocacion de las *Cortes generales del reino* en 24 de julio de 1854, fué designado este edificio para la reunion del *Estamento de procuradores*, y habilitado convenientemente el templo para salon de sesiones, dándole un ingreso decoroso por esta plazuela y otro por la accesoría de la calle del Sordo, se hizo en el resto del edificio la distribucion oportuna; y continuó sirviendo á este objeto en las diversas y borrascosas legislaturas siguientes hasta mayo de 1841, en que habiéndose declarado

30 DE OCTUBRE DE 1855.

(1) Véanse los números anteriores.

ruinosa una gran parte de la obra, se trasladó el Congreso de Diputados al salón del teatro de Oriente. Acordada después por ley espresa la construcción del nuevo palacio, sobre el sitio mismo que ocupaba el antiguo (1), se colocó por S. M. la reina Doña Isabel II la primera piedra el día 10 de octubre de 1845, y siguiendo la obra bajo la dirección y planes del arquitecto D. Narciso Pascual de Colomer, quedó terminado en 1850, habiéndose celebrado en él la sesión régia de apertura de las Cortes el día 3 de noviembre de dicho año. No es de nuestra incumbencia el entrar en la descripción ni crítica artística de este suntuoso palacio, apreciado de diversas maneras por los inteligentes, pero que tal cual es, constituye uno de los principales monumentos artísticos del Madrid moderno, y el mas importante acaso de los construidos en nuestros días.

De los palacios ó casas de la grandeza que ostenta dicha plaza, el mas considerable en estension, y acaso tambien el mas antiguo en fecha, es el ya mencionado de los duques de Medinaceli, que comprende nada menos que 244,782 piés, con estensos jardines, huerta y picadero. Creemos que fué mandado construir á principios del siglo XVII por el duque de Lerma D. Francisco Gomez de Sandoval, entonces marqués de Denia; y aunque poco notable por su arquitectura, lo es por la magnífica estension de sus salones y oficinas, la suntuosa decoración de aquellos y el tesoro de curiosidades que encierra en su preciosa armería, biblioteca, galería de pinturas, capilla y demás dependencias, todo verdaderamente régio, y propio de la grandeza de sus ilustres dueños. En este palacio habitó en tiempo de su prinzanza el ya dicho duque de Lerma, después cardenal de la S. I. R.; y con decir esto queda indicada la grande importancia que tuvo desde su principio aquella mansion. En ella vivió después el duque de Medinaceli D. Antonio de La Cerda, gran protector de los célebres literatos de aquel siglo. En ella fué preso Quevedo en la noche del 7 de diciembre de 1659; en ella sospechamos que habitó tambien Moreto, Velaz de Guevara y algun otro de la ilustre pleyada de poetas de aquel siglo; y á ella se retiró en el siguiente el monarca D. Felipe V á la muerte de su primera esposa Doña María Gabriela de Saboya en febrero de 1714 (2).

Frontero á este palacio se eleva el elegante y moderno de los duques de Villahermosa, suntuosa obra de los primeros años de este siglo, construida por órden de la duquesa viuda Doña María Pignatelli y Gonzaga, bajo los planes y direccion del arquitecto D. Antonio Lopez de Aguado. Este bello edificio es una de las construcciones mas dignas é importantes de Madrid. Sus elegantes fachadas decoran dignamente el ingreso por aquella parte al hermoso paseo del Prado. Su interior es correspondiente á aquellas; distinguiéndose notablemente su grandiosa escalera, la magnífica capilla ducal y el suntuoso salon de baile en que estuvo el teatro del Liceo (3), y las preciosas habitaciones altas y bajas ocupadas por los duques propietarios, y que en 1825 habitó el delfín de Francia, duque de Angulema.—Antes de la construcción de este palacio existía en aquel sitio el de los duques de Maqueda, y otras casas, entre las cuales una perteneció al famoso licenciado Gregorio Lopez Madera, y otras á los condes de Atares, de Monterey, de Fuentes y de Arion, en una estension inmensa, que toda quedó comprendida en el nuevo palacio y su estendido y bellissimo jardin al Prado, sus cocheras y accesorias á la calle del Turco.—Dentro de esta escuadra que forma el mismo, está una casa antigua y baja de aquel siglo, perteneciente en él al marqués de Chirivoya, procedente de los mayorazgos de Porras y Boz-

mediano, que no sabemos si por corruptela se refieren á los mismos de Valmediano y de Corres, cuyos titulares poseen y habitan dicha casa.

—La casa única que forma la manzana 270 entre las calles del Turco y del Florin (en que hoy está la direccion de Minas), perteneció en el siglo XVII á la marquesa del Valle, descendiente de Hernan Cortés; luego fué de D. Luis Spinola, conde de Siruela, y posteriormente creemos que recayó en el duque de San Pedro que reside en Génova, poseyéndola en su nombre la hermandad del Refugio por cierta cláusula testamentaria del antecesor.

Al otro lado del palacio del Congreso, y ya en la Carrera de San Gerónimo, está la casa de los duques de Híjar, hoy notablemente mejorada con el rompimiento de la nueva calle de Floridablanca entre ella y dicho palacio. Esta casa pertenecia en el siglo pasado al marqués de los Barbases, que creemos la hizo construir ó reformar la que entonces existía, propia del marqués de Espinola, y antes del caballero D. Carlos Stratta, famoso y opulento comerciante, natural de Génova, aunque avecinado en España, y tan considerado en la corte de Felipe IV, que mereció de él la merced del hábito de Santiago para sí propio, y para su hijo D. José la encomienda de las casas de Toledo y el titulo de marqués de Robledo de Chavela. En su casa se vistió el mismo rey D. Felipe el domingo 13 de febrero de 1657, á efecto de salir con todo el tren para la máscara real que tuvo en el Buen Retiro en celebridad de la elevacion al imperio de su cuñado el rey de Hungría; magnífica funcion, muy señalada en los anales de Madrid y que describe Pinelo con su acostumbrada prolijidad, enumerando los ostentosos adornos y grandeza con que estaba enriquecida la casa del caballero Stratta; el festin y regalos que tributó al monarca este opulento magnate.—El palacio actual de los señores duques de Híjar es ostentoso y digno de tan ilustres personajes, en quien han venido á reunirse los marquesados de Orani y de San Vicente, los condados de Aranda, Salvatierra, Rivadeo y otros muchos; mereciendo especial mencion en aquella el suntuoso salon del sótano, apellidado de los tapices, en que todos los años recibe S. E. con gran solemnidad el vestido que llevó S. M. el día de la Epifanía; privilegio concedido por el rey D. Juan II al conde de Rivadeo en 1441 en memoria de haberle salvado la vida en cierta ocasion.—Es igualmente notable un lindo teatro en que se representaron hasta los primeros años del siglo actual por las personas mas distinguidas de la aristocracia, diversas funciones dramáticas y líricas, alguna de ellas, como la tragedia de *Las troyanas*, obra del anterior duque D. Agustin de Silva, á que algunas veces asistieron los mismos monarcas.

Contiguo á este palacio está el Hospital pontificio y régio de San Pedro de los italianos, establecido en 1598 bajo la proteccion del nuncio Camilo Gaetano, y destinado á los naturales de aquel pais. Tiene su pequeña iglesia muy concurrida, y en la que se celebra el culto con notable aparato; pero que bajo el aspecto artístico ofrece poco digno de atencion.—Frente á esta iglesia y hospital estaba el convento de monjas bernardas llamadas de Pinto por haber sido fundado en aquella villa en 1529 y trasladadas á Madrid en 1588. Era un edificio muy poco notable, y su iglesia pobre y desnuda de adornos; pero con su jardin accesorio comprendia 66,779 piés entre la Carrera de San Gerónimo y la calle del Baño, y habiendo sido demolida hácia 1837, y vendido este terreno, se construyeron en él las magníficas casas de los señores D. Vicente Juan Perez y duque de Sotomayor; y posteriormente, y habiéndose hecho necesarios la regularizacion y ensanche de aquel preferente sitio, fué preciso comprar por la villa para demolerla la moderna casa de los duques de Tamames y la inmediata con vuelta á la calle de Santa Catalina, propia de la marquesa de Valdegama, en cuya esquina estaba el famoso sotano botillería de Canosa, ya indicado.—En el solar que quedó después del ensanche de la Carrera, y que fué comprado (si no recordamos mal) al enorme precio de 124 reales el pié de sitio, por el opulento banquero señor D. Francisco de Las Rivas, se construyó por el mismo en 1847, bajo los planes y direccion del malogrado y jóven arquitecto D. José Alejandro y Alvarez, la preciosa casa que es uno de los edificios modernos mas señalados de Madrid.

Otras varias casas propias de la grandeza se levantaron en esta carrera en los siglos XVII y XVIII, algunas de las cuales existen aun, como la señalada con el núm. 3-antigo y 40 moderno, propia de los marqueses de Hurvieta esquina á la calle del Baño; la del núm. 38, propiedad hoy del general Liñan, que fué del marqués de Casa Pontones esquina á la del Lobo; la del principe de las Torres, en donde estuvo la famosa fonda y café de la Fontana de Oro, y después el hotel y librería de Monier; y á la acera izquierda las suntuosas del marqués de Santiago (donde ahora está el casino) y la del conde de Villapardierna D. Antonio Pando y Bringas, hoy del señor marqués de Miraflores (1).

(1) En el cuarto entresuelo de esta casa vivió y murió en 1840 el digno corregidor de Madrid é inolvidable patricio D. Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Fontejos.

(1) Este acuerdo fatal privó á la capital de España de ostentar en sitio conveniente un monumento público de tan alta importancia; al arquitecto de lucir la esplendidez de sus planes; y al Congreso mismo de su futura comodidad y desahogo. Pero la intolerancia y exclusivismo de los partidos políticos pudieron mas que las razones de conveniencia que se espusieron para la construcción de este palacio en el sitio que ocupa el Tiboli, ó en la huerta de la casa en que hoy está la Direccion de Infantería, suponiendo la desaparicion de esta, y dando aquel frente al magnífico salon del Prado. Ambas cosas eran mas convenientes, menos costosas y hacederas por la mayor espaciosidad y nivelacion del terreno, holgura del aspecto y acceso conveniente; pero el gobierno llamado progresista de aquellos años se empeñó decididamente en sostener el acuerdo de construir el nuevo edificio en el mismo solar del antiguo, para anudar la memoria de ambos, así como el gobierno anterior de 1854, apellidado moderado, se negó abiertamente á reunir las primeras Cortes generales en el antiguo salon del convento de Doña María de Aragon, porque no parecían que eran una continuation del espíritu é ideas de 1823; y designó el mismo el templo del Espíritu Santo para el Estamento de Procuradores, y el Cason del Retiro para el de Próceres.

(2) Histoire publique et secrète de la Cour de Madrid... Cologne, 1719.

(3) El Liceo artístico y literario de Madrid, que tan magnífica existencia llegó á disfrutar como expresion de la parte mas culta y distinguida de nuestra sociedad matritense, tuvo principio en el mes de abril de 1856, en una reunion amistosa celebrada semanalmente en casa de D. José Fernandez de la Vega, en la calle de la Gorguera, número 15, cuarto tercero. Formalizada después algun tanto la sociedad, pasó á ocupar el cuarto principal de la casa número 54 de la calle del Leon. Posteriormente se le de la núm. 15 de la de las Huertas; después de la del señor Balmaceda, núm. 50 de la de Atocha, donde ya celebró sus exposiciones públicas de pinturas, sus sesiones de competencia y conciertos, y mereció el alto honor de recibir á S. M. la reina: trasladada por último esta brillante sociedad en 1859 al palacio de Villa-hermosa, y establecido en ella su teatro, sus comedras y salones de espesacion y de sesiones, llegó á su apogeo entre 1840 y 46, en que empezó á decaer, por diferentes causas hasta terminar su existencia en 1850.

Las calles que ponen en comunicacion esta elegante *Carrera* con la aun mas espléndida calle de *Alcalá*, no corresponden de modo alguno á la importancia de ambas, y á la numerosa y activa circulacion que existe entre ellas. Son por el contrario de las mas estrechas, mezquinas y mal decoradas de Madrid.—Empezando por el lado mas inmediato á la *Puerta del Sol*, se nos presenta desde luego (y cabalmente en el punto mas importante por la confluencia de las calles del Principe y de la Cruz) la mezquina y sombría apellidada antiguamente de los *Panaderos*, después de los *Peligros ¡ancha!* y en la actualidad de *Sevilla*, y que por su estrechez ha habido necesidad de cerrar al tránsito de carruajes enlosándola.—Flanquean á este *callejon* por ambos lados los dos aun mas inmundos, apellidados, el primero en lo antiguo de los *Bodegonos*, después de *Hila*, y actualmente *travesía de los Peligros*; y frontero á él el de los *Gitanos*; verdaderos albañales de inmundicia, dignos en un todo de sus menguados nombres y reputacion.—La calle de los *Cedaecros*, tambien estrecha, aunque habilitada por la necesidad para el tránsito de carruajes, ha reformado en estos años su caserío, quedando en pié todavía del antiguo dos casas principales, una señalada con el núm. 11 nuevo, que fué del *marqués de Valparaiso* y después de los *condes de Parsent*; y otra, núm. 15, con vuelta á la calle del Sordo, del *marqués de Santiago*.—Dicha calle del Sordo, y su paralela la de la *Greda*, estan avocadas á grandes mejoras por la importancia que han adquirido con la construccion del palacio del Congreso, cuya fachada N. da frente á la primera; pero siempre será estrecha y sombría á su entrada por las accesorias de los Italianos y del duque de Híjar, y solo mejorará á su extremo si llega á efectuarse el proyecto existente de romper su salida al Prado desde la calle del Turco por el jardin de Villahermosa.—La de la *Greda*, aunque no puede esperar por el pronto igual rompimiento y salida que le sería sin embargo necesaria, en razon á interponerse el edificio del colegio de Sordo-mudos, ha aprovechado para su reforma casi total, de la venta hecha en estos últimos años del inmenso jardin y corralon que pertenecieron al palacio del duque de Maceda y después á la duquesa de Medinaceli, entre dicha calle, la del Sordo y la del Turco.—En este terreno, además de haberse roto una nueva calle travesía titulada de *Jovellanos*, se han construido varias casas nuevas, algunas de ellas verdaderos palacios, como las de los señores *Carbajal y Oganvan*, que dan á la calle del Turco. Entre las construcciones nuevas del resto de la de la *Greda* merece especial mencion la elegante casa del *señor Bayo*, dirigida por el arquitecto D. Domingo Lafuente.—La calle del Turco, apellidada antes de los *Siete jardines*, no ofrece otro objeto de interés que el gracioso y prolongado edificio construido en los últimos años del siglo anterior bajo la direccion del arquitecto D. Manuel Martín Rodríguez, sobrino y discípulo del famoso D. Ventura, y con destino á *almacen de cristales* procedentes de la real fábrica de la Granja. Hoy está ocupado en gran parte por el *Colegio de sordo-mudos y ciegos*, excelente institucion fundada por la Sociedad Económica Matritense; por otras enseñanzas ó cátedras, y la secretaria de esta, y hasta hace pocos años estuvo tambien en él el *Conservatorio de Artes*, celebrándose en sus salas las exposiciones públicas, hasta que pasó al convento de la Trinidad.

Cúmplenos ya entrar en la gran calle de *Alcalá*, la primera, mas autorizada y digna via del Madrid moderno, desde la Puerta del Sol al paseo del Prado, ó mas bien al arco de Triunfo que sirve de entrada al camino real de Aragón y lleva el nombre de *puerta de Alcalá*.—Hemos dicho en otro artículo que cuando Madrid estaba limitado á la parte oriental por la *Puerta del Sol*, existia entre dicho sitio y el Prado de la villa un estenso olivar que dió su nombre á la nueva calle formada á mediados del siglo XVI, con el nombre de *calle de los Olivares* y *Caños de Alcalá*.—Prolongacion de la espaciosa linea de Poniente á Oriente que venia dividiendo á Madrid desde la antigua puerta de la Vega, la calle de Alcalá, como su paralela la Carrera de San Gerónimo, no tardó en ser preferida por las clases mas elevadas para la construccion de sus aristocráticas mansiones, y para la fundacion (de moda en aquellos tiempos) de suntuosos conventos y casas religiosas.—De estos, además de la iglesia y hospital Real del *Buen-Suceso* (que ocupa el ingreso de esta calle y la carrera de San Gerónimo, y de que ya tratamos en otro artículo), se trajo ya á la de Alcalá, y cuando aun era arrabal, á mediados del siglo XVI, el de monjas Bernardas que existia en la villa de *Vallecas*, fundado por Alvar Garcidiez de Rivadeneyra, maestralesa de Enrique IV, construyéndose las de orden del cardinal Silíceo, arzobispo de Toledo, el convento é iglesia que ocuparon hasta nuestros dias con vuelta á la callejuela, que tomó el nombre de una imagen de Nuestra Señora de poco mas de tercia de alta, que trajo el doctor Herrera de Jaen, y á quien por los trabajos de que le habia librado, puso la advocacion de *Nuestra Señora de los Peligros*; título que por otro lado justificaba muy bien la tal callejuela, aun mas que en el dia, hasta fines del siglo pasado, en que avanzaba tanto la cerca del convento que la reducía á una

suma estrechez; hasta que el conde de Montarco, presidente de Castilla, á despecho de las monjas, y con una dosis de energía, muy notable en aquella época, la hizo retirar hasta el sitio que ocupa en el dia. Este edificio, desdichado y viejo, que después de la traslacion de las monjas ha sido sucesivamente destinado á instruccion de *quintos*, á *Colegio electoral*, á *Museo fiarmónico*, á *Bolsa de comercio*, á *Teatro lirico* y á *Colegio de enseñanza*, debe sin embargo desaparecer muy pronto para dar lugar á la construccion de otro mas importante y propio de tan privilegiada localidad, que permita tambien ensanchar y regularizar considerablemente la estrecha y pasajera calle de los Peligros.—A principios del siglo XVII se trasladaron tambien á Madrid desde la villa de Almonacid de Zurita las señoras *comendadoras de la orden de Calatrava*, y con la proteccion y dones del monarca, pudieron construir su iglesia y convento, que no carecen de ostentacion, en el sitio que hoy ocupan en lo alto de la calle de Alcalá, á la cual favorece mucho la hermosa cipula que cubre el crucero de su templo. Este convento y su religiosa comunidad se han salvado de la destruccion y trasiago general de esta última época, continuando sin interrupcion en él el culto divino con gran solemnidad y pompa, á que se asocian las órdenes militares de *Calatrava* y *Montesa* que asisten en él á sus solemnes funciones y ceremonias.—Todavía mas adelante, en la misma calle y en el terreno convertido hoy en jardin del marqués de Casa Riera, habia otro convento de Monjas Carmelitas recoletas denominadas *las Baronetas*, por su fundadora la baronesa Doña Beatriz Silveira, que fué demolido y vendido en 1856.—Ultimamente, enfrente de este se construyó con puerta á la *calle de los caños de Alcalá* en los primeros años del siglo XVII el convento de *padres Carmelitas descalzos* de San Hermenegildo, aunque la iglesia actual fué concluida en 1742; hoy sirve de *parroquia de San José*, y es acaso la mas hermosa y capaz de las iglesias parroquiales de Madrid. Fué trasladada á ella la parroquialidad á la estincion de los regulares en 1856, habiendo estado antes en el hospital de flamencos calle de San Marcos, en las monjas de Góngora y en la capilla que fundó para este objeto en 1743 en la sala teatro de su propio palacio el duque de Frias D. Bernardino Fernandez de Velasco.—La iglesia actual de *San José ó del Carmen* tiene contigua la capilla de Santa Teresa, fundada primitivamente por el célebre y desdichado ministro D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, y en la cual estuvo depositado su cadáver hasta ser trasladado á las monjas de Portaceli de Valladolid. El convento que ocupaba toda la inmensa manzana número 288 entre las *calle de Alcalá*, de *las Torres*, de *las siete Chimeneas*, hasta la *del Barquillo* en una estension de 202,668, tiene en el dia el destino de *Intendencia general militar*, y la huerta (que ya habia sido mermada en tiempo en que vivia en la casa fronterera el *principe de la Paz*, para formar la plazuela que tomó del mismo el título del *Almirante*), ha sido vendida después, y construido en ella diversas casas del *señor Murga*.

Entre los edificios civiles que ostenta esta hermosa calle de Alcalá, sobresale por su belleza é importancia y ocupa el primer lugar después del Real Palacio entre todos los públicos de Madrid, el construido en el reinado del gran Carlos III con destino á *Aduana* y que hoy ocupa el *Ministerio de Hacienda* y sus dependencias. Los planos y direccion de este suntuoso palacio, terminado en 1769, corrieron á cargo del general D. Francisco Sabatini, y su elegante arquitectura, y el buen gusto de su ornato recuerdan á la memoria los primeros y mas celebrados palacios de Italia, al paso que por su estension, solidez y grandezza puede sostener la comparacion con los buenos de otras capitales. Desgraciadamente no hubo la mejor eleccion en cuanto al sitio en que está construido, costanero é intercalado entre las demás casas, que no le permiten ostentar fachadas laterales á Levante y Poniente y campear con la independencia y desahogo que reclama su importancia y mérito artístico; y lo peor fué que para adquirir aquel sitio tan inconveniente, hubo necesidad de comprar á gran costa, hasta diez y seis casas que ocupaban aquella superficie de 80,000 piés próximamente, y demolerlas, en vez de haberle situado, por ejemplo, en el sitio que ocupa la casa que hoy sirve de *Direccion de Infanteria* al término de la calle, y dando frente al Prado.

Lindante con este suntuoso edificio luce todavía (proporcion guardada) el otro que ocupa en su parte principal la *Real Academia de Nobles Artes de San Fernando*, y en el piso segundo el *Gabinete de Historia natural*, á cuya reunion alude la elegante inscripcion que Don Juan de Iriarte compuso, y está colocada sobre la puerta principal: «*Carolus III Rex, Naturam et artem sub uno tecto in publicam utilitatem consociavit.*»—Efectivamente, en los salones bajos y principales, ocupados por la Academia, se encuentran sus bellas *galerías de pintura y escultura* y algunas de sus enseñanzas; y en la parte alta de este edificio el precioso *Gabinete de Historia Natural*; pero esta reunion de ambos importantísimos establecimientos, que pudo tener efecto en una misma casa cuando eran, puede decirse, nacientes, no tardó en hacerse imposible con el aumento y prosperidad sucesiva de ambos; y

ya en el reinado del mismo Carlos III, dispuso aquel gran monarca la construcción del magnífico Museo del Prado con destino á la colocación del de Ciencias naturales; pero como aquel suntuoso edificio ha recibido otra aplicación, al paso que el gabinete ha crecido extraordinariamente en preciosos objetos de los tres reinos, que no pueden ser disfrutados ni colocados científicamente en las estrechas y sombrías salas de esta casa, es de absoluta necesidad su traslación á otro edificio, si puede ser, construido espresamente, sobre lo cual creemos que existan planes y aun cesion por parte de S. M. del sitio conveniente en el Retiro, reuniéndose así como deben los tres establecimientos que forman el Museo de ciencias naturales, á saber: el Gabinete, el Botánico y el Observatorio Astronómico.—La Academia de Nobles Artes de San Fernando tampoco está bien colocada, ni lo estaría aunque quedase sola en el edificio; y por lo menos debería habérsela concedido esclusivamente para sus cátedras y galerías todo el convento é iglesia de la Trinidad donde hoy están el Ministerio de Fomento y Conservatorio de Artes.—Esta casa de la calle de Alcalá fué obra del arquitecto Don Pedro Ribera, adquirida á censo por el gobierno de D. Francisco de Goyeneche, conde de Saceda, marqués de Belzunce, y no carece de grandiosidad, especialmente en su portal y hermosa escalera, si bien recargó la portada con los adornos acostumbrados de su gusto, que fueron mandados quitar, y reformada aquella cuando Carlos III colocó allí la Academia y Gabinete; tiene de sitio 56,695 piés.

Aunque no precisamente en la calle de Alcalá, sino mirando á esta desde mucha distancia, se levanta sobre una eminencia el ostentoso palacio de Buenavista que hoy ocupa el ministerio de la Guerra, obra verdaderamente régia, mandada hacer á los últimos del siglo pasado por la célebre duquesa de Alba Doña María del Pilar Teresa de Silva y su esposo el marqués de Villafraña, que no llegaron sin embargo á verla concluida ni á habitarla. En 1805 fué comprado este palacio á los herederos de la duquesa por la villa de Madrid, y regalado al Almirante principe de la Paz, que tampoco le llegó á ocupar, y secuestrados en 1808 los bienes de este, ha venido recibiendo distintas aplicaciones como Parque de Artillería, Museo Militar, habitación del Regente del Reino, duque de la Victoria (1), del embajador turco Fuad-Efendi, y por último Ministerio de la Guerra. En el sitio que ahora ocupa este suntuoso palacio y sus cercanías, estaban las casas del marqués de la Ensenada, de D. Francisco de Rojas, Diego de Vargas, D. Rodrigo de Silva y otros, formando las calles de la Emperatriz, de Buenavista, hoy cerradas, y que salían á la del Barquillo, y la plaza de Chambery, dentro del inmenso término comprendido ahora bajo el número de la manzana 277 y que ha absorbido también la 286 y 287. A su límite por la calle de Alcalá á la del Barquillo y el paseo de Recoletos, se alza hoy la elegante y moderna casa del marqués de Casa Irujo y la de la Dirección de Infantería.—Limitándonos á este último edificio (hoy considerado tambien como del Estado, aunque precedente igualmente del secuestro de Godoy y donde vivía su hermano D. Diego en 1808), habremos de detenernos muy poco en él, pues no lo merece ciertamente; y únicamente como recuerdo histórico diremos que su hermoso jardín es la misma famosa huerta del regidor Juan Fernandez, célebre por su amenidad, y relacionada con las memorias poéticas del siglo XVII, como sitio que era entonces de pública recreación, y á que aludieron y en el que colocaron algunas ingeniosas escenas de sus dramas los célebres escritores de aquella época, entre ellos Tirso de Molina, que la dedicó y consignó su nombre en una comedia entera, La huerta de Juan Fernandez.

Estos son los públicos edificios de la hermosa calle de Alcalá, que como tan principal y señalada no tardó en ser escogida por la nobleza de la corte para su residencia y mansion, construyendo desde principios del siglo XVII considerables casas particulares de que hoy existen ya muy pocas, habiendo sido substituidas casi todas con otras aun mas suntuosas y decoradas.—Entre las primeras aun existentes de aquella época, apenas podrá citarse alguna otra como la última de dicha calle con vuelta al Prado, propia hoy de los marqueses de Alcañices, y antes de los duques de Arion, construida por D. Luis Mendez Carrion, marqués del Carpio, y que aun conserva la torrecilla sobre su esquina, con que la vemos designada en el plano de 1636 y en un precioso cuadro de la época que posee el señor D. José de Salamanca.—La contigua casa que fué del marqués de Villamaina y después de los condes de Campo Alange, sirvió desde muy antiguo de residencia á la embajada de Inglaterra. En ella suponemos que se apeó en 1625 el príncipe de Gales que vino á Madrid á pedir la mano de la infanta Doña María, hermana de Felipe IV. En ella se refugió en 16 de mayo

de 1726 el famoso ministro de Felipe V, duque de Riperdá, y de ella fué estraido el 25 con notable allanamiento y violencia de la mansion del embajador Stanope que ocasionó tan vivas reclamaciones del gobierno Británico. En ella en fin hemos conocido en nuestros dias de Ministros de la Gran Bretaña, á Sir Enrique Wellesley, hermano del célebre Lord Wellington; Sir Jorge Williers (Lord Clarendon), actual ministro de Negocios extranjeros en Inglaterra; Mister Aston y otros, hasta que adquirida dicha casa por el rico banquero señor de Santa Marca, ha hecho construir en su solar en estos últimos años la mas ostentosa y magnífica entre las particulares de Madrid, y la que marca mas la importancia, riqueza y gusto de la nueva aristocracia mercantil que ha substituido en gran parte á la nobiliaria. Esta grandiosa construcción fué dirigida por el mismo malogrado arquitecto D. José Alejandro Álvarez, que dirigió tambien la del señor Las Rivas en la Carrera de San Gerónimo.—La casa palacio núm. 64 que hoy posee el marqués de Casa Riera, y ha enriquecido con obras de consideración y con un nuevo jardín en el solar del convento de las Baronesas, es tambien moderna, de principios del siglo actual, y fué construida y señalada en dote para la señora duquesa de Abrantes, por cuya circunstancia era designada con el nombre de la casa de los alfileres. En lo antiguo existia en este solar la que el marqués de Auñon (de quien ya hablamos en el artículo correspondiente á la parroquia de Santiago) hizo labrar para su hijo natural D. Rodrigo de Herrera, célebre poeta dramático, autor de las comedias Del cielo viene el buen rey y La fé no ha menester armas. Después fué del conde de Miranda y de las memorias fundadas por el marqués de Mancera. En el edificio nuevo vivieron en nuestros dias los marqueses de Ariza, el embajador de Rusia, principe Tatichschef, y el célebre provisionista del ejército francés y gran financiero Mr. Oward, en 1825 y 24, en cuyo tiempo se celebraron en sus salones magníficos saras y festines, hasta que la adquirió el señor Riera que ha invertido en su decoración grandes sumas. La estension de esta casa y sus dos jardines es inmensa; además tiene enfrente, en la calle del Turco, otra tambien grande para cocheras y oficios, con la que se comunica por una galería subterránea.

Las dos casas modernas que estan mas arriba, conocida una por la de los Heros y por el Almacén de cristales, y la otra en que se halla el depósito Hidrográfico, fueron tambien de la antigua nobleza, y la del conde de Saceda que solo tenia piso bajo, aunque en la grande estension de 52,284 piés, tambien ha sido substituida por un nuevo y ostentoso edificio propio del señor Casariego.—Otros opulentos capitalistas y banqueros, como los señores Calderon, Fontagut Gargollo, Olea y Barrio, han construido en estos últimos años elegantes casas en el sitio que ocupaban las antiguas, siendo entre ellas digna de especial mención la última citada del señor D. Mariano Barrio que hace esquina y vuelve á la calle de Sevilla y en la que está el café Suizo, y sobre el sitio en que antes se alzaba la del mayorazgo de Ibarra y Vargas que fué de los condes de Mora, marqueses de Valdecarranza, y habitada en nuestros dias por la duquesa viuda de San Fernando. De todo aquel trozo de calle hasta el Prado, no ha quedado pues en pié de las casas antiguas mas que la señalada con el núm. 44 nuevo, que hace esquina y vuelve á la de Cedaceros, y fué del mayorazgo fundado por Baltasar Gil Imon de la Mota.—Del otro trozo de esta acera hasta la Puerta del Sol, puede decirse poco mas ó menos lo mismo, pues nuevas son las contiguas al Buen Suceso, las suntuosas de la sociedad del Iris y Banco de Fomento, la novísima de los Baños que ahora termina el señor Murga, y otras, todas construidas sobre las ruinas de las antiguas de mayorazgos y obra de la opulencia mercantil y de la clase media que ha desalojado de allí á la antigua aristocracia.—Lo mismo sucede en la acera de enfrente, donde á escepcion de la casa del marqués de la Torrecilla, núm. 15, inmediata á la Aduana, donde hoy está la fonda y oficinas de las diligencias generales, y la señalada con el núm. 25 nuevo, del conde de Pinohermoso que fué del de Villaleal, ninguna otra queda ya de las del siglo XVII, habiendo sufrido las restantes renovacion completa ó parcial en manos de los capitalistas modernos.

Tal cual es hoy esta hermosa calle, no solo por su bella situación, por su espaciosidad y anchura, sino por la elegancia de sus edificios, es sin disputa la mas digna de Madrid, y tiene pocas semejantes en las primeras capitales de Europa. Hubiera sido sin embargo de desear que á su entrada por la Puerta del Sol conservase una anchura mas en relacion con el resto, y no existiese la enorme diferencia que existe entre 47 piés que tiene por aquel extremo y 255 que llega á contar á la entrada del Prado, cosa que solo puede conseguirse con la desaparicion del hospital é iglesia del Buen Suceso. Tambien pudiera haberse suavizado algo mas el desnivel del pavimento, de suerte que permitiera disfrutar su vista de un extremo al otro; si bien es preciso confesar que en estos últimos años ha recibido considerables mejoras en este punto, y con la colocacion de sus espaciosas aceras, de las columnas para el alumbrado, y el plantío de los árboles en toda la mitad baja que lo permite por su anchura, se ha

(1) Con alusion á la vecindad de la casa de la embajada inglesa, en la acera izquierda, y de la supuesta influencia que ejercia el ministro británico en los consejos del regente, se dijo haber aparecido un día de 1841 este pasquin:

«En este palacio  
habita el regente;  
pero el que nos rige  
vive en el de enfrente.»

acercado mucho al grado de magnificencia que reclamaba la primera calle de la capital del reino.—Bajo este carácter (que no adquirió sin embargo hasta ya entrado el siglo XVIII, viniendo á su rival y paralela la Carrera de San Gerónimo) la calle de Alcalá viene ocupando las páginas de la historia madrileña en esta última época, y figurando desde entonces en primera línea en las ocasiones solemnes á que dieron lugar las guerras, los levantamientos y tumultos populares, las entradas triunfales y las ceremonias y festejos de la corte y de la villa. En unas ocasiones, y según lo ha requerido la circunstancia, se ha visto cubierta de tropas y cañones, de fosos y parapetos; en otras (por fortuna mas frecuentes) se ha mirado engalanada con los arcos de Tito y de Trajano, con las agujas de Luk-sor, con los templetos alegóricos de Atenas y Corinto; cubierto de flores su pavimento, sus fachadas y balcones de ricas colgaduras, y desterradas de ella las sombras de la noche á beneficio de innumerables combinaciones del fuego y de la luz; solo en lo que va de siglo, ó mas bien desde 1808 acá, en cuyo día 24 de marzo empezó Fernando VII sus repetidos triunfos caseros, hasta el día, se agotaron en ella todas las formas de monumentos, todos los gustos artísticos, todas las combinaciones del lienzo y del carton, emblemas en verdad harto simbólicos de aquellos triunfos inmortales, de aquellas ovaciones de circunstancia, de aquellos apoteosis de ocasion.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

»A mi llegada á esta ciudad me he presentado á los testamentarios de mi difunto tío, y... ¡no quisiera afligir á Vds. con el relato del indigno recibimiento que les he debido! He sido tratado como un falsario, me han escarnecido, se han burlado de mí sin compasion! Sin embargo, aun fio en la justicia de los hombres, y sobre todo en la de Dios, que no nos desampará. Participen Vds. de mi fé, y sirvalos de consuelo el saber que aun existo para trabajar por la felicidad de todos. Me he presentado á los sujetos para quienes me dió cartas de recomendacion D. Mateo, y me han prometido cooperar al feliz término de mi empresa, aunque tardaré en conseguirle, porque los testamentarios se defenderán con las armas que nos han usurpado, que aqui como en Europa son poderosas.»

Ignacio concluía suponiendo que su hermana y Mateo se habrian casado; se acordaba del señor cura, de Antonia y otros vecinos, y adicionaba su carta con la siguiente postdata: A mi madre que me encomiende todos los días á la virgen del Cármen.

—¡Pobre hijo mio! exclamó Mari al terminar Martin la lectura. Cuántos riesgos ha corrido! pero al fin la Virgen Santísima le ha salvado.

—¡Para lo que ha adelantado con salvarse!... murmuró Bautista con desden, lo que hizo aparecer la indignacion en el rostro de todos los presentes.

—Bautista! dijo Martin con severidad. Esos sentimientos no son los que tus padres han procurado inspirarte. Ah! tienes muy mal corazon!

—Sí, añadió Mari, ese ha de acabar en un presidio!

V.

LOS LADRONES.

Bautista bajaba con frecuencia á casa del cura á saber cómo seguía el indiano, que continuaba en cama de resultas de la gravísima herida que le causara el disparo de su propia escopeta. Su carácter era cada vez mas discoloso para con su familia, y tanto que sus padres envejecían espantosamente y enfermaban á causa de los disgustos que les daba; pero respecto á la familia de D. José, sucedía todo lo contrario: aquellas buenas gentes se admiraban de que tan complaciente se hubiera vuelto para con ellos, y Antonia se desvivía por mostrarle su agradecimiento, preparándole excelentes almuerzos, y confiándole cuanto pasaba en la casa.

Comenzaba á declinar la tarde.

En un rebollar inmediato al caserío de Echederra se alzaba una blanca humareda, lo que indicaba que allí habia carboneros. En efecto, uno de estos cuidaba de la hoya, nombre de origen vascongado que se da en aquel país al monton de leña que se carboniza, y otros cuatro partían nuevo combustible á corta distancia. En lo mas alto del

rebollar habia una cabaña, formada de palos cubiertos de una capa de helecho, á la que á su vez cubria otra de terrones anchos y delgados.

Uno de los carboneros se encaminó á la cabaña. Avivó la lumbre, que á la puerta de esta daba calor á una olla llena de habas secas y cecina, echó harina de maiz en una *desga* ó artesa, y se puso á amasarla, en tanto que una pala de fierro se ponía candente. Luego fué haciendo *talos* ó tortas delgadas como galletas, las fué cociendo en la pala, y cuando tuvo el número suficiente se puso de pié, y gritó formando una especie de bocina con la mano:

—¡Ahuuu!

Sus compañeros contestaron al *tortero* con un grito igual, y clavando las hachas en el tronco de un roble, se encaminaron á la cabaña.

Acabaron de comer, encendieron sus pipas, las desocuparon, y aun permanecían sentados á la puerta de la cabaña.

La noche comenzaba á cerrar. Los carboneros hablaban en voz baja dando muestras de impaciencia. Un instante después apareció en el rebollar un hombre que se encaminó hácia la cabaña. Los carboneros dieron muestras de satisfaccion al verle.

—Vamos, dijo el recién venido, que yo necesito volver temprano á casa para que no se eche de ver mi ausencia.

—No nos detengamos, contestaron los carboneros.

—¿Qué armas tenéis?

—Ninguna.

—Pues yo llevo dos pistolas y un cuchillo, dijo el desconocido.

—Nosotros, replicó uno de los carboneros, vamos á robar, pero no á matar.

—Cada uno hará lo que le dé la gana; pero no perdamos tiempo, que andando os enteraré de todo y acabaremos de arreglar nuestro plan.

Todos se tiznaron la cara con cisco mojado, y echaron á andar rebollar abajo.

—¿Qué, no viene Chomin? preguntó el desconocido señalando al que vimos cuidando la hoya.

—No, contestaron los carboneros. *Haldea* la hoya, y es preciso que se quede alguien cuidándola.

Haldear la hoya se dice cuando se halla en disposicion de comen-zarse á extraer el carbon de la parte baja.

Media hora después solo habia en el rebollar un hombre que cantaba incesantemente, lo cual hizo esclamar á las pocas gentes que andaban por aquellas inmediaciones:

—¡Qué buen humor gasta ese condenado de Chomin!

La casa del cura de Güeñes estaba situada entre unos nogales, algo apartada de las otras, y era uno de esos edificios de piedra caliza medio-palacios medio-fortalezas, adornados con grandes escudos de armas sobre la puerta, y un cuadrante ó meridiano de piedra incrustado en una de sus esquinas, que con tanta frecuencia se ven en las provincias Vascongadas, y particularmente en las Encartaciones.

En aquel país donde es costumbre madrugar así pobres como ricos, reina en las aldeas el mas completo silencio durante las primeras horas de la noche, porque entonces es cuando mas profundamente dormidos estan sus moradores. El primer sueño es á la vez un profundo y dulce letargo para los activos aldeanos.

D. José dormía, Antonia tambien, y solamente velaba en su lecho el indiano, á quien quitaba el sueño la calentura.

—Guau, guau, guau! comenzaron á ladrar los perros.

—Tío! dijo Mateo á D. José, que dormía en un cuarto inmediato al suyo.

D. José no contestó; estaba profundamente dormido.

—Guau, guau, guau! continuaron los perros.

—Tío, tío! repitió Mateo.

Al fin respondió el señor cura, y Mateo le dijo:

—Leon y Capitan ladrán mucho, y me parece que he oido sonar las tejas del horno.

—Las moverá el aire que no deja de soplar, y ladrarán los perros por eso.

Tío, y sobrino guardaron silencio.

Pero Leon y Capitan seguían ladrando como si los desollasen vivos.

—Tío, dijo Mateo, me parece que mueven la ventana del comedor. Como se alcanza á ella desde el tejado del horno, no sea que...

—No seas tonto, hombre, contestó el cura medio dormido. Si es el aire!

—Lo veremos, dijo Mateo. Y á pesar de su estrema debilidad, se levantó y abrió quedo la ventana de su cuarto que estaba en el mismo plano que la del comedor; pero nada absolutamente pudo distinguir, porque la oscuridad era completa y el viento le hizo retroceder de la ventana.

Leon y Capitan seguían ladrando.

Mateo seguía oyendo chascar las tejas del horno y mover la ventana.

—Pues yo he de ver qué es eso, dijo el indiano.

Y tomando su escopeta, se dirigió al comedor; pero al acercarse á la ventana, se abrió esta con fracaso, y un hombre se lanzó dentro.

El indiano se echó á la cara la escopeta; pero antes que pudiese dispararla, saltó de sus manos hecha pedazos por un pistoletazo disparado por el ladrón. Este se lanzó dentro, y tras él otros tres, y arrojándose todos sobre Mateo, le derribaron al suelo, le taparon la boca con un pañuelo y le ataron de piés y manos.

Aquellos hombres pasaron al cuarto del cura, y luego al del ama, é hicieron la misma operacion. En seguida se apoderaron de cuanto dinero y cuantas alhajas de algun valor habia en la casa, con tal conocimiento de esta, que hasta dieron sin vacilar con lo que estaba mas escondido. En seguida huyeron por la puerta principal, pues iban demasiado cargados para salir por la ventana.

Pero hé aquí que algunos vecinos de Güeñes habian oido el tiro disparado por los ladrones, y acudian por el necedal arriba.

—Alto! gritaron á los malhechores, que en aquel instante salian de la casa. Pero los ladrones echaron á correr por la arboleda. Hicieronles fuego sus perseguidores, y uno de ellos cayó herido de alguna gravedad, precisamente el que llevaba efectos de menos valor. Los restantes vadearon el Cadagua, protegidos por la espesa sombra de los nogales, y se salvaron en las arboledas de la Jara.

## VI.

## MISTERIOS.

Seis meses después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, una hermosa tarde de primavera salieron de su casa el cura y su sobrino, y tomaron la cuesta de Echederra.

No llevaban la escopeta al hombro como en otro tiempo hacian, sino un grueso baston en la mano, porque sin aquel apoyo, particularmente Mateo, apenas hubiera podido dar un paso sin caer.

El cura, antes obeso, colorado como una manzana, y siempre con la sonrisa en los labios, estaba casi desconocido: su cabello habia encanecido extraordinariamente; habia disminuido su obesidad; su rostro estaba arrugado y pálido, y la tristeza de su alma se reflejaba en su semblante y en sus palabras. Grandes debian haber sido las amarguras del bondadoso párroco durante algun tiempo, para que se verificase en él tan extraordinario cambio.

Mateo era tambien una sombra de lo que habia sido: la palidez de su rostro y la demacracion de todo su cuerpo eran espantosas; hubiérase creído uno de esos desventurados jóvenes, cuyas fuerzas ha ido consumiendo lentamente la calentura, y de quienes se aparta el vulgo persuadido de que la tisis es una enfermedad contagiosa.

El triste párroco, que necesitaba apoyo y consuelo, se creia obligado á sostener y consolar á su sobrino; que los que tienen una alma tan generosa y tan buena como la de aquel digno ministro de Dios, olvidan las necesidades propias en presencia de las ajenas.

—Vamos, Mateo, ánimo! decia. Está deliciosa la tarde; por todas partes brotan hojas y flores, y no hay rama en que no cante un pájaro. Es preciso que te distraigas, á ver si en quince ó veinte dias te pones enteramente bueno.

—Tío, contestó Mateo, la naturaleza sonrie; pero mi alma llora!

—Lo pasado, pasado. A distraerte, á ponerte bueno, á procurar recobrar el terreno perdido, que á Dios gracias joven eres todavía, y... te casarás y viviremos todos como ángeles. ¿No tendrás ánimo para llegar á Echederra?

—Lo dudo, tío, aunque lo deseo.

—Pues es necesario que hagas de tripas corazón, porque la pobre Juana no tiene mas consuelo ni mas amparo que el nuestro, y es preciso que no la abandonemos enteramente á la crueldad y la tiranía de su hermano.

—Su hermano!... Ay tío! Si en la tierra no hay justicia que castigue á tales monstruos, ¿cómo la justicia divina no los confunde?

—Mateo! Dios es siempre justo, y nunca deja de tomar en cuenta lo malo y lo bueno que el hombre hace. Bautista ha conducido al sepulcro á sus padres, y no dudo que tarde ó temprano recibirá su merecido.

En esta triste conversacion subieron poco á poco la cuesta que separaba el valle del caserío de Echederra.

Al llegar á los cerezos que precedian á este, se asomó Juana á la ventana, y como los viese, salió á su encuentro radiante de alegría.

La joven vestia luto... ¡luto en el cuerpo y luto en el alma!

Quiso conducir á los recién llegados á la casa; pero ellos prefirieron sentarse en un poyo de piedra que habia á la puerta, porque estaban demasiado cansados para subir las escaleras, y además aquel sitio ofrecia una vista deliciosa, pues desde allí se descubria todo el valle y las montañas del otro lado del Cadagua, donde se alzaba como un negro espectro la torre de la Jara, recuerdo de los célebres bandos *oñacino* y *gambino*.

—Y Bautista? preguntó D. José.

—Ha ido á Avellaneda, contestó la joven.

Conviénesenos advertir que en la época á que nos referimos, es decir, á fines del siglo pasado, Avellaneda, aldea del concejo de Sopuerta, casi confinante con Güeñes, era la residencia de un teniente corregidor de Vizcaya, y por consiguiente cabeza de partido judicial de las Encartaciones.

—Estamos en la época de la *layada*, dijo el cura, y vuestros rastros siguen siendo rastros... ¿Cómo abandona tu hermano de esa manera la labranza?

—Ay señor D. José! no puedo explicar á Vd. la causa de tal abandono. Dos ó tres veces hemos sido llamados Bautista y yo á Avellaneda á declarar en la causa de los carboneros presos por el robo que á Vds. se hizo, y desde entonces el teniente corregidor no se ha vuelto á acordar de nosotros; pero con todo eso mi hermano va casi todos los dias allá. Hace mucho tiempo que es un misterio impenetrable cuanto sucede en esta casa, y á mi ver ese misterio tiene relacion con la muerte de mis padres... Padres de mi alma!

Juana se echó á llorar sin consuelo.

—Vamos, Juanita, la dijo el cura, ¿á qué viene ese llanto? La resignacion es una de las primeras obligaciones del cristiano. La vida de tus padres era de Dios, y Dios dispuso de ella. ¿Acaso debemos quejarnos de lo que Dios hace? Pero esplicanos si puedes qué clase de misterio ves tú en la muerte de tus padres.

—Hacia tiempo que mi hermano se encerraba en su cuarto con un hombre de mala traza, y para nosotros desconocido, que venia á casa de noche. Mi padre estrañaba, como mi madre y yo, aquellas visitas. Una noche, que como nosotros, se habia ya acostado, le sentí levantarse y acercarse de puntillas á escuchar lo que pasaba en el cuarto de mi hermano que se habia encerrado con el desconocido. En seguida volvió á la cama, y poco después oí á mi madre sollozar. Al dia siguiente se levantaron mis padres como si hubiesen pasado una gran enfermedad, y su salud comenzó desde entonces á quebrantarse de tal modo que á los tres meses murió mi madre, y mi padre á los cuatro.

—¿Verdaderamente eso es asombroso! exclamaron D. José y Mateo.

—Tío, añadió este último, una sospecha terrible me asalta...

—Mateo! le interrumpió el cura, no pensemos mal de nadie; seria el colmo de la iniquidad y la ingratitud!

Juana no comprendió el sentido de estas palabras.

—Pero, ¿y cómo te trata ahora tu hermano? la preguntó Mateo.

—Nunca veo la sonrisa en sus labios; nunca me dirige una palabra cariñosa, y algunas veces me maltrata.

—¿Qué inicuo! exclamaron indignados el párroco y su sobrino.

—Yo le veré y le diré lo que viene al caso, añadió el primero.

—¡Ah! ¡no por Dios, señor D. José! exclamó Juana atemorizada.

No le diga Vd. nada, que será capaz de matarme, pues me ha dicho que me ha de matar si me quejo á Vds. ó á cualquiera otra persona del maltrato que me da.

—Pues bien, dijo el cura, sufre resignada algun tiempo, que Dios dará pronto la salud á Mateo, y la victima será entonces arrancada de manos del verdugo...

—Callemos por Dios, que ya viene mi hermano, dijo Juana viendo asomar á Bautista por una cuestecita á tiro de piedra de la casa.

—Y en efecto, todos guardaron silencio esperando la llegada de Bautista.

## VII.

## LA VENTA SACRÍLEGA.

Bautista se estremeció al ver á D. José y al indiano, porque sin duda temia que le dirigiesen grandes cargos por su conducta; sin embargo, procuró reponerse de su turbacion, y los saludó con bastante desembarazo.

—¿Podemos saber de dónde vienes, Bautista? le preguntó el cura.

—Si señor, contestó el joven turbándose nuevamente, vengo de los Somos de ver si Miguel el cestero ha concluido unas banastas que le encargué.

—Mucho has tardado para estar la casa de Miguel un cuarto de legua de la vuestra.

—Es que... Miguel me ha hecho quedar á comer con él.

El cura y su sobrino, que eran escudador creídos como suelen serlo las personas bondadosas, creyeron que Juana se habia equivocado, no dudaron que Bautista venia de los Somos y no de Avellaneda.

—¿Pero es posible, Bautista, continuó el cura, que así abandones la labranza, que cuando todo el mundo ha layado ya sus tierras no hayas vuelto un terron de las tuyas? ¿Qué pensamientos son los tuyos, hombre?

—Es que no pienso sembrar.

—¿Cómo!... exclamaron el cura y su sobrino. ¿E posible tal abandono!

—Como que pienso vender la casa y la hacienda para que mi hermana y yo podamos ir á vivir á Bilbao, donde pondremos una tienda con lo que nos valgan estos miserables terrones, que aunque uno reviente á trabajar, no dan para hartarse de borona y patatas.

—¡Vender la casa y la hacienda! exclamó el cura tan indignado de semejante proyecto como Mateo y Juana. Es imposible, Bautista, es imposible que reniegues de tu origen hasta el extremo de vender la casa donde nacieron y murieron tus antepasados, donde nacieron y vivieron y murieron tus padres, donde naciste tú!... Sin duda te chancas, Bautista, ó has perdido el juicio.

—Ni me chanco ni he perdido el juicio, replicó el jóven revistiéndose de cierta insolencia. Estraño mucho que Vds. se metan en camisa de once varas. Como hermano mayor, soy el heredero do estos bienes, y puedo hacer de ellos lo que me dé la gana.

—Esos bienes pertenecen también á tus hermanos.

—En dando á mis hermanos los quinientos ducados de dote que á cada uno corresponden, haré lo que se me antoje. Mañana mismo que es domingo, voy á poner en el pórtico de la iglesia el anuncio de la venta.

—¡Qué iniquidad! ¡qué iniquidad! exclamaron el cura y el indiano, en tanto que Juana se deshacía en lágrimas sin atreverse á desplegar sus labios.

—He dicho y repito, dijo Bautista, que haré lo que me dé la gana. Métanse Vds. en sus negocios, y déjenme á mí los míos.

El cura iba á replicar; pero Bautista le volvió la espalda y se entró en casa cantando:

«En mi casa hay un libro,  
dice la letra:  
en cuidados ajenos  
nadie se meta.»

—Juana, dijo el párroco, apártate de ese monstruo, vente con nosotros, y jamás vuelvas á mirarle á la cara.

—¡Ah! no me atrevo, contestó Juana, no me atrevo porque será capaz de matarme.

—Juana, Juana! gritó Bautista con voz terrible desde el interior de la casa, ya estás ahí demás.

—No le hagas caso, vente con nosotros, la dijeron á la par D. José y Mateo procurando detenerla.

—No, no, que sería capaz de matarnos á los tres antes de pasar de los cerezos si viera que yo me escapaba con Vds. Queden Vds. con Dios, que si no le obedezco inmediatamente, pòbre de mil!.

Y se apresuró á subir las escaleras.

El cura y el indiano tomaron el camino de Güeñes en silencio y con los ojos arrasados de lágrimas. Al llegar á la mitad de la cuesta en una especie de esplanada donde el camino de Echederra se juntaba con el de los Somos, se sentaron á descansar y á rezar el Ave-Maria, que tocaban en la iglesia de San Isidro.

—Tío, dijo Mateo así que concluyeron el rezo, no dude Vd. que Bautista venderá la casa paterna. Es necesario que el caserío de Echederra no salga del poder de la familia que le ha poseído siempre. Voy á emplear en él lo poco que me dejaron los ladrones del capital que traje de América, y el día en que Ignacio vuelva de Méjico, venga pobre ó venga rico, le diré: «Ahí tienes el sagrado hogar de tus padres que tu hermano vendió sacrilegamente.» Si Dios permite que me una con Juana, viviremos en él hasta que Ignacio vuelva, y fecundaremos con el sudor de nuestra frente las tierras que hoy están abandonadas é infructíferas.

—¡Bien, Mateo, bien! exclamó el cura conmovido echando sus brazos al cuello de su sobrino. ¡Tienes el alma mas noble de este mundol

—¿No es ese que viene ahí Miguel el cesterol dijo Mateo señalando hácia abajo.

—¡En efecto, él es! contestó D. José. No tiene traza de venir de los Somos, donde debía estar segun lo que nos ha dicho Bautista.

Miguel, que venia montado en una mula, llegó á la esplanada.

—Buenas tardes, ó por mejor decir buenas noches, señor D. José y la compañía, dijo deteniendo la mula.

—Hola, Miguel! ¿de dónde se viene?

—De Bilbao, de vender un poco de obra; por cierto que no hemos hecho mucho negocio, porque he tenido que estar por allá dos días, y aun así la he vendido á menosprecio. Ya se ve, los tiempos estan malos, ¿y qué hace uno con la caballería en Bilbao, donde todo cuesta un sentido? ¿Y Vds., vienen de dar un paseito, no es verdad? Bien hecho, que así irá tomando fuerzas D. Mateo.

—Sí, poquito á poco hemos llegado hasta Echederra.

—Hola! no ha sido malo el paseo. ¿Y qué me dicen Vds. de aquella gente? ¿Saben algo del indiano? Yo hace un siglo que no veo á Bautista.

—No, no se sabe nada.

—Si él estuviera en Echederra, mejor arreglado andaría aquello.

El tal Bautista es un haragan; no hace caso de la labranza. ¡Qué lástima de leva! Válgame Dios! si Martin y Mari que estan en gloria alzáran la cabeza de la sepultura y vieran cómo está su hacienda, se volvían á morir de pesadumbre.

—¿Pues no sabes, dijo el cura, que Bautista trata de venderlo todo?

—En el nombre del padre y del hijo!... ¡Qué me dice Vd., señor Don José! exclamó Miguel santiguándose.

—Lo que oyes.

—¡Vamos, si no se puede creer una atrocidad como esa! ¿Es posible que un hombre tenga valor para deshacerse como quien dice del escaño donde se sentaron sus abuelos, sus bisabuelos, y todos los nacidos? Ni por todo el oro del Perú vendia yo mi casa y mi hacienda; porque, ¿qué mayor gloria que poder decir todos los días: este árbol le plantó mi padre; este otro le plantó mi abuelo; aqui jugábamos mis hermanos y yo cuando éramos niños; aqui se sentaba mi madre; aqui... en fin otras cosas que uno no sabe explicar? Picaro de Bautista! Si lo supiera Ignacio, que era tan buen muchacho, se plantaba en Echederra de un brinco y no consentía semejante barbaridad.

—Pues para evitarle al pobre que le disguste de que la casa donde nació salga de poder de la familia, trata mi sobrino de comprarla.

(Continuará.)

## EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

¡Qué triste Madrid reposa  
entre dolor y buñuelos,  
mientras suenan las campanas  
en memoria de los muertos!  
Reinan en calles y plazas  
la soledad y el silencio,  
y el sol embozado en nubes  
contempla su desconsuelo.

Corred, mortales, os llaman  
los graciosos cementerios  
que van cercando la villa  
y aromatizan sus céfros.

Acudid á esos palacios  
de gusto antiguo y severo,  
con sus leyendas latinas,  
y guadañas, y mochueros.

Vosotros que emparedados  
teneis allí vuestros deudos,  
llorad... y secad los ojos  
hasta el año venidero.

¡Qué tristeza! los jardines  
que dejó el otoño secos,  
hoy la multitud convierte  
en elegantes paseos.

¡Cuál el dolor engalana,  
porque es de moda el hacerlo,  
los solitarios sepulcros  
con tiernísimos recuerdos!

Sobre las letras doradas  
de aquellos mármoles negros,  
y en largos renglones prueban  
la modestia de sus dueños,  
de amarillas siempre vivas  
mece unas rosas el viento,  
con la inscripcion elocuente  
de «Á MI TIA» ó «Á MI ABUELO.»

Y acaso al que nunca supo  
dónde están los Pirineos,  
«Á MON PÈRE CHERI» le dicen,  
para que aprendan sus huesos.

Al lado cuelgan á pares  
medalloncitos diversos,  
con sauces y cenotafios  
hechos de anónimo pelo.

Y en el nicho entre cristales  
sirven de adorno y recreo  
angelitos compungidos  
y cipreses y floreros.

Delante arden todo el día  
envueltos en humo denso,  
seis hachones vigilados  
por dos lacayos muy tiesos.

¡Cuán grave está aquel recinto!  
¡Cuán imponente es su aspecto!

con tantas cosas colgando  
parece tienda de lienzos.

Y á vuestros piés igualmente  
otro mortal como aquellos  
sin una flor ni una lágrima  
yace olvidado en el suelo.

Mas no todas las coronas  
y cintas de terciopelo,  
que del corazon publican  
en francés el sentimiento,  
no todas, no todas llevan  
sobre aquellos frios restos,  
para el difunto una lágrima,  
y una oracion para el cielo.

Cualquier criado las compra,  
las cuelga un sepulturero;  
si las ve quien mandó hacerlas,  
es por contemplar su mérito.

Salgamos ya; fuera lástimas;  
corred, triscad, madrileños;  
por el suelo revolcaos  
entre retozos y almuerzos.

Si esta noche no hay teatros,  
hay castañas y jaleo;  
tú sabrás hallar placeres,  
mil veces dichoso pueblo.

Comed, comed; cese el llanto:  
¡qué importan los que murieron!  
si ellos vivieran, de fijo  
que lo mismo hicieran ellos.

José GONZALEZ DE TEJADA.

### EL NIÑO EN ALTO.

FÁBULA IMITADA DEL FRANCÉS.

Trepó sobre una silla, y arrogante  
Un chiquillo gritó: Yo soy gigante.  
Monuelo saltarin, dijo un anciano,  
Baja y serás enano.

### EL AGUILA Y EL CARACOL.

FÁBULA IMITADA DEL FRANCÉS.

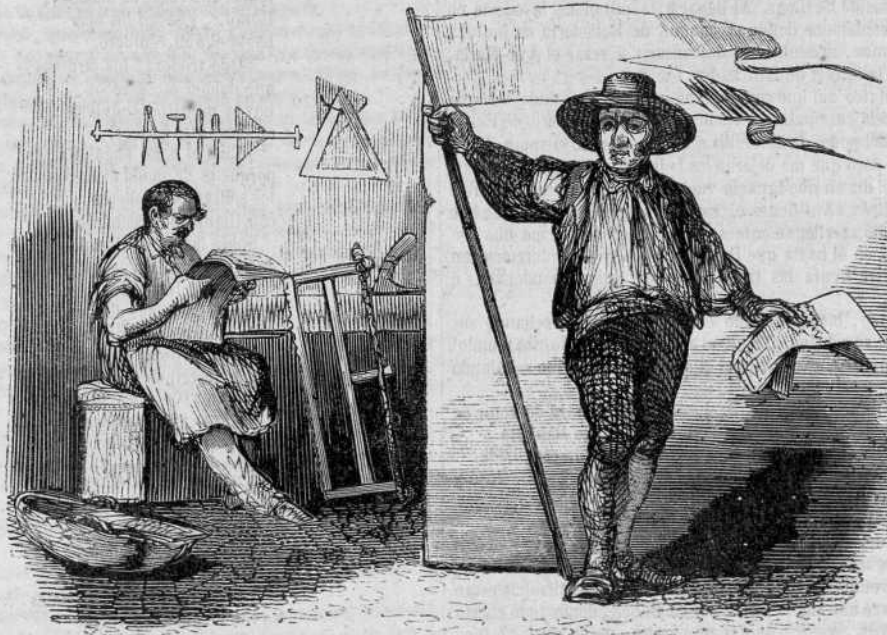
Vió en la eminente roca donde anida  
El águila real, que se le llega  
Un torpe caracol de la honda vega,  
Y esclama sorprendida:  
¡Cómo con ese andar tan perezoso  
Tan arriba subiste á visitarme?  
Subi, señora, contestó el baboso,  
A fuerza de arrastrarme.

### EL ASTROLOGO Y EL MENDIGO.

FÁBULA IMITADA DEL ALEMÁN.

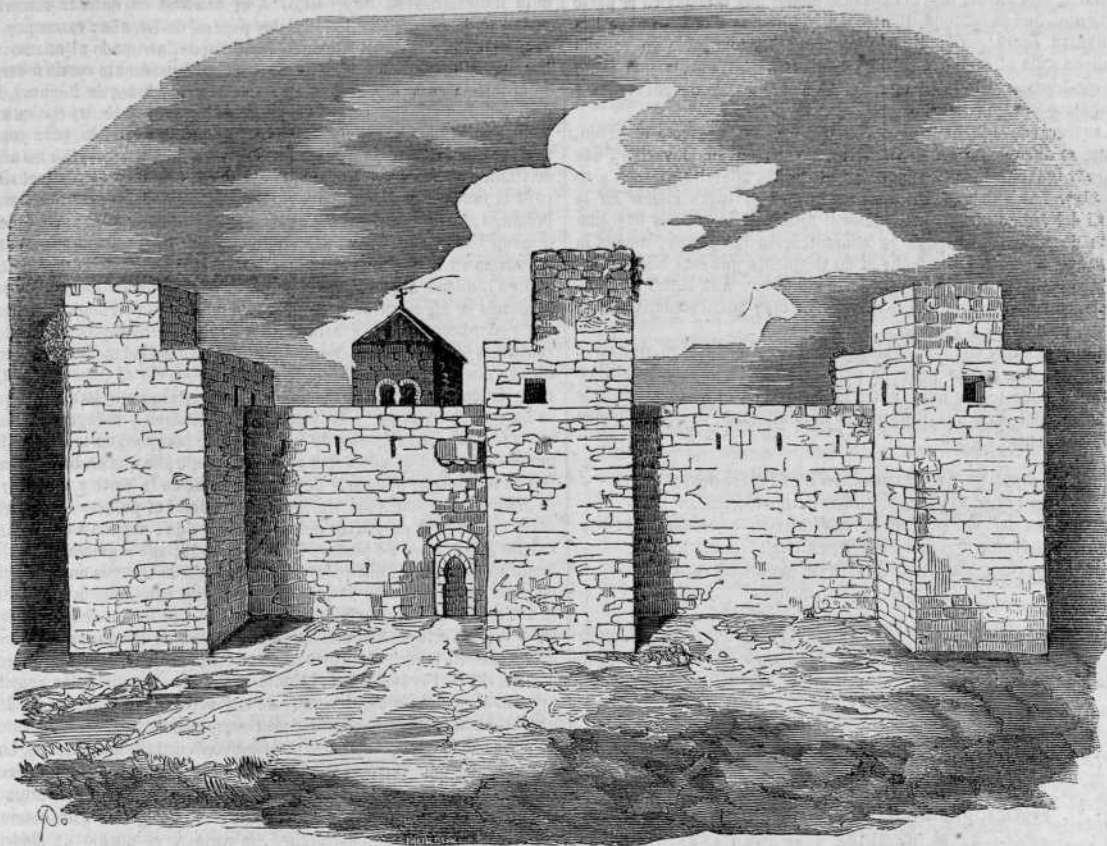
Observaba un astrónomo un lucero,  
Poniendo en estudiarle tal ahinco,  
Que le pidió limosna un pordiosero  
Una vez y otra vez, tres, cuatro y cinco;  
Y él con antejo en mano,  
Haciéndole á la estrella puntería,  
Ni vió ni oyó siquiera al que pedía.  
El pobre al cabo tócale en el hombro,  
Y le dice: Señor, menos lejano  
Teneis algun objeto  
(Perdonad os suplico si os inquieto)  
Bien digno de atencion para un cristiano.  
Contemplad en buen hora con asombro  
En ese inmenso enjambre  
Que forman agrupadas las estrellas;  
Mas aunque andeis embebecido en ellas,  
No se os olvide que en Galicia hay hambre.

J. E. HARTZENBUSCH.



Con este número repartimos un prospecto de LAS NOVEDADES, periódico que ha llegado á adquirir una popularidad sin ejemplo en España; los suscritores del SEMANARIO que quieran recibir dos números por via de muestra, no tienen mas que pedirlo en carta franqueada: e el único medio de formar cabal idea del periódico.





### EL CASTILLO DE PRIEGO.

(PROVINCIA DE CÓRDOBA.)

La villa de Priego está situada al pié de dos cerros, en un llano en forma de mesa parte de la población, y lo restante sobre un escarpado cerro; la rodea por el valle un crecido número de huertas deliciosas que se estienden hasta el río que nombran *Salado*, y ocupan su orilla izquierda ofreciendo una agradable vista.

Existió durante la dominación romana; pero sus memorias mas antiguas solo alcanzaron al siglo XIII en que era esta villa poseída por los mahometanos, de cuyo poder la arrancó el santo rey D. Fernando en 1222, asistiendo á la conquista el maestre de Calatrava D. Gonzalo Yañez de Novoa; mas el año en que se verificó no es tan cierto que no haya sobre él algunas opiniones. Rades de Andrida, en la crónica de las órdenes militares, escribe que fué por agosto del año que hemos indicado: otros aseguran que fué tomada en 1224, y Garibay dice que en 1226 el rey D. Fernando, después de haber alzado el cerco de Jaen, por Alcaudete, llegó á Priego, y le tomó al tercero dia con prision de mucha gente, excepto la que se encerró en el alcázar, el cual se rindió á partido, si bien otros dicen que habiéndolos pasado á cuchillo, fué asolado el pueblo: en él habia muchos caballeros almohades.»

En efecto, el rey D. Fernando, habiendo entrado por tierra de Baeza en el país mahometano, puso sitio á Jaen, mas tuvo que levantarle por carecer de ingenios para combatirla; y así el rey con los maestros de las órdenes marcharon contra Priego, cuyo alcázar era muy fuerte, y lo combatieron matando muchos moros. Hallaron en esta villa gran porcion de riquezas, porque en ella moraban caballeros de los almohades ricos y poderosos. Algunos de estos se acogieron al castillo, y habiendo sido tomado pidieron seguro de las vidas, obligándose á entregar al rey todas las riquezas y tesoros, intercediendo el rey de Baeza, y darle además 80,000 maravedis de plata, y para seguridad del pacto entregar 500 caballos almohades, 900 habitantes de la villa y 55 dueñas moras. El rey de Castilla repartió estos rehenes entre sus capitanes, y el de Baeza pidió en guarda las damas moras hasta que los moros evacuasen la villa. Todo se cumplió así, y el rey distribuyó las riquezas que se habian ganado entre los caballeros que

le habian servido en aquel cerco. Dejada guarnicion, y dadas las providencias necesarias para la defensa de la villa, partió el rey con su ejército á poner sitio á la fortaleza de Loja. Después hizo donacion de la villa á la órden de Calatrava, en cuyo poder permaneció hasta 1350 en que la volvieron á ganar los moros por traicion de un escudero á quien habia puesto de alcaide el comendador Pedro Ruiz de Córdoba. Permaneció en poder de los moros hasta el año de 1341 en que la restauró el rey D. Alfonso XI, y en 1370, por privilegio rodado, espedido en Sevilla, hizo merced el rey Don Enrique II de la villa de Priego con su castillo, aldeas y términos, y la jurisdiccion civil y criminal, á Gonzalo Fernandez de Córdoba, señor del estado de Aguilar. Perdióse otra vez pues estando el infante D. Fernando de Antequera sobre Setenil; salió D. Gomez Suarez de Figueroa, hijo del maestre de Santiago, á correr las tierras de los moros, y se apoderó de Priego en 1407, y dos años después el infante las mandó poblar de cristianos.

Por este tiempo sacaban muchas ventajas de los moros de Granada por la parte de Murcia desde Lorca, el mariscal Garcia de Herrera, Pedro Lopez Fajardo, Alonso Yañez Fajardo, hermano del anterior, Don Ramon de Rocafull y Garcí-Lopez de Cárdenas; y los moros corridos, con ánimo de vengarse, cercaron á Priego con buen ejército en 1407, mas no consiguieron tomarlo, porque fué tal la defensa de los vecinos, que les obligaron á desistir de su empeño y volver las espaldas.

Desearo el infante D. Fernando de Antequera para seguridad de la frontera, fortificar y poblar á Priego, á fin de conseguirlo dió su tenencia en 1409 á Alonso de las Casas, un caballero poderoso de Sevilla que se hallaba en la corte; pero como á poco de llegar á esta ciudad cayese enfermo, mandó en su lugar á Juan Lopez de Orbaneja, caballero de Marchena, que asaltado improvisamente de los moros, fué muerto, y perdida la villa que sus defensores entregaron á partido; mas no se les guardó por la perfidia mahometana, y los cristianos padecieron al salir terrible estrago. Los moros se contentaron con incendiar la población y la desampararon: pero acudiendo luego Alonso de las Casas, se entró en ella y á gran costa de su hacienda la reparó y fortaleció manteniendo su tenencia importantísima á la defensa de la frontera.

La fortaleza de esta villa, que tantas veces fué espugnada, ya por los cristianos, ya por los sarracenos, fué construida por los árabes sobre las ruinas de otra romana que allí hubo. Es un cuadrilátero

rodeado de seis torres, todas cuadradas menos una que hay en la parte de Oriente, que es redonda. Dentro del cuadro hay una gran torre á la que llaman *Torre gorda*. En ella se encuentra una mina ya cegada que dicen salía al campo y llegaba á orillas del Salado, y una pieza baja cuadrada sostenida de pilares. Su altura es de noventa piés y cincuenta y cuatro su ancho.

Las torres de la fachada principal, que es la que presenta el dibujo, aunque se diferencian en su anchura, no así en su elevacion, que debió ser igual en todas, aunque en el día las laterales parecen algo rebajadas. Las almenas han sido destruidas en todas menos en la central del lado de Occidente. Sobre el grueso de la muralla hay una galería descubierta que pone en comunicacion las torres, menos la que está en el centro de la fachada de Occidente que está aislada.

En una de las esquinas de la Torre gorda hay una lápida de mármol blanco con una inscripcion romana y muy maltratada, que parece una dedicacion á Trajano.

Otra lápida hay de mármol blanco de dos varas de largo, que sirve de umbral á una puerta pequeña para salir del recinto del castillo á un camino cubierto que habia entre la fortaleza y el muro exterior de la villa, la cual tiene una inscripcion muy alterada, de que se puede leer lo siguiente:

.....IS FORTVNA EX. TESTAMENTO L. FLAVI. PROCVLI. RELI  
CTA PER. CVRATOREM. OPERIS. L. IVNI.....  
FACTA. EX HS. VI. SECVNDVM. SENTENTIAM. C. MESSI. RVFI  
NI. PATRICIENSIS. APPR.....  
RVM. PATRICIENSEM.....RBITRVM. DONI.....HVIC. DONO  
I.....XX.....II

A la entrada del castillo, sobre la puerta, en lo interior del muro hubo una lápida que ahora se halla en una casa de la villa, en que está la siguiente inscripcion:

IN. HONOREM IMP  
NERVAE. TRAIANI. CAE  
SARIS. AVG. GERM. DACICI  
EX. BENEFICIIS. EIVS. PECVNIA  
PVBLICA. D. ORDINIS. FACTVM. ET. DEDICATVM.  
L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL PRADO Y EL RETIRO (2).

##### EL PRADO.

El órden de nuestro paseo nos conduce hoy naturalmente á tratar del magnífico apéndice al Madrid oriental que con el nombre de *El Prado viejo*, vino siendo desde principios del siglo XVI el sitio preferente de recreacion para los habitantes de esta villa. El inmenso terreno comprendido hoy bajo la comun denominacion de *paseo del Prado*, desde el convento de Atocha hasta la puerta de Recoletos, tiene de estension 8776 piés, ó muy cerca de media legua: pero está formado de varios trozos considerables, de los cuales unos eran efectivamente prados de la villa, como el *prado de Toya* ó de *Atocha* (de que ya se hace mencion en el fuero de Madrid del siglo XII) y el de *San Gerónimo*, apellidado así tres siglos después. Otros eran huertas y barrancos al pié de las colinas sobre las cuales se erigió después este antiguo monasterio y el sitio del Buen Retiro; y otros finalmente tierras de cultivo, eras y casas de labor del lado de Recoletos.

Debemos suponer que la parte que primero se regularizó y redujo á camino transitable sería sin duda la carrera de Atocha, que desde lo alto de la calle de este nombre conducía á aquel antiquísimo santuario tan célebre y relacionado con la antigua historia de Madrid, que se enlaza con ella desde los tiempos fabulosos, y cuando menos desde los primeros siglos de la invasion sarracena. En ellos se supone fué reconquistado momentáneamente Madrid por el valeroso caballero *Gracian Ramirez* á intercesion milagrosa de la veneranda imagen que con el titulo de *Nuestra Señora de Atocha* (3) tenia su templo ó er-

mita inmemorial en aquel sitio. A él acudian en devotas romerías multitud de peregrinos de todos los puntos de España; razon por la cual se hubo de labrar, andando los tiempos, arrimado al mismo un hospital ú hospedería para albergarlos, cuyo patronato corria á cargo de la misma casa de los *Ramirez* (hoy de los condes de *Bornos*), los cuales tenian allí cerca grandes propiedades, alguna de las cuales han venido poseyendo hasta nuestros dias en que fué vendida para construir en ella la estacion y arranque del camino de hierro.—Por los años de 1525 y en el reinado del emperador Carlos V se escogió aquel sitio para la fundacion de un convento de religiosos del órden de Santo Domingo, y construido este y el templo nuevo (al que se agregó después en 1588 una suntuosa capilla que Felipe II mandó labrar en el sitio mismo en que estuvo el antiquísimo santuario ó ermita de Nuestra Señora), quedó bajo el patronato real, que el mismo monarca y sus sucesores se apresuraron á aceptar, colmando de privilegios, mercedes y cuantiosos dones á esta casa y santuario, enriqueciéndolo con suntuosas obras de arte, y ostentando por todos los medios imaginables su piadosa devocion hácia la santa Patrona de su corte real.—Un tomo entero no bastaria acaso para extraer siquiera lo mucho que se ha escrito en prosa y en verso sobre el origen y milagros de esta santa imagen; para reseñar la historia de su pomposo culto, los testimonios vivimos de adoracion y de entusiasmo, de que en todos tiempos ha sido objeto por parte de los monarcas, de la corte y vecindario de Madrid; sus solemnes traslaciones, cuando al palacio de nuestros reyes con motivo de graves peligros en su vida, cuando á otros santuarios con ocasion de pestes, guerras y otras; sus regresos triunfales á esta santa casa, de dos de los cuales hemos sido testigos en este siglo después de la expulsion de los franceses, que convirtieron en cuartel la antigua iglesia y convento, y después de la estincion de los regulares y designacion de este edificio para *Hospital de invalidos militares* en 1858.—El templo de Atocha, restaurado en lo posible por la piedad del rey D. Fernando VII, ostenta hoy en su principal altar aquella primitiva y celebrísima imagen. De sus elevados muros penden los gloriosos estandartes de los antiguos tercios castellanos, las inmortales banderas de los modernos ejércitos de la guerra de la independencia. Los dos caudillos mas memorables de ella, *CASTAÑOS* y *PALAFOX*, yacen en sus bóvedas aguardando el monumento nacional que ha de eternizar materialmente las glorias de *Bailen* y de *Zaragoza*; y los veteranos invalidos de nuestros ejércitos, la corte y el pueblo de Madrid llenan constantemente su recinto, y confunden sus plegarias con las de los monarcas, que segun la costumbre introducida desde Felipe III, vienen á este santuario *todos los sábados* á implorar la proteccion divina, y en ocasiones solemnes de su advenimiento al trono, de su entrada en Madrid, de sus casamientos, ó de la presentacion del heredero de su corona, á celebrar las mas grandiosas ceremonias de la iglesia y de su corte.

El trozo de paseo, sin embargo, que conduce á esta iglesia desde donde termina hoy la calle de Atocha adonde se alza la mezquina puerta del mismo nombre, llamada primitivamente de *Vallecas*, y derribada en estos últimos años, es el menos decorado y brillante del Prado, y consiste solo en algunas filas de árboles con un camino central para los coches, y estrechos paseos laterales entre el cerrillo en que estuvo la ermita de *San Blas* (mas abajo de donde hoy el *Observatorio astronómico*) y la cerca que da al camino viejo de Vallecas, hoy ya en parte derribada, y arrimada á la cual está la otra mezquina ermita denominada del *Angel*, y antes del *Santo Cristo de la Oliva*; todo esto tiene que variar muy pronto de aspecto, cuando se verifique cualquiera de los proyectos indicados del ensanche de Madrid por aquel lado, colocando la nueva entrada frente á la esquina del Hospital General. Pero aun este mezuquino paseo ó alameda no existia en esta forma en el siglo XVII, presentando solo el aspecto desnudo y pelado de un camino real.—El otro trozo considerable del paseo moderno que media entre dicha calle de Atocha y la carrera de San Gerónimo consistia hasta fines del siglo último en una sencilla calle de álamos flanqueada por algunas huertas del lado de la poblacion, y por el opuesto limitada por el inundo barranco que venia descubierto desde las afueras de Recoletos, y aun esta alameda no debió plantarse y regularizarse algun tanto hasta 1582, con motivo de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, si hemos de creer lo que asegura el maestro Juan Lopez de Hoyos en su relacion é historia de aquella solemne entrada.

Del otro lado de la Carrera y hasta la calle de Alcalá era donde existió de mas antiguo el paseo primitivo y favorito de los madrileños, pues que vemos que el maestro *Pedro de Medina*, que escribió en 1545 su libro de *Grandezas y cosas memorables de España*, consagraba ya á este paseo las lineas siguientes: «Hácia la parte oriental »(de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se »hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con apo- »sentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con »una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este mo-

(1) Véanse los números anteriores.

(2) No habiendo podido concluir para este número la lámina que debía acompañar al presente artículo, la daremos en el siguiente.

(3) Segun los historiadores y penegristas de esta sagrada imagen, hay motivos para atribuir á S. Lucas, y suponer fué traída á España en los primeros siglos del cristianismo. Su nombre de *Atocha* ha sido atribuido por unos á la yerba *tocha*, que se criaba en aquellos sitios, llamados por esta razon el *atochar*; otros creen que sea corrupcion de *Antioquia*, por haberla traído, dicen, de aquella ciudad de Palestina.

monesterio, hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda, puestos los alamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos puesta por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua, que ayuda mucho á la grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Llamán á estas alamedas *El Prado de San Hierónimo*, en donde de invierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver y de mucha recreacion la multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte.»

Tal es la pintura que hace del Prado de Madrid á mediados del siglo XVI un testigo fidedigno; pero ella debía ser tan encomiástica como de costumbre, cuando sabemos por la tradicion lo escabroso é inculdo de aquellos sitios, y hasta los vemos representados minuciosamente un siglo después en el precioso Plano de 1636.—En él se ven efectivamente dos alamedas formadas por tres filas de árboles desde la calle de Alcalá hasta la Carrera. El barranco que corria por toda la línea del paseo (y que aun hemos reconocido sin cubrir en el trozo de Recoletos) se hallaba poco mas ó menos por donde ahora el paseo de coches, y sobre las alturas cercanas al Retiro, donde ahora el cuartel de Artillería estaba el *juego de pelota*, habiendo tenido la villa que desmontar parte de aquella formidable altura que *estaba allí desde el principio del mundo* (segun afirma seriamente Pinelo) para facilitar el acceso al Real sitio, con ocasion de unas solemnes fiestas en 1657. Próximamente á donde está ahora la fuente de Neptuno habia una torrecilla y una pequeña fuente titulada *el Caño dorado*, y alguna otra igualmente miserable donde ahora las de Apolo y las cuatro fuentes, continuando la calle de árboles estrecha y flanqueada de huertas por ambos lados hasta la puerta de Vallecas, y cesando allí de todo punto el arbolado por el camino de Atocha.

Este era todo el adorno propio de aquellas *deliciosas alamedas* del maestro Medina, de aquel romántico paseo y sitio de recreacion, de aventuras y galanteos de la poética y disipada corte de Felipe IV, la que por lo visto quedaba satisfecha con tan poco aparato y tan miserables condiciones de comodidad. Verdad es que en aquellos tiempos de valor y de galantería, la poesía y el amor solian embellecer los sitios mas groseros ó indiferentes; pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

«Los prados en que pasean  
son y serán celebrados;  
bien haceis en hacer prados  
pues hay bien para quien sean.»

el mismo y Calderon, Tirso y Moreto y los demás escritores de su tiempo se esmeraron en poizarle á porfia con las descripciones mas bellas, y haciéndole teatro de las escenas mas interesantes. ¿Quién no trae á la memoria aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venian á este sitio al acecho de tal ó cual galan perdedizo, ó bien que se le hallaban allí sin buscarle? ¿Quién no cree ver á estos tan generosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival? ¿Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones y entrometidos, aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa que nos revelan sus ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo), y que no solo estaban en la mente de los autores, pues que el público las aplaudia y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad, espejo de su carácter y acciones? ¿Qué gratas memorias no debian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Y cuando su intermediación á la nueva corte del Buen Retiro le hizo acrecer aun en importancia, ¿qué de intrigas, qué de venganzas, qué de traiciones no vinieron tambien á compartir con la historia su poética celebridad!

En los tres jardines reunidos de las casas del duque de Maceda (donde hoy el de *Villahermosa*), del conde de Monterey (hoy *San Fermín*), y de D. Luis Mendez Carrion, marqués del Carpio (hoy de *Alcañices*), fué donde tuvo lugar la famosa fiesta dada por el conde-duque de Olivares á Felipe IV y su corte la noche de San Juan

de 1651, cuya pomposa y curiosísima descripción inserta Pellicer en su libro titulado *Origen de la comedia española*. En ella se representaron dos; una de Lope de Vega titulada *La noche de San Juan*, y otra de Quevedo y de D. Antonio Mendoza con el título de *Quien mas mente medra mas* (que acaso sea la comprendida en las obras de este último con el título de *Los empeños del mentir*). Hubo además bailes, músicas, cena y enramadas, y luego una suntuosa *Rua* por el paseo inmediato hasta el amanecer.

Al lado de Recoletos la ya citada huerta pública del regidor *Juan Fernandez* (hoy de la *Dirección de infantería*), el suntuoso palacio y retiro del célebre almirante de Castilla *D. Juan Gaspar Enriquez de Cabrera*, convertido después por él mismo en convento, y la sala de su teatro en iglesia de las religiosas de *San Pascual*; el otro palacio y jardín contiguo del *duque de Medina de las Torres*, y fronteros á ellos los del *marqués de Monteleagre* y otros, donde ahora la huerta de la Veterinaria y el Pósito, y finalmente los estendidos bosques, huertos y jardines del nuevo sitio real de *Buen Retiro* (de que hablaremos después), acababan por atraer hácia aquel lado la animacion y el bullicio de la corte.—Como contraste de este ostentoso movimiento, de este aparato profano, alzabase, como queda dicho, al extremo meridional del Prado, el severo convento de dominicos de Atocha, y las pobres ermitas contiguas; como al centro del paseo, sobre una altura y lindando con el palacio del Buen Retiro, el otro suntuoso monasterio de San Gerónimo, trasladado á este sitio por los Reyes Católicos en los primeros años del siglo XVI, desde el camino del Pardo, donde habia sido fundado por Enrique IV, en memoria del *paso honroso*, sostenido en aquel sitio por su privado D. Beltran de la Cueva. A este celeberrimo convento, en que tenian su cuarto ó habitación real, acostumbraban á retirarse los monarcas en ocasiones solemnes de duelos, entradas, recibimientos y otras; y en su templo venerable se verificó siempre la solemne ceremonia de la *Jura de los principes de Asturias*, por las Cortes del reino, desde la de Felipe II, que lo fué en 1528, hasta la de S. M. Doña Isabel II, verificada en 1835. Finalmente, al extremo Norte del paseo, otros dos conventos alzaban tambien sus solitarias tapias y religiosas torres en medio de todas aquellas mansiones de animacion y de placer; el ya citado de monjas de San Pascual, fundado en sus últimos años por el célebre cortesano y almirante duque de Medina de Rioseco, y el de *Agustinos Recoletos*, fundacion de Doña Eufrasia de Guzman, princesa de Asculi, marquesa de Terranova, y bajo la protección del famoso marqués de Mejorada, secretario de Estado de Felipe IV, que vino á yacer en él, en su suntuoso sepulcro.

Todo ha variado completamente con el trascurso del tiempo y las exigencias de la época; y donde antes el inculdo aunque poético recinto en que se holgaba la corte madrileña, se estiende hoy y admirauro de los mas bellos y magníficos paseos de Europa. A la voz del gran Carlos III, de este buen rey, á quien debe su villa natal casi todo lo que la hace digna del nombre de corte de la monarquía, y por la influencia y decision del ilustrado conde de Aranda, su ministro, cedieron todas las graves dificultades; hubieron de callar las censuras producidas por la ignorancia ó por la envidia, contra el grandioso pensamiento y sus numerosos detalles, propuestos para la obra colosal de este paseo por el ingeniero D. José Hermosilla y por el arquitecto D. Ventura Rodriguez. Esplazóse grandemente el terreno, con desmontes considerables; terraplenáronse ó se cubrieron y allanaron los barrancos; plantáronse multitud de árboles, proveyéndose á su riego con costosas obras; alzáronse á las distancias convenientes las magníficas fuentes de *Cibeles*, de *Apolo*, de *Neptuno*, de la *Alcachofa* y otras, y se formaron en fin las hermosas calles y paseos laterales, y el magnífico *salon* central. No contenta con esto la ilustracion de aquel inmortal monarca, levantó á las inmediaciones del Prado suntuosos edificios, con destino á importantísimos establecimientos científicos, y que al paso que sirviesen á ellos, concurrieran tambien á dar á aquel brillante paseo todo el realce y grandeza que merece.—Sobre el cerrillo vecino á Atocha fué construido á sus expensas por el arquitecto D. Juan de Villanueva el precioso *Observatorio astronómico*; en la parte baja el lindo y utilísimo *Jardin botánico*, «*Civium salutis et oblectamento*», como dice la elegante inscripcion de su entrada; frente de él la *Real fábrica platería* de Martínez, y mas allá el magnífico *Musso*, con destino á Ciencias naturales, que concluido en el reinado de Fernando VII ha sido destinado á Pintura y Escultura, y forma hoy el orgullo de la corte matritense; mejoró y decoró el sitio del Buen Retiro, cercándole con un fuerte muro, dividiéndole del Prado con una elegante verja, y dándole su entrada principal por la puerta de la Glorieta, frente al *Pósito*; últimamente, al frente de la calle de Alcalá, y terminando la avenida principal á este hermosísimo paseo, un buen trecho mas allá de la antigua y mezquina puerta, se alzó el suntuoso arco de triunfo, que sirve, al paso que para dar á la capital su mas digna entrada, para perpetuar tambien la memoria de la del mismo rey D. Carlos III en 1759, y su elevacion al trono español.

## EL BUEN RETIRO.

Todo el mundo sabe que la fundación del hermoso sitio real del *Buen Retiro*, que tiene sobre los demás la ventaja de hallarse dentro del recinto de la capital constituyendo uno de sus principales ornamentos, fué debida á la época galante y caballeresca de Felipe IV, el cual, bajo la inspiración del valido conde-duque de Olivares, quiso ostentar en este sitio todo el gusto y la magnificencia propios del monarca de dos mundos.

La Corte del Buen Retiro presentó pues durante todo aquel reinado el espectáculo de animación mas halagüeño: hermosos y dilatados bosques y jardines, régios palacios, magníficos salones, una población numerosa, templos, teatro, cuarteles y otras dependencias: nada faltaba para dar al Retiro la importancia de una ciudad. La inclinación natural del monarca hácia el sitio que habia creado; la destreza con que por medio de brillantes funciones sabia cautivar su ánimo el afortunado favorito; las costumbres caballerescas y poéticas de una corte que dictaba las leyes á la España, al Portugal, á Italia, Flandes y el Nuevo mundo, al paso que encerraba en su recinto poetas como Lope de Vega, Calderon, Tirso y Quevedo, y pintores como Velázquez y Murillo, todas estas circunstancias reunidas se reflejaban en este recinto mas que en ninguna otra parte de la monarquía, y nuestros libros de la época estan llenos de los certámenes y representaciones, las máscaras y otros festejos, con que los ingenios cortesianos alternaban honrosamente con el mismo monarca, que no se desdeñaba en mezclar sus producciones á las de aquellos.

Siguió la boga de este Real sitio por todo el reinado de la casa de Austria, hasta que la nueva dinastía, que empezó en Felipe V, quiso tener su Versalles al pié de las sierras carpentanas, y dió en la estación de primavera la preferencia á los deliciosos jardines de Aranjuez. Sin embargo, gran parte de los que viven en Madrid han podido conocer el Retiro antes de la dominación francesa; han asistido en él á las etiqueteras cortes de Carlos III y de Carlos IV, y visto campar en sus salones las anchas casacas y empolvados pelucones que sustituyeron á las plumas, capas y ferrerueros; aun pueden recordar las famosas óperas que Fernando el VI importó de Italia ejecutadas en aquel teatro, cuya decoracion muchas veces consistia en los mismos bosques en que estaba edificado; han visitado en fin la magnífica casa-fábrica de la China, que llegó á competir con las primeras de su clase en el extranjero, y esta fué sin duda la causa de su ruina por los ingleses en 1812.

El aspecto material de este Real sitio en aquella época, segun aparece minuciosamente detallado en el gran plano de 1636, tantas veces citado, era el siguiente.—A su entrada por frente á la Carrera de San Gerónimo existia ya la gran plaza cuadrada llamada *de la Pelota*, por hallarse este juego en el local que ocupa hoy la capilla ó Iglesia provisional. A su lado derecho se levanta el suntuoso salon llamado *de los Reinos*, donde se juntaron las Cortes españolas hasta las últimas de 1789 que declararon la abolición de la ley Sálica. Este magnífico local, cuya estension, anchura, escelentes luces y riqueza de decoracion es correspondiente á tan digno objeto, escita además el interés histórico por su rico artesonado recamado de oro, en que brillan las armas y blasones de los muchos y estendidos reinos que en aquellos tiempos componian la corona de España, colocados por este orden: Castilla, Leon, Aragon, Toledo, Córdoba, Granada, Vizcaya, Cataluña, Nápoles, Milan, Austria, el Perú, Brabante, Cerdeña, Méjico, Borgoña, Flandes, Sevilla, Sicilia, Valencia, Jaen, Murcia, Galicia, Portugal y Navarra.—Hoy está ocupado por el precioso *Museo de Artilleria*, y á su entrada hay colocadas dos estatuas colosales de los monarcas Felipe IV, fundador del Real sitio, y Luis I que nació en él. Esta plaza fué consagrada en 1657 para celebrar en ella la magnífica fiesta Real de toros, cañas y mascarada con ocasion del advenimiento al imperio del rey de Hungría, cuñado de Felipe IV, cuya pomposa descripción ocupa largas páginas de los analistas matritenses.

A la derecha de esta plaza estaba el Palacio Real, que con el teatro y las casas de oficios formaba un gran cuadro con sendas torrecillas en sus cuatro ángulos, y dejando en el centro una hermosa plaza ó *parterre*; en una de las alas de este cuadrilongo estaba el *Teatro*, y unido á él por un paso el elegante edificio que aun existe llamado el *Cason*, y destinado á sala de bailes, el cual fué decorado con preciosas pinturas al fresco, de mano de Lucas Jordan, borradas bárbaramente en 1854 cuando se destinó este salon para la reunion del *Estamento de Próceres*. Hoy está ocupado por el *Gabinete topográfico de S. M.*—En medio de la gran plaza formada por el palacio, teatro y casas de oficio, se alzaba la *estatua ecuestre de Felipe IV*, obra del célebre escultor florentino Pedro Tacca, que hoy campea en el centro de los jardines de la plaza de Oriente; y continuaba después el caserío hasta tocar con el monasterio de San Gerónimo que comunicaba y venia á formar como una parte del sitio Real. A este se entraba tambien por una puerta

muy curiosa y que no carece de elegancia, que muy oportunamente se ha conservado y colocado en la nueva entrada que ha de tener el sitio por aquel lado.

Por detrás y á los lados del palacio y demás caserío se estendian los inmensos bosques interpolados con lindos jardines; por ejemplo, en donde ahora está el precioso *parterre* habia uno en cuya plaza central llamada *el ochavado* venian á confluir ocho calles cubiertas de enramado. Mas arriba estaba la *Ermita de San Bruno*, que sirvió después de parroquia del Real sitio donde ahora el estanque llamado *de las campanillas*. El otro estanque grande y principal que hoy vemos, brillaba ya por su asombrosa estension de 1006 piés de largo por 445 de ancho ó sea una superficie de 445,638 que equivale á tres veces y tercia la de la Plaza Mayor. A sus márgenes se alzaban hasta cuatro embarcaderos y varias norias, y tenia en su centro una isleta oval con árboles, en la cual en ocasiones solia alzarse un teatro por disposición del favorito conde-duque de Olivares para obsequiar con representaciones escénicas al monarca y su corte; y aun trasformada á veces con suntuoso aparato en la mitológica mansion de la hechicera Circe, servia de escena á complicadas y brillantísimas farsas navales y terrestres, diversion que cierta noche de San Juan pudo costar cara á los concurrentes á causa de un fuerte vendabal que se levantó alterando las aguas de aquel tranquilo océano y echando por tierra los artificios levantados en la misma isleta, con gran desman de actores y espectadores.—Desde el mismo estanque arrancaba un canal llamado *el Mallo*, que siguió en direccion de donde hoy está la *Casa de fieras*, daba luego vuelta á los confines del Real sitio, é iba á desembocar en otro grande estanque situado donde después se alzó la casa *Fábrica de la china*, volada por los ingleses en 1812, y en cuyo centro se elevaba entonces una elegante iglesia ó ermita llamada de *San Antonio de los Portugueses*.—Los nuevos jardines, reservados hoy, á espaldas del estanque y á su costado izquierdo, eran entonces frondosas alamedas y bosques, y se llamaban el *Cazadero de las liebres*, y *Las atarazanas* donde hoy la casa de fieras. Hácia la puerta de Alcalá estaba la *Huerta del rey* con una ermita de la *Magdalena*, el *Cebadero de aves*, y otro canal llamado *Rio-chico*. No existia la entrada de la *Glorieta*, ni el enverjado de hierro (obras de Carlos III); pero si los frondosos bosques entre esta y la de San Gerónimo, y donde ahora está la casa *palacio de San Juan* habia otra *ermita* dedicada al mismo santo.—Lo demás del estendido recinto de este Real sitio, y que ya en el siglo XVII venia á tener los mismos limites que en el día, aunque sin la fuerte cerca que hizo construir Carlos III, y que comprende mas de la cuarta parte de la de toda la población de Madrid ó casi tres cuartos de legua, fué con el tiempo cubriéndose de bosques, plantíos, con algunas otras ermitas, de San Pablo, de San Isidro y otras, é interpolados con ellas varias quintas, templetos y descansos para la diversion de las cacerías.

Pero este Real sitio sufrió una casi destruccion en los primeros años de este siglo, cuando ocupado Madrid por las tropas francesas, fué convertido por ellas en una imponente ciudadela con que tener en respeto á la arrogante población. Sus régias habitaciones, ó demolidas ó trocadas en baterías, cuarteles y establos, sus jardines en terraplenes y campos de maniobra, y los escasos árboles que aun daban testimonio de sus antiguos bosques, veíanse regados con la sangre de las victimas madrileñas. Honor era y deber del monarca español restituido al trono de sus mayores borrar aquel testimonio de desdicha, y tornar á la capital del reino su primer adorno y solaz. No quedaron pues defraudadas las esperanzas de los habitantes de Madrid; y Fernando VII, consagrando grandes sumas á la reparacion de este Real sitio, alcanzó en pocos años á ponerlo en un estado de brillantez y lozanía que iguala por lo menos si no excede al que pudo tener en los reinados anteriores. Pero el palacio, teatro y edificios contiguos destruidos por los franceses (y que si hemos de creer á los que aun los han conocido valian poco bajo el aspecto artistico) no han vuelto á levantarse: construyéronse si otros edificios en diversos puntos del Real sitio, como la casa *Palacio de San Juan*, la nueva *Casa de fieras*, la *Pajarera*, la *Faisanera*, el *Salon Oriental*, el *Mirador*, los *Embarcaderos*, la *Casa del Pescador* y otros. Plantáronse nuevos bosques, paseos, jardines y laberintos, y muy especialmente en la parte reservada á S. M. que comprende desde la casa de fieras hasta la montaña artificial; y se pusieron en planta en ellos varios primores, que si no indican el mayor gusto ni la grandeza de ideas en los encargados de ejecutarlos, prueban por lo menos la solicitud y esplendidez del monarca hácia su sitio favorito. Hoy su augusta hija y nuestra soberana Doña Isabel II, dando mayor importancia á la parte pública de estos espléndidos jardines, los ha enriquecido y decorado de un modo digno de la capital del reino, proporcionando á sus habitantes su mas preciado desahogo y comodidad.

## EL CAMBIO DE LAS EDADES.

## CUENTO.

(Conclusion.)

Una risotada se oyó á su lado, le hizo levantar la cabeza refunfuñando, y ver un niño que se escapaba contento por la puerta. Este niño era Martin, el viejo zapatero; ó por mejor decir, no era ya Martin, sino mas bien Cristóbal mismo, con su blusilla, su pelo rubio rizado, su cara de rosa, su andar listo; era el antiguo zapatero que se escapaba bajo los vestidos con la edad y facciones del pobre Cristóbal.

Por un singular capricho de la encantadora, ambos á dos, Cristóbal y Martin, no obstante el cambio que habian hecho de sus personas, debian conservar el recuerdo de su condicion primera. Martin, convertido en Cristóbal, se recordaba haber sido Martin; Cristóbal, vuelto en Martin, se acordaba haber sido Cristóbal.

Bien se deja pensar que después del gran martillazo sobre los dedos, eran poco gustosas al nuevo zapatero en aquel momento las dulzuras de ser artista en calzados. Arrojó por el cuarto tirapié, martillo, lezna y otros instrumentos de su arte, y después, con las dos manos apoyadas en cada lado de su silla, ensayó levantar su cuerpo del asiento de cuero, donde parecia retenido por alguna fuerza sobrenatural.



Palacio de Belle-vue en Francia (Pirineos).

—¿Qué es esto? dijo, no puedo mover ni piés ni manos! Ay! ay! ¿que es lo que siento? Misericordia, socorro!

A los gritos del buen hombre acudió un vecino.—Qué se ofrece, maestro Martin?—Ay! ay!—Os molesta hoy la gota?—¿Cómo, qué es lo que decís? exclamó Cristóbal espantado, ¿yo estoy enfermo? ¿yo tengo gota?—Yo por mi nada sé, puesto que os lo pregunto. Quizá solo será vuestro reumatismo...—Ay Dios mio, mi reumatismo!...—No os digo eso, vecino, para contradeciros; si es simplemente vuestra perlesía que repite, sea en buen hora.—Decís parálisis? ¿qué entendéis por eso?—Vuestra perlesía. Parece que este pobre hombre se ha vuelto loco. ¿No os acordais ya del ataque que sufristeis habrá cuatro años por Pascua? Ni podiais beber, ni comer, ni hablar, ni andar; en el caso que os repitiese, vecino, sería una desgracia sin duda; pero ¿qué remedio? A vuestra edad es menester esperar la muerte todos los dias.—No quiero mor...

Una tos terrible, a misma que le habia costado el gran martillazo en los dedos, le oprimió la garganta, lo saquió, lo sofocó tanto y con tanta fuerza, que permaneció mas de una hora torciéndose y dando palmadas antes de poder hablar.

—En fin, cuando hubo cesado el acceso, gritó Cristóbal llorando de todo corazón: pero yo os digo que no quiero morirme! nunca he estado malo, ni de la gota ay! ay! ni tengo gota, oh! cómo esto me punza, ni... ni... ni estoy constipado.

—Vecino, ved ahí vuestro catarro que empieza de nuevo á hacer de las suyas: sin rodeos, vaya, ¿quereis que vaya á buscar el médico?—No tengo necesidad de vuestro médico, exclamó el afligido viejo: quiero irme á mi casa, volver á ver á mi mamá, volver á la escuela; me llamo Cristóbal, no tengo mas de seis años, y no quiero morir.

Era menester haber oido estas palabras para comprender con qué acento de desesperacion se decian; era preciso haber visto aquel viejo

que hacia poco tenia todavía solo seis años, llevarse violentamente la mano á la cabeza, querer arrancarse los hermosos cabellos rubios, y no traerse en la punta de sus secos dedos mas que una peluca espantosa; sería necesario, digo, haber sido testigo de todas esas cosas, para formarse una idea exacta del español y los lamentos del desgraciado zapatero.

El vecino le dejó muy pronto, persuadido de que estaba rabioso, poseído del diablo, y loco.

El resto del día, Cristóbal lo pasó sin conocimiento, tendido entre unas pieles viejas, de cubetas de agua corrompida y puntas de clavos, que muchas se le metieron en las pantorillas. No se sabe cuánto tiempo habria permanecido en esta posición molesta, si cerca de la noche un ruido espantoso lo hubiese vuelto en sí. Este ruido andaba en la sala, en sus oídos, muy cerca de él.

El miedo le dió fuerzas. Se levantó precipitadamente.—Quién está ahí?

—Soy yo, Martin, dijo una voz infantil. Todo lo rompo, todo lo destrozo, todo lo quemo, si tú no me devuelves mi tienda. Máchate ó te hundo á latigazos con el tirapié.

La alegría renació en el corazón de Cristóbal. Eres tú, viejo zapatero? dijo al niño; ¿eres tú el que hace todo ese estrépito para recuperar tu martillo, tus zapatos, tu lezna, tu edad y tu figura? Oh! no creas que yo quiero ser contra tu voluntad, ni permanecer siendo Martin, cuando tú no quieres ser ya Cristóbal. Me conformo, eso es lo que deseo: vuélveme lo que me has tomado, y yo te devolveré lo que me has dado. Mas ¿es posible esto ahora? La señora encantadora será tan benéfica, que nos restablezca en el estado que teníamos esta mañana? No soy yo Martin y tú Cristóbal?

—Gracias por la fineza, respondió el ex-zapatero. Muy bien puedes recuperarlo. Por lo que hace á mí, estoy mas que cansado de ser Cristóbal, y de la escuela, y de los seis años, y del pan seco, y de la prision, y de otras cosas. Es mucha abominacion dar azotes á un hombre de mi edad!

—¿Te han azotado, mi pobre niño, dijo Cristóbal, que retenia mal una enorme gana de reir; te han dado azotes á ti, Martin?

Es decir, que creían dárteles á ti, Cristóbal, pero al fin yo soy el que los ha recibido, y es muy desagradable. No he vivido setenta y dos años para que me azote un maestro de escuela. No hay en esto razon. Primeramente, figúrate que después de nuestro cambio, al salir de aquí, me encuentro en medio de una tropa de muchachos que cacheteo por broma, y que me hunden á golpes de veras. En la batalla pierdo mi gorra, uno de mis zapatos, y mas de la mitad de mi camisa. El maestro de escuela, que pasaba en este momento, me agarra por el cuello y me lleva á la clase; me manda que me ponga de rodillas y yo no quiero; trata de hacerme leer, no quiero; me dice vaya á la prision, no quiero ir. Entonces, lo entiendes, le ocurre aporrearme con unas disciplinas; me defiende; me coge la cabeza entre sus piernas; le muerdo con todas mis fuerzas; da mas fuerte con sus disciplinas y yo grito: soy el maestro Martin, zapatero de hombres y mujeres. ¿Queréis soltarme, señor... (ni aun sabia su nombre.)

—Se llama Perez.

—Sea Perez ó como quiera, me es igual. ¿Queréis dejarme, le dije, ruin? Soy un hombre establecido, tengo una tienda en la Plaza Mayor, me quejaré contra Vd. al juez: me llamo Martin, lo entendeis? Martin... Mas en vano gritaba Martin, Martin. Tu maestro Perez continuaba pegándose como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. Eu fin, de cansado ó por compasion, abrió las dos piernas, me dejó libre, me dió una gran bofetada que me arroja á la puerta, y escapo. Ya estoy aquí, vuélveme mi silla forrada de cuero, mis setenta y dos años y mi tienda.

—Ay! con mucho gusto; mas la encantadora, la buena encantadora, ¿consentirá este nuevo cambio?

—Lo permite, dijo una voz que salia no se sabe de dónde. Era la voz del hada, y ya Cristóbal habia vuelto á ser Cristóbal, y Martin habia tomado de nuevo la forma de Martin.

Cristóbal, que habia vuelto á bajar á la edad de seis años, se palpaba desde los piés á la cabeza para asegurarse de que era él ciertamente, y no otro alguno. Miraba al viejo Martin, que lo inspeccionaba á su vez, ambos muy admirados y muy contentos. Luego que tributaron á la sorpresa, á la alegría, los primeros momentos de su nueva existencia, llegó el turno del reconocimiento, y se arrodillaron delante de la buena encantadora para darla las gracias.

—No os castigo, les dijo esta, por los deseos que habeis formado uno y otro. El logro de esos deseos insensatos ha sido por sí mismo un suficiente castigo. Pero si no he puesto término á vuestros dolores, que al menos la experiencia de vuestra metamorfosis os sea provechosa. Contentaos con lo que existe, sin desear lo que pasó, ó puede venir. No hay un día en la vida del hombre que no tenga sus penas; las de la infancia se soportan mas fácilmente.

—Menos, sin embargo, dijo Martin, cuando un maestro de escuela...

la... La encantadora le echó una mirada severa, y continuando dirigiéndose á Cristóbal, dijo: no desees jamás envejecer, mi pobre niño, á no ser para llegar á mayor perfeccion y mas conocimiento. Lejos de afligirte por los ligeros pesares de tu edad; lejos de desear crecer para escapar de lo que crees son castigos, fatigas, males, acoge todo esto como bienes; da gracias á Dios de que eres todavía pequeño, porque lo sabes, Cristóbal, y has hecho una dura experiencia recientemente de que hay en la vida dolores mas agudos que los de ser penitenciado en la escuela, comer pan seco y estudiar la leccion. No te lamentos pues otra vez de que te imponen deberes; no te digas ya desgraciado porque se te castiga tu pereza: muy al contrario, felicitate de lo poco que sufres; esos padecimientos se dirigen á tu bien; y suceda lo que suceda, está seguro de que la infancia es la mas dichosa de todas las edades.

—Sin embargo, dijo Martin, no es preciso que un maestro de escuela...

De improviso, uno de los cajones de la vieja cómoda se abrió y volvió á cerrar con violencia. La encantadora no estaba ya en la sala.

—¿Sabes lo que nos ha dicho durante un cuarto de hora? preguntó Martin á Cristóbal; en cuanto á mí, quiero volver á casa del maestro de escuela si he entendido una sola palabra de cuanto nos ha relatado la buena muger!...

—Si, si, murmuró en voz baja Cristóbal, como quien habla consigo; sí, es muy cierto que soy feliz, no teniendo otra molestia mas que la de aprender á leer, y la de ir á la escuela. Qué diferencia, cuando tenia catarros, perlesias, rehumas!—Ay Dios mio! exclamó Martin, pues qué ¿tenias reumatismos, catarros, perlesias...

—Y la gota, dijo Cristóbal...

—Tienes razon, pues siento la mia que discurre por las piernas... ¿Quieres que volvamos á llamar la encantadora?

—Gracias, maestro Martin. Por esta vez conservo mis seis años, y me marcho muy pronto á juntarme con mis camaradas en la escuela. ¡Qué placer! dijo brincando de alegría.

Cuando se retiraba á todo correr, le gritó Martin desde el umbral de la puerta: señor Cristóbal, ten la bondad de dar mis memorias al maestro Perez, y dile cuánto siento no ser ya su discípulo.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

—Ya, ya lo entiendo, señor D. José, dijo Miguel con una alegre sonrisa. ¿Conque D. Mateo se casa con Juana? Vaya, que sea en hora buena. La muchacha vale mas oro que el Perú... Y qué mal la trata el hereje de su hermano! Si la pobre Mari que se miraba en los ojos de la chica levantara la cabeza... ¡Válgame Dios, señor D. José, que picardias se ven en este mundo!

—Como este tiene fama de rico á pesar del robo, Bautista querrá hacerle pagar la gana...

—Tiene Vd. razon, señor D. José, y mas siendo el tal Bautista tan ambicioso.

—Pues para evitarlo quisiéramos que nos hiciese Vd. un favor.

—Con el alma y la vida, señor D. José. Dígame Vd. de qué manera puedo servirlos á Vds.

—Comprando la casa de Echederra como que es para tí.

—No diga Vd. mas, señor D. José; quedarán Vds. servidos. Mañana si Dios quiere, de paso que bajo á misa, iré á ver á Vds. y nos pondremos de acuerdo.

—Corriente, Miguel.

—Conque vaya, ¿tienen Vds. que mandar algo para los Somos?

—Nada; memorias á tu familia.

—De parte de Vds. Den Vds. las mias á Doña Antonia.

—Así lo haremos, y la encargaremos que te tenga preparada para mañana una buena tortilla con magras y un buen jarro de vino.

—Je, je, je! No vendrá mal, señor D. José. Vaya, que siga el alivio de D. Mateo, y hasta mañana si Dios quiere.

—Adios, Miguel.

El cesterero siguió su camino, y el cura y Mateo continuaron el suyo á la luz de la luna que alumbraba hermosa y clara como el sol á mediodía.

## VIII.

## GANANCIAS Y PÉRDIDAS.

En una de las calles mas oscuras y menos frecuentadas de Bilbao habia una tiendecilla, en la cual entraban personas cuyo aspecto revelaba la miseria. Aquellas personas iban á dar ó tomar dinero, pero rara vez á comprar.

Tras el mostrador de aquella tienda se veia constantemente á Bautista contando y recontando dinero, examinando y volviendo á examinar ropas y alhajas, hojeando y mas hojeando recibos cuya procedencia é importe conocia á pesar de no saber leer. Algunas veces daba una voz desde la puerta de la trastienda, y aparecia inmediatamente tras el mostrador Juana, la que, por mandado de su hermano, hacia apuntaciones en un cuaderno, ó sacaba por medio de guarismos una cuenta que Bautista habia sacado por los dedos pocos momentos antes.

Daba lástima ver la desnudez y la demacracion de aquella pobre jóven; para ella no habia descanso, ni caricias, ni quien enjugara las lágrimas que derramaba continuamente al acordarse de sus padres, al pensar en su hermano Ignacio cuya suerte ignoraba, y al saber que Mateo seguia enfermo. Solo habia para ella hambre, desnudez, insultos y golpes; pero ninguna queja salia de sus labios. Bautista, prevalido de su fuerza y de la debilidad de su hermana, ejercia tal predominio sobre esta, que la desgraciada jóven temblaba al escuchar su acento, enmudecia é inclinaba con humildad y dolorosa resignacion su frente ante la mirada de aquel hombre sin corazon.

Una noche entró en la tienda de Bautista un hombre de cara y manos tiznadas. Bautista se inmulo al verle, y se apresuró á cerrar la tienda, aunque faltaba un buen rato para la hora á que la cerraba todas las noches. En seguida cerró la puerta de la trastienda después de examinar esta con cuidado, y viendo que el reciénvenido habia tomado asiento casi sin saludar, se sentó á su lado.

—¿Qué tenemos, Chomin? preguntó al forastero.

—Tenemos, contestó éste, que el pájaro está cansado de la jaula, y dice que puesto que no le sacais de ella como le prometisteis, va á cantar. Mientras yo le acompañé, tuvo paciencia; pero desde que cobré la libertad, gracias á haber probado que la noche de marras estuve cantando al ladito de mi oya, se aburre de lo lindo y dice que va á cantar para que atraidos por su canto vayais á hacerle compañía.

Bautista dió una patada en el suelo profiriendo una obscena interjeccion y dijo:

—¿Y por qué me habeis de echar á mí todas las cargas cuando todos tenemos la misma obligacion de sufrirlas?

—Yo por mi parte he hecho mas de lo que me correspondia; para veinte miserables onzas que me disteis, he pasado veinte semanas en la cárcel, y vosotros que sin contar las alhajas, repartisteis á mas de doscientas onzas cada uno, no habeis visitado los calabozos de Avellaneda. En cuanto á los otros, se han largado al quinto infierno; de manera que tú eres el único que corre riesgo de ir á chirona, si á uerza de argumentos amarillos no convences á los curiales de que deben abrir la jaula al pájaro.

—Te aseguro, Chomin, que no tengo un cuarto.

—A otro can con ese hueso! Si estás ganando el oro y el moro con tus préstamos al ciento por ciento al mes... Andate con tiento, Bautista, que en Güeñes empieza á correr cierto run run poco agradable á tus oídos.

—¿Y qué me importan á mí las habladurías de los de Güeñes?

—¿No has oido contar lo de Rumbana?

—No, ni me importa...

—Pues hombre, es extraño! porque hasta los niños de teta saben en las Encartaciones lo que sucedió á Rumbana. Te lo voy á contar, puesto que no lo sabes.

—Chomin! déjate de cuentos que no vienen á pelo.

—¿Cómo que no vienen á pelo? Verás si vienen ó no vienen. Rumbana era un vecino de Zalla, que *rumbó* mucho tiempo con lo que le valieron en venta los bienes heredados de sus padres; pero al fin se le acabaron las amarillas, y el pobre hombre se daba á los demonios por no poder rumbar. Deseando volver al buen tiempo pasado, se plantó una noche en Güeñes, se sopló en casa de un richacho, y volvió á Zalla con una buena provision de doblones. Por mas diligencias que se hicieron no se pudo descubrir al ladron; pero cuando ya no se acordaba nadie del robo, héte que pobres y ricos, viejos y jóvenes, empiezan á cantar:

«Rumba, Rumbana,  
los doblones de Güeñes  
rumban en Zalla.»

El teniente corregidor de Avellaneda oyó el cantar, echó los cinco mandamientos al pobre Rumbana, y le hizo rumbar en la horca. Conque aplica el cuento, compañero, y verás si viene á pelo ó no viene; verás si el run run que empieza á correr en Güeñes puede llegar á oídos del Teniente. Tú dijiste: aunque tengo dinero no puedo hacer uso de él en Güeñes y aun en Bilbao, sin que alguien pregunte: ¿de dónde salen esas misas? y alguien responda: de casa del cura. Pues señor, vendáms la casa y echémonos á comerciar; que así nadie estrañará que uno tenga capital para ello, y comerciemos algo lejos para que las gentes que me conocen bien fiscalicen poco mis operaciones. ¿No es verdad, Bautista, que así ni mas ni menos dijiste?

—¿Pero, Chomin, á qué viene todo eso?

—Viene á decir que entonces te portaste como hombre de talento, y que para portarte hoy como tal, debes darme una docenita de onzas que necesita el compañero para convidar á sus guardianes, á ver si le dejan largarse.

—¿Es imposible, Chomin, es imposible! No las tengo; y aunque las tuviera, ¿te parece que debo hacer mas desembolsos, habiendo hecho tantos?

—Bueno, haz lo que quieras. Voy á dar tu contestacion al pájaro enjaulado. Verás qué lindamente canta...

—Ah! exclamó Bautista en el colmo de la desesperacion, mal rayo de Dios me hunda, que esto no es vivir; esto es agonizar; esto es sufrir mil muertes; esto es pasar en la tierra los tormentos del infierno! Ni duermo, ni sosiego; siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre con el infierno en el alma... Soy el hombre mas desgraciado de este mundo!...

—Tú lo quisiste, fraile mosten, tú lo quisiste, tú te lo ten, dijo Chomin con insolente rechifla. Conque vengan las doce del pico, compañero, que si no canta el pájaro.

Bautista apretó los dientes, meneó la cabeza, profirió un horrible juramento, y sacando de un cajon seis onzas de oro, las tiró sobre el mostrador.

—Vengan las otras seis, compañero, dijo Chomin.

—Bastantes habrá con esas.

—El pájaro quiere doce.

Bautista echó una onza mas.

—Suelta las otras cinco, compañero.

Bautista echó otra onza y otro juramento.

—Vamos, compañero, que ya faltan pocas.

—No tengo mas.

—Compañero, que va á cantar el pájaro...

Bautista tiró otra onza.

—Suelta las tres restantes...

—Tres centellas que nos partan, y á mí el primero!

—Compañero, que el pájaro está rabiando por cantar...

Bautista echó otra onza y otro taco.

—Vamos, compañero, que ya faltan pocas...

—Primero me dejé desollar vivo!

—Que canta el pájaro, compañero, que canta el pájaro!... Que te huele el pescuezo á...

Bautista arrojó sobre el mostrador otra onza.

—Yaya, compañero, ánimo! un esfuerceito mas!...

—No doy mas aunque me hagan tajadas...

—Que canta el pájaro...

—Que cante cuanto quiera...

—Pero hombre, ¿por una triste onza vas á consentir que te aprieten el gañote?... Sabes que estarás bonito con un palmo de lengua fuera, dando zapatetas como los voltineros?

Bautista arrojó otra onza, exclamando furioso:

—Tómala, y gástala en cordel para ahorcarme.

—Esos son gastos del verdugo, contestó Chomin con mucha calma, acabando de recoger las onzas. Vamos, añadió, ábreme la puerta, que me voy á Avellaneda á ver si antes que amanezca puedo alargar estos cañamones al pájaro por entre los alambres de la jaula. Desde Avellaneda me iré á los rebollares de la Arhosa, donde tengo una oya si haldea ó no haldea, porque como fuisteis tan ruines conmigo al hacer el reparto, he tenido que agarrarme otra vez al hacha.

Bautista abrió la puerta de la tienda, y Chomin se alejó.

(Continuará.)

## EN EL ALBUM DE MILADY C...

Dáme de tu poeta  
que cantó nuestra hermosa Andalucía (1),  
la lira, de las musas siempre amada;

(1) Hojas adelante estaba copiado en este Album el famoso canto de Lord Byron, Andalucía.

quizás de la secreta  
fascinación que siente el alma mía  
al tono inmenso la hallaré templada.

De esta ribera hermosa  
dáme los cantos que repite el eco,  
plácidos cantos de Leon y Herrera;  
de esta brisa amorosa  
dáme el suspiro que de hueco en hueco  
en paraíso torna la ribera.

¿Qué sones de mi lira,  
luna entre nubes en mis tristes manos,  
podré arrancar que á tus sentidos llegue?  
En torno, hermosa, mira;  
ese sol, esos campos sevillanos,  
¿no harán que calle, di? ¿no harán que ciegue?

Lluvia de perlas rica  
el ola que surcamos blandamente,  
alba cascada á nuestros piés se estrella.  
¿Quién su murmullo esplica?  
¿y quién habrá que de su voz intente  
soltar el canto cuando canta ella?

En flores empapado,  
como el aliento de la dulce abeja  
cuando cargada en miel torna á su nido,  
ambiente regalado  
de tu cabello á la sin par madeja  
salpica perlas y á tu pie pulido.

El sol de Andalucía  
á la ilustre ciudad de San Fernando  
cobija con su manto de escarlata,  
y luego se estasia  
en ir tus ojos á su luz cerrando  
cual flor que de la noche se recata.

¡Cuán bello el canto mudo  
de este sol, de esta luz, de estas riberas!  
¿cómo ha de osar interrumpirlo el mio?  
Pobre quizás y rudo  
el canto de los ángeles creyeras  
entre los cantos del morisco río.

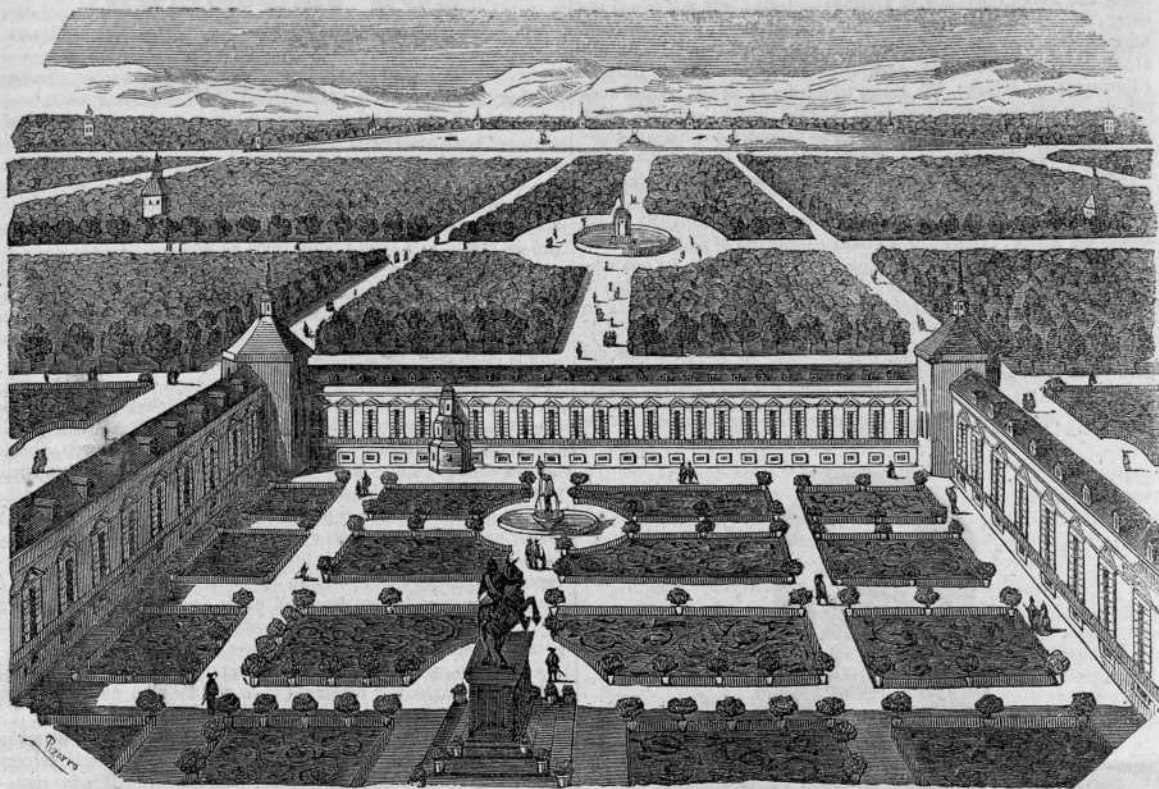
V. BARRANTES.

4 de mayo de 1855, á bordo del vapor *San Telmo*.



La presente lámina pertenece á la bella edicion de *Los tres Mosqueteros*, que acaba de publicarse en la BIBLIOTECA UNIVERSAL, y cuya segunda parte, ó sean *Veinte años después*, comenzará á repartirse esta semana.





(Vista general del Retiro, á fines del siglo XVII.—Véase el artículo publicado en el número anterior.)

## DON JUAN DE AUSTRIA.

Aunque D. Juan de Austria no nació en España, pertenece á ella, que le dió educacion y medios para inmortalizarse. Por eso recordamos aquí su nombre, absteniéndonos de escribir su vida, enlazada íntimamente con la historia de la época, en que representó un papel principalísimo. Para escribirla necesitase recorrer mas vasto campo que el necesario para estender un artículo de periódico, que si ha de ser leído, no puede sujetarse á examinar las cosas de que trate con profundidad y detenimiento, sino á la ligera y de galope, y como si dijéramos á modo de *interpelacion*, porque ahora *los minutos son siglos*, como dice uno de nuestros amigos.

Solo diremos pues que D. Juan de Austria nació en Ratisbona en 1545, á 24 de febrero, el mismo dia en que años atrás habia nacido Carlos I su padre. Fué su madre Bárbara de Blomberg, conocida por su belleza y su habilidad en el canto.

Siendo D. Juan de un año, ó poco mas, le encomendó el emperador su padre á su mayordomo D. Luis Quijada, caballero de experimentada fé, para que con el mayor secreto le educase en su casa, ocultando á todos el nombre del padre.

Entrególe Quijada á su mujer, Doña Magdalena de Ulloa, matrona verdaderamente española, y de incorruptibles costumbres, á la que solo dijo, al entregársele en su casa de Villagarcía, que el niño era hijo de un su amigo, á quien tenia particulares obligaciones. Aunque sospechase Doña Magdalena que fuese hijo de su mismo marido, como amaba á este profundamente, educó con diligente y cariñoso cuidado el tierno depósito que se la confió.

Habiéndose prendido fuego una noche á la alcoba donde dormian Doña Magdalena y el niño, despierta Quijada al ruido que oye desde su cuarto, y acude y pone ante todo en salvo al *jóven de Austria*, y luego vuelve á socorrer á su esposa.

Este solo incidente nos escusa de estendernos en describir el cuidado que el noble depositario tuvo en la educacion de lo que trataba de guardar aun con preferencia á la vida de una mujer á quien amaba perdidamente.

Enseñóle al mozo todos los ejercicios propios de un caballero, y con suma perfeccion el de cabalgar, en el que alcanzaba Quijada gran maestría.

Y sin duda que á esa educacion tan liberal y bien entendida debe el jóven, *vencedor en Lepanto*, gran parte de la gloria que obtuvo después.

Muere Carlos I, mas antes de morir llama á su hijo Felipe II, y le declara quien es D. Juan, y le encarga que le mire como hermano.

Dispone Felipe II una cacería fuera de Valladolid hácia el monasterio de Espina, habiendo anteriormente dado orden á Quijada que llevase tambien allí á caza á D. Juan: iba aquel en un caballo, cuya hermosura realizaban lujosísimos arreos: D. Juan en otro no tan bien enjaezado. Pero al llegar al monte de Torozos (que estaba en aquel tiempo mas poblado que lo está ahora en todos aquellos contornos de Villanueva y Villagarcía) apéase Quijada y manda á D. Juan que haga lo mismo: le presenta su caballo, pidiéndole el suyo, con muestras de gran respeto; y declara por último al atónito D. Juan que es hijo del emperador. A pocos momentos aparece el rey: D. Juan se le humilla, doblando una rodilla. Felipe II le reconoce por hermano, y juntos todos toman la vuelta de Valladolid, diciendo el rey á aquellos caballeros presentes: *Volvámonos, que lo que es por hoy, hemos hecho ya una bonísima caza.*

Desde este punto principia la carrera brillante y breve de gloria que recorrió, el que fué verdaderamente para nuestra España un *hijo de ganancia*. General de nuestra poderosa armada, se le ve limpiar los mares de los piratas que los infestaban. Aparece después, como dice Herrera, *en la intrincada sierra* de Granada, y cual *flamífero rayo* vence y destruye los rebelados moriscos, habiéndole sin embargo costado este triunfo la vida del único amigo que le quedaba después de la muerte de su padre. Murió D. Luis Quijada en la toma de Tíjola y Seron, y la muerte de este valentísimo castellano causó grande dolor á nuestro héroe que tanto le debia. Nombrado después generalísimo para la guerra contra los turcos, hácese á la vela D. Juan en Barcelona, acompañado de Requesens, Muncada y otros valientes caballeros de experimentado esfuerzo; y en 1571 vence y anonada el poder otomano en las aguas de Lepanto, el que cuatro meses antes

estaba entregado á los placeres en los campos de Aranjuez, dando tal celebridad á esas aguas con su afamada victoria, que por solo el recuerdo de este glorioso triunfo de la espada española, hemos visto en nuestros días á un ilustre poeta inglés visitar aquel paraje, y dar allí al viento los mas melodiosos acentos de su lira (*V. Child Harold's Pilgrimage*, c. 2.º, sta. 40). Entra triunfador en Mecina, donde además de dar una muestra de respeto al valor del ilustre Cervantes, salva con generoso cuidado la vida de infinitos valientes que habian compartido con él los peligros y la gloria. Escápansele después una cierta victoria, cerca de la patria de Nestor, por haberle desobedecido sus capitanes.

Trata de fundar un asiento eterno de la grandeza española en las arenas del Africa, ayudado de su intimo secretario el ambicioso Juan de Soto; pero no lo efectúa por culpa del sombrío Felipe. Da una merceda respuesta á los *publicanos* de Génova, en la cual descubre la alteza de su ánimo, que apareció aun mayor cuando realizó la paz en los estados de Flandes en 1577 rompiendo las cadenas de millares de prisioneros, y poniéndose en Lovaina en manos de los naturales del país. Mostró allí este régio jóven que tan bien las máximas españolas sabian imbuir en los corazones la suavidad y la clemencia; y aun cuando vió tentada su paciencia por los mismos que habia colmado de



(Don Juan de Austria.)

beneficios, supo no desmerecer el renombre de FUERTE, y alcanzar la fama de PACIFICADOR DE FLANDES. Y seguramente que la estrella que presidia al destino de nuestras armas no se hubiera eclipsado en aquella tierra si no hubiera sobrevenido la inesperada muerte del escelso jóven, cuya gloria aqui recordamos. El fruto de los infelices amores de este príncipe se eclipsó tambien en los claustros. Tan rápida como esta reseña pasó la inflamada exhalacion de su corta vida.

La de D. Juan de Austria pues, digna por su importancia de la pluma de Plutarco, espera todavia una que la describa merecidamente. Enlazada con los secretos hechos de Felipe II, del duque de Alba, de Antonio Perez, del infeliz Juan de Escobedo, comprende una de las partes mas capitales de la historia del origen de nuestra decadencia, y debe ser profundamente examinada, y apurada en el crisol de la filosofia, y no dudamos que presentada así la vida de D. JUAN DE AUSTRIA,

La fama alzará luego  
Y con las alas de oro la victoria  
Sobre el giro del fuego,  
Resonando su gloria  
Con puro lampo de inmortal memoria.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Conclusion.)

En seguida entreabrió el cajon, y al ver el vacío que habian dejado las doce onzas que acababa de dar al carbonero pateó el suelo, se tiró del cabello y se echó á llorar como un niño.

Pocos dias después, una mañana se hallaba Bautista en la tienda, y le entregó el cartero una carta franca de porte, cuya direccion primitiva «Güeñes» se habia tachado substituyéndola con la de «Bilbao.» Bautista llamó á Juana y la mandó leer aquella carta, lo que hizo la jóven llorando de regocijo.

¡Aquella carta era de Ignacio!

Ignacio, que ya habia sabido el fallecimiento de sus padres, escribia á sus hermanos participándoles su próxima vuelta poseedor, no de la herencia que habia ido á buscar, y en vano habia reclamado, sino de un rico capital de que podia disponer á su antojo porque era suyo, esclusivamente suyo. Dios habia compensado sus tribulaciones dándole en pocos años mas riquezas que adquieren en toda la vida la mayor parte de los españoles que pasan al Nuevo Mundo: un vizcaino establecido en Méjico le habia protegido con empeño á fin de que recuperase la herencia de su difunto tío. Como sobreveniese la muerte á su protector y no tuviese familia á quien dejar sus riquezas, habia dejado heredero de ellas á Ignacio, queriendo así indemnizarle de la pérdida de sus esperanzas, que entonces era ya completa.

«Soy rico, decia Ignacio, y de las riquezas con que vuelvo á mi país, participarán mis hermanos si es que en ellos no hay alguno que no lo merezca.»

La desesperacion de Bautista no tenia limites; si su hermano trajese la herencia que habia ido á buscar, podria pedirle la tercera parte que le correspondia; pero no así teniendo otro origen las riquezas de Ignacio. Además en aquella carta se veia amenazado.

Reconoce Bautista lo indigno de su conducta para con sus padres y su hermana, y ya que no puede alhagar á los primeros para que le disculpen ante su hermano, alhaga á Juana, busca criadas que la sirvan, y la proporciona ricos trajes.

La pobre jóven, que no comprendia las miras interesadas de su hermano, que creia que Dios habia tocado el corazon de su verdugo, se regocijaba viendo el cambio de Bautista, y el amor fraternal que insensiblemente habia ido degenerando en su corazon en odio, iba tornado insensiblemente á su ser primitivo; Juana iba amando á Bautista con tanta ternura como podia amar á Ignacio.

### IX.

#### LA VENDIDA DEL INDIANO.

Castro-Urdiales es un puerto situado poco mas ó menos á cuatro leguas de Güeñes y siete de Bilbao. Particularmente los jueves y los domingos que se celebra allí mercado, acuden á Castro-Urdiales á vender pan las aldeanas de Güeñes, Zalla, Sopuerta y otros pueblos de las Encartaciones.

Un domingo, á cosa de las diez de la mañana, se encaminó á la plaza de Castro-Urdiales un jóven que acababa de desembarcar en el muelle denominado el Sable. Dirigió la vista á las panaderas, y se acercó á una de ellas con muestras de alegría.

—¿A cómo es el pan, la de Güeñes? la preguntó sonriendo.

La panadera le miró como sorprendida, y dijo:

—Tengo cataratas en los ojos, ó Vd. es... Pero quiá, si aquel no era tan guapo!...

—¿Conque ya no me conoce la buena de Jacinta?

—¡Dios mio! exclamó la panadera abriendo los brazos al jóven. ¡Ignacio!!!

Y la aldeana y el mancebo se abrazaron con entusiasmo.

—Jacinta, dijeron algunas de las panaderas de Zalla, ¿es pariente de Vd. ese caballero?

—No es pariente, pero le quiero como á los hijos de mis entrañas, contestó Jacinta llorando de alegría y reventando de orgullo. Como que fui yo la primera que le dio de mamar! ¡Hijo, qué hermoso estás! ¡Cómo has crecido! ¡Ay si alzara la cabeza y te viera la madre que te parió!... Poco afan y poca fantasía tenia la pobre Mari que esté en gloria con su hijito, con su Ignacio! ¡Cuántas veces la decia yo: Pero mujer, ese hijo te va á volver chocha! y me decia el señor Don José el cura: «Déjala, Jacinta, que no es extraño que quiera á su

Benjamin. — ¡Qué desgracia, hijo, qué desgracia haber dejado la familia tan unida y tan buena, y ahora encontrar á unos muertos y á otros sabe Dios dónde!

— ¡Qué me dice Vd., Jacinta? ¿No estan en casa mis hermanos?

— ¡Qué, si aquel hereje de Bautista vendió la casa á Miguel el cesterero, y se marchó con tu hermana á Bilbao...

— ¡Dios mio! exclamó Ignacio atemorizado. ¿Conque mi hermano ha vendido la casa!!!

— Sí, hijo. ¡Si aquel es un descastado! Si no tiene ley á la camisa que lleva puesta! Si quien quitó la vida á pesadumbres á tus padres fué él!

Ignacio sintió sus ojos arrasados de lágrimas, y quiso variar de conversación.

— ¿Y cómo estan el señor cura y los de su casa?

— ¡Así, así! El señor cura bastante aviejado. El indiano se hirió con la escopeta yendó de caza, y no ha levantado cabeza hasta ahora. Como que por eso no se ha casado aun con tu hermana, porque lo que él decía, ¿qué hago yo, estando así, con casarme con esa pobre muchacha para que se quede viuda y sin recursos en lo mejor de su vida? Doña Antonia es la que está fuertecilla. Y eso que la pobre ha pasado la pena negra con tantas desgracias, porque tiene mucha ley á la casa. ¡Valgame Dios, qué buena mujer es! Mientras ella lo tenga, no lo pasará mal ninguna vecina. ¡Y cómo te quiere, hijo! Siempre está á vueltas con Ignacio. Conque, ¿cómo te ha ido por las Indias?

— Por las Indias muy bien, pero muy mal en el mar. Se ha hundido el barco en que traía todas mis riquezas y todo lo he perdido; vuelvo tan pobre como fui.

— ¡Ay hijo qué dolor! Pero por fin has salvado la pelleja, que es lo principal... Anda, déjalo, que como dijo el otro, habiendo salud nunca falta un pedazo de pan. ¿Conque nos iremos juntos á Güeñes? He traído dos caballerías y te irás en una de ellas.

— Gracias, Jacinta, pero me voy á embarcar para Bilbao ya que están allí mis hermanos, porque tengo deseos de verlos ántes de ir á Güeñes.

— Bien haces, hijo, porque como dijo el otro, á quien no le tiran los suyos, no le puede ayudar Dios. Es verdad que Bautista es un descastado; pero al fin es hermano y la sangre siempre tra. ¡Valgame Dios, que ha de haber un Judas en todas las casas!... Pues mira tú si Juana se alegrará de verte! ¡Qué poco se parece aquella á su hermano! Ha salido pintada á su madre que Dios haya... Ella no tiene mas afán ni mas pio que el arreglo de la casita. ¡Y qué manos tiene para todo!

Jacinta tuvo que interrumpirse para despachar pan á un marinero que se acercó á su banasta.

— ¿Conque quieres algo para Güeñes, Ignacio? añadió.

— Memorias á su familia de Vd. y á todos; que pronto nos veremos por allá.

A la mañana siguiente muy temprano se volvió á embarcar Ignacio en un quechamarin que salía para Bilbao, adonde desembarcó después de medio día.

Bautista y Juana se hallaban en la tienda cuando apareció Ignacio en la puerta. Los tres lanzaron un grito de alegría y se confundieron en un estrecho abrazo.

No hay pluma que pueda describir los estremos que Bautista hacia para espresar á Ignacio su alegría y su cariño; ni la hay para pintar la felicidad que henchía el corazón de Ignacio y el de Juana.

Pasadas las primeras efusiones del cariño fraternal, Ignacio refirió á sus hermanos las vicisitudes de su viaje, y concluyó por decirles lo que habia dicho á Jacinta, que se veía reducido á la miseria porque todas sus riquezas se habian sumergido en el mar con la nave que les conducía.

Bautista y Juana continuaban medio abrazados á Ignacio durante aquella relacion; pero al oír el primero que su hermano volvía tan pobre como fué, se apartó de él como si hubiese oído que estaba contagiado. Juana le estrechaba aun mas contra su corazón; pero una mirada de Bautista, una de aquellas miradas que hacia tiempo dominaban su voluntad y llenaban de terror su alma, puso término á sus amorosas efusiones.

— ¡Ignacio! dijo Bautista, hartos sacrificios he hecho por nuestra familia durante tu ausencia, y creo no debo hacer mas. Eres pobre, y pobre soy tambien. Trabaja para ganar tu subsistencia; que yo lo mas que puedo hacer es trabajar para ganar la mia y la de Juana.

— Es decir que me cierras las puertas de tu casa! exclamó Ignacio con amargura. Pues bien, Bautista, si me arrojas de tu hogar buscaré otro, rescataré el de nuestros padres sacrilegamente vendido por tí, y allí viviré con mis recuerdos y mi miseria ó mi riqueza.

Y así diciendo, se alejó de sus hermanos dejando á Juana deshecha en llanto.

— ¡El último desengaño!! murmuró al salir á la calle. Tambien ella se aleja de su hermano!!!

Y saliendo de Bilbao, tomó el camino de Güeñes. Al llegar á Albia se detuvo á tomar aliento y á contemplar el bello paisaje que se ofrecía á su vista. Allá enfrente despuntaban los campanarios de Bilbao donde las campanas tocaban lúgubramente como si tañeran por las esperanzas de amor y felicidad que acababan de morir en el corazón del jóven.

Y así que hubo recobrado un poco de aliento, continuó su camino, triste, desconsolado, como la misma desesperación. Pasó el puente de Castrejana, el puente, como tantos otros, construido por el diablo segun la creencia del vulgo, y por fin llegó á Sodupe, es decir, entró en el valle natal.

¡Qué dulce debe ser contemplar el valle donde uno ha nacido, después de una larga ausencia!

Ignacio trepó á una colina inmediata al camino, y desde allí vió el caserío de Echederra, la casa donde habia nacido, medio oculta entre los nogales y los cerezos á la sazón floridos, como una paloma blanca entre el follaje de una mata de rosales. En aquella casa ya no iba á ser recibido por los besos de una madre! Aquella secular morada de sus antepasados estaba invadida por extraños, y ni aun le seria dado penetrar una vez siquiera en ella á refrescar su corazón con los recuerdos de la infancia!

— ¡Por qué, decía, no me han dado sepultura las ondas del Océano!!!

Y apartó sus ojos, anublados por las lágrimas, del valle nativo, y los tornó hácia la parte opuesta, hácia el camino de Bilbao. Entonces un grito de alegría se escapó de sus labios, y precipitándose de la colina al camino con los brazos abiertos, recibió en estos á una jóven que se dirigía á él ansiosa de arrojarle en ellos.

Aquella jóven era Juana, era la hermana de su corazón!

— ¡Ignacio!... ¡Ignacio! exclamó la pobre jóven, quiero seguirte, quiero participar de tu pobreza, quiero vivir á tu lado, cualquiera que sea tu suerte! Fui débil; pero apenas partiste, me avergoncé de mi debilidad y mi cobardía, contemplé tu soledad y tu desconsuelo, y tuve bastante valor para huir de nuestro hermano. ¡Ay! bien decía nuestro padre que Bautista tenia mal corazón! ¡Es rico y te abandona porque eres pobre!!

— No, hermana de mi alma, contestó Ignacio loco de placer, loco de dicha, loco de amor, no soy pobre contando con tu cariño. Tu cariño era lo único que me faltaba, porque soy rico, tengo un capital inmenso que he querido ocultaros para probar si el amor de mis hermanos era desinteresado. La felicidad nos espera allí.

E Ignacio señalaba con el dedo hácia la aldea natal, adonde se dirigieron los dos hermanos asidos del brazo, cuando tocaba á la oración las campanas de San Isidro de Güeñes.

## X.

## Á LA IGLESIA Y Á LA CARCEL.

Quince días después de la vuelta de Ignacio á Güeñes, habia gran movimiento de gentes en el valle, y el tamboril resonaba al compás de las campanas en el campo que rodea la iglesia de San Isidro. Celebrábase la fiesta del santo patron, y por todas partes acudían á ella los forasteros.

Jacinta la panadera salía de la iglesia rebozada en su mantilla de franela, y como encontrara en el campo á una de sus vecinas, se puso á charlar con ella, porque ya sabemos que Jacinta, á Dios gracias, no era muda.

— ¿Vas á la iglesia, Agustina? la preguntó.

— Sí, voy á ver los novios.

— Ay hija! ella está como un serafín y él como un ángel.

— ¿Y quienes son los padrinos?

— Quienes han de ser? Doña Antonia é Ignacio, ó por mejor decir D. Ignacio, porque hay que darle el Don, siendo el mas rico de Güeñes. ¡Y el pícaro cómo me engañó en Castro!

— Dios los haga bien casados, hija!

— Vaya si los hará!! Hasta el señor cura se ha puesto en quince días hermosote como una rosa. Estoy segura que hoy echa fuera mil canas.

— Tú que eres como quien dice de casa, podrás contarme algo bueno de ese casamiento.

— Mira tú si podré! Como que estoy convidada á la boda! Para que Ignacio olvidara en tan buen día á la que le dió de mamar la primera! Pues hija, lo primero que hizo al llegar á Güeñes fué ir á casa del señor cura y decir.—Soy rico, pero me faltan un padre, una madre y un hermano; que se case mi hermana con Mateo, y Vd., señor D. José, será mi padre; Vd., Doña Antonia mi madre, y tú Mateo mi hermano. Las riquezas de los hijos son tambien de los padres, y las de los hermanos deben ser tambien de los hermanos... Conque mis riquezas serán de todos nosotros. Durante la primavera y el verano vi-

viremos en Echederra, y durante el invierno aquí.—Hija, decir esto Ignacio, y empezar todos á abrazarse y á llorar de alegría, todo fué uno... Pero calla! ya salen los novios de la iglesia! Vamos allá, que da gloria de Dios el verlos!

Jacinta y Agustina corrieron á la puerta de la iglesia.

En efecto, Mateo y Juana acababan de ser unidos eternamente por D. José.

Los novios, los padrinos y el cura se dirigieron á casa de este seguidos de un numeroso gentío y acompañados de los tamborileros que los festejaban con sus instrumentos.

Jacinta y Agustina los siguieron también sin dejar de charlar.

—Qué lástima, decía la primera, que Dios no diera hoy aunque no fuera mas que una horita de vida á Martín y á Mari que estén en gloria!

—Hoy es día de alegría para todo Güeñes!

—Ya lo creo, hija! Si es una bendición de Dios las limosnas que Ignacio ha repartido á los pobres! Toma, y el otro día se dejó decir que mientras en su casa lo haya, nadie ha de pasar hambre en Güeñes. Mira tú si es fortuna para todos el que haya venido tan rico! Pues hija, aunque no sea mas que por la gente que tiene ocupada en la obra de Echederra...

—¿Conque tanta obra estan haciendo allí?

—Hija, si toda ponderacion es poca! Estan haciendo jardines, fuentes, palomares, un palacio...

—¿Un palacio!

—Si hija, un palacio mas grande que la iglesia. Mira tú si será grande cuando dentro de él dejan enterita la casa vieja, porque Ignacio no quiere que la toquen... Pero cállate, cristiana; ¿por qué corre la gente hácia la calzada? Vamos á ver qué es.

Y las dos vecinas echaron á correr.

Lo que llamaba la atencion de los concurrentes á la romería, era un jóven á quien conducian sin duda á la cárcel de Avellaneda cuatro migueletes, fuertemente atado codo con codo.

—¿Qué es lo que veo!! exclamó Jacinta asombrada. ¿Es Bautista!!

—Sí, sí, él es! dijo Agustina.

—Ay hija! ¡bien decía la pobre Mari que esté en gloria, que ese hereje habia de acabar en un presidio!

Bautista quiso pararse á hablar con Miguel el cestero que estaba asomado al balcon de casa del señor cura; pero los migueletes le dieron un culatazo en la espalda y siguieron con él Cadagua arriba.

El pájaro habia cantado!

## ANTIGUAS ORDENANZAS DE GRANADA.

### ACUERDOS Y AUTOS EN QUE SE DA LA FORMA DEL REPARTIR DE LAS CRIADILLAS LA PASCUA DE RESURRECCION.

Cabildo en Granada en 28 de marzo de 1670 años, el señor Don Antonio Ruiz Salcedo, el mayor, dijo: que la ciudad le ha hecho merced de nombrarle para que asista en el matadero principal á tomar la cuenta de los carneros que se matan, así en el dicho matadero como en el rastro, en la temporada que hay desde la Pascua de Resurreccion á la del Espíritu Santo, que es en el tiempo que se reparten á los señores de esta chancillería, inquisicion, iglesia y esta ciudad y el Alhambra, las criadillas que les toca, y asimismo para repartir por turno, y rueda todo el año, los despojos de las carnes á los caballeros de este cabildo los sábados que fueren de grosura, y los despojos de vaca que se matan entre semana á las personas quien están destinados, y después á los caballeros de esta casa por su turno y rueda, de forma que gocen todos. Y porque de muchos años á esta parte los caballeros corregidores de la matanza de Viernes Santo en la noche toman doscientos y cincuenta pares de criadillas para repartir á los señores presidente y oidores de esta real chancillería y demás ministros superiores de ella, y á los señores inquisidores, por ser matanza en que conforme á la ordenanza confirmada, no deben gozar de ella, y siendo esto así, de pocos años á esta parte los señores corregidores hacen matar cantidades muy considerables de carne dicho día, y el sábado siguiente para llevarse, como se llevan las criadillas de dichas matanzas para repartirlas y distribuir las á las personas que son de su afecto, dejando los caballeros de esta casa, á quien tocan, sin repartirles; y en los días de Pascua no alcanzan á los tribunales de obligacion, por ser muy cortas las matanzas, por lo grande que se hacen los días de Viernes y Sábado Santo, ocasionando demás de esta falta mucho daño á la república, porque suele durar la matanza de dichos dos días toda la semana y el enjugo de la carne, como los cortadores no tienen caudal para satisfacerlo en sus pesos, lo grangean, y todos estos daños cesarán con que V. S. sea servido de acordar se publique á dicho señor corregidor no tome mas criadi-

llas que los 250 pares que se acostumbraban tomar, pues es número bastante para que con él pueda cumplir con los dichos señores, y que á los cortadores no se les obligue á que lleven mas carne de la que pidieren; y siendo necesario, hablando como debe, requiere á esta ciudad lo mande acordar así. Y visto, y votado en orden de veinticuatro caballeros, veinticuatro que se hallaron en dicho cabildo los veintitres fueron, en que se nombran caballeros comisarios, que besen la mano al señor corregidor representándole los motivos y razones contenidas en la proposicion del señor D. Antonio Ruiz Salcedo, y requerimiento, y se le suplique se sirva de no permitir se mate mas carne de la que fuere menester, por los inconvenientes que se han experimentado y daños que recibe la república, y que se sirva de tomar trescientos pares de criadillas para cumplir con los tribunales. Y en otro caballero fué, en que para ver dicha proposicion se llame á cabildo para cuando el señor teniente corregidor mandare. Y declarada la dicha mayor parte, el señor D. Antonio Pallares, teniente de corregidor, se conformó con el caballero, que fué en que se llamase á cabildo. Y el señor D. Gaspar de Varahona Zapata, caballero procurador mayor, dijo: que hablando con el respeto que debe, apela para ante quien con derecho puede y debe, de no haberse conformado el señor teniente de corregidor con la mayor parte de lo votado sobre este negocio, y lo pidió por testimonio, y la ciudad acordó se le dé Diego Martinez de Sotomayor, y habiéndosele llevado á los señores de la sala, por auto que proveyeron en veinte y ocho de marzo de dicho año, mandaron que el dicho teniente de corregidor se conformase con lo votado por la mayor parte. Sobre lo cual hubo diferentes acuerdos desde ciudad, y autos de esta real chancillería, que los últimos autos y acuerdos que se poseyeron en dicho negocio son los que se siguen.

AUTO. En la ciudad de Granada, á 18 dias del mes de abril de 1670 años, visto por los señores oidores de la audiencia de S. M. esta peticion, y lo que por ella se pide, y suplica. Dijeron, que mandaban, y mandaron, que esta ciudad de Granada, con asistencia del corregidor, ajusten quien tiene la preeminencia, de que el corregidor le deba repartir las criadillas de la matanza del Viernes Santo, y qué cantidad de criadillas ha menester el corregidor para cumplir la dicha su obligacion y preeminencia, y fecho se traiga, y así lo proveyeron y rubricaron. Yo Juan Caballero fuí presente.

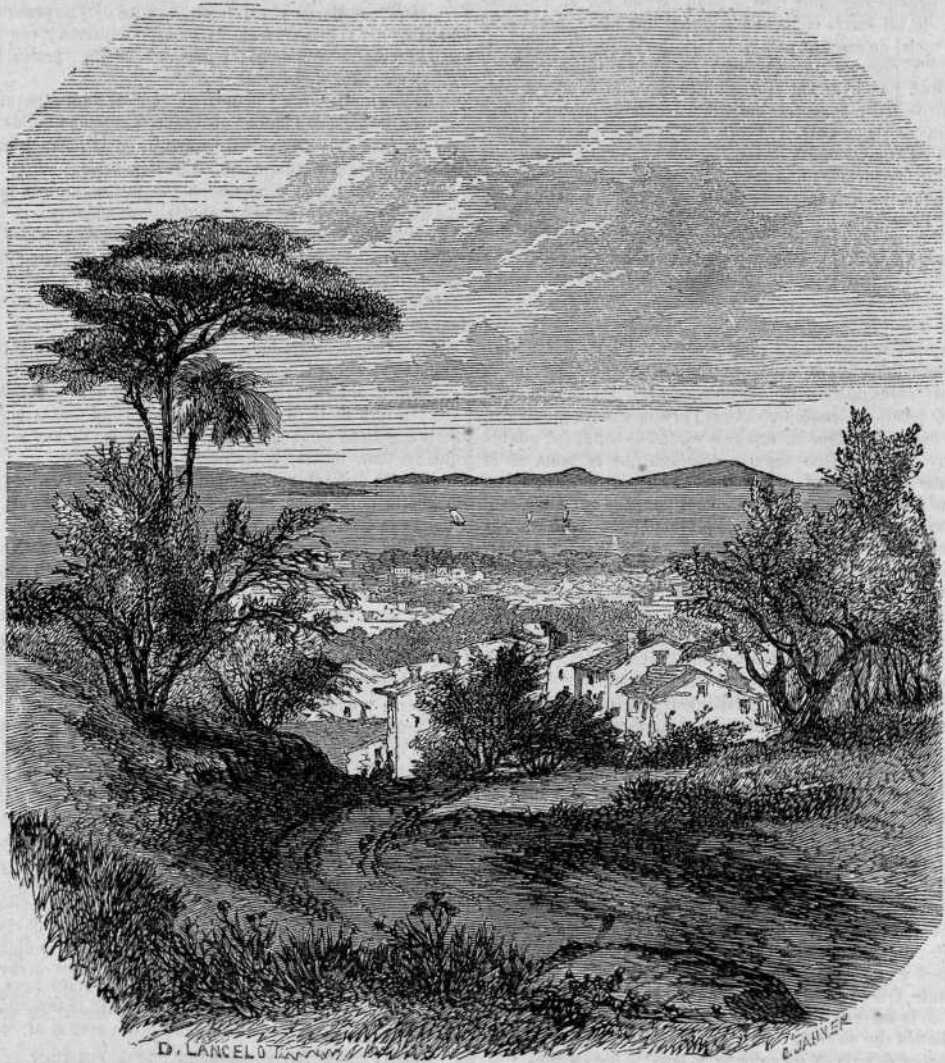
Cabildo en Granada 29 de abril de 1670 años, el señor D. Gaspar de Varahona dijo: que la ciudad le mandó diese recado al señor corregidor, para que se sirviese venir al cabildo y tratar en él del negocio de las criadillas en conformidad del auto de los señores de la chancillería, y habiéndolo hecho, su señoría respondió que estaba con poca salud, y que para el primer día que hubiese cabildo se podia tratar de ello, de que da cuenta á esta ciudad para que acuerde lo que convenga.

Cabildo en Granada 20 de mayo de dicho año, el señor D. Juan de Miota Romero dijo: que habiéndose mandado por los señores de esta real chancillería, por auto de 18 de abril de este año, qué esta ciudad con el señor corregidor confriese la forma, obligacion y cantidad de las criadillas necesarias de las matanzas del Viernes Santo en la noche, para cumplir en su repartimiento con los señores de la chancillería, como se ha acostumbrado de muchos años á esta parte, respecto de haberse hecho notorio á su señoría el día 25 del dicho mes, en el cabildo del dicho día, trasfirió para otro día, con llamamiento esta conferencia, y habiéndosele suplicado por parte de esta ciudad, por el señor D. Gaspar de Varahona, caballero procurador mayor, se sirviese de darle cumplimiento á este auto, su señoría lo difirió á el primero día que viniese á este cabildo, y porque hallándose en él, y que es justo cumplir los autos de dicha real chancillería, suplica á su señoría, y hablando debidamente requiere de que sin salir de él se confiera y determine lo que por el dicho auto se manda, y de lo contrario protesta y lo pide por testimonio. El señor corregidor dijo: que el señor D. Gaspar Varahona, caballero procurador mayor, junto todos los papeles que hubiere en razon del repartimiento de criadillas, y de lo que se ha hecho en tiempo de los caballeros corregidores sus antecesores, y estando juntos dá cuenta á su señoría para que mande llamar á cabildo, y que con su vista se cumpla y ejecute el auto de los señores de la real chancillería. El señor D. Gaspar de Varahona, caballero procurador mayor, dijo: que deseando cumplir con su obligacion para que en el primer cabildo que se tratase de ello, y no habiéndolos hallado se ha informado de muchas personas que pueden haber tenido conocimiento de ello, y dicen que la matanza de carnero de Viernes Santo toca á esta ciudad, la cual ha acostumbrado dar trescientos pares de criadillas, algunos mas ó menos, á los caballeros corregidores, para que con ellos cumplan con los señores de esta chancillería, y es la costumbre que mas continuamente se ha observado y guardado, como es notorio á todos los caballeros presidentes; y así suplica á el señor corregidor, y á esta ciudad, que tomen resolucion en ello en este cabildo, cumpliendo con lo mandado por los dichos señores. El señor corregidor dijo: que habiendo

oido al señor D. Gaspar Varahona Zapata lo referido en su proposición, y que no ha hallado papeles de los ejemplares, su señoría mandó que se trate y confiera por ahora, en virtud del auto de los señores de esta real chancillería, hasta tanto que se informe de algunos ejemplares que por caballeros de este cabildo se han referido y tratado, y conferido el dicho negocio por mayor parte de los caballeros presidentes con quien el señor corregidor se conformó. Se acordó que desde que se pueden acordar, que es de treinta años á esta parte, han visto que de la matanza de Viernes Santo, por mano de los caballeros corregidores que han sido en este tiempo, se ha usado de doscientos ó trescientos pares de criadillas, que la ciudad ha dejado á su disposición, enviando á cada uno de los señores de la chancillería proporcionadamente; y al señor presidente al doble, y que es justo se

cumpla esta costumbre tan debida de aquí adelante. Son en que al caballero corregidor que es y fuere, se den trescientos pares para que cumpla la obligación referida, sin que se puedan divertir á otra cosa, y cincuenta pares mas para el gasto de su casa; y los restantes, cumplimiento á la matanza los caballeros, justicia y fieles ejecutores y comisario del repartimiento, las distribuyen en los caballeros de esta casa, y esto se lleve á los señores de la sala para que sean servidos de mandarlo confirmar. Diego Martínez de Sotomayor.

Auto. En la ciudad de Granada, á 25 de mayo de 1670 años, visto por los señores oidores de la audiencia de S. M. los autos, sobre la forma del tomar de las criadillas de la matanza del Viernes Santo, y los acuerdos de esta dicha ciudad, que el último es en 20 de este presente mes y año, en que acordaron haber visto de treinta años á



Vista de Dalax (Pirineos.)

esta parte, que la matanza del Viernes Santo, por mano de los caballeros corregidores que habían sido en dicho tiempo, se había usado de doscientos ó trescientos pares de criadillas, que la ciudad había dejado á su disposición, enviando á cada uno de los señores de esta chancillería proporcionadamente, y al señor presidente al doble, y que era justo se cumpliese esta costumbre tan debida de aquí adelante. Habían sido, en que el caballero corregidor que es y fuere, se le diesen trescientos pares para que cumpliese la obligación referida, sin que se pudiesen divertir en otra cosa, y cincuenta pares mas para el gasto de su casa, y los restantes cumplimiento á la matanza, los caballeros, justicia y fieles ejecutores, y comisario del repartimiento las distribuyese en los caballeros de la casa, y que se trajese á la sala para que se mandase confirmar, y lo demás contenido en dicho acuerdo

y autos de que se hizo relación. Digeron que confirmaban, y confirmaron el dicho acuerdo de esta ciudad, que vino en consulta, el cual mandaron se guarde, cumpla y ejecute en todo y por todo, segun y como en él se contiene, y que este auto se despache sin embargo de suplicación, y así lo proveyeron y rubricaron. Yo Juan Caballero, fui presente. Señores D. Pedro de Esparza. D. Francisco Godinez. D. José de la Serna.

NOTIFICACION. En la ciudad de Granada, en 12 dias del mes de junio de 1670 años, hice notorio el auto antes prevenido por los señores presidente y oidores de esta real chancillería, en que confirman el acuerdo de esta ciudad, en que da forma á la distribución de las criadillas de la matanza de Viernes Santo en su persona, doy fé á el señor D. Luis Ramirez de Guzman, caballero del Orden de Alcán-

tara, vizconde de Alli, corregidor de esta ciudad. Diego Martinez de Sotomayor.

**NOTIFICACION.** Estando en esta ciudad de Granada en su cabildo y ayuntamiento como lo ha de uso y costumbre de se juntar, viernes 15 de junio de 1670 años, yo el escribano mayor de él hice notorio el auto de esta otra parte á la dicha ciudad, y acordó se ponga traslado del dicho auto en el libro de provisiones, y el original en el archivo, de lo cual doy fé, como consta del libro del cabildo de este dicho dia. Diego Martinez de Sotomayor.

## REGLAMENTO DE LA MANCEBÍA DE GRANADA EN 1539.

El siguiente documento, que aunque impreso en las ordenanzas de Granada, ha llegado á ser muy raro, es tan curioso por su antigüedad, y puede de tal suerte contribuir á formar una idea exacta de la organizacion social de nuestro pais en el siglo XVI, que no vacilamos en publicarlo, y creemos que no dejará de ofrecer algun interés á nuestros lectores. Las leyes son el verdadero depósito donde el literato y el político pueden encontrar datos fijos acerca de las costumbres y de la civilizacion de un pais. Por esta ordenanza se puede calcular que no estaba en aquella época la España tan atrasada, pues en él se ven consignadas medidas que muy posteriormente, y en las naciones mas cultas, se han interpretado como señales indudables de adelantos y de libertad civil.

### ORDENANZA DEL PADRE DE LA MANCEBÍA.

#### TIT. 124.

D. Carlos, por la divina clemencia, emperador semper Augusto, rey de Alemaña: Doña Juana su madre y el mismo D. Carlos, por la gracia de Dios, reyes de Castilla, de Leon, de las Dos Sicilias, etc. Por quanto por parte del concejo, justicia, y veinticuatro caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la ciudad de Granada, nos fué fecha relacion, diciendo: Que vista la desórden que se tenia en la mancebia de esta dicha ciudad, por la persona cuyo cargo era, así en el mal tratamiento que se hacia á las mujeres públicas que allí estan, y era á su cargo, como por los excesivos precios que se les llevan por los mantenimientos y cosas que les daban, como cosas de comer, posada, camisas y otras cosas; y para remedio de lo cual habiades hecho ciertas ordenanzas útiles y necesarias, y me suplicastes las mandásemos aprobar y confirmar para que de aqui adelante fuesen cumplidas y ejecutadas, y sobre ello proveyésemos como la nuestra merced fuese; lo cual, visto por los del nuestro concejo y las dichas ordenanzas, su tenor de las cuales es este que se sigue:

En la muy noble y nombrada ciudad de Granada, en 2 dias del mes de noviembre de 1538 años, los muy magníficos señores, Granada estando en su cabildo y ayuntamiento, segun que lo ha de uso, y de costumbre de juntar, dijeron que son informados de la desórden que ha tenido el padre que ahora es de la mancebia de esta ciudad, así en las malas viandas que da á comer á las mujeres que estan y viven en la dicha mancebia, como en el excesivo precio que les ha llevado y lleva por la comida y posada que les da, y en otras cosas que el dicho padre hace con las mujeres de dicha mancebia, en deservicio de Dios nuestro Señor, y en daño y perjuicio de las dichas mujeres, y platicado sobre ello para lo proveer y remediar, acordaron y mandaron que el padre que ahora es, y de aqui adelante fuere de la dicha mancebia, tenga y guarde las ordenanzas siguientes:

Primeramente, ordenaron y mandaron que de aqui adelante el padre que es ó fuere de la mancebia, dé á cada una de las mujeres que allí residieren una botica con su cama, conviene á saber, dos bancos y un zarzo, y un hergon de paja, y un colchon de lana, y dos sábanas, una manta y un almohada, y un paramento de lienzo para delante la cama, y una silla y llave para la botica, y una vela cada noche de á dos maravedis; por todo lo cual puede llevar y lleve veinte maravedis cada dia, y no mas, y es obligado de ocho á ocho dias de les dar sábanas limpias y almohadas; y no lo haciendo, y cumpliendo así, caiga é incurra en pena de dos mil maravedis por cada vez que lo contrario hiciere, aplicados en esta manera: la tercia parte para el que lo denunciare y acusare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para los propios de esta ciudad, esto por la primera vez, y por la segunda la pena doblada aplicada en la manera susodicha, y mas de pena de cien azotes, y que no pueda tener mas el dicho oficio.

Otrosí: dijeron, que por quanto tienen relacion y son informados que el padre de la mancebia da de comer á las dichas mujeres, malas viandas en excesivos precios, en causa de lo cual adolecen. Ordenaron y mandaron, que ahora y de aqui adelante sea obligado en cada un dia de les dar á cada una dos libras de pan, y una libreta de carne,

la mitad carnero y la otra mitad vaca ó puerco, y medio cuartillo de vino á cada comida, y segun la calidad del tiempo, así de verzas como de nabos, ó berengenas, lo que sea necesario, y les dé su fruta al principio de comer, y su ensalada al cenar, y un rábano, y cuando no los hubiese, cardo: todo lo cual les dé aderezado y guisado por precio de veinticinco maravedis cada un dia, so pena de dos mil maravedis, aplicados, segun y como está dicho, y por la segunda la pena doblada.

Otrosí: ordenaron y mandaron, que si las dichas mujeres cada una de ellas, allende de la comida y cena quisieren traer para comer ave, ó cabrito, ú otra carne, que ellas lo puedan traer, ó enviar por ello á quien quisieren y por bien tuvieren; y si quisieren que el dicho padre se lo traiga, no les pueda llevar por se lo traer y guisar, mas de la quinta parte de lo que costare; con tanto que no esceda la quinta parte de dos mil arriba, so la dicha pena.

Item: ordenaron y mandaron, que los dias de pescado les dé y les haya de dar seis maravedis de pescado ó huevos, con su fruta y ensalada; segun está dicho, y mas una cocina, segun la calidad de el tiempo, so la dicha pena.

Otrosí: ordenaron y mandaron, que de aqui adelante el padre ni la madre no pueda alquilar ni vender á ninguna de las dichas mujeres ninguna ropa de paño ni de lienzo, so la dicha pena, y mas que si lo vendiere ó alquilar, que lo haya perdido.

Item: ordenaron y mandaron que por quanto son informados que las dichas mujeres por razon de dar á sus ruñanes ó á otras personas se empeñan, y obligan á algunas deudas al dicho padre y madre, ora por empréstito, ó por empeño, ó por otra manera: que no se les pueda obligar ni obligue, ni les sean obligadas á pagar mas de hasta cantidad de cinco reales, y si se les emprestare, ó fuere segun dicho es, en mas cantidad, incurra en la dicha pena de suso contenida, y haya perdido y pierda lo que así dieren, si no fuere para se curar de alguna enfermedad, y dada informacion de ellos con dos testigos.

Otrosí: ordenaron y mandaron, que de aqui adelante el dicho padre y madre no lleve dineros ningunos á las dichas mujeres para el mozo que tiene cuidado de abrir y cerrar las dichas puertas, y si él quisiere tener mozos que los pague de sus dineros.

Otrosí: ordenaron y mandaron, que el dicho padre y madre abran la puerta de la dicha mancebia cuando saliere el sol, y la cierran cuando se cerrase la de Vivarrambra.

Otrosí: ordenaron y mandaron, que las dichas mujeres y cada una de ellas libremente, y sin por ello dar ni pagar al padre de la dicha mancebia, pueda lavar sus camisas y otra cualquiera ropa blanca ó dallo á lavar fuera á quien quisieren, y por bien tuvieren, y si quisieren que el padre ó la madre lo laven ó hagan lavar, que no les lleven ni puedan, mas por una camisa colándola ó enjabonándola, de cuatro maravedis, y un maravedis por un panizuelo y una cofia, y una gorguera, y unas tonajas so la dicha pena.

Otrosí: ordenaron y mandaron que de aqui adelante el padre ó madre que son ó fueren de la casa de la dicha mancebia, no sean osados de recibir ni acojan en la dicha mancebia ninguna muger de las que á ella vinieren á ganar, sin que primeramente lo haga saber á la justicia y diputados de esta dicha ciudad, para que manden al médico que la ciudad tuviere, que la vea si está tocada de bubas, y si las tiene ó haya tenido, con juramento que sobre ello haga el tal médico, para que si se hallare que está tocada de las dichas bubas, ó las tiene, ó haya tenido, no se les consienta estar ni ganar en la dicha mancebia, so pena que si el dicho padre ó madre recibieren la tal muger ó la dejare ganar, sin lo hacer saber á la dicha justicia y diputados, segun dicho es, que pague por la primera vez quinientos maravedis de pena, y por la segunda la pena doblada, y que esté treinta dias en la cárcel, y por la tercera la dicha pena, y que sea desterrado de esta ciudad por tiempo de un año.

Otrosí: ordenaron y mandaron que de cualquier de las mugeres que vinieren á ganar á la dicha mancebia, que el médico viere si está sana, no le pueda llevar ni lleve mas de doce maravedis, y el escribano cuatro maravedis, y que de la visitacion que la justicia y diputados hicieren á las dichas mugeres, de las que estuvieren estantes en la dicha mancebia, no les lleve el médico mas de seis maravedis y el escribano cuatro maravedis. Miguel Ruiz.

Fué acordado que las debíamos confirmar por el tiempo que fuesen nuestra voluntad, con tanto que las penas en cada una dellas contenidas, solamente sean quinientos maravedis, y no otra pena de azotes, cárcel ni destierro, ni otra cosa alguna de lo en ellas contenido, y con tanto que los maravedis que por la última ordenanza se manda que se le lleven á las dichas mugeres por el médico y escribano que las visitare cuando vinieren á la mancebia, y de la visitacion que la justicia y diputaciones les hiciere, no se pida ni lleve cosa alguna por razon de lo susodicho á las dichas mugeres, y se pague el dicho médico y escribano de los propios de la dicha ciudad lo que justo fuere, y que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razon, y nos

tuvimoslo por bien, por lo cual por el tiempo que nuestra merced y voluntad fuere, confirmamos y aprobamos las dichas ordenanzas que de suso van incorporadas para que lo en ellas contenido se guarde y cumpla y ejecute con las moderaciones de penas y aditamento que de suso va declarado; y mandamos á los del nuestro consejo, presidente y oidores de las nuestras audiencias, alcaldes de nuestra casa y corte y chancillerías, y á otros jueces, y justicias cualesquier, así de la ciudad de Granada como de las otras ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos, y señorios, y á cada uno, y cualquier de ellos en sus lugares y jurisdicciones, que guarden y cumplan, y ejecuten, y hagan guardar y cumplir, y ejecutar esta nuestra carta, y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma de ello, no vayan, ni pasen, ni consientan ir, ni pasar en manera alguna, de lo cual mandamos dar esta nuestra carta y sellada con nuestro sello. Dada en la villa de Madrid á 2 dias del mes de agosto, año del Señor de 1539 años.— Doctor Vivara. Doctor del Corral. Doctor Escudero. Licenciado Mercado de Peñalosa. Licenciado Alderete. Licenciado Briceño. Yo Rodrigo de Medino, escribano de cámara de sus cesáreas y católicas magestades, la fice escribir por su mandado, con acuerdo de los del su consejo: registrada, Martin de Bergara. Martin Ortiz por chanciller.

#### PREGON.

En la ciudad de Granada, en la plaza de Vivarrambra á 12 dias del mes de agosto de 1539 años, por voz de Pedro Vazquez, pregonero público, se pregonó esta provision de SS. MM. de esta otra parte contenida, siendo testigos Alonso de Carrion Fiel, y Juan Rodríguez, y Pedro Mejía, y otra mucha gente que allí estaba, vecinos de Granada y forasteros.

Y después de lo susodicho en el dicho día, y mes, y año susodicho, á la puerta de la mancebia, que es estramuros de esta dicha ciudad, por voz de Martin de Páramo, pregonero público, se pregonó la dicha provision de SS. MM., estando presentes Martin Sanchez y su muger, padre y madre de la dicha mancebia, siendo testigos Llorente de Espejo, y Juan de Yodar, y Morales Alvañir, y otra gente mucha que allí estaba. Pasaron ante mí, Diego Perez de Avila, escribano de SS. MM., los dichos pregonos.

## HISTORIA.

AÑO DE 1539.

**(El capitán Juan Perez de Saavedra refiere al cardenal de Burgos, el orden que tuvo en poner la inquisicion en Portugal.)**

«Yo soy hijo del capitán Juan Perez de Saavedra, y de Doña Ana de Guzman, su mujer: hermano de Juan Perez de Saavedra, veinticuatro de Jaen y de Córdoba, bien conocido por el caballero de V. S. I.

Yo fui tenido por el mejor escribano de nuestro tiempo, y tambien tuve mediano ingenio en las cosas de hacer y grabar sellos: y muerto mi padre, vine contra la voluntad de mi madre á la corte, donde, por la habilidad de la pluma, diversos señores deseaban servirse de mí. Mi voluntad y pensamientos llevábanme á pretender hacer algo que fuese mas que el uso comun de los hombres; y por haber las firmas de los del consejo real y de órdenes, asenté en la corte con un fiscal que se llamaba el doctor de la Torre; y en su casa y en la del licenciado Polanco hube todas las firmas del consejo real, las cuales traia siempre en el seno, á manera de borrador. Y acuérdomme que, estando en casa del licenciado Alderete, vino una muger de Villanueva de los Infantes, á pedir justicia de la muerte de su marido, que ciertos contrarios suyos mataron, á la cual despachaban mal por su mucha pobreza. Yo de compasion, visto que la negaban la justicia, procuré que este fuese el principio de mi primer dechado; y así la hice una provision, que fué la primera de mi mano, la cual llevó y ejecutó, como si fuera del consejo real. Después me vine á Toledo, donde hube por una póliza dos mil ducados, con los cuales, puesto en órden, volví á la corte, donde asisti, hasta que hube la firma y forma de S. M. y del rey D. Felipe su hijo. Con ellas hice una provision, que contenia me diesen hábito de Santiago, con tres mil ducados de renta: fui al consejo de órdenes, y me la dieron, y cobré diez y siete meses, y el día que me vestí el capelo en Sevilla, di esta encomienda de Santiago á un mi mayordomo, el cual la posee hoy en día con voluntad de S. M., porque despues que yo fui preso, confirmó Paulo IV todo lo por mi hecho, de la manera que está hoy en día, diciendo que esto fué proveído por la mano divina del Señor, como lo mostraba el que lo que no habian querido conceder á las veras en otros tiempos los reyes de Portugal, á las burlas ahora no lo pudieron evitar ni escusar.

La manera como hice la entrada en Portugal, y procedí en todo ese tiempo hasta que me prendieron, diré á V. S. I. Yo hube con pólizas que hice, imitando la firma de S. M. y á costa suya treinta y seis mil ducados, de los cuales no perdí hombre, escepto S. M., un maravedí. Pedia esta cantidad, por partes, señalando diversos depósitos de S. M. donde enviaba en diversas épocas letra que yo dejaba, de firma de S. M. Las personas de quien yo pedia estas cantidades, la cobraban de los depositarios de S. M. y venidos los receptores cada un año, vistas las letras y firmas de S. M., que yo dejaba, las recibian en cuenta, y pasaban adelante. De esta manera, certificado á V. S. I. que si no me vistiera el vestido de colorado rojo de la iglesia, en todo el mundo se pudiera descubrir este hecho. Con los treinta y seis mil ducados fui á Sevilla, donde hice la vajilla y litera el año de 1539. Sabian este negocio mi secretario y mayordomo, como yo mismo; á los cuales prometí y aseguré que si por mis pecados padeciese, no serian descubiertos.

Yendo pues del Andalucía para Portugal, topé con un teatino, el primero que habia visto en mi vida, que entonces Paulo IV acababa de fundar su órden; al cual oí un sermon en el día de San Andrés, y pareciéndome bien su doctrina, convidé á comer, y túvele diversos dias en mi compañía, tratando en diversidad de cosas. Y admirándose de mi habilidad y pluma, mostróme un breve que traia, para fundar una casa de la compañía de Jesús en Portugal, y díjome, que ya que este breve era del *annulo piscatoris*, y trataba solo de él, holgaria mucho tratase tambien de su compañero. Tomando yo el breve saqué de él un traslado, acondicionado á propósito de todos dos, de lo cual vistoles yo muy contentos, les dije mi intención; y que pues habian visto la habilidad mia, deseaba en extremo ser parte para poner la inquisicion en Portugal, y que tendria toda la cantidad de dinero que hubiese menester, y las firmas del emperador y principe; y que tambien habia cursado la corte romana, y habria las que de allá hubiese menester, como las vieses una sola vez, para poderlas contrahacer. Y el teatino me respondió:—«Por cierto, en el mundo no pudiera yo hallar un hombre como yo, para negocio tan árduo. Para el cual seria menester viniese un cardenal, con su bula de *Legado á latere*, teniendo las propias veces que el Sumo Pontífice; y con todo esto, haria harto en poder acabar este negocio. Añadió que debia llevar una credencial del emperador en que pidiese y requiriese lo mismo al rey de Portugal. Contrahice pues ambas cosas, y vine á un lugar del Algarbe que llaman Tabira, y hice grabar los sellos, y hacer cajas para que pendiesen de los documentos, y fuíme á un lugar que llaman Ayamonte, donde se hallaba un provincial de los franciscos, buena alma que habia venido de Roma, al cual busqué, y para satisfacerme de la fé que podia prestarse á mis documentos, le dije:—«Padre, viniendo por un camino, algunas leguas de aquí topé con cinco ó seis hombres que corrian la posta juntos, y cerca de donde los topé, hallé una escritura en pergamino que vengo á mostrar á vuestra paternidad para que me diga qué cosa es, pues lo entiendo: presupuesto que si fuese cosa importante, aunque sepa gastar cincuenta ó cien piezas de oro, tomaré la posta tras ellos, para darles la escritura.—Encargóme el padre, con todo poder, que fuese tras de ellos luego, no se perdiese tan buena obra, y en tal tiempo; porque era aquella una bula para meter la inquisicion en Portugal, lo que siempre habian deseado mucho los Papas y los reyes de Castilla: que uno de aquellos que corrian la posta era el cardenal que venia al mismo negocio, cuya importancia, y el ser sin duda todavía mancebo el cardenal, hacian que viniese en posta.

Volviendo ahora á tomar de atrás mi relacion, es de saber que habidos los dineros que arriba dije á V. S. I. Hustrisima, tomé en Sevilla el secretario y mayordomo, y la vajilla y litera y aderezos de capilla. Mandé al secretario á Córdoba, y al mayordomo á Granada para que buscasen muchos criados, dándoles á entender iban á ser criados de un cardenal que habia de venir por la posta á poner la inquisicion en Portugal. Juntaron de este modo unos ciento cincuenta criados, y los trajeron á Sevilla: y cuando fingí yo allí mi llegada el mayordomo y secretario y los demás criados vinieron á besarme las manos y darme la bienvenida. Recibieronme tambien muchos clérigos y seglares y el licenciado Treviño, provisor que era en aquel tiempo, me llevó á las casas arzobispales, donde me detuvo diez y ocho dias. Entonces fué cuando cobré de los albaceas y bienes del marqués de Tarifa una crecida cantidad de ducados, diciendo que los habia quedado debiendo en Roma por unas cédulas, las cuales vistas por su mayordomo, dijo que era aquella su firma, pero que él habia estado en Roma y en Jerusalem y en todo el viaje que hizo, y no sabia que el marqués debiese cosa alguna de lo que en las cédulas se trataba; mas apremiándole yo con excomuniones, me dió la dicha cantidad.

Dirigiéndome por fin á Portugal, camino de Badajoz, entré en Llerena, donde los inquisidores me recibieron y aposentaron; y llevando de allí conmigo dos de los inquisidores que después quedaron en Portugal, el licenciado Pedro Alvarez y Becerra y el licenciado

Cárdenas, salí para Badajoz, desde donde envié las letras con mi secretario al rey de Portugal, el cual de maravillado enmudeció. Turbado mi secretario, volvió á mí sin esperar respuesta, y me dijo mudase de parecer, porque no era posible hacer lo que yo pretendía. Reprendíle yo con ásperas palabras y enojosas, y le dije que volviese con toda la brevedad posible, y que no mostrase haber salido de la corte, y que pidiese con instancia la resolución de S. A., manifestando que si esta no era favorable se volvería su amo á Roma con la respuesta sin gran trabajo, pues era mozo; pero que antes la mirase bien S. A.

Se me escribió me detuviese veinte días, y al cabo de ellos se me envió á cierto duque por embajador, diciendo que entrase y que hiciese lo que me pareciese; pero que S. A. se holgaría me fuese primero á su corte y me viese con él. Fui; estuve tres meses en su corte y otros tres visitando el reino, haciendo muchas justicias, quemando á unos y á otros castigándoles, conforme en tales casos se acostumbraba á hacer, y al cabo de seis meses se cumplió aquel evangelio que V. S. Ilustrísima bien sabe, que dice  *nihil occultum quod non reveletur*. Fué mi Judas un vicario de Mora, el cual me convidó á una caza el día de San Ildefonso, y diciéndome nos fuésemos los dos por un atajo para que no pisasen los panes mis gentes de á caballo y á pié, me llevó en mi litera como pájaro en jaula, y me trajo á donde el marqués de Villanueva, que tenía hecho el concierto con el vicario, vino y me prendió, y tomó tres tesoreros que llevaba: uno del Santo Oficio, el cual tenía 20,000 ducados, otro de la iglesia con 150,000 ducados, y el de mi casa con 90,000 ducados, y me llevó á la corte.

V. S. Ilma. sabe ya que después de mi larga prision, se me puso en libertad, por medio de un breve de Paulo IV; que no poco me favoreció en mis trabajos D. Juan Tavera, arzobispo de Toledo, cardenal inquisidor mayor, y gobernador de España, ayo del príncipe Don Felipe; y que por fin besé las manos de S. M., el cual me hizo infinitas mercedes.»

Hasta aquí han leído los lectores la relación del que nuestros autores cómicos apellidan *el falso Nuncio de Portugal*, exacta, verídica, cual no la hallarán en las historias: ahora pueden considerar, si Roma, si el gobierno de España entonces, si el clero de ambos países tuvieron y jugaron una parte *protocolizante* y verdadera, en la artimaña de Juan Perez de Saavedra, alto de cuerpo y de tan elevada estatura que por muchos Juanes y por muchos Perez valía.

### EL MUÉRDAGO.

Que esta planta fué adorada por los paganos, se infiere del pasaje en que describe Virgilio la bajada á los infiernos. Se sabe que entre las naciones Celtas ha sido objeto de la mas profunda veneración, y la fiesta que celebraban los Druidas para cogerla en el solsticio de invierno era de las mas solemnes. Se ha dicho que solo eran reverenciadas de los Druidas, las encinas que tenían esta planta; y que el respeto del pueblo á sus sacerdotes y á esta planta, provenía de las curas que ejecutaban aquellos con esta. Todavía se le atribuyen virtudes medicinales, y ciertamente no nos gustaría mucho ver desvanecida una creencia enlazada con el agradable privilegio que se atribuye al muérdago. Este privilegio consiste en el derecho de besar á cualquiera mujer que uno encontrase bajo la zarza de esta planta, derecho que debe continuar, siquiera por ser tan placentero, aun cuando haya desaparecido ya la superstición en que se fundaba. Antiguamente cuando no se besaba á una soltera á quien se encontraba debajo de esta planta por Navidad, creían que no se casaba en todo el año.

### LA PARTIDA DE COLON.

#### I.

Rasgando el velo de la noche oscura,  
Lucero refulgente  
Señala la estension del horizonte;  
Confusa claridad en la corriente  
Del impetuoso mar las blandas ondas  
Bordando va con flámulas de plata;  
La luz acrece, el brillo se dilata,  
Y mal envuelta en sonrosadas nubes  
Aparece la aurora,  
Prestando á la natura,  
Con su serena faz encantadora,  
Cándida sencillez, dulce hermosura.  
Luce el brillante sol, señor del día,  
Y al asomar, presenta en homenaje  
El jilguero su dulce melodía,

Las rosas, con su aroma,  
El pintado calor de su ropaje;  
Blando arrullo de ambiente,  
Y ópalos mil la cristalina fuente.

Ya de la playa en la salada arena  
Confusa multitud su huella imprime,  
Y ya la mar serena,  
Cual si estuviera de luchar cansada,  
Solo se agita en impetus ligeros  
Al compasado son de los remeros.  
De un lado está la patria afortunada  
De Viriato y del Cid, del otro en vano  
Con su tinta azulada  
Remeda al horizonte el Océano,  
Ese insondable mar que maravilla,  
Majestuoso y sublime hasta en el nombre,  
Donde se ve que en incansante anhelo  
Con la imponente autoridad del cielo  
Lucha terrible el corazón del hombre.

Saluda al viento el caracol marino,  
Triste clarín en cuyos tristes ecos  
Agorero parece que el destino  
Dice á la playa revoltosa: ¡Luto!...  
Con un gemido atronador contesta  
La turba recelosa

Que gira en instantáneo torbellino,  
Al tocar la verdad de su partida.

¡Empresa aventurada,  
Tan grande y atrevida,  
Era buscar una region soñada!

La dulce madre, la adorable esposa  
Que el fruto del amor lleva en su seno,  
El inocente y desvalido infante

Y el decrepito anciano,

Padre infeliz ó cariñoso hermano,

En esas hondas que sus plantas besan

Para alcanzar las lágrimas que lloran,

Miran la tumba de su bien querido,

Ó de remotos mares arrojado

Ven flotar su cadáver destrozado.

Pero la altiva voz del sentimiento

Se remonta atrevida en el espacio,

Y si desciende se la lleva el viento.

Por eso sordo el mísero ambicioso,

Seducido por sueños de fortuna,

Camina decidido

Para ingresar en la aprestada flota

Que en el timon premioso y carcomido

Lleva escrito el acaso por derrota.

«Al mar», pronuncia con acento rudo

Una robusta voz, tan poderosa,

Que herido el viento por su timbre agudo,

Veloz la agita en sus potentes alas.

Era la de Colon, del Océano

Hijo precoz y su mayor tirano,

El que al bramar la indómita tormenta

Gozaba en el aroma del ambiente

Fruto robado á incógnitas regiones;

El que en penosa cuenta

Por el reflujo de la mar media

De la opuesta barrera la distancia;

El que en justa arrogancia

La estension de los mundos dividía.

Era Colon, el génio sobrehumano

Por estúpida grey escarnecido;

Era el hombre escogido

Para ser ÉL por la suprema mano.

Ronco estampido, de presagios lleno,

Dió la señal de leva, y en la playa

Un grito de dolor desesperado

Fué á despertar el viento sosegado,

Y de las lonas al ligero impulso

En el vago horizonte se perdieron

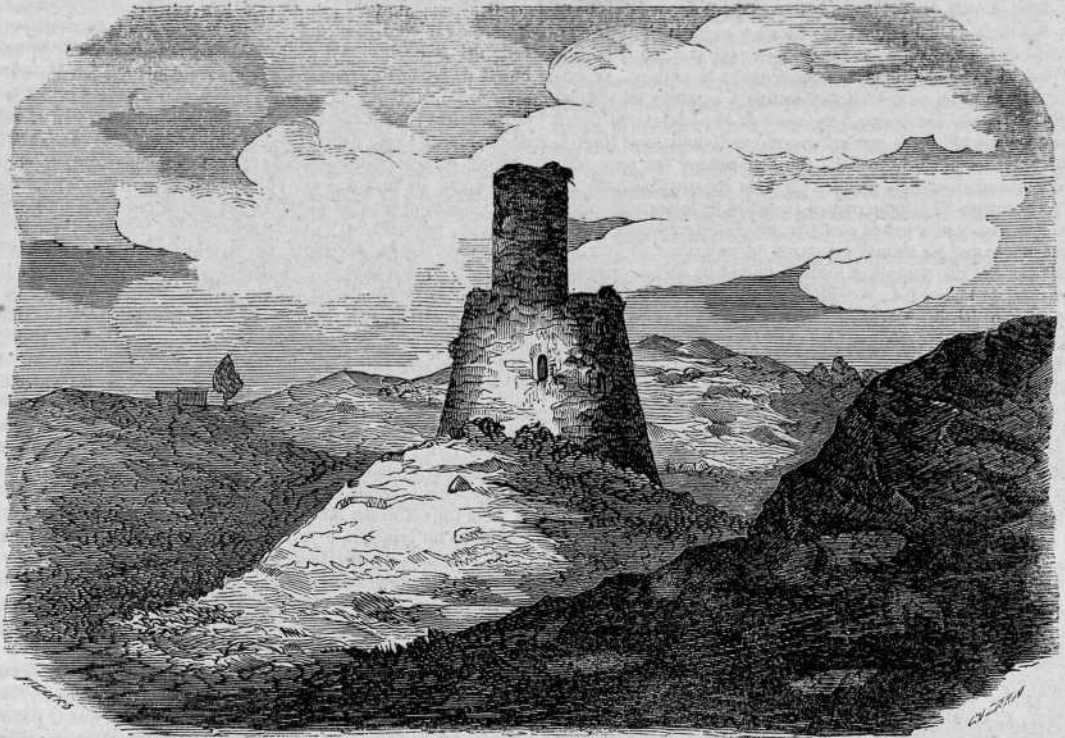
Las blanquecinas velas

De aquellas inmortales carabelas.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.





## CASTILLO DE ANDRADE.

Entre las fortalezas ruinosas que se conservan en Galicia del tiempo del feudalismo, ninguna escita mas la curiosidad del viajero que la que hoy esponemos á la consideracion de los lectores del SEMANARIO.

Situada sobre una elevada cadena de montañas, sumamente pintoresca por la continuidad de sus enlaces y por la elevacion de sus obeliscos cubiertos de ese ruiseno verdor anejo á las rápidas pendientes de los desfiladeros del Eume, el gigantesco torreón de Andrade domina un territorio dilatadísimo y parte del tormentoso Océano que combate los cabos de Ortegal y de Finisterre.

En el triángulo topográfico que marcan en la costa de Galicia tres de sus poblaciones mas principales, como la Coruña, el Ferrol y Betanzos, difícilmente pudieran recorrerse sus tres lados, ya atravesando las montañas elevadas de sus poéticos valles, ya surcando las no menos elevadas montañas del Océano de la costa, sin ver dibujado aquel castillo sobre el azulado fondo del cielo.

Nada mas romancesco ni mas vistoso sobre las montañas de San Cristóbal, que aquella fortaleza de los siglos medios, enseñoreándose en el espacio con la melancólica majestad de su abatimiento doloroso.

Su presencia, como he consignado ya en una de mis obras, evoca todos los mas lisonjeros recuerdos de nuestra Iliada caballeresca. Parecen verse aun sobre las pendientes de sus montañas las cacerías de aquellos nobles poderosos de horca y cuchillo, con sus damas pintorescamente ataviadas, con sus pajes, con sus moneros y sus halcones. Parecen verse aun los peregrinos y los juglares desaparecer errantes por entre aquellas quebraduras, ó sentados al pié de uno de aquellos frondosos árboles que sombrean el declive de las montañas. Parece, en fin, que á su vista, á la presencia de aquel castillo feudal mutilado, se divisa aun en los desfiladeros contiguos una lucida hueste de guerreros persiguiendo á las sangrientas hordas revolucionarias de los *Hermanos de Galicia*; aquella terrible hermandad del siglo XV, que se oponia á toda dominacion aristocrática y teocrática.

Esta fortaleza de piedra de sillería se halla situada sobre la confluencia del Eume y el Océano. A sus piés se encuentra la villa de Puenteume, pintoresca y deliciosa villa de la costa, donde tuvo su primitivo solar la familia de Andrade.

Construyó este castillo en 1570 el conde Fernan Perez de Andrade, llamado *O Boo*, el Bueno; y era señor de cuantas tierras di-

visaba desde sus almenas, por un privilegio que le concedió D. Enrique el de las Mercedes, en agradecimiento al singular favor que le hizo este infanzon en los campos de Montiel, cuando batiéndose cuerpo á cuerpo D. Pedro y D. Enrique, este cayó debajo de su hermano, y Fernan Perez de Andrade lo puso encima, diciendo: *yo ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*; palabras que se atribuyen á Beltran Duguesclin por muchos historiadores.

Como todos los castillos feudales arruinados, el castillo de Andrade es teatro de mil escenas de moros y encantamientos que las gentes de pais refieren con esa sencillez agradable que las particulariza.

Pero entre las mas terribles y pavorosas, hay una que no solo pertenece á la tradicion, sino á la historia de los condes de Andrade. Es el episodio amoroso de *Rojín Rojal*, la historia de un paje tan trovador como Macías, y como Macías tan amante y tan desventurado. Es el drama mas interesante de la historia romántica y caballeresca de aquel país; drama que algun dia publicaremos en las columnas del SEMANARIO.

VICETTO.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

### CUARTEL ALTO.

La parte de la nueva poblacion de Madrid, comprendida á la izquierda de la Puerta del Sol y calle de Alcalá hasta reunirse con la antigua en la plazuela de Santo Domingo y el Real palacio, es lo que nos queda ya que recorrer para terminar nuestro histórico paseo. Toda esta importantísima parte del cuartel alto se pobló simultáneamente con el bajo á principios del siglo XVI, cuando hubo de verificarse la tercera ampliacion en los reinados del emperador y de su hijo, y por lo tanto no carece de historia ni de edificios bastante antiguos para despertar nuestra patria curiosidad.

Como es de suponer, naturalmente la poblacion se fué extendiendo desde el centro á la circunferencia; es decir, desde donde concluía el antiguo Madrid, ó sea en las puertas *del Sol*, de *San Martín* y de *Santo Domingo*, hasta la nueva cerca y puertas de *San Vicente*, de *Fuencarral*, de *los Pozos*, de *Santa Bárbara* y otras; pero como no podemos seguir el órden cronológico de esta poblacion por

(1) Véanse los números anteriores.

continuar el material de nuestro paseo, nos ocuparemos hoy en el cuarto de círculo comprendido entre las puertas de Alcalá y de Santa Bárbara hasta la calle de la Montera y Puerta del Sol.

A la izquierda de dicha puerta de Alcalá y hasta la *de Recoletos*, reconstruida de nueva planta, y aunque con escaso gusto, en el reinado de Fernando VI sobre el sitio mismo que ocupaba la antigua, se empezó á formar ya en el siglo XVII con destino á hornos y tahonas un caserío que se llamó *Villa-nueva*, compuesto de 42 edificios inmediatos al Pósito que tenía allí desde mas antiguo el ayuntamiento de Madrid, si bien los actuales edificios conocidos con este nombre son obra posterior, de mediados del siglo pasado. En él se construyó durante el reinado de Fernando VI la gran panera en figura de rodona que da al paseo de Recoletos y es capaz de contener 100,000 fanegas de grano: hoy está ocupada por los telones y enseres de los teatros de la villa. Los demás edificios que continúan hasta la puerta de Alcalá y hoy sirven de cuartel de Ingenieros, son otra de las obras importantes del reinado de Carlos III. En esta inmensa manzana de edificios, destinados desde hace muchos años á usos extraños, es donde, á nuestro entender, debía haberse colocado la nueva Aduana.

Después de los edificios del pósito hasta la puerta de Recoletos estaban, donde ahora la Galería topográfica y el taller de coches, el antiguo convento de Agustinos y su huerta, que comprendía 515,459 piés, y la del conde de Oñate, marqués de Montealegre, con cerca de 200,000 donde hoy se alza la bella casa palacio del señor Salamanca; la huerta y casa que ocupa hoy el colegio de Veterinaria que perteneció á San Felipe Neri, conserva la misma forma, con un gran saliente fuera de la huerta y la enorme superficie de 325,716 piés.—Por el lado opuesto, al principio del paseo, ya queda dicho que estaba la huerta del regidor Juan Fernandez, hoy de la direccion de infantería; la gran casa y jardín del Almirante de Castilla D. Juan Gaspar Enriquez de Cabrera, que daba vuelta por la calle llamada entonces del *Escorial*, y que después recibió el título del *Almirante* que aun conserva, hasta la de los *Reyes alta*, hoy de las *Salesas*. Cedita esta posesion en gran parte por aquel ilustre magnate para la fundacion del convento de *San Pascual*, y convertida en templo la sala-teatro del propio palacio, enriqueció este con su preciosa coleccion de pinturas de los mejores maestros, rico tesoro que desapareció en tiempo de la dominacion francesa. El resto de la huerta fué después de D. Juan Brancacho, con cuyo apellido es aun conocida, y el antiguo palacio ó *retiro* del almirante desapareció tambien á impulso del tiempo.—A la otra esquina de esta calle del Almirante, y entre ella y la llamada hoy de la *Veterinaria* (antes de San José), se alzaba ya en principios del siglo pasado la casa y famosísimo jardín del conde de Baños, después del de Almirante, y hoy del duque de Medina de las Torres, conocida modernamente por las *Delicias* cuando estaba abierto al público para bailes, conciertos y otros recreos de que solo ha quedado la parte destinada á casa de baños.—Mas allá de dicha calle antigua de San José, en diversidad de sitios que todos fueron comprados para este objeto, se fundó por la reina Doña María Bárbara y su esposo D. Fernando el VI en 1758 el suntuoso monasterio de la Visitacion, de religiosas *Salesas*, con su estendida huerta y jardín, que en union del monasterio comprenden el inmenso espacio de 750,525 piés, y todavia se agregaron á él otras posesiones contiguas; habiendo invertido en esta grandiosa fundacion la enorme suma de 85 millones de reales, segun una nota puesta en la copia del testamento de dicha reina, que existe en la Biblioteca Nacional. En cuanto á la grandeza y mérito artistico del edificio, dirigido por los arquitectos Carlier y Moradillo, no podria negársele sin injusticia, si bien no es todo lo que hubiera sido algunos años después con los adelantos del arte y del buen gusto, y mucho menos correspondiente todavia á las inmensas sumas prodigadas en él. El templo, sin embargo, por su elegante forma, por la riqueza de su materia y la preciosidad de su ornato y accesorios, entre los que sobresale el sepulcro de los reyes fundadores, es sin duda alguna el mas ostentoso de Madrid. El convento puede llamarse un verdadero palacio régio, especialmente la parte designada con este nombre por la reina fundadora que destinaba á su habitacion la que mira á los jardines. Estos y la huerta son primorosos, y la estendida cerca que los limita por los paseos de Recoletos y de la Ronda, hasta incorporarse con la otra del estinguído convento de Santa Bárbara, es la mas alta y fuerte de la general de Madrid.

Antes de la fundacion de este magnífico monasterio, y segun el plano de mediados del siglo XVII, ocupaban aquel sitio varias casas y huertas, y desde el altílo que hoy forma la *plazuela de las Salesas* corria recta la calle del mismo nombre (entonces llamada de los *Reyes alta*) á salir á la de Alcalá por donde ahora es jardín conocido por el del *Valenciano* y hacia donde después se alzaron los edificios de Buena Vista y la inspeccion de infantería; comunicacion interesantísima que habrá necesariamente que reponer segun está propuesto y acordado por el ayuntamiento, dando á dicha calle de las *Salesas* mayor anchura por su izquierda para que desde la de Alcalá pueda go-

zarse de la vista y darse avenida conveniente á aquel grandioso monasterio.

Generalmente todo este trozo ó barriada, obstruido después con las sucesivas construcciones, estaba mejor cortado que en el dia; la calle del *Barquillo* continuaba recta por donde después se cerró la huerta de Santa Teresa, y el trozo á la izquierda que hoy lleva el mismo nombre del *Barquillo*, y forma la escuadra que va á salir á la calle de Hortaliza, era entonces calle recta y continuada con el nombre de las *Flores* hasta salir al dicho altílo ó plazuela de las *Salesas*: tambien está propuesto restablecer este rompimiento por el jardín que llaman de Secano.—En el lugar que ocupan hoy el convento y huerta de las monjas de Santa Teresa estaba la casa del Príncipe de Astillano, fundador del mismo convento; las calles del propio nombre, de *San Lucas*, *Piamonte*, del *Rincon*, del *Sauco*, de la *Emperatriz*, de la *Buenavista* y la *plazuela del Chamberi*, todas tenían salidas á las ya citadas de los *Reyes alta* ó *Salesas*; varias de ellas quedaron suprimidas ó cortadas con la construccion de que ya hablamos del palacio de los duques de Alba que incorporó á la dilatada manzana 277 las 286 y 287 donde entonces estaban las casas de los Valenzuelas, Yermos, Alvarados y otras.—Las demás casas entre dichas calles del *Sauco* y del *Piamonte*, donde ahora se alza el edificio construido en el reinado anterior con destino á los misioneros de *San Vicente de Paul*, y actualmente ocupado por una *prision correccional* y la elegante y moderna casa contigua del señor conde de Vegamar, pertenecieron al conde de Molina y después al de Torrehermosa.

Esta *calle Real del Barquillo* (segun dice D. Nicolás Moratin) perteneció en un principio á la jurisdiccion de Vicalvaro, sin duda por estar construida en tierras de su término, y se hizo desde luego una importante comunicacion entre la parte central y alta de Madrid, importancia que ha ido creciendo sucesivamente, y hecho necesaria la reconstruccion y alineacion completa de dicha calle y sus avenidas en los presentes años. ¡Ojalá en la dicha alineacion verificada para ello no se hubiese cometido el absurdo de estrechar, en vez de ensanchar una via tan importante!—Ya queda dicho en los términos en que estaba formada por su derecha, y las comunicaciones que la ponian en contacto con el paseo del lado de Recoletos: todas, repetimos, hay necesidad de volver á restablecerlas, aunque seria conveniente que al verificarse los rompimientos y nuevas construcciones se procurase rebajar el terreno disimulando el gran desnivel ocasionado por la colina que media entre dicha calle y paseo.—Del lado de la izquierda aparecia esta aun mas solitaria y triste, ocupada por el convento y huerta de *Carmelitas Descalzas* de San Hermenegildo, que como hemos dicho avanzaba hasta ocupar casi todo el espacio que ahora se llama *plazuela del Rey*, y primero del *Almirante* (Godoy), en cuyos últimos años de privanza, primeros de este siglo, fué formada para dar mayor desahogo á las casas que hacen esquina y á la frontera, propias ambas de su esposa la condesa de Chinchon; dichas casas se comunicaban por medio de un pasadizo por encima de la calle á la altura de los pisos principales, que ha sido por fortuna suprimido en el año presente; si bien este no aparece en el plano del siglo XVII, y no sabemos si fué obra del mismo Príncipe de la Paz ó anterior. En esta casa, procedente como la frontera de D. Carlos Prevost y Alvarado, y antes de D. Juan Pablo Bonet, habitaba aquel deslumbrado valido, cuando el 19 de marzo de 1808 cayó del poder á impulsos de la insurreccion popular, arrastrando consigo al monarca, y en ella fué donde los amotinados descargaron sus iras, destruyendo y arrojando á la calle los muebles y adornos, con los demás atropellos consiguientes.

—Las casas contiguas precedentes del doctor Sandi, Doña Beatriz Vargas y otros varios, estaban ya poco mas ó menos en los mismos términos que hoy á principios del siglo pasado cuando pertenecian á D. José Ignacio Goyeneche, y á ellas seguia luego la inmensa tapia de la huerta de los duques de Frias, que ocupaba nada menos que 187,200 piés con inclusion del palacio que da á la plazuela del mismo nombre, y á la calle de *Góngora*, antes de *Santa Bárbara la Vieja*. Esta inmensa posesion es la que recientemente se ha roto por dos partes y poblado de nuevas y elegantes casas, dando salida por ella á las dos calles de *Santa Maria del Arco* y de *Válgame Dios* (ahora de *Gravina*). Todavía la enorme manzana 507, aun convertida ya en tres trozos, debe romperse por la calle cerrada de *San Marcos* segun la alineacion proyectada. El resto de las casas de dicha acera eran todas bajas y mezquinas, y ningun interés ofrecian, si se exceptúa solo la señalada con los números 4 y 5 antiguo, 27 moderno de la manzana 524 que hace esquina y vuelve á la calle de *Belen*, y era y es muy célebre desde tiempo antiguo por su numeroso vecindario y demás condiciones, y designada con el nombre popular de la *casa de Tocamerogue*. Este apodo (cuyo origen desconocemos) es tambien aplicado al famoso sainete que D. Ramon de la Cruz tituló *La Petra y la Juana*, sin que tampoco podamos asegurar, como quiere la tradicion, que fuese la intencion de aquel escritor colocar en esta casa el lugar de su escena, que por otro lado hallamos poco apropiado á

ella. Esta casa fué de D. Martín de Herce, y actualmente del señor conde de Polentinos, y está renovada en estos últimos años.

A espaldas de la calle del Barquillo y hasta la de *Hortaleza* está el estendido trozo de caserío, que llegará á ser en breve tiempo uno de los mas importantes de Madrid cuando haya acabado de recibir los cortes, rompimientos y mejoras reclamados por la necesidad y propuestos y aprobados en el plano de nueva alineacion. Consisten aquellos en el ya dicho rompimiento de la calle cerrada de *San Marcos* á la del Barquillo por la casa del señor Goyeneche, hoy de D. B. Llanderal, y desde esta misma calle de San Marcos otra lateral á la de *Góngora* por la huerta de las monjas de San Fernando; el del Callejon del Soldado á la de las Infantas, por la casa núm. 17 donde existe ya dicho callejon, aunque cerrado, y la continuacion de dicha calle del Soldado por la huerta de las monjas de Góngora; la regularizacion de la plazuela del duque de Frias, colocando en su centro una fuente y un mercado; la supresion del cuartel llamado del Soldado y continuacion por su terreno de la calle llamada de la Libertad (antes de *San Fernando*), igualmente la de los viejos edificios en que estuvieron la Galera y las prisiones militares y la continuacion de la calle de *San Gregorio* á la de *Santa Maria del Arco*, dando frente á la de *San Bartolomé*.—Todo esto que es poco costoso y muy hacedero por la clase y estado de los edificios que han de ocuparse, reportaría inmensas ventajas á aquel distrito en general, salubrizando y vitalizando uno de los trozos mas importantes del Madrid moderno. Algo ha empezado á hacerse ya con las roturas de la nueva calle de *Gravina* entre la de *Hortaleza* y San Anton, y su continuacion á la del Barquillo, que tan inmediatos resultados ha producido en la renovacion del caserío, y es de suponer que á vuelta de pocos años se vea realizado el resto, desapareciendo la soledad y dificultad de circulacion que ofrecen dichas calles por los recodos y curvas que forman las estendidas tapias de las huertas y cuarteles citados.

Poco hay en el dia que mencionar para nuestro propósito en este abandonado distrito. La calle de *San Anton*, que va desde la de San Marcos á la de Santa Teresa, era y es la arteria mas vital de él y célebre en el siglo pasado por el bullicio é intrepidez de las clases que la ocupaban y sus contiguas de *Regueros*, de *Belen*, de *Jesús y Maria*, de *San Lucas*, de *San Gregorio*, de *San Francisco* y *Válgame Dios y del Soldado*. Todas estas calles, aunque en la parte alta de Madrid, constituian parte de los barrios apellidados bajos, y eran preferidas por los famosos *chisperos*, ramificacion de la manolera, fabricantes y mercaderes de utensilios de hierro; y lo humilde de su caserío, casi todo de un solo piso, y lo emgrecido y solitario de sus ruuevillas, las hacia muy propias para las escenas inmorales y alevoasas que aspiraron á poetizar D. Ramon de la Cruz en sus saietes, y D. Francisco Gregorio de Salas en su festiva pintura de dicha calle de San Anton.

Los edificios algun tanto notables de este distrito ya hemos dicho que contribuyen á entristecerle mas que á darle importancia. Los dos conventos de monjas, el uno de mercenarias calzadas titulado de *San Fernando*, en la calle llamada actualmente de la *Libertad*, fué fundado á fines del siglo XVII por la marquesa de Aguilafuente, y no llegó á terminarse, ni su iglesia que está reducida á una pequeña capilla: el otro de trinitarias descalzas apellidado de *Góngora* (por haber corrido la fundacion de orden de Carlos II á cargo de D. Juan Felipe de Góngora, ministro del Consejo de Castilla) fué obra de fines del siglo XVII, y es poco notable, como lo era tambien el palacio frontero de los duques de Frias, cuya sala teatro fué convertida en anejo de la parroquia de San Luis con el titulo de parroquia de San José en 1743, por el mismo duque de Frias D. Bernardino Fernandez de Velasco; después como parroquia independiente la hemos visto pasar en nuestros dias á la iglesia de dichas monjas de Góngora y á la del *hospitalito de Flamencos*, calle de San Marcos (que se hundió en 1848) y está actualmente como ya queda dicho en el Carmen Descalzo calle de Alcalá.—En cuanto al referido cuartel del Soldado, que fué de Guardias Walonas y que ocupa toda la manzana 519 con 64,648 pies, y casa llamada de la Galera, y el otro apellidado Prisiones Militares, ya queda dicho que han de desaparecer muy pronto por su inoportuna colocacion y mal estado de sus fábricas.

El resto de este distrito, entre la calle de San Marcos y la del Caballero de Gracia, tiene ya otra importancia por su situacion mas central, lo bien cortado de sus calles y comunicaciones, y la mayor brillantez consiguiente de su caserío, especialmente desde la formacion de la plazuela de *Bilbao* con el derribo verificado en 1837 del convento é iglesia de *Capuchinos* llamados de la *Paciencia*. Este habia sido fundado en 1659 por el rey D. Felipe IV sobre el sitio mismo que ocupaba la casa del licenciado Barquero en que unos judíos que la habitaban solian maltratar en ciertos dias y ceremonias á un Crucifijo; y denunciados á la Inquisicion fueron quemados hasta siete en persona y cuatro estatuas, y demolidas sus casas para la fundacion de dicho convento é iglesia. Hoy con el arbolado, fuente y verja de dicha

plazuela, y las elegantes casas modernas que la rodean, es uno de los sitios preferentes de Madrid.—La calle frontera de *las Infantas*, especialmente su último trozo, abierto como queda dicho por la huerta del Carmen en tiempo de Godoy, ha adquirido tambien mayor importancia con las nuevas casas construidas en dicha huerta por el señor Murga, y el teatro del Circo, en donde ahora se forma la plazuela del Rey y antes era una callejuela en escuadra, que se llamaba de *las Siete chimeneas*.—La casa conocida con este titulo (que es la de la esquina, y propia del señor conde de Polentinos) debió ser en los principios una hermosa casa de campo rodeada de estendidos jardines y huertas, y cuya sólida y elegante construccion en su parte principal que da á dichos jardines y á la plazuela (pues la que mira á la calle de las Infantas se ve palpablemente que es añadida) revela el gusto especial de las construcciones de Juan de Herrera, en cuyo tiempo pudo ser fabricada á mediados del siglo XVI para el mayorazgo fundado por el doctor D. Francisco Sandi y Mesa, y que hoy posee el señor conde de Polentinos. Su estension comprendia los jardines, posesiones y casas contiguas, incluso el teatro del Circo, y pasa de 100,000 piés. Es tambien histórica por haber habitado en ella el ministro de Carlos III, marqués de Esquilache, cuando el dia 25 de marzo de 1766 estalló el célebre motin de las capas y sombreros, atacando el populacho la morada del ministro (cuyas señales se han conservado hasta nuestros dias) y presentando el mismo terrible aspecto que medio siglo después ofreció delante de la inmediata casa del príncipe de la Paz. La de las Siete chimeneas ha sido después morada de los embajadores de Nápoles, de Francia, y actualmente lo es del de la corte de Austria.

Las otras calles paralelas á la de las Infantas, tituladas de *la Reina*, de *San Miguel* y del *Caballero de Gracia*, y sus traviesas de *las Torres*, de *San Jorge* y del *Clavel*, tambien nos ofrecen algun interés histórico local. En la primera de ellas (la de la Reina), y entre otras casas antiguas notables, habia una, la señalada con el núm. 5 antiguo y 6 nuevo, que fué de D. Feliciano de la Vega, y compuesta de varios sitios, uno de los cuales le privilegio de aposento en 30 de enero de 1625 su poseedor *Agustin Moreto*, que puede ser acaso el famoso poeta, ó su padre del mismo nombre, natural y vecino que fué de Madrid, cuya noticia abandonamos á los diligentes rebuscadores de la biografía de aquel célebre ingenio.—La inmediata casa núm. 8 moderno, es la que habitó en principio de este siglo el general príncipe Mase-rano, y que ocupó tambien algun tiempo mientras la dominacion francesa el general Abel Hugo, gobernador de la provincia de Guadalajara, y nombrado por el rey José marqués de Cogolludo, teniendo en su compania á su hijo el famoso poeta *Victor Hugo*, á quien colocó de paje del rey en el seminario de nobles. En esta misma casa estuvo después la fonda de *Genyeis*, y en ella pararon en 1831 el célebrísimo maestro *Joaquin Rossini*, y su compañero de viaje al marqués de las Marismas D. Alejandro Aguado.—Al fin de esta calle está el colegio de Nuestra Señora de la Presentacion, de niñas, que llaman de *Leganés*, fundado en su propia casa por el caballero D. Andres Espinola, de la de los marqueses de los Balvases y de Leganés, en 1650, con su pequeña capilla abierta al público. Otras casas notables hay en dicha calle, como la del conde de Monteleagre que fué del de Villacastel, entre ella y la de las Infantas; y entre las de San Jorge y San Miguel la del marqués de la Vega de Armijo; y la del *jardin de Valero*, propia del duque de Arion. En la del Clavel, señalada con el núm. 11 nuevo, 16 antiguo, contigua á la nueva del señor Maquieira, y tambien de su propiedad, está la linda casa que habitó segun sus Memorias y Novelas la célebre escritora francesa, esposa del mariscal Junot, titulado *duque de Abrantes*, durante el tiempo que fué este gobernador de Madrid. Tambien vivió en ella por la misma época la condesa de *Jaruco*, señora célebre por su hermosura y altas relaciones en la corte de José Bonaparte, y madre de otra persona no menos célebre después en la corte parisiense con el nombre de la condesa de *Merlin*, apreciable escritora, distinguida artista, y dotada además de un excelente carácter y amabilidad de trato. Esta señora, nacida en la Habana, donde su padre mandaba como capitán general, fué casada de tierna edad por el rey José, con uno de sus ayudantes, el general Merlin (1).

La calle del *Caballero de Gracia* lleva este nombre del caballero de la orden de Cristo *Jacome*, ó *Jacobo de Gracías*, virtuoso sacerdote natural de Módena, que vino á España con el Nuncio de S. S., y se aveicindó en Madrid hasta que en 1619 falleció á la edad de 102 años. El mismo fundó en sus propias casas un convento de padres clérigos menores, que después pasaron al Espiritu Santo, ocu-

(1) Su madre, la ya mencionada condesa de Jaruco, murió en esta misma casa en 1810, y hemos oido decir que, recientemente concluido el cementerio de la puerta de Fuencarral, fué de los primeros cadáveres conducidos á él; pero al dia siguiente, ya sea por la repugnancia que excitara esta clase de enterramiento estraños, nuevo á la sazón en Madrid, ó ya por otra razon, fué sustraída, no sabemos tampoco por disposicion de quien, y enterrada en el jardin de su propia casa, debajo de un árbol frondoso, que todos hemos conocido en el mismo hasta hace pocos años en que se construyó la casa nueva en el solar de dicho jardin.

pando entonces aquellas la comunidad de Recoletas de la Concepcion, conocidas tambien por el nombre del mismo *Caballero de Gracia*. Su convento é iglesia que tenian en dicha calle, esquina á la del Clavel, fueron demolidos en 1858, y sustituidas después por un mercado cubierto, donde tambien estuvo la imprenta del *Heraldo*, y después se ha construido una casa particular. En la iglesia de aquel convento se veneraba el cuerpo del virtuoso caballero en un sepulcro de mármol que ha sido trasladado y colocado en el Oratorio de la misma calle y advocacion. Este Oratorio que la venerable congregacion de Esclavos del Santísimo, fundada por el mismo caballero, labró á sus espensas en 1684, en la casa que fué de Doña Elvira de Paredes, en que acaeció la muerte violenta de D. Antonio Escon, enviado del parlamento de Inglaterra, fué renovado completamente á principios de este siglo bajo los planes del arquitecto Villanueva, y es una iglesia muy linda aunque pequeña.

De la dificultosa comunicacion de esta calle con la de Alcalá, por medio de la angostísima llamada justamente de los Peligros (aunque ya dijimos que recibió este nombre, no por esta razon material, sino por una imágen de Nuestra Señora que se veneraba con el título de *los Peligros* en el templo del inmediato convento de monjas de San Bernardo), nada mas nos ocurre que mencionar; ni tampoco de las otras dos contiguas de *San Bernardo* (hoy de la Aduana), y de *los Jardines*, que no tienen importancia mas que por la situacion tan privilegiada que ocupan entre las de Alcalá y de la Montera.

R. DE MESONERO ROMANOS.



(Kant.)

CÓMO SITIARON LOS INFIELES EN ANTIOQUIA Á LOS CRISTIANOS. CÓMO APARECIÓ EL APOSTOL SAN ANDRÉS AL CONDE DE FLANDES, ROBERTO, Y CÓMO CON SU SOCORRO ALCANZARON VICTORIA LOS CRUZADOS, POR PROMESA DIVINA.

Dueños apenas los nuestros de la ciudad, tres dias después, y con numerosos ejércitos, llegó el poderoso rey de los persas, que enfurecido al saber la toma, bloqueó la plaza de modo que nadie podia entrar ni salir. Empeoróse con esto la situacion de los nuestros; porque sin provisiones cual estaban, no tardó el hambre en ponerlos en terrible aprieto. La falta de alimento hacia devorar al pueblo cuanto hallaba, por asqueroso que fuese: ninguna diferencia habia entre los manjares del pobre y los del rico, y era espectáculo digno de lástima ver á hombres de robustos miembros, de noble alcurnia la mayor parte, recorriendo calles y plazas mendigando un pedazo de pan, aniquilados á fuerza de miseria y con semblante sepulcral. ¿Qué mas? Los camellos, mulas, caballos, asnos, perros, gatos y otros animales inmundos, servian todos de delicado plato á la mesa de los cruzados; tan grande era el hambre que acosaba á los piadosos cristianos, cuyo cuadro histórico fuera imposible trazar. Reducidos ya á la última estremidad, y sin esperanza alguna de socorro humano, empezaron á dudar de su salvacion.

El bueno y omnipotente Dios, sin embargo, que permite de vez en cuando que se vean afligidos sus servidores para que no tengan sobrada confianza en sus propias fuerzas, y reconozcan al contrario el influjo de una gracia especial, dignóse prestarles por fin su apoyo, y apareció una noche el glorioso apóstol de Cristo, San Andrés, al muy noble é invencible príncipe, nuestro conde de Flandes, Roberto de Trison. Revelóle entre otras cosas el sitio en que se encontraba enterada, en la iglesia de San Pedro, la lanza con que el centurion Longinos hirió el costado de Nuestro Señor Jesucristo; y amonestóle á que después de hallada fuese con los demás príncipes y cruzados á atacar sin miedo á los infieles, seguros de la victoria.

Llenando esta vision de gozo y esperanza al conde Roberto, dió las gracias con ferviente plegaria á Nuestro Señor y su Santo Apóstol, y contó en seguida la aparicion á los jefes del ejército. Vertiendo lágrimas de devoto júbilo, corrieron todos á escabar el indicado sitio, y al momento encontraron la lanza revelada por San Andrés. Derramóse con esto el entusiasmo por toda la ciudad, y fijóse el dia del combate. Cada cruzado, lleno de devocion y contrita el alma, confesó sus pecados, aceptó la penitencia, y recibió en seguida el cuerpo y sangre de Jesús. Estas preparaciones aumentaron su valor.

Al apuntar el dia, revestidos los sacerdotes de sus sagradas túnicas, celebraron el oficio divino, dando la bendicion al pueblo y exhortándole á la pelea. Era tal la confianza de los cruzados, y tan poderosa gracia les inspiró el Altísimo, que se abrazaban unos á otros prometiéndose victoria, aquellos mismos que en la víspera se les veía abatidos, y apagados los ojos por el hambre de veintiseis dias.



Estátua que existió en una capilla de San Gerónimo de Madrid.

Formáronse en doce batallones invocando el auxilio divino, y avanzaron hácia el ejército enemigo. Digno de recordarlo es lo que les sucedió al salir de la ciudad, con asombro y admiracion de todos, y fué un suave rocío que bajando del cielo se derramó sobre los cruzados. Con semejante muestra les aseguraba el Señor su gracia y bendicion, porque cuantos recibieron el rocío, sintieron al instante dotados de fuerza tal de cuerpo y vivacidad de espíritu, que durante la expedicion no conocieron el hambre ni el cansancio. No solo los hombres sintieron este maravilloso efecto, sino tambien los caballos, después de no haber probado en muchos dias otra cosa que hojas y corteza de árbol.

Trabóse el combate, y en medio del mas horroroso encarnizamiento, echaron por fin á huir los pocos soldados del rey de los persas, que escapar pudieron de la lanza de los cruzados. Durante la batalla se vió constantemente al apóstol San Andrés, como una aureola de luz cerniéndose suavemente sobre las legiones de Cristo.

**RAJADELL.**

Este antiguo alcázar ó castillo de los condes de Rajadell, en el principado de Cataluña, da nombre á la parroquia de los santos Acisclo y Victoria, su término y río. Este último serpentea por la base norte de una colina, cuya elevacion sobre el nivel de las aguas será de unos 500 metros. Es poco caudaloso, y se dirige de Occidente á Oriente, naciendo en la ladera oriental de los montes de Prats de Rey, por cuya cumbre pasan los límites de los corregimientos de Manresa y Cervera, á los 41° 41' 30'' lat. N. y los 5° 13' 9'' long. E. Durante el curso recibe algunos afluentes, pero de poca consideracion, como el Aguilar, el Palamós, el Plegamans, el Santamans y algun otro, perdiéndose en el Cardoner á inmediaciones de la ciudad de Manresa, donde se pasa por un puente de mampostería de cuatro arcos, después de haber dado movimiento á varios molinos harineros y aserraderos de maderas, y regado los términos de Masana, Caste-

llar, Santamano, Rajadell, Monistrolet, Plegamans, Vallfornosa y parte del de Manresa.

En la cima de la colina, sita á la derecha de dicho río, á tres leguas E. de dicha ciudad (á cuyo partido corresponde), y en lo mas encumbrado de ella, se eleva hácia el borde del Norte, que es escarpadísimo, una espaciosa y antiquísima casa fuerte ó castillo, habitacion que fué de los señores territoriales ó condes de Rajadell. Es obra toda de piedra cincelada, con grandes ventanas, algunas con verjas de hierro, las puertas arqueadas y los salones y forma de arquitectura gótica. En el día se halla muy desmantelada, y sirve para habitacion de los colonos de algunas propiedades de los condes, de cárcel, etc. Parece ser obra de ocho á nueve siglos.

Un poco mas abajo, en la parte oriental, se hallan construidas la iglesia (cuyo campanario es cuadrangular y con una galería en la cima), y la casa del cura párroco formando como una plazuela, que cierra por el Occidente el castillo con sus muros y altas paredes. En la línea del Oriente sigue una acera de unas cuantas casas, único grupo



Estátua que existió en una capilla de San Gerónimo de Madrid.

de estas que hay junto á la sufragánea de Santa-mans, en dicho término, pues las demás se hallan diseminadas la mayor parte á orillas del riachuelo, por el cual pasa el camino de Calaf, que le cruza siete ú ocho veces, y le constituye de difícil tránsito algunas temporadas del año.

Los condes de Rajadell, á quienes ha sucedido la casa de los príncipes de Belmonte y Pignatelli, tenían su palacio en la calle de Urgel de la ciudad de Manresa, cuyo edificio fué demolido al levantar una casa moderna á mediados del siglo pasado, en la cual se conservaban los retratos de diferentes condes. En la iglesia de dominicos se conservan todavía algunas arcas de plomo, en que se hallan depositados los restos mortales de los últimos condes, quienes ejercían jurisdiccion

sobre dicho término de Rajadell, cuya poblacion en el día se á de 400 habitantes.

**POR NO SABER NADAR.**

HISTORIA DE UNOS AMORES.

## I.

¡Cuánto se aman Fernando y Rita! ¡Qué felices deben ser! ¡Qué existencia tan dulce y tan tranquila deben pasar estos dos amantes,

para quienes no hay mas mundo que ellos, para quienes la humanidad se resume en ellos dos! Rita, que es muy poética, hace versos, y todos se los dedica á su Fernando, á quien llama su Faon, su Abelardo; los ojos de este son sus estrellas favoritas! Su cabello es una red de ilusiones en la que se ha quedado presa su alma; su cuerpo es elegante y airoso. ¡Cómo le ama!

Fernando tambien adora á su Rita; es su primer amor; es su bello ideal, su sueño de oro; no la encuentra un defecto: sus versos le entusiasman; sus conversaciones le hechizan y le encantan; no ve mas cielo que el poético azul de los ojos de su Rita; no concibe mayor felicidad que sus palabras: cuando estan frente uno de otro, él la coge una mano, se la estrecha entre las suyas, fija sus ojos en los de ella, y así se estan largos ratos, largas horas, que á ellos se les hacen minutos, segundos, átomos de tiempo, y ¡ay del que los interrumpa! El otro día Rita se ha enfurecido porque la fámula ha venido á decirle que estaba la sopa en la mesa, en un momento critico, cuando ella estaba ocupada en contar las pestañas de su idolo, para hacerle una erótica con tantos versos cuantos pelitos tenia en los ojos. ¡Qué iniquidad de doméstica! ¡en qué momento tan critico habia ido á mezclar la prosa á la mas tierna poesia! ¿y para qué? ¡para comer! Como si los héroes de las novelas comieran! ¡en qué libro lo habria leído? pero caro ha pagado su crimen.—Sal de mi casa, la dijo Rita, y mendiga tu sustento de puerta en puerta. Terrible maldicion, horrible apóstrofe; y todo por haber mirado por ella. ¡Negra ingratitud! Pero no, Rita tenia razon: ¿no es el amor el mas puro de los alimentos? ¿no le basta al que ama ser correspondido? Pues entonces, ¿á qué venir con esa embajada? Hay heroína de novela que se pasa seis años, toda su vida, sin que una sola vez sea cuestion de comer, y ella no habia de poderse pasar un solo día...

—Ten calma, la dijo Fernando, come, vida mia; si no te debilitarás, te enflaquecerás, y toda la parte de carne que te falte, es un robo que me haces á mí, puesto que eres mia y me perteneces.

Rita besándole una mano le contestó:

—Fernando mio, si tal es tu voluntad, comeré, engordaré, aunque no sea poético, solo por complacerte; y para que veas cuánto te amo, vendrás esta tarde á merendar conmigo: te preparo una sorpresa.

Cortada ya la conversacion, volvió de nuevo Fernando á mirar á Rita, y ella volvió á su tarea: le preparaba otra sorpresa mucho mas agradable que la merienda.

## II.

Se fué Fernando á su casa lleno de ilusiones, ébrio de felicidad, porque habia dado con la mujer mas poética del mundo, y cada día la queria mas. Se desesperaba sin embargo, porque no podia contestar con versos á los que su amada le enviaba, y hubiera dado la mitad de su vida por haber escrito un soneto ó una octava real. No tenia tampoco amigos poetas que le sacáran del apuro; no tuvo mas remedio que comprar un arte poética y un Rengifo creyendo que solo hacian falta estos dos libros para ser un Cátulo ó un Petrarca.

¿Por qué será que todos los amantes creen verse en la obligacion de escribir á su amada en verso? ¿No se puede decir todo en prosa? ¿O es de mas efecto el rengion desigil y el consonante, las mas de las veces ripio, que la lisa y espresiva prosa? En algo consistirá: pero lo cierto es que todos lo hacen, y Fernando que constituia parte de esos todos, deseaba hacer lo mismo.

El queria pintar á su amada la gran pasion que la profesaba y que ella se merecia; queria agotar una tienda de joyero para á fuerza de cumplidos convertir á su amada en un escaparate de Samper; queria hacer en su poesia un curso completo de botánica á fuerza de buscar semejanza á las flores con su Rita querida.

Toda la tarde pasó sin querer tampoco tomar alimento para que la inspiracion no se le fuera en pos de los manjares; á fuerza de aguzar su ingenio y á fuerza de invocaciones á las nueve musas y á Apolo su presidente y padre, logró crear la siguiente cuarteta:

Eres, mi perla, una rosa  
del jardin de mi ventura,  
diamante de hermosura,  
toda tú eres hermosa.

Creó después de haber escrito esto que nadie podia igualársele: ya habia hecho cuatro versos, y muy poéticos: se entusiasmó con su obra; no quiso hacer mas; y al ver su inspiracion vió en lontananza un poema épico y un drama en cinco actos de los que él y su Rita serian los héroes.

Estas ideas convenian admirablemente á las ideas de Rita, que hubiera querido que su amante fuera un Proteo para que pudiera representar los héroes de todas las novelas que habia leído.

Parecian haber nacido uno para otro: pensaban tan acordes, que

al verlos cualquiera hubiera creído que iban á enriquecer el catálogo de los amantes célebres, y que después de Dante y Beatriz, Laura y Petrarca, Ero y Leandro, Safo y Faon, Chactas y Atala, Pablo y Virginia, se iba á añadir Rita y Fernando.

Eran todas las ilusiones de Rita llegar á ser heroína de novela ó de poema ó de drama, ó de cualquiera cosa: todos sus sueños eran la gloria: por eso desde los doce años habia abandonado la aguja, el plumero y la espumadera, y habia enristrado la péñola de poeta; en su cuarto no habia ningun objeto que indicara el sexo á que pertenecia; pero en pago habia una magnífica biblioteca de mas de mil volúmenes; allí, nuevo Don Quijote, Rita se creaba amores y escenas increíbles, pasiones con peripecias horribles, situaciones altamente dramáticas y desenlaces trágicos, en los que siempre era ella la heroína, y que daban por resultado la inscripcion de su nombre en la página de oro del libro de la historia, y la publicidad universal en alas de la fama y sus cien trompetas.

## III.

Entusiasmado Fernando con los versos que habia hecho, y creyéndose inspirado, no quiso comer de miedo de que la inspiracion se fuera: llegó la hora de la cita para la merienda, y nuestro héroe salió doblemente contento; primero, porque iba á ver Rita; y segundo, porque iba teniendo hambre y se le iba á proporcionar ocasion de saciarla.

Rita habia preparado una merienda suntuosa, cara, pero antinutritiva; habia consultado sus novelas en vez de consultar su libro de cocina, y habia cometido un descuido. Tal hubiera sido tu opinion, si te hubieras encontrado en la posicion de Fernando; pero este se aguantó y dió las gracias á su amada, que en aquel momento gozaba una felicidad sin limites.

Hé aquí, lector, la descripcion de la merienda que Rita habia preparado para su amante.

Siempre deseando hacer la heroína de novela, no se le ocurrió otros tipos que poner en escena mas que Chactas y Atala, y le preparó á su amante una merienda completamente americana: compoñase de cocos, caña de azúcar, guayaba, plátano, mamey é icacos, y por toda bebida café puro. Cada una de las cosas que Fernando probaba, Rita le miraba entusiasmada y le decia: ¿te gusta; bien mio? Fernando decia que sí, á pesar de que como al autor de esta historia, le sabian todas á pomada. Después que hubieron acabado le preguntó Rita:

—Recuerdas, Fernando mio, qué amante célebre ofreció una merienda parecida á su amado?

Fernando, que no era fuerte en historia erótica, no pudo contestar á esta pregunta enigma, y se contentó con decir:

—No, no recuerdo.

—Una mujer desgraciada, que vió sufrir mucho al objeto de su amor, y que al fin murió sin haber podido lograr su union con el amor de sus amores. Fernando, ¿no recuerdas la heroína de una novela de Chateaubriand?

—Sí, hermosa, la pobre Atala, contestó este, que aunque no habia leído la popular novela del vizconde, habia visto en cuantas posadas habia estado la historia representada en lindisimas pinturas.

—Qué desgraciados fueron, verdad?

—Sí, mucho, contestó Fernando.

—Y cuánto se amaban!

—Como nosotros; quizá menos, dijo el amante de Rita.

Aquí queria haber llegado Rita.

—¿Conque me amas tanto como Chactas?

—Mucho mas, bien mio!

—Gracias, gracias; no en balde te adoro y te idolatro; razon tengo para decir siempre que nadie en el mundo se ha amado como nosotros. ¡Con qué desinterés te quiero! No tengo ni aun ese egoismo que dice Balzac hay siempre en el amor platónico; por eso me inspiras como nadie en el mundo; por eso, sí, Fernando; y no me llares orgullosa al oír mi confesion; creo que inspirada por tu amor llegaré á alcanzar la gloria que Safo alcanzó inspirada por Faon.

Y diciendo esto entregó á Fernando un papel en el que habia versos, diciéndole como el ángel á San Agustín:

—Toma y lee.

Fernando leyó la siguiente poesia:

## Á FERNANDO...

Angel bajado del cielo,  
Fernando, tierno tesoro,  
te amo, y aun mas, yo te adoro;  
quiereme tu pues á mí  
y déjame que te mire  
y que pueda contemplarte,  
mi vida, para adorarte

con ardiente frenesí;  
tú eres mi cielo, mi vida,  
sin tí no concibo nada,  
eres la prenda adorada  
de mi amante corazón;  
eres mi luz, mi existencia,  
y eres, hermoso Fernando,  
el hombre á quien voy amando  
desde que tengo razon.

RITA.

Después de esta magnífica inspiracion, Fernando entusiasmado no se atrevió á entregarla su pobre y solitaria cuarteta.

Estuvieron juntos dos horas formando mil proyectos, forjándose sueños de oro como lo son siempre todos los que nos forjamos, hasta que llegó la hora de despedirse.

Tenia por costumbre besarle una mano: aquel dia lo deseaba mas porque era feliz con su amor; pero ella, que estaba un poco escotada, no lo consintió, y le hizo que la besara en la espalda. Así es mas poético y mas erótico, le dijo; así fué el primer beso de amor que dió Felix á Enriqueta segun cuenta Balzac en el *livio en el valle*, y se querian mucho; acostúmbrate á separarte de lo vulgar como han hecho los grandes amantes, y la posteridad nos colocará al par de ellos.

Después de esta mezquina peroracion, Fernando no contestó, y salió ébrio de felicidad.

## IV.

Pasaron varios dias en que nuestros amantes, lejos de quererse menos, aumentaban su amor y se daban mutuamente las mas grandes y platónicas pruebas. Pasaban todo el mas tiempo que podian juntos sintiendo cada vez que se separaban.

Uno de los dias en que Fernando fué á vér á su adorada Rita, esta, loca de contenta, le dijo que habia resuelto ir á enterrar su felicidad lejos del mundo con los placeres de la soledad como Rousseau y María de Warens, y que tenia proyectado un viaje á Paracuellos, donde habia alquilado una casita á orillas del rio.

Fernando tambien pareció alegrarse mucho á esta noticia; iban á vivir en el campo lejos del mundo que se interponia á sus amores.

Rita le participó que por respeto al mundo no debian vivir juntos; y que aunque esos amantes á quienes querian imitar así vivian tambien, otros no menos célebres habian vivido separados naciendo de ahí su fama y gloria: así convinieron que se haria.

Rita le anunció que ella iria primero, que le buscaria casa y le escribiria para que fuera.

El dia de la despedida, Rita le envió unos versos de los cuales hacemos merced á nuestros lectores, porque en nuestro humilde juicio, una poesia y un cuadro, no siendo muy buenos, no deben verse.

Rita salió para el poético pueblo en que debian habitar, y á los cuatro dias escribió á Fernando la siguiente carta:

«Ídolo mio: qué dichosos vamos á ser aquí, lejos de las gentes que no se interesan por nuestro amor, que nos miran indiferentes, sin creer que tenemos unas almas tan grandes como las de Julio César y Napoleon, lejos de esa estúpida humanidad que con el alma de carbon de piedra, como ha dicho uno de esos poetas, no enaltece mas pasiones que las mundanas!

«Ya te tengo casa, vida mia; ven, viviremos felices; toma la tartana que sale de la calle de Alcalá y ven pronto; yo te espero con impaciencia; verás qué piso árido y seco como los desiertos en que vivieron Atala y Chactas, de feliz memoria para nosotros; tiene sin embargo árboles como los de las *Charmettes* de Rousseau; un rio que puede para nosotros reemplazar al lago en que fuéon felices Julia y Rafael, y algunos montecitos como los de la gruta en que vivieron Laura y Petrarca: verás aquí cómo te parece el cielo mi azul, el sol mas ardiente y la brisa mas poética; ven: cuando llegues te daré una leyenda en diez cantos de mas de ocho mil versos que he hecho en cuatro dias, y de los que eres tú el héroe.

»Ven á vivir feliz al lado de tu

RITA.»

P. D. «Pará inaugurar bien está segunda época de nuestra vida, ven como venia Petrarca á ver á Laura todo vestido de blanco.»

## V.

*Todo se desvanece, borra y pasa.*

Ha dicho un poeta, repitiendo lo que desde Adán se dice que no hay completa felicidad en el mundo, y ahora vas á tener otro ejemplo que añadir á los miles de miles que presenta el mundo.

Fernando fué á Paracuellos: inútil es decirte con qué alegría le recibió Rita; bástete saber que á su entrada le besó en los ojos como Safo á Faon; que le leyó la leyenda; que estuvo cuatro horas leyendo versos, hasta que estenuado de fatiga tuvo que dejarlo.

Pasáronse dias muy felices; todas las noches iba Fernando á verla, para lo cual tenia que dar una gran vuelta para ir á buscar el puente; pero ¿le importaba andar mas, si iba á ser feliz á su lado?

Una noche ella lo estaba esperando al balcon; el fué á entrar por la puerta, y Rita le llamó.

—Aquí tienes esta escala, le dijo, sube por ella, y haremos como hacian Romeo y Julieta.

Efectivamente, él subió con bastante miedo porque no tenia costumbre de tales ascensiones, y ella se consideró dichosa de no tener nada que envidiar á la heroína de Shakespeare.

Si Rita no hubiera querido imitar á otros amantes, lo hubieran pasado muy felices, puesto que él á todo se amoldaba; pero una malhadada idea vino fatídica á cruzar su mente; lo pensó, y determinó que Fernando lo pusiera en práctica, para lo cual escribió la siguiente epistola:

«Fernando mio: puesto que un rio nos divide y que tienes mucho que andar para venir á verme, he hallado un medio de zanjar esta dificultad: imita al fiel amante de Hero, al apasionado Leandro: pasaba todas las noches á nado el Helesponto con la ropa sobre la espalda; Hero encendia un farol y le esperaba en la orilla opuesta: imítale tú á él, que yo te ofrezco hacer lo que ella. Hazlo, bien mio; será una inmensa prueba de amor que te agradeceré toda la vida. Esta noche te espera tu

RITA.»

Apenas leyó esta carta Fernando, se incomodó, recordó todas las escenas que le habia hecho hacer su Rita, y como no sabia nadar, el miedo al agua le hizo ver á su amada loca. Determinó pues no pasarlo á nado y observar bien si ella estaba en su juicio.

Llegó la noche, y la apasionada Rita esperaba con el farol al balcon de su casa, cuando ¡oh dolor!!!... el hombre en quien tenia puesto todo su cariño, venia por el puente, no se habia atrevido á pasar á nado; no merecia su cariño. Se metió y cerró el balcon sin consentir en abrir la puerta á pesar de las endechas y lamentaciones de Fernando que no sabia nadar.

Fernando se retiró irritado; ella, queriendo aun imitar á alguna amante célebre, se retiró á un convento como Heloisa, escribiéndole antes los siguientes renglones:

«El hombre que no espone la vida por su amada, es indigno de ser correspondido y de que la fama conserve su nombre en su libro de oro; desde hoy te he borrado de mi libro de memorias.

## VI.

Lector, te aconsejo que si no sabes nadar, aprendas.

A. BONAT.

## CARACTER.

Carácter moral, es la disposicion habitual de las almas que inclina al hombre á una accion ó comportacion. Así es, que un hombre que perdona, raramente ó jamás es de un carácter vengativo: he dicho raramente ó jamás. Efectivamente, el carácter es formado, no por la disposicion rigurosamente constante, sino por la habitual, quiere decir, la mas frecuente en que se halla el alma.

M. Duclos, en sus *Consideraciones sobre las costumbres*, observa con mucha razon que la mayor parte de las faltas y disparates de los hombres en su conducta, nacen de que su espíritu está en equilibrio con su carácter. Por ejemplo, Ciceron era un hombre de gran talento, pero una alma débil; esta la razon por qué fué un grande orador, hombre de un estado mediano, y así otros.

Nada mas peligroso en sociedad que un hombre sin carácter; quiere decir, que su alma no está decidida. Confiamos en un hombre virtuoso, desconfiamos de un pícaro. El hombre sin carácter es alternativamente una cosa y otra; no puede adivinarse, no es posible considerarlo como amigo ni enemigo; es una especie de antiafibio, si es posible espresarse así, que no conviene á ningun elemento. Me recuerda aquella ley de Solon, que declaraba infames todos los que no tomaban partido en las sediciones; conocia que nada tan temible como los hombres sin carácter, y no decididos (1).

CARÁCTER DE LAS NACIONES. El carácter de una nacion consiste en cierta disposicion habitual del alma, que es mas comun en

(1) Si no existieran partidarios no hubiera partidos. La opinion del hombre bueno es su secreto: se manifiesta, agotados los recursos de reconciliacion entre sus ciudadanos.

una nación que en otra, aun cuando esta disposición no se encuentre precisamente en todos los miembros que la componen: así es, que el carácter de los franceses es la ligereza, la alegría, sociabilidad, amor á sus reyes y de la monarquía misma, etc.

Las naciones que han subsistido largo tiempo, se observa en el fondo de su carácter no haber mudado: así es, que los atenienses del tiempo de Demóstenes gustaban mucho de novedades; lo fueron igualmente en tiempo de San Pablo, y aun lo son en el día. En el libro admirable de Tácito sobre las costumbres de los alemanes, se hallan cosas que acreditan sus descendientes en el día.

Grandes son las razones que acreditan influye mucho el clima en el carácter general; pues no es posible atribuirse á la forma de gobierno, que sufre variaciones con el tiempo. Sin embargo, si la forma del gobierno subsiste por uno dilatado, no hay duda en que deba influir en el carácter de una nación. Por ejemplo, bajo un gobierno despótico, el pueblo pronto será perezoso, vano y amigo de frivolidades; debe perder el gusto á lo hermoso y lo cierto, no debe pensar en hacer grandes cosas.

**CARÁCTER DE LAS SOCIEDADES Y CUERPOS PARTICULARES.** Las sociedades ó cuerpos particulares en el centro de un pueblo, son de algun modo pequeñas naciones rodeadas de una mayor: es un ingerto de buena ó mala calidad, introducido en un tronco grande: así es que las sociedades ordinariamente tienen un carácter particular, que se llama espíritu de cuerpo. En ciertas compañías, su carácter general es el espíritu de la subordinación; en otras es el de la igualdad, y no son estas por cierto las mas mal dotadas: estas se adhieren mucho á sus costumbres; aquellas consideran ventajosas las variaciones. Aquello que se estima defectuoso en un particular, en una compañía se reputa virtuoso. Tal vez sería conveniente segun la opinion de un hombre de talento, que las compañías literarias fuesen pedantes.

Suele ser el carácter de una sociedad muy distinto al de la nación en que existe trasplantada, por decirlo así. Aquellos cuerpos, por ejemplo, que en una monarquía hiciesen voto de fidelidad á otro príncipe que no sea su legítimo soberano, deberán tener desde luego menos adhesión á este que el resto de la nación: esta es la razón por qué los frailes fueron tan nocivos á la Francia en la época de la liga; no por esto debemos persuadirnos no se varíe, pues en otros tiempos otras costumbres. Dice el célebre Voltaire en sus admirables *Ensayos sobre el siglo de Luis XIV*, que los religiosos cuyos jefes residen en Roma, son otros tantos vasallos inmediatos del papa, derramados sobre la superficie de la tierra. La costumbre, que todo lo hace, razón por qué el mundo se halle gobernado por tantos abusos como leyes, no permite á los príncipes en todos casos remediar enteramente males y peligros, que dependen de cosas útiles y sagradas. Prestar juramento á todo otro que no sea su príncipe, es un crimen de lesa majestad en concepto á un seglar; en el claustro, es un acto religioso. La dificultad de saber y conocer hasta qué punto alcanza la obediencia á ese soberano extraño, la facilidad de la seducción, el placer de sacudir un yugo natural para someterse á aquel que uno mismo por su voluntad se impone, el espíritu de las tribulaciones, las desgracias de los tiempos, han arrastrado muchas veces religiosos á servir á Roma contra su patria.

## LETRILLA.

*Todos ¡qué risa!  
me dan consejos,  
pero ninguno  
me da dinero.*

Suele decirme  
Don Hemeterio:  
«Si usted desea  
ponerse bueno,  
vaya al teatro  
y á los paseos,  
vaya á los bailes  
y á los conciertos,  
tome jamones,  
vinos añejos,  
haga usted viajes  
al extranjero.»

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos,  
pero ninguno  
me da dinero.*

Algunas veces  
dice Don Diego:

Jesus! ¡qué gusto  
tienes tan feo!  
¡Por qué te compras  
ese chaleco?  
Su tela es basta,  
bajo su precio,  
cómprate otro  
de terciopelo,  
y ese lo tiras  
al basurero.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

Por mi fortuna,  
siendo pequeño  
me arrebataron  
todo el dinero  
unos tutores  
medio cabestros,  
que solo robos  
hacer supieron;  
y al verme triste  
mi señor suegro  
dice el bendito:  
ponedles pleito.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

Dice mi primo  
con mucho celo:  
¡Quieres que Rita,  
la de ojos negros,  
te diga pronto  
«por ti me muero?»  
Hazle un regalo,  
daráte un beso,  
hazle un segundo,  
daráte un dedo,  
y sabe Cristo  
qué hará al tercero.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

Si en ser poeta  
tienes empeño,  
(me dice el sábio  
Don Baldomero),  
compra las obras  
del gran Quevedo,  
las de Cervantes  
y otros doscientos,  
vé sus bellezas,  
lée sus versos,  
y te aseguro  
serás un genio.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

El mes pasado  
murió mi abuelo,  
y hubo que hacerle  
muy pobre entierro;  
pero gritaba  
cierto muñeco:  
Los funerales  
con lujo hacedlos;  
que toquen músicas,  
que haya bureo,  
que el catafalco  
suba hasta el cielo.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos,  
pero ninguno  
me da dinero.*

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é Ilustracion, á cargo de D. C. Alhambra.





ARCO DE TOLEDO EN ZARAGOZA.

Hay ciertos monumentos que merecen consignarse, transmitiendo su memoria á la posteridad, si no por la belleza de sus formas, al menos por el interesante papel que en varias épocas han representado. Cuando el recinto de Zaragoza se hallaba circunscrito al espacio que media entre las puertas de San Ildefonso (vulgo de la Triperia) por el mercado y calle del Coso hasta la Puerta del Sol, ocupando lo restante de su radio el Ebro, que baña los muros de la ciudad S. H., existían otras tres puertas en aquel intermedio, si bien de origen mucho mas antiguo; tales eran la de *Toledo*, *Cineja* y *Valencia*. A pesar de sus trasformaciones, la ciudad de Zaragoza ha conservado la elíptica forma que la dieron los romanos, cruzándola por dos largas calles que miran á los cuatro vientos principales por cuatro puertas, que engrandeciéndose posteriormente la poblacion por el O. y el S., permanecieron y se hicieron célebres con el nombre de *Arcos*. Todavía existe á la parte del N. sobre el río Ebro el llamado del *Angel*, y al E. el de *Valencia* delante de la iglesia parroquial de Santa Maria Magdalena: del de *Cineja*, que se hallaba á la parte del S. en el centro del Coso, cuya etimología pretenden algunos que provenga del pretor *Cinegio*, no ha quedado mas que el nombre, habiendo desaparecido tambien la cruz que hace algunos años existía frente de él, monumento dedicado á la memoria de los innumerables mártires degollados en aquel sitio en tiempo de Diocleciano, entre los que se cuentan San Lamberto y Santa Engracia, hijos de Zaragoza; pero el que hoy es objeto de nuestra atencion es el llamado *Arco de Toledo*,

centro y teatro de la historia zaragozana durante muchos siglos, cuyo estado ruinoso obligó al Excmo. ayuntamiento de Zaragoza á derribarle en 1842, trasladando las cárceles que en él se hallaban al espacioso edificio de la ex-Inquisicion, edificando en su lugar hermosas casas. Este monumento, de aspecto tosco y grosero, denegrido por el tiempo, se hallaba situado á la parte de O: al extremo de la comercial calle Mayor, entre el bullicioso mercado y la Plaza del Justicia, mirando hácia Castilla, de donde tomó sin duda el nombre de Puerta de Toledo, en tiempo que esta ciudad era la capital de la monarquía en el imperio de los godos. Consistía en un arco de ladrillo con sus dos grandes torreones que guarnecían dicha puerta durante la dominacion de los romanos. En tiempo en que los fueros de Aragon se hallaban en su mayor grado de esplendor, servía solamente de *Cárcel de la manifestacion*, amparo y depósito mas bien que terror de los acusados: en ella estuvo preso Antonio Perez, primer ministro de Felipe II, cuando salió de la Inquisicion reclamado por el justicia D. Juan de Lanuza en virtud del poder que para ello los fueros le concedían.

Fué este arco mudo é inmóvil testigo de violentas asonadas y de lúgubres suplicios; presidió á belicosos torneos, á augustas solemnidades, y dió paso á magníficas procesiones en las coronaciones y entradas de los antiguos reyes. No tan respetable por su arquitectura como por sus recuerdos, se le ha visto en nuestros dias dominando parásitos tinglados de mercancías de quincalla. Este edificio fué der-

ruido como queda dicho el año 1842, quedando únicamente para los amantes de las glorias de su país la memoria de lo que fué; igual suerte cupo á la histórica iglesia de San Juan del Puente con motivo del derribo de la Puerta del Angel en 1843. Destinado nuestro periódico á admitir en sus páginas todo cuanto pintoresco ó histórico encierre nuestra patria, para lo cual lleva al frente con orgullo el honroso epíteto de ESPAÑOL, ha creído que debía en él ocupar un lugar como hoy lo ocupa el ARCO DE TOLEDO.

J. A.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

### CUARTEL ALTO.

La Puerta del Sol, á cuyo sitio privilegiado nos conduce por segunda vez el órden de nuestros paseos, principió á adquirir su importancia topográfica desde que á mediados del siglo XVI se verificó en derredor de ella la tercera y última ampliacion de Madrid, quedando como punto central de la grande estrella formada por las principales calles antiguas y modernas. Sin embargo, como la formacion de estas últimas se verificó lentamente, y la mayor vitalidad de la antigua poblacion tenia su centro en la Plaza Mayor, tardó todavía mas de un siglo la Puerta del Sol en robarla la preferencia; y tanto, que todos los escritores matrienses del XVII guardan sobre ella un completo silencio, y ni aun en los sucesos públicos figura apenas todavía. Pero á medida que fué aumentando en importancia la parte nueva oriental y setentrional de la poblacion, y compartiendo con las otras la vitalidad del comercio y bullicio de la villa y de la corte, fué enaltecándose la Puerta del Sol hasta el punto de que su nombre ha llegado á emblematizar el Madrid moderno, y las crónicas de esta villa en los dos últimos siglos pudieran muy bien formularse en las de esta célebre plaza.

La parte material de ella, mezquina é irregular todavía, lo era aun mas, hasta que en el reinado de Carlos III recibió la notabilísima construccion de la casa de Correos, en cuyo sitio habia, como dijimos en otro artículo, mas de 50 casas comunes, que fuéron derribadas al efecto. La mezquina fachada de la iglesia del hospital del Buen Suceso afeaba ya el sitio preferente de Madrid, y tenia por entonces delante una lonja ó atrio con verja; y mas acá se alzaba la pesada mole de la fuente, coronada por la estatua de Venus, conocida en el vulgo de Madrid por la Mariblanca, que ahora está colocada en la de la plazuela de las Descalzas; esta fuente (si hemos de creer al dibujo que acompaña Alvarez Colmenar (2), y que reproducimos aqui), difiera mucho de la posterior que hemos conocido y visto demoler, y era obra no menos estravagante del arquitecto D. Pedro de Ribera, en los principios del siglo pasado. A los lados habia cajones y tinglados para la venta de comestibles, y así estan pintados en el plano antiguo, y lo confirma tambien Pellicer en la cita que hace de la venta de unas casas, *sitas en la Puerta del Sol, acera de la Victoria, enfrente de los cajones de la fruta*. La parte nueva de la casa de la Inclusa, entre las calles de Preciados y del Carmen, reconstruida á fines del siglo XVII, y que avanzó demasiado á la Puerta del Sol, es el único edificio de alguna importancia material; pero la mercantil de todos ellos ha crecido hasta el extremo de que calculándose por D. Teodoro Ardemans en sus Ordenanzas de Madrid de principios del siglo pasado el valor de cada pié de sitio en *doce reales vellon*, se aprecia hoy en las tasaciones oficiales en *ciento veinte*.

De la mayor parte de las calles que parten de esta plaza en todas direcciones, desde la de Alcalá á la de los Preciados inclusive, ya hemos hablado en los artículos respectivos, restándonos solamente hacer mencion de las del Carmen y de la Montera, que quedaban como dijimos fuera de la tapia ó cerca del antiguo arrabal, que venia desde la plazuela de Santo Domingo y Postigo de San Martin, por entre dichas calles del Carmen y de los Preciados, al sitio desigual y pantanoso llamado la Cava de la Puerta del Sol. Hoy, convertido este en dos importantísimos puntos mercantiles y favoritos del capricho y de la moda, son para Madrid lo que las calles *Vivienne* y de la *Paix* para París, con la notable y sensible diferencia de que en aquellas los preciosos objetos y mercancías que las decoran y embellecen son frutos de su industria indígena, cuando las de Madrid ya citadas no ostentan regularmente otra cosa que las ricas manufacturas extranjeras. Hasta la misma poblacion de estas dos calles, especialmente la de la Montera, está generalmente compuesta de naturales de Francia y otros países, aunque avecinados en Madrid; y esto, unido al lujo y multitud

de los almacenes y tiendas de comercio, en que estan convertidos hasta los mismos portales de las casas; á la ininidad de muestras ó enseñanzas de las sastrerías, modistas, peluqueras, sombrereros y demás, que cubren literalmente las ventanas, los balcones, las fachadas casi todas; á la animacion consiguiente á este inmenso movimiento mercantil, y hasta la misma forma de esta hermosa calle en suave pendiente desde su principio hasta la Puerta del Sol, ostentando en su centro una fuente moderna, inaugurada en 1855, aunque de forma impropia de fuente pública, todo ello reunido contribuye al conjunto y especial fisonomía de esta interesante calle madrileña.—El nombre de la Montera, que llevó desde los principios, quieren algunos que sea corrupcion de la *Montería*, por ser el sitio por donde salian para las grandes monterías ó cazas; y otros le atribuyen á cierta beldad que habitaba en ella en el siglo XVI, y era esposa del montero del rey.—Contiguo á la fuente, el sitio que media hasta cerca de la parroquia de San Luis sirvió en los siglos XVII y XVIII para la venta del pan, cuyos puestos ó tinglados tenian delante una red defensiva, de que le ha quedado al sitio el nombre vulgar de la *Red de San Luis*. Posteriormente, y hasta hace pocos años, ha habido cajones para la venta de carnes, verdura y frutas, que se han quitado muy acertadamente de allí.—La parroquia de San Luis obispo, que se alza en el comedio de esta calle, fué erigida en 1541 como anejo de la de San Ginés; hoy es una de las principales de Madrid, y su templo, construido á fines del siglo XVII, uno de los mas espaciosos y concurridos, aunque no tiene nada notable bajo el aspecto artístico. La portada es obra del corruptor José Donoso, á quien se atribuye tambien el pesado armatoste churrigueresco del retablo dorado del altar mayor.

Entre esta calle de la Montera y la del Carmen, desde la Puerta del Sol hasta la calle de Jacometrezo en que ambas terminan, la industria mercantil va invadiendo y monopolizando todo el sitio, en términos que apenas queda ya resto alguno de las antiguas construcciones que pudieran tener algun interés histórico; únicamente acaso sirve de escepcion la iglesia del Carmen Calzado y su convento destinado hoy á las oficinas de Liquidacion de la deuda del Estado.—Ya dijimos en su lugar que la casa mancebia pública que estaba á principios del siglo XVI en el sitio donde ahora el palacio de los condes de Oñate, se mandó trasladar á otro punto por Real Cédula de Carlos I, fecha 28 de julio de 1544, lo cual se verificó comprándose para ello por la villa un sitio que tenia Juan de Madrid, mercader, y estaba á la cava de la Puerta del Sol donde se construyó la nueva casa de mujeres públicas. Pero mas adelante, y habiendo ingresado este sitio dentro de la poblacion, y formándose una nueva calle, fuéron espulsadas de él en el reinado de Felipe II, y designado para la fundacion de un convento é iglesia de religiosos calzados de Nuestra Señora del Carmen, lo cual se verificó diciéndose la primera misa en 17 de enero de 1575.—Es un templo muy espacioso y concurrido sobremanera, aunque poco notable bajo el aspecto artístico. El convento contiguo igualmente, y es de creer que por su estado desaparecerá muy pronto dando lugar al ensanche de la contigua plazuela del Carmen y la construccion en ella de un mercado regular y cubierto, tan indispensable ya en aquel sitio.

Entre dicha calle del Carmen y la de Jacometrezo, estan las traviesas llamadas de los Negros, miserable callejón que desaparecerá casi del todo cuando el convento, ó se convertirá acaso algun dia en una elegante galería de cristales; la de la Salud y del Olivo baja y alta; de San Jacinto, del Horno de la Mata, de Chinchilla y de la Abada, que recibió este nombre á causa de una abada ó rinocononte hembra que trajeron del Brasil y enseñaban en ella unos portugueses.—La de Jacometrezo, una de las mas pasajeras, estrechas y peor aliñeadas de Madrid, fué llamada así á causa del célebre escultor y lapidario de Felipe II, *Jacome de Trezzo*, natural de Milan, y autor de la famosa obra del tabernáculo del Escorial, que habitó en dicha calle y casa de su propiedad, construida por Juan de Herrera en el sitio que ocupa la actual núm. 15 propia del señor Perez de Soto, que es moderna y fué mandada construir para el señor Gonzalo del Rio á principios de este siglo. La antigua de Juan de Herrera no tenia mas que un solo piso, y fué después que de Jacome Trezzo de Juan Bautista Bordelasco, milanés tambien; luego de Juan Escarafiño, Sine Valdivieso y Juan Bautista Justiniano; y en el siglo pasado perteneció á D. Pedro Saavedra Fajardo Barnuevo y Villarasa.—Otras casas antiguas existen en dicha calle, aunque reformadas, tal como la del mayorazgo de Horcasitas á la plazuela de Moriana y calle de Hita, hoy del marqués de Villadarias; la del mayorazgo de Rivadeneyra y de Ibañez de Segovia (Mondéjar) con vuelta á la de la Verónica; la del duque de Solferino á la de Tudescos no existe, y tampoco otras que han sido sustituidas por nuevas y mas económicas construcciones.

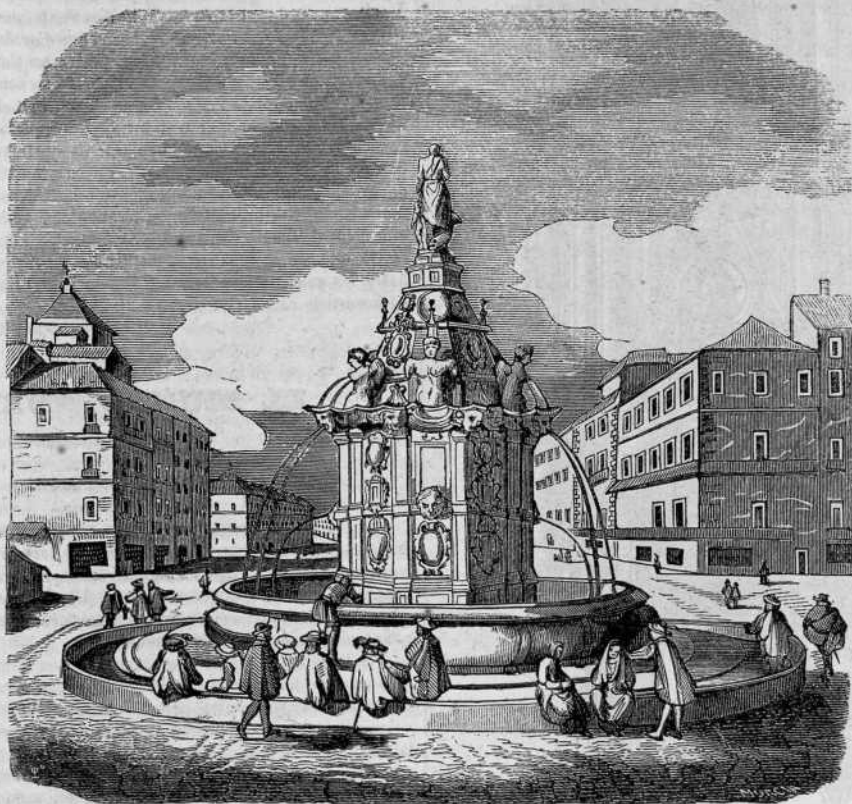
Las calles paralelas de Fuencarral y de Hortaleza, que van desde la calle de la Montera á terminar en los limites Norte de la villa, presentan á su entrada dando frente á esta, un prolongado espacio que por su posicion ventajosa (después de la del Buen Suceso la mas pre-

(1) Véanse los números anteriores.

(2) *Anales d'Espagne et de Portugal*.

ferente de Madrid) por su forma regular y considerable, merecía bien haber sido escogido para un edificio público y de grande importancia; pero desgraciadamente lo fué á mediados del siglo último por D. Pedro de Astrearena, marqués de Murillo, que reunió tambien las contiguas de Apodaca y del marqués de la Vera, formando una sola sobre aquella estendida superficie de 32.000 piés con tres enormes y poco elegantes fachadas que han dado lugar al dicho vulgar de los madrileños para caracterizar todas las cosas de mayor apariencia que fondo relativo: *la casa de Astrearena, mucha fachada y poca vivienda*. Especialmente es de sentir que continuase dicho edificio con los dos adjuntos ya citados, por cuyo sitio debía prolongarse utilísimamente la calle de San Miguel á dar frente á las del Desengaño y de la Luna, comunicacion tan necesaria entre los barrios al Oriente y Norte de Madrid.—La calle de Hortaleza, renovada como su paralela la de Fuencarral casi del todo en estos últimos años, apenas ofrece ya edificios de interés histórico. El convento de *Padres Agonizantes* de San Camilo de Lelis, que daba frente á ambas, ha sido sustituido por casas particulares. Las demás de los antiguos mayorazgos, todas estan reformadas, ó han desaparecido igualmente; y de edificios públi-

cos solo merece mencion el suntuoso *colegio Calasancio* de padres de las Escuelas pias, fundado en 1753, y su templo bajo la advocacion de *San Antonio Abad*, vasto y suntuoso edificio aquel, donde reciben esmerada educacion literaria un número considerable de niños de las primeras familias de Madrid en clase de pensionistas, y la primaria mas de 700 de las clases menesterosas, gratuitamente.—Frente de este colegio está la casa real de santa Maria Magdalena de *mujeres arrepentidas*, vulgo *recogidas*, trasladadas á este sitio desde el hospital de Peregrinos en 1623; y su modesto templo, del que á fines del siglo pasado fué capellan mayor y rector de la casa el sencillo y modesto poeta popular D. *Francisco Gregorio de Salas*, que vivió en tal concepto y murió en el cuarto bajo de dicha casa.—Al fin de la calle se alzaba hasta hace pocos años el convento de Mercenarios Descalzos de *Santa Bárbara*, fundado en 1612 sobre el sitio que ocupaba la antigua ermita de aquella santa. Contigua á él existe todavia la casilla y huerto que ocupó la *Beata Mariana de Jesús*, y en que falleció en 1624. Los restos de la iglesia y convento, después de haber sido destinados á fabrica de fundicion del señor Bonaplata, van á desaparecer del todo para dar lugar á la construccion de casas



(Vista de la Puerta del Sol á fines del siglo XVII.)

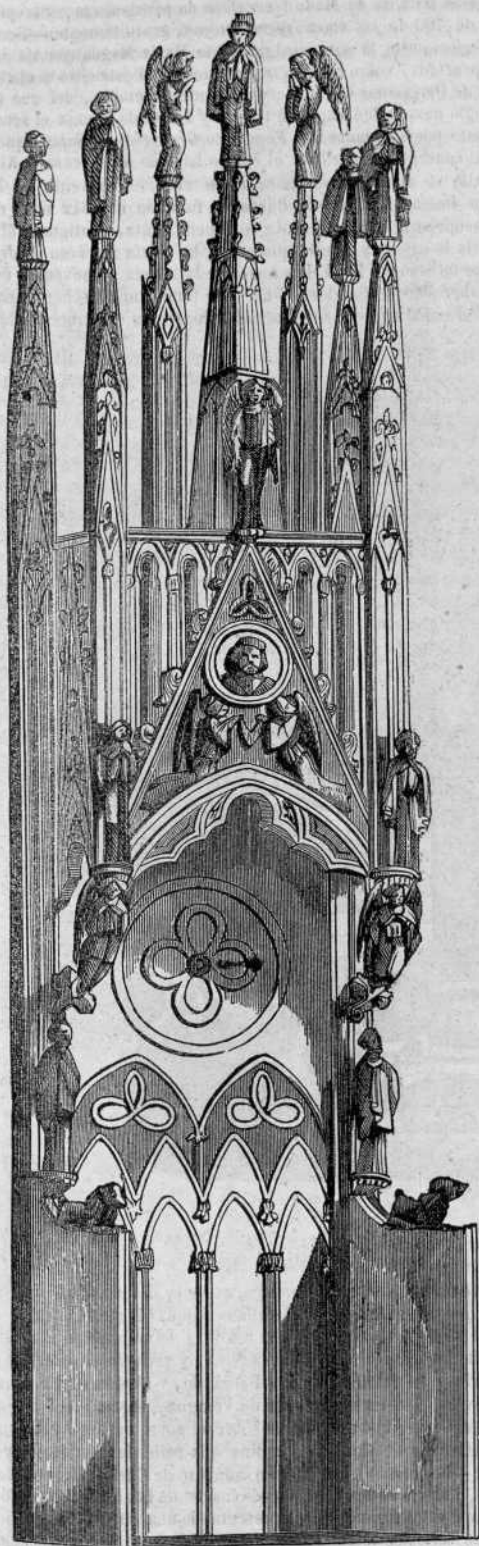
particulares y rompimiento de nuevas calles en su estensa huerta. Frente de este convento, en unos inmensos eriales propios de la villa, en el dilatado espacio de mas de 133,000 piés, se levantó á fines del siglo pasado y con destino á la matanza y *salado o de reses*, el sólido edificio que hoy sirve para *cárcel de villa*, y sus accesorios para el ramo de limpiezas, terminando la calle por el mismo antiguo mezzquino y ridiculo *portillo* que da salida á la ronda y caminos de la Fuente Castellana, muy parecido si no es el mismo que aparece ya pintado en el plano de 1636.

La otra calle llamada de *Fuencarral* está aun mas completamente renovada y aprovechada por las nuevas y elegantes construcciones particulares, habiendo desaparecido casi del todo el antiguo caserío, que por otro lado carecia de importancia y de monumentos públicos, religiosos ni civiles, siendo en este punto, aunque una de las calles principales de Madrid por su estension de 5.676 piés, el número de sus casas que llega al 403 por la izquierda y 92 por la derecha, y su poblacion de 3037 habitantes, la única acaso que no cuenta en su recinto una sola iglesia, ni mas edificio público que el *Hospicio de San Fernando*. Pero las casas modernas en general son elegantes y bellas, aun las

que quedan de los siglos anteriores, como la del marqués de la Torrecilla que antes fué del de Matallana (núm. 53 nuevo) frente á la calle de Santa Maria del Arco, y la contigua del marqués de Nava-hermosa, la que fué del marqués de la Mina, y vivieron en nuestros dias el de Ariza y la duquesa de San Fernando, y alguna otra, no desdichada de las modernas del duque de Veragua, esquina á la de Santa Maria del Arco, las construidas sobre el solar de los Agonizantes, la del marqués de Morante, esquina á la calle de San Mateo y demás (1).—La que fué del famoso ministro de Carlos III, *conde de Aranda*, y sirvió en nuestros dias de cuartel de infanteria, ha sido demolida en estos últimos años, presentando una superficie de 33,275 piés, que seria de desear fuese aprovechada para la construccion de un *mercado*.—Frontero de este sitio se trasladó á unas casas de su pertenencia durante la minoria de Carlos II y la regencia de su madre

(1) La pequeña casa núm. 8 antiguo y 17 moderno, fué mandada construir á principios de este siglo por su propietario D. Leandro Fernandez de Moratin, y en ella vivió durante los últimos años de su residencia en Madrid hasta 1813. La dirigió su amigo el arquitecto D. Silvestre Perez, y solo tenia piso principal con dos ventanas antepechadas. Hoy se halla renovada con dos pisos y dobles balcones.

Doña Mariana de Austria, el hospicio fundado en la calle de Santa Isabel por la congregación del nombre de María; pero el estenso edificio actual es obra del siglo XVIII, haciéndose notable, aun más que



(Sillon del coro de la Catedral de Barcelona.)

por su solidez y espaciosidad, por la extravagante y famosísima portada con que plugo decorarla el célebre arquitecto D. Pedro Ribera, y que viene siendo desde entonces en Madrid el tipo más señalado del extraño gusto que se apellidó *Churrigüesco*. En cuanto á la impor-

tancia y régimen interior de este grande establecimiento, primera casa de socorro de Madrid, sería largo é importuno el detenernos á encarcelarlos, cuando son generalmente reconocidos, y en el día puede ser citado como modelo de buena administración.—La calle de Fuencarral termina por su derecha con la estendida posesión donde están los *Pozos de la nieve*, que llega á tocar por el paseo de la Ronda con la no menos estensa del Saladero, y por la izquierda de la calle con la casa é inmenso jardín, construida á principios del siglo actual por el señor Bringas, público sitio de recreo hace pocos años, bajo el nombre de *Jardín de Apolo*, comprendiendo en su cerca toda la antigua manzana 478. Entre ambas posesiones se alza en el mismo sitio de la antigua puerta de los *Pozos de la nieve*, la moderna de fines del siglo último, apellidada actualmente de *Bilbao*, que es de forma muy regular, y ostenta en sus dinteles las honrosas cicatrices ocasionadas por la artillería de Napoleón en los primeros días de diciembre de 1808.

De las calles traviesas entre ambas calles de Fuencarral y de Hortaleza, solo la espaciosa de *San Mateo* tiene alguna importancia, y principalmente por el antiguo cuartel que fué de Guardias españolas de infantería, que comprende 54.350 piés de sitio, y hoy sirve para los cueros de la guarnición. Las demás calles traviesas, llamadas antiguamente de *Santa María la vieja*, ahora *travesía de San Mateo*, de *San Lorenzo*, de *Santa Brigida*, de *San Juan* (ahora de la *Farmacia*), de *San Pedro* y *San Pablo* (hoy de *Hernán Cortés*), del *Arco de Santa María*, del *Colmillo* y la del *Piojo* (ahora continuación de la de *las Infantas*), ofrecen poco ó ningún objeto de mención especial, sino el colegio ó *Facultad de Farmacia*, establecido en el núm. 11 de la calle de San Juan, que ahora lleva su nombre; la copiosa y apreciable galería de cuadros, muebles y armaduras antiguas y otras curiosidades, reunidas por el señor Jimenez de Haro, en su propia casa núm. 12 de la misma calle; y en la de San Lorenzo núm. 11 la espaciosa casa que fué del opulento hacendado del término de Madrid D. Pedro del Río, y después de sus hijos D. Diego y D. Rafael, en la cual existe un lindo teatro que sirvió para representaciones de sociedad, á que asistieron hasta los mismos monarcas; y alguna otra casa que no recordamos en las demás calles citadas.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL MUNDO NUEVO.

### HACER NEGOCIOS.

A poco tiempo que uno falte de la corte, ó que se encierre en la dulce concha del hogar doméstico, á vivir tranquilo en medio de las corrientes eléctricas, del incesante vórtice del gran mundo, se halla al salir espuesto á grandes sorpresas, á continuos chascos. La corte es un teatro de peripecias: arcaezud de noria, que tan pronto sub rebosando, como descendiendo exhausto.

No hace muchos años que después de una larga encerrona, rompí la cáscara del huevo, y me eché á volar, nada menos que por las regiones etéreas del Teatro Real, en la época brillante de su apertura. Solé y pensativo entre la bulliciosa concurrencia, á cuyo anhelo por gozar faltaban sentidos corporales, dirigía en un entreacto mis curiosas miradas al escenario real de los espectadores, acaso más divertido que el de farándula que nos había robado el telón de boca, y acabé por fijarme en un jóven muy presumido de elegante, con traje de etiqueta, el flexible gaban arrollado con afectado desden al brazo izquierdo, y en la mano derecha unos gemelos de marfil, flechados á los palcos. La puntería nunca se remontaba de los bajos y de platea: comprendí por lo tanto que el mozo no conocía otras gentes que las de superior gerarquía. Así debía ser, porque su porte además era el de una persona opulenta. En la camisa, profusamente bordada, relucían tres gruesos botones de brillantes: un par de ellos asomaban también al cuello, detrás de la cuidadosamente descuidada corbata de raso: botones de rica pedrería campeaban en el chaleco blanco, y como la luz de un faro, relumbraban con estudiados eclipses en los puños de la camisa. Ni aquí se cierra el cuadro de su magnificencia: unos lentes de oro, colgados al cuello, y una gruesa cadena con mil sellos y dijes al ojal del chaleco, acreditaban que aquel hombre era un tesoro... ambulante.

Sobre curioso, soy un poco lapidario. Mi maestro de griego solía decirme que tenía cabeza de cal y canto, y no le faltaba razón. Su mano, un tantico más dura que mi cerebro, por golpes que me dió, no logró jamás hacer mella ni incrustar en él una sola fábula de Esopo. Pero vamos al cuento. A fuer de lapidario y curioso, fuime acercando poco á poco á mi galán, que sonriéndose á la sombra de sus anteojos contemplaba á cierta condesita alta, delgada, lacia y fea, la cual le volvía las espaldas desdeñosa. A mí nada me hubiera importado que

aquella mómia titulada me hiciese tan poco caso; mas á él, por lo visto, debía importarle menos, porque seguía mirándola y sonriéndose, que daba gozo de verle. Las luces de los brillantes ibanme pareciendo á menor distancia algo sospechosas, y llevado del deseo de investigar la verdad, llegué á ponerme debajo de los gemelos del espléndido manco, cuando de pronto me sentí abrazado por él, preso en la ratonera. Llevé un susto mas que mediano: creí que habia tomado mi afición artistica por afición á lo ajeno. Pero el susto duró muy poco. Una voz conocida resonó en mis oídos, al propio tiempo que unos brazos demasiado robustos estrechaban mas y mas el nuevo lazo.

—¡Hombre, tú por aquí! ¡Si te he llorado difunto! ¡De dónde sales? me preguntó el jóven, mas espresivo en sus demostraciones de afecto de lo que consentia mi débil constitucion.

—Por de pronto déjame salir de tus brazos, contesté escurriéndome de ellos como una anguila. Ahora que puedo respirar te diré que salgo... que salgo... Pero tú ¿quién eres? le interrogué á mi vez, con menos desearo que aturdimiento.

—¿De veras, chico, de veras no me reconoces? ¿Ya no te acuerdas de tu amigo, de tu mejor amigo? ¿De Santos Hincaldiente?

Confieso la verdad: hasta que oí su nombre no acabé de caer en la cuenta de aquel sugeto. Esas señas de «tu amigo, tu íntimo amigo, tu mejor amigo,» en Madri! no dan á conocer á nadie. Significan tan solo que la persona que así te apellida te ha encontrado una docena de veces, te ha dado sendos apretones de manos, te ha dicho que te queria cordialmente, si ha sabido que estabas ó columbrado que podias estar luego en candeíero. Eso le basta para llamarte de tú; para olvidarte si de nada le sirves; para murmurar de tí; para acusarte de ingrato; para mostrarse resentido si en tus buenos tiempos no quieres ó no puedes servirle, ó no satisfaces todas sus exigencias y caprichos. Pero por flaco que yo fuese de memoria (la tengo muy desdichada), ¿cómo era posible que se hubiese desvanecido la huella que deja un hombre llamado Santos Hincaldiente?

Le conocí, y le traté casi dos meses seguidos. Era un muchacho vivo de genio, travieso y holgazan: no carecia de talento, pero sin la menor instruccion. Gustaba sin embargo de andar entre los que cultivan las letras, gente por lo regular generosa y desprendida, y casi estoy por decir que sacaba mas jugo de sus comidas que de sus dramas. Iba no obstante al teatro cuando los autores le daban luneta, y allí, con la mejor intencion del mundo (no podia negársele buen corazon), les preparaba una silba ó les malograba un aplauso. La razon es clara: los suyos eran siempre estemporáneos. Cosa sabida: en toda situacion débil en que los actores querian pasar como gato sobre áscuas; en que el espectador, sin saber por qué todavia, se remueve en el asiento, las inteligentes y sonoras palmas de Santos habian de dar á conocer al público el motivo de su inquietud. Eran la chispa que producía la inflamacion de los gases aglomerados en el recinto; el choque que desataba el rayo de la nube preñada de electricidad. Increpado por sus amigos, esplicaba sin embargo filosóficamente su conducta; por lo cual, verá el lector que no era del todo negado. Decía que aplaudir lo bueno, era solo dar prueba de buen gusto, y de amistad y de agradecimiento aplaudir lo que á todos desagradaba. Además de esta gracia, tenía la de menospreciar á los amigos á quienes arruinaba de dia en la fonda con su buen diente, y de noche en el teatro con sus intempestivas manos.

—Sois unos badulaques, solia decirles: en la vida tendreis un duro, si no mudais de carrera. ¡Poetas! ¿Qué viene á ser ese oficio? Estareis siendo poetas cien años, y no tendreis al cabo ni un real de cesantia, de jubilacion, ni de capital.

El, sin duda para obtener uno y otro, y viendo que los amigos cambiaban de fonda y de café sin darle previo aviso; que se olvidaban de mandarle billetes para la representacion de sus dramas, sentó plaza de escribiente en no sé qué oficina, y desde entonces le perdí de vista.

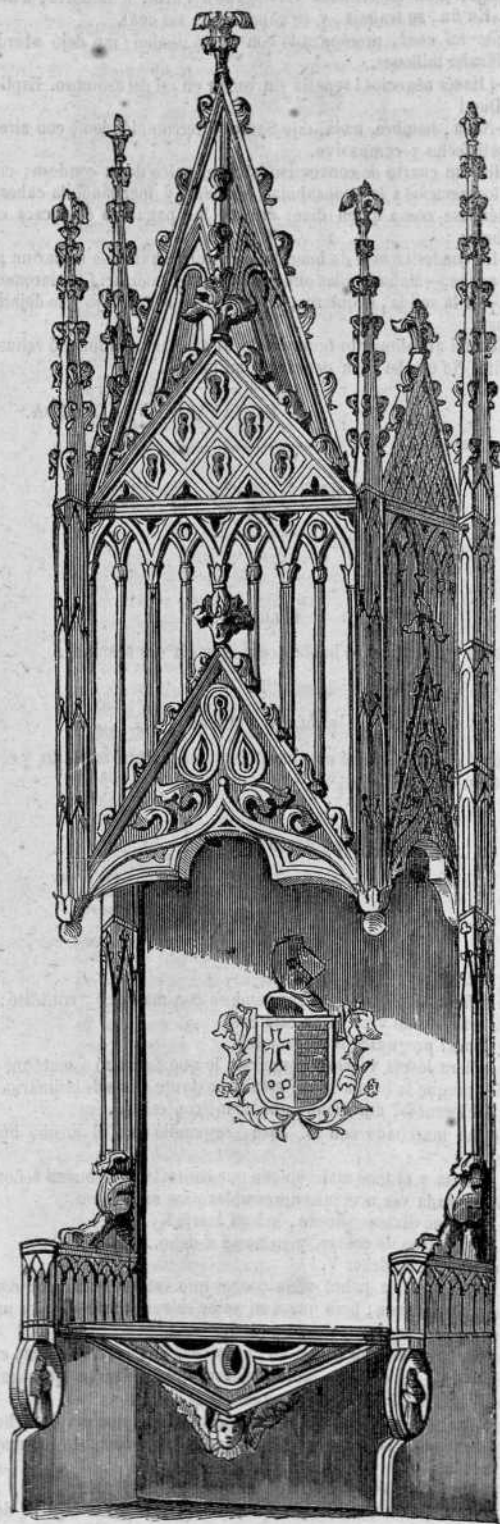
—¿Quién habia de conocerte, exclamé por fin, con esas patillazas, con ese lujo, con ese aire de importancia? ¿Qué te haces? ¿Sigues empleado? Has debido subir como la espuma. Pero no recuerdo haber visto tu nombre en la *Guía de Forasteros*. Bien que, si á ella hemos de acudir para conocer los altos funcionarios públicos, debian imprimir una cada mes.

—No, amigo; mi nombre no ha estado, ni estará en la *Guía*. Soy muy independiente, y siempre he repugnado el vivir á costa ajena.

—¡Ah! ¿Conque te repugna ya?... Vamos, cuando te digo que estás desconocido!...

—¡Yo servir al Estado! Pasar el dia entre cuatro paredes, revolviendo papeles, devanándome los sesos, trabajando con celo, con afición! ¿y para qué? Para no tener hora segura; para hallarte el mejor dia con el oficio de tu cesantia sobre el bufete en que vas á trabajar. Y luego mi carácter... eso de ser gravoso á la nacion, de vivir á costa de los pueblos esquilmosos... No señor: á Dios gracias, no me falta que comer, y puedo conservar mi dignidad.

—Todo eso es muy santo y muy bueno, repliqué; pero ¿de dónde salen esas misas? ¿Has heredado? ¿Te ha caído la loteria? ¿Te has casado?



(Sillon del coro de la Catedral de Barcelona.)

—Nada de eso. Mi suerte es hija de mi poco ó mucho talento: me la debo á mi mismo. Esto es lo que me llena de orgullo.

—Orgullo por cierto el mas disculpable, si no es el mas legítimo. ¿Escribes, eh?

—¿Estás en hábia? ¡Escribir! ¿Has conocido á nadie que se haya hecho rico con las letras?

—Entonces ¿qué haces?

—Negocios. Los negocios me dan para pasarlo decentemente, para carruaje, para escursiones veraniegas á París, á Londres, á Bohemia. En fin, se trabaja, y se gana, así... tal cual.

Ese tal cual, pronunciado con cierto desden, me dejó aturdido: significaba millones.

—¡Hacer negocios! repetía sin volver en mí del asombro. Espícate por Dios!

—Nada, hombre, nada, dijo Santos interrumpiéndome con aire entre satisfecho y compasivo.

Hizo un cuarto de conversión hácia el palco de la condesa; enderezó los gemelos á las consabidas espaldas, y meneando la cabeza, y sonriéndose como quien dice: «tú me las pagarás» dejó caer estas palabras:

—La condesita está de buen humor; quiere hacerme rabiarse un poco esta noche.—Mañana á las once te espero á almorzar. Charlaremos un rato.—A la salida, si quieres, te cogeré en el carruaje y te dejaré en tu casa.

Con mi aturdimiento ignoro si le dí gracias; si admití ó rehusé el convite. No estaba para pensar en mí mismo.

(Continuará.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.

## MI AMIGO PEPE.

### I.

#### FELICIDAD.

Laura y Florencio se habian casado hacia dos semanas.

### II.

#### PRÓLOGO PRIMERO.

Voy á deciros por qué este casamiento me pareció inaudito, y cómo llegó á mi noticia.

### III.

#### PRÓLOGO SEGUNDO.

Yo no sé lo que tiene,  
madre, el tío Pedro,  
que me mira y se rie  
y se chupa el dedo.  
(Cancion.)

—¿Está Pepe?

La señora Josefa me miró sonriéndose con malicia, y contestó:

—El señorito no vive ya en esta casa.

—¿Cómo? pregunté yo sorprendido.

La señora Josefa volvió á sonreirse; lo que comenzó á meterme en cuidado, porque la buena mujer estaba bastante triste de ordinario.

—¿Y Florencio? dije viendo que no me contestaba.

—Se ha marchado con D. José, respondió con el mismo buen humor.

La sonrisa y el tono maligno con que contestaba la buena señora, iban siendo cada vez mas incomprensibles para mí.

—¿Pero qué diablos sucede, señora Josefa?

—Es muy largo de contar, y yo no sé si debo...

—Pues no ha de deber V.!

En la cara de la pobre vieja conocí que esta rabiaba por contarme cuanto quisiera; pero que á su pesar se veía contenida por una fuerza superior que la impulsaba á callar.

—Lo siento en el alma; pero no puedo decir á V. una palabra; esclamá por fin, sin que sus labios dejaran aquella sonrisa que tanta curiosidad me inspiraba. Quieren guardar el secreto.

Iba á dar principio á una coleccion de súplicas, que sin duda hubieran ablandado á la pobre señora, cuando mi condiscipulo Juan entró en la sala.

—¡Tú por aquí! dijo con su atolondramiento habitual.

La señora Josefa iba á responder por mí; pero yo la cogí la delantera.

—Si, contesté, venia á verte, y me he entretenido hablando un momento con tu amabilísima huésped.

—Vamos, vamos, vente á mi cuarto y probarás unos cigarros que me han traído de la Habana.

—Cuando quieras. A los piés de V.

—Beso á V. la mano.

### IV.

#### PRÓLOGO TERCERO.

Sentados ya en el cuarto de Juan, convirtiéndose en gloria, que es tanto como decir en humo, los mas hermosos productos de la agricultura é industria cubanas, después de informarnos mutuamente de estado de nuestra salud, etc., etc., pregunté á mi condiscipulo con marcadas muestras de interés:

—¿Por qué se han mudado Pepe y Florencio? ¿Qué es de ellos, que hace un siglo no se les ve por la universidad?

Juan me miró de un modo particular, y una estraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Voto va! exclamé yo. Cuando he preguntado por ellos á tu patrona me ha sucedido lo mismo que contigo.

¿Por qué al hablar de Pepe y de Florencio os sonreis de ese modo tú y la señora Josefa?

### V.

#### INTRODUCCION.

La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar »

tararé mi amigo dándole la importancia del que va á ser narrador de una historia inaudita.

—Desembucha pronto, que mi curiosidad está en el último grado de excitacion.

Juan se arrellanó en su butaca, echó una gran bocanada de humo, y después de toser y suplicarme que no le interrumpiera, dijo:

—Pues señor...

### VI.

#### DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

—¿Has visto el Don Gil de las Calzas Verdes? interrumpió bruscamente mi condiscipulo.

Quedéme con tanta boca abierta al oír tan estraña salida, cuando me disponia á escuchar una sabrosísima historia en que debian jugar al parecer dos personas que me interesaban sobremanera, y dije maquinalmente:

—Si.

—Era el diablo Tirso de Molina para armar enredos.

—Ciertamente. ¿Pero á qué viene eso?

—A nada: es una pregunta suelta.

—No comprendo...

—Ya comprenderás. ¿Quieres que principie mi cuento?

—Principia.

—Pues señor...

### VII.

#### FLORENCIO Y PEPE.

—Florencio es un muchacho guapísimo por todos conceptos, y no exagero si digo que el mejor mozo que pasea las calles de Sevilla.

—Me estás diciendo cosas que sé tan bien como tú.

—Si no me dejas tomar el hilo de mi narracion, por necesidad ha de ser esta fria é incompleta.

—Haz pues lo que quieras.

—Todos los que tratamos á fondo á Florencio le queremos como hermanos; y los que le ven por vez primera simpatizan con él de un modo estraño. Era el elegante de los elegantes, el niño mimado de la universidad, la persona de quien tenian que ser amigos todos los cómicos y cantantes de uno y otro sexo que pretendian agradar en Sevilla, y el novio en fin que veian en sus sueños las mas bellas y adorables muchachas de la poblacion. Rico, querido y festejado por todas partes, con sus veinticuatro años y su alma poética y ardiente, era el estudiante de leyes mas feliz que en toda la redondez de la tierra podía hallarse.

—¿Es decir que ya no lo es?

—Ten un poco de calma. El año pasado al terminar el curso era el lion de la buena sociedad de Sevilla, y con razon pensaba volver á ocupar el mismo puesto al principio de este.

—Y así fué, exclamé yo deseando abreviar.

—Si; pero no le duró mucho tiempo. Un jóven, un niño casi, bello como un ángel al decir de las mujeres, amable, opulento y bien nacido al parecer, porque ni sus mas íntimos amigos supieron nunca quién era ni de dónde venia, vino á la universidad á nuestra misma clase, y bien pronto tuvo Florencio en él un poderoso rival que amenazaba eclipsarlo en todos los terrenos.

—¿Me estás hablando de Pepe?

—De Pepe, continuó Juan. A pesar de que generalmente nos disgusten los hombres afeminados, y de que el recién venido con su cándida belleza, su vocecita suave y sus manos y piés de niña, lo era en

alto grado, se ganó las simpatías de todos, y no hubo uno de los condiscípulos que no solicitase su amistad; motivo por el que bien pronto fué presentado en todas partes, causando la misma sensación en los altos círculos sevillanos, y cautivando con su presencia en pocos instantes mas corazones que Florencio en toda su vida.

—Recuerdo perfectamente.

—Lo natural parecía que ambos se hubieran odiado á muerte; pero no fué así. Pepe y Florencio fuéron amigos, con admiración de todos los que sabían el daño que el último hacia á la reputación del primero, y no pasó mucho tiempo sin que vivieran juntos como hermanos en esta casa de huéspedes, por entonces la mejor de Sevilla. Ambos eran igualmente ricos y desaplicados: así es que raras veces se les veía en las cátedras; el que quisiera buscarlos, no tenía mas que dirigirse á todos los sitios en que hubiera diversiones y ocasión de gastar dinero.

—Al principio, dije yo uniendo mis recuerdos á los de mi compañero, Pepe se resistía á divertirse, á correr á caballo y á pasar las noches en los vestuarios de las primas donnas; pero pronto Florencio lo convirtió, haciéndole aceptar sus costumbres, aunque no pudo nunca decidirlo á fumar, beber vino y galantear á las muchachas de Triana.

—Es verdad. Perdiendo cada cual algunos de sus hábitos, llegaron á tener los mismos; porque al par que Pepe se esforzaba por adquirir los de su amigo, este perdió todos aquellos que disgustaban á Pepe. Fuéron en fin Cástor y Pólux, Pilades y Orestes. (Continuará.)

Luis EGUILAZ.

## UN AMIGO INTIMO. (1)

### IV.

Pues... como os iba diciendo... pero ¡voto á Santa Tecla! que no recuerdo á qué punto llegaba de mi novela. Decía... sí, ya me acuerdo, que en la mas trágica escena de la Lucía, *mi amigo* repitió su cantinela, con esa calma apacible de un hombre de buena cepa, que á muchos otros encanta, pero que á mi me revienta.

Viendo la función estaba muy cerca de mi luneta otro señor, ciudadano sin duda de poca flema, pues oyendo de mi amigo la voz, perdió la paciencia, y... ¡fuera! dijo; añadiendo: «que el Circo no es la taberna.» —¿Cómo, taberna?—Lo dicho. —¿Quiere Vd. perder la lengua? —Quiero, si al punto no calla, romperle á Vd. la cabeza.

Tales fueron las razones con que aumentaron la orquesta á mis espaldas *mi amigo* y su enemigo á mi izquierda. Y como en España vienen tras de las bromas las veras, *mi amigo*, que es hombre terne, se puso en pié con presteza, y apoyó en mi hombro su mano, y alzó la pierna derecha, y dió un brinco hácia adelante con singular ligereza; pero me sentó el maldito su bota flamante y nueva tan á plomo sobre un callo, que me hizo ver las estrellas.

¡Fuera! gritó la gente, cargada de esta pendencia, y *mi amigo* y su enemigo, hechos dos tigres, dos hienas, dándose sendos cachetes,

que allí es la razón suprema, salieron entre alguaciles cercados de bayonetas, y arrullados por mil voces de la muchedumbre inmensa que en todas partes gritaba: ¡fuera esos bellacos, fuera!

Mucho sentí yo el percance de *mi amigo*, que aunque pelma, celebraba mis escritos, y esto siempre lisonjea.

Sentí tambien sobre todo los efectos de la suela de aquella maldita bota que por desgracia era nueva.

Pero acordándome luego de que una moza morena que del teatro vivía casi tres cuartos de legua me daba cita á las doce y eran ya las once y media, y temiendo que *mi amigo* á molestarme volviera, del Circo salí al instante diciendo al tomar la puerta:

«¡Ay!... quizá mi pobre *amigo* en este lance perezca!... Mas yo por fin estoy libre; no hay mal que por bien no venga.

Apreté el paso en efecto como alma que el diablo lleva, y en quince ó veinte minutos estuve junto á mi bella, la mas hechicera joya, la mas seductora perla que en muchos años ha honrado la calle de la Encarnación.

Era esta tal de esas mozas que los médicos recetan al que... del señor Cupido siente las agudas flechas.

No era gorda, y me agradaba, porque una gorda belleza se derrite fácilmente á poco calor que sienta.

Ni era flaca, y me alegraba, porque, inter nos dicho sea, las flacas corren peligro de cometer mil flaquezas.

Ni tampoco era muy alta, ni tampoco muy pequeña; que lo grande y lo menudo no se alcanza ó no se encuentra.

Grandes y rasgados ojos, chica nariz y aguiluña, negros y largos cabellos, negras y pobladas cejas;

Los labios como corales, los dientes como azucenas; las mejillas coloradas lo mismo que dos cerezas:

Era en fin la criatura, cual su descripción lo prueba, por quien sin duda dijeron este cantar de mi tierra:

«Todo el hombre que se muere sin amar á una morena, se va de este mundo al otro sin saber lo que es canela.»

—Hermosa luz de mis ojos, dije, en la ventana al verla, cuándo entre mis tiernos brazos veré tu cintura esbelta?

Ya hace un año, prendá mia, que mi esperanza alimenta diciendo que hoy, que mañana... y nunca el instante llega.

«¿Cuándo? respondió la hermosa; espera, mi bien, espera, que hoy nadie espía mis pasos

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto estos versos, debidos á uno de nuestros escritores festivos mejor reputados.—Para dejar espacio á otros artículos que tenemos dispuestos, omitimos la introducción y empezamos por el cuadro en que empieza el interés y lo mas notable de esta graciosa composición, que el señor Villergas ha escrito en París.

y voy á abrirte... la puerta.»

Cerró en esto la ventana,  
y yo con el alma llena  
de gozo, quedé esperando  
á mi idolatrada prenda.

Mas luego de un cuerpo humano  
noté la sombra ligera  
que por la acera venía,  
y apenas estuvo cerca  
paróse y me dió un abrazo  
con tan espantosa fuerza,  
que echar temí, vive Cristo,  
los bofes por las orejas.  
Y el que tanto me abrazaba  
¿saben ustedes quién era?  
Pues señor... era *mi amigo*,  
aquel mónstruo sin conciencia  
de quien juzgué verme libre  
y á quien la fortuna perra  
mandaba á estorbar mi dicha  
para rematar la fiesta.

«¡Cuánto me alegro! me dijo,  
de hallar á Vd.; la contienda  
no terminó en los cachetes;  
mi contrario es un tronera  
que quiere que nos rompamos  
esta noche la cabeza,  
y es preciso, amigo mio,  
que Vd. mi padrino sea.  
—Pero si yo...—No hay excusa.  
—¡Suerte atroz!—¡Fortuna inmensa!

—Es el caso...—Nada, nada;  
ya es tarde y el tiempo apremia.  
Y esto diciendo agarróme  
de bracero con violencia,  
sin que á sus fuerzas hercúleas  
yo contrarestar pudiera.  
Con el nocturno silencio  
sentí á mi amada morena  
que á recibirme salía,  
y al ver la calle desierta  
debió de pensar sin duda  
que yo me burlaba de ella,  
y lanzó un hondo suspiro  
volviendo á cerrar la puerta.

Entonces, vuelto á *mi amigo*  
le dije con aspereza:

Porque Vd. quiera batirse  
no es justo que yo perezca;  
la mujer que yo idolatro  
me esperaba placentera,  
y solo Vd. ha podido  
turbar mi dicha completa.

A lo cual mi atroz *amigo*  
dió la siguiente respuesta:

«Si le he servido de estorbo,  
bien sabe Dios que me pesa;  
pero esa fatal desgracia  
que Vd. con razon lamenta  
me va á sacar de un apuro:

*No hay mal que por bien no venga.*

#### V.

Eran las doce y media de la noche,  
y sin hallar para el camino un coche  
porque todo le aflige al que trasnocha,  
hétenos en Atocha.

Á mi *amigo* y á mí, y á los contrarios  
espadachines tercos, temerarios,  
de alma tan cruda y condicion tan fuerte,  
que el duelo propusieron  
nada menos que á muerte  
y ninguna razon en contra oyeron.

De sable era la lucha, y los dos sables  
que el contrario adalid (solemne bruto)  
buscó, anheloso de pegar trompazos,  
eran tan formidables,  
que pudieran un cerro hacer pedazos,  
y rendir al minuto  
del mismo Anteio los robustos brazos.

«¡En guardia!» al fin dijeron  
mi amigo y su enemigo,

y con brutal rencor se arremetieron.

Yo vi con ira á mi funesto amigo  
un tajo dar con ímpetu arrogante;  
y al contrario tambien, terrible y fiero,  
blandir el duro acero

con brazo tan indómito y pujante,  
que diera honor al campo de Agramante.

Mas ¡ay! la luna que en aquel instante,  
si no igualando, remedando al día  
clara y alegre en el cenit lucia,  
se vió tras negra nube encapotada;  
y en tinieblas dejándonos, huía  
del tremendo combate horrorizada.

Nada la vista humana distinguía  
en tanta oscuridad; pero muy pronto,  
y aquí mi historia lastimosa empieza,  
distinguí yo un porrazo en mi cabeza,  
que sin dejarme hablar me dejó tonto,  
y dando un gran gemido  
caí, redondo, en tierra sin sentido.

¿De dónde vino tan mortal fracaso?

De un lamentable error; pues era el caso  
que el enemigo de mi ilustre *amigo*,  
no encontrando en la sombra á su enemigo,  
me descargó aquel tajo furibundo  
que á poco mas... me envia al otro mundo.

Por desgracia caí... pero ¿qué digo?

fortuna fué caer, porque es muy cierto

que á no juzgarme muerto  
quien tal golpe me dió con furia insana,  
todo el cuerpo en canal me hubiera abierto,  
zurrándome de nuevo la badana.

Caí pues como herido por un rayo;  
mas pronto de otro pobre los lamentos  
vinieronme á sacar de mi desmayo.

El oido apliqué: golpes violentos  
descargaban allí, sin duda alguna,  
que á mí no me tocaron por fortuna.

¡Ay! basta! compasion! uno decia,  
mientras el otro con horribles mañas  
su feroz vapuleo repetía

gritando sin piedad: «¡Toma castañas!»

¿Qué pudo ser? Referiré este lance.

Era tan raro y singular percance

(ó percance plural, yo soy testigo)

que mi funesto *amigo*  
pescó al otro padrino en un avance,  
y en él creyendo hallar á su enemigo,  
le empezó á santiguar con tanta gana  
duros mandobles entre carne y cuero,  
que no dá mas agudo un colchonero  
cuando sacude el polvo de la lana.

Y aun hoy, con saña fiera  
mi *amigo* al desdichado sacudiera,  
si una casualidad dichosamente  
no viniera en ayuda del paciente.

La nube disipándose oportuna  
tomó cierto color de chocolate,  
y un claro por fortuna  
dejó paso á la luna

que dió, en su luz, reposo á este combate.

¡Oh sorpresa! *mi amigo*

lo mismo que su pérfido enemigo  
por de pronto empezaron á reirse,  
aunque el error sintiendo de aquel duelo;  
y luego, sin batirse,  
nos brindaron su auxilio y su consuelo.

Poco despues me hallaba yo en mi cama  
maldiciendo al idiota

por quien perdí el cariño de una dama  
teniendo, en cambio, la cabeza rota.

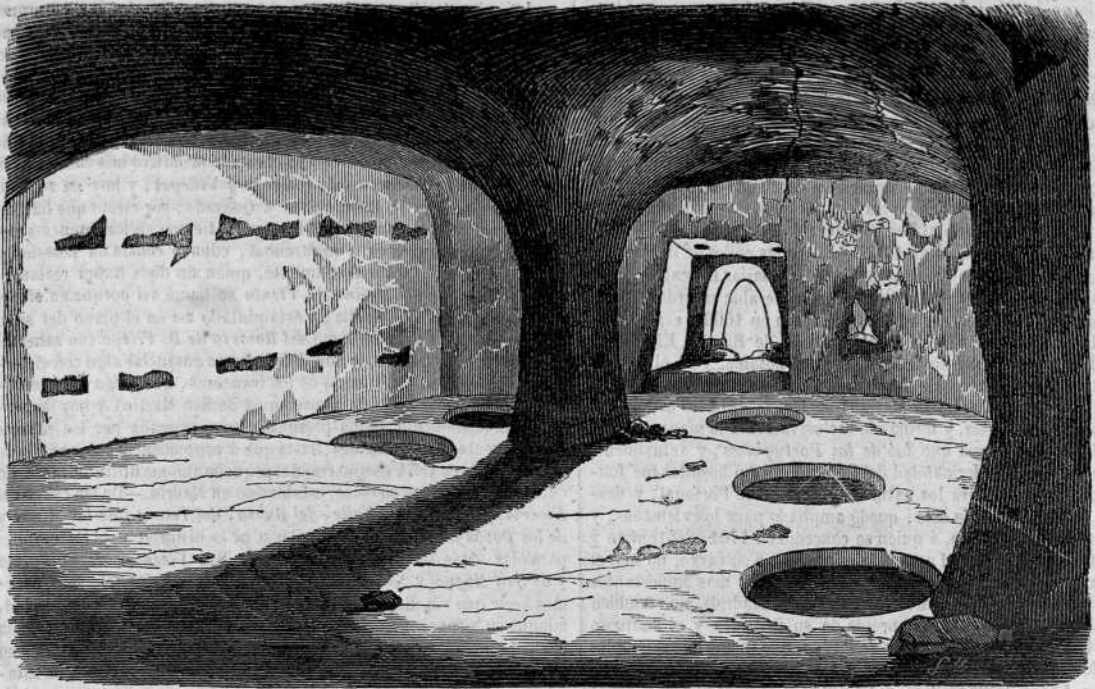
(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra.





LA PEÑA DE SAN ROMAN.

En un pueblo de la Alcarria llamado Salmeron existe una gigantesca peña colocada sobre las breñas mas escarpadas del país. Ocupa una eminencia considerable, dominando toda la estension de una prolongada vega titulada Vall de Medina, que tiene una altura por igual de mas de 50 varas. Esta gran mole de piedra, conocida por los naturales del país con el nombre de *La Peña de San Roman*, no ofrece otra cosa de particular desde su descenso, mas que el aspecto de una antigua muralla al Oriente, desmoronada de trecho en trecho, de alguna que otra hendidura, cuya ilusion aumenta con la interrupcion. Como á la altura de 20 á 22 varas se distingue una pequeña tronera de figura ogival que representa tener vara y media de alto por media de ancho. Fundadamente se cree que esta especie de cueva hace muchísimos años que no debe haber sido visitada por persona alguna, ya por lo inaccesible y espuesto de su arribo, ya también porque la tradicion que los naturales del país han ido trasmitiendo sucesivamente de que en dicho peñon existia una temible cueva llamada de la Mora, imponia á los mas decididos, difundiendo el miedo y la supersticion por los pueblos vecinos.

El simple aspecto del grabado da fácilmente á conocer que no es mas que una estancia de figura semi-cuadrilonga y de unas seis varas de estension, sostenida por un grueso poste distante vara y media de la ventana: en el pavimento se ven cinco depósitos de la figura de las tinajas del Toboso, y de 110 á 120 arrobas de cabidad. Están hechas á pico en la piedra, que es dura á pesar de parecer bastante porosa. Multitud de agujeros hechos en la pared dan á conocer que han servido en algun tiempo de criadero á las palomas, porque aun se encuentran en ellos varios nidos; pero se cree que semejantes nichos hayan sido formados en una época posterior.

Segun el detenido exámen que se ha hecho de todo el peñon, no tiene mas que una entrada. En el borde de la parte exterior de la ventana hay unas rozaduras como las formadas por las cuerdas de sacar el agua en los brocales de los pozos. La parte exterior muestra palpablemente que ha habido ventanas de dos hojas, y otras dobles, que dan á entender eran cosas de gran valia las que se cerraban dentro.

Es muy de sentir que sean tan escasas las noticias que se tienen de esta interesante cueva; pero nuestros esfuerzos han sido estériles al pretender dar á los lectores del SEMANARIO mayor abundancia de datos sobre tan curiosa cueva.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDÓS HISTÓRICOS (1).

## CUARTEL ALTO.

El trozo de caserío encerrado entre las calles de Fuencarral, de Jacometrezo, de los Tudescos y Corredera de San Pablo hasta la plazuela de San Ildefonso, que comprende dichas calles y las del *Desengaño*, de la *Ballesta*, del *Barco*, de *Valverde*, de la *Puebla* y otras, fué formado segun nuestras noticias á mediados del siglo XVI á consecuencia de la venta hecha por *D. Juan de Victoria Bracamonte* en 7 de noviembre de 1542 de una tierra que tenía «en el arrabal de Madrid frontero del camino de Fuencarral,» cediéndola á censo por diez ducados perpétuos de oro al año, y reservándose un pedazo para labrar casa para él, como lo hizo en la calle que tomó su nombre de la *Puebla vieja* de *Juan de Victoria*. Posteriormente un hijo suyo del mismo nombre, en 17 de agosto de 1597, concedió su licencia para dividir dicha tierra en 95 solares, «con el censo anual de dos reales y una gallina, y con la condicion de que habían de edificarse en ellos casas bajo la traza que diese el alarife Francisco Lozano,» cuyo censo viene pesando todavia sobre la mayor parte de las casas de dichas calles. Entre otros sujetos que emprendieron esta puebla y construccion, fué uno el escribano *Diego de Henao*, é hizo edificar la tercera, cuarta y quinta casa de la Corredera de San Pablo, con accesorias á una callejuela que recibió por esta razon su apellido, y hoy por corrupcion se llama calle del *Nao*.

Poco á la verdad de interesante ofrecen todas estas calles bajo el aspecto histórico y artistico.—De los edificios públicos en ellas contenidos, el mas considerable era el convento é iglesia de monjes de *San Basilio* que se trasladaron á él desde el sitio primitivo de su fundacion, un cuarto de legua de Madrid junto al Arroyo de Abroñigal. Durante las exclaustaciones anteriores de los padres, sirvió esta iglesia de parroquia de San Martín, y después de la de 1856 fué con el convento cuartel de artilleria de la M. N.; después Bolsa de Comercio,

(1) Véanse los números anteriores.

y actualmente, verificada una radical trasformacion con la obra hecha por su propietario, encierra el teatro llamado *de Lope de Vega*, el Molino de chocolate al vapor, un café, un taller de coches y muchas habitaciones particulares. La calle que corre por delante de él se llamó en un tiempo de *los Basilius*, y no sabemos desde cuándo ni tampoco la razon por qué le trocó después por el esquivo del *Desengaño*.—Ignoramos tambien el origen de las contiguas *de Valverde* y *de la Ballesta*, pero el de la *del Barco* le hallamos perfectamente justificado con la figura que forma su pavimento, igual á la del casco de un buque.—El otro convento de clérigos menores de *San Felipe Neri*, ó *de Portaceli*, situado al extremo de dicha calle del Desengaño, fué antes de los padres Dominicos del Rosario, y destinado en 1643 á aquellos cuando vinieron huyendo de los levantamientos de Portugal y Cataluña; pero el templo actual que hoy sirve de *Parroquia de San Martin* es moderno, construido en 1723.—Entre las calles de la Puebla y de Valverde está el monasterio de monjas Mercenarias Descalzas conocidas por el nombre de *D. Juan de Alarcon*, venerable sacerdote á cuyo cargo corrió la fundacion del mismo, verificada en 1609 á espensas de Doña María Miranda, señora ilustre natural de Burgos. El templo, concluido á mediados del siglo XVII, es poco notable, y en él se conserva el cuerpo del venerable fundador, y posteriormente se ha trasladado tambien el de la beata Mariana de Jesús.—Al otro extremo de dicha calle de la Puebla, y formando esclusivamente la manzana 371, está el Hospital é Iglesia que fué *de los Portugueses*, y actualmente al cargo de la Santa Hermandad del Refugio. Dicho hospital fué fundado por Felipe III para los naturales del reino de Portugal, y después de la separacion de este, quedó ampliado para los alemanes; y la hermandad del Refugio, á quien se concedió en 1701 el patronato y administracion de esta real casa é iglesia, tiene á su cargo, no solo el sostenimiento de este piadoso hospital (uno de los mas importantes establecimientos de beneficencia con que cuenta Madrid), sino tambien el *colegio de niñas huérfanas* propio de su instituto y el suntuoso culto de la iglesia de *San Antonio de Padua*, que es uno de los templos mas lindos, decorados y concurridos y está soberbiamente pintado al fresco por Lucas Jordan, Rizzi y Carreño, y enriquecido con bellos retablos, cuadros y esculturas.

Las *Correderas Alta y Baja de San Pablo*, cuya linea continúa después la estrechísima calle apellidada (no sabemos por qué) *de los Tudescos* hasta la Plazuela de Santo Domingo, nada nos ofrecen de particular; y entre esta estensa linea y la paralela trazada por la calle *Ancha de San Bernardo*, media otra importante barriada de calles espaciosas en general y bastante rectas en la misma direccion y su travesía. La mas importante de aquellas á la parte baja es la llamada *de Silva*, en que está la modesta iglesia y hospitalito de la parroquia de San Martin titulado *de la Buena Dicha*; pero entre esta calle y la de San Bernardo hay un laberinto de callejuelas angostas y mezquinas, tituladas *del Perro*, que es la mas estrecha de Madrid, como que no tiene mas que ocho piés de latitud, y no hay en toda ella un solo portal; *del Pozo*, *de la Justa*, *de la Cueva*, *de Peralta*, *de la Flor alta*, *de la Estrella*, y *del Clavel* (ahora travesía de *Altamira*), que formaron parte de la puebla nueva verificada en el siglo XVII por *D. Juan de Peralta*, de que hablaremos después.

La calle *de la Luna*, que corre á la parte alta y comunica con la del Desengaño, es muy importante por su situacion; pero no cuenta tampoco monumentos públicos, y si solo algunas grandes casas, como la del conde de Sástago, núm. 46, en que estubo hace algunos años el Banco de San Carlos, y hoy hay un teatrillo llamado *de Buena vista*. La del marqués de Llano, á la esquina de la calle de Panaderos, en que habitó algun tiempo, hace algunos años, el señor Infante Don Francisco y su familia, y en la que falleció la Señora Doña María Luisa Carlota su esposa.—Entre dicha calle y la del *Pez* median las rectas de *San Roque*, *de la Madera baja*, *de Pizarro* (antes de la *Magdalena*), *de Panaderos* y *de la Cruz verde*. Lo mas memorable en ellas es el convento de monjas benedictinas de *San Plácido*, situado al confin de la de San Roque á la del *Pez*, y fundado en 1625 por Doña Teresa Valle de la Cerda, cuya iglesia construida hácia la mitad de aquel siglo bajo los planes de Fray Lorenzo de San Nicolás, es á juicio de Ponz de lo mas notable de Madrid por su estilo clásico y belleza de su ornato, además de las apreciables pinturas y esculturas con que está enriquecida. El recuerdo histórico de este convento consiste en cierta aventura galante del rey D. Felipe IV, el que segun parece, prendado de una de las monjas de esta casa llamada *Margarita* (á quien habia visto por intervencion de Don Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon, patrono del convento, que tenia sus casas contiguas á él), siguió este galanteo profano en tal sitio y entre tales personas, hasta que por un piadoso ardid de la prelada que dispuso sorprender al rey esponsiando como difunta de cuerpo presente á la religiosa, terminó este escandaloso suceso, no sin haber dado motivo á un notable proceso por la Inquisicion, que fué hasta Roma, aunque de allí se le hizo desaparecer. Dicese tambien

que á costa del rey y demanda de la abadesa se colocó en la torre de esta casa el reloj que aun hoy tiene, y que en el tañido de su campana remeda el clamoreo de difuntos, en memoria de este suceso.

La calle *del Pez* tampoco nos ofrece mas que algunos casarones antiguos, como el núm. 24, conocido tambien por *la casa del Pez*, que tiene esculpido en su fachada, no sabemos el motivo. La núm. 18 del marqués de Villariezo, hoy de Bedmar, y alguna otra, habiendo desaparecido hace pocos años la mezquina fuente que á su salida á la Ancha de San Bernardo llevaba el nombre del *Cura* por haberla costeado el párroco de Colmenar.—En la calle *Alta de la Madera*, al número 26 nuevo, existe todavia y en el estado primitivo una casa que fué propiedad de *D. Francisco de Quevedo y Villegas*, y hoy de su descendiente D. José de Bustamante y Quevedo; por cierto que ha llamado nuestra atencion el verla hace poco tiempo en los anuncios del Diario como denunciada á mostrencos, cuando consta la posesion y propiedad de dicho señor Bustamante, quien sin duda habrá reclamado (1). La calle *del Molino de Viento* se llamó así porque en efecto existia uno en el alto de ella, y está pintado así en el plano del siglo XVII. *La de D. Felipe* se llamó *del Rosario de D. Felipe* (no sabemos la razon); y la plazuela de *San Ildefonso* se ensanchó algo con el derribo de esta iglesia en tiempo de los franceses, que luego fué reconstruida y sirvió de anejo de la parroquia de San Martin, y hoy de parroquia independiente. Dicha plazuela estubo ocupada por los cajones para la venta de comestibles, hasta que á consecuencia del incendio de ellos ocurrido en 1834 se construyó el pequeño aunque utilísimo *mercado cubierto*, primero en su clase, establecido en Madrid.—De las calles *del Escorial*, *de Jesus del Valle*, *del Rubio*, *del Tesoro*, *de las Minas* y *de las Pozas* no sabemos la etimologia ni la historia; y de las grandes paralelas altas *del Espiritu Santo*, *de San Vicente*, *de la Palma* y *de San Miguel* y *San José* (ahora *de Daoiz y Velarde*), solo podemos decir que sin disputa son las mas rectas y alineadas de Madrid, aunque su situacion estrema y el gran desnivel de su suelo, las ha hecho permanecer todavia en un estado miserable y raquítico, con su menguado caserio de un solo piso, y careciendo de poblacion, de vitalidad y de comercio.—El convento de monjas carmelitas llamado *de las Maravillas*, cuyo nombre tambien lleva este distrito, y sito entre las calles *de la Palma alta* y de San Pedro (ahora del Dos de Mayo), es el único religioso de todo él. El nombre de *las Maravillas* le tomaron de la imagen de Nuestra Señora que se venera en su iglesia. Esta es bastante espaciosa y arreglada, y tiene en su altar mayor un magnifico retablo de mármoles, obra del siglo pasado, que es de lo mas bello y elegante que se halla en las iglesias de Madrid.—Esta calle de San Pedro continuaba en el siglo XVII hasta la tapia, y al fin de ella habia un portillo llamado tambien *de las Maravillas* que está señalado en el plano, y quedó luego cerrado dentro de la posesion de *Monteleon*.

Este famoso palacio de los marqueses del Valle, duques de *Monteleon* y de *Terranova*, con su huerta que comprende nada menos que la inmensa superficie de 617,248 piés hasta mas allá del portillo de Fuencarral, quedó muy maltratado en un horroroso incendio ocurrido en 1723, y debió ser, por los restos que aun hemos alcanzado, un edificio de la primera importancia. Distinguiase á lo que parece por su magnífica escalera pintada al fresco por Bartolomé Perez, famoso artista, yerno de Juan de Arellano, en 1695 (que por cierto murió en esta operacion cayendo desde un elevado andamio), por sus estendidos y magníficos salones, decorados con el mayor gusto cuando le habitaba la famosa duquesa de Terranova, camarera mayor de la reina Doña María Luisa de Orleans, esposa de Carlos II, y posteriormente la reina Doña Isabel Farnesio y sus hijos los infantes D. Luis y Doña María Antonia que se retiraron á él cuando murió su esposo el rey Felipe V. En nuestros dias adquirió este famoso palacio otra celebridad mas imperecedera, cuando sirviendo de *Parque de Artilleria* el glorioso dia *Dos de Mayo* de 1808, fué el punto principal del alzamiento del pueblo de Madrid contra los franceses, y el sitio donde se inmortalizaron los héroes *D. Luis Daoiz* y *D. Pedro Velarde*, capitanes del cuerpo de Artilleria, defendiendo la puerta de la calle que hoy lleva sus invictos nombres, y antes se llamaba *de San Miguel* y *San José*, y da frente á la *de San Pedro Nueva*, hoy *del Dos de Mayo*, por donde atacaron las columnas enemigas. En los restos de este inmenso edificio existe una de las fábricas de maquinaria y fundicion mas importantes de España, y el inmenso espacio erial de su antigua huerta, que sale largo trecho mas allá de la puerta de Fuencarral, está llamado á sustentar una barriada entera de calles y edificios de importancia cuando avance la cerca hasta su esquina.

La hermosa y espléndida calle *Ancha de San Bernardo*, llamada antiguamente de *los Convalecientes* por el hospital que estubo situado

(1) En el Registro de aposento y Planimetría de 1751 se lee que esta casa pertenecia á herederos de Doña María y Villegas, y que fué anteriormente de Doña Margarita Quevedo, Gabriel Ruiz y Miguel de Santa Ana; de este último en 1616; tiene de sitio 5167 piés.

en ella y fundó en 1370 el venerable hermano Bernardino de Obregon, es una de las primeras y mas importantes vias del Madrid moderno por su estension de 3,228 piés, por su anchura, y por la importancia de sus edificios públicos y particulares, algunos de los cuales han desaparecido en nuestros dias, y otros levantándose en ellos.

Contiguo al sitio en que estuvo el ya dicho hospital de convalecientes del venerable Obregon, fundó en 1626 el Monasterio del orden de San Bernardo, Alonso de Peralta, contador de Felipe II, que yacia en su iglesia en el presbiterio bajo un suntuoso mausoleo. Ella y el convento han desaparecido del todo hace pocos años para dar lugar á la construccion de las dos casas particulares números 21 y 23.—Mas hácia el principio de dicha calle existe todavia la iglesia y convento que fué de *padres dominicos del Rosario*, que como queda dicho ya, estuvieron primero en Portaceli y se trasladaron en 1646 á esta casa, que habia fundado el marqués de Monasterio D. Octavio Centurion. En la iglesia se venera la célebre y devota efigie del *Santo Cristo del Perdón*, obra del escultor Pereira y una de las mas veneradas de Madrid. El convento estuvo dedicado á cuartel de guardias alabarderos, y hoy á Colegio de educacion.—Otro edificio religioso de mayor importancia hubo, y era el que se alzaba mas adelante en la misma calle conocido por la casa *Noviciado de padres Jesuitas*, y á la estincion de estos ocupado por los Padres del Salvador. Era una suntuosa fábrica, especialmente la iglesia, clara, espaciosa y elegantemente adornada, en la cual habia un magnifico altar de mármoles y bronce dedicado á San Francisco de Regis, que fué construido en Roma, y creemos que no exista ya; y en su bóveda el suntuoso sepulcro de la célebre duquesa de Alba Doña María Teresa, trasladado hoy al cementerio de San Isidro. Coronaban la fachada de esta hermosa iglesia dos torres laterales que contribuian á embellecer la espaciosa calle de San Bernardo.—Pero destinado este edificio á la *Universidad central* en que se refundió la de Alcalá, los arquitectos encargados de su reparacion ó apropiacion á aquel objeto, juzgaron mas conveniente echarle abajo y sustituirle por otro de nueva planta, que por cierto nada tiene de particular. Entre las muchas demoliciones verificadas de edificios religiosos en la última época, ninguna á nuestro entender ha sido tan sensible y menos motivada como la de la iglesia del Noviciado.

Todavia al estremo de la calle existen dos templos y casas religiosas; el primero, al número 81, es el convento é iglesia de monjes Benitos apellidados de *Monserrat*, que fugitivos del levantamiento de Cataluña en tiempo de Felipe IV, vinieron á Madrid y tuvieron primero su morada en la quinta del Condestable (la huerta de Frias en el arroyo de Abroñigal) y luego fuéron trasladados al punto que hoy ocupa. La iglesia está sin concluir, y su fachada tiene una torre del caprichoso gusto apadrinado á principio del pasado siglo por el arquitecto D. Pedro Rivera. En esta iglesia está sepultado el célebre coronista de Indias D. Luis de Salazar y Castro, cuya rica biblioteca y manuscritos que allí se conservaban, pasaron á la de las Cortes. El convento después de la esclaustracion, sirvió de casa de correccion de mujeres llamada *la Galera*, y después de la traslacion de estas á San Fernando, sirve hoy de cárcel de mujeres.—Frente á este monasterio está situado el mas moderno en fundacion de los existentes en Madrid, y es el verificado por la señora Doña Manuela de Centurion, marquesa de Villena, en 1798; es de religiosas de San Francisco de Sales, conocido por las *Salesas nuevas*, para distinguirlas del otro del Barquillo fundado por la reina Doña Bárbara. Su iglesia, aunque pequeña, es de muy buen gusto, y está adornada con bellos retablos de mármol. Suprimido este en 1836, pasaron las monjas al otro convento á reunirse con aquella comunidad, estableciéndose en este provisionalmente la universidad central; pero después que esta ocupó el del Noviciado, han vuelto al suyo las monjas.—Ultimamente, la casa núm. 80 de dicha calle que da á la de Daoiz y Velarde, y que segun nuestras noticias fué del conde de Colomera y antes del duque de Abrantes, fué trasformada en convento de monjas Franciscas de Santa Clara en la última década del reinado de Fernando VII, pero ahora sirve de *Escuela normal*.

Varias son las casas particulares de la grandeza en esta estendida calle. Figura en primera linea la señalada con el núm. 18, que fué de los marqueses de Leganés y después de los *condes de Altamira*. A fines del siglo pasado, el poseedor de este ilustre título proyectó reformar aquella hermosa fábrica bajo los planes del célebre D. Ventura Rodriguez en unos términos verdaderamente tan magníficos que no hubiera tenido sin duda alguna rival en Madrid; pero desgraciadamente no llegó á verificarse mas que una parte de aquel proyecto, que es la que da á la calle de la *Flor alta*.—Contiguo á ella y señalada con el núm. 28, está, aunque reformada últimamente, la del mayorazgo que fundaron D. Gabriel Peralta y Doña Victoria Grimaldo, y comprende diversos sitios que fuéron propios de los Villarroeles y Peraltas, de quien desciende su poseedor hoy el señor marqués de *Palacios*, duque de la *Conquista*. Esta casa tiene el recuerdo de haber sido la que habitaba y sirvió de prision al célebre ministro de

Felipe III D. Rodrigo Calderon, *marqués de Siete Iglesias*, y de donde salió para ser degollado en el cadalso el dia 21 de octubre de 1621.—El suntuoso edificio moderno núm. 67 en que hoy está el *Ministerio de Gracia y Justicia*, fué construido en el siglo pasado por la marquesa de la Sonora donde estaba la casa del marqués de la Regalia; ocupa un espacio de 22,000 piés entre las calles de los Reyes y la Manzana, y es una de las construcciones particulares mas suntuosas y regulares de Madrid. No llegó sin embargo á ser concluido, habiendo permanecido inhabitado casi un siglo, hasta que adquirido hace pocos años por el señor Bertodano y después por el gobierno para colocar en él el ya referido Ministerio, lo ha ocupado en el año anterior, y sirve dignamente á su objeto.—De otras varias casas de importancia de esta gran calle pudiéramos hacer mencion; pero por no dilatar mas este artículo nos limitaremos á llamar la atencion sobre la abandonada é inmensa del núm. 72 del marqués de Mejorada, y hoy de *Guadalcazar*, y comprende la enorme estension de 52,837 piés. En nuestros dias sólo la hemos visto habitada un corto espacio de tiempo por la señora duquesa viuda de San Fernando, y no estando ruinoso no hemos llegado á comprender todavia el motivo de tal abandono.

Termina, en fin, esta calle con la antigua y mezquina *puerta* que sustituyó y heredó el nombre de *Santo Domingo*, á la que estaba en aquella plazuela y limitaba el antiguo arrabal de Madrid; pero generalmente es conocida por el de *puerta de Fuencarral*, habiendo sido una de las seis principales ó de registro. Su colocacion y su fábrica material son las mismas impropias y ridiculas que contaba ya en el siglo XVII, y á pesar de lo reclamado por la opinion y la necesidad, todavia no ha venido á tierra para dejar avanzar por aquel lado la cerca de Madrid hasta la esquina de la posesion ya dicha de Monteleon, como no puede menos de hacerse muy en breve, dejando á la parte interior el nuevo *hospital* en construccion, titulado de la *Princesa*, y siguiendo luego dicha cerca por el paseo alto hasta emparejar con la de la Montaña de Pio, fuera del portillo de San Bernardino.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL MUNDO NUEVO.

### HACER NEGOCIOS.

(Continuacion.)

¡Almuerzo, carruaje, París, Londres, Bohemia, independencia, condesas, menosprecio de la *Guia de forasteros*! Todas estas palabras, en boca de un muchacho á quien cuatro ó cinco años antes habia conocido hambro, pretendiente, petardista!

—Como quiera que sea, pensaba yo arrellanado en la butaca, me gusta este cambio. Se conoce que vamos prosperando. Hay carreras mas brillantes y lucrativas que la de los empleos. Tenemos ya en España gente que vive y medra haciendo negocios, es decir, dedicándose al comercio, á la industria, á empresas útiles. Hacer negocios de esta manera es labrar á la par de su fortuna, la del país. ¿Cabe mayor satisfacion que la de prosperar con la prosperidad comun? Bien vamos. Y ¡digo! cuando este mozo que no tenia nada de lo de Salomon, ni se ha quemado las cejas estudiando, se ha hecho rico en poco tiempo, dedicándose á los negocios, ¿qué resultados no obtendrá un hombre de talento, una de esas cabezas organizadoras, un emprendedor? ¡Oh! España, España es un país virgen que nos está brindando con veneros riquísimos, no explotados todavia! Iré, iré sin falta á casa de Santos, y explicándome el origen de su engrandecimiento, me dará á conocer el de la patria.

Audi en efecto al dia siguiente. La casa correspondia á la idea que me habia hecho formar de su opulencia en el teatro. Me recibió el hombre de negocios con una bata deslumbradora, zapatillas bordadas de hilo de oro, gorro griego azul con magnífica guirnalda de rosas, todo flamante.

—Vamos, decia yo para mi sayo, mal gusto, resabios de *in illo tempore*; pero no exijamos á los hombres mas de lo que puedan dar de si.

El almuerzo en cambio fué excelente. Buen Grave, rico Jerez, café aromático, y sólidos muy dignos de alternar con tan preciosos líquidos. Al saborear unos y otros, no podia desear de la imaginacion la idea de las hambres que habia satisfecho mi opulento Anfitrión, cuando la casualidad le conducia á la fonda en que íbamos á comer.

Debía parecerme yo al palurdo que asiste á un espectáculo de magia ó de prestidigitacion, que no puede gozar ni reírse á sus anchas, porque sospecha que hay algo de negras artes, diabólico, prohibido, detrás de tantos prodigios. Mi amigo lo conoció, y alargándose un platillo de vegueros, se levantó de la mesa. Seguile, y entramos en su

despacho; y sentándonos mano á mano en un sofá de tafete oscuro, me dijo:

—Te veo como en bábía y sin acabar de comprender mi transformación, y voy á referirte con franqueza cómo se ha ido verificando.

—Mucho te lo estimaré; porque á la verdad, después de satisfacer una curiosidad que no te oculto, me darás armas para combatir á los extranjeros, que propalan que los españoles no sabemos vivir sin presupuesto del Estado.

—¡A costa del Estado! ¡Cá! Yo me creeria rebajado aceptando una posición humillante que deja tu suerte en manos de un cualquiera á quien hacen ministro, y te trae y te lleva como un zarandillo, te trasiega como el vino, y te planta al poste de patitas en la calle.

—Hombre, no participo yo de tu opinión; pero me gusta oírte hablar así. Creo que el ser empleado próbo, entendido y laborioso, lejos de rebajar á nadie, hace honor al mas honrado: que así se prestan á la sociedad civil grandes servicios, y se contribuye á que el labrador se dedique tranquilamente á esprimir los jugos de la tierra, y el negociante, como tú, á la industria y al comercio, ahorrándonos el tiempo que con la buena administración del Estado tendríais que emplear en la vigilancia y defensa de vuestros propios intereses. Pero cuando es la propensión general de aspirar á los oficios públicos, á las carreras que directamente no son productivas, sirveme de consuelo el considerar que hay jóvenes en España que se lanzan por esas fecundas vías de los negocios. Hasta me place esa misma exageración, esa injusticia con que te esplicas, ese desden con que tratas á los que reciben su sustento del erario público, porque me parece síntoma de la saludable y necesaria reacción que se está operando en nuestro cuerpo social.

—Pues sí, querido: nada de empleos, nada con el gobierno. Los negocios me dan para vivir modestamente como ves, contestó Hincaldiente exhalando una bocanada de humo con afectada indiferencia, y vivo independiente sin temor de que entren ó salgan, de que suban ó bajen los ministros.

—Perfectamente. Algo habia que decir respecto de lo modesto de tu vida; pero vamos á lo que importa. ¿En qué clase de negocios te ejercitas? ¿Estás al frente de alguna casa de comercio? ¿Diriges algun establecimiento industrial? ¿Has hecho sutiles descubrimientos en las artes ó perfeccionado algun invento?

—¡Cá hombre! ¿de dónde sales? ¿Pienzas que soy un mercachifle, un operario mecánico, un industrial? Soy un hombre de negocios.

—Vamos! exclamé dándome una palmada en la frente: lo que en mi tiempo se llamaba agente de negocios. Se cambian ahora los nombres con una facilidad, que nadie sabe lo que es, ni cómo se llama.

—Amigo, tú siempre lo mismo; tan estúpido como de costumbre.

Bueno es advertir que años antes Santos se deshacia en elogios de mi talento cuando me pedía cigarros ó se convidaba á comer en mi casa. Por lo tanto podia ser exacto, mas no consecuente en decir que yo era siempre lo mismo.

—Acaba de una vez, repliqué amolinado, y sepamos qué negocios son los tuyos.

—Lo que sale: la bolsa, las minas, las sociedades, préstamos, papel: en fin, negocios. ¿Qué es lo que se llama hacer negocios? Comprar y vender aunque sea la camisa con tal de ganar un maravedí.

—¿Conque es decir que anda el ágio? ¿que juegas?

—Se pica un poco de todo.

—Pero hombre, ¿te persiste á jugar á la bolsa sin capital?

—Precisamente los que juegan sin capital, en descubierto como decimos nosotros, pueden ganar sin esponderse á perder.

—¡Ya! Comprendo el negocio. ¿Y así son todos los tuyos?

—Yo hice la tontería de comenzar á jugar de buena fé con dinero.

—Me alegro mucho: que al fin y al cabo si vosotros llamais á eso jugar en descubierto, yo lo llamaria robar bajo techado. Pero ¿el dinero? ¿ese dinero? ¿el dinero primitivo? Porque, no te ofendas; pero en la época de nuestro conocimiento no tenias un cuarto.

Santos Hincaldiente me refirió en seguida con sencillez y naturalidad sus primeras aventuras en la moderna caballería andante, que si no endereza ningun tuerto, suele dejar bizcos á mas de cuatro.

El novel caballero con su escudo limpio, es decir, con su bolsillo sin ellos, *sin miedo ni mancilla* como Bayardo, se metió de rondón por el intrincado laberinto de una oficina. Para que se vea lo que es el ingenio aguzado por el hambre: allí en aquellas temerosos bosques de mesas, pupitres y taquillas; en aquellas enrejadas de papeles y rimeros de expedientes, donde nadie habia visto mas que trabajo, fastidio, jaquecas y quebrantamiento de la espina dorsal, cuadro nebuloso, iluminado tan solo por el perezoso rayo de la nómina mensual, nuestro doncel halló aventuras, vió negocios. Consiguió en primer lugar con su viveza ratonil, con su facundia de café, con sus gracias de garito, ser reputado como hombre útil, indispensable, y aprovechándose de la indolencia de sus superiores ó del cúmulo de asuntos que sobre ellos pesaba, no le fué difícil jugar al tira y afloja con los

expedientes, presentarlos vestidos ó desnudos, por el lado feo ó bonito. Todos los negocios suelen tener dos caras como Jano, ó dos expresiones diversas, como las máscaras del teatro griego. Manejaba con predilección esos que traen cola como los cometas, ó que corren turbios como torrentes de verano, y estimulado por cierto comenon de hacerse notable, estaba entre ellos como el pez en el agua; ó mas bien, como la serpiente en el charco de las ranas. Esquilmba buérfanaas, hacíase pagar de viudas, desamparaba á menesterosos; cegaba á los tuertos y desfacia lo mejor ordenado. Algun melandrin, algun encantador envidioso de la gloria y prez de semejantes fazañas, hubo de ir á los jefes con el soplo de ellas, y no fué menester mas para que el ingenioso caballero saliese del teatro de sus primeras aventuras por la puerta de los pavos. Por manera que Santos Hincaldiente tuvo que renunciar tan generosa y espontáneamente como Don Simplicio á la mano de su Leonor cuando le obhigaron á ello. Desde entonces dió en llamarse independiente y en maldecir del gobierno y los empleados.

Estas fuéron sus primeras armas; y aunque no sacó de la victoria todo el fruto que se habia propuesto, con todo, la fama que con ella adquirió, le abrió el camino de nuevos triunfos. Un hombre listo, con algun dinero, y ningun escrúpulo de conciencia, es una alhaja para cierta clase de empresas. Buscáronle muy presto ciertos aventureros para fundar una sociedad anónima intitulada *La Moralidad*. Tenian por objeto: primero, morigerar el país; y segundo, hacer negocios. Buscaron ante todo media docena de personas respetables y conocidas por su honradez y su completa abstracción de manejos mercantiles; les sorprendieron y les alucinaron haciéndoles creer que era un caso hasta de conciencia, prestar el apoyo de su nombre á la empresa de *morigerar el país*. Dándoles sendos pomposos títulos que aparentaban mucho y nada significaban, los colocaron con industria, de trecho en trecho, en la Junta Directiva de la Sociedad. Los huecos que mediaban entre los santos varones, se rellenaron con los susodichos *autores del pensamiento*. Entre un Senador dignísimo y un grande de España, campeaba el nombre del incógnito D. Santos Hincaldiente, capitalista y secretario.

Dispuesta ya la bomba tan admirablemente, solo faltaba darle al manubrio y empezar á chupar, ó lo que es lo mismo, á morigerar el país: emitiéronse acciones nominales, al portador, de todos géneros, á gusto del consumidor. Recogióse el primer dividendo, y á los quince dias se esparció la voz de que la empresa era mas lucrativa de lo que sus directores se habian figurado. Hasta los venerables postes colocados para marcar el cuadro, y contener la ávida tierra que recibia el riego y el abono, propalaban de buena fé que *La Moralidad* hacia palpable una verdad consoladora para el género humano, á saber: que el moralizar era la mejor de las especulaciones, y el humanitarismo el empleo mas útil y el negocio mas pingüe. Repartióse entre los filántropos accionistas un cinco por ciento de ganancias, las cuales mal podian haberse obtenido cuando ni un solo real se habia colocado, ni hacia un mes que el dinero estaba en las cajas de la sociedad, ó sea, en el bolsillo de los autores del pensamiento. Pero en nuestra época reina un furor por ganancias exageradas: se piden resultados, y no se repara en que sean absurdos. Ninguno tanto como el cinco por ciento al mes: el mas lerdo accionista debia conocer que aquello se desmembraba del capital, y lo que donde quiera hubiera hundido el crédito de una compañía, en España levantó sobre las nubes á *La Moralidad*.

Las gentes acudian en busca de acciones como al despacho de billetes el dia de una gran funcion teatral.—«¡Acciones! No las hay. Tenemos pedidos de cinco mil y tantas, y se han repartido todas las emitidas.» Así contestaban los autores del pensamiento, los cuales habiéndose reservado un gran número de ellas *gratis*, por gran favor soltaban algunas con su correspondiente prima á los mas allegados, que se las arrebataban de las manos. Siempre se ha dicho que con los amigos se come, y *La Moralidad* se encargaba tambien de probarlo. Pero estas ganancias no satisfacian á Santos y comparsa. Salieron al mercado las acciones, y los directores eran los primeros á comprarlas con un beneficio de cincuenta por ciento, lo cual acabó de alucinar á los incautos. Cuando ellos compran tan caro, decian, señal de que estan seguros de obtener ganancias mayores: esto no tiene réplica. Y en efecto no la tenia; los manipulantes estaban seguros de obtener mayores ganancias, pero de distinto modo de como los cándidos accionistas se figuraban. Con una mano compraban cien acciones con grande ostentación, y con otra vendian mil, subrepticamente. El embrollo no podia durar mucho tiempo: los hombres de bien se retiraron de la junta; cayó la sociedad; se procedió á liquidación; perdieron los accionistas la mitad del capital; pero los directores y nuestro secretario Hincaldiente consiguieron su objeto: *morigeraron el país* é hicieron su negocio. Ni mas ni menos que lo que se habian propuesto.

Lanzóse luego á la bolsa, á las empresas de minas, primo hermanas de las sociedades anónimas, á los caminos de hierro, á... ¿Qué habrá

libre en este siglo de empresas y negocios, de los impuros hábitos del ágio, del ponzoñoso afán de hacerse rico á toda costa, y en poco tiempo?

—Nó te diré, prósiguió Santos, á quien es tiempo de que dejémos hablar, no te diré que todos los negocios me hayan salido bien... En la bolsa he llevado terribles porrazos, porque no se puede jugar de buena fé, añadia con todo aplomo, por via de paréntesis; pero se vive, sin gravar al tesoro.

—Y morigerando el país.

—¡Oh! exclamó de improviso, desentendiéndose de mi amarga ironía: el negocio grande, magnífico, el negocio por excelencia, es el que me resta, el que ahora precisamente traigo entre manos. Voy á casarme.

—Vamos, lo comprendo. *Honores mutant mores*. Eres rico, y ahora

deseas adquirir la reputacion de honrado, de virtuoso. Exaltado furibundo hasta conseguir tan buena fortuna, moderado luego para conservarla. Desde los tiempos del diablo Predicador acá, hallarás algunos ejemplos de esta conducta si te propones imitarlos.

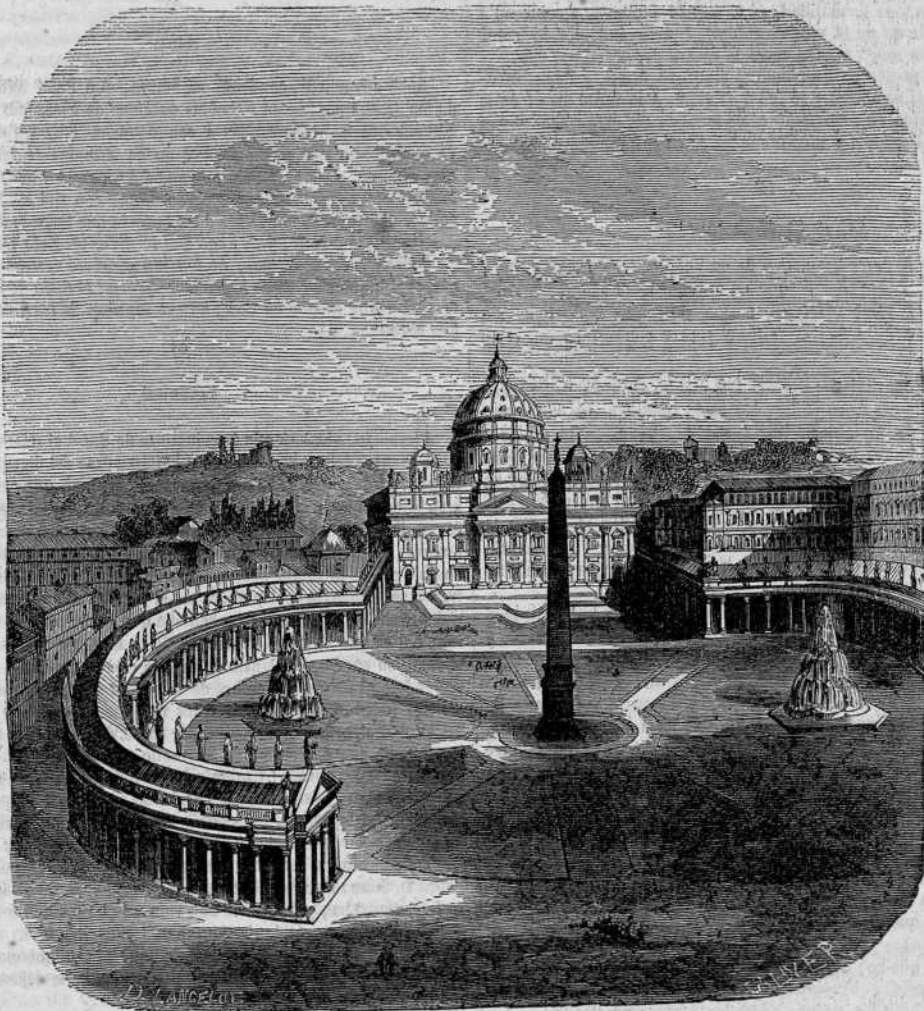
—Para un hombre como yo, repuso mi amigo, el matrimonio es un negocio mas. El mio será soberbio. Figúrate un titulo: nada menos que un titulo de Castilla: una corona en la portezuela del carruaje, en las tarjetas!...

—¡Ah! ¿la condesita? ¿Aquella fea de anoche?...

—No es una Venus; ¿pero qué le hace? No por eso dejará de ser condesa, y sobre condesa, millonaria.

—¿De veras?

—Aun no; pero está á punto de heredar á una tia decrépita, octogenaria, que vive allá en Andalucía. ¡Oh! Me aguarda un porvenir



Plaza del Vaticano.

brillante. Conde, y gran capitalista. Tambien te aseguro una cosa: que si fracasa este último golpe me pego un tiro.

—¿Tan perdidamente te has enamorado?

—¡Cá! sino que muchas veces la situacion... las apariencias... el decoro... Porque al cabo, es preciso... voy á casarme con un titulo de Castilla... en fin...

En fin, de todas estas frases entrecortadas, deduje la consecuencia de que tambien en manos de los hombres de negocios no es oro todo lo que reluce. Era milagro que tuviese solidez edificio tan de prisa levantado; que no se convirtiese en ceniza riqueza tan mal adquirida.

Me retiré; y no me quedaron deseos de volver á su casa. Muchas veces sin embargo le recordaba con interés y compasion. Aquel muchacho, bien dirigido, habria podido emplear su actividad y disposicion para los negocios mercantiles en útiles empresas. La mayor parte

de la culpa no era tampoco suya, sino del siglo en que vivimos, de los hombres que admiten como corriente la falsa moneda. El trabajo, la economia, los ahorros, no son hoy las fuentes de la riqueza, ó no brotan al menos todo el raudal que necesitan los hidrópicos labios de una sociedad que solo anhela por goces materiales. Raudal mas abundoso, aunque impuro, suministran el tráfico, el ágio, el juego, el robo mas, ó menos disfrazado. A él acuden los sedientos, seguros de que el mundo no ha de pedirles la ejecutoria de su opulencia mientras sean ricos.

Al cabo de algun tiempo halléme en casa un par de tarjetas de parte de boda. Santos estaba casado. Habia hecho su último negocio.

(Continuará.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.

## MI AMIGO PEPE.

## VIII.

## AMORES.

El carácter atolondrado de Florencio, continuó Juan después de una corta pausa, iba variando tan visiblemente, que todos notamos aquella transformación. Por aquel tiempo conoció á Emilia, la hija del marqués de Fuen-Salada, y á los pocos días nos confesaba á sus amigos que estaba enamorado por la primera vez en su vida, y que si Emilia correspondía á su cariño se sentía dispuesto á darla su mano.

—Recuerdo perfectamente.

—Pepe, que por entonces traía al retortero media docena de niñas, las mas encantadoras de España, se rió de él al principio; pero viendo que hablaba con toda formalidad, se formalizó tambien, y comenzó á ponderar las delicias de la vida de soltero, concluyendo por decir que ni Emilia ni otra mujer alguna merecía que se perdiesen por ella.

—Yo estaba presente. Florencio se mantuvo firme, y Pepe, incomodado, tomó el sombrero y se fué á la calle. A la tarde los ví en la orilla del Guadalquivir, corriendo como locos en sus magníficos potros árabes; pero silenciosos y meditabundos como si hubiesen tenido alguna grave reyerta.

## IX.

## EMILIA DE FUEN-SALADA.

—Aquí entra la parte dramática de mi cuento, dijo Juan, y voy á contarla á estilo de novela, porque así lo requiere el asunto.

Temblé al oír estas palabras, porque mi condiscípulo tenía sus puntas de literato. Sin embargo callé, y esperé con resignación el fin de la historia.

—Emilia de Fuen-Salada, con sus diez y ocho años, su belleza meridional y los millones de su padre, era en el tiempo á que me refiero el mejor partido de Andalucía. Una turba de adoradores la seguía á todas partes, y hubiera podido alimentar el fuego de la chimenea de su tocador con los perfumados billetes que á cada instante recibía. Se habia hecho de moda el enamorarse de ella, y así fué que ni uno solo de los jóvenes de buen tono que por entonces albergaba en su seno la ciudad del Guadalquivir, dejó de ofrecerle su corazón y su mano. Su vida era una continua ovación; todos la adulaban, todos suspiraban al pasar á su lado.

Si hubiera habido *revisteros* en Sevilla, sin duda la hubieran preferido á la interesantísima duquesa de Z, y á la no menos amable y bella señorita X.

Diez y ocho años, talento, belleza y corazón! Seria preciso tenerlo de hielo para no enamorarse de ella y de sus dos millones de renta. Como los andaluces suelen ser aficionados á todas estas cosas, pasaban de ciento los que bebían los vientos por la niña. Había entre ellos títulos, ricos propietarios, opulentísimos comerciantes, generales, diputados, hasta poetas... porque ¿dónde no hay poetas? Había los delgados y gruesos, altos y bajos, blancos y morenos... Todas las clases de la sociedad, todos los tipos de la raza humana, estaban representados por los amantes de Emilia.

Y sin embargo, Emilia no prefería á ninguno.

¿Era coqueta?

Unos decían que sí; otros que no.

¿Era inocente?

Unos decían que no; otros que sí.

Bailaba con este, conversaba con aquel, dirigía una sonrisa al de mas allá... [Así obran las sirenas a veces á amorosos lances, y las tiernas palomas que no saben lo que es amor.

Es singular, es raro. ¿Qué ha de ser! Cuando el arte llega á su perfección, ¿qué ha hecho mas que copiar fielmente la naturaleza?

Pero fuese de esto lo que quisiera, lo cierto es que la marquesita no daba muestras de preferir á ninguno de sus amantes; y si por acaso los mil ojos que constantemente estaban fijos en ella, advertían alguna deferencia hácia cualquiera de los innumerables, bien pronto quedaban convertidas en humo sus observaciones, porque la niña á los cinco minutos trataba del mismo modo á otro.

Emilia era libre. Ser libre según la moderna teoría es ser feliz. ¿Quien igualaba pues en felicidad á la encantadora niña?

Mas si sobre la cumbre del Chimborazo cayera constantemente una gota de agua, al fin llegaría á agujerarse, y una gota legaría atravesando sus entrañas de roca hasta el nivel de la falda.

La marquesita habia tenido cien adoradores sin que su corazón se interesase por ninguno. Sin embargo, como el amor diz que es enfermedad contagiosa, á fuerza de verse rodeada de personas que adole-

cian de aquel mal, sintió al principio un vago deseo, luego una necesidad imperiosa de querer. Llegó el amante número ciento uno, y la que todos creyeron hierro se volvió cera.

El amante número ciento uno fué Florencio. ¡Feliz mortal!

El niño ciego procedió como si hombre fuese y ojos de lince tuviera, porque los hirió á entrambos al mismo tiempo y con la misma saeta.

Dicen que el amor es ciego. ¿Pues hay cosa que vea mas que el amor? El encuentra perfecciones en la fealdad, gracia en las sandeces... Dicen que es niño... ¿Cómo, si envejece á los pocos días de nacido? Es preciso que, ya que los antiguos pasaron por ello, los modernos lo arreglemos de otra manera.

—Te advierto, querido Juan, que divagas de un modo horrible, y que va á sucederte lo que á aquel que para cantar la guerra de Troya comenzó por la creación del mundo.

—Dices bien. Vuelvo á anudar el hilo de mi historia.

## X.

## NADA.

Debo advertirte, continuó mi amigo, que Pepe habia dado en la manía de enamorarse de todas las queridas de Florencio, ó mas bien, que ellas se dedicaban todas á conquistarlo. Tres seguidas le habia ya quitado sin que su amistad y buena armonía se alterasen en lo mas mínimo, pues Florencio no amaba á ninguna y quería á Pepe con todo su corazón: así es que acogía siempre con risa los triunfos de su amigo, contestando impasible á las bromas que todos le daban.

—Empieza á vivir, y es justo que se divierta. Esto no es nada.

Florencio, en verdad, no era tan generoso como á primera vista parece. Su amor á Emilia le hacia despreciar el resto de las mujeres, y no sacrificaba mucho en ceder á Pepe algunas de las flores de su antigua corona.

## XI.

## DESUNION.

Florencio, obedeciendo á un instinto de que á sí mismo no se habia dado cuenta, rehusaba presentar á Pepe en casa del marqués de Fuen-Salada. Cada noche asistía á la brillante reunión que este celebraba; y su pobre amigo, que se habia acostumbrado á no separarse nunca de él, se iba poniendo triste y cabizbajo. Florencio, entregado á sus amores, nada notaba; y cuando volvía á su casa y hallaba á Pepe sumido en sus meditaciones, esperándolo para darle las buenas noches, nunca se le ocurrió cual pudiera ser la causa de su melancolía. El que quiere por la vez primera no concibe que nadie pueda vivir sin amores: así es que atribuyó la tristeza de su amigo á que estaba enamorado, y su cariño se resintió de que no correspondiese á su confianza diciéndole al menos el nombre de la señora de sus pensamientos.

Así pasaron dos meses, en los que los vinculos de su estrecha amistad comenzaron á relajarse por parte de Florencio, por mas que Pepe hacia cuanto estaba en su mano por anudarlos. Ya no se les veía casi nunca juntos: Emilia robaba todo su tiempo al uno, y en cuanto al otro, pasaba el día encerrado en su cuarto, presa al parecer de grandes pesares, pues según me ha dicho la señora Josefa, mas de una vez sorprendió dos gruesas lágrimas rodando por sus mejillas.

Todo el mundo comenzó á echar de menos la presencia de nuestro gentil D. Juan: ni en los teatros, ni en los paseos, ni en las reuniones, se le encontraba; y Florencio no sabia ya qué contestar á la multitud de personas que por él le preguntaban á cada instante.

—Tiene unos amores misteriosos de que ni á mí mismo me ha dado parte; se le ocurrió responder, en fin, para que le dejasen en paz, y tal vez porque así lo creía.

Muchas hermosas niñas perdieron las rosas de sus mejillas al oír estas palabras, y aun hay quien dice que oyó salir de mas de un tierno pecho algunos tristes y ahogados suspiros.

## XII.

Una tarde me encontré á Pepe solo, en las Delicias, melancólico como un poeta que se dispone á cantar la muerte del gilguerrillo de Filis, paseando por una calle de naranjos, y tan distraído con sus pensamientos, que no contestó á mi amistoso saludo.

—¿No quiere Vd. hablar conmigo, caballero? le dije parándome delante de él.

Pepe me miró con sorpresa, y después de un momento de vacilación, me alargó la mano sonriéndose con amargura.

—¿Qué tiene Vd., amigo mio? le pregunté.

—Nada, contestó.

—Está Vd. triste.

—Tal vez. Este melancólico espectáculo que presenta la naturaleza

al morir el día, llena mi alma de una tristeza misteriosa, que yo mismo no acierto á definir.

—¡Vamos! No sea Vd. reservado con sus amigos; confieme Vd. el secreto de sus amores.

Al oír estas palabras se puso mas pálido que la cera, y por un momento temí que se desmayara.

—¡Mis amores! exclamó por fin con voz trémula. ¿Por dónde sabe Vd. que yo amo?

—Hay ciertos síntomas esteriore que no dejan duda alguna acerca de la enfermedad que se padece.

Pepe, un tanto mas tranquilo con estas palabras, me preguntó:

—¿Y no tiene Vd. mas motivos para creer que estoy enamorado, que esos síntomas que dice Vd. ve?

—Con eso bastará; pero hay mas.

—Hable Vd. por Dios, me dijo con una angustia tal, que me senti conmovido; y en vez de responder á sus preguntas, le dije:

—Seréne Vd., amigo mio.

—No se detenga Vd. ¿Hay algunos motivos además de esos síntomas esteriore para creer que el amor se ha apoderado de mí?

—Hay que Florencio lo dice así á cuantos quieren oírlo.

—¿Florencio! exclamó dolorosamente sorprendido. ¿Conque por fin ha descubierto que amo?

Quedó tan absorto en sus meditaciones, que no me atreví á interrumpirlas, y seguimos paseando mas de una hora, uno al lado del otro, sin que ninguno de los dos rompíésemos el silencio.

—¿En qué estado estan sus relaciones con Emilia? dijo por fin aparentando indiferencia.

—¡Cómo! ¿No lo sabe Vd.?

—No. El no ha querido llevarme á su casa, ni confiarme nada de estos amores, por lo cual nunca me he atrevido á preguntarle.

—Segun me ha dicho ayer, la ama tanto, y la mira con tal respeto, que á pesar de que tiene casi certidumbre de que no es insensible á su cariño, no se ha atrevido aun á declararse.

—¡Timidez él!

—El verdadero amor ¿cuando no fué tímido?

—¡Es verdad! contestó con amargura, ¡es verdad!

—Lo dice Vd. con un tono... ¿Tiene Vd. tambien miedo de declararse?

—Tambien! dijo con acento extraño.

—¿Luego lo que dice Florencio es cierto?

—Si.

—Y nada le ha confiado Vd.?

—¡Confiar! exclamó estremeciéndose.

Viendo que no estaria mas dispuesto á hacer conmigo lo que rehusaba á su compañero de glorias y fortunas, no insistí mas, y seguimos nuestro paseo hablando de cosas indiferentes.

—¿Conoce Vd. á Emilia? le pregunté en un momento en que la conversacion habia espirado por falta de material.

—No.

—¿Y no tiene Vd. curiosidad de ver el rostro de la que tanto quiere nuestro Florencio?

—Creo haber dicho á Vd. que él nunca me ha invitado á que lo acompañe á su casa.

—¿Eso qué importa? Ella asiste á los paseos, á las reuniones y á los teatros: además suele ir de vez en cuando á la reunion del marqués de Fuen-Salada, y tendré mucho gusto en presentar á Vd.

En los ojos de Pepe brilló al oír mis palabras un rayo de alegría, el único que en toda la tarde habia atravesado la nube de tristeza que empañaba su rostro.

—Gracias, amigo mio, exclamó estrechándome la mano con efusion.

Tú sabes lo atolondrado que soy; pero tambien que tengo buen corazon. El tono con que el pobre jóven pronunciaba aquellas palabras me conmovió, y apretando su mano, que aun conservaba en la mia, le pregunté con solicitud:

—¿Qué tiene Vd., Pepe?

Retiró su mano ruborizado á lo que me pareció, porque creía que yo penetraba el arcano de su tristeza, y se separó de mí, prestando una ocupacion.

—Tal vez mañana iré á buscarlo á Vd., me dijo con aire melancólico al despedirse.

—Cuando Vd. quiera, le contesté.

### XIII.

—Advierto, dije á mi amigo Juan, que cuanto mas avanza la historia, mas lejos nos hallamos del punto adonde queriamos llegar.

—Ten paciencia. ¿No te interesan las cosas que de nuestros amigos te refiero, ó tal vez las sabes lo mismo que yo?

—Todo lo que me cuentas es enteramente nuevo para mí. Sigue tu narracion, que ya te escucho.

—Lo que voy á referirte lo he sabido hace pocas horas de boca del mismo Florencio.

—¿Conque está en Sevilla?

—¿No me has prometido oirme en silencio? Dentro de media hora estarás tan al corriente como yo de cuanto sucede.

Conociendo que pretender que Juan dejase su tono de novelista, era intentar un imposible, y deseando por otra parte saber qué era de nuestros amigos, encendí de nuevo mi veguero, arrellanéme en la butaca, y aguardé con paciencia el desenlace de la historia, decidido á no interrumpirle mas.

Mi condiscipulo me imitó, y algunos instantes después anudaba de este modo el hilo de su narracion:

—Pepe volvió á su casa desesperado, á las ocho de la noche, segun he sabido después, y preguntó á la señora Josefa al entrar:

—¿Ha venido Florencio?

—Hace un rato que salió después de vestirse. Pero ¿está Vd. malo, señorito? exclamó sorprendida viendo la palidez de su rostro.

—No. Gracias.

—¿Se le ofrece á Vd. algo?

—Nada, dijo entrándose en su cuarto.

Cuando la señora Josefa fué á llevarle luz, lo encontró tendido en la cama y anegado en un mar de lágrimas; y como su carácter bondadoso le ganaba el cariño de cuantos le servian, la pobre mujer llorando tambien se acercó á él con maternal solicitud.

Tan absorto estaba en sus pesares, que nada notó. Ni la presencia de la luz ni los pasos de la patrona fuéron parte á sacarlo de su abstraccion.

—¿Está Vd. malo, señor D. José? se atrevió á decir la buena vieja. Pepe levantó la cabeza, y limpiándose las lágrimas con pretesto de separar de su frente los negros rizos de su larga melena, que cayendo en desórden sobre su rostro lo cubrian casi enteramente, contestó:

—No, no tengo nada.

—¿Quiere Vd. que se llame al médico?

—Gracias. Lo que deseo es soledad y descanso. Mande Vd. que me avisen cuando vuelva Florencio.

Nuestra pobre patrona retiróse por no parecer indiscreta; pero al salir de la estancia oyó que Pepe decia con voz ahogada por los sollozos:

—¡Dios mio! Perder en un dia el fruto de tantos meses de paciencia y sufrimiento! ¡Dadme la muerte, ó arrancad esta imagen de mi corazon!

—Vamos, son cosas de amores, murmuró la señora Josefa yéndose mas tranquila. Alguna pícara que se ha divertido con él. ¡Pobre niño! ¡pobre niño!

### XIV.

Florencio volvió á la una; é informado por la patrona de la situacion de su amigo, y de que deseaba verle, entró en su cuarto, cuya puerta estaba entornada, contra la costumbre que de echar el cerrojo por dentro tenia.

Pepe se hallaba en el mismo estado en que la señora Josefa le dejó; solo que, seguro de que nadie le oia, no se cuidaba de reprimir sus sollozos.

—¿Qué tienes, amigo mio? dijo Florencio conmovido, acercándose á él de puntillas.

El pobre muchacho le alargó la mano sin contestar. El sentim ento le embargaba la voz.

—Vamos, serénate. Me han dicho que deseabas hablarme. ¿Qué tienes? continuó nuestro amigo sentándose á la cabecera de la cama.

Pepe permaneció sollozando en silencio.

(Continuará.)

LUIS DE EGUILAZ.

## UN AMIGO INTIMO.

### VI.

Sin mas que meterme en cama pasé la noche tal cual, y hubiera pasado el dia sin agravarme, quizás;

Pero fué un médico á verme, y como era natural, sin mas que venir el médico vino la fiebre detrás; que el médico cuya ciencia no alcanza nunca á curar

tiene el poder á lo menos  
de agravar la enfermedad.  
Quiso el indino consulta  
con otros tres celebrar  
cosa que pudo impedirle  
volver á comer mas pan.

Y la razon ¡oh lectores!  
es muy fácil de explicar  
que si un doctor solo mata  
cuatro doctores ¿qué harán?  
Por mi parte, lo declaro,  
malo me pongo no más  
de pensar algunas veces  
que un doctor me ha de curar.

Yo estaba malo en efecto,  
pero no estaba tan mal  
que no pudiera sin drogas  
mi salud recuperar.

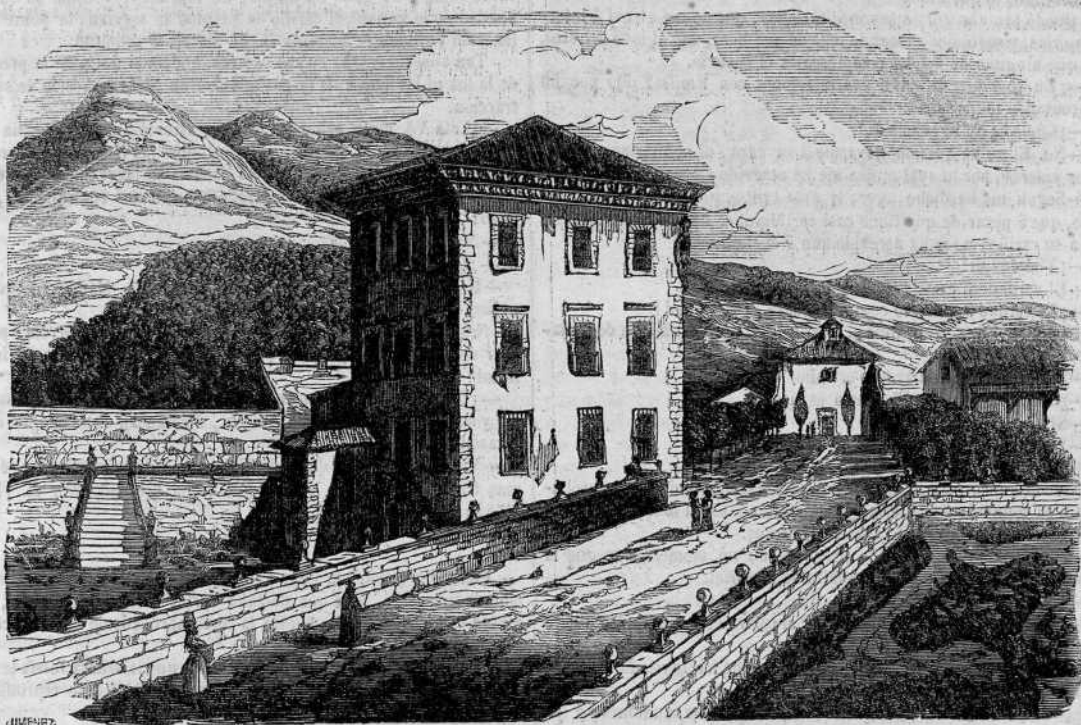
Pero mi suerte funesta,  
pero mi suerte fatal,

pero los cuatro doctores,  
disparatando á cual mas;  
viendo de distinto modo,  
sin ver nada cada cual,  
me trataron como suelen...  
es decir, sin caridad.

Uno decia: «El herido,  
no hay remedio, se nos va,  
sino le ponemos luego  
en la garganta un sedal.»  
Otro decia: «Este pulso  
bien claro indicando está,  
que lo que tiene es tan solo...  
calentura catarral.»

Y otro decia: «Está bueno,  
pero le debemos dar  
algo que de estas visitas  
pruebe la necesidad.»

Y como torpes pilotos  
perdidos en alta mar,



(Ermita de S. Francisco cerca de Vergara.)

sin brújula començaron  
su maniobra infernal:  
cocimientos por aquí,  
sanguijuelas por allá,  
sinapismos por delante,  
cataplasmas por detrás;  
con todo lo cual me puse  
tan delgado, á la verdad,  
que ni Don Manuel Delgado  
fué mas delgado jamás;

Y dicen que parecia  
mi escuálida humanidad,  
la sombra del esqueleto  
de un tísico, cuando mas.

Hallábame, no es estraño,  
sin ganas de trabajar,  
y atrasado en mis tareas  
y en un estado mortal,  
y sin plata y por lo tanto  
hice á mi editor llamar,

que entró arrogante en mi casa  
pidiéndome original.  
—¿Original? ¡qué capricho!  
—La falta que hace es inmensa.  
—Pues métase usted en prensa.  
—¿Cómo qué...? Lo dicho dicho.

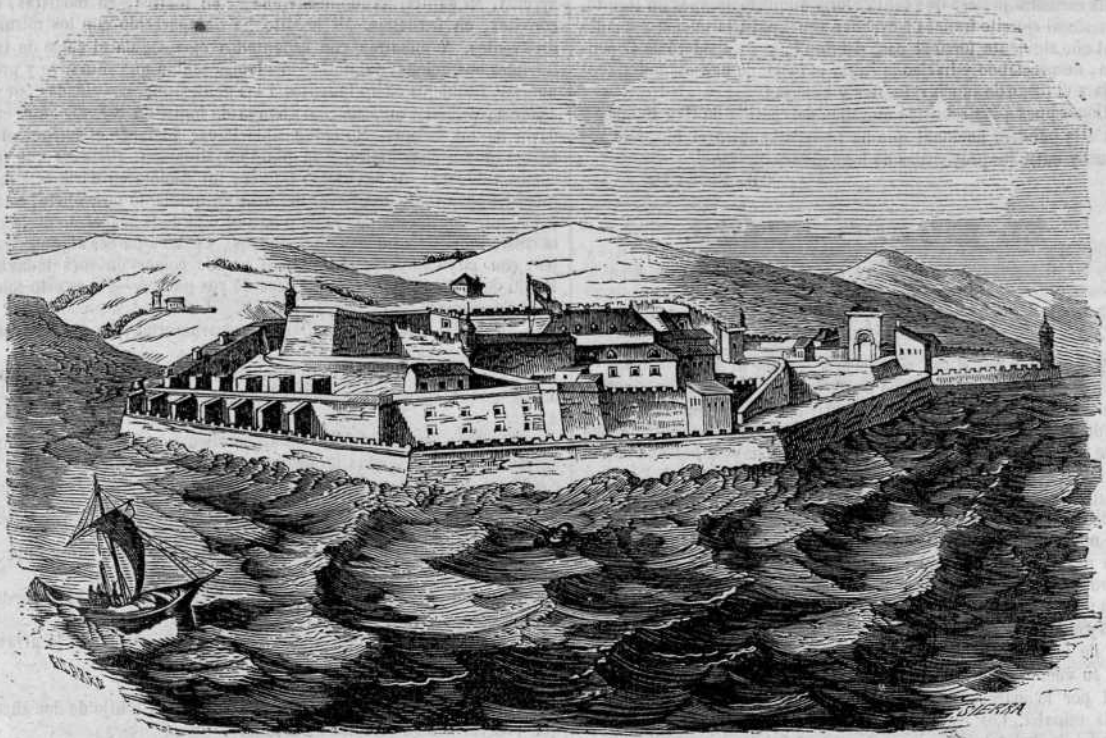
Cójame el diablo en su red  
y zámpeme en el proiundo  
si hay uua cosa en el mundo  
mas original que usied.—  
Díjeme muchas razones  
incapaces de ablandar  
el corazon berroqueño  
de aquel pecho montaraz.

Por lo cual en mi despacho  
entré con celeridad,  
y aun, cosa muy rara en mí,  
con ganas de trabajar.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.





FERROL.—CASTILLO DE SAN FELIPE.

Esta formidable fortaleza, cuya vista damos hoy en las columnas del SEMANARIO, se halla situada á la entrada de la ria del Ferrol, en el estrecho canal que la constituye.

A principios del siglo pasado, este castillo respetable no era mas que una bateria de poca importancia, como la que hoy se ve en la punta del Bispon; pero en 1749, cuando empezaron las grandes construcciones navales en el Ferrol, se trató de la defensa de la ria, y se construyó este castillo, se aumentó el artillado del de San Martin, se hizo el de la Palma, frente á San Felipe, y sucesivamente se fuéron construyendo el fuerte de San Carlos, y las baterías del cabo Prioriño, de Canelas, de Viñas, de Cariño, de San Cristóbal, del Segañó y de San Julian.

Sin embargo de estas fortificaciones, la ria del Ferrol está defendida de tal modo por la naturaleza, que el arte tenia poco que trabajar para hacerla impenetrable; pues la costa presenta muy pocos puntos abordables, y para eso en tiempos bonancibles.

La entrada de la ria del Ferrol es de lo mas pintoresco que puede encontrarse en toda la costa de Cantabria. Aquellas dos cadenas de montañas que se abren á los ojos del navegante para formar un profundo cauce, se hallan entapizadas de ese risueño verdor anejo á los territorios húmedos y frios, salpicado de risueñas arboledas como la Sierra de los Caballos, entrando á la derecha, y salpicado de lindísimos caseríos como las otras montañas fronterizas de la izquierda.

Al entrar en el estrecho se encuentra en la costa del N. el fuerte de San Carlos, y como al medio de la garganta, donde el canal es mas angosto, se ven los castillos de San Martin y de la Palma, en la costa del Sur, y el de San Felipe en la del Norte. Estos tres últimos castillos forman un triángulo isósceles; el de San Martin y el de la Palma dista del de San Felipe unas 600 varas, y entre si poco mas de 900.

Pero entre todas estas fortalezas que sorprenderán al viajero al pié de las rápidas y elevadísimas pendientes de aquellas montañas, la mayor parte de ellas se encuentran derrotadas desde pocos años. Tan solo los castillos de la Palma y San Felipe, fronterizos ambos, son los únicos que se mantienen en buen estado.

Este último castillo es y ha sido siempre el mas formidable de todos; y basta por sí solo á defender la entrada del puerto, por muchas fuerzas navales que se reunieren para forzarla.

Los fuegos del castillo de San Felipe tienen la ventaja de enfilar toda la ria por hallarse construido sobre un pequeño promontorio que forma la costa; y parte de él está cimentado en la misma ria. Sus tres

dilatadas baterías pueden montar ciento cincuenta cañones; la baja, que está á flor de agua; la otra mas elevada, y la que formaba el antiguo castillo; y todo él se halla construido de piedra de sillería perfectamente trabajada. Su vista por la parte del canal presenta distintamente estas tres baterías formidables: la alta barbetada y las otras dos merlonadas, teniendo todas unas esplanadas de sillería sumamente despejadas y ventajosísimas. En la bateria baja hay un excelente hornillo para bala roja, y todos los ramales están cubiertos con fuertes espaldones que impiden la enfilación y facilitan la defensa.

El castillo de San Felipe, por la parte de tierra, es susceptible de mas de 40 cañones. Se compone de un hornabeque con su foso, camino cubierto, y en él dos caponeras á prueba de bomba. Su escarpa, de 42 piés de elevación, la contraescarpa, el parapeto del camino cubierto, el de la plaza de armas, las baterías, las esplanadas, el pavimento de las murallas y el de la misma plaza del castillo, todo es de piedra sillería, perfectamente trabada y trabajada. Su muralla, tanto de frente como de los prolongados flancos del hornabeque, se compone de bóvedas á prueba de bomba, que sirven de cuarteles, y en ellas hay aspilleras oportunamente situadas y algunas casamatas. Bajo sus bóvedas altas, perfectamente ventiladas y todas á prueba de bomba, se puede alojar cómodamente una guarnición de mil hombres.

En el foso del hornabeque existe una fuente, y además un gran aljibe á prueba de bomba en la plaza; para llegar á la cual hay que pasar dos puentes levadizos. En esta misma plaza hay un edificio de sillería de dos cuerpos para pabellones de oficiales y para el gobernador, ayudantes y demás individuos de la plana mayor.

Esta fortaleza de piedra de sillería, que ocupa un punto tan avanzado en la misma entrada de la ria del Ferrol, puede llamarse su llave; y lo es tanto, que si por un incidente muy imposible pudieran los enemigos apoderarse del departamento por tierra, San Felipe les impediría que introdujeran sus esenadras dentro de ella.

Para hacer aun mas impenetrable este paso, se tendia antes una cadena desde el castillo fronterizo de San Martin hasta un poco mas abajo de San Felipe; y aun cuando hubiera algun navío que la forzara, lo esperaban los 122 cañones de la bateria del Parque de los Arsenales, una vez entrado en la ria, cuya artillería la barre toda.

Ante este castillo de San Felipe ha rendido su pabellón el orgullo inglés en su impotencia para conquistarlo, cuando por dos ó tres veces quisieron apoderarse de él para destruir los arsenales del Ferrol, y los armamentos que se hacían en ellos.

Ante este castillo de San Felipe ha rendido su pabellón tambien

aquella escuadra inglesa que tanta gloria adquirió después en Egipto, obligando al ejército francés á evacuar aquel país; la misma escuadra que al año siguiente forzó el paso del Sund, y se apoderó de Copenhague, despreciando y haciendo callar el fuego de una escuadra acorredada y el fuego de muchos fuertes y baterías.

¡Honor pues á las robustas murallas del castillo de San Felipe, y honor á la bandera nacional que ha tremolado entre el fuego de sus cañones y entre los proyectiles de los cañones ingleses!

B. BICETTO.

## EL MUNDO NUEVO.

### HACER NEGOCIOS.

(Conclusion.)

—Vamos, dije yo, si tan rico llega á ser por el medio legítimo de una herencia, quizá esté á tiempo de reparar los daños que ha causado: puede especular honradamente, sufrir privaciones, y devolver el dinero mal adquirido. Así al menos conseguirá una vejez tranquila y una muerte sin remordimientos. Iré á verle, así que haya saboreado el pan de la boda.

Fui en efecto, y los porteros me dijeron que los señores habían tomado la silla de posta para Francia el mismo día de su casamiento, y que no volverían en tres ó cuatro meses. No me había hecho cargo de esa nueva moda que suprime el sagrado tálamo y le reemplaza por el carruaje: el casto lecho nupcial, por el que acaba de dejar una cortesana; los himnos epitalámicos, por las nada limpias interjecciones del mayoral; la santa y dulce compañía de los padres, por la impertinente de los viajeros; el festín de boda, por la mesa redonda.

A su vuelta no me fué posible verle. Su casa parecía un castillo feudal por lo inaccesible, un pandemonio, por la confusión que en ella reinaba. Los criados se contradecían. Unos hablaban con frialdad ó desden del amo; otros, por el contrario, con cierto énfasis, le llamaban siempre «el señor conde.»—Dejé una tarjeta. Volví: me sucedió lo mismo, y no quise dejar otra.

—Está visto, el señor conde se desdénia de tratar á sus antiguos conocidos. Como le ha salido bien su último negocio, no quiere que nadie le recuerde quién era antes del primero.

Por mi parte hice también lo posible por olvidarle, y casi puedo asegurar que lo había conseguido, cuando no há muchos días le vi entrar con el rostro desenejado, los ojos abatidos, el cabello en desórden, ya casi ceniciento, con traje elegante, pero raído. Al verle en tan lamentable estado, me levanté y le tendí los brazos.

Conmovid por aquella muestra de compasión, arrojóse en ellos y se echó á llorar.

—Amigo, exclamó, he sido contigo un ingrato, un miserable; pero bien pago todas mis culpas.

—¿Qué tienes? ¡Eres desgraciado!

—Conozco tu buen corazón, y por eso vengo á buscarte.

—¿Qué quieres? ¿Dinero?

—¡Dinero! repitió sonriéndose de una manera terrible: todo el que tienes no bastaría á satisfacer á uno solo de mis innumerables acreedores.

—Pues entonces...

—Vengo á buscarte para padrino de un duelo.

—Sepamos primero los motivos que tienes para apelar á ese extremo.

—Es muy justo. Te los diré, y en ellos irá envuelta mi lamentable historia. Me casé: buscaba una mujer que halagase mi vanidad con la corona de conde y reparase las brechas que mi despilfarro había abierto en mi fortuna. Hallé lo primero, no lo segundo. La condesa no me trajo mas que su título y sus exigencias. ¡Me engañó!—No me quejo: yo también la engañé haciéndola creer que era un capitalista, y cuanto viste en mi casa no pasaba de apariencias. Ibanse en el lujo las ganancias, y no siendo luego suficientes, eché mano de mi capital, que se fué mermando espantosamente.

—¿Y la herencia? ¿La tia millonaria y decrepita?

—Una verdadera Tia Fingida: ó no ha existido, ó me la han escamoteado. Tampoco me quejo. Hubiera podido pasarme sin ella, si en lugar de una mujer necia, vanidosa, dada al lujo y los placeres, hubiese escogido una compañera dulce, modesta, cariñosa, discreta... ¡Ah! La condesa, solo por serlo, se ha creído superior á mí, y hasta se considera humillada por la debilidad de haber dado su hidalga mano á un quidam, á un *parvenu*, como ella dice, á un Hince-el-diente!

—¡Eso es inhumano!

—Para explicar, ó disculpar hasta cierto punto lo que ella apellida su calaverada, se empeña en brillar en la corte. Gasta, triunfa, derrocha; hace creer que mis riquezas son inagotables; me empeña, me

arruina. Mi capital ha ido disolviéndose en teatros, en modistas, en convites, en frusterías. Mi crédito ha desaparecido con los mismos disolventes. Y mientras con espantados ojos seguía el curso de tan terribles operaciones químicas, mis labios tenían que sonreírse y pronunciar lisonjeros cumplimientos á las gentes que, convidadas por la condesa, venían á mi casa como banda de buitres á cebarse en el cadáver de mi fortuna. No era posible llevar adelante el sufrimiento. Llamé un día á mi mujer, y la pinté mi situación. ¿Piensas que me compadeció, que me agradeció siquiera mi demora en darle este mal rato? Se puso como una furia: me insultó, me llamó petardista, estafador, intruso, sin olvidar lo de *parvenu* y lo de Hince-el-diente. Con la cólera tomáronla un par de desmayos, y echó á perder algunos trajes, con cuyo importe hubiéramos podido comer un mes todavía. Habló de divorcio, y se retiró á casa de sus padres.—No es esto solo.

—¡Aun mas!

—No le ha bastado humillarme, escarnecerme; ha querido deshonrarme.

—¡Cá hombre! Exageras tu desdicha. Es una propensión natural de tu estado; pero debes combatirla. ¿Qué pruebas tienes? Vamos á ver.

—Tómalas, contestó Santos, alargándome una carta cuyo sobre, apresuradamente escrito, lo mismo podía decir «al conde» que «á la condesa.»—Léela, prosiguió; un criado me la ha traído, y creyéndola para mí, con tanto mas motivo, cuanto que la letra es de un *amigo mio*; la he abierto.—Léela.

El pobre Santos tenía razon. El amante, tan necio como imprudente, suministraba en pocos renglones la prueba del crimen.

—En efecto, contesté: no me queda duda. Con esta carta puedes pedir y obtener el divorcio.

—No lo haré: buscaré al miserable ladrón de mi honra, le arrancaré el corazón, beberé su sangre, y luego...

—¿Tienes hijos?

—Uno. ¡Ay! Esa es mi mayor desventura. Un hijo de dos años, que todavía debo de confiar á tal madre.

—Pues bien, amigo; sigue mi consejo. Ni duelo, ni divorcio. Tu mayor enemigo es la publicidad, el escándalo. Déjame esta carta. Con ella iré á ver á los padres de tu mujer. Les hacemos la forzosa: vivireis separados.

—¿Y mi hijo?

—Me comprometí á traer el hijo á tu poder. No lo dudes. Por evitar un litigio escandaloso y de fatal resultado para ellos, accederán á cuanto se les exija. En seguida te embarcas para América, lo cual á nadie puede sorprender, atendido el estado de tus negocios. Te recomendaré eficazmente á una casa de comercio donde con laboriosidad y arrepentimiento purgarás tus faltas pasadas. Sobre todo, inspira á tu hijo moderación en sus deseos y en sus goces, y el hábito de vivir con su trabajo. Que se contente con poco: que sea económico, activo y honrado, seguro de que hará buenos negocios: tan buenos, que lejos de conducirlo al deplorable estado de su padre, le proporcionarán quizá la dulce satisfacción de pagar tus legítimas deudas y de restituir tu crédito, que es la ambición mas noble que puede abrigar el corazón de un buen hijo.

Grandes esfuerzos tuve que hacer todavía para disuadirle de sus locos proyectos de venganza; pero al fin lo conseguí, y ayer tuve carta suya de Cádiz, escrita á bordo del buque que iba á llevarle á la Habana con su hijo, donde, si es sincero su arrepentimiento, al lado de un hourado comerciante hará otra clase de negocios que los que suelen hecer en Madrid muchos que se lanzan de improviso á la profesión de negociantes, aspirando á ser ricos sin trabajo y en poco tiempo.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

## LA CAMPANA DE HUESCA.

Este sitio ocupa la parte baja subterránea del antiguo palacio de los reyes de Aragón, en el día la universidad; está contigua á la sala donde se dan los grados, y se baja á él por cinco escalones: su celebridad histórica es bastante conocida, pues en él fué donde D. Ramiro II de Aragón, llamado el Monje, hizo degollar á quince caballeros de la primera nobleza, año 1156, y mandó colgar sus cabezas de la bóveda de esta habitación, en forma de la falda de una campana, colocando una en el centro para que hiciese de badajo, por cuyo hecho se le llama la *campana de Huesca*. Los nombres de los caballeros son: D. Lope Ferrench de Luna, Ruy Jimenez de Luna, Pedro Martínez de Luna, Fernando de Luna, Gomez de Luna, Ferriz de Lizana, Pedro de Bergua, Gil de Atrosillo, Pedro Cornel, García de Bidaurre, García de Peña, Ramon de Foces, Pedro de Lucría, Miguel Azlor y Sancho de Fontova.

Estas noticias son segun la opinion del padre F. Ramon de Huesca.

## MI AMIGO PEPE.

(Conclusion.)

—¿No quieres compartir conmigo los pesares como has compartido los placeres?

—Yo no tengo pesares, dijo por fin con voz trémula el pobre niño. Nada tengo que decirte.

—Entonces, si no te inspiro la suficiente confianza para depositar en mí tus penas, ¿para qué me has llamado?

—Para despedirme de tí, dijo Pepe haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

—¿Para despedirte!

—Sí; mañana parto de Sevilla, y probablemente ya no nos volveremos á ver en este mundo.

—¿Pero adónde vas? preguntó Florencio cada vez mas sorprendido.

—No lo sé, ni tú debes saberlo tampoco: á cualquier parte donde pueda llorar libremente y sin que nadie me vea.

—¿Pero qué te pasa? Hace algunos dias que no hemos hablado.

—Hace muchos, observó Pepe en tono de reconvenccion.

—¿Te ha sucedido alguna desgracia?

—Puede ser.

—¿Necesitas dinero? ¿Tienes algun disgusto de familia?

—El dinero me sobra: en cuanto á mi familia, ¡ójala pudiera darme disgustos! Soy el último resto de ella, y conmigo se extinguirá.

—Nunca me has dicho nada de eso, y siempre he respetado tu silencio. Refiéreme lo que te pasa ahora, y deja recuerdos que no sirven más que para aumentar tu dolor.

—A nadie puedo confiarle. Estoy solo en el mundo!

—¿Niño!

—Solo con mis dolores.

—Vamos, esplicate. Si nada de lo que te he dicho los causa, ¿qué puede ser? Algun amorcillo contrariado.

Pepe se estremeció ligeramente.

—Es la suerte de todos los que son tan calaveras como tú: vienen á enamorarse de alguna coqueta que no merece su cariño. ¿No es verdad?

—Verdad es que no lo merece... y sin embargo no puedo echar su imágen del corazón.

—¿Y por eso lloras? Otro amor te consolará de ese. ¿Por eso quieres dejar el mundo? Eres muy jóven aun!

—Yo no amaré mas en mi vida, dijo Pepe con desesperacion.

—Eso creen todos los que aman por la vez primera. ¿Ves cuánto quiero á Emilia? Pues sin embargo de que ahora no creo posible vivir sin ella, estoy seguro de que si me olvidara no tardaría mucho en enamorarme de otra.

Pepe se sentó en la cama con el rostro desenchajado, y le preguntó:

—¿La quieres mucho?

—Mas que á mi vida.

—¿Y mas que á mí?

—¿Vas á tener celos de ella? ¿Qué comparacion cabe entre los dos cariños? Tú eres mi amigo, ella mi amada.

—Tienes razon. Soy un niño! dijo amargamente Pepe.

—¿Conque no me confias el secreto de tus amores?

—¿A tí! exclamó el jóven sobresaltado.

—A mí que soy tu mejor amigo.

—Mis amores son un misterio que nadie penetrará. He nacido para sufrir y llorar en secreto.

—Si no quieres decirlo, no te apuro mas, con tal que me prometas no marcharte.

—¿Me lo pides tú?

—Te lo suplico por nuestra antigua amistad, si es que aun vale algo para tí.

—¿Oh, si! vale mas de lo que tú puedes figurarte.

—¿Conque no te irás?

—Te he dicho que no puedo vivir mas tiempo aquí.

—¿Bah! Quédate una semana aun, y yo te fio que ese tiempo bastará para consolarte.

—Yo no me consolaré nunca.

—Eso creen todos. ¿Me negarás una cosa tan corta como detener tu partida seis ú ocho dias? ¿Tan poco valgo ya para tí?

Pepe estaba tan afectado, que apenas podía pronunciar una palabra.

—¿Que vale poco para mí! dijo el pobre muchacho mirándole con ternura. Mándame, y te obedeceré.

—Te mando que aguardes una semana mas.

—Aguardaré.

—Bien. No te apures, que á todo se hallará remedio. Voy á mandar que me traigan una cama aquí, y pasaremos la noche hablando, á ver si consigo arrancarte ese secreto que tanto mal te hace.

—De ninguna manera, dijo Pepe con aturdimiento.

—¿Por qué?

—Porque... si pasamos la noche en conversacion, tal vez no podría resistir al deseo de confiarle mi secreto, y bastaría la pena de haberlo dicho para llevarme al sepulcro. Vete, y buenas noches.

—Hasta mañana: y dame palabra de no apurarte por lo que tal vez no lo merece.

—Bien. Adios.

--Adios.

Y Florencio salió de la estancia triste y meditabundo, devanándose los sesos para averiguar cuál pudiera ser la causa de los pesares de su amigo. En cuanto á este, continuó por largo tiempo dando rienda suelta á su llanto; pero de repente, asaltado sin duda de una brillante idea, se sonrió alegremente murmurando:

—¡Oh! dice que se enamoraría de otra si ella lo abandonara... Su amor no es como el mio, y aun puedo esperar. Si, mañana yo veré á Emilia, y tal vez suceda lo que con otras.

## XV.

—Estaba enamorado de Emilia, dije yo á mi amigo Juan.

—Ya lo verás en el discurso de esta historia, me contestó con gravedad cómica.

—Nunca creí á Pepe capaz de semejante infamia. Pretender arrebatar á su amigo el cariño de la que adoraba!

—Todo lo disculpa el amor.

—No todo. Te suplico que suspendas tu juicio hasta que lleguemos al desenlace de nuestro cuento.

«Al dia siguiente, Pepe, mas alegre que de ordinario, vino á buscarme para salir á paseo.

—Gracias á Dios que está Vd. mas animado, le dije.

—Es preciso burlarse del amor, exclamó riendo de un modo que no me pareció natural.

—¿Se han ido las melancólicas ideas de ayer tarde?

—No del todo; pero creo que no tardaré mucho en desecharlas. Se me ha ocurrido la de buscar diversiones para distraerme, y cuando el enfermo quiere comer, es señal de que la convalecencia no está muy lejos. Florencio se ha entregado tanto á su Emilia, que no hay que hablarle de mas placeres que del de estar junto á ella; por lo que vengo á buscarlo á Vd. para que me ayude á divertirme y á deshumorarme.

—Estoy á las órdenes de Vd.

—Pues comencemos desde esta tarde.

—¿Adónde quiere Vd. que vayamos?

—Primero á paseo y después al teatro.

—¿Qué cantan en San Fernando?

—Lucía.

—Pues buena distraccion quiere Vd. buscar! La Grinni está detestable en ella, y no va á haber una sola persona decente en el teatro.

—Ya lo supongo. ¿Pero dónde quiere Vd. que pasemos la noche?

—Quedéme meditando unos momentos, pasados los cuales, dije muy satisfecho de mi idea:

—¿No deseaba Vd. conocer á Emilia?

—Sí, tendria un placer en ello, contestó con indiferencia.

—Iremos á casa de Fuen-Salada.

—Iremos si Vd. quiere.

## XVI.

«En las pocas horas que pasamos juntos aguardando que sonara la de ir á casa del padre de Emilia, Pepe, olvidando sus tristezas, estuvo alegre y atolondrado como en los tiempos en que le conocimos. Hablamos del amor y de las mujeres, y con un conocimiento de los corazones femeniles que no era de esperar de sus pocos años, analizó sus pasiones y sus afectos.

Hiciele notar lo extraño que me parecia tal esperiencia en tan verde edad, y me contestó riendo á carcajadas que tal vez no habria un hombre en el mundo que pudiese tratar estas materias con tanto conocimiento de causa como él.

Me refirió sus conquistas y sus aventuras amorosas, entre las que las hay verdaderamente peregrinas, desde su primer ensayo hasta la que habia comenzado aquella mañana, gloriándose de haber desbancado á Florencio en mas de cuatro ocasiones.

Entretenido él con estos recuerdos, y satisfecho yo de verle desecharse su melancolia, vimos deslizarse el tiempo sin advertirlo, y de seguro no me hubiera acordado de ir á casa de Emilia si Pepe no me lo trajera á la memoria.

Salimos pues del café de los Lombardos, donde habiamos pasado

las primeras horas de la noche, y pocos momentos después entráramos en los magníficos salones del marqués de Fuen-Salada.

## XVII.

Brillante estaba aquella noche la reunion. Todo cuanto habia de notable en Sevilla se hallaba allí; las mujeres mas hermosas, los jóvenes de mas talento, los hombres en fin mas conocidos por su mérito ó su posicion social.

El calor principiaba á sentirse, y para mantener el salon á una temperatura agradable se habian abierto una multitud de balcones, hasta los que trepaban bellas y fragantes enredaderas, que al pié de ellos crecian en uno de los mas deliciosos jardines que pueden imaginarse. \*

—Suprime la descripcion, interrumpí, pues bien sabes que los conozco mejor que tú.

—No lo recordaba; y en el calor de la improvisacion...

—Ten pues cuidado de no acalorarte, si no quieres que tu cuento sea el de nunca acabar.

—Nunca acabaré si prosigues interrumpiendo.

Convencido de que así sucedería, que todo era de esperar de la pesadez de mi amigo, resignéme á esperar con calma por la vigésima vez.

Juan, viéndome ya rendido, volvió á anudar el hilo de su historia.

«Después de dar un paseo por el salon, acerquéme con Pepe al marqués y su hija, que en un extremo de él descubrí, y se lo presenté con todas las formalidades de ordenanza. Al ver á Emilia se me figuró notar que un estremecimiento involuntario se difundia por todos los miembros de mi amigo. No hice aprecio entonces de esta circunstancia que creí casual; pero algun tiempo después vino á confirmar ciertas sospechas de que no quiero hablarte todavía, por mas que tambien tú las hayas concebido al escuchar mi narracion.

Florencio no habia venido aun; pero las frecuentes y ansiosas miradas que Emilia dirigia á la puerta, me hicieron conocer que se le esperaba.

Mientras yo hacia estas observaciones, Pepe, que sin embargo de ser hombre de mundo se habia turbado al acercarse á la jóven, cosa que no dejó de llamarme la atencion, recobrada ya su serenidad, comenzó á hablarla con su natural desparpajo.

El marqués, que me tiene en gran aprecio y me consulta todos sus asuntos, me tomó del brazo, y llevándome á una ventana para hablar de un proyecto de ferro-carril, me hizo perder de vista á mi jóven amigo, que quedó al lado de Emilia embobado en no sé qué gravísima plática de sombrerillos y manteletas.

## XVIII.

Largo rato hacia que nos ocupábamos de wagoes y locomotoras, cuando el piano preludió una polka de Straus, y veinte parejas se pusieron en movimiento. Tú sabes que yo detesto el baile por sistema: así fué que por el pronto no fijé la vista en los bailarines, y seguí entregado enteramente al ferro-carril de Fuen-Salada.

Pero á medida que el baile se animaba, iba dejando de prestar atencion al marqués, y fijándola en las parejas que pasaban ante mis ojos. ¡Me gustan tanto las muchachas, y las habia tan bonitas!

De repente entre aquel confuso torbellino descubrí una gallarda pareja que por su destreza en el baile, por su elegancia y belleza atraía las miradas de todos.

—¡Dios los bendiga! Parecen nacidos el uno para el otro, dijo á mi espalda una señora anciana.

Aquellas palabras me hicieron daño, porque la mujer á quien se referian era la amada de mi amigo Florencio, y el hombre Pepe. Una idea cruzó súbita por mi mente, idea que creí un rayo de luz que comenzaba á aclarar muchos misterios. ¿Estaria Pepe enamorado de Emilia, y serian tal vez estos amores la causa de su tristeza? No me atrevia á figurármelo, y sin embargo todas mis observaciones conspiraban á hacérmelo creer.

## XIX.

Tras la polka vino un wals, y tras el wals otra polka, sin que mi jóven amigo dejase de ser el caballero de la hija del marqués. Mis ojos, que no se apartaban un instante de ellos, creyeron sorprender dulces sonrisas, apretones de manos y otras mil señales de inteligencia. ¿Vendian á Florencio, y era yo tal vez cómplice de aquella infamia?

Poco tardaron mis sospechas en convertirse casi en realidades. El baile cesó, y Pepe tomó asiento al lado de Emilia siguiendo una animadísima conversacion que sin duda habia tenido principio en el wals. Aquella plática era de amores, ó yo carecia completamente de esperiencia en estos asuntos. El suplicaba; ella le oia con placer, y no

estaba muy distante de acceder á sus ruegos: hé aquí lo que por las señales exteriores podia colegir.

En este instante, cuando menos lo esperaban, Florencio, tranquilo y satisfecho, apareció en la puerta del salon buscando con los ojos á su Emilia. De repente su rostro palideció, y tuvo que asirse á la colgadura para no caer.

Esta momentánea detencion no significaba nada para casi todos los circunstantes: yo leia en ella un poema completo de celos y de amor. Habia visto á su amada al lado de su amigo, y habia comprendido como yo.

Desoso de evitar un escándalo, corrí á su encuentro, dejando al marqués con la palabra en la boca en el momento en que, terminada la linea principal, comenzaba á construir una red de ramales; pero con gran admiracion mia hallé á Florencio sereno é impassible saludando alegremente á algunos de sus conocidos. ¿Habia sido todo ilusion mia, ó era tan dueño de sí mismo que ocultaba tan perfectamente su dolor y su justa cólera? No sabia qué pensar; y así me determiné á seguir mi papel de observador aguardando que los acontecimientos me indicasen el camino que debia seguir.

Florencio se acercó á la gentil pareja, y después de saludar á Emilia con la sonrisa en los labios y apretar cordialmente la mano á su amigo, fué á sentarse un momento al lado del marqués. Pepe, avergonzado sin duda al ver á Florencio, se separó de Emilia y vino á reunirse conmigo.

—¿Qué te ha parecido la futura de nuestro amigo? le pregunté pretendiendo sondar con la vista hasta lo mas recóndito de su alma.

—La muchacha mas encantadora que he conocido! contestó entusiasmado. ¡Qué hermosa! ¡Qué gracia! ¡Qué talento!

Entre tanto una de las jóvenes que rodeaban á Emilia le preguntó en voz baja, pero no tanto que yo, que estaba cerca y con mis cinco sentidos fijos en ellas, no lo oyera:

—¿Tiene tanto talento como dicen tu nuevo caballero?

—Es el jóven mas fino, mas galante y mas amable que he conocido, respondió.

Todas sus compañeras la miraron con envidia; porque he olvidado decirte que al entrar Pepe todas las miradas se fijaron en él, y que su presentacion fué un verdadero acontecimiento.

En cuanto á Florencio, permanecia al lado del marqués entregado enteramente á lo que este le decia, y sin fijarse al parecer en nada de lo que á su alrededor pasaba.

## XX.

La noche voló mas breve de lo que yo hubiera querido, porque la impassibilidad de Florencio me hacia temer mas por el momento en que estallase su furor comprimido. Ya no me era dado dudar un punto de que él estaba tan al corriente como yo de lo que sucedia. Emilia habia seguido bailando indiferentemente con cualquiera de los dos; pero dando marcadas muestras de preferencia á Pepe.

La hora de retirarse sonó en fin, y los tres salimos del palacio de Fuen-Salada, sin que ni la mas minima señal exterior diese á entender el estado en que nos encontrábamos. Florencio y Pepe eran los amigos de siempre. ¿Qué iba á suceder?

Por largo rato caminamos en silencio entregado cada cual á sus reflexiones. El ofendido lo rompió por fin, diciendo con una tranquilidad que me heló la sangre en las venas:

—Pepe, esto es menester que lo terminemos como buenos amigos. He comprendido ya cuáles eran los pesares de que me hablabas anoche. Elige armas, sitio y hora.

La oscuridad de la callejuela por que á la sazón caminábamos y mi turbacion me impidieron conocer el efecto que estas palabras causarían en nuestro jóven compañero. Lo único que recuerdo es que no contestó.

—¿No respondes? continuó Florencio. En ese caso yo elegiré.

Tan salvaje expresion de cólera revelaba el tono con que fué pronunciada esta frase, que aun hoy, que han pasado veinte dias desde que la oí, no puedo recordarla sin estremecerme.

—Pero ¡Florencio!... dije cuando me fué posible hablar.

—Conoces mi carácter, me dijo con acento de reconvenccion, y vas á hacermé observaciones...

—Ya sabes que cuando me decido á obrar de esta manera, tengo causa para ello, y que ningun poder humano bastará á hacermé desistir de mi propósito.

Estas palabras me hicieron conocer que nada tenia que esperar por entonces, y callé aguardando mejor ocasion para recordarle los lazos que los unian.

—Mañana al amanecer; pistola y á cuatro pasos: en cuanto al sitio, ya buscaremos uno en que nadie venga á importunarnos. ¿Te parece bien, Pepe? dijo dulcificando la voz. En cuanto á testigos, nos basta con Juan.

—Sí, balbuceó aquel á quien iban dirigidas estas aterradoras frases. Me pareció que al pronunciar aquel ¡sí! lloraba. ¿Era cobarde, sentía remordimientos, ó rendía un tributo á la pérdida de aquella amistad que por tanto tiempo formara sus delicias?

—Tal vez he hecho mal en no dejarte partir ayer como querías. Así no me vería en la precisión de matarte mañana ó de morir á tus manos. ¿Me perdonas, amigo mío?

Pepe por toda contestacion le apretó la mano.

## XXI.

Un momento después entraron en su casa.

Aun no sé bien lo que entre los dos pasó aquella noche. Cuando al romper el día fué á buscarlos...

Un «¿se puede entrar?» tímidamente pronunciado á la puerta de la sala, vino á interrumpir á mi amigo Juan en lo mejor de su historia.

—Adelante, señora Josefa, dijo con evangélica resignacion.

La patrona entró, y presentando una carta á mi compañero, dijo:

—El que la ha traído espera en la calle la contestacion con dos caballos de las bridas.

Juan abrió apresuradamente la epístola, y después de pasar la vista por su contenido exclamó:

—Es preciso partir al momento.

—¿Pero qué sucede? le pregunté.

—Que se está muriendo en Ecija un primo de mi madre de quien soy único heredero, y á pesar de que apenas lo conozco y de que no le he escrito sino pocas veces, me llama con instancias en sus últimos momentos.

—Entonces no te detengas.

—Ni aun para mudar de traje. Acompáñame hasta la puerta. Voy al momento. Adios, señora Josefa.

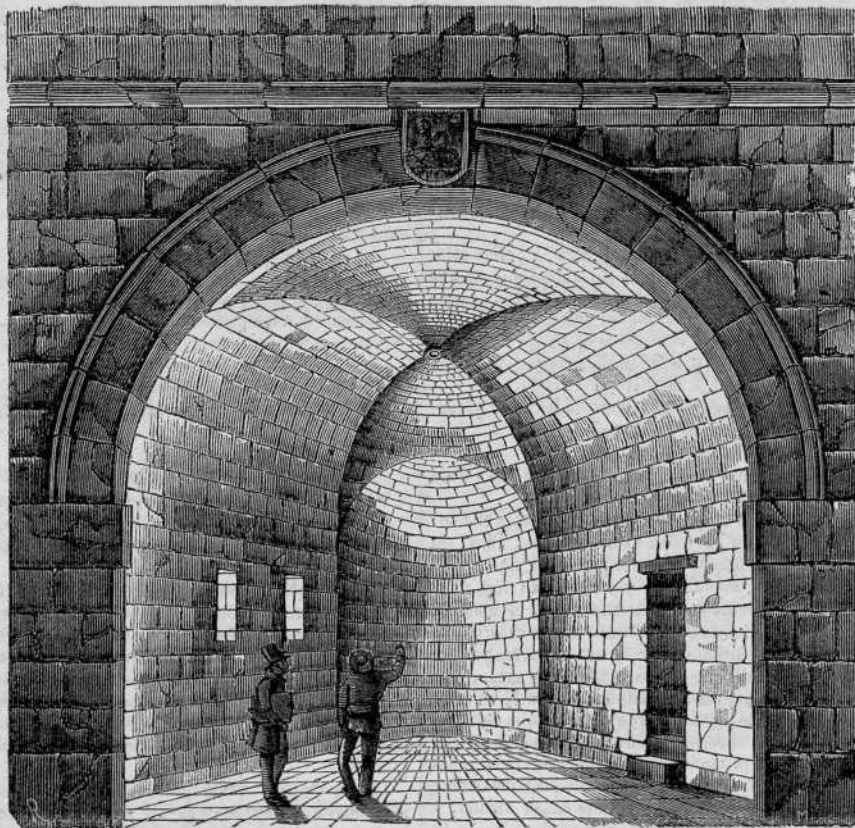
—Dios ampare al pobre señor, dijo la buena vieja mientras nosotros bajábamos apresuradamente la escalera.

—¿Y la historia? pregunté á Juan acordándome de que la habíamos dejado en lo mas interesante.

—Cuando vuelva te la acabaré de contar, contestó saltando sobre uno de los caballos.

—Es que...

—Adios, dijo metiendo espuelas y parliendo como una exhalacion.



(La campana de Huesca.—Pág. 394.)

—¡Escribeme! grité yo. ¡Escribeme!

Pero el estrépito de las herraduras al chocar contra el empedrado impidió tal vez que mis voces llegasen á sus oídos.

## XXII.

Desde aquel instante no dejé de pensar en mis dos amigos, que al interrumpir Juan su cuento quedaron en tan apurada situacion. ¿Qué les habia sucedido?

Mi condiscipulo me dijo que habia visto á Florencio aquella misma mañana. ¿Pero y Pepe? ¿Se habia verificado el duelo? ¿Quedaría el gallardo jóven en él?

Preocupado por tan tristes pensamientos, no pude dedicarme á otra cosa que á averiguar el desenlace de aquel extraño drama. Pero todo fué inútil. Nadie sabia de ellos en la universidad ni en ninguno de los sitios á que concurrían diariamente. El marqués de Fuen-Salada estaba en Cádiz con Emilia, á quien los médicos mandaron mudar de aires por cierta afeccion nerviosa que habia contraído en aquellos últimos dias. Vanamente pregunté á todo el mundo: nadie sabia decirme qué era de ellos.

Escribí á Ecija y á Cádiz; aguardé tres dias mortales, y no recibí

contestacion. Juan no estaba para cartas con la enfermedad de su tio. ¿Pero por qué no me contestaba el marqués? Sin duda tenia que darme alguna mala noticia, y rehusaba hacerlo. Si. ¿Qué podia significar sinó la enfermedad de Emilia?

Entre la multitud de cosas que se me ocurrieron para obtener algun rayo de luz, fué una leer las gacetas de todos los periódicos correspondientes á los dias en que pudo llevarse á cabo el duelo.

En *El Diario de Sevilla* encontré: «Antes de anoche de resultas de un lance de amores se retaron dos jóvenes muy conocidos en esta capital. Se nos dice que el duelo se verificó al dia siguiente, quedando heridos los dos, uno ligeramente, otro de mucho peligro. ¿Cuándo concluirán estas costumbres dignas de aquellas épocas salvajes en que...»

Juan habia visto á Florencio: luego el herido era Pepe. ¿Pero no podia ser este snelto una de tantas invenciones como diariamente imprimen en los periódicos?

No encontré un solo dato mas que pudiese servir de guia á mis averiguaciones; y pensando que tal vez el marqués de Fuen-Salada y su hija sabrian de Florencio, me embarqué para Cádiz lleno de esperanzas.

Sin embargo, el marqués y su hija nada sabían: desde la noche en que Pepe les fué presentado, Florencio no volvió por su casa, y aun cuando enviaron á preguntar á la suya creyendo que estaria enfermo, ningún resultado tuvieron sus investigaciones.

Con estos precedentes ya no dudé un instante de que era cierto cuanto en el periódico leí. Florencio habia matado á su amigo, y acusado por los remordimientos huía hasta de sí mismo y se ocultaba á los ojos de todos.

Viendo que cuanto hacia era en vano, determinéme á volver á Sevilla, donde mi presencia estaba haciendo falta, y después de despachar al paso algunos negocios en Jerez, fui á embarcarme á Sanlúcar. Cuando llegó el vapor habia partido, y tuve que resignarme á aguardar hasta el dia siguiente, cosa que en verdad no me pareció muy dura, porque la poblacion, con motivo de estar ya próxima á comenzar la temporada de baños, empezaba á animarse.

## XXIII.

Paseaba yo solitario y meditabundo por aquella playa sin par contemplando el sol que se hundia en el Atlántico, cuando descubrí á lo lejos un caballero que con una señora del brazo venia hácia mí. ¡Cuál sería mi sorpresa al reconocer en él á mi amigo Florencio!

Corrí á su encuentro como un loco, y á medida que las distancias se acortaban, mi sorpresa crecia de punto. El rostro angelical de aquella dama no me era desconocido, y sin embargo yo no recordaba dónde pudiera haberlo visto.

—¿Y Pepe? exclamé jadeante tan luego como creí que podian oír mi voz.

Florencio y la que le acompañaba me alargaron afectuosamente las manos soltando una estrepitosa carcajada.

Entonces examiné mas de cerca á aquella señora, y ¡creia estar soñando! Su rostro era enteramente igual al del amigo que lloraba muerto. Mis ideas se confundieron, y por un momento no supe darme cuenta de lo que pensaba.

## XXIV.

—Aquí lo tienes, dijo Florencio presentándome la hermosa jóven.

—Vd... tú... dije yo sin saber lo que me decía.

Los dos volvieron á lanzar una estrepitosa carcajada.

Entonces comprendí por fin, y paseando con ellos á lo largo de la playa, supe de su boca todo aquel extraordinario suceso.

Laura, que así se llamaba la encantadora jóven, se habia enamorado perdidamente de Florencio en Cádiz hacia unos dos años, sin que él, envuelto en un torbellino de placeres, reparase siquiera en ella. Jóven, rica, apasionada, viuda, sola y por lo tanto libre é independiente desde el fallecimiento de su anciano marido el conde de San Gimeno, con quien la habian casado al frisar en los catorce, no pudo resistir á la violencia del primer amor, y se dejó arrastrar por él. Las costumbres un poco libres que Florencio tenia á la sazón, y su mala fama en asuntos amorosos, retrayéndola de declararle su amor como al principio habia pensado, la inspiraron un plan que solo una mujer enamorada es capaz de concebir. Disfrazada de hombre y encubierta con el nombre de un primo suyo que habia muerto algunos años antes, se matriculó en la universidad presentando certificaciones del difunto, y consiguiendo por fin ser el amigo íntimo de su amado, y reformar sus costumbres un tanto relajadas. Esto me explicaba su repugnancia á beber, fumar y tomar parte en ciertas conversaciones. ¡Cuánto debió sufrir la pobre niña viéndose precisada á alternar con tanto calavera como por entonces frecuentaba la casa de Florencio!

Pero cuando iba consiguiendo hacer de él lo que ella queria, otra vino á robarla el fruto de su trabajo. Florencio se enamoró de Emilia. Hasta entonces Laura, enamorando á todas las amadas del que tanto queria, que juzgaba peligrosas, no le habiale jado tiempo para pensar seriamente en ninguna. El amor de Florencio á la hija del marqués fué para ella un golpe terrible y sin quite: iban á casarse. La pobre niña pasó muchos dias sumida en el dolor, vertiendo amargo llanto, hasta que la promesa de Juan de llevarla á casa de Emilia hizo revivir sus esperanzas haciéndola pensar que tal vez sería como las otras, y que aun podia arrebatársela el cariño de su amado.

Ya hemos visto cómo puso en práctica su plan, y el buen resultado que lo colmó. La noche anterior al dia en que el duelo debia llevarse á cabo, Laura, desesperada y muerta de miedo, declaró á Florencio su secreto. Este, jóven, fogoso, de imaginacion ardiente y novelesca, cayó á sus plantas loco de amor y agradecimiento, no creyendo que nunca podria pagar dignamente el cariño de aquella extraña mujer.

Dos dias después habian unido sus manos y sus almas delante de Dios.

## XXV.

Hé aquí por qué al oírme preguntar por Pepe se sonreian maliciosamente Juan y la señora Josefa.

## XXVI.

El año siguiente, al comenzar el curso, encontré á la puerta de la universidad á mi condiscípulo Juan, que salia de matricularse.

—¿Ha muerto tu tío? le pregunté reparando que llevaba luto.

—Hace dos meses, me contestó, y ahora es cuando lloro por el pobre viejo que me ha hecho con su muerte uno de los mas ricos propietarios de Andalucía.

—¿Has ido á casa de Laura y de Florencio?

—Acabo de llegar. ¿Qué hay de nuevo?

—Que dentro de poco tiempo nos convidará á una fiesta, ya que no nos diéron parte de su casamiento.

—¿Cómo?

—Los dos desean ardientemente que sea niño para ponerle Pepe.

—¿Vas á verlos á menudo?

—Casi todos los dias como con ellos. Me encanta su felicidad, y siempre que salgo de su casa me dirijo maquinalmente á la de mi novia para pedirselo á su padre.

—Bueno es el casamiento cuando se da con una mujer así. ¿Pero dónde encontrar una Laura?

—No seguramente entre los Don Gil de las Calzas Verdes.

—¡Bah! todo ha sido casualidad.

—¡Oh Providencia! Habian nacido el uno para el otro.

## XXVII.

Hé aquí la historia de mi amigo Pepe. En el momento en que escribo estas letras vive feliz con Florencio, y un pequeño Pepito de quien tiene la honra de ser padrino

LUIS DE EGUILAZ.

## LAS ANIMAS.

## CUENTO ANDALUZ.

FERNAN. Tío Romance, aquí me entro aunque no llueva.

TIO ROMANCE. Bien venido, señor D. Fernan. Viene su mercé á su casa como el sol para alegrarla.—¿Qué tiene su mercé que mandarme?

FERNAN. Necesito un cuento como el comer, tío Romance.

TIO ROMANCE. ¡Otra te pego!—Señor, ¿se ha figurado su mercé que son mis cuentos como los dictados de D. Crispin que no tenian fin?—Su mercé me ha de perdonar; pero hoy estoy de mala vuelta; tengo la memoria aliquebrada y los sentidos mas tupidos que caldo de habas. Pero voy á llamar á mi Chana para que complazca á su mercé. ¡Chana! ¡Sebastiana!... Caramba con la mujer! que le va sucediendo lo que al marqués de Montegordo que se quedó mudo, ciego y sordo. ¡Chana!

LA TIA CHANA. ¿Qué quieres, hombre, con esas voces tan desamoretadas que parecen de zagal? ¡Ay! que está aquí el señor D. Fernan! Dios guarde á V., señor; ¿cómo lo pasa su mercé?

FERNAN. Bien, tia Sebastiana. ¡Vd. tan buena?

TIA CHANA. ¡Ay, no señor! que me he caído como horno de cal.

FERNAN. ¿Pues qué ha tenido Vd.?

TIO ROMANCE. Lo que la otra que estaba al sol.

Una vieja estaba al sol,  
y mirando al almanaque  
en cuando en cuando decia:  
ya va la luna menguante.

LA TIA SEBASTIANA. No señor, D. Fernan, no es eso; que Dios y su madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir! y mi hijo, el alma mia...

TIO ROMANCE. Calla, Chana, y no hables de Juan, que es un atallancon con mas costilla que una fragata.

TIA SEBASTIANA. No lo crea Vd., señor; no sabe lo que se dice, y va despeñado: es mas mauso y loje el hijo mio, que no es capaz de decirle zape al gato. Ha servido seis años, y tiene las luces espabiladas.

TIO ROMANCE. No tiene mas luces que las del dia; es un bogue; ha servido, pero es como aquel que: bárbaro fué á Madrid, y bárbaro volvió á venir.

FERNAN. ¿Pero qué le apura á Vd., tía Sebastiana?

TIA SEBASTIANA. ¡Señor, que no encuentra trabajo!

FERNAN. Vamos, yo se lo proporcionaré si me cuenta Vd. un cuento.

TIA SEBASTIANA. Señor, para eso era mejor mi Juan: ya sabe usted las voces que tiene de buen contador; saca las cosas de su metro.

FERNAN. Si; pero hoy no está de humor de hablar.

TIA SEBASTIANA. Es que yo...

TIO ROMANCE. Vamos, mujer, no tengas al señor aguardando como perro de cortijo; cuenta, y liberal, que tú eres capaz de hablar hasta debajo del agua.

TIA SEBASTIANA. ¿Quiere su mercé que le cuente el cuento de las ánimas?

FERNAN. Desde luego: vamos pues con el cuento de las ánimas.

TIA SEBASTIANA. Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina que había criado sujeta como cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja, era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle á Dios que la deparase un buen novio.

Hacia los mandados en casa de una comadre suya pupilera, y entre los huéspedes que tenía, había un indiano poderoso que se dejó decir que se casaría si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa. La vieja abrió tanto oído, y á los pocos días le dijo que hallaría lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa que pintaba los pájaros en el aire. El caballero contestó que quería conocerla, y que al día siguiente iría á verla. La vieja corrió á su casa, que no veía la vereda, y le dijo á la sobrina que secase la casa, y que para el día siguiente se vistiese y peinase con primor, porque iban á tener una visita. Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabía hilar.

—¿Pues no ha de saber? dijo la tía: las madejas se las bebe como vasos de agua.

—¿Qué ha hecho Vd., señora? dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido después de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase; ¿qué ha hecho Vd., señora, si yo no sé hilar!

—Anda, dijo la tía, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir, y sea lo que Dios quiera.

—¿En qué berenjenal me ha metido Vd., señora! decía llorando la sobrina.

—Pues tú ves cómo te compones, respondió la tía; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello te va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y se puso á encomendarse á las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando se le aparecieron tres ánimas muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararían en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres las remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente, cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

—¿No se lo decía yo á su mercé? decía la vieja que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabía coser.

—¿Pues no ha de saber? dijo con brio la tía; lo mismo son las piezas de costura en sus manos que cerezas en boca de tarasca.

Dejóle entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar á su mercé, sucedió lo mismo que el día anterior, y lo propio al siguiente en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se le bordase. Solo que á la noche, cuando estando encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las ánimas, estas se le aparecieron, le dijo la una: no te apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha de ser con una condicion.

—¿Cuál? preguntó ansiosa la muchacha.—La de que nos convides á tu boda.—Pues qué, ¿me voy á casar? preguntó la muchacha.—Si, respondieron las ánimas, con ese indiano rico. Y así sucedió, pues cuando al otro día vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado que parecía que manos no le habían tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tía que se quería casar con su sobrina.

La tía se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decía: pero señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga en que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir, respondió la tía; las benditas ánimas que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse pues la boda, y la vispera, teniendo la novia presente la recomendacion de sus favorecedores, fué á un retablo de ánimas, y las convidó á la boda.

Al día de la boda, cuando mas enfrascados estaban en la fiesta,

entraron en la sala tres viejas tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenía un brazo muy corto, y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra era jorobada, y tenía el cuerpo torcido; y la tercera tenía los ojos mas saltones que un cangrejo, y mas colorados que un tomate.

—¡Jesus María! dijo á su novia perturbado el caballero; ¿quién son esos tres espantajos?

—Son, respondió la novia, unas tías de mi padre que he convidado á mi boda.

El Señor, que tenía crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

—Dígame Vd., le dijo á la primera que había entrado, ¿por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

—Hijo mio, respondió la vieja, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo: ve sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamás hilar!

—En seguida preguntó á la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

—Hijo mio, contestó esta, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano en tres zancajadas se puso al lado de su novia á quien dijo: ahora mismísimo, quema tu bastidor, y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar!

(Concluirá.)

FERNAN CABALLERO.

## UN AMIGO INTIMO.

### VII.

Entré pues, como digo, en mi despacho, preparé mi papel, cogí mi pluma, y dirigí al Parnaso una plegaria invocando el socorro de las musas. Pronto las ví venir á mi reclamo: *Thalia* afable, *Urania* cejijunta, *Melpomene* luciendo su coturno, *Euterpe* sacudiéndose las pulgas, *Caliopé* y *Polimnia* disputando, *Terpsicore* bailando la cachucha que preludiaba *Erato* en una lira y acompañaba *Clio* en la bandurria. Ya llegan á mi puerta; ya sus pasos hieren mi oído que impaciente escucha; ya tira del cordón; la campanilla siente el golpe, resuena, vibra y zumba, y yo con ansiedad abro la puerta, y en lugar ¡oh tormento! de las musas, me encuentro allí con mi funesto amigo, que el corazón me llena de amargura. Allí estaba el causante de mis penas, el fiero autor de todas mis angustias, el hombre en fin mas terco y mas idiota que ha salido del vientre de una burra. Hizome cuatrocientas cortesías mas galante y mas bárbaro que nunca, y yo para entregarme á mis tareas traté de despedirle con finura. Mas ¡ay! todo fué inútil; el amigo esta declaracion me hizo importuna, á cuyo triste, aterrador recuerdo mis piernas tiemblan y mi frente suda.

«Voy á decir la verdad de la amistad en el seno, puesto que es usted tan bueno que me honra con su amistad. Aunque tanto sin sabor con mi amistad le causé, aquí donde usted me ve yo soy un hombre de honor. Y si pretende un mortal desmentir lo que le digo, le juro á usted, caro amigo, que le he de abrir en canal. Dijo, llevó la mano á sus bolsillos, como queriendo disipar mis dudas, y clavó en mi pupitre una navaja de palmo y medio, sin contar la punta.

«Perdone usted mi fervor,  
añadia mi *amigo* horrendo,  
porque, como iba diciendo,  
yo soy un hombre de honor;  
y como no soy un pillo,  
suelo estar alguna vez,  
á pesar de mi honradez,  
sin un cuarto en el bolsillo.  
Pero de mi suerte escasa  
lo que mas me desazona,  
es que la infame patrona  
me quiera echar de su casa.  
En trance tal, yo soy franco,  
deseo, ruego y confio,  
que usted, siendo *amigo mio*,  
me saque de este barranco.  
Es mi destino tan negro  
que pasaré mil apuros,  
si usted no me da cien duros  
en calidad de reintegro.  
De reintegro, si señor,  
pues ya que es usted mi *amigo*,  
á demostrarle me obligo  
que soy un hombre de honor.

Iba yo á replicar; pero mi *amigo*  
mostró del entrecepo las arrugas,  
y no quise poner mi vida en riesgo  
ya que estaba en peligro mi fortuna.  
¿Pudo hacer mas este hombre que quitarme  
la salud y la bolsa? Si; no hay duda,  
pues aun pudo acabar con mi paciencia  
colmando sin piedad mi desventura.

«Pero usted, dijo, en rigor  
creo que nunca ha negado  
mi honradez; quede sentado  
que soy un hombre de honor.

La fortuna con que cuento,  
y voy á probarle ahora  
supuesto que usted la ignora,  
es que tengo un gran talento.

Debo al cielo esta merced,  
y he estado un drama hilvanando  
que voy á leerle, contando  
con el permiso de usted.

No entienda que me envanezco;  
pues verá usted que mi drama  
me dará dinero y fama,  
dándome lo que merezco.

Ya sé que hay mucha malicia  
en la dramática lid,  
y que no siempre en Madrid  
se hace al escritor justicia.

Mas ¡ay, si yo oigo un rumor  
que me ofenda ó no me cuadre!  
pues probaré á Cristo padre  
que soy un hombre de honor!»

Esto diciendo mi funesto *amigo*,  
con ese tono audaz que tanto abunda,  
desenrolló una resma de papeles  
y empezó gravemente su lectura.

Titulábase esta pieza:—  
«*Quien hace un cesto hace ciento*  
ó *la caldera del gas*;  
Drama en cinco actos y en verso.—  
Hablaban en este drama  
*D. Ildefonso, D. Pedro,*  
*Doña Jimena, Pepita,*  
*el marqués de Montenegro,*  
*el Prior de Calatrava,*  
*D. César de Vasconcelos,*  
*un general, dos verdugos,*  
*un besugo y un sargento.*  
La escena, que era de noche  
durante el acto primero,  
representaba una plaza  
con una lámpara en medio.  
Si la lámpara estaria  
en el aire ó en el cielo,  
esplíquelo quien lo entienda,  
que yo por mí no lo entiendo.

Aparecia D. César  
con Pepita de bracero  
echándose estos piropos  
sobre poco mas ó menos.—  
D. CÉSAR..... ¿Ya te puedo llamar mia?  
PEPITA..... Tanta dicha no comprendo.  
D. CÉSAR..... ¿Es realidad ó alegría  
ó es confusion con estruendo?  
Cuando tu padre se obstina  
me causa tal amargura,  
como aquel que toma quina  
cuando le da calentura.

PEPITA..... Que tanta ventura quepa  
en un pecho pecador!

D. CÉSAR..... No lo estrañes, pobre Pepa,  
si sabes lo que es amor.

Porque amor es un cristal  
que una palabra le quiebra,  
y el aire le hace culebra  
con estruendo sin igual.—  
Aquí D. César llegaba,  
cuando furioso de celos  
se aparecia un verdugo  
y le atravesaba el pecho.  
Entonces la pobre niña,  
creyendo al amante muerto,  
dijo mirando al cadáver  
y á la eternidad á un tiempo:—

«Nada altera mi amistad,  
pues de la muerte al despojo  
veo con serenidad,  
tu cadáver con un ojo,  
con otro la eternidad.»—

Con mucho gusto, lectores,  
os dijera el argumento  
si no pecara el trabajo  
de prolijo y de molesto.  
Básteos saber que mi amigo  
considerando ya viejos  
los suplicios que en los dramas  
con tanta frecuencia vemos,  
hacia al fin que un verdugo  
metiese á su compañero  
en la caldera del gas,  
lo que mi amigo funesto  
de gran efecto juzgaba,  
en su defensa diciendo,  
que nada habiamos visto  
mas original, mas nuevo.  
«Esto es, decia, un primor  
que me ha de valer dinero  
dándome fama de autor,  
ó probaré al orbe entero  
que soy un hombre de honor.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

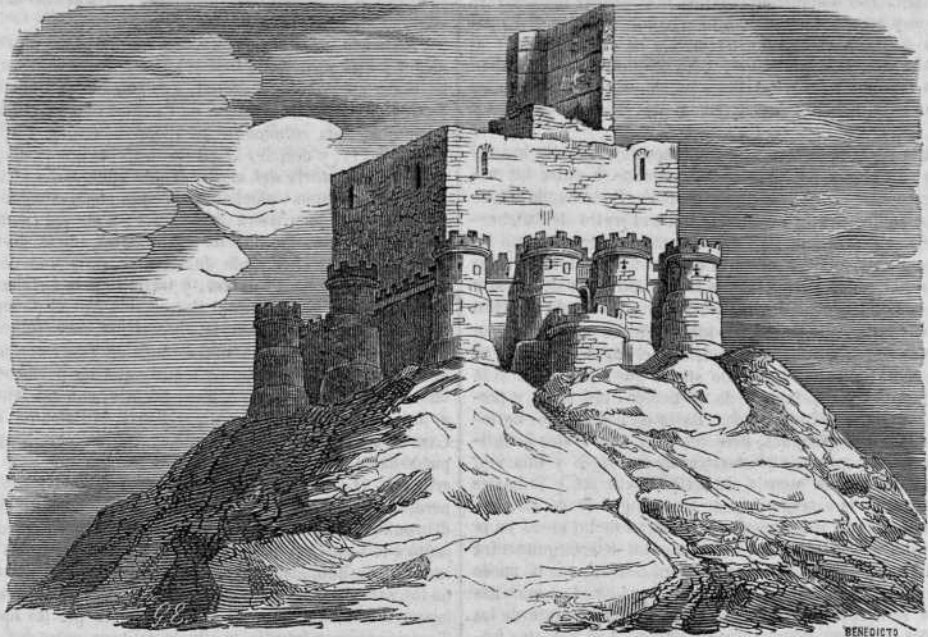
#### JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





### LA ESTRELLA DE CAMPOS.

«¿Veis ese alto castillo,  
cuya torre al cielo llega?...»  
*Comedia antigua.*

La historia militar de nuestro país puede estudiarse perfectamente en los monumentos que alzó el brazo de la guerra sobre su pintoresca superficie. Desde la atalaya ruda y primitiva hasta la moderna castramentación existe una serie sucesiva y conexa de obras centenarias, en donde se revela con claridad el progreso del arte y la fisonomía de los tiempos. Es como una vastísima crónica, cuyas hojas esparcidas por do quiera forman ordenado y significativo conjunto, que descubre sus relaciones de sucesión con el exámen de unas y otras en sintética y comparativa observación. Esta circunstancia, notable en todos los pueblos europeos, lo es más particularmente en nuestra España, donde las continuas luchas formaron un elemento activo de la organización nacional. A contar desde los tiempos fabulosos de la tradición, no hay raza belicosa que haya dejado de probar en este suelo su valor y su fortuna.

Prescindiendo de las edades primitivas, hallamos á Anibal sobre Sagunto, y á Scipion al frente de Numancia, Cartago y Roma, las repúblicas rivales de la antigüedad, renovando ante el mundo el miserable espectáculo con que Atenas y Esparta mancharon los esplendores de la era olimpica, se disputaron sucesivamente los sangrientos trozos de este eden occidental. Vinieron luego las lides odiosas de Pompeyo y César, de Sila y Mário; y también la península Ibérica vió enrojecer sus campos y sintió retumbar sus valles con los furiosos de Belona. Se lanza luego el Norte sobre el Occidente, y á la voz de Alarico caen las águilas del imperio, como al grito de los levitas las murallas de Jericó. La dinastía goda, serie tenebrosa de asesinatos, traiciones y liviandades, que cuestan sangre y llanto á la nación, termina lastimosamente en la catástrofe de Jerez. Los soldados de Muza y de Tarit estiendo el victorioso alfanje desde las orillas del Guadalete hasta las montañas de Leon. Y entonces da principio aquella batalla de siete siglos, que tuvo por campo á toda España, por contendientes á dos razas, y por banderas dos civilizaciones. El canto de victoria resonó al fin sobre las torres de Alhamar. La nación de Pelayo se cobija triunfante bajo la sombra de la cruz. Ya existe nuestra nacionalidad. Pero aun hay enemigos que vencer. Y fuimos á Italia con Gonzalo, al Asia con Roger, á América con Colon y Hernan Cortés, al Africa con Cisneros y D. Alvaro de Bazan. Y de aquellas magnificas campañas trajimos estudio y experiencia que utilizar en defensa de nuestro hogar. La sucesión austriaca dió margen á la gran contienda con la casa de Borbon sobre el equilibrio europeo. Francia vió humillada su orgullosa envidia en Pavia y San Quintin. Y perdió su bandera en

Gravelinas. Y nuestros veteranos montaron las guardias de París. Las contiendas de Flandes, la insurrección de las Alpujarras, la campaña de Portugal y el asedio de la ciudad eterna fuéron cruentos episodios de aquella tiránica monarquía, que también llevaba los tercios invencibles á combatir contra la Liga de Senakalda, que vió tremolar con gloria el pabellon castellano desde el Sund hasta el estrecho de Magallanes, y bajo cuyos esforzados campeones la infantería española conquistó la soberanía de las armas de Holanda y Alemania, en Lombardia y Francia, lo mismo contra Mauricio de Sajonia y el príncipe de Orange, que contra Selim el Beodo, y Enrique de Valois. Estinguida la dinastía tedesca después del misero reinado del último Borgoñon, que tan hondas llagas abrió á la monarquía por las terribles campañas con Luis XIV, vino la guerra de sucesion con sus asedios de Lérida y Barcelona, con sus jornadas de Almansa y Villaviciosa, y con el triunfo de la rama de Borbon. Para afirmarle contra la mala disposición de Europa, hubo que combatir con los imperiales en Bitonto y en Campo-Santo, sobre el golfo de Génova y las márgenes del Var. *El pacto de familia*, lunar funesto de un reinado feliz, hizo también desenvainar mas de una vez la espada contra la codiciosa Albion, y hacer frente después á la Francia en los violentos albores de su revolucion. Y en lo que llevamos de siglo, España puso el pié sobre el cuello al corso imperial, y ha combatido tres veces por su libertad.

Este cuadro, trazado á grandes rasgos, contiene en sí otros lineamientos menores que contribuyen al tono y expresión del conjunto. Son pues las innumerables contiendas de estado á estado y de interés contra interés que han encendido continuamente la tea de la discordia en este suelo. Verdad es que la guerra civil parece haber aquí establecido su funesto altar. Desde Perpenna y Sertorio, y sin detenernos en las horribles tragedias de la estirpe gótica, encontramos durante la reconquista á Portugal contra Castilla, á Castilla contra Leon, á Leon contra Galicia, á Navarra contra Aragon, á este contra otros, y á cada uno contra todos los demás. Las particiones de las monarquías por los reyes también fuéron abundante origen de trastornos y combates. Diganlo si no los hijos de Fernando I y de Alonso VII. Las cuestiones de sangre produjeron episodios tan tristes como el del príncipe de Viana y el de los infantes de la Cerda. La ambicion fratricida engendró dramas inexorables como el asesinato de Montiel y el infortunio de Blanca de Navarra. Y con causas mas ó menos hipócritas se alzaron los pendones de la rebellion por próceres infieles, como Nepociano y Vela, y hubo jornadas como las de los llanos de Olmedo y las márgenes del Narcea. Minorías régias cual la de Fernando IV y la de Alonso XI dieron pábulo á ominosas lides entre los hijos de una misma patria. Y entre otras escenas de cruenta memoria, el levantamiento de las comunidades, las insurrecciones de Cataluña, las germanías de Valencia y las alteraciones de Aragon apelaron á las armas contra los desafueros del poder. La justicia pública estalló también mas de un dia contra el favoritismo palaciego: testigos D. Alvaro de Luna

el jesuita Nithard. Y el despotismo fanático hizo formar tempestades que enojecieron y amenguaron el ámbito español. Flandes, Portugal y la Alpujarra guardan el lúgubre testimonio de esta verdad. Y el rey en fin lidiaba contra los súbditos, y los magnates se degollaban entre sí, y las familias y las poblaciones inficionadas del vértigo de inquietud y bandería, hicieron de continuo al país palenque de odios y desolaciones.

Esta inmensa serie de discordias y combates dejó sobre la haz del país marciales vestigios y perdurables monumentos. Y entre los mas importantes se encuentran las obras de fortificación. Pues siendo entonces preciso á los contendientes asegurarse sobre el teatro de los sucesos y crearse elementos de dominación sobre el enemigo, de aquí las líneas de torres y atalayas, los sistemas de castillos y muradas villas que guarnecían por todas partes las posiciones naturales de nuestra topografía. Y como fuéron producto técnico y multiforme de aquellos siglos y sucesivas razas, quedó impreso sobre ellos su respectivo tipo. Cada una de esas construcciones fué modelada conforme al estado en que á su fecha se encontraba el arte. De suerte que reasume en sí la fórmula característica y concluyente de su tiempo, tan clara y perfecta como en los anales del historiador. Basta poseer algunas nociones generales de las antigüedades, para descifrar esos vastos jeroglíficos de piedra, y para adivinar el misterio de su origen y filiación. Porque habiendo sufrido la escuela de Marte continuas y radicales vicisitudes á tenor de la experiencia, de las costumbres de los pueblos y los adelantos de la inteligencia, se marcan de tal modo en la fisonomía del edificio los tránsitos y refinamientos de la arquitectura militar, presentan condiciones tan diversas y espresivas, que no puede escaparse su apreciación á la crítica del investigador. Las murallas fabricadas para resistir al ariete, se diferencian radicalmente de los muros destinados á las iras fulminantes del cañón. Las vetustas fortificaciones góticas y romanas de Toledo y Lugo revelan un sistema de guerra incomparable con los sitios modernos resistidos por los bastiones de Pamplona y de Monjuich. No es posible confundir los reparos usados en tiempo del arma blanca con las posteriores á la invención del fuego. Esta fué la grande, la inmensa revolución de la ciencia militar. Cuando los guerreros combatían con el ariete y la catapulta el real del enemigo; cuando los únicos proyectiles eran la piedra disparada de la honda y la flecha del arco; cuando el testudo y la torre eran los medios de tomar los muros asediados, bastaba coronar de sillares una colina, guarecerse tras de un riachuelo, cercar el fornido torreón con la profunda sima y los aéreos canes para desafiar el poder del mas aguerrido ejército. Bien que entonces tampoco habia tropas permanentes, las campañas eran cortas, y las operaciones difíciles. Y hé aquí otra razon en pro de las antiguas fortificaciones.

Partiendo de los tradicionales precedentes, ningun registro se halla mas gráfico y copioso para estudiar el curso de las guerras y su influjo sobre la profesion de las armas, que la coleccion de obras defensivas esparcidas por los ámbitos de la península, y que forma un album de tan pintoresca perspectiva como curiosa ilustración. Apenas se presenta el anticuario al pié del monumento, le ofrece la patente de su abo-lengo. Así el ropaje revela el tipo de la estátua, la fisonomía descubre la raza del gigante, y el cuadro hace adivinar al pintor.

Así pues, desde la vez primera que con los ojos del arte vimos *el castillo de Torremormojón*, pudimos determinar su fecha. Las troneras abiertas sobre sus baluartes son las inscripciones de su nacimiento. Aquella cruz latina, símbolo marcial de la guerra santa, caracteriza toda una época. *La estrella de Campos* es obra de los cruzados, al regreso de las heroicas expediciones. Igual resultado nos da el género de su arquitectura. Los robustos machones, donde arranca el arco gótico-primitivo de las galerías, manifiestan la reciente innovación que los paladines cristianos introdujeron en el estilo á su retorno de Palestina. Apenas el pilar lombardo ha perdido aquí sus formas pesadas, y la elipse germánica no se atreve casi á romper el semicírculo bizantino. Presentan aun esas crujiás el aire sombrío y austero de una abadía sajona. Y convertidas hoy en amenazadora ruina, azotada solamente por el soplo del cierzo, tienen una fisonomía que impresiona profundamente la imaginación. El corte de las arcadas, el tipo de los pilares y la disposición general de estos pasadizos tienen notable analogía con los corredores internos del castillo de *Villalba de Alcoz*, aunque es menor en antigüedad. Las obras de defensa de *Torremormojón* tambien indican el adelanto del arte al tiempo de su acontecimiento. Los redondos torreones, poco mas altos que los muros, ya sustituyen aquí á las primitivas torres cuadradas de gran elevación, marcando el progreso en el estudio y servicio de los tiros de flanco. Las líneas de saetias y adarbes atestiguan con evidencia el grado de aprovechamiento que el manejo de las armas obtenia entre los hombres de aquel tiempo. En esos parapetos se hallan troneras de muchos géneros y destinos. La almena abierta y la aspillera redonda; la mina espaciosa y la angosta ladronera; el boquete trasverso y los canes verticales, todo se empleó por el artista en la combinación de este formidable alcázar. Domina en

su artefacto el sistema del arma blanca, para el cual le daba poderosas ventajas su fortísima posición.

Asentado en la cúspide agria y eminente de un cerro colosal, el mayor y mas escueto de todo el país, señorea inmensidad de terreno hasta los puertos de Manzanal, á la entrada de Galicia, y las sierras de Guardo, y las lontananzas de Palencia, en vastísimo é insondable panorama. Esta culminante localidad dió origen á su denominación primitiva (1), y después al título alegórico que la distingue de todas las demás. *La torre del mayor mojon* apellidaron á la orgullosa fortaleza sus antiguos castellanos. Porque efectivamente el collado no tiene igual en toda tierra de Campos; y porque como la cadena de que forma parte, fué una de las primeras líneas divisorias entre el reino de Leon y el condado de Castilla, sería uno de los *mojones* ó signos de limite de la frontera, y transmitir á la fortaleza el nombre de su topográfica superioridad. Corrompida con el tiempo la frase, y perdida la significación de la abreviatura *mor* (cifra anticuada de *mayor*), se redujo á la actual fórmula de *Torremormojón*. Esta etimología nuestra es tan clara y lógica, que no puede ocultarse al criterio del anticuario. Los pueblos, además, con esa fantasía elocuente y poética que revela sangre meridional, la llamaron «ESTRELLA DE CAMPOS.» y así le conoce la tradición. Decían bien. Ninguna definición puede darse mas rica ni feliz. Es una imágen que vale toda una descripción. *¡La estrella de Campos!*... Tuvieron razon. Ella aparece perdida en el espacio; ella domina la inmensidad; ella es la reina del confín. Los pueblos la miran descollar por sus campanarios, que junto á ella parecen matorrales pegados á la roca; los cerros y alcoradas besan humildes sus piés; los moradores la ven desde el fondo de los valles tras los rotos muros de las villas; y apenas desde las mas lejanas cumbres el viajero tiende la vista por las llanuras góticas, *TORREMORMOJÓN* levanta su silueta solitaria entre los senos del ambiente y las confusas perspectivas de un horizonte vastísimo y deslumbrador. Ella tambien servia de atalaya para la defensa del país; era la guia para las operaciones militares; proporcionaba amparo, custodia y centro de acción en los azares de guerra... era en fin la estrella que domina en las alturas, la estrella que brilla en medio de la tempestad, la estrella que conduce al punto de salvación. ¡Bien decían los campesinos! *La estrella de Campos era su Torre del mayor mojon!*

Establecida sobre la línea meridional del camino entre Médicis de Rioseco y Palencia, con la pequeña villa al pié, á la puerta S. O. del escarpado cabeza, aislada en torno, y fuerte por la naturaleza y por el arte, su plano hace un cuadrado, cuyas dimensiones daremos después. Precede al recinto exterior en la cortina del Poniente una obra avanzada para defender el ingreso de la plaza. Compónese de una luneta ó medio baluarte, que arrancando de un murallon cuadrilongo con 40 piés de línea y 18 de grueso, traza una curva saliente de 50, y presenta un alzado de 28 hiladas de abultado sillarejo, con el correspondiente coronamiento de almenas y aspilleras, abiertas en los andenes del terraplen. Era este cuerpo de fortificación, además de un puesto avanzado, el vestibulo del castillo y el paso preciso para la puerta principal. Abierta esta en el muro del primer recinto, á bastante altura del suelo, sobre una escarpa inaccesible, para entrar en la fortaleza habia que subir á la luneta exterior, y de ella se transitaba á la porteria por medio de un inmenso puente volante que desde ella caía sobre el glacis del luneto sobre un espacio de muchos piés, en cuyo intermedio se levanta todavía el pilastón destinado á sostener el levadizo, que sin este sustentáculo se apandaría por su largo trayecto bajo el peso de la guarnición. Con este sistema tan ingenioso y seguro quedaba el castillo perfectamente defendido por su parte mas aventurada. Pues nada importaba que el enemigo tomase por sorpresa ó por armas el puesto avanzado de prevención. Levantado el puente y dominada la plataforma por los cuerpos culminantes de los recintos principales, ni podia permanecer allí sin ser inmediatamente aniquilado, ni menos penetrar en la plaza, por ancho y profundo espacio separada de él. En ningun otro castillo feudal habiamos hallado semejante disposición castramentaria, que llama notablemente la atención y prueba la inteligencia y celo desplegados en los reparos y guarda de este importante fuerte.

Honda y ágría cava circua en torno el trazado general, compuesto de tres líneas completas de fortificación, que se dominaban y protegían del centro á la periferia. Constituye la primera un cuerpo cuadrangular de murallas, con nueve piés de codal y treinta hiladas de elevación. Flaquean sus cortinajes nueve fornidos cubos, situados en los ángulos y en los intermedios de cada frente, formando baterías de flanco, mutuamente protegidas, que limpiaban los fosos y escarpas, y ponían á cubierto los grandes lienzos del murallaje. Coronados estos y los baluartes por almenas alzadas sobre parapetos, y horadados unos y otros por ladroneras para toda clase de proyectiles, podia dispararse

(1) Torre del mor (mayor) mojon.—Corrompido hace Torremormojón.

á la vez una lluvia de flechas, venablos, piedras, y cuantos instrumentos arrojados ofrecia entonces la furia de la guerra. Pues las espacuosas azoteas y vastos terrados que sobre aquellas obras existian, permitian á los defensores manejarse con holganza, y acudir en gran número sobre los puestos atacados, con superioridad incontrastable. Cómodas y abundantes escalinatas daban acceso á los puntos altos, y hacian fácil el servicio y abastecimiento de las líneas. Por la parte interna daba entrada á varias casamatas bien construidas y acondicionadas, que servian para cuerpos de guardia, y abrian la bajada á los sótanos de la fortaleza. Las dimensiones de este recinto son estensas en todas sus partes. Ciento y veinte piés próximamente cuenta cada frente trasversal sobre el glacis por la línea interior: dos de fondo y nueve hiladas de altura dan los almenares; los cubos intermedios ofrecen al nivel del plano cincuenta piés de curva, y sesenta y seis de círculo en el espacio de la plataforma, con treinta y siete hiladas de alzada; los ángulos tienen ochenta y seis piés de circunferencia, llegando el del N. hasta ciento, con una planicie de noventa en su terraplen, haciendo unos y otros diez de espesor, y mediando entre ellos cincuenta y cinco piés de cortina recta. Lo cual presenta un frente de ciento y diez; que unidos á los treinta y cinco que sirven de base diametral al cubo céntrico, y á los cuarenta y dos, poco mas ó menos, que embebe el torreón angular en el cuarto de círculo que describe sobre cada frente desde el vértice ó interseccion de los lienzos, producen una línea fortificada de ciento ochenta y siete piés, y su perimetro de setecientos cincuenta y ocho en el recinto exterior. Se entra en él por la puerta principal, rasgada en el muro del Poniente, segun dejamos esplicado, entre dos tambores y bajo un cuerpo montante de canes verticales, cubierto todo por un almenar corrido con las defensas correspondientes. El segundo órden es un cuerpo de edificio, separado de las murallas por un espacio de cuarenta y seis piés, con setenta de línea y cincuenta hiladas de elevacion, todo grandemente maltratado. Debíó hallarse defendido por líneas de almenares, establecidas sobre su parte superior, con algunos tramos de canes. Pues de otro modo, no teniendo baluartes ni cuerpos salientes, tomado el primer recinto, carecian de defensa sus lienzos rasos, bajo la vertical de los tiros superiores. Y no es creible semejante defecto en una fortaleza de tanto interés y tan soberbia construcción. Un rastrillo ojival daba ingreso á este órden de fortificacion por la cortina de Levante, precedido de un terraplen exterior, necesario para ganar su altura y hacer mas costoso el acceso. Desemboca sobre la galería principal del castillo, formada por arcadas elípticas, cubierta por fortísimas bóvedas de sillera, con aristas, y sostenidas por machones góticos de la primera época. Sobre este corredor se debía alzar otro de trazas análogas, para dar salida á la azotea, que servia de glacis á este espacio alzado. En el centro, y descollando culminante y aérea, arranca la torre del castillo, que hacia el tercer atrincheramiento de su conjunto militar. De forma cuadrangular, con veinticuatro piés de anchura y cuarenta de longitud interiores, se eleva en cuatro pisos, que dan cuarenta hiladas de altura sobre la plataforma de las galerías; ciñéndola en sus tiempos marcial corona de robustos canes y caladas ladroneras en los supremos bordes de su altísima y deslumbradora cúspide, perdida en el viento y en la inmensidad.

Bajo su planta tiene inmensos sótanos para el servicio de la guarnicion. En ellos estaban los abastecimientos de vituallas, depósitos y cuantos departamentos en estos edificios son necesarios. En ellos está *La cuba de piedra*, que llaman los naturales del país, y adornan con varias consejas de cierto moro cautivo y sendos adminículos propios de tales casos, pero que no es mas que uno de los algibes para el ruego de aguas. Por cierto que creemos debian cebarse por los foros del lienzo N.; pues hay en su centro un baluarte angular, que parece destinado á cortar las aguas profundas, y dirigidas á unos conductos ya ciegos, que se descubren en el muro, á flor de tierra.

Los sencillos paisanos contemplan con cierto pavor la descuidada fortaleza, cuyos subterráneos suelen servir de albergue á los malhechores. Porque algun viajero pagó ya su curiosidad, quedando maniatado y maltrecho por tan siniestros huéspedes. Así es, que durante nuestra expedicion á la fatidica torre, que se prolongó por algunas horas, hubo quien ya nos contemplaba sumidos en alguna de sus negras mazmorras, renovando la escena de Gil Blas en la cueva de Rogando, bajo la férula de algun «señor de vidas y haciendas.» Y aquellas buenas gentes, cuando descendimos del altozano, nos miraban cariacontecidas, jurando por la portada del calendario que habian estado con el alma en un hilo por nuestra importante salud. Si tardamos mas en volver, trazas llevaban de tocar á rebato: pero de fijo no hay un prójimo capaz de asomar las narices por ese fantástico Argel. Unicamente por costumbre singular ascienden á la sombría fortaleza los honrados labriegos de *Torremormojon* en los dias de torna-boda, que pasan sobre aquellas alturas, disfrutando alegremente, para que Dios conceda á los novios, como dice el D. Hermógenes del café, numerosa y masculina sucesion.

Pero *Torremormojon* es hoy la sombra de lo que fué. Sin rastrillos, sin lobas ni poternas, está á la merced del vandalismo. Los muros se derruyen, las bóvedas se desploman, las piedras amontonadas obstruyen los pórticos, y la torre pronto acabará de desaparecer. Allí reinan la muerte y el olvido. Y la mano del tiempo y el abandono de los hombres tienen sobre estas ruinas un manto tristísimo de hielo y soledad. Desiertos los desmantelados baluartes, crece agreste yerba sobre sus solitarias esplanadas. Y solamente interrumpe el silencio sepulcral de aquellas vetustas galerías el ruido de los sillares, que desprendidos de sus bóvedas, ruedan por los hacinados escombros, y cuyo eco sordo y pavoroso se estingue lentamente por aquellos mudos y desolados ámbitos! El arqueólogo no mas con ese espíritu característico y aventurero, con el valeroso amor al arte, hijo del entusiasmo y del sentimiento, se atreve á penetrar bajo aquellas naves que estan desplomando las dobelas sobre su cabeza; á encaramarse por los desmoronados murallones que tiemblan á la presion de su pisada; y á escalar los restos vacilantes de la torre, que ha de arrancar un dia la ráfaga del vendabal. Para el corazon de los artistas hay en todo esto un atractivo vehemente, un encanto arrebatador, un goce que solo comprenden las almas de mágico poder. Allí se respira el aura de otros siglos; allí se hace uno el hombre de otra época; allí se ensancha la mente en una atmósfera de poesia, meditacion y éxtasis!... Y se habla á los genios; y se invocan los fantasmas; y en el rumor del insecto que cruza por el polvo, en el silbo del viento que muge por las azoteas, en el eco de nuestros propios pasos, perdidos á la ventura por aquellas soledades, creemos oír la voz misteriosa y aérea de la antigüedad, que brota entre los fragmentos y se desliza por las grietas, para revelar los arcanos de lo que fuera, y susurrar á nuestros oídos memoranzas que no tornarán á ser.

V. GARCIA ESCOBAR.

## BIOGRAFIA

### DE DON ALVARO DE NAVIA Y OSORIO,

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, VIZCONDE DEL PUERTO,

FUNDADOR DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

El período en que vivimos hará época en la historia de España por el espíritu de charlatanería que le caracteriza. A todas horas vemos pregonar grandes nombres históricos, citar hechos famosos, dar los nombres de unos y otros á calles y plazas, pronunciar discursos llenos de vulgaridades históricas; y sin embargo, apenas sale á luz una obra que indique un estudio concienzudo de nuestra historia, y que demuestre que aquellos nombres y aquellos hechos sirven para algo mas que para manosearlos. Y entre tanto nombres gloriosos, nombres de españoles que lo sacrificaron todo en servicio de su patria, que alcanzaron en vida merecida fama, yacen en el dia olvidados, á pesar de tanto y tanto sabio articulista é historiador en embrión.

Esta comun desgracia cupo á D. Alvaro de Navia y Osorio, célebre general, diplomático y escritor. Nació D. Alvaro en el principado de Asturias por los años de 1688, cuando la dominacion austriaca en España tocaba á su fin. Su padre, señor de la villa y puerto de Navia, era de la nobilísima sangre de los Navias y Osorios, y poseedor de estas dos ilustres casas; su madre pertenecía á la no menos noble familia de los Argüelles, bien conocida en Asturias. Crióse D. Alvaro al lado de sus padres, quienes le dieron una educacion digna de su clase. Era esto en tiempo en que, por muerte de Carlos II, habia ocupado el trono de España una nueva dinastia, rama de la ilustre casa de Borbon, y con ella se habian inaugurado en esta monarquía una nueva politica y un nuevo sistema de gobierno. Pero como si la Providencia hubiese condenado á la nacion española á no dar un solo paso en la senda de la civilizacion sin que la costase ríos de sangre, vió á toda Europa conjurada en daño de su joven rey Felipe V, quien no solo tuvo que luchar contra las extranjeras fuerzas coaligadas, si tambien contra las matrembles de los súbditos catalanes y aragoneses rebeldes. Triste cuadro ofreció entonces la peninsula ibérica; la guerra assolaba en toda partes sus mieses, quemaba sus aldeas, arruinaba sus ciudades; hombres de todas religiones, de todos los países del mundo, dirigian contra ella las ensangrentadas armas, y animaban á sus hijos á despedazarse mutuamente. Jamás habia sufrido esta heroica nacion una lucha tan funesta.

Pero en medio de este cuadro de ruina, la imaginacion se sienta fuertemente conmovida al recordar los portentosos, los increíbles sacrificios que el pueblo castellano hizo en aquella ocasion por sostener trono de su joven monarca. Todo lo que una nacion tiene que dar; sangre, su riqueza, sus posesiones, su glorioso pasado, todo lo dió aquellos pueblos por Felipe V. Cuando espiró Carlos II, no tenia Espa-

ña ejército, ni hacienda ni marina; á los pocos años sostenía una lucha prolija contra la mayor parte de la Europa reunida, y ganaba batallas en Almansa, Gudña y Villaviciosa.

No fué el antiguo principado de Asturias de los que menos se señalaron por su desprendimiento y decision; no bien habian penetrado en España los primeros batallones portugueses y británicos, cuando voluntariamente ofreció al rey un regimiento completamente armado y equipado, y habiéndole dado S. M. la facultad de elegir los oficiales, nombró su coronel al vizconde del Puerto que acababa de concluir sus estudios. A la cabeza de sus fieles asturianos prestó D. Alvaro importantes servicios en todas aquellas sangrientas campañas, y particularmente en el reino de Valencia. Tomada Tortosa, pasó el vizconde con su regimiento, por orden del duque de Orleans, á la recuperacion del reino de Sicilia, y contribuyó á restablecer el sosiego en aquel reino. De allí se le destinó al recobro de Cerdeña, en donde quedó por segundo comandante; aunque en breve, conociendo el jefe su talento, le abandonó todo el mando, que desempeñó hasta 1721, en cuyo año el tratado de la cuádruple alianza obligó á España á evacuar aquella isla.

Las extraordinarias pruebas de capacidad que dió el vizconde, le habian acreditado de uno de los mas estudiosos é instruidos de nuestros generales; por cuya razon el gobierno español resolvió aprovechar sus buenas cualidades en materias ajenas de la milicia, y le nombró su embajador en la corte de Saboya. Fué muy bien recibido el marqués por aquella corte y por el duque reinante, quien llegó á tratarle con gran confianza y á distinguirle sobre los demás embajadores, atencion debida en gran parte á las excelentes cualidades de aquel ministro. Permaneció D. Alvaro en Turin hasta que, caído Riparda, se trató de celebrar un congreso general en Limons, en cuya ocasion le nombró el rey su segundo plenipotenciario en aquel congreso, y embajador extraordinario en la corte de Luis XV. La eleccion no pudo ser mas acertada, pues el vizconde era ya ventajosamente conocido en Europa como buen escritor y hábil militar por su tratado de *Reflexiones militares*, obra que con razon fué considerada como una de las mejores que sobre el arte de la guerra se habian escrito.

A su llegada á Paris se unió Santa Cruz con Macanaz y Barreñechea, plenipotenciario de España, y juntos todos, trataron de apartar á la reina Isabel Farnesio de la engañosa alianza del cardenal Fleury, y hacerla adoptar una política mas franca, decidida y decorosa; pero no solo no lo pudieron conseguir, sino que desde aquel momento quedaron espuestos á la ira de aquella violenta soberana y á la de su no menos orgulloso ministro D. José Patiño. No tardó Santa Cruz en recibir repetidas pruebas de esta mala voluntad; mas consolábase la buena acogida que tuvo en la corte de Francia, y el aprecio de los hombres eminentes de aquella capital, cuya amistad supo granjearse por su amable trato, su veracidad, rectitud, desinterés y aplicacion; hasta el pueblo parisiense llegó á conocerle y estimarle, como lo manifestó claramente á su muerte.

Rotas las engañosas negociaciones de Soissons, fué llamado Santa Cruz á España, y salió de Paris con general sentimiento de aquella corte, después de haber sufrido gran menoscabo en su patrimonio, pues el exhausto tesoro español, consumido en inútiles, aunque gloriosas guerras, no alcanzaba para pagar á los ministros, quienes con frecuencia veían arruinada su casa por sostener el honor del escudo de España.

Conociendo el recto y prudente Felipe V el mérito del marqués, quiso darle la secretaría de guerra, vacante por la salida del marqués de Castelar á la embajada de Francia; pero dominado, sujeto, tratado como un prisionero de Estado por su esposa, no pudo Felipe en esta ocasion, ni en otras muchas, poner por obra sus buenos propósitos, y antes al contrario, la estimacion que le manifestaba el monarca perjudicó en estremo á D. Alvaro de su privanza; pues temeroso el primer ministro D. José Patiño, aprovechó la ocasion de hallarse vacante el gobierno de Ceuta por marchar su gobernador, conde de Charuy, mandando las tropas que pasaban á entregarse de las plazas de Toscana, y eligió á Santa Cruz para que le reemplazase en aquel mando, ordenándole trasladarse á la costa de Africa, y premiando de este modo sus extraordinarios servicios.

Un año hacia que se hallaba D. Alvaro en Ceuta, cuando salió de los puertos de España la célebre expedicion que, al mando del conde de Montemar, se dirigió contra Oran y Mazarquivir: incorporóse Santa Cruz al ejército expedicionario con algunas tropas cuyo mando se le confió, nombrándole al mismo tiempo, y como en desagravio, teniente general, con cuya graduacion asistió á la toma de aquellas plazas y se encargó de su mando y del de aquellas fronteras. En ellas recibió al poco tiempo gloriosa muerte aquel inclito español, pues habiendo ordenado en 22 de noviembre de 1752 una salida contra los muros que cercaban á Oran, fué muerto en ella con otros generales y soldados. Dudóse por algun tiempo de su suerte, pues no se encontró su cadáver en el campo de batalla; pero no habiéndose tenido nuevas suyas, por mas que se procuraron, y no pidiendo los moros su rescate,

se acabó de confirmar la noticia de su muerte. Fué su pérdida universalmente llorada: echóse en cara á la corte de España el mal pago que habia dado á tan esclarecido militar; y el principe heredero D. Fernando, que, aunque no á las claras, representaba el partido opuesto á su madrastra, dijo públicamente que mas hubiera querido la pérdida de nuestras posesiones africanas que la del marqués. Murió D. Alvaro de Navia y Osorio á los cincuenta años escasos de edad y treinta de relevantes servicios; habia casado tres veces, y tenido nueve hijos de sus diferentes mujeres; era de mediana estatura, pero proporcionado; algo grueso, de hermoso rostro, de genio muy facil de irritar, pero mas pronto aun en aplacarse y en pedir perdón de una falta, cualquiera que fuese la condicion del ofendido; su generosidad rayó en exceso, y dejó su casa muy empenada por el servicio y decoro de la monarquía. Fué, como ciudadano, honrado padre de familia, noble, amable, desinteresado; como soldado, uno de los mas entendidos y valientes de aquel tiempo que produjo los Montemar, Gages y Minas; como literato, uno de los mas eruditos de aquel siglo de erudicion.

Los once tomos de sus *Reflexiones militares*, el último de los cuales escribió y publicó en Paris, manifiestan su vasto génio y prodigioso estudio; pero dan aun mas á conocer su buen corazon y su inclinacion al bien, á la justicia y misericordia; pues tanto cuidado puso en que su obra sirviese para hacer buenos generales como hombres previsores, jueces severos y padres caritativos; conociendo y esplanando perfectamente la idea de que la milicia es un sacerdocio, y el único objeto de su instituto el de conservar la paz previniendo la guerra. Sus obras se tradujeron durante su vida en Francia, Holanda é Inglaterra, siendo recibidas en todas partes con igual estimacion. Su idea era continuarla hasta completar veinte tomos, á cuyo fin tenia recopilada la materia de los nueve restantes, con otros muchos datos para la *Historia de los tratados de paz y alianza de España*, obra colossal que habia emprendido y para la cual se le habian enviado de orden del gobierno de Madrid copias fieles de los documentos existentes en los archivos de España. Es muy de sentir que no pudiese llevar á cabo una empresa tan útil á la historia nacional, y que su pluma no hubiese llenado el vacío que en esta parte se advierte hasta aun en nuestros dias.

Hemos dado al marqués de Santa Cruz el titulo de *fundador de la Academia de la Historia*, que habrá llamado la atencion de nuestros lectores, porque, en nuestro concepto, él fué quien concibió la idea de formar aquella corporacion, á semejanza de otra que acababa de inaugurarse en Turin, en donde á la sazón se hallaba D. Alvaro de embajador. Y no solo animó á varios nobles y literatos españoles á llevar á cabo aquel proyecto, sino que les indicó los medios de reaflzarlo y les trazó un estenso plan de las tareas en que debian ocuparse; siendo la principal la formacion de un diccionario critico, histórico, geográfico, á cuyo fin repartió el trabajo entre los varios individuos que componian la sociedad, dando á cada uno excelentes consejos que prueban su inmensa erudicion.

Citaremos en apoyo de nuestra opinion un opúsculo que existe impreso titulado «Últimas ideas del marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un diccionario histórico geográfico. Con distincion de si ha de ser bajo un solo alfabeto ó de muchos. Aviso para la mas fácil ejecucion del Diccionario Universal.» En cuyo capítulo XVIII se lee: «El contesto de los muchos diccionarios que se hallan impresos, quitando la duplicacion que unos hacen de lo que otros dicen, se reducirá á menos de una cuarta parte de lo que juntos todos cuestan de compra y lectura, con que el formar de ellos uno solo seria de grande alivio y ahorro á los curiosos. Las mayores ventajas que de tal obra en español resultarían á España, quedan ya espresadas. Casi todos los diccionarios impresos fueron compuestos por hombres doctos, y corregidos y aumentados por centenares de personas eruditas que subintraron al trabajo para las muchas reimpressiones que se hicieron de aquellas obras, y en lugares de copiosas librerías.» Aconseja después formar un solo diccionario de todos los ya publicados, de los cuales cita hasta cuarenta y siete, y concluye su proyecto de diccionario de un modo que manifiesta lo sencillo y generoso de su carácter. Dice así: «Entre el diccionario de la edicion de Moreri de 1725 y el de Trevoux de 1721, los cuales juntos componen once volúmenes, abrazan lo principalísimo de cuanto contienen los demas diccionarios. Si aun el trabajo del anterior capítulo pareciere pesado á mis amigos de España, animense á lo menos, en servicio de la nacion, á formar una obra de las dos espresadas, que vendrá á quedar en ocho tomos, quitando á Moreri la difusa relacion de genealogías y troncando lo que una obra duplica de lo que en la otra se halla. *Prometo adelantar los gastos de la imprenta y componer yo uno de los tomos, y dejaré á mis compañeros toda la ganancia, siendo para mí sobrada la que nuestra patria logre la obra y entre con el tiempo en el gusto de mejorarla.*

Cuando tambien á esta proposicion rehusen el oído mis paisanos, puedo llorar su literaria negligencia; pero no escusarles el sonrojo de que los caballeros de la corte de Turin y algunos otros habitantes de la

misma, emprendan por entero un trabajo para cuya parte no se presenta bastante número de hombres de tantas provincias como España tiene, habiendo en ella centenares de sujetos capaces de mayor asunto.

Estas son las razones en que nos apoyamos para dar al vizconde del Puerto el título de Fundador de la Academia de la Historia, pues si ha merecido el marqués de Villena el de Fundador de la Academia de la Lengua solo porque aconsejó su creación, con mayor motivo le es debido á aquel, pues no solo invitó y animó á los caballeros españoles dándoles en cara con el ejemplo de los de la corte de Turin, si que además formó el plan de sus tareas, las repartió entre ellos, les indicó la marcha que habían de seguir en sus trabajos, y se ofreció generosa-

mente á costear la obra, á pesar de los escesivos gastos que ocasionaba entonces una empresa de esta naturaleza. Ciertamente es que la Academia de la Historia no fué creada hasta algunos años después de la muerte de Santa Cruz; pero indicándose en el decreto de erección que el objeto de su formación era el de componer un diccionario histórico, debemos creer que no se hizo mas que seguir la idea dada por aquel, para cuya realización había trabajado tanto. Así pues, la Academia de la Historia le debe en justicia una indemnización por el olvido en que le ha tenido, así como la de la Lengua está en obligación de demostrar con algun acto ostensible el aprecio que la merece su creador el ilustre marqués de Villena.

JOAQUIN DE MALDONADO Y MACANÁZ.



(Los huérfanos.)

## LOS CAFÉS.

Progresamos, adelantamos: ¿quién lo duda? ¿Habrá quién se atreva á poner en parangón las antiguas botillerías con los modernos cafés? ¿Qué valen la aloja, el agraz ni la leche amerengada al lado de un barquillo relleno de fresa ó de un quesito helado de Chantilly? ¿Qué comparación admiten las mesas de pino, los bancos cojos, las paredes ahumadas y los farotes de reverbero de la subterránea botillería de Canosa, con las mesitas de mármol, los blandos taburetes, los espejos, elegante empapelado y lámparas de gas del Suizo ó de la Esmeralda?

Nada hay en el mundo mas sintético, mas enciclopédico, mas omnibus que un café donde se come, se bebe frio y caliente, se juega, se lee, se charla, y sobre todo se mata el tiempo. Matar el tiempo, hacer tiempo, hé aquí dos ocupaciones sabrosísimas para todo buen español que siente correr por sus venas la sangre de los voluptuosos árabes, ó de los ya afeminados hijos del rey Vamba.

Por supuesto que esto de hacer tiempo es una ironía, un *contraria contrariis* alopático, un al revés te lo digo para que me entiendas, un contrasentido tan de marca mayor y tan de bulto como el de llamar pelon al que no tiene pelo, y rabon al animal que carece de rabo.

Aquí hacer es sinónimo de no hacer; se hace tiempo como se suelen hacer economías, reformas y mejoras, es decir, dejando las cosas como estaban, ó peor si á mano viene.

Está probado que en España los días son mas largos que en lo restante del globo; lo cual unido á nuestra fabulosa afición al trabajo y á nuestra nunca bien ponderada prontitud para dar cima á cualquiera empresa, es causa de que de las veinticuatro horas siempre

en suma total nos quede mas de la tercera parte *de plus, de descanso*; una superabundancia de tiempo que el barbero mata leyendo algun periódico, el oficinista limpiándose las uñas con el cortaplumas, el cochero roncando sobre el pescante, la jovencuela atusándose las cocas, el autor dramático fumando en el cuarto de las actrices, y el estudiante en la parada ó mirando los escaparates de las tiendas.

Matamos el tiempo con la misma facilidad con que lo dejamos todo para mañana, y con la misma fé con que copiamos al pié de la letra usos, trajes y necesidades de nuestros vecinos ultrapirenaicos.

¿Qué alegron no hubieran tenido nuestros abuelos con el descubrimiento de este nuevo perdedero de tiempo? ¿Y cuánto no se hubieran chupado y rechupado los dedos después de un rico vaso de ponche á la romana ó de un delicioso *biscuit*? Verdad es que, sobradamente cuocos, sabian irse á la tardecita á matar el tiempo á casa de algun amigo, donde segun costumbre tradicional, se servia á cada uno de los presentes un vaso de agua con esponjado, un pocillo de chocolate con bizcochos y una tacilla de dulce con gran contento de mas de un gastrónomo que solia repetir la misma funcion masticatoria en el cuarto de al lado; pero aparte de ser este un modo sumamente espuesto á una bancarota estomacal, carecia del tinte republicano y anti-ceremonioso de estos focos de animacion y de chismografía que llamamos cafés.

Y aquí cúmplenos á fuer de españoles caballeros como pocos, y amantes de faldas cual ninguno, declarar á son de trompa y de clarín ante la faz del universo, que las mujeres podrán hacer tiempo en sabrosa contemplacion delante del espejo, telegrafando desde el balcon, yendo á las novenas y misiones ó espulgando á sus perritos; pero nunca lo matan delante de una botella de cerveza ó de una mesa de billar.

Los cafés, que mas de una niña mandaria demoler, han sido la muerte de las tertulias de confianza en que se jugaba á la lotería,

á la peregrila ó á la mona; han hecho que los hombres, aproximándose unos á otros, encuentren mas placer en murmurar, mentir y votar á sus anchas sin miramiento de ningún género, que en apurar el diccionario de galantería y piropos al lado de una muchacha, ó en sostener una conversacion insulsa y fastidiosa con las señoras mayores. El sexo feo, egoísta como él solo, huyendo de la estremada finura para con las damas, del quijotismo, en una palabra, suele caer á menudo en el extremo opuesto, es decir, en la grosería y poca delicadeza.

Un café, sobre todo de noche, es un invernáculo, una estufa donde en medio de una atmósfera densa y sofocante se ven infinidad de plantas y de flores; allí estan los hombres *alcachofas*, léase pedantes, todo desperdicios, muchas palabras y ninguna sustancia; allí los *girsóles* políticos que convergen hácia el sol que mas calienta; allí los hombres *enredaderas*, mineros, bolsitas, agentes, etc., etc., que enreden en sus lazos á los incautos hijos de Eva; allí las fastidiosas *ortigas*, vulgo pollos, que solo sirven para estorbar y desgarrar honras ajenas; y allí por fin se encuentran varias otras especies tan abundantes como desconocidas en la Flora botánica.

«Mirad: veis aquella mesa que rodean un caballero, una señora, dos niños, una jovenzuela y una criada? Pues es la familia en masa, de D. Hipólito, honrado comerciante de la calle de Postas, que, cómo dia de fiesta, ha sacado su gente á paseo, y por via de merienda les convida á refrescar. ¡Qué fisonomías tan placenteras! ¡qué miradas tan significativas dirigen hácia el mostrador, desde donde debe partir el convoy de leche amerengada, bizcochos y barquillos que ya los tiene con la boca hecha agua! Todos se aprestan para el asalto. La jóvencita se descalza los guantes, los niños se ponen de rodillas sobre sus asientos para poder maniobrar con mas desembarazo, D. Hipólito sacude con el pañuelo, y sopla las migas que á despecho del paño del mozo quedaron sobre la mesa; su consorte se ocupa en indagar la profundidad de su faltriguera, para llenarla á su tiempo con los restos del festin, y la criada, que solo de higos á brevas se encuentra en tales gaudeamús, arrima la silla cuanto puede al centro de las operaciones.

(Concluirá.)

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

## LAS ANIMAS.

CUENTO ANDALUZ.

(Conclusion.)

Fuése después á la tercera vieja, á la que preguntó por qué tenía los ojos tan reventones y tan encarnados.

—Hijo mio, contestó esta retorciéndolos, es de tanto coser, y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien habia dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decia: agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo, y ten entendido que el dia en que te vea coser una puntada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmentará.

Y, señor D. Fernan, ya está mi cuento rematado: ojalá os haya gustado!

FERNAN. Mucho, tía Sebastiana, mucho; pero lo que veo, es que las ánimas á pesar de ser benditas, son en esta ocasion unas picarillas.

TIA SEBASTIANA. ¡Señor! ¿y va su mercé á buscar doctrina en un cuento como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son mas que *reñideros* sin preceptos y sin enseñanza. De todo quiere Dios un poquito.

FERNAN. Verdad es, tía Sebastiana; mejor dice Vd. con su sencillez buen sentido, que se pueden pensar otros con su culto criterio: pero, tío Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y este á Vd. toca contármelo. ¿No me ha dicho Vd. otras veces que todos somos devotos de *Santo Tomás*? Pues si lo es Vd., allá van estos habanos como ofrenda al santo.

TIO ROMANCE. Por no desairar á su mercé...

FERNAN. Pero quiero el chascarrillo; me hace falta para mi intento.

TIO ROMANCE. Ya! su mercé lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que de ánimas se platica, vaya de ánimas. Habia un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado como á la oveja; de manera que no tenía capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frio: ¿qué hace? sin decir chuz ni muz ni chaqueberraque, cogió dinero del fondo de las ánimas y se mandó hacer una capa, con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como

los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedia que no daba un paso que no le tirasen un tiron de la capa, y por mas que miraba no veia quién; no bien se la subia sobre el hombro izquierdo, cuando la tenia caída del hombro derecho; de conformidad que sin estarlo llevaba planta de borracho; por lo que se lo llevaba pata de puya.

Iba mohino con esta gelera y haciendo sumarios de lo que aquello podria ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la hermandad del Santísimo, que venia tan recompuesto, llenando la calle y diciendo: *yo soy, yo soy*. ¿Qué tiene Vd., compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay dias que le veo tan *pardilloso*? ¿Qué he de tener? contestó este subiéndose la capa por el hombro derecho, mientras se le escurria por el izquierdo; ha de saber Vd. que á entradas de invierno me hallé apuradillo; habia sembrado un pegujar y no le ví el color; mi mujer parió dos niños, cuando uno que hubiese parido estaba demás donde hay otros nueve; la costó el parto una enfermedad y á mí los ojos de la cara; en fin, me ví como las buenas mozas en Cuaresma, sin un cuarto y con mas hambre que un ministro; de manera que no tuve mas remedio que *emprestarle* á las ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene, que siempre que la tengo puesta parece que me estan tirando de ella; tiron por aquí, jalon por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaria sujeta en los hombros.

Su culpa de Vd. es, compadre, respondió el otro. Si Vd. *emprestase* á un señor poderoso, grande y dádívoso como yo, no habia de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *empresta* Vd. de unas pobrecillas, miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo, que les hace falta?

FERNAN CABALLERO.

## UN AMIGO INTIMO.

VIII.

Acabada la lectura del maldito saineton, quiso saber mi dictámen su malditísimo autor.

Yo estaba ya tan cargado de soberbia y de razon, al cabo de unas diez horas que la lectura duró.

Y tales ganas tenia de tronar con el atroz *amigo*, que lisamente le dije así mi opinion:

«Ese drama es muy malo, y aun francamente, con lo que digo temo ser indulgente.

En cuanto al verso, ya no diré que es malo, sino perverso.

Así pues, buen *amigo*, yo se lo ruego, no escriba usted mas dramas y eche este al fuego; pues, voto á crispo, usted será poeta cuando yo obispo.»

Esto dije y esta fué mi firme resolusion, por ver si haciendo justicia al drama y al escritor tronábamos para siempre, que es lo que esperaba yo con tal dureza espresando mi cólera y mi opinion:

Pero mi funesto *amigo*, que si no es hombre de pró quiere parecerlo á veces, dijo con serena voz:

«Aunque me deja perplejo quien me habla con tal dureza, agradezco su franqueza y adoptaré su consejo.

Si señor, yo se lo digo; su sátira en mí se ceba, pero me ha dado una prueba de ser mi mejor *amigo*.

Y yo, aunque pese al averno,  
juro que desde este instante  
seré su amigo constante,  
inseparable y eterno.

Con gusto le vendré á ver  
á las horas de almorzar  
y á las horas de comer  
y á las horas de cenar.

Si en paseo á usted lo ven,  
me verán en el paseo;  
y si usted va al coliseo  
allí estaré yo también  
En fin, no me ando en chiquitas,  
y juro por esta cruz  
que le faltará la luz  
primero que mis visitas.»

Dijo, y me cogió la mano,  
y me dió un fuerte apretón,  
y ofreciendo volver pronto  
mi amigo se retiró!

El efecto que en mí haría  
su horrenda peroracion  
es cosa... de las que dejo  
para el benigno lector.

## IX.

—Ya puedo respirar, sí, ya estoy libre,  
dije viéndome solo; el cancerbero  
no tardará en volver, mas con la puerta  
le daré en los hocicos y *laus-deo*.

Al fin podré entregarme á mis tareas,  
y ganaré sin duda algunos pesos,  
que desde que á mi amigo he conocido  
ya casi desconozco á D. Dinero.—

Tales eran las bellas ilusiones  
á que yo me entregaba en el momento  
de entregarme, juzgando que bastaba,  
para ver realizados mis deseos,  
mi voluntad; mas el destino fiero,  
que no siempre ha de ser destino fiero,  
como si yo su saña provocase  
desbarató de un golpe mis proyectos.  
Un hombre, mas ¿qué digo? no era un hombre  
la vision infernal que mis tormentos  
vino á multiplicar; era el tal ente,  
alguacil sobre poco mas ó menos.

¿Qué se ofrece? le dije.—Es necesario  
que usted me siga.—¿Adónde?—Al Saladero —  
Llábase saladero ¡oh mis lectores!  
allá en Madrid, adonde pasa el cuento,  
una casa en que hoy pudren á los hombres  
y antiguamente se salaban cerdos:  
Es la cárcel, en fin, y á esta vivienda  
fui yo á dar con mi carne y con mis huesos,  
sin conocer de mi prision la causa  
en mas de un mes que estuve en un encierro.

Vino por fin un juez: entonces supe  
la razon del atroz procedimiento  
que á vivir en prision me condenaba,  
tratado cual se trata á un bandolero.

¿Y qué crearán ustedes del motivo  
de mi prision? Mis mañas conociendo  
cualquiera pensará que me prendian  
por escribir en contra del gobierno.

Pues no señor, la imprenta no era causa  
de mi persecucion, y el ministerio  
no soñaba en tramar conspiraciones  
para inundar en lágrimas al pueblo.

Otra era la razon, otro el motivo  
de procesarme y mantenerme preso;  
de un delito comun se me acusaba,  
¡de un delito comun!!!... delito horrendo!!!

Quise saber por qué estaba en la cárcel,  
y el juez me contestó que *por un duelo*,  
y entonces conocí los sinsabores  
á que me condenaba el juez severo,  
por ir como padrino á un desafio,  
en que sufrí porrazo tan tremendo  
y de esta nueva y triste desventura,  
de este fatal y amargo contratiempo.

¿Quién tenía la culpa? ¡Quién! ¡Mi amigo!  
Aquel diablo feroz que el hado adverso  
para turbar la paz de mis placeres  
encajó de mi vida en el sendero.

Pero él estaba preso, y su contrario  
y el padrino también, y este proceso  
después de cinco mil declaraciones,  
con otras tantas citas y careos,  
nos tuvo treinta meses en la cárcel,  
y aunque al cabo logramos ser absueltos,  
nos condenaron á pagar las costas  
á mi amigo y á mí: quinientos pesos  
importaba no mas; mi buen *amigo*  
se declaró insolvente, y por supuesto  
yo pagué por los dos y aun por los cuatro,  
teniendo que empeñar hasta el sombrero.

Pero salí por fin, y mi cuidado  
cuando libre me vi de aquel inferno,  
fué ver si en mi cabeza encontraría  
de reparar mi suerte honrosos medios.  
Un dia los hallé: «pronto, á mi mismo  
me dije, lograré gloria y provecho  
si un periódico doy que al pueblo enseñe  
á conocer las faltas del gobierno.

Nadie en la oposicion obtiene honores  
ni alcanza cruces ni consigue empleos;  
pero yo puedo en ella hacer pesetas,  
la razon y las leyes defendiendo.

¡Viva la oposicion! A ella me lanzo,  
ella es mi té, mi vida, mi elemento!  
¡Leña á los mandarines, sanguijuelas  
que se chupan la sangre de los pueblos!»

Poseido de bélico entusiasmo  
voy á entrar en la lid, el arma apresto  
con el ardor de la inmortal Marfisa  
cuando embistió ella sola á diez guerreros.

Ya editor y depósito esperaban;  
ya iban á tirar carteles y prospecto,  
cuando vino *mi amigo* maldecido  
á dar á Barrabás con mis proyectos.  
«Deme usted, exclamó, la enhorabuena;  
de mi dicha la senda he descubierto;  
sí, ya puedo decir, si usted me ayuda,  
que la fortuna asegurada tengo.

—¿Y qué puedo yo hacer?—Mucho, *mi amigo*  
usted puede á mi mal poner remedio:  
el caso es que hay vacante en mi provincia  
un destino en el ramo de correos;  
yo sé que usted es *amigo* del ministro  
y... no hay mas que decir.» En el momento  
confesaré, lectores, que aquel hombre  
un dardo agudo me clavó en el pecho.

Yo le quisiera conceder mi apoyo,  
recomendarle en fin, darle un empleo;  
mas ¿cómo ya de oposicion escribo  
debiéndole un favor al ministerio?  
Renunciar á escribir es una droga,  
quizá es mi porvenir lo que aquí pierdo;  
pero este mozo, dije, hace tres años  
me aniquila tal vez sin conocerlo.

Ya es triste que á mi cuenta vista y coma,  
pues yo le pago el sastré y le mantengo;  
mas no es esto en verdad lo que me aburi  
lo que me quita, al verle, hasta el alien.  
Es su sombra fatal que me persigue  
en mi casa, en la calle, en el paseo;  
es que al café me sigue y al teatro  
sin darme libertad por un momento;  
es que si una mujer me da una cita,  
ó renuncio á la cita ó al secreto,  
porque no me es posible dar un paso  
si conmigo no va mi compañero.

¿*Quid faciendum*? No hay duda, voto á  
satisfaga mi *amigo* sus deseos,  
y cobre yo con su anhelada ausencia  
mi libertad y mi reposo á un tiempo.  
Dije, y le di la carta que queria,  
y el ansiado destino obtuve luego,  
y mi *amigo* partió, dejando mi alma  
descansada y tranquila; pero... miente,

que aunque nunca he querido, escarmentado,  
contestar á las cartas de aquel necio,  
él me ha estado escribiendo desde entonces  
tres pliegos de papel cada correo.

X.

CONCLUSION.

Medio año va á hacer ya que el hado impío  
lanzóme á tierra estraña,  
y renunciar acaso para siempre  
debo al cielo benéfico de España.

Fijo solo en la huida  
cuando á mi patria di la despedida,  
estuve luego un tiempo vacilante  
sin saber, en sustancia,  
si seguir adelante  
ó aclimatarme en Francia.

Tan pronto el pensamiento ambicionaba  
recorrer el Oriente;  
tan pronto hácia la América bogaba  
mi acalorada mente,  
que de golpe y porrazo  
se zampaba en el monte Chimborazo.

Consejo pedi luego á la prudencia,  
y en la Francia fijé mi residencia.  
Aquí vivir espero, francamente,  
de la injusticia ausente,  
sin que á muchos mi musa mortifique,  
sin que algun zampatorras me critique,  
y al abuso insolente  
del comercio social poniendo un dique.

Mas... no sé lo que digo;  
ya me entregaba á locas alegrías,  
cuando no hace tres dias  
que recibí esta carta de mi amigo:

«Caro amigo: En este instante  
estoy que el diablo me lleva,  
pues cual rayo fulminante  
recibo la mala nueva  
de haber quedado cesante.

Me recuerda este revés  
que nuestro amistoso lazo  
estrecha el desinterés,  
y pienso darle un abrazo  
antes de que acabe el mes.

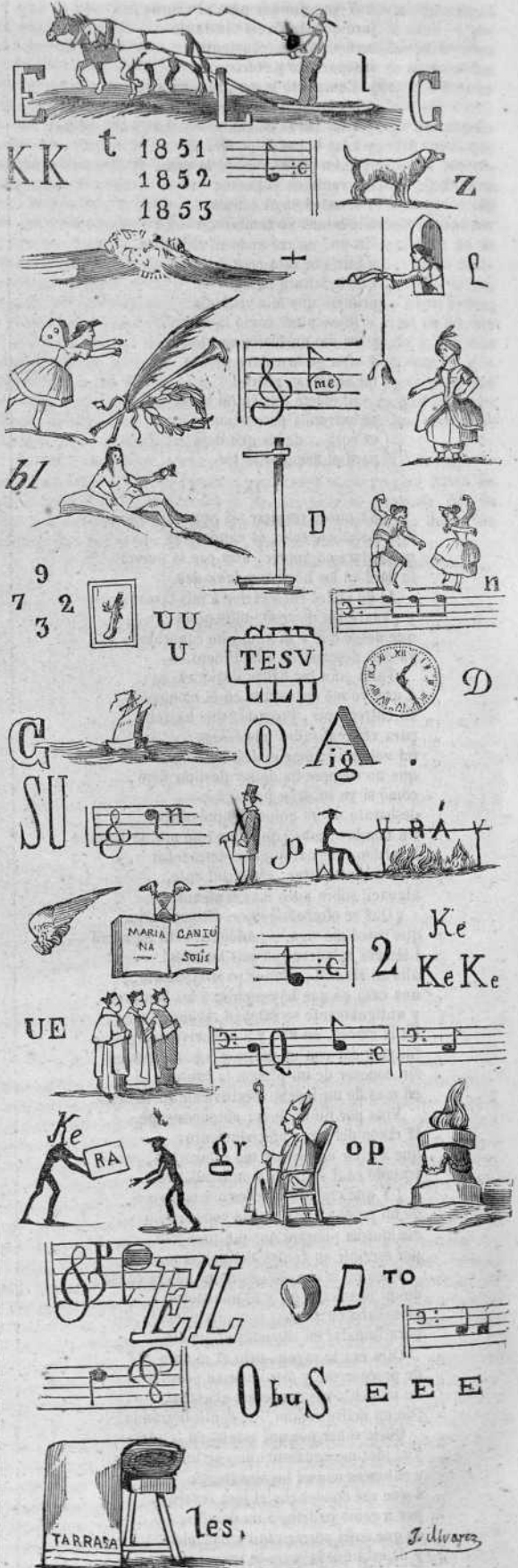
Esto calma mi dolor,  
y aun al gobierno bendigo,  
que me otorga tal favor...  
queda de usted... servidor  
inolvidable—EL AMIGO.

Tal es, caros lectores,  
la epístola fatal que hace tres dias  
de España recibí; ya mis temores  
disiparon mis locas alegrías.  
No sé, y os hablo aquí sin ceremonia,  
si tenderme en el surco,  
ó buscar un refugio en Patagonia,  
ó meterme á vasallo del gran turco.  
Ya solo sé que buyó la dicha mia,  
que es la fortuna á mi existir contraria,  
y que toda la noche y todo el dia  
repito sin cesar esta plegaria:

«Frailes en mis negocios se entremetan,  
lluevan sobre mi parva demandantes,  
molésteme busconas vergonzantes,  
cuñada y suegra juntas me acometan;  
gitanos su ventura me prometan,  
mi casa sea escuela de danzantes,  
y en mi cabeza tercios litigantes  
el ser y estado de sus pleitos metan.

Ofrézcame una vieja sus verdores,  
causen mis penas pasatiempo y risa,  
venga el invierno y cójame en camisa,  
haya en mi muerte junta de doctores;  
ataquenme mil males de repenté...  
libreme Dios de un tonto solamente.»

J. M. VILLER GAS.







INAUGURACION DEL MONUMENTO GUERRERO DE SCHEVERIN.

En el punto culminante del campo de ejercicios, cerca de Scheverin, se ha levantado un monumento á los valientes meklemburgeses-muertos en las campañas de 1848 y 1849. El 4 de junio último tuvo lugar su inauguración y bendición, favorecidas por un tiempo delicioso y una gran afluencia de gente. El monumento está situado sobre una pequeña altura que presenta la mas hermosa perspectiva sobre Scheverin y sus alrededores, y consta de un bloque sencillo y cuadrilongo de granito con un yelmo colosal, teniendo diez piés de altura, cuyos lados largos adornan dos inscripciones. La primera dice: *A los guerreros meklemburgeses muertos en Scheverin y Baden durante las campañas de 1848 y 1849, sus compañeros.* Y la segunda: *Tuvieron una muerte gloriosa; leyéndose á continuación los nombres de los cuarenta y siete individuos que perecieron.*

## PERSECUCIONES

QUE LOS JUDIOS HAN PADECIDO EN ESPAÑA,

SEGUN LAS TRADICIONES JUDÁICAS.

Me he propuesto tratar de las persecuciones que los judíos padecieron en España, ciñéndome al testimonio que de ellas dan los mismos judíos y sus tradiciones, tal como se leen en las memorias he-

breas que me han servido para el caso. Sin traducir del francés lo que sabíamos ya sin traducirlo, se tiene aqui por cosa de precio: admita *benévolo* el lector unas cuantas noticias no traducidas, pero sí aprendidas en mamotretos y originales hebreos, que pocos se toman el trabajo de leer, por la razon poderosa que ignoran hasta el alfabeto en que se hallan escritos.

La primera persecucion contra los judíos de España fué en la ciudad de Granada, donde imputaron á R. Joseph Levi cosas tan graves, que le mataron, y toda la sinagoga con él, que componia mas de 1,500 familias. En esta persecucion fué ahorcado Abraham el Levita, por no querer dejar la ley, á que le obligaba el rey de España. En parte ninguna habian estado los judíos con mayor honra y prosperidad: por esta persecucion, los de mas cerca y de mas lejos vistieron luto.

La segunda, llamada de los pastores, aunque no tuvo precisamente origen en España, refiérese en crónica antiquísima de los reyes de España, que ni reimprimió Sancha, ni es probable que nadie se acuerde de publicar.

Es el caso, que en la ciudad de Guena se levantó un mozo y juntó gran cantidad de gente, diciendo que se le habia aparecido, y continuaba apareciéndosele todos los dias una paloma: tal vez se le ponía sobre el hombro, y tal sobre la cabeza, y que le hablaba con espíritu profético; y que si echaba la mano para cogerla, se volvía en una moza doncella y hermosa, que le decia: «¡Oh mozo! yo te levanto por pastor en la tierra, y destruirás los *ismaelitas*; y la señal de esto es, que lo verás escrito en tu brazo.» Muchos testificaban ha-

berlo visto; y otros, que veían una semejanza de cruz figurada en su brazo; y otros, que estando el mozo junto á una fuente, oyeron esto mismo, pero que no habían visto mas. Oyéndolo el pueblo, buscaron el mozo, y postráronse delante de él, y llevándole consigo le hicieron su capitán; pero no le siguieron de un lugar á otro sino pastores, y en aquellas aldeas era grande la cantidad de ellos. La fama del mozo era grande: trataron de pasar á Granada, y de allí á los demás reinos de los moros. Cuando estaban en esta deliberación, dijo uno de ellos: «No apruebo vuestro consejo, que al fin siendo los moros tantos y nosotros tan pocos, ellos diestros en la guerra y nosotros no acostumbrados á ella, ellos con armas, nosotros sin ellas, será vano todo nuestro designio: si os parece, vamos primero contra los judíos, que es gente débil, y no tienen quien les defienda, y sin armas les podremos destruir, y cuando nos veamos fuertes con sus despojos y riquezas, que son grandes, tomaremos armas, y juntando muchos que nos ayuden pelearemos con los moros y estaremos ciertos del vencimiento. Hallábase allí acaso un sastre judío, y sin saber lo que trataban se burló de ellos. Saltaron luego sobre él los pastores con desatinado furor y le despedazaron; y de la burla de aquel y su castigo empezaron á querer acabar con todos los judíos del mundo. Otros escriben que la causa de esta persecución fué una disputa. Llegaron los insurreccionados á Tolosa de Francia, y el gobernador sabió á rogarles, y les dijo: «que no era justo matar los judíos, pero sí obligarles á que siguiesen la fé cristiana verdadera.» Respondieron los amotinados que si los judíos de Tolosa recibían la ley de Cristo, que no los matarían. Los judíos se bautizaron.

Por entonces, en Aragón mataron muchos judíos, y el amotinado pueblo hubiera acabado con todos, si el piadoso rey de Aragón no los hubiese socorrido y amparado por su parte, poniendo caballeros y guardas en todas las provincias. El príncipe D. Alonso su hijo fué á Huesca, prendió cuarenta de los sublevados, y los ahorcó por mandato de su padre. De Aragón se comunicó este desborde de persecución contra los judíos á Navarra, y en ella murieron á sangre y fuego muchos judíos.

Pero si hubiéramos de referir una á una estas persecuciones, el lector daría al diablo la idea y la erudición pedantesca de quien la imaginó. Bastan las ya indicadas; y bastará que citemos algunos hechos, que si bien muy uniformes entre sí, explicarán mejor el modo que tenían nuestros pasados de proceder contra los judíos.

En tiempo del rey D. Alonso se levantaron en la villa de Osuna tres hombres revoltosos, y echaron un cuerpo muerto en casa de un judío, y fuéron á los jueces, y clamaron que hallaron un cristiano muerto en casa de un judío: era esto en víspera de Pascua; corrió la voz por la villa, y levantáronse la noche de Pascua, y mataron los judíos que hallaron. En tiempo de D. Alonso el Magno padecieron también los judíos despojos de sus bienes y crueles muertes.

Acusados en tiempo de D. Fernando V á la Inquisición unos ricos judíos de Zaragoza relacionados con las casas judías mas ricas de España, se les confiscó á todos sus cuantiosos bienes; á duras penas se les hizo merced de las vidas; y de este modo el erario público pudo subvenir á los gastos ocurridos entonces en la conquista de Granada.

Véase pues que no todo era celo por la religion cristiana, y castigo á los obcecados judíos por sus blasfemias y sacrilegios; sino que también en sus riquezas estaba su delito.

En tiempos posteriores aun despertó contra los judíos gran enemiga un libro titulado *Centinela contra judíos*, escrito de un modo maravilloso, y capaz por lo mismo de estraviar al pueblo.

En fin, perseguidos sin descanso en toda la peninsula, huyeron los judíos á Alemania, á los Países Bajos, y muchos de ellos á Nueva-España y á la América meridional española; pudiendo muy bien decir con el Abind de la tragedia española que Dios había repudiado

«Para siempre á Israel, y á nuestros ruegos  
Sordo se muestra, y tolerar no puede  
El hedor de un incienso tantas veces  
A impuros simulacros ofrecido.

De un Dios que nuestros sábados detesta,  
Y mira con horror y con enojo  
nuestras ofrendas, y su vista aparta  
De nuestros sacrificios con desprecio.

De aquel Dios que César hizo en su templo,  
Asilo ya de buitres y dragones,  
La voz del himno, el son de las trompetas.»

Y he dicho, *pudiendo muy bien decir*, porque la bella lógica del comun de los hombres se queja así, y echa la culpa á quien no debe.

Porque el verdadero origen de las persecuciones que los judíos han sufrido en España, se debe, segun las mismas memorias judías, á sus inauditas usuras, á su lujo, á sus robos solapados, á su avaricia. Los primeros asentistas del reino, los recaudadores de tributos

arrendados, los tesoreros reales eran judíos, y judíos modelados segun el que describe Shakespeare, que cuando hablaba de uno *in saying he is á good man*, queria decir *that he is sufficient*.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### CUARTEL ALTO.

(Conclusion.)

Vamos á concluir hoy nuestro histórico paseo matritense, recorriendo el cuarto de circulo comprendido entre la *Plazuela de Santo Domingo* y *calle Ancha de San Bernardo* á la puerta de *San Vicente* y al Alcázar Real.

Esta plazuela de Santo Domingo, donde concluía el antiguo arrabal y estaba situada la puerta, llegó á ser centro de vitalidad de la nueva poblacion que se fué formando en su derredor; viniendo á desembocar en ella hasta una docena de calles bastante principales, de las cuales y sus respectivas barriadas hemos tratado ya en su mayor parte, á saber: *Bajadas de Santo Domingo* y *de los Angeles*, *calles de las Veneras*, *de los Precindos*, *de Jacometrezo*, *de Tudescos*, *de Silva* y *Ancha de San Bernardo*, quedándonos únicamente que decir de las de *la Inquisición*, *Leganitos*, *Torija* y *la Bola* con sus respectivas barriadas.

La calle de *la Inquisición* (hoy de *Maria Cristina*) tomó aquel nombre á fines del siglo XVI por el supremo tribunal de corte, llamado del *Santo Oficio* que estaba situado en las casas núm. 7 y 8 antiguo, 4 moderno, aunque posteriormente, á fines del siglo pasado, se trasladó á la nueva casa de la calle de *Torija*, de que hablaremos después; pero las cárceles y algunas dependencias continuaron siempre en la antigua, hasta 1820 en que quedó definitivamente suprimido este instituto. En aquellos memorables días 7, 8 y 9 de marzo del año 20 en que el rey Fernando se vió obligado á jurar la Constitucion, fueron forzadas estas prisiones por el pueblo ávido de encontrar en ellas las horrendas señales de los tormentos y las victimas desdichadas de aquel funesto tribunal; pero en honor de la verdad debemos decir que solo se hallaron en las habitaciones altas que daban al patio dos ó tres presos ó detenidos políticos, uno de ellos el padre D. Luis Ducós, cura del Hospitalito de los franceses, y en los calabozos subterráneos que corrian largo trecho en direccion de la plazuela de Santo Domingo, nada absolutamente que indicase señales de suplicios, ni aun de haber permanecido en ellos persona alguna de mucho tiempo atrás.—Vendida después esta casa como de bienes nacionales, sirvió algunos años, por una antitesis providencial, de imprenta y redaccion de periódicos, y después ha sido convertida en habitaciones particulares.—Mas adelante, en esta misma calle, á su número 1 antiguo y 25 moderno, está la suntuosa casa que fué de los condes del Aguila y de Trastámara, y comprende varios sitios hasta 55,210 piés, sobre uno de los cuales estuvo anteriormente la casa que el licenciado Garcia de Barrionuevo y Peralta fundó para su hijo D. Bernardino. La del conde de *Trastámara*, que hoy ocupa este sitio y que después perteneció y habitó el general Narvaez, duque de Valencia, á quien la ha comprado el gobierno para oficinas, es notable por la esplendidez de sus salones, y especialmente las magnificas estancias llamadas *las cuadras*, caprichosamente enriquecidas de adornos, de flores y figuras en relieve y con graciosos saltadores de agua en el centro; hellisimos salones, célebres por los suntuosos bailes dados en ellos por la grandeza en 1831 con asistencia de los reyes, y posteriormente por el general Narvaez cuando ocupaba esta casa de su propiedad.—En la inmediata núm. 25, que fué propiedad del conde de Revillagigedo, se fundó y colocó en 1830 por la reina DOÑA MARIA CRISTINA el *Conservatorio de música* que lleva su nombre. En esta casa creemos que estuvo en 1823 la suprema Asamblea (ó lo que fuese) de la célebre sociedad secreta de *los Comuneros de Castilla*.—Frontero de ella estuvo situado el convento de San Norberto, de padres canónigos *premostratenses*, fundado en 1611, y antes las monjas de Santa Catalina, trasladadas luego por el duque de Lerma á la calle del Prado. Tenían aquellos una buena iglesia, parte de la cual se arruinó en 1740 y fué reconstruida de nuevo en 1773 con una bella portada, obra del célebre D. Ventura Rodriguez; pero demolido este edificio por los franceses, ha permanecido erial aquel sitio, hasta que últimamente se ha colocado allí un mercado, mientras se construye el edificio que se proyectó.

En la calles que median entre esta y la *Ancha de San Bernardo*

(1) Véanse los números anteriores.

solo hay que notar los estraños títulos de algunas de ellas, tales como la *Garduña*, de *Enhoramalaecayas* (hoy *travesía de la Parada*), de *Aunque os pese* (ahora *travesía de las Beatas*), y de *Salsipuedes* (hoy Pretel alto, que da á la plazuela de los *Mostenes*); cuyos nombres parece les fuéron dados por los reñidos pleitos y discordias ocasionadas entre los terratenientes para el rompimiento de dichas calles.

No son menos ridiculas y mezquinas las de la izquierda de esta calle á la de *Leganitos*, tituladas del *Recodo*, de *San Ciprian*, de la *Cuadra*, de *Eguituz*, de *San Ignacio* y *Santa Margarita*; únicamente las de la *Flor Baja* y de los *Reyes* tienen una regular anchura y proporciones. En esta última hay señalada al núm. 29 una pequeña casa que puede ser de principios del siglo pasado, con una caprichosa fachada, que no carece de agrado.

La calle de *Leganitos*, que desde la plazuela de Santo Domingo corre hasta los confines de la poblacion, entre N. y O., es una estensa via de regular caserío, aunque poco notable, como destinado á habitaciones particulares, excepto el edificio que sirvió de *Colegio* Real de Santa Bárbara para niños músicos al servicio de la Real Capilla, fundado por Felipe II en 1590, y que dirigió en tiempo de Fernando VI el célebre *Carlos Broschi* (*Farinelli*), y produjo en todos tiempos excelentes discípulos, conocidos después en el mundo filarmónico.—El nombre de *Leganitos* ó *Leganés*, aplicado á esta calle y cuartel, era el mismo que de antiguo llevaba aquel sitio montuoso, y parece que viene de la voz árabe *algannet* *algannit* que significa *las huertas*, sin duda por las que habria, y de que aun existe alguna hacia la montaña del Príncipe Pio. Entre esta y la plaza de Santo Domingo, por donde ahora van la calle de los *Reyes* y la de *San Marcial*, en el valle ú honduada formado entre ambas colinas, corria al descubierto una esguera ó barranco procedente de la parte alta de Santa Bárbara, obstáculo formidable para la comunicacion con el nuevo distrito de los *Afligidos*, que fué disimulado en parte durante siglos enteros por medio de un puente que venia á estar frente de la calle de *Leganitos*, y está señalado en el plano de 1636. Posteriormente, en el siglo pasado, siendo gobernador del Consejo el señor *Figuerola*, se cubrió la famosa alcantarilla, á cuya entrada se conserva aun un puentecillo, y que á pesar de su ancha boca para recibir las arroyadas de dicha parte alta, ocasiona en las grandes avenidas peligros y destrozos.

Pasada esta alcantarilla, y al final de la parte alta de dicha calle, formando la manzana 557 (última de las de Madrid en el orden de numeracion), existe el considerable edificio palacio viejo de los *duques de Osuna* con su estendida huerta llamada en lo antiguo de *las Minas*. Esta casa, de gran suntuosidad, aunque muy deteriorada, ha tenido en nuestros tiempos varios usos, tales como fábricas y talleres, teatro y otros, además de estar ocupada en gran parte por la magnífica biblioteca del señor duque propietario, hasta que últimamente fué trasladada á las *Vistillas*. Hoy, comprada por el gobierno, ha sido destinada á convento de San Vicente de Paul.

Entre dicha calle alta de *Leganitos* y la de San Bernardo existe el distrito ó cuartel llamado de *Afligidos*, cuyos objetos mas notables son la elegante aunque pequeña iglesia parroquial de *San Marcos*, obra de mediados del siglo pasado, dirigida por el célebre arquitecto D. Ventura Rodriguez, que está sepultada en su bóveda. Dicha iglesia está situada en la calle de *San Leonardo*; y enfrente de ella la pequeña capilla y casa recogimiento de mugeres *Arrepentidas*, fundado en el siglo pasado bajo la advocacion de Santa Maria Egipciaca.—A la entrada de la calle de San Bernardino está en la plazuela que lleva su nombre otro pobre convento de monjas *Capuchinas*, fundado en 1617 en la calle del Meson de Paredes, y trasladadas á este sitio diez años después.—Mucho mas suntuoso y rico es el otro convento situado en la plazuela que se forma hacia el extremo de la calle de *Amaniel*, fundado en 1650 para las señoras *Comendadoras de Santiago* con un hermoso templo, notable por su espaciosidad y decoracion, y la elegante sacristia en que estan colocadas las estatuas de los reyes, grandes maestros de la orden: en esta iglesia celebran las funciones de su instituto y su profesion los caballeros de la misma.—En dicha calle de *Amaniel* al núm. 11 está el hospital de mugeres *Incurables*, precioso establecimiento de beneficencia fundado por la condesa viuda de *Lerena* en 1805. Estuvo en diversos sitios, hasta que en 1824 fué trasladado á este edificio, que sirvió anteriormente de *Colegio de niñas huérfanas* fundado por Felipe V, y era conocido por el de *Monterrey*, á causa de haber pertenecido la casa al conde de este título, á quien la compró S. M. Este precioso hospital sufrió considerablemente en el horroroso incendio ocurrido el dia 8 de julio de 1831 en que quedaron reducidas á cenizas hasta diez y siete casas en las cuatro manzanas que dan á dicha calle y las del *Portillo*, del *Cristo*, del *Limon*, y del *Conde-duque*.—Este título y el de la puerta en que termina dicha calle, nos trae á la memoria al poderoso valido de Felipe IV Don Gaspar de Guzman, *conde-duque de Olivares*, cuyo suntuoso palacio y jardines se alzaban en aquel sitio, y estan representados en el plano antiguo hacia adonde ahora el Cuartel de Guardias y el pala-

cio de Liria.—Dicho *Cuartel de Guardias de Corps*, que ocupa por entero la manzana 550 en una estension de 244.363 piés, es el edificio mas vasto de Madrid, y fué construido en el reinado de Felipe V, bajo la direccion del arquitecto D. Pedro de Ribera. Sirvió á este destino hasta la supresion de aquel Real cuerpo; después de Colegio General Militar, y ahora de cuartel de caballería, y sus torres de prision Militar, en que han sido custodiados muchos célebres personajes políticamente encausados.—El magnífico palacio contiguo, propio de los duques de *Liria*, *Berwick* y *Alba*, fué construido en 1770 bajo la direccion del célebre D. Ventura Rodriguez, y es por su suntuosidad y buen gusto el primero de los edificios particulares en Madrid.—Mas allá, al confin de la poblacion, y formando con la cerca de su huerta parte de la general de la misma, se alza el suntuoso *Seminario Real de niños nobles*, fundado por el mismo rey D. Felipe V en 1725, y puesto bajo la direccion de los padres de la Compañia de Jesus, hasta que á la estincion de estos recibió nueva organizacion por disposicion de Carlos III, y bajo la direccion del célebre general de marina *Don Jorge Juan*. Posteriormente en nuestros dias volvieron á regentarle los jesuitas, hasta que suprimidos después, sirvió de cuartel, y hoy de *Hospital militar*, importantísimo y excelente establecimiento, uno de los primeros de que puede gloriarse la época presente. La huerta de este seminario, que comprende una vasta estension de terreno, avanza un largo trecho mas allá del portillo de *San Bernardino* emparejando su esquina con la de la *montaña del Príncipe Pio*, en cuya influencia debe indudablemente colocarse la nueva puerta de Madrid por aquel lado, interrumpiendo la cerca que vendrá por el paseo alto, desde la esquina de la de *Monteleon*, segun dijimos en el artículo anterior.

Esta inmensa posesion, conocida con el nombre de la *Montaña del Príncipe Pio*, é incluida dentro de la cerca general de Madrid desde los tiempos de Carlos III, tiene de sitio mas de seis millones de piés; fué de los marqueses de Castel-Rodrigo, cuya casa se unió después por enlances con la del *Príncipe Pio*, título extranjero, en el plano antiguo está dividida en varios trozos de huertas, llamadas de *Builrera*, del *Molino quemado*, de las *Minillas*, de la *Florida* etc., y estaba entonces fuera del portillo de *San Joaquin* (hoy de San Bernardino), y de la tapia que bajaba recta desde *Afligidos* al puente del parque de *Palacio*, donde hoy la fuente del *Abanico* á la bajada de San Vicente. Hoy esta inmensa posesion, perteneciente al Real Patrimonio, y cedida por S. M. en usufructo al Sermo. Señor Infante D. Francisco, de sitio áspero é inculto que antes era, ha venido á trasformarse en un precioso parque, huertas y jardines que la generosidad de su ilustre poseedor franquea al público, proporcionándole uno de sus mas preciados desahogos. Hacia la parte de esta posesion que da á la plazuela de *Afligidos* está la casa y la capilla que la marquesa de Castel-Rodrigo, Doña Leonor de Moura, fundó en el siglo XVII, y en la que se venera una copia de la cara de Dios estampada en el lienzo de la Verónica, preciosa alhaja vinculada en el mayorazgo, que se espone al público en la *Semana Santa*.

Frente á esta casa y capilla estuvo el convento de San Joaquin, de padres *Premonstratenses*, vulgo de *Afligidos*, cuyo título (ampliado después á todo el distrito), le tomaron de una imagen de Maria Santísima que se veneraba en el altar mayor de una iglesia. Hoy ha vuelto al dominio de sus patronos los señores condes del Montijo, y está destinado á habitaciones particulares.

Cruzando aquella grandísima posesion de la *Montaña*, se rompió en el inmortal reinado de Carlos III la bajada llamada *Cuesta de Areneros*; se formó á la parte baja el paseo de la *Florida*, la magnífica bajada y *puerta de San Vicente*, se levantó frontero de ella el inmenso edificio de las *Caballerizas Reales*, otra de las colosales obras de aquella época, en cuya asombrosa estension (que por la bajada de San Vicente presenta una línea de 700 piés) hay, además de suntuosos patios, verdaderas plazuelas, interminables galerías ó cuerdas capaces de contener con toda comodidad quinientos caballos, el magnífico guarnarnés, espléndidas cocheras y otras mil dependencias, además de las habitaciones correspondientes para la multitud de empleados hasta el número de 486; y al otro lado en fin, y con destino á convento de padres de *San Gil*, aunque no llegaron á ocuparle, y hoy es *cuartel de caballería*, el otro espacioso edificio que mira á la calle de San Marcial fué concluido bajo la direccion del arquitecto D. Manuel Martin Rodriguez, sobrino y discípulo de D. Ventura, el cual conservó en él el orden severo y el buen gusto propio, revelándose á primera vista su intencion de reflejar en su estensa fachada la del clásico Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Subiendo por la *calle Nueva* (hoy de *Bailen*), en que tienen su entrada principal las Reales *Caballerizas*, se alzó al opuesto lado, tambien en el reinado de Carlos III y con destino á casa habitacion de los secretarios de Estado, el elegante palacio que tiene su entrada contigua al convento de Doña Maria de Aragon. En él habitó el famoso conde de *Florida Blanca*, y tambien en tiempo de su mayor prepotencia el

célebre ministro y valido de Carlos IV, D. Manuel Godoy, *príncipe de la Paz*; después sirvió al *Consejo del Almirantazgo*, luego de *Biblioteca Real*, posteriormente encerró los ministerios de *Hacienda, Gracia y Justicia, Guerra y Marina*, hasta que ha venido á quedar en él solo este último y el *Museo naval* inaugurado en estos mismos días.—La construcción de todas estas colosales obras corrió á cargo del general de ingenieros D. *Francisco Sabatini*, que levantó al mismo tiempo para su habitación la casa contigua á la de ministerios frente á las Caballerizas Reales.

El convento de religiosos Agustinos calzados, fundado por *Doña María de Córdoba y Aragón* en 1590 en el sitio que entonces se llamaba *las Vistillas del Río*, estuvo ocupado por estos, que tenían en él su colegio y cátedras de Cánones y Disciplina eclesiástica, hasta su extinción en estos últimos años. Su hermosa iglesia, de figura oval, cuya traza y pinturas corrieron á cargo del célebre Dominico Teotocópoli (*el Greco*), fué convertida en breves días, y en los primeros del año de 1814, en *salon de Sesiones* para las *Cortes generales del Reino*, en que trabajó con entusiasmo una gran parte de la población de Madrid, si bien á pocos días de estrenado por ellas (el 11 de mayo del mismo año), con motivo de la abolición de la Constitución, fué destrozado por el populacho, y arrastradas las estatuas y emblemas alegóricos y la lápida que se alzaba sobre su portada con el artículo 45 de la Constitución que decía *La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey*. Vuelto al culto divino, y los padres al convento, hubieron de abandonarle de nuevo en 1820 en que tornó á su destino de salon de Cortes, y luego á los padres en 1824, hasta que á la extinción de estos en 1856, ha sido definitivamente dispuesto y convertido en *Palacio del Senado*.

La calle del *Reloj* que corre á su costado, avanzaba en los siglos anteriores hasta la *de Torija* (que en el plano antiguo se apellida de *Corito*), y en esta se alzó á fines del siglo pasado la casa principal donde estaba el *Consejo Supremo de la Inquisición*, y sobre cuyo portal hemos alcanzado á leer el terrible lema: *Exurge domine et iudica causam tuam*. Después ha servido en nuestros días de ministerio de *Fomento*, llamado luego de *lo Interior y de la Gobernacion*.—Todas estas calles, desde la de *Torija* hasta la de la *Estrella y Silva*, fueron formadas en su mayor parte á consecuencia de la *puebla* verificada por D. *Joaquín de Peralta* en el siglo XVII, y una de las principales de ellas recibió el nombre de la calle de la *Puebla nueva* (1), hoy *del Fomento*, y también la pequeña callejuela, hoy *Travesía de Alámira*, se llamó de la *puebla de Peralta*.

El Real Monasterio de la *Encarnacion*, de religiosas agustinas, es fundación de la reina *Doña Margarita*, esposa de Felipe III, y fué construido á su costa, bajo las trazas y direccion del arquitecto Juan Gomez de Mora.—La iglesia, que es preciosa por su forma y por sus riquísimos adornos, fué reformada en el siglo pasado por D. Ventura Rodriguez; pero parte del monasterio fué demolido, á la verdad innecesariamente, en estos últimos años, cuando salieron de él las madres para otros conventos. Hoy se halla en reconstrucción, aunque mas reducido, y han vuelto aquellas á ocuparle. La iglesia, que es de las mas ricas y ostentosas de Madrid, sirve de parroquia ministerial de Palacio.—La casa de la calle de las *Rejas*, cuyas accesorias daban frente á este monasterio, y hoy se ha ampliado tambien con fachada principal á la plazuela de *Doña María de Aragón*, fué de los marqueses de *Santa Cruz*, y antes de D. José Portocarrero y Pallares; en el sitio de ellas estuvieron las caballerizas del príncipe D. Carlos. Hoy se han convertido en el régio palacio de S. M. *Doña María Cristina de Borbon*.—Al duque de *Albuquerque*, marqués de *Cadraita*, correspondió el otro edificio contiguo, que hoy sirve de *Biblioteca Nacional*.

Desde aquí empiezan las nuevas calles formadas á la regularizacion de la magnífica Plaza de Oriente del Real Palacio, con los espléndidos nombres de *San Quintín, de Pavia, de Felipe V, de Carlos III, de Lepanto*, etc., y por consecuencia volvemos á los términos del *Real Alcázar*, donde tuvo principio, y debemos poner fin á nuestro paseo matritense.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## DE LA NECESIDAD DE UNA BIBLIOTECA GENERAL ESPAÑOLA,

### Y DEL MODO DE FORMARLA.

Sin duda que no debe ser una curiosidad pueril la que en todos tiempos ha prestado un interés tan sostenido á las biografías de los hombres que su saber ó su génio ha elevado á grande altura, buscando

en la apreciacion de sus hechos ó de su carácter los datos mas seguros para la historia política, militar ó literaria de una época ó de una nacion. Es pues por demás insistir en la conveniencia de esta clase de escritos en general, si bien en la parte literaria tienen además ciertas ventajas materiales, por decirlo así, que los hacen esencialmente necesarios. Aun siendo muy poco aficionado á libros, es difícil no haber tropezado alguna vez con dificultades quizá insuperables para su clasificación, ó deseado ardientemente conocer la vida del autor, con objeto de esplicar por ella opiniones dudosas é ininteligibles de otra manera, ó para no haber necesitado de un guía que pudiese asegurar si estaba ó no completa la obra, si habia ó no tenido continuadores, si la edicion era legitima ó furtiva, fidedigna ó trunecada, con otras varias cuestiones del mismo género.

Es verdad que á muchas de estas dudas pueden dar solución las obras publicadas ya sobre estas materias; pero todas ellas adolecen del defecto de completarse unas por otras, de estar en su mayor parte reducidas á un solo ramo, y mas que todo, de ser por lo general muy difíciles de hallar. La única general que á mi entender existe, es la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio, que solo llega hasta 1680; y la simple anunciacion de esta fecha basta para dar á conocer que no puede ser completa aun en la época que comprende; pues desde entonces acá se han publicado trabajos muy considerables que es preciso tener en cuenta; se han reimpresso mil veces obras allí citadas, y en fin, libros entonces vulgares, y en los que apenas se detiene, se han hecho hoy rarísimos y muy estimados. Por otra parte, las condiciones bajo las que emprendió su trabajo, especialmente en la *Bibliotheca Vetus*, le impedían detenerse en detalles bibliográficos, entonces quizá poco apreciados, pero que en el día forman el complemento indispensable, por no decir la parte principal de una obra de esta clase.

Siguiendo el ejemplo de D. Nicolás Antonio, se publicaron varias bibliotecas particulares literarias, mas ó menos estensas, como la de Aragón, de Latassa; la de Cataluña, de Amat; las de Valencia, de Rodríguez, Gimeno y Furster; la de traductores españoles, de Pellicer; la de escritores del reinado de Carlos III, de Sempere; la *Biblioteca indiana*, de Leon Prieto; la *Genealógica*, de Franckenau, y la *Themis Hispana* del mismo; la de Navarrete en la parte de viajes y marina, y otras. A estas hay que añadir las propias y estrañas de órdenes religiosas, Jesuitas, Dominicanos, Carmelitas, Benedictinos, Cistercienses, etc. Una de escritores de los colegios mayores; y mas, que sin ser precisamente literarias, comprenden diferentes articulos de este género, tales como los hijos de Madrid, de Alvarez Baena; los hombres célebres de Alava, de Landuzuri; la *Historia del Colegio viejo de San Bartolomé de Salamanca*; los varones ilustres del de San Diego de Alcalá de Madrid; el *Diccionario de Profesores de Bellas Artes* de Cean Bermudez, etc., etc. En la parte puramente bibliográfica tenemos la *Bibliotheca Majansiana*; *Asso de libris Hispanor. rarioribus*; Mendez, tipografía española; el catálogo de Salvá, y muchos otros muy raros y casi desconocidos.

Cuando Rodriguez de Castro proyectó la *Biblioteca Española*, pensaría sin duda en que llenase cumplidamente su titulo; pero es lo cierto que solo se publicaron dos tomos, que por su disposicion particular forman dos *Bibliotecas especiales*, que estan en el mismo caso que las que llevamos referidas.

Por entonces ó poco antes se trabajó en otro plan tan vasto como el de Rodriguez, cual era el de reunir en una las dos *Bibliotecas Vetus et nova* de D. Nicolás Antonio completándolas. Así lo dice el erudito Faustino Arévalo, editor de los *Poetas Cristianos*, publicados en Roma á espensas del Emmo. Lorenzana, en una nota á la vida de Prudencio; pero como al parecer nada mas que esta noticia ha quedado de tan gigantesca empresa, si el pensamiento de llevarla á cabo es una prueba de su utilidad y conveniencia, las indicaciones de Arévalo nada han adelantado para su realizacion.

La enumeracion de obras que queda hecha, y que podría ampliarse muchísimo mas, basta para dar á conocer que serán muy pocas las ocasiones en que una sola ofrezca todas las noticias de un autor ó de sus escritos; que para cada uno será preciso, por lo general, reunir dos ó mas; y que en último resultado se necesitan todas para llenar el vacío de una *Biblioteca General*; y todavía no lo harían cumplidamente, porque no son aquellas obras las únicas que deberían contribuir á formarla. Aunque no muchas ni muy repetidas, se han hecho sin embargo algunas buenas ediciones de autores pátrios, precedidas en gran parte de biografías muy completas, que si no convendría insertarlas íntegras en una *Coleccion General*, por lo menos hay que tenerlas á la vista y extraer de ellas los hechos principales y todos los que se refieren á la parte bibliográfica, que á pesar de la importancia que hoy tiene, no todas las veces ha llamado la atención de los editores mas celosos. Como muestra de estas biografías, pueden citarse la de Luis Vives que precede á la edicion de sus obras, hecha en Valencia; la del Brocense, en la de Ginebra; la de Prudencio, en los *Poetas Cristianos* ya citados; la de Ramos del Manzano y otros *Jurisconsultos*.

(1) En el número 20 antiguo, 29 moderno, de esta calle nació D. Nicolás Fernandez de Moratín, padre del inmortal D. Leandro, y apreciable poeta el mismo.

tos, en el *Thesaurus Juris* de Menian, etc., etc., y otras sueltas, como la de Cervantes, de Navarrete, y las de Garcilaso y Lopez de Ayala, en la coleccion de documentos inéditos para la Historia de España.

Pero antes de buscar los medios de fundir tan diversos datos en un solo cuerpo, conviene fijar lo que este debe contener. En toda historia literaria encontramos dos partes principales, la historia propiamente dicha, y la critica, los hechos y las teorías. Para atender á la primera parte, á la reunion y coordinacion de datos, basta la aplicacion y una mediana inteligencia; para la segunda se necesitan mayor copia de conocimientos, una serie de estudios hechos bajo el mismo punto de vista, y un sistema fijo de antemano: por consecuencia, en este punto la variedad de opiniones es inevitable y de inmensa trascendencia; en el otro apenas cabe esa diversidad, y solo puede tener lugar en cosas de poco interés.—De modo que si la Biblioteca General ha de ser aceptable para los hombres de todas las escuelas, debe contener solo la parte relativa á los hechos, fijando estos en lo posible de una manera definitiva, y dejando después que sirva de base á todas las teorías literarias que sobre ellos quieran ó puedan fundarse.—De esta manera la historia literaria podrá escribirse con mas desahogo y elevarse á mayor altura, sin tener que interrumpir continuamente la narracion para descender á detalles biográficos y bibliográficos de una importancia secundaria; y por otra parte, las personas que quieran enterarse

de todos los pormenores, los encontrarán mas cómodamente, mas reunidos y con mayor extension en la Biblioteca General, que en ninguna otra obra que no forme de ellos su principal objeto.

Ningun ejemplo mas á propósito para demostrar esta especie de inconvenientes que la Historia Literaria de Tiecknor que se está publicando en castellano. A pesar de que segun el juicio de personas muy competentes, contiene en el texto mayor número de pormenores de los que corresponden á una obra de su clase, todavia la vemos interrumpida á cada paso con notas y apéndices que sobrecargan su trabajo sin alcanzar á satisfacer á los que desean la minuciosidad de Pellicer, de Mendez ó de Salvá, y que de hecho no son suficientes para nadie, porque se refieren á un corto número de obras, si bien las mas interesantes.

Por consiguiente, cada artículo de la Biblioteca General debiera contener dos partes, una relativa á la biografia del escritor, mas ó menos lata, segun el interés del personaje, que siempre habia de entenderse á apreciar su importancia personal con respecto á su época, pero sin elevarse á la altura de los principios filosóficos, y otra referente á la biografia de sus obras, comprensiva de sus diversas ediciones, traducciones etc., y de los detalles accesorios que á cada una de estas correspondan.

Casi todos los escritores que dejamos enunciados, siguieron este



(El mensaje de amor.)

método, aunque de diferente manera; unos, como Barbosa, Machado y Rodriguez, cansan con la fastidiosa monotonía de citar en cada personaje cuantos elogios ha merecido de propios y extraños, en prosa ó verso, y cuántos y cuáles han sido los escritores que le mencionaron, siquiera no hicieran mas que nombrarle con los tan comunes epítetos de docto, sabio, ilustre, etc. etc.; todo lo cual forma una cola á continuacion de la biografia de las personas de algun mérito, que ocupa mucho mas que la misma narracion, sin dar ninguna noticia que no esté comprendida en ella.—Otros siguen el sistema opuesto, y á trueque de elevar su estilo, de hermoearle etc., envuelven en la narracion principal, ó forman una separada de la parte bibliográfica, suprimiendo una infinidad de pormenores, incompatibles con toda relacion seguida, pero que son precisos para evitar la confusion de las ediciones y rectificar los errores que se hayan padecido.—Siempre sigue otro camino diferente del de todos los demás, que consiste en poner el nombre del autor con sus títulos y empleos, y hacer luego el análisis de sus obras; pero este método es impracticable, porque seria infinitamente largo, tal como él lo estudió, y porque le faltan todas las noticias biográficas y bibliográficas que deben formar el fondo de la Biblioteca. La de Sempere es mas conforme á una revista literaria de nuestros dias, que al título que lleva. Sin embargo, como en esta clase de obras es mas fácil pecar por conciso que por difuso, el medio

mas conveniente entre ambos extremos seria para las biografías la latitud del ensayo de una Biblioteca de traductores por Pellicer, ó lo que es lo mismo, cuanto se refiere á la vida particular y literaria del escritor, dejando á un lado cuanto tenga relacion con la vida pública ó política, y para la Bibliografía, la minuciosidad y llaneza de Mendez en su Tipografía Española, la clasificacion de ediciones y traducciones de Brunet en su *Manuel du Libraire*, y notas como la de este mismo, y las de Salvá en su Catálogo.

Solo nos falta determinar el modo de fundir en un solo cuerpo, y con las condiciones espresadas, la inmensidad de artículos resultante de la reunion de las colecciones y escritos que, dejamos dicho, deberian contribuir á la formacion de la Biblioteca General.—Para clasificarlos hay tres órdenes generales: el mas sencillo, y el que mas fácil se presenta, es el alfabético, seguido en la mayor parte de las Bibliotecas generales ó particulares.—El segundo es el cronológico, que siguieron D. Nicolás Antonio en la *Bibliotheca Vetus*, y Franckinau en su *Themis Hispana*; y por último, puede emplearse la clasificacion razonada de materias, bien llevándola hasta sus menores subdivisiones, tal como se presenta en el catálogo que forma el tomo 3.º del Manual de Brunet, bien guardando solo las secciones mas principales, que formarian bibliotecas separadas, como la sagrada de Lelong, la misma *Themis Hispana*, etc., etc., ya se empleen en estas bibliotecas

especiales el orden alfabético ó el cronológico.—Cada una de estas clasificaciones generales tiene sus inconvenientes.—La serie alfabética corta toda división de materias, y mezcla y confunde los escritores de clases y categorías mas diversas y las épocas mas encontradas; pero en cambio cada escritor tiene un lugar fijo que no puede ofrecer duda, las citas se evacuan con la mayor facilidad, y con la misma se hacen las remisiones.—El método cronológico, aunque presenta los escritores en el mismo orden que han aparecido, y aunque es aplicable y útil para una época escasa en publicaciones, y mas todavía para un solo ramo de conocimientos, considerado en su generalidad, ofrece igual desorden y confusión que el alfabético, sin ninguna de sus ventajas.—Por último, la clasificación de materias, llevada al extremo, da origen á una infinidad de dificultades y de cuestiones sobre la respectiva colocación de cada escritor; hace innumerables las remisiones, y muy difícil la verificación de las citas. Considerada en tres ó cuatro divisiones generales, se halla en el mismo caso que una biblioteca particular alfabética ó cronológica, mas el inconveniente de las remisiones de una á otra respecto de todos aquellos autores, y son muchos, que escribieron sobre asuntos enteramente diversos.

Però el inconveniente capital que yo encuentro en todos ellos está en la necesidad de tener reunidos todos los datos, y completado el trabajo antes de que pueda publicarse la parte mas insignificante; y de ahí la necesidad de que la obra esté comprendida, estudiada y dirigida por una sola cabeza, que en la parte material nada mas podrá valerse del trabajo de otro. Esta dificultad es crecidísima, porque es difícil que haya quien se atreva á tomar sobre sus hombros tan grave carga, que lleva consigo el temor de trabajar en balde, es decir, de ocupar muchos años en preparar materiales sin que llegue el caso de verlos todos reunidos; y aun concediendo que se reúnan y se dispongan para la impresion, todavía se corre el riesgo de no hallar modo de realizar esta, atendida la magnitud de la obra y el cuidado que necesita.

Un medio habria sin embargo de eludir esa necesidad de completar los trabajos antes de empezar su publicación. Al consultar la *Bibliotheca Vetus* de D. Nicolás Antonio, cualquiera examina ante todo el índice alfabético, buscando en él la página y el número en donde se trata del autor cuyas noticias se desean. De esta sencillísima observación resulta, que considerada aquella obra, respecto al método, no como historia seguida, sino como verdadera Biblioteca, su parte mas interesante es el índice que precede á cada uno de los tomos, y como relativamente á este índice para nada hace al caso el orden cronológico que en ella se sigue, resulta tambien que cualquiera que fuese el sistema bajo el cual estuviese redactada, y aun cuando no siguiera ninguno, con solo un buen índice alfabético, seria igualmente fácil manejarla, y se encontrarían con la misma precisión que hoy los artículos que se buscaba.

Prueba concluyente de este hecho se encuentra en el catálogo que formó el señor Ochoa de los manuscritos españoles existentes en las bibliotecas de París, dividido en cuatro ó cinco secciones por orden de materias, fraccionado al mismo tiempo con sujeción á los diversos locales en que se encuentran los libros, y que sin embargo aparece en cierto sentido compacto, merced al índice alfabético con que finaliza.

De todo esto viene á deducirse como consecuencia precisa, que la Biblioteca General puede formarse, publicando sucesivamente artículos sueltos, aislados y sin relacion alguna entre sí, escritos por una ó por diversas plumas, siempre que haya al frente de la empresa un jefe ó director encargado de examinarlos y darles en lo posible el mismo carácter, y que bastaria seguir el orden alfabético en los índices de cada tomo, que podrían asimismo redactarse por el método cronológico ó de materias ó por todos tres á la vez.

Sirvan si no de ejemplo los artículos biográfico-literarios publicados en el SEMANARIO.

Supongámoslos reunidos en un volumen y en el mismo orden con que fueron dados á luz; es decir, sin orden alguno, á medio de un buen índice alfabético se encontrarán tan fácilmente como si se hubiesen colocado con toda exactitud. Aumentando el número de artículos, seria preciso añadir un segundo tomo, y luego un tercero, un cuarto, y así sucesivamente; y á pesar de todo, para conservar siempre la unidad de la obra, seria suficiente incorporar en los últimos tomos los índices de los primeros; de modo que el índice del primer tomo se habria de refundir en el del segundo, y sirviendo este para ambos volúmenes. Los índices del 1.º y 2.º se refundirían á su vez en el 3.º, cuya tabla inutilizaria las dos precedentes. El índice del 4.º comprenderia el contenido de los cuatro volúmenes, y así de los demás, hasta que la tabla de autores del último, habiendo absorbido en sí las de los anteriores, viniese á ser la general de la Biblioteca, y bastase hojearla para encontrar todos y cada uno de los artículos publicados: el inconveniente quedaria así reducido á incluir en cada tomo que fuese saliendo la tabla del anterior ó anteriores; y aunque en cierto sentido

resultarian inútiles los índices parciales, nunca seria grande el trabajo perdido; ni el mayor costo de la impresion.

Desde luego que por este medio no se podría nunca formar un todo tan exacto y tan bien proporcionado como si se pusiesen de una vez en planta todos los trabajos; pero en cambio es mas realizable y puede llegar á ser mas completo. Ya hemos manifestado la dificultad de que haya quien tome á su cargo la formación metódica de una Biblioteca General, y la no menor de que ya trabajada se encontrase modo de publicarla; pero á ellas hay que añadir todavía la de que la persona que emprenda semejante obra, tenga á mano todos los libros, papeles y noticias que se necesitan, y la suficiente calma y sangre fría para que no le arredre la duración y la aridez de su trabajo, y que con el objeto de abreviar la una ó amenizar la otra, se esplaye mas que debiera en ciertos párrafos, ó recorte la nomenclatura y los detalles de otros.—Por último, sea cualquiera la instruccion y laboriosidad que adornen al principal redactor de esa Biblioteca, es seguro que la actividad que han despertado esos trabajos, y que dan lugar cada día á nuevos descubrimientos, no le permitirán completarla sin suplementos ó apéndices, que harían necesaria en los mas de los casos una doble ó tripe consulta con las correspondientes reuniones de la obra principal ó los apéndices, y vice-versa, y que destruyendo su exactitud y armonía, vienen á ponerla casi en el mismo estado que ofrecería la amalgama de artículos que se quiere poner en su lugar, con la diferencia de que cuantas adiciones ó correcciones de algun interés se fuesen ofreciendo en el curso de la publicación, podrían estamparse en ella á medida que apareciesen, y con dos cifras comprensivas del tomo y de la página puestas en el índice al pie del nombre respectivo, quedarían perfectamente clasificadas.

Entendida de este modo la formación de la Biblioteca General, no parece que ofrecería dificultades de consideración. La empresa que publica la colección de Autores Españoles, la del SEMANARIO y la ILUSTRACION, poco podrían arriesgar en añadir la primera un cuaderno á cada uno de los tomos que salen de sus prensas, la otra un pliego á cada uno, dos ó mas números de cualquiera de sus periódicos, bien aumentando el precio de la suscripción, bien dando menor cantidad de lectura en los tomos ó en los números, ya fuese voluntaria ó forzosa la adquisición para los actuales suscritores, ya se uniese precisamente á dichas publicaciones, ó ya se diese por separado. Una y otra empresa, especialmente la del SEMANARIO, tienen ya copiados materiales con que dar principio á estos trabajos, añadiendo y completando una las noticias que acompañan á las obras ya publicadas, otra completando tambien y recopilando los muchos artículos biográfico-literarios que ha ido insertando en sus distintos periódicos. Estoy persuadido de que no faltarían personas que contribuyesen gratuitamente á la empresa, facilitando noticias ó artículos concluidos; de manera que, fuera del gasto material de impresion, tan solo habria que atender á la remuneración de quien tuviese el encargo de reconocer y custodiar estos trabajos aislados.

Podrá ser que esté yo equivocado en mis cálculos; pero hoy que tanto se imprime, desgracia seria que faltasen colaboradores y compradores para un trabajo tan útil y concienzudo: en todo caso poco se habrá perdido en indicar esta idea, en la persuasion de que no soy yo solo el que deplora la falta de una Biblioteca General de la literatura española.

## LOS CAFÉS.

(Conclusion.)

—Ya viene, ya viene! gritan nuestros pequeños adalides al divisar en lontananza al mozo portador del ahelado refresco.

Bien pronto las cucharillas se ponen en movimiento, y á manera de arietes, y reforzadas con varios pelotones de bizcochos y barquillos, van desmoronando aquellas gigantescas moles y abriendo brecha en sus amengados muros: el ardor de los sitiadores no desmaya un solo momento, y solo después de haber arrasado completamente el interior de la plaza y dejado solo el casco y de haber lameteado la cubara, como si dijéramos dado lustre á las armas empañadas y lamidose los labios; se dan los mas de ellos por complacidos y satisfechos.

—Mozo, mozo! grita el pollo Angelito que está en la mesa próxima con otros cuatro amigos.

—Señorito, ¿qué manda Vd.? responde uno de los interpellados.

—Pedid vosotros, dice Angelito dirigiéndose á sus camaradas.

—Por supuesto que á la inglesa, cada uno paga lo suyo.

—Yo no quiero nada; acabo de comer ahora mismo, contesta uno de ellos.

—Ni yo, prosigue otro, tengo el estómago malo.

—Ni yo; he refrescado hace muy poco.

—Señores, yo pienso ir á un baile donde habrá ambigú, y quiero reservarme para entonces.

—Supuesto que ninguno tomáis nada, no quiero singularizarme, y por lo tanto me contentaré con un rato de parlata con vosotros. Mozo, prosigue Angelito, ya le volveremos á llamar á Vd. cuando le necesitemos.

¿Cuánto va á que entre los cinco compadres no reúnen el valor de una peseta?

—Señores, participo á Vds. que he tronado con Luisa: es muy tonta, muy coquetuela. La he abandonado, dice uno de los del quinteto.

—Hombre! ¿de verás? Pues según malas lenguas, ella es la que te ha dado unas soberanías calabazas.

—Mienten; pues en gracia de Dios me ha dado la niña pocas pruebas de su cariño! si yo fuera á contar...

Probablemente lo mas que le habrá dado, si la muchacha tiene bien puesto su pabellon y el pollo se ha desmandado, habrá sido algun sonoro y oportuno bofetón.

—¿Quién se viene al teatro? pregunta otro de los de la camada.

—¿Qué función echan?

—Cárlas V, drama en cinco actos y en verso.

—Valiente paparrucha! Siempre saldrán á relucir chapelgorris y cristinos: además Cárlas V no ha estado nunca que yo sepa en Túnez.

—Si señor que estuvo en el siglo XVI, cuando á los niños ignorantes y necios como Vd. se les daba una buena tunda de azotes el día que no se sabían la lección, dijo al paso un caballero que probablemente sería el autor del drama.

—Señores, al que quiera lo presento en casa de la duquesa del Fresno, dijo el que se reservaba para el ambigú.

—¿Que chicas van?

—La Luisa, la Emilia, la Julia: de esta sí que no podéis decir nada.

—¿Cómo que nada? Friolera!

—Cuenta, cuenta: ¿conque tambien tiene historia?

—¡Huy! Este ¡huy! es de gran efecto: verdad es que por querer decir mucho no dice nada; pero en cambio es muy elástico, y da materia para forjar cuantas calumnias se quieran.

Cuando en dias de alza toma café algun pollo, siempre lo hace pausadamente, como diciendo: «yo estoy acostumbrado á esto y á mucho mas.»

¿De qué hablarán aquellos tres caballeros ya entrados en edad que poco á poco van desocupando los respectivos pocillos de hirviente chocolate?

—Desengáñese Vd., todo lo del día es farsa, música celestial, dice uno de ellos engulléndose un soberbio remojón.

—Tiene Vd. razon, amigo mio: ¡qué tiempos aquellos los nuestros cuando no había cesantes ni...

—Huyamos, huyamos: esos son solterones, jubilados ó cesantes ó politicones del antiguo régimen.

—El pueblo... la conciencia... los principios... oigo gritar por un lado.

—Buen filon... al 3 por 100... acciones cotizables... oigo que dicen por otro.

—Periodistas... escritores... literatura...

—Mozo, un arlequin de todas frutas... dulce de calabaza... dos raciones de jamon en dulce.

¡Qué algarabía! ¡qué despropósitos! Y el pianista ejecuta entre tanto unas variaciones sobre el duo «infelice, veneno has bebido» de la Lucrecia.

Entremos en el juego del billar. Los aficionados á los palos y á las carambolas tienen un respetable número de espectadores, alguno de los cuales, gracias á lo abrigado del sitio y á lo cómodo del asiento, suele acompañar con sus ronquidos á las voces de los que juegan y del mozo que cuenta.

—Hola, hola! en ese cuarto de la derecha se tira de la oreja á Jorge: ¡ah! cuántos al salir á la calle se tirarán de las suyas de cólera y de rabia al sentir que ha disminuido el peso específico al bolsillo de su chaleco.

—Calla! esa niña y ese jóven que van agarrados del brazo, se han desorientado por fuerza, y en vez de entrar en el café se han subido al piso principal.

—Eh, caballero, señora! el café está abajo, y los guiaré á Vds. si gustan: van Vds. mal por ahí.

—Bien van, bien van, señorito.

—Pues señor, cuando el mozo lo dice, sus razones tendrá. Punto y aparte.

Ya el bullicio va disminuyendo; los parroquianos van unos tras otros saliendo del café; los mozos van apagando las lámparas, y pronto, al menos esteriormente, quedará todo en silencio y en reposo.

—Eh, mozo! no cierre Vd., que aun estoy yo aquí.

Detrás de mí salen varios jóvenes hablando en voz alta.

—Mañana á las diez de la mañana.

—Sitio.

—Hacia la Fuente Castellana.

¡Ah! ya comprendo: van á almorzar á la fonda campestre.

«Las doce y media y sereno!»

¡Qué horror! para un hijo de familias es un escándalo el encontrarse á estas horas fuera del hogar paterno.

Buenas noches, señores, hasta mañana si Dios quiere.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

## DOS SANTOS Y UN REY.

### BALADA.

¡Hurra! allí estan.—Mil turbantes,  
Un milon de cimitarras,  
Semejan mares sangrientos  
Con sus espumas de rabia.

—Rey Alfonso, Rey Alfonso,

¡Y les vuelves las espaldas!

¡La media luna

Ya te acobarda!

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

Si te vencen los moros en las Navas.

El rey grita:—«Caballeros,

»Ó traspasad la montaña

»Para cogerlos de susto,

»Ó es la lucha temeraria.

»Y en la montaña no hay via,

»Que ni pájaros la pasan!

¡Maldita Sierra

»Morena ingrata!

»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»Si me vencen los moros en las Navas.»

Con un rio se han topado...

¡Hurra! adelante, y al agua;

Mas los caballos vacilan,

Que es la corriente muy brava;

Á pasar probó un ginete,

Y tumba halló entre las algas.

¡Día terrible!

¡Cuánta desgracia!

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

Si nos vencen los moros en las Navas.

El rey.

«Pastorcica, pastorcica,

»La que tus panales lavas,

»La del angélico rostro,

»La de la sonrisa casta,

»Yo soy el rey de Castilla,

»Que quiero entrar en batalla,

»Como este rio

»No me estorbára.

»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»Si me vencen los moros en las Navas.»

La pastora.

«Señor rey, yo á mi marido

»Que allá arriba en la montaña

»Apacenta sus ganados,

»Voy con la bendita gracia

»Á llevar el alimento

»Todos los dias sin falta.»

El rey.

«¿Pasas el rio?

»¡Cómo lo pasas?

»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»Si me vencen los moros en las Navas.»

Ligera la pastorcica,

Como los soplos del aura,

El cendal de su cabeza

Estiende sobre las aguas.

Atónito el rey la mira

Cómo boga, cómo nada;

Y grita lleno

De confianza:

¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
Que venceré los moros en las Navas.

Los caballos de las bridas  
Suelos, en tropel se lanzan;  
Los ginetes uno á uno  
Sobre el pañizuelo pasan.  
Y oraron en la otra orilla,  
Y el rey vertió dulces lágrimas,  
Viendo la mano  
De Dios tan clara.

*El rey.*

¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
Que venceré á los moros en las Navas.  
¡Sus! ¡arriba!

Los trotones  
En los peñascos resbalan,  
Que van cargados de acero  
Y es pedernal la montaña.  
En vano los acicates  
Se ensangrientan, se desgarran...

Todo es despecho;  
Todos desmayan.

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!  
Que nos vencen los moros en las Navas.

Como el lucero del día  
Entre el celaje del alba,  
Un labrador aparece  
Sobre la cumbre mas alta.  
Mansas ovejas besándole  
Las manos, en torno balan,  
Y el rey al cielo  
Mira mirándolas.

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!  
Que nos vencen los moros en las Navas.

*El rey.*

«¡Ah, guardador del rebaño!  
»¡Ah, pastorcillo del alma!  
»Yo te ruego que me digas  
»Cómo cruzas la montaña.  
»¡Cuenta, pastorcillo! cuenta,  
»Que espera el moro á la falda,  
»Y busca al moro  
»Gente cristiana.

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!  
Si nos vencen los moros en las Navas.

«Fía de Dios, rey Alfonso,  
(Los ecos del monte claman)  
Y de ser reconocido

El rey Alfonso se pámasa.  
Mira al pastor á su lado  
Que ancha senda le señala,  
Y á Dios invoca  
Y á ella se lanza.

¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
Que venceré á los moros en las Navas.

*El rey.*

Guía, pastor.

*El pastor.*

Dios le guía.

*El rey.*

Que es áspera la montaña.

*El pastor.*

Así es la senda del cielo.

*El rey.*

Sepa yo cómo te llamas,

*El pastor.*

Isidro.

*El rey.*

Dios te lo pague,

Isidro.

*El pastor.*

Dios siempre paga.

*El rey.*

¡Sus, caballeros!

¡A la batalla!

¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
A vencer á los moros en las Navas.

VICENTE BARRANTES.

## LO QUE YO QUIERO.

SONETO.

Baste de amor: si un tiempo te queria,  
Ya se acabó mi juvenil locura;  
Porque es, Celia, tu cándida hermosa  
Como la nieve deslumbrante y fria.

No encuentro en tí la extrema simpatía  
Que mi alma ardiente contemplar procura,  
Ni entre las sombras de la noche oscura  
Ni á la espléndida faz del claro día.

Amor no quiero como tú me amas,  
Sorda á los ayes, insensible al ruego;  
Quiero de mirtos adornar con ramas

Un corazon que me idolatre ciego;  
Quiero besar una deidad de llamas,  
Quiero abrazar á una mujer de fuego.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

## LA DUDA.

SONETO.

Huid lejos, huid, dudas sombrías;  
No mas el cielo me ocultéis hermoso;  
Dejad que le dirija el lastimoso  
Eterno canto de las penas mías.

Ilumíneme su luz mis alegrías;  
Déle á mi alma su quietud reposo;  
Su azul, emblema del amor glorioso,  
Dulce esperanza de mejores dias.

Si no, mi alma bajo el pardo velo  
¡Oh duda! de tu sombra sepultada,  
Perderá la esperanza de ese cielo

Por quien sufre sus males resignada,  
Y no podrá vivir si el triste suelo  
Tiene ¡oh dolor! por última morada.

FERNANDO GARRIDO.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

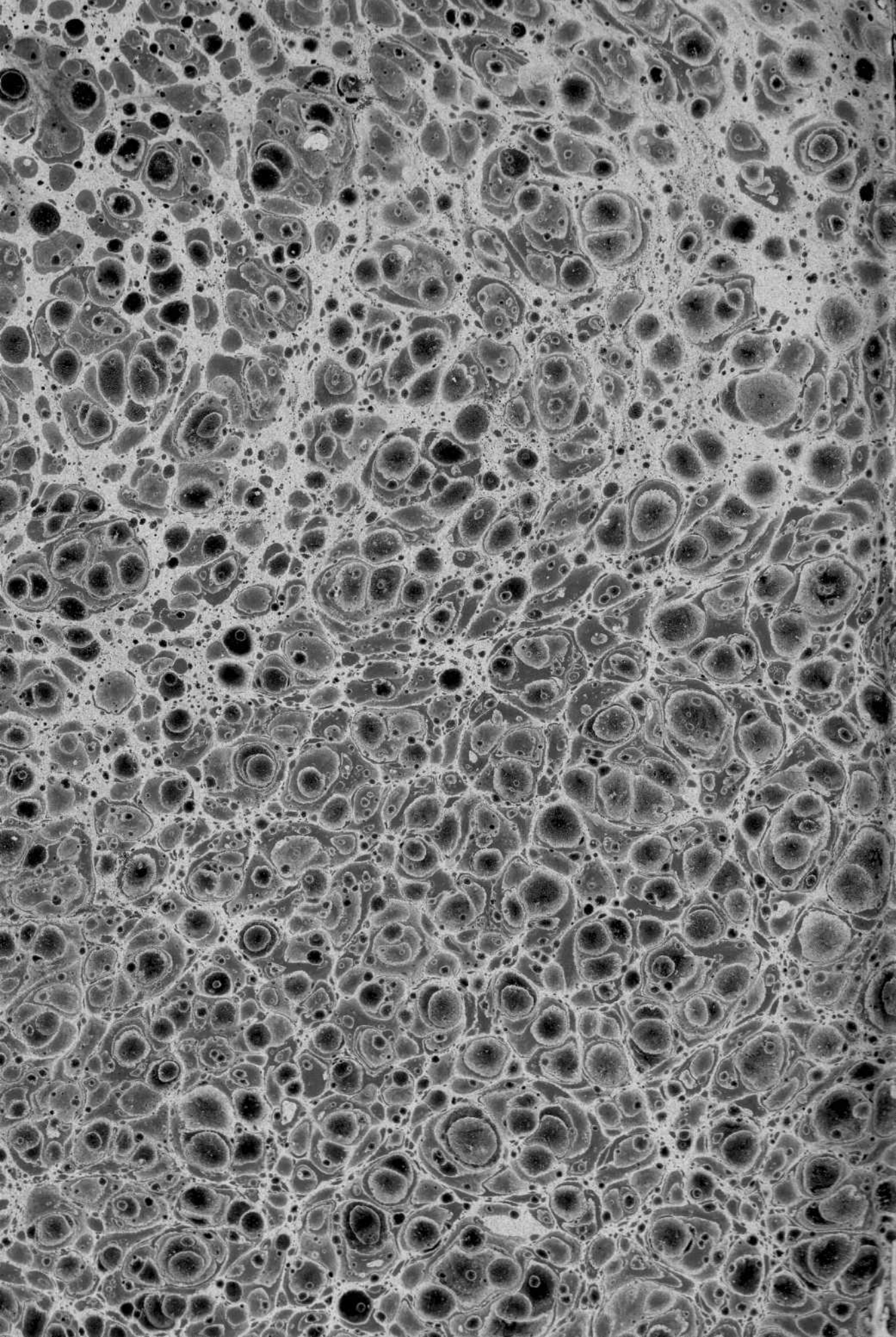
El general Castaños alcanzó la mas señalada victoria en la memorable batalla de Bailen, sobre las numerosas huestes vencedoras de Marengo y Gena. Su grande renombre pasará á la historia, al par que su eterno recuerdo quedará grabado para siempre en el corazon de todos los buenos españoles.

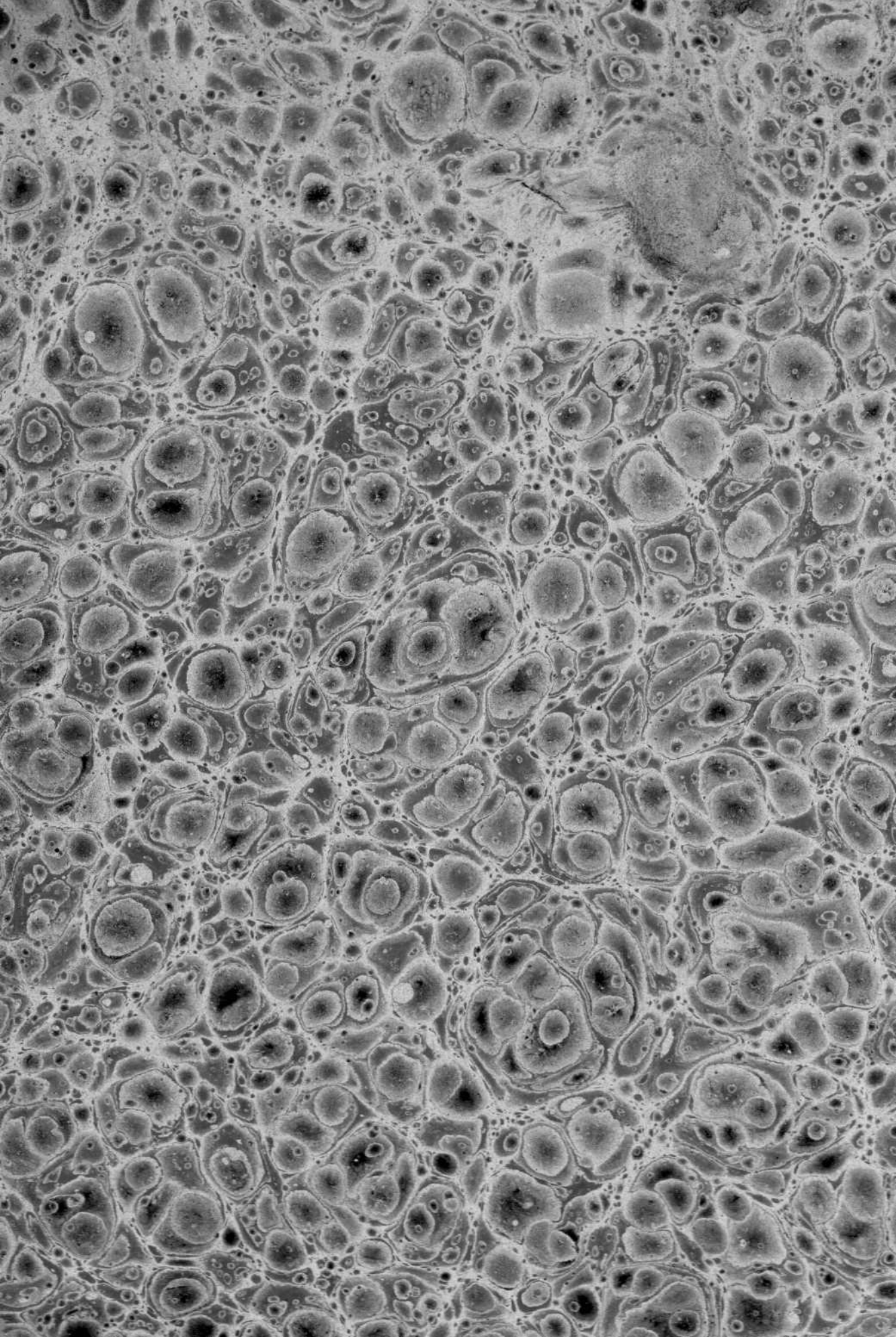
Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

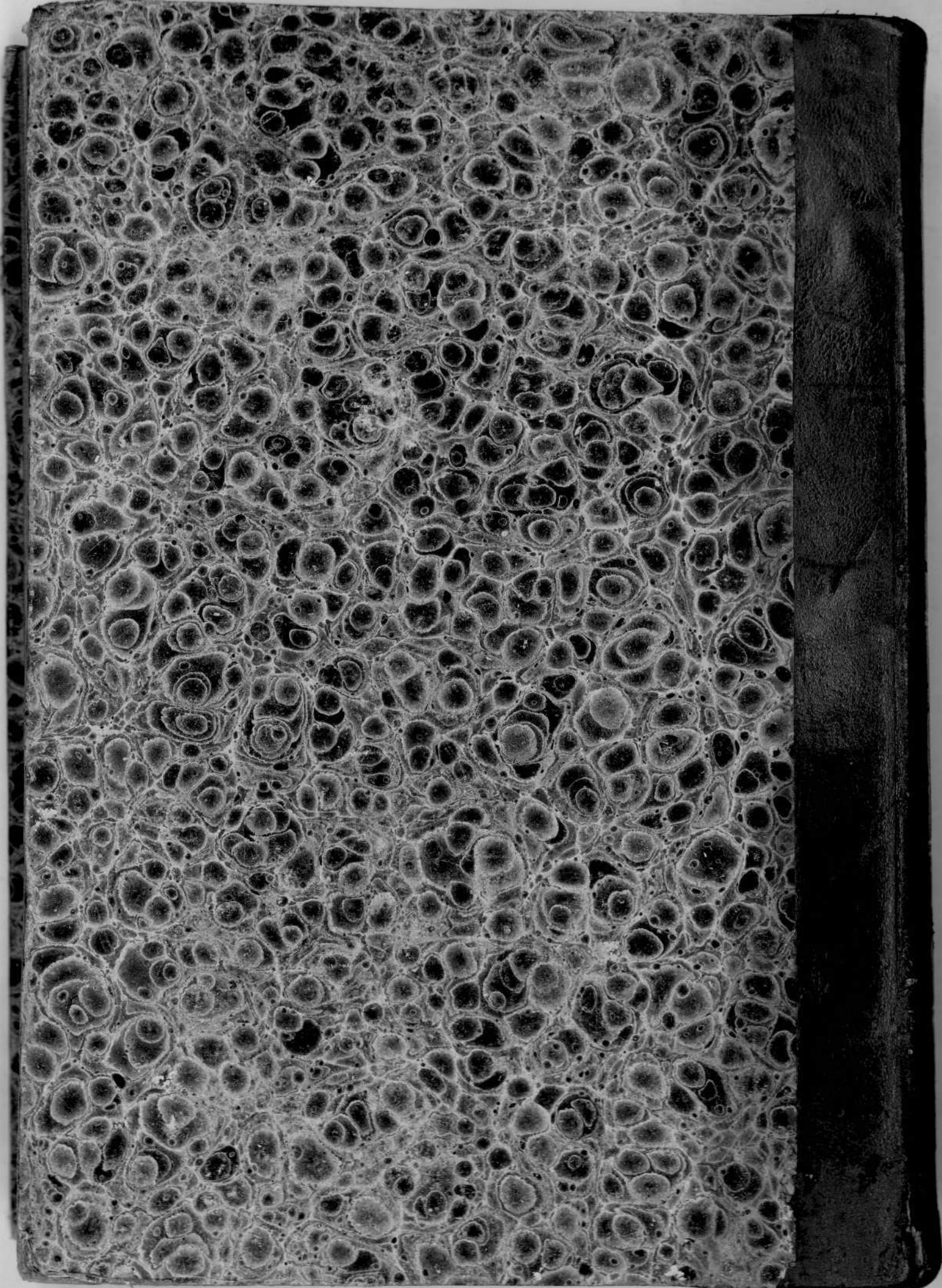
Madrid.—Imp. del SEMANARIO de ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra.











SEMANARIO

PINTOYESCO

13

1855